PIZARNIK

Diarios

Nueva edición de Ana Becciu

Desde que se suicidara en 1972, Alejandra Pizarnik ha ido adquiriendo poco a poco naturaleza de mito y perfil de leyenda. Autora de culto, venerada por varias generaciones de lectores, Pizarnik se cuenta ya entre las escritoras latinoamericanas más importantes del siglo XX. Su poesía ha cosechado numerosos adeptos incondicionales, ha creado escuela y la ha hecho mundialmente famosa.

Ahora llegan por fin sus diarios, esperadísimos y totalmente inéditos, la obra de toda su vida, el laboratorio de su obra poética y ensayística, el testimonio estremecedor de su atormentada vida, la crónica de ese descenso al infierno de las palabras y de la existencia que fue su biografía. Ana Becciu, máxima especialista en la obra de la poeta argentina, ha llevado a cabo una selección de los diarios originales —un manuscrito monumental— a fin de publicar lo más esencial del pensamiento literario de la autora, de sus reflexiones acerca del amor y la muerte, de los resultados de su autoanálisis. En definitiva, estos *Diarios* constituyen una fascinante autobiografía, sin duda uno de los textos memorialísticos más importantes del pasado siglo.

Lectulandia

Alejandra Pizarnik

Diarios

ePub r1.0
Titivillus 23.04.15

Alejandra Pizarnik, 2003
Edición a cargo de: Ana Becciu
Diseño de cubierta: Nora Grosse / Random House Mondadori, S. A.

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2





ANIVERSARIO

EPUBLIBRE

"Sólo el que sabe es libre,
y más libre el que más sabe…
Sólo la cultura da libertad.

No proclaméis la libertad de volar,
sino dad alas;
no la de pensar,
sino dad pensamiento.

La libertad que hay que dar al pueblo es la cultura."

EDICIÓN CONMEMORATIVA

WWW.EPUBLIBRE.ORG

Acerca de esta edición

Han transcurrido doce años desde la publicación de la primera edición de la obra diarística de Alejandra Pizarnik, de cuya selección me hice cargo. Señalé entonces, en la introducción, que había seleccionado el material guiándome por lo que sabía del deseo de Pizarnik de publicarlo un día como un «diario de escritora»[1], así como por determinadas pautas editoriales y el respeto a la intimidad de terceras personas y a la intimidad de la propia diarista y de su familia. Hoy, agotada aquella edición de los *Diarios*, la editorial Lumen ha tenido la excelente idea de reeditarlos, abriendo así la posibilidad de revisar ciertas pautas no sólo en cuanto al número de páginas, sino también, entre otras cosas, a su presentación. Esta nueva presentación permitirá al lector comprender y apreciar las intervenciones de la autora en sus diarios en un determinado período de su vida.

El corpus de la obra diarística de Alejandra Pizarnik, conservado en la Universidad de Princeton, consta de un total de treinta documentos: diez libretas, o cuadernillos como ella los llamaba, correspondientes a 1954, 1955, 1956, 1961 y 1972; catorce cuadernos, y seis textos mecanografiados: el «Journal de Châtenay-Malabry», de cuarenta y ocho hojas[2]; cuatro hojas sueltas de 1961; doce hojas encarpetadas con correcciones a mano[3]; diez hojas grapadas con la mención «antes de 1960»; treinta y dos hojas grapadas con la fecha 1961-1962, y ochenta y cuatro hojitas tamaño libreta, que probablemente estuvieron dentro de una carpeta de anillas, divididas por la autora en dos partes con la mención «París 1962» y «1963». En sus diarios, como en su correspondencia con Ostrov, Pizarnik hace referencia a un diario anterior a 1954 y a un cuaderno desaparecido de 1960. En varias oportunidades, menciona que rompió, o que desea romper, ya sea sus poemas o su cuaderno. Ello podría explicar los períodos de escasa o nula escritura de su diario, notorios a partir de 1960, aunque también podría ser que, ocupada con su poesía, no escribiera en su diario con asiduidad y regularidad, como se observa a partir de 1965.

Entre los cuadernos posteriores a 1960, hay uno que lleva por título «Resúmenes de varios diarios, 1962-1964». Es el cuaderno en el cual, a su regreso de París en marzo de 1964, Pizarnik empezó a copiar, reescribiéndolos, los cuadernos que había escrito durante su estancia en esta ciudad. Este cuaderno y los textos mecanografiados correspondientes a este período son muy importantes, pues dan cuenta de su método de escritura y revelan las intenciones predominantemente literarias de Alejandra como diarista. El cuaderno al que nos referimos es, en efecto, un resumen, con escasísima labor de reescritura, de las entradas referentes a sus relaciones amorosas. Las podó mucho, cambió iniciales de nombres y trastocó muchas veces las fechas y los lugares, como si su intención hubiera sido recomponer varias historias en una, que sería la de su experiencia interior de la pasión erótica, o escribir una suerte de «novela sentimental». Los textos mecanografiados, en cambio,

son una auténtica reescritura, una extremada síntesis de su puesta en escena interior y la captación de un instante de esa escena, de lo cual resulta un fragmento o apenas una frase próximos en tono e intensidad a los poemas que dará a conocer a partir de *Extracción de la piedra de locura*, publicado en 1968.

De su período parisino existen entonces tres textos. El primero (los cuadernos de fecha corrida) sería el *texto previo* al trabajo de copia y reescritura; el segundo, el cuaderno «Resúmenes de varios diarios 1962-1964» más algunas hojas sueltas, y, el tercero, los textos mecanografiados, decididamente concebido para ser publicado y que podríamos considerar la fase final de la labor de reescritura de sus diarios. En esta nueva selección, corregida y aumentada, de los *Diarios*, presentamos al lector los tres textos de esta época: el previo, es decir las entradas de cada uno de los cuadernos de fecha corrida, y los otros dos, completos, en los apéndices que figuran al final del libro.

Una constante de los diarios de escritores (con notables excepciones como los de André Gide, Léon Bloy, Rosa Chacel o Julio Ramón Ribeyro) es que otros se encarguen de publicarlos póstumamente. Estas publicaciones podrían dar la impresión de ser una violación de la intimidad del diarista, pero no cabe duda de que, al conservarlos, el escritor está indicándonos que es consciente del valor intrínseco que tienen. Esto es aún más evidente en el caso de Alejandra Pizarnik, ya que conservó sus cuadernos, en los que ella misma intervino hasta el último momento generando «fragmentos» de sus diarios que publicó en vida en importantes revistas de la época, a veces como «fragmentos de un diario» y otras veces como textos del más puro estilo «alejandrino».

Por mi parte, para la presente edición, como en la anterior, he tenido en cuenta el respeto a la intimidad de terceras personas citadas, a la intimidad de la autora y de su familia. La transcripción de las entradas se ajusta al original, salvo las fechas, cuya presentación se ha armonizado escribiendo, cuando procede, primero el día y después el mes. Hemos reproducido ciertas faltas de ortografía muy frecuentes en sus años juveniles, corrigiéndolas solamente en los casos en que se trata de errores evidentes debidos a la prisa con que escribía. A partir de 1957, estas faltas van desapareciendo en la medida en que va adquiriendo dominio del idioma. Se han restablecido los signos de interrogación y admiración (Pizarnik los usaba a menudo a la manera francesa, aunque era muy irregular) y eliminado tildes en ciertas palabras, como los monosílabos, que en el español actual no las llevan. Se advierte entre corchetes sobre palabras o frases ilegibles, tachadas o que faltan en el original, y se restablecen las letras o palabras ausentes de obvia deducción.

Antes me he referido a que esta edición de los *Diarios* de Alejandra Pizarnik es, con respecto a la anterior, una nueva selección corregida y aumentada. Se han corregido erratas y se han incorporado un gran número de entradas, que antes, por razones de espacio, principalmente, no habían podido incluirse. Del período 1960-1964, se transcriben prácticamente todas las entradas de los cuadernos de fecha

corrida, mientras que los fragmentos reescritos se encuentran ahora al final del libro, en los apéndices que reproducen cada uno de los textos mecanografiados. El hallazgo del «Journal de Châtenay-Malabry», así como «Les tiroirs de l'hiver», ha permitido completar la falta de entradas de los primeros meses de su llegada a París en 1960 y 1961. Sigue siendo forzosamente una selección pues, como he dicho antes, acepto y asumo el principio de respeto a la intimidad de la autora y de su familia, y de las personas aludidas que aún viven y podrían reconocerse. Por esta razón, el único documento del que no he seleccionado entradas es la libreta-agenda (muy desordenada en las anotaciones y las fechas) que correspondería a algunos meses de 1971 y 1972, todas ellas de carácter muy personal e íntimo: las personas allí aludidas, así como sus familiares, figuran con sus nombres y apellidos.

Por último, deseo expresar mi agradecimiento a quienes me han ayudado con sus consejos y su solvencia profesional. En primer lugar a la doctora Cecilia Rossi, de la Universidad de East Anglia, Inglaterra, quien obtuvo una beca para viajar a Princeton y analizar cada uno de los documentos. Gracias a su lectura *in situ* de los cuadernos muchos errores de transcripción han sido subsanados y ha podido asesorarme inteligentemente con respecto a mi selección de las entradas. Doy las gracias también a Raúl Manrique Girón y Claudio Pérez Míguez, directores del Centro de Arte Moderno, con sede en Madrid, y a Luisa Futoransky, Leonardo Valencia y Ana María Moix, quienes siguieron con su atenta lectura las distintas etapas del manuscrito. Asimismo, agradezco el respaldo y el interés de Silvia Querini como editora de Lumen por propiciar y concebir esta nueva edición de los *Diarios* de Alejandra Pizarnik, así como los consejos y el excelente trabajo de edición y producción de Magda Mirabet y su equipo. Por último, mi reconocimiento a Myriam Pizarnik de Nesis, por su constante empeño en la difusión de la obra de su hermana Alejandra y la confianza que ha depositado en mí para realizar esta nueva edición.

ANA BECCIU

Cuaderno de septiembre de 1954[1]

23 de septiembre

un nuevo día llegó
pleno de sol y de sombras
un nuevo día llegó
a enquistarse en mi hondo caudal señero
el nuevo día es torneado
e insulso
día sin soplo ni dicha
es un sábado verde molido
en la nada
es un sábado deshecho en la vertiente del vacío.

Conversación en una mesa del Jockey Club entre un pintor famoso, un pintor principiante, un poeta maduro, un poeta principiante y un estudioso del psicoanálisis. Tema: la bombacha obsesiva.

Poeta maduro: Sé de un sádico que se relamía de placer al sacarle las bombachas a su mujer.

Aficionado al ps[icoanálisis]: Es un caso aparte. Yo sé que a las mujeres les encanta que les rasguen esta prenda, siempre que no se emplee la fuerza bruta, siempre que se proceda suavemente.

Poeta maduro: Sea como fuere, lo cierto es que las bombachas me obsesionan.

Af. al ps.: Seguramente, usted debe guardar las bombachas de sus sucesivas amantes.

Pintor famoso: Sí, pero antes las lava y las plancha, y apila en varios grupos según sea su color: rosa, azul, blanco, etc.

(Risa general, el estudioso del ps[icoanálisis] se levanta presuroso y se va con rostro ceremonioso.)

Poeta maduro: Se debe de haber excitado.

Pintor famoso: Sí, porque para él la palabra «bombacha» es sinónimo de «ir a orinar». Bueno, lo lamento por las baldosas, pues dicen que orina con piedras desde que se las descubrieron en el hígado.

(Risa general.)

Vuelve el estudioso del ps[icoanálisis]: el pintor famoso le pregunta palmeándole la espalda: Y, ¿qué tal?

El e[studioso] del p[sicoanálisis] no contesta.

El tema sigue girando.

> Pero nos imaginamos el porvenir como un reflejo del presente proyectado en un espacio vacío, mientras que es el resultado a menudo muy próximo de causas que en su mayor parte se nos escapan.
>
> *La prisionera*

Comprobación súbita de la imposibilidad de fijar cualquier cosa.

Proust describe las odiosas maquinaciones del matrimonio Verdurin para separar al barón de Charlus de Morel. En ese momento, no era posible asociar el menor atisbo de bondad a esos seres terribles en sus mentiras y complots. Pero de pronto ¡oh vida! Aparece la desgracia de Saniette, su descenso a la completa miseria material. Veo entonces (como si se hubiesen dado vuelta sus almas) a dos personas que meditan desinteresadamente la mejor forma de ayudar a su desgraciado amigo. ¿Puedo pensar entonces que son bondadosos? No, pues recuerdo la maldad e injusticia de su acto anterior (la ofensa al b. de Charlus). ¿Puedo pensar que son completamente perversos por esa maldad? No, pues el discreto auxilio a Saniette revela su generosidad… ¡Y así ocurre con todo y con todos!

¡Oh, ángeles que nos concibieron!
¡Oh, demonios que nos parieron!

que quiso arrancarse los ojos y venderlos por un maloliente trozo de tinta reseca. Soy el candor despabilado que se acuerda de ser triste en medio de la risa, auténticamente extraída con mil cuchillos crueles.

¿Tarde? ¿Es ya muy tarde para recuperar las lágrimas? Y las que recién cayeron ¿no fueron acaso el zumo de mi reivindicación angustiosa? ¡No! ¡Mentiras! ¡Mentiras! Mi roñosa sensibilidad respira rostros repugnantes y calcula las posibilidades de no soledad que obtendrá por ellos. ¡Caer! ¡Estoy cayendo! Mientras me río, no sé por qué, me siento impura. Cuando lloro, no sé por qué, me siento yo y me purifico. ¡Cómo sufro! Mi alma es un trozo amorfo, blanquecino y lloroso…

¡Me rebelo! Contemplo mi habitación y me rebelo y tengo miedo. ¡Miedo de mí! ¡Miedo de mí! Me hablo suavemente. Siento que la vida (¡mi vida, óyelo, mi vida!) se va.

24 de septiembre

Un nuevo día lleno de sol. Despego mi ventana y la luminosidad cae en la habitación. Luz amarilla y vital. Me da miedo por sus ansias fugitivas. No me acompaña en las horas de estudio, no me sonríe en mi encierro benéfico; todo lo contrario; me llama junto a sí, al paseo matinal, lleno de árboles y seres que caminan.

NADA

Recostada sobre tres almohadas rojas y verdes, calculaba la menor cantidad de probabilidades que tendría para poder evitar los arquetipos que acechan a todo ser humano. La radio se inclinaba gentilmente hacia su oreja izquierda enzarzándole en gemidos de Tristán e Isolda. Se preguntó adónde quería llegar. No lo sabía. Con la pluma en la mano se lanzaba en un paracaídas mental hacia las hojas blancas y vacías. Las posibilidades de lograr alguna grafía coherente eran infinitesimales, pero se dijo sonriendo que no le importaba. La soprano clamaba ¡Isoooolda! Desdibujó la palabra en su frente, mientras la voz enfilaba hacia una frase llena de erres que le herían las fibras auditivas. Parecían una rueda basta que aprisionara su sensibilidad. Un troquel platinado vertido en el escafandro inhallable pero necesario para encontrar el centro de su ser, el yo fugitivo.

De lejos, de muy lejos, venían los latidos de un perro. Se le ocurrió ubicar a ese perro en la cima de un planeta, Saturno, rodeado de los anillos de fuego (amarillo). Los aullidos se acercaban, lo que motivaba el alejamiento del planeta fantaseado. A medida que se acerca lo comúnmente llamado real, se aleja (o se expulsa) la fantasía. En verdad no sabía qué preferir: si lo real o lo irreal. En cualquiera de ambos, se hallaba triste. Dejó correr el hilo esperanzado de su imaginación, mientras suspiraba inquisitiva y semirresignada. Se preguntaba el valor de ese instante, de esa fotografía de su estar echada en la cama a las 14 h de un 24 de septiembre de 1955. Oh, apresar, agarrar infaliblemente el momento y encerrarlo, esconderlo, tocarlo, decirle ¡«eres mío»!

La visión de un ave grisácea contoneándose humanamente sobre una frente roja, despabiló su doliente deseo. El ave es mi alma. El ave no se siente fuerte, teme caerse, no puede echarse a volar. ¡Ayúdala! ¿Cómo? Y ¿por qué? Porque es *tu* ave. Elevó los ojos y sonrió al dibujo que, pegado en la pared, representaba lo que ella quería: el ave inaugurando el vuelo.

La soprano emitía gritos pseudosalvajes. La imaginó perdida en un laberinto asfixiante y sus gritos, llamadas de auxilio. Llegó el tenor. Sonrió. No. La mujer estaba a salvo. El laberinto solo estaba en su mente.

Varias horas más tarde, se encontró sentada en una silla. Encendió un cigarrillo, contemplando inerme el humo que huía de sus labios. El cuarto se hundía lentamente en una gris penumbra equilibrada por la luz breve del velador. Oía voces y sonidos.

Niños que gritaban. Hombres que reían y ella, ¿qué hacía?, ¿dónde estaba? ¡Oh, sensación de vacío intrínsecamente amorfo!

¡Oh languidez de domingo primaveral! Recordó que era el primer domingo primaveral. ¿Me afecta este conocimiento? Sí. Un domingo de primavera era un abstracción equivalente a la nada vestida con flores angustiadas, perfumes dolorosos, sol malvado; todo ese conjunto de colores y perfumes que, durante los días de la semana, llegaban danzando románticamente a su percepción, sufrían una cruel metamorfosis. ¿Cómo y desde cuándo odiaba ese día? No lo sabía. Recordaba que Dios lo utilizó para descansar. Este dato arrastraba una arcaica cadena de gritos segmentados que la anulaban: Dios, domingo-descanso, seres adorando a Dios desde los orígenes, cavernas prehistóricas, devenir del tiempo, angustias al leer a Hegel, sensación de no ser más que un corpúsculo rebelde en el cosmos descomunal. ¡Domingo! Su habitación se había introducido en las penumbras mientras ella estuvo elucubrando su fobia dominical. Se irritó. Nunca podía palpar realmente el cambio de luces y sombras de los días. Era como contemplar un reloj para comprobar empíricamente la velocidad del tiempo. Y también como las forzosas vigilias a que se obligaba de noche, para recibir el sueño estando despierta y sentir personalmente qué era eso que llaman dormir. Suspiró impotente, ante la conciencia de no poder descifrar esos misterios cercados por tremendos límites. Viró su rostro hacia el descenso de la noche, sin inquirirse nada, sin averiguar lo que ocurría en su demoníaca alma. La imagen del hombre que imaginaba amar se adhirió a las cortinas de la ventana. La visión era cinematográfica. Los dibujos de la tela recordaban los frisos de Matisse tan frescos, tan fogosos, y en el centro el rostro tenso y vibrante de él, que se le venía encima como una mascarilla oriental antiquísima, plena de poderes mágicos y amenazas terribles; el rostro del hombre que creía amar, pleno de palidez estatuaria, de esa concentración de rectas que lo asemejaban más a un dibujo que a una estructura humana en relieve. Cerró los ojos fuertemente y cuando volvió a abrirlos, la ilusión inventada por ella había desaparecido.

La belleza estival de sus visiones la entretenían mientras fumaba en la soledad de su cuarto semioscuro. Bebió un poco de aire para musitar un poema que la atragantaba. Era «La rueda del hambriento» de César Vallejo. Su ser se revestía de lágrimas mientras recitaba a su amado poeta triste. Lo adoraba. Ni ella misma sabía cuán grande era su pasión por este hombre terrible y sufrido.

y ya no tengo nada
esto es horrendo

Los últimos versos se pegaban a sus labios, temerosos de salir al exterior, al aire indiferente del mundo. Los acarició emocionada. Los queridos versos se apretujaban en su alma y le rogaban amor, cuidado y, ¡sobre todo!, nada de contaminaciones viles. Sonrió largamente enternecida. Veía un camino terso y coloreado lleno de libros, de

cuadros, de pentagramas con formas de alas de pájaros. Sintió que su cuerpo no era más que un servicio destinado a vestirla y a encenderle cigarrillos. Se tocó las manos. Pero no le importaban sino en la medida de su utilidad, en este caso, sostener la pluma. Absorbió la rigidez de la noche. ¡Qué solemne estaba! Sintió deseos de incendiar la ciudad, sólo por el placer de recitar a Vallejo en un fuego inmenso y decir entre las casas ardientes y los hombres asfixiados que éste es el fin de los que se creen eternos, de los que constituyen sus intereses esenciales a partir de las uñas pintadas y las plumas del sombrero; gritarles a todos los que ya no podrían oírle que la vida los expulsa por haberla degenerado, corrompido, que… Se detuvo ante la presencia del recuerdo de Nerón. Rió enfurecida. ¡Arquetipos! ¿No habría tomado ella, inconscientemente, la acción de Nerón para fundirse en su mito, para despersonalizarse e introducirse en otro, perdiendo de esta manera su fin primordial, crear? Su rostro esbozó un infantil gesto de malhumor. ¡Nerón! ¡Qué tontería! Sin embargo, algo se removía en ella, algo que moldeaba una llave para abrir algún negro trasfondo telúrico e introducirla en él, presa en las redes del monstruo más incógnito y terrible que haya existido nunca. Se asustó.

Luego un espacio vacío lleno de rostros y pantallas. Se vio transformada por un vaho celeste que acumulaba sus huesos en forma sorprendente. Estaba acostada y era muy tarde. Percibía un sonido flojo y agudo procedente de la bañera. La figura humana recibiendo con cara estúpida el agua bienhechora, el agua que lava, el agua que higieniza, el agua que remedia el sinfín de los daños cometidos por el no-agua, el agua del agua. ¡Qué falta haría un nuevo diluvio! ¡Un torrente que arrebatase las eternas cantinelas domésticas! ¡Y el eterno girar de las palabras muertas! ¡Y los rostros sorprendidos! ¿Y saben quién murió?… ¡Mmmmm! ¡No me digas! No. ¡No puede ser! Si justamente ayer… Estrechó su mirada en un lamentable gesto de olvido. ¡Oh, poseer una palanca mágica que impida escuchar esas voces, esas palabras! En el sueño de su noche, aspiraba con dificultad el aire con gusto a tabaco que la rodeaba. Venció su malestar prometiéndose pensar en un país lejano, en la luna, en el ensueño de los seres que amaba, seres inexistente e irreales como ella misma. Soy un trozo de humo solidificado. Soy un residuo que alguien olvidó en el Olimpo. Se veía tan universal a fuerza de no verse. Un globo color verde la llenó de sueños rosados, pero su cuerpo no quería saber nada con la intangibilidad. Sus párpados caían, lentos y aburguesados.

Algo la despertó. Supo después que se había levantado y alguien (seguramente, su madre) la acarició al pasar diciéndole «buenos días». El espejo refulgía de ojos cansados y pelos revueltos Se rió divertida contando los ojos. Eran dos. ¡Eran sus ojos! Tocó su rostro proveniente de allá, de la región desconocida plena de sueños que ahora no recordaba. Intentó atraer alguna señal que le permitiese el acceso consciente a ese mundillo nocturno del que acababa de surgir tan pálida como un habitante imaginario de la luna, cansada como una guerrillera valerosa; aspiró fuertemente sintiendo que su cuerpo se llenaba de un olor vivificante, olor de las

mañanas, olor de café y de sol. Poco a poco sus ojos se abrían hacia el extraño arco iris matinal. Sus ojos eran el verde que faltaba para completar el prisma cotidiano.

Rió al pensar que para eso estaba ella, para dar el tono necesario, para impedir la acumulación de colores inexactos. El sol se vio lanzado en un formidable cohete que realizó la trayectoria de la mañana a la noche en el tiempo que ella empleaba para bostezar. Se extrañó, por supuesto, al no ver el sol ni la luminosidad diurna. Se extrañó al encontrarse sentada frente a su mesa, a la luz artificial, al florero lleno de pinceles humedecidos. ¡Claro! Había estado pintando, dando formas a esos rostros que caminaban por su alma. Sus manos parecían sangrar, magníficas en sus manchas rojas. Sus manos estaban cansadas, muy cansadas. ¿Cuántas horas estuvo pintando? Cinco, seis. El día pronto finalizaría. Un día más. Como un soplo negro, sintió un dolor agudo que apuntaba hacia su corazón. Se sentía angustiada por su paseo. Había caminado erguida e incómoda en su traje demasiado elegante para su gusto, mirando rostros y casas.

La angustia siguió caminando, solitaria y desdeñosa. Se sintió liberada, pero una sensación sombría la despegaba del tiempo, algo nauseabundo y extraño lleno de olor a féretro y flores putrefactas. Abrió los labios recordando que hacía dos días que no pronunciaba una sola palabra. Oyó un chasquido como una queja endeble, que provenía de su boca hermetizada. Con gran esfuerzo y desesperanza dijo: «Es el fin».

Sensación fuertísima y premonitoria. Algo está por venir: un gran dolor o una tremenda alegría.

26 de septiembre

Quebrada en el diván, asisto inquieta y divertida a la ilógica ansiedad que salta dentro de mí. El temor al futuro me previene sigiloso: ¿qué será de mí?

El presente truhán y bohemio no admite amonestaciones verdosas y macilentas. Los anhelos vierten su sed infinita en mi cáustica, desconcertada interioridad.

Entro en una librería desconocida. Me dirijo a los anaqueles coloreados, llena de curiosidad y tensa de emoción. La esperanza de hallar «algo nuevo» es quebrada por la voz del empleado que me pregunta qué títulos busco. No sé qué decirle. Al fin, recuerdo uno. No está. Hubiese querido seguir mirando, pero sentía sobre mí el peso de esa mirada comerciante, tan estrecha y desaprobadora ante alguien que «no sabe» lo que quiere. ¡Siempre lo mismo!

¡Siempre hay que aparentar la posesión de un fin! ¡Siempre el camino rectamente marcado!

ANSIAS

Pienso en ÉL. En todo lo que tocan sus manos plasmadas de esmeraldas, y digo:

Feliz tú, libro, que sientes la calidez de su piel. Tú que no lo deseas. Libro, señor libro, hermano libro, feliz tú, feliz usted, que recibe la inmarcesible tersura de sus dedos. Feliz tú, papel blanco lleno de dibujitos indelebles. Tú que no lo amas.

Tú, que con solo mostrar tu desnudo perfil recibes el abrazo de su mirada. ¡Feliz tú, hoja de papel en blanco! ¿Y usted, señor suelo? ¿Qué decir de usted, usted que tiene el honor de recibir su paso, usted que lo sostiene, usted que es marcado por su maravilloso ritmo? ¡¡Feliz de usted, señor suelo, feliz de usted, usted que no lo desea!! ¡Oh escaleras brillosas, vasos inertes, cubiertos indiferentes, trajes irreflexivos, sillones insulsos, útiles impersonales, felices de ustedes, que lo ven, que lo sienten!, ¡y no lo anhelan!

Estoy exaltada. Coordinemos.

¡Oh brújulas vencidas, venid a mi alma! Es la primavera: los cantos de los pájaros, el aroma del polen, las amapolas sonrientes. Es la primavera que atenta contra mi invernal y dolorosa celda. La estufa se muere de hastío. ¡Serenidad! ¡Serenidad! El yo huye de mí hacia las plazas, a atraer marineros, a comprar flores de maíz quemado y caminar cantando «je t'endrai» [*sic*]. Mi garganta ríe deshojando el cadáver de una violeta muerta. Mi amplia frente de intelectual venida a menos, mira al cielo y al libro de gramática y dice: *Merde!*

Lunes

Un calor longitudinal y fatigoso mece mi cuerpo sepulto en los edredones voluminosos. El sueño cae misteriosamente a mi cuerpo y lo toma suavemente. Acá, entre el cansancio y el humo, entre el Miedo y las ansias inmortales, me digo: he de escribir o morir. He de llenar cuadernillos o morir.

8 y 1/2 h. Mi cuerpo no quiere levantarse, sino seguir durmiendo. Entreabro los ojos, aspirando los objetos de la habitación. Los cierro de nuevo, suspirando. ¡Cuántas cosas pierdo! ¡Cuántas sensaciones, vivencias, aprendizajes! ¡Todo por morir un poco más! ¡Todo por vivir menos, en ésta, mi dolorosa e irreal realidad!

> Y esa voz que te grita vives y no te veo vivir.
>
> VICENTE HUIDOBRO

Son las cuatro de la tarde. ¡Oh, sol! ¡Oh, árboles humildes
plenos de verde! La primavera se me presenta como una epopeya
popular que extrae todo hacia un exterior horroroso
porque yo no pedí nacer en forma de signo de interrogación
porque yo, mujer crisálida, no tuve la fuerza de nacer cadáver

porque yo, en fin, llevo un alma rociada por diez y nueve primaveras angustiosas
por eso me quejo en diez y nueve arpegios delirantes
mi frente enloquece de amargura
mi garganta cose los hilitos desgarrados
uno más uno
uno más uno
porque ya tengo mi vestido preparado con mi gran corte en el alma para que la golpeen
porque me dicen que es la fiebre del siglo veinte que nos atora
porque yo, alejandra-mujer-angustiada, no fui valiente y no nací sin ese vaho azul que llaman oxígeno
por eso lloro y escribo mi hojita diaria y la embellezco con dibujitos (nada meritorio, ya sé)
por eso gimo y no me digo ¡adelante!
por eso clamo y repito mi canción: ¡dolor! ¡dolor! ¡dolor!
¿alguien te ayudará?
¿alguien alguien?
meticulosa, hermana, y tranquila
respira cantando uno dos
sonríe abriendo los brazos
blancas son las nubes
ya lo sabemos
todo sabemos
menos la putrefacción publicitaria del para qué insidioso
musiquita indiferente
cozita [sic] del cielo
¡calla! escucha de allí, de allí
la voz que viene y se acurruca en tu alma
¡ah! ¿te sientes natural, ente cuadrado?
¡ah! ¿oyes el vibrar de lo maravilloso?
¡no hables! ¡calla! ¡besa el silencio!
¡no! ¡nadie te ayudará!
te hundes en la despejada marcha de los transeúntes
narra la historia de cada sombrero
lee el caos que celebra un festín en
todos los ojos
da vueltas y vueltas ¡ríe!
señala los números y aguanta el estrépito
celebra un acto mórbido y apaga las luces
¡nadie te ayudará!
no pienses en rostros

ya sabemos. ojos, narices, boca
¡sabemos demasiado!
ése es nuestro terror
¡oye! toma un libro y adórnalo con flores de violetas muertas
suspira insuflando el aire amarillo al molino que ayuda a los poetas
¡haz algo y olvídate de todos!
nadie te ayudará

eres mi ornitorrinco
el pájaro más bello que haya existido jamás
eres un abanico
el árbol que brota del alma de otro árbol
eres una queja
el techo más amable de la campaña azul
¡oh! eres todo todo todo
ornitorrinco abanico queja
¿qué importa?
¡eres eso y mucho más!
¡eres todo todo todo!
(¡y caes lo mismo!)

la flor es la voz de la tierra.

el viento es un trozo de oxígeno disfrazado de fantasma, que vaga silbando una canción que nunca pasa de moda.

una cerda es una señora burguesa, muy gorda, que fue raptada por los indios que reducen los cráneos de los blancos pero que con ella se salieron de la norma acostumbrada y le redujeron todo el cuerpo; luego de rasurarla, la encerraron… pero se olvidaron un rizo en el trasero.
el reloj es un viejo que murió de un ataque al corazón y luego resucitó (para vengarse de los que se sentían molestos con el ruido de sus latidos).

1.º Versos de Safo.
2.º Cap. I. ¿Cómo se conocieron Chris y Ann? ¿En la calle, en un café, en una reunión, en una plaza, en un yacht, en un colectivo, buscando un taxi (subieron ambos)?
¿Qué hace Chris? Escribe.
¿Qué hace Ann? Pinta.
Hay un alejamiento intermedio (¿Por qué?) ¿Hastío? ¿Disensión? ¿Infidelidad? ¿Odio? ¿Ofensas?

28 de septiembre

Una joven pregunta malhumorada: ¿Es que no puede llover sin tronar?

Eternidad: humo gris azulado // Sensación de retorno infinito. Nombre grabado en las hojas de los árboles // Escenografía pletórica de niebla // Nave solitaria hundiéndose en la lejanía // Dante, Shakespeare, Goethe, Bach, Goya.

¿Quién me enseñó el nombre de Shakespeare? Nadie. Nací con este nombre grabado a priori en mi nebulosa. ¡«Esto» es eternidad!

La mayor parte de la población israelita rehusaba considerar sus derrotas como actos provenientes de la ira de Yahvé, rehusaba fructificar esos fracasos y soportarlos como *necesarios* para reconciliarse con Yahvé y para llegar a la salvación final. ¡No!

Era mucho más cómodo para ellos atribuir la desdicha a un accidente o a una negligencia, fácilmente reparable por medio de un sacrificio. Muy pocos aceptaban auténticamente (hecho que ocurrió también en muchos cristianos).

«El hombre quiere trascender definitivamente su condición de existente.»

Elevo los brazos y caigo en el vacío. ¿Qué hacer? ¿Qué vivir? ¿Cuánto? ¿Cómo? ¿Dónde? Y… ¿por qué?

¡Riiing!

Bajo fastidiada. Una humilde mujer ha tocado el timbre. Viene a ofrecerse como sirviente. La miro: morena, mal vestida, grosera, con una horrible voz agudizada por el hambre (quizás). Le hablo. Para mí, su imagen no es más que una experiencia, es un «modelo» de la clase que representa. Nuestra conversación merece de mi parte la consideración de un juego empírico. Y, ¿cómo será para ella? ¡Ah! Es algo muy serio. Acá se debate su trabajar o no; su vivir o no; su subsistir o no… Creo que no fue posible hallar un golpe más brusco para mi angustia trascendental.

De pronto, siento náuseas de mi resignación de ser-para-la-muerte. ¡No! ¡Quiero liberarme! ¡Quiero vivir!

Caen los golpes. Compruebo que no es posible escribir bajo el «dolor puro». Hace unos instantes me sentía tan, pero tan angustiada que, cuando traté de concretar por escrito mis emociones, la pluma resbaló de mis dedos llorosos.

> El hecho es que una gran dicha o una gran desgracia nos reducen al balbuceo… excepto si hablamos de ellas a distancia, en el dominio del recuerdo…
>
> V. OCAMPO, «Felix culpa»

¡Háblenme de los hebreos en el desierto!
¡Háblenme de los pobres que mueren de hambre y de frío!
¡Háblenme de los clavos de Cristo!

¡Háblenme de los condenados a la hoguera!
¡Háblenme de las madres con sus hijos muertos!
¡Yo! ¡Sólo yo sufro!
Yo, que estoy tomando un exquisito café y aspirando la dulce fragancia de este cigarrillo.
Yo, que planeo una perfecta apertura social para la próxima semana.
¡Yo! ¡Sólo yo sufro!
Yo, que mientras escribo sonrío a una mosca que mastica azúcar y lloro de soslayo para no humedecerla.
Yo, sentada, ignota y primaveral riendo de mi jactancia extravagante pero mía.
¡Yo, sólo yo sufro!
¡Háblenme de gitanas sucias y despatriadas!
¡Háblenme de estrellas sin cielo!
¡Háblenme de flores sin pétalos!
¡Yo, sólo yo sufro!
¡Sí! Acá, en mi verde umbrío rincón.
¡Sí! Acá, mientras vivo danzando en la cuerda.
¡Sí! Acá, mustia y pegajosa, llorosa y dolorida.
¡Yo! ¡Sólo yo sufro!
umbrío vidrio estridente marea
al filo sin son de la tarde muerta
tres dríades duermen sentadas
en mi ser cansado ya sin llanto
sombría y terrestre adrede
me extraigo
una verde sonrisa sangrante
¿dónde vas, labio muerto sin fondo?
¿dónde vas, impetuoso lanzallamas?

Alejandra: recuerda. Recuerda bien todo lo que has oído. Primeramente, debes aprender a separar el sueño de la vigilia. Recuérdalo, y no pienses que «estás desnuda o llevas un traje de vidrio».

¡Levántate! No puedo… quiero leer, entender, asentir sonriendo y decir: Esto es lo que yo pienso.

Clamo a ÉL, mi único dios, mi único amor humano, mi único sostén. Le ruego que me dé fuerzas para poder levantarme de la cama en la que yazgo hiperexcitada y enferma.

¡Milagro!

Siento una mejoría que viene de muy lejos. Sí. ¡Acción! ¡Ya estoy disponible! (¡Pero cómo quiero llorar!)

Mon plaisir en serait plus dans le monde, mais dans la littérature.

PROUST

Domingo. Lento y opaco domingo lleno de garras oscuras que atraen misteriosamente las horas.

Domingo. Las sombras cubren mi tristeza que desciende simétricamente hacia el vacío.

Siento una profundísima melancolía. Sombras, dolor, vergüenza de no ser, todo, todo, tan feo, tan triste, tan ausente, tan estático. Quiero morir.

Dentro de unos instantes, moriré. Abriré mis venas con un cuchillo.

¿Qué puedo decir? ¿Qué valor pueden tener mis palabra, ahora, que ya es el fin?

¡Morir! ¡Claro que no quiero morir! Pero, debo hacerlo. Siento que ya está todo perdido. Lo siento claramente. Me lo dice la fría noche que nace desde mi ventana enviando mil ojos que claman por mi vida. Ya nada me sostiene. Pienso en usted, y algo, desde muy hondo, rompe a llorar. ¿Debo pensar que por usted es necesario vivir? Mi razón así lo afirma. Pero, la orden imperativa de este momento es un terrible grito que sólo dice ¡sangre!

¡Morir! Ya nada me queda…

Todo se esfumó y yo quedé en la nada. Y así estoy ahora. ¿Puedo pensar que debo vivir? ¡No! ¡No! ¡He de morir! Y ¡ahora! Tiene que ser ahora. De lo contrario, no será nunca. Por última vez, le digo de mi amor.

DOLOR

¡Llorar! Se acarició el rostro. Sentía una profunda tristeza por su tristeza. ¡Llorar! Naufragaba en un mar melancólico; hondamente, llanamente, melancólico.

Tomaba lenta conciencia de su sufrimiento, sufrimiento agudizado por la visión de su espera vacía. Calculó los residuos de esperanzas que yacían en su alma: ¿qué esperar?, ¿cuándo?, ¿hasta dónde?, ¿por qué?, ¿para qué? Su interior se deshacía paulatinamente como un grifo mal construido. Algo goteaba horrorosas partículas de dolor. Algo, algo. Quiso sonreír, pero sus pestañas latieron ante la humedad que afloraba a sus ojos. Pensó que solo le restaba morir. Atisbó su alma para comprobar el efecto que le producía esta palabra fatal: morir. No. Sólo nada. Su alma asentía en silencio. Ya no le importaba no ser. Quiso sonreír y el llanto sobrevino. ¡No ser! Y ahora, ¿acaso ella *era*? ¿Qué era? ¡Un grito de dolor! Un simulacro fastidioso de agonía humana que ocultaba un prosaico y pequeño fracaso: ¡el de su vida! Quería atribuirse la responsabilidad del vértigo universal, cuando en realidad no era más que una partícula llorosa y humillada por esa vida tan dura y tan mala, ¡¡vida que no comprendía, vida que no intentaba comprender, vida que no aceptaba!! Tornó a sufrir. Pequeño lagrimeo. ¡No! Todo estaba muy bien, muy correcto, muy sensato. Su cuarto vibraba de orden y belleza. Su cuerpo bien vestido y perfumado. Sus uñas luminosas,

su rostro bien compuesto, su pelo simétrico y su frente intacta. Contempló sus queridas posesiones. Sí. Todo estaba muy bien, menos ella, la pobrecita ella, tan dolorida, tan pero tan dolorida que se sentía estallar. Era algo que la mordía por dentro, algo fiero y oscuro y grande y tremendo. Algo la castigaba por sus pecados o por sus virtudes o por su vida o por su muerte. ¿Cómo saberlo? Oyó un horrible chirrido, como de una tumba, que se abalanzaba sobre su nuca. Oprimió los pies contra el suelo, fuerte, muy fuertemente. Sentía que su cuerpo se estiraba, cada fibra, cada tendón, se iban y volvían elásticamente, como en los films de dibujos animados. Cerró los dientes hasta empujar todos los dolores de su cuerpo y concentrarlos en sus mandíbulas. Sufría. ¡Cómo sufría! El dolor laceraba su ser hasta convertirla en un impresionante hilo tenso que al menor roce producía sonoridades sorpresivas. No quería pensar en su dolor, pero éste estaba dentro de ella, delirante, acalorado por alguna fiebre misteriosa. Unos ruidos extraños burbujeaban en sus sienes marcando heráldicamente el lugar en que ella tenía que apoyar los dedos y frotar, muy suavemente. Los dedos bajaron al sitio en que estaba el corazón. Se asustó al sentir ese vibrar tan uniforme y tenso. Un segundo más y lo iba a ver estallar, volar en mil pedazos, como un globo terrestre de goma pinchado por una espina, ese mismo globo terrestre que era su abstracción del mundo, de su mundo que desaparecería con su muerte. Estaba decidida a llevarla a cabo, pero había un pero que rompía silenciosamente su resolución. Contempló la pluma y la acarició. Como una flecha venenosa, la contaminó un deseo: escribir, escribir. Deseo que introducía a la muerte en un barco irretornable, deseo que aumentaba el mercurio de su angustia, deseo que cortaba su pobre espíritu y arrancaba los testigos de sus frustraciones, de sus impotencias. La tentación de arrojar la pluma por la ventana, al mundo exterior, odiado y temido, se hizo fuertísima, pero sabía que esta pluma solo era el símbolo de su ardiente apego a las figurillas conmovedoras de su escritura. Nuevamente, se sintió desolada. El sol aciago cegaba sus pupilas. Vibró su dolorida frente. ¡No! ¡No era el sol! Era su llanto, su modesto y silencioso llanto, que cubría su rostro, no para lavarlo, como una lluvia beneficiosa, sino para hacerle llegar a todo su ser el testimonio de su desdicha, de su terror, de su vida perdida. Trató de ocultarse, de sonreír aun cuando la falsedad de su alegría fuese conciente. Quería hundir su mano en el dolor y agarrarlo como a un objeto próximo y estático y oprimirlo y expulsarlo de su cuerpo fatigado. Pero no, su dolor era como un [*palabra ilegible*] indomable, imposible de aferrar. Pensó en Dios, en algún elemento supremo a quien elevar sus quejas y pesares, alguien contra quien clamar o blasfemar. No. El cielo era una masa presente y azulada. Ni por asomo se le ocurrió que Dios podría estar detrás, o encima o, como le habían dicho cuando era niña, en todas partes. Recordó que se había asustado. Recordó que lo imaginó como un fantasma blanco lleno de ojos negros. Pero, ahora, ¡ahora, pobrecita ella!, no atinaba a encauzar su dolor hacia esas terapéuticas ultraterrenas. Cerró los ojos. Ahora el dolor caminaba por su sangre, a pasos gigantescos, torturadores de su ser, que ella temía como a todo. Inspiró

hondamente. Nada. Con sumo ingenio, sus resortes angustiosos se entretenían en escribir sobre la superficie de su alma. Escribían NADA, con grandes caracteres luminosos, NADA imborrable y dolorosa, NADA desde lo más profundo de su alma. ¡NADA! Siguió pensando en la muerte. La tinta de la pluma languidecía, por lo que ella dijo: «¡Maldita lapicera!». Y rompió a llorar.

Cuaderno de junio y julio de 1955

Junio

Aparentemente cada cosa tiene su sustituto. Sustitución que se sucede infinitamente. *Yo creo que nada se reemplaza*.

En este momento, estoy escribiendo sobre la mesita de un café. A intervalos imprecisos suspendo la pérdida del líquido tinta para compensarla mediante el líquido té. Sé que es una sustitución irrazonable. No cuerda. Pero no es esto lo que yo quiero expresar. Intento fijar *este momento in-sus-ti-tu-i-ble*. Mañana podré estar acá de nuevo haciendo y pensando Lomismo [*sic*]. Pero nada se igualará a esta inefable presencia angustiosamente temporal.

Ninguna dificultad se compara a la de explicar pacientemente a una persona mediocre la raíz de nuestro desencasillamiento. De nuestro disconformismo. De nuestra INMORALIDAD.

El hastío es una botella llena de agua mineral con un pequeñísimo agujero en el fondo; cada minuto pierde una gota. Es cuestión de esperar que se vacíe o estrellarla aguantando el infernal estrépito.

Se habla del sol, de la luna, de las estrellas. ¿Y si no serían [*sic*] más que prejuicios que nos obsequiaron al nacer? Prejuicios contra la posibilidad de su no-existencia. Sea como fuere, ¡que no llegue jamás el momento de abrir los ojos!

«¡¡Haber nacido para vivir de nuestra muerte!!», gime César Vallejo.

El rostro de Van Gogh. Humano demasiado humano. Su cabeza rapada para desafiar a los pájaros. Su mentón encerrado en la atmósfera de los amarillos. Y la nariz recaudando borrascas. Y los labios absorbiendo pinceladas. Y la frente mirando el haz que camina tentador luminoso. Y los ojos. ¡Los ojos! Como las negras piedras que se arroja contra los solitarios. Con la más insignificante reducción de Lo Terrible. Dramaticidad insoluble. Vértigos zambullidos. Alambres traspasados por las pupilas de las piedras. Raíces magnéticas que jamás se desarrollan… ¡Humano! ¡Demasiado humano!

Quisiera pensar en algo sublime. En el nacimiento del hombre, en los sacrificios de Oriente, en el asta de la bandera de Etiopía. Quisiera electrizar mis ojos y sacudirles su inercia doméstica. Quisiera levantar mis piernas, manchar el cielorraso, arrodillarme junto a un sapo ahogado, clasificar los tonos de un pétalo, registrar los bolsillos del rey de Suecia, distinguir al tacto los cuatro reinos animal, vegetal, mineral y humano, revivir los éxtasis de Juana de Arco exhalando albores para destruir el fuego, recoger las mieses de una chacra irlandesa, pasear a hurtadillas por la nieve muda de Siberia, regatear bambú en un kiosco chino, sonreír al simio en la

negrodorada noche de un ukelele sorbiendo un coco de la isla de Hawai, elevar los párpados, subir a lo más alto, agitar los brazos como campanillas estremecidas y gritar a todo: ¡Soy universal!

Suena el despertador. Estiro mi angustia. Desmenuzo el frío vistiéndome en la auténtica oscuridad que enmarca las 6 horas.

A lo lejos, los flacos pómulos de mi amado César me susurran conmovidos: ¡¡Ya va a venir el día / ponte el cuerpo!!

C’est la vie mort de la Mort! (C. V.)

Matin d’hiver lèvres fermées (P. É.)

Es como si a una le hundieran mil dedos en los huesecillos del cuello. Es como si las ebrias risas se revolearan como flores muertas. Es como un soplo terrible que ahoga el alma hasta la llegada del querido llanto (*my dear tears*).

le cri de son angoisse

En estos momentos el universo se reduce a cuatro paredes, trescientos libros, ruidos prosaicos, mi fantasma vagando y mi alma ansiosa de esparcir tentáculos en todas partes. Madame Angustias sonríe orgullosa de su nuevo vestido. «¡A donde vaya habrá sed de correr!» ¿Pero es que hay algo más dramático que esta pobre alma mía en las cuatro paredes, llorando y gimiendo por reproducirse en todo? «¡Galeote dramático, galeote dramático!» «¡Es como si me hubiesen puesto aretes! / ¡Es como si me hubiesen orinado! / ¡Es como si te hubieras dado vuelta! / ¡Es como si contaran mis pisadas!»

¡Amado Vallejo! ¡Mi adorado poeta triste! ¡Tú con tus huesos hambrientos y el pelo revuelto y la nuez anhelante y el torso partido y el sentir escabroso y la soledad y el sexo balbuceante y la soledad y el ojo vestido de gris y la soledad y el amado lloro de siempre y la soledad y los golpes de la vida tan fuertes y la soledad y el yo no sé, el porqué de tanto daño, de tanto golpe duro y malo, de tanta suciedad pendiente y la nada y lo horrendo y el mefistofélico bastón en quien no apoyarse y el bendito Dios que camina junto a ti y el terrible exilio de los eternos fugitivos, y las calientes lágrimas una más una hasta la ecuación imposible y los dulces monos de Darwin agitando veinte dedos por cabeza y el tric-trac de los huesos pidiendo un trozo de pan en que sentarse! ¡¡¡¡y y y y la soledad el llanto la angustia la nada y la soledad!!!! ¡¡¡¡Amadísimo queridísimo César!!!! ¡¡Hasta cuándo!! ¿¿Siempre?? Lloro.

> ¿Sabéis en qué consiste la individualidad?
> En la voluntad consciente. En la consciencia de que uno posee una voluntad y que es capaz de actuar.
> Sí, esto es, dicho de un modo maravilloso.
>
> *Diario* de KATHERINE MANSFIELD

Soy un signo de interrogación rodeado de ojos y de fuego. Mi base es un cenizero [*sic*]. Mi cabeza es humo que asciende en ondas grisazuladas.

La viudez de mi destino enmarcó mis huesos. Tengo lo oscuro que vaga silbando en mis aterrorizadas vísceras. Tengo la jocosa maraña de inimaginables plebiscitos artísticos. Tengo la burda emboscada de mi ardor innato. Y tengo mucho más que no digo, pues ya es tarde. Muy tarde. Tengo dieciocho años.

Pensar en la novela, o en las cartas a Andrea. Convencerse de la importancia secundaria del argumento. Lo esencial son los trozos de caracteres. Tiemblo por mi subjetividad. Desconfío de mi constancia. ¿Cómo podría lograr llegar hasta el fin?

Pienso que actualmente todo argumento sería autobiográfico. No tengo el menor deseo de crear seres felices, ni países que no he visto ni situaciones en que no intervine. Tal es mi egoísmo o lo que sea. Cierro los párpados y recorro mi vida. Sonrío. ¿Se la puede llamar intensa? Creo que sí. Inconscientemente intensa. Cada día lo siento más. Cada minuto tomo más conciencia de mí y mi sonrisa se amarga. Me siento agotada. En estos momentos oigo los furiosos arranques de algún jazz-band cercano. Risas, fiesta, baile, bromas, hermosos vestidos y el corazón saltando. ¡Cuán lejano! Es como si hubiese sucedido hace veinte años. Mis ojos se irritan. Sí. Estoy agotada. Deshecha. Me pesa el disfraz de extravagante originalísima, de niñita adorable, de liberal, de todo. Me siento desdichada… ¿y la novela?

Me gustaría una novela autobiográfica, pero escrita en tercera persona. Por supuesto que comenzaría en mis diecisiete años. Lo anterior no tiene *interés*. (¿Y todas las escapatorias de tu ambiente? ¿Y tus sollozos en las escaleras? ¿Y el temor a los lazos?)

Pero pienso que hay que escribir cuando se tiene qué decir. ¿Qué diría yo? ¡Mis angustias! ¡Mis anhelos! ¡Mis invisibilidades!

Una descripción del Atelier.
Los patios de la Facultad.
Las charlas del Florida.

27 de junio

Ningún libro puede ya sostenerme. Dostoievski me aburre. Nietzsche me deja insensible. Siento un caos. No sé por dónde empezar.

El vacío. Apollinaire aconsejaba para vencer el vacío escribir una palabra luego otra y otra hasta que se llene.

Me siento como un bicho de laboratorio. Como si estarían [*sic*] probando los efectos que produce el vacío, la nada. Una dice que no se aburre nunca estando sola. Sí, es cierto. Pero con libros, música y humo. Ahora no tengo fuerzas ni ganas de leer, fumar o escuchar música. Y eso me desespera. Es como si hubiese perdido la facultad de gozar. Nada me conmueve. Mis párpados se cierran. ¡Dormir!

¡Soy Argentina! Argentum: plata. Mis ojos se aburren ante la evidencia. Pampa y caballito criollo. Literatura soporífera. Una se acerca a un libro argentino. ¿Qué ocurre? Viles imitaciones francesas, modismos en bastardilla, fotografías pesadas del campo. De pronto aparece un escrito rrrrealista. ¡Magnífico! Encuentro entonces palabras como «puta» escrita cincuenta veces o diez variaciones más *made in* Dock Sud: descripción de la viejita, del mate y de doña XX. O si no una bibliografía de los mejores libros clásicos o unos cuentos del tiempo de los valsecitos y las crinolinas, o un *affaire in love* en las montañas cordobesas llenas de cabritos y ¡de nuevo! mates amargos.

¡Siento que mi lugar no está acá! (ni en ninguna parte quisiera decir). Me encanta elucubrar por escrito. Quizá mi queja contra mi patria sea agresión nacida en base a alguna impotencia literaria. Pero ¿qué ocurre si escribo una pasión como lo ha hecho François Mallet o Célia Bertin o aun Françoise Sagan? ¡«Degenerado» es el rótulo!

¡Bah! Y vuelvo a decir con Rimbaud: Encuentro sagrado el desorden de un espíritu.

El Dr. R. dijo que un cuento es una novela frustrada.

Árboles castrados. Conmueven. Parecen tan humildes, tan inocentes. Su postura es la misma que antes, cuando cada brazo refulgía de verdes dorados. Árboles cortados. Erguidos a pesar de todo. Dulce espera de la primavera. Recuerdan las hojas caídas. Recuerdan las sombras gigantescas. Esperan y esperan. Nada se reemplaza. Ya vendrán grandes ramas que, a lo mejor, serán más bellas que las anteriores. ¿Por qué no podrá sucedernos Lomismo? Florecer. Un golpe de hacha. Desnudez impúdica y digna. Espera. Nuevos brotes. Otro florecimiento. Y luego Lomismo y Lomismo. Es decir que anhelo un golpe de hacha que quiebre mis ramas actuales. Quedarme desnuda y esperar sonriente.

Anhelos de viaje. Sonreía amarga cuando André Gide me decía el otro día: «Cuando veáis las arenas del desierto» o «esa extraña flor que encontré en Biskra». Y yo elevé los ojos al humo que golpea contra mi ventana. A las amarillas paredes y a los cables.

Anhelos de viaje. No a la manera de antes que era huida. ¡No! No a la manera de C. Vallejo (a donde vaya habrá sed de correr). Tengo sed de belleza. Sed de colores. DE cielos *limpios*.

A la memoria de X. A.

Recuerdo a la prof. de Geografía de 3er año. ¡Mujer maravillosa! Junto al mapa de Europa, cerraba los ojos; con ademanes de ciego guiaba sus dedos balbuceantes a través de los lugares más bellos; St. Moritz, Cannes, San Sebastián, Niza, Mallorca… Y su hermoso rostro sonreía reminiscente. Exhalaba poesía. Mar. Cielos profundamente azules. Y decía con voz incitante: «Cuando ustedes se acerquen a la estación y saquen pasaje para St. Moritz verán perfectamente el cerro XX»… ¡Perfecta enseñanza de la Geografía! Mi corazón se disolvía de anhelos. Luego, al final de la clase, me acercaba a ella y le preguntaba cuál era el lugar en que el sol brilla más o en donde encontrar el cielo de un azul más puro. Y ella me hablaba y su cuerpo parecía sagrado. Cuerpo que roza las paredes del Vaticano y las olas del Mediterráneo. Ahora su cuerpo roza mil partículas terrestres. ¡Querida señora de Arruta! Mujer barco alado.

Ojos de horizontes lejanos.

Disciplina. Orden. Aprendizaje.

Estudio gramática.

¡Pensar que mientras yo fumo tranquilamente mi inconsciente se debate entre una vida árida o productiva! Y todo este escándalo electoral tengo que soportarlo dentro de mi pequeño cuerpo. ¡Pesada cruz!

No sé escribir. Quiero escribir una novela, pero siento que me falta el instrumento necesario: conocimiento del idioma. Creo que editarla sería lo de menos. Me considero predestinada a encontrar siempre un editor. ¡No en vano una vive en pose! Ironías aparte, ¡mi problema esencial es escribir, escribir y escribir!

¡Terribles rincones vacíos del cuarto! Cada uno se llena con la deseada presencia del ser amado. Rincones desnudos. Los dedos se retuercen en el aire tratando amorosamente de hallar Esos brazos, Esos ojos, Esa boca… Y ninguna magia activa su renombre. Todo es en vano. Nuevos deseos. Nuevas frustraciones. El nombre expirado por los labios no resucita en ningún rincón. ¡No! ¡Dios mío! ¡No!

D. nombre de amor.

Diosa de la caza, hija de Júpiter y hermana de Apolo.

Adoro el invierno. Es el depositario de mis culpas. Es la bolsa achacosa de los

remordimientos. ¡Creer que esta soledad, este desamparo, esa desesperación, esa angustia se deben al frío!

Tocar a la muerte tan de cerca que una no desee entonces más que vivir.

Busco la clave inaudita situada ¡allí! Sí. Junto a la ceniza, entre los paredones inextinguibles, frente a los cielos, bajo los huertos. ¡Sí! Busco. ¡Busco allí!

Del diario de Baudelaire

Yo no pretendo que la Alegría no pueda asociarse con la Belleza, pero digo que la Alegría es uno de sus adornos más vulgares, mientras que la Melancolía es, por decirlo así, su ilustre compañera, llegando hasta el extremo de no concebir (¿será mi cerebro un espejo embrujado?) un tipo de belleza donde no haya Dolor.

Cuando logre inspirar el asco y el horror universales habré conquistado la soledad.

Nada existe sin un fin. Por lo tanto, mi existencia tiene un fin. ¿Qué fin? Lo ignoro.

Sentimiento de soledad, desde mi infancia. A pesar de la familia, y en medio de mis camaradas, sobre todo, *sentimiento de un destino eternamente solitario*. Ch. B.

Observar esos árboles con ramas que parecen agujas de cera inclinadas promiscuamente por el viento. Uno de ellos sombreaba un alto y angosto edificio. Arriba, la terraza se dejaba acariciar por un cielo azul sucio.

7 y 1/2 h. La Boca.

> ese furioso deseo de hacer retroceder el tiempo un minuto siquiera, para deshacer o completar algo cuando es ya demasiado tarde.
>
> FAULKNER

Hojeando las novelas policiales se me ocurre preguntar cómo es posible escribir tanto sin decir «dolor», «vida» o «angustia». Aborrezco esa estúpida deshumanización. Ese actuar sin raíz. Ese horroroso desprendimiento de lo más vital e importante. Debe ser por eso por lo que he dejado de ir al cine. Cierta escena de *A Streetcar Named Desire*. Aquella en que una mujer (madame Lamort) gime: ¡¡Flores para los muertos!! ¡Nada más sublime! Fue como darme un diploma de Neurótica honoris causa. (Muchos espectadores se rieron.)

Ciertos seres son mis camaradas de llanto: Hamlet, Blanche Dubois, Vallejo,

Palinuro, Baudelaire. Si no sabría [*sic*] de sus existencias, moriría tecleando en la Underwood de algún cajón comercial. Con ellos, el humo de mi cigarrillo consume las mejores horas.

Ya lo decía Emerson: El mundo no es nada; el hombre es todo. Pero Emerson no me llega. Es frígido. Cobarde.

Hay cicatrices que se rebelan para volver a su condición primera: heridas. Y su frenesí no se conforma tampoco con retroceder un ciclo: quieren el acto nuevamente.

Ejercicio n.º 1

29 de junio

Sangre de un ser humano de 19 años y 2 meses de edad[2].

1 de julio

Comienzo a leer *À la recherche du temps perdu*. Llego a p. 14. ¡Qué análisis tan sutil! («y me pongo a pensar y a sentir, lo cual es siempre triste»).

Por avenida de Mayo un ciego vende lápices y agita una campanilla. En las escaleras del «subte» una ciega entona un cántico muy antiguo. Pasa un hombre de espeso pelo rojo y mullidos bigotes también rojos. Sus anteojos verdes repelen la estética. Se manifiesta inquieto. Me pregunto cómo puede soportar esa carga de tonos tan horrendos. Después, hay tres o cuatro seres vestidos de negro. Gesticulan temerosos poniendo en evidencia su llegada a la capital. Tienen todos la tez rojiza como manos de sirvienta. Seres de agua de pozo y hogar oprimido. Con bocas endurecidas a fuerza de pan duro y vino. Se respira junto a ellos un aire deprimente. Como esos domingos de los suburbios con las calles cerradas y las voces radiales exhalando grotescamente la situación de las canchas de football. Creo que Julien Green fue el que dijo al llegar y ver América *que jamás sintió una tristeza de ese género*.

Lo comprendo. No es que niegue mi depresión interna. ¡No!

> … pero me parece que se depende de los lugares por el espíritu,
> el humor, el gusto y el sentimiento.
>
> LA BRUYÈRE

A pesar de La Bruyère, hay lugares que excitan terriblemente la angustia. Lugares y seres. Hoy, por ejemplo, subí al tranvía con L, riendo ambos feliz e infantilmente.

El guarda que nos entrega los boletos, nos miró disgustado con esa expresión de animalidad ignorante y seguridad en su moralidad. Hombre trabajador y activo seguramente. Horario exacto, sueldo que asciende paulatinamente, aspiraciones a inspector y a ¡quién lo dice! Inspector jefe. Bigotes necesarios para tapar la boca y manos sucias. ¡Brrr! Hay millones como él. Pero él sólo bastó para amasar nuestra alegría en una grotesca farsa. Y lo peor (o lo mejor) es que no hay culpables. ¿O tal vez lo seas tú, pobre cuadernillo mío? Pero… ¡hay que ver qué obvio se hace todo cuando dos seres que gozan son mirados con reproche por mil ojos de robots! ¡Y esos ojos de agua que sólo ríen con vino! ¡Y nuestro llanto en el cuarto helado, a la sombra de la muerte, bajo el viento de la existencia!

Otro golpe más: Resquebrajo mi alegría y la tiro azqueada [*sic*]. Retuerzo mi sonrisa y desaparece. Angustia. Llanto. Todo para buscar mi esencia. De pronto *alguien* me dice: ¿Y cómo sabes que tienes esencia? ¡¡¿Cómo?!!

Hoy es un día de ausencia. No hay cielo. Con todo (mejor dicho: con nada) hay en mi cuarto una luminosidad amarilla que hace recordar los días soleados. Debe ser por la alegría de los colores. ¡Salud silloncito de cuero rojo, absurdo e incómodo! Se habla de la inmovilidad del objeto, de la famosa dualidad, del «vivir» del objeto mediante mi percepción, de mil enunciaciones más todas tan maravillosas por el esfuerzo vital que demuestran. Sí. Pero yo…(¡pobrecito mío!) sólo lo amo por su físico y alegría.

Escribir y escribir. Siento un placer casi morboso al escribir estas sensaciones. Por nada del mundo quisiera estar en otra parte ni en otro ser.

Paseando un rato por las hojas de un tratado de estilística y análisis literario. Hay títulos como «influencias individuales y sociales», «influencias del medio geográfico», «presencia del paisaje». Luego se habla fríamente sobre la fijación de Baudelaire por su madre, la agresión por su padrastro, su dandismo, despilfarro, inmoralidad. Cierro angustiada las hojas. ¡Fríamente! Cierro los ojos e imagino un despertar cualquiera de Baudelaire. Su pluma torturante cuando se impulsa a la acción de su maravilloso «diario». Sus conmovedores esfuerzos por dejar «los vicios». ¡¡Dios mío!! ¡¡Fríamente!! Mis helados huesos oprimen la pluma. Siento la angustia más pura que nunca. Es algo que no tiene causa. Algo que se remonta a… no sé. Es algo tan increíblemente oculto que me extraño de percibirla. Siento la estrechez, la limitación, ¡la limitación!, del hombre. ¡Dios mío! Clamo a ti legítimamente. Lloro por creer. Aferrarse a la pluma. ¡¡Rápido!!

Y el hombre ¡pobre!… ¡pobre!
¡vuelve los ojos locos y todo lo pasado
se empoza con un clareo de culpa en la mirada!

Sí. Un hombre solo. Un ser solo. Siento remotamente. Siento en mi pecho todos

los esfuerzos humanos: desde el hambre del Buda hasta el de César Vallejo. Desde la curiosidad de Eva hasta el cántico de la ciega. Desde el ruego de Raquel hasta mi orgasmo oculto. Desde la barba de Aristóteles a los hombres que esperan turno en el Tortoni. Desde las poesías de Safo al emblanquecimiento vertiginoso de los cabellos de María Antonieta. Y las teorías del ser, y el fuego, las piedras, las profundas pieles de los cavernarios y la venta de un cuerpo por un tapado de visón. Y al llanto de Unamuno y el Okey baby mareando pum-pum. Y las aves bíblicas antes de la separación de los mundos. Y mi ave imaginaria muerta o viva según mis relaciones. Y Gandhi mostrando las piernas y conmoviendo. Y una boda del cine de Hollywood haciendo llorar a tres viejas. Y los pastos cultivados que dejan las uñas sucias a los cultivadores. Y un poeta tronando su angustia. Y un ser preocupado por el color de su pelo, por el milímetro de su traje, por las plumas del sombrero. Y la Biblia esparcida en los cafés (¡a 12 $!, ¡a 12 $! ¿En dónde va encontrar [*sic*] Ud. una Biblia más barata?) ¡Brrr! Somos polvo. Hemos sido polvo. Seremos polvo. Y el Dios mío yo creo en ti. Y una sandalia que Jesús se olvidó en el puerto. Y el *Angst*. Y la muerte como última, ¡no! Como fin de las posibilidades. Y el angustiarse por temor a que la muerte nos quite las angustias y la bomba X Y Z.

Y los energúmenos que tiran la primera piedra. Y un hombre que tropieza con otro y lo mira y no lo mira. Y una mujer que no soporta la obsesión del espejo. Y una pestaña que se cae. Y el temor al gato negro. Y un título de un cartón sobre hojas abrochadas: Origen del hombre. Y el período ternario, cuaternario. Y mi cuarto en la soledaaaaad. Y el diablo con la cola roja. Y el hallazgo. Y el olvido del nacimiento. Y la vid desarrollada. Y los frigoríficos. Y vuelta la nada entre tantas cosas. Y el dolor de nacer derecho y el dolor de morir derecho. Y la cura de la uña esmaltada. Y el aprender que los 3 lados de [*tachones ilegibles*] son iguales entre sí y el encerado negro y el tiempo. Y el tren que hace ruidos de zetas oxidadas. Y viene un hombre y libera un trozo de espacio. Y vienen las aves y orinan su efigie. Y el dedo meñique erguido en la corte francesa. Y la moda. Y Dios vio que era bueno. Entonces se sonrió y… ¡brrr! Y el ruido de un avión por las tierras de Dios; y el ateísmo, el agnosticismo, el maquiavelismo, el legismo, el marlonbrandismo, el dadaísmo, el imperialismo, el… y la nada a pesar de todo, y el frío que husmea cada partícula. Y las radiografías tan crueles. Y el infinito miedo de no ser, de sí ser feliz. ¡Y el hambre, la nada, el miedo, la angustia! ¡Y todo! ¡Y el hombre! ¡Y la angustia! ¡Y el mundo! ¡¡¡¡Y el hombre!!!!

Planes. Fines. Modelos. Disciplina. Aprendizaje.

¿Qué será del cuerpo de mi querida amiga Emilia muerta hace tres años? Su abuela lloraba y clavaba las viejas uñas en la dulce madera del ataúd (me pregunto en qué estaría pensando el obrero que le dio lustre):

—¿Por qué no me habrá llevado Dios a mí en tu lugar? ¿A mí que soy tan vieja? ¡Emilia! ¡Y hoy cumplías 15 años! ¡Emilia! ¡Mira tu blanco delantal escolar bordado

con tus iniciales! ¡Y la bicicleta que se herrumbra sola en ese rincón! ¡Y tu perrita Loli que busca tus manos! ¡Emilia! ¿Por qué no me habrá llamado Dios a mí en tu lugar?…

¿Por qué?, me pregunté mirando con disgusto ese rostro mojado tan feo y viejo. ¿Qué será de ti, querida Emilia? Recuerdo tus ojos verdes. (Pero también tu negro rostro muerto.)

Cierro mis ojos a todas las negaciones. ¡Yo he venido al mundo para realizarme! Planes. Disciplina. Aprendizaje. No olvidarse de ir a buscar los zapatos. Comprarse un libro. ¡Yo he venido al mundo para realizarme!

(¡Flores para los muertos!)

Yo he venido al… ¡¡LLORO!!

Tinieblas. Incertidumbre. Agonía. Angustia de vivir. Humo. Humo. Sobreponerse. Suponer que la vida es un obsequio, un paseo, un viaje. Cualquier cosa. ¡No puede ser tan malo! Sólo sé que a la vez que me duele la vida no soporto la idea de morir. Seguridad. No quiero plazos. No soporto no sentirme. No soporto no ser más.

Año 2500

Hábleme de la antigüedad. Vamos a ver. ¿Qué hechos importantes ocurrieron en el siglo XX?

«¡¡Yo que tan solo he nacido!!»

«¡¡Yo que tan solo he nacido!!»

2 de julio

Lírica a una jarra de cerveza.

De nuevo diremos reminiscentes que la autenticidad es lo único que permite gozar la vida.

Luego de una reunión de intelectuales angustiados intelectualmente por X cuestiones tan semejantes a las que pululan por los cerebros de los hombres de negocios: exposiciones – libros nuevos – reuniones – ironías – interpretación psicoanalítica – sonreír al saludar – libros en la mano – etc., tremendo placer entre hombres-seres. Entre «verdaderos» artistas.

Magnífico momento ése el de Proust torturado de no poder ser besado por su madre. Conmovedoras las artimañas. Me gusta su abuelo, pero no su abuela a pesar de sus paseos por el jardín y su aire de espartana. No me gusta la salud espiritual

inconsciente. No me gusta la sencillez del campesino que no entiende nada y no tiene más que bondad y alegría. No. Quiero un espíritu palpado mil veces por su mano y torturado y feliz y contradictorio.

¡Si una podría [*sic*] ser su propio espejo una vez siquiera! Yo reflejándome en mí a la inversa (mí reflejado en yo). Es decir que en vez de mirarme en mi espejo quiero que mi espejo se mire en mí.

3 de julio

Poder despegarse de las pasiones para dedicarse al Arte.

¡Al diablo! Después de todo: ¡qué dulce es la vida del hogar y la familia! En estos momentos *todo* se ha empavesado para resaltar el bienestar de lo cerrado: el frío, la ausencia del cielo, la estufa, el té caliente, el fervor de los relatos de mi tía, el dulce rostro de mi madre, las confituras. Todo huele a humanidad. No se siente el tiempo. El mar y los barcos se han ido. No son «para nosotros». Los caminos y el vagabundeo son utopías desagradables. No hay deseos de avanzar. No hay inquietud ni angustia. Todo se acepta. El espíritu se acurruca junto al fuego y se duerme como un gatito friolento. Y uno dice que Sartre es un buen novelista, que Rimbaud tenía rostro de ángel, que Picasso pintó en 1907 esa bailarina tan extraña y que… dan deseos de tomar otra taza de té tan perfumado y natural. Y luego la música y luego un buen libro. Y el lecho como culminación de dicha. Lecho abrigado de antemano por las activas y pequeñas manos de mamá. Y papá con su gorra de franela gris y las invernales pantuflas y el sillón tan hundible y el periódico. *Mon dieu!* ¿Qué significará la nada?

Senderos. Caminos. Huidas.

Camino. Pasa la vida. Con una voz grave y mil poemas revoloteando sobre los hombros. Con un rostro no vivido y arrugas invisibles. Con la maleta entreabierta llena de desapariciones. Con la raíz putrefacta de incertidumbre. Buscando un carro para descargarse de tanta desilusión. Con voz grave decir: Pasa la vida.

La sorpresa me incita a creer que hay aún en mi alma infinitas posibilidades de hallazgos. Esta sorpresa que otorga la lenta ocupación de mi interior. El pobrecito no se resiste. Soy yo que por pereza y angustia no profundiza. Soy yo y los malditos letreros que la vida instala en cada trecho: ¿PARA QUÉ?

4 de julio

Extraño. Estaba sentada en el colectivo. Ensimismada en no recuerdo qué ensueño. De pronto algo hizo sombra. Fue como en el cine, cuando un espectador rezagado se acerca y su imagen nos obstruye momentáneamente la visión. Sí. Era Raúl que me saludaba desde la acera. Maquinalmente mi mano le hizo un gesto y mis labios recordaron una sonrisa. Debo decir que reconocí que era Raúl al mismo tiempo que lo saludaba… Repito lo de extraño: ¿cómo es posible haberlo visto si yo no miraba? ¡Si mi mente estaba tan lejos…!

Me asusta. Es como perder las posibilidades de apresar mi yo. ¡Al diablo! Es decir que mientras yo soñaba con XX, ¡una parte de mí husmeaba indiscreta lo que ocurría en la calle!

Es decir, Mr. Dunn, que no están B espectador de A y C de B y D de E, etc., hasta el infinito. ¡No! Hoy sentí tres espectadores. A. que navegaba sonrosada en su ensueño. B que cuidaba de A. y E., ¡maldito sea!, para no aburrirse saludaba a Raúl.

Cínicamente confío en llegar a mi esencia.

> El temor a la soledad es mayor que el temor a la servidumbre, y de ahí que nos casemos.
>
> C. CONNOLLY, *The Unquiet Grave*

Después de leer esto deseo saber el estado civil de Connolly; luego se me ocurre sonreír condescendientemente; luego… ¡al diablo! ¡Tiene razón! Pero… (los hombres necesitan ser muchos para existir). Pero… junto al libro de Connolly no me siento sola. Luego me puedo decir que no temo la soledad. *¿La temo?*

(Por favor; no contestar aún. No has entrado siquiera en convalecencia.)

5 de julio

Pensando sobre la obra literaria.

Lo mejor que se me ocurre es una especie de diario dirigido a (supongamos, Andrea). Es decir, no serían cartas ni un diario común. Podría estar dividido en dos o tres partes. Una dedicada al amor, la otra a la angustia, la tercera a *mon dieu!*, acá ya sería cuestión de resolverse, de elegir: o captar al mundo o rechazarlo.

¡No! No podré realizarlo debido a mi *heart with two faces* (hoy lo acepto, mañana lo rechazo). Sería cuestión de escribirlo todo en una noche. ¡Imposible!

(Seguiremos haciendo poemas.)

¡Cuánto nos admira la seriedad burguesa! Repele calma, seguridad, ¡FE! Sí. Fe más que todo. Una fe a prueba de mil camioncitos de esos que tienen el letrero dorado:

SEPELIOS.

Repito que yo no pedí nacer.

Heme acá cansada, triste, deshecha, angustiada, sorbiendo café y fumando en la mesita de un café que ni sé cómo se llama. El «mozo» es tan amable conmigo que me provoca deseos de llorar. Todo, en fin, es tan doloroso, suave y ausente como la espera, como este día tan frío, tan finamente cruel, tan cargado de flores muertas. ¡No! ¿Por qué hablaba de flores? Humo de «bus», cielo sin cielo, risas trágicas. Humo, negocios, sucio dinero. Clima de *Angst*. Humo. Imagino el campo con dificultades mediante un campo de Van Gogh.

¡Todo está tan lejos! La ciudad. El viaje. La conversación insípida. El estudio. El lecho. ¡Dios mío! Me suicidaría para no sentir más. Pero no. ¡Imposible muerte más profunda que ésta! Me siento como Roquentin, como Connolly, como…, ¿por qué no decir como Alejandra? ¡No! Alejandra es muy peligrosa. Es capaz de ser feliz dentro de un segundo solo con que venga el mozo y le encienda sonriente el cigarrillo. ¡Alejandra! ¡Alejandra! ¡Piedad por tu espíritu! ¡Alejandra! ¿Qué será de ti, sola en esta muerte espasmódica? ¿En esta lugubridad humeante? ¡En este fuego sin alumbrar! ¡Alejandra! Piensa en tu alma.

> He aprendido a distinguir esos estados que se suceden en mi ánimo, durante ciertos períodos, y que se reparten cada uno en mis días, llegando uno de ellos a echar al otro con la puntualidad de la fiebre; estados contiguos, pero tan ajenos entre sí, tan faltos de todo medio de intercomunicación, que cuando me domina uno de ellos *no puedo comprender*, ni siquiera representarme, lo que deseé, temí o hice cuando me poseía el otro.
>
> PROUST,
> *En busca del t[iempo] p[erdido]*

Heredé de mis antepasados las ansias de huir. Dicen que mi sangre es europea. Yo siento que cada glóbulo procede de un punto distinto. De cada nación, de cada provincia, de cada isla, golfo, accidente, archipiélago, oasis. De cada trozo de tierra o de mar han usurpado algo y así me formaron, condenándome a la eterna búsqueda de un lugar de origen. Con las manos tendidas y el pájaro herido balbuceante y sangriento. Con los labios expresamente dibujados para exhalar quejas. Con la frente estrujada por todas las dudas. Con el rostro anhelante y el pelo rodante. Con mi acoplado sin freno. Con la malicia instintiva de la prohibición. Con el hálito negro a fuer de tanto llanto. Heredé el paso vacilante con el objeto de no estatizarme nunca con firmeza en lugar alguno. ¡En todo y en nada! ¡En nada y en todo!

El mantel de la mesita. Blanco y verde como una baraja. Con equilibrados dibujitos

muertos. Con un vaso de agua. Con un libro cerrado. Una taza de café vacía sobre el platillo lleno de ceniza negra. Con un cuadernillo y mil garabatos. Y el vivir incierto de una mujer incierta.

La miopía exalta la individualidad. Verme a mí perfectamente y a los *otros* como pobres seres borrosos.

Un hombre protesta furioso por cierta novela radial que ha hecho llorar a su mujer, y casi arranca el llanto de él mismo. A pesar de su enojo, el relato es irónico y condescendiente. Es un hombre maduro y calvo. Con voz segura y dedos fuertes. (Y qué ocurriría de haber llorado? ¡Sí!

Hubiera perdido un trozo de hombría, perdón, de animalidad.)

y quería liberarse; pero tenía que elegir

Mi cuarto es como la isla de Gauguin. Con la diferencia extremada de que en mi isla hay demasiados barcos visitantes que insisten e insisten en festejarme a bordo; y yo no me resisto, pues me atraen los marinos y porque las más de las veces resulta muy difícil entenderse con los naturales de esta solitaria región. Pero cuando vuelvo de cualquiera de estas salidas ¡cómo lloro junto a mis fieles y amados salvajes! Entonces decido quedarme eternamente con ellos. Pero viene un barco y atraviesa mi garganta con el ancla. ¡Qué hermosos marinos! Desprendo el ave que se eleva en mi alma para no dejarme ir y salgo corriendo llorosa y apasionada. Antes de cruzar el puentecillo mi ave desde el suelo me grita «que un día llegará en que no será posible mantener esta doble faz; un día tendré que elegir; un día elegir Uno y no pensaré en lo otro, en lo que no puede ser, pues la elección sólo permite que haya un auténtico Uno». Luego suaviza el canto y agrega que después de la elección y siempre que sea como ella espera me obsequiará la soledad profunda en la que se instalará no para hacerme compañía, sino para disolverse en mi alma en la que inyectará su canto magnético que exhalaré por mis manos. Si no acepto la elección, ¡ah!, si no acepto la elección estrangulará a los marinos de cada barco, pero que no me preocupe pues siempre vendrán nuevos; y ella, ¡sí!, ella se arrojará a un oscuro lago de esos que llaman de tinta y que sirven para escribir y así morirá y no verá mi drama, pues ella me ama. Dice también que una vez que esté muerta el lago quedará petrificado y yo podré patinar sobre él en brazos de mis hermosos marinos. Pero ella morirá; y a veces hará brillar sus ojos desde el fondo del lago para que yo sufra, pues ella me ama y sabe que la angustia me es beneficiosa; y así dejaré al marino y lloraré frenética contra la oscura dureza tratando de tocar sus alas. Pero nada ocurrirá, pues ella está muerta y la que se movía era su fantasma. En fin, mi adorada ave me ama y ruega por mí, por la isla y por el lago.

¿Qué tal, amado César? «¡Hay golpes tan fuertes en la vida!», ¿verdad?

César: mi alma, nuestra alma, está bordada de cardenales multicolores. Forman el arco iris de la angustia. Recorren los espinos alumbrando telarañas y viscosidades. César: nuestra alma es un dechado de dolores. Es un látigo de un verdugo masoquista. Es un ave acribillada. Una flor que esperaba dulces abejas sonoras y recibe a un perro rabioso. Una nubecita que llora aislada. Una estrella que rompió un avión que se manejaba solo de modo que no hay a quién culpar en particular sino al cielo todo. César, ¿qué hacemos, César?

> Todos saben que vivo
> que mastico… Y no saben
> por qué en mi verso chirría
> oscuro sinsabor de féretro.
>
> V.

(Hoy me dijo una compañera del curso de francés que en París «hay mucha degeneración», pues le contaron que las parejas que se aman se besan en la calle «¡en público!».)

Pienso que seres así hacen la vida aún más dura. Y ello sin decir lo que ellos mismos hacen cuando no están «en público». Y estos seres son «la sociedad». Los representantes del orden, de la corrección, de la moral. ¡De la moral! Moral que ellos establecen a su criterio y sin derecho. Y nosotros somos los expulsados, los rechazados, ¡los sifilíticos espirituales! Como si de nuestro rostro resbalaran materias putrefactas. Como si no nos mereciéramos ese cielo candoroso que nos cubre, detrás del cual está Dios, manantial de toda estrechez y mezquindad imaginarias.

¡Dios!, que en caso de ser se limita a su empleo de cubretapas del Código Civil y Penal. No me importa verificar algo tan vulgar como la existencia de Dios, pues me basta con sentir mi ser. No me importa el Código Civil sino en la medida en que ensució mi alma cuando realizó ese viaje por ella durante mis primeros años. ¡Quiero borrar sus inmundas manchas! ¡Dejar a mi ave lustrosa! (Como un aviso de propaganda de la belleza infinita.)

Recordar los libros del departamento de la prima de L: Moulin Rouge, Cervantes, *El diablo* de Papini, uno de J. Poncela, poemas de Neruda y otros *best-sellers* de EE. UU. Eran unos 30 volúmenes o menos quizá. Luego la suntuosidad de los muebles, la maravillosa mesita que exhalaba música al oprimir un botón. También que viajó por Europa. Discos de jazz y melodías francesas. «Luna Rosa» por G. Rondinello (detalle de escaso gusto). Tiene unos 30 años, mucho dinero y 30 libros. Ni un amor, sino botellas de scotch whisky. Ni una amiga sino sombras con sombrero que la esperan a las 17 h. En Madelén o en Scherezade junto al té. Le pregunté a L. si su prima es feliz. ¡Contestó que vive muy bien! ¡Quisiera saber en qué piensa! ¿Qué espera? ¿Qué vive? ¿Qué muere?

¡Oh mis amados libros! ¡Oh mi amada islita semidespreciada! ¡Oh mis maravillosos bolsillos desnudos! ¡Oh mis anhelados viajes! (Interesante personaje el de la prima de L. No perderlo de vista.)

Una de las preguntas que no puedo contestar: «Pero… ¿de dónde has salido tú que eres así?».

(En ese momento me siento un producto de la cruza entre el Minotauro y una Amargada Marciana.)

Una amiga mía permanece una hora frente a la imagen de Kafka. (La veo absorta, angustiada por llegar a lo más profundo. Creo percibir la emoción, la sensación terrible, patética y maravillosa que debe sentir frente a esos ojos acorralados, a esa frente cortada por la forma del cabello (peinado de presidiario, es decir, de empleado bancario). Por la mirada de uñas clavadas en las palmas para no gritar más que por la pluma. Por las mandíbulas embalsamadas por tanta opresión. En fin, por todo Kafka.) Mi amiga se da vuelta y con voz que me suena a mi pájaro herido me dice entusiasta con expresión de esas *girls* que contratan para aplaudir a Frank Sinatra: ¡Qué buen mozo es este Kafka! ¿Qué hacía?

Te contestaré, querida amiga, con unas palabras que me dijo César el otro día:

El dolor nos agarra, hermanos hombres,
por detrás, de perfil,
y nos aloca en los cinemas,
nos clava en los gramófonos,
nos desclava en los lechos, cae perpendicularmente
a nuestros boletos, a nuestras cartas;
y es muy grave sufrir, puede uno orar…
Pues de resultas del dolor, hay algunos
que nacen, otros crecen, otros mueren,
y otros que nacen y no mueren, y otros
que sin haber nacido, mueren y otros…

Bueno, Kafka murió, creció, nació y no murió. (Son los menos.)

Recuerdo haber escrito en cierto diario (diarillo como diría Quevedo) una frase de Browning: «El pecado que imputo a toda alma frustrada es no encender jamás su lámpara ni ceñir su cinto».

Hoy la he visto de nuevo. Ante todo me choca esa imputación de «pecado» tan agresiva contra un alma frustrada. Luego si está frustrada no puede encender lámpara alguna y menos ceñirse cintos. Si tiene conciencia de su frustración se desfrustrará de algún modo (psicoanálisis, compensación mediante equivalentes de su falla: alcohol,

drogas, excesos amorosos, etc.). Luego si se desprende de la frustración puede encender o ceñirse TODO. Pero si ya no hay frustración, ¿a qué viene la frase de Browning? (*Merde*!) (Vulgares reflexiones matutinas para ejercitar la voluntad a la acción olvidándose de la causa, la raíz.)

Buenos Aires es como un costurero de una modista que trabaja en su profesión de hace unos treinta años. Cada vez que desea hallar el hilo dorado, se lastima irremediablemente con infinidad de alfileres de cuya existencia no se percató.

Cuando se manifiesta la vocación artística en un hombre, inmediatamente lo tendrían que llevar a una sala de operaciones y extirparle todos los órganos molestos de modo que no tenga que sufrir hambre ni sed ni deseos eróticos. Sería una forma de manifestar su diferencia de los demás hombres. Y así se evitaría el horrendo espectáculo de esos artistas que solo reciben a su Musa una hora determinada y luego pasean su animalidad más vulgar que cualquiera.

Extraño fenómeno: estar fatigada para leer y no para escribir.

Me gustaría que mi pobreza material fuera tal que a falta de medios para adquirir libros, los tendría [*sic*] que crear.

Temor de estudiar gramática. Temor de apoderarse del concepto y destruir el fondo, que es lo que más quiero pues soy yo misma.

¡Vivir como Jarry! Aquí me hablaría Mme. de Beauvoir de mi situación de mujer. ¡Desear vivir como Jarry cuando no se puede estar una hora en un café sin que surjan dos gusanos por minuto para perturbar la existencia que esta pobre hembra desea desarrollar!

Safo de Lesbos

Sinfronismo. ¿Acaso yo, en 1955, no podría decir exactamente lo mismo? ¡Y ese llover del sol! Safo es uno de los pocos seres de la Antigüedad que no me resultan abstractos, legendarios, posibles de no haber existido. La «veo». La «siento». Es una gran mujer que murió hace mucho.

Una gran mujer que el mar tragó distraído mientras bostezaba.

¡Safo! ¡Qué nombre maravilloso! ¡Safo! Algún día la censura quemará las manos que destruyeron tus pap… (aquí caigo: supongo que habrá inscrito sobre tablillas de cera con un *stylus*) poemas.

Conseguir un tintero antiguo. Con pluma de ave. Me gustó lo del *stylus*. Aunque suena blando.

Au bonheur des âmes!

Compré una isla cerca de Samoa. 80 millones de cuadra de la estación. (¡Y el

humo! ¡La gente! ¡Las casas!)

¿Jamás hubo una legítima ermitaña?

¿Ni aun alguna que al igual que Thoreau se instalara dos años en el bosque?

Vénganme después con «hombres necios que…».

¿No es maravilloso y a la vez trágico que un solo ser (yo, por ejemplo) que ocupa tan poco lugar sienta el universo todo y la angustia total y la nada mundial? Y que hable, camine, gesticule, ría, coma… ¡¡muera!!

6 de julio

Hay estados que nunca hubiésemos soñado siquiera. El de ahora, por ejemplo. Es un estado de espera vacía. De angustia desprendida. De sutil melancolía árida. Un estado que no sirve para producir o gozar Belleza. Ni para bendecir sentido alguno ni para nada. Es algo ineficaz y resignado que no piensa en la muerte pero tampoco en la vida. Que le da lo mismo las apariciones alternadas del sol que los huesos helados. Me imagino que éste es el estado en que los hombres hacen las grandes capitulaciones. Hoy podría romper la imagen de Van Gogh y escuchar una novelita radial. Hoy prestaría el libro de César recomendándolo. Hoy podría hojear una revista sin mirar los colores. Hoy podría casarme. Hoy podría quemar este cuadernillo y decir que el fuego es lindo. Hoy sonreiría a cualquier niño excesivamente abrigado, pues sé que hay que sonreírles y decir ¡qué gracioso! Hoy no miraría el rostro pordiosero, pues no es más que un despojo humano y le daría algo, no mucho, y cerraría la puerta diciendo que soy buena. Hoy miraría mi cuarto y calcularía cuántas personas entran en él y proyectar un cocktail para uno de estos días. Hoy. Hoy. Estados que vuelan. Mi ave duerme la siesta. La pobrecita está fatigada. Me aburro sin ella. Estado de nada.

Hay coincidencias maravillosas: acabo de leer «alumbrar» y simultáneamente el sol iluminó mi mesa. *La vie*!

Mis relaciones con los demás seres se me ocurre ver en una cínica escena: una mesa llena de hombrecitos de plomo, dotada de un mecanicismo [*sic*] que les permite avanzar o retroceder. Yo estoy parada frente a la mesa sintiendo todos los movimientos. Sé que algunos me atraen más que otros. Lo extraño es ver que cuando se adelanta uno retrocede simultáneamente el que lo precedía. Y es algo en que yo apenas intervengo. No se me pregunta.

7 de julio

Reunión con el Dr. P.

¡Los eternos conceptos! Un hombre SOLO, frustrado, con medio siglo de antigüedad de su arrojo al mundo.

Hundía sus potentes ojos en mi angustia y la arrullaba: Escucha, Alejandra: lo único que conozco es el amor. ¡Amar a una mujer, a mi abuelo, a un niño, a ese hombre que acaba de pasar! ¡¡Me siento pletórico de amor!!

(Yo lo miraba gesticular, comer, beber, reír y hablar al mismo tiempo. Solo se me ocurría decir: ¡pobre hombre! ¡Tú eres mucho más feliz que él! ¿Por qué? Mientras él desea abrazar al portero del hotel, yo lloro bajo el cielorraso opresor.)

Luego habla de la fe en la vida. ¡No se puede vivir sin fe! Hay que llegar al instrumento de la fe que ha de ser una idea (esencia de la fe). Esa idea tal como las tablas, atraídas por las manos de los náufragos, volarán a nuestra interioridad al menor síntoma de ahogo. Comprendes, Alejandra; ¡hay que tener fe!

Desde mi augusta nada lo miré sonriendo: a él y al manojo de billetes azules que esgrimía familiarmente buscando el mozo. Pensé que eran tantos que le alcanzaban para comprar toda la fe y amor del mundo. Como cuando aquella visita, diré de nuevo: ¡ah mis amados libros!, ¡mi amado César!, ¡mi majestuosa y orgullosa angustia! Hay seres que tienen el *Angst* y otros que no lo tienen; pero hay también algunos con vocación al *Angst* que lo truecan apenas aparece, por unas pildoritas (a modo de purgantes) para adquirir *felicidad*. Recurren al aborto del *Angst*. Al sangriento y doloroso aborto del *Angst*.

También quería manifestarle mi estado anímico, pero no podía. Sólo se me ocurría mostrarle este cuadernillo.

Recuerdo que el Dr. R. me dijo que la poca facilidad de expresión oral que sufren la mayoría de los escritores está compensada por la facilidad de expresión por escrito.

biblioteca de la facultad de filos[ofía] y l[etras]

PROHIBIDO FUMAR

14:30 h; finalizé [*sic*] el primer tomo de Proust. Lástima que la atención comenzó a fallar a lo último. En estos momentos la lectura me recuerda una escena: fue en Necochea. Yo manejaba un pequeño carro rojo tirado por un arisco caballo. Al principio no quería caminar. Comencé a interesarlo en el paseo mediante amenazas con el látigo (¡me avergüenzo!). No sólo se interesó sino que se extasió. Tomó una velocidad increíble. Como teníamos que pasar por las vías del tren y no había barreras quise aminorar la carrera. *Mon dieu!* Tomó entonces un paso repelente. Era algo que se acercaba al trote y al galope a la vez. Mejor dicho, era el paso travieso del trote con la vulgaridad frenética del galope. ¡Terrible! Producía una sensación semejante a aquellos ruidos que hacía la maestra al rozar sus uñas en el encerado. (Yo

permanecía inmutable para no parecer nerviosa.)

La impotencia sentida ese día no la olvido. Aún ahora sólo se me ocurre decir ¡maldito caballo! Y cuando leo esforzándome para gozar y estudiar cada línea y siento que algo se me va (como un objeto de goma lleno de agua con un agujerito invisible), me obligo a aminorar la velocidad de la lectura e infiltro en mí cada palabra. Pero es peor. Aumento entonces, y se produce un entrar de palabras que me causa risa dentro de lo patético y me digo por qué no coloco el libro en un plato y me lo como (*dévorez les livres!*).

22 h. Escena familiar. Mis padres y mis tíos (cuatro cabezas nada más) pegotean sus pupilas ausentes de intensidad en la gruesa pantalla del televisor. Éste grita toscamente y lanza su sonido hasta mi oído. Oigo también sus plañideras voces. Hablan de la ingratitud de los hijos. Elogios a M o a B (ambos terneras, es decir hijas respectivas de las cuatro cabezas). M es una maravilla: 21 años, casada, 1 niño, 1 marido, 0 cuerno, gran mujer que sólo se interesa por el hogar y nada más. B es otra casualidad del destino tan parco en estos prodigios: 29 años, 1 marido (encontrado en una cazería [*sic*] (picnic) realizada en Quilmes contando con la ayuda de un amigo de ambos, quien decidió unir estas dos almas convertidas al nacer en culos para mejor aprovechamiento de sillón familiar), 2 niños y 1 millón de perros (orgullo de sus padres que ven recompensado en ello sus luchas, torturas y afanes (no sé qué daría por comprender este orgullo).

La televisión es un estupefaciente inofensivo para burgueses introvertidos.

Los botones de la luz, el aparato de televisión enfrente, muebles brillantes y un gramófono abandonado. Sobre la mesa multitud de alimentos para que la mano ni la boca se aburran mientras los ojos gozan estupefactos. (¿Y esto es el Hombre? ¿Y para esto vivir?) De cuando en cuando una voz osa admirar una imagen, pero no obtiene respuesta. Prohibido hablar; ¡eso es para los humanos! Mirar, comer, sentarse. Luego, un beso al partir: ¡La velada estuvo encantadora!

Repentina sensación de ver en cualquiera, aun en el ser amado, nada más que un animal. En ese momento los rasgos se desfiguran. Un animal. La voz se vuelve extraña. Un animal.

El «subte» es el lugar más gráfico, más sugestivo del rebaño humano. Es terrible cuando se asciende el primer escalón, observar la multitud que me precede ascendiendo. ¡Y yo sigo creyéndome «sujeto» a pesar de todo! Percibiendo «eso»: ¡ya nada importa salvo estar ahí! ¡Estar y que venga o se vaya todo! Después de todo: ¡¡¡¿Qué?…!!!

Estudiar. Libros. Muchas hojas y dos tapas. ¡Y por ellos he de estrujar mi vida! Sí.

Por ellos. Los amo y los deseo más que cualquier otra cosa. Pero… ¿y vivir? ¡Vivir! ¡Qué sabes tú de vivir! ¡Enciérrate un día en tu cuarto y permanece mirando el techo únicamente y después me responderás! ¡Vivir! Encuentros relativamente fortuitos, conocimiento íntegro de todos los miembros del Sindicato de Mozos de Cafés de Florida y Viamonte, mirada como una ráfaga sobre las obras maestras, angustias de toda índole (desde la carencia de cigarrillos hasta la pura angustia existencial), y… ¡qué sé yo! ¡Hay cien, millares de instantes! Todo resbala. Siento a mi ave de goma como si tratara de volar dentro de una esfera húmeda y viscosa. No está muerta. ¡No! ¡Nada de eso! ¡Ocurre que no puede fijarse, no sabe por dónde empezar!

Silencio de fuego helado. Las 20 h. Percibo ruidos: autos, motor del refrigerador (me gustaría llorar para oír el hervor de mis lágrimas cayendo en la estufa), una radio que alguien ordenó torturarme pues está escupiendo un tango. (Música porteña, ¡qué azco [*sic*]!) Intervienen también los estertores de mi respiración que me dicen: ¡Alejandra, existes! Yo les agradezco con amabilidad, pues de otra forma no me hubiese percatado de algo tan importante. (¡Es que soy distraída!) Sí. Luego… ¡ah! Unos vecinos hablan. También contemplo cómo asciende el humo de mi cigarrillo. (No me cansaré jamás de admirarlo.) Después puedo decir que la radio calló, los autos también, los vecinos entraron a sus casas pues tienen frío, mi sonora respiración continúa, el humo sube y… ¿y?… ¿y?… ¿y?

¿Y tú, Alejandra?

Bien, merci.

Me siento Paludes

Luego, ¿por qué no pensar un ar-gu-men-to? (¡Esta Alejandra siempre haciendo maravillas con la pluma!)

Sí. Título: *Nihil est*.

Personajes: un viejo, un conejo que se roye [*sic*] las uñas todo el tiempo, un niño extraviado que no busca nada, pues mira la sonrisa abierta de la luna y toma Coca-Cola.
Una vieja. Un florero sin base que mantiene el equilibrio merced a un ventilador que el viejo (buen artesano) le colocó enfrente.
Acción: Todos hacen algo. El niño, ya lo dije. El viejo se afeita y durante la obra se la pasa buscando la navaja con el rostro embadurnado de jabón. La vieja (que es sorda) escucha a todo volumen la «marcha de los perritos irlandeses». El conejo, ya lo dije. El florero en la mitad de la obra pierde el equilibrio, pero como esta obra busca tener éxito, al final lo vuelve a encontrar.

Tiempo: *Nihil est*.

La *acción* se va a desarrollar en el último piso de una casa de departamentos que por

error fue construida a la inversa. Es decir, que es el último piso a partir de lo que comúnmente llamamos vereda.
Posibles cambios: Si la obra se hace larga, se puede hacer que el viejo sufra un ataque de histeria en medio de su búsqueda. Se podría también intercalar una [*palabra ilegible*], pero eso transformaría el personaje del niño.

Es inútil estrujar el sentir para que desagote angustias tambaleantes. Mejor es dejarlo entrar, es decir, luchar con todas las fuerzas.

¡Claridad en la expresión!

Desorganizando los entreveros retuécanos que restituyen la desolada transmutación de los veredictos intransformables por réquiems autotransformables, redescubrimos:
1.º que el reo es inocenculpable.
2.º que el otro empezó primero.
3.º que el paté de foie de Cucha-Cucha 100 807 (C. Rivadavia) provoca disentería.
4.º prohibición íncuba (de lo que ellos se quejan, pero mejor no conviene).
5.º que: conjunción (nexo).
6.º admitimos a todo novel autor, quien solo tiene que venir a nuestra puerta y decir la contraseña: «todos somos asesinos».
7.º que enviamos a la cámara de beneficencia al reo, quien recibirá a su llegada la sonrisa negruzca del oftalmólogo Dr. Y. Quien le extraerá hábilmente ambos ojos antes que nuestro héroe (el reo) tenga tiempo de decir: «… ¡hay!» [*sic*]. Luego que quede sin ojos le romperán los tobillos para contradecir la teoría del profesor Equis, quien sostiene que no son rompibles. También se le cortarán las yemas de los dedos para que firme un pacto de amistad. Ordenamos también que se le queme el cabello (sencillamente: alcohol y un fósforo), se le extraigan varias costillas y… En fin: es muy largo de enumerar.

Imagen bíblica

Una melodía con aroma a un perro jorobado tratando de ornamentar el templo de Hopalong Cassidy.

Una niña estirando el chiclets tan extensamente que los cuatro puntos cardinales quedan unidos promiscuamente y se ven forzados a dar vueltas en torno a ella, que ríe gozosa de ese espectáculo que le valió tan poco esfuerzo. (Sigue mascando. Pero pasa un vigilante y la lleva a la comisaría.) La acusan de mascar sin tener certificado legal. La niña llora. Nadie la mira. Los cuatro puntos cardinales lloran, pues ya no tienen ante quién dar la vuelta. La niña dice mentalmente unas palabras raras. Se oyen ruidos terribles. Aparecen millones de cactus gigantescos blandiendo espinas de todos colores. Matan a todos los vigilantes. Los cuatro puntos cardinales se tiran al mar de sangre y se deslizan; pues el chiclets se disuelve. La niña saluda amablemente y se

va. Al llegar a la esquina, se detiene junto a un kiosco y se compra caramelos sonriendo misteriosa al cartel de propaganda de la fábrica de chiclets. Nadie la mira. Guarda los caramelos y se va con paso tranquilo y sonoro.

El sol brilla suavemente.

Un perro estornuda.

M. Proust

«Y lo más doloroso de todo es que el artesano que trabajaba inconsciente, voluntario, implacable y paciente, la pena, esa era yo mismo.»

«… Porque tanto la pena como el deseo, lo que quieren no es analizarse, sino satisfacerse.»

¡Sonreír, Alejandra! ¡¡Sonreír!!

Cuaderno del 19 al 31 de julio de 1955

19 de julio

Buscamos siempre el absoluto y no encontramos sino cosas.

NOVALIS

¿Qué es lo que importa en una acción, su fondo o su forma?

Alejandra: tienes cuarenta días de angustia inconfesable. Cuarenta días de soledad ahogada, sin probabilidades de confesarla. Sin un rostro amado a quien quejarse de la desgracia que se prende a tu destino. Alejandra: ese rostro amado es uno solo y se ha ido. Es como si te hubiesen arrancado todo. Es como si te hundiesen en la fría suma de los días para que en ellos te aturdas tratando de olvidar su ausencia. Alejandra: has de luchar terriblemente. Has de luchar tú y este cuadernillo. Han de luchar ambos, pues los ojos del amado rostro dicen que quizás no esté todo perdido. ¡Quizás haya aún algo por salvar! ¿Qué?, preguntas. ¡Tu alma, Alejandra, tu alma!

Planes para cuarenta días:
1) Comenzar la novela.
2) Terminar los libros de Proust.
3) Leer a Heidegger.
4) No beber.
5) Nada de actos violentos.
6) Estudiar gramática y francés.

Tremendos anhelos. Sólo se me ocurre decir ¡te amo!, ¡te deseo!

Ni una imagen poética acierta a pasar por mi mente. Sonrío. ¿Hay más poesía en algún lado que en el rostro del ser amado?

Cierro los ojos y recuerdo el momento de mis labios sobre los suyos. Extraño. Me es difícil recordarlo. En ese instante estaba inconsciente. Ahora pienso que tendría que haber sido distinto. Que fue un beso torpe y excesivamente fugaz. Que al iniciarlo yo, tendría que haberlo dado con las fuerzas que se lo pedí. ¡Bah! ¡Valiente razonamiento! Sí. Ahora que la terrible emoción pasó. (Clavo mis uñas en la palma de mi mano.) Antes, cuando no había sentido aún sus labios, me consolaba pensando en su frialdad. Pero ahora… ¡ahora! Jamás sentí labios más exquisitos, más suaves, más maravillosos que los de… Me desespero pensando y pensando en ese beso de despedida. Es como haber pegado para siempre su rostro en mí. Estoy atada a sus labios.

Escribo para no angustiarme tanto. Sólo me consuela el momento de verlo de nuevo.

17:30 h. Sola en mi habitación. Acostada en la camita-biblioteca, fumando y prometiendo ser cada día mejor para que mi amor se enorgullezca de mí. Supongo que esto debe ser lo «positivo» de esta cruel y exquisita ligazón.

¡Deseo vivir!

20 de julio

El vidrio de la ventana está empapado por millares de gotas de agua que se abrazan camouflageando el paisaje. Simulan una cruel niebla. En este húmedo y espeso tejido descubro tres rayas despejadas por las que miro el cielo (ausente y blanquecino).

No tengo ni idea del argumento de la novela. Sólo se me ocurre decir que «la vida es una miseria». Alguien podría decir que tal vez sólo «mi vida es una miseria», pero da lo mismo…

Ciertamente, hace años que proyecté escribir «algún día» un libro cuyo personaje sea Elena. (Creo que ella misma lo ha sugerido.) Realmente, ofrece ciertos valores literarios interesantísimos. Recuerdo nuestra primera conversación (ambas tendríamos quince años). Su rostro torturado me habló de Freud. Luego alegó que el baile no es más que una excusa para rozarse los cuerpos. (Poco después, cuando su inhibición se atenuó, amaba profundamente el baile.)

En fin, hay mil incidentes y pensamientos notables. El principal podría ser nuestra amistad.

Acerca de la amistad y de mi posición: la sensación de mi soledad es tan enorme que cuando mi relación con un ser se acerca a la amistad, huyo despavorida pues me parece estar quebrantando algún designio supremo. ¿O será que realmente deseo estar sola? ¿Entonces por qué gimo? ¿Creo en el destino? ¿Creo en el amor? ¿Creo en mi espíritu?

Lectura del libro de Proust.

No estoy de acuerdo con Clara Silva en lo referente a las influencias nocivas de un Proust, Gide o Baudelaire. No creo que estrellen la fe innata e inocente de nuestra alma con una violenta y angustiosa voluptuosidad. Si es que leo a Proust, es porque yo elijo a Proust y porque mi estructura se identifica con él y elige su obra y no cualquier otra. Mis angustias no nacen al contacto de las líneas, sino que se limitan a asentir familiarmente y a reconocerlas como cosas ya experimentadas.

Mi habitación llena de objetos queridos. Adoro entrar y suponer que jamás estuve en ella. Entonces miro con asombro todo y hasta me gusta imaginar que no es mía. Así renuevo el placer de la posesión a cada instante. Así me obligo a no amarla rutinariamente. Momentos como éste, en el que escribo rodeada de un benéfico y raro silencio, son todo lo que requiero para gozar, para amar la vida. Momento de paz, en el que la congoja se aplana, en el que la turbación exterior choca contra los cuadritos de las paredes que la obligan a retirarse, que me llena de felicidad serena. Y promisoria tan opuesta a la de los placeres violentos. ¡Quisiera trabajar así días y días!

Diecinueve años. He pasado ya por muchas etapas. Sí. Porque son etapas a pesar de la desconfianza que me inspira este término tan publicitario. Pero, al final, descubro que la última (la actual) no es en modo alguno suma de las anteriores. No. Son todas distintas. Y a medida que pasan van cayendo en un pozo oscuro, del que brotan a veces algunos recuerdos felices o no. Esto es lo que me angustia. El olvido. El tiempo. Que cada esfuerzo actual sea un recuerdo futuro tratado arbitrariamente según la contextura anímica que he de tener y que ahora desconozco.

Tomo consciencia de algunos aspectos de mi ser: no me gustan las diversiones. O quizás no me gusta lo que el común de la gente llama diversión. Soy un ser triste vestido por error de euforia. Soy un ser amargado que goza ante cualquier nimiedad que haga olvidar la amargura. A no ser por mi disfraz (que espero quemar pronto), tengo todo lo estrictamente necesario para desagradar a la mayoría de los hombres y mujeres.

19 h. Clase de periodismo

¡Extraordinaria la diferencia con que tomamos en serio una misma cosa! Llego a la clase. Saludo. Me siento en un banco, que casi nunca es el mismo, y leo un libro ajeno a lo que se trata en la clase (tonterías en tono serio y doctoral) o escribo. A mi lado, una gordita saca de su valija tres cuadernos forrados en azul con papel celofán cubriendo cada forro. De un costado de cada cuaderno surge una cintita rosa con un secatinta pegado. Su frente transparenta los pensamientos domésticos que la deben rondar. Sus ojos orlados de rimmel negruzco sonríen al vacío. ¡Fe! ¡Fe en el rebaño! ¡Fe en la cintita rosa! ¡Fe en no preguntarse nada!

Es lamentable un amor que agoniza. No me resigno a la separación. Me duele el sólo pensar en ella. ¡Pero tampoco es posible continuar así! Dos seres creando y viviendo la farsa del amor. Sólo nos une el natural deseo físico y una tenue simpatía. De mi parte hay también un poco de agresión por no serme posible amarlo; por desearlo en forma incompleta. También hay cierto desprecio, pues cuando no se ama

(y se desea amar) se hallan fácilmente mil anomalías que «en frío» resultan naturales.

Muy bien, supongamos que vence mi amor imposible (mi amor «legítimo» hacia el ser ausente, que no me ama). Bueno, me espera entonces la más cruel y refinada angustia imposible de soportar. Además… ¡no creo en el amor! Entonces… ¿qué?

La incapacidad de amar me ha de llevar a un conocimiento más o menos completo de mí, a una individualidad fuerte y productiva; mi temperamento artístico crecerá considerablemente. Quizás haga una gran obra; quizás mi pluma explorará linderos desconocidos, quizás mi ave será gloriosa, quizás mi nombre tendrá su aureola, quizás mi muerte será mi nacimiento. Pero… ¿has de ser feliz algún día? ¿Has de sentir en tu alma el genuino reflejo de un amor pleno? ¿Ha de amarte alguien alguna vez? ¡No! ¡No! ¡Mil veces no! ¿Y tú habrás vivido, Alejandra? ¿Y tú? ¿Y tú?

Aspiro a la lucidez. Temo no hallarla nunca.

Cuando leo a Proust y atiendo su forma y fondo, me creo capaz de escribir un libro tal como él lo ha hecho; en cambio, no podría concebir nunca un relato como *Bonjour, tristesse* o *Gigi*. ¿Será mi profundidad de espíritu?, ¿o mi falta de, digamos, objetividad?, ¿o de simpleza?

Creo que mi feminidad consiste en no poder «vivir» sin la seguridad de un hombre a mi lado. En los períodos (¡actualmente tan escasos!) de ausencia de *flirts*, me siento terriblemente árida. Inútil. Como si estaría [*sic*] malgastando mi juventud. Y cuando estoy *segura*, es decir, cuando camino junto a un hombre que guía mi cuerpo, me siento traidora. Traiciono a ese llamado cercano que me planta junto a la mesita y me ordena: ¡estudia y escribe, Alejandra! Entonces ya no grito «¡me muero de inmanencia!». ¡No! Entonces, me siento ser. Me siento vibrar ante algo elevado que me asciende junto a sí.

Esta dualidad me rebela. ¿No han de ser compatibles en forma alguna? Buscar ejemplos. ¡Sí! La foto de Daphne du Maurier junto a su aristocrático marido; lord…, tomados amorosamente de la mano. Simone de Beauvoir sonriendo junto a Sartre (no hay que fiarse del periodismo). Katherine Mansfield junto al buen mozo de J. Middleton Murry (pero sus tareas eran análogas y la mayor parte del tiempo estaban separados). Carmen Laforet con sus dos niñas (su mejor novela la escribió en estado de angustia y soledad). ¡Pero también están las otras! («galeotes dramáticos, galeotes dramáticos»). ¡Qué me dices de las hermanas Brontë, de Clara Silva, de G. Mistral (aridez sublimada), de Colette (en los primeros tiempos), de Mary Webb, de Edna Millay, de Alfonsina Storni, de Safo (¡de Safo!), de C. Espina, de R. Luxemburg y de muchas otras que no conozco! Es irremediable. ¡Es dramático! Una aspira a realizarse. Yo aspiro a realizarme. Cuento para ello con mis dotes literarias. Pero… ¿y si no serían [*sic*] notables? ¿Si no son más que producto de mi mente confusa y de mi experiencia promiscua? ¿Si no son más que elementos

extraídos de mi ser semiarruinado, gastado, que resultan sorprendentes debido a mi edad física? Entonces no sólo erré la elección sino que no me realizaré por el camino más natural y sencillo de toda mujer: ¡los hijos! ¡Entonces sería más que frustrada! ¡Sería un ser arrojado para estorbar los pasos productivos de los demás! ¡Ocuparía un espacio inmerecido! Mi vida habría sido en vano. ¡Toda la voluptuosidad que exhalo y desato en mis sucesivos compañeros y luego enaltezco en los escritos habrá sido sólo farsa! Entonces… ¿qué? Entonces… estar y esperar. ¡Esperar a que todo venga espontáneamente! ¡No! *Lo único que ha de venir espontáneamente es la muerte*. ¡Al diablo! Cuando oigo (como ahora) el lejano silbato de un tren o los murmullos de un imaginario arroyuelo o el ruido de una piedra chapoteando en el agua; cuando miro las sombras que forman, que crean artísticos dibujos o el humo que juega a la ronda sobre mi cabeza o la ventana que oculta la niebla nocturna; cuando huelo las violetas que embellecen con su tétrica forma el rincón más tonto (¡las violetas, mis flores amadas!) o el aroma del tabaco tan seco, tan excitante, tan sereno o la esencia conservada de un frasquito que me trae imágenes de cuentos orientales; cuando recuerdo ese cuadro de Picasso (sobre el fondo delicadamente coloreado de una especie de caverna magnética, una niñita semejante a un ángel abriga con sus brazos a un avecilla adorable; a sus pies, y para irrumpir con un soplo de sana euforia, hay una pelota de feroces colores, de maravillosos tonos casi puros), o esos espinos acobardados junto a las montañas; o los paseos a caballo por las sierras sintiendo volar mis cabellos a la par de las crines del animal creyéndome un elemento más del paisaje, pensando que mi presencia es tan natural y estimable como el rosado crepúsculo; o cuando lloro recordando esa plantita rosaverde que murió (en mis brazos, podría decir), o el sol afiebrando mi espalda en los rudos días del verano ciudadano, sol que me penetraba en comunión perfecta; cuando siento cada trozo, cada milímetro, cada color, cada baldosa que vuela a mi perfección; sí, cuando siento que mi sentir se amplía infinito y todo lo traspasa, todo ¡ah! ¡Habría mil ejemplos, mil momentos, mil situaciones! Entonces, cuando miro, huelo, oigo, recuerdo, siento: mi ser ya no espera. Mi ser vibra con los sentidos erguidos, atentos en su puesto. Cuando mi alma se espera en las sagradas nimiedades y recuerda su elección en potencia, ya no se angustia buscando rutas seguras. ¡No! No hay angustia que alcance su nivel. Ni desesperación. Ni dolor. No existe vocablo alguno en el cual invertir mi sensación en ese momento. ¡Y si a pesar de todo seguimos gimiendo, y si después de todo, el tiempo nos borra las impresiones y los huesos sobresalen del alma y la carne es venerada ante todo! ¡¡Si después de todo resulta la nada!! Entonces… ¿qué?

«Entonces… ¿qué?» Te preguntas temerosa de hallar respuesta. La respuesta. Por mis frases deduzco que tiendo a elegir el estudio y la creación. Pero también hay algo que se rebela ¡y con causa! Es mi sexo. Acepto encantada las horas del día llenas de libros y de belleza, pero ¡las noches! ¡Las frías noches de invierno! Noches en que oprimo desesperada la almohada suspirando por transformarla en un rostro humano. ¡Y mi cuerpo que ningún brazo oprime! ¡Y mis labios besando el vacío! ¿Cómo

otorgar lo que anhela, a mi cuerpo febril? No quiero amantes (pues desordenarían las horas de estudio). ¡Al diablo! ¡Tendrían que crearse burdeles especiales para mujeres-artistas! Pero no los hay… ¡y es tan trágica la visión de una mujer madura sorbiéndose el cuerpo en la aridez de la noche! Y eso es lo que me espera. Esa imagen destruye todas las embriagueces sagradas.

Desmalezar los conceptos turbios.

0:30 h. Hoy ha sido el día 1 de los 40 que te esperan. (Ahora son 39 ¡Hurra!) Me propongo anotar todas las noches el empleo de mis horas diurnas.

¿Qué ha ocurrido hoy, Alejandra?

11: Me despierto.

11:30: Llamo a Elena. La encuentro muy ocupada, como siempre. Se me ocurre que, para bien mío, no tenemos que iniciar nuestra amistad. Sería retroceder demasiado. Además, nuestras ideas difieren en lo más esencial. Conversando, quedamos de acuerdo en que B. S. es invertida (en potencia, debido a su cobardía).

12: Leo a Proust.

13: Almuerzo.

13:30: Sigo con Proust.

14: No llamo a Jorge. ¿Por qué?

17: Voy a la óptica. Mis queridos anteojos no tienen compostura (*merde!*).

17:15: Leo a Proust en el ómnibus. Al pasar por el riachuelo lo miro ensoñadora. Los barcos me recuerdan la ausencia de ÉL. Me esfuerzo en no pensar.

17:30: Ahora estoy en un colectivo. Cierro el libro y trato de pensar conscientemente. (Ahora no recuerdo en qué.) Lo logro. Mi cabeza se endereza y, seguramente, mi expresión es de orgullo. ¡Pienso, pienso! Gozo. Júbilo. ¡Euforia! Me siento como un paralítico en su primera tentativa de caminar (lograda).

18: Voy a buscar el análisis. La enfermera me hace esperar en el hall. Saco un cigarrillo. La miro con rostro franco. Le infundo confianza. Sonrío ingenuamente. Me cuenta que el Dr. R. obliga a su hija (esta muchacha enorme, de anteojos, que acaba de entrar) a estudiar Medicina; que la muchacha se resiste; que tiene la espalda tremendamente encorvada como todos los miembros de la familia R., lo cual es una desgracia pues afea mucho. Respondo exaltando la eficacia de la gimnasia (¡Alejandra!). Me pregunta qué edad tengo. Idiotamente, le exijo que la calcule. Me mira con expresión de celestina inaugurando un prostíbulo o de esa cajera corta de vista de la fiambrería judía y me dice triunfalmente ¡17 años! Sonrío reminiscente. ¡Ojalá sería [*sic*] tan joven! Nos despedimos cariñosamente. ¿Algún día pensará en mí?

18:30: Encuentro con L. Me siento angustiada pues acabo de tomar un Reducin. Con todo, me siento bonita y lo miro como a él le gusta. Es decir, simpática, inocente, pícara (en el sentido del *sex-apple* [*sic*]) y sumisa. Él está triste pues no me ha visto en todo el día y el encuentro es breve.

19: Entro en el coleg[io] de Period[ismo]. Algunas compañeras me miran curiosas. Supongo que se debe a la discusión de anteayer sobre la «decadencia de la cultura europea» (¡la cultura argentina jamás caerá! Pues ¿qué podría caer?). Algunas piensan que soy una «snob». Es decir, me incluyen entre las niñas bien que beben el té *at five o'clock* (¡si supieran que estoy en mi pieza llorando o leyendo!).

19:10: El celador pasa lista. Digo ¡presente! Es decir, ¡existo, vivo, soy!

¿Qué eres? Un nombre. ¡Hasta tengo número! (¡Alejandra!).

19:20: Clase de Crítica de Arte. Cuestiones literarias. No se puede escribir sin conocer Gramática. Conceptos claros. Shakespeare tenía un vocabulario de 17 000 vocablos. Los niños lo poseen de 500. ¿Y las adolescentes geniales, Sr. Profesor? Luego hablaremos de ellas, señorita. Las excepciones después.

Insiste sobre la gramática. Para que se calle, me prometo leer a Azorín (ejemplo de estilo y riqueza idiomática, ¡puaf!).

17:40: Recreo. Entra Rosita. Se me van las angustias, pues su rostro promete bromas sabrosas.

17:50: Clase de Práctica Periodística. Falta el profesor. Viene el de Fotografía. Nos pregunta qué libro sigue el profesor de P. Periodística para desarrollar el programa. Respondo en voz alta: *¡¡Pimpollito!!* (mi libro de 1er grado). Todos se ríen. La angustia se desprende. Rosita me mira agradecida, pues vuelve a encontrar a la antigua camarada de aventuras.

20:15: Recreo. R. y yo vamos al baño. Veo el aula de 3er año. En un banco, D. escribe. Nos mira. Presiento que nos ha de seguir.

En efecto, entra, mientras yo estoy orinando y cantando a voz en cuello «la balada en sí bemol», a pedido de Rosita. Salgo cantando. D. está rodeada de varias niñas, entre ella Rosita. Saludo a D., que está exquisita. Sigo cantando, pues R. insiste; D. me dice que le gusta la canción y más le gusta oírla cantada por mí. Le oprimo el hombro en señal de agradecimiento y afecto. Ella reacciona violenta, pues siente terror a la evidencia de su inversión.

20:30: Clase de Gramática. Me escapo antes de hora. Llego al café. L. me espera. ¡D. no ha llegado aún! L. está frío. Sólo pienso en D. L. no tiene dinero. Yo sí ($ 60). Me confía que no sabe cómo pagar lo que ha consumido mientras me esperaba. Le muestro una moneda de 0,05 $ (¡brillante!) y digo que es mi única posesión. Miento pues estoy cansada de pagarle. Llega D. La angustia se va. Euforia. Llega R. Nos vamos al baño. Allí está D. arreglándose las medias. Le digo a R. que las piernas de D. son «fetos de las piernas de Gandhi». D. le dice a R. si no quiere que le traigan de España «una linda españolita». Me indigno. Tomo del hombro a R. y le digo a D. (como si R. sería [*sic*] una niñita) que R. no necesita españolas, que le alcanza con su mamita que es de Galicia. Salimos del baño. Atiendo al relato de R. Me río y no miro a L., que se ríe forzada. D. está cerca. Se levanta y se va. Anuncio que me voy (una vez que se fue D. ya no hay motivos de interés en el café). L. no tiene con qué pagar. Situación límite. R. recuerda cierto «vuelto». Encuentra $ 10. L. lamenta el fin de esa

situación tan peligrosa y atractiva. No agradece a R. Se siente humillado por el dinero y enojado porque me voy tan temprano. Argumento que me fuerza la voluntad de mi madre, enojada de mis tardanzas. L. sonríe irónico. Lo siento lejano. Temo perderlo. Me pongo cariñosa. Insisto en encontrarme mañana con él. Él sigue frío. Nos despedimos. Sin besarnos.

21:30: Viaje con R. Me revienta su deseo de llamar la atención de los pasajeros hablando en voz alta de temas intelectuales.

0:86 h [*sic*] Entonces, ¿qué?

21 de julio

Despertar. Murmullo de pájaros. La ventana transmite una luminosidad tensa. Los pájaros continúan. Los siento enjaulados, por lo que me resulta desagradable su canto.

Observo cada cosa retocándola sutilmente.

Conversaciones con mi madre. Hallo buena voluntad. Le muestro las reproducciones de Gauguin y Van Gogh. Le gustan. Sonríe ante los pechos descubiertos de las tahitianas. Acepta al arte y a los artistas, pero siempre que se den en otro planeta. Es decir, que no admite la posibilidad de mi realización literaria. ¡No! Son caprichos, vuelcos juveniles que ya pasarán cuando la experiencia nos traiga la expresión serena. Observa ingenuamente que yo tendría que pensar más profundamente (¡Madre! ¡Diste justo!). Le explico que aún no es posible. No acepta mis explicaciones. «No hay médico capaz de ayudarte, si no comienzas tú primero.» (¡Madre! ¡Imposible!)

¿Cómo podría vivir sin este cuadernillo? ¡Imposible imaginarlo!

La fotografía de Proust envuelto en un aterrador sudario. Cuando la vi por vez primera, pensé que llevaba un atuendo a lo oriental y que la imagen era un característico recuerdo de algún viaje por, supongamos, Biskra. Una vez rectificado mi error, sentí náuseas. Odio las fotografías de los muertos. (¡La de Claudel es terrible!) Claudel…, recuerdo que no soporté su lectura. Exceso de universalidad. Pesadez.

Un día, A. Cuadrado me dijo que cada vez que muere un poeta, lee o relee toda su obra. Espléndido homenaje. El día que muera Arturo prometo leer su *Soledad imposible*, tan infantil e inmadura. ¡Arturo! Así como lo veo, con su hermoso pelo revuelto y las viciosas arrugas enrojecidas, ¡que fue compañero de armas de André Malraux, amigo de Federico, de Unamuno, de Neruda y de mil seres maravillosos! ¡Arturo, con la pluma de colegio y el vaso de vino tosco a su lado, escribiendo cartas

de amor con letras lentas y ordenadas! Arturo tocando mis ojos y diciendo: ¡Alejandra! ¡Te arrancaré un ojo y prenderé en el hueco un poema!

Pienso en el ser ausente. Bruma. Niebla. Sensación de sus manos en mi alma. Es como si la sostendrían [*sic*]. Deseos de escribir su nombre en cada espacio luminoso. De besar su recuerdo.

Sensación de ternura ilimitada que cae a golpes en mi pecho. Latidos violentos que resbalan de las huellas de sus labios. Suma de días. Tiempo. Tiempo. Tiempo. Tregua al tiempo. ¡Vuela, oh cruel enemigo, vuela hasta que retorne el anhelado!

Los planes se desarrollan lentamente. Inquietud al ver avanzar las agujas del reloj. Parecen decir: ¡Ya no hay tiempo para nada!

Finalizé [*sic*] el tomo II de *En b[usca] del t[iempo] p[erdido] At last!* Me ha gustado más el primero. Lo que más admiro en estos libros son los análisis, las descripciones. En el primer tomo llega a ellos de una manera natural, continua, deslizante. En cambio, en el II, parecen provocados. Los episodios son móviles para llegar a esos admirables y espesos exámenes. A pesar de esto, ¡qué maravillosos libros!

22 de julio

La vida es una especie de complot…

¡Recibo una carta de Clara Silva! Desbordo ternura. ¡Clara Silva, te adoro! Eres una dulce melodía que disuelve mis huesos buscando mi alma. ¡Y la hallas! ¡La hallas, Clara Silva!

Escucho la melodía «Si tú partieras…». Edith Piaf desgarra mi corazón agrisando con un eco la ausencia de ÉL.

Mi madre se asusta de mi rostro. Dice que estoy enferma. Es cierto. Espero no morir.

23 de julio

Río divertida, ¡anoche vomité sangre! No sé de dónde salió, pero… ¡es sangre! No sé cuándo fue que dije que me friegan los escándalos, las fiestas y las trancas. ¡Macana! Ayer he tomado ocho cocktails seguidos. Me pesqué una tranca poderosa. ¡Y así fui a la Esc. de Periodismo! Nadie se dio cuenta. Pero, recordando ahora,

cuando fui a la Escuela sólo había tomado cinco. Los otros tres los tomé a la salida. Recuerdo bastante de lo que ocurrió: yo dije a L. que voy a quemar los poemas, que lo amo, que lo adoro, que el Arte no sirve para nada, etc. Me acerqué a la mesa de mis compañeros de Period[ismo] y hablé (no recuerdo de qué, solo veía a D., a la cual le tomé una mano y empecé a besarle la muñeca, la invité el domingo a una reunión en mi casa (inexistente); ella dijo que le avisé demasiado tarde, que está ocupada, pero que la pase bien con «mi cholito» (L). Anuncié que el 22 de diciembre nos casamos. Se empezó a hablar del matrimonio. Preguntaron cuánto gana L. Sentí deseos de responder que su sueldo apenas alcanzará para los preservativos. Felizmente (?), no dije nada. Luego, me veo en el baño. En el suelo. Vomito. R. me ayuda. Viene esa compañera gorda que está en 3.º de Medicina, me mira, se escandaliza y dice con un esfuerzo: ¡Felicidades! (¡La p…………!) L. se va. Yo vuelvo con R. y su amigo. Mi madre piensa que es un ataque X y me atiende cuidadosa. (¡Es curda, madre!) Le hablo y me río. «La vida es mierda.» «Estoy por tener un cáncer.» (Ya pagué la primera cuota.) «Me caso el 22.» «No es judío.» (Acá me dio un ataque de risa.) Bueno, dije mil cosas que ahora he de soportar.

Reír. Reír fuerte. ¡Qué gracioso! Pensaba escribir… ¡espejismos! Escribo terriblemente mal. Estoy deshonrada. Sucia. No tengo dinero ni amigos ni amor. Deseos. Sólo deseos. Pérdida. Mi vida es un eterno perder rociado de angustias y melancolías baratas. Nada queda. Hay una sensación de aridez vergonzosa. Así va la vida, Alejandra. Tengo infinitos deseos de suicidarme. Sonrío. ¡Mentira! Más que morir, quiero irme. Irme a las infinitas inexistencias. ¡Mi cholito! ¡Mi amor! ¡Mi vocación! ¡Mi sangre! ¡Mi elección! Reír más aún. Elegir: o me caso con alguien que no me ama (ni yo a él) o estudio y alimento una vocación que no es. Clara Silva; ¡pobre mujer engañada! «Fina y sensible como una hoja», me susurra en sus cartas; ¡si me hubiese visto ayer vomitando en el baño! De artista sólo tengo el amor al vicio, de burguesa sólo tengo el amor a escribir. ¡Reír!

14 h. Aún estoy acostada. Estoy enferma. Mareada. Débil. Me levantaré y llamaré a L. Iremos a lo de A. y B. Miraré las fotos de Jarry, los grabados de Max Ernst y ¡pensaré que el Arte es maravilloso! ¡No! Sólo pienso en D., esa puta infame.

Ayer comprobé hasta dónde llega la ayuda, la solidaridad. Todos tendían a burlarse considerando mi estado como un hecho gracioso, extravagante.

Me siento perdida. El único que podría ayudarme está lejos. Mi madre, ¡pobre! Insiste en trazar planes, regímenes, proyectos, de modo de ordenar mi vida. Pensar en L. me angustia. Acabo de llamar a su casa y no está. ¡Claro! Lo peor es que me siento suficientemente fuerte como para no estar acostada y débil, para leer o hacer cualquier cosa. ¿Dónde estará L.? ¿Qué habré dicho ayer? ¡Y D. que me persigue con su rostro maravilloso! ¡Y ÉL tan lejos!… Cualquier proyecto me parece imposible.

Estoy arruinada. No puedo descansar. ¡Quiero paz!

R. me contó varias cosas que hice ayer y que no recuerdo dada mi inconsciencia. Una de ellas fue decirle a una mujer que se estaba peinando (en el baño), y que seguramente no me gustó, que tiene «cara de luciérnaga frita». Toty (parece que se portó muy bien) me tenía para que no cayese, pero su escasísima fuerza no sirvió. Estuve tirada como 2 horas. También disentí de política (¿qué habré dicho?). Recuerdo sí, que me acerqué a la amante de D. y la dije que no puedo más. No recuerdo su respuesta, pero seguro que no me consoló como hubiese deseado.

Deseo que sea lunes.

Domingo 24

Abro mis brazos haciendo una reverencia al vacío. Libros… aj. ¡qué azco! [*sic*] Escribir (eso, para los locos).

Mi madre quiere enviarme por un año a Israel (su intuición siempre al día: a los 12 años fui sionista). Así, volveré seria y renovada. ¡Madre, y el psicoanálisis!

¡Maldito! ¡Todo me llega fuera de hora! Estoy segura que dentro de diez o quince años, mi madre va a querer que me psicoanalice 7 veces por semana. Pero ¡creo que ya voy a estar muerta!

Planes. Para qué? No pienso escribir jamás nada. Ni leer. Quizás comience a comprar libros bien encuadernados, para regocijarme por el calor de las tapas.

L. ya no dice que me ama, sólo me desea. Insiste en la boda. ¿Para qué? Hoy vimos *Manon*. En una parte, ella le confiesa divertida a Robert D., «que conoció a un psicólogo yanki que le creyó cuando afirmó que es virgen». Yo me tenté de risa. L. imaginó que el psicólogo es él y yo, Manon. Cree que lo engaño. Yo, a mi vez, siento celos terribles de R. Hoy dijo (para hacerme sufrir) que se casará con R. Y a mí me tendrá como amante. ¡Debo dejarlo! ¡Debo dejarlo! (¡Pero me caso el 22!)

No soporto la ausencia de ÉL. Hoy me embriagaría de nuevo. Me siento nada. ¡Es terrible! ¡Descendí en estos cinco días horrorosamente! Me siento viciosa. Sucia. Inútil. Gastada. Sólo quiero beber, comer y hacer el amor. También dormir y decir bromas. Pienso en ÉL y creo que jamás volverá. ¡Asesinaría a alguien! ¡Tengo hambre de placeres físicos! (¡Y yo que quería mejorar algo, para que ÉL se alegre!)

¡Esto no puede seguir así!

¡Dejaré a L. y seguiré sublimando! Pero… ¡me duele tanto todo! ¡Y lo peor es esta sensación de vacío! Sí. Supongamos que lo dejo. Bueno, entonces estudio.

Quizás escriba. ¿Y…? ¿Y? ¿Y? ¿Y? ¿Y qué, si estudio o escribo? ¿En qué se diferencia de estar con L. o embriagarse? ¡Dios mío, no puedo más!

¡Lo dejaré! Sí. Él está arruinado. Cuando lo conocí pensé transformarlo. Pensé que junto a mí y mi obsesión por adquirir conocimientos iba a cambiar, a seguir estudiando Filosofía, ¡a pintar! Pero no…, no sólo no se entusiasmó sino que ¡el cambio lo sufrí yo! Pero ¡no puedo culparlo!

¡Quizás él es sólo una excusa para dejar de hacer algo que tal vez jamás amé! No sé, pero yo quisiera otra cosa para mí. Aun en estos momentos en que me siento tan animal, tan frívola, siento firmemente que deseo estudiar, escribir, curarme, viajar y no casarme nunca. (Quiero agregar que deseo alguna experiencia sexual, *with women*.) Entonces… ¡ni palabra!

¿Y ÉL? ¡¡Lo adoro!!

¿Y L.? Lo deseo.

¿Y tú? ¡¡Al diablo!!

¡¡Tengo miedo miedo miedo!!

Mi libro no ha salido aún (angustias). A. Cuadrado miente, me miente (angustias).

No amo a L. (angustias).

Tengo celos de R. o de cualquier chica que mire o sea mirada por L. (angustias).

L. tiene celos de cualquier hombre que yo conozca (angustias)

tengo excitación sexual y no puedo calmarla (angustias)

me siento enferma (angustias)

no leo (angustias)

no escribo (angustias)

no estudio francés, ya no voy a la Alliance (Angustias)

no leo a Heidegger (angustias)

ÉL no está (¡¡angustias!!)

Y hay más, hay mucho más. Hay la sensación de la maldad de la vida, del fracaso de mi vida (¡ya no me entusiasma un viaje a Europa!), y a la vez me siento atada. (Por una sonrisa de D. sacrifico un viaje a París.) ¡Sí! ¡Más que atada! (¡Hoy me sentí molesta al verme vestida tan bohemia! Sentí deseos de estar elegante como cualquier estúpida que pasaba.) Hay más (L. me hablaba de sus amistades aristocráticas ¡y yo sentía placer y hasta nombré algunas más!). Hay más (en lo de B. y A, no miré dibujos, sólo quería fumar, beber, comer y besar a L.; el piano me era indiferente. ¡Sí!). ¡¡Hay mucho más!!

Lunes 25

Cruel despertar a las 11 h.

No veo sol. Ni cielo. Ni nada.

Encerrada en la torrecilla voluptuosa.

No hago nada.

Enferma. Náuseas. Dolores de cabeza y de pecho. Los párpados derrotados (¡dormí 12 h!). Quise escribir. Escribí diez líneas describiendo una escena erótica; ¡terrible! Escribo ahora con dificultades. Respiro mal. Apoyo la mano en el rostro; y ¡me duele la piel! Me acaricio el pelo y la nuca estalla. No lloro porque no puedo. Alejandra ¡qué descanso! Son las 11:20 h. Me siento como Molly Bloom. ¡No! Exagero. Pienso en ÉL, pero no me da fuerzas. ¡Cada vez está más lejano! Tengo deseos de embriagarme. De olvidar que he nacido. ¡Y cómo me duele todo! Todo menos el alma (¡que ya no está!). Sigo soñando con D. ¡Jamás la tendré! No importa. Me gusta soñar con ella. Antes de dejar a L., quisiera que me tome (para demostrar mi desinterés). No lo haré por miedo (a tener un hijo).

Quisiera estar en un convento religioso (como santa Teresa). Tendría que haber conventos psicoanalíticos. Le rogaría a ÉL. No encuentro mucha diferencia entre el amor de santa Teresa a Cristo y el mío a ÉL.

Me siento esquizofrénica. Es como si en mí estaría [*sic*] el índice de las anomalías psíquicas estudiadas. Cada gesto me resulta sospechoso.

23 h. Renuncio a D. No me gusta tanto. La rodea un aire sofocante. Algo así como una cama deshecha o una mesa desarreglada (o el baño después de darme yo una ducha, cuando está todo disperso).

Hablé con L. Dije que debemos separarnos. Me convenció de lo contrario. Acepté.

Al volver mi madre me hizo una escena de llanto. Le estuve agradecida. Así, va a ser «ella» la culpable de la separación en este «amor imposible». Lo lamento por A. y B. Voy a extrañar esa habitación tan hermosa. ¡Y la canción de Père UBU! ¡Y los grabados de M. Ernst! ¡Y los cuentos de Álvaro! ¡Y el rostro de Tybor! ¡Y el «te adoro» de L.! ¡Y sus besos! ¡Y su rostro maravilloso! *Mon dieu!* Si yo fuera sana…

Mi madre quiere que estudie. Cuando lo dijo, sentí un golpe de alegría tranquila. Pero ¡no es posible!, ¡no puedo!, ¡no puedo! No sé qué es lo que temo. ¿Serán los exámenes? ¡No! Creo que no. ¡Es ese método! ¡Esa aridez! ¡Cuánto lo siento! ¡Me hubiese gustado! Pero… ¡ya es tarde! Si sería [*sic*] más joven, ¡¡quizás!!

Pienso en ÉL. Lo adoro.

En realidad, renuncio a D. pues sé que jamás la tendré. No soy su tipo. No le gusto. Sé que renunciando, puedo lograr que me sea indiferente.

Ojeo [*sic*] los apuntes de Filosofía. Sólo me interesan los párrafos dedicados al Ser. Pasan oleadas de euforia. (¡Quiero estudiar!) Sé que a Él le agradaría que yo siga estudiando. Toco mi cabeza. La siento obstaculizada. Agonizo de deseos de seguir estudiando. Estoy segura que al elegir la facultad, dos años antes, elegí bien. Pero ¡no puedo! Si comenzara de nuevo y abandonara, entonces sería terrible. ¿Más terrible que ahora? ¡Sí! No veo nada. Sé que mi espontaneidad está languideciendo. Ya pasa la época en que mis poemas sean estimados dada mi juventud. Llega el momento de decir algo. Y para «decir algo» tengo que «saber algo». Y yo no sé nada. ¡Tengo que estudiar! ¡Quiero estudiar! ¡Pero temo estudiar en la facultad! Me gusta estudiar sola, sin método, sin programa…

¡No quiero viajar! Me imagino en París y no me gusta. Veo «cerrado». Pero menos me gusta estar acá…

Me avergüenzo de los días pasados en que, tensa y emocionada, buscaba ocasiones para hablar con D. ¡Yo! ¡Con mi sensibilidad y mis aspiraciones! ¡Yo! ¡Amiga de Clara Silva, la mujer más exquisita! ¡Yo! ¡Llorando con Vallejo! ¡Yo! ¡Penando por una plantita! ¡Aspirando a desentrañar lo incognoscible! ¡Tratando de perfeccionar mi vil materia!

Tomo conciencia de mi decadencia. ¡No! No es posible. Me liberaré de la carne de D. Me haré indiferente a ella, aun sufriendo los peores dolores. (Lo peor es *su* indiferencia. Pero, creo que no sabe que la deseo tanto.)

Bajarlía a L.: Sí. *Alejandra es muy fría*.

El doctor B. hablando de adquirir «elegancia psíquica».

26 de julio

¡Aspirar a la lucidez! Leo a Proust. Al terminar cada párrafo, debo cerrar el libro y los ojos y descansar. Y no tengo sueño ni puedo pensar. Ni hacer nada.

L. me está esperando ¡y yo acá! ¡Me duele pensar en su aflicción por mi ausencia!

Disponer los días como frente a un tablero de ajedrez. Mañana. (Veo un espacio blanco. Una pantalla clara.) ¡Al diablo! Empecé a mezclar. Proust con Jaspers y poemas de Apollinaire, G. Lorca, Rimbaud, Vallejo (los que encuentro en la gramática: Borges [¡terribles!], Ascasubi, G. Mistral, etc.), además, la traducción de *Aphrodite* de P. Louÿs y las ojeadas frecuentes al *Segundo sexo*. *Cocktail biblius*. Rematadamente confusa. Promiscua. Deseos de escribir como James Joyce

embriagado. De pronto me enderezo y corro a la gramática (¡vive Azorín!). Luego vuelvo al surrealismo (tomo el lápiz que me regaló Cassio para llegar a la escritura automática). ¡No! He de ser seria. (*Ex demimondaine*.)

¡Al diablo! ¡Me creo eterna! Todo el mundo dice: ¡tenés la vida entera por delante! (¿y por detrás?). ¡Y así «se» dejan pasar los años!… ¡Y no «se» hace nada!, ¡hay tiempo!

Este maldito cuaderno me recuerda a mi diario (años 53-54).

¡Emocionada! Acabo de ver en la televisión un maravilloso conjunto de ballet interpretando la 7.ª sinf. de Beethoven. Cada vez que aparecía el pequeño fauno, sentía extraños anhelos. Adoro el ballet. Adoro los cuerpos de los bailarines. Me gustan más los hombres. Es un éxtasis ver una foto de S. Lifar en maillot.

Qué bien que está esa frase de Heine: «Donde mueren las palabras… comienza la música».

27 de julio

Caminando. Caminando. Mil rostros diseminan sus notas en el pentagrama callejero. Música informe, huidiza. Camino perpleja y avasallada, ¿por quién? Por las sombras del pasado. Por todo lo que descentraliza y enmaleza mi ser impidiéndole cualquier fluir. Atada. Esclava. Anulada para la elección. Voy con el fardo a cuestas. Flores y materias putrefactas. Cada acontecimiento marca en mí sus huellas consagrándose. (Como sucede con el Teatro Chino de N. York, donde cada actor consagrado imprime en el piso huellas perennes asegurándose así la entrada a la posteridad, al no-olvido.)

Escucho las conversaciones pasajeras en un ómnibus, café o esquina. Me avergüenzan esas series de imbecilidades. ¡Y el tono serio en que se dicen! ¡Y las sonrisas! ¡Y las felicitaciones! ¡Y los saludos! Cuando alguien me envía «recuerdos» para otro alguien siempre los comunico. Entreveo un ruego oculto. Un ruego de ser, de estar en la conciencia del Otro unos segundos siquiera.

En la clase de Gramática hicimos un deber de redacción: «La familia». Comencé citando una frase de Rilke: «Sí. Porque en el fondo estamos infinitamente solos»… Luego recordé a Jaspers. «Solamente existo en compañía de los demás. Solo, nada soy» (¡esto me angustia!).

¡No puedo dejar a L.! ¡No puedo! Hoy intenté mostrarle mi confusión mental, mi desequilibrio, mi apego al psicoanalista, mi incapacidad de elección (¡tan fundamental en él!). Pero no reaccionó como yo esperaba. ¡No! ¡Quiere ayudarme!

Su hermoso rostro se acercó amorosamente el mío mientras sus labios susurraban maravillosas frases. Los ojos oscurecidos por la emoción. Las manos, ¡sus bellas manos! Buscando las mías. ¡Emocionada! (¡pero nada más!). ¡Excitada! ¡Terriblemente excitada! (¡pero nada más!). ¡Al diablo! Mi sensibilidad se agita sólo conmigo. Me sentía afectivamente impasible. Tremendamente pasiva. ¡Como si sería [*sic*] natural ese cariño por mí! ¡Como si el no quererme sería [*sic*] una anomalía! No sentía agradecimiento. Me veía materialista, dura y valiosa. Como un prodigio inhallable. Hasta pensaba en la suerte de L. al encontrar una mujer tan maravillosa como yo (¡no ironizo!). Ahora me extraño. «Sólo me amo a mí misma.» Se lo dije a L. y se alegró. «Así me amarás más a mí.» Tengo la sensación de haberlo leído en algún lado. Cuanto más se ama o se odia uno a sí mismo, más capacidad hay de amar u odiar al Otro. (No recuerdo si lo dice Gide, Proust o Breton.) ¿Qué importa, si yo no puedo amar?

¿Qué hice hoy?

9:15: Me despierto (el despertador sonó a las 7, pero seguí durmiendo). Buen despertar. Pacífico. Pleno.

9: Desayuno. La sirvienta dice: ¡Al final! Después de la muerte, ¡se acabó! (siento deseos de estrangularla. Jamás vi moralista tal. La asocio con Kant).

9:30: Leo la *Historia del surrealismo*. ¡Qué época! ¡Qué furor! ¡Qué pasión! Connolly se refiere a los poetas modernos discutiendo, como «chacales gruñendo junto a un manantial seco». ¡Macanas! Nada más auténtico ni conmovedor que el juicio a Barrès o las primeras experiencias de Breton. (Me gusta Vaché.) Mi querido Connolly debe referirse a esos [*tachado*], como los que veo en los bares de Viamonte, pletóricos de comodidad y ansias sexuales dominadas, opacos coleccionistas de volúmenes polvorosos, desapasionados admiradores de la poesía, de esa Poesía que jamás intentarán buscar.

10:30: Baño matutino. Me seco junto al calor de la estufa. Comienzo a llorar. ¡Jamás escribiré nada que me satisfaga!

10:45: Me dan la inyección. Voy a la farmacia. Me peso. ¡Aumenté! (¡sigue con los cocktails y el dulce de leche!). Siento la sensibilidad obstruida. *Merde!*

10: Escribo «automáticamente» dos poemas. Uno me gusta. Noto el aire de Vallejo. Me siento ladrona. Ahora comprendo por qué los psicoanalistas están (en el Jockey) siempre con los surrealistas. (Y yo, ¿qué hago allí?)

12: Almuerzo. Le pido a mi padre que me enseñe a conducir el coche. No quiere. Lo amenazo con casarme con L. (indirectamente). No sigo discutiendo pues a nada lleva. Jamás me enseñará a conducir. SÉ que si aprendo en algún lado, luego me lo prestará. Pero tengo pereza. Además, me sentiría demasiado cómoda (burguesa). Me gusta viajar mal. Me hace sentir duro. Un boleto en la mano ¿Verdad, C. Silva?

13: Está saliendo una muela de juicio. Me duele. Me siento vegetal. (Como esos experimentos que hacíamos en la clase de Botánica, cuando la semilla germinaba en

pocos días.)

13:45: Suena el timbre. Visitas. Luisa, Betty y Lydia. Invitación para el cumpleaños de Betty. (Me fastidia y angustia.) Interrogo a Luisa sobre sus actividades en la Facultad (iniciamos el curso juntas; ella continúa; tiene una memoria terrible, pero «es necesario un título»; no tiene la menor vocación o inquietud filosóficas; solo dice que «es interesante»). Me pregunta si pienso seguir estudiando. Digo que estoy muy ocupada. Siento malestar. ¡Quiero estudiar! (Pero-no-puedo.) ¡El cielo sabe cómo malgasto mi talento! («Hago girar mis brazos como dos aspas locas.») Le digo a Luisa que leo *En busca del tiempo perdido*. La distinguida estudiante de filosofía se ríe y me dice «el día que lo encuentres, ¡avisá!».

(*Merde! Merde! Merde!*)

¿No le tendré agresión debido a su insípido equilibrio psíquico? ¿A su carencia de angustias? ¿A ese aire de paz que exhala?

14: Me cambio.

15: No acepto viajar con mi padre. Mi madre se inquieta.

16: Me compro el libro de Vallejo. Miro una fotos de Colette. Descubro que la mayoría de las mujeres literatas tienen el mismo tipo: morenas, delgadas (al envejecer, engordan), ojos negrísimos, nariz grande, pelo tieso y expresión mística. ¡Sí! No encuentro fácil distinguir a Colette (a pesar de los ojos verdes) de K. Mansfield o de M. de Noailles o C. Silva o M. A. Domínguez (¡qué hermosa!) o… Miro mi rostro. ¿De qué tengo cara? ¡No sé! Sin embargo, una compañera de Esc[cuela] me envió un día un papelito preguntando mi nombre, pues «debes ser poeta». (¿Por qué estimas tanto a esa chica, Alejandra?)

17: Visita a lo de Arturo. No comento. ¡Tengo miedo!

17:50: Compro cigarrillos egipcios. ¿Por qué gastaré tanto dinero? ¡No! ¡Gastar no es! Son deseos de arrojarlo. No importa dónde.

18: Encuentro en el Jockey con L.

19: Entro al Colegio. Atiendo la clase de Artes Gráficas. Dispongo seriedad en mi expresión. Quiero estar seria. Descubro que debí llamar a Piterbarg. (¡No quiero!)

21: Salgo del C. D. No miro. R. tampoco. Tomo el té con L., quien está tomando tragos, como siempre.

22:30: Llego a casa. Ceno y leo el suplemento del Hogar. Cine, Greta Garbo y su «primera película». Me emociono. La adoro.

22: Veo por la televisión la película *El pibe*. ¡Adorable! Ch. Chaplin es terrible. No puedo reírme de sus gestos. Me siento dura. Impresionada. ¡Es maravilloso!

(*And then… what?*)

28 de julio

Ausencia vibrante. Galápagos molestos. Sombra del frío que se introduce a través

de la cerradura de la ventana. La estufa muda y sonriente de sangre calurosa halaga mis medias. El humo choca con mis pestañas borroneando la luminosidad ilusoria. Un cruel nihilismo brinca sinuoso en mis espacios. Ruidos. Voces. ¿Y esto es la vida? Extrañeza patológica: la neurosis se clava en mí orgullosa. Mis dedos se quiebran al tratar de desprenderla. Miro los huesos diseminados. Un silencio nebuloso los destaca. Trato de imaginar mi estructura ósea. La ubico en un cajón de la morgue. Náuseas.

Pienso en L. Lo veo enfundado en su estrecho traje de franela gris, gesticulando, moviéndose y sonriendo. Veo su hermoso rostro tan plástico y juvenil. El pelo sedoso y largo, tan negro y surcado de manchas blancas (como testigos de su desastre vital). Me interrogo sobre la disponibilidad y libertad de L. ¿Son auténticas o nada más que una asimilación talentosa de las ideas sartreanas? Puede ser que esté tan hundido y pasivo que su rigor responsable sea una máscara protectora de su debilidad, a la que se aferra (quizás inconscientemente) para no ver el fracaso de su vida. Sus argumentos contra el psicoanálisis estriban en que «el hombre es responsable de sus actos». (Rimbaud rompió su estructura burguesa con ayuda de la voluntad actuante.) ¿Y Baudelaire? (Sartre lo condena. L., también. Me enfurece ese dogmatismo. ¿Cómo no comprender que hay veces en que se quiere romper, pero *no-se-puede*?). Hago esfuerzos para seguir pensando en L. (los cigarrillos egipcios me atontan). ¿Cómo puede amarme? Anímicamente soy opuesta a él. Él es calculador, racionalista, arriesgado (creo), realista, sutil. Además, es abierto en la comunicación. (Cuando habla de su excitación sexual por mí, lo hace en forma tan limpia y sincera, que esas mismas palabras que dichas por otro serían pornográficas, me resultan tan naturales como cualquier comentario sobre, digamos, la situación social.) Ahora me pregunto por qué no lo amo. ¡No sé. No sé! Siento que al no poder amar a L., jamás podré amar a hombre alguno. Con él se cierra la serie de hombres-objetos-a-amar. Nunca habrá nadie más bello ni más sensible que él. Pero no puedo forzar mi ser hacia él. Hay algo inefable que me detiene y que me evita sentir melancolía ante la impotencia afectiva. Algo que me construye mi futura «ermita». ¡Quiero estar sola! ¡Quiero *tiempo* para estudiar!

Leo la *Historia del surrealismo*. Al llegar al capítulo dedicado al marxismo y a la situación social, económica, etc., de nuestra época, cierro violentamente el libro y lo guardo. Me horrorizo de mi falta de interés. ¡No puedo remediarlo! ¡Denme al Hombre, no a las masas!

Cada vez me atormenta más la incapacidad de hilar un pensamiento.

Mi actividad mental consta de un suceder de imágenes vertiginoso, recuerdos desordenados, palabras que se van en cuanto trato de apresarlas (como un ladrón huyendo del que sólo se ve el extremo del saco, al doblar una esquina). ¡Es desesperante! Trato de llegar a cierta coherencia, pues no es posible seguir tan

despegada de mí misma.

Me vienen deseos de leer el *Discurso del método*. No creo poder terminarlo. Son las 16 h. Pongo por testigo a este cuadernillo para que verifique si tengo fuerzas para leer a Descartes. (Sonrío irónica. ¡Ejercicios de voluntad! «Y el hombre, ¡pobre!… ¡pobre!») Leo las tres primeras partes. A intervalos, descanso, pues el afán de concentración me fatiga. Admiro el estilo de Descartes. Su limpidez. Su orden. Su fortaleza. (Recuerdo que André dijo que el mejor remedio para la angustia es «leer el *Discurso del método*». Me parece un disparate. A mí no me produce el menor efecto de cura; al contrario: sólo me da la medida de mi nulidad intelectual. Me agobia enrostrándome los «imposibles».)

Hermosa tarde invernal. Por oposición, la asocio con un cuadro de la «abuela Moses». (Me gustaría encontrar la raíz de esta asociación: los cuadros de la a. M. los vi en un film de cortometraje proyectado en la primera reunión que realizó *Letra y Línea*. Ese día fue intenso. Bebí excesivamente. Bailé «excesivamente» con P. Luego ese tango que tarareaba Ceselli, «así era ella igual que una flor». (Luego soñé con este verso.) Esperaba la presencia de O., pero no vino. ¡Al diablo! Ese día sufría por su ausencia. Ahora también. ¿Será esto el motivo del recuerdo de unos cuadros soleados y calurosos en este día tan Bienestar invernal? El frío renace en cuanto me alejo de la estufa. Se me ocurre pensar en los seres que habitan esas casas horrendas que observo apasionadamente cuando viajo en los ómnibus que pasan por Dock Sud o La Boca. Casas resignadas, desamuebladas por la tristeza, que huelen a vicio y suciedad. Me estremezco al pensar en el frío que debe reinar en los cuartillos oscuros, en el jardín desolado. Luego, paseo mi percepción por mi cuarto, tan confortable y tierno. Mis ojos besan cada figura. Mis ojos, mis labios, mis oídos. Todos mis sentidos unidos y confabulados para hacer de mí un receptáculo sensorial. ¿Y mi razón? ¿Y mi pensar?

¡Desesperada! Acá, acostada en el coloreado diván, a la sombra de la tarde que se va. Mi ropa causaría trágica envidia a cualquier muchacha de las *caves* de Saint-Germain: pollera de abrigadísimo paño verde con el «cierre» roto; *pullover* enorme de marino, campera desteñida y rota que aspira tener color celeste, y unas medias de lana verde con adornos marrones; a mis pies están los zapatos, felices en su negrura y modelo como esos «mocasines» que llevan los jugadores de *baseball* yankies. Me gustan mucho… Detengo el examen de mi vestimenta y trato de abrirme paso al interior ¡desesperada! ¡Efímeramente desesperada! (¡No pude terminar el *Discurso del método*!)

21 h. No hago nada. ¡No sé qué hacer! Estoy cansada. Muy cansada. Hoy no haré el sumario del empleo de mis horas diurnas. No hay qué decir, salvo que adelanté en mi diagnóstico. Ya aprendí cabalmente que soy distinta de la mayoría de la gente. Que

ellos piensan y yo no porque no puedo, porque me ocurre algo, porque estoy enferma. Sí. Estoy enferma. Me pregunto si a todos los neuróticos les ocurre lo mismo. De pronto me admiro de todo lo que hice. De mis papeles. Algún día van a estar en el museo (de algún instituto psiquiátrico). A su lado habrá un cartel: Poemas de una enferma de diecinueve años. Imposibilidad de razonar. Nunca meditó. Jamás reflexionó. Ninguna vez pensó. Parece ser que es sensible. Propensión a considerarse genial. Agresiva. Acomplejada. Viciosa. No muerde.

Tinta. Mi único consuelo. Así se sigue, Alejandra. Así se sigue. La estufa hace ruido. Un perro ladra. «Nunca se sabe de dónde vienen los ruidos» (Proust). Así se sigue. A la deriva. Estrellarse. ¡Bah! ¡No hay qué estrellar! Pongo la pluma en el papel. (Te presento a una joven poetisa: F. A. P.) Ya pertenezco a mi tiempo, *vive le père UBU!*

………………

Puntos. Para indicar que miro el vacío.

¡¡¡Ser por una vez el destino!!! ¡¡¡Quiero llorar!!! ¡¡¡¡Me duele!!!!

Cuando Sartre oyó cantar a Juliette Greco dijo: «Millones de poemas en la garganta».

Cuando lean mis poemas van a decir: «Millones de gargantas en el poema».

«Poemas para leer en el bidet.»

¡Adoro mi poesía! ¡Es la única que me gusta! Imitando la de Vallejo, en la que se nota mis influencias de la primera época (año 1930). ¿Qué hacía yo en 1930? ¡Estaba en la nada! ¿Y en 2930? ¡En la nada! ¿Y en 1955? ¡En la nada! ¡¡En la nada!!

29 de julio

Hoy cumplo 19 años y tres meses.

Sumario

¡8 h! Me despierto maldiciendo el frío. ¡Pensar que podría quedarme en cama toda la mañana, leyendo y escuchando música! Pero no… debo encontrarme con L. Recuerdo que anoche soñé con Juan Arón. Un J. A. desconocido: ¡orgulloso y desdeñoso conmigo! Lo interpreto como un sentimiento de culpa que sufro por haber abandonado su amistad tan bruscamente. Lamento no anotar el sueño, pero tengo frío…

8:15: Sigo en la cama.

8:30: Salto violentamente. El café hirviente templa mi interior helado. La sirvienta me pregunta «si voy a la escuela» (facultad).

9: En un café de La Boca. Frente al puerto «de colores impresionistas». Me extraño de ver a un grupo joven [*sic*] de tres chicas y dos muchachos. Ríen y gritan vulgarmente. Las mujeres me miran con recelo, ¡una mujer sola! ¡Y en un café de La Boca! ¡Y a las 9 de la mañana! Deseo que L. venga enseguida. No por mi incomodidad, sino para enrostrar su bello rostro a esas caras horriblemente maquilladas, que deben suspirar por los «buenos mozos». (Me avergüenzo de este pensamiento, ¡claro que sí! Pero da satisfacción sentir la pasión de algunas mujeres por L., que sólo me quiere a mí.)

9:30: L. no viene. Me pongo nerviosa. Miro hacia el puente. Los ómnibus parecen bichitos. ¡De los hombres ni que hablar! Me crispo. Súbitamente penetra en mí la certidumbre de la pequeñez del hombre. De su cuerpo. De su rostro. De sus ojos. Pienso (como A. Carrell) que es pequeño para poder entender todo lo que ha logrado (maquinariamente). Comienzo a ver huesos, carne. La vida se me presenta más tonta que nunca. Pasan más hombres. De pronto, uno comienza a mirarme con deseo. Contraigo todos los músculos. Aprieto las piernas como queriendo hacer desaparecer mi sexo. Me muerdo los labios. Adopto una actitud hosca y desagradable. El hombre se va. ¿Y mi sensación de desprecio al hombre, tan pequeño, indefenso, inconsistente? Si esta presencia sería [*sic*] completa, ¿hubiese temblado ante un ser que pasa y me mira? ¡No! ¡Mil veces no!

10: L. no viene. Me alegro. Es un tonto, pues él mismo anuda el lazo que ahorcará «nuestro romántico y delirante amor».

11: Vuelvo a casa. Digo que «la conferencia en la facultad no se hizo». (Pienso, no sé por qué, en una conferencia dictada por Simone Garma sobre Pascal, a la que no pude ir por falta de tiempo.) Leo los poemas automáticos que escribí ayer.

12: Baño matutino. Cuando me seco, siento deseos de llorar. Me siento frustrada.

12:30: Almuerzo. Conversación con mi madre: «La cocina es un arte. Defiendo la c. francesa. Me veo snob. Lo único que me gusta de ella es el colorido y la carencia de un sabor específico.

14: Proust.

16: Salgo. Me llevan mis padres.

17: Té en el Jockey. Me extraño de ver «entes» sentados tomando y hablando. (Algo parecido a lo de la mañana.)

17:30: En Galatea. Compro libros. Me invitan a un cocktail que se realizará a las 18, ofrecido por la revista *Sur*. (Me alegro, pues quiero conocer a V. Ocampo, quien según me dicen «se acostó con todos los escritores argentinos».)

18: Clase de francés. Quito algunas cosas pertenecientes al casillero «17:30» (¡pero estoy tan cansada! ¡Son las 24 h!). ¡Claro! Estuve con Álvaro, quien tenía que encontrarse con L. a las 16:30. (L. no vino.) Lo buscamos en varios cafés. No está. Nos vamos al Chambery. Me siento tensa, como siempre que estoy frente a Álvaro. (Es terriblemente parecido a Rimbaud.) Hablo. Él sonríe bondadosamente. La tensión se disipa. Siento como que me compadece que mi novio sea tan extravagante e

informal. No me disgusta esto, pues es una situación nueva. Le pido que me hable de ese libro de Morand, *Nada más que la tierra* (o me habló de él un día; el libro me importa un cuerno (según A. es muy flojo). Yo quiero recordar, ¡pero! Mejor dicho, tocar algo que haya sido rozado por O. para sentirlo más cercano.

18: Clase de francés. Inquieta. No puedo atender. Quiero reír. Y decir, *merde!*

17: Llamo a Bajarlía para ir a un cocktail de Galatea. No está. Voy al Jockey. L. no está. Cruzo hasta Galatea. Me hacen entrar. Oigo poemas. Algunas personas me miran curiosas. (Maldigo risueña mi aspecto bohemio, ¡hoy estoy peor que nunca! Pero ¡sé que estoy atractiva!) Llega Mr. Pierre G. y me hace subir. Subo intimidada. ¡No conozco a nadie!

La descripción la haré mañana. Ahora tengo sueño.

¡Ah! En el café (21:30 h), L. no estaba. Entro al baño, siguiendo a D. Como hay un t[eléfono] público se me ocurre llamar a L. Giro el disco mientras hablo con D. sobre mi futuro matrimonio y… ¡Sí! ¡¡¡Noto sorprendida que marqué el número de Bajarli··· [*sic*]!!!

30 de julio

La humedad se atora junto al vidrio. Se deshace en gajos semitransparentes por los que transita la reminiscencia del rocío nocturno. Oigo el primer ruido del día que ennegrece levemente mi blanca pared auditiva. Lo siguen otros y otros. La efervescencia del colorido es ya innegable. Como otrora junto al pasadizo del puente soñado. Junto al meditabundo cartel esmaltado de pájaros inmensos. ¡Oh, amo los pájaros! ¡Amo las aves! Hasta la más oscura, esa que perfora las crines de los árboles; que vierte sobre las hojas el llover de su canto sin instancias. Las aves vuelan sobre el planeta de mi ventana. Frente el mundillo perfumado de angustias donde las observo. Junto al observatorio deformado en que intercalo las mágicas visiones fugitivas quebrando unos segundos el fluir de la niebla maldita.

Domingo, 31/ 2 o 3 de la madrugada

¡¡¡¡¡Se fue L.!!!!!!

¡Sí! ¡¡¡¡Se fue L.!!!!!

«dije todo, ansia, casi, por no llorar·»

Hace diez minutos (o menos) que L. se fue para siempre. Aún siento en mi rostro el sabor de las lágrimas derramadas en su hombro. Lloré ante la certidumbre de mi

incapacidad afectiva. Lloré porque se fue el ser con el que pensaba unirme y constituir una pareja como tantas otras. Lloré porque jamás conoceré el encanto de la comunicación plena. Lloré porque la llave que abrió la puerta indicó un claustro (¡el anhelado encierro junto a los libros! ¡La soledad infinita!). ¡Sí! Lloré porque terminó la farsa. ¡Abajo las máscaras! Éste es tu lugar, Alejandra, y jamás saldrás de aquí. Éste es tu lugar, junto a Rimbaud y Nerval. ¡Junto a Vallejo! Junto a los adorados seres inexistentes que jamás te desilusionarán y a los que nunca cansarás con tus andares de neurótica mundana. Heme acá. Las cuatro paredes rodean mi alma. Hemos llegado al final de un experimento necesario y fracasado. Acá. Sí. Con la pluma y el llanto que nutre conmovedor la savia de mi escritura. ¡Sola! ¡Gritaré aterrada mi soledad! Gimo. Lloro. ¡Tengo tanto miedo!

Cierro los ojos. Era necesario. ¡Quiero escribir! ¿Qué? Aún no sé… Necesito ordenar mis ideas. Lavar mi frivolidad, pues aún quedan restos. Por más tenaz que sea cada poema en asegurarme que no escribo bien, que no tengo condiciones para ello, persisto. Persisto pues es lo último que me queda. Persisto pues si no escribo, soy un ser reventado. Escribo por exigencia vital.

¡Sola! ¡Sola! Ya no me ilusionaré más en materia amorosa. La desecho de mis espacios. «El temor a la soledad es mas fuerte que el temor a la servidumbre»… ¡¡Por ti, Connolly!! Por ti, ave de amplias alas que friegas los ojos reanimados por la esperanza. ¡Sola! ¡Por siempre sola! Conscientemente sola. Yo elijo la soledad y no por rechazo del Otro. Yo, Alejandra, hoy 31 de julio elijo la soledad. («Lo hago por necesidad vital. Me pesa el cadáver pequeñito.»)

FIN

10 h. Despierto. Me siento débil y temerosa. Es como si hubiese llorado por la soledad del ser en general. Como si me hubiese achacado la responsabilidad de la soledad del hombre. Recuerdo que en la oscuridad de mi lecho lacrimoso una voz me decía: «¡Basta! ¡Ya has llorado demasiado! ¡Llora únicamente por ti! ¡Sólo tú existes! ¡Sólo tú existes para tu llanto!». Luego comencé a sentir terribles náuseas y dolores. Quería soñar, fantasear, imaginarme otro escenario que el de mi cama deprimente. No pude. Estaba desesperada. Estoy desesperada.

Pienso en L. y lamento su ausencia. Mejor dicho, la ausencia de su rostro encantador. Su risa milagrosa. Los gestos que asociaba con Oscar Wilde y los lechuguinos de su tiempo. L. tiene algo de femenino cuando cuenta sus andanzas mundanas. ¡Mundanas! Sí. Eso es lo que lamento. Ese colorido que pintaba en mi vida. Esa duplicidad extrema: a la vez que llorábamos la nada, la sinrazón de toda esta evolución ingrata del hombre, la fragilidad de los fines que proponen mil empresas forzosas, cuidábamos la elegancia de los pequeños detalles que aparentemente no tienen fin alguno (cubiertos de cierta atmósfera proustiana) como

saber «elegir» las bebidas alcohólicas según sea la hora, huir finamente de los encuentros con seres molestos, cuidar el colorido del vestir (aun en los indumentos más bohemios: L. me obsequió un frasco de Loción Worth cuyo aroma, un tanto dulce y extrovertido me hacía pensar en reuniones con bellas mujeres y hombres elegantes. Ese día me vestí muy bien y maquillé mi rostro profusamente, cosas que recibieron el agradecimiento placentero de L.). Bueno, creo que la pérdida no es excesivamente angustiosa. Lo único terrible es la desaparición del interrogante: «¿Qué hago, Esto o Aquello?» Sí. Ahora hago Esto y jamás haré aquello. Y si la elección fracasa… *Mon dieu!* ¡Que no fracase! ¡Que mi espíritu ascienda voluptuoso hacia la belleza! ¡Que mi cuerpo sea su vasallo! Hoy, 31 de julio, el sol ilumina las cuatro paredes de mi cuarto. Paredes que son como espejos. En cada una está mi Yo. (Aunque no quiera, he de mirarlo siempre.)

¿Qué tal, avecilla delirante de alegría? ¿Qué tal, César Vallejo, hombre de lágrimas excesivas? ¿Qué tal, dulce muñequito negro que giras día y noche? ¿Qué tal, noche angustiosa de flores blancas? Os saludo a todos con mi disponibilidad. A vosotros me entrego plena. A vosotros me doy toda. Estoy sola con ustedes. ¡Sola para ustedes!

Cuaderno de agosto de 1955

1 de agosto

> Me veo obligado ya a admitir que la ansiedad es mi estado genuino, ocasionalmente interrumpido por el trabajo, el placer, la melancolía o la desesperación.
>
> C. CONNOLLY

Luz de la mañana embebida en los ruidos cotidianos. Los ojos vueltos del sueño perciben asustados aún la Realidad que los sacude. Siento mi despertar como una adhesión de una hoja a «su» árbol, como mi volver a pegarme a la rama que me agitará arbitrariamente. Silencio de hoja matutina sin voz para sollozar la infamia de su inepcia. Silencio de tensión erguida en la sien del árbol. La hoja se agrieta al desmenuzar los días. El sueño lejano resuelve su espera en un rincón inhallable. Mis ojos que se agrandan confiados en el reconocimiento de los objetos cotidianos.

Despierto cansada y fría. La toma de posesión de una «libertad» exterior tan duramente lograda es triste. Pienso en mi vida condensada en un eterno intento de escudriñar mi yo. Libros y más libros. Hay momentos en que desaparece la esencia del libro, quedando solamente su ridículo cuerpecillo. Me veo entonces acariciando nebulosas hojas de papel y me pregunto si valen lo que una mirada humana. Me retuerzo en el interrogante axiológico. Pero ¡no necesito respuesta! Continúo leyendo; paulatinamente, desaparece el físico del libro. Me convierto en el receptáculo de su alma. (¡Oh, amo los libros!) Cada minuto que transita señala mi elevación.

Encuentro prodigioso con los momentos de mi vida. Hallo una continuidad confabulada para llevarme a la individualidad más estricta. Mis años aumentan en proporción a las lágrimas. Cada día agrega nuevas lágrimas a la síntesis de mi ser temporal. Lágrimas que son benéficas…

Pienso en mi neurosis. La odio porque no me permite pensar coherentemente. Acepto las angustias, extravagancias, sensaciones y explosiones más violentas pero… ¡a condición de meditar! No pido la lucidez de Descartes. ¡No! Quiero una ínfima cantidad de raciocinio que me permita decir ¡Alejandra, te estás engañando! ¡Quiero tener capacidad de elección!

Se me ocurre que aún no debo comenzar la novela. Tiempo de madurar. Aún no rechazo íntegramente el mundo. Aún me aferro a los engaños gestadores de ilusiones fantásticas. Aún sopla en mí la optimista esperanza de hallar el puente transitable entre los límites y el infinito. Aún no tengo conciencia de la total impotencia del hombre. (O si la tengo, no me causa suficiente angustia.)

En busca del tiempo perdido, III

> Aguante usted el ser calificada de nerviosa. Pertenece usted a esa familia magnífica y lamentable que es la sal de la tierra. Todo lo grande que conocemos nos viene de los nerviosos. Ellos y no otros son quienes han fundado las religiones y han compuesto las obras maestras. Jamás sabrá el mundo todo lo que se les debe, y sobre todo lo que han sufrido ellos para dárselo.
>
> M. PROUST

En una biblioteca pública.

Acabo de hallar cuatro libros magníficos. Huelen a polvo y a magia. Adoro las viejas librerías. Lo que me deja consternada es la fecha de la impresión de los libros: *Pensamientos* de Pascal (1927). *Diálogos* de Leopardi (1931). *Dostoievski* por André Gide (1935)… Es decir: ¡antes de mi nacimiento! ¡Cuando estaba en la nada!

Leo el diálogo entre «la naturaleza y el alma» de Leopardi. ¡Este hombre es un descubrimiento para mí! Me identifico totalmente con él. Y me rebelo con él. Siempre es el mismo interrogante: ¿de qué soy culpable?, ¿por qué este eterno sufrir?, ¿qué hice para recibir tanto golpe duro y malo?

El hechizo de D. inflama mis anhelos. Su rubia cabellera me recuerda ese verso de B. Péret: Agotar las reservas de oro para comprar horquillas con que sujetar el cabello. ¡Yo agotaría lo imposible para tener sus cabellos en mis ojos! Su cara de gatita adaptada al sueño. Todo en ella es tan voluptuoso que un solo gesto de sus turbias manos basta para ahogar mi alma. Claro que me resisto con todos mis libros, con toda mi angustia prosaica y pseudoexistencial. Pero hay millares de leguas entre sus voraces labios y el hombre clamando con sus brazos abiertos: ¡¡¿quién soy?!! D. es el perfecto exponente de la Tentación Carnal. Terrible modelo que un día envió su imagen a mi cuerpo dejándome delirante, frenética por su posesión. ¡Ah, hermana alma, todo se une para perdernos! ¡Su ausencia, la soledad, la tristeza, la convalecencia de ese amor impotente y la sombra de D!

Sumario 24 h.

9:45: Me despierto triste, relajada.

10: Leo a Proust.

11: Entra mi madre para comunicarme que la madre de Juan Arón ha muerto. (¿Por qué las madres de mis amigos o novios están muertas, mueren o son enfermas? Ej.: mi primer novio, Raúl, cuya madre estaba enferma. Pedro, su madre murió. Luis, enferma de arteriosclerosis. J. A., murió.)

11:30: Almuerzo. Disensión con mi padre. Le noto histérico.

Me complazco en agravar su malestar.

13: Sigo con Proust.

15: Es el Atelier. Espero a Arturo. Llega Raúl. Me besa emocionado de verme. Nos vamos a un café. Viene la hermana de Carlos (dieciocho años y ya está tramitando su divorcio. Le pregunto si está arrepentida de haberse casado. Responde que ¡¡siiií!! Me congratulo de mi renuncia matrimonial. Pero me gustaría tener como ella una experiencia tan interesante. Mi fervor desaparece enseguida. ¡Hay tanto que leer y escribir!). Simpatizamos enseguida. A veces me extraño de las simpatías que inspiro. ¿Cómo es posible? Pasa una joven muy hermosa. Raúl cuenta que es una prostituta a la cual teme, pues hace varios meses colaboró en el asesinato de un hombre y la policía le obligó a detallar sus «clientes». Felizmente, no lo nombró. Observo a Raúl. Sus ojeras violáceas infunden huellas viciosas en ese rostro infantil. Respira sexo y orgías sensuales. Junto a mí, «la poetisa F. A. P.», desenvuelve su aspecto más limpio y conversa de libros y poemas. Está escribiendo una novela. Además estudia (entre suspiros) a Kant. Me admira que tenga tiempo para… Volvemos al Atelier. Entra el pintor español Ramón Merino, gran artista (exrestaurador del Museo del Prado). Su estilo es puramente clásico. Hay en él más artesanía que «arte». Observa mis formas y se dedica a adivinarlas al natural (mentalmente). Me ofrece un empleo como ayudante de restauraciones. La proposición me interesa por la calidad del trabajo. ¡Me encantaría saber pintar! Pero su pobre rostro me detiene. Es un hombre buenísimo, respetuoso y terriblemente tacaño. Se me ocurre que no debo aceptar.

Carlos escribe una segunda novela. Se desespera por conseguir un título de Escritor que le permita obtener fama y dinero. Apenas comienza a escribir ya calcula las posibilidades de edición que tendrá. Lo desprecio un poco por este aspecto. Pero en cierto modo, se justifica. Por todas partes hay obstáculos y dificultades. Carlos escribe maravillosamente. En otro tiempo, un hombre como él, se hubiese introducido en algún periódico o revista de modo de mantenerse en su medio, ganar dinero y no apartarse de lo que más desea. Es bastante duro trabajar ocho horas diarias en un negocio de marcos y luego extraer dificultosamente una o dos horas para dedicar a las letras. ¡Al diablo! ¡Por fin siento una injusticia cometida contra alguien que no soy yo!

17: Me voy. Reviso los libros de los puestos del Cabildo. Compro cuatro.

17:30: Cruzo a la biblioteca.

18: Al café Bolívar. Leo. (Siento paz, mucha paz.) Entra una compañera. «Hago» para que me cuente de su vida. Llegan dos más (la amante de D. y su hermana). Esta hermana me interesa profundamente. L. (la amante de D.) dice que es muda (tiene veintitrés años). Yo lo creo. Se ríen. La chica dice algo. Es muy delgada. Usa anteojos oscuros. Cuando habla (muy raras veces) tuerce la boca hacia la izquierda. Me esfuerzo en infundirle simpatía, confianza. Le pregunto qué hace. Responde: «nada». Le digo: «lo mismo que yo». (Artimaña para establecer algún lazo de unión.) Permanece impávida. Come muy lentamente. Por fin, me cuenta que desea estudiar

baile. La aliento. Me paga los dos cafés que tomé. Nos despedimos sonrientes. Se me ocurre que está muy mal (como decimos con R. «hace falta una ambulancia» que la lleve a lo de algún psiquiatra). ¡Pobrecita! Tiene rostro de bailarina que muere en escena.

19: Escuela de periodismo. Hay cierta rebelión debido al mal desarrollo de los programas. Me uno a ella. Le digo a un compañero que mañana me traeré un par de agujas de tejer y miraré la masacre que harán en la sala de profesores (sí. En ese momento veía nítidamente esas escenas de los films de la Rev. Francesa llenos de mujeres plebeyas vociferando enardecidas por la guillotina. Las que más me impresionan son esas mujeres tejiendo serenas y sonrientes).

21: Café Bolívar. Solamente D.

22: Vuelvo a casa. Encuentro a mi padre acostado a consecuencia de un ataque hepático que le dio esta tarde.

Noche singularmente serena. Las angustias se adormecen amodorradas por las frases de Leopardi. Las causas de los traumas que tejen mi neurosis son adornadas por el humo azul que excita espiritualmente mi alma. Hay una extraña luminosidad, como de ala de mariposa, que se adhiere finalmente a mi sensibilidad. Evoco las situaciones diurnas. ¡Ah, comienzo a amar las noches! Noches de invierno enmantadas por la niebla desconcertada.

En el Atelier había dos cuadritos confeccionados por los indios del Brasil. Los materiales empleados eran puramente naturales: alas de mariposas, plumas de diversas aves, raíces secas de algunas plantitas y semillas ajadas. Representaban paisajes de la selva. El colorido tenía un exotismo maravilloso. Sentí deseos de poseerlos.

3 de agosto

Despierto angustiada después de una noche llena de sueños desagradables y fantasías voluptuosas. Todo esto me indica hasta qué punto no acepto enfrentar la realidad del «medio». Sólo me consuela pensar en el material literario que puedo obtener de estas veleidades de mi cerebro. Pero también está la sensación de pérdida de energía de la imaginación.

La tensión se atenúa. Recuerdo ese párrafo de Demian: «tiene usted que tener sueños y deseos amorosos. Y quizá le asustan a usted. ¡No los tema! ¡Son su mejor patrimonio, créame! Yo he perdido mucho por haberme empeñado en yugular tales sueños, cuando tenía su edad. No se debe hacer tal cosa. No debemos temer ni creer ilícito nada de lo que nuestra alma desea en nosotros».

«Et nous allons voir le decervelage.»

SUMARIO

Día 3. No hay hora pues las 24 están dedicadas a enaltecer el ara de la neurosis. (Hacer una reverencia.) Día ansioso. Mi ser se agita. Pienso en D. Sólo en D. *Mon dieu!* D. me confió que está leyendo a Chesterton. Me angustié, pues hoy descubrí que sin ser ninguna intelectual, tampoco es la prostituta mundana que yo pensaba. ¡No! Le interesan muchas cosas espirituales. (Parece que ama la música, pues todas las semanas va a un concierto.) Sí. Me angustié pues ahora la veo más lejana que nunca, más encantadora y ¡oh no! Escribiendo, descubro que sólo me interesa su cuerpo que, al barnizarse de cierta calidad espiritual, pierde el encanto de animalidad que me subyugaba. (Dijo también que la juventud actual está degenerada, que la azquean [*sic*] los maricas. Lo mismo que esa Luisa de Villedieu, de quien habla Baudelaire: «puta de a 5 fs, quien acompañándome una vez al Louvre, adonde nunca había ido, sonrojándose, tapándose la cara y tirándome de la manga a cada momento, me preguntaba ante las estatuas y los cuadros inmortales cómo se podían exhibir públicamente semejantes indecencias».) Le obsequié a D. mi hermosa polverita de París. Es la joya más hermosa que he tenido. D. no quería aceptarla. Insistí. No lo lamento. El verdadero obsequio es aquel que más amamos.

4 de agosto

Auténticas esperanzas humanas renacen en mí. ¡Escribir, amar, conocer gente maravillosa! ¡Ah, si sólo me sería [*sic*] posible pensar! Fluye una imagen: en la librería P. estuve mirando un número de la *Revista de Psicoanálisis*. Había un artículo sobre la creación literaria de M. Spira. Sí. Diana, una paciente, escribe un poema (bastante bueno) y a M. Spira no se le ocurre hacer nada mejor que cortarlo en trocitos y decir «Es un ojo éste, aquél, una frente ésta, aquélla», que en lenguaje profesional viene a ser: este verso se refiere a una transferencia X, aquél a un sentimiento de culpa por el hermano. ¡Y sigue así! *Mon dieu! Mon dieu!* ¿Y qué me da para vivir saber que Vallejo haya sido neurótico, que Leopardi fue leptosomático, que Van Gogh estuvo internado? ¡Nada! ¡Nada! Destrozo mi frente. Arte puro. (Las señoras elegantes de la revista *Sur*. esas señoras, ¿hubiesen recibido a Van Gogh en sus reuniones?)

Bueno, pasada la euforia vuelvo a mi fiel frustración. Lo que ocurre es que no estoy afirmada en mi posición. Que hoy conocí a un compañero, D. Martínez, que tiene la libretita de teléfonos llena de nombres grandes: Borges, Mallea, V. Ocampo, etc. D. M. es poeta. Ni grande ni pequeño. Hace años que lucha por imponerse y lo ha conseguido. Pero hay en todo esto un fondo de suciedad que me azquea [*sic*]. Algo que no puedo superar. No puedo admitir que mi relación cordial con Vicente Barbieri sea un puente para llegar a relacionarme con otros y luego otros y luego vendrá la consagración y la codiciada libretita telefónica. Se me ocurre que debo tener una

concepción del artista un tanto retrógada. Que ya no hay lugar para el solitario, neurótico y bohemio artista (romántico). Que ahora un artista es un ser sociable y reflexivo como cualquiera que no lo es. Pienso en Beba y en su obra tan grande y valiosa. Creo que no hay artista que se le compare (fuera de Picasso). Beba, pintando día y noche en la soledad del excéntrico cuartito; recuerdo que me contó que muchas veces no duerme, asustada e impresionada de sus propias creaciones. Su deseo más fuerte es vivir en el campo para pintar exclusivamente sin la carga de los deberes molestos que la sacuden en la ciudad.

Pienso en Mí, solo en Mí, y me acongojo. Los días pasan y mi ser sigue cerrado. Los *sumarios* se acumulan como las hojitas inservibles del calendario. Hay ilusiones y sensaciones. Hay sueños y llanto. Hay signos exteriores que visibilizan que mi cuerpo está fisiológicamente vivo. Pero está mi alma que se escapa, que resbala apenas la rozo. Mi alma de mercurio grisáceo.

Lo recuerdo dolorida. ÉL no está. Hace siglos que se fue. Espero su vuelta (como los hebreos esperando el Mesías) temblorosa y emocionada. Es como si naufragaría [*sic*] aferrada a una tenue rama, segura de no morir pues dentro de un plazo seguro va venir [*sic*] un barco a salvarme. ¡Y ese barco es ÉL!

Me estoy riendo. ¡Qué bueno! ¡Claro! Soy una mujer joven, interesante y atractiva; por lo tanto, no me es difícil relacionarme con los seres que deseo. Pero ¿qué puedo ofrecer (literalmente) a esos seres grandiosos que conozco? Supongamos que me enclaustro y escribo algo ¡en fin! grande. ¡Salgo a la calle! y llevo mi obra, pero no el atractivo exterior. ¿Qué ocurre entonces?

Ocurre que tú no tienes la menor vocación, pues de tenerla enviarías a todos al cuerno sin importarte nada.

5 de agosto

Despierto cansada y llorosa. Los interrogantes entran por la ventana como el viento, como el sol; pero mi alma no se pregunta nada. Sólo mira y reprueba los torneos mundanos que realiza mi cuerpo. Ella sólo desea paz, y como no se la doy, se limita a callar y esperar. La tristeza llena mi cuerpo. Me siento cansada de tanta melancolía. Mi estado de ánimo trueca los resplandores luminosos de cada objeto en simples entes desteñidos. Nada me señala alegría. Nada estira mis labios en verdadera sonrisa. Mi pelo oculta la frente, grávida de horrendas imágenes. Tristeza que entra por un ojo floreciendo en el otro ojo. Podría decir que no puedo más, que me iré, que acabaré con mi vida. Pero sigo y sigo portando esta angustia exacerbante, repetida y renovada. Mis manos se abren desesperadas. Estoy encerrada en la más funesta congoja. Estoy atormentada por el pesar más negro. Mi sufrimiento surge a cada instante, para mayor verosimilitud.

Del *Diario* de Katherine Mansfield:

«La vida no parece más que arena y serrín».

Sólo disfruto de veras en mi propia compañía. Cuando estoy sola, el detalle de la vida, la vida de la vida, es algo realmente maravilloso.

¡Oh, quién fuera un escritor verdadero, consagrado a su vocación y sólo a su vocación!

Hay momentos en los que Dickens se siente dominado por una fuerza que le impulsa a escribir y está como transportado. Ésta es la dicha perfecta. Ciertamente, los escritores de hoy no la poseen. ¡Oh, vida, acéptame! ¡Haz que sea digna de ti! ¡Enséñame!

Al escribir esto, levanto los ojos. En el jardín, las hojas mueren. El cielo es pálido. Me doy cuenta de que estoy llorando. Es difícil, es difícil morir bien.

Mostré algunos poemas a dos compañeros. Los elogiaron extensamente. Me alegré infinitamente y más aún porque esos muchachos no son intelectuales ni mucho menos. Son verdaderos «porteños» devotos de Arlt y Discépolo. ¡¡Cómo me gustó emocionarlos!!

Conté a R. mi separación de L. El relato fue una bella historia de dos seres obligados a separarse en «una época brutal en que no hay lugar para el amor». Creo que al final, no entendió la razón de la separación. ¡Mejor!

¡Llegó! Llegó el miedo. ¡Tengo miedo de existir, de estar sentada en la silla, de pensar en ÉL, de haber hablado de mis poemas, de mi mente, de mi cuerpo, de la poesía, del calor de la estufa! ¿Comprendes, Alejandra?

Sí. Pienso en mí y me asusto. ¡Estoy tan enferma! Pero no es ninguna enfermedad agradable, de ésas en que una está *segura* en cama y recibe flores y amigos y sonrisas protectoras. Mi enfermedad es, inversamente, de ésas que le dan a una aspecto sano, apto para recibir golpes. Y caen uno más uno, a veces en orden y otras no, ¡pero no importa! La llegada es fiel. Me duele estar enferma. Me angustia curarme (desfallecer de amor por ÉL). Jamás estaré bien. Jamás mis momentos felices sobrepasarán los momentos dramáticos.

Creo que ya no hay nada que defender. Aun con mi ínfima capacidad reflexiva, puedo deducir mi vida. Ha de ser una vida corta en la que no me casaré ni tendré hijos (hasta diría que no tendré relaciones sexuales). Moriré acá en este cuarto, de alguna cosa aparentemente violenta como es algún choque automovilístico o un cáncer de pulmón.

Hablé de mis tentativas literarias. Siempre las haré, pero nunca llegarán al acto. No escribiré nunca nada bueno, pues no soy genial. No quiero ser talentosa, ni inteligente ni estudiosa. ¡Quiero ser un genio! ¡Pero no lo soy! Entonces ¿qué? Nada. Alejandra, ¡nada! Sigue juiciosa y reprimida como hasta ahora. Sigue diciendo que tu vida no vale nada y temiendo fumar en la calle. Sigue berreando contra la humanidad mientras te asusta esta pobre silla. Sigue entreteniendo una calavera negra cuando tu rostro enfrenta al espejo mientras el corazón late pensando en el dibujo correcto de tus labios. ¡Sigamos caminando, Alejandra, sigamos caminando! Caminaremos hasta la odiada y temida Muerte en la que cesará la odiada y temida Vida. Gime por tus lágrimas mientras te sientes culpable de tu risa. Enciérrate en tu cuarto a escribir sandeces suspirando por los ovarios de D. Sonríe a D. angustiada por el tiempo que corre y la necesidad de estudiar Pascal. ¿Comprendes, Alejandra? Estamos perdidas, lo que se dice ¡completamente perdidas!

Mis lágrimas tienen sabor mundano. Mi pluma destila rostros conocidos y elige: éste, sí; éste, no. Mi cerebro festeja una *kermesse* facial. Lluvia de rostros: A. B. C. D. ¡ÉL! Finalmente, aparece Picasso llevando a Guernica. Lloro más fuerte. Picasso me obliga a aferrarme a la Vida. ¡Y es mucho más cómodo rechazarla! No puedo decir que el hombre es nada cuando sé que allí está Picasso. Estrujo mi frente. Pienso en ÉL y le envío un mensaje que me cure, que me quite esta sensación de fracaso literario que no soporto.

> Hay mujeres locas y mujeres de talento, pero ninguna tiene esa locura del talento que se llama genio.
>
> SIMONE DE BEAUVOIR

Lo que ocurre es que yo quiero saber el porqué de todo esto. Quiero saber por qué me atrae D. Quiero saber por qué nací. Quiero saber por qué es de noche ahora, por qué la vid se hace vino, por qué esta silla (¿quién la inventó?), por qué existe el lenguaje, por qué sufro tanto, por qué existe el olvido, por qué existe el mundo. Por qué existe la existencia, por qué existo, por qué siento, por qué hay flores (¿quién inventó el color? Por qué se llama color).

Me siento delirar. Me duele mi existencia sin objeto. Yo misma soy un objeto. ¡Qué mundo enfrentar si sola nada soy! ¡Qué mundo explicar si sola nada sé!

Siento el ronco sonido de mi respiración.

Es muy tarde. Estoy cansada. Sólo me veo a mí. De vez en cuando pienso en ÉL. O en mis libros. O en la soledad anhelada. O en aprender seriamente. Pienso en el genio. Es muy difícil que se manifieste desnudo de aprendizajes. ¡Y al final no me

importa! Lo dije ya y lo repito pero no llego a convencerme a mí misma.

Es muy tarde y mis párpados se inquietan. Me siento muy sensible y siento que todo vive. Cada cosa grita su ser. Me haré balance. La individualidad exalta mi pluma. Yo. Yo. Yo. Yo. Soy la mujer más egoísta del mundo. No sólo vivo por y para mí, sino que exijo de los demás que den elementos que en mí no hallo, elementos que se refieren a mí, siempre a mí. Sí. Es tarde pero temo separarme del cuadernillo. Temo acostarme, temo llorar. Estoy por llorar. Me siento horriblemente desdichada y culpable. Mi [*palabra ilegible*] frívola y cariñosa. [*Palabra ilegible*] angustia la publicación de mi libro. En el fondo no lo quiero. ¡No! En el fondo quiero estudiar. Quiero escribir lentamente. Quiero esculpir al fuego de la *gloire* (Pope).

Alejandra seguía rumiando las desconectadas frases. Suspiraba violenta apretando dura su cuadernillo marrón. Sus ojos sin fondo clamaban a Algo. Se [*palabra ilegible*] esa rareza de la desasimilación. (Pensé que le haría falta un buen tratamiento psíquico.) Me acerqué hacia ella tratando que no me viera. ¡Así fue! Seguía suspirando y escribiendo marcando en su rostro gestos de desesperanza. Sentí pena, a pesar de que su rostro no la inspiraba. Frunció las cejas tan fuerte que yo temí ver su rostro roto de continuar con esas flexiones faciales. Pesaban los minutos. Su cuerpo seguía inerte y desilusionado. Los suspiros fueron reemplazados por un silencio trágico. La miré profundamente. Contuve mis deseos de llorar. ¡Cuánto dolor había en ese cuerpo abandonado! ¡Cuánta angustia en esas manos aferradas al papel! ¡Qué trágico destino el de esta muchacha sentada que escribe y escribe!

¡No pude soportar más y me fui! En la calle, el sol doraba las sombras esfumadas. Aspiré esforzándome por no pensar en Alejandra.

Al pasar por una plaza, una paloma se posó en mi hombro. La acaricié agradecida. Ella levantó sobresaltado vuelo, pero me dejó una bella plumita. Miré el cielo. Presente y compacto de azul definido. Ya me sentía mejor. La figura de Alejandra sólo era una imagen borrosa.

Sábado, 6 de agosto

Despertar resignado. 11 h. Incertidumbre. No sé si ir o no al Jockey. Me siento cansada quiero leer. Reacciono y voy. Espero al ómnibus junto al poste. Un hombre me habla. Me corro demostrando desprecio y fastidio. Siento remordimientos. Un ser humano que ve mi presencia y quiere tener acceso a ella.

En el Jockey no hay «nadie». Paso por el Florida y veo a través del vidrio dos rostros familiares: Gross M. y Dormuze. Me llaman. Saludo cordial. Tensión de mi parte.

Me traen la imagen de ÉL. Observan el libro que llevan mis manos: *Diario* de K. Mansfield. D. no la conoce. Me extraño. G. sabe de su vida, adaptándola en dos segundos a un proceso psicoanalítico que transforma el título del libro: *Diario de una neurótica*, por K. Mansfield. D. bromea con mi análisis diciéndome que estoy matando mi genialidad. Lo niego rotundamente. Hablo de mi indignación por el artículo de M. Spira. Después me arrepiento, pues los ojos de D. adoptan esa mirada especial de sujeto o objeto (paciente). G. me pregunta cuándo vendrá «papi» (ÉL). Mi corazón gime. Le sonrío con gesto de inteligencia como si estaría [*sic*] enterado de algún robo o delito que ÉL y yo estamos preparando, y le digo la fecha.

Luego, nos vamos al Jockey.

Encuentro a Bajarlía, Fassio, Ceselli y Arden Quin. Este último está explicando el uso de la palabra *merde* en Francia. La explicación dura casi media hora. Yo estoy tentada de envidia y de risa, pues yo también quiero decirla. Hablo con Juan sobre la creación literaria. Sabe mucho y su conocimiento es ordenado. Por supuesto, que no es nada extraordinario. Pero, junto a él, siento la injusticia de la sociedad. Lo mismo que con Carlos Mazzanti. Lo mismo que con Arden Quin.

Lo que es cuanto a mí, si sería [*sic*] posible, si en mis manos estaría [*sic*], daría todo a estos hombres. Hombres que aman el arte. Hombres superiores que no tendrían que pensar en ganarse el sustento mediante tareas inferiores al arte. Creo que es Jorge el que dice que los gobiernos tendrían que mantener a los artistas. Estoy de acuerdo.

En un momento dado, mientras J. J. B. me habla, siento un leve deseo voluptuoso por él. Se me ocurre que no estaría mal que me case con él. ¡No! Al minuto, me contradigo pues pienso en mis libros, que ya no serían míos, que estarían mezclados con los suyos; lo que será una tremenda pérdida de libertades de autonomía. ¡Jamás me casaré! Si me curo, tendré amantes.

J. B. habla de hechos eróticos. Cuenta que Benavente era invertido. Yo lo sabía, pues un día mirando una fotografía, me di cuenta.

Anécdota: Benavente estaba corrigiendo una escena de *La malquerida* sentado en una butaca del Teatro X. Está febril y concentrado en su tarea. De pronto, alguien golpea su hombro, preguntándole con voz vacilante dónde queda el water-closet. Benaven te reprime el insulto, mira al hombre y le dice: «Es esa puerta de la izquierda. Usted la va reconocer pues hay un cartelito que dice "caballeros". Le recomiendo que no haga caso de él y entre lo mismo».

Otra: Benavente pasea por una plaza. Al llegar de un banco en el que hay varios jovencitos sentados, éstos empiezan a burlarse de su homosexualidad. Él se detiene, les sonríe y acercándose les dice: «Les voy a confiar un secreto: así empecé yo».

Creo que no seguiré estudiando en la facultad. La vida es muy corta para sacrificar cinco años estudiando entre llanto y sacrificios. Jamás podré adaptarme a los programas de estudio. Jamás podré adaptarme a método alguno.

23 h. Finalizé [*sic*] el tomo III de las obras de Proust. Me duele el cuerpo de las horas pasadas junto a la estufa, sentada en la alfombra. Calculando, creo que han sido 7 horas.

Muy interesante el barón de Charlus. Dada mi poca experiencia, no acierto a determinar la posibilidad de su locura. Pero me atrae terriblemente. ¡Qué lenguaje hermoso que gasta! («¿Cree usted que la saliva envenenada de quinientos hominicacos amigos suyos encaramados unos sobre otros llegará a babear siquiera hasta los augustos dedos de mis pies?») Hablando de Proust; el otro día le pregunté a J. J. Bajarlía si leyó sus obras. Contestó: «Solamente algunas partes de *Sodoma y Gomorra*». ¡Claro!

A Proust lo veo un tanto nebuloso. Es el receptáculo donde entran todos los hechos, emociones y sensaciones dignas de ser notadas. Todo el tiempo de la lectura estaba calculando la edad que tendría en determinadas circunstancias.

¡Al diablo! Estoy muy cansada. Hoy es sábado. Hace una semana que soy «libre». Me interrogo acerca de L. Miro mis pantalones de pana de color beige, reminiscentes del West, de pactos con los indios, de liar cigarrillos con las manos, de botas embarradas. (Ni quiero pensar en el valor psicoanalítico de estas frases.) ¡L.! ¡Claro que extraño su rostro! Y su voz («¡Bumi! ¡Te adoro!»). Hoy es sábado. Estoy en mi pieza tomando té. Pienso en los sábados anteriores remontándome millares de días. ¡Jamás hubiese pensado que yo, nada menos que yo, pasaría un sábado en casa! ¡Y aceptándolo con placer! Me recuerdo ese poema que escribí «hoy no llueve pero quiero morir». Hoy es sábado pero quiero vivir. Sonríe estremecida. ¡Esto es lo que necesito! Me siento tan cansada que mi mente ya no funciona. ¡Claro! Ésta es la medicina apropiada. Sola, encerrada, leyendo. ¡Pero es tan agradable!

Me duele el pecho y para respirar debo hacer esfuerzos dolorosos. Lejos de sentirme desdichada por esto, me veo como a una heroína romántica. Ya no soy Alejandra; soy Aurelia, Genoveva o Ariadna.

Ahora que la tensión se disuelve, prefiero ser Gérard de Nerval. (Como dice Connolly, «ser Gérard de Nerval, ¡pero sin sus sufrimientos, sin la miseria, sin la locura!»)

El sábado languidece. Estuve leyendo unos poemas de Alfonsina Storni. Me gustan. Pienso en su muerte y me acongojo. (Dos días antes de morir, preguntó a su amiga Margarita: «M., ¿tú crees en Dios? Sí. ¡¡Pues reza por mí!!».)

Y después salió. ¡Y no vino más! ¡No volvió!

Me desespera no saber pintar. Ni dibujar. Siento que las cosas me gritan rogándome que las reviva en un lienzo blanco. Pero ¡no sé!, ¡no sé!

Entonces mataré a todo el mundo y me iré.

Domingo, 7 de agosto

Encuentro unos viejos papeles escritos allá por el año 53 o 54. Me confunden y lastiman. ¡Cuánto adelanté! A pesar de la torpeza literaria que demuestran, hallo más coherencia que en los escritos actuales. Coherencia ingenua debida a la ignorancia de muchas cosas esenciales. En esa época, pensaba que con conocer mi interior, ya estaba resuelta la duda antropológica: ¿qué es el hombre? Pensaba que la fe es importantísima. Pensaba que la muerte no es para mí. Ni la soledad. Ni el arte.

D. M. me invitó a participar en un concurso literario, de cuyo jurado forma parte. Se me ocurre que no debo intervenir, pues D. M. es pseudoclasicista y dijo que mis poemas «son muy buenos, pero un tanto osados». ¡Osadía! Escribo como puedo. Jamás sería capaz de escribir un soneto ni una apología al jardín de esa plaza. Jamás sabría componer un alejandrino ni calcular una rima. No lo lamento, pues D. M. tampoco «sabría» hacer ninguno de mis poemas.

16:30 h. Estoy sola en el humo del domingo. Si hablo, nadie me responde. Si lloro, no hay mano que aparte mis lágrimas. Pienso en L., en B. y en A. En las hermosas veladas en el cuartito de estos últimos. Sonrío, dueña de mí, pues sé que en mis manos está la voluntad de escapar o no de la soledad: un llamado telefónico o una visita, pero sé que no lo haré. Sé que esto está muy bien.

Cada cual se forja su mundo. Mi mundo es esta habitación. Fuera de ella está lo desconocido, lo indiferente, que no tengo deseos de explorar. Acá es donde siento la limitación. Acá es donde veo lo vano de los esfuerzos humanos. De pronto, me asalta la idea de vivir. Me pregunto si vivo. No sé qué es vivir. Además, al estar acá, respondo a mis necesidades. Necesito de esta soledad llena de libros, de música, de humo y café. ¡Vivir! Supongo que «vivir la vida» significa gozarla. Pues mi goce es este.

Antes de salir, entra mi madre a mi cuarto preguntándome si tengo cierto objeto que necesita. Le respondo distraída que no tengo tal cosa. Ella me mira risueña y maliciosa y me entrega sigilosamente un cigarrillo extranjero que hurtó del atado de mi padre. Le agradezco mientras se va rápidamente. Me río emocionada. ¡Qué buenos son estos pequeños momentos! Es como le dije cierta vez a Elena, a raíz de una pregunta sobre mi estado de felicidad: «No. No soy feliz, pero hay en mi vida pequeños trozos felices, soplos de dicha que suavizan el permanente estado angustioso. Y esos momentos me permiten vivir».

Suspiro. ¿Lo crees sinceramente, Alejandra? Recuerdo haber leído hace mucho tiempo, en un libro de moral, que «desde que el hombre es hombre, toda su vida se

concreta en un deseo: ser feliz». Y yo, desecho la posibilidad de serlo. La niego sin ser escéptica o nihilista. ¿Tendré que decir de nuevo que la niego por necesidad vital?

Pasó una hora. 22 h. Pienso en ÉL y una oleada de cálida euforia envuelve mi imaginación. Me siento como inspirada por algo fantástico y deseo hacer cosas increíbles. Si en estos momentos escribiera, creo que saldría algo bueno. ¡Pero mis dedos no serían capaces de guiar la pluma! Creo que pienso en ÉL para no pensar en D. Por supuesto que no tengo miedo de esta última (es decir, de su intervención en mis ensueños). Pero pensar en ÉL me gusta más. Sé que jamás me amará, pero parece que no me importa mucho, pues me veo semiresignada a esta idea. A pesar de esto, yo me deshago de amor por ÉL y lo deseo noche y día. En estos momentos, siento su presencia tan lejana que me parece imposible verlo de nuevo alguna vez. Calculo los días. Son 23 días. ¡23 días más y estoy salvada! ¿Salvada de qué? De existir.

Trato de hallar la causa de su atractivo: ¿los ojos? Bueno, podría ser pero no sé. No puedo ser sincera. No sé ser sincera. Sin embargo yo sabía por qué me gustaba L.

¡Pero a ÉL lo adoro! ¡Es un sentimiento profundísimo!

Hoy me siento agresiva, sensual. Nada espiritual. Recuerdo que el Dr. B. me dijo: «Cuando se tiene un alma tan exquisita como la suya».

Tengo a mi lado una excéntrica almohadilla redonda de color verde y rojo. Parece una flor arrancada de un tallo de vidrio. Sus tonos son violentos y puros y me gritan. Siento que me gritan. La miro fijamente. Un cruel espejismo me obliga a hallarle facciones humanas. (Recuerdo ese diálogo entre la Tierra y la luna, de Leopardi. La luna se siente ofendida porque los humanos le encuentran o proyectan facciones como las que ellos tienen; se ofende pues lo ve egoísta.) Coloco el libro de César sobre la almohadilla. Desaparece.

Prendo la radio. Ray Anthony interpreta «Conociendo las tristezas». Acabo de cenar. Me ha gustado la cena, que consistía en vegetales de varios colores. Había una graduación del verde tan sutil y apenas esbozada, como en un cuadro de Cézanne. Terminó la música. La voz del anunciador es grave y simpática. Sigo fumando. Siento mi rostro como reflejado en mil burbujas de agua. Sonrío blasfemando contra el mundo. Aspiro insidiosa. (Presenta «Lo que vendrá» audición de baladas.) Aparece una estúpida melodía. «A guy called Jim. Shure!» [*sic*] Cambio de audición. Vuelvo. Ya se terminó. Alejandra, ¿en qué piensas? No sé, sólo sé que me duele mucho. Me duele la existencia. Cambio de audición. Una hermosa melodía portuguesa. Sonrío emocionada. Habla de la primavera. Ya la temo. La temo mucho pues es enemiga del encierro y la obliga a una a salir al exterior, al mundo y eso es malo, hace mal. Alejandra, ¿en qué piensas? En ÉL. ¡Quiero que vuelva!

Oigo las voces de mis padres. Cambio de audición. ¡Aparece un cantaor! Gritos toscos y agudos. Campanillas y azucenas de los caminos de España. «Una mujer se olvida de la tristeza vendiendo flores. Sus pregones la alegran a ella y a los que oyen.

Sus ojos son claveles perfumados. Sus manos, azahares sonrientes. Su pelo son las rosas abandonadas y enlutadas de llanto.» Cambio de audición. «Adiós», de G. Miller. Reminiscencias de bocas unidas. Pienso en todos los hombres que me han besado (tengo que utilizar cuatro veces mis diez dedos).

Cambio de audición. «¡Hojas muertas!» Hojas impávidas. ¡París! Llanto y miseria pegados a mis ¡Te amo! ¡Te amo! Los sones me recitan:

¡y esta pasión ardiente y desmedida
la he perdido, señor, haciendo versos!

«Bajo los puentes de París». Vieja canción que canturreaba mi madre. Los acordeones abren y cierran mis oídos. Final. Escribo final para que no termine. Adoro escuchar música y escribir. Esta que escucho ahora me provoca tensión. Es aterradora. Está hecha de chorros de agua ondulados que no terminan de surgir nunca. Parece el «eterno fluir» filosófico. Al fin, el manar incesante se detiene. Aparecen acordes que huelen a Oriente. «Veo» a Gide tomando agua de Vichy, sentado en un café y concertando citas nocturnas con un pilluelo rotoso. Los sones se estiran. Damas en trajes tiesos danzando sobre un estanque helado; otras, beben sorbetes de frutilla. Habla el anunciador. Habla de los antiguos que usaban la leche para exaltar su belleza (baños de Cleopatra) ¡Los antiguos! Polvo en forma de hombres. Otra melodía: «Amo a París». No me gusta. Me deja angustiada pues yo no soy capaz de amar a nadie. Sonrío pues así lo hace el acordeón. ¡¡Vive!! Música de toros sangrientos. ¡Brrr! Cayó el torero. ¡Con la simpatía que le había tomado! El público aplaude. La coleta se llena de sangre. La banderilla. Blasco Ibáñez, *Sangre y arena*. Tyrone Power besando a Rita Hayworth. ¡Terminó la canción! ¡Ya no hay toros! ¡Ya no hay plazas! ¡Sólo tu cuarto, Alejandra!

Ahora el anunciador vuelve a las cremas de belleza. ¿Qué falta hará la crema de belleza si mi alma llora de negrura herida? Sinceramente, sufro tanto que parece mentira. Lo veo como una broma de mal gusto. Vuelve la música. Cadenciosa y carnal. Piano llegando a la última octava tan aguda e infantil. Siento deseos de cantar:

yo tenía un piano
y se fue
yo tenía un amor
y se fue
yo tenía una sonrisa
y se fue.

Alguien silba. ¡Ah París! ¡Qué bello! Me ahogo. Estoy acostada. Jamás iré a París. Soy muy vieja. París es para los jóvenes. ¡Y este violín! ¡Maldito sea! Raspa lo último, ¡sí!, juro que llega a lo último que hay en mi alma. Lloro. Vértigo. ¡Deseos! ¡Anhelos! ¡Ah París!

No puedo contener la emoción. La melodía varía. A ratos se introduce ese violín que turba mis sentidos. ¡«La vie en rose»! Edith Piaf «gran artista sin arte». Sonrío a su rostro patético. A su voz hambrienta.

Cambio de audición. «Asturias» de Albéniz. Me tiento de risa. Esta música me provoca cosquillas. Qué ridícula. ¡Ah, llegó a la parte hermosa! Ya no me río. Frunzo el ceño llena de patético respeto. Veo muertos danzando en un jardín sin flores. El ritmo es entrecortado por una expulsión de llanto. Prendo el cigarrillo n.º 25. ¿En qué piensas, Alejandra? Estoy reventada. Ahora es «Cataluña», de Albéniz también. Pienso en D. Tengo miedo. Pienso en ÉL. ¡Tiene que curarme! Juro contarle todo. Todo. Cierro los ojos. Sigo estirando este domingo que desea irse. Pienso en Proust. Hay veces en que me pone nerviosa por su forma tan arbitraria de otorgar extensión a ciertos pasajes más que a otros. Pienso en ÉL. No puedo verlo lejos. Lo veo en otro mundo. Nos separa un espacio insalvable.

Llora flecha sin blanco,
la tarde sin mañana,
y el primer pájaro muerto
sobre la rama.

G. LORCA

El silencio incita al cuerpo hacia la muerte del sueño. ¡No quiero despedirme aún de las horas! Alejandra, ¡cuánto has vivido hoy! He gozado y llorado intensamente. ¿Qué más? *non solum sed etiam*. ¿También qué? ¡También está lo otro! ¡La dulce paz uniforme del amor! Cubro mi rostro. Lo veo como un fósforo que no pudo encender. (Trastornos de la cera, descuido en la fabricación.)

Escribo, escribo. ¿A esto llamas escribir? ¿Y la novela? ¡Tiempo para madurar! Orden. Coherencia. Disciplina. Gradual reparto del tiempo.

Estoy excitada. ¡Brrr! Tengo calor.

Motivos de excitación: las 8 h. De cama. Sodoma y Gomorra. Angustia por D. Recuerdos de ÉL. Las manos de L. La música.

Señor esclavo, ¿y bien? ¿Los metaloides obran en tu angustia?

Mascullo una sonrisa gastada. Es muy tarde y persisto en seguir escupiendo frases. ¿A qué seguir, Alejandra, a qué? ¿Para qué estos papeles frustrados? Sonrío más aún recordando ese cuaderno que encontré en la biblioteca de Piterborg [*sic*], en Córdoba. Parece que era una novela escrita por Sefe. Comencé a leerla. Era terrible. Algo así como una mujer de 40 años y dos hijas, abandonada por su marido. Una historia putrefacta y aburrida. Me siento malvada. ¡La pobre Sefe que envidiaba tanto mi genio juvenil! El otro día, Martita (esa chica que habla con la sh) me dice: «¡Shi! ¡Esh muy fashil eshcribir "vanguardismo"! ¡¡Yo puedo deshir que tengo shubtes en el ombligo y lishto!!». Me reí diciéndole que agradezca al cielo mi escaso conocimiento psicoanalítico, pues en caso contrario podría hacerle una interpretación

comprometedora.

Porque tú formaste mis partes interiores: tú me tejiste en [*palabra ilegible*] en el vientre de mi madre. A ti daré gracias; porque asombrosa y maravillosamente estoy hecho; maravillas son tus obras; ¡y eso mi alma lo sabe muy bien! —Salmo 139, 13,14.

MERDE!!

Es muy tarde. Retengo la noche con el mismo afán y temor con que la duquesa de Guermantes retenía a sus invitados. Pienso en ÉL.

Escaleras. (¿Qué opinaría Freud de las escaleras?) ¡Me importa un cuerno! Es muy tarde. Asociando, diremos que es muy tarde para ti, Alejandra. Extraño. Hace unos minutos, pensé que la pluma no tiene tinta y ahora noto que no es así, que tiene demasiada. Es decir, que algún geniecillo protector de las literatas desesperadas llenó la pluma. Bueno, esto es un signo que alienta. Suspiro. La palabra «alienta» me desalentó. No es para mí.

¡Cristina de Suecia! Me honro al escribir su nombre en mi pobre cuadernillo. Mujer maravillosa. De ella dijo Descartes: «De inmediato comprendí que estaba ante un ser muy extraordinario y que conocerlo había sido un feliz privilegio, aunque la muerte me rondase en el aire helado de su palacio de Estocolmo».

Acabo de ver (en televisión) la obra de G. Lorca *La zapatera prodigiosa*, interpretada por Ana Mariscal. Es maravillosa. Comienzo a adorar a G. Lorca. Me emocionó el niño tratando de cazar la mariposa mientras le canta:

Mariposa del aire,
qué hermosa eres,
mariposa del aire
dorada y verde.
Luz de candil,
mariposa del aire,
quédate ahí, ahí, ahí.

Pienso en el día de hoy. Corrí. Corrí. ¡Ah! En la editorial N. encontré al Dr. Castagnino. Lo saludé cordialmente y comencé a conversar, cuando de pronto algo me anudó la garganta y no pude seguir. Comencé a estirar los dedos de mis manos. (Creo que fue cuando le dije que no sigo más en la facultad y él me preguntó por qué.) Quedé en silencio. Sentí deseos de decirle que estoy enferma. No lo hice. Me fui al teléfono y marqué sin mirar. Salió equivocado. Volví a él. Me sentía morir de desesperación e impotencia. Su rostro prolijo denotaba extrañeza (a mí me pareció temor). Luego que se fue, me senté y escribí tres poemas. Quería llorar. ¿Por qué? No entiendo. Al retirarse, me saludó fríamente. ¡Claro!

Caminando con A. Cuadrado. Alguien lo detiene. Es un hombre muy feo. Con el rostro escamado y la sonrisa tonta. A. C. me presenta «una poeta que comienza y un poeta que finaliza». Su nombre es J. Bioy (primo de Bioy Casares). Le sonrío mucho pues me da lástima. Se va. Arturo me dice que está loco. Que está internado en Vieytes y a veces sale para embriagarse y escribir. Me sube el llanto. Se me ocurre que es un verdadero poeta (los que sufren del dolor mundial). Contemplo a Arturo, tan seguro, tan mundano («está loco, Alejandra, por culpa de una mujer como tú», dice, bromeando). Me asquea. Lo odio. Pienso en el poeta loco. Quisiera darle algo. Me estremezco. ¡El pobrecito es tan feo!

Lo único que hago es mirar el calendario. ¡Cuándo, mi Dios, cuándo vendrá ÉL!

Se me ocurre que todo lo que leo ahora, tendré que leerlo de nuevo el «día» que me cure.

Compruebo que tengo bastante sensibilidad artística. A pesar de no entender nada de teatro, capté dos fallos en la obra. Pequeños y ocultos. Lo mismo me ocurre en pintura y en Acá, en la soledad de mi cuarto miro mi alma y me pido que no me engañe. Pero de nada sirven los ruegos. No puedo juzgarme.

Todo lo que veo es un espejismo. Todos mis amores y entusiasmos ¿De qué soledad me hablo? ¿De qué amor me hablo? ¿De qué vocación me hablo?

Un compañero de clase me muestra un poema suyo. Lo leo. Es superficial y vulgar. Le pregunto por qué no es más profundo. Me mira y dice que tengo razón. Es un lindo muchacho. Mis compañeras gustan mucho de él. Yo no. Me respeto por ello. Ya pasó el tiempo del entusiasmo ligero. ¿Y L.? ¿Qué te gustaba en L.? ¡Su rostro! ¡Pero estaba lo demás! ¡Y era mucho! ¡Oh, jamás podré gustar de nadie después de no haber podido amar a L.! ¡Cómo lo deseo! ¡Cómo lo extraño! Era lo máximo que podía exigir de un hombre en cuanto a cualidades.

Y su rostro de estudiante francés torturado. ¡Y su pelo! Dios mío ¿por qué? Pienso que L. me amaba y me siento enloquecer de dolor. Ya perdí todo. Ya no tengo nada.

Me voy a acostar. Tengo miedo. Confieso claramente que tengo miedo de comenzar a gritar. Veo enfermeros, chalecos de fuerza. Yo grito y me tapan la boca. ÉL vuelve. Le dicen que estoy muerta para no dejarme salir. ¡Tengo miedo!

Me digo: ¡Alejandra, serénate!

Lo hago. La sombra de la lapicera parece un ave funesta. Se tiende sobre mis palabras formando una cruz tétrica de negrura. La imagen de un cementerio. Cierta noche paseando con Hugo y J. A. por Moreno. Ese día fue terrible. Tengo millares de días terribles en mi recuerdo. ¡Como ser que sufrió, como ser que sufre, como ser que sufrirá siempre!

Hoy me visitó Claudia Bologna. La traje a mi cuarto con «malas intenciones». Me dijo que se siente indefinida, que no sabe qué hacer, que se aturde para vivir, que odia este país, que admira locamente a Françoise Sagan. La encontré parecida a mí, pero sin mis angustias y sensibilidad. Me causó cierta repulsión. Comencé a decirle que nada logrará bebiendo o besando jóvenes, que si desea enfrentar al mundo debe situarse seriamente ante él y sacrificar dolorosamente inmensos placeres. Que la vida es muy dura. Que es muy lindo aturdirse pero que a nada conduce. Que nadie está definido y que no se preocupe por eso. Yo «creía» que se refería a su situación sexual. Se alegró terriblemente cuando le narré ese reportaje que hice a Mecha Ortiz. Manifesté también que el libro de F. Sagan no tiene mucha trascendencia. (Es cierto. Lo considero bueno para leer en el tren o en la sala de espera del dentista. No me identifico con él ni lo admiro.) Sólo me gusta el título y el pseudónimo de la autora (reminiscencias de Proust). Admití que tiene buena técnica novelística.

En la librería Letras, un hombre (corredor de libros) mostraba un bellísimo misal romano. El canto estaba pintado con oro rojizo. Era maravilloso. Le dije que «sólo por ese libro me haría católica». Todos rieron, la dueña, generalmente fría, no sabía qué decirme para manifestar su simpatía. Compruebo que en cualquier ambiente, una nota ingeniosa o chispeante sirve más que la erudición seca o las serenas virtudes morales. Sí. Todo reside en la simpatía (en cuanto a las relaciones sociales). Sin embargo, amo mis ojos lacrimosos y mis labios cerrados. ¡No quiero que desprecien mi angustia! ¡Alejandra!, ¿exiges darle validez universal?

Martes, 9 de agosto

9 h. Despierto mirando el gris que exhala mi ventana. Anoche soñé con Bajarlía; un B. mucho más joven con el que cenaba en un restaurant. Al finalizar, aparece una familia muy burguesa y ordinaria, de cuyos miembros hay uno (muy parecido a J. Bioy) que le dice a B. que soy una mujer ligera.

Desayuno de muy buen humor. Todo me parece bueno. Luego viene mi madre a mi habitación a fumar. De pronto, recuerdo el sueño de anoche además de otras imágenes (tipo orquídea y abejorro) presentadas a mí en estado de casi vigilia, como ser una mujer que intenta violarme. Me resisto. Una vez que lo consigue, me acostumbro y luego me causa placer.

¡Dios mío! ¡El dolor que me causan estas anotaciones domésticas! ¡Cuando una quisiera ser de flores, de humo, de algo etéreo y exclusivamente espiritual! («Nihil est sine ratione.»)

El día de hoy se me presenta ausente. Día lleno de ocupaciones y encuentros.

¡Ah! ¿Cuándo vendrá la soledad? Esto no es vida. Ayer leí 5 hojas. Hoy haré otro tanto. Dicen que T. E. Lawrence leía 6 libros por día. ¡Eso es vivir!

Justamente, ayer Claudia me decía que para escribir un buen libro es «necesario» viajar y tener muchas experiencias (preferentemente, sexuales). No estoy de acuerdo. Sé que un viaje no alteraría mi impotencia de pensar coherentemente. Además que si yo escribo una novela, no necesito de la experiencia sexual para describir las escenas necesarias. ¡No! Mi imaginación es capaz de componer más posturas que Van de Velde (el matrimonio perfecto). ¡Imaginación! Veo el frasco de yodo y me imagino que alguien subió al cielo, arrancó el sol, lo trituró hasta llevarlo al estado líquido y obtuvo «extracto de sol». Veo un atado de cigarrillos vacío y es una ballena de los films de W. Disney.

Veo el cenizero [*sic*] y se me presenta un cuadro de muchos hombres cavando sus fosas; luego los fusilan y los cubren.

¡Al diablo! Siento un libro dentro de mí. Un libro que me atraganta. Un libro que me obstruye la respiración. Y yo no permito que salga. ¡No! Pero ¿por qué?

Las delicias que causa levantarse tarde. Apenas me levanto, leo un poco, almuerzo y paso la mañana. Y ya debo irme. ¡Hay mucho que hacer! Mientras almorzaba, leí un artículo de Churchill sobre Lawrence. No sé qué ocurre pero este hombre (Ch.) es terriblemente antipático mientras escribe. Su estilo parece un informe prolijo y ordenado que tiene que recibir la aprobación de sus superiores.

24 h. Falté al Colegio para tener tiempo de leer la *Vida de Proust* por Leon Pierre-Quint. Me siento enferma. Tengo mareos. Hoy fue un día bastante amable. Me encontré con Bajarlía. Mientras lo esperaba, fui al toilette. Comencé a peinarme cuando entró una mujer rubia con aspecto de vedette. Me miraba muy seria y como queriendo incitarme. Otra mujer que entró interrumpió nuestra comunicación visual. Volví a mi asiento, que casualmente daba frente a su mesa. Nos miramos mucho, pero yo no quería profundizar, pues sabía que en esa confitería llena de gente a nada podríamos llegar. Por lo tanto abrí mi librito de Baudelaire (proyectos de prólogos a *Las flores del mal*) y traté de leer. Llegó J. J. No sabía qué decirle, pues la mujer me miraba. Comenzamos a hablar de literatura. Le dije que lo único que escribo es «una especie de diario» (bastante interesante). J. J. Insinuó que mi ausencia le fue [*sic*] beneficiosa literariamente, pues le ha «permitido» escribir 4 obras teatrales. Sonrío amargada. Si resultan buenas, el público agradecerá mi impotencia afectiva que les permitió nacer. Poco después llega un hombre repulsivo que besa a la rubia y se sienta con ella. Trato de no mirar para no avergonzarla. (Compruebo que comienzo a hablar en presente.)

Pienso en J. J. B. Hoy me ha gustado bastante. Me habla de Sylvia. Si su novio la deja, está arruinada. Me estremezco. ¡Con qué facilidad decimos que el «otro» está arruinado!

El humo carcomido por la noche. El aire mudo de inexplicable sonrojo. La ceniza árida en su despojo vital.

Comencé a leer un estudio sobre Antonio Machado. Me aburre. Su poesía es agradable, pero nada más. Supongo que la forma ha de ser exquisita, pero como yo no entiendo nada de gramática, me resbala. Me sorprende la rima. Me sorprende y me disgusta. Tiene algo de mágico, algo de melodioso que no carece de atractivo. Pero después de Vallejo, todo lo demás es llanto casual. Se me ocurre que algún día haré un profundo trabajo sobre él. Lo considero un deber.

Tengo reparos en seguir escribiendo este cuadernillo. El método que utilizo para escribirlo es éste: escribo sin pensar, todo lo que venga de «allá». Lo guardo. Al día siguiente, releo lo escrito y pienso.

Supero los reparos. Si no fuera por estas líneas, muero asfixiada.

Lo que ocurre es que estoy impresionada por lo que he leído sobre Proust. Lo encuentro prodigioso y genial, pero hay algo que me detiene y es su aspecto mundano. Sé muy bien que su menor gesto era terriblemente profundo. Veo su alma exquisita y rara. Pero me hubiese gustado más que todo ese mundo hubiese sido en su mayor parte creación de su imaginación y no documental.

A pesar del sueño y el malestar, llevo a abrevar la pluma hasta el tintero. En algún lado grita un gallo. El sonido se eleva entre matices rojizos. Me asusto. La aurora imaginaria trae un aroma pesimista.

Fue recién cuando se me ocurrió seguir escribiendo (como dice César, «Perdonen la tristeza»). ¡Al diablo! Hierve el agua. Debo levantarme y hacer té. ¿Y si no me levanto? El agua gime. Quiere maquillarse. Agua frívola y saltarina. (Perdón, enseguida vengo.)

Ya está. Continúo escribiendo mientras tomo este magnífico té. Lo elogio sinceramente. Es una de mis mejores obras. Noche. Qué silencio saludable. Mis labios están congelados. No puedo hablar. Emito un sonido para convencerme que no perdí el habla. (No.)

Recién me entero que Proust es «fatigoso» para leer. Hasta hay consejos: «comience con 20 páginas diarias. No se desanime. Luego aumente la dosis». Recuerdo que yo no tuve dificultades. A pesar de no querer confesarlo, me siento orgullosa de ello a tal punto que lo tengo que escribir, pues de lo contrario la pluma no dejaría de atormentarme.

Me contemplo severamente. No me hago reproches ni quejas. Sólo contemplo mi ser como si yo sería [*sic*] otra. Mi yo que observa parece un juez serio y honrado mientras que mi yo que actúa (escribe) se siente culpable como un chiquillo travieso que simula confusión y arrepentimiento, pero que sabe que será perdonado.

La ausencia de sinceridad congela la menor euforia. Suspiro angustiada. No sé por qué pienso en Mechita Chiesino. ¡Ah! El libro de Proust está editado por Santiago

Rueda. Conocí a éste en el sanatorio donde operaron a M. Ch. De apendicitis. Apenas llegué, M. me dijo que se sentía mal pues la oprimían los gases. Sentí cierto desagrado pues a su lado había un ramo de bellísimas flores. Me pregunto si no me sentiré anímicamente como Mechita.

Triste. Estoy triste. Pienso en Proust.

Le ha dolido el dolor, el dolor joven,
el dolor niño, el dolorazo, dándole
en las manos
y dándole sed, aflicción
y sed del vaso, pero no del vino.
¡La pobre, pobrecita!

Parece que me acabo de quemar las pestañas. Fría, la noche continúa empujando las malignas agujas del reloj. Hurgo en mi mente. Nada. Mis labios siguen invisibles, Tengo que llegar al encontronazo fatal. No me animo a dormirme pues sé que he de hallar algo. Algo vendrá. ¡Un pájaro! La prof. de francés preguntando «qué hay en la mesa de luz». En mi mesa de luz hay: «un vidrio. Bajo ese vidrio hay fotografías de barcos de todos tamaños y colores (barcos que jamás concretarán su realidad); hay estampillas valiosas; hay fotografías de seres que admiro». Mis párpados elevan un ruego. Sigo llorosa en mi búsqueda. Estoy muy cansada. He de dejar, pues.

Miércoles, 10 de agosto

11 h. Me despierta la voz de mi tío diciendo que el Sr. V. ha muerto. Me levanto y encuentro a mis padres desayunando sanamente y comentando el suceso. Lo peor es que el tema carece de continuidad y las opiniones sobre la maldad de la muerte se mezclan a cierto asunto comercial de mi padre. Llego y me comunican la noticia. No contesto. Siento deseos de decirles que dejen de comer, que lloren, que «eso» nos espera a todos. Mi padre se levanta y quedo con mi madre. Me dice que no hay que pensar en la muerte, pues una se vuelve pesimista, que la vida es bella (parece [*palabra ilegible*]). Le contesto diciendo que salga a la calle y que si encuentra alegría y belleza que me avise, así no voy a pensar en la muerte. Se escandaliza. ¡A mi edad pensar en «eso»!

Contemplo el humo del cigarrillo. Se consume. Toso terriblemente. Me duele el pecho y respiro mal. ¡Maldito señor V.!

Contemplo el reloj. *11:15 h.* Aún sigo acostada. Antes me angustiaba perder tanto tiempo durmiendo. He dormido 9 h. Ya no me angustio. He perdido el fin. He perdido el para qué. Es cierto. No sé el motivo de vivir dos o tres horas más por día. Si el

sueño es lo único que arranca de la angustia. Pienso en la muerte. ¡No! ¡No puedo pensar legítimamente en ella! ¡Quiero que ÉL vuelva para Alejandra! ¿Acaso cuando ÉL está no te angustias tanto o más que ahora? Sí. Pero es distinto. Aparece su rostro. Tengo frío. Es el único que puede ayudarme. Lo adoro. Miro los libros. Ansío que caigan en mi pozo cerebral. ¿Para qué tanta lectura? ¡Si después nada queda!

16 h. Enmudecida. Las sombras presentan similitud con una radiografía borrosa. Las sombras que despiertan al contacto de mi pluma. Mi espíritu permanece aletargado. Cierro los ojos y lo imagino blanco, viscoso. Como un repelente órgano humano dentro de un frasco de formol, expuesto en una vitrina.

Renuncio a la coherencia. Soy un ser esencialmente inconsciente.

Estuve leyendo 4 horas. Tiempo en que no me sentí. (He venido al cuadernillo para saludarme.) Apoyo la mano en mi frente sintiéndome etérea, espiritual. ¡Proust! ¡Qué artista tan puro! Frente al arte, todo lo demás es nada. Las rencillas cotidianas son el tosco papel que lo envuelve. Los deseos de amar, los anhelos eróticos. Todo eso no es más que accidente. Accidente fatal, que hay que aceptar sin entregársela.

Estoy tan tranquila que me alarmo. Escribo sin verdadera necesidad. Ahorro las palabras. Estoy sentada mirando fijamente el papel.

En la Escuela «ofrecieron» una conferencia dictada por Noemí Areste sobre «el origen de las leyendas». Me sentí dispuesta a escuchar. Llega una mujer rubia y distinguida con rostro ojerozo [*sic*] y enfermo. El rector la presenta. La mujer apenas puede sostenerse en pie. Habla. Tiene una voz afectada por tres motivos: 1) dientes torcidos. 2) tremenda neurosis. 3) residió varios años en el extranjero.

La Alejandra de antaño no hubiese podido contener la risa ante esta voz de sainete, tan ridícula y desgarrada. Varios compañeros se reían. Yo no. (Evité mirar a R.) Trato de recordar lo que dijo. Sí. Habló de Rómulo y Remo, del poeta Arión (no entendí bien el nombre, pero la leyenda es maravillosa. «Escribió un bello himno a Neptuno que conmovió a los delfines, quienes lo salvaron de perecer ahogado»). Me interesó el tema por un recuerdo de mi niñez, con el que lo asocio. [Yo tendría unos diez años (o menos). Caminaba con una prima. Ella me preguntó qué es leyenda. Contesté con una definición tan difícil (ahora no la recuerdo pero estaba la palabra «mito») que quedamos pasmadas de asombro e incomprensión.] Luego narró bellas leyendas indígenas (una se refería a una flor en la que se instalaba el alma de todo indio bueno; flor surgida a raíz de la muerte de una sacerdotisa que prefirió clavarse un cuchillo en el pecho antes que ser poseída por un lascivo conquistador). Reconozco que atendí más a los relatos mitológicos y a las leyendas europeas que a los de nuestros indígenas. No sé por qué, pero desconfío de todo lo nacional. Me parece imposible encontrar belleza a cualquier tema argentino.

La mujer terminó. Corrí tras ella y con un motivo cualquiera, le hablé. Quedó muy contenta de mi saludo. La encontré exquisita. Tenía cierto aire de Vivien Leigh en «Blanche Dubois».

Tengo frío. Me siento enferma. Tengo el párpado izquierdo afectado pues a cada momento comienza a temblar. Supongo que se debe a mi angustia.

Todas las noches viene al café un muchacho llamado Morel, muy culto y extraño. Es muy psicólogo. Cuando R. y yo lo saludamos despidiéndonos, nos sonrió y en tono afeminado y confidencial dijo: «¡¿Así que se van juntas?!» R. no se dio cuenta que esa frase era para nosotras. Pensó que lo decía al vernos salir acompañadas.

Quizás él quiso decir que nos «vamos juntas» a pecar por ahí. Pero no creo que sea un equívoco de mi mente enferma. No importa. ¡Sea! (Pero ¡cómo duele!)

11 de agosto

Despierto a las 10:30. Estoy en un pantano. Mundo de ensueños. Enferma. Cansada. Ya nada me interesa. Quiero seguir durmiendo. Contemplo mis ojos irritados. Mi rostro tan pálido. No puedo escribir. Es el fin.

Cantos de pájaros bajo el sol de mediodía. Un frío sopor circunda mis manos calladas y abatidas por la tristeza. Pienso en el *spleen* de Baudelaire. En esa negrura general que aparentemente no tiene su origen en nada. Hurgo, remuevo, selecciono tratando de atravesar toda la corriente sanguínea para llegar a la raíz («la madre del cordero»). Mis ojos se cierran. Estuve leyendo (¿fue lectura?). No pude continuar. El párpado izquierdo sigue torturándome. Pienso en el viaje casi prometido. Nada se enciende. Supongo que la realidad ha de ser la misma en todas partes. Odio la realidad. Odio mi realidad. No acepto mi vida. ¡No! ¡Claro que no! Me entierro en los ensueños. (Que sólo podrían ser interrumpidos por la llegada de ÉL.)

Mi libertad exterior. Antes, cuando L. perturbaba mis horas de estudio, trataba desesperadamente de usar cada minuto, de no perder tiempo. Ahora que ya es totalmente mío, lo suelto. Ya no tiene valor. Ya no tengo obstáculos.

Me pone muy nerviosa la lectura de *Sodoma y Gomorra*. Es decir, que no adelanté mucho en cuanto a mi exclusivo interés literario. (Como antes, cuando leía muchas veces el monólogo de Molly Bloom.)

Cuaderno del 22 de agosto al 1 de septiembre de 1955

Bar Florida, 22 de agosto, 14 h

Lunes pasado y presente vertido en la taza de un café bebido en el bar Florida. La mirada del OTRO que está frente a mí impide el saludable esparcimiento de mi incoherencia. La taza de café brilla por el sol que se introduce mezclado a la luz artificial de los tubos fluorescentes. Mi almita gime contra el sol, enemigo de la angustia auténtica. El sol, como buen canalla que es, haciendo dorar los objetos, impidiéndome darles el color que a mí se me ocurra. Sí. El sol nos engaña a todos. El sol es una vil ilusión de felicidad. Lo odio más que nunca.

14:30 h. Bar Florida. Los mozos barren. Frente a mí, el OTRO embadurna medialunas. Ahora me mira. Ahora lo miro. Mi ánimo oye el volcar de las monedas, los platos con su sempiterna redondez, el ruido áspero y terrenal de la escoba. Y luego las agitaciones de ese demonio llamado sexo y las rotaciones de mi ser entre los polos opuestos de la angustia y la euforia. El otro se fue. Quedó una jarra plateada llena de agua. Los dados se agitan en el vaso de cuero, como pájaros esclavizados. Una voz grita: ¡Escalera! Lo repite empeñada en su batir estúpido. Siguen barriendo. Nos iremos a la biblioteca a estudiar. ¿Qué? ¡Lo que sea! ¡Lo que quieran! ¡¡¡¡«Voy diciendo por qué me dan así tanto en el alma»!!!!

Clase de periodismo, 19:30

18 h. Exposición de Spilimbergo. Sensación de dicha. Atiendo un cuadro que denota influencias de Picasso. Un rostro de mujer. Debajo hay algo gris que interpreto como una flor. ¡Qué hermoso! Me fijo en la ubicación de los planos. Como jamás vi ningún manual de pintura ni conozco la menor regla pictórica, exprimo mi sensibilidad para tapar mi ignorancia. ¡Crear! Sea en donde fuere, basta crear. Es lo que pensaba cuando caminaba por los kioscos de libros del Cabildo. La plaza en que están instalados es pequeñita y miserable. Sólo tiene unos arbolillos filosos y míseros. (Me pregunto para qué los han puesto.) Para que haya verde. Para que haya creación. Miro un arbolillo y le prometo crear, crear y crear. Ser como la naturaleza, creadora como ella. Paseo por la calle Florida. Rostros más rostros. Millares de mujeres con los labios pintados. Cada una tiene un *rouge* rojizo y un espejo. Cada una se ha plantado frente al espejo, se ha pintado cuidadosamente, corrigiendo con los dedos o con un pañuelito los errores cometidos. Algunas usan sombrero. Han cuidado de ponérselo bien, cosa que no esté ridícula. Luego una mujer embarazada que oculta su protuberancia abdominal bajo un amplio tapado. ¡No importa la estética! Procrear. Procrear. Pienso que cada hombre que pasa tiene un falo y en él varios seres en

potencia. Pienso que cada mujer que pasa tiene su propio útero apto para portar seres. ¡Y siguen pasando! ¡Y siguen! Rostros. Todos iguales. ¡Hiergo [*sic*] mi cuerpo! Miro el cielo y me siento trascender. Me siento llamada, supremamente llamada. ¡He de crear! Es lo único importante en el mundo. Agregar algo. Dejar algo. En el kiosco veo un librito: *Fausto* de Goethe. ¿Qué importa que Goethe haya muerto? Allí está el testimonio de la realidad de su existencia. La muerte no puede contra él. Nada puede. Ni la guerra ni el avance atómico. Ni los burgueses en sus Cadillacs ni el portero que barre la vereda. ¡Oh, crear! ¡He de crear! Es lo único importante. Es lo único que queda. ¡Crear y nada más! ¡He de tapar el fracaso de mi vida con la belleza de mi obra! ¡Crear!

La psicología del comportamiento (behaviorista) describía los senderos de las ratas en los laberintos.

Miedo tremendo con relación a D.

Temor de que no venga. Temor de no concretar mis deseos hacia su nombre mágico. Temor. Temor. Temor. ¡Es terrible esta incertidumbre! Y lo peor es la no seguridad de mis deseos. El temor al espejismo. Temor. (¡Y esto me ocurre leyendo a Kierkegaard! ¡Para no odiar mi cuerpo!)

Hoy no he comido nada. Hoy fue un día agitadísimo.

En el hall de la facultad entré en conversación con una chica que está en 5.º de filosofía. A pesar de mi cuidado, la simpatía se me escapó y la chica no quería dejarme. Hablaba, hablaba. Me sonreía. Dijo que con mis aptitudes puedo preparar cualquier materia en veinte días. Nos separamos. Sé que le hice una impresión exquisita.

En un kiosco, mirando libros. El vendedor me habla. Dado mi acento, supone que soy europea. Me habla de «nuestra alta cultura». «Sí. Usted que es extranjera debe notarlo.» ¿Cómo explicarle que soy argentina? ¿Cómo explicarle mi extraño acento? ¿Por qué explicárselo? Me habla de la libertad sexual. (Todos se agarran de lo mismo.) Es bastante culto. Le digo mi edad; manifiesta la diferencia enorme entre una muchacha europea de diecinueve años y una argentina. ¡Qué inadaptada me siento!

En la Escuela no atiendo ni me mezclo a sus actividades. Leo o escribo como si estuviera en una biblioteca pública. Pienso que es tonto seguir. ¿Qué hacer?

En la facultad encuentro a Susana Santalla. ¡Qué adorable es! Le digo de mi libro. Queda encantada. Me da su número de teléfono para que le avise cuando salga a la venta. Me asombra su cordialidad. Es perfecta. ¡Y esa alegría por algo que no entra en sus intereses!

En el Florida (17:30) encuentro a Dormusch. Le pregunto si lee filosofía. Esboza una expresión de repugnancia: «De vez en cuando, para matar el tiempo». Me siento desilusionada. Es inteligente. Pero ¡no me analizaría con él! Se va pues tiene que

atender a un paciente: «¡Y bueno! Hay que ganarse la vida». Le pregunto si tiene muchos enfermos. «Lo suficiente. Sí. Da bastante.» Así va la vida, Alejandra.

¡Siento un gusto amargo! ¡Una sensación tal de pérdida! Antes estaba eufórica de alegría. Ahora le toca el turno a la angustia. Por un instante de dicha, mil días de tristeza.

Cuando caminaba hacia la escuela, un soplo de esperanza me inundó. Me vi caminando, sintiendo, mirando. Y me dije: ¡Soy feliz porque estoy viva! ¡Soy feliz de poder caminar y desplazarme hacia donde quiero! ¡Soy feliz porque no estoy muerta, porque soy joven, porque crearé belleza, porque debo a la vida mucho, porque siento que me llama algo muy grande!

Me duele la cabeza. No sé qué hacer conmigo. ¡D.! Solo pienso en ella.

¿Por qué no me ubico en un lugarcito tranquilo y me caso y tengo hijos y voy al cine, a una confitería, al teatro? ¿Por qué no acepto esta realidad? ¿Por qué sufro y me martirizo con los espectros de mi fantasía? ¿Por qué insisto en el llamado? ¿Por qué me analizo? ¿Por qué no me olvido de mi alma y no estrujo el pañuelito húmedo leyendo *Cuerpos y almas*? ¿Por qué no me visto con elegancia y paseo por Santa Fe del brazo de mi novio? ¡Ah! Sé que la vida es muy breve. Sé que no soy eterna. Pero, en realidad, no veo la muerte. La veo lejana. Digo cuarenta años pero no los veo. Veo un espacio inmenso. Veo millares de días. Sé que hay tiempo. Sé que tengo tiempo. Sé que amo mi alma. Me amo a mí. Amo mi cuerpo y lo besaría todo porque es mío. Amo mi rostro tan desconocido y extraño. Amo mis ojos sorprendentes. Amo mis manos infantiles. Amo mi letra tan clara. (¡Qué extraño que mi letra sea legible!)

Es muy tarde. Estoy excitada. Deseo un cuerpo junto al mío. ¡Cualquiera! Cualquier sexo, cualquier edad. ¡Eso es lo de menos! Basta un cuerpo a quien tocar y que me toque. ¡Mi sangre galopa! ¡Ah! Deseo fervientemente. Me disuelvo en deseos eróticos. Nada de amor. No. Nada de eso. ¡Sí! Lo que yo quisiera es vivir mi vida diurna entre libros y papeles y pasar las noches junto a un cuerpo. Ése es mi ideal. ¿Es lascivo? ¿Es lujurioso? ¿Es estúpido? ¿Es imposible? ¡¡¡Es mío!!! Y con eso basta. Pero ¿dónde conseguir ese ser? Tendría que ser alguien como yo, que desee lo mismo que yo. ¡No existe! ¡Sé que no existe! Mi locura es única. ¡Mi originalidad! ¡Mi extremismo! ¿Qué será de mí? ¡No lo sé! ¡Sólo sé que no puedo más! ¡Que me muero de impotencia!

Me doy cuenta que no puedo seguir estudiando en la facultad. La chica de quinto año me enumeró los pensadores que más se estudian: Aristóteles, S. Tomás, Kant, etc. ¿Cómo forzar mi mente hacia ellos? Se me ocurre seguir Letras. ¿Cómo esperar cinco años para analizar a Faulkner? ¿Y por qué analizarlo? ¿Por qué leer a Molière? ¿Por qué leer a Góngora? Me hacen llorar de hastío. Comparemos a Vallejo y a Góngora. Sí. Ya sé que son dos cosas muy distintas. ¡No! ¡No puedo! ¡No puedo! Recuerdo que cuando [*ilegible*] comenzó a analizar a Baudelaire, traté de leer *Las*

flores del mal ¡y no pude! ¿Cómo leer a Hegel si una sola frase suya me hace sentir ratón o tizne arrebatado por el viento de los siglos?

¡Ah! El título y los medios. Medios para defenderme en la lucha con (contra) la vida, para que no me pisoteen. ¡Bah! Jamás voy a morir de hambre. Me entristezco. Soy un ser sin futuro. Me dejo llevar. Debe ser por eso por lo que amo las hojas. Sin embargo, debo estudiar para decir que estudio. De lo contrario no valdré nada. Mi madre quiere que estudie. Quiere que tenga un título. (Sonrío despreciativa.) ¡Qué me importan los títulos! Digo que quiero ser escritora. ¡Bah! Son cosas al margen dicen. ¡Al margen! Ellos no saben lo que es llorar sobre una hoja vacía y llenarla pacientemente con signos creados por una misma. Parece cosa de magia. Llenar un cuadernillo que estaba desnudo y triste. Darle vida entregándole lo mejor que una tiene dentro. ¡Ah! Escribir. ¡Qué bello es escribir! Hablando de escribir, ayer leí un trozo de un libro de Azorín. Me retracto públicamente por mi desprecio hacia él. Es muy bueno. Tan claro. Tan simpático y limpio. ¡Tiene una tortura espiritual tan elegante!

Mi sexo gime. Lo mando al diablo. Insiste. Insiste. ¡Qué molesto es! ¡Cómo lo odio! Sexo. Todo cae ante él. Fumo para ver si se calma. Produce un alegre cosquilleo que recorre mi cuerpo. Dan deseos de tocarlo, de mirarlo, de ver de dónde sale ese latir tan independiente de mi querer. ¡Es tan dueño de sí! Cruzo las piernas. Se calma un tanto. Sexo. El eterno sexo. Digo que lo odio, pero algo lo quiero ya que lo mimo tanto. ¡Al diablo! Hablo de él como si sería [*sic*] algo verdaderamente independiente de mí. Vuelve a aletear. Es muy tarde y la angustia asciende de nuevo. Pienso en ÉL y lo deseo. Pero no como antes. Creo que jamás desearé apasionadamente a hombre alguno. Quisiera ser hombre para tener muchos bolsillos. Hasta podría tener siempre un libro en un bolsillo. La ropa femenina es muy molesta. ¡Tan ceñida e incómoda! No hay libertad para moverse, para correr, para nada. El hombre más humilde camina y parece el rey del universo. La mujer más ataviada camina y semeja un objeto que se utiliza los domingos. Además hay leyes para la velocidad del paso. Si yo camino lentamente, mirando las esculturas de las viejas casas (cosa que aprendí a mirar) o el cielo o los rostros de los que pasan junto a mí, siento que atento contra algo. Me siguen, me hablan o me miran con asombro y reproche. Sí. La mujer tiene que caminar apurada indicando que su caminar tiene un fin. De lo contrario es una prostituta (hay también un «fin» [*sic*]) o una loca o una extravagante. Si ocurre algo, alguna aglomeración o un choque, y me acerco, compruebo que no hay una sola mujer. Hombres. Nada más que hombres. Me sube la angustia. Siento un espeso vacío y una gran oleada de euforia sexual. Esto me humilla. No quiero sentir deseos. Cada vez son más fuertes. Superan al cansancio.

Dejo de leer a Proust. No puedo seguir con *Sodoma y Gomorra*. Estoy decidida a seguir un método para leer. Por lo pronto, quiero estudiar a Cervantes. Me trae

buenos recuerdos. (Ese trabajo sobre un capítulo del *Quijote* que hice en 5.º año, me tardó diez minutos y fue objeto de las felicitaciones de la profesora.)

Me rasco la oreja. ¡Métodos! ¿Para qué? Podré gozar con Cervantes el día que no me digan que «es necesario y fundamental».

24 de agosto

Lucía es una compañera de clase que decide ser normal. Hace todo lo contrario de lo que hacía antes: ya no besa indefinidamente a sus amigas, no habla en voz alta, no ríe estrepitosamente, no fuma… Hace meses que la observo, pues me interesa bastante y a la vez me resulta graciosa. Hoy, en el café, le hice una broma; le causó tanta risa que al acordarse de su metamorfosis, comenzó a excusarse. Le dije que sin querer retiró el pie del freno rotulado «Señorita». Martita me aplaudió. Recuerdo que el año pasado quise curar a Lucía. L. Deniselle me aconsejó que no lo intentara siquiera.

Arturo me presentó a unos amigos suyos: «Ésta es Alejandra, la niña más dotada del mundo. Tiene todo lo que Dios puede conceder a un ser humano… y sin embargo, está siempre triste».

Uno de ellos dijo que mi tristeza se manifiesta más en los labios que en los ojos.

El mozo del café me preguntó: «¿Y? ¿Hoy también opina que la vida es mala?». Y se rió bondadosamente. Yo lo miré y sólo se me ocurrió que usa dientes postizos. Me dio un acceso de risa.

Le dije a Arturo: «Usted me hace fama de melancólica». Contestó: «Es porque te quiero mucho». (?)

25 de agosto

Despierto a las 11:15 h. Me siento triste y vacía. Releo lo que escribí ayer. Sonrío. ¡Qué extraño! Estoy muy cansada. Muy, pero muy cansada. Tengo miedo. Un miedo terrible.

14 h. Viene mi tía. Siento un placer voluptuoso en discutir con ella. Dice que no se siente bien. Comienzo a construir una apología del ayuno y recito gran parte de *El ayuno racional*. La pobre mujer se defiende alegando que jamás ningún médico le habló de eso. Explico que se debe a intereses económicos ocultos, etc. Hablo de la política económica en la Argentina. Mi madre me admira. Dice que no quiere que trabaje, que no hay necesidad. Me alegro infinitamente. Me prometen comprar la

máquina de escribir. ¿Dónde se ha visto una escritora que no la tenga?

Odio lo general, lo lejano, lo mediato. Odio las leyes de la vida, los procesos irremediables, las situaciones resignadas. Recuerdo que un día le dije a Piterbarg que no creo que somos lo que el medio nos ha hecho. Se ofendió terriblemente ante mi «blasfemia». Pensé en mi hermana y yo. Pensé en Rimbaud y Gauguin. Marjorie Grene dice que no basta con explicar que un criminal provenga de la clase baja y miserable, pues de allí han surgido también poetas y pintores.

Leo un cartelito que pegué en la pared de mi cuarto: «¿De qué ángel o demonio está hecha nuestra personalidad?».

¡Oh! ¡Quiero ser mi destino! ¡Quiero que mis manos tallen mi dorado molde!

Extraño. Siento que algo se me desliza. No estoy muy triste. Pienso pero me pierdo. No siento mucho.

Los libros de crítica son muy dañinos. Leo a Kierkegaard. Aparece Unamuno y lo aprueba. Viene Marjorie Grene y señala sus tremendos errores. Es terrible. Los libros de filosofía podrán ayudarme a pensar, pero me inclino a las obras de imaginación. Son más reales. De los ensayos e interpretaciones ni hay que hablar. Sencillamente, no debo leerlos.

Encuentro con Castiñeiras García, el poeta gallego, el marino de ojos azules. Me ha escrito un largo poema. Llega y ríe. Exhala un sabor salado Sus movimientos son vaivenes de un navío. Ríe y goza. Caminamos por Santa Fe. «¡Alejandra! ¡Niñapoeta! Ven a mi barco a tomar jerez puro como tus ojos. Fumaremos tabaco del color de tu pelo y reiremos con las olas azules.» Habla y ríe. Arturo dice que no puedo ir porque ningún español es santo. El marino se ríe y toma mi mano. «¡Adiós!, ¡hasta que el mar me traiga de nuevo y pueda verte! ¡Ve con Dios, Alejandra!» Se va.

No puedo imaginar su vida. Sonrío conmovida. Es adorable.

Converso con una compañera. Tiene 30 años y habla de que «nosotros, los jóvenes, tenemos una vida, etc., etc.». La miro aturdida. ¡30 años! ¡Juventud! Me hace sentir gastada, arruinada.

23 h. D. M. insiste en la necesidad de leer a los clásicos.

Garcilaso:

Pensando que el camino iba derecho,
vine a parar en tanta desventura,
que imaginar no puedo, aun con locura,
algo de que esté un rato satisfecho.

Está bien, lo leeré. Pero no será con placer. ¡Oh, busco expresarme y no sé cómo! No hallo belleza en Garcilaso. Prefiero a Quevedo y a san Juan de la Cruz. Y a santa Teresa. Pero ¡sólo sé que vivo realmente con Vallejo, Neruda, Apollinaire y a veces Rimbaud!

D. M. habla con su voz serena. Su cuerpo de treinta y cuatro años sólo desea un amor cálido, un puesto en *Sur* y una biblioteca nutrida de clásicos. Hablamos de Aleixandre. Dice que su ideal es escribir como éste. Es decir, llegar a imitarlo, crear imágenes semejantes. D. M. no se tortura. Su mente es clara y recta. Pienso en Van Gogh, el pobrecito Vincent.

En Rosalía de Castro:

¡Felicidad, no he de volver a hallarte
en la tierra, en el aire, ni en el cielo,
aun cuando sé que existes
y no eres vano sueño!

Gran mujer. Maravillosa Rosalía.

Tomo una antología lírica española. Yo, una ignorante que no conoce nada. Veamos, aparece R. de Campoamor (a los diez años leí algunos poemas suyos):

Con mis coplas, Blanca Rosa,
tal vez te cause cuidados,
por cantar
con la voz ya temblorosa,
y los ojos ya cansados
de llorar.

Sonrío tristemente. Es un poema muy desagradable. Campoamor queda relegado a la categoría de poetastro de tercer orden.

Viene Lope de Vega:

A mis soledades voy,
de mis soledades vengo,
porque para andar conmigo
me bastan mis pensamientos.

César Vallejo «también» se sentía solo:

Corre de todo, andando
entre protestas incoloras; huye
subiendo, huye
a paso de sotana, huye

alzando al mal en brazos,
directamente a sollozar a solas.

Siento unas ganas atroces de romper las pruebas de mi libro, de decirle a J. J. B. que me hastía, de no salir con Hugo el domingo, de dejar la Escuela, de no mirar jamás a D., de no decir ninguna broma a R., de no sonreír a nadie, de no pisar un café, de llenarme de libros, de verlo a ÉL y encerrarme en mi cuarto y ¡¡escribir, escribir, escribir!!

Pero, no. Corregiré las pruebas. Sonreiré a J. J. B. Saldré con Hugo. Hablaré con D. Seguiré en la Escuela. Reiré con R. Sonreiré a todos. Iré a los cafés. Leeré cuando pueda. Escribiré cuando pueda.

Estoy desesperada. Sencillamente desesperada. Leo la dedicatoria de la antología: «A Flora Alejandra Pizarnik, inteligente y admirable», Arturo Marasso.

¡Pobre Marasso! Una vez traté de leer *La mirada en el tiempo*. ¡Nada! Sencillamente nada. Nada quedó. ¡Nada!

A las 17 h estaba sentada en una mesa del Florida. Llega Dormusch. Hablamos de Pío Baroja. D. lo tacha de mezquino y bestia por un libro antisemita que escribió. Miro sus bigotes, ¡qué mal, pero qué mal le sientan! Viene el mozo. Le pide «un sandwichito de salame sin corteza». Me estremezco de materialismo. ¡Salame! Hablar de literatura con un sándwich de salame en la mano. Y lo que más me choca es la falta de corteza. Un sándwich de salame «debe» tener corteza y ser tosco y crocante. De lo contrario, es como beber *champagne* mientras se come asado. ¡Oh, las pequeñas cositas!

Hay más: mientras masticaba el paradójico sándwich, bebía un pocillito de café «liviano», fumaba un cigarrillo rubio fino, leía *La Razón* y conversaba conmigo.

Antes de la llegada de D. estuve oyendo un diálogo entre esas dos lesbianas que vienen todos los días. Hablaban de otra que las traiciona criticándolas y haciéndoles análisis psicológicos. Me asombra esa moralidad burguesa que manifestaban. En nada se diferenciaban de un vulgar matrimonio burgués. Quedé decepcionada.

Sábado, 27 de agosto

Despierto temprano: 8:30 h. Un sol demasiado amarillo se introduce en mis ojos. *Las desesperanzas siguen caminando por mi sangre*. ¡Deseo verlo a ÉL! Me siento relajada y confusa. ¡Son demasiados días de ausencia!

¡¡¡Gloria!!! J. J. B. me regaló un librito de Huidobro.

Leo: *Esta amargura que se pasea por los huesos*.

24:00 h. Terminé el librito de Huidobro. Estoy semiinconsciente. Es bellísimo. La profusión de imágenes me ha dejado cansada y débil. ¡Qué pureza! ¡Eso es poesía! ¡Eso es desflorar el papel en el sentido más dramático! Cierro los ojos. Tristeza profunda dentro de mi alegría. Sí. Alegría de haber encontrado a Huidobro, otro agonizante. Otro amante compañero de mi soledad. ¡Él sí que sufrió del sentimiento trágico de la vida! Siento que me duele la sensibilidad. Siento que desaparecieron mis órganos, vísceras, sangre, etc. Y únicamente hay cuerdas de colores que permanecen tensas. A ratos, alguien las tañe y ellas se mueven eléctricamente nerviosas y producen un sonido chirriante.

Me identifico con Huidobro en su relación con los objetos, en ese percibir de su vitalidad. Es como cuando yo decía que siento que cada objeto me grita.

No sé por qué causa al leer: «Cuando el cielo trae de la mano una tempestad… Hurra molino girando en la memoria» sentí unos desesperantes deseos de llorar. Me conmueve profundamente ese «hurra» tan hermanado, tan bondadoso, tan resignado. ¡Pobre molino que siempre da vueltas y vueltas! ¡Claro! Así es la vida. Gira y gira. Y Huidobro lo sabe, y le da ánimos al molino. Ahora que lo escribo, me sube el llanto. *Tous et toutes grains de sable…* ¡Anhelos de eternidad! ¿Dónde estás, Altazor? ¿Dónde estás, amado César? ¿Y tú, Miguel de Unamuno? ¿Y Leopardi? ¿Y Federico? Letras, caracteres, bandas negras. Cierro los ojos y pienso en el hombre. ¿Para qué estamos? Los objetos se sonríen irónicamente. Ellos quedarán. Pensar que esta humilde flor de cerámica no morirá jamás y yo sí. Morir. Yacer inerte sin sentirme. La flor seguirá posando en su atril de aroma extinguido. Morir. No sentirme nunca más. Qué desesperación.

Domingo, 28 de agosto

Despierto a las 11:30. ¡Dormí 11 h! Y sigo cansada. Leo un poco. Me entero que Jaspers no es gran cosa, que su exposición es confusa y poco hábil. ¡Ya me parecía! Es muy fácil decir: «Sólo existo en compañía de los demás; solo nada soy», y no explicar más. También Marcel es desordenado y poco valioso. Quedamos entonces en que ninguno de los dos se compara a Heidegger o a Sartre. ¿Y por qué en la facultad se los estudia tanto? Intereses ocultos…

Viene mi hermana, mi cuñado y el niño. El niño está bellísimo y es encantador. Mira y mira interesándose por todo. Mi madre dice que va a ser pintor. Me entusiasmo. Le digo a mi hermana que cuando crezca lo envíe a estudiar pintura. ¡Dice que así lo hará! Me siento dichosa.

Mi hermana se pone a tejer diciendo que inventó un método nuevo. ¡Claro! Es la sangre de nuestra familia.

Viene mi tía. Bromeo preguntándole si comenzó el ayuno que le recomendé. Está

eufórica de adhesión a cierto pintor judío. Le explico un cuadro de Picasso. Dice que es muy vieja para cambiar sus gustos. Tiene razón. Mi madre habla de enviarme a Francia. Mi tía me habla en francés. Recito un poema de Verlaine y canto la Balada de Guitry. Mi madre está orgullosa de mí, pues amenizo esta reunión familiar. Dice que vale la pena tenerme en casa, pues conmigo nadie se aburre. Entreveo su lucha respecto al famoso asunto del casamiento. Quiere convencerse. Quiere ver si puede convencerse. Quiere arrancarse las ideas burguesas. Sé que el éxito de su lucha depende de mí. Si estoy agradable, todo va bien. Si no… ¡Oh, soy una masa de contradicciones! Eres un ser humano, Alejandra. Iones negativos y positivos explotan en tu esfera.

31 de agosto

10 h. Anoche soñé que estallaba una revolución.

Despierto y mi madre me dice que hay serios disturbios políticos. Pienso en mi sueño (¿premonitorio?). No he leído los periódicos desde la última hecatombe fechada en 16 de junio. Tampoco he querido oír los comentarios de mis compañeros. ¿A qué se debe pues este sueño mío? No sé…

¡Maldito encierro! Este suceso retrasa la impresión de mi libro.

Pienso en ÉL. ¡Por favor, que no le ocurra nada! Se me ocurre ir a la farmacia y comprar algún veneno. Si ÉL no puede venir o le ocurre algo, lo tomo.

Le digo a mi padre que esta noche viene de Francia mi amiga Helen. «¿No le pasará nada, papá?» Me asegura que no. Respiro tranquilizada. ¡ÉL vendrá! En realidad, Helen vuelve el 2.

El día adquiere un color amenazante. Estoy angustiada por ÉL y por mi libro.

¿Qué haré hoy?

Creo que volveré a Proust. Su mundo de princesas y duquesas es ideal para apartarse de esta masa llena de miedo y proyectos sangrientos.

Viene mi tía. Masoquísticamente, habla de Hitler y del antisemitismo. La tranquilizo. ¡Siempre con lo mismo! Estos días, Dormusch me «obligó» a tomar un poco de consciencia sobre mi condición de judía. Lo hago a pesar mío. ¡Si sólo fuera eso! Mi angustia no permite lamentos intrusos. Exteriormente, me siento fuerte, capaz de soportar cualquier cosa. Si me asesinan, ¡tanto peor! ¡Si no lo hacen, tanto mejor! ¿Verdad, A. Gide?

Cuaderno de octubre y noviembre de 1955[3]

[Octubre]

Escena en el tranvía: una señora gorda con tres paquetes y una niñita muy hermosa. Está parada a mi lado:

—¡Dios mío! ¡Ni un asiento!

(Mira los rostros de los agraciados, los que están sentados. Yo continúo leyendo. Los demás, a falta de libros, se amparan en las ventanillas o en el divino mosquito que zumba.)

—¡Y encima con la nena!

(Mutis.)

—¡Y estos paquetes de porquería!

(Mutis. Pero su rostro se ilumina. Algo le dice que hace calor.)

—¡Y todas las ventanillas cerradas!

(Mutis. La nena está por llorar.)

—¡Mamá! ¡Quiero sentarme!

—¡Callate! (La amenaza con la mano.)

(Sigue aferrada a la idea del calor.)

—Y todas las ventanillas…

—¡Mamá!

—¡Querés callarte o…!

(De pronto, se levanta una mujer madura y le ofrece el asiento. Contemplo el inmenso ramo de flores que lleva. La mujer gorda no quiere aceptar, pero se comprime toda para que su benefactora pueda levantarse. Acaricia a la nena que la superó en cuanto a argumentos «pro-en-busca-del-asiento-vacío». La sienta de un golpe. La nena es feliz. La mujer madura contempla con tristeza sus pobres flores estrujadas. De pronto, se levanta el compañero de asiento de la nena. La mujer gorda empuja a la mujer madura y rompiendo definitivamente una flor, se sienta. Noto que hace calor, pero la mujer gorda ni siquiera mira la ventanilla cerrada. Siento deseos de decirle por qué no la abre. Se acerca una mujer muy anciana. Trato de levantarme, pero un agudísimo dolor o punzada en el apéndice me lo impide. La mujer gorda la mira sonriendo esperando que se ría de las frases graciosas de su nena. La anciana se está cayendo. Siento deseos de decirle a la mujer gorda que siente a su niña en su anchísima falda y conceda el asiento a esta mujer. No lo digo. Vuelvo a san Juan de la Cruz.)

SENSACIONES

Sintió erguirse la raíz del nombre que escalaba la materia de su pecho. Sintió que

el sentimiento, su único patrimonio, bebía las ansias que jugaban con su vida. Veía que la pantalla mímica que representaba su existencia se disgregaba e integraba intermitente haciéndole llegar el reflujo de las tristezas y alegrías más hiperbólicas que había conocido. No se asustó. Inmutable como una figura alegórica, pensó con añoranza en algún prado verdoso perforado por flores, por violetas; veía mariposas doradas con alas pegajosas y ajenas al latido de sus pestañas. Quiso describir la plasticidad de su imagen, pero el Tiempo la enviaba al fondo de los recuerdos expósitos. Un vaho de amargura circundó su ser. Jamás volvería a sentir ese prado maravilloso. ¿Y las mariposas? Recordó un farol de cobre herrumbrado situado en la plaza de su infancia. Y un monumento de mármol inmensamente alto. Su cuerpo infantil corría alrededor de él, al imperio de un sol suave y bondadoso. ¡Qué extraño no haber mirado jamás el rostro del hombre de mármol! Porque era un hombre, un hombre X que había hecho algo por lo cual le hicieron un monumento, que tenía un fin paralelo, en cierto modo, al aire azulado que rodea a la palabra «eternidad». Había dicho aire azulado. ¿Por qué lo dijo? Crispó su rostro en un movimiento impaciente. Gimió por la falta de instrumentos desconocidos.

Repensó la eternidad, pero era lo mismo. Suspiró. Todo su ser estaba hundido en la incógnita del hombre, que no pensaba desentrañar, pero que le rumiaba a su alma por signos extravagantes, vencedores de algún etéreo torneo celebrado a expensas de su existencia. Miró su cuerpo inclinado sobre el papel y el mundo se le cayó encima, a instancias de esa voz velada que luchaba por surgir en forma de imágenes abstractas. Un suceso exterior la conmovió haciéndole virar y dar una vuelta peligrosísima. Tuvo que decorar el decorado de su alma por medio de un mecanismo prodigioso que consistía en dos palancas, una negra, «tristeza»; la otra, roja, «alegría». Presionó la segunda, con voz impaciente y eufórica. ¡Oh, qué bello era! Aplaudió encantada. ¡Estaba pasando unos momentos magníficos! Poco a poco, el fuego se atemperaba y una hermosa serenidad rezumaba su filtro por todo su ser. Ahora estaba recostada y fumaba junto al humo exhalado por su soledad fabricada por su ser eternamente solo. Inquirióse sobre su situación solitaria. Se encontró sonriendo conmovida. Sí. Estaba muy bien. Muy pero muy bien. Súbitamente, un corte muy sonoro, como de un rayo o de un disparo, rompió la escenografía encantadora. Dos ojos, terribles en su intento fulminatorio, sustituyeron a dos rosas amarillas que hablaban del tiempo de la luna; luego, sobrevino el resto del rostro y tras él, una estela de negrura, una noche pura y limpia que le encogía el alma hasta el sollozo descongestionador. El rostro de ÉL, de su amor, la miró: honda, muy honda era esa mirada; quedó presa en ella, maniatada por el imán de esos ojos que le extraían el interior hasta dejarle la forma inservible, el residuo despreciado: su cuerpo. Suspiró ese gusto a muerte que la invadía. Siempre en esos momentos. Algo con reminiscencias de antiguas romanzas se plegaba al vacío de la noche. Encandilada por esos ojos no atinaba a moverse, pues dondequiera que mirase allá estaba ÉL, el único hombre que amaba, el único ser humano que anhelaba. ¡Oh, Dios

de la noche extinta, vierte tu sed en los ojos de mi amado y haz que por mí solloze [*sic*]! El dulce ruego huyó de sus estremecidos labios. No quería rogar ni gemir. ¡No! ¡Ella era una muchacha surgida de las máquinas de producir hombres! ¡No podía pasarse los días pegada a los muros de ese altar y consagrarse a adorar los ojos de su amor inexistente! Quiso rebelarse. Quiso pero sabía muy bien que su deseo era falso. Que le importaba muy poco morir por él. ¡Oh, cómo y cuánto lo amaba! Sus ojos estaban humedecidos por los bostezos que ampliaban y estrechaban sucesivamente su rostro. Pensó en dormir. Se acostó lentamente. Se dijo sus tristezas y anhelos para distraerse mientras sus angustias esperaban la diaria ración de descanso. Éste llegó sigilosamente. Cubriéronse de blanco la euforia y la tristeza y su alma quedó suspendida en el perchero del sueño. Sintió un salto hecho por su cuerpo. Sintió el eterno dolor de las caídas y así, dolorida y tiritante se vistió. Era una mañana tibia, que arrastraba esas sensaciones de bienestar recaudadas por la primavera, que eran el choque más impío y grotesco que se podía imaginar para su manojo enervante de heladas angustias. Sus manos se fueron a los libros y tomaron uno muy pequeñito: los poemas de San Juan de la Cruz. Sus ojos cayeron sobre una estrofa:

¡Ay, quién podrá sanarme!
Acaba de entregarte ya de vero;
no quieras enviarme
de hoy más ya mensajero,
que no saben decirme lo que quiero.

Recordó los dos ojos que la habían fulminado la noche anterior. ¡Sus ensueños e imágenes creadas por su delirio! ¡Cuánto mejor era la figura real, humana! Esos extractos de su mente, inferiores sustitutos del ser palpable verosímilmente, se le aparecieron como míseros residuos de su vida degradada. Comprobó que su vida era de humo, vida en la que jamás ocurría nada que se pudiese decir: «es esto». No. Todo era un efluvio débilmente coloreado que se evaporaba apenas ella abría los ojos y veía su existencia real, cotidiana, horrible. Continuó leyendo. Admiraba la fe del Santo, de ese hombre brumoso que había ascendido cimas jamás alcanzadas por ser alguno:

¡Oh cristalina fuente,
si en esos tus semblantes plateados
formases de repente
los ojos deseados,
que tengo en mis entrañas dibujados!

Su miedo se reavivó. ¡Qué herejía! ¡«Usar» esa pureza maravillosa para expresar lo envolvente de sus dedos eróticos! Se tranquilizó pensando que el Santo había hecho la misma operación (a la inversa) con los Cantares. De pronto, una dulce

balada. ¡Oh lo inexpresable! Contempló su cuerpo cansada, sintió su dolorida garganta y renegó del cuerpo, de su cuerpo que para nada le servía. ¡Oh, ella era un anhelo suspendido de una estrella errante que vagaba desde infinidad de siglos, tratando de encontrar la suprema intangibilidad de la dicha, ese soplo etéreo y susurrante que le murmuraba millares de promesas aladas! Los ojos de ÉL la rodearon de nuevo. Elevó sus ojos al cielo y habló muy suavemente: ¡Señor! Nada tengo. Clamo a ti en ésta, mi noche sin sol, mi noche única clavada en el brillo de la mirada del ser que amo. ¡Señor! Me duele el alma deformada por el llanto. Mi labio triste, Señor, rezuma el pedido de su presencia… Reaccionó maquinalmente. No podía seguir así. Ella, con sus clacks viejísimos y esa remera tan hermosa; ella, plena de banderines siglo XX. *Come on!* ¡Oh! Nos iremos a encerar la suela de los zapatos por las grandes avenidas llenas de edificios blancos y carteles pintados y hombres de rostros iguales y bibelots con cartelitos azules y ventanas cerradas y el enjambre de palomas sempiternas que se encontrarán en cualquier plaza con piedrecillas rojizas que harían un hermoso crujido bajo sus pies de muchacha con percepción que sería capaz de sentir todo y escribir y crear y la vida sería buena y ella no rezaría ¡¡¡nunca más!!! Se dijo de su excitación. Se dijo del «para qué» que aturdía sus horas. ¿Qué quedaría de sus paseos y proyectos y planes? ¿Qué quedaría de su cuerpo odiado? ¿Qué quedaría de su anhelo amoroso? El futuro era una mancha negra. ¡ÉL! ¡ÉL! ¡Si por lo menos lo tuviera a ÉL! Mas no…, no tenía nada. Se había creado un amor divino, había escogido un hombre inaccesible para ella y así, así como quien pregunta para qué, ella lo había transformado en un Dios. ¿Dios, dijo? ¡No! ¡Más que Dios! ¡Más! ¡Más! Acompasó su respiración a los sonidos de la melodía que se quejaba a la luz de ese sombrío domingo que expiraba lentamente. ¿Podría decir que terminaba?

¡Sí!

Decidió no escribir más.

Decidió ir a su cama y llorar acostada sintiendo la planicie de su cuerpo a su merced, ¡¡al que tocaría tratando de calmar esos anhelos reiterados por el fragante y maravilloso recuerdo de su amor!!

Mi única culpa consiste en no poder recordar dónde puse mi cordón umbilical, aquella noche que nací.

Viernes, 28 de octubre

Una dulce melodía camina por mi conciencia: las frases de algún soplo ardiente entrevisto a la luz de los ojos de otro. Algo se desliza en una forma tan agradable que

me siento rodeada por un círculo de luz irisada de tonos muy suaves.

Un destello de esperanza cruza velozmente mi ser. Pero… ¡se va! Lloro gustando sus huellas.

¡Dios! ¡Dios de los cielos negros! ¡Trae a mi amado!

[*ilegible*] los jirones de cansancio que caen de mi ser acostado y escribo para él ¡para él! Pues ¿qué otro podría ser el motivo de mis afanes y lamentos?

Hoy, sábado dormido y pronto a expirar, estoy sola y pienso.

Lunes, 31 de octubre

El humo vuela afiebrado por los cuatro ángulos de mi cuarto. Se escabulle, arremete contra ellos en una delirante danza que fascina a mis ojos.

Heme acá, sentada y sin gloria, mirando sin ser mirada por ojo movible alguno. ¡Ah! Puedo decir de la mirada de esa mujer gris ahincada en el marco vacío de un gran espacio. La mirada de esa mujer, cuyos ojos, encuadrados por un funesto rectángulo, se reúnen frente a mí para testimoniar una leve sensación de compañía. ¡Ah! ¡Qué triste estoy! Nada alcanza a matizar esta ruda sensación depresiva que tengo.

Me llevo a los libros, a la música, me hablo y me escucho. Pero ¡nada! Me fastidio y me dan ganas de tirarme lejos, muy lejos. ¡Dios! ¡Pensar que hay días en que ni yo puedo soportarme!

Días en que me toco la frente para ver si puedo hallar el maleficio que me tiene poseída. ¡Mi frente! Digo mi frente, pero también puedo decir mis ojos, mi alma, cualquier cosa.

Dan deseos de suicidarse con la mitad del cuerpo para ver el goce de la otra mitad, que desde un balcón estará aplaudiendo eufórica por ese drama gratuito y necesario. ¡Oh! Dan deseos de sacrificar todo, de dejar todo, de abandonar todos los efectos del mundo e irse ¡irse!

11 de noviembre

Desesperada… Gira cierta musiquilla que revuelve mi dolor. Pregunto: ¿Para qué escribir? ¿Para ver sonriente cómo mañana seré indiferente al terrible dolor que ahora me embarga?

¡Dios mío! Siento dentro de mí un caos horrendo. Presiento una lucha repugnante.

Mientras, oigo por la ventana abierta las voces de los vecinos. Voces gruesas, toscas, grotescas. Luego, un hombre grita ciertas mercancías. Hay golpes que derriban algo. Como hachazos. Ruido de platos. Mujeres haciendo la comida. Un

delantal y las manos activas revoloteando con familiaridad por la vajilla incompleta.

Me duele el cuello y las encías. También la espalda, el apéndice y el pecho. Fumo y tengo ganas de llorar. Pero sigo viviendo. Pienso en mi cuerpo dolorida y apasionado.

¿Qué decir de él, de este enemigo, de este castillo de mi alma? ¡Oh, cómo lo odio! Pero… ¡cuánto sé que no debo odiarlo!, ¡cuánto sé que mi odio es una mentira, nada más que una mentira!

No quiero ver a nadie. Necesito soledad. Desearía estar en un lugar desolado, o en una clínica. Dormir bien, tener un florero con violetas frescas, fumar poco y beber limonada. No llorar ni reír. Tomar en serio mis apuntes y mis libros. ¡Oh, cómo deseo vivir solamente para escribir!

No sé por qué estúpida idea se me ocurre que cuando tenga la máquina de escribir, mis novelas «saldrán solas».

K. Mansfield dice: «No vivo más que para escribir». «La gente no me importa. La idea de la gloria y del éxito no es nada, menos que nada.» Luego, escribe una novela y la envía al día siguiente para ser publicada.

Acabo de recibir una carta de A. R. en la que me dice, honestamente, que no entiende mis versos. Me ruega que se los explique. Sonrío tristemente. Y a mí, ¿quién me los puede explicar? No sé de dónde han surgido, ni cómo. Han sido momentos aislados y mágicos, que me raptaron de estos odiados tiempo y espacio, y me sentaron en una nebulosa de arena sobre la que escribí lo que un ángel, un poco travieso, quiso dictarme.

Pero ¿cómo decirle a A. R. que no he sido yo la tutora (o la culpable) de esas palabras inhumanas? Rilke decía: «La mayor parte de los acontecimientos son indecibles».

Dos horas después

He terminado de leer el diario de K. M.

Me pregunto una sola cosa: ¿tengo vocación literaria?

Respuesta:

Temo que mis deseos de escribir no sean más que medios para conseguir el fin anhelado éxito, gloria, fe en mí.

También pueden ser excusas, ya que no estudio «en serio», ya que no actúo «en serio», ya que no vivo «en serio».

Puede ser también, que, dada mi escasa facilidad de expresión oral, apele al papel para no atragantarme, para escupir el fuego de mis angustias. Por eso, quizá, amo tanto estos cuadernillos de quejas, cuyo valor es exclusivamente psicológico, pero nunca literario.

Siento rencor hacia ÉL. Cada vez que me siento culpable de vivir, que tomo conciencia de mi nulidad, allí lo veo a ÉL, el INVENCIBLE, enrostrándome todos mis pecados. ¡Y cómo duele!

Fui al espejo del patio y me miré. Me peiné en una forma nueva. No me reconocí y me dije: Estás enferma.

A. R. miraba el librito de Huidobro con una sonrisa condescendiente, como diciendo: «Este bueno de Vicente…».

Se me ocurre señalar un plazo para mi suicidio: el 29 de abril de 1958, día en que cumpliré 22 años. Hasta ese día he de escribir; me apuraré a terminar mi… ¿será una novela? ¿Es que puedo yo escribir una novela? ¿Cómo? ¿Con qué? ¡No! ¡No! ¡No! No puedo. Sin embargo, ese día me mataré. ¡Y debo dejar un gran libro! Se lo dedicaré a ÉL, la sombra de mi vida. (Mientras escribo, se me humedecen los ojos. No sé si lo amo. Pero sólo pienso en él. Los demás son figurillas, fotografías; nadie, fuera de él, se introduce en mi alma.)

He leído dos cuentos de Apollinaire, llenos de gracia y encanto y de esa dulce fantasía traviesa que jamás he encontrado en ningún otro escritor.

Luego, comencé un libro de Bioy Casares. Escribe muy bien. Pero hay algo que falla. Aún no he descubierto qué es. Quizá no lo encuentre, pero es una vaga sensación de falta de plenitud.

Sábado, 12 de noviembre

Terminé de leer el libro de B. Casares. ¡Muy bueno!

Me siento maquinal. No quiero pensar. Me atormenta el interrogante de mi «vital necesidad» de escribir. ¿Qué he de crear? ¿Qué? Es una pregunta que gira y gira.

He leído un cuento de Evelyn Waugh: «Amor entre ruinas». ¡Qué bien escribe! Me ha gustado la introducción y el final. Compruebo que es muy difícil «presentar» una obra. Creo que eso es el «algo» que advertía en Bioy Casares.

Además, la mayoría de los escritores comienzan sus novelas en una forma común para todas. Por ej.: K. Mansfield (como muchos) empieza con un decorado natural, señalando el tiempo, los ruidos y los movimientos de los pájaros. Personalmente, esta forma es la que menos me gusta. ¡Cuán lejana de las maravillosas «magdalenas» de Proust!

He leído un cuento de Henry James. Es un cuento extraño y sutil. Hay algunas cosas que no entiendo: ¿pensó realmente Warren Hope en el desquite que tendría al publicarse las cartas de L. North more?

¿Lo deseó?
¿Y su exceso de modestia?
En un momento dado, pensé que el libro de N. tendría éxito pues estaría formado por las cartas de Warren que todos decían «no tener».
Lo que me admira de este cuento es que comienza con la muerte de dos hombres que siguen siendo los protagonistas por medio de seres vivos pero horrorosos, que están allí como instrumentos, aun la Sra. Hope aparece velada, fantástica.
Está muy bien ese «pase» del tiempo que hace James: para llegar de enero a marzo, dice que madame Hope «se volvió contra la pared» (en enero); unas líneas sobre sus malestares y se «levanta» en marzo.

25 de noviembre

Pensé que, teniendo la máquina de escribir, ya no necesitaría más estos morbosos cuadernillos. Mas creo que no es así: escribo como siempre, por lo de siempre: me estoy ahogando.
El calor me inunda dejándome yerta de fatiga, débil, amargada. Vengo del mundo, de ese mundo que no es mío, del mundo exterior.
¡Oh, claro que no entiendo mi tierra! Dura y cruel falacia. Mi pureza. Mis cánticos. Todo derruido y enviado lejos, allá, al cajón de las cosas inservibles.
¡Poesía! ¡Dulce poesía de Huidobro y de Vallejo! ¿Dónde estás? ¿Dónde tus cristales han venido a quebrarse? Sí. Ahora comprendo claramente que la asesinan. Mejor dicho, la asesinamos. Recorro mi breve itinerario lírico y me vuelvo loca de dolor, de remordimientos. Yo he contribuido (contribuyo) a perderla. Millones de epígonos con cuadernillos indigestos que vagan junto a los prostitutos del arte a comprar una aprobación. Excusas: juventud, inexperiencia, falta de tiempo, cotejo con los arrastrados inferiores aun que uno mismo. ¡Oh, infierno de mis horas! ¡Oh, calumnia de mi alma! ¡Crispación de mis dones naturales! ¡Mercachifle vana y superflua! ¡Meretriz del arte!
Y ahora, pienso en Ostrov. No en ÉL, sino en Ostrov. (¡Qué placer escribir su nombre! Llenaría los muros con estas seis letras magnéticas!) Me muero de amor por él. Percibo su rostro y todo mi ser se diluye, flota, se va…
Me estoy yendo porque se me resbalan los fines. ¡Quiero escribir bien! ¡Dios mío! Soy un deseo suspendido en el vacío. No sé ni comprendo nada, Sólo sé que deseo, deseo, deseo. ¡Dios! ¡Quiero tener fe! ¡Quiero creer en ti! ¡Oh, cómo quiero creer en Dios!
¡Quiero escribir!
¡Quiero escribir!

Cuaderno de febrero a marzo de 1956

VERANO

tanto miedo Alejandra
tanto miedo
la nada te espera
la nada
¿por qué temer?
¿por qué?

por más imaginación que tenga
no puedo esbozar la muerte
no puedo pensarme muerta
¿he de tener esperanzas?
¿he de ser eterna?
¿qué es entonces este vacío que me recorre?
¿qué es entonces la nada que camina por mi ser?
Sólo sé que no puedo más

siento envidia del lector aún no nacido
que leerá mis poemas
yo ya no estaré

No comprendo el anhelo de «lo fantástico», ni a la literatura de «misterio». Es que ¿es posible hallar más misterio que en la propia existencia?

¿Qué tienen los viajes que producen tanta alegría? Aun el más breve sugiere algo a modo de renovación, o de muerte.

Mar del Plata, 2 de febrero

1
El mar le hizo cosquillas a una mujer que salió gritando: «¡Encontré un fantasma! ¡Encontré un fantasma!».

2
Las olas flirtean con el sol… pero las escolleras observan y luego lo comentan,

con gran escándalo de un viejo pulpo.

3

El mar quería sacarme el traje de baño para tocar mis pechos; yo no lo dejé pues aún no existe «confianza» entre nosotros.

4

Un niño lloraba porque lo mordió una ola; ésta, de lejos, sonreía traviesa…

5

El mar no sabe de dónde viene ni adónde va, a pesar de las mil teorías al respecto.

6

Esa ola pisó la sombra de un hombre, que huyó avergonzado.

7

El mar gritó de alegría cuando un pájaro de papel rojo le pisó la espuma.

8

El mar firma con su pseudónimo [*falta texto*].

9

Todos los años el mar realiza un acto de alegría. La causa: la posesión de su amada Alfonsina Storni.

10

Cuando miro el mar, el sol se siente celoso y me oprime los ojos.

11

Pensé que era una ola encendiendo un cigarro: luego vi el barco.

12

El mar se enredó en el corset de una mujer, mientras las olas se morían de risa.

13 El salvavidas es el pendiente de esa ola tan coqueta.

14

Las olas luchan en el crepúsculo, cansadas, llenas de sueño.

15

Una ola arrastró un zapato viejo. Un señor se lo puso y le dijo «gracias». La ola tendió la mano a la espera de la «propina».

16

Cuando el atleta entró al mar, una ola, pudorosa, se bajó la falda.

17
Conmovía aquella olita que tenía miedo de saltar.

18
El mar se restrega los ojos todas las mañanas, cuando el barco toma el café con leche, y las lunas se [*ilegible*] y se maquillan con mermelada.

19
En los carnavales, el mar es humillado a la categoría de objeto: lo revuelven y tiran sobre los cuerpos, y a él le da vergüenza esos aullidos de terror de las mujeres gordas.

20
Una ola se suicidó al ver su retrato tremolando [*falta texto*].

¿Qué nos queda para esperar? ¿*Para qué* luchar? ¿Cuál es el fin? Preguntas, palabras, frases, estamos llenos de definiciones, de conceptos, de ejemplos. Pero la situación de la juventud se detiene en el signo de interrogación. Mis diecinueve años me conceden el derecho de decir algo, de agregar algunas confusas explicaciones a este caos que estamos viviendo. Nos llaman «la esperanza de la patria», nos dicen que tenemos «el futuro abierto y virgen» y que la vida, como un juguete fácil de manejar, «es nuestra». La tenemos, es cierto. Pero ¿qué hacer con ella? ¿Tenemos ideales? ¿Tenemos algo que nos sostenga? ¿Qué podemos hacer, si estamos solos, sin Dios, sin fe, sin nada? Nos hablan de la trágica situación general, de las dos guerras mundiales, rezagos del existencialismo francés nos congregan en los cafés para… ¿para qué? Ni siquiera somos «existencialistas legítimos». Ni ateos. Ni revolucionarios. [*ilegible*] entre los estudios, las religiones, las ideas, con una debilidad espantosa. Nada nos conmueve. Nada estalla en nuestro medio. ¿Los intelectuales? ¿Algún joven ha escrito un libro de poemas que haya tenido resonancia general? ¿Algún cuadro de un joven pintor pasmó al público? ¿Qué ocurre con nuestra sangre, con nuestra vehemencia? ¿Hemos de practicar esnobismo en la conocida esquina céntrica, entre la confusión del sexo y un equívoco deseo de olvidar la vida? Pues ¡sí! ¡Hagámoslo! Sangre vital, ebullición febril. ¡Sí! ¡Sí! ¿Dónde están los renovadores, los creadores, dónde está la juventud que juegue legítimamente con las únicas palabras valederas?

Oye, Alejandra, niña triste de la ciudad: acá van tus poemas, esos trozos condensados de tu angustia, que tú has decidido historiar.

Hoy cumples veinte años, y por eso te obsequias tus poemas vestidos de fiesta. Te has

maquillado, puesto hermosa, y tus labios apagan veinte llamitas.

Pero la situación real es muy otra. ¡Alejandra! Has vestido de fiesta a tu sangre, a tu angustia. Tú no lo quieres, ¿verdad? Tú deseas escribir silenciosamente, esconderte, no mostrar los poemas a ser humano alguno.

hoy es carnaval
y yo tengo diez y nueve años dos amores mil libros y una foto de Picasso
pero hoy se me cae el llanto al vacío
porque pienso en la vida

Yo no sé nada
pero los gritos y risas me hacen daño
no por la sensación de abandono (si quiero llamo a uno de los dos)

Alejandra, preguntáronte «cómo te trata la vida». Tú dijiste: No la conozco.

Alejandra, esta noche rogaremos por nuestros compañeros de angustia: Pascal, Unamuno, Huidobro y Vallejo.

Futuro

me dicen
tienes la vida por delante
pero yo miro
y no veo nada

Rezo

pequeño poema
no me huyas
no armes abismos
entre mi alma y tú

19 de febrero

Ante la amenaza de la impotencia, ella se sentó, tomó la pluma, para escribir…

Nada se compara a la angustia que sobrevive cuando uno se explica su angustia.

Hoy, mientras almorzaba, pensé en suicidarme.

El niño de mi hermana grita. Toda la familia se hace la idiota para que se calle. Yo pienso en Dios, y el alma comienza a dolerme.

Papá y mamá se besan como dos jóvenes. Marcel Proust, ¿qué hacemos con «nuestra» teoría del amor?

El niño de mi hermana me acaricia. De mi ser nacen vapores de ternura. Desfiles de pañales sucios marchan por mi mente. Dejo al niño y pienso en los ángeles, mientras maldigo mi antiséptico amor a lo ideal.

Tengo todo lo necesario para sufrir, pero me consuelo escribiendo poemas.

Cuaderno de junio de 1956

Junio

Me resisto a escribir. Estoy cansada de los Diarios Íntimos, vacuos y frustrados, no consuelan, no ayudan, pero sí evaden, pero sí resuelven falsamente las cotidianas angustias.

21 de junio

Y de pronto siento azco [*sic*] de mí misma. Me veo a través de una imagen espeluznante: una especie de molusco viscoso girando alrededor de sí mismo. Ahora me explico este abandono de que soy presa. Ahora comprendo mi singular destierro.

¡Cuánto me humillo! Recordando a Alfonsina diría: «Yo quiero ser blanca…». Blanca, es decir, sin culpabilidad. El orgullo me muerde el alma. No quiero saberme abandonada. ¡Pero si no tengo orgullo! Pero si ya no tengo nada que nazca espontáneamente, sólo neurosis… Y una gran vergüenza de estar viva.

Ahora me consuelo en este odioso cuaderno, este Diario me sugiere onanismo literario. No lo continuaré[4].

Cuaderno de 1957 a 1960[5]

Miércoles, 23 de octubre

La poesía, no como sustitución, sino como creación de una realidad independiente —dentro de lo posible— de la realidad a que estoy acostumbrada. Las imágenes solas no emocionan, deben ir referidas a nuestra herida: la vida, la muerte, el amor, el deseo, la angustia. Nombrar nuestra herida sin arrastrarla a un proceso de alquimia en virtud del cual consigue alas es vulgar. No es lo mismo decir: «No hay solución» que

No saldrás nunca sin embargo
de tu gran prisión de alcatraces.

Creo que estos dos versos son más naturales y más espontáneos que el ejemplo anterior. Hay mucho más convencionalismo en nombrar las cosas con palabras avejentadas que hacerlo con palabras que nos surgen de algún lado, como pájaros que huyen de nuestro interior, porque algo los ha amenazado. La mayor parte de los poemas surrealistas son mucho menos convencionales y cerebrales y literarios que los poemas sencillos y beatos a que nos acostumbró la literatura española.

Poemas de John Donne. Huelen a sol viejo, a muro derruido y rajado pero cuyas grietas dejan escapar palabras de distintos colores, frescas, calientes, y, sobre todo, reveladoras.

Se puede objetar esa intromisión del espíritu pedestre que le acontece después de un verso colmado de lirismo, ej[emplo]:

Enséñame a oír el canto de las sirenas,
o a guardarme del aguijón de la envidia.

A veces estremece. Es hondo, irónico:

Y ahora buenos días a nuestras despiertas almas,
que se vigilan entre sí con miedo.

Aunque llegara a definir la poesía —aspiración estúpida, por otra parte—, aunque descubriera su esencia, aunque desvelara su origen más profundo, aunque la poesía toda y todos los poetas me fueran tan conocidos como mi propio nombre, llegado el instante de escribir un poema, no soy más que una humilde muchacha desnuda que espera que lo Otro le dicte palabras bellas y significativas, con suficiente poder como para izar sus pobres tribulaciones y para dar validez a lo que de otra manera serían desvaríos.

Escribí dos poemas: «El desencuentro» y «Ella está muerta debajo de sus alas y sonríe». No me conforman mucho.

Jueves, 24 de octubre

Los estados de angustia impiden sentir la poesía. Me refiero a la angustia que produce el fracasar en los intentos de comunicación con los otros. Una queda reducida a una espera. No. Espera, no. O tal vez sí. Una espera la llamada de *afuera*. Sólo es posible vivir si en la casa del corazón hay un buen fuego. Dentro de mi pecho tiene que estar la morada del consuelo, quiero decir, de la certeza. Sólo entonces se vive la poesía, que parece estar reñida con la enajenación.

Tengo miedo de fracasar por culpa de mi angustia.

Es necesario olvidarse de todos.

Viernes, 25 de octubre

Es necesario olvidarse de todos.

Sábado, 26 de octubre

Escribí un poema. No tiene ninguna importancia.

Soy una enorme herida. Es la soledad absoluta. No quiero preguntar por qué.

Domingo, 27 de octubre

Quiero llegar a ser lo que ya soy.

Empecé a leer a Neruda «en serio». Neruda es un verdadero poeta, un auténtico vidente. Sus pies están muy adheridos a esta tierra pero algo lo lleva a una patria mucho más original y cierta (hablo de las *Residencias*). Es curioso que a veces se obliga a detener su vuelo poético, como si tuviera miedo de caer en la realidad de la fantasía pura. Su insistencia en los objetos trizados, en los fragmentos que más que dispersión impresionan como una unidad terrible, romántica, no deja de desalentar. A pesar de su grandeza no suscita en el lector esa admiración mezclada de amor que sucede con Rilke, con Hölderlin. Es que Rilke me toma la mano y me habla suave,

hondamente, y su voz recuerda algo que jamás fue en verdad, su voz es reminiscente de algo que viví sin haberlo vivido, como si fuera un acontecimiento que me sobrevino en otra vida, muy antigua, inmemorial, pero más verdadera que ésta, o como si hubiera degenerado en ésta.

Descubro que mis poemas son balbuceos. Necesito leer más poesías, averiguar la forma, la construcción.

Martes, 28 de octubre

Ella no eligió aún la vida. Ella se lanza hacia la puerta de la vida y hacia la puerta de la muerte, sin querer golpear en ninguna de las dos porque todavía no está segura de su deseo de golpear alguna de ellas. Ni siquiera sabe si quiere que alguna de las dos se abra. Pero dicen que no puede estar siempre afuera, esperando… Una se morirá de sueño, de sed y de frío. Sabido es que una persona puede ayudarla a levantar el puño para golpear. A esa persona la hubiera bastado mirarla un segundo con ternura, o estrecharle la mano con más fuerza, o decirle Alejandra con un poco de calor en la voz. Pero esa persona no quiso o tal vez no se dio cuenta del inmenso poder de esos pequeños actos suyos. O tal vez sí se dio cuenta y justamente por eso los reprimió.

Señor, alguien me ha dicho que basta un leve ademán de mi parte para que se salve.

Pues esto hacemos: darnos sombra los unos a los otros. No importa que yo no vea el sol. Lo esencial es que tampoco tú lo veas.

Asombro. Asombro de ser yo. Asombro de ser una muchacha en la noche preñada de augurios. Asombro ante mi asombro.

Cerrad los ojos de la cara y abrid los ojos del corazón.

Miércoles, 30 octubre

Escribí un poema; hablo de las cosas en oposición a lo absoluto.

Viernes, 1 de noviembre

Escribí tres poemas. Sometí al último a una serie de retoques. Sí, es eficaz el

hacerlo: se siente cada palabra como un cuchillo de doble filo.

(Me empiezan a molestar las oraciones subordinadas. Me fastidia el «que», pero ¿cómo se hace para hacerlo desaparecer?… Encontré un poema de J. R. J. sin un solo «que».

Mi tercer poema tenía quince «que». Luego los reduje a seis. Pero ¿es tan importante?

Sábado, 2 de noviembre

Estado vegetal.

Cada mañana despertar, tener que llorar y tomar café. No puedo gozar de la vida. No encuentro en ella ningún interés. Sólo algunos consuelos. Yo no quiero consuelos.

Ojalá enloquezca o muera pronto. Estoy segura de que pronto va a suceder algo. No es posible continuar así, tan sola, viviendo y llorando. Y en resumen ¿qué quiero? Ah, no sé, no sé. Tal vez no quiera nada. Pero un gran vacío, un bicho que es vacío me muerde. Siento que me duele el corazón. Y no hay solución para mí.

Ahora sé, ahora conozco la soledad de mi infancia. Como si hubiera nacido del aire, como si hubiera quedado huérfana el día de mi nacimiento. Por eso mis padres me son extraños. Y todavía exigen de mí. Ellos, que nada han sido para mí.

Horrenda sensación de fracaso. ¿Qué importa ser vencida?

Domingo, 3 de noviembre

Una revolución para calmar mi herida, un terremoto para sustituir su ausencia, el suicidio del sol para mi fervor físico, la locura de la noche para mi sed sagrada, el fin del mundo para contentar a mi angustia preferida.

> El Mesías no vendrá sino cuando ya no sea necesario, no vendrá sino un día después de su llegada, no vendrá al último día, sino al final de todo.
>
> KAFKA

Lunes, 4 de noviembre

Amamos a lo que se nos hace carencia. Imposible desear lo que ya está en mi

mano (vieja verdad socrática que recién ahora encarna en mí conscientemente). De allí el Mito de Mi Amor Imposible: carencia, nada más. Una muchacha sedienta en el desierto y un manantial que no da de beber cuando ella se acerca. ¿Qué sucedería si ella pudiese beber? Ah, muchas cosas cambiarían. Me sería beneficioso puesto que yo no amo la sed. (Gide…)

Siempre el bicho. La poesía. Una muchacha mordida y un aullido que quiere trascenderse y ser lo más universal posible.

«Où sont les hommes? —dit le petit prince—. On est un peu seul dans le désert.»

Extrañeza cuando converso con alguien. No, no soy yo la que habla. No hay pruebas de que soy yo.

Miedo. Candor. Y mucha locura. Y campanas. Y senos maternos colmados de piedras.

Pero sobre todo soledad. En gran desierto. Sólo el desierto. Nada [más] que el desierto.

Estoy perdiendo mis últimos objetos. Se acercan la locura o la muerte o ambas o es lo mismo.

Soy un vacío convulsionado por el dolor. Sufro. Sólo sé que sufro. Sólo sufro. Y nada más. Y nunca más.

Digamos que siempre fue así.

Martes, 5 de noviembre

José María me habló de Blake. Yo no le decía nada, sólo murmuraba una suerte de aprobación, para ocultarme, para cubrir mi profunda vergüenza, mi dolor de no poder participar de ese ámbito místico porque yo ya estoy muerta.

Después de muchas resistencias debo hablar de él, de él, a quien no quería hacer entrar en este cuaderno. Hoy dijo: «¿Y qué quiere? ¿Que la eche?». Ésta es la situación. Por eso no puedo hablar de Blake ni de nadie. Sólo un adherirse a un ser que no me estima, sólo un desgarrarme, un golpear del corazón, sólo un no poder más, un reventar a gritos, a llanto, porque no puedo más, porque quiero su mano amiga y no la tengo.

Jueves, 14 de noviembre

No se puede echar dos veces la misma carta en un buzón.

El ocio no existe. Sólo hay esta cuestión: tener o no tener deseos de vivir… y de morir. Una vez comprendido esto o se quiere más vida o se desea la muerte. Lo curioso resulta cuando el mundo se opone a mi sed de más vida, entonces me voy al otro extremo, a la muerte. Pero tampoco ella me hospeda. ¿La solución? Sí, hay una, hay un arrancarse de raíz todo ímpetu, todo frenesí, hay un disfrazarse de monja a pesar suyo, hay, en suma, un hacer la plancha en las aguas de la vida.

Un loco desflora a una flor. La flor da a luz una muchacha y luego muere. La muchacha queda herida por una carencia innombrable que aumenta hasta la locura cuando se enamora del león más inteligente de la selva. (El león es una especie de Sr. Nadie disfrazado de Todo… o viceversa.)

Vagidos, llanto. Y un estar siempre al borde de, pero nunca en el centro.

Anhelos de lo anhelado, de lo jamás anhelado.

Hermana estrella: soy Alejandra. Buenas noches.

Un pájaro sale a buscar la inocencia y vuelve muerto debajo de sus alas. Campanas en los bolsillos de la noche.

Domingo, 17 de noviembre

El cielo es la carne; el infierno, el alma.

Comprender, no el «para qué», sino la necesidad del «para qué».

Tristeza de ser. Tristeza por haber nacido. Tristeza frente a la dulzura del vivir. Tristeza del viento que raptó muchos niños y que ahora lloran o cantan en el espacio.

Llueve piedras.

Todas las desdichas de la infancia están levantando levemente los párpados y se desperezan tristemente como monstruosos animalitos que hubieran dormido durante muchos años.

No es queja, no es protesta, no es preguntar por qué.

Es como golpear las paredes irrisoriamente herméticas de una cueva laberíntica.

Es como un feto batiendo las entrañas de su madre y rogando que lo dejen salir, que se asfixia, que ya no puede más.

Dentro de mí se ha formado un tribunal que juzga —sin apoyo en ley alguna— mi

existencia desde la antigüedad hasta nuestros días.

Lunes, 18 de noviembre

Oscilación entre distintas expresiones poéticas: Hölderlin o los densos poemas surrealistas. Poesía desnuda (Ungaretti, Jiménez) o exceso de imágenes fundidas tan estrechamente que devienen inexplicables. Gusto por expresiones como «lo incierto», «lo devastado», «lo sagrado», frecuentes en Trakl, Hölderlin, reminiscentes de la metafísica, de vida antigua. Dificultades con adjetivos y adverbios. («El adjetivo cuando no da vida, mata», Huidobro.)

Martes, 19 de noviembre

Cada vez entiendo menos sobre poesía. ¿Será que no la siento? Si debiera elegir un solo poeta para leerlo en una isla desierta, ¿cuál elegiría? Los pocos poemas de Hölderlin que conozco, tal vez… pero aun Hölderlin, ciertos días no me da nada, me parece muy viejo, muy de otro siglo.

Comenzado a leer *Sombras del paraíso* de Aleixandre. Después de la primera hoja lo abandoné. ¿Qué tiene Aleixandre que me hastía tanto? Tal vez su mundo espiritual no merece poemas tan cargados de imágenes densas y de momentos herméticos. Creo que sus saltos interiores, sus giros subjetivos, son simples; y quieren, no obstante, concretarse en un universo sofocante y difícil. Sea como fuere, no me impresiona como un poeta auténtico…

No oculto que me gustaría tener un maestro literario. Pero mi situación de huérfana no es deplorable: hay libertad, mi única libertad, por el momento.

Miércoles, 20 de noviembre

Tristeza y candor. Deseos de llorar como un niño recién nacido. Inmensa ternura por mí. Ganas de hacerme pequeña, sentarme en mi mano y cubrirme de besos.

Por la impaciencia me perderé. Horrendos problemas literarios. Hay demasiados libros, todo ya ha sido escrito, sobre cada cosa, sobre cada sombra hay millares de libros. He llegado tarde al banquete de la cultura universal, y si bien no me vedan la entrada se divierten proponiendo a mi hambre tal cantidad de platos y de variaciones, que yo ya no sé diferenciar un poema de una sonrisa, un ademán de odio de una

plegaria japonesa. Y en medio de esta orgía de la insatisfacción, rodeada de elementos capaces de satisfacerme, ¿qué hago? Pues abalanzarme sobre todos: el mejor camino para no colmarme jamás. (Pero ¿de qué estoy hablando?, ¿de la literatura?, ¿de mi amor imposible? Tal vez en el fondo sea lo mismo…)

Llueve sangre.

Jueves, 21 de noviembre

Lasitud. Desprendimiento. Ausencia de interés. Me paso la vida creándome motivos convincentes como para vivir. (Ella no sabe preguntarse.)

Y en el fondo, ¿quién creó al miedo? ¿Dijo Dios: «Hágase el miedo» y el miedo se hizo? ¿O dijo: «Hágase Alejandra» y el miedo se hizo? ¿Qué es el miedo sino un bicho ávido de mi futuro?

Calle Florida desde Av. de Mayo hasta Corrientes. Hoy. Hoy. La risa pugnaba por estallar en mis labios. El pozo de las víboras. Las hormiguitas viajeras. Los únicos felices eran los ciegos.

La vieja del colectivo.

Era la madre de los Malos.

Es una cosa muy seria el nacimiento del ángel vaginal.

Los poemas de [*tachado*] me sugieren a un señor que está jugando una infinita partida de ajedrez y que, como no puede fumar, para colmar su hastío escribe poemas.

Viernes, 22 de noviembre

Fe en ti sola, Alejandra. Fe en ti sola.

Imposible la plena comunicación humana. Los otros, siempre nos aceptan mutilados, jamás con la totalidad de nuestros vicios y virtudes. O nos detestan por algún aspecto nuestro que les mortifica o nos aceptan por algo que es ángel en nuestra carne. También solemos tener días en los que nos permiten comunicarnos y días en que nos amurallan. Estos últimos coinciden con los días en que más necesidad de contacto humano tenemos. Seguramente nos rechazan por ese aspecto de mendigos repelentes que proporcionan la angustia y la soledad.

Todo esto, dicho de un modo confuso. Porque no entiendo casi nada del asunto.

Pero hoy y mañana y siempre repito que sólo es posible vivir si en la casa del corazón arde un buen fuego.

Sábado, 23 de noviembre

Ni buen fuego ni mal hielo. Sólo un vacío, roído por la fatiga y por la espera.

Soñé que todos me abandonaban.

Sólo tú. Flores perseguidas por monstruos nacidos del barro. Sólo tú. En el triste lamentar de la tarde cuando lágrimas en mis manos me anuncian que vivo.

Hay olor a viejas melodías. Sábado tristísimo. Quisiera querer. Deseo deseos. He aquí un problema más, tal vez el esencial, recién ahora afluido a la conciencia.

Y por todas partes la vieja carencia. Una melodía suavísima, tierna hasta el llanto. Una melodía que impulsa a tirarse al suelo y comenzar a llorar hasta la muerte de la eternidad. Por todas partes una herida inmemorial, una insatisfacción angélica, algo con plumas y con espumas, algo sin palabras, anterior a la palabra.

Domingo, 24 de noviembre

Desalentada por mi poesía. Abortos, nada más. Ahora sé que cada poema debe ser causado por un absoluto escándalo en la sangre. No se puede escribir con la imaginación sola o con el intelecto sólo; es menester que el sexo y la infancia y el corazón y los grandes miedos y las ideas y la sed y de nuevo el miedo trabajen al unísono mientras yo me inclino hacia la hoja, mientras yo me despeño en el papel e intento nombrar y nombrarme. Aparte de ello no olvido lo correspondiente al lenguaje, expresión, etc., materias en las que soy una completa intrusa.

Lunes, 25 de noviembre

Es necesario deshacerse de todo prejuicio artístico. Hay que interrogar a la propia sensibilidad, sólo a ella. Ahora sé de mis numerosos errores.

He roto muchas poesías. No escribiré hasta que mi sangre no estalle.

Estoy leyendo los poemas de Dylan Thomas.

Sábado, 30 de noviembre

¡Soy una exaltada! ¡Soy una exaltada! (Maldito sea todo.)

El arma más potente es la simpatía (sentir con…). Esto parece trivial. Y sin embargo pertenece a «lo difícil».

Primer descubrimiento [*texto inconcluso*]:

Domingo, 1 de diciembre

Han llegado los invasores. Han invadido mi habitación. Lloro. Lloro. No otra cosa sé hacer. En verdad, no hay motivos ni circunstancias que originen mi lágrimas: sucede que soy un-ser-para-el-llanto.

Todo está demasiado fresco aún.

Lunes, 2 de diciembre

No hay libertad, sólo hay un decirse: quiero ser libre para hacer esto o aquello. Lo extraño es mi caso: me falta el esto y el aquello. ¿Para qué desear entonces la libertad? Pero… ¿quién la desea?

Pero veamos un poco, ¿vale la pena vivir?

¡No! ¡No! ¡No! Sin embargo, no deja de asombrarme mi persistencia en la vida, si bien sólo yo sé hasta qué extremo lejanísimo ya no estoy en la vida. Y ¿qué es estar en la vida? Es abrir los ojos y encontrar algo que halague mis deseos. Pero yo no tengo deseos, o si los tengo no existe nada posible de satisfacerlos.

Martes, 3 de diciembre

Ternura. Desolación. Una persona que me importa mucho preguntó: [*frase tachada*]

Miércoles, 4 de diciembre

He leído *La epístola a los pisones*, de Horacio. Siempre me sorprende saber que los poemas sirven de solaz, de esparcimiento del corazón ultrajado por la fatiga, como dice Horacio. No obstante, H. me corrobora la necesidad de adquirir una técnica sólida. (Cada palabra debe estar llena de polvo, de cielo, de amor, de orín, de

violetas, de sudor y de miedo. Cada palabra ha de ser gastada, pulida, retocada, sufrida.)

¡Al diablo con las poéticas! Hoy he leído la de Boileau, quien no hace otra cosa que repetir a Horacio. Leer estos libros en un día lluvioso de 1957 es como bailar el rock con peluca.

Porque la poesía no es un grato esparcimiento. La poesía es un aullido que hicieron —que hacen— los seres en la noche. (Esto que digo peca de trágico.) Idiota decir: la poesía es… etc., etc.

Piensa, Alejandra, teje tus ideas a la luz de la tristeza. Piensa en la carencia, en la mía, en la tuya, en la suya. Piensa, piensa en la carencia.

Curioso es vivir. Raro es vivir. Asombroso es vivir. ¿Y por qué vivir?

(La Gran Pitonisa se encoge de hombros.)

«Soy la Gran Pitonisa, tengo los oídos llenos de whisky y el corazón colmado de salamandras.»

(Así se presentó. Tuve miedo.)

Jueves, 6 de diciembre

La Gran Pitonisa sonríe:

—¿Por qué has dejado al hombre traspasar tu umbral?

—… Tuve miedo de soñarlo, por eso.

La Gran Pitonisa sonríe.

(Ella, sólo ella sabe de mis ojos mendigos.)

Sábado, 8 de diciembre

Un esfuerzo sostenido, sólo la posibilidad de mantenerme varias horas. Un poco de constancia, Señor, si me haces el favor, ¡si me haces el favor!

Es la disociación que viene galopando en sus tijeras bajo el cinto, dispuestas a cortar inexorablemente el desmayado hilo que me enlaza a la cordura. Es la disociación galopando un caballo blanco —el manto flotante ornado de recuerdos prenatales— que otea el punto más sensible de mi ser de manera de realizar la aniquilación completa. ¿Luchará la triste muchacha o cerrará sus ojos dolidos y se dejará ir lentamente hacia las tinieblas? Sabido es que la salvación exige sólo el interés. Sí, se salvará por ahora: he aquí un poema dando aletazos en el aire.

Vuelve la obsesiva —o siniestra— necesidad de escribir una novela. ¿Y por qué no la escribo, entonces? Seguramente porque me siento culpable de no estar en el mundo. Esto es difícil de comprender. No obstante, observo con risueño dramatismo

que mi vocación literaria oscila entre los poemas metafísicos, los diarios o confesiones que expresarán mi búsqueda de posibilidades de vivir (lo que no contradice con los poemas) y —ahora viene lo peor— una suerte de teatro de títeres en el que todo el mundo revienta de risa. Pero la aspiración oculta es ésta: la historia de una muchacha, es decir, una suerte de «retrato de la artista adolescente», novela que debiera reflejarme, a mí y a mis circunstancias. Dos cosas me maniatan: la ausencia de confianza en mis instrumentos (estilo, lenguaje, dominio de los diálogos) y el desconocimiento cabal de mis circunstancias. No es esto todo. Hay también un gran deseo de dormir y de no despertar jamás.

El jazz amarga detrás de los cristales. Sábado dedicado a «oscuros cronicones». Yo pierdo esta noche —la noche preñada de infinitas posibilidades, derramando vértigos para las muchachas que aceptan su destino. Sí. Yo pierdo esta noche por el jubón rojo de Gautier.

He tirado horas por las calles y los bares. Ahora intento rescatarlas, y me pisan las manos, y me atropellan y me enajenan. De mi infancia hasta esta noche mal sufrida sólo hay una flechita negra. Yo he nacido ayer o hace media hora. Dentro de un día seré vieja. Dentro de dos, un puñado de polvo. Oh, bailar jazz, arder miradas con mis caderas, beber todo el vino del mundo, invadir en todas las fiestas, comer, exhibirse, tirar de la cola al tiempo y burlarse de él. Pero no. Lo real no tiene por qué satisfacerme.

Domingo

Lo real no tiene por qué satisfacerme. Deseos. Muerte definitiva de cualquier promesa de felicidad.

¿Es posible vivir así? No, no es posible.

Lunes

La noche insiste en ser un silencio. Yo golpeo a las puertas de la noche.

Nada de autocompasión. Es menester volver al silencio, no al silencio redondo, compacto, sino al silencio relativo.

Martes

Abandono completo. No hay solución. La esperanza ha lanzado un último estertor. Mirad sus ojos abiertos, enfocados hacia un cielo de ausencia, contemplad

sus manos lastimadas por la incomprensión. Aprended de su sonrisa bañada de asco, de su piel transida de miedo. Llorad, es necesario llorar toda la vida, porque mi esperanza ha muerto.

La mañana para llorar. La noche para desear. La tarde para jugar a la vida.

¿Renace la alegría? No. Es el amor que encendió un fuego cerca de mi corazón.

Existe alguien, alguien como tú o él, alguien que llora y tiene manos, alguien con un barco dentro de cada ojo, alguien cuyos labios tienen gusto a la sonrisa del mar cuando el sol lo saluda, alguien de cuya frente surgen canciones inmemoriales, alguien con un corazón mensajero que lleva cartas al infinito, alguien, en suma, como tú y como él. Y ese alguien es mi amor. Aunque yo sea una mendiga despreciada, aunque mis ojos hayan sido secuestrados por el llanto, aunque yo corra, de calle en calle, y me arrastre con un bicho dentro y aunque el bicho me muerda y me haga aullar, él es el que yo amo. (Y no cierro los ojos al decirlo.)

Excitación. Vértigo. Ganas de subirme a una estrella y decirle: Amo.

En mi amor todo es pérdida. Pero he aquí mis ojos lucientes como perros rabiosos. He aquí mis manos dulces como la lluvia. En mi amor todo es pérdida. (Hoy y siempre debo recordarlo. Hoy y siempre.)

Miércoles, 11 de diciembre

Es menester volver al silencio y pensar.

Asombro de ser yo.

En verdad, el asombro, a pesar de su valor maravilloso, en mí significa desarraigo, un no sentirme en familia en el mundo, como si hubiera ido por unas horas a visitar la casa de un pariente raro, y yo contemplo los muebles y las paredes extrañada, llena de pasmo y de admiración.

Certidumbre de mi muerte próxima, cercana, deducida de la imposibilidad de imaginarme en el futuro.

El tiempo y los Conway. No quiero ser Kay.

Domingo, 15 de diciembre

El vino no supo jugar. Entró en mí, me tomó desierta y temblorosa, y colmó de ceguera mi mirada. El vino no supo jugar, no quiso comprender la simple historia de una muchacha enamorada —tres años ya. Y ahora estoy muda y ciega, para decirle a mi amado…

Jamás volveré a beber. Pero ya no importa. Qué importancia puede tener.

Es la derrota absoluta. Sí. Y la solución es lo impensable. Una nació. Me

obsequiaron una vida, una sola, que debo romper —yo misma. El acto de romper mi vida se desenvuelve en distintas etapas, únicas e insustituibles. En cada una de ellas yo debo decir, mientras realizo la ceremonia destructora: Una vez, ¡no más!

No. El vino no supo jugar. Es curiosa la cantidad de miedo que puede sobrellevar una sola persona. De no ser el miedo, yo no habría bebido Es como perder el barco que me habría llevado a la isla dichosa, allí, donde hay una —una, nada más— posibilidad de vivir. Es como si el aire todo, colmado de cuchillos rabiosos hubiera formado un muro muy espeso, para impedirme ver al que yo amo. ¿Cómo resignarme ahora, cómo retomar a esta opresión y a este vivir horrendo, si sé que hubo una posibilidad para mí, y que yo no pude tenerla?, ¿cómo no arañarse, cómo no acuchillarse, cómo no reventar en gritos terribles? Si una vez, si tan sólo una vez me dijera que no fue verdad, que habrá otras circunstancias, otras oportunidades, si me dijera que aún hay un tiempo de risas y un tiempo de sueños para mí. No hay consuelo posible, ni solución alguna. Tal vez una flor en el aire o un pájaro en el pecho me anuncien un poema. Pero de solución o posibilidad de vivir, ya no se podrá hablar: el horizonte se ha suicidado.

Dolor. Dolor de ser. Dolor de amar y de no ser amada. Dolor de la noche acariciándome los cabellos. Dolor del mar. Dolor de que la vida pase sin detenerse en mi puerta. Dolor de hablar y que mis palabras queden adheridas al viento quien las dispersará por parajes inmemoriales. Dolor de ser y de no tener vocación para ser. Dolor de sobrellevar tanto amor y no poder dejarlo en parte alguna porque nadie quiere recibirlo. Dolor en el cielo y en la tierra. Duele ser, duele vivir, duele llorar o reír, duele castigar y castigarse, [*frase tachada*] de morir.

Purificarse para mirarlo a los ojos y decirle las únicas palabras por las que vivo.

Cantos como injurias. Esperanzas como cuchillos. Respiración como asfixia. Y un gran deseo de llorar hasta el juicio final.

Señor, ¿sabes tú algo de las sensaciones de pérdida irreparable? Una vez, no más. Esto es el fin. Y amar así, querer morir por alguien, amor hasta la aniquilación. Y sólo la soledad batiendo palmas en mi habitación sofocante. ¿Quién no tiene un pequeño amor, quién no da la mano a otro y lo mira con deseo? Tan sólo yo, envuelta en sensaciones viscosas, tan sólo yo bebiendo vino, tan sólo yo, que amo en vano. No hay elección posible. Ni esperanza alguna. Podré detallar los orígenes de mi sentimiento, podrán extirpármelo como si fuera un mal nauseabundo. Pero ahora, mañana y siempre digo que me muero de tanto amor, de tanto amor en vano. Así va la vida. Todo es un enorme llanto. Una brutal sinfonía de frustraciones.

Ya no hay lágrimas. Sólo una profunda vergüenza. Vergüenza de amar. Yo, un ser vencido y nauseabundo. Si por lo menos fuera menos horrible, tal vez algo alentara en mí, algo a modo de esperanza. Nada salvo gesticular y llorar a gritos. Nada salvo desgarrar mi carne enferma de miedo. Nada salvo enterrar mis sentimientos y [*frase inconclusa*]

Llorar o no. Llorar y pensar que pudo ser, que estaba allí, muy cercano.

Nada es salvo el llanto. El llanto y un gran deseo de hundirme, de desaparecer para siempre.

Lunes, 16 de diciembre

Es como si me hubieran amputado la sangre.

Alzarse en la noche con un puñal en la mano y devastar el país de los sueños. De aquellos sueños divorciados de la realidad.

Y sobre todo una gran vergüenza, no sólo de ser yo, sino, simplemente, de ser. Vergüenza de vivir o de morir. También estaré avergonzada cuando me muera. Seré una gran muerta inhibida.

¿Posibilidad de vivir? Sí, hay una. Es una hoja en blanco, es despeñarme sobre el papel, es salir fuera de mí misma y viajar en una hoja en blanco.

1958

Lunes, 20 de enero

Un encuentro sexual no compromete a nada. Sólo dos seres sedientos que se unen en el desierto para ir en busca de la calma.

Pero esto es independiente del hecho fundamental: el encuentro sexual no compromete a nada.

Profundo asombro. ¿Qué relación hay o puede haber entre ética y sexualidad? ¿Por qué «lo prohibido»? No puedo comprenderlo.

(Quiero nadar desnuda en tu sangre.)

Martes, 28 de enero

Respiración como asfixia. Esperanzas como cuchillos. Carencia. Mi vida se llama carencia. Necesaria o no, yo soy. Pero soy una carencia. Tú quisieras reírte del mundo, de un mundo como un equilibrista ebrio que te saluda desde muy arriba. Lo quisieras, tal vez. Pero no puedes negar lo esencial, es decir, que ya has renunciado, que no sólo has perdido, sino que jamás pudiste intentar la victoria porque de antemano te expulsaron del juego. Y ahora que lo sabes ya, puedes enloquecer o morir. Pero también puedes escribir poemas, no porque creas que con ellos te salvarás, sino por salvarlos a ellos, los prisioneros del aire, de tu aire. O aunque sólo fuera para que no digan que viajaste gratis por la vida. ¿Su tributo, mademoiselle Alejandra? Un poema, monsieur, un poema bello como la sonrisa del sol, de ese sol que no brilla para mí. Y esto es todo. También me queda el derecho a la blasfemia y al vicio. Protestar y amenazar. Pero ¡qué diablos! ¿Qué importancia pueden tener mis derechos? ¿Los he pedido? No, yo no quiero derechos. Quiero un poco de paz.

Viernes, 31 de enero

¿Es posible que hable así, como una piedra en el camino que se sabe echada allí hasta el fin de la eternidad? ¿Es posible que crea, con los niños, que la muerte es algo que les sucede a los demás pero no a mí? ¿Es posible que Dios continúe siendo el «buen señor» de la infancia, ese que ve en todas partes, para quien no existen puertas ni silencios? Así es, pero es increíble. Y no lo lamento por vergüenza sino con el dolor de alguien que se veda una gran parte de la realidad que le sería plenamente accesible a no ser por ese infame anhelo de persistir en una niñez que ya no tiene

razón de ser aunque sí estupidez y anacronismo.

Sábado, 1 de febrero

Todos los fracasos del mundo martillean en mis sienes.

Tanta tristeza. Pero hay sol. Pero hay un viento dulce. (El solo hecho de escribir esto demuestra que mi intento suicida es aparente. El anhelo de trascender persiste. Luego, vivo.)

La poesía no es artesanía ni nada tiene que ver con ella. Pero para trascender el lenguaje debo antes hacerlo mío. En verdad es un poco estúpido hablar de poesía: o se la hace o se la lee. Lo demás no tiene importancia. Aunque yo quisiera tener algunas pequeñas verdades literarias, me sentiría más segura de mí si las tuviera. Para comenzar, he aquí un enigma: ¿por qué me gusta leer la poesía luminosa, clara, y casi execro de la oscura, hermética, cuando yo participo —en mi quehacer poético— de ambas? ¿Y si fuera por no tomarme el trabajo de comprender los textos oscuros? Ello daría la explicación exacta de una manía de relacionarme con personas cuyos procesos interiores son más simples que los míos. O al menos, así parece. Pero, Alejandra, en el fondo de los fondos, ¿qué es claro y qué es oscuro?

Para la novela: el aprender a leer. Lady D.

Domingo, 2 de febrero

Soledad y silencio. He pensado en la felicidad de dedicarme enteramente a la literatura, sin otros cuidados sino escribir y estudiar. Es necesario recuperar el tiempo perdido. Sé que esta felicidad está a mi alcance y que no depende de mi voluntad, pues entonces ya no sería felicidad sino solamente trabajo. Sólo necesito creer con todo mi ser, creer obsesiva y lúcidamente. Y también olvidarme de todos. Pero sobre todo continuar sosteniéndome en la durísima tarea de no pensar en «el amor imposible», causa de todos mis males. Esto es lo más difícil. Y particularmente para mí, que no me llegan compensaciones externas que pudieran impulsarme a sustituir al objeto amado. Pero sé que mi única posibilidad de salvación consiste en aceptar con naturalidad esta carencia afectiva.

Mi única posibilidad de salvación, sí. Ahora comprendo absolutamente que jamás mi amor se verá correspondido, que hasta hoy me sustentaba alguna esperanza absurda e infantil, sin fundamento alguno en la realidad. Pero hoy, recordando el ayer, recobrando palabras y sucesos que dormían debajo de mi memoria he tomado conciencia de la futilidad de mi espera. Ahora bien, resta la locura o la muerte, porque yo comprendo que sólo por mi amor vivo, que sólo él me enlaza a la vida. Y

tal vez no quisiera que fuese así, si bien reconozco que a ello debo mis horas más intensas, más fecundas emocionalmente, las que no poco hicieron por mis poemas. A mi amor debo casi todos mis estados de exaltación. Pero también es útil saber que el hombre que los produjo es absolutamente «inocente» de mis procesos, que su actitud fue siempre pasiva, que, en suma, no tiene «culpa» alguna de lo que me acontece, así como el desierto no es culpable de los que mueren sedientos. De cualquier modo, comprendo que es necesario estrangular todo atisbo de esperanza y aceptar la idea de que jamás seré amada por la persona que he elegido. Podría agregar que no la he elegido sino que me ha sido impuesta, podría repetir los viejos argumentos científicos respecto de los orígenes de mi sentimiento amoroso. Pero es como en la poesía. Palabras, palabras… El amor es otra cosa. Y no me importa que maltraten el mío ni que lo castiguen con la indiferencia más extrema. Yo sé que es real, yo sé que existe y me duele más que mi vida, o igual, porque es mi vida. Lo mismo que la poesía. ¿En qué la desmedra el análisis o la disección? Está, y es lo único importante. Pero ahora, sobre materiales rotos y raídos, entre el caos y la angustia, trataré de reconstruirme. Sobre tanto dolor. Sobre tantas ganas de morir y de no sufrir más el peso de este amor, he de reconstruirme. Con humildad y silencio.

Este yacer anegada en mí misma, este no perderme jamás de vista —aun en la enajenación—, ¿a qué obedece? A que no encuentro nada que sea más interesante que yo. Sólo me entero de las cosas cuando me golpean. Así, gracias al silencio de Orestes, he pensado por vez primera en él. Cosa que jamás hice cuando deliraba de amor por mí. Esta manera de ser me hace perder y ganar. Perder en cuanto a que me encadena, me impide enfrentar el mundo, y más aún, me deja a merced del mundo. Pero, por otra parte, en el reverso del mundo, donde yo estoy, se ven muchas cosas vedadas para los otros. A propósito de mi incomunicación estuve pensando en la posibilidad de enloquecer, posibilidad que me aterroriza. Pero estoy demasiado cansada como para inquietarme «activamente». Pensándolo bien, ¿no será demasiado tarde para reconstruirme? ¿No habré perdido definitivamente?

6 de febrero

A veces me pregunto cómo hacen los otros para vivir, ellos que no aman con esta desesperación. Me es imposible pensarme viva sin la sangre colmada de su rostro. Pero, al mismo tiempo, confieso que admiro a los que se sustentan en otras cosas que en un amor desgarrado. En verdad, puede pensarse que los que poseen un buen fuego en la casa del corazón son ellos, que no yo. Y justamente yo, la desamparada, tengo que iniciarme en el aprendizaje de la soledad interna. Aprender a vivir sin este nombre que habita mi ser desde hace varios años. Aprender a vivir con fuerzas extraídas de mí misma, debido a mi propio esfuerzo, por obra y gracia de mis propios designios.

8 de febrero

Comenzó la lucha por el alba. Quiero estudiar, quiero recobrar mi adolescencia.

Noche

Es como si me hubiera tragado un muerto. Como si me hubiera forrado de cenizas la sangre. Como si la peste se hubiera enamorado de mi destino. Como si la palabra jamás huyera del mundo para venir a buscar amparo en mí. Tal es [*frase tachada*]

10 de febrero

No vivir, ahora que la vida me tiende vida, es extraño. Pero voy a confesar la verdad, la confesaré aunque me tenga que morir llorando, diré la verdad, que es ésta: yo no quiero vivir, yo quiero un interés obsesivo por dos cosas: los libros y mi poesía.

Miércoles, 12 febrero

No sé qué extraño proyecto tienen algunos de mis yos que están haciendo tentativas para desasirme absolutamente de la amistad y de la comunicación. Siento desde mi sangre que no quiero ver a nadie, ni conversar con nadie, y que nada me importa salvo el aprender a interesarme obsesivamente por la literatura. Yo sé que esto es locura. Yo sé que es un atentado a mi vida. Yo sé muy bien. Pero estoy ciega y muda para todo, como si tuviera algodón en las venas, como si me hubiera tragado nieve. No sé qué es pero el humor desapareció, el deseo de salir, trascenderme. Nada sino yo, este yo que muerde. Estoy cansada de mi yo. Ahora comprendo mi horrible, mi tenebroso amor a mi yo.

Viernes, 14 de febrero

Qué fácil callar, ser serena y objetiva con los seres que no me interesan verdaderamente, a cuyo amor o amistad no aspiro. Soy entonces calma, cautelosa, perfecta dueña de mí misma. Pero con los poquísimos seres que me interesan… Allí está la cuestión absurda: soy una convulsión, un grito, sangre aullando. De allí proviene mi imposibilidad absoluta para sustentar mi amistad con alguien mediante una comunicación profunda y armoniosa. Tanto me doy, me fatigo, me arrastro y me

desgasto que no veo el instante de «liberarme» de esa prisión tan querida. Y si no llega mi propio cansancio, llega el del otro, hastiado ya de tanta exaltación y presunta genialidad, y se va en busca de alguien que sea como soy yo con la gente que no me interesa.

Sábado, 15 de febrero

Y de pronto, un gran cansancio, no de la vida, mas de la muerte. Pero no hablo de la muerte absoluta, hablo de este lento naufragio cotidiano en las aguas del pasado. Estoy cansada de todo ese mundo de complejos y frustraciones en que nos sustentamos yo y la gente que me circunda. Es un no dar más, un gran deseo de respirar aire puro, de reír, de mirar con naturalidad las cosas y a mí misma. Hoy se me ha revelado, con una fugacidad y fuerza increíbles, la posibilidad de ser. Todo fue espontáneo, como si hubiera encendido un cigarrillo. Me sentí bien, como si me hubieran aflojado las cadenas, aquellas que ni recordaba, tan resignada a la desesperación estaba. No creo en la felicidad, sólo creo en la vida y en la muerte. Pero quiero despojarme de esta tensión, de tanta vigilancia. Estoy fatigada de todas esas historias edípicas, del odio espantoso de padres e hijos, estoy cansada de tanta interpretación sexual. Quiero vivir con naturalidad, limitarme, señalarme objetos posibles y luchar por ellos. Quiero liberarme del horror sin semejanzas de mi «amor imposible». Quiero, en suma, aprender muchas cosas, sobre todo, a escribir y a pensar. Cuento con una carencia casi absoluta de recursos internos, a pesar de tener dentro de mí un mundo tan vasto, pero es un mundo independiente de mí, divorciado de mi yo, sólo unido a mí en ciertos instantes únicos. Es extraño desconocerlo tanto, como si yo fuera la sede de esa otredad innombrable que firma con mi nombre. Nada me es tan ajeno como ella. Buscarla, señalarla, hacerla vibrar con mi sangre, apoderarme de sus raíces, he aquí mi necesidad.

La noche escupe campanas. Un recuerdo con alas se viste de tren. Humo y arena. Una guitarra negra se eleva desde una flor y sube al avión destinado al Gran Pájaro Muerto. Sones perforados por el viento bailan la danza de la muerte mientras las brujas crucifican a la esperanza. Una muchacha hierve de cólera contemplando a los muertos que se encerraron en un ascensor de vidrio para delimitar y reducir los sueños de los vivos. La muchacha incendia la noche mientras una luciérnaga se suicida con una espada de papel. Hay muchos nombres en la espesura. Hay mucho dolor montado en los árboles impasibles que esperan a la lluvia esta noche para cenar. La lluvia con sombrero verde desciende de un automóvil guiado por una mujer encinta que va a morir. La lluvia se abraza con el árbol más chico y pequeños arbolitos ascienden a la estrella más lejana. La mujer encinta va a morir: su vientre contiene palmas funerarias. Es una mujer previsora. Es un himno al odio preexistente

entre el mar y el arco iris, la canción y el fuego, el papel y ese señor de anteojos en forma de ratón blanco que quiere escalar el cerebro del mundo. La mujer va a morir y nadie le alcanza un vaso de buen vino.

Domingo, 16 de febrero

Nada. Pero no es la misma de siempre. Es, hoy, una nada henchida de presagios. Una resignación activa. Estuve pensando que nadie me piensa. Que estoy absolutamente sola. Que nadie, nadie siente mi rostro dentro de sí ni mi nombre correr por su sangre. Nadie actúa invocándome, nadie construye su vida incluyéndome. He pensado tanto en estas cosas. He pensado que puedo morir en cualquier instante y nadie amenazará a la muerte, nadie la injuriará por haberme arrastrado, nadie velará por mi nombre. He pensado en mi soledad absoluta, en mi destierro de toda conciencia que no sea la mía. He pensado que estoy sola y que me sustento sólo en mí para sobrellevar mi vida y mi muerte. Pensar que ningún ser me necesita, que ninguno me requiere para completar su vida.

Anoche hice fantasías sobre la inmortalidad. Me pensé destinada a no morir jamás. Me asusté mucho. No. Sólo la muerte da sentido a la vida. Esta verdad ha encarnado en mí. En suma, más que la angustia y la muerte, me preocupa mi carencia amorosa. Todo mi ser es un tenderse a…, temblorosa de amor, ávida de amar y amar. ¿Cómo no lo comprendí antes? ¿Cómo hube de pensar en mi futuro exilando el amor? Esta mano helada lacerando mi presente, esta espada pavorosa que anonada mis impulsos, esta sensación inocua de que todos mis actos son irrisorios como si se desarrollaran en un escenario de cenizas, todo esto, es mi carencia de amor. Ahora lo comprendo, ahora me han iluminado. Ahora sé que no basta desangrarme en la soledad de mi cuarto al amparo del «amor imposible». ¡Oh, y qué poca cosa es! Sí. He confundido literatura y vida. Me sedujo, por un instante, reencarnar a Mariana Alcoforado. Pero ella se desgarraba con razón, a posteriori. Ella vibró, estalló en el amor, en un amor real, concreto, correspondido. No como yo, que parto de la inmanencia, después de la cual sólo hay locura y muerte. Y nadie, nadie más que yo lo podría amar así. La única solución, si solución se la puede llamar, es la aceptación de la realidad. De la realidad toda. Entonces, muchas cosas cambiarán.

Profunda sensación del absurdo. Pensar en la vida en sus innombrables fatigas, en esta reconstrucción cotidiana que hacemos de nosotros. Si por lo menos hubiera una tregua, en la que el tiempo desapareciera —o en la que volviéramos a otro más nuestro—, una tregua o temporada de felicidad, a la manera de un obsequio que nos darían por el hecho de existir. Es increíble que la vida toda sea un concierto de angustias que desemboca en la muerte. No niego que todo esto me pone de buen humor, como si estuviera leyendo una excelente comedia.

Lunes

El sol. Siempre el sol hendiendo la mañana. Para mi voz y mi danza, un féretro a motor de lágrimas. Para mi trascendencia un test de la academia psicoanalítica. Para mi sed sagrada, un vestido nuevo, cigarrillos importados y un aire de bohemia que anuncia la roña de los hospicios. He aquí el único problema: entre mis deseos y mi realidad, un puente insalvable. De allí, esta nada.

Hoy no me importa nada. Hoy soy nada. He tomado absoluta conciencia de que no puedo vivir mi vida. No puedo vivir como un ser humano.

Miércoles

Lo único importante es perfeccionarme. Primera medida: evitar la engañosa vocación expandida. Si tuviera que desarrollar todas mis inclinaciones, necesitaría vivir siglos. Considerar que la más profunda y entrañable es la necesidad de escribir. Resta entonces dedicarle todos mis esfuerzos. (Esto es un cuaderno dedicado a edificar reglas morales, formas de vida; todo desde afuera. La única verdad es mi deseo de llorar, mi avidez de sueño y muerte.)

Jueves

No es posible dejarse vencer y aniquilar por dos fantasmas. Si fueran muchos, en fin… Pero dos fantasmas.

Recordar la paloma blanca que devora a una muchacha. El gourmet que la devora; le corta los pechos, mana sangre, él coloca, en sendos agujeros, dos ramos de violetas. La cabeza cortada canta: «Los hombres no son felices y después mueren».

Sábado

Sólo arena y niebla.

Imposible la libertad en la irrealidad. ¿Cómo vencer mi manía de la idealización? ¿Cómo cortar el cordón umbilical? ¿Y para cuándo la aceptación de la adultez? ¿Cómo trascender si me vienen unas ganas irreprimibles de ser una niña muy pequeña, sin pensamientos, sin actos, una niña que llora mucho y pide amor? Una mano, unos labios, una caricia… Todo levísimo, con espuma, con alas. He aquí lo único que me *interesa*. Lo demás, es interés forzado. Obligación. De allí mi imposibilidad de comunicación con los otros. Ando en busca de esa mano, de esos

labios… Y no es posible encontrarlos. Y aunque los encontrara nada sería posible, porque me da horrenda vergüenza sentir esto que siento mientras el espejo certifica una muchacha de veintiún años, devorada por la irrealidad.

He meditado en la posibilidad de enloquecer. Ello sucederá cuando deje de escribir. Cuando la literatura no me interese más. De cualquier modo, me es indiferente enloquecer o no, morirme o no. El mundo es horrible, y mi vida no tiene, por ahora, ningún sentido. (No obstante, creo que nadie ama la vida más que yo. Sólo que entre mis sueños y mi acción pasa un puente insalvable. He aquí la causa de que yo deba desangrarme como un animal enfermo, detrás de la vida.)

Música infinita con velo blanco sale del bolsillo del mediodía. Los actos bailan la ronda del absurdo y esa necesidad pavorosa de ser secuestra a una muchacha de cabellera silenciosa que quisiera encenderse y estallar en un segundo como un fuego fatuo. Los sueños se sientan arriba del mundo. Hay un no dar más, manos negras clavando estatuas en las sonrisas de los muertos. [*tachado*] se suicida y un niño abre las puertas del cielo y pregunta por qué. Vuelan trenes. Los pájaros se colocan monturas y huyen a la llanura a buscar a la mujer loca que acaba de robar el fuego. Él le corta los pechos, él se la devora mientras un pueblo de hombres-plantas llora en las orillas del Swanee River. Él escupe los huesos de la muchacha. Campanas tocan a la muerte. El sepulturero del cielo se arrodilla frente a mi retrato y pide perdón. Perdón por el puente insalvable entre el deseo y la palabra. Perdón. Y nadie, nadie más que yo comprende la soledad de las flores. Luces intermitentes caminan en la espesura mientras el código de las sombras augura la soledad absoluta. Pero el portero en llamas luce la insignia de la muerte porque la jaula ha heredado —también ella— la vocación del perdón. Aunque te revuelques en las cenizas, el florero dará siempre la hora del dolor. Y el reloj que da las horas al revés ríe suicidándose en una mano invisible. No está bien ofender al tiempo, al viento. Ni a las anchas noches de luna cuando las alamedas tienen los ojos pesados de llanto y un mago celeste —el brujo de la tregua de los muertos— se acerca a la condenada irremisible y le pide perdón en nombre del mundo. Toda esta escena debe dar la impresión del infierno más puro. Pero una familia de golondrinas se desnuda en Mar del Plata. Se beben todo el mar. También yo beberé el mar. Cuando estalle el puente que corre entre mi deseo y mi palabra. Viento, tiempo, mi sangre, [*frase tachada*] de una luciérnaga que roe la distancia de la vida y la muerte. No quiero ser. Y la casa de mi sangre se desmorona —¡qué cosa!—. Cálida dulzura la del verano verde y su trémulo cortejo de golondrinas ahogadas. ¡Soy yo! ¡Soy yo!

No llamar a dios. Aun cuando las flores desgarren mi pasado con su perfume a sueño frustrado. No invocarlo. Ésta es la prueba suprema. Esto consiste en tenerse la sangre, apretarse los gritos, reventar en las propias venas, pero callar. Así te amaré, dijo la bruja escupiendo sus últimos dientes. Pero ¿qué mágica lejanía luce en el pecho de la noche? ¿Qué corola de hierro se ha comprado mi flor? ¿Qué niño imbécil me encendió el fuego, quién transformó la vida en un vaso de agua inalcanzable? Y

todo fluye como lava del infierno. Todo se hace cuerpo. La luz tiene piernas, la noche testículos, la luna brilla con sus muslos de gitana encinta.

Llorar, arrancar ríos de mis ojos. Secuestrar todas las lágrimas y guardármelas. Llorar, es necesario hundirse en un rincón y llorar muchos años. [*Tachado*] ¿no me darías? [*tachado*] Aunque yo corra en llamas y mendigue amor de puerta en puerta, ¿no llorarías para mí? No invocarlo, no invocarlo. Morderse los dientes, comerse la voz, pero callar, callar como las piedras cuando meditan en la muerte, callar como los árboles cuando se enferman de pájaros. Llorar, callar. He aquí [*tachado*], el único posible. Porque no se acepta la vida. No se la acepta. [*tachado*], pero aquí no se acepta la vida. Oh, y cómo ruge la sangre, cómo se puebla de tigres este corazón viajero, cómo se sacude el polvo en mis ojos, cómo me bendice la ceniza. Y todo está [*tachado*]. Y todo se reduce a un silencio.

El viento desgarra la noche. Tanto llanto, tanta ausencia, tanta desazón. Esto es la vida. (Ponerse la mano en el cuello. Se obtienen visiones extrañas.)

La pequeña agoniza en su lecho de clavos. La fuente ha cesado de manar. La pared ruge prisiones. Extraño escribir aún cuando la única bebida posible es el mar. Un mar envenenado por la saliva de peces enamorados. Calla, viento. Calla, noche. ¡Arder! ¡Arder en un milímetro de la noche! Ser eterna un segundo, existir un instante. Sentirse dios.

Martes

Si no obtengo recursos de mí misma, ¿de qué vale todo? Es como si tuviera un desierto detrás de mi pecho, es como si me hubiera tragado una loca incendiada que corre por mi sangre dando alaridos, es como si fuera una fuga. Yo no quiero ser una fuga, yo no quiero que me pongan agujas en la sangre. Quiero vivir y ser yo. (¿No estaré luchando con la locura?)

El examen del sábado es el causante de mi estado actual.

Miércoles

No dudo que las estrellas malas devoren a las estrellas buenas, que las flores gordas devoren a las flores flacas, que el desierto de cenizas devore al desierto en llamas. No dudo de nada. Sólo una tregua, sólo una tregua. Y entonces creeré en todo, aun en mí misma.

«Quiero ser lo que ya soy», dijo.

Mi sombra,
mi nombre,

mi carencia.
Todo se reduce
a un sol muerto.
Todo es el mundo
y la soledad
como dos animales muertos
tendidos en el desierto.

Tus deseos, tu mano negra hambrienta de realidad, tu manía de alabar al mundo muerto, tu ausencia de nombre, tu vigilia atroz, tu descenso en las escaleras de tu conciencia, tu hábito malsano de morirte cada día, ¿qué es?

Ah vivre livre [sic] *ou mourir*[6].

¿Quién no cree en esto o en aquello? ¿Quién no se desangra en la lucha? ¿Quién no llora pensando en el mar? ¿Quién no duerme en un lecho de amapolas? ¿Quién no tiene un sueño de colores posible de tocar? ¿Quién no posee un silencio, un tiempo, una música? ¿Quién no baila su propio ritmo? ¿Quién no tiene un sexo para alegrarse, una palabra en que sentarse, una manía para tener vergüenza? ¿Quién no tiene vergüenza de ser? ¿Quién no está enojado con la muerte?

Yo.

Pero cuando vea al mar. Cuando contemple sus extrañas olas que danzan y arrojan espuma. Yo veré el mar. Un verde infinito perfumará mis ojos. El mar. El mar y su tiempo preñado de pequeños tiempos, y su canto caído del infierno, su humilde reconciliación de tierra y cielo. *Mon Dieu…* Y cómo me desnudarán las aguas, y cómo me acariciarán. El mar. El mar o la salvación. El mar y su retorno a sí mismo, a un sí mismo que no es mar, que no es nada.

Una vez viene la mano del mar.
Otra vez huye la mano del mar.

Viernes, 28 de febrero

Bajo el trono de la luna.
Amarilla es la tierra.

Sábado, 29

Conflictos sexuales. No vivo el sexo como un problema. Sólo advierto que soy una niña, no una mujer. No tengo conciencia del bien ni del mal. Lo mismo que entonces, cuando era muy niña y me excitaba pensando en dios. Quisiera ser menos

inocente.

Respiración como asfixia. Libertad, única libertad terrestre. Quiero el sol, el mar. Quiero lo imposible.

No puedo creer que esto es la vida. (Ella espera a la vida.) ¿Y el amor? El amor con espumas, con alas, ese amor como un arco iris, como una música soñada por el viento, ¿dónde, Alejandra, el amor?, ¿dónde la vida, la verdadera vida?

El asunto fue así: los monstruos de madera bailaban la ronda del amor. Yo, en el centro, no podía salir. Gritaba: *Ah vivre livre* [*sic*] *ou mourir!* En esos instantes un pie gigantesco me trizaba y me convertía en una tortuga azul que exhalaba luces blancas. ¿Y para cuándo la vida?, preguntó una muchacha.

No hay duda. Estamos heridos. El signo de la carencia. Soy —somos— carencia.

Quisiera dormirme y no despertar jamás.

Aprender a desinteresarme. Algo llora dentro, hay algo que llora dentro aun cuando lo real sonría. Hay algo, absolutamente huérfano, que llora, algo viejo y aún no nacido, anterior a la eternidad, posterior al juicio final.

He releído todo lo escrito hasta hoy. Me exaspera el abuso de las grandes palabras: vida, muerte, eternidad. Debiera resignarme, debiera aceptar, alabar. Si por lo menos tuviera un deseo —siquiera uno— posible de concretar. Pero ¿cómo apoderarme del sol?, ¿cómo obligar al amor?, ¿cómo [*tachado*]?, ¿cómo colmar esta carencia de infinito? Nada es en mí, nada me interesa sino ver el mar, ser besada por el viento… ¡Oh sí! El viento y el mar como un cuchillo feroz devasta mi cordura. Yo no sé nada. Yo no quiero nada sino que no me asfixien, que no me peguen tanto. Todo sería muy sencillo si yo pudiera creer en algo real, posible de obtener. ¿Debo pensar, entonces, que soy una nada? (Simone de Beauvoir y [*tachado*]: Quieren ser todo y por eso son nada.) Y aunque así fuese, ¿qué me da a mí?

La noche. Es ella, detrás de los cristales. La infancia muerta esboza un saludo. La Madre Universal. Ella gime detrás de mi sangre. Disolverme en el humo de mi cigarrillo. (Si por lo menos fuera puta —dijo la muchacha.) Pienso en el mar. En las olas fosforescentes. En mi miedo la noche aquella cuando los caballos silbaban en la alameda y dentro de mí un ser crecía hasta hacerme reventar de existencia. Y yo me dejaba seducir por las aguas. Las aguas rodeaban mi cuerpo desnudo. Y era en una noche carente de luna, enferma de nubes. Y fue una noche de banderas que aleteaban para festejar a la muchacha enamorada del mar. Y yo era inocente. Y el mundo fue en mi sangre.

Pero ¿qué?…

Domingo [marzo]

Me disuelvo en la irrealidad.

He vislumbrado. He visto. Fue una luz negra detrás del vidrio. Auguró

posibilidades de vida.

Mediodía. Llamé al viento atroz. Es la soledad absoluta. Y tú lo sabes, Alejandra. Puedes enloquecer o morirte. Y las tibias noches de abril. Recuerdo un candelabro de siete brazos. Y la mujer de negro —madame Lamort— cargada de oro. Todos reían. Era la fiesta sabática. Un rabino quemado por una mano invisible aullaba al viento. Y la mujer de negro tenía un miedo atroz, un miedo grande como el mar. No sé qué sucedió después pero algunas flores despertaron bruscamente y comenzaron a bailar. Una de ellas quería desnudarse. Después hay una fábula. Angustias. Muerte. Yo dije la fábula, yo quise desnudarme, yo me vestí de negro. Y no he sido.

Pronto veré el mar. Ni dios ni el amor, sino el mar. El mar, única esperanza.

El viento como un loco en llamas estrangulando árboles. La quietud de la tarde se abraza a mi nada. El viento suspira debido a un orgasmo que le sobrevino mientras besaba al árbol. La canción de la infancia duerme en una isla del Pacífico preñada de melodías que hacen morir de dolor a los dioses de la sangre. Todo calla. Como si el mundo fuera el infierno. ¿Sabe el mundo que el infierno es él mismo? Ni las arenas sospechan que la sed del mar es otra cosa que sed. Nada es sino la sed. La sed o la carencia. Pero se me caen los deseos, se me caen las ansias y la infancia. Un poco de tregua, por favor. Mas no… Han invadido la casa de la sangre. Yo no comprendo nada. Me deliro. Me desplumo. ¿Estará bien conducirse así o no será mejor darle la razón a la muerte? Una muchacha huye bajo la sonrisa de la luna, corre, corre, no hay tiempo que perder. La tumba espera.

La cuestión es así.

Je me enmerderai toujours [sic].

Irme.

Ha sucedido algo extraño y nuevo. Fue un silencio. Luego la sensación insostenible de que guardo un desierto de cenizas. Pero apareció una luz, un relámpago, algo más profundo que mi subconsciente, algo anterior a mi vida. Y escuché una voz que dijo así: «Aquel que quiera salvar su vida la perderá, pero el que quiera darla, la volverá, en verdad, viva». Jamás he comprendido como hoy. Todo esto es de una seriedad indefinible. Es como si me hubieran surgido alas.

Cada objeto vive, ahora. Todo tiene perfume, color, presencia.

Lunes, 3 de marzo

Abandonaré al objeto amado. Dejaré la obsesión. Necesito toda la valentía del mundo. (Es la primera vez, después de muchos años, que menciono esta palabra: «valentía».)

Miércoles, 4 de marzo

La mala fe continúa. Me siento desarraigada del mundo como jamás lo estuve. Pero esta vez mi exilio es beneficioso. Intento establecer una comunicación entre lo que vive en mí sin ser mío y este yo que está escribiendo ahora. En suma, quebrantar el puente que separa el sueño de la acción. He pensado en dios y en la muerte. Hoy sentí lo misterioso con una intensidad maravillosa. Me pregunto por el origen de la noción del mal, de la culpa. Surgió en relación a Nerval. (Y qué familiar, qué cercana me es la carencia de Nerval, su herida, su persecución de sombras, de fuego.)

Sábado, 8 de marzo

El amor imposible es tan imposible como yo pensaba. Más aún: es absolutamente imposible. Cuando el cielo baje a la tierra, cuando los tigres reciten a William Blake, cuando 2+2 sean 5, cuando los hombres sean felices, aun entonces el amor imposible persistirá en la imposibilidad. ¿Debo confiar en un encuentro posterior a la vida, en una cita eterna de nuestras almas? Aun cuando creyera en ello, su alma no querrá encontrarse con la mía sino con otra, con otra elegida.

Ahora bien: yo lo olvidaré. Quiero ser libre, aunque me vuelva loca, aunque sufra como nadie, seré libre. Prefiero una libertad árida, empobrecida antes que esta adoración carente de sentido, irreconciliable con la realidad. Cuando uno no quiere amar no ama. Y yo no quiero amar así.

Viernes, 21 de marzo

He visto el mar, un mar que no se cansa de sí mismo, un mar que jamás se hastía de retornar siempre a sí mismo.

Estoy enajenada. También un poco asustada de todo y de mí misma, de mi soledad, de mi desamparo.

He descubierto mi imposibilidad de comunicación con la gente. Pero no. Exagero. Sucede que me es imposible acceder a la realidad doméstica. No sé hablar más que de la vida, de la poesía y de la muerte. Todo lo demás me inhibe, o, lo que es lo mismo, es objeto de mi humor. (Mi humor: el gran encubridor.)

Otra cosa: he aceptado vivir.

18 de abril

He abandonado el análisis. Curioso ahora encontrarme, saludarme, decirme cómo estás tú, Alejandra, mirarme sonriendo, tal vez un poco orgullosa de mí, como si yo fuese mi hija —¿y por qué no he de ser mi hija si mi infancia y mi adultez están escindidas?—. Pero qué culpa, qué miedo, qué inhibición, qué terror, hay en tus ojos, hija mía.

Soy libre. Quiero serlo, que es lo mismo.

20 de abril

Suceso sexual con [*tachado*]. Frustrado a causa de mi cansancio, de mi indiferencia. La realización sexual me parece posible en la soledad de mi cuarto, pero llegado el instante de concretarlo en la realidad, el deseo muere asfixiado y sólo queda una gran fatiga y un desolado e inoportuno dominio de mí misma.

Leo el diario de Julien Green. Me recuerda al de Katherine Mansfield en su insistente y agónica lucha contra el ocio del escritor. Ese miedo de morir sin haber escrito *le livre*. Hallo en este diario carencia. No obstante, me impulsa no sólo a continuar escribiendo el mío sino a escribir más poemas y más prosas. Debiera comenzar mi novela. Pero me asusta mi inexperiencia literaria. Mas ¿cómo adquirirla si no la comienzo? Y necesito recuperar mi infancia, urge detenerla, desenterrarla de su pantano de miedos. Pero pensándolo bien ¿he tenido yo una infancia? No, creo que no. No tengo un solo recuerdo de ella que me permita la más mínima nostalgia. No tengo ni un recuerdo bueno de mi niñez.

21 de abril

He pensado en la novela. No la comenzaré con mi infancia. El solo hecho de recordarla [me] cubre de cenizas la sangre. Sólo algunas angustias, algunos sucesos lamentables, sobre todo lamentablemente sexuales.

No confundir la irrealidad poética con la irrealidad neurótica. A propósito de los ensueños edípicos: ¿qué hacer si se ha carecido de padres? Trascenderlo de alguna manera. Lo esencial es comprender que ya no soy una niña sino una mujer, sino y sobre todo una mujer. *Rien qu'une femme dans le silence de la solitude*.

Descubro mi violento amor propio. Mi susceptibilidad ante la menor desatención de la gente para conmigo es tan enorme que me transformo en una muerta. De allí que alguien habló de mi serenidad y de la falta de obsesión en mi comunicación con los otros. La verdad no es así: toda prueba de amistad o de adhesión a mí es tan desfalleciente en relación a lo que pretendo que no puedo hacer otra cosa que entrar en un silencio vestido de dignidad pero palpitante de desilusión y de congoja infantil.

No puedo aceptar otra realidad que la del arte. Este mundo es horrible. Pero pienso que la medida de cada uno la da el empleo que se hace de la propia soledad y de la angustia. Más que «valentía» hay que decir «inocencia».

«Aún hay dichas, terribles dichas a conquistar bajo la luz terrestre.»[7]

Ello no impide mi anhelo de muerte, de dormir, al fin, y no despertar jamás.

Martes, 22 de abril

Pienso en el análisis. Tal vez lo necesite aún pero no siento el menor deseo de continuarlo. Lo que me inquieta es mi ocio, mi no hacer nada. Me paso los días obsesionada por este viento frío que me penetra, este mensajero de mi soledad, este castigador innominable. Debiera leer mucho pero mi pensamiento está congelado, pasmado ante tanta angustia, tanta sensación de muerte. Creo que debería trabajar, tener un empleo. Sería una manera de intentar la adultez, si bien no deja de ser externa. Pero necesito trabajar y probarme.

Sábado, 26 de abril

El aplazamiento: he aquí el título de mi situación actual. No concibo el tiempo móvil, fluyente, que me importe, que se relacione conmigo. No tomo conciencia de mi temporalidad. Siento, por el contrario, que tengo una reserva de tiempo sobrante, de tiempo gratuito, innecesario. Creo que ello se debe a que no *creo aún* en la muerte como algo que me pueda suceder.

La relectura, en mí, más que derivada del placer que me pudiera proporcionar el libro que releo, es una suerte de primera lectura. La verdad es que los libros desconocidos me atemorizan. Necesito penetrarlos sigilosamente. Y en la primera lectura, mi inhibición es tal que me impide cualquier comunicación profunda con el texto. Estas dificultades son mayores con los poemas. No creo exagerar si relaciono todo esto con mi casi imposibilidad de amar. Es más aún: hay miedo de entregarme a *otra* conciencia, no porque ello signifique enajenarme sino porque exige responsabilidad. De cualquier modo, las relaciones con las otras personas o con los otros autores son mucho más difíciles de lo que se cree. Casi diría que la vida es muy breve para comprender perfectamente o absolutamente un solo libro.

Llegó la angustia. No se puede hacer nada sino dejar que el cuchillo se hunda cada vez más, cada vez más, y que una mano invisible me impida respirar. No hay defensa posible. Todo pierde su nombre, todo se viste de miedo. Aun el pensar en la poesía como posible salvadora me parece falso, neurótico.

Lunes, 28 de abril

Y no es que se nos haya dicho que vivamos porque estamos vivos y lo natural sea vivir. No, la verdad es otra. La verdad es que en un principio no nos dijeron nada sino que nos hicieron creer o forjarnos la ilusión de haber escuchado algo. De allí que al final de todo ellos se rían cuando una muchacha exclama: Señor, tú dijiste. Y ellos, que nos hicieron creer que son los emisarios del Señor, ríen hasta estallar en burbujas. Porque ellos no son y el Señor no es. Y todo fue un horrible malentendido, sin inocentes, sin culpables.

Pierdo los días, la vida, el sueño. Pero yo no tengo la culpa si deseo, a la vez, la muerte y la vida, al mismo tiempo, a la misma hora. Nada podré hacer si no me impongo un método de trabajo. Y en primer lugar, un método de aprendizaje literario. Si yo tuviera el lenguaje en mi poder escribiría día y noche, pues es lo que más deseo. Pero ya es obsesiva mi desconfianza en el manejo del idioma. Y la novela se convierte en utopía. Cómo estudiar, y trabajar, y leer, y escribir. Y lo quiero todo al mismo tiempo. Y también embriagarme, y ver amigos y angustiarme, y asistir a todos los [*tachado*]. Pero sobre todo angustiarme y querer morir porque quisiera ser todo y sólo soy nada. (¿Qué significa mi abuso de la conjunción *y*? ¿Qué si no prolongar hasta el infinito cuestiones que es necesario resolver ahora y aquí?)

No es esto todo: también quiero leer filosofía y ocultismo. También quiero pintar y aprender inglés y alemán, historia del arte e historia de las civilizaciones americanas. Y no pienso poco en la posibilidad de un viaje.

En suma, frustración de frustraciones.

Martes, 29 de abril

Continúo sin hacer nada. Pronto sucederá no lo temido, sino lo ansiado, sino sobre todo lo ansiado.

Sueño con el aislamiento. Yo sola, cerca del mar. Sola. Absolutamente sola. Ésta es mi imagen de la felicidad.

Miércoles, 30 de abril

Fiestas de J. Goytisolo. Un algo de Faulkner. Pareciera que con una linterna enfocara diversos personajes —a los que presenta plenamente, en calidad de primeras figuras— para luego reunirlos y que juntos continúen la trama. Me recuerda al cine neorrealista. A medida que leo esta novela descubro que jamás podré obtener la poesía de la acción, como hace J. G. Es más: no puedo describir una acción

continuada, que se deslice naturalmente. ¡Ah! Es que mi fluir interno no transcurre así, mejor dicho, no transcurre en absoluto. La única poesía que puedo concretar es la expresión de mi suceder anímico, sucesión que responde a un tiempo carente de pasado, de presente y de futuro, o la descripción de mis fantasías —descripción fantástica, onírica, infantil y mística, pero que en mí funciona como razón, entendimiento y pensamiento—. De allí que la idea de hacer una novela al estilo «ortodoxo» es decir, narrando, significa elegir lo que es más opuesto a mi naturaleza. (Gide, diario de Du Bos.)

En cuanto al diario de Du Bos, lo que más me interesa es su forma de leer los libros y su afán de penetrarlos hasta el infinito. Pienso, ahora, que yo y todos los que leen como yo, los infinitamente alejados de la riqueza crítica de Du Bos, no leemos sino que pasamos la mirada por las páginas. No obstante, intuyo algo en Du Bos que no deja de fastidiarme: una suerte de impotencia creadora más una gran desconfianza en sí mismo. Por otra parte, me impresiona como un viento frío que esas anotaciones sobre algunas cosas de arte constituyan un «diario». La razón debe estar en el hecho de que no se puede o es casi imposible escribir un «diario» con la intención, a priori, de publicarlo.

Hoy he leído todo el día. Algunos poemas de Cernuda halagaron mi tristeza. Extraña es la poesía. Cada día me sorprende más. Y no es que quiera interpretarla o deslindarla, no, me siento bien en mi asombro ante ella. Mi dificultad reside en reconocer como «poemas» una cantidad de obras así llamadas. Aun Cernuda, que comienza a gustarme bastante, me suscita dudas. En el libro *Las nubes*, que es el que estoy leyendo, pareciera que lo poético no fuera un salto de dentro hacia afuera sino al revés. Por ejemplo, el poeta mira la luna, la ve eterna en su «virginal belleza», y la describe en el poema como la observadora inmortal bajo cuya mirada los hombres efímeros nacen y mueren. (Algunas imágenes apelan a la historia.) Ahora bien: todo esto es tarea externa. Sé que estoy errada pero prefiero que cada uno escriba sobre su propia luna, sobre su noche. O que se introduzca dentro de la luna (Trakl, Rilke). En suma: que no se describa la realidad visible sin haberla transmutado antes, o sustituido, o hecho caso omiso de ella.

1 de mayo

Mis lecturas tan lentas. El día despacioso en el que yací muchas horas, vacía, como una muerta con alas. No ha sido muy desdichado, pero he descubierto que cuando no estoy angustiada, no soy. Es como si la vida se me anunciara a golpes y no de ninguna otra manera. Si no fuera por el dolor mi mundo interior equivaldría al de cualquier muchacha de esas que bostezan en los colectivos, a la mañana, ataviadas para sus empleos en oficinas. Con todo derecho yo puedo hablar del «dolor de estar viva».

No escribo poemas. Tengo miedo. Sé que debo esperar, sé que me aguarda un gran poema. ¿Sabré reconocer el instante sagrado? Sí, cerraré los ojos y me dejaré guiar por «la dama del sendero hacia nunca».

Me fastidia un poco el diario de Du Bos, pero por motivos independientes de él, es decir, porque habla de autores que conozco sólo de nombre. ¿Qué sentido tiene leer interpretaciones sobre sus obras? Y hablando de leer, he llorado recordando los libros que leí en mi infancia y adolescencia. Jamás podré recobrar u olvidar esos millares de tardes y de noches empleadas en lecturas desagradables, decadentes, con vocación destructora, lecturas que el último ser humano desecharía. Pero seguramente exagero, exagero porque jamás nadie me ha llevado de la mano a sitio alguno. Ni cultura, ni religión, ni moral fueron moradas a las que me condujeron. Hasta sospecho que las eludieron deliberadamente con el fin de arrastrarme con violencia criminal a esa horrenda zona vegetativa habitada por una especie nociva: los pequeños burgueses. Pero no puedo quejarme. Tal vez la vida, en su sabiduría, recordó mi vocación de llanto, recordó la estrecha relación angustia-vida que existe en mí.

9 de mayo

Horrendas angustias: necesito trabajar. No puedo encontrar un empleo. Se confirma aquello de que «usted actúa con muchas dificultades en el mundo externo».

Aspiración al orden, al método, al aprendizaje infatigable.

Estoy leyendo *Forma y poesía moderna* de H. Read. Sucede lo de Du Bos: detesto leer ensayos sobre autores que no conozco. Por otra parte, Read divaga, pasea por el tema de la poesía. A diferencia de Du Bos, se siente tan seguro de su intuición y conocimiento respecto de la materia, que se olvida del lector, de la poesía y del ensayo que está escribiendo. Se sienta en un sillón, con un vaso de scotch en la mano y habla. Habla pero no crea ni informa ni sistematiza. Los ensayos sobre poesía debieran elegir dos caminos: la información objetiva histórica o la creación que parte de la palabra poética para llegar a su esencia, a la que tiene de más entrañable (Heidegger, Pfeiffer, etc.).

Los poemas de Milosz. Apenas empiezo a abrazarlos. Un gran poeta. Un poeta de los que envían ángeles cuando la noche se viste de amenazas y el futuro es un bostezo negro, y el presente no existe.

También he comenzado la relectura de *Los hermanos Karamazov*. Desde ya estoy prevenida en contra del desaforado estilo del traductor: R. Cansinos Assens. Esto de las traducciones no me es indiferente. Por ello es que ya no leo la Biblia. ¿Qué diablos sucede conmigo?

Anotar todas las impresiones literarias. Aun las más obvias, aun aquellas que me avergüencen. Es la única manera de aprender y tomar conciencia de lo que leo y de

mí misma.

Debo releer a Kafka, Joyce, Gide y Proust. *12 de mayo*

Enajenación absoluta. Como si me hubiera ido de vacaciones dejando a mi cuerpo abandonado, o mejor, como si mi cuerpo se erigiera en único dueño de mí misma. No obstante, no quiero morir. Quiero continuar viviendo y mintiendo.

Todo lo verdadero se realiza cuando yo no miro, o cuando me doy vuelta.

14 de mayo

No adherirme a otras conciencias. No exigir amor. Comprender que, en mí, lo natural es el desamor. Y que si deseo cuidados para mis angustias, debo pagarlos con dinero. Pero espontáneamente, amorosamente, desinteresadamente, jamás los habrá.

Destrucción de destrucciones. Me destruyo y destruyo. Recordar lo de Dostoievski: es más *fácil* dar la vida en un acto que consumirse cinco o seis años en un estudio árido que aumentaría mis posibilidades de vida. De todos modos, necesito una temporada de silencio. Nada de orgías ni de comunicación social.

Sólo reacciono ante lo horrible.

16 de mayo

Insomnios dedicados a la infancia tan lejana. Infancia lamentable, rota, como una buhardilla llena de ratones y de carbón inútil. He intentado rescatar un solo recuerdo hermoso pero no lo he conseguido. Todo lo contrario: a medida que me alejo en el tiempo me veo más desdichada, en dificultades con la gente, hastiada, «niña falsa y enferma de los suburbios tenebrosos»[8]. Ahora me pregunto cómo logré sobrevivir, cómo no me aniquilaron absolutamente.

Una solución para desagraviar a mi infancia sería señalar a mis padres como únicos culpables. Pero me hastía la lucha familiar.

Y ahora tengo que empezar de nuevo. Como si aún no hubiera nacido.

De todos modos, advierto que tengo demasiada confusión, no puedo asimilar todas mis experiencias y sensaciones. Son excesivas. Y yo soy tan lenta, y ellas giran, ellas giran y me asfixian como si se bebiera una botella de vino ininterrumpidamente, sin tomarse el tiempo necesario para respirar.

Del diario de Du Bos respecto de una definición de Dostoievski: «un ser que durante toda su vida no vive, sino que no cesa de imaginarse a sí mismo». He aquí Alejandra.

Lunes, 20

Confusión de sentimientos. Reunión en lo de J., el sábado a la noche. E. agresiva conmigo. ¿Por qué? ¿Cómo? ¿Cuándo? Los otros constituyen una realidad demasiado vasta que no puedo abrazar. Me da miedo, espanto, cólera. ¿Y cómo proceder? ¿Por el amor? ¿Y a quién amar si me odio? ¿O a quién odiar si me amo? Y no puedo ser indiferente.

Nada de quejas. Estudiar lo acontecido. Salir de esta confusión. Indudablemente, me siento horriblemente desdichada, inmersa en realidades irreconciliables. No es solamente mi no hacer nada. Es, también, mi espera del milagro salvador. Espero, espero humildemente. Lo esencial es recordar que yo sé muchas cosas, más de las que creo.

No vi nacer una flor. No sé nada de flores.

Lunes, 27

Indudablemente el mundo externo es una amenaza.

Miércoles, 4 [9]

Es evidente que no vivo. Hoy estoy dividida entre un deseo de destrucción y otro de construcción. El primero es más fuerte. Siento que no vivo y, entonces —¡oh entonces!— quiero darme contra las paredes, aullar, detener a la gente, insultarla. Por otra parte, imposible pensar: todo objeto de pensamiento es muy relativo, extremadamente móvil. Siento que voy a enloquecer. Tanto miedo, tanta impotencia, tanta ira hay en mí…

9 de julio

Dificultad en las relaciones humanas.

29 de julio

Vuelvo a escribir. Horrible confusión. Todo da vueltas. Me he propuesto finalizar este año habiendo logrado tres cosas: un libro publicado; un empleo y haber rendido las materias de segundo año en la facultad. Esto en cuanto a cosas externas. Pero las

espero, las espero como si faltaran siglos y no hay más que unos pocos meses.

SUEÑOS

Ella corre por un corredor interminable. Los cuchillos la persiguen. Risas viejas retumban en sus oídos.

Un escenario. Se abre el telón y baja un falo como la columna de una catedral. En lo alto se divisan los testículos. Ella aparece bailando, vestida como una plañidera medieval española, y se abraza al falo. Los testículos se abren como la boca de una grúa y dejan caer cabezas de indios, de rabinos, de mongoles, de pequeños dioses. Ella se abraza más fuerte, hasta que el falo se sacude y lanza una serpiente que la enrosca.

8 de octubre

Sólo existo en el sufrimiento. De lo contrario, hay una ausencia. Pero pregunto yo: ¿mi ausencia de la realidad es voluntaria? No. Lo que sucede es esto: un estado infantil de frustración continua, un anhelar algo y sentirme culpable del anhelo, un deseo de amor pero también una oscura complacencia de no ser amada. Como si mi soledad amorosa fuera la justificación de una tesis que yo sostuviera, tesis respecto de la imposibilidad de la dicha, o cualquier otra cosa. Masoquismo.

Estoy leyendo *El ocultismo* de Amadou. Me molesta descubrirme tan sin fe. Pero ¿no soy yo quien se cree capaz de hacer llover, de quitar existencia a la muerte, de manejar el mundo como si fuera una bicicleta? ¿Qué pasa entonces? Sucede que me estoy transformando en una horrible intelectual —que siente a través de [*tachado*]. Y ello se debe a mi estatismo interno.

8 de noviembre

El visionario, de J. Green: la lentitud, la maravillosa lentitud de las descripciones. Se siente un tiempo distinto, un ritmo particular. Green no escribe: dibuja.

He hablado con una compañera de la facultad. Me he reído bastante de sus concepciones del mundo. No obstante —y a pesar de nuestra misma edad—, yo vuelvo, y ella va… Afirmó envidiar mi libertad de acción. (Debe ser por eso que no actúo.) Esos problemas con los padres, respecto del horario de retorno a altas horas de la noche…

«Iba perdiendo el don maravilloso de ver las cosas tal como no son.»

17 de noviembre

Comencé a estudiar. Intento abandonar el desorden y la inconsciencia. Quiero estudiar. Quiero tener un futuro. Quiero aprender y demostrarme que soy joven, que puedo luchar por mí y por mi libertad. Me han sucedido demasiadas cosas, y no comprendo casi nada. Pero creo que ha pasado la edad de la disipación y de la orgía. Ahora miro lo pasado y veo destrucción y tiempo perdido. He envejecido en vano. No quiero perder más tiempo. Quiero estudiar algunos meses. Estudiar solamente. Y sobre todo escribir. No obstante, estoy muy angustiada: lo inconsciente me domina.

Este diario tiene que devenir más concreto. Hay que poblarlo de nombres, de paisajes, de existencias.

Salir de esta angustia. Es falsa. No. No es falsa pero salir, salir de lo psicológico e integrarlo en mi totalidad. Basta de quejas y de sentimientos de culpa.

21 de diciembre[10]

Estoy un poco enferma: una gran infección. Muy propio del signo Tauro. Dificultades para estudiar.

Ha retornado el miedo. Una profesora ofreció prestarme el libro de Henríquez Ureña que es inhallable. He pasado cuatro horas en el terror de hablarle por teléfono para preguntarle a qué hora iré mañana a buscar el libro. No comprendo este terror.

Me compré un espejo muy grande. Me contemplé y descubrí que el rostro que yo debería tener está detrás —aprisionado— del que tengo. Todos mis esfuerzos han de tender a salvar mi auténtico rostro. Para ello, es menester una vasta tarea física y espiritual.

25 de noviembre

Día colmado de desesperación. No tengo interés por nada. Nada me atrae, ningún objeto, ninguna idea. He pensado en el suicidio. Y ello porque veo claramente que mi único lugar es ninguna parte. Me siento mal estudiando, leyendo, sólo hago planes para un futuro inexistente. Reglas éticas, onanismo, alimentación y fantasías, delirios y arrebatos muy infantiles. Lo esencial es que no me interesa explorar el mundo. No me interesa nada, salvo no ser. Es decir, dormir y soñar. No obstante mi anhelo más grande es estudiar y escribir una novela. Hoy no estudié nada. Y mañana tengo que dar un examen.

26 de noviembre

Examen bastante fácil. Cuando terminé entré en una orgía humorística. No discierno la gente que me rodea. Tal vez sienta temor de descubrir demasiada imbecilidad y me tiente de fantasía de sentirme comprendida. De todos modos, hay que estudiar y ganar la indiferencia.

3 de diciembre

Todo parecía muy fácil. Pensé que el estudio avanzaría, la soledad, la esperanza. Es inútil querer dirigir mi vida hacia la seguridad y el orden. Hoy estallé. Reconozco que no me interesa estudiar ni hacer nada. Estoy como siempre, encerrada. Estudiar o adquirir conocimientos, ¿cómo si me estoy delirando? Esto es peligroso. Me siento vieja, fea, enferma. Quiero escribir una novela. Me arrastra el sueño, la impotencia. Quiero dormirme para siempre. Cada día siento más miedo de todo.

5 de diciembre

Estoy peor que anteayer. He llorado mucho. Estoy sola, dolorida. No veo camino para mí. Y todos me han abandonado.

8 de diciembre

Según O. yo exijo de los otros más de lo que pueden darme. Es así como sufro en mi relación con Olga puesto que —según O.— yo aspiraría, inconscientemente, a ser el centro de su vida. Es decir, yo busco —continuó diciendo— una relación filial. Y además, confundo la amistad con el amor. Estas observaciones son importantísimas: la mayor parte de mis sufrimientos derivan de que jamás fui insustituible para nadie. Pero ahora que lo sé, ¿sufriré menos o continuaré en mi situación infantil? Sería siniestro donar mi vida a dos dioses inútiles: el Padre y la Madre. Y más ahora, que estoy acercándome a la edad adulta.

Con suma facilidad dije: Sí. Yo no puedo amar. (Y confieso no sufrir excesivamente por ello.)

Que me sea posible superar estos conflictos antiguos. Que me sea posible dedicar mis obsesiones al arte. Y mis fantasías. Y mis ideas.

Palabras. Palabras.

Elizabeth vendría a ser la encarnación de mi demonio. (Claro que no en una

forma absoluta.) Por eso no la juzgo. Su inmoralidad concuerda con mis más peligrosos deseos, que reprimo y expulso. Y tal vez, el saber que ella realiza tales actos, me sirve de catarsis. Mientras ella se hunde en la falsedad, en la mentira y en la enajenación, yo hago planes positivos y constructivos. Pero cuando ella construye y realiza, siento que estoy perdiendo la vida, y me siento fea, y solterona, y frustrada. ¿Cómo me vivirá ella? Quisiera ayudarla. Quisiera vencer a ese ejército de larvas inconscientes que trabajan en lo desconocido: quisiera iluminar mi vida y sentir y comprender la significación de mis actos.

Empecé a estudiar. No mucho, por supuesto. Un ensayo literario de Nerval me hizo pensar en la necesidad de tener la mayor cantidad posible de conocimientos.

10 de ~~diciembre~~ noviembre[11]

¿Llegará el día en que mi soledad sea fuerte y consciente de sí misma? Hoy he pensado en ello. En verdad, somos solos por esencia, por naturaleza. Soy yo y todas las que fui, como diría Michaux.

La mayor parte del día mi pensamiento está suspendido. Actúo por medio de sensaciones. Como si tuviera unos pocos meses de vida, y fuera sorda, ciega, muda: un ser envuelto en una angustia húmeda, sexual, angélica. Muchas veces tengo miedo por ese ser desvalido y torpe que soy yo y por el cual no puedo hacer nada. No obstante, me pregunto si este desamparo no estará lleno de sentido y la profunda misión de mi vida es comprender ese sentido.

Acabo de hablar con Olga. Deslumbrada de mí: he salido de mí, he hablado de su problema, lo hice mío. Entonces, ¿también yo puedo comunicarme con alguien? Quisiera arrodillarme y agradecer y alabar. Tengo tanto miedo de no poder querer. Y he aquí que pude. Pero tengo tanto miedo de ser rechazada una vez más, como siempre.

A pesar de todo, aunque suceda cualquier cosa, quiero decirme de nuevo que Olga es el ser más maravilloso que conocí. Y si no la hubiera conocido nunca, si no existiera, mi vida sería más pobre. Me lo digo con miedo. Quisiera quererla siempre, pero serenamente, sin obsesiones. Y sobre todo ayudarla, que se reconstruya, que no se hunda. A veces, o casi siempre, el destino de cada uno de nosotros me parece tan frágil, tan misteriosamente endeble, que me sube el llanto y me muero de piedad y de dulzura. Tal vez esté equivocada.

Tengo que dejar el psicoanálisis. Tengo que reconocer, de una vez por todas, que en mí no hay qué curar. Y que mi angustia, y mi delirio, no tienen relación con esta terapéutica, sino con algo mucho más profundo y más universal.

Mi terror a la soledad. Cuestiones infantiles.

Yo sé que llevo un sueño. Sé cuál es, por qué está y para qué. Ahora bien: no me desenlazaré de este sueño sino por el arte. De aquí la urgencia de hacer la novela. En

ella lo dejaré. ¿Cómo no lo pensé antes? Cada día me es más evidente.

11 de diciembre

Desperté alucinada. Esta noche han trabajado fecundamente. Me siento débil para sobrellevarlos.

13 de noviembre[12]

Despertar colmado de angustias. Espiritualmente, estoy reviviendo o encarnando mi adolescencia. Jamás he sentido el pasado de una manera tan sofocante. Me veo invadida por recuerdos atroces, pesadillas, rencores. Pero hay una deducción concluyente: cualquiera [que] sea la época de mi vida que recreo, hay siempre un abismo imponderable entre mi deseo y mi acción. Tal vez este abismo es mi carácter más entrañable. Otra cosa: siento el miedo antiguo. Es decir, el miedo desconocido, que nacía en el corazón y subía a la garganta. El miedo en forma de mano asesina. Hace años que no lo sentía. Y hoy surgió, cuando desperté. Me pregunto seriamente por qué no me suicido. Es una enorme necedad persistir en la vida, sin ningún deseo de ello. (Mejor dicho, con demasiados deseos.)

Todo está cerrado. Tengo dificultades con los amigos, los conocidos, la familia. La gente, los otros, se me presentan horriblemente complicados, obstáculos insalvables. Y lo peor es mi inconfesada sed de amor, de amistad, de protección. Además, mis tareas actuales —el estudio, sobre todo— me sumen en la desesperación. Tengo miedo de estudiar, de dar exámenes. Recién ahora comprendo que cuando decido comenzar algo —por ejemplo, un estudio— no tengo en cuenta mi natural forma de ser, y pienso en mí como en otra persona. Pero después, llegado el instante de actuar, me rebelo contra esa otra Alejandra que me conduce sin conocerme. Y entonces no hago nada.

Deseos de llorar, de morirme de llanto. Deseos de empezar a llorar y que la muerte se apiade. Y que la muerte me interrumpa el llanto.

Yo no quiero morir: yo quiero dejar de ser.

Si yo misma no me sobrellevo, cómo podrán sobrellevarme los otros. Jamás existió nadie que deseó, en algún instante, hacerse cargo de mí, por el amor. Es esta carencia lo que me mueve a pensarme en un universo helado, cerrado, desamparador por sobre todas las cosas.

Elizabeth está bien. Trabaja y ama. Ahora no me necesita. Me buscará cuando esté angustiada y acorralada. Yo sirvo para testimoniar que la vida es cosa miserable. De allí que todos los expulsados, y todos los desolados, y todos los procesados me

llamen. Hasta que salen de su estado angustioso, y se rebelan contra mí y contra todo lo que represento.

No sé qué hacer. He llegado a una zona peligrosa. Siempre creí que cada angustia era la más intensa, y que no existía otra que podía sobrepasarla. Pero no es así. Cada día nacen con más fuerza y más desesperación. No sé cómo tratarlas ni qué darles ni qué dejar de darles. Y ya no puedo leer a Rilke para que me consuele y me diga que debemos sufrir. No quiero literatura. No quiero intelectualizar mi sufrimiento. Quiero, salvajemente, furiosamente, que se vaya. Pero está. Y permanece. Y se transforma.

También hay angustia física imposible de satisfacer. Entregarme a otro cuerpo, ahora, equivaldría a algo peor que el suicidio. Además, estoy demasiado resentida como para agradecer a otro el alivio de mi sed sexual. Y hay sed. Claro que la hay. (Una buena muerte sería llamar a E. M. y de nuevo, como aquella vez, entrar en el corazón de la selva física, internarse en ese sol negro, con sonidos de tambores, en su mundo obsceno hasta lo inimaginable, en su inocencia terrible, en su fuerza arrasadora; entrar para salir de mí misma, para quemarme en su espantosa lujuria, en su vocabulario ardiente, en su perfume a ritos sagrados. ¿Por qué no lo llamo? Porque me duele el corazón y la mano me sube a la garganta. Y yo no quiero saber del sexo sino de un poco de paz.)

Daría todo por tener un solo prejuicio, un solo escrúpulo.

El error está, tal vez, en el hecho de que yo exijo demasiado de mí. Debiera partir de mi carencia de voluntad y de mi odio al trabajo y al estudio. Me gusta soñar, y a veces leer, y a veces escribir. He aquí todo. (Me sube la angustia.) Ahora bien: yo me hice un arquetipo de mí misma, intento alcanzarlo y no puedo, lo que es señal de su inautenticidad. Necesitaría una temporada de descanso, es decir, no hacer nada por obligación ni por causas o intereses externos. Esto que digo es muy serio. De otra manera, tal vez enloquezca. Pero no me importa: no sé tomarme en serio.

14 de diciembre

Estudio sin convicción. En verdad, me es indiferente.

Temor de pensar lo que siento. Temor de las construcciones intelectuales cuyo fin consiste, exclusivamente, en proporcionar defensas.

Hoy me siento desprendida de mi papel de ser humano. El dolor, la angustia, la muerte, todo me ha fatigado tanto que ya no les pertenezco. Tal vez, cuando el sufrimiento llega a una elevación inverosímil, no se siente ya.

Leí los *Ragionamenti* del Aretino. No me escandalicé en ningún instante. Es más: me divertí. ¿Cómo se explica, dada mi educación y mi precaria experiencia sexual?

1959

3 de enero

He dejado el psicoanálisis. No sé por cuánto tiempo. Estoy muy mal. No sé si neurótica, no me importa. Sólo siento un abandono absoluto. Una soledad absoluta. Me siento muy pequeña, muy niña, y me van abandonando todos. Absolutamente todos. Mi soledad, ahora, está hecha de quimeras amorosas, de alucinaciones… Sueño con una infancia que no tuve, y me reveo feliz —yo, que jamás lo fui—. Cuando salgo de estos ensueños estoy anulada para la realidad externa y actual. *Jamás hubo tanta distancia entre mi sueño y mi acción*. No salgo, no llamo a nadie. Cumplo una extraña penitencia. Y me duele funestamente el corazón. Tanta soledad. Tanto deseo. Y la familia rondándome, pesándome con su horrible carga de problemas cotidianos. Pero no los veo. Es como si no existieran. Siento, cuando se me acercan, una aproximación de sombras fastidiosas. En verdad, casi todos los seres me fastidian. Quiero llorar. Lo hago. Lloro porque no hay seres mágicos. Mi ser no tiembla ante ningún nombre ni ninguna mirada. Todo es pobre y sin sentido. No digamos que yo soy culpable de ello. No hablemos de culpables.

He pensado en la locura. He llorado rogando al cielo que me permitan enloquecer. No salir nunca de los ensueños. Ésta es mi imagen del paraíso. Por lo demás, no escribo casi nada.

Hay, sin embargo, un anhelo de equilibrio. Un anhelo de hacer algo con mi soledad. Una soledad orgullosa, industriosa y fuerte. Es decir: estudiar, escribir y distraerme. Todo esto sola. Indiferente a todo y a todos.

6 de enero

He soñado que vivía a principios del siglo. Me extrañó mi «conocimiento» de ciertas costumbres.

El domingo me acosté con E. M. Había una atmósfera orgiástica más intensa que la que surge en la soledad de la fantasía. Una vez en mi casa, serena, pensé que muchas cosas habían cambiado y cambiarían. Es decir, muchas cosas dejarían de cumplirse exclusivamente en la fantasía y se encarnarían en la realidad. Creo que necesito satisfacer cuanto antes mis deseos sexuales, que son enormes. Y también lo dijo E. M. Ni yo misma sospecho, tal vez, la magnitud de mi necesidad de satisfacción sexual. Pero hoy, martes, estoy muy lejos del domingo. Estuve leyendo un ensayo de Debray sobre Rimbaud. Y cada palabra era en mi sangre. Pero hay una cosa que contradice todo lo anterior: es mi miedo a la soledad, al abandono, que me

hace buscar a la gente, que no me permite entregarme a mí misma. Entregarme o encontrarme. Busco a la gente, aunque sea idiota, y como sé que no debiera buscarla la odio. Entonces me sobreviene un sentimiento de culpa por mi odio y esa gente se convierte en figuras persecutoras, que me acosan y hacen de mi vida un infierno. Me siento odiada, envidiada, engañada, abandonada, despreciada, desplazada, calumniada. En especial hay dos personas: Olga y Elizabeth. Olga es valiosa, y yo la quiero. Elizabeth es idiota, y yo la quiero. Si no fuera tan idiota sería uno de los seres más peligrosos de este mundo. No me importa el abandono de Olga. Sé que jamás me hará daño. El abandono de Elizabeth es horrible: sé que me envidia, y tal vez me odie a pesar de quererme un poco. Y le doy miedo. Mucho miedo. Olga me tiene miedo por mi juventud. Elizabeth por lo que ella considera mis dones: inteligencia, sensibilidad. Además, me odia porque yo sé que es homosexual. Tal vez por esto quiere suprimirme. Soy uno de sus pocos testigos. Le conté a E. M. de mis dificultades con la gente, y él habló del infierno que ello significa. A él no le sucede eso: él ama. Yo no. Yo sólo puedo odiar. Además, mi presunta bondad no es más que indiferencia. Oh sólo yo sé cuánto me horroriza escribir esto que escribo, pero lo hago para objetivizar. Yo no puedo más. Y cuando pienso en la niña que fui, que miraba a la gente con ojos inocentes, y no pedía nada… Quiero lograr que la gente no me dañe. Es lo único que me impide vivir en paz.

15 de enero

Tal vez esté enloqueciendo. Pero tal vez no. Porque lo deseo, lo deseo tanto como la muerte. Cierro los ojos y sueño la locura. Un estar para siempre con los fantasmas amados, llámense paraíso, vientre materno, o lo que el demonio quiera. *Loin! Loin de l'immonde cité!* «Lejos de las ciudades en que se compra y se vende.»[13] Allí, una niña llamada Alejandra, aprendería a sonreír con menos amargura.

He pensado: ¿por qué desear la huida de mis angustias? Aceptar la fatalidad de algunos seres. Yo he nacido para sufrir. Esto es sencillo. Duele.

Quiero estudiar, quiero aprender, quiero escribir. Tengo veintidós años. No sé nada. Nada fundamental. No sé lo que debería haber aprendido hace muchos años. Nadie me enseñó nada. Sé, en cambio, lo que debería saber mucho después. De allí que me sienta anciana y niña al mismo tiempo.

He decidido cesar las aventuras sexuales. Al menos, hasta que el amor no me arrastre fuera de mí y me obligue a cumplirlas. Lo demás, en mí, es literatura. Mucho Rimbaud, Cendrars, Gide, pero esas angustias de quedar encinta son exactamente idénticas a las de cualquier modistilla. Como ahora, por ejemplo, que muero de temores. Y en verdad, si yo quisiera aplacar toda mi sed sexual necesitaría años de orgías. No es posible: quiero escribir. Además, la relación sexual —debo confesarlo

— me desilusiona un poco. No logra arrastrarme a una enajenación absoluta, lo que sí logra la más ínfima angustia. Lo que sucede es que yo necesito, tal vez, un cortejo de perversiones, acostarme con varios hombres al mismo tiempo, por ejemplo. Pero esto es inseguro. Es más: creo que lo digo «por literatura». En el fondo, soy más inhibida sexualmente que la más silenciosa discípula de algún convento. Pero eso sí: no reiniciar más ningún suceso sexual. Y mucho menos con E. M.

Olga no me quiere más. Me ha abandonado. No estoy triste por mí sino por ella. Ahora yo no podré quererla. Y nadie pudo haberla querido más que yo. Ella maltrató mi amor. Un amor puro y abstracto. Pocas veces he querido tanto a alguien. Ahora no sé si la quiero, pero ya no le daría mi vida, no me interesa su destino. Es más: algo lejano me dice que yo la hubiera podido salvar y que ella no quiso salvarse. Según O., yo habría sentido deseos por ella, es decir, deseos homosexuales. Creo que no. Por lo menos, conscientemente, no lo pensé jamás. Ojalá fuera homosexual. Siempre me lo digo. Pero no creo posible, para mí, arribar a un orgasmo con una mujer. Mi sed sexual es, ineluctablemente, la de esas mujeres [*frase tachada*]

17 de enero

Ayer y hoy, días suicidas. Estoy huyendo de algo. Nada me enlaza a la vida. Y ahora todo empeoró porque me siento perseguida y odiada por todos. No quiero vivir ni morir. Sólo tengo conciencia de una fuerte imposibilidad de todo. Además, hay miedo de escribir. Yo no sé nada, no tengo nada que decir.

Martes, 19 de enero

Elegir: la indiferencia absoluta, o la muerte. Hoy no me suicidé porque una voz, en mí, prometió llegar a la indiferencia.

Hace 11 horas que trato de estudiar. Hablé con Olga: su frialdad es completa. Yo tartamudeándole mis angustias, sintiéndome idiota. Ella, elogiando divertida su propia serenidad. Posiblemente soy injusta. También ella sufre. A veces pienso qué horrible debe ser caer en su cólera. ¿Y si se enterara de lo de E. M., qué haría conmigo?

No puedo hacer nada: ni suicidarme, ni delirarme, ni estudiar escribir o leer, O. está lejano. De nada serviría hablarle. Estoy por estallar. He llorado mucho. Me siento enferma y anhelo enfermarme más. No veo solución. Qué digo, si ni siquiera hay una pequeña tregua.

La llamada a Olga fue desdichada. Para qué lo hice. Por qué no olvidarme absolutamente que existe. Si ya no la quiero. Y lo de antes tal vez no fue cariño sino

obsesión.

Cómo estudiar. Para qué. No me interesa nada. Literatura. Toda yo soy un ser literario. Y mi juventud se va, y pronto seré vieja, idiota, y no sabré nada. No habré aprendido sino a llorar, a odiar y amar y desear en vano.

No puedo realizar mi aventura humana. No puedo vivir como un ser humano. No puedo.

Hay algo nuevo: nunca he pensado tanto como hoy. Además, estoy más humilde y más desenlazada de los objetos. Ello tal vez sea bueno, tal vez sea sólo mi locura que avanza. En estos días creo enloquecer. Tal vez lo quiera. Pero no puedo comprender cómo soportaré todo, ni cómo lo soporto ahora, si nada, absolutamente nada, me sostiene.

Sábado, 24 de enero

Trabajando por mi indiferencia. ¿Y si fuera una nueva forma de encubrir lo que no quiero enfrentar? Tal vez, pero hay cosas nuevas: mi alimentación disminuye, comienzo a amar la sensación de hambre no saciado. Es más: quiero que el hambre acentúe mi indiferencia, que me envuelva en una nebulosa de olvido. Porque comer normalmente, en mí, es una humillación, es aferrarme a la fuerza a una vida que me rechaza. Y su rechazo es demasiado evidente.

Quisiera —con Rimbaud— comer piedras.

Estoy enferma. Debo tener algo terrible en la columna vertebral. La he recorrido con mi mano y he sentido muchos huesos mal ubicados. Si consulto a un médico me operaría con toda seguridad. La operación no me importa, ni tampoco el sufrimiento, y mucho menos el año que debería yacer como una muerta. Lo que me inquieta es que durante todo ese año estaría obsesionada por el temor de no poder levantarme jamás, de que mi columna quedara siempre tiesa. Pero después de todo, ¿qué importa? Siempre se está a tiempo para suicidarse.

La historia de alguien que lucha contra la muerte, la [*frase tachada*]

Mi angustia mayor es mi seguridad de que no soy ni seré amada. Por ello, tal vez, odio mi soledad.

Lo de Elizabeth y Mina el otro día rebasó todo. Recién ese día descubrí que yo no suscito en los otros el más mínimo sentimiento de cordialidad o de amistad. A lo sumo, me desprecian. A veces, muy raras veces, admiran mi ingenio o mi humor. Pero ello cuando apenas me conocen. Es muy significativo que la gente, apenas intima conmigo, me desprecia. ¿O seré yo la que desprecia? No sería raro que, en el fondo, la gran perseguidora sea yo. Pero confieso sentirme llena de miedos ante la gente. Y ahora más que nunca, ya que no lo tengo a O. ni a su mirada reconfortante. Estoy sola en un mundo hostil y perseguidor, sola y mal acompañada por mi soledad, sola y perseguida por los fantasmas de los que me desdeñan, de los que no me aman.

Sola, rumiando viejas y nuevas humillaciones, y fracasos, y persecuciones. Me miro en el espejo y me veo ya un monstruo, ya un ángel. Pero en verdad, no me miro casi nunca. He destruido mi vida. Siento que cada uno de mis actos es destructivo. Y me veo perseguida, calumniada, perdida para siempre entre los otros, y ante mí misma. Por eso trabajo por la indiferencia.

2 de febrero

Duermo mal. Algo me urge y al mismo tiempo algo me estanca. Ganas de lanzarme y de quedarme clavada. Interés e indiferencia. Vacío y plenitud. He temido la locura. Estoy también segura —o calmada— respecto de mi fortaleza mental. Pensé en el amor. Esperanza y desesperanza. Superficial y profunda. Ángel y demonio. Genio e idiotez. No puedo morirme, me disperso, me ilusiono, me desespero. Estoy y no estoy en el mundo. Quiero y no quiero. Pensé mucho tiempo en el escribir y quiero aprender. Presiento un lenguaje mío, un estilo que no se dio nunca, porque será mío. A la caza de él, entonces. Quiero escribir en prosa. Hoy llamé a O. Me alteró su voz. No quiero analizarme. Mi única salvación es comenzar a pensar, es decir, interesarme por objetos concretos. Basta de absolutos, basta de la nada.

No creo aún en mi muerte. Por eso soy una niña.

Mi imagen de la felicidad es un dedicarse al estudio, un escribir. Y amar. No puedo amar. No amo a nadie. Pero lo quisiera. Quiero amar a un hombre. Creo que no será posible debido a mi imposibilidad de amar. 1) No *veo* a los otros sino que me reflejo en ellos, recojo en ellos mi imagen. Si ésta es favorable, el otro es objeto de mi afecto. De lo contrario, de mi odio. 2) Sólo me siento a mí, es decir, a mi [*tachado*]. 3) Ningún ser me da la medida del misterio que yo busco desesperadamente. Y cuando siento ese misterio es porque ese ser me niega (caso O. cuando lo conocí). Hay otros motivos: mis complejos de inferioridad: creer que nadie se hará cargo de mí por el amor. Esto es erróneo. Podría ser un amor equivalente en el que nadie se hace cargo de nadie sino que hay dos compañeros, dos que se aman y se sostienen mutuamente. Pero mi infantilismo, mi horrible anhelo de padres, mi deseo de ampararme en otro y que me ame como a una niña enferma. Por otra parte, soy tan ficticia que mi aspecto desmiente cualquier deseo mío de protección. Nadie como yo tiene una apariencia tan sólida y fuerte.

4 de febrero

Fui a Vicente López. Hoy es el día más caluroso del verano. No sufro demasiado

a causa del calor. Siento, simplemente, que el mundo me rechaza, que el mundo es un mar de aceite sucio e infinito que ya rebasa pues no puede contener nada más. Y entre lo que no puede contener estoy yo. Estuve en casa de Mina y Elizabeth. Pasé unos buenos momentos. (Mendrugos de amistad y afecto para la mendiga Alejandra.) Después me llamó Beatriz Tuninetti, esa montaña de prejuicios y de grasa. Me descubrí avergonzada: si me llegaran a ver por la calle con una persona tan gorda. Pero debe ser otra cosa, es decir, mi aversión a la obesidad, que es profundísima. La obesidad me parece una mentira, algo retorcido y triste, como pegar a un niño por un placer sádico. Hay algo obsceno en ella. Oh y tengo tanto miedo de engordar. Quiero reducir mi cuerpo a su verdad. Quiero adelgazar, recuperar más aún mi rostro y mi forma. Esto me importa enormemente.

Pensar en la muerte. Hacerla mía. No puedo, si no es por un esfuerzo cerebral que desprecio, enfrentar la idea de mi muerte. Moriré, sí, pero alguna vez, cuando sea vieja. Es curioso. O no. Debe ser lo común. Ahora bien: yo quiero pensar en la muerte. Creo que es una de mis pocas posibilidades de salvación. Y para mí, salvarme es no enajenarme.

Pienso en lo que dije de la obesidad de B. T. y de mi vergüenza. Es idiota.

El extranjero, de Camus. Esa insistencia en la costumbre. Uno se acostumbra a todo. Uno se acostumbra a toda idea. Faulkner: el hombre no sospecha su enorme capacidad de sufrimiento (de hábito, en este caso al sufrimiento). Mi experiencia señala a O. He soñado en suicidarme por él, hace tiempo, por el solo hecho de ocasionarle unas horas de tristeza a causa de mí. Hoy no haría el más leve esfuerzo por verlo. O tal vez lo haría porque lo respeto y lo quiero. Pero no es lo mismo. Puedo vivir sin él, lo que antes era imposible.

8 de febrero

He soñado que estaba acampando en un bosque con mis compañeros de la facultad. Yo estaba encinta, muy próxima a dar a luz. En el sueño está mi padre. No sé qué hace pero creo que no se lo trata bien, se lo desprecia.

Mi desesperación ha vuelto. Y con ella el miedo a la soledad. Soy uno de los seres más solitarios que hay, en el sentido de no amar ni ser amada. Pero la soledad me revienta. No hay humor, agilidad ni interés en mi soledad. ¿Cómo no me he acostumbrado a ella después de tantos años? Tal vez sea lo único a lo que no nos acostumbramos. O tal vez sea yo un ejemplar extraño. No sé. Pero algo me dice que si yo no acepto o no asumo mi soledad, jamás haré ni pensaré nada que valga la pena. Toda mi vida la pasaré en la antesala de la vida, o en un recreo de la vida, o haciendo trampa, copiándome en el examen de la vida.

Encuentro con O. el otro día. Me fui muy angustiada. No quiero analizarme y, al mismo tiempo, creo que lo quiero. Aún no me di cuenta que no me analizo más. No

me di cuenta que sólo debo darme cuentas a mí. Que soy y estoy sola. Que ya no está O. para apoyarme. Que soy libre (?).

Una poesía que diga lo indecible. Un silencio. Una página en blanco.

11 de febrero

He pasado una mala, malísima noche. No sé por qué me torturo. Pienso lo siguiente: en mi infancia he sufrido terriblemente a causa de la soledad y el desamparo, me han humillado y dejado siempre sola. Ahora bien: nadie ha dicho que cumplirse en esta vida significa dejar de estar sola y tener amigos. Es indudable que en mí hay una vieja sed de amistad y de compañía. Me paso la vida rumiando estas cosas. ¿Pero por qué no rumiaré acerca del escribir? Oh estoy tan cansada. Conmigo no se me ocurre ser ingeniosa ni interesante. Lo reservo para los otros. Vivo esperando llamadas, sonrisas, frases de afecto. Pero mi más profundo deseo es ser indiferente a ello. Y después de todo, ¿qué he sacado de mi amabilidad, de mi ansia, de mi ciega entrega? He sacado soledad, desamparo y humillaciones. Todo lo cual no hubiera sucedido si fuera indiferente.

Ayer escribí un poema. Mi poesía, ahora, es anémica. No tengo potencia poética y si aparecen rastros de ella queda paralizada por mi temor. En el fondo, quiero escribir la novela. No la escribo porque antes quiero leer mucho. ¿Qué he leído ayer? Dos poemas de Neruda y una fábula de La Fontaine. A este paso la escribiré a los ochenta años.

Es inconcebible cómo se renuncia inconscientemente a todo. Yo, sin darme cuenta, he renunciado a la fama, al matrimonio, a los viajes, a la amistad. Ello no significa que los rechazaría sino que ya no se presentan a mi conciencia como cosas probables o como aspiraciones.

No se puede amar en la realidad. No obstante, hay tantas neuróticas enamoradas.

¿Cómo llegar a la verdad de mi cuerpo? Estos días tengo hambre, un hambre histérica. Como quien se suicida, así yo como.

Basta de quejas. ¡A trabajar! ¿Debo confesar que odio preparar este examen y que odio la idea de darlo? Además, no confío mucho en el resultado.

21:30 h. Muero de cansancio. He buscado 5000 palabras en el diccionario. Pensando en la novela. Temo que sea una excusa para mi exhibicionismo y que, en el fondo, no haya más que el deseo de ser conocida y celebrada. No estoy segura de esto. Pero lucharé contra toda forma de exhibicionismo. Es que ¡oh señor! yo no soy una muchacha: soy un muestrario de los pecados capitales.

He comido mucho. Vorazmente. Y leyendo revistas femeninas, folletines idiotas. He comido como quien se masturba.

A la tarde llamó Elizabeth. Yo hablé con el afecto de siempre, como si no me

hubiera pasado nada. ¿Qué soy?

Tratar de estudiar.

13 de febrero

Ayer pasé el día en lo de Susana. Lo pasé bien y mal. Gocé de las flores, del césped —cómo me gusta el césped—, del nadar, andar en bicicleta. Sólo que me ponía nerviosa cuando se acercaba la madre. Como Susana me confió que es homosexual y que su madre sufre por eso, yo, cada vez que ésta me hablaba o me miraba, me ponía tensa, como si yo fuese Susana, o en el caso de no serlo, como si hubiese venido a seducirla. También A. M. Barrenechea me pone nerviosa. La siento tan en otro mundo que el mío. Y tiene tanta cara de cadáver. Sólo Susana y su padre me eran cercanos. Susana es una de las personas más extrañamente limpias que conozco. Pero es un poco niña. ¿Por qué me siento mucho mayor y menos inocente a su lado, si sólo le llevo un año? Más vieja, más gastada.

Me acabo de pesar. Es una gran desgracia.

Hasta el 28 – *Revista Mexicana de literatura* – *El sonido y la furia* de Faulkner – Neruda – Fournier y Flaubert.

14 de febrero

Lo de ayer fue el límite. No sé si debo contentarme o angustiarme, pero es indudable que lo de ayer fue el límite. Vinieron Morales y Juarroz, con su hablar afectado, con su «hay que» y «se debe», sin humor ambos, sin misterio: *los justos*. Juarroz se peleó conmigo. Yo le había insinuado que los poemas de Ditter no me atraen. Él me insinuó que no lo dijese al comentar su revista. Yo me sentí acosada y perseguida. Hace meses que me persiguen y acosan por el maldito artículo. No obstante, traté de no pelearme, esto es, me humillé. Sobrellevé sus reproches, sus injurias. Ahora bien: a mí no me interesa lo sucedido porque no lo siento, es decir, me parecía que la escena de los insultos formaba parte de una pesadilla. Yo no me defendía. No me interesaba salvar mi orgullo porque yo no era aquella que los recibía. Cuando se fueron pensé en la imagen que debo presentar a los otros, en lo desdichada que debe ser para que me insulten o me abandonen. Entonces una voz me dijo que todo sucede porque hablo demasiado, me doy demasiado. ¿Cómo diablos estaban estos dos hombres en mi habitación, si jamás podrían ser amigos míos? No selecciono, no examino, y después me asfixio al encontrarme en relación con seres que no he buscado ni quiero. Me he sorprendido al comprobar que no tengo orgullo ni amor propio. Pero lo de ayer trazó el límite. Es indudable que la única culpable soy

yo. Hay que ir al silencio, a la indiferencia. No es posible hablar más ni darse. Es increíble que sea yo quien tenga que escribir esto. Apenas puedo identificarme con esa muchacha que habla demasiado y en la que suceden cosas tan lamentables, tan pobres.

Horas sin hacer nada. El qué será de mí, el es posible, el cómo voy a vivir. Depresión absoluta. Hasta ayer estuve dormida. Hoy despierto y quiero morir. La angustia de mi imposibilidad para todo me sube. Ya no puedo más.

15 de febrero

Me quedan 12 días para el examen. No sé nada aún. Sólo aprobaré si estudio día y noche.

16 de febrero

No daré el examen. Hoy he salido y ahora estoy nuevamente vencida. Me encontré con L. Todos proyectan libros, antologías, se mueven en grupos, están fuertes. Yo pienso en mí: soy una estudiante. No quiero actuar hasta no saber qué quiero. Por otra parte, quiero ser indiferente al exhibicionismo literario.

Comenzaré el *Quijote*.

He dicho que estoy vencida: sí, he salido, visto muchachas hermosas. No hay excusa posible. Una mujer *tiene* que ser hermosa. Y yo soy fea. Esto me duele más de lo que yo creo. Tal vez por eso piense que jamás me amarán. ¿Estoy errada? No.

17 de febrero

He pasado una mala noche. Ayer robé *La Chartreuse de Parme* del Instituto de Lit[eratura] Francesa. Lo hice —no sé por qué, pero me gustó hacerlo—. Es una forma de pedir, ya que nadie me da nada. «Je vous arracherai en tonnes ce que vous m’avez refusez en grammes!» No siento la menor culpa.

He decidido encerrarme a estudiar y trabajar. Ayer hojeé en la biblioteca la correspondencia de Pound. Lo primero, dice, hacerse de un instrumento para trabajar. Tengo que dejar de leer los autores prescindibles, aquellos que por ahora no me ayudan.

Ayer no hice nada. Estuve en el infierno. Los otros son mi infierno. El más grande.

Engordé mucho. Ya no debo angustiarme. No hay remedio. Es un círculo vicioso.

Para no comer necesito estar contenta. No puedo estar contenta si estoy gorda.

19 de febrero

Ayer he roto alrededor de cien poemas y prosas. He quedado asombrada de mi falta de calidad poética, mis gritos, mi exasperación. Hay que empezar de nuevo. Además, quedan doscientos poemas más que seguramente romperé.

Estoy esperando. El martes M. y E. prometieron llamarme para que yo me reúna con ellas en Miramar. Dijeron que me llamarían ayer, pero no lo hicieron. Por supuesto que yo ahora creo que no quieren que yo vaya. De lo contrario me llamarían. No las culpo. Después de tantas experiencias con la gente es evidente que la que funciona mal soy yo. Algo debo tener para que nadie se me acerque ni nadie me quiera. No se me ocurre qué es porque si acuso a mi neurosis o a mi egoísmo me respondo que hay muchas neuróticas y egoístas que son amadas y estimadas. Debe ser algo más simple, o tal vez una suerte de destino, ya que se remonta a mi más lejana infancia. No sé si debo luchar contra él o aceptarlo. Lo único que siento, ahora, es un enorme dolor y una angustia que me asfixia. Tengo tantos deseos de ir a Miramar. Y al fin de cuentas, no sé en qué podría molestarlas.

He leído un cuento de Brentano que no me impresionó mucho debido a su problema: el bien, el mal. Una imagen me subyugó: el joven mata un pájaro y con su sangre escribe canciones en el libro sagrado del espíritu de las aguas.

También leí, y muy mal —atropellándome—, algunos poemas de Hölderlin. Algunas veces parece un oráculo.

He comenzado Cervantes: *Don Quijote*. Lectura desapasionada y fría, por ahora.

También una *Historia de la literatura alemana* de H. Rohl. Bastante estúpida por cierto.

20 de febrero

Despierto mejor. Dormí toda la noche abrazada a la almohada.

Pensando en ir a Europa. Quiero y no quiero. Quisiera ir y ver cosas bellas, aunque sólo fuera un cielo puro y grande. No es justo que yo muera habiendo probado lo horrible, solamente lo triste y angustioso.

Ayer hice un poema que no me disgustó.

Pienso que nadie menos neurótico que don Quijote. Es equilibrado y dulce como un niño. Sólo que al revés. Sería neurótico si oscilara entre creer que son molinos de viento u otra cosa. Y sería más neurótico aún si tuviera miedo de esta oscilación. Me gusta mucho cuando sale por vez primera de su casa, al alba, y ve qué fácil es pasar

del deseo a la acción.

Muchas horas rumiando mi soledad: he llorado. E. y M. no me llamaron. Ahora me consuelo un poco pues me dijeron que las líneas telefónicas están averiadas. Aun así, me digo, hubieran podido enviar un telegrama.

El día fresco, el cielo gris. Todo hace desear la ternura. ¿No me habituaré jamás a la soledad? Me creo vieja y niña y no me explico cómo me toman en serio cuando hago o digo idioteces.

27 de febrero

Ayer he vuelto de Miramar. Estoy bronceada. Hoy me pesé. Es el fin. Y he pasado hambre…

No he tenido demasiado miedo de estar sola en el hotel. En cuanto a M. y E., me desampararon totalmente. Y más: hacían escenas de amor delante mío como si yo no fuese yo sino el símbolo de algo.

Descubrimiento definitivo de mi imposibilidad de comunicarme. Creo que a los dos días de verme, ambas deseaban ardientemente que me fuera lejos y que no volviera nunca. No obstante, no fui muy idiota. Salía sola, sin molestarlas excesivamente. He gastado 2000 $ en cinco días. Es monstruoso.

Quiero trabajar y no sé cómo empezar. Necesito un método. Quiero llegar a las últimas consecuencias del trabajo. Algo así como trabajar de 8 a 24 h.

2 de marzo

Estoy leyendo por tercera vez *El retrato del artista* [*adolescente*] de Joyce. Amo la relectura. Qué libro delicadísimo éste. Y cómo mi sangre corrobora el proceso de Stephen. Sólo que Stephen es sano y puro. Quiere aprender, no exhibirse como yo.

Me siento vacía. Pero he crecido en unos días. No me duele la soledad. Al menos no excesivamente.

3 de marzo

Despertar angustiado. *La soledad se dio cuenta y ahora duele*. Me presentaré a las becas del Fondo de las Artes. Sólo que no debo tener ninguna esperanza.

5 de marzo

Como si hubiera tomado mescalina. Quiero irme a Europa. Y también estudiar aquí. El 11 me voy al Uruguay. Si no adelgazo no iré a ver a Clara ni a Orestes. Qué responsabilidad la mía tener que ofrecerle a Clara un rostro que coincida lo más posible con mis retratos, con los cuales poco o casi nada tengo en común.

Estoy intranquila. Horriblemente nerviosa. ¿Y para qué? Ah, E. me hace existir cuando me cuenta sus aventuras. Tal vez por lo que me dijo hoy estoy tan trastornada. ¿Por qué soy tan falsa, aun en la soledad, aun en el mí misma?

8 de marzo

Recién terminé de leer *Un cuarto propio* de V. Woolf. S. De Beauvoir ha tomado mucho de allí para su *Segundo sexo*. V. W. e s sencillamente adorable. Pero la siento un poco vieja, como del siglo pasado. Estuve pensando sobre las 500 libras al año y el cuarto propio. Yo tengo un cuarto propio, no tengo dificultades económicas apremiantes, gozo de libertad para ir a donde yo quiera. No obstante, soy el ser menos libre. En verdad exagero: la posibilidad de una experiencia rica y vasta está hoy tan vedada como lo estuvo siempre. No me puedo ir al puerto a mirar los barcos por la noche, etc., etc. Pero mi carencia de libertad es debido a mi no asunción de la realidad. Nada es objeto de mi interpretación ni de mi examen, salvo cuando declaro que no vale la pena. Pero una cosa: basta de reglas éticas. Hay que entrar. (He aquí otra regla ética.)

21 de marzo

He visto a Clara. La amo. Es un amor triste, sin desenlace.

Enmendar mi vida. Leer, escribir, estudiar y pensar.

No tengo fuerzas para escribir de las Jornadas. Siento que he destruido muchas cosas.

26 de marzo

Ayer me encontré con O. Se asombró de mí: considera que estoy más equilibrada de lo que él y yo podríamos suponer. Lo quiero mucho. Y digo temblando que no lo deseo.

Estoy leyendo la Biblia, *Le Tropique du Cancer*, de Miller, y poemas sueltos. Quisiera estudiar durante los días de semana y leer los sábados y domingos.

29 de marzo

No estoy tan lúcida como quisiera. Mis angustias han disminuido. ¿Pasará mi «melancólica adolescencia»? Tal vez ya haya trascendido la edad de la angustia. Ahora no espero nada. Me gustaría recibirme cuanto antes en la facultad e irme a Francia. No sé si será posible. Leo demasiados libros «fuera del programa». Pero si no los leyera, me secaría tanto que ya no querría ir a Francia.

Programa para este año: estudiar, escribir y adelgazar definitivamente, es decir, despojarme de la menor sombra de obesidad.

Leo *Le Tropique du Cancer*.

Ya no pienso en Clara sino con vergüenza.

Beatriz T. debe estar enojada. ¡Qué diablos! ¿Para qué vive?

7 de mayo

Estoy muy mal. Me siento incómoda en todas partes. Si estudio; si no estudio… El profesor de griego me da miedo, y los otros. Me siento mal. Quiero estudiar sin pensar en los exámenes, porque probablemente no me reciba nunca. De allí que más me valdría el saber por saber, no el saber para aprobar. Pierdo tiempo. Estoy muda y ciega y sola.

9 de mayo

Lady Macbeth lavándose las manos… Sorprendente en *Macbeth* cómo todos pasan del deseo a la acción. Ese cuidado de no frustrarse. Como si ello fuera lo natural, lo esperado, cuando en verdad, debiera ser lo opuesto el hecho natural. Además si las brujas le hubieran predicho circunstancias desdichadas, M. no hubiera actuado para concretarlas. Las brujas son, en esta obra, horriblemente seductoras. Son el inconsciente, la voz infantil que lo quiere todo y ahora. La locura es obedecerla. Macbeth hubiera tenido que suspirar de nostalgia o, en nuestros días, hacerse psicoanalizar.

Image avec elle: j'écrit dés 7 h du matin; elle peint. Je suis indifférent à tout autre chose qui ne soit mon art et elle, naturellement, aussi. Je suis très silencieuse, très douce. Elle est charmante avec moi. Nous travaillons beaucoup, nous mangeons tres peu. Climat religieux d'art et d'amour. Image du paradis.

Tout celà que je viens d'écrire est exactement le contraire de ma vie actuelle. De là vient mon grand ennui, l'angoisse qui me ronge jour et nuit. Où est la fante? Ce n'est pas posible que cette *image* soit un résultat de mon snobisme ou de ma fausseté:

d’où vient elle sinon de mes plus profonds désirs?

Je ne comprends pas comment les autres n’ont pas un terreur affreux du monde. J’ai peur des autres et de moi-même. Ce n’est pas bon de vivre dans une peau. Je le dis par expérience.

Je voudrais vivre pour écrire. Non penser à autre chose qu’à écrire. Je ne prétend pas l’amour ni l’argent. Je ne veux pas penser, ni construire décemment ma vie. Je veux de la paix: lire, étudier, gagner un peau d’argent pour m’independiser de ma famille, et écrire. Je ne parle de ma solitude, de mes amis —mes maudits compagnons de voyage— J’ai peur de mes amis.

L’image révient. Ça me rend la paix[14].

20 de mayo

El sábado me operaron. Un ataque de apendicitis aguda. Me dolió horriblemente. Yo no estaba preparada para un dolor tan grande. Pero lo sobrellevé bien, demasiado bien tal vez. El cirujano, mientras me operaba, comentó «lo sufrida que es esta chica». En verdad, me siento capaz de sobrellevar pacientemente grandes sufrimientos físicos. (Pensar en mi paciencia —física— y en mi impaciencia íntima.) Aún estoy débil. La prohibición de fumar me anonada. Descubro qué imprescindible es en mi vida el cigarrillo. El deseo de fumar crece después de [*tachado*]. Entonces añoro el humo, el gusto agrio, triste, soledoso y promisorio del cigarrillo. Y más lo añoro aún cuando siento [*tachado*] que sólo podría ser velada por el humo. No obstante, trataré de comer lo menos posible: estoy muy asustada por las complicaciones —la operación y demás— que ha traído mi alimentación destructora de estos últimos meses.

9 de junio

Desde el sábado pienso en R.

Mi situación kafkiana prosigue: estudio sin deseos; me dan vómitos, ataques de angustia. Estudio por miedo. Miedo de estar así siempre, viviendo con mis padres, sin la menor posibilidad de independizarme jamás. [*Frase ilegible*]

10 de junio

Noche de insomnio pensando en el estudio. Una de las causas que me impiden estudiar es mi tartamudez. A veces me parece que no existe, pero otras… Días en que

me duele el corazón de tanto esfuerzo por articular algo. Claro que no es muy excesivo pero me aterroriza el solo pensamiento de hablar en público. ¿Y cómo podría ser profesora y hablar y enseñar? Además, no me gusta estudiar, no sé estudiar, casi nada me interesa.

18 de junio

He abandonado todos los estudios. Trabajo. No me gusta trabajar. No quiero nada. Quiero morir. He aquí, etc., etc.

«Estás enamorada de la muerte», dijo Roberto. Yo me ruboricé.

Siempre. Siempre. Bella palabra.

24 de junio

El sábado pasado me acosté con un chico. Lo curioso es que no vi su rostro. Cuando llegué a lo de Roberto, había penumbra (una atmósfera mágica hecha de sombras chinescas). El chico parecía lindo. Después bebí gin, escuché música, me puse más triste que nunca y supe que no podía esperar nada. De pronto el chico me arrastró y me desnudó y me vi en la cama, fornicando. Mientras tanto, Roberto y Cristina habían entrado. También ellos fornicaban. Cuando todo terminó, me acerqué a Cristina y después de un espacio de tiempo —¿qué resoluciones?, ¿qué deseos?— que será siempre misterioso para mí, me vi en un abrazo de Cristina, besándonos las dos, haciéndola gozar y gemir (yo no sentía placer, no sentía nada). Como un relámpago pasó la imagen de Roberto corriendo junto al chico, y los dos abrazados. Después, en la noche, tuve más sed que nunca y tomé enormes cantidades de agua y sentí miedo de morir de un ataque de sed.

Pienso que si pasara el chico a mi lado, en cualquier sitio, no lo reconocería. (Confieso que este detalle me seduce.)

Yo debiera pintar. La literatura es tiempo. La pintura es espacio. Y yo odio el tiempo y querría abolirlo. Pero ni la pintura. Hablo de poder expresarme en un arte que fuera como un aullido en lo oscuro, terriblemente breve e intenso como la muerte.

Domingo, 29 de junio

Investigación y búsqueda de la poesía. Comienzo con Góngora.

Dostoievski: leer repetidas veces *Los hermanos Karamazov*: su equivalencia con

el psicoanálisis.

Sábado, 18 de julio

Me avergüenza escribir un diario. Preferiría que fuese una novela. Estoy confusa. Lo de siempre. Siento que no quiero nada y me siento culpable de ello. No quiero vivir de pie, o no puedo; quiero dormir. Estoy ciega para la realidad y para los otros. Ésta es la conclusión definitiva. Sé que Dios no existe (es un problema que no me interesa), no hay vida futura, no hay nada, no me prohíbo nada, y, no obstante, no hago nada. Es mi única posibilidad de vivir. Una vez, no más. Y no obstante, no hago nada.

17 de agosto

Según O. el narcisista es como un niño de pecho. S. de Beauvoir cree que un personaje imaginario ante un público imaginario sólo puede aniquilarse. El narcisista, o mejor, la narcisista, siente que cuando no la adoran, la odian.

El sábado Alonso dijo que Murena lo usó como personaje literario. Mientras me lo decía sentí súbitamente que yo también podría «usarlo» de la misma manera.

¿Por qué todos reaccionan negativamente ante Cristina? No la sufren. Ella es sofisticada, rebuscada, como una pequeña actriz inexperta. ¿Cómo no comprenden su conmovedor disfraz? Ella tiene miedo. (¿O estoy hablando de mí?)

Siento que transito por una etapa decisiva. Me han humillado, injuriado y demostrado que no soy sino una niña caprichosa que no sabe qué quiere. En mí está el convertirme o no.

29 de agosto

Continuaré con este diario. «Necesito tener una referencia», dice siempre Cristina. Ahora lo entiendo. «Una referencia», algo que la relacione consigo misma. Por eso lleva tantas libretas y cuadernos. Es que los días pasan por oleadas. Hoy he mirado el calendario largamente, sin poder creer en la fecha. ¿Cómo diablos he podido llegar hasta el 29 de agosto sin percibirlo? Esto me asusta. «Je n’est [*sic*] suis qu’une pauvre rêveuse.»

Hace tiempo que no escribo extensamente. Todo me molesta: la pluma, la máquina de escribir. Esta lapicera ya casi no es mía. La he abandonado por mucho tiempo. Pero tampoco la máquina escribe bien. Estoy aceptando el pensamiento de

que quizás mi poesía no adelantará y la novela jamás será escrita. Estoy como ayer, como hace cinco años: en la gran automatización.

No leo nada. Mis lecturas van cada vez peor. Soy frígida en todo el sentido de la palabra. No me puedo entregar ni puedo gozar de nada, salvo de las fantasías eróticas y regresivas.

El sábado fui a comer con Roberto V. No me di cuenta de que me tendía una trampa. Me quería atiborrar de alimentos y, al mismo tiempo, manifestaba reiteradamente que no tenía dinero. Yo pensaba en lo primero antes que en lo último. Comimos mejillones, langostinos, caracoles: todo lo que hay en el mar. Hasta que se puso ebrio y me dijo lo que pensaba de mí: cosas horribles, relacionadas, casi todas, con la avaricia, tanto material como espiritual. Yo le decía que sí, que tenía razón. Se lo decía con una serenidad y una majestad y una bondad increíbles: quería escuchar más, algo en mí se alegraba con ese retrato siniestro: por eso lo alentaba con mi presunta humildad. Era una orgía de sadismo y masoquismo. Creo que lo que yo deseaba era no ver más a R., que ya me está cansando. Además, no pienso cumplir el pacto que hicimos. Pero fue excesiva la manera con que él y Cristina prostituyeron mis dichos y actos. Hasta censuró mi sed, mi necesidad de tomar agua. (¿Qué me pasará que tomo tanta agua?) Dijo muchas cosas horribles. Después nos fuimos: yo, decidida a irme a mi casa; él, a continuar la noche. Quiso llevarme a un cabaret de Reconquista, oscuro y con policías en la puerta. Me resistí. Mi serenidad me asombraba cada vez más. Caminamos y me propuso ir a su casa a acostarnos. Allí llegó mi hora: le expliqué, en una forma cerebral y agobiadora, que yo no me acuesto con quien no me acepta. Discutimos como niños. De pronto, todo comenzó a ser terriblemente ridículo. Cuando nos despedimos R. dijo que iba a pintar un cuadro sobre los «amores prohibidos». Yo dije que «no hay amores prohibidos sino palabras prohibidas». La frase me gustó y me hundí en mi habitación. Me sentía fuerte y sana, casi contenta. Decidí no ver más a R. ni a Cristina. En verdad, todo lo que dijo R. le fue sugerido, a mi juicio, por Cristina. Entre otras cosas, R. dijo que estoy absolutamente loca ¿Por qué lo dijo acusándome? Y la verdad es que yo pienso que son ellos, R. y C., los que están absolutamente locos.

El miércoles vinieron R. y C. C. me obsequió un maravilloso perfume francés. A R. le dio una hemorragia en la nariz. Los dos estaban encantadores. Querían disculparse, de alguna manera, conmigo. O tal vez les soy útil para su sadismo. O tal vez por el pacto. No mencionamos el episodio del sábado. En un instante dado, cuando mis padres se despidieron para ir al cine, sentí terror de quedarme sola con ellos. ¿Y si hubiesen venido a asesinarme? Pero no. Comimos en mi habitación. (Yo comí poco: no me entregaba.) Se fueron temprano: R. se dejó olvidado un librito de reproducciones de iconos que le regaló C. Me quedé contenta y lo leí muchas horas. De todos modos, el pacto no puede cumplirse: ir a Francia con R. y C. es tomar una nave rumbo al infierno. Lamento haberme acostado con ellos en lo de Hugo.

Ayer desperté mal. Me fui al cine. Vi *Internado de señoritas*, que me dejó

convulsionada. Mi adolescencia. Mi espantosa adolescencia. Ese amor de una alumna por su profesora. Una situación así pero correspondida me hubiera salvado. Volví a mi casa enajenada, tal vez esquizofrénica. Toda la noche tuve fantasías eróticas en torno de este asunto. No puedo creer en mi edad. Me siento estafada. Y lo peor es que ya es tarde. Además, no puedo tener aventuras sexuales con mujeres. (La experiencia del miércoles.) Nada puede compensar mi necesidad de ternura. Nada sino la imaginación.

El miércoles estuve con Olga. Está vieja y fea. Nos comunicamos. Fue dulce y buena conmigo. Ahora no tengo ganas de llamarla más. Por la noche me emborraché y traje a mi casa a una chica que conocí en lo de O. Nos acostamos. Me acosó con sus anhelos de un amor exclusivo: si estoy enamorada de alguien, si soy fiel, etc. Quiso fornicar conmigo pero no pudo debido a mi frialdad. Me preguntó para qué la traje a mi casa. Yo me encogí de hombros y no le respondí. En verdad no le respondí a ninguna de sus preguntas. Se fue horriblemente triste y enamorada de mí. (Ahora no recuerdo su rostro.)

La que me atrae mucho es Jackie. Pero creo que me atrae su indiferencia por mí. No obstante, el miércoles me dijo, por primera vez en estos años, una frase ardiente. Me tomó de las manos, me atrajo hacia ella y dijo: ¿Por qué sos tan dulce, Alejandra? Yo me reí y me fui. Hay instantes en que soy tan seductora que necesito acercarme a todos, donarme, exhibirme, en el orgasmo de mi gracia.

La solución sería poder tener amigos sin que mediaran cuestiones morbosas entre nosotros: sadismo, masoquismo, transferencias, frustraciones, etc. Lo que jamás he logrado. Ejemplo: Luisa, que me mira con admiración y fervor. No soy capaz de ir al cine con ella. Y ello porque no me hace sufrir.

Estoy comiendo mucho. En una semana he perdido mi esbeltez, que tanta paciencia y dinero y sufrimientos me costó. Comienzo a comer sin hambre y entro en una oleada de automatización. Cuando regreso o despierto o tomo conciencia de mi acto, veo en torno de mí alimentos prohibidos y siento mi ser lleno, ahíto, insoportablemente colmado y odiado. Éste es un problema casi insoluble. Y lo es porque no se puede resolver definitivamente. Hay que luchar todos los días, como Sísifo. Esto es lo que no comprendo. Que la vida contiene días, muchos días, y nada se conquista definitivamente. Por todo hay que luchar siempre y siempre. Hasta por lo que ya tenemos y creemos seguro. No hay treguas. No hay la paz.

Hay en mí algo indestructible. Algo sano. Algo que me salva y que me salvará.

L. D. habló de mi «doble vida». (Me sentí horriblemente interesante.)

Usted vive una vida doble: por un lado las orgías, o los deseos de orgías, por el otro un ascetismo, un estudiar y crear en el silencio y en lo humilde, o por lo menos, un deseo de ello.

Si me dieran a elegir, elegiría lo segundo. Mi lado orgiástico proviene de mi carencia de ternura materna, que a veces me angustia como un cuchillo envenenado

en el cerebro.

Tengo que ir a Francia. *Recordarlo*. Recordar que debo quererlo mucho. Recordar que es lo único que me queda por querer, en este mundo ancho y alto.

Aún sigo con Góngora.

Domingo, 30 de agosto

Dormí más de nueve horas. Me despertó una llamada de Cristina. Fue duro: como si me hubieran extraído de la boca del dios de los sueños. Yo era el dios y lo extraído. Me encontré con C. para ir al cine. No fuimos; ella no tenía ganas. Hablamos de la «vida sana»: orden, ascetismo, trabajo, etc. Particularmente nos ocupamos de la alimentación, parecía un tema inagotable. En este sentido somos iguales: las dos quisiéramos ser ascéticas. Y somos seres esencialmente enfermizos y morbosos. Complejos orales. Hoy me siento fuerte. He comido poco, he planeado mi viaje a Francia. Lo esencial es hallar un sitio en que estar sin que cueste nada. Veremos si podré ir a la ciudad universitaria. Me fastidiaría vivir con mis familiares. (Es más: me angustiaría.) No obstante debo ir igual, aunque fuere a la casa de ellos.

Cristina dijo que mi rostro era terriblemente bello y delicado. Y que soy positiva (no destruyo). Le creo a medias.

Dificultades con la poesía y las lecturas. No escribo una línea. Antes quiero leer mucho. No comprendo bien qué relación hay entre ambas pero me avergüenzo ante mí de mi disipación literaria: he volado por todos los libros. Y no sé nada. Nada me ha servido ni ayudado. Está dicho: no quejarme ni lamentar lo pasado. Remediarlo de alguna manera. Pero estoy tensa y ansiosa por aprender. En un estado así no puedo ser objetiva, y cómo leer bien sin objetividad. G. Picon: una comunicación íntima y entrañable con el libro, que no es análisis estilístico ni entrega pasiva sino una comunión. Primero: cuestionar la obra, conocerla y comprenderla; después entregarse a ella, dejarse invadir por ella.

Lectura de Góngora: bastante penosa. No entiendo la mitad de las alusiones a la mitología. Pero estoy cediendo a la magia de su lenguaje. Después de diez o quince lecturas más me será claro y accesible.

Leer la Biblia.

Góngora: *primera lectura*.

Escena del joven embebido en la encina mientras las zagalas, paridas por las montañas, cantan y bailan. La dificultad de G. (una de las tantas) es la supresión de referencias de las imágenes. No dice que «esto» es como «aquello» sino que menciona directamente el «aquello». Su sensibilidad de «gigante de cristal».

31 de agosto

Esa enajenación, esa fiebre del trabajo, horas y horas, sin noción de que éstas pasan. Cuando se trabaja no duele el aislamiento. ¿Y cuando se ama?

No terminaré más las fichas de versificación. Y no obstante son fáciles de hacer. Pero tan aburridas como leer la guía telefónica. Yo elegí…

2 de septiembre

La traición de Enrique. La de Mary. La de Elizabeth. La de Mina. La de Cristina. La de Roberto. Es demasiado; en verdad…

3 de septiembre

> El gongorismo-culteranismo es la síntesis y la condensación intensificada de la lírica del Renacimiento; es decir, la síntesis española de la tradición poética grecolatina.
>
> D. ALONSO

La lectura de Góngora no adelanta. Tal vez es injusto exigirme que lo lea, justamente ahora, que no me puedo concentrar en nada.

Las horas han volado. Las hice volar. El ensayo de Picon va bien. Si yo tuviera una mesa cómoda trabajaría más. (Pero si me voy a París.)

No quiero consignar mi estado mental. He hojeado las obras de Artaud y me contuve de gritar: describe muchas cosas que yo siento —en esencia: ese silencio amenazador, esa sensación de inexistencia, el vacío interno, la lucha por transmutar en lenguaje lo que sólo es ausencia o aullido—; y también habla de los períodos de tartamudez: la lengua rígida, la asfixia. Y también he hojeado un ensayo de Jung. Y tuve miedo de estar loca. Es más: me desilusioné. Porque si yo estoy loca, ¿por qué me pliego a las convenciones? ¿Por qué no me cubre la inconsciencia, el frenesí, y el delirio? Y si no estoy loca, ¿por qué hay este silencio en mí, esta tensión interrumpida ocasionalmente por la angustia, la ansiedad y el llanto?

Envidio profundamente a Virginia Woolf.

La mente humana es un misterio.

0:45 h. Ahora, a leer la Biblia. Los griegos.

Domingo, 6 de septiembre

Katherine Mansfield y V. Woolf. Vitalmente, o mortalmente, me siento más cerca de la primera. Dada mi situación y educación, jamás comprenderé, creo, la vida de una aristócrata inglesa. No obstante, he comprobado que mis poemas son más profundamente sentidos y vividos por personas de —digamos— clases altas que por las demás. Lo que sucede es que yo, como judía, no me considero de ninguna clase. Y jamás comprendería a quien despreciara mi origen. Es más: creo estar orgullosa de él. (Esto se relaciona con fantasías infantiles.)

He pensado que comenzaré a escribir de 10 a 13 h (hoy me levanté a las 10:30 h).

Si sólo fuese menos oral. Un poco menos de complejos orales. Imposible estar una hora sin un cigarrillo, una uña o alimentos, en mi boca. Cada día fumo más. Y ciegamente.

Ayer vino Susana. Hicimos juntas un artículo obsceno sobre un poema de Estrella Gutiérrez. Nos divertimos mucho. Yo, no obstante, no me atrevía a mirarla a los ojos. Parecíamos dos niñas jugando.

11 de septiembre

Vi a Miguel. Apareció Cristina. Parece enojada conmigo. Sus ojos llenos de reproches. Ahora me angustia pensar en ella. Su rostro amenazador, lleno de cuchillos. Ella y Roberto: dos jueces. Yo soy la acusada. Todo esto es subjetivo. (?) ¿Cómo hacer para que la gente no me duela? No verla. *Pas possible*.

Dice Miguel que en casi todas sus fantasías eróticas estoy yo. (Creo que tendré, etc., etc.) Me gustaría estar en su mente cuando fantasea conmigo.

Mundo sin magia. Espero.

Mi viaje. ¿Me voy o me expulsan? Casi siento que me obligan a irme. Pero quiero irme. Es decir, sé que debo irme ahora.

No pertenezco a nada, a nadie. Una vez, hace muchos años, sentí que mi cuerpo era mío: mis ojos, mis brazos: si quiero los muevo; si no quiero, no… Y me sorprendí de la autoridad de mis padres. ¿Cómo podían darme órdenes y esperar que las obedeciera si yo era mía? Yo soy de mí, pensé asombrada. (Hoy, después de años, recordé esa sensación de soledad o de libertad. Tal vez el único suceso metafísico de mi adolescencia.)

El error es creer que los otros piensan y sienten y yo no.

—Dentro de mí hay un silencio —dije.

—Y también rumores —dijo él sonriéndome con ternura.

Entonces llegas tú, con ojos, con miradas, contemplándome hasta quemar mi edad y mi historia. Me regresas, me trasladas al tiempo sin números, me zambulles en el mar de sangre y cielo. Yo duermo y oficio de contemplada. Mis ojos arrojan fuego verde por los párpados cerrados. Sonrío como un pájaro que muere en medio de su canto. Me deshago en tu mirada: en tus ojos hay la seguridad y el orden, hay la

creación, hay la poesía seria como una invocación a la lluvia. Habito tus ojos para guarecerme del frío y del peligro conocido. En tus ojos hay las aventuras que siempre finalizan con manos entrelazadas. Llega a mí.

Entonces la Gran Sombra encarnó y me abrazó.

—Mi niña —dijo—, ¿hace cuánto que me esperas?

Yo lloré y me dejé abrazar.

—¿No sabes hablar? —dijo.

Yo la miré confundida. ¿Cómo se habla a una sombra?

—Tengo miedo —dije—. Tengo tanto miedo.

La Sombra me abrazó más fuerte como si yo fuese una viajera asfixiada. Yo lloré más: sentía piedad por mí, como si yo no fuera yo.

23 de septiembre

Todo lo humano me es ajeno.

Problemas con el viaje a París: ¿quiero o no quiero ir? Terror de vivir con mis tíos y primos. ¿Qué harán con su monstruosa sobrina? No obstante, debo ir.

Preferiría volverme loca y fantasear que amo y soy amada. Un mundo abrigado y amparador. Al diablo los esfuerzos por vivir.

No tengo que comer. Tengo que aprender a decir *no* a los alimentos, como si ello fuera lo natural y la única respuesta posible. Así como un cojo diría que no corre porque no puede.

Terror de quedar paralítica. Culpa de estar siempre sentada o acostada.

No me resigno a no ser bella. Es como si se hubieran equivocado. Yo debería ser bella. Toda yo estoy hecha para serlo. Tengo un alma de mujer bella.

No puedo leer ni escribir ni hacer nada. Estoy tensa y hambrienta y deseosa de aniquilarme. Adiós la poesía y todo. Que me golpeen para decirme que no soy la única que existe. Quiero morir. Que me pase algo. Que me acuchillen. Que me pongan ventanas y puertas y que las abran. Me asfixio dentro de mí. Me peso.

Entonces llegaste tú en la nube de silencio. La novia del tiempo. La maga terrible que transforma los pequeños silencios en un silencio grande como el mundo. Y me elegiste para llevarte la cola en el templo.

Sacerdotisa de la ira.

El señor nos mostró su falo rojo con lunares blancos.

—¿Es usted miope? —le pregunté.

—Decime más. Repetilo —gritó el señor, con las venas del cuello hinchadas.

Yo lo repetí.

—¿Querés vivir? —dijo.

—No —dije.
—¿Qué querés? —dijo.
—Nada —dije.
—¿Y para qué vivís? —dijo.
—Yo no vivo —dije.

—Madre —dije—, ¿dónde estás? No te escondas. Apúrate que me persigue el tiempo y tengo miedo. ¿Qué haré si vienes cuando yo sea vieja? Las viejas no necesitan madres. ¿Cómo me sentaría encima tuyo si mis huesos chirriaran? Apúrate que mi piel huele a recién nacida. Apúrate y ven aquí porque el tiempo me persigue y si tú no vienes me encerrarán. Que eso les pasa a las muchachas que no son oídas.

Entonces abrió los ojos y la Esfinge dijo: ¿Crees que la muerte, etc., etc.? Y alzó su brazo de piedra para acariciarme la cabeza.

—Cosa linda el sexo —dijo el anciano enseñándome el suyo. Yo lo examiné.
—No es gran cosa —dije.

[*Tachado*] mundo femenino. [*Tachado*] coordina con el mundo de los sueños, de la alimentación, del ensueño en vez de pensamiento. Todo, en él, es detrás de la vida, en un vestíbulo umbrío, reminiscente de la atmósfera de Matisse. Mundo obeso y dulce como un poema árabe. Opio. Alcohol. Humo. Todo lo que es opuesto a esto es lo masculino. Aprender a amarlo es como curarse de una toxicomanía (*Dans mon cas*).

Primero: Una confusión completa. Una fuga o ausencia en manos de la diosa que enceguece a sus preferidos.

Segundo: Una humildad.

Tercero: Hay o no hay reglas. Posiblemente la única es la de Rodin: *Il faut travailler*.

Cuarto: El peligro de una mente en blanco, como un espejo. Es el origen de todo. Carece de objetos en que fijar su atención. (Keats…)

Dylan Thomas: «Pero yo ya no sé cómo ayudarme. ¿Cómo ayudar a alguien que no puede ayudarse? Siempre he querido ser mi propio psiquiatra, como siempre he querido que cada uno sea su propio médico y su propio padre».

Nerval y Rimbaud descubrieron que hay una ascesis necesaria para [*ilegible*]

Siempre es demasiado tarde para morir. *Siempre se muere demasiado tarde*. Cansada de ser mi médica mi enferma mi madre mi padre mi hija (cuando sea vieja seré mi abuela y mi nieta).

5 de octubre

No sé si quiero ir a Francia. Creo que no. ¿Qué haría allí? Probablemente haría planes para mi retorno. No obstante, debo ir. Ahora o nunca.

Me angustiaría vivir con mi familia. Lo ideal sería vivir sola —mágicamente sola.

Poemas de Milosz en la nueva traducción de Galtier. Desilusión. Hasta ahora, el mejor poema es «La berlina detenida en la noche». Y ello, porque carece de dos defectos esenciales de M.: exceso de invocaciones y decir cosas metafísicas por medio de conceptos.

Mi lucha por leer despacio y bien, por no devorar, «avaler», los libros. O por desbrozar en la selva de las imágenes que me pueblan y hallar un claro por el que pueda penetrarme algo proveniente del exterior, un poema, una voz.

Murió Juvenal Ortiz Saralegui. Una hora antes de saber de su muerte pensé en mi infidelidad a la promesa de escribirle, y me prometí hacerlo. No obstante, confiaba en que pasara algo que me permitiera huir de este compromiso. Bueno, ya pasó. ¿Estás contenta, *ma petite Alexandra*? «Ça m'est égal.» Si por mí fuera, se pueden morir todos. Lo esencial es que yo «tome té». *Merde alors!*

Releí mi último libro. Hay poemas tan malos, tan horriblemente malos que jamás hubiera creído que pueden ser míos. ¿En qué demonios pensaba cuando no los rompí?

Huyo de lo esencial. Estoy enferma. Desintegrada. Agotada. Casi loca, o tal vez completamente. No cuento con casi nada o nada —¿qué defensas usar ante la gran evidencia?—. Ahora bien: ¿qué hago conmigo? ¿Qué haré conmigo? Voy a Francia o me quedo aquí. Estudio pintura o sigo con los poemas. O ambos. No. Ambos no. *Le Taureau est lent*.

De a uno. Despacio. Siempre haré poemas. Miento. No me conmuevo. En el fondo no respeto nada. Soy de las que ponen bigotes a la Gioconda. La poesía. La poesía. Mi único amor es el sexo. Mi único deseo ser puta. O no serlo. Pero legiones de hombres. Y si quieren, vengan las mujeres y los niños. Particularmente niños y niñas de doce años. Alejandra Nabokov. (Pero es que *yo* tengo doce años…)

Lo del sexo es otra mentira. Un instante de onanismo, nada más. La gente debería masturbarse. Amarse platónicamente y masturbarse. Así sería el reino de la poesía. Fornicar sería como rascarse. Hasta podría ser público. *La chair est triste*. Y en verdad, mucho mejor si no hubiera sexo. Sin deseos, sin anhelos, un flotar, un deslizarse, sin sed, sin hambre. El vientre materno.

Martes, 6 de octubre

Vi de nuevo *La sed*. Salí del cine transformada en una estatua. No más sentir. No más luchar. Un perfume a fin del mundo me rodeaba como un halo. La muerte se me apareció como la única salvación. Pero no se trata de salvarse sino de terminar lo antes posible. Todo esto no tiene sentido.

Hoy he leído *Le voyage sur la terre*, de Green. Lo comencé despacio pero después tuve que apurarme porque estallaba de angustia y sólo quería saber más y más de esta historia. La película y el libro me han arrastrado a un urgente deseo de morir. Pero ahora llueve. Y me dejo seducir por la dulzura de la lluvia. Yo moriré bajo el sol. El enemigo.

La homosexual de *La sed*. Sus ojos, en la escena de su encuentro con la mujer histérica, tenían un brillo tan mítico, una fijeza tan terrible, que hubiera querido levantarme e introducirme en la pantalla. Una mujer así no es homosexual, no es nada. Es de otro mundo. Por eso aún vibro y me disuelvo de deseos de encontrarla. (Posiblemente esta noche fantasee con ella muchas horas.)

No tendré que esperar a la noche. Ya siento las señales familiares: un fuego en la casa del corazón. Un yacer sorda, ciega y despreocupada respecto del tiempo y del espacio en que estoy. Me siento protegida. Los seres mágicos —aquellos a los que les atribuyo magia— me hacen vivir. Los demás son «fantasmas trémulos recorridos de cólicos». Hasta hoy, ¿cuántos seres «mágicos» he conocido? La señora vieja y la joven, de negro ambas, que pasaban junto a mí todas las mañanas. La casa que habitaban —cercana a la mía— era el castillo encantado. Años después, la profesora de física, el profesor de historia, Lilia Deniselle y por último, Ostrov. Olvidaba a Greta Garbo, a Edwige Feuillère en *Le blé en herbe* y a la esfinge de *La sed*. Creo que se llama Eva Herring. Olvidaba también a la Virgen María y a Picasso. También la muchacha que juega con una mano en *Le chien andalou*.

Hay, además, instantes fugacísimos en que un ser exhaló magia: ciertas cartas de Clara, Jackie cantando canciones francesas, Juliette Gréco en una canción que no recuerdo, Olga cuando se arrodilló a buscar algo y yo sentí su perfume y vi sus ojos y temblé, pero al instante ya se había pasado. No obstante, el más perfecto ha sido Ostrov. Y cierta mirada de Greta Garbo.

Debo agregar el retrato de Beatrice en la habitación de Elenita.

Ahora que detallé a estos seres o instantes. ¡Es tan poco! ¡Tan nada! ¿Y para esto he vivido tantos años? Porque lo demás no existe, jamás ha existido para mí. Pero ¿qué tienen estos seres, estas voces, que así me atraen o me han atraído? ¿Por qué me llenan de suspenso y de misterio? ¿Es sólo un oscuro presentimiento relacionado con mi presunta carencia de ternura materna? Yo sólo sería feliz en un mundo de esfinges. Sin palabras. Sólo la música, el vino, y los ojos más intensos del universo contemplándome.

8 de octubre, jueves

He podido salir, en cierto modo, de la desesperación de ayer. Nunca fue tan irracional: sentía deseos de aullar y de caminar a cuatro patas. Una bestia herida rodeada de precipicios.

Moira, de Julien Green. Siempre, tanto en sus novelas como en su diario, Green me impresiona como un ser que escribe con silencios, no con palabras. Creo que es el novelista que más amo.

Ayer encontré a S. Me asusta comprobar qué parecidas somos. Pero mi voluntad está más destruida que la suya. No obstante, ambas somos exageradas y ampulosas. Ambas queremos devorar todo el saber del universo. Yo me pregunto, ahora, para qué quiero saber. Y en principio, qué quiero saber. A esto último mi respuesta es fácil: Todo.

Soñé con Elenita. Estaba Ostrov, que me impedía beber. Yo estaba muy dominada por él.

No sé si deseo irme o no. Pareciera que no, a juzgar por ciertos actos «fallidos»: no sacar el pasaporte, no ir a la Embaj[ada] Francesa.

14 de octubre

Mercedes S. dijo que yo debiera estudiar «dirección» en la Escuela Cinematográfica de París.

Encuentro con R. J. y M. M.

—¿Siempre preocupada por la poesía? —me preguntó R.

—¡Siempre! —dije.

Pero dentro de mí lloraba.

¿Por qué no ir en marzo a París? En un barco de carga. Con O. y M. Me parece inaudito no perecer ahogada si vamos en un barco de carga. Pero con ellas no tendría miedo. (Presiento que yo moriré ahogada. O mi miedo hará, tal vez, que mi presentimiento se cumpla.)

Estoy muy animada con la idea de ir en un barco de carga. Es injusto trabajar tanto para un pasaje. Lo esencial es ir gratis.

22 de octubre, jueves

Toda la semana preocupada por mi columna vertebral y por el maldito fin de semana. Lo de siempre: el sábado comí en lo de S. Estaba A. M. B. Yo, por supuesto, me emborraché. No hice nada pero me avergüenzo. El domingo fue peor. Es indudable: mi preocupación esencial son los otros. Busco las miradas de aprobación, y cuando no las obtengo, quiero morir. Es mi sufrimiento más profundo. No comprendo cómo, sabiéndolo, habiendo tomado conciencia de ello, no supero este estado adolescente que amenaza perpetuarse hasta mi muerte.

Hoy vi al Dr. P. Habló de mi vida enfermiza. «Usted parece practicar una filosofía

de la muerte.» Cigarrillos, café, alcohol, y encierro en mi habitación colmada de libros.

No pienso en mi viaje. Lo terrible es que todos los que me conocen ya saben que me iré. Y me preguntan. Y yo siento que me expulsan.

Tengo miedo de pensar en mí. Jamás estuve tan desorientada.

Viernes, 23 de octubre

Soñé con D. A. Dessein. Tenía un atril maravilloso. Yo le decía: «Un viejo atril es como un vino: cuanto más viejo más delicioso». Y en verdad, me gustaba muchísimo ese atril.

Comencé a leer el diario de Cesare Pavese. Profunda sorpresa. Y miedo. Porque casi todo lo que ha escrito me parece pensado por mí. Es más: yo lo he pensado —mejor decir: sentido— y hasta he tomado notas de ello en mi diario. Me desilusiona un poco tanta semejanza y, al mismo tiempo, me siento *salvada*. ¿Salvada de qué? No sé. Pero de algo oscuro y viscoso. Posiblemente me refiero a la locura.

Águila de Blasón, V. Inclán.

Leí los primeros cuentos de Katherine Mansfield. Tiene un profundo sentido del ridículo, y algunos son casi tan deliciosos como los cuentos posteriores. ¿Cómo podía sentir lo cotidiano con tal intensidad?

Anoche hice planes para mi «importantísimo» futuro. Busco comprometer todas mis fuerzas en algo —en algo que me secuestre de dormir diez horas por día, de comer por hastío, de leer folletines, de sufrir junto al teléfono porque no me llaman X. o Z—. Traté de ponerme un plazo de cinco o diez años dedicada a una sola actividad, un solo aprendizaje. Tengo que salir de mi estado actual. ¿Actual? Hace veintitrés años ya que estoy en él. ¿Qué me hace suponer que cambiará? Y ahora que lo escribo me hago trampa. Siento que lo escribo para romper el hechizo, para que se interrumpa. Pero cinco o diez años en una tarea y después suicidarme no es un futuro desdeñable.

Cada día tartamudeo más. Pero no sé si es tartamudez. En el fondo, no quiero hablar. Así como me alimento sin querer hacerlo sino que lo hago por compulsión o por temor del vacío, así hablo, sabiendo, no obstante, que debería callar.

Mi sufrimiento es el ómnibus cuando pido el boleto, mi temor de que mi voz no salga y todos los pasajeros contemplen, tentados de risa y asombrados, a ese ser monstruoso que se debate y pelea con el lenguaje.

Mi sufrimiento cuando hablo por teléfono y no me surge la fórmula de despedida «adiós» o «hasta luego» sino una serie de estertores ininteligibles que anulan todo lo que dije precedentemente y transforman mi conversación anterior en una broma, en un simulacro o, tal vez, como alguien que pensó que hablaba con un ser humano y descubre, por un detalle final imprevisto, que no es un ser humano sino algo extraño,

ambiguo, no poco repugnante en su misterio.

Peor sería si fuera muda. (Ahora me entró el terror de enmudecer.)

Sábado, 24 de octubre

No es tartamudez. Es imposibilidad de pronunciar ciertas consonantes, particularmente las nasales.

Fui al cine con C. Cada vez que la encuentro me alegro, pero después de una o dos horas con ella, siento deseos de enviarla al infierno, que tanto se lo merece. Me enseñó un poema suyo con gran influencia de mi poesía. Me siento estafada.

Vi *Almas en subasta*. Mejor dicho, vi a Simone Signoret. Todos mis complejos edípicos se agolparon en mi sangre mientras la miraba. Volví a mi cuarto, a mi soledoso cuarto, con unas ganas terribles de morir.

A. G. dijo que tengo el pulso demasiado bajo. Tal vez mi angustia se deba a una cuestión glandular.

No me resigno a no ser bella. No hay nada que hacerle.

El Dr. D. descubrió, a causa de un acto fallido que cometí, que no soy casada. «Puede hacer uso matrimonial», dijo con los ojos duros.

Encontré a R. C. Me sentí cómoda con él. ¿Estará aún enamorado de mí? No lo creo.

Apenas veo a un hombre, lo imagino en el lecho, fornicando conmigo. No obstante, no quiero fornicar con nadie.

Domingo, 26 de octubre[15]

Poesía es lirismo. La poesía es experiencia —así decía Rilke. Y yo digo: experiencia de la palabra.

Hay que leer muchas poesías. Experimentarlas.

A la tarde vinieron L. y G. L. me dio la medida de mi enorme diferencia con las demás muchachas de mi edad. Habló de la necesidad de rebelarse contra esas instituciones llamadas «novio» y «casamiento». Yo la miraba con asombro. Para mí ya no existen —si es que alguna vez existieron— esas cuestiones. Ni rebeldía ni aceptación. Nada.

No obstante, me gustaría casarme, por el solo hecho de experimentar un estado tan famoso. Estar casada una semana o un mes. De esta manera, podría casarme cinco o seis veces o más, sin ningún problema. Creo que me gustaría mucho y me divertiría bastante.

L. insinuó que le gusto. ¿Cuándo conoceré a una muchacha sin tendencias

homosexuales? Pensándolo bien, no conozco ni he conocido ninguna.

Comienza a seducirme «lo español».

Martes, 27 de octubre

Cada vez más obesa. O al menos así lo siento.

Fui a ver al Dr. R. «Usted es anormal», dijo. «¿Cómo?», dije. «Quiero decir que sufre de las glándulas», dijo.

Ahora tomo unas cápsulas que me afectan los nervios.

He descubierto mi tendencia a conversar de temas obscenos, tratándolos con humor. Como dejando soslayar que participo en terribles orgías sexuales. Debe ser una manera de encubrir mi forzosa o forzada castidad, o lo que fuere. O también, para demostrar que soy absolutamente heterosexual, dado que mi vestimenta bohemia y mi voz ronca pueden hacer pensar en la homosexualidad. Lo cierto es que hablo como una devoradora de hombres. *Moi! La pauvre petite*.

La pauvre petite tiene que adelgazar. Esto es urgente. Pero ¡dios mío! Cada vez me asquea más mirarme al espejo.

No hago nada.

«Kyo sufría con el dolor más humillante: el que se desprecia experimentar.»[16]

31 de octubre, sábado

No puedo leer *La condición humana*. No comprendo lo que leo. Pronto habré de retornar a los cuentos para niños. Pero tal vez ni a ellos los comprenda. No puedo leer. (Tal vez sea a causa de las pastillas para las glándulas. Me enervan.)

No puedo escribir, seguir escribiendo. Mis nervios no lo soportan.

Mi vida es una larga digestión. Todo depende y está subordinado a la heladera y su contenido. Abalanzarme sobre ella y comer. He aquí mi compulsión desde el mes de agosto. Y ello, a qué se debe. De qué huyo. Mi tartamudez. Mi imposibilidad de estudiar a causa de ella. Mi viaje a Europa, que tanto me angustia. Mi carencia de dinero. Mi dificultad para comprender, para escribir, para leer, para hacer algo. Mi desorden externo e interno. Mi imposibilidad de comunicación con los otros. Mi soledad absoluta. Mi sensación de ser inferior física e intelectualmente.

Descubro que estoy encerrada en mi habitación porque me siento gorda. De lo contrario, hubiera ido a la fiesta de H. P. Pero calculé las calorías de todo el vino que tomaría y decidí quedarme aquí comiendo. Esto es absurdo. Y son solamente tres kilos de más.

Martes, 2 de noviembre

El aplazamiento. Enajeno mi tiempo, como en una sala de espera. No hago nada. Jamás hice nada.

Fantasías sobre la infancia que no tuve, sobre la madre que no tuve. Vergüenza de anotarlas.

Ahora sé por qué estoy obsesionada por adelgazar: es una manera de hacerme más pequeña, más infantil. Porque mi cuerpo adulto me ofende. Por algo es que mis pechos son pequeños. Y no lo eran cuando tenía trece años.

Me gustaría enfermar. Tener fiebre. Vivir absolutamente en las fantasías.

Comenzado *Don Quijote*. Me muero de envidia. No se dijo nunca —creo— de la felicidad de los locos…

Don Quijote pensando cuatro días en un nombre para su caballo. ¿Puede darse mayor capacidad de concentración en la persecución de algo? ¿Qué poeta ha persistido cuatro días buscando una palabra adecuada a un objeto? Nada como la fe de don Quijote. Su carencia de vacilaciones. Es demoníaco.

Y yo… Yo no hago más que pasar de la locura o neurosis o lo que sea a una suerte de conciencia o lucidez doméstica.

Jueves, 4 de noviembre

Ayer, antes de dormir hice este plan: vivir hasta los treinta años. En estos seis años y medio hacer una novela. Vivir sólo para el arte.

Voy al cine casi todos los días. Huyo de mi casa, de su oscuridad, de mis padres, de mis viajes a la cocina con mis complejos orales.

Cap. III. A don Quijote no sólo no lo toman en serio el ventero, los mercaderes, Juan Haldudo, etc., sino tampoco Cervantes. Tal vez por eso se lo ve tan desamparado, tan conmovedor.

Viernes, 5 de noviembre

Cada vez que veo a M. y a E., siento que no puedo comunicarme con la gente. O ellas me lo demuestran o…

Debo sentir celos por su amor. Si bien amor de lesbianas, es amor. Es evidente que se aman. Lo que me enerva es cuando defienden el concepto del amor a los gritos. Me dan ganas de gritar obscenidades.

¿Y si yo, en el fondo, fuera una moralista? Me gustaría mucho.

La gran imbécil. Siempre quiere ser algo.

Conocí a un chico encantador. Esta noche, seguramente, pensará en mí.

Sí. Encontrarse con M. y E. es prueba de mi autodestrucción. Deseo que me torturen. ¿Y por qué me torturan? Porque me tratan con naturalidad, como a un simple ser humano, un poco fastidioso, con cierta bondad, pero al que es preferible ver lo menos posible.

La dulce Alejandra, la hija de puta. Tiene miedo.

Tengo miedo.

Suerte de[17]

16 de noviembre

¡Noviembre, ya! Desconozco el día y el mes que vivo. ¿Es importante?

Soñé con Octavio Paz. Hay una escena de un film en que dos personas conversan. De pronto surge una mano transparente y gigantesca. Yo, que soy espectadora, señalo la belleza de esa escena. Luego O. P. está conmigo en el suelo. Nos abrazamos. A nuestro lado están E. y M., abrazadas también. Luego pasa la mujer de O. P. Es vieja y gorda. Yo me asombro.

Vi a O. Emocionada. Dijo que mi tartamudez se debe a cuestiones exclusivamente psíquicas. Insiste en que debo ir a París. Ahora siento que iré. Aunque sólo fuere para escribirle cartas. Sé que las leerá con afecto e interés.

Martes, 17 de noviembre

Nada. Quiero morir. Ninguna esperanza. Jamás me animaré a suicidarme.

El error está en mi propio desconocimiento. Hago planes como si yo fuera otra. Los hago para otra. Para una muchacha sana o relativamente sana. Y yo estoy enferma. Destruida.

Si vinieran con una lámpara maravillosa, pediría que me transformaran en la mujer más bella de la tierra. No. Pediría más: la niña más bella del mundo.

Me duele hasta morir que no sea bella. Y yo tuve que haberlo sido. De muy niña lo fui. Todo estaba preparado para una realización maravillosa. Hasta que me negaron la bicicleta y comencé a sufrir, a engordar, a destruirme y enloquecerme.

Mis noches de verano cuando niña. En la terraza con mosquitos. Miraba el cielo. Algo me alentaba. Allí estaba lo que mi hambre anhelaba.

¿Cuándo comenzó la desgracia?

Y ahora lo de Susana. Culpable. Hice algo terrible. Soy un monstruo, un animal humillado y enfurecido.

Vi a S. Ha de ser impotente o invertido o asexuado. No sé si me gusta. Le guardo

cierto rencor por no haberse enamorado de mí. Narcisismo.

Sólo esa imagen.

Mi posibilidad de casarme y tener hijos es mínima. Mejor dicho, no hay ninguna.

En el fondo, me repugna ser mujer. Si fuera muy bella, lo aceptaría. ¿Por qué soy tan poco femenina si no soy homosexual?

Y jamás he sido femenina. E. M. dijo lo contrario. Tal vez soy demasiado femenina. ¿Qué importa?

Si me volviera loca en serio. No como ahora. Ahora sólo hay una melancolía absoluta. No deseo nada. Dormir. Solamente dormir. Y soñar. Soñar que me quieren.

21 de noviembre

Sensación a seguridad de fracaso.

Si un ser humano no quiere vivir, qué hace. No vive, simplemente.

Hay algo que me obliga a suponer que existe un malentendido, que tal vez podría aclararse. Ésta no puedo ser yo, me digo.

Soy masoquista. Descubrimiento de ello. Ayer, cuando de pronto cayó la imagen: me pegaban con un látigo. Tuve un orgasmo. No comprendo. No comprendo nada si aún soy tan niña, tan inocente. No comprendo.

Domingo, 29 de noviembre

Me enfermé de rubiola. Desde el martes hasta hoy estuve rascándome. La primera noche me rasqué hasta las 6 de la mañana. No podía fumar ni leer. Ni siquiera construir una fantasía romántica compatible con mi situación. Felizmente me compraron una loción más o menos eficaz. No pensé ni deseé nada en estos días. Solamente, entre nieblas, me vino el pensamiento de mi felicidad anterior a la era del escozor. Me preguntaba asombrada cómo pude llorar y protestar tanto si no me picaba nada. En verdad, es la tortura más profunda y diabólica a que fui sometida. Es preferible un dolor atroz. De todos modos, ya no siento que una enfermedad, cualquiera que sea, podría solucionar mis conflictos. Antes, es decir antes de esta experiencia, vivía a la espera de una enfermedad grave y prolongada que me permitiría leer y escribir y estar en calma. Amparada del mundo y de mí misma. Ahora no. Por vez primera sé —he aprendido— que no deja de ser importante contar con un cuerpo sano y perfectamente disponible.

Todo se niega a que yo vaya a París. Mi familia no escribe. Y yo no sé si deseo ir

o no. Pero tengo que ir para ver, para quitarme esta idea fija de que en París yo sería feliz. Para convencerme de que es absurdo mi presentimiento de que allí me espera el amor. Además, yo debo odiar la realización de mis deseos. Si ni siquiera llegan a ser deseos. Si tengo miedo de soñar, cómo no voy a tener miedo de realizar o alcanzar lo soñado.

He leído unas piezas de teatro Noh Moderno, de Yukio Mishima. Verdadera poesía. Así tiene que ser el teatro. Atmósfera semejante a los films de Bergman, en cuanto a su contenido conceptual. En ambos, la demostración de la futilidad, del absurdo de la existencia humana, encarna en imágenes oníricas y en conceptos breves, terribles, bíblicos. Siempre me ha sorprendido y maravillado que se pueda realizar obras bellas partiendo de la imposibilidad de la felicidad o del absurdo de la existencia.

Me llamó L. Después de tres años. Tal vez me acueste con él. Ahora ya no está el interés: su mujer espera un niño. Pensar que nos íbamos a casar. A L. le gustan las mujeres tontas o fracasadas o enfermas u homosexuales. Y él es tan bello. Pero un poco tonto. Pero yo necesito de la gente bella. Necesito poseerla. No sexualmente sino [*frase incompleta*]

Estoy estéril. Pienso con terror si mi poesía no nació del deseo de demostrar a O. la belleza de mi espíritu. Además, quería que la gente me considerara, para que él estuviera orgulloso de tener una paciente que fuera una poeta de renombre. Por eso rendí exámenes y publiqué libros y leí tanto y hacía para que me sucedieran cosas, que le contaba después. Ahora ya no hay nada de eso. Ni siquiera sueño o si sueño ya no recuerdo. No tengo a quién contar mis sueños. De esto se deduce: *No tengo existencia propia*. Existo en y por las miradas ajenas. No quiero perfeccionarme. (¡Qué palabra ridícula cuando estoy al borde del suicidio!) Necesito de alguien que me impulse, que me aliente. Un papá misterioso, cruel y adorable como O., que me palmee la mejilla cuando le enseñe un poema. Necesito un rostro en mi ser. Un rostro de un amado imposible. Con ese rostro dentro, la estúpida Alejandra se quijotiza y es capaz de todo. Además, ese dolor de amor era mi inspiración. Ahora estoy vacía. Duele más no amar que amar en vano. Y yo no sé si lo amaba.

Pero mi ser estaba habitado por otro ser. Por eso no creía en la muerte y no sentí el tiempo durante cuatro años. Cuatro años sin sentir la muerte de mi adolescencia. Ahora tengo veintitrés. Y no lo creo. Es como si me hubiera saltado cuatro. Y fueron intensos y terribles. Pero fueron de la sustancia de los sueños.

Creo que un poeta necesita amar. Mi amor fue un amor para un poeta. Ahora no tengo nada. No espero nada.

1 de diciembre

Soñé que mi cuerpo envejecía tanto que teniendo veintitrés años la gente pensaba

que tenía cuarenta.

4 de diciembre

> Un niño nace, en un mundo tan oscuro y tenebroso como éste… Pienso que las entrañas de la madre son mucho más joviales y luminosas. ¿Por qué pretenderá salir a toda costa a un lugar más lúgubre? Es idiota. No entiendo nada.
>
> YUKIO MISHIMA

Horacio en la esquina de Córdoba y San Martín. Flaco, con anteojos, traje demasiado holgado y arrugado, todo él (Horacio) de color gris. Menos el ramo de flores —rojas y amarillas— que empuñaba como una espada. Pasó corriendo.

Después de varios años de estar analizándome —me dijo— llegué a la conclusión de que quiero ser feliz. Voy a casarme y a tener hijos.

Yo asentí. ¿Lo vivo como una felicidad? No, a mí me gustaría casarme para descansar, para cesar de torturarme en la endemoniada contienda familiar.

Viernes, 10 de diciembre

Ya está. Me estoy volviendo loca. Ahora lo sé. Tengo miedo.

Cerebro paralizado. Mejor dicho: no hay cerebro, no hay pensamiento. Mi cabeza está hueca. Y ahora sé que hace muchos años que estoy loca. Pero antes me engañaban las imágenes, la fantasía. Ahora se han ido. Ni conciencia ni inconsciencia. Ni mundo externo ni interno. Vacío absoluto. Soy una poeta cibernética. Una máquina de hacer poemas. Pero pronto fallará: nada la alimenta. Nadie la cuida.

Debiera ir a París. Allí me curaría. No lo creo. Y pensar que yo debiera ser la más grande poeta en lengua castellana. Esto lo digo por la carencia de buenos poetas. En el país de los tuertos…

Taquicardia desde el miércoles. Fumo demasiado. Pero no. Me sobreviene cuando pienso en el viaje.

Quejarme y protestar. Basta de reglas de higiene. Llorar y clamar. De todos modos, ya estoy perdida. Ya no me queda esperanza de hacer ni lograr nada. ¿Cómo sería posible si no vivo?

He dormido trece horas. Las jornadas de la vigilia son atroces. Felicidad al acostarme.

Por qué diablos no me moriré. ¿Pero para qué?

Viernes, 18 de diciembre

Pavoroso amor al dinero. Todo se ha unido para hacer mi codicia y ambición: el signo Tauro, la raza judía, y mi infancia desdichada y humillada. Lucho con todas mis fuerzas. Lo terrible de los deseos que se desprecian.

Y qué sucedería si aceptase mi amor al dinero y a la gloria (gloria en el sentido de salir en revistas tipo *Paris-Match*). No. He de luchar conmigo misma. En verdad, el mundo del dinero es el mundo de mi familia. Seguramente lo que yo deseo es que me acepten: y tener dinero o ganarlo o conseguirlo es la única forma de conquistar su admiración y estima.

Pero el signo Tauro, la raza judía, la infancia desdichada.

El problema de mi mente en blanco. Mi inteligencia sólo y exclusivamente funciona cuando un estímulo cualquiera me arrastra a «regresar» en un sentido psicoanalítico: entonces, en dos minutos, tejo una historia perfectamente lógica, hermosa y seductora sobre un episodio cualquiera de la infancia que jamás viví pero que anhelo y extraño (?). Generalmente, los estimulantes son las escenas callejeras o del ómnibus, de niños y/o niñas con sus madres que evidencian inquietud y preocupación por sus hijos, o si no el llanto de un niño oído desde mi habitación, o cualquier hecho semejante. Entonces me hundo, caigo, me precipito, y tengo una hora, un día, seis meses, ocho años, catorce y veintitrés años de edad en diez minutos. Hasta que «despierto» y me acerco al espejo y me imagino a los cuarenta o cincuenta años —una mendiga loca, con manía depresiva hundiéndose en la misma y perenne y eterna fantasía. ¡Dios mío! ¡Dios mío! Y me doy asco, y me desprecio y me repugno y lloro hasta que mi llanto me trae a la fantasía otro episodio, esta vez de carácter masoquista, pero que termina bien, siempre termina bien, con abrazos y besos profundos de una madre con rostro de esfinge, una suerte de Virgen María silenciosa, mágica y todopoderosa que no ama a nadie sino a mí, sino a ésta que no soy yo, porque yo no soy más que una infeliz neurótica con ambiciones y proyectos que jamás se cumplirán.

El estatismo de mi mente. Su inmovilidad pétrea. Ausencia absoluta de pensamientos. De allí la tartamudez.

La falta de espontaneidad.

Pero no hay que exteriorizar espontáneamente porque dentro no hay nada. Sólo silencio y dolor.

25 de diciembre, viernes

He dormido once horas. El viaje a París se hace cada vez más posible: quieren que me salve.

Salvarme, en mi caso, es salir de los ensueños. Amar la tierra, reconocerla y

reconocerme.

Pienso en el día de ayer, y cómo estoy de enferma, cómo no puedo conducirme o contenerme o ser yo. Toda la mañana caminando, es decir, mi cuerpo caminaba, yo estaba lejos, en el país de la infancia, y vivía aventuras felices, hasta que al mediodía volví a mi casa, y me enfrenté con mi habitación silenciosa, llena de libros, de hojas sueltas con poesías escritas que me esperaban para que las corrigiera, y traté de sentarme y leer, pero no pude. Al final me senté en el suelo y leí el «pesa-nervios» de Artaud, que compré ayer, *sabiendo que no debía hacerlo*. Leí varias horas, con un sufrimiento indecible: si hay alguien que puede o está en condiciones de comprender a Artaud, soy yo. Todo su combate con su silencio, con su abismo absoluto, con su vacío, con su cuerpo enajenado, ¿cómo no asociarlo con el mío? Pero hay una diferencia: Artaud luchaba cuerpo a cuerpo con su silencio. Yo no: yo lo sobrellevo dócilmente, salvo algunos accesos de cólera y de impotencia. Finalmente, arrojé el libro que me quemaba, hice un poema lleno de alaridos y me fui a la cocina a hundirme en revistas idiotas de cine y folletines y comencé a comer sin hambre. Después vino Nelly B. Me sentí tan culpable de recibirla habiendo comido tanto y leído tantas estupideces, que me sentí enferma y vomité.

Lunes, 28 de diciembre

Me estoy ahogando. Tomo un vaso de agua por minuto. Pronto me voy a hinchar completamente. Hasta los espejos se negarían a reflejarme.

Continúan los ensueños. Cada vez más morbosos. No soporto mi vida.

He releído mis poemas de los años 56 y 57. He adelantado notablemente. Me sorprendió el exceso de imágenes cursis y fáciles. Pero también me alegró reconocerlas ahora y considerarlas con una sonrisa conmovida y divertida. *Non obstant*, el misterio de mi quehacer persiste oculto: escribo poemas cuando ello o *algo o alguien* lo quiere. Así sucedía a los diez y siete años y así continúa.

El peligro de mi poesía es una tendencia a la disecación de las palabras: las fijo en el poema como con tornillos. Cada palabra se hace de piedra. Y ello se debe, en parte, a mi temor de caer en un llanto trágico. Y también el temor que me provocan las palabras. Además, mi desconfianza en mi capacidad de levantar una arquitectura poética. De allí la brevedad de mis poemas.

Miércoles, 30 de diciembre

Al parecer, mi función en esta vida es ser observadora de amores ajenos, posibles o no. Largas conversaciones telefónicas (*curioso*: la gente prefiere comunicarse

conmigo telefónica que personalmente; ¿será mi carencia de belleza?, ¿mi mirada fija y enloquecida?, ¿mi voz, bastante sugestiva por su gravedad, a pesar del tartamudeo?), bueno, largas conversaciones telefónicas: me cuentan y yo apruebo o no, exclamo, callo, me asombro, consuelo, doy ánimos, filosofo, freudeo, cabalgo sobre lo narrado y le animo a la máxima velocidad. Una hora después, la sesión ha terminado. Corto. Estoy exhausta. A los dos segundos me olvido de lo que me dijeron y de la persona que me lo dijo y maldigo mi falta de tiempo, que me impide dedicarme a la creación.

Pero por una hora no estuve sola, me engañé con la acariciada idea de tener una amiga con la que me comunico y comparto penas y alegrías. ¡Al diablo! En este mundo neurótico no es posible la amistad. Yo estoy casi loca. S., también, o del todo. E., O., M., C., R., todos despojos absurdos, corriendo y huyendo. Pero la locura máxima la comparten C., y S., mis dos «amigas del alma» de este año 1959. C., particularmente, que está a punto para ser llevada al hospicio y que me da un poco de miedo el sólo recordar que estuvo en mi habitación y durmió conmigo. S. no está tan mal, pero hoy la odio porque no quiso venir aquí. En verdad, la única culpable soy yo. Es de preguntarse si se hubiera hecho mi amiga si yo no hubiera exagerado mi máscara de comprensiva – analista – amiga de lesbianas sin serlo – paciente, etc. Recordar que hace dos semanas me trató mal, a causa de una cosa sin importancia, y ello porque estaba A. M. B. y S. teme mi ingenio brillante que sobrepasa el de ella.

Ahora estoy resentida con S. y sólo yo tuve la culpa. Porque debo aceptar mi soledad. (Pero tengo tanto miedo de perder todo contacto con el género humano, de volverme loca de soledad.) Yo no me siento sola, me siento abandonada, que es peor y que significa una soledad trágica, recorrida de odios, no una soledad creadora, rilkeana. En suma, me doy asco. Cada vez que hablo y sonrío y soy cordial y afable, me doy asco porque sé que lo hago para defenderme: simulo bondad, para que no me castiguen ni abandonen, para que me quieran y me ayuden, etc. Pero me desprecio y me repugno y sólo amaré al ser que me ame como soy, callada y de hielo, hecha de silencio y de dolor. Y cuando no precise ser otra ni fingir más, o al menos fingir muy poco, entonces habrá llegado la paz, el amor, la dulzura. Toda esta farsa me rompe el ser, me desarticula, me pierde y me enloquece. Hay que aceptar el abandono y la soledad.

31 de diciembre

Iré a París. Me salvaré. Tristeza reciente. No he tenido a quién comunicar mi alegría del viaje. Ahora la angustia. Ahora la abandonada.

Me gustaría estar con Olga y con Elenita. Me gustaría que vinieran algunas personas y beber vino y alegrarme.

Una muchacha fea, torpe, ociosa, que «no hace nada pero lo hace mal».

M. JACOB

S. debe estar prometiendo soledad eterna y amor eterno a su venerada imagen. Podría llamarme y venir aquí y nos alegraríamos. Pero no: prefiere demostrarse que sufre y se enferma por su amor imposible. A medianoche mirará el cielo en la soledad de la casa vacía, y jurará y prometerá. De todos modos, no se siente sola ni abandonada. Tiene en sí a la virgen protectora —A. M. B. (Al parecer, estoy resentida y colérica. No es para menos. Hay un exceso de neurosis en mí y en todos, y la inocencia se fue muy lejos.)

De todos mis encuentros con elementos lesbianos he llegado a ciertas conclusiones. Y no deben ser muy erradas pues conozco a las lesbianas más notables de la homosexualidad porteña: las insoportables son las viriloides, las que han luchado durante años por aceptarse definitivamente homosexuales, soportando las opiniones y censuras y escándalos del medio ambiente (casi todas las homosexuales son de familia de alta sociedad o alta burguesía), hasta que mandaron al diablo a todo y ostentaron gallardamente sus melenas cortas, sus camisas, sus cigarrillos negros o rubios de mala calidad sospechosa, sus miradas particularísimas, etc. Cuando una lesbiana así se enamora y no es correspondida es capaz de todo. Su amor está hecho, entre otras cosas, de rabia, de ira, de desafío, de egoísmo llevado a sus últimas consecuencias, etc. Y siempre hablan en términos judiciales y éticos: «Hay que…», «No tengo derecho…», etc.

Releo esto último y me entristezco. Ojalá fuera yo así como ellas. Ya no deseo a nadie.

Entre otras cosas, mis padres son culpables de mi sensación de abandono. No sólo me abandonaron en mi niñez sino que ahora manifiestan disgusto cuando estoy sola, sin amigas, sin nadie con quien hablar y comunicarme. Sus ojos expresan acusación y temor. Particularmente los días de fiesta y los fines de semana.

No soy adolescente, soy una niña. A mi edad soy una niña. Una niña que tiene miedo de jugar. Una niña sin la inocencia de los niños. O quizá soy una vieja reblandecida. (Esto me gusta más.)

1960

Viernes, 1 de enero

Himno a la alegría, de Beethoven.

Sucede que el enojo o abandono de S. sólo transcurrió en mi fantasía. La llamé ayer a la noche y conversamos dos horas hasta que gritaron las sirenas y finalizó el año y nuestra conversación. Después hablé con mi madre hasta las tres de la mañana. Hoy, ella estaba un poco avergonzada cuando me miraba. Como si hubiera pecado. *Moi, je la comprend*.

Que este año me sea dado vivir en mí y no fantasear ni ser otras, que me sea dado ponerme buena y no buscar lo imposible sino la magia y extrañeza de este mundo que habito. Que me sean dados los deseos de vivir y conocer el mundo. Que me sea dado el interesarme por este mundo.

Quiero mucho a S. (!) Lo de ayer fue tan sólo un estallido neurótico. Pensar que en ningún momento estuvo enojada conmigo sino que, simplemente, no me llamó en todo el día con el deseo de hacerlo por la noche. (Ver «mi impaciencia».)

3 de enero

Me estoy destruyendo con cigarrillos y comida. Mi cuerpo no soporta más. Ataque de ayer. Asfixia. Es el precio que pago por haber vendido mi vida al demonio de los ensueños.

Ayer me di cuenta claramente que floto como un fantasma. No participo de nada. Huyo de la ley de la vida, de sus leyes, del destino personal. Siempre desde mi infancia he aguardado cosas mágicas llegadas a mí por obra y gracia del misterio.

Y aún ahora me parece absurda la vida de casi todas las mujeres de mi edad: amar o esperar el amor, cristalizado en un hogar, hijos, etc. Es más, todo me parece absurdo: tener un empleo, estudiar, ir a reuniones, etc. Siempre he sentido que yo estaba designada o señalada para una vida excepcional. No sé cómo saldré de todo esto, si llegaré a salvarme o si lo mejor será suicidarme ahora mismo.

Profunda tortura cuando camino por Santa Fe entre el 1200 y el 1800, donde transitan, no comprendo por qué, las mujeres más bellas de B[ueno]s. A[ire]s. Las miro o mejor dicho no las miro porque yo cuando camino no miro nada ni a nadie, sino que las intuyo o las veo de alguna manera, y sólo yo sé cuánto y cómo me fascinan los rostros bellos, y qué culpable me siento, inexplicablemente, de andar con mi ropa vieja, toda yo desarreglada, despeinada, triste, asexuada, cargada de libros, con mi expresión tensa, dolorida, neurótica, oscura, y mi ropa ambigua, mis zapatos

polvorientos, en medio de mujeres como flores, como luces, como ángeles. Está dicho: una mujer tiene que ser hermosa. Y no hay excepciones válidas: aunque escriba como Tolstoi, Joyce y Homero juntos.

Gabriela Mistral y Marina Núñez del Prado, recorriendo y reviviendo América por obra de su añoranza y nostalgia materna. Ambas feas, lesbianas y voluntariosas. Enamoradas de la *madre tierra*.

Si yo despertara, haría, posiblemente, lo que hubiera hecho de no haberme vendido al demonio de los ensueños: casarme con un comerciante judío, vivir en algún suburbio depresivo y trivial, tener un buen receptor de televisión y uno o dos hijos. Soñaría con un automóvil y me preocuparía por el funcionamiento digestivo de mis hijos. Mis diversiones serían el cine (americano y argentino) y los casamientos.

Por lo menos es algo. Es mucho más real que mi vida. A veces creo comprender por qué Rimbaud abandonó la poesía. Pero yo no soy Rimbaud. Y el quehacer poético no tiene que justificar mi mala fe (o mi enfermedad).

Me estoy asfixiando. Temo estar enferma. Ojalá reviente. *8 de febrero, lunes*

Profunda, constante y obsesiva seguridad de que voy a morir dentro de unos pocos años. L. leyó las líneas de mi mano y se asombró de la brevedad de la «línea de la vida». ¿Y bien? Todo está bien. Así debe ser.

Fumo y bebo más que nunca. Ya no hay tiempo para recuperar mi infancia. Sólo un poco de indiferencia. Y quiero ir a París cuanto antes.

9 de febrero, martes

Imposible vivir. De nuevo el conflicto S. Y es culpa mía. Lo del sábado: me enfermé a propósito, debido a que me sentía sola en mi papel de celestina. A. M. B. es más seductora de lo que yo imaginaba. Y yo, creo que me estoy enamorando de S. Maldito sea todo. Justamente ahora[18].

JOURNAL DE CHÂTENAY-MALABRY[19]

Sábado, 24 de abril

Indudablemente estoy loca, soy una loca melancólica, serena, que no molesta demasiado exceptuando sus ojos y su tartamudez. Días pasados me compré un libro de yoga escrito por un optimista, un señor viejo, una guía de la felicidad, y cuando lo leía hacía planes: esto comeré desde hoy, me levantaré temprano, dejaré de fumar, de tomar café, de ayunar o de comer lujuriosamente, estudiaré y me recibiré, me curaré

la tartamudez y dejaré de jugar a la maldita, dejaré de hacer poemas y me dedicaré a la investigación literaria o a enseñar en alguna escuela, salvo que me case, lo que es difícil, pues quién querría casarse conmigo, o me psicoanalizaré, haré algo para terminar con este desorden, porque en verdad, papá es tan bueno, mamá es tan buena, todo es tan bueno. Indudablemente no quiero conocer París, no quiero conocer nada. Me sumo en el seno de esta familia extraña y me adapto a su ritmo lento. Indudablemente estoy loca.

Recién fui al cine. Vi *Les liaisons dangereuses* y *Les quatre cents coups*. El primer film me enfermó. Me enfermó una escena: cuando Jeanne Moreau abraza a Cécile, cuando Cécile se acuesta con su malla de baile y la otra le toca los muslos y le habla mirándole el sexo. Me importa poco si soy homosexual o no, pero esa escena me dejó delirante. Indudablemente mi fin o uno de mis fines es dar rienda suelta a mis delirios homosexuales aquí, en París, creyendo que a mi paso todas las lesbianas se me arrojarían. Y lo que sucedió la vez pasada, el horrible error, la errata fatal, cuando fui a Le Danton y me senté, desprevenida e inocente, a tomar un café y luego ir a pasear, entonces veo que de lejos me mira una mujer, no una sino muchas veces, con insistencia, mirándome sólo a mí, y la vi hermosa, una cabeza rubia, una nariz muy pequeña, el pelo tan corto, casi lesbiana típica, y mirando, mirando como se mira en los sueños. Al fin, pensé, se ha producido lo deseado, una comunicación por la mirada, una fundación amorosa por los ojos, y nos miramos mucho tiempo, casi una hora. Cuando ella llamó al mozo para pagar me miró, lo que me hizo llamarlo a mi vez y pagar. Pero luego se quedó, y yo no podía más, entonces fui al baño, segura de que ella se me reuniría. Pero mientras tanto, durante esa hora, una mujer, muy cerca de mí, una hermosa mujer, me había estado mirando también, y yo no, es más, su mirada me molestaba, y cuando bajé al baño estaba, y sospecho que habrá creído que vine a encontrare con ella. Yo me peinaba desganada, esperando con impaciencia a mi amada contemplada y contempladora. Pero me ponía nerviosa esta segunda mujer, que me miraba por el espejo y sonreía, no sé si insinuante o burlona. Yo miraba el reloj, hasta que pasó mucho rato, y comprendí que la soledad seguía y seguiría. Salí despacio, detrás de mí salió la mujer del baño, pero yo me volví, no podía irme así, no podía ser cierto que todas esas miradas fueran para nada, no se puede jugar de esta manera. Entonces me detuve al lado del café dispuesta a esperar hasta el fin de la eternidad. Al poco rato salió un muchacho, que había mirado de vez en cuando durante mis miradas con la mujer lejana. El muchacho se detuvo a mi lado, absolutamente sorprendido, creyendo que yo lo esperaba. Esto me enfermó: una situación tan absurda, tan para ponerse a gritar: no es a ti, hijo de puta, es a esa mujer, es a su lejanía, es a su misterio. Entonces él se fue. Y por fin, después de media hora de espera salió la cabeza rubia con su correspondiente cuerpo: ella salió y yo huí: era una vieja, una cuarentona horrible, con el rostro desfigurado, gorda, y la nariz pequeña parecía haber pasado por un incendio o por una operación. No me miró siquiera, es más, tal vez se asustó. (Recuerdo que escribía mientras me miraba: un

instante escribía y otro miraba: o me habrá hecho un dibujo: o escribía una novela sobre la homosexualidad o era una inspectora de la moral pública.) Naturalmente, salí corriendo y me compré docenas de chocolates que comí como quien se suicida, que vomité para tener espacio y seguir comiendo, envenenándome, anonadándome, aniquilándome.

Jueves, 28 de abril

Frío en el alma: mañana cumplo años. Aniversario de mi nacimiento. Aniversario del día y la hora en que me secuestraron del vientre de mi madre. Si me hubieran preguntado: ¿quieres ir al frío, a lo desconocido, a lo [que] desampara y sobrecoge, a lo que da hambre y sed y deseos de abrazar a alguien que sea un poco más que una sombra, un poco más que un poco de nada? Entonces yo hubiera dicho no. Pienso, de pronto, en el cuadro de Leonardo que vi ayer en el Louvre: la Virgen, el Niño y santa Ana. Me fascinó la calidez de las miradas, la satisfacción angélica, absolutamente irracional de esos ojos que sonríen porque algo los colma, algo se cumple en ellos: un bienestar de [*tachado*], o de amada descansando dulcemente mientras su amado también reposa. No obstante, hay algo patológico en este cuadro, es demasiado sexual. Mucho más me gustó Bachus —no sé si se escribe así—. Recuerdo que no pude apartar los ojos de sus ojos. Algo tiraba de mí y me arrastraba a preguntarle a ese rostro. Qué le pregunté. Qué me dijo. Ese cuadro cantó en mí. Bachus revelándome la suave tristeza del ser en el mundo. Su mirada sabía. Y mi mirada quería saber y se despeñaba en su mirada. Hasta que alguien habló junto a mí y tuve vergüenza porque no es normal quedarse tanto tiempo frente a un cuadro. Y cuando me aparté vi que mucha gente me miraba.

24 de mayo

Mi prima Mon. en la pieza de al lado («chambre de jeux» la llaman porque hay una mesa de ping-pong) preparando un examen, estudiando con dos jovencitos. Comen galletitas, beben limonada, escuchan jazz, conversan bajito, se ríen discretamente, no pierden el tiempo y se miran amablemente. Ambiente sano, con olor a pasta dentífrica. Y yo en la pieza de al lado, encerrada como Segismundo en su cueva, mirando a través de los barrotes de la pequeña ventana —¿es que sabían, cuando construyeron la casa, que yo iba a venir aquí para haber hecho ventanas tan pequeñas?—, yo fumando, comiendo también galletitas, pero no como ellos, ellos prueban una, después otra, pero dejando un intervalo de tiempo entre ambas, masticándolas pausadamente, asimilando el alimento por lo que tiene de aquietador

de hambre, haciéndolo pasar lúcidamente al estómago, donde se expande y calma el vacío; yo mastico inconcientemente, tomo una y otra y otra, las trago como si fueran veneno, y caen en el alma, o en el sexo, no sé bien dónde, no sé de dónde proviene mi vacío.

He pensado, de pronto, impulsada por un libro que estaba leyendo, que mi locura me dejaría si yo me viera frente a la *necesidad*: quiero decir, yo ahora no tengo necesidad de nada, estoy aún en el vientre de mi madre, viviendo sorda, ciega y muda entre algodones, sufriendo de ausencia, pero inconciente aún del mundo en el que aparentemente vivo. No estoy despierta. Esto, sin duda alguna. Pero tampoco voy a despertar, porque no tengo deseos de ello, temo este mundo, siento que me amenaza, cada cosa, cada ser se me muestra del lado filoso, reacciona como un asesino cuando yo lo miro, lo siento, lo toco, lo vivo. Y ahora me he echado a dormir, cómodamente, me he echado a comer y a fumar y a vomitar y a enfermarme, porque si empeoro demasiado, vuelvo a Buenos Aires y me psicoanalizo, y si no tengo plata para psicoanalizarme amenazo a papá y a mamá: «O me dan plata para analizarme o me vuelvo loca». Y quizás llore y grite y les recuerde cuánto me frustraron de niñita: no me compraron la bicicleta, me pegaron a los doce años, fornicaron en mi presencia, se besaban cuando yo miraba, me hicieron dormir en su cuarto hasta los ocho años, mamá me amenazó con cortarme la mano una vez que me descubrió masturbándome cuando yo tenía tres años, o me dieron una educación completa, haciéndome aprender varios idiomas —porque los idiomas hay que aprenderlos en la infancia—, mamá me provocó complejos de solterona a los diez y ocho años, que si no fuera por la histeria, por la neurosis, por la esquizofrenia que me provocaron yo sería hermosa, puesto que lo que me impide serlo son los rasgos somáticos en que se expresa mi enfermedad, y además la tartamudez herencia o regalo de papá, la miopía, la columna vertebral desviada, las inhibiciones sexuales, la cobardía, etc., etc. De todo esto ellos tienen la culpa; por lo tanto a expiarla, y cómo expiarla: dándome dinero, dinero para analizarme, dinero para ir a Francia a ver qué sucede con mi sagrado sueño, la realidad, como no tengo cinco autos, ni diez casas, ni me conocen los camioneros y los sifoneros, como transito anónimamente, con mi tartamudez y mi cuerpo ahora cada vez más obeso, entonces me consuelo: de noche soy una bellísima criatura, durante el día como y vomito, y para disculparme ante mí misma voy a una que otra exposición, para demostrarme que me interesa el arte, y miro los cuadros con un solo ojo porque el otro está en el reloj, para ver —cosa curiosa— cuánto tiempo aguanto mirando pinturas. Todo esto soñando, al mismo tiempo, con casarme, para no tener que preocuparme nunca más de buscar trabajo ni de volver sola de noche; casándome realizo un buen negocio: casa, comida, independencia, y un cuerpo que me evite los terrores nocturnos. Aunque en verdad no tengo el menor deseo de casarme sino de volver a la casita, a lo de papá y mamá, a mi cuartito, mi celda de terciopelo, en la que estoy al abrigo de todo, en la que no estoy expuesta a nada, expuesta, quiero decir, a la intemperie, bajo el sol y bajo la lluvia, al aire libre, en el mundo, en la vida.

Y hay quienes persisten en una situación así hasta que mueren. No obstante, creo que exijo de mí demasiado, basándome en los arquetipos que encuentro en la literatura: si me pregunto cómo viven los demás —digamos— artistas, encuentro, poco más o menos de cobardía, la misma existencia burguesa, el mismo afán de seguridad, si bien no tan patológico como el mío, seguridad al fin, y no sé qué diferencia hay entre ser mantenida por la familia o vegetar en una oficina, o en cualquier cosa maloliente bajo el título general de: ganarse la vida. Pero no es mi independencia económica lo que más me reprocho —y toda mi vida no he dejado de reprocharme algo— sino mi cobardía, sino mi inmersión en un sueño de ebria, un sueño de paquidermo, soñadora en una bolsa de cuero acompañada de seres imaginarios que la consuelan de sus sufrimientos imaginarios. Para mí la definición del infierno que da Dostoievski: «He visto la sombra de un cochero que con la sombra de un plumero limpiaba la sombra de una carroza». Aunque ahora no recuerdo si refiere esto en relación al infierno, pero qué importa, es mi infierno, mi infierno de ojos cerrados, de dientes apretados, de oídos clausurados, si ya ni siquiera lloro, ni río. Cuándo he llorado a causa de mí, sólo recuerdo haber llorado en el cine, hace de esto algunos meses, y tal vez leyendo algo, pero cuándo he llorado por algo que me haya sucedido directamente, o por nada, simplemente viéndome en el espejo, viendo cómo me devasto, cómo me destruyo gratuitamente. Cuando pienso que soy joven, y que probablemente me queda aún mucho tiempo de vida o como quiera que se llame esto que hago, me desespero como si estuviera en un horrible vestíbulo, en una depresiva sala de espera; y qué hacer mientras espero: no pensar, eso sí que no, entonces leer revistas, leer novelas, no por amor a la literatura, sino por no ser en mí, sino para meterme dentro del libro y no sentir mi sucio pellejo, mi yo aburridísimo, mi memoria congelada, mi espíritu muerto. Y este estallido de reproches a qué conduce, probablemente volveré a Buenos Aires, me psicoanalizaré, sufriré a causa de estar gastando dinero, compraré una fijación, un ser que me haga bailar como una marioneta, un ser que mueva mis hilos y me impulse a actuar: quiero decir, pudrirme en alguna oficina, en la facultad, en el matrimonio; en lo que entra dentro del cuadro: Adaptación a la vida. Y qué otra cosa puedo hacer si no tengo fuerzas en mí misma, si no tengo fe en nada, ni inteligencia, si no creo en nada, si todo se pulveriza bajo mi mirada de sonámbula, si anonado todo pensamiento, todo objeto, todo impulso. Cuánto hace, me pregunto, que no tengo algún deseo, algún impulso, algo que salga como el chorro de la fuente, algo que no sea comer o beber o ir al cine, quiero decir un impulso simple, como querer ver el crepúsculo, la caída del sol, querer ver a un amigo, querer escribirle, querer cantar, querer leer determinado poema, querer caminar, querer ver las estrellas, querer amar, querer conocer… O aunque fuera querer llorar, querer gritar, querer lamentarme. Algo, en suma, que anuncie que vivo, que aún no he muerto, que por mi ser transita sangre caliente, rica, joven. Y si mi enfermedad fuera física, a veces me pregunto, tal vez las glándulas, o un estado general de debilitación. Cuándo comenzó todo esto. Cuándo comencé a caer. No puedo hacer un esfuerzo por recordarme,

siempre surgen las mismas cosas, tres o cuatro traumas idiotas, y lo demás escondido, lo demás olvidado. En estos momentos, no sé por qué, pienso en el imbécil discurso que escupió mi tío A., sentado en el salón Luis XVI, en su *robe de chambre* azul como de príncipe oriental, un vaso de scotch en la mano, un cigarrillo inglés, y: «Creo que cuando la gente se canse del confort, de las heladeras, de los automóviles, de todo lo funcional, de las máquinas, del lujo, etc., volverá a la vida del espíritu, volverá a emocionarse y a contentarse leyendo un bello poema, escuchando una hermosa canción… Al menos es lo que yo creo, a despecho de lo que dicen los diarios». Yo sentía una rabia ciega, viéndolo profetizar una edad de oro en la sala, con ese whisky, con su rostro vacío de burgués que se sabe culto —sabe diferenciar muebles, cuadros, autores—. Bueno, me cansé de sermonearme, ahora tengo hambre nuevamente, sed, frío, ganas de dormir, de ser abrazada, protegida, amada.

Jueves, 4 de junio

La imagen de un gato que se asoma y comienza a mostrarse pero no termina nunca, su cola jamás aparece, su lomo es infinito. Un gato de millares de metros que saca rollos y rollos de lomo.

Cada vez más temerosa de la locura. Recién, por ejemplo, sentí que dentro de mi cerebro hay plomo, o que mi cuero cabelludo recubre una esfera de metal. Además mi temor de que se me caiga el pelo, de que me crezca una barba, de perder los dientes. La historia de un ser que deviene viejo a los pocos instantes de haber nacido. Pero yo no he nacido aún…

Le envié una carta ridícula y gemidora a O. Espero que me responda seriamente, sin consuelos fáciles. Yo sé que la angustia suele engendrar poemas. Pero yo tengo miedo de volverme loca. Miedo y deseos.

Pienso que uno de los motivos por los que persisto viviendo con mis familiares es este famoso temor. Si bien ellos no me dan amparo ni afecto ni nada sino una cortesía lamentable y una benevolencia forzada, creo que me ayudarían —casi digo me ayudarán— cuando llegue, quiero decir, si me llegara a sobrevenir un ataque o cualquier cosa por el estilo. Yo, nada menos que yo, quiero escribir libros, ensayos, novelas, y etc., yo, que no sé decir más que yo… Pero que lo siga diciendo durante mucho tiempo, Dios mío, que lo siga diciendo y que no me enajene en la demencia, que no vaya a donde quiero ir desde que nací, que no me sumerja en el abismo amado, que no muera de este mundo que odio, que no cierre los ojos a lo que execro, que no deje de habitar en lo horrible, que no deje de convivir con la crueldad y la indiferencia, pero que no deje de sufrir y decir yo.

¿He pensado que Henry Miller tiene algo de Unamuno? Todos los autores españoles y americanos tienen la desdicha de sus comentaristas que los han

recubierto de idiotez, que los han enmierdado y convertido en pasta dentífrica. ¿Por qué diablos no me traje algo de Unamuno?

En un sentido más profundo, por qué no me traje lo esencial de Unamuno, su sed de vida, su espíritu encarnado en un cuerpo, su pensamiento como un río que va y viene, por qué me traje sólo mi silencio y mi nada.

Pero si llego a aceptar mi soledad. Estoy tan sola, y no tengo por amigo ni siquiera un libro, ni siquiera un recuerdo que acariciar, un nombre amado o que amé, no tengo nada en este mundo para evocar con alegría o por lo menos con cierta sensación de calma, de bienestar. Esto es lo que me aterroriza: nada, nada, me une o enlaza a este mundo, nada sino el miedo, las humillaciones pasadas, mi oscuro rencor, mi odio mudo. Cómo es que aún persisto. Qué fuerza, qué milagro estoy cumpliendo.

Dejé de pintarme. Ahora parezco una lesbiana típica. Bienvenida sea. Para qué mentirme. A mí me gustan las mujeres, sólo las mujeres. Pero no sexualmente. He aquí el problema.

No hay tiempo para lo que no se desea hacer. Para lo que se desea verdaderamente hay siempre tiempo, se está siempre a tiempo, no se es nunca demasiado viejo.

Domingo, 5 de junio

Leyendo a Miller descubrí con sorpresa que todas aquellas cosas y proposiciones que me alimentaron en mi infancia y adolescencia, en mi búsqueda de una moral para mí, cosas y proposiciones que yo desprecié posteriormente como si fueran idioteces neuróticas, Miller las presenta con entera libertad. Así la frase de Vivekananda: «El único pecado es la debilidad…». Yo hubiera señalado la frase si la hubiera encontrado en el texto de V. y la consultaría a escondidas, como con vergüenza por tener que ir a buscar a un libro una forma de conducta que no sé encarnar sola. Lo mismo cuando iba a Hesse, a Joyce… Siempre con culpa, con vergüenza ante mí misma. Pero me pregunto si el mismo Miller es tan valiente y tan puro como se presenta en sus libros. Posiblemente yo quisiera que me dijeran que sí, que me dieran *garantías* (palabra fatal), que me aseguraran, entonces yo adoptaría sus proposiciones y las haría mías. Pero tengo miedo de confundir literatura y vida.

Me gustaría, más que cualquier cosa en el mundo, encontrar una amiga, alguien con quien poder mirar y descubrir París. No hablo de un amigo. Los hombres son para mí objetos sexuales. Ésta es mi originalidad, según creo. Una suerte de lesbiana normal.

Ayer hice unos dibujos más o menos automáticos. Hice una niña muy preciosa (yo); hice una muchacha monstruosa (yo); hice una mujer que me mira preocupada (mi madre) mientras su marido la fornica sin mirarme (mi padre); hice monstruos con

enormes bocas llenas de dientes, con garras, y en el medio una figurita vacilante, dejándose devorar y agarrar (yo).

Anoche soñé que soy pariente, prima, por parte de mi madre, de la reina Elizabeth. Después venían Roberto y Cristina, yo fumaba los cigarrillos que me compré ayer: Kool, y Roberto decía algo al respecto, luego Cristina hablaba de sus 15 o 130 hijos.

Nota: lo de los cigarrillos lo comprendo: Roberto siempre me decía que los ci-[20]

Jueves, 9 de junio

Una de las cosas que me fascina más es ver el empleo que hacen de su tiempo las personas que veo, que conozco. Y me fascina porque envidio profundamente a aquellas personas que «tienen tiempo para todo». Yo no he cesado de perder tiempo desde que nací. Nunca hice nada y nunca tuve tiempo para hacer nada. Mi prima Florence, por ejemplo, me interesa profundamente en este sentido. Hace muchas cosas, todas breves, es decir en poco tiempo: estudia una hora, anda en bicicleta otra hora, conversa conmigo unos minutos, estudia el piano otra hora, sale de compras por una o dos horas… Tal vez la sabiduría está en hacer todos los días las mismas cosas, en distribuirse las horas como si fueran casillas y llenarlas con una actividad igual cada día. Hoy a la mañana fui con Florence a lo del pintor Benn que prometió hacerle un retrato. Llegamos a las 8:30 h de la mañana: Florence fresca y contenta; y yo, muerta de sueño y dolorida a causa de los excesos pantagruélicos a que me arrastró mi terrible angustia de ayer. Benn también parecía levantado desde hacía mucho: apenas llegamos comenzó a trabajar, mientras pintaba me preguntaba cosas que ignoraba de la Argentina (aun esta conversación le era provechosa pues aprendía algo), y al cabo de una hora el cuadro ya estaba hecho, sin que hubiera que hacer otra cosa que esperar a que se secara. A continuación nos despidió y siguió dibujando unas ilustraciones para un poeta norteamericano. Me pregunto qué sentirá por la noche, después de haber trabajado y actuado y hecho cosas bellas y vivido hermosamente una larga jornada, qué sentirá, me imagino su satisfacción, su cansancio sano, su paz espiritual, y me digo que aunque yo hiciera lo mismo, no sería lo mismo, pues lo haría automáticamente, lo haría sin estar en lo que hago, como me sucede siempre, y a causa de lo cual no hago nada, porque nada me interesa profundamente. Aun mi vocación de poeta, es tal vez un malentendido, o si no lo es está profundamente bloqueada por mi inseguridad y mi falta de seguridad en mí misma. No obstante, trataré de trabajar, trataré de que todo me aproveche, como hacen los franceses.

Ayer soñé algo que no recuerdo, exceptuando una escena en que un o unos poetas me dicen que no puedo pertenecer a su cofradía porque no me interesa demasiado el dinero.

Domingo, 12 de junio

Vi un film sobre los idiotas que vienen a París con la ambición de conquistar esta ciudad. Me impresionó la imagen de los que se van vencidos, con la valija que parece pesar millares de kilogramos, la valija o el corazón —*le coeur gros, lourd*—. Yo me iré probablemente con el aparato digestivo envuelto en un papel de diario sucio y viejo. Jamás me he sentido más enferma del estómago y demás vecindades.

¿Qué objeto tienen mis encuentros con Jean T.? Es un muerto. Siento, a su lado, que estoy sola y hablo con un ser hecho de la sustancia con que se hacen los muñecos. Y es un gran poeta, un buen pintor, es rebelde y viene a representar —¿ante quién?— lo exactamente contrario a un ser convencional. Y no obstante está muerto. Por eso tal vez me siento tan idiota a su lado. Hay seres que excitan mi inteligencia o lucidez o ingenio o brillantez o algo que hace que mi cerebro extraiga lo mejor, y hay otros que me adormecen, que me obligan o es como si me obligaran a ser idiota, o si no idiota, plena de pesantez, el espíritu de la pesantez. Ostrov, por ejemplo, me impulsa a ser y decir y escribirle cosas hermosas y justas; es que en verdad soy yo que tiene deseos de hacerlas y decirlas, yo, a causa de que despierta en mí cosas vivas y activas. O tal vez Jean es demasiado angélico y dulce para mi gusto, demasiado suave, demasiado infantil. Está demostrado que me atraen las naturalezas preferentemente sádicas, o si no sádicas —como en el caso de Ostrov… y me pregunto si soy exacta— al menos naturalezas muy sutiles, que hilan muy fino, que buscan y rebuscan las mil maravillas y horrores que se encuentran debajo y detrás de cada cosa.

Todos los días pienso en el suicidio. Y si es así, por qué me asusta mi estómago enfermo. Por qué me asustan las palpitaciones de mi corazón (¿de dónde y por qué vendrán, Dios mío?). Por qué me asusta y me horroriza y me lleva a querer suicidarme el haber aumentado tres kilos de peso. Pensar que si los rebajara —no son más que tres kilos— sería casi feliz… Qué poco, y cuánto. Porque para rebajarlos no tengo que comer, para no comer tengo que estar contenta, para estar contenta tengo que mirar un cuerpo delgada en el espejo cuando me miro, para verme delgada tengo que dejar de comer, para dejar de comer tengo que estar contenta… Y ahora y siempre y de nuevo digo: Por qué no existe un país llamado LA MIERDA.

Miércoles, 15 de junio

Carta de mi madre: este mes me envía más dinero que el anterior. Yo comprendo: me quieren conquistar por ese lado, saben que es mi lado débil. (¿Y cuál es el fuerte, mi estimadísima?)

Le acabo de escribir una carta a Susana que posiblemente no enviaré: la alabo demasiado, seguramente para que no deje de escribirme, para que no deje de

necesitarme. Así es como «compro» a la gente: con alabanzas desmedidas que no siento. Ahora comprendo a esas damas exageradas que necesitan una hora para manifestar su admiración —completamente falsa— por algo. Es una gran defensa. Es un ruego tácito. Pero en el fondo, una cobardía nauseabunda. Más vale agredir, más vale el insulto, la blasfemia, aunque sean injustos e infundados. Al menos salen porque el que los emite los siente. Yo soy una elogiadora y alabadora de profesión. Me recuerdo una vez, cuando tenía quince años, en la escuela, me veo diciéndole algo a Coca Sirombra —de quien me quería hacer amiga—; no recuerdo lo que le digo pero sí mi acento dulcísimo, acariciador, tan excesivamente cálido que hasta un idiota de nacimiento podría haberse dado cuenta de su falsedad. Sé que me paré en seco, no sé en qué momento, y que cambié de acento, dejando sorprendida a la chica, pero siempre me avergoncé de eso.

Anoche soñé con Coca Sirombra. La veía y no me reconocía. Creo que yo estaba triste porque le decían quién soy y ella negaba haberme conocido.

Este sueño puede querer decir: o que yo cambié o que he sentido o siento que tanto Coca como las demás chicas me despreciaban y desprecian. También puede ser que Coca represente a Susana, y mi consiguiente temor de que Susana no quiera ser amiga mía cuando yo vuelva a Buenos Aires.

He visto a un médico: tengo un cólico intestinal. Me alegro mucho. Tal vez ahora deje de comer como una manada de cerdos ebrios. O tal vez siga comiendo hasta que se me forme un cáncer y me digan la ansiada frase: tiene un año de vida. Entonces yo —tal vez— resucitaría: quiero decir, me levantaría de mi cadáver actual y viviría un año; vivir, vivir… ¿pero es que acaso lo comprendo, muerta que soy?

Leo en Miller que «ciertos libros pueden cambiar a un ser humano, como ciertas circunstancias, ciertos encuentros». Miller hizo y realizó muchas cosas que estaban en germen en mí y que frustré por miedo, por temor al ridículo.

Veamos un poco mi «libertad»: hoy no pude ir al Louvre porque fumé tanto que no podía estarme diez minutos sin beber una limonada, y en cuanto la bebía nuevamente fumaba. Así me pasé las horas hasta que me metí en un cine para ver *Jazz à Newport*, donde vi a muchos seres humanos transpirando y disolviéndose y entregados con toda el alma a una cosa que les gusta: el jazz. La primera vez que vi este film salí llorando, fue una liberación para mí: me di cuenta que hay que ser como los niños: si quiero salto, si no quiero no salto. Pero en mí no se trata de hacer esto o aquello, sino de una cosa absolutamente interna: estoy llena de tabúes, de prohibiciones tácitas, ni siquiera me atrevo a recordar mi infancia y adolescencia, ni siquiera me atrevo a tener deseos, cómo querer cumplirlos entonces.

Pero alabado sea nuestro señor: es la primera vez que sé con toda mi alma que soy una esclava. Y lo sé, he llegado a saberlo a causa de haber llegado al fondo de la lujuria: me refiero a mi manía de comer, mi parisina manía de comer, que hoy, espero y ruego, ha llegado a su fin. (¿Cómo me atrevo a asegurarlo si sé que no estoy en mi poder cuando mi cuerpo se convierte en un lobo y corre por las preciosas callecitas

sordo y ciego a lo que no sea comer?)

Lo de hoy fue tan exagerado, tan dostoievskiano, tan de tocar fondo y no remontarse, que me tuve que reír, que me tuve que decir que lo voy a contar: yo tenía una cita con el médico a las 10:30 h. A las 10 y 20 estoy por entrar al consultorio; un pensamiento me invade: «despedite de la comida; te va a decir que estás enferma y no vas a poder comer más; despedite para siempre». Me compro un sándwich de jamón y queso y lo como, lo que por otra parte no es un objeto para despedirse puesto que es perfectamente salubre, por lo cual me acerco a una *pâtisserie* y entro y señalo dos cosas llenas de crema y de colores enfermizos y de gusto a algo que «hace mal». Lo empiezo a comer y descubro que no tengo hambre, que tengo miedo de que me haga mal y yo me desmaye por la calle, antes de entrar, por lo que arrojo los *gâteaux* y entro al consultorio. Pero lo que me impresionó fue mi urgencia hasta encontrar la *pâtisserie*: miraba el reloj y me decía: «te quedan ocho minutos para despedirte; ahora te quedan seis» y corría por las callecitas «que conocieron Dante y Rabelais» y seguramente Rilke y tantos grandes, yo corría con la muerte en el alma, no a causa de un vacío metafísico sino porque no encontraba «algo que hiciera mal», un dulce como un veneno, un dulce letal, terrible, que me destruya al instante de ser consumido

Y también mi dependencia de mi familia, mi dependencia de Susana, mi dependencia de mi cuerpo: la más fuerte. No es de mi cuerpo sino de mi hambre, de mis labios: mis labios exigen, no son míos, son dos entidades independientes, voraces, jamás calmadas: comida, cigarrillos, agua, litros de agua, océanos, ríos, mis labios jamás se calman, quieren contactos extraños, quieren apoderarse del mundo. Y me dejan tan sola, tan impotente, tan desilusionada como una gallina cuando se le escapan los pollitos. Y no veo forma de convencerlos, de decirles que me dejen en paz. Y después mis manos, mis manos también tienen ansias, y también mi garganta, siempre seca.

Sábado, 17 de junio

Anoche viví, por vez primera, el terror de volverme loca. Estoy sin defensas, absolutamente desnuda. Suspendida del abismo, balanceándome. No tengo deseos de nada. Hay un silencio en mí. No quiero volverme loca. Ayer pensé que quiero volver a Buenos Aires. Con mi cuerpo puedo hacer lo que quiero: viajar a cualquier país, ir a cualquier lado. Pero mi silencio y mi tristeza no siguen a mi cuerpo. Me siento más triste que nunca. Tan vez tengo lo que llaman «manía depresiva». He recibido una hermosa carta de Roberto J. «Déjate ir», dice. Pero Roberto cree enormemente en los valores del espíritu, posiblemente jamás se preocupó de la locura, jamás se preocupó de saber o sentir si es loco o no. Sabe y siente que es poeta y por lo tanto un ser diferente. Yo también sé y siento que soy diferente, pero también sé y siento mi

enfermedad, su peso, su fuerza. Volver a Buenos Aires y psicoanalizarme. Pero ¿de dónde obtendré dinero para ello? Más valdría suicidarme, ahorrarme los meses o los años de sufrimiento atroz que me esperan, que ya están, que ya fueron y serán. «Soy un fue, un es y un será cansado.»

Sea cuando fuere, tarde o temprano, tendré que suicidarme. La vida no es para mí.

Ayer, mientras tenía miedo de la locura, alguien reía dentro de mí: «Y sos vos la que quiere escribir novelas, vos la que quiere hacer los poemas más bellos». Y la voz reía.

Jueves, 26 de junio

Mi tío dio una fiesta. Dio o donó. El hecho es que se levantaba desde tres días antes de la fiesta a las seis de la mañana y preparaba y componía y arreglaba cosas en la cocina. Como un alquimista en su taller mágico. El día de la fiesta —ayer— me metí en el santuario y le ofrecí mi ayuda, que aceptó francesamente: «puedes comenzar con la vajilla». Una vajilla descomunal. Yo lavo y seco como una esquizofrénica, rápidamente, vertiginosamente, ¿qué otra cosa, querida tía, puedo hacer? «Puedes cortar el pan para los sándwiches.» Me agarro un cuchillo y rebano quince panes. Los cubro de manteca, de caviar, de paté, etc. La casa relumbra, el comedor ofrece un aspecto excitante para los «orales». Dentro de mí me río a carcajadas. Todo ese ceremonial, para qué: vendrán agradables matrimonios y conversarán. Para eso mi tía está muerta de cansancio. Yo también lo estoy, pero yo me divierto. Cuando llego por la noche tarde, la fiesta ha terminado: mi tía tiene un rostro desdichado y aburrido. «Cómo estuvo la fiesta», le pregunto. «Más o menos», me dice.

Quiero escribir una novela. Quiero escribir una novela. Quiero escribir una novela.

Jueves, 7 de julio

Mi vida aquí es absolutamente kafkiana. Y no obstante, se me ocurre que sólo aquí podré trabajar y realizarme como poeta, dentro de lo que creo y no creo, dentro de lo que mi inseguridad en mí misma me permite creer en que yo tengo alguna posibilidad de realización y además qué es realizarse, es posiblemente una idea imposible, realizarse es como tocar el futuro, es el futuro hecho presente, es el final de algo, y jamás, en las cosas del espíritu, se toca el final.

No obstante, cuando pienso en Buenos Aires y en su maldita atmósfera, en su maldito círculo literario, en los malos poetas hambrientos de publicar, en la mezquindad de los artistas, me detengo y pienso que es mucho mejor quedarse por

aquí y trabajar terriblemente y sólo volver con algo hecho, quiero decir varios libros, etc.

Mi tío me mira con rostro severo. No podré quedarme aquí. Puesto que él es el jefe supremo de esta familia, y hasta ahora se llevaba bien conmigo pero ahora de pronto me mira desaprobándome, bueno, tendré que irme… Y más aún, recién dijo que tiene que escribir algunas cartas. Me pregunto si no le escribirá a mi padre para decirle que yo me porto mal o una cosa parecida y entonces será un verdadero problema para mí. Aunque en verdad es lo que tendría que pasar. Tal vez para bien mío. Quiero decir, que se interrumpa toda comunicación con mi familia, y yo me vea sola y abandonada, realmente, y entonces tal vez me nacerán las fuerzas y haré algo por mí, no contra mí como vengo haciendo desde que nací hasta el momento presente.

Otra cosa: siento, oscuramente, que el psicoanálisis no podrá ayudarme, que nada ni nadie podrá ayudarme, siento que las enfermedades mentales o las del espíritu no tienen cura posible, creo que cuando alguien está enfermo como yo lo estoy tiene que joderse hasta su muerte. Porque si no es como yo lo digo, por qué no me curé con O., que es tan inteligente y tan serio y tan bien considerado como psicoanalista

En verdad, me importaría poco sufrir y volverme loca con tal de tener deseos de trabajar y hacerlo, con tal de interesarme por lo que hago y comprender lo que leo y escribo y lo que escriben los otros. Si mi inteligencia se acelerara, si mi interés por el mundo se profundizara, entonces no me importaría mi enfermedad. Pero es absurdo lo que digo: mi enfermedad es justamente eso: carencia de interés, imposibilidad de comprensión.

Sábado, 9 de julio

Felicidad vacía. Me pasé el día leyendo poemas. Tratando, avara y premeditadamente, de aprender la técnica. A veces me daba nostalgia el pensar en los niños, para quienes toda acción es un juego. Para mí, leer poemas es un trabajo, un esfuerzo duro. Lograr que mi atención se concentre en palabras y sentimientos ajenos es una batalla contra mí. Hice dos poemas. Y ayer otros dos. Creo que jamás voy a poder hacer una novela, porque no tengo nada que contar en muchas páginas, y aunque tuviera qué contar, pero no, no tengo nada que contar.

Otra cosa: mi felicidad o bienestar más grande sucede en un día como el de hoy: sola, leyendo y escribiendo. Lo demás, aun el hecho de ir al cine, y mucho más el ver gente, es un esfuerzo doloroso. Creo que debo psicoanalizarme, porque es indudable que me estoy escondiendo. No es posible que un ser humano sea feliz convirtiéndose en una máquina de hacer y leer poemas. Aparte de esto el día de hoy fue un largo silencio, en el que no me oí siquiera, estuve tan callada, tan ensimismada, tan laboriosa, como un animalito encantador. Sólo dos o tres temores me irrumpieron

pero se fueron pronto. Considero que nadie, sino yo, tiene tan poca aptitud a la vida. Tan poca vocación. Aquí en París he tenido la experiencia del hastío, una de las más terribles que existen. Es como una canilla dejando caer una gota tras otra. Yo la canilla y yo la gota.

Ahora veo que lo que me gusta del estudio en la facultad es que obliga a pasar muchos días como el de hoy: encierro y libros; café y cigarrillos. Si yo no fuera tartamuda, si yo no lo fuera. Maldito sea, ahora estaría estudiando, y no habría nada más. En cambio aquí tengo que salir y mirar porque para eso he venido. Tengo que mirar calles y cuadros y gente. Y no tengo deseos de mirar. Quiero estar encerrada en un cuarto, sea cual fuere el país en que esté. Pero quiero ir a mi casa, a mi piecita, quiero leer y escribir. Queda demostrado que mi entusiasmo por los libros de Miller fue atracción de contrarios. Yo no tengo nada de Miller: no me atraen las aventuras humanas ni divinas, no me atrae nada, sea de aquí o de allá. Y en verdad tampoco me atrae demasiado leer o escribir sino que ya me acostumbré a ello, ya tracé el camino a seguir, y no hay más que seguirlo. Esto es todo. Y de paso observo que mi prosa mejora sensiblemente. Seguir investigando la técnica. Lo esencial es la forma. El resto es silencio. En mi caso, siempre, siempre en mi caso.

Ojalá pudiera tomar opio o morfina o lo que fuere, algo que la embelleciera y la hiciera más atractiva para mí. Pensar en mi vida me llena de piedad: es tan poca cosa, tan pequeñísima, que ni siquiera quiero ver gente porque a su vez me inspira también piedad por el hecho de pensarla conversando conmigo. Tal es la sensación que tengo de no ser nada. De ser una nada. Ni siquiera deseo tener una correspondencia con la gente que conozco. No tengo qué escribir. Yo ya no existo y lo que veo es tan poco, tan difícil de describir porque lo veo mal y apenas. Pienso en los niños que se divierten y alegran con unas pocas cosas. Yo tengo una rara carencia de recursos internos. Nada me divierte hacer. Todo deviene tarea fatigosa y desagradable. Desde lavarme los dientes hasta leer un poema. Desde encontrarme con alguien hasta ir al teatro. Nada me apasiona. Me falta el sentido de la gratuidad, yo, justamente, que he hecho que mi vida tenga la apariencia de gratuidad más grande que es posible imaginar. Lo único que me hace agitar un poco es pensar en el dinero. Pensar, por ejemplo, en lo bueno que sería ganar grandes sumas de dinero. No pienso en gastarlo sino en lo bueno que sería tenerlo. Tal vez, en el fondo, me refiero a la protección y a la seguridad y las simbolizo en el dinero. No comprendo por qué me desprecio tanto. Pero creo que sí que lo comprendo. Toda mi vida no hice sino frustrarme, como si yo fuera otra que me está frustrando a mí, yo. Y me siento como una esposa que acusa a su marido de haberle arruinado la existencia condenándola a una vida opaca y anegada en el vacío. Yo me acuso, acuso a la otra de haberme engañado. He aquí mi desilusión más grande. Y todo esto por qué: porque para mí lo esencial es la voluntad, por más que trate de convencerme de lo contrario yo creo, en el fondo, que la voluntad es lo único importante, hasta creo, a pesar de lo que me digo, que el poema se crea con un esfuerzo de la voluntad. Todo, en suma, me parece provenir de esta

cualidad. Y yo me he desilusionado a este respecto, todo lo que me propuse hacer, todo lo que planeé, todo lo que decidí fue interrumpido y abandonado. Y ello, posiblemente, porque hay otra, en mí, que me quiere demostrar lo contrario: que la voluntad no tiene nada que ver con las cosas grandes e importantes. No sigo porque me aburro mortalmente. En verdad escribí todo esto para distraerme.

Domingo, 10 de julio

El color de mi pasado es lúgubre: cualquiera sea la edad en que me reveo el fondo es siempre una habitación fea y mal iluminada.

Todos los recuerdos me revelan mi imposibilidad de comunicación con la gente. Todos mis sufrimientos provienen de esta imposibilidad. Con todos los seres con que tuve algo que ver me enojé: pero no fue nunca un enojo originado en una disputa sino un alejamiento mudo. Indudablemente hay en mí algo que molesta a la gente. Lo noto en su mirada, siempre fue la misma mirada, los mismos ojos que encontré en mis maestras, en mis amigos, en mis padres, en mis amantes. Siempre una tensión precedida o continuada por un choque, no violento, sino simplemente desagradable. Nadie, desde que nací, pudo tener conmigo una relación natural —quiero decir que yo no la pude tener con nadie—. Y ahora que estoy más o menos serena me pregunto por la causa de ello. No debo olvidar que cuando estoy ebria es la excepción: porque todo se desliza espontánea y alegremente. El problema puede centralizarse en lo siguiente: los otros no me interesan, no existen para mí, no me interesan sus deseos, sus tristezas, nada, en suma. Pero sí me interesa que me den afecto y se preocupen por mí. Pero para ello es necesario previamente manifestar simpatía y afecto por mi parte. Pues bien: yo lo finjo; inconcientemente, por supuesto. Pero este fingimiento debe dar un matiz de artificio y de falsedad a mis palabras y actos que producen, por consiguiente, un retraimiento en los otros. Hasta con los niños me sucede (lo he comprobado con una niñita de dos años). Y no obstante no amo la soledad, mejor dicho el aislamiento. Nadie ha vivido tan aislada como yo desde hace unos años hasta el presente. Nadie ha hablado menos que yo. Nadie ha vivido más en el silencio y en la tristeza que yo. Y siempre la imagen de una habitación fea y mal iluminada.

Recuerdo lo que hacía en mi adolescencia —durante mis cinco años de asistencia al Liceo—: mis padres se iban varias veces por semana por la tarde, más o menos de dos a seis de la tarde. Yo me quedaba sola e invertía mi tiempo en poner discos en la vitrola, discos de jazz cantados por Johnny Ray o Frankie Laine y cerraba los ojos o los abría pero hacía abstracción del comedor en que me encontraba y me convertía en un famoso cantante que cantaba en la sala de actos del Liceo delante de los profesores y de los alumnos, que se enloquecían conmigo y me aplaudían con delirio. No sólo movía los labios delante del «público» sino que también bailaba (tropezaba con las

sillas y con la mesa: me he dado no pocos golpes). Cuando llegaba mi madre, ella creía que yo me quedé estudiando, yo estaba tan agotada y enervada que o me peleaba con ella o me sepultaba en una pila de revistas femeninas llenas de folletines idiotas que me enajenaban. Además, acompañaba la lectura —la enajenación mental — con la enajenación por medio de los alimentos: me preparaba enormes sándwiches y los devoraba sin darme cuenta, sin hambre, colmando el enorme vacío y la gran angustia. Así hasta la hora de irme a la cama donde comenzaba la gran función: venía mi madre invisible, venía mi padre invisible, yo me transformaba en la niña más bella del mundo y la ternura me llegaba por medio de estas sombras creadas por mi soledad. Al día siguiente me despertaba llorando —a causa de no querer abandonar la cama paradisíaca— y me iba a la escuela donde la angustia comenzaba a roerme por la indiferencia de mis compañeros y a veces su hostilidad y no pocas veces su agresión.

Los lúgubres domingos —lúgubre ya no es un adjetivo de domingo en mi caso: es un epíteto inseparable—, los lúgubres domingos me caen ahora como frutos podridos: asociados para siempre a la soledad. Nunca tuve con quién salir, con quién ir al cine, con quién ir a pasear. Y cuando conseguía alguna chica o algún muchacho mi deseo de inspirarle interés por salir conmigo, el domingo siguiente provocaba un clima de tensión y tristeza. Por otra parte, en qué consistía esa salida: ir a algún cine de la calle Corrientes, luego a algún bar lácteo, pasear un poco por Florida y volver después a casa. Mi función o mi rol de poeta me sirvió ante la familia para independizarme de las salidas dominicales: adopté la costumbre de quedarme en mi casa, leyendo. He llegado a leer diez horas seguidas. Y ahora me pregunto por qué no recuerdo nada de lo que leí en esas horas. Así por ejemplo sé que dediqué tres meses a leer *En busca del tiempo perdido* y no recuerdo una sola escena, no recuerdo nada de este libro. Aún ahora continúa la soledad de los domingos. No hablo de París sino de Buenos Aires. Ni siquiera Elizabeth y Susana y Olga que tanto se vieron conmigo, con las cuales tanto conversé, me dedicaron los domingos: como si yo fuera una amiga para los días de semana. Es que aún continúa en mí la vieja tensión cada vez que pregunto: ¿Qué hacés el domingo? Y siempre todos tienen algo que hacer, como si yo llegara tarde siempre —y en verdad así es.

Me pregunto para qué escribo estas páginas llorosas. Tal vez, muy en el fondo de mí misma, esté pensando en mi futuro o futura psicoanalista y estas hojas sean el obsequio-documento de mí que le preparo. Miller dice que es mucho más barato cantar y alabar que sufrir y gemir y pagar porque escuche los gritos y llantos el analista. Pero si a uno lo hirieron con un cuchillo en una esquina no se pone a cantar sino que grita y pide que lo lleven al hospital y que lo curen. Si a mí me pegaron desde que nací – pero no, todo esto no me convence, sólo veo que en mí no hay recursos internos por medio de los cuales levantarme de mi cadáver.

Miércoles, 13 de julio

Despierto asombrada de despertar. Es un milagro haber salido del día de ayer. Qué haré con el día de ayer, en dónde lo pondré, cómo aceptarlo, cómo integrarlo pasivamente en mi pasado. No fue un día. Un infierno, sí, o una sola escena de tortura indescriptible. Y no obstante ahora estoy de nuevo, haciendo proyectos, alimentando vagas esperanzas, como si ayer no hubiera pasado, como si ayer no fuera la señal de que nada me es posible.

Ayer me encontré con Simone de Beauvoir. Pero el encuentro no importa tanto como lo que lo precedió: mi miedo. Varias horas de taquicardia, varias horas de pulso enloquecido. Ahora comprendo los terrores de Olga cuando venía lo que ella llamaba la muerte, es esto: una revolución en el corazón. Es el miedo más grande que he sentido. Porque cómo controlar, cómo convencer, si uno es llevado y traído por algo terriblemente malvado. No sé, pero hago muy mal en no suicidarme. No es justo hacerme sufrir tanto. Acaso no amo el sueño, acaso la muerte no debe ser eso: un reposo, un no sentir más el miedo. Pero me surge la duda: y si uno recuerda en la muerte, y si uno aún tiene imágenes y memoria. Entonces la condenación es eterna.

Todo lo que me pasa de terrible gira en derredor de mi exacerbado amor propio. Mi pasado es una serie infinita de humillaciones y ofensas. Pero si no fuera por mi amor propio ellas no existirían. Luego: sólo es posible vivir saliendo de sí mismo. Y cómo hacerlo. Ahora comprendo lo que dice Miller al respecto. Si una no piensa en sí misma, todo se reconcilia en un instante. Pero no es tan fácil, no es tan fácil. Simone de Beauvoir me dijo que soy muy tímida. Es cierto: pero lo soy porque lo único que me interesa es agradar, y como no me siento segura de ello, soy tímida. Oh estoy absolutamente segura que la clave de todo es dejar de roerse el yo, aprender que mi pequeña vida no es tan importante como yo lo creo. Lo descubrí la vez pasada caminando por los corredores del metro, una hormiguita perdida en el gran hormiguero. Si dejo de pensar en mí dejo de ser una hormiguita, me dije. Pero no es tan fácil.

Y qué hago en París. ¿Conozco París? S. de B. me preguntó si ya conozco Belleville y Menilmontant. ¡Qué voy a conocer! Conozco este maldito cuarto en el que me escondo todo el día, en el que rumio mis proyectos de gloria y de fama y mi pasado humillado y humillante. El hecho de haberme engordado como a un animal que se va a devorar en las fiestas se debe a que, inconscientemente, yo sabía que si engordaba no iba a querer salir ni ver a nadie. Y es lo que me pasa ahora. Llamá a X, me digo. Y me miro en el espejo. No, me respondo, la semana próxima lo llamaré, lo llamaré cuando esté más delgada. Y resulta que la semana próxima estoy más gorda. Y me lo prometo que lo llamaré la otra y la otra. Y me pregunto cómo haré el artículo sobre S. de B. si está tan enlazado al peor día que viví en mi vida. Cómo Dios mío lo haré. Y es indudable que lo haré. O no tan indudable.

Jueves, 14 de julio

Ayer lloré mientras leía un reportaje de Sartre a Fidel Castro.

—Y si un hombre le pidiera la luna —le preguntaba Sartre.

—Si un hombre pide la luna —responde Castro— es que tiene necesidad de ella.

Pensando en la participación de las cosas y de los hombres. Una participación del ser. Simpatía.

Pero si yo tengo necesidad de ternura, y si no me la dan, tengo derecho a pedirla. ¿Tengo derecho? «Usted exige demasiado de los otros», dijo O. un día. Pero qué hay que hacer. ¿Suprimir los propios deseos, las propias necesidades? Qué hay que hacer.

He soñado con Mina. Sueño sexual. Es la segunda vez que tengo un sueño sexual con ella.

Viernes, 15 de julio

Soñé con la mujer rubia del Laënnec, con F. Sagan (que en el sueño habitaba un atelier desnudo y ascético que asocié, sin duda, con la frase de Sartre sobre F. Castro: «desinteresado respecto de sí mismo»). La mujer rubia decía que soy sucia. Yo me defendía: «Desordenada sí, pero no sucia». «No —decía la mujer—, sucia, completamente sucia.» Al final hago algo que me vale el respeto y el afecto de todos. No sé qué es, pero al final aparezco fuerte y respetada como siempre me imaginé y deseé. Ambiente homosexual en el sueño, pero no completamente.

He aquí los planes que me propuse cumplir: escribir un poema cada noche, antes de dormirme, que tenga deseos o no, necesidad o no.

Además, leer un libro de poemas por semana y comentarlo, hacer una nota sobre él. Pero esto no será posible puesto que sólo ahora puedo leer más o menos bien gracias a las pastillas que tomo. Pero una vez que deje de tomarlas retornaré a la niebla y a la imposibilidad de atención de siempre.

Sábado, 16 de julio

Es preciso que consigne todo, que anote todo, tal vez descubra en dónde está la falla: pero tal vez está en el abismo entre las decisiones e ideas que surgen del intelecto y los deseos salvajes e irracionales que nada tienen que ver con él. Pensando tranquilamente decido y acepto cosas que jamás haré con el ser entero. La frase «llegar a las últimas consecuencias» carece tal vez de sentido, pues se refiere a una línea recta, que no existe en la vida. Así cuando pretendo comprometer mi vida en algo no tengo en cuenta las diversas ramificaciones que son los deseos inmediatos,

las preocupaciones ajenas a aquello en lo que me comprometí, etc. Pero una sola cosa es cierta: estoy triste y cansada, estoy desesperada. Siento lo de siempre: que me arrancaron de algo, que me arrancaron a la fuerza, como a un diente enfermo. Esto siento: yo soy el diente y yo la boca que sufre. Dolor sordo. Agudo. Insoportable.

Me duelen varias cosas. La primera es mi falta de deseos de hacer algo, aquí, en París. Después me duele que los que creí mis amigos no me escriben, lo que me hace pensar que no son mis amigos y que me olvidaron y que están contentos de que me haya ido. Me duele sufrir a causa de esto. Me duele y me humilla: doble dolor.

Y si no tengo ganas de hacer nada, por qué insisto. Punto final, Alejandra. Manía depresiva. Sea. Bienvenida sea. Punto final. Pero no es tan sencillo.

Hoy salí a ver Belleville —siguiendo el consejo de S. de Beauvoir—. Caminé veinte minutos por algunas callecitas, con bastante miedo a causa de los hombres siniestros. Pasé por el Hotel de la Esperanza, que creo que es el que describe Miller. Pero caminando y caminando descubrí que no había salido a ver Belleville sino a Simone de Beauvoir. Y descubrí, horrorizada, que tenía unos deseos angustiosos de verla, de oírle hablar, de mirar sus ojos. Me detuve para insultarme. Sólo esto te falta, me dije. Pero me dieron ganas de llorar. Habrase visto semejante idiota, rezongaba la Alejandra juez. Pero la acusada lloraba. Creo que se enamoró de S. de B. Al diablo los desdoblamientos. Creo que me enamoré. El problema persiste. Alguna vez lo tendré que enfrentar. Usted busca a su madre. Sí, indudable, pero si la busco es porque la preciso, la necesito. Y no está bien frustrarme tanto. Por qué diablos no se enamoró ella de mí. Pero aquí está el nudo de la cuestión: debo decirme, por milésima vez, que sólo me enamora lo imposible y lo lejano. Que si se hubiera enamorado de mí y me lo hubiera dicho yo, posiblemente, no hubiera respondido nunca a ese amor. Pero esto último es una construcción racional psicoanalítica que no siento. Lo más seguro es que me hubiera enamorado igual.

21 de julio

Recuerdos del pasado cayendo y mostrando su perfil más humillante. No puedo vivir con mi pasado. No puedo vivir conmigo. No puedo vivir en esta inseguridad. Lo peor es el recuerdo de las humillaciones, del ridículo.

Todo cerrado a causa de muy pocas cosas: la tartamudez, los recuerdos humillantes, la consiguiente tristeza.

¿Ante quién quiero testimoniar mi fracaso? ¿Ante mi madre? Hoy, cuando desperté, pensé que mi madre, con todo su encanto, fue una madre muy mala. No supo o no pudo serlo.

Encuentro de ayer con Alain. Alain tan confuso como yo. Hay seres, como él y yo, que no pueden vivir. Seres de la raza inferior, que para vivir necesitan ayuda

profesional. Creo que Alain es homosexual. ¿Y yo?

He visto una foto de Marguerite Duras y me puse contenta. Es pequeña y gorda. «Para escribir no es imprescindible ser una belleza», me dije. Y me alegré.

Pero lo que más deseo en este mundo es un poco de orden. Una existencia laboriosa y disciplinada.

Jueves, 28 de julio

Ayer oí, escondida debajo de la escalera, la conversación de mi familia. Hablaban de mí, hablaban muy mal de mí, se reían y se indignaban. Desde mi escondite sentí crecer una fuerza demoníaca en mí, un poder como sólo sabe infundir el amor o el odio. Hoy, al despertar, al ver la cara contrita de mi tía sentí mi odio disolverse. Durante toda la mañana traté de endurecerme, de ser fiel al sentimiento de anoche, un sentimiento como una muralla protectora. Pero no: la tibieza de siempre, la flojedad, el renacimiento de lo cotidiano se impuso a la heroína sangrienta de anoche. También ayer, antes de dormirme, pronuncié un discurso terrible, de tono dostoievskiano en la que yo aparecía como la víctima humillada y ofendida. Hoy la rompí. Hoy, también, recé para que el odio volviera. Pero no volvió. Sólo el amor y el odio, digo yo, sólo el amor y el odio. Lo demás es materia gelatinosa, testimonio de lo vacío, de lo horrible de la vida.

7 de agosto

Cuando era más chica, despertaba llorando y era feliz por la noche. Ahora es lo contrario. A las seis de la tarde —hora fatal para las solitarias— muero y remuero. Me transformo en una bestia encerrada, impotente en su enorme fuerza inútil. ¿Es esto la adultez?, pregunto. ¿Ser una persona grande es odiar la niebla y la oscuridad? La vida es demasiado larga, creo, siento. No es larga cuando hay muchas cosas que hacer. Pero cuando no se hace nada o se espera todo, que es lo mismo, entonces la vida es larga. Pero yo me veo forzada a pensar en la vida. Desde hace muchos años, desde que me di cuenta que sufría demasiado tuve que pensar en mi vida. Y entonces pensé en mi vida:

—Tienes que salir de esta situación.

—No sé cómo.

—Tú crees que estás sufriendo para algo, para alguien. Aún no sabes que no hay a quién demostrar que se sufre.

—Pero yo debo sufrir. Es como si debiera vengarme.

—Tienes que salir. Ve a un museo, ve a pasear, usa tus ojos, no los guardes, ya es

hora de que los uses.

—Quiero que me cosan los párpados, así sabré que no veo no porque no quiero sino porque no puedo

—Debes salir. Tienes que usar de tu ternura. No puedes dejarla sepultada en tu espera.

—Tengo miedo de salir.

—Todos tienen miedo.

—Pero yo más, porque nunca he salido y los otros ya han salido y tengo que hacer un esfuerzo muy duro cuando estoy con alguien para fingir que yo también he salido. Y no es verdad. Jamás he visto nada ni ido a ninguna parte.

—Tienes que salir y ver a la gente.

—Tengo miedo de la gente. Siento que engaño a la gente. Que la engaña mi cara, mi voz, mi cuerpo. Es un esfuerzo muy duro hablar: como si yo también tuviera una vida propia, como si también a mí me pasaran cosas, es un esfuerzo muy duro ocultar mi sorpresa por estar afuera, hablando.

—Tienes que salir.

—Sí. Voy a salir. Quiero vivir como todos.

—No. No es verdad.

—Sí. No es verdad. No quiero vivir como todos. No puedo creer que yo también entraré en la vida de ellos y yo también haré lo que hacen ellos.

—Te crees distinta.

—Es verdad. No puedo creer que mi vida será como la de ellos. No sé nada, lo ignoro todo, pero no puedo creer que lo que hacen ellos es la vida. Mi vida no será como la de ellos.

—Si no sales tu vida no será nunca nada. Será como ahora. Una espera vacía.

—No sé adónde ir. Todo es provisorio. La gente es provisoria. Son seres que están en tanto no aparezcan los otros, los verdaderos.

—Quieres decir los que no existen, los que habitan tu delirio.

—No puedo ser amiga de la gente, la gente no es mágica, no tiene halo, es como la necesidad de comer y de orinar y de bañarse. Yo quiero que la gente sea del color de mis sueños. Quiero que la gente sea mágica.

—Tienes que salir y ver a la gente.

—Pero tienen mal gusto, como un remedio para la tos. La vida de ellos tiene mal gusto, hay que vivirla con los dientes apretados, pensando en otra cosa, entreteniéndose con otras cosas, porque de lo contrario es insoportable.

—Tienes que vivir como ellos.

—Lo haré. Pero su vida gotea como una canilla rota, da ganas de llorar, como cuando se contempla un reloj viejo y enorme en una sala desierta. Los minutos se suceden como el llanto de un gato. Si es preciso vivir como ellos viviré, pero siento que renuncio a todo.

—Lo que llamas todo es tu espera vacía, tu nada. Ellos tienen poco, pero tienen

algo. Tú también debes entrar en la vida de ellos y tratar de conseguir también tú un poco de algo, algo de algo.

—Lo haré. Pero sólo con la voluntad. Nunca con mis deseos.

Cuaderno de octubre de 1960 a 1961

31 de octubre

El cielo ausente, sin nombre. Hubo árboles junto al río. El verde duro de las hojas erguidas. Ramas seguras y para siempre en los troncos mudos. Hubo un agua en bloque, posible de dividir en pequeños ríos sin sentido. Sólo los barcos avanzaban y flotaron. Y ello porque no existían sino en mi memoria.

Visita al Louvre. Admirado de nuevo y de nuevo a Lucas Cranach, los flamencos, los holandeses y los alemanes del siglo XV. Conocido Zurbarán. Amado de nuevo a Vermeer y a de Latour. Desdeñado Rubens y Rembrandt.

Sed sin desenlace. Separada del acto de beber, de saciar. Deseo puro. Ángel bebedor. Sed de todo, de todos.

1 de noviembre, martes

Un rostro. Un rostro que no recuerdo, ya no está en mi memoria. Ahora es el combate con la sombra, nubes difusas y confusas. Le he dado todo. Lo hice y lo puse en mí. Le di lo que los años me quitaron, lo que no tengo, lo que no tuve. Ahora falta mi vida, falto a mi vida, me fui con ese rostro que no encuentro, que no recuerdo.

No podrá conmigo ese rostro. Es tarde para andar otra vez invadida por una presencia muda. Ya no más los amores místicos, un rostro clavado en el centro de mí.

Pero sé que mi vida sólo tiene sentido cuando amo como ahora no quiero amar, cuando intento un rostro y un nombre, que colorean mi silencio, que me permiten seguir buscando y no encontrando, que me permiten lo que de otra manera es hastío, tiempo en que nada pasa.

6 de noviembre, domingo

Despierto alegre. Tal vez a causa de ello, imposibilidad de escribir un poema. Entonces, ¿alianza definitiva entre la angustia y la poesía? No. Hay un plano que está más allá del estado anímico del poeta. Ese plano es habitado por los poetas adultos, los enamorados de la forma, los que creen, y hacen y se hacen en y por la poesía a causa de ella misma: no como sustitución sino como creación.

11 de noviembre, viernes

¿Quiénes aman a don Quijote? Los cuerdos, los lúcidos. Los que se le parecen lo viven con malestar. Me miré en el espejo. Parezco Dylan Thomas antes de morir, cuando decía: «Quiero desgarrar mi carne».

Anoche, mientras hablaba con las sombras, comprendí algo de lo que me pasa —había alguien en mí científicamente lúcida—. Yo decía si todo esto vale la pena, puesto que me voy a morir muy pronto. La respuesta fue la de siempre: «Si alguien te ama no morirás pronto; vivirás muchos años y tu vida crecerá como la higuera de Rilke». Pero la realidad es otra. Nadie me ama a pesar de mí, contra mí. Nadie me atraviesa como a un escollo, condición de este amor esperado y jamás hallado.

Caída en las «noches blancas». Metamorfosis. El ratón se sueña ibis de la China. Alguien vendrá a castigarlo: no un gato ni ningún peligro conocido. Lo harán sufrir porque no acepta ser ratón y además (y sobre todo) porque habiendo osado pensarse ibis de la China, sufre, siente miedo y espera que lo castiguen por eso. ¿Qué sucedería si no tuviera miedo de soñarse otro?

11 de noviembre, sábado [sic]

Huida de mi casa en 1955. Mamá me buscó en lo de Arturo Cuadrado. La imaginé angustiada como en mis peores momentos, en mis estados horribles. No sé si durmió las noches de mi ausencia. ¿Pensó que tal vez me iba para siempre? ¿O conocía mi poca seriedad? Pero ¿por qué estoy tan segura de su angustia? ¿No se habrá sentido, más bien, culpable? No. Nunca se sintió culpable respecto de mí. Y todo lo que hice toda mi vida no fue más que una larga demostración —ante ella: la sorda, la ciega— de su enorme culpa. Pero tal vez no es a ella a quien quise convencer sino a mí. Tal vez necesito de culpables para no morir de absurdo, para no aceptar la realidad, la verdad desnuda: no hay culpables, no hay causas malignas ni monstruos preocupados en perseguirte y hacerte daño, lo único que hay es nada. Nada. Nada. ¿Es que acaso lo comprendes?

Casi lloré al pensar en su rostro lloroso a causa de mi huida. Y la segunda fue venirme a Francia. Esta vez no podía tomar el tren a las seis de la mañana y buscarme en lo de Arturo Cuadrado. Pero tal vez mi triunfo de esclava sería que me viniera a buscar a París. Si lo hiciera creo que me pondría yo tan idiota que hasta perdería el habla. Me veo a los cuarenta años en una plaza con ella, yo jugando (como los idiotas) con una flor rota o una piedra y ella gritando, diciendo que me voy a ensuciar y le voy a dar más trabajo aún del que le doy.

Debo releer *El retorno del hijo pródigo*.

Muchas veces me imaginé cómo me expresaría si fuera pintora. Lo sé: como Emil Nolde. Hoy vi las bailarinas (rojas, malvas, deformes como seres no nacidos aún)

huyendo y danzando entre velas y cirios enloquecidos por un viento lila y azul y celeste y violeta. También vi algo de Munch, que asocio fuertemente con Kafka. Esos rostros vacíos a causa de un miedo paralizador, avanzando por una avenida transitada por seres-sombras, cuerpos sin caras. Esos rostros fijos, «con el miedo pegado a la piel como una máscara de cera». Lo más impresionante es la perfección fúnebre de su vestimenta. (Mi sueño con mi padre que se viste con más elegancia que nunca, cinco minutos antes de acudir a su cita con la muerte.)

Entonces, después de mi deseo de llorar de miedo por el miedo improbable de mi madre a causa de mi evasión pensé en esa persona de la que no quiero enamorarme. Y las ganas de llorar subieron porque supe, más que siempre, que esa persona puede salvarme, si tan sólo me amase. Lo cual es imposible porque si me ama desaparece su imposibilidad y mi amor, por consiguiente.

De la libertad humana. Quisiera enviarle una carta y decirle simplemente de mi amor. He aquí, en cambio, lo que casi le adjunto a mis poemas, el viernes ese en que fui delirante por amor:

> Estimado…: Le dejo estos poemas y también mis excusas por hacerle perder tiempo a causa de ellos. Pero me interesa mucho que los lea porque pronto voy a publicarlos. Esto no explica nada. Dicho de otra manera: quiero que los lea alguien que no me conoce, y cuando leí su cuento deseé mostrárselos. Aquí están pues. Lamento no poder dejarle aún mis libros: lo haré apenas los reciba. Un saludo muy cordial
>
> ALEJANDRA PIZARNIK

16 de noviembre, jueves [sic]

Tuve un trompo. Un trompo que giraba. Muchos juguetes viejos y arruinados de antemano. No es que yo los gastaba y rompía: me los daban de esa manera.

La bicicleta mágica. El lápiz que dividía y multiplicaba *solo*, de por sí.

Sábado, 24 de noviembre [sic]

Todo sustituible. Todo reemplazable. Todo puede morir y desaparecer: detrás están los sustitutos, como en los parques de diversiones esos muñecos que caen a cada tiro de escopeta y son súbitamente sustituidos por otros y otros. Es decir, que no hay nada que obligue a vivir, ni nada que desobligue. Todo o casi todo es mentira porque cae o puede caer. Lo único que es fiel es esta sed de algo por lo que vivir. Pero

tampoco lo es absolutamente puesto que está entre otras sedes y hambres y se alterna con ellas, y puede desaparecer por varios años y reaparecer.

No creo en nada de lo que me enseñaron. No me importa nada. Sobre todo no me importan los convencionalismos y el demonio sabe hasta dónde y hasta qué extremo infecto somos convencionales.

Convencionalismos poéticos y literarios.

Hasta el ser joven en un convencionalismo. Y la rebelión y la anarquía pueriles. Y el mito del poeta. El mito de la cultura. Hasta el comunismo y el socialismo de mis amigos es un nauseabundo convencionalismo. Como si se pudieran cambiar las cosas hablando y negando. Yo estoy en contra. Ni religión ni política ni orden ni anarquía. Estoy contra lo que niega la verdadera vida. Y todo la niega. Por eso quiero llorar y no me avergüenzo o sí me avergüenzo y quiero esconderme y hasta tengo vergüenza de suicidarme.

Las luchas o contiendas poéticas de B[ueno]s A[ire]s me hacen reír, ahora que estoy lejos. Arte de vanguardia, sonetos dominicales. Todo esto es tan imbécil. Minúsculas, puntuación y rima. Como si alguno se hubiera despertado, una mañana, con ganas de bañarse en alcohol y prenderse fuego porque las palabras no dicen, y el lenguaje está podrido, está impotente y seco. Mis jóvenes amigos vanguardistas son tan convencionales como los profesores de literatura. Y si aman a Rimbaud no es por lo que aulló Rimbaud: es por el deslumbramiento que les producen algunas palabras que jamás podrán comprender. Además, las contiendas literarias sólo las hacen los que están contentos y bien instalados en este mundo. Es una actividad suplementaria, un *hobby* nocturno, mientras se está en la cama reposando, tomando café o whisky.

Todo esto es tan idiota. Y yo, yo también hablé. Yo también abrí la boca y la llené de miasmas. Pero ahora sé. Ahora sé que no me importa nada. Ahora sé que todo me importa y *quiero reventar y quemarme y estallar*. Porque esto no es la vida. Y esto no es la poesía. Y quiero cantar y no hay qué cantar, a quién cantar. Sólo hay mierda y a la mierda se la insulta. Pero yo quisiera cantar.

Ampararme en la imagen de mí disparada por mis ojos mudos.

La pieza se cerró y la luz se amaba en la soledad. Todas las cosas estaban de parte mía. Tensión insoportable de los colores y las formas.

La luz se abrió como una herida. El cuerpo sin cabeza entró apartando con un gesto brusco la cortina inexistente. Me hundí en la cama y el cuerpo me siguió. Las cosas hicieron un seco ruido como un músculo al distenderse. Me metí en lo oscuro del abrazo y no vi más que sus labios.

Noviembre

Árboles antes de llegar a la UNESCO. Gorriones y palomas aposentados en un solo árbol, el más florido, el menos desnudo. Cielo nebuloso, blanco confuso sucio.

Risas en mí porque ¿por qué todas las palomas y pajaritos [en] un solo árbol, habiendo otros? El color de las palomas y el de los árboles era el mismo.

El «problema» de las miradas ajenas. Visión del mundo sin los anteojos de aumento. Sombras. Sensación de venganza. La gente pasa sin saber «que yo los veo como sombras».

Pero después, poco a poco, sensación de piedad infinita, inútil, porque las caras de los otros también son tristes, tensas, angustiadas. Por ejemplo, al entrar en la puerta de la Unesco el rostro que no recuerdo de una mujer en extrema tensión. Entonces me dije: «He aquí lo peor: no hay culpables». Y después el cartel, y yo sentí lo absurdo de los nombres y de las palabras.

Esto y las ganas de llorar a causa de la puerta del metro que abrió un minuto para mí, nada más que un minuto, y yo no entré porque de pronto me dio miedo esa máquina, y vértigo devorador. Y entonces no entré aunque la puerta se había abierto para mí y yo sentí deseos enormes de llorar porque pensé que una puerta se abre durante un solo minuto (la habían abierto solo para mí) y no entré porque había algo como miedo que no era miedo sino una confusión como de un nido de cuerdas entrelazadas, un nido de víboras abrazadas. Y después me saqué los anteojos como quien insulta o incendia.

INFANCIA

Las zapatillas de gimnasia despegadas y vueltas a pegar cada día. Preparativos de ropa limpia, todo limpiado y plegado en ciertos días en que había el intento de entrar en el orden, los preparativos para las excursiones, pobre inocente —horribles experiencias, y todo eso para nada, para una angustia sin fondo, para un agujero en el fondo del cerebro.

Dolor de ausencia. Vértigo final. Canto y encanto. Hasta que caiga; caerá esta lava y súbitamente del volcán taurino restará una hora muerta, execrada, en la cima del abandono. Si el amor es este espejismo, esta seguridad de no amar a quien creo amar, por qué este ir y venir de mi sangre caliente. Porque qué puede una sola muchacha en un mundo grande.

Dicen que cuando la muerte se acerca el pasado irrumpe y se desparrama en la memoria como una bolsa de piedras de pronto rota. Entonces anoche vi y supe cosas viejas: dondequiera que me vi yo sufría. Sufría como quien respira. ¿Por qué sufría? Por lo mismo de ahora: dolor de ausencia. Quién está ausente. No sé, pero hay alguien que falta. He venido a Europa a buscar a quien me falta. ¿Pero qué puede una muchacha sola en un mundo grande? Y cómo y dónde comenzar a buscar. Todo esto es locura. La locura comienza cuando se quieren realizar los deseos más profundos. Así yo debiera contentarme con el deseo y aceptar suavemente lo poco, lo ínfimo que se me realiza en la realidad. Pero esta discordancia de planos, este abismo entre el

deseo y la palabra, entre la que me creo y la que soy (¿pero qué soy si soy tantas?). En fin, una contención, una represión, una limitación (mis labios ávidos).

y todo irá bien / y cualquier cosa será mejor /
cuando se purifiquen los motivos de nuestras súplicas.

Época del jardín de infantes. ¿Qué pasaba que ya me rebelaba? ¿Por qué me portaba mal? (Me ponían en penitencia.) ¿Pero cuándo comenzó mi dipsomanía? Hace menos de un año.

Cuándo comenzó la sed, el desenfreno, el abandono, como si cada acto, al más simple, fuera un suicidio. De pronto, ganas horribles de caer, de estrellarse, de arrojarme contra una pared, de disolverme, de sacudirme eléctricamente, de resolver mi temblor, mi sexualidad, mi angustia en oleadas feroces, de resolverlo de una manera absoluta, orgasmal, orgiástica. Como ahora en la oficina, ganas de suicidarme escribiendo a máquina, o después cuando salga y tome café y coma con el hambre llorándome. Con el ser en sigiloso y terrible desorden, con el abismo al pie de mi instante.

Semana de felicidad. Lía. Aceptación de todo, de todos. Mis salidas con Rosita.

Y qué se salvaría, en definitiva, ordenando los fragmentos de cenizas, el humo, las manchas, la humedad (visión súbita de las cenizas en la cocina de mi infancia: las agarraba, eran dulces como arena, y no se comprendía por qué manchaban tanto, no se comprendía esos trozos muy pequeños de carbón erizando y afilando lo aterciopelado de las cenizas).

Día aquel en que iba con una bolsa de carbón y choqué con alguien y la tiré al suelo como para dar forma a una decisión súbita de dejar toda carga abandonada en mis manos puesto que se me molestaba y no se me dejaba realizar mi grave tarea en paz. La dejé y entré corriendo en la casa donde dije que me habían tirado la bolsa y no fue verdad, era yo quien la había tirado como venganza y por que se sintiera culpable quien me hizo tropezar.

Esto se repitió muchas veces: por ejemplo alguien me empuja sin darse cuenta y yo, en vez de dar el consabido traspié, me tiro al suelo ante el asombro y la culpa del causante. Es una manera muy personal de decir que «ya no puedo más».

Otra cosa: estoy por morir. Me moriré del corazón. El corazón se me va extinguiendo despacio. Pero debo decir que no muero del corazón: muero de abandonada. Son culpables mis padres, y O. y M. y O. y E. y S. y todos los que de alguna manera entraron en mi infierno. «Me creo en el infierno; luego estoy en él.»

M. A. M. Esa fiesta hubiera podido cambiar mi destino. ¿Qué destino? Aún estoy llena de palabras que no dicen nada.

¿Qué historia de una enajenación fue mi vida? ¿Y cómo recuerdo? ¿Y cómo lo recuerdo todo? Si jamás lo viví, si jamás lo he vivido.

Oh cristalina fuente, si en esos tus semblantes plateados formases de repente el rostro que tengo en las entrañas dibujado[21].

Domingo, 27 de noviembre

Vi el film *Los amantes*. He entrevisto, por un segundo, cómo sería una vida hecha de aceptación: de sí en vez de no. Pero el temor a intelectualizar, el temor a detener y endurecer una visión imaginaria del futuro, congelándola, haciéndola pasiva y convertida en arquetipo. Y luego mis esfuerzos penosos por acercarme a ella, por remedar esa visión construida en algún instante pasado de mi imaginación, arbitraria y sola, izada como un ejemplo absurdo, como un ídolo sin cabeza, erguida en su imposible. Y soy yo quien me afano por alcanzarme en esa visión. Soy yo que me busco donde no estoy.

Recordé el negocio de bicicletas y rodados en la av. Roca (después Perón), en Avellaneda. Mi paraíso. Mi teatro. Mi inalcanzable.

Lo que tiene de nuestra época este film (*Los amantes*), lo que tiene de nuestra generación, es que Jeanne M. no se detiene a causa de su hija. Quiero decir, la pérdida de sentido del concepto de «amor maternal» o «deber maternal». Ello se demuestra en que yo esperaba que «terminase mal», que vendría alguien a impedirle la felicidad recién descubierta. Pero no viene nadie y todo va bien. Estamos acostumbrados a los finales tristes.

¿Por qué no escribo lo de esa bicicleta mágica y el onanismo y Dios?

Noches blancas, Dostoievski.

El sentimiento de la soledad y del abandono es una enfermedad. ¿Cuándo comienza? ¿Por qué no hubo una madre para impedirla? Pero tal vez esta enfermedad es justamente que no hubo una madre para impedirla. No es sentir la soledad o el abandono como algo inherente al ser humano, que pesa sobre él y lo acompaña toda su vida. Es algo que le ocurre a algunos, como al «soñador» de D.: una inadaptación que es más que este nombre, una rebelión, una lucidez, un ser muriéndose como una tortuga, alguien que ve más que los otros, que ve mejor, lleno de ternura que dar, de amor, y no obstante se encierra, vive solo y solitario como en una tumba, condenado a una soledad sin remedio. He aquí lo incomprensible, viviendo como un criminal. Es el verdadero «maldito».

Diciembre, 7

Me obsede lo que me dijo uno de los empleados de la sección Expedición. Le pregunté —mientras hacíamos paquetes— si no se siente muerto de fatiga por las noches. «Apenas llego me pongo el pijama, cocino las legumbres (porque yo las compro crudas), como, y enseguida me meto en la cama y leo, calculo…» Pero en francés era: «je lis, je calcule…». Todos estos días me pregunté qué podría calcular este hombre. Tiene voz de barítono, voz histérica, con inflexiones que asocio a los cantos napolitanos. Y dicho con su voz tensa: «je calcule»…

Ayer había un tartamudo en el hospital Saint-Anne. Casi afásico. Entró en la oficina de informes y habló muchas horas. Daba alaridos y daba como sirenas de barcos hundidos. Quiero decir, primero una *e* casi interminable, una *e* como un tren de diez mil vagones. Él aparecía cerca del tren, dispuesto a saltar y a meterse en uno de los vagones. Una vez que la *e* llegaba a una extensión insoportable, emitía una frase rápida y al instante no podía más y entonces de nuevo se bajaba del tren y construía una vía, un pasadizo, algo en que apoyarse, en que sentarse. (Yo lo escuché llorando. Pero en verdad, si hubiera estado alguien conmigo, Susana por ejemplo, me hubiera reído como nunca, me hubiera reído como se reían las enfermeras.)

Recordar que el viernes me sentí ángel. Locura furiosa. Y fue a causa de mi enorme silencio interno, de mi éxtasis, de mi volar mientras hacía paquetes en la sección Expedición. Y el sábado vino una voz que me dijo: Tú nunca morirás…

Una sola cosa sé: llegará la tranquilidad y llegará la paz. Y algún día no me importará nada.

Viernes, 9

Ayer se celebró en mi cuarto una reunión de tartamudos, presidida por mí. Yo me había olvidado casi de mis dificultades. Anoche las reviví cuando vinieron Jean T., Roland G. y su mujer. Roland tartamudea brutalmente: repite la *m* o la *n* quince o veinte veces. Yo lo miraba tensa y angustiada como pidiéndole perdón. Sentía que mi propia tartamudez, imperceptible para los demás, era sólo percibida por él. Pero aparentemente muestra una admirable indiferencia por sus dificultades. Yo me amparaba en una fingida ignorancia del idioma y cada vez que sentía que mi voz vacilaba decía: «comment dirai-je?». Pero estoy segura [de] que Roland se daba cuenta. Por su parte, Jean también tartamudeaba, lo que no sucede nunca. Es indudable que era por contagio, por ósmosis. Queda la mujer de Roland, que no sólo no tartamudea sino que su voz es hermosa y notablemente fluida. Pero de vez en cuando (muy raramente) saltaba y arrastraba alguna consonante. Es muy evidente que hablaba para compensarnos cada vez que Roland acababa alguna tirada larga, penosa, llena de abismos y hormigueros. Todo esto puede ser una sensación subjetiva. Tal vez no se dieron cuenta de la situación. Pero me gustaría ser amiga de Roland y sé que no

es posible o será casi imposible a causa de nuestra común dificultad. Sin darme cuenta, yo lo ayudaba a finalizar ciertas palabras, como la que le costó más en la noche: *morbidité*.

Mi desorden es general. Fraenbel me anunció que estoy enferma por mi desorden alimenticio. «*Troubles* de la nutrición.» Me dijo que soy como los salvajes de África: ocho días sin comer y después se comen un hipopótamo.

—Pero ¿están siempre enfermos? —dije.

—La enfermedad es su manera de ser —dijo.

Pensé en Unamuno: «El hombre es un animal enfermo». No obstante, quisiera ordenar mi vida cotidiana.

Sábado, 10

Peligro, peligro. No quiero caer nuevamente en el psicoanálisis.

Lo que no perdono (¿a quién?) es el clima de inutilidad y hastío y de mi infancia. Todos los días, a cierta hora, yo le preguntaba a mi madre:

—¿Qué hago? ¿Qué hago ahora?

Esta pregunta la encolerizaba.

—Date con la cabeza contra la pared.

No obstante, no quiero psicoanalizarme. Pero me pregunto si podré vivir así. La gente me da miedo. Yo me doy miedo. Y tantos otros… Sin hablar de las obsesiones, las sombras nocturnas, «los miedos de las noches veladores». El miedo a desear y su contrario: el deseo absoluto imposible de satisfacer en este mundo. Pero psicoanalizarme nuevamente, no.

Domingo, 11

Anoche me vi sin saber qué hacer. Creo que soñé algo así: un bosque, me adelanto hacia un hombre que es mi enemigo, que está apoyado en un árbol, y me mira con sonrisa de perseguidor. Aterrorizada, me doy vuelta y me encuentro con lo mismo: el mismo árbol y el mismo hombre. Todo se desdobló: el sol, el árbol, el hombre. Todos excepto yo que no sé si ir adelante o retroceder.

Esto que acabo de escribir lo recordó la pluma, no yo. Yo quería escribir otra cosa completamente distinta pues ignoraba este sueño.

No sé por qué hago tanto escándalo. Otras gentes nacieron. No sé por qué me porto tan mal.

Martes, 13

Casi todas las mañanas llama a la oficina una vieja que pregunta por M. F. Como le digo que no está me deja siempre el mismo recado: «Dígale que ya puede ir a buscar los 40 000 m… (y aquí una palabra incomprensible)». Pero ayer fue peor: «Dígale que ya puede ir a buscar el *suplemento* de los 40 000 m…».

Miller: Sobre el psicoanálisis (Crucifixion en rose).

Miércoles, 14

Intentos de apresar la causa de mi vieja orfandad.

Ayer: deseos de ver *La source*, de Bergman. El film lo daban en la av. de l'Opéra, enfrente de donde vive M. En el film hay una madre, que ama a su hija (que ya no es una niña). «La amo más que a Dios», dice. Salgo del cine y tengo frío (*hace frío*) y busco a M., por si por azar vuelve o sale de su casa. Enfrente de donde espero el ómnibus pasa corriendo una mujer. No alcanzo a verle el rostro pero me dije: «Es M., es ella y corre porque me ha visto». No pensé que corría por el frío. Pasa el ómnibus y lo pierdo. Quedo sola y enfebrecida muerta de frío y de ganas de llorar. Toso como si debiera toser, porque tal vez M. pase sin que yo me dé cuenta y de alguna manera necesito decirle o indicarle que estoy sola y enferma. Vuelta triste y desesperada. Trato de hacer los ejercicios y no puedo. Deliro con una madre que me quiere más que a Dios. Hoy, al despertar, pensé que si mis padres me extrañan es porque por mí les pasaba algo, yo escandalizaba el aire quieto y amodorrado de su hogar burgués. En duermevela vi el rostro de Lilia Deniselle y me pregunté por qué no le escribo. Después pensé en Nerval y me dije: ¿por qué no haré también yo un esfuerzo por ordenar y aclarar esto que me obsesiona? Y decidí anotar todo lo que se refiere a mi sentimiento de orfandad.

La semana pasada oí que E. le dijo a M. por teléfono: «Llámame el miércoles». Durante todos estos días asocié el día miércoles (hoy) con M. Ayer pensé que si M. viniera de improviso a la oficina, yo me desvanecería de sorpresa y terror. Pero una voz dijo: «M. no es más que un nombre. Su persona, su realidad, su cuerpo, ella, no tienen nada que ver con la M. que has inventado». No es indiferente que sus iniciales sean tan parecidas —en sonido— a la palabra —el ave de mi delirio.

Jueves, 15

En efecto, ayer fue mi pequeño y humilde día en que me di en holocausto a la

sagrada sombra de la maldita madre. Y si por la noche me arrastré a ver *Ubú* fue por el deseo de ver masacrar y asesinar y exterminar y destruir. En el teatro no miré a nadie, quiero decir, estuve toda la noche —en los entreactos— mirando el suelo o el cielo, porque todo rostro humano me daba ganas de llorar a gritos.

Y todo porque quise ver a M. en la realidad y a la salida de la oficina me tomé un taxi hasta la suya. Verla salir, hacer como si la encuentro por azar, tal vez tomar un café juntas y hablar un poco, lo suficiente como para que me dé cuenta [de] que es una persona como cualquier otra y no me obsesione más. Pero no la vi, y hay algo de maleficio en ello. Y pensé que tal vez ella sí me vio y qué creerá ahora de este pequeño monstruo que la persigue; creerá que soy una lesbiana infecta, y no me importa sino no haberla visto, lo que me hizo jurar olvidarme para siempre de ella, lo cual es imposible, etc. Odio. Odio. Yo odio y quisiera que todos muriesen, salvo la vieja repugnante mendiga de ayer que dormía en el metro abrazada a una gran muñeca. (Así voy a terminar yo pero será la muñeca la que dormirá conmigo en sus brazos.)

Y no obstante, qué maravilla terrible y horrible es el ser humano; qué hay de móvil y fluyente en el espíritu, que no deja que un estado se detenga, que no deja que un estado onírico se eternice o persista. Por eso, tal vez la atracción de los personajes literarios, seres absolutos, es decir, que llevan el amor o el odio detenidos en ellos. Así fui yo cuatro años, así me viví cuatro años. Cuatro años en los que me imaginé y me soñé, en que me vivía como otra. Una sola otra: La Enamorada.

Viernes, 16

La locura. Ella ronda.

Ayer no se me ocurrió nada mejor que odiar a la empleada de la Prefecture de Police. Consecuencia: problemas con la *carte de séjour*. Lo que no comprendo es cómo mi eterno miedo no me ayudó, por qué le hablé con tanta insolencia. Pero me sentía como una princesa en el exilio y no quería saber nada de que me interrogasen.

Aún estoy dolida y deshecha por lo que pasó en mi persecución frustrada de M.

Domingo, 18

Noche crucial, noche en su noche. Mi noche. Mi importancia. Mí misma. La asfixiada ama la ausencia del aire. Memorias de una náufraga. Sueños de náufraga. Qué puede soñar una náufraga sino que acaricia las arenas de la orilla. Tengo miedo. Hoy me levanté con ganas de escribir y no lo hice porque: ¿en dónde vas a poner tantos papeles? La pieza es pequeña. ¿Por qué llenarías hojas y hojas si después el

desorden crece, el número de papeles crece?

Ayer vino Anne-Marie y cometí la idiotez de narrarle (con palabras de *este mundo*) mi amor imposible por ese rostro que me obsesiona. Lo comprendió. Lo comprendió demasiado. No comprendió nada.

Por qué no viene Pedro. Que venga. Que venga el pequeño Pedro y dormiré con él. Estoy cansada de este supuesto clima homosexual, que no es auténtico en mí. No sólo no soy lesbiana ni lo puedo ser sino que —según las experiencias [*inconcluso*]

Martes…, 8 h de la mañana

Anoche pensé qué medios usaré para suicidarme.

Hoy, al despertar, retornó a mí una canción judía que me apasionaba a los ocho o nueve años. La tarareaba y cantaba sin considerar su texto. Hoy volvió y supe que lo que más me había conmovido era esto: «Adónde iré. Golpeo cada puerta y cada puerta está cerrada». Me sobresalté y me dije si mi sufrimiento no proviene de algo anterior a mis padres. Instantáneamente pensé en el hermetismo que no conozco y en la Cábala, que tampoco. Todo esto es muy raro y lamento, más que nunca, mi adolescencia psicoanalítica. El psicoanálisis me ha hecho racional y desconfiada respecto de las cosas que deberían serme naturales como milagros, significados mágicos, etc.

Todas las puertas están cerradas. Este deseo de creer en el mundo externo me enloquece más que mi alejamiento casi absoluto. Ahora (desde hace un mes) no puedo refugiarme en la imaginación. En nada puedo refugiarme.

Por la noche

Lo mejor es dormir. El sueño bruto. Aún me niego. Qué sé yo de las palabras. Esto que digo no es un juego, no es una imagen.

Miércoles, 21

Despierto sonriendo después de una noche infernal. ¿Cómo entenderlo? Anoche releí mis poemas y me dije que no valen nada.

Anoche tomé agua hasta las tres de la mañana. Estaba un poco ebria y lloraba. Me pedía agua a mí misma, como si yo fuese mi madre: «Dame agua. En todas mis vidas tuve sed. Tengo miedo y quiero agua». Yo me daba a beber con asco, como a un animal extraño que me condenaron a saciar.

Tengo miedo. Dónde dejarme.

El día de ayer —la noche de ayer— me deja extrañada y sin saber qué hacer. Esos días infernales se repiten. El miércoles, ayer, días en que tengo una conciencia absoluta de mi imposibilidad de vivir. No puedo psicoanalizarme. No hay qué analizar. Simplemente me niego —alguien en mí se niega— a vivir. No obstante, hoy que estoy más serena me doy cuenta que hay algo fundamental que tengo que saber. «Desgarra el vuelo», dice la voz. Detrás hay algo que me hablará, antes de que muera.

Jueves, 22

Me miré en el espejo y tengo miedo. Después de mucho tiempo logré encontrar mi perfil derecho tal cual es en mi mente, es decir, infantil. Cuanto al izquierdo, me horroriza. Perfil de plañidera judía. Todo lo que execro está en mi rostro visto por la izquierda. Y no obstante, a partir del cuello, quiero decir, del cuello a la cintura, amo más mi derecha, lo que no sucede de la cintura para abajo. Todo esto me angustia porque es inexplicable. Pero yo sé a qué me refiero.

Viernes, 23, 20 h

Un poco ebria. He bebido en la oficina, donde ofrecieron el *champagne* a causa de la Navidad cercana.

He gastado dinero delirantemente.

Me compré una agenda igual o parecida a la que tuve a los cinco años, la que me dio Mario. Y estoy más anhelosa que nunca de ver a M. (*mon dieu mon dieu*).

Elizabeth. Su amante imaginaria. Una pintora aristocrática y millonaria recluida como una monja en su estudio-celda y no viviendo sino para su arte.

Lo que habrá sentido contándome sus aventuras con ella, a mí que le creía —que tanto quería creerle—. Sospecho que cuando me lo contaba no tenía conciencia de estar mintiendo.

El bosque estaba oscuro; por eso las hojas suspendidas de las ramas amenazaban con un color negro, no verde. «Es mentira todo, pensé, hasta lo que me decían del color de las hojas.» Tenía tanto miedo que no sabía si avanzaba o retrocedía.

Sábado, 24, 9 h

Anoche pasó nuevamente. Pero lloré.

Angustia feroz por mi odio a E. Hoy a la mañana desperté pensando en alguna bruja que me hiciera el enorme favor de romper su retrato.

No me comprendo.

Pero debo examinar y analizar exhaustivamente mi comportamiento con E.: una cosa es verdad: no soportaría estar enojada con él, es decir, no hablarnos más. Lo único que deseo es hacerle daño sin que se dé cuenta, mientras nos sonreímos ingenuamente.

De todos modos, la oficina será (ya lo es, [*ilegible*]) otro infierno para mí.

Hoy desperté viéndome como un cuerpo sin piel, una llagada que anda por el mundo y solicita que le peguen duro y fuerte.

Y por qué no hago los ejercicios, si son lo único que me puede ayudar.

Lo de ayer me deja asombrada, me deja en harapos. Lo peor de todo es esta comprensión a medias de lo que sucede en mí y de lo que sucede en todo y en todos. Así cuando lloraba, recordé súbitamente a Olga, sus terrores nocturnos, su miedo a la muerte, su sufrimiento increíble, es decir, difícil de creer, de ser creído, porque también ella no parecía sufrir en forma pura, sufrir por sufrir, sino que era como si sufriera para alguien, para apiadar a alguien, para excitar el amor de alguien. Y me dije que no hay para quién llorar, no hay para quién sufrir. A quién demostrar que se sufre, ¿a los demás, a los otros? ¿Es que los demás no sufren? ¿Es que será un sentimiento religioso? Lo que pasa es que cada vez que descubro algo, algo terrible y peligroso, necesito comprobarlo con mi sufrimiento. Quiero decir, por haber descubierto que no hay dios necesito castigarme. O por cualquier otra cosa. Todo es bueno para destruirme. Pero no quiero caer en el convencionalismo psicoanalítico. Si lloro porque sufro, si quiero vivir, si hago un esfuerzo por salir de este estado lamentable, es que no quiero sufrir. Con decir que soy masoquista no resuelvo nada. Si gozo en el sufrimiento (pero es que gozo, pero ¿por qué protesto y grito tanto?) no es posible entonces que haga todo lo posible e imposible por salir de mi depresión. Hace años que estoy protestando y quejándome por mis angustias, en diarios, en poemas, en conversaciones con amigos y enemigos, en el psicoanálisis. Una vez O. me preguntó bruscamente: ¿Para qué se analiza usted? y mi respuesta salió sola, escupida por mi sorpresa: «Quiero dejar de angustiarme». Y todo este caos, este desorden, este querer quedarme queriendo irme. Sólo una cosa es verdad: mi infierno actual es fantasmal. Deriva de dos seres que erigí en obsesiones: M. de quien estoy enamorada; y E. a quien odio. Freudianamente, M. es mi madre y E. mi padre. E. me impide ir hacia M., y por eso lo odio. Pero yo no sé nada de psicoanálisis, salvo que el mío no sirvió para nada. Lo que debiera hacer es abrir los ojos: darme cuenta que M. no existe en la realidad, y que E. no es más que un pobre idiota. Pero no es tan fácil.

A veces me pregunto si mi enorme sufrimiento no es una defensa contra el hastío. Cuando sufro no me aburro, cuando sufro vivo intensamente y mi vida es interesante,

llena de emociones y peripecias. En verdad, sólo vivo cuando sufro, es mi manera de vivir. Pero algo en mí no quiere sufrir. Algo quisiera observar y callar, analizar y tomar nota. (La novelista que llevo dentro, y que cuándo pero cuándo se va a decidir a escribir.) La consideración de mi vida me da vértigos. Me veo en el pasado, me imagino en el futuro, y todo comienza a girar, y todo es demasiado grande, inabarcable, mi vida es demasiado grande para mí; tal vez yo no me merezco, tal vez yo soy demasiado pobre para poder aceptar y contener todo lo que he vivido y sufrido. (Esta sensación de escisión de mi ser me aterroriza. Es constante.) Una sola cosa sé: mi problema esencial es con la gente, con los otros. Y todo es muy sencillo: si los otros me sonríen soy feliz. Si me miran con hostilidad sufro como un personaje de tragedia griega. Pero no es tan simple: también hay una que soy yo a la que le importa absolutamente nada los otros, hay alguien que se encoge de hombros ante los otros y lo que puedan pensar o hacer.

Domingo, 25, 17 h

Aún el sueño de anoche, aún la visión de M. iluminada como una madona, erguida en mi frente, erigida en mi confusión como el dios de la lluvia en el cerebro de un salvaje. Tengo conciencia de mi esquizofrenia de hoy, de mi zona de fragmentos y balbuceos, de este baldío con algunos diamantes entre las plantas podridas. Más que nunca sé que M. no corresponde a esta imagen que me delira. Y más que nunca quiero llamarla, a la verdadera, y decirle que venga, que la espero. Hasta me suicidaría por el solo placer de agonizar y llamarla —suponiendo que no se negaría al pedido de una moribunda. Pero sí que se negaría. Y además no importa. Creo que aún moribunda no la llamaría por temor a lo que pudiera pensar E., por temor a lo que pudiera pensar todo el mundo de la gran Alejandra que muere clamando por una lesbiana. Y al mismo tiempo (¿es una defensa?) me deseo en deseos por Augusto y quiero hacer el amor con él o por él. Quiero que hoy sea mañana y quiero realizar todas mis fantasías eróticas, encarnarlas, interpretarlas. Hoy es mi día más erótico, y se debe al acto de ayer. Siempre tuve la sensación o el presentimiento de que lo único importante verdaderamente es el acto sexual. Es decir, cuando descartaba todo, cuando sentía lo inútil de todo, la muerte, el dolor, la falsedad, lo absurdo sobre todo de la vida, me decía: «Lo que impide reventar es el ardor entre los muslos». Y hoy a la mañana me dije que no me voy a negar nunca más ninguna experiencia sexual, sea con quien fuere. Hasta el presente mis experiencias fueron promiscuas, de hoy en adelante lo serán más. Me acostaré con todos los que me lo pidan en tanto yo sienta el más leve deseo. Pero sólo yo sé que la quiero a M. solamente, o al menos a Augusto y a M., a ambos, juntos o por separado.

> Comme un fou, je vis penché sur un visage que j'adore secrètement et dans lequel je planterais volontiers un couteau.
> Ces imaginations me tuent.
>
> B. CENDRARS

He perdido el sentido del juego. Sin él no hay arte.

Jueves, 29, 8 h de la mañana

Nunca siento más asco de mí que cuando hablo con el Dr. F. Cada vez que digo «yo» y miro sus ojos siento vergüenza. No sé aún si lo quiero o lo odio. Creo que lo quiero.

Mi odio por la gente de la oficina no puede tener otra explicación que el odio a mi trabajo. De otra manera no se explica lo de E., y lo nuevo, lo surgido ahora: Jeanne, la vieja empleada, que sentí hasta ayer como un mueble y que de pronto se me reveló como alguien que tiene dos ojos, que miran y juzgan.

Mi carencia de libertad me aterroriza. Creo que no me atrevo ya ni a sentir frío siquiera. Mi silencio interno es motivado por una represión absoluta de todo pensamiento o idea. No me animo a juzgar o a meditar. Cada acto que realizo lo justifico en la medida en que se adapta a alguna imagen de mí que proyecté y que deseo realizar. Alguna imagen externa y a priori, una suerte de [*frase incompleta*]

Cuando entré en mi cuarto tuve miedo porque la luz ya estaba prendida y mi mano seguía insistiendo hasta que dije: Ya está prendida. Me saqué los pantalones y subí a una silla para mirar cómo soy con el buzo y el slip; vi mi cuerpo adolescente; después bajé de la silla y me acerqué al espejo nuevamente: Tengo miedo, dije. Revisé mis rasgos y me aburrí. Tenía hambre y ganas de romper algo. Me dirigí a la mesa con el mantel rojo con libros y papeles, demasiado libros y papeles y quise escribir pero me dio miedo aumentar el desorden y me pregunté para qué lo aumentaría con un poema más que luego exigiría ser pasado a máquina y guardado en una carpeta. Me mordía los labios y no sabía qué hacer con las manos. Yo misma me asustaba porque me miraba a mí misma en mi piecita desordenada, andando y viniendo en slip y *pullover* sin pensar, con la memoria petrificada, con la boca devorándose. Pasé junto a la silla y me subí de nuevo en el espejo pero mi cuerpo me dio rabia y me tiré en la cama creyendo confiada en que el llanto vendría.

Viernes, 31

El año pasado, hace un año, estaba en mi piecita de Buenos Aires esperando la

llamada de Susana. Lloré y sufrí hasta decidirme a llamarla yo y decirle que viniera a mi casa, puesto que las dos estábamos solas, así pasaríamos juntas una noche agradable, ese 31 de diciembre tan solitario para las dos. Pero no quiso venir, prefirió quedarse pensando en su amor, rindiéndole homenajes silenciosos. Venir a mi casa y pasarlo bien era traicionar al objeto amado. Recuerdo que yo me prometí ir a Francia, me dije que no aguantaba más mi infierno con mis amigos, con mis padres. Lo que más me dolió siempre en mi vida de Buenos Aires era la vergüenza de mi soledad. Si nadie me llamaba y me pasaba el sábado y domingo sola en mi pieza, me daba miedo y vergüenza ante mis padres. Además, en Buenos Aires no se puede ir sola a un cine, un teatro. Mi soledad me avergonzaba. Mi abandono era una enfermedad visible.

Pero anoche pensé en volver a Buenos Aires. Lo pensé con la misma angustia con que hace un año pensé en venir aquí. ¿Qué puedo hacer yo en Buenos Aires?

1961

Domingo, 1

Dentro de muy poco me suicidaré. Siento claramente que estoy llegando al final. Veo cerrado. Ni afuera ni adentro. Simplemente no tengo fuerzas y la locura me domina (una histeria atroz: imposibilidad absoluta de quedarme tranquila, quieta).

Lunes, 2, 23 h

¿Por qué protesto? Es muy simple: nunca en mi vida pensé en mis circunstancias personales: escuela, familia, trabajo, relaciones, amigos. Me limité a sufrirlos como testimonios opuestos al clima de magia y ensueño de mi memoria. Luego, es natural que me dañen. Me sobrecoge mi carencia de defensas. Pienso en el suicidio. (Coqueteo con él. Como si al decirlo quisiera asustar a alguien. Pero mamá está lejos. Y tal vez no existe.)

Como si aceptarme en mis circunstancias actuales llevara implícito un renunciamiento a algo fabuloso. Es el viejo problema. De todos modos, yo no existo. Soy un ser evanescente: la hija del aire, enamorada del viento.

Martes, 3

Si trato de escribir de mí es para conjurarme.

Siento que me acerco al final. No sé si vendrá la locura o la muerte. Hace tiempo que estas palabras se vaciaron para mí.

El pasado me invade. Cae en su maldad más pura; lo que sufrí está aquí. (Imposibilidad de describir concretamente lo que me atormenta.)

Y debo escribir de mí, debo tratar de hallar palabras para explicar. Tengo miedo.

Sentimiento de lo provisorio. Escribo rápidamente y miro el reloj. Temo no tener tiempo. ¿Cuánto viviré aún? Leo con urgencia, miro y es vertiginoso. Corro. Adónde corro. Hay un cuchillo, algo presto a decapitarme. Nunca sentí más miedo.

El deseo antiguo, vehemente, procaz y precoz de tocar el sexo de mi padre.

El deseo. No. La obsesión por las llaves de la cocina eléctrica: una vez que la cerraba, que yo *sabía* que la había cerrado, me obligaba a retornar para verificarlo una y otra vez hasta irme llorando de histeria.

Lo más importante es esto: durante mis alucinaciones habituales hubo varias veces la irrupción de un miedo infantil a quedar retenida en ellas, a no poder salir.

Varias veces, en noches como ésas grité llamando a mi madre. Ella prendía la luz de su dormitorio y venía a mi pieza, sin inquietud, como si fuera natural que yo sintiera miedo y pesadillas y alucinaciones.

Tengo miedo, le decía.

Acostate y dormí, respondía.

Nunca mencionábamos esos sucesos. (Eran parte de la noche.)

¿Cuántos años hace de esto? Dos, tres; no sé.

¿Cómo estudiaba Matemáticas? ¿Por qué daba exámenes tan brillantes? Porque estudiaba para Ella.

Sábado, 7

Ayer visité a M. He perdido. No sólo estoy más enamorada sino que es imposible que me ame. Me odio por amarla. Me odio y la amo sin esperanza.

Su temor de anoche cuando la quise llevar a mi cuarto. Me hacía sentir tan miserable. Y yo sólo quería verla en el sitio en que tanto la soñé: soñada y sonriéndome. He perdido.

Todo lo que le decía ella lo arrojaba como inservible. Mi amor en harapos volaba como un paquete absurdo y nauseabundo.

¿De qué vale anotar esto? Si al menos mi caída perdurara, si mi desesperanza se mantuviera, si mi estado de golpeada (como si me hubieran dado anestesia) no cambiara esta noche o mañana.

Mi boca se cierra furiosamente, como si hubiera jurado no sonreír ya nunca más. Sospecho que ayer no hice sino cobrar mi cuota periódica de golpes y humillaciones. Pero creo que se me fue la mano.

Domingo, 8

No hice más que llorar y pensar en M. Anoche tomé diez pastillas para el insomnio. Pero no eran pastillas contra M. Nada puede sacarla de mí, como si yo fuese su prisión a pesar mío. Quién me eligió para llevarla dentro, por qué culpa lo merezco. Pienso en ella y lloro. Es la primera vez que lloro después de tantos años. La última vez fue, creo, cuando mi amor por Ostrov, hace dos o tres años.

Tratar de ser simple y objetiva.

Este diario no expresa la verdad. Debo decirla. Ser exacta y lúcida y no temer la verdad porque ya no tengo nada que perder.

¿La amo o la odio?

¿La amo porque la odio?

¿La amo porque me odia?

¿La amo porque le soy indiferente?

Repetición de mis juegos antiguos: ir a donde me rechazan. Abstenerme de ir a donde me aceptan.

¿Por qué elegí a M. y no a otra?

En la rue Gay-Lussac un coche viejo lleno de cajones o de cajas de cartón. Me pareció ver adentro sentado a un anciano de abrigo y sombrero negro, pelo blanco, rostro hermoso y tristísimo. Me impresionó su soledad y me dije que nadie en el mundo sabe que este anciano está solo y triste en un auto muy viejo en una calle desierta. Pero de pronto me dije: ¿y si no fuera un anciano? Me acerqué y en efecto no había nadie.

En el cine me senté junto a una muchacha que me rozaba las piernas con gestos furtivos. Me emocioné y lloré en silencio. Después vino otra, su amiga, a buscarla y se fueron. Lloré hasta el final de la película.

En verdad, desde el viernes no hago más que llorar.

Me estoy consumiendo. Siento que me muero como *El niño que enloqueció de amor*.

¿Y si M. me envidiara mi amor por ella?

Creo que bebí tanto para no verla tal como es. Para ser libre con ella tal como yo la he creado.

Lunes, 9, 8 h

Noche de insomnio a pesar de que tomé diez pastillas. Lloré. Me odio más que nunca y odio mi cara y mi cuerpo pues los miro a través de sus ojos. Odio mi cara que no supo fascinarla.

Amo y no sé qué hacer. ¿Qué se hace en este mundo civilizado cuando se ama así?

24 h. Lloré en el día. Súbitamente me acostumbré a comer y beber sin sal ni azúcar. Cuando bebía mi café amargo pensé en M. y dije que así debía ser.

En la oficina me dijeron que «llegó a oídos del director que usted lee libros de poemas en las horas de trabajo».

Semejanza entre M. y María Rebeca. Ambas fascinadas (y sospecho que frustradas) por Silvina Ocampo. ¿Cómo es posible que les guste Kafka?

Hoy, en lo de J., obligué a que todos terminaran hablando de M.: una imagen superficial y brillante, alguien que es hábil y sabe cómo hay que vivir en este mundo sin sufrir. Entonces me di cuenta [de] que yo no la conozco.

Miércoles, 11

Esfuerzos por reconstruirme. Mi empleo peligra. Es decir, mi estadía en París. El deseo de ir a Buenos Aires es, en mí, sinónimo del deseo de no dejar de ser una niña.

Recibí carta de Ostrov. Alentadora y bondadosa. En verdad, hay dos familias de seres en este mundo: los que sienten que vivir es difícil y terrible y los que no lo sienten. M. es de la segunda, ¿cómo puede gustarle Kafka? ¿Pero por qué la gente —gente como yo— busca a gente como M., por qué hay deseos de hacer algo por ellos, para ellos?

M. se parece a E. en que todo le es fácil. Todo les sale mal pero lindo y aceptable. Hacen las cosas con gracia, sin el menor esfuerzo.

Apenas me sube la angustia tengo hambre y desordeno la pieza.

M. no existe. Esto lo sé. Tal vez es la última idealización que hago. Siento que lo que pasó tuvo que pasar. Con toda su fuerza terrible. Ahora no me queda más que un cierto desprecio por ella y naturalmente una gran frustración.

Comienzo a darme cuenta. La economía existe. La política existe. Todo eso existe a causa de que yo no puedo pasarme el día leyendo y haciendo poemas. Pero aún me parece tan absurdo, tan irreal que yo tenga que trabajar para vivir…

Lo que falla en los poetas mediocres es el tono, un cierto ritmo peculiar, algo personalísimo que reconocemos en los poetas auténticos.

Viernes, 13

Desperté con estos versos en la memoria:

ô saisons, ô chateaux
quel âme est sans défaut.

M. continúa obsesionando. Ahora le dirijo insultos imaginarios que son verdaderos trozos antológicos de un manual de oratoria o de psicología fantástica.

He hablado de M. Repetí mi obsesión y mi extraño suceso; he asombrado y no exorcicé nada. Su rostro no está. Hay una rabia insólita. Es injusto que *cette tas de merde*, esta maldita imbécil de corazón de palo reciba el amor y el don lleno de ángeles que le ofrezco. Debería ser a la inversa. Si fuera a la inversa ambas nos hubiéramos salvado.

Anne-Marie me pregunta siempre si soy atormentada.

Cuando le contaba a A. M. mi ruego de ebria a M., en el café de al lado, esa letanía mía: «Sé que es difícil comprenderlo pero te ruego que lo comprendas».

Sábado, 14, por la mañana

Soñé con Octavio P. Yo tenía un automóvil muy grande y muy viejo y no sabía qué hacer con él, dónde dejarlo, adónde ir. Después, Octavio se queda con Towas (¿o era lunel [*sic*]?) Y yo me quedo sola con mi gran automóvil.

(Inútil explicar que el auto era como el del sábado pasado, en la rue Guy-Lussac.)

Anne-Marie dijo que mi vida es literatura: yo hablo y actúo como un personaje de un libro.

Par littérature,
j'ai perdue ma vie.

Siento que nadie comprende lo que digo. Preciso un largo prefacio explicativo para comenzar a hablar sobre cualquier cosa.

Anoche, mientras le hablaba a A. M., era raro su silencio atento y admirado. Me gusta que A. M. me admire.

Recién hoy descubro por qué estaba tan triste en la exposición de Towas: por azar le presenté a Berrier, que sufre del mismo estrabismo que ella. Se habrá sentido ridícula en el centro de la sala.

Por la noche

Iba por Saint-Michel buscando un taxi. De pronto la vi. La miré mucho, no creyendo en mis ojos desacostumbrados de la exactitud. M. estaba junto a un gran automóvil muy lujoso. Cuando comprendí que era ella observé su rapidísimo gesto esquivo para hacer como que no me ve. La tomé del brazo y la obligué a saludarme. Estuve sonriente y excesivamente cortés. Pero pensar que me huye, que me rehúye, es más de lo que puedo soportar, justamente ahora en que estoy enferma de ella. Es un azar horrible el provocador de este encuentro.

En cierto modo, es como si me obligara a sufrir por ella. En verdad no tengo ganas de verla ni me importa. Pero es como si debiera sufrir por ella. Como si lo más terrible de todo fuese quedar sin rostros concretos y reales, es decir, que mi nostalgia se limite a un sonido, un perfume. M. es un comodín en la historia de mi nostalgia. Lo que hace que me fascine está en mí, no en ella. Yo no la conozco. Es un nombre. Pero no comprendo por qué no me quiere, por qué no desea siquiera saludarme. Es que tal vez intuye algo de lo que sucede y le da miedo. Por otra parte, yo debo dar miedo. (Sería divertido si al final resulta que la que da miedo soy yo.)

Lunes, 16

Anoche me sentí tan lejos de M., tan consciente de su irrealidad, que decidí

escribir un relato sobre mi amor inexistente. Hoy despierto con la dulzura de su rostro frágil en mi memoria, hoy está tan bella en mi memoria que no acierto a comprender su dureza, su comportamiento sórdido. Hoy está tan atenta y maravillosa que renace la esperanza de una manera más perfecta, como una flor armoniosa. Recuerda que no quiso saludarte. Recuerda que tu nombre en su memoria debe producir ecos desagradables, chirridos molestos.

¿Quién escribirá sobre el amor? No yo. Oh no. Yo amo.

Comienza a devenir adulta en mi relación con la literatura. Ser adulta quiere decir preferir *Ulises* al *Retrato del artista adolescente*, quiere decir considerar en una ficción su inventiva, su desarrollo, su lenguaje; quiere decir no amar o admirar solamente por identificación o catarsis.

¿Y Henry Miller? Ni él es adulto ni sus lectores fervorosos. Suelo pensar que la literatura adulta es la de Borges, *par exemple*.

Martes, 17 de enero

Historia de una confabulación de sombras para expulsar de la noche a la pequeña sonámbula.

Sensación del precio del silencio y de la soledad. Trabajar para ganarlos. Como si te prestan la vida, o te la alquilan, y tú la pagas en lentas y dolorosas cuotas. Vocabulario comercial. No otra cosa se espera de una «histérica muchacha judía».

Variante de los sueños de Betina: una muchacha se enamora exasperadamente de un joven. Lo encuentra por azar en la calle y decide contarle que sueña con él desde hace tres meses. Ella conoce Freud y no deja de salpicar su relato con zapatos, barcos, escaleras y grutas ávidas. El joven no se conmueve y bosteza sin disimulo. La muchacha se va llorando porque acaba de descubrir que su objeto amado no es en modo alguno el joven aburrido que la escuchaba apenas sino el otro, el de los sueños inventados para fascinar al que creía amar. Todo esto se complica pues después de un período de amor delirante por el entrevisto en el sueño-mentira descubre que el posesor de ese rostro es alguien que fornicó con ella (en broma) a los ocho años. De ese coito de juguete resta una cara que entrevió ese día en su relato al indiferente, cara que la conmovía tanto por su semejanza con la del padre fantaseado en las largas noches insomnes de su infancia insatisfecha.

Soy yo quien se va
pero eres tú quien dice que me vaya:
no has venido.

Jueves, 19 de enero

Lo de siempre. Sensación de estar pagando lo que tengo y lo que espero. Mi insomnio y mi fatiga corroboran.

La rápida, la brusca transformación de cualquier situación mía en un infierno con los que me rodean, en una situación trágica y terrible con los demás, es algo tan viejo, tan repetido, tan de siempre, que he dejado de asombrarme y me río. Risa rápida, brusca, dolorosa.

El recuerdo de lo que pasó con M. me llena de vergüenza. A veces me tienta la idea de explicarle, sacudirla con dureza y decirle a los gritos que yo no soy solamente esa que conoció hace dos viernes, un maldito viernes por la noche, día en que hube de suicidarme y me resistí sin esperanza, me resistí por miedo.

Lo peor que me puede pasar es morir. Y la muerte va a venir a pesar de todo. Por lo tanto conservo un cierto optimismo elemental pues no acierto a darme cuenta de que lo peor es *ahora*, está transcurriendo actualmente.

Un presente en que sentirme cómoda, que no obligue a absurdas y arbitrarias invenciones de un futuro lleno de cosas mejores e increíbles. Lo terrible de imaginarse en el futuro es que sólo se percibe la forma, un estado externo, un decorado.

No comprendo cómo, con mi imaginación excesiva, no escribo cuentos. ¿Por qué no me atrevo a inventar? ¿Qué no me deja crear otro mundo que éste? ¿Quién me adhiere y me fija a donde yo no quiero?

Lo que falla en mí es la continuidad de las visiones, de las alucinaciones. Infidelidad a las imágenes, a lo visto. Restará una criatura freudiana. Pero yo sé que sé más de lo que creo. Yo sé que sé. Eso es indudable.

Un monstruo me persigue. Yo huyo. Pero es él quien tiene miedo, es él quien me persigue para pedirme ayuda.

JUEGOS HORRIBLES

Me dio la pata y grité. Los pelos sedosos cubrían un latido repugnante. Apreté y gritamos juntos. Vi como esperma y aceite. Nos mirábamos con ojos tensos, nos hablábamos con labios de piedra. Luego le di mi garganta de seda. Vomité de negro: emití una lluvia de lodo. Pero nos miramos de nuevo y nació la ternura. Lo abracé con mis brazos vestidos de una sustancia tan dulce que lloré reflexionando en nuestra mutua destrucción como una guerra mundial entre niños.

Jueves, 26 de enero, 6 h de la mañana

He soñado con M. M. Creo que había una fiesta en su casa. Yo hacía todo lo posible para demostrarle indiferencia. Ponen un disco con una música muy alegre, vertiginosa. Me sorprendo bailando. Después estoy en un barco o en un restaurant muy lujoso, acompañado [*sic*] de dos adolescentes, nos reímos interminablemente de algo. Uno de ellos tiene un risa estruendosa, particular, que provoca asombro.

Sábado, 28 de enero

Caras rosadas inclinándose, [*ilegible*] de papel celofán [*ilegible*]

Amarillo en el mercado de la calle… Cuando se rompieron —hace muchos años — vi algodón. Son flores de algodón enguantadas en celofán. Pero no son flores.

Rue du Seine. Carne y legumbres y pan y queso y leche y vino y flores casi marchitas. Extraño ver flores junto a los alimentos. He imaginado seres comiéndolas cruelmente. Alguien con un ala de pollo en una mano y un ramo de flores en la otra y devorando, y me dio miedo.

La única manera de conversar amablemente con E., de no odiarlo, es estando preocupada, angustiada, por algo que no tiene ninguna relación con él.

Probarse vidas ajenas como vestidos viejos, heredados. Haciéndolo angustiosamente para no ver la propia desnudez.

Un silencio.

Domingo, 19 de febrero

Ayer comí con el Dr. F. Luego fuimos a un cabaret de [*palabra ilegible*]. Yo estaba ebria y veía doble. De manera que cuando presentaron a las famosas mellizas «X…» yo vi cuatrillizas. Había dos sillas en el escenario. Eran hermosas y los respaldos tenían goma de [*ilegible*], recuerdo que le dije algo sobre ellas [*ilegible*] que se rió. Todo el tiempo tenía la mano en un [*ilegible*] y yo lo encontraba natural.

22 de febrero

Mi soledad es total, es atroz.

Primera iluminación: no tienes por qué preguntar. Otros más sabios que tú lo hicieron y lo hacen.

Es como si te hubieran invitado. Te mandaron llamar. Naciste.

Qué poco es preciso para devenir un desecho, un manojo de frustraciones.

Imagino situaciones horribles para obligarme a actuar. Así la visión de los *clochard* para impulsarme a trabajar frenéticamente en la oficina (trabajar para no ser como ellos), sin pensar en absoluto en las pocas probabilidades que tengo de devenirlo pues en cualquier momento puedo volver a B[ueno]s A[ire]s, a mi hogar burgués. Lo mismo el viernes pasado, cuando vi la obra de Brecht y me asusté mucho como si mi caída en el hambre y en la pobreza fueran inminentes[22].

[sin fecha]
el rostro que me cruza
el que me insomnia
el rostro que es uno y varios
el presente y el ausente
dámelo
dénmelo
Señor, dámelo
Señores y señoras,
dénmelo
Ese rostro que me colma
y me completa y me define,
ese que me delira
y me dibuja en tenues líneas de asombro,
ese rostro que encuentro cada hora,
que está en mí y no está conmigo
que observo desde lejos, yo la leprosa,
que adoro desde lejos, yo la ciega,
que invento en mis ojos, yo la sin designio,
ese rostro
dámelo
es mío por derecho de condenada
en quien dijera amor mío
y quien me dijera ojalá estés en el mundo
pero con los ojos cerrados
hasta que la cara reviente
di y dilo
que lo quieres
sin ti no hay el vivir para qué sea
moi je ne peut pas jeter l'amour para la fenêtre

y que venga y venga
y me ame y me ame

insaciable de mí
bebedor de mí
agotador de mí
loco hasta la tumba
por un cuerpo alegre
y mirada de ángel

ver: mi amor *por (a)* los espejos

Sortilegios = ver si va

La palabra y el exilio
Nombres y figuras
Caminos del espejo
Nombres y figuras – *nombres y silencios*
n.º de poemas – carpeta
penser
luego roja (Bosch.)

poema Novalis – Rimb. epigr.

Machine – «un sueño…» (Cuento de invierno.)

La luz del viento entre los pinos ¿comprendo estos signos de tristeza incandescente?

Un ahorcado se balancea en el árbol marcado con la cruz.

Hasta que logró deslizarse fuera de mi sueño y entrar a mi cuarto, por la ventana, en complicidad con el viento de la medianoche.

Lunes, 21 de febrero[23]

La búsqueda de los paradigmas, de los ejemplos, ha llegado a ser terriblemente obsesiva. El primero fue Alicia Penalba, la visita a su estudio lujoso, su vestimenta de amazona gorda, con manos de obrera, pantalón negro, casaca de *cowboy* y botas, avanzando a los taconazos por su estudio, como un rico propietario por su estancia jugando con el látigo. Nos dijo los nombres de sus esculturas como una madre sus hijos, diciendo los nombres con una justeza y un sentido de la propiedad y del derecho, toda ella proclamando a los gritos que fue pobre y ahora es rica y famosa, toda ella la imagen de alguien que «se hizo» mediante disciplina y fuerza y vigor y voluntad. Todas mis preguntas —las que le hice aparentando interesarme

esencialmente en sus obras— se dirigían a la fórmula, el método, cómo hizo para imponerse a la debilidad, al frío, a la pobreza, a la depresión, cómo hizo para realizarse en su obra, cumplirse en ella.

La otra fue una muchacha española, que me sorprendió diciéndome que trabaja en la cinemateca, y hace fotografía. Mucho con que despertar mi admiración mi anhelo de encontrar gente que encuentra un sentido en las cosas, que trabaja como si no pasara nada, como si no hubiera la muerte ni la angustia ni las voces agoreras que desprenden el significado de los actos y de las palabras. Me dediqué a fascinarlas y en unos minutos nos hicimos amigas. Por la noche, a eso de la una de la mañana, saliendo de lo de Alicia sentí hambre y culpa del hambre. Inmediatamente busqué cómo satisfacerlo y terminé en la piecita de Isabel, una piecita pobre en un quinto piso, tal como la sueña cualquier muchacha snob cuando fantasea su vida en París, su vida de bohemia, sólo que en Isabel adquiere el carácter de necesidad. Le pregunté mucho sobre su vida, con el mismo evidente deseo de apropiarme de su método. Lo esencial de mi pregunta era: ¿cómo tienes tiempo para trabajar y leer y estudiar y pasear y hacer lo que te gusta y lo que no te gusta? Me respondía con naturalidad, y yo me adhería como un parásito a cada una de sus palabras tratando de entrar en ella sin querer ver que me era demasiado grande o demasiado pequeña. Hacia las cuatro se vino hasta mi pieza y nos quedamos hasta las siete, yo al final loca de rabia, cansada de esta española mal educada que no quiso darse cuenta de mis indirectas, de los signos de mi cansancio. Quiero decir, cuando ya la había agotado como paradigma, no quería verla más, ya no me era necesaria. Hoy pasó lo mismo con Guido Biasi.

1 de marzo

Lo que fue es lo que menos cuenta, al menos ahora, en que el ser se aduerme, cae en el deslumbramiento de sí mismo. Como descubrir que tengo un rostro, *par exemple*. Un rostro también yo, también yo tengo un rostro como los otros, a pesar de todo y de todos.

Estoy enferma del corazón. Me dan sedantes. Al fin me he enfermado concretamente. Algo serio, algo con nombre, para mi espera inútil, para mi sinsentido congénito. Por fin bautizaron mi vacío, mi silencio, mi ademán de idiota enamorada del aire.

Hay después lo otro y lo otro, las miles de cosas cotidianas que inauguro en mí cada día, como para ser la sede central de mil actividades que adhiero torpemente a mi circunstancia vital, a mi genial aventura de nacida en este mundo. ¿Pero es que yo nací? Sí, sin duda nací; como cualquier otro ser humano nacido, he aquí que estoy enferma del corazón y me apresuro a garabatear estas notas sin sentido como afirmando alguna continuidad del ser, la existencia de un pensamiento y un lenguaje

alejandrinos. Lo demás transcurre en el miedo, allí donde yo habito, en un silencio suspendido entre telarañas y una muerte precoz. Ahora más que nunca la muerte existe, y el remordimiento horrible de no haber hecho, de no hacer —pues aún es tiempo— algo por comprenderlo. Obligación formulada por una voz lejana.

Arribar: Dejarse ir con el viento[24].

6 de marzo

Soñé que cantaba. Cantaba como quien encuentra su voz en la noche. Luego desperté y canté varias horas frente al espejo. Por oír mi voz danzando, flexible como una terrible maroma, he tenido mi voz plegada a mí como la cuerda de un suicida, tanto tiempo mi voz decisiva se irguió como un nido de hilos rígidos, guardada en mi garganta, en su terrible erección, en su imposibilidad de ademán, de gesto, de comunión. Canté muchas canciones y no recuerdo cuáles fueron. Sólo que hubo algo así como los primeros pasos de la que decide bailar, la paralítica despidiéndose de su inercia, la tan sentada, la siempre sentada, en su sillón con espinas, yéndose por fin, al paso de sí misma, yéndose por fin y cayendo dentro de su propio espacio[25].

8 de marzo

Si pudiera tomar nota de mí misma todos los días sería una manera de no perderme, de enlazarme, porque es indudable que me huyo, no me escucho, me odio y si pudiera divorciarme de mí no lo dudaría y me iría.

El más grande misterio de mi vida es éste: ¿por qué no me suicido? En vano alegar mi pereza, mi miedo, mi olvido (se olvida de suicidarse). Tal vez por eso siento, de noche, cada noche, que me he olvidado de hacer algo, sin darme bien cuenta de qué. Cada noche me olvido de suicidarme.

Y ahora es de día y cómo voy a matarme si tengo que ir a la oficina y pensar en tantas cosas que me son ajenas como si yo fuera un perro. Hablando de perros nadie más canina que yo en las reuniones sociales. Ayer por ejemplo en lo de F. Cuando se hablaba de América y de los orígenes y de tantas curiosidades metafísicas y antropológicas… Pero yo estaba ferozmente contenta pues me di cuenta [de] que tampoco ellos sabían nada y tal vez ahora sí se me va a ir mi hábito infantil de creer que los otros saben sobre la muerte y sobre tantas cosas que a mí sólo me dan terror y asombro.

Me molesta la gente vieja e inhibida. Se tiene derecho a ser inhibido hasta cierta edad, pero tener miedo de mirar a los otros [*frase inconclusa*][26]

Sin fecha

Es la noche, en la noche, sucede en la noche, cuando rodar, caer, lágrimas tiritando bajo los puentes cerca del agua donde fluyen casas iluminadas y seres sin cabeza y horas sin relojes y mi corazón en una pira, en una piragua letal, mi corazón disuelto en pequeños soles negros palpita y naufraga hacia donde no hay olvido. No hay olvido y el esfuerzo de ser es muy grande, el esfuerzo de vestirse de sí misma cada día y remontarse como a una ciénaga, arrastrarse como a un duro cadáver, bolsa compacta de chillidos y maldiciones y cosas muertas y puños cortados amenazando el suelo y el cielo. La vía alcohólica del cielo percute en mi cerebro iluminado como una galería de espanto en la que alguien busca con ardor. Viviera en otro mundo, viviera en algo más pequeño, sin nombre, sin lenguaje, no llamado y cuya única característica consiste en su silencio lujurioso[27].

24 de marzo

Esta espera inenarrable, esta tensión de todo el ser, este viejo hábito de esperar a quien sé que no va a venir. De esto moriré, de espera oxidada, de polvo aguardador. Y cuando lleve un gran tiempo muerta, sé que mis huesos aún estarán erguidos, esperando: mis huesos serán a la manera de perros fieles, sumamente tristes en la cima del abandono. Y cuando recién muera, cuando inaugure mi muerte, mi ser en súbita erección restará petrificado en forma de abandonada esperadora, en forma de enamorada sin causa. Y he aquí lo que me mata, he aquí la forma de mi enfermedad, el nombre de lo que me muerde como un tigre crecido súbitamente en mi garganta, nacido de mi llamado[28].

25 de marzo

Si siento algo suavemente benigno cuando escribo estos silencios o cuando surgen las imágenes de mis poemas no es el placer de crear sino el asombro ante las palabras. Nada ni nadie, en mí, se atreve a moverse, a girar, a rodar. Nunca se pone en marcha. Nunca abre la boca si no es para morder en silencio. He sentido dolor y silencio. Sufro o estoy callada. Estar bien es ser al modo de una estatua. Sufrir es ver un color blanco corriendo hacia una catarata ardiente. O como en una película muda el tigre devorando lentamente a la muchacha. Mi asombro ante mis poemas es enorme. Como un niño que descubre que tiene una colección de sellos postales que no reunió. Y si leo, si compro libros y los devoro, no es por un placer intelectual —yo no tengo placeres, sólo tengo hambre y sed— ni por un deseo de conocimientos sino

por una astucia inconsciente que recién ahora descubro: coleccionar palabras, prenderlas en mí como si ellas fueran harapos y yo un clavo, dejarlas en mi inconsciente, como quien no quiere la cosa, y despertar, en la mañana espantosa, para encontrar a mi lado un poema ya hecho. Ésta es mi proeza, éste es mi heroísmo. Cómo es posible que el silencio fructifique de esta manera, cómo es posible que con mi terquedad campesina lo labre tan bien y con buen éxito. No sólo doy imágenes bellas sino reflexiones, y hasta enuncio deseos difíciles de expresar: me quejo, hablo, discuto, enciendo, purifico, corrompo, y todo ello con palabras que no son mías, y ni siquiera tengo demasiadas faltas gramaticales; todo sucede como si realmente fuera así, todo sucede como si yo pensara, como si yo sintiera, como si yo viviera. Y no soy más que una silenciosa, una estatua corazón-mente enferma, una huérfana sordomuda, hija de algo que se arrodilla y de alguien que cae. Sólo soy algo que está, algo que no es pero que está[29].

[10 (?)] de abril

Problemática del odio. No puedo mirar rostros sin sentir un odio súbito e irreprimible. Lo terrible es que me sucede con todos, sin excepción.

Ahora sé que siempre haré poemas. Y sé —qué extraño— que seré la más grande poeta en lengua castellana. Esto que me digo es locura. Pero también promesa. A otros de ser feliz. Yo quiero la gloria, mejor dicho, la venganza contra los ojos ajenos.

M. tiende a borrarse porque vuelve la imagen central, la de la madre única.

Et c'est toujours la seule
Et c'est le seul moment

No obstante, considero superfluo y abrumador haber nacido y me aburro y estoy fatigada.

Nunca me odio tanto como después de almorzar o cenar. Tener el estómago lleno equivale, en mí, a la caída en una maldición eterna. Si me pudiera coser la boca, si me pudiera extirpar la necesidad de comer. Y nadie goza en esto tanto como yo. Siento un placer absoluto. Por eso tanta culpa, tanta miseria posterior.

11 de abril

Lo que llamamos contradicción, la simple frase de que el ser es contradictorio, encarna recién ahora, se hace acción y vida. No saber qué quiero, adónde voy, qué será de mí, adónde me llevará este modo de vida, esta manera de morir. Frases llenas de sentido, ritmo hastiado de mi silencio inquieto, como algo que se desarma. Algo se

desbarata, se desajusta, se desintegra de una manera contraria a la esperada, como cuando hacía una casa de muchos pisos con el mazo de naipes y de pronto, súbitamente, todo caía por obra y gracia de un suspiro, un aire leve, algo indefenso e inesperado.

La imposibilidad de reproducir mis monólogos callejeros, los bellos delirios que me acosan en la calle, me hacen desesperar del lenguaje y me dan deseos de buscar otra manera de expresión. Tal vez sería conveniente tener un magnetófono, pero tampoco, pues su instalación, la conciencia de su existencia me producirían una extraña tensión. En suma, no hay arte para mis contenidos espirituales que son excepcionalmente artísticos. Esta imposibilidad de definición me obliga a vagar entre cosas provisorias, a no saber sino mediatizar las cosas más urgentes, a irme, a pesar de todo, lejos de la poesía y de la palabra escrita, lejos del amor y sus terribles caminos. Pero cómo hacer real mi monólogo obsesionante, cómo transmutar en lenguaje este deseo de ser.

La vida perdida para la literatura por culpa de la literatura. Quiero decir, por querer hacer de mí un personaje literario en la vida real fracaso en mi deseo de hacer literatura con mi vida real pues ésta no existe: es literatura.

La antigua causa de este impedimento es mi imposibilidad congénita de comunicarme espontáneamente con los otros, de sobrellevarlos, de tener amigos, amantes, etc., de preferir, en su lugar, los amores fantasmas, las sombras, la poesía. El amor fantasma o el erotismo solitario. Lo que me fascina de la masturbación es la enorme posibilidad de transformaciones que ofrece. Ese poder ser objeto y sujeto al mismo tiempo… abolición del tiempo, del espacio…

Ayer no pude hacer nada porque me perseguía la inminencia de mi muerte. Mi próximo cumpleaños. ¿Qué son 25 años? ¿Cuántos más me quedan? Y qué relación hay entre lo poco que me queda por vivir y la magnitud de la tarea de reconstruirme. Hace cinco años tenía un futuro. Ahora me acerco vertiginosamente a la vejez y ninguna magia me ha de ayudar. Aun esto que escribo ahora siento que no merece ser escrito, pues siento como que no hay tiempo para finalizar el informe completo de lo que siento respecto del tiempo.

Confiar en sí misma. ¿Quién es sí misma? No sé, pero debo confiar en sí misma.

La sensación inigualada de estar de más, de estar de sobra en mí, porque yo no me necesito para vivir, no me pertenezco, no sé qué hago en mí, para qué me sirvo.

No comprendo cómo no sucede algo. Las sucesivas desdichas me han corroído. Queda un temor absurdo, algo que se aferra a un yo que ya no significa nada.

Mi imposibilidad de vivir es absoluta. Debo suicidarme. Sé —y al decirlo soy raramente honesta— que no tengo fuerzas para nada. No las tengo para cumplir ningún destino en la tierra. Y tampoco tengo fuerzas para aceptarme no cumpliendo nada. Quiero decir: ninguna coincidencia entre lo que se quiere y lo que se puede. Quererlo todo no pudiendo nada.

Cuando [*papel roto*] casi se incendió había un fuego lento en el patio. Sus gritos me hicieron acercar. No recuerdo qué ardía: si ella o una frazada. Gritaba monótona. Lentos gemidos de resignación pasiva. Después vino el repartidor de comestibles y con una vieja manta, apagó el incendio incipiente. Todo fue como filmado en cámara lenta. Yo miraba distraída. Y creo que mamá gritaba distraída. Cuanto al repartidor, apagó el fuego como quien no quiere la cosa (yo tenía cinco años)[30].

20 de abril

Anoche me dormí preguntándome por qué no escribía cuentos fantásticos. La pregunta debe de haber rodado mucho tiempo por mi memoria porque hoy al despertar, aún en duermevela, corrí al espejo murmurando: «*El sueño es una segunda vida*, ¿por qué habría de escribir cuentos fantásticos si yo no existo, si yo misma soy una creación de algún novelista neurótico?». Después retrocedí, el espejo me daba miedo, ojos alucinados, y me corrí de mí, desnuda, tambaleante, tropezando con muchas cosas porque la alfombra estaba llena de valijas, ropas, libros, papeles, y en los papeles poemas, y en los poemas este miedo, esta concentración inigualada en un dolor viejo, indiscernible de mí. Por lo tanto me acosté pensando en mis piernas, en mis brazos, en mi espalda. Cuando llegué a la columna vertebral tuve miedo porque supe que nunca llegaría a un *modus vivendi* con mi cuerpo. Eso era lo extraño, que no me soportaba en mis huesos, me recorrían dolores fantasmas, yo los perseguía como con una red para mariposas y siempre me huían, me burlaban. Pensar en la columna vertebral: nunca, nunca vas a poder pensarla en su totalidad, porque apenas comenzaba los dolores me impedían seguir, los hacía desaparecer pero reaparecían[31].

25 de abril

Tristeza de los libros eróticos y tristeza del erotismo. (Una vez terminado el acto de amor hay una tristeza de deseos apagados, un desorden mudo, un arrepentimiento absurdo.) Sade me hace morir de tristeza, Restif de la Bretonne me aburre, Casanova —el más lejano, casi irreal— no me resulta erótico, y los italianos (Areti no, Baffo, Nicolas Chorier) me divierten y me angustian. Ayer leí les *Mémoires d'une chanteuse allemande*.

Pero digamos que la obscenidad, todo lo que es erotismo de una manera rara y distinta, me halla disponible. Odio las posturas «naturales», las palabras tiernas y ya conocidas. Pero ¿qué es distinto, qué es raro? ¿Las posturas del *Kama-Sutra*? ¿Las del *Jardin Parfumé*? No sé. Pero sin una vida sexual extraña y peligrosa no puedo

vivir pero tampoco puedo incorporar el escándalo a mis deseos de trabajar, de aprender, de estudiar. Imposible ninguna orgía si me levanto a las 8 para ir a la oficina. Si es orgía tiene que abolir el tiempo y si el tiempo está abolido no tengo por qué levantarme temprano para ir a trabajar. Quiero decir, hay dos maneras de vida que me seducen igualmente y que en mí son incompatibles.

E. se está enamorando de mí: por eso me atrae menos. Uno de estos días le diré que no nos veremos más porque yo no puedo amarle, ya no puedo amar a nadie, yo estoy muy lejos, muy enferma[32].

Cuaderno de mayo a agosto de 1962

5 de mayo[33]

Il faut travailler. (¡Oh sí!)

6 de mayo

Sobre la exactitud, la objetividad. Mi impaciencia ante alguien que me habla de una manera vaga, rodeando de sombras el objeto. Como M. ayer que decía con su voz de niña: «la calle Teoliphe Gautier». Y yo a su lado: «¡Teophile!», sintiéndome al mismo tiempo conmovida y casi al borde del llanto pues sentía la fragilidad de toda cosa. Las erratas —escritas u orales— me son siniestras. Parecen el juego demoníaco de un maldito ignorante que desordena todo por un no puro saber. Y no obstante, yo miento, casi nunca digo exactamente lo que veo y siento pero lo hago por miedo a herir a los demás, si los hiero no me querrán. Se trata, en suma, de desviaciones piadosas. Si algún día llega en que no tendré más miedo de quedarme absolutamente sola a causa de un lenguaje más verdadero, mis palabras serán como relojes o como instrumentos científicos «de alta fidelidad».

7 de mayo

Demasiadas cosas que no quiero hacer. Demasiada gente que no deseo ver. Los días pasan y la gente, las obligaciones, la búsqueda, la soledad. Después de todo una reunión de amigos y conocidos es una empresa de pesadilla. Si en vez de durar unas horas durara un mes no habría de qué hablar, se terminarían las anécdotas, los chistes, las sonrisas, las botellas de whisky. Por eso es necesario tener un hogar, aunque sea silencioso y trivial. Un hogar, una guarida, algo que ampare de la soledad y de la aglomeración.

Viernes, 11 de mayo

Deseos de escriturarme, de hacer letra impresa de mi vida. Instantes en que tengo tantas ganas de escribir que me vuelvo impotente. Digo escribir por no decir bailar o cantar, si se pudieran hacer estas dos cosas por escrito. El lenguaje me desespera en lo que tiene de abstracto.

Sábado, 12 de mayo

Anoche bebí demasiado porque comí con unos idiotas, unos arquitectos —con sus mujercitas— que hablaban de aviones y del servicio militar en todos los países del mundo. Eran muchachos de veinticuatro a treinta años. (Odio a la gente joven —seria y estudiosa— con su Porvenir abierto y sus miserables deseos de automóviles y departamentos. Los únicos jóvenes que acepto son los bizcos, los cojos, los poetas, los homosexuales, los viudos inconsolables, los frustrados, los obsesionados, sean condes o mendigos, comunistas o monárquicos, mujeres, hombres, andróginos o castrados.)

20 de mayo, domingo

Enamorada de nada, de nadie. Tristeza estúpida, distracción, miedo, ausencias. Me llevan y me traen. Dificultades respiratorias. Sueño y fatiga e imposibilidad de dormir. Nada de ganas de morir sino por el contrario una gran excitación. Desperté con la mano en el sexo después de haber soñado que andaba con muletas y manejaba un auto sin saber conducir y mi sexo estaba mojado en todo momento, ante todo y ante todos.

En cuanto me presentan a alguien siento un deseo furioso de verlo reír a carcajadas y de verle el sexo (sea hombre o mujer).

(Muchacha desnuda a caballo por el mar.)

23 de mayo

Inquieta y preocupada por la *forma* de la poesía sabiendo sin embargo que no es eso lo que me inquieta y preocupa.

26 de mayo

El miedo feroz. La sonrisa de alguien que me mira con afecto, alguien se preocupa por mi miedo. Entonces, sentirme pura, inocente. La infancia más cercana, sin amenazas. Porque alguien se preocupa por tu vacío.

Y yo moriría mil veces por poder recibir amor sin pedirlo, sin haberme dado cuenta ser llevada, de improviso, a un sitio en que los ojos se miran sin desprecio. Pero hubo de pasar tanto terror y tanto miedo de mal agüero para llegar cansada,

feliz y doliente a mirar unos ojos que no me dañan.

¡Pero el amor es el amor, y el tiempo
mueve juncos y adelfas
para que se encuentren con la muerte!

R. MOLINARI

Como yo pretendía el puesto me preguntó qué sé hacer:

—Todo lo que sabe una mona inteligente —dije—, fumar, escribir a máquina, rascarme el c…, etc.

Danzando en el filo de un cuchillo.

31 de mayo

Las dunas, el mar, las gaviotas. Un cuerpo desnudo dejándose por las alas, loco de desposesión.

Aún entonces te buscaba. Miríadas de ojos barridos por el viento que los hinca en las arenas y en las cabezas de los peces. Morir era lo de menos. Hubiera querido estar preparada para tu venida, tener el tiempo de disfrazarme de lo que más amabas: un pequeño trovador de ojos verdes *qui joue le luth*. Aunque te esperaba no te esperé. Era como si me esperara a mí. Pero yo no llegué. Ni tú tampoco.

En el medio de la noche, camino hacia el frío, el viento, lo desconocido. La playa sola ruge, deshaciéndome. A veces, desnuda, montaba un caballo negro y avanzaba por las orillas. Entre mis piernas sentía el roce de seda del animal. Y era como entrar de tu mano en una casa de rosas.

Yo no digo que vengas, que estés ya aquí, que has venido. Pero me niego a negar la espera de tu venida. Déjame esperarte. He nacido para esto. Déjame delirarme sin ti, asistir a la deformación de mis huesos que sólo aman una sombra. He caído en la trampa de esta espera y sin duda soy feliz.

Que has venido. Que tu presencia estremece el cálido color de las hojas muertas. Milagros de la que espera y ve y siente. Y yo te seguiría bajo cualquier forma, como polvo o humo o viento. Entraría por tu respiración, por tu sonrisa, por tus tristes deseos de evadirte hacia donde no haya lenguaje sino solamente ojos devorándose, ojos amándose en el peligro de una desnudez absoluta.

La que miraba el mar en noches viejas. Recuerdos de infancia: muros, detonaciones, gritos. El aire es un campo de concentración para una niña minúscula que baila sobre el filo de un cuchillo. Las risas ajenas son un obstáculo. Los veranos también. Queda

como solución rodar por las escaleras de mármol hasta que el dolor de los huesos obligue a reconocer la realidad de los fenómenos físicos.

Y tú me viste llegar, mendiga hedionda enamorada de su sombrero con flores y plumas. Había un color lila que humeaba y yo estaba de verde dentro de mis harapos. Dancé para que te rieras. Me pinté las uñas de azul. Toqué la guitarra y canté canciones que hablan de pequeños instantes únicos en los que el dolor se aduerme y hay sólo deseos de amar.

14 de junio

Ahora vivir. Plumas. Miedo sin desenlace. Vivir así. Sin nadie. No, gracias.

15 de junio

Miedo de mí. Cada vez que pienso en mí dejo de reír, de cantar, de contar. Como si hubiera pasado un cortejo fúnebre.

16 de junio

La conciencia no existe, Pero aun así no hay derecho a tanto irse, a tanto viaje alrededor de mí. Vanidad del deseo físico. Espectro de mi cuerpo. Yo soy una aunque me desdoble. Aunque me destriple. Una. ¿Lo comprendo, acaso?

17 de junio

Incomodidad con mi cuerpo. Si me ofrecieran hacerme de nuevo… Lo terrible de ser bella en ciertas partes y horrible en otras. Así por ejemplo, en vez de mis hermosos ojos verdes y miopes preferiría un par de ojos castaños sumamente vulgares. En vez de mis pequeñas caderas suavemente redondeadas un cuerpo derecho y delgado, anguloso si quieren, pero sin escoliosis. La desviación de mi columna es imperceptible pero yo la siento, yo la siento.

Si hablo tanto de mi cuerpo y si tanto medito en él es porque no hay nada más. Me siento muerta, en el colmo del objeto. Me miro en el espejo. ¿Para qué? ¿Para quién? Tengo miedo y estoy muerta.

—Te pareces a mí cuando yo era joven si yo hubiese sido siempre así; pero yo fui hermosa como ninguna —dijo la mujer gorda y fea.

Una sola vez fui feliz: cuando corrí a caballo, desnuda, por la playa. Fue entonces cuando palabras como *tierra*, *sangre*, *sexo*, adquirieron realidad, se hicieron tan reales que desapareció la voz; y el sentir y el hablar no se diferenciaban.

21 de junio

Las cosas se acercan con una rapidez vertiginosa. La gente, los rostros. Como asistir a la transformación de un imposible en una cercana promesa de realización. En medio de mi excitación una angustia feroz.

Una vieja en el parque estaba sentada junto a un par de zapatos. Los zapatos en el suelo, en el lugar en que debiera estar sentado su dueño, si es que existe, lo que no creo juzgando la vejez y el estado de esos zapatos negros y polvorosos, contrarios a los blancos relucientes que llevaba esa vieja solitaria, con sombrero.

22 de junio

He soñado que lloraba.

Debo hablar con X. de lo difícil que es ser yo. De mi dificultad de vivir conmigo. A veces, yo me conmuevo ante mí, me siento tan frágil, tan genial, que temo herirme, anonadarme, como si yo fuera algo demasiado precioso.

Pregunto si los demás piensan tanto en ellos mismos como yo en mí. Debo preguntar muchas cosas, aprender muchas cosas, dada «su inexperiencia innata, querido príncipe Mishkin».

La llamada. El mar. El beso al leproso. El ser sombrío. Sombra asesina. Mía. Un eco del espejo. Una semejanza dotada de frases racionales. Frase del espejo. Música rota. Me habían prometido huir. Ver en mí algo más que una memoria detenida. Me habían prometido el exacto significado de las decisiones, el veneno que hace sonreír por última vez. O la locura tal vez —que llega *una sola* vez—, sola, feliz, rodando en bicicleta por un jardín de amapolas. Una sola vez. Una sola vez gemir en el lugar del olvido. Memoria detenida. Me lo habían prometido. Y también la caza de las frases espectrales en el silencio insomne. Me lo habían prometido. Y el temor y temblor y terror de que me hayan olvidado. Quién es yo —dijo—. Pequeña desnuda bajo un gran paraguas. Me habían prometido una serenidad idiota, un olvido parcial de toda sed y de todo hambre. Un sueño sin imágenes. Un abrazo sin movimiento.

Un verbo ilícito, una punición de ruina, un morir de pie como un axolote en su jaula de vidrio, bebiendo tiempo y excretando horas sin importancia. Historia de un mito subterráneo, historia de un elemento cóncavo, ubicado entre los omóplatos, una caja de música en los pulmones, un ángel comiendo bananas en el sexo.

Y aun las voces nerviosas arden en cada miembro. Una voz grave para mi brazo, una aguda para mis dedos. Un sumirse insoportablemente en la luz con agujas del amanecer nocturno y expirar, apenas humedecida, apenas vuelta de una humilde posición de enamorada de la nada, entonces las situaciones imposibles, el beso feroz en cada miembro, viento, tiempo, Prometeo enharinado sacudiéndose sus ratas. Miedo, agua gritada, miedo, hendida de miedo, entendida. *Pas compris, pas compris un seul mot de ce que tous parlent. J'ai rien vue, rien compris. Pas entendue un seul cris, un seul mot. Pas de peur. Peur de pas*.

26 de junio

Quiero escribir cuentos, quiero escribir novelas, quiero escribir en prosa. Pero no puedo narrar, no puedo detallar, nunca he visto nada, nunca he visto a nadie. Tal vez si me obligaran a ver, si me obligaran a expresar fielmente lo que veo. La poesía me dispersa, me desobliga de mí y del mundo. Pero contar en vez de cantar. No sé. Es como el lápiz mágico con el que soñaba de niña: que supiera, solo, multiplicar y dividir. Así ahora, me gustaría escribir novelas en el estilo más realista y tradicional que existe. No sé por qué me parece que una novela así es un verdadero acto de creación. Porque la poesía no soy yo quien la escribe.

27 de junio

Tensión. Duda. La muerte se acerca. Si sólo fuera ella. Es tan poco morir.

De nuevo me llevan al amor inexistente, a la cercanía mágica de un rostro que llega a mí y no me deja. Sólo un rostro por vez invadiéndome. No tengo fuerzas para ello, para una nueva empresa espectral en la que yo sólo seré la portadora de un rostro que amo y odio porque lo amo sin causa y lo amo absurdamente. Peligro de la ahogada. Ahogarme sola sí, pero ahogar en mí otro rostro y ahogarnos juntos es demasiado. *Too much*.

29 de junio

Cuando me dicen *no* es *no*. Yo sé lo que significa *no*. No es preciso repetírmelo.

En cambio. Dios mío, no he visto nada. He pasado un nuevo día pasando junto a las cosas sin verlas. No las he visto porque alguien en mí no quería. Hermosa angustia. Hermoso es sufrir así, hermosamente.

Mi delirio me hace callar. Mi silencio me hace delirar. La piel y los huesos marginando el olvido. Y yo sé las palabras irrepetibles, los nombres innombrables. Mi secreto se vendrá conmigo, camino del olvido. Si me dicen *no* es *no*. Aunque idiota, lo he comprendido claramente.

Espero. Qué espero. La noche, los ruidos, los gritos, la soledad exasperada.

El paso en falso fue dado hace muchos años. Por más que me esfuerce no me encuentro niña, no me encuentro inocente. Me remonto y la misma culpa está, el mismo temor, los conflictos con la gente.

Lunes

¿De dónde viene este miedo? Reconocer que el corazón late excesivamente. Ningún abandono puede provocar estos síntomas. Deseos de pasarme la vida averiguando por qué mi corazón se precipita a la garganta y por qué mi garganta es la capital de mi cuerpo.

Me estoy ahorrando para gastarme en algo que ignoro. En otras palabras: cobardía, idiotez.

Sin duda, la diferencia entre la prosa y el verso es enorme. Quiero escribir en prosa, cuentos o novelas. Pero pensar en que tengo que relatar o describir algo me enferma. No sé cómo se hace y, principalmente, no tengo deseos de hacerlo. Pero me gustaría hacer cuentos y novelas en vez de poemas. Por eso, tal vez, mi admiración por los que pueden hacerlo, aunque no sean demasiado buenos. Según A., todo ser humano normal, con alguna cultura e inteligencia, puede construir una novela. Pero antes debe quererlo. Yo quisiera escribir una novela pero al decir *yo* no pienso en mí sino en la que quisiera ser, la que sería capaz de escribir una novela.

También me considero incapaz de escribir en prosa. Pero decirlo es también prosa, decir de mi incapacidad también es escribir.

4 de julio

Enfermedad de la imaginación. Enfermedades imaginarias. Nada puede sucederme pues todo ya ha sucedido en mi imaginación.

Mendigando afecto, interés. Te cortarías una mano para que alguien la levante, alguien la toque. Pero la levantarían con una pala. Seguro que sí.

Con lo que te gustaría ver claro. No es verdad. Quisiera ver oscuro, una eterna

noche. Dormir. Sin más.

Elección de Noé: ¿qué hubieras llevado en la barca? ¿Qué libro, qué insecto, qué mamífero, qué retrato, qué libro nuevamente, qué poema, qué amigo, qué amante? Hubiera llevado lo que siempre llevo: mi memoria, mi imposible memoria. Y estos deseos.

HAY GANAS DE NO TENER GANAS

Pero no es así. Recordar mi pieza-barca en los días de la revolución del 55: me encerré con la radio, enormes cantidades de cigarrillos y *L’âme romantique et le rêve*.

16 de julio, lunes

Cualquier intento de explicación es inútil. No sé hablar. No puedo hablar. He dicho que la lluvia me da miedo. Arbitrariedad. Yo me doy miedo. Mi vida es demasiado grande e importante para que yo —alguien como yo— la lleve.

Delirio imbuido en la noche. En el claro de una espera inimaginable. Alguien busca y se encuentra con alguien buscando. El llanto aumenta en las noches sin luna. Las ganas de llorar, de no debatirse más, de hacerme una con la que renunció desde siempre. Los ruidos de la noche, mis ojos magos muriendo de furor ante una soledad que es un desfile de cosas muertas. Nada más que plegarias trasnochadas. Vidrios rotos en mi cerebro y una luz que se enciende de a ratos. Apenas busco ya me abandono en mi urgente, inmediato, anónimo y vengativo deseo de morir. Lo que tú quieres no tiene nombre. Lo que tú deseas es dormir. Depresión melancólica sin duda. Si te desgarran y te rompen, qué. Qué hacer si te desgarran y te rompen. Qué no hacer. Qué dejar de hacer si te deshacen. Mundo de puertas cerradas. No decir mundo, por favor, no esta noche.

17 de julio

Pero como todo seguirá así le rogamos no comprender ni escuchar ni decir nada porque su bella memoria —bella pero frágil— no tiene arreglo ni compostura ni reparación. ¡Qué quiere usted! El amor a las sombras se paga con este vivir averiada (como usted lo está); se paga con este instante mental eterno lleno de gritos, de maldiciones, de gemidos y de músicas exasperadas. Por lo tanto le exigimos un poco de paciencia, no con la promesa de una mejoría, sino porque creemos que mediante cierta serenidad usted sufriría menos (pero esto no lo aseguramos ni garantizamos).

Llegó Pedro. La situación se complica. Hay aquí un error: siempre lo consideré como pertenencia mía. ¿Por qué? Por hábito. No me sorprendió verlo hoy, después de tres años. Parece mayor, en verdad parece un adulto. Esta noche nos veremos. Me considero, casi, en la obligación de hacer el amor con él —forma de abolir estos tres años y estos dos años de soledad de París—. Verlo fue como reintegrarme a mi vida de antes. Pero espero y deseo que él haya cambiado. Sospecho que esta noche me pondré idiota y diré cosas que no debo decir —refiriéndome a nuestro antiguo amor —. Y tal vez me conduzca como una verdadera mujercita, es decir, tratar de excitarlo como sucedía en nuestros antiguos encuentros.

18 de julio

P. me perturba. Me parece absurdo leer o escribir poemas si él está tan cerca. Creo que mi único deseo es hacer el amor con él. Si se va, si no lo veo más, será una terrible pérdida. Le dije que hoy no viniera porque quería quedarme a leer y escribir. Lo cual me parece falso, me parece perverso hacia mí.

Me asusta lo frágil de la felicidad o de la desdicha.

19 de julio

No se puede soñar impunemente.

Ni como luz ni como sombra. Una inocencia total.

A veces, problematizar un hecho real es más ingenuo que torturarse por un sueño. Y ello porque en el sueño no hay tiempo, o, hay tiempo detenido.

21 de julio

Soñé que una mano de alguien estaba en el mismo lugar en que vi mi mano cuando el exceso de dicha me hizo despertar.

Lo que no perdono —¿a quién?, ¿en dónde?— es la ruptura entre cualquier estado mío de alegría y otro de pesar. Estar alegre es negarme con todo lo que soy a admitir la existencia del azar, de la muerte, del odio, de la venganza… Me siento inmune, acorazada, protegida por hombres, ángeles y astros. De la misma manera cuando sufro: no hay horror que no se introduzca en mi vasto campo de experimentación lacrimal, y lo que no es horror se transforma, se ennegrece, se oxida, por una especie de ósmosis infernal en la que yo —tocada con un bonete con estrellas— malefico, conjuro, evoco las gracias del mundo circundante para que adquieran bordes filosos y

dañinos. Esto que acabo de escribir no es más que retórica.

22 de julio, domingo

Desde hace dos días lucho con mis ganas de dormir a toda hora. Jamás bebí tanto café, tanto té. Son estos mis pequeños suicidios silenciosos, sin escándalo, sin decir a nadie que no quiero vivir. Curioso este fracaso total a pesar de que se tomaron tantas precauciones. Se ha caminado toda la noche a tientas, en la oscuridad absoluta; no se lloró, no se quejó, no se musitó: ni siquiera se respiró. Pero te descubrieron igual. Te agarraron y te la dieron como si nada. Sí. Como si nada.

Me he olvidado de P. o, tal vez, P. es la Gran Causa de mi somnolencia crónica de estos últimos días. A veces es una suerte que todo pase para hacerse pasado. La venida de P. abrió una vieja herida. Sufrí. Ya no lo recuerdo. Pero me pregunto si la finalidad que busco es el cese del sufrimiento. No engañarse: no hay finalidad y el sufrimiento no cesa nunca.

Me niego a la continuidad y al historicismo. Toda idea de progresión, de crecimiento lento, me exaspera. De la misma manera el pasado, las manos de los viejos muertos viniendo a mi atroz vigilia para decirme que no es nueva mi manera de sufrir ni de expresar lo sufrido. Que los viejos muertos se abracen estúpidamente con los viejos muertos. Yo no tengo pasado ni familia ni religión ni patria. Lo que me incumbe, entonces, es cantar como la primera hija del sol: a los gritos y mediante sonidos inextricables. (Todo esto, para lamentar lo siguiente: mi imposible deseo de aprender a vivir suave y lentamente, y de realizar una obra coherente y madura que crezca como un árbol.)

Narración tácita de un minuto de silencio. El cielo se va. La tierra se fue hace mucho. En fin: todo lo que solamente tiene nombre y es llamado pero que jamás responde, todo lo que viene envuelto en una torva sensación de grandeza, se va. Quedo en la fiesta de los sentidos abiertos, afuera, a la intemperie, en un sitio oscuro como un nombre, y me reconozco rodeada de bestias veloces y negras que pasan en el vértigo de una carrera que nadie comprende. Así soy yo seriamente —dije— entre el peligro y el riesgo, el miedo y el temor, el sexo y los deseos. Una canción ávida de respuesta llenaba los oídos de tanta hermosura que la idea de la muerte se cubrió de azúcar y se hizo pequeña como un barco en una zanja. Pero la carta que espero no llegó aún y por eso no comprendía esta noche de fiesta y de reencuentros. Porque si espero algo de este lado de las cosas, algo llamado *carta*, con qué intención me dono a las imágenes que alguien prepara para mí, por error seguramente, pues ese alguien no sabe que por una carta que espero de este lado de las cosas, rehúso todo deseo mío de renacer en el olvido de la noche. Y si no has podido hablar, si no has sabido hacer uso del lenguaje para desempeñar tu humilde trabajo de enamorada, ¿por qué tengo que embriagarme

ahora con palabras indefensas y trágicas, que sólo evocan canciones demasiado bellas? Me gustaría un olvido fabuloso. Pero este deseo pertenece a antiguas noches, cuando una niña de seda obraba extrañas metamorfosis bajo la luna de enero, en el espacio vacío y amurallado, cuando era tristemente verano y los deseos de morir se disolvían en un llanto inexplicable. La culpa por haber visto, por haber soñado. Si un rayo te trizara. *23 de julio*

Increíble cómo necesito de la gente para saberme yo.

Pero hay una manera de sentir el tiempo que odio con todas mis fuerzas porque en esos instantes u horas me odio a mí y a los demás y a todo. Después de una sesión de «tiempo odiado» apenas logro reponerme. Regreso como una enferma y tengo miedo de mi fragilidad como una enferma. Así hoy, después de cuatro horas en el Departamento de Policía donde estuve parada, esperando, con un ensayo sobre «arte revolucionario o arte imaginario», que leí como una esquimal, sin reconocer el sentido de las palabras. Luego tomé un taxi y cuando pasé por una plaza muy bella casi lloro porque sentí que también yo había entrado en el engranaje absurdo del trabajo y de los papeles y que me habían robado mi tiempo. Porque después de todo mi tiempo es mío y yo debiera ser dueña de gastarlo y malgastarlo según mis ganas. Quiero decir: me pasé la mañana buscando papeles justificativos para que me dejen robarme el tiempo en paz. La verdad: trabajar para vivir es más idiota aún que vivir. Me pregunto quién inventó la expresión «ganarse la vida» como sinónimo de «trabajar». En dónde está ese idiota.

Con Ch. nos complacemos en imaginar lo que hace E. cuando está sola: hablar, mover inútilmente los objetos, decirse «¡Perfecto!» (con admiración) cuando algún acto de carácter técnico culmina felizmente (cambiar una lámpara, sacar el hielo de la heladera, destapar una botella, etc.). Pero yo creo que tiene que «trabajar», también, con los espejos pues por algo será que tiene tantos. Entonces, se ha de desnudar y cubrirse de trapos a la manera de velos y ha de danzar hasta caerse al suelo como un títere, después de haber tropezado con los muebles que ella no ve puesto que se sabe en un teatro, ante un público que la aclama enardecido.

Todo esto me da risa. Pero ella no debe de reírse. Se lo siente porque cuando se ríe con nosotros le sale una segunda risa falsa, la auténtica ha de soltarla en su soledad llena de espejos. Y aun cuando sonríe lo hace como con lástima por ella y por nosotros, pues sabe que nos concede los restos de su sonrisa triunfal.

Quiero decir: lo que hace que E. sea una loca en vez de una artista genial es un leve problema de atención. Todas esas muecas y danzas y gritos y frases debieran ser encauzadas hacia otro destinatario que un espejo. Una tela, una hoja en blanco. No sé. Pero me pregunto si todos esos esfuerzos que endereza al Divino Carajo que es un espejo existirían si el espejo fuera súbitamente velado. El espejo, para ella, somos nosotros tal como ella quisiera que fuésemos, y es en ese nosotros idealizado en donde ella se refleja tal como quisiera ser. Ahora bien: ¿de dónde viene esa imagen

cabal y exacta de ella tal como quisiera ser? ¿Qué hace que la haya hecho de esa manera y no de otra? ¿Y por qué esa otra ha de ser desechada como «no existente» dado que existe en su deseo y es su máximo deseo? Lo trágico de la imagen lo terrible de la abstracción y de la invisibilidad es algo que muy pocos comprenden.

24 de julio

Nada peor que buscar sobre qué escribir. Mejor escribir sobre lo que puedo, es decir sobre mí, para un día llegar a escribir sobre lo que quiero.

El fin de este diario es ilusorio: hallar una continuidad. Claro que la hay pero negativamente. En el plano del sufrimiento hay una progresión lenta y extremadamente fiel. Cuanto a la expresión de ese sufrimiento, últimamente es menos trágica. Pero el movimiento es siempre el mismo: a causa de mi sentimiento de abandono me encierro en mí, alentada por cierta literatura que me dice de la imposibilidad del amor y también de la vida.

Lo que no me confieso es la interrupción actual de mi actividad sexual que comenzó suntuosamente en mi adolescencia, con grandes orgías y disipaciones. ¿Es posible que alguien comience por ser decadente? Esa promiscuidad me dio la falsa idea de un exceso de *conocimiento* sexual.

25 de julio

En un principio está el miedo a la muerte. Como si yo le dijera a alguien que espere. No estoy lista aún para vivir, no estoy preparada. Ni para amar. Ni para nada. Pero del «otro lado» pueden muy bien preguntarme qué hago que no me apuro, o simplemente, preguntarme qué hago para estar preparada cuando llegue el momento.

Cuando llegue con sus ojos de niebla.
Los ojos que tengo en los míos tatuados
en mis entrañas dibujados.

Lo que deseo es una revelación. Que algo o alguien se abra, mágicamente, y yo pueda, al fin, comprender el sentido de mi espera.

Todo esto debiera implicar una creencia en unas «fuerzas superiores» a quienes trato de aplacar y apiadar; en un mundo que sería la otra orilla de éste. Que yo sepa, mi ateísmo es completo, no por razonamiento sino por despecho. Si nadie nunca me ayudó con el milagro, me permito desconocer, ignorar, y negar.

Además, el misterio me atrae en la medida en que me es negado el pensar. ¿Pero qué es el pensar? Digamos que soy un lento gemido, que dentro de mí alguien muy

trágico recita sordamente y con sollozos el pequeño poema balbuceante que es mi vida —desde que me recuerdo hasta nuestros días.

AQUÍ

No obstante la tierra, el desamor, los ojos cerrados, las lágrimas contenidas en ellos, el deseo que se evapora ante los rostros reales, la sabiduría apócrifa de la que se aduerme en la espera. Me habían dicho: te vendremos a buscar. Lo oí claramente. Ventana cerrada, rota, por donde yo columbraba la continuidad horrible de una sola estrella. Los deseos enunciados mediante voces llorosas, en el vacío de una noche que no convencía a nadie. Las arenas fosforescentes. La luna roja una noche, furiosa, obcecada, en la que aprendí la suprema negación del azar en mi vida. Mudez de mis años en la umbría distancia infantil. Hay a veces un color a soga de ahorcado, a terraza blanca y roja en donde yo yacía desnuda, en espera de algo, de alguien. Tanta espera, ¿para qué tanta espera? Para llegar al día de hoy, a mi garganta clausurada, a mi voz temerosa que habla para no decir. Brutalidad del olvido. Orilla de largos silencios como cuchillos. Si una vez se hubiera creado esa isla del silencio bellísimo entrevista —tantas veces— entre los horrores del alcohol. Deseo muerto, compañero traidor. Nos habían hablado con palabras vivas y calientes y he aquí las ruinas y la sombra, la carencia de edad, de sexo, y una sed inverosímil que sólo requiere sustitutos. Se ha perdido el deseo auténtico, el que alentaba en los sordos veranos del suburbio infame bajo la noche temblorosa —y tú desnuda y deseante como la única criatura de un universo de promesas ineluctables.

Este diario —sea cual fuere su valor estético— podría ilustrar un estudio sobre la *contención* y la *expansión* literarias. Pero debo decirme que este diario obedece a una ilusión vil y tortuosa: la de creerme creando mientras lo escribo. Aclaremos (es la Defensa quien habla): todo es más complicado y misterioso que lo que supongo. El yo de mi diario no es, necesariamente, la persona ávida y ansiosa que cree sincerarse mientras lo escribe. Además, este diario es un instrumento de conocimiento. Esto no lo creo demasiado (La Culpable se arredra pues sabe que la Defensa es mucho más débil que ella). De todos modos, nada más precario que este intento de explicarme. Lo que sucede es que sufro —ahora: 19:30 h— y el desahogo lacrimal no me es permitido ni ningún otro y tengo miedo y el verano me da miedo y los ruidos que suben de la calle me dan miedo y sobre todo el reloj que marca una sola vez las 19:30 h, y después habrá la noche y los deseos inconclusos y la espera y estas ganas de llorar y no poder —porque se ha perdido en todo y se ha perdido en lo que nunca se ha tenido y «nadie antes que yo había sabido de qué muertes sordas, irremediables, están hechos los días de mi vida».

De allí la necesidad de trabajar juiciosamente y aprender todo tipo de retórica vieja y nueva. A fin de decir hermosamente que se ha perdido y que se sufre indeciblemente. Las ganas de llorar son inminentes y sin embargo te levantarás,

tomarás un libro que no te gusta, estudiarás la forma —que desprecias— con la que este o aquel poeta famoso (injustamente, a tu parecer) expresó sentimientos y percepciones y recuerdos y vivencias que no compartes de ningún modo. Luego te dolerán los ojos, toserás varios minutos, seguirás fumando, postergarás para mañana lo que tuviste que haber hecho ayer, y cansada, sorda, muda, no sufrirás más porque tu cuerpo ultimado a poemas malos estará tan agotado que te parecerá inocente. Entonces te dormirás brutalmente hasta que el reloj dé las 7:30, hora de putear contra la pobreza, y tomarás té y fumarás tosiendo y te irás por las pequeñas calles sucias «que conocieron Dante y Strindberg y Rilke» y tu sed de desmoronamiento te hará mirar ávida cada signo de desecho y de muerte. Por eso piensas: «Mientras haya enfermedad y muerte habrá un lugar para mí». (Y habrá la misma sed de entonces, la que no se refiere al agua ni a la lluvia, la que no se sacia sino en la contemplación de un vaso vacío.) Éste será tu día, el que ya es hoy, ahora que ya no son más las 19:30 h, pues la noche ya se acerca sin traerte nada. De modo que te roban y te despojan y te succionan y te vacían, dejándote de nuevo a ti contigo, a quien odias.

De manera que no hay culpables ni defensores. No hay causas ni efectos. Has tratado de respirar, de vencer tu muerte apostada en tu garganta. Pero en cuanto tú apareces todo se hace invisible, todo es imagen lejana, que está del otro lado de tu visión, en un lugar al que accedes en la medida en que te destruyes y te desintegras.

Pero el silencio es algo cierto, verdadero. Por eso es bueno escribir, estar sola y escribir. En el silencio. Yo no estoy sola. Alguien —tal vez muchos— tiemblan en este cuarto mal alumbrado, debajo de mi mano sobre el papel, entre las sombras. Gente que he amado. Todas mis habitaciones fueron tugurios de espectros y sumideros de llamadas ahogadas por un orgullo único, un temor de ser humillada por gente sin realidad, que no debiera importarme, dada su naturaleza invisible. Todo esto para reventar como una perra caliente, cualquier día de lluvia.

Entre lo de fuera y yo ningún entendimiento. Como si yo no me diera cuenta de que estoy hecha de odio y de desilusión. En verdad, la gente de carne y hueso me horroriza y me obliga a escapar como una solterona ante un bello miembro viril. ¿Pero qué hago anotando mis características y señas particulares? No hacer escándalo, por favor, y que esto termine cuanto antes es el ferviente ruego de quien suscribe.

Como si todos estuvieran muertos. Qué idiotez la de creer que al escribir algo se abrirá y tú podrás ver lo que nadie desea: una señal para seguir un viaje infernal. Nostalgia pura, en estado de pureza apremiante. Nada de lo que quisiste te hizo ser otra. El viento feroz, la cueva de harpías que me remiten a mi espejo de cada día.

Algo invoca, algo evoca, algo pide cláusulas, penitencias, remisiones, revisiones, oh tiempo —relojes execrados, rechinar de mis nervios cuando las campanas anuncian la hora. La hora de horadarse. La hora del oráculo. La hora de la oración

tensa para que la hora deshonorante no llegue. Algo pide treguas, limitaciones, algo, en suma, pide piedad. ¿A quién? Vieja historia. Y es esto mi vida. Bella historia. El deseo no muere. Quién me dio la vida, quién apagó mi lámpara, quién le quitó el techo a mi casa, quién me robó el fuego. Bello quejarse. Lirismo consolador y a poco precio. Que suenen las melodías de siempre, tan viejas, tan pocas, tan de aquí hasta allí. En ti nada sobrepasa nada. Te espeluznas con cuatro sombras idiotas y buscas un rincón donde ocultarte.

Sin duda la vida, para una que yo sé, no es demasiado fácil. Sin duda no es por culpa de ella ni de nadie. Hay gente que sabe y gente que no sabe, mas una que yo sé se quedó en el medio del saber y del no saber. Esto no es verdad, esto es ambiguo, lenguaje inútil. Nunca, con hoy, he sentido estos deseos superlativos de encontrar la causa, la raíz, el origen, de mi sufrimiento. La distancia de mí a mí es la que existe entre los otros y yo. Si me dejara en un rincón, tranquila, sucia, con juguetes rotos e inofensivos. Podría pasar encantadoras veladas rumiando frases fantasmales y recuerdos de cosas no habidas. Pero alguien te ensilla, te monta, te hace correr por puentes y montañas. La ambición es una de las tantas abstracciones de la mierda. Y el deseo de gloria es otra. Cuanto al dinero es el monumento a la mierda. Ahora bien: ¿qué hago yo entre tanta mierda? Enmierdarme, si se me permite el galicismo.

26 de julio, jueves

¿Qué podemos pedir sino más sed? Y todo —desde el río hasta sus ojos amados — para terminar así: «exactamente como un perro».

27 de julio, viernes

Si se dejara ir, si se dejara dejarse, ah, entonces podría ir a cualquier lado, si se dejara o dejase o dejaría.

«Elle n’en pouvait plus d’exister.»

Malditos relojes. Cada instante que pasa me desangra, como si me pasara a mí. Nada más idiota que la experiencia del tiempo por los relojes y no obstante aquí estoy: temiendo que se haga tarde. Pero no sólo es tarde sino que es noche.

Me gustaría vivir siempre si el mundo se redujera a mi habitación, dije.

Sofismas de la soledad embriagada en la memoria de días no solitarios. El verano me corroe, y después me expulsa. Cuanto al invierno, es la estación del rotundo amor por mí misma. Queda como solución tratar de vivir sin estaciones, sin tiempo y sin espacio. *Voici les morts qui ne parlent qu’à toi…*

28 de julio

I

—Cuando yo muera, ¿quién me lo va a decir? —le dije como rogándole. Pero ni yo sabía el alcance de la pregunta, la calidad especial de ese amor secreto. Me miró con piedad; tal vez era eso lo que yo esperaba, que me dijera:

—Yo.

Y así comprometerlo hasta el fin de la eternidad, ya que no me atrevía a enumerar las frases habituales de una enamorada joven y viviente. Por eso le conté mi amor por otro, agregando la falta de correspondencia de ese amor. Y entonces, casi llorando, le dije:

—Y cuando me muera, ¿quién me lo dirá?

A la espera, sinuosa y enfurecida, de que se apiade de mi fingida locura amorosa por otro que por él y me diga:

—Yo.

Pero yo no sabía si él sabía o no sabía que mis palabras eran como máscaras solitarias paseándose a la altura de un rostro humano en una tarde de lluvia. Así flotaba mi extraño lenguaje.

Y qué miedo tenía yo de que súbitamente me descubriese armada de mi muerte y de palabras densas y pétreas, mintiendo ominosamente con la mirada y con los nombres:

—Hace tanto tiempo que lo conozco, tanto tiempo que lo amo… Ahora se ha ido no sé adónde, pero lejos, en todo caso, de mi persona enamorada. Como si la finalidad de su viaje fuera más un irse que un ir, un irse de mí, la que lo espera y esperaba; aún lo esperaba cuando estaba él aquí, llenando con su presencia el amado lugar de su ausencia, obligándome a olvidar al ausente que yo amo para introducirme en el helado círculo en que dos se aman solamente. He amado a solas tanto tiempo que su rostro me ocultaba su rostro y sus ojos sus ojos y su voz su voz. He esperado tanto tiempo que viniera que cuando vino se fue.

Entonces vi que sus ojos eran de piedad. Casi vi llanto en sus ojos soñados. Pensé: «se puede morir de presencia». Pero apenas lo pensé supe que nunca, antes, había sufrido tanto. «Dile la verdad», me dije. «La estoy diciendo», me dije. «Pero no, la otra, la leve, dile que el otro no existe, dile que el otro es él.» (Corazón ciego, salta en tu cueva de pasiones contrarias. Llévame al borde del delirio, en donde la soledad es peligrosa, y rostros plateados e inertes cierran a la fuerza mis ojos de locura y de rabia.)

Cuando me vi a solas en el lugar que me dejó quise gritar mi nombre, para que al menos no supiera a quién dirigirme si me pasaba algo. Porque ya entonces presentí que lo peor que me iba a pasar era que nada me pasaría. Y también entonces me vi

yendo como voy ahora: pequeña alucinada por las calles sucias, buscando en cada rostro la presencia del que solo aun ausente; vagando lentamente entre las viejas mendigas —que me prefiguran— y los viejos borrachos adheridos a canciones que nadie compuso nunca, que sólo sirven para un instante, para una sola calle, pues están hechas de delirios atroces y de palabras obscenas que quisieran ser puñales. Pero yo no buscaba, he buscado hasta volverme ciega, pero no he buscado ni me he vuelto ciega.

Lo vi sonreír con su ternura inimaginable. Demasiada sonrisa para quien llevó tantos años su herida por donde sólo llovía sal. Casi le digo: «Solamente te amo a ti. Si te fueras para siempre, si solamente te fueras de mí para dejarme a mí contigo…». Pero repetí:

—¿Quién se acercará a mi cadáver y me dirá: Estás muerta? Aunque no lo pueda escuchar lo sabré, algo en mí lo sabré, porque algo en mí no morirá conmigo, algo en mí esperó demasiado tiempo como para no poder oír esas palabras. ¿Quién lo dirá?

—Yo.

Lo miré. Estaba llorando. «Para llegar a esto te ha sido preciso miles de noches de insomnio, en una tensión que estiraba tus nervios hasta el otro lado de la noche, en la oscuridad esquiva donde las sombras baten sonidos que son sus nombres amados, en el desenfreno de una llamada inarticulada y torpe, en un rito cotidiano en el que tú, pálida y afiebrada, bebías alcohol para someterte más rápidamente a las leyes del amor que no sacia.» Lloraba por mí. «Demasiado tarde esta fiesta lujosa en honor de la muchacha polvorienta comida por el deseo. Demasiado tarde esta exhibición de piedad humana con sus límites y terminaciones. ¿Cuánto tiempo puede seguir llorando? ¿Cuánto han de darme sus ojos en esta noche impecable con estrellas que son estrellas y una luna real que no oscila?»

Quise decirle: «Ven a mí, ahora que nadie nos ve, ahora que lo verde de este maléfico jardín entró en la austeridad anónima de una noche de verano. Ven a mí: si vienes, las estrellas seguirán siéndolo, la luna no se cambiará con colores ultrajantes ni habrá metamorfosis dañinas. Nadie verá que tú vienes a mí. Ni siquiera yo, pues yo ya estoy muy lejos, yo ya estoy en otro mundo, amándote con una furia que no imaginas. Ven a mí si quieres salvarte de mi locura y de mi rabia, ten piedad de ti y ven a mí. Nadie lo sabrá, ni siquiera yo, pues yo estoy vagando por las calles de otra ciudad, vestida de mendiga vieja, acoplando tus nombres a canciones oscuras que son como puñales para fijar mi delirio. Mi sangre, mi sexo, mi sagrada manía de creerme yo, mi porvenir inmutable, mi pasado que viene, mi atrio donde muero cada noche. Oh ven, nada ni nadie lo sabrán nunca. Aun cuando yo no lo quiera ven. Aun cuando yo te odio y te abandone, ven y tómame a la fuerza».

II

Una vez más el lenguaje se me resiste. No el lenguaje propiamente dicho sino mi deseo de conjurar mis deseos por medio de una detallada descripción de lo que deseo ver en alguna realidad hecha del material que quieran con tal de que no sea de palabras ni sobre el blanco temible de una hoja de papel. A veces es la sed, a veces el llanto de un abandono sin historia. A veces lloro en mi sed, lloro por medio de mi sed, porque a veces mi sed es mi comunión, mi manera de vivir, de testimoniar mi nacimiento, de librarme y de dar acto de fe. Pero a veces lloro lejanamente por la otra que soy, la evadida en mi sangre, la ilusionada, la aventurera que se fue en la noche a perseguir los tristes rostros que le presentó su deseo enfermo.

Si todo esto fuera verdad, qué pérdida estoy perdiendo, qué sufrimiento increíble no hace su orgía de expiaciones. Me gusta reírme de la persona humana en lo que tiene de absurda desde los cabellos hasta el cuello. Sólo el sexo merece seriedad y consideración porque el sexo es silencio.

Si todo esto fuera verdad, qué hago que no me lloro en mi funeral. Vencida, resistida, derrotada, ultimada a garrotazos, a tiros, a puñaladas… y oh, cómo se resistía la salvaje muchacha de los ojos tan verdes, cómo se debatió en el estrecho lugar que le asignaron para perderse. Fue necesario una insistencia común, la ayuda de todas las asociaciones del infierno y del olvido para que alguien como ella se dejara quitar su rostro enamorado que sólo fue una máscara que sólo se hizo polvo.

Entonces le dije:

—Si me muriera ahora mismo, ¿quién injuriará a la muerte? Lo pregunto de nuevo: ¿quién puteará hasta quedarse sin voz? ¿Quién dirá: es una pérdida magnífica, una pérdida lujosa?

—No yo —dijo sonriendo.

—Entonces lo de antes, ¿fue una mentira? —dije. Pasos en el jardín. Un policía silba. «No dejes que las estrellas entren en tus ojos.» Saco un cigarrillo y fumo.

—No yo —repitió con una voz cansada, monótona.

—Entonces, ¿el llanto era mentira? —dije.

Y me dije: «Si supiera qué poco me importa lo que dice. Si supiera qué poco me importa cómo me mira. Si supiera qué poco me importa que su piedad sea amor o su amor indiferencia. Si supiera qué lejos estoy de los nombres y de las palabras, de la verdad, de la mentira, del cansancio, de la monotonía. Si supiera que no me importa morir así como no me importa vivir porque estoy ya muy cansada de mi enfermera y mi guardiana, de curar a la lejana que soy, a la evadida que me fui, a la maravillosa enamorada más sutil que el viento, detenida ahora por algún pecado insoluble, en su sitial de noche y de desgracia, hermanada a la melancólica soledad de un lugar blanco y pétreo donde ella llora su amor inexplicable».

Me levanté, me fui. Fumaba a lo largo del Sena y cerca del Quai Voltaire bajé a ver el río. Había mendigos bebiendo o silenciando o cantando o fornicando. Me acerqué a los que bebían y les dije:

—Cuando me muera muy pronto, si alguna vez muero, no recordarán el olor a

tristeza del río, no recordarán el gusto del vino atado a la lengua, no recordarán el color de la noche en los ojos de los ahogados sino que recordarán mi voz, mis palabras que flotan como máscaras, como cáscaras vacías que nunca contuvieron nada, y recordarán mis ojos verdes que pagaron al amor el más alto tributo, y recordarán mi nombre que significó mucho para quien lo llevó como un arma en la noche de los grandes reconocimientos y del dolor sin desenlace. Así me dejé violar como tantas otras noches similares.

¿De dónde viene esta historia o historieta inarticulada? (De lo más profundo de su subconsciente, dice la famosa psicoanalista Alejandra P.) Lo cierto es que me sume en una tristeza de habitación vieja y polvorosa, muy mal iluminada, de habitación que sólo yo conozco y de cuya tristeza hablaré algún día cuando esté menos asustada y exhausta que ahora, después de haberme mandado este cuento o poema que me hace dudar de mi salud mental y que, en todo caso, me obliga a pensar en mí con verdadera conmiseración.

Bueno. Son las 12 de la noche. ¿Es que voy a volver a mi diario de horas del 55, cuando escribía mis importantes acontecimientos en una maldita prosa contemporánea a ellos? En esa época me levantaba y me ponía la ropa y mi diario íntimo (una especie de «prenda íntima») y antes de acostarme me desnudaba del diario y de la ropa. Ahora esos cuadernos serían ilegibles. Aunque tal vez no. Pero lo que no deseo es recomenzar el juego antiguo del diario-prenda-íntima.

Son las 12 de la noche. Lo repito. Qué importa recomenzar antiguos hábitos nocivos si el dolor es el mismo, hoy que en el año 55. Y dentro de cuarenta años, si vivo —es un decir; pero espero no estar en esta «farsa imbécil»—, si vivo, repito, escribiré con mano temblorosa: «Son las 12 de la noche en mi augusta vejez solitaria. La noche está del otro lado de la ventana y yo, encerrada en una habitación vieja, polvorosa y mal iluminada. Me acuerdo de una noche del año 62 (creo que era el 28 de julio a las 24 horas): yo tenía miedo y para distraerme prefiguré mi vida: me imaginé en el año 2002 escribiendo en una pieza —vieja, polvorosa, y mal iluminada —: "La noche está del otro lado de la ventana, etc., etc."».

Ahora son las 12:30 h. Si la maldita —vieja solitaria y mentirosa y sucia y borracha— que seré (tengo miedo) escribirá lo que digo ahora ello será la exacta prueba de que también para mí ha existido algo a modo de destino.

Pero no estoy angustiada (¿qué importa, por otra parte?) sino asombrada. Bueno, después de tanto «andar caminos, pasar trabajos… soles y lluvias», arribar («ser depositada por el viento» —Real Academia Española—) y abrir los ojos a una noche extraña, confusa, en la que escribí el cuento-poema más extraño y confuso de mi vida. Esto me apena, me anonada, me sopla un viento enfermo —el que me deposita en la orilla de esta noche extraña, confusa—. Apenas respira ya quien no hizo sino fumar, toser y escribir un cuento que le duele. Ve con esta sombra ulcerada por tu mundo sediento. Ve con tu gusto a hospital. Rodeada de desechos, de cosas muertas

que giran en tu memoria de princesa loca encerrada en tu torre de furia y de silencio.

Esta cosa confusa, esta nebulosa. Si te pudieras ayudar. Si en ti se hablara, se conversara, se hicieran polémicas y mesas redondas sobre tu confusión y tu extrañeza. Tengo miedo. Yo fui pequeña si mal no recuerdo, y ahora soy grande, creo. No es ésta la cuestión. Pero si en mí lloraran, si entonaran endechas y cantos de gemidoras al alba.

Una de la mañana. Se ha fumado hasta convertir la garganta en un pozo ciego donde merodean acechadores con hachas y antorchas. Incendiarios, por supuesto. Y me quemarán, y me mirarán volar por el aire y la tristeza y la confusión y la etcétera, etcétera.

29 de julio

Crepúsculo de domingo. Las horas me arrastraron con una monotonía brutal. En principio: la palabra *domingo* es muy fea, no sólo por lo que evoca sino por su sonido, y sobre todo, por lo que no evoca. Pero aun dentro del domingo, aun comprimida dentro de una palabra muy fea, es preciso hacer lo siguiente:

1) Descalzarse; meterse en la cama con diligencia y vivacidad como una carta saltando dentro de un sobre; pasarse la lengua; cerrarse, estampillarse y partir.

2) A los cinco minutos te devuelven la carta. *Destinatario* desconocido.

3) Que se vayan a la mierda.

4) Comienza la agonía dominical. Qué hacer. Qué deshacer. ¿Qué libro leer, *hypocrite lecteur*?

30 de julio, lunes

Rumor de mis ojos mirándose mirar. Ello, para descubrir que la mano que oprime mi garganta es mía.

¿Quién me busca desde mi mirada? ¿Quién me asfixia desde mis dos manos? ¿Quién muere de sed y no bebe porque no se le ocurrió nunca unir el acto de beber al de tener sed? Entonces: toda queja entraña acusaciones. Y por más que te acuses el proceso no nos parece grandioso ni dramático porque todo queda en familia y, seguramente, terminará con una ducha helada y un sueño reparador.

Que no se nos ocurra, tampoco, que pronto podemos morir, no significa, precisamente, que te excluyan del hecho. Pero de mi náusea de usar mi pequeño cerebro deteriorado para elucubrar imbecilidades sobre la muerte —como lo hacen mis amigos— hablaré otro día. Hoy estoy muy débil, como si hubiera dormido bajo la lluvia y, como si yo fuese una niña de terciopelo y encajes, veo un bosque de

ternura poblado de manos de seda y gritos acariciantes y vientos como nodrizas infinitamente generosas y versos para niños tristes y consejos para hacer que la delicia del arco iris dure toda la noche.

Que no se nos ocurra, tampoco, suicidarnos, no quiere decir que no lo haremos alguna vez sino que la decisión del suicidio ya fue tomada y anotada y firmada desde que me dejaron en el umbral una noche de truenos y rayos, como se lee en las primeras líneas del capítulo I del folletín que después se tituló «Mi vida y otras cosas por el estilo». El último capítulo estará impreso en papel rojo con caracteres azules y blancos para indicar que la autora murió en París y tendrá ilustraciones alusivas como ser una vieja en un triciclo tocando desaforadamente el timbre del manubrio; una niña con dientes de perro, pico de pato salvaje y sombrero de plumas humanas; una muchacha en una bañera metiéndose barcos de jabón en el sexo y, por fin, una pareja haciendo el amor en todas las posturas imaginables sólo por una imaginación fabulosa como la de la autora; haciendo el amor y haciendo el odio, con una brutalidad que hace saltar las puertas de sus goznes, caer los tejados, dilatar las casas hasta que explotan quedando luego todo en ruinas sobre la pobre pareja de la que sólo quedan los genitales unidos y mojados aún en medio del silencio de las ruinas, funcionando aún como ratas trepando por lo sórdido de un lugar abandonado y misterioso.

Tema para un cuento: alguien que tiene el poder de materializar algunas palabras pero que desconoce cuáles. Es así como en cualquier instante, en medio de cualquier conversación trivial o importante una palabra hace aparecer al objeto que designa. La última hará aparecer, naturalmente, a la muerte. La desesperación de este ser, su temor de decir y hablar, pues ignora absolutamente si lo que encarnará será una presencia dulce o terrorífica. (Esto me permitiría momentos humorísticos: por ejemplo, en una reunión de literatos en que se habla justamente de la validez y la potencia del lenguaje y de súbito, porque alguien dijo que en nuestra época las palabras «son como monedas», que lluevan monedas que hablen… Pero es esta extraña persona la que debe pronunciarlas, pues el cuento tiene que describir, justamente, su temor de hablar.)

Una vez escribí: «Se puede morir de abstracción». Lo repito.

—Los temores se profundizan —dije.
—Ah sí —dijo—, los temores, los vapores y los honores se aprofundizan.
—¿Otra taza de té? —dije.
—*Another question?* —dijo.
—No —dije, conteniendo la risa—, si usted yace en un camino…
—Después de que pasó sobre mí una aplanadora…
—Podría servir de alfombra —dije.
—Nada me gustaría más —dijo el anciano— que un ramo de patitas de ratones.

—¿Para qué? —dije.

—Usted siempre pensando en la finalidad de toda cosa —dijo.

—Augúrese una penuria inextinguible y váyase a bañar. ¿Otra taza de té? —dije.

—Cuatro —dijo furioso.

—Por qué se enoja, profesor —le dije—. Si sólo trato de tratar de entretenerlo para tratar, después, de entrar en materia.

—La materia, la historia —balbuceó—, los lirios, las abejas papilares de los sagrados incisos cubiertos de niebla. ¿Cómo definir a la niebla?

—Como un silogismo —dije.

—Usted me matará —dijo dulcemente.

—Con té —dije.

—Te ti contigo —dijo.

—Vea, profesor —le dije—, la luna riela sobre los toldos.

—¿Tiene té de boldo?

—No, té de China solamente.

—¿Para dibujar?

—Soles en mi noche triste —dije.

—Empujar el deseo no es lo mismo que lo contrario —dijo—. Me pregunto quién inventó lo de *viceversa*.

—Algún pisaverde —dije.

—O pisazul —dijo llorando de risa.

—Está usted obsceno, conde, hoy.

—No me llame Conde Hoy, por favor, si bien desciendo de la Condesa de Día.

Y llena estás de penuria. Cuando llueve en la habitación que se pensó segura, cuando el suelo se abre como una tremenda boca… Como si lo crearan para ti, tu infierno alejandrino. Y no es que estemos enamorados pero a veces, en la soledad, en el lúgubre abandono, aparecen deseos que otros también tienen: una mano en tu hombro, unas palabras afectuosas… No le haces mal a nadie con estos deseos. Es más: no exigen un esfuerzo notable a quien podría (y debería) realizarlos. Por eso, a veces, en verdad todos los días, en verdad a toda hora, un ademán de ternura no disgustará al animal herido que eres, una palabra de afección, un conato de sonrisa, pero para ti, sólo para ti, y eso sí, surgido sin retención posible de algún ser humano, de cualquiera, puesto que no conoces a ninguno en particular.

Extrañas ideas son éstas, que sólo aparecen en la soledad, después de un largo día abrumador en el que se portó un cuerpo cansado y sin objeto.

Seguramente que jamás lo pedirás ese gesto, ese lenguaje. No por orgullo (orgullo de qué, ante quién) sino porque la sabia que eres comprende que son deseos fáciles los que te asedian, cansados por la soledad, el abandono, y el excesivo pensar en ti. De manera que sólo tú sabes que tu vida depende de la concreción de esos deseos. Pero como tu vida no es materia importante para tus fúnebres estudios y que lo que

deseas es acelerar la desaparición de cualquier signo que te salve, entonces te silencias y cierras las puertas de tu rostro y nadie, nadie, sabe —sino tú— qué llena estás de orfandad y de penuria. Esto suele llamarse autoconmiseración. Pero de mis ganas de llorar no hablaré. Ya he insistido demasiado. Otro signo salvador mis ganas de llorar. De la relatividad de toda cosa viviente tu pequeño cerebro averiado ha deducido varias verdades sin importancia. Entre ellas, que puedes gritar en un balcón, con los cabellos en desorden, con tus ojos de envenenadora y además, estar con los vestidos desgarrados y con huellas de manos sangrientas en la garganta. Ello no implicará menos un gran deseo de llorar, un gran deseo de oír palabras trivialmente poéticas dedicadas en honor a una afección por la pequeña loca del balcón abierto.

Esto que escribo lo he de escribir para alguien que no soy yo puesto que yo a mí no me hablo ni me escribo ni tengo el menor interés en hacerlo. ¿Qué? ¿Estar celosa del anónimo destinatario? Si yo escribiera para mí, en amistad con mi delirio, no escribiría, pues si por algo escribo es para que alguien me salve de mí. (Por eso grito desde el balcón y las imágenes de mis poemas son mis hábitos desgarrados o mis ojos peligrosos que yo no puedo ver.)

31 de julio, martes

Aún no es el presente, dices. Y como si el tiempo no iría [*sic*] a corroerte, adoptas actitudes de estatua.

Que te has ido de ti es un decir, una forma verbal hallable en todas las literaturas. Que no quieres amar. Ah, que no quieres amar ni pensar en el imposible de siempre. Que yo sea mi propio imposible, sí, desde luego, pero que me la hagan de tal manera que yo sólo sea un receptáculo de lugares comunes sobre el amor y la ausencia y el abandono. Me ruego no despertar al amor hasta que yo muera.

Temor de usar mi miedo para hacer de él literatura. Aunque esto es, naturalmente, literatura. Lo que no importa, al menos en mi caso. No execro de la literatura, no execro de nada ni de nadie, pero que me usen (una vez más) para que dos sombras hagan el amor dentro de mí, que me transformen en la celestina de dos espectros. Que se busquen solos, los espectros, su increíble campo de refocilamiento. Yo quiero tocar las cosas, quiero tomar vino, quiero cantar cuando hay guitarras cerca y dar a la palabra espectro su significado espectral.

Por eso: escribir hasta quedar virgen nuevamente, zurcirse la herida, lamerse la plaga, y que nadie nos note, que nadie sepa nunca que nosotros sabemos.

Escribir. Fácil es escribirlo. Pero narrar mis atardeceres de prisionera entre las sombras… De nuevo me vuelvo trágica. Apenas me olvido, las sombras encarnan y con ellas mi esperanza. Pero aún eufórica, pregunto: ¿qué esperas, corazón, de toda la tristeza a medianoche? Porque a veces no soy muy mala conmigo, a veces, en medio de aquella desgracia y del anochecer, me digo palabras lentas, cálidas, de una

delicadeza que me hace llorar, porque son las que no te dice nadie, las que jamás te dijeron, ni siquiera cuando cabías en la palma de una mano.

Que estás mal, que estás enferma, que tu abandono y desconsuelo son derivados de una niñez errónea: lo sabes perfectamente. No obstante, quisieras —y cuánto; en verdad lo único que quieres— ser uno de los dos espectros que asilas en tu memoria. Lo sabes: el nombre del espectro, su país natal; sabes cómo y por qué vino a perderse en tu ignorancia. ¿Qué hacer con ello? Estoy débil y cansada de calcular las posibilidades de reencarnar lo imposible. Aun saber que no hay solución me intranquiliza como si la hubiera. La verdad es otra: te expulsaron con ganas, te echaron con entera conciencia de lo que hacían. No son obsesiones de joven histérica. Es muy cierto. Lo recuerdo. ¿Fue o no verdad que golpeé la puerta cerrada hasta romper los vidrios? ¿Y fue o no fue verdad que pediste y te negaron? ¿Y fue o no fue verdad que te ultimaron a gritos y te despreciaron y te negaron para siempre? Recuerdo que fui alegre, que sonreía, que dije palabras encantadoras. Sentía mi ingenio, mi dulzura, mi libertad para encantarlos y hacerlos morir de gozo con mi persona maravillosa. Recuerdo que vine ebria, desgarrada, mordida. ¡Oh, pero todo esto es la historia de una desilusión! Tengo un cerebro de modista y confundo mis amores ridículos y los transformo en grandes tragedias que me harían morir de risa si yo no estuviera complicada en el asunto. Angustia incapaz: nos habían dicho: pasaremos a buscarte. Pero ¿quién no oye esa invitación? Pero ¿qué me preocupa que la oigan o que la hayan oído si aquí estoy yo que la oí? Gran Yo: tengo miedo. Gran Yo de quien escribe estas líneas: tengo miedo. Gran Yo que sabe y comprende más que la que escribe: tengo miedo, tengo hambre, tengo frío, tengo sed. Y no es la hora del suicidio. Hay sol y muchas cosas que serán materia de mis poemas. Quiero vivir. Pero cómo con este miedo. No puedo vivir así, con este miedo. Y tú lo sabes. Y yo lo sé.

19 h. Las horas, las horas. Un largo espacio sin tiempo. Una confusión de soles y lunas. He aquí lo que deseo. Mas ¿a quién le importa lo que deseo? Una confusión de soles y lunas, una confusión de días y semanas. ¿Qué quiero? Quiero mi antiguo tiempo sin horas.

21 h. Habla de tu delirio. No sé si para liberarme, qué significa liberarse. Habla de tu delirio, de lo que deseas. Finalmente, y como argumento para que te convenzas: los santos hablaron generosamente de sus deseos por quien no estaba junto a ellos. Pero yo no comprendo esta noche del alma. No sé con quién me deseo unir, a quién contemplar.

No eran nadie y sin embargo me expulsaron, me echaron. ¿Quién me ayudará a comprender mi búsqueda? Hablar, yo ya no puedo hablar. Decir qué. Sobre qué. Lo temido llegó y aún lo temes.

Quiero hablar de mi delirio. ¿Quién no está? ¿Quién está ausente? Que venga y

me responda. Que se atreva a entrar en mi mirada real, en mis ojos que miran. Pero que no se esconda en mí.

Quién está ausente. Quién se esconde. Quién se hace humo y presencia imposible. Quién me envenena con un amor oscuro y sin vida. Quién anida detrás de mis deseos.

Lujuria anónima. Tristeza de un deseo sin nombre. Y aunque lo tuviera, quién soy yo para haber sido condenada a un único alimento mágico. Lo repito: quién me eligió para encarnar la alegoría del amor imposible. Lo repito: quién me designó a mí para que sólo yo vislumbre las posibilidades del amor imposible.

1 de agosto

Llena con tu muerte el vacío de tu vida. Arráncate de ti. Y el calor, el verano comiéndote, pudriéndote. *Llena con tu sol el vacío de tus noches*. Y esta piedad sin motivo, este amor sin objeto llevado como un objeto precioso cuando en verdad no hay qué respirar. *Llena con tu silencio el vacío de tus palabras*[34]. Hubiera querido llorar innumerablemente. La ausencia de quien yo sé pesa en esta imposibilidad de desear.

Ojalá pudiera hacer el silencio en mí y dejarme invadir por lo que quiera invadirme. Pero estoy tan invadida que nada más puede invadirme. Comprendo la necesidad de distenderme.

Hace un momento iba por el bd. St. Michel. Vi un negro maravilloso vestido con una túnica celeste cargada de medallas y joyas. Le sonreí porque su presencia, su visión brusca, me hizo olvidar mi obsesión de hoy (de ayer, de siempre). Tanto me perdí en ese hombre que un automóvil rojo frenó a pocos centímetros de mi persona. Seguí sonriendo —esta vez al conductor— y él también sonrió porque me había visto maravillada ante el hombre de celeste. Y me gustó que haya sido un automóvil rojo porque ahora, más que nunca, sólo los colores puros me embriagan. Ahora que hace tan oscuro en mí y que tengo tanto miedo.

Miedo de seguir perdiendo. Reconozco la absurdidad de mi miedo pero después de tantos años… No. No debo tener miedo. Pero no debo decirme si debo o no debo tener miedo. Canta en la oscuridad como canta un niño perdido en una caverna para que se vaya el miedo y se alejen las presencias malignas.

Nadie se aleja. Nadie se acerca. Las presencias tienen un extraño modo de manifestarse: así, cuando veo una mano en mi garganta, cuando hay sangre en mi cara, cuando respirar es casi imposible, me digo: «Son ellas».

¡Qué hablaba yo de silencio! Encierro sí, asfixia sí, seguro que sí. Y esperar a que venga la noche, mi sola seguridad, mi antro irreversible. Pedir el silencio ha sido una locura, un gesto torpe. Se vengarán. De nuevo las jornadas interminables con mil manos en la garganta. Si fuera sólo eso. El paso de las horas, la luz que chirría en mi

oscuridad llameante. «Es tarde para alguien que conozco», dices. Un solo gesto hubiera bastado. Mundo de autómatas averiados. Nadie gira ni canta ya para la pequeña huérfana en su trono de basuras y desechos e inmundicias. ¿Lo hubieras creído? Te obligan a creerlo. Ya no, corazón de toda la tristeza a medianoche. Cada frase que digo sale de mi garganta supliciada. «Y nadie antes que yo había sabido de qué muertes sordas, irremediables, están hechos los días de la vida.»

¡Qué hablaba yo de respiración! ¿Quién no la deja, quién no se apiadó a tiempo? Luces enfermas, horas espantosas avanzando como ratas por mi sangre, mi lengua de sangre y sal, mis nervios prolongándose en estridencias y ripios, como si un tren pasara todo el día por mi cara, alguien me grita lo que ya sé, alguien me arranca de mi sueño inmundo para que yo vigile, en una noche que no termina nunca, a todas las muertas que soy.

Por instantes un grito ronco de alguien a quien estrangulan. Por instantes un ruido de mil uñas detrás de las paredes (quién quiere salir, quiénes están amurallados en mi casa).

Por instantes sonidos de agua cayendo en desorden, de agua hirviendo, de agua lejana, de agua imbebible. Oh mi sed. Mi sed hecha de mi vida. Mi sed que me representa, que vive en mi lugar. No me abandones. No sé lo que digo pero no me abandones.

3 de agosto, viernes

Calma, desenfreno, calma, desenfreno. Horas enlutadas y un minuto blanco. Paisaje de dientes de tigre. Muda, la alucinada; ciega, la devastada; la imposibilitada por su país de muros amándose. A tientas la de la lengua castrada, llevando un hato de sílabas enemigas que jamás se unirán en palabras, fiebre de hablar, furor de amar, lenguaje desgarrado, sólo ella lo penetra para encararse con el vacío de las sílabas primitivas, en un tiempo de lianas y fieras, anterior a cualquier fuego y a cualquier cielo.

Paisaje de sal. Ojos sueltos enloquecidos giran en una penumbra perpetua: te miran, te ven, te la ven, te la descubren. ¿Quién está aquí? ¿Quiénes están aquí? Y estas risas en un corredor donde un enmascarado te bordea con cuchillos para tatuar tu cuerpo en la pared, para que de ti quede una sombra siniestra y después nada. ¿Nada más que miedo al filo de la noche? Abrázame, penétrame, hazme llenar la noche con gritos de mi cuerpo; dame tu luz, tu sexo real en la cercanía salvaje. Húndeme, empálame, dame tu sexo, vertiginosamente dame tu sexo, mójame, delírame. Tengo miedo: los relojes existen más allá de las horas, aún en esta selva de caricias y lenguas furiosas están los relojes, dando con un candor que me mata la hora de mi locura. Que la den, que me la des, nadie me saca de los relojes. Tiempo imbebible. ¿Lo hubieras creído que iba a ser de esta manera procaz? No. Alguien no

esperaba horas y minutos. Desgárrame. Alguien no creía en el paso del tiempo. ¿Qué hablo? ¿A quién? ¿Contra qué? ¿Quién está aquí? ¿Qué ojo, qué lejanía bastarda se acumula en los rincones de mi habitación? He vuelto a sonreír como una idiota, a reír y a llorar en cuanto veo los relojes. La hora de qué cosa. La ira de qué cosa. Candor de los relojes. Candor de los espejos. Quién se mira mirándome. Quién se admira, se exclama, se exhausta. Lenguaje cortado, mano abandonada en la plaza. Hubiera pedido sólo silencio, hubiera proclamado la edad del silencio.

Espacio de ojos asesinos. Si yo estoy aquí es por tu culpa. Tú quisiste, tú me la hiciste. Era tan fácil de cualquier modo. ¿Quién no envenena a un perro? ¿Quién no asusta a un niño? ¿Quién no cuenta un cuento horrible a un idiota? Era tan fácil que me la hiciste. Si el ahogado no opone resistencia al que lo ahoga, qué sentido tiene ahogarlo, qué sentido tiene repetir una muerte, un gesto de desenlace dramático que ya se cumplió cuando era el momento. Qué sentido tiene desenterrar a los muertos y romperles los huesos a palos. Qué sentido tiene estrangular a la que yace violada y fría. Es esto lo que no entiendo: esta liturgia enloquecida. Todos se dieron cuenta y las ratas atrapan a las trampas, la prisionera vigila a las cadenas, la del espejo me mira con angustia, a mí, la idiota que la refleja. No comprendo. No sé. No conozco. No reconozco. Llévame en vilo en tu sexo por los tejados de la ciudad. Seremos ángeles obscenos, una vez más. Pero alguien no vio el principio de este drama, alguien llegó en la escena de la cólera que se pierde en un caos embrollador de hilos entremezclados, en una jaula laberíntica llena de criaturas fantásticas unidas por todas partes y tratando de salir y la orquesta, detrás, ensordece y arrolla los gritos y las injurias, y de pronto bestias interminadas como hálitos perpetuos de algo muy espantoso, algo hijo de un pensamiento eterno, algo pasa indefiniblemente, con un paso lentísimo y ese algo pasa, y pasa, cinta atroz, banda para mis ojos que aúllan. Entonces, debo quedarme aquí, asistiendo, sintiéndome morir de no comprender, mientras me maduran, me envejecen, me recostan, me inicuan. Son los relojes. Los veo. Los tiemblo. «El verano llega —me dicen—, contempla el verde maniatado a los muros de las casas de los suburbios infectados de silencio. He aquí el calor, el sol, que te hará cantar cantos menos desgarrados.»

Horror del sol, del calor, de la luz, de la noche, de una risa quebrando el silencio mortuorio. Plantas que me acusan y flores —las flores me hacen llorar a gritos—. He aquí. He aquí. Aquí no hay nada, poseedor de las sombras, poseedor de mil manos en mi garganta. Abrázame. Es tarde. Abrázame. Es noche. Abrázame. Es día. Pasar mi dolor a otro día, mi hato de verdades malolientes, purulentas. Oscuro. Tengo miedo. Tengo miedo. Calor, sol, me hacinan, me hierven, este cuerpo inocente, confuso.

Si una no comprende una se queda en un sintiempo doloroso. A veces me gustaría registrarme por escrito en cuerpo y alma: dar cuenta de mi respiración, de mi tos, de mi cansancio, pero de una manera alarmantemente exacta, que se me oiga respirar, toser, llorar (si pudiera llorar). Ahora sé por qué escribía mi «diario de horas» del año

55. Sin duda me asusta mi insensibilidad y lo imposible de anexarme por los medios comunes al mundo externo. Por eso, hasta quisiera hacer el amor por escrito, si ello fuera posible, si ello fuera posible.

Alguien mira el mundo desde debajo de una alcantarilla. También desde aquí se ve. Y se juzga, se condena, se reprueba. Si alguna vez me sacaran de mi escondite me volvería loca furiosa, hablaría una lengua inventada, me pondría a bailar danzas obscenas y no querría comer ni beber. (Aunque esto dependería del carcelero que me liberara.)

Me pregunto: ¿qué quiero? Como si me lo fuera a dar. Yo sé lo que quiero. Y lo que me espera. Pero lo que me espera ya llegó. De manera que espero algo peor aún. De todos modos —confesémoslo—, nada te espera. Es esto lo peor. Y sufrir por adelantado a causa de ello. Mírate en el espejo: aún certifica juventud. ¿Te importa? Sí, en la medida en que me dan tiempo para fortificarme y esperar a que nada llegue. Como previsora eres previsora. Como prudente, te preparas sistemáticamente a que el encuentro —llamémoslo así— no te duela tanto. ¿Todo esto para qué? Ahorrarse el sufrir, ahorrarse y guardarse y abstenerse. ¿Para qué? Pero ¿para qué lo contrario? Ojalá muera yo pronto. Es lo único que podría contrarrestar mi programa de lento e ininterrumpido sufrimiento.

4 de agosto

Cuando se mira largamente una cara que está frente a ti, mirándola para que no se aleje mientras está frente a ti, mirándola para que no haya mirar sin ver, bruma en tu mirada que atraviesa caras como si fueran cristales, mirándola, digo, con pasión y necesidad, sucede, sin que lo sepas sino mucho después, que no la has mirado contrariamente a lo que creíste. Cómo se produce este olvido: he aquí lo que quisieras averiguar. Tú miras, has mirado, no perdiste un solo gesto, ninguna sonrisa: registraste y asimilaste. Bebiste de ese rostro como sólo puede hacerlo una sedienta legendaria como tú. Pero sales con la garganta seca, los ojos dolidos, buscando en tu ausencia la imagen que contemplaste sin fin. Vas por las calles, increída y flotante, y te preguntas si no fue verdad que estuviste sentada frente a ese rostro. Tu combate con la desaparición es arduo: te enciendes, te enloqueces, por recordar. Buscas, buscas en ti entre tus escombros, entre tus fragmentos inutilizables. Porque si no lo recuerdas instantes después de haberlo visto ello será la señal precursora de una búsqueda que durará días, hasta que te veas de nuevo frente a frente, consumida por las noches de odio y de amor de tu frenética memoria y con una decisión que siempre te resulta nueva, te sentarás y mirarás esa cara hasta que tu mirada se pulverice. Sabes que si logras retenerla en ti el deseo morirá. Sabes que si esa cara llega a pasar una

temporada en tu memoria —esa cara tal como es en sí misma— tú serás salvada (por la exactitud y la fidelidad, ángeles que apenas conozco y que admiro con delirio).

Pero no es así. No la recuerdas. Ahora que han pasado tantas horas te preguntas por infinitésima vez cómo era. La tienes dentro de ti, la sientes resbalar por tus nervios, la sabes flotando dulcemente dentro de tus ojos. No sabes qué hacer con esa cara que no recuerdas: ¿amarla?, ¿odiarla? Si la amas te delirarás en un llamado mental: pronunciar su nombre y desear que venga ya, ahora mismo, o saldrás a su encuentro imposible, por las calles que te ordena atravesar tu locura. Si la odias, tienes deseos de matarte para matarla, pues esté donde esté sólo está en ti y si tú mueres morirá ella. La probabilidad de odiar un rostro que naufraga en tu inolvido te aterroriza: quisieras pedir auxilio como si hubieras tragado ratas. La de amar te es menos cruel: te [tiras][35] acuestas en el suelo y con los ojos muy cerrados recitas poemas de todos los siglos y en varios idiomas. Pues siempre hubo gemidos semejantes al tuyo y es suave como una mano de terciopelo musitar sílabas que se unen para decir hermosamente la imposibilidad de un amor que no muere.

A veces, el resentimiento por el abandono y la soledad se hace tan fustigante que odias a diestra y siniestra, odias cualquier emanación viviente —amantes, amigos, perros, pájaros, flores—. Si al menos salieras a la calle con un revólver o si envenenaras anónimamente. Desde tu silencio ruegas por la muerte de todos y de cada uno. Y los odias hasta que oyes gritos y entonces, al fin, sollozas como una maravillosa heroína romántica. Gritos en ti que son los de tus anheladas víctimas. Pero yo me río de mi crueldad de juguete. No por eso sufres menos cuando odias porque bien sabes que no te ha sido dado el odio al género humano sino un odio muy peculiar, que destinas a muy pocos seres y se particulariza en aquellos que por alguna razón quieren ayudarme a salir de mi delirio. Es así como a veces, ahogando en tus ojos el odio, miras a esos seres angélicos que te miran con dulzura y afecto, y de pronto, cierras los ojos muy fuerte, como si quisieras romperlos, porque nada más doloroso que odiar a la única persona que podría salvarte. ¿Pero qué quiero? Me han ayudado varias veces en mi vida, he conocido rostros magnéticos que emanaban una piedad sin límites por mi persona doliente. (Si te suicidas por agua, cómo no odiar al que te obliga a respirar forzando tus miembros hasta arrancarte una aceptación física del mundo.) Nadie te obliga a verte con esos ángeles. Si no me viera con ellos, si alguno de ellos desapareciera, mi dolor sería ilimitado y difuso. ¿Qué quiero entonces? Quisiera rogarles que yo no los odie. Absurdo. Paradoja. La verdad es otra: también tu deseo es ilimitado y difuso y una coleccionista maníaca que yo conozco quisiera tener esos ángeles para ella sola pues ella no soporta que sean ángeles también para otros dolientes y sufridos. Tenerlos aquí, en esta habitación, sobre la chimenea o desparramados por las sillas como antaño las muñecas adoradas.

Mas, como no es así, ella los odia con un terror indecible. Porque ¿quién me escuchará si le digo: «Te odio, te necesito, ven a vivir conmigo, hagamos juntos el odio, el amor, lo que tú quieras pero juntos»? Un castillo rodeado de fosas, una casa

sin ventanas ni puertas. Adentro, amor mío, siempre entre muros mudos y sin sonido y sin palabras y sin comunicación alguna con lo que yace o camina bajo el viento asesino de esta noche. Tendremos instrumentos de tortura. Tendremos todos los libros de poesía que existen en el mundo. Toda la música. Todos los alcoholes que arden en los ojos y corroen el odio. Nos embriagaremos hasta oscilar como seres de una materia fosforescente, y diremos tantos poemas que nuestras lenguas se incendiarán como rosas. Sin ventanas, amor mío, sin puertas, sólo una casa, un palacio, una bohardilla lúgubremente sorda y ciega y amparadora. Y si viene el sol, si descubro huellas de claridad en el suelo, tú me dejarás llorar sobre ti, y me ayudarás con palabras que atraigan al olvido y a la noche desesperada de siempre. En verdad no te odio, te amo y te llamo. Te llamo y no vienes. Ahora te odio. Y tendremos lejos los relojes y no nombraremos al tiempo. Y haré poemas que iluminarán todos los silencios. De esta manera no habrá muerte ni soles sino sangre, alcohol, palabras extrañas y nuestros sexos unidos. Pero tú no vienes, no vendrás, y yo sé que no vendrás. Si supieras que no puedes no venir. Aunque no estás aquí, la orgía se inicia, comienzo a beber, a aullar los poemas más bellos, a reír y a llorar en la noche de tu ausencia, hasta que me arrojo sobre tu pobre representación y lloro hasta que nadie me consuela.

«Aún no es así», dices. Sientes tus huesos, tu mala respiración. La habitación llena de humo, de mal. Pestilencia de lo que se desea en vano. En vano escribes porque vano es el lenguaje para quien aspira a una alta tensión del silencio. Mi miseria, mi mirada. Milagro de la que aún vive y sobrevive. Todo cadáver hacinado en la memoria. Tu lápida será una sílaba: NO.

Inquieta buscar en el mismo sitio de siempre. Lo que no se encuentra termina por ser presencia. Y yo sé lo que digo, lo sé tanto que no debiera decírmelo de nuevo. Pero mi lengua procaz no se deshabitúa de rumiar siempre lo de siempre. Y además, qué puro gozo en la noche martirizarme con invocaciones y llamados. Yo me asusto. Yo me pongo una sábana negra y me acerco al espejo con un cirio y me hago señales de adiós.

No te decides a entrar en una laboriosidad forzada, a cumplir con un decálogo de horas y minutos que te haría transitar con menos pena por este sitio desolado. No, más vale la soledad entre cuatro paredes sucias, la soledad violentada, en pugna con los relojes, los deseos, la tensión de la nostalgia. Más vale el mundo de cenizas que me ciñe. Más vale esta pornografía, esta desesperación, este escándalo, este gritar así nomás porque sí nomás, este escamotearse al aire puro, al aire.

Cada vez que digo *amor* mi furia no tiene límite. Cada vez que digo *odio* mi miedo no tiene límite. Si alguien intercediera por mí. ¿Ante quién? ¿Para decir qué cosa? Que digan, aunque sea, que la noche pasa, y el alba está cercana y mañana también será un día y que todo esto es espantoso.

5 de agosto

Da tiempo al tiempo y una sonrisa espectral a los labios abiertos que forman las grietas de esa pared. Responde con sed a tu sed de siempre y con deseo a tu deseo viejo y aniñado. Dormir. Sí. Dormir a la sombra de tu cuerpo abierto que mana deseos que no se concluyen. Deseos de dormir a su sombra.

A veces, no eres tú la culpable de que tu poema hable de lo que no es. Para ti, un ensueño de desdichas y de males, un encierro provisorio de enamorada peligrosa, maniatada por su deseo. Si habla de lo que no es quiere decir que no vino en vez de venir, que buscaste en vano, y que reposas en tu derrota sin atreverte a mirarte en el espejo porque a veces, en la soledad, demasiada realidad aniquila en un instante.

Te duermes en tus brazos como hace poco las muñecas en tus brazos. Tú les atribuías fatiga y sed y tristeza sin saber que hay una distinta manera de existir: sin boca, sin cuerpo, sin deseos. Te duermes para soñar que en donde posas las manos te muerden: es así como diste un concierto de arpa y cuando los aplausos resonaron elevaste muñones sangrantes; es así como te hundiste las manos en los bolsillos —para protegerlas— sin saber que allí tenías un nido de perros-serpientes menudísimos que te arrancaron los dedos hasta que despertaste con el ruido de tus anillos al caer. Tú duermes y te despiertas y es siempre la amenaza, la persecución, el deseo infalible por quien no viene ni vendrá. Apiádate de ti, desde este lugar oculto y sin aire, por donde te arrastrándote [*sic*] como una perra enferma que no sabe qué tiene, qué quiere, quién la disminuyó y la redujo a ese arrastrarse entre muros con grietas que dibujan labios, ojos, y la sonrisa que tú celebras y a la que sacrificas tu escaso poder de adoración.

Una se prepara años para poder llegar a decir con belleza las pocas palabras que quiere decir desde que saltó a este mundo. En posesión de tus medios verbales descubres que no es eso lo que había que decir sino algo en que jamás se pensó. Para esto tus noches en blanco, tu rostro cadavérico al borde del derrumbe. Pero nadie debería prepararse. Si algo te llega a llegar —¡si te llegara!— será exactamente lo contrario de cualquier predicción o videncia previa. Esto no es culpa de nadie. Es la manera con que las cosas se presentan, que tú debiste aprender hace tiempo, cuando comenzaste a prepararte.

Recuerdo hoy sus ojos y tengo miedo. «Lo bello no es sino el primer escalón de lo terrible»… Qué pasará cuando recuerde su cara, cuando su cara se abrace a mi memoria, cuando su cara sea mi memoria. Pero hoy, extraño domingo, he recordado sus ojos. Y he temido morir de sabiduría cuando los repensé en su color y en su forma. Yo no sé nada. Sólo sé unos ojos. Suficiente para vivir hoy, domingo extraño con signos en las paredes.

«Ámame y déjame», me dicen. Y yo lo hago. Yo cumplo lo que se me pide. Soy accesible, bondadosa y servicial como un animal herido, dulcemente doméstico, merodeando en una casa que pronto abandonará.

Morada de sacrificio, sol y luna, sombras animadas: tus ojos hacen de mí lo que quieren. Y yo te haré las transformaciones más prodigiosas: me revestiré de la forma que quieras y tendré el color que prefieras. Mensajeros de lo que está detrás de cualquier sombra, iluminadores de toda incógnita: tus ojos me levantan y me hacen andar. Aunque no estés aquí ellos me dictan y me ordenan. Yo acato, obedezco, me doblego, me subordino. Ello es un motivo de orgullo, de risas, de cantos. En tanto quieras mirarme, verás lo que nunca soñaste: que alguien se levanta de su cadáver y envuelta en el color de tus ojos se dirige hacia donde la vida es sólo creación de alabanzas al amor.

Toda promesa de amor es una fantasmagoría. Pero nada iguala, en materia de fantasmagorías a mi intento tenso y enervado de explicar lo que siento y deseo. Sólo estoy en mi habitación que parece navegar. Y yo dentro, fantasma confusa y novata, tratando de no caer. Vértigos. Abandonos. Se ha ido eliminando cualquier signo de conflicto que se podría examinar, que se prestaría a una problemática y a las consiguientes reflexiones. Ni odio ni amor. Ni presencia ni ausencia. Depresión, sí, en su máximo grado, pero mansa y resignada. Tristeza también, sin fondo, y atmósfera posterior a un crimen absurdo. Eliminados también culpables, víctimas y defensores. Ahogada la esperanza, rebanada la espera de quien yo sé, cercenado el menor indicio de sonrisa o recuerdo o temor. Pero por qué hablo con verbos activos, como si me hubiera pasado la noche con una espada en la mano. No es así. El amor, el terror, el odio y la esperanza se retiraron como la marea. Crepúsculo de silencios y luces enfermas en los espejos.

Tengo miedo. Sin lenguaje no puedo vivir y cada vez hay menos para decir. Cansada de encontrar imágenes para representar mi miedo.

8 de agosto

La rapidez vertiginosa, el reloj, tiempo, corres para seguir corriendo. ¿Adónde? Miras. Te miras mirar. Luego no te ves.

¿A quién le hablo? ¿A ti a quien amo o a mí a quien odio? Lentos recuerdos de la más triste infancia. Para pensar en ti necesito del prestigio de tus ojos que me acepten, que me reciban con dulzura, porque para pensar en ti necesito tu permiso, tu consentimiento, necesito que me digas que estás bien dentro de mí, que sientes alegría de saberte en mí, aun cuando no estés conmigo, aun cuando me esté vedado

cualquier acceso a ti.

Si me dejas, te adornaré como sólo yo puedo: con mi manera torpe, lujuriosa, infantil y alucinada. No hablo sólo de máscaras y pelucas y trajes harapientos y vestimentas reales. Hablo de hacerte vivir en el vértigo de mi memoria, de hacerte representar los papeles más infames y más maravillosos. Quiero que me dejes jugar contigo como una niña loca con su muñeca. Aunque atrozmente idiota, te revelaré historias fabulosas. Junto al viejo fuego, en las tardes de invierno, habrá tus ojos claros navegando por el asombro de narraciones creídas imposibles. Si me dejas, asombraré a tu sombra —hija de tantas otras sombras que conozco más que a mí misma—. Y habrá el frío de siempre, el fuego consumido, pero en mis ojos destellará la dicha de saberte conmigo. La dicha, el espanto, la humillación de que entre súbitamente mi vecino —un estudiante de medicina— y me vea dialogando a solas, arrodillada, en posición de viajera inverosímil, narrando a solas el cuento de su vida, que a nadie le importa, y menos aún a ti, que escuchas a otros en este instante, dejándome rota y avergonzada con un espejo, un fuego muerto y explicaciones triviales que dar sobre mi locura que es obra tuya.

Por eso te amo y te odio. Mi lenguaje termina en estas expresiones vacías. ¿Cómo sé que te amo y te odio? ¿Qué lo prueba? Además, mis historias no son fabulosas. He aquí una mentira más. Mi atroz infancia es inenarrable pero no exclusiva y ejemplar. Que tuve hambre y sed y frío y sueño y que me negaron toda posibilidad de posibilidades, ya lo sabes. No por eso estás aquí. A lo sumo, sentirás piedad por esta sobreviviente que tirita y desea más de lo que humanamente es dado desear. Y aunque vinieras, qué podrías darme, qué podría yo hacerte. No sé, pero es como encender un fuego la sola idea de que me visites, de que duermas conmigo, aunque fuere en posturas fraternales. Pensar que eres todo para mí mientras tú, en algún lejano lugar, como en otro planeta, te alimentas, te vistes, sueñas, haces el amor y mientras en esta habitación todo te evoca, todo te invoca y no respiro ni una sola vez sin que tu rostro suba y baje por mi interior, como si fueras un órgano de mi cuerpo, una función vivificante sin la cual no es posible vivir. Cómo no arrastrarme por las pequeñas calles tristes, sucias, agrias, llevándome una brutal melancolía, un anhelo jadeante, un ardor sin límites.

Eres culpable de haber hecho de ti un vaso de agua inalcanzable para una sedienta que apenas te conocía. Llegas, me hablas, me sonríes, me fascinas: cómo no comprender que tu rostro bastaba para enloquecer a la pequeña huérfana que fui —que soy, que seré— por tu culpa. Me hablas y te vas. Me hablas y te quedas en mí.

10 de agosto

Ya no sé si amo u odio. En verdad ni uno ni otro. Amar. Odiar. Nombres que

aprendí no sé en qué lejana y falsa experiencia infantil. Si llegas a descubrir que no «haces» ni uno ni otro te desilusionarás de ti porque tu vida, desprovista de dos prejuicios tan importantes, te parecerá más pobre aún, más pequeña y poco interesante. Por eso, si sabes que no eres una maravillosa heroína suicida al borde borrascoso de una locura absolutamente poética, eres muy capaz de suicidarte, no por lo que eres sino por lo que no eres. Saber que no reencarnas a la Monja Portuguesa ni a Heloísa ni a Caroline de Günderode te llevará a una muerte magnífica que ellas no imaginaron siquiera, porque su dolor tenía raíces y cuerpo y era auténtico y veraz como la mano del enamorado lejano que alguna vez tocaron. Pero tú, tú amas y después calculas pensando a quién amas. Tú odias y no recuerdas el nombre del odiado destinatario. ¿Es el último? ¿Fue el de hace cinco años? ¿Quién de ellos amanece contigo y te pide agua desde tu garganta en llamas? ¿Cuál es? ¿Cómo? Tantos años de añoranza por los que se fueron sucediendo: generaciones de ausentes desfilan por mi memoria. Mi dolor crece y me devora. No es posible tanta ausencia, tanto miedo.

Pero te recuerdo. Aquí te recuerdo. Abrazado a mi memoria. Mirándome detrás de mi mirada. No me atrevo a amarte. Temor de irritarte. Por eso no me suicido. Temor de tu cólera. Me dices que no existes, que eres mi antiguo fantasma amado que reencarnó en ti. A otra los problemas metafísicos. Quiero abrazarte salvajemente. Besarte hasta que te alejes de mi miedo como se aleja un pájaro del borde filoso de la noche. Pero ¿cómo decírtelo? Mi silencio es mi máscara. Mi dolor es el de un niño en la noche. Canto y tengo miedo. Te amo y te tengo miedo y nunca te lo diré con mi voz verdadera, esta voz lenta y grave y triste. Por eso te escribo en un idioma que no conoces. Nunca me leerás y nunca sabrás de mi amor.

Aquí de nuevo, en una habitación irrespirable, contigo, has llegado, has venido, te has apoderado de mis sueños más remotos y los realizas con tu presencia mentida. Si vinieras de verdad, no sabría qué decirte. Así soy feliz. Te invoco, vienes, llegas, y sonríes con tus ojos sabios dentro de mí. Imposibilidad de creer, *ahora*, en la realidad del mundo: la calle, los árboles, los muelles, el Sena, las caras, los niños llorando, los grandes que los hacen llorar (los mataría). Imposible, también, rememorar el mar, las arenas, las gaviotas, excepto en un espacio suspendido, en el que no hay caras humanas ni tampoco pájaros —porque aun ellos tienen ojos, aunque yo no lo quiera saber—. Súbitamente me gustaría vivir entre estatuas, sola conmigo a solas (contigo, amor mío), y que los años me aflijan, que el tiempo me duela, que me torturen y me martiricen. Yo no lo sabré. Porque súbitamente el silencio ha venido a mí, y aunque esté loca como sólo puede estarlo una equilibrista borracha en la cuerda, este instante es silencioso, y no pasa nada sino que algo me aprieta la garganta y el sexo, mi Eros y mi Thánatos, mi única razón de ser, muerte y amor aliados en un sinfín de renacimientos; ahora sufro, sin duda sufro mucho, pero es el silencio violento de este instante, la sensación de muerte inminente, de futuros dolores indescriptibles (en la garganta, en el sexo).

Hasta aquí mi infancia atroz.

El instante pasó. *Ver la eternidad en un grano de arena*: *c'est pas mon genre*. Esto es dulce, es corderillo rosado con moñitos de colores, la niñita vestida de novia o de poeta, con grandes anteojos sin cristales y sin memoria. Lo que se te prepara, lo que se te acerca. Me ahogo, aire y frescura, un vaso de agua, una taza de té, por favor. Te espera del otro lado, tal vez mañana, dentro de una semana. Mana sangre, pus, vomita, supura. Te esperan.

Fatiga. Ni sed ni hambre. Me queman y me enervan. Tengo miedo. Grandes palabras, juegos de palabras, chistes geniales y poemas no muy malos. No juegas, sin embargo. Esto va en serio, esto es sangriento. Pena por mí. Ruega por mí. Grandes palabras. No pasa nada. No sucede nada. He aquí la cuestión. Tengo miedo. Es la garganta. Si me pusiera a vomitar qué de ratas, qué de ratones, mi madre. No ser ingenua. No ser idiota. No hay ganas de reír. Esto me tomó de la garganta y no me suelta. No sé qué escribo. Qué digo. Putear sí, con toda la garganta. Y nada de lirismos, si me hacen el favor. Esto es horrible, es basura, es nauseabundo, es desecho desechado, mierda, mundo excrementado, harapos malolientes. Puta madre. Crujen los muebles. Que crujan, que cojan, que se incendie mi cuarto, que me estrangulen de una vez, que se vayan a la mierda y a la recontraputamadre que los parió.

Calma, no obstante. Dulce amor mío, frenético olvidado, dónde estás. Amor mío, mi delirio, mi altar. Muero por ti. Te amo. Aun con estas palabras horribles que se me dicen y mi cara de loca, te busco, te amo, te llamo. Memoria viuda, luto en mi recuerdo. Castigo maravilloso en mitad de la noche desnuda. No te llamo, no te pido. Me doy, te soy. Tú no me tomas, no me necesitas, no hay ganas de mí en tu mirada. Te veo, te creo, te recreo, mi solo amor, mi idiotez, mi desamparo. Qué me hiciste para que yo me enrostre este amor estúpido. Piedad por ti. Cuando te vea lloraré, recordando lo que tuviste que padecer en mi memoria.

1 heure du matin

Esto de pasarse la vida auscultándose es depravadamente ineficaz. ¿Qué quiero? Ya es bastante que viva, que no robe ni mate ni ejerza la prostitución. En vez de ello leo poemas y estoy angustiada y a veces escribo. Nadie lo haría mejor después de todo lo sucedido. Por lo tanto, a estar contenta de mí y a regocijarse por esta atmósfera culta, sana e inofensiva que supe crear alrededor de mí, en vez de dedicarme a la destrucción y la pulverización públicas, en vez de salir a la calle con un cuchillo y agredir a todo el mundo.

11 de agosto

La mirada, la mía, adherida a los chirridos de las cosas. Mundo de silencio. Yo preciso inventarme en la noche, con palabras que tanto me cuestan. Y es siempre la

sed ávida, aviesa, triste, como llevar un color marchito en la mano, una pluma desplumada. Me trago mi sed, me la bebo, la rumio con hastío invisible. Cada noche mi mirada se rebela. Mis ojos se toman en serio, se recuerdan, se comprometen: descartan los muelles y el río y los libros y las caras que sucedieron bajo el sol de agosto. Se abren mis ojos. Me obligan a seguirlos por altitudes de sombra y silencio y vientos y frío.

Pero para saberlo necesito escribir. Sola no puedo enterarme de mí ni lo deseo. La complicidad de la palabra que mis ojos enjaulan es una especie de campana de mi soledad. Cuando leo que dije *soledad* o *silencio* me descubro al instante, en un rincón de la habitación, miedosa y perdida pero reencontrada de alguna manera. Aunque nada de esto tenga que ver con la validez o deficiencia de lo que escribo, sé, de una manera visionaria, que moriré de poesía. Esto no lo comprendo perfectamente, es vago, es lejano, pero lo sé y lo aseguro. Tal vez ya sienta los síntomas iniciales: dolor en donde se respira, sensación de estar perdiendo mucha sangre por alguna herida que no ubico…

20 h. Le dije a P. que no.

Separada. Ahora lo creo. Antes lo decía pero ahora sucede. Te separas del amor por ganas del no amor. Alguien ya no tiene sed. Alguien mira sin ver un vaso de agua al alcance de su mano. Alguien dejará de escribir pronto porque no habrá dolor para narrar. Te separaste y sonreías. Avanzaste por las pequeñas calles y te fuiste a tu habitación a celebrar la soledad alegre. Soñaste siempre con prescindir del amor, con separarte, no brutalmente sino diciendo «no, gracias». Ya lo dijiste. ¿Estás contenta?

No es el contento a lo que aspiro sino a la carencia de deseos. Entonces, la pequeña huérfana de las calles malolientes terminará sus días meditando ausencias a la sombra de una higuera, sin que le importen el principio o el final, la alegría o la tristeza, porque algo muy oscuro habrá comprendido en ella que la distancia sórdida que separa el día de la noche era una medida falsa de sus ojos inexpertos. Ahora vislumbro una manera de ni importárseme nada, algo tejido por mis atroces experiencias, mi humillación, mi furia, algo de un color delicioso y de una forma que me delimita y [*tachado*] pero no, no es aún así, es de noche y es tarde y temes dormir porque mañana será primero de mañana y habrá que dejarse llevar por los rostros y los ruidos hasta que llegue de nuevo la noche deseada. He trabajado sordamente para que el día no me dañe y la noche venga pronto. He rechazado el amor, y cualquier posibilidad execrada de dicha constituida y sistemática. Pero no eres una heroína. No obstante, será necesario aprender lo que nunca puedes: una espera, un silencio.

12 de agosto

Reconocido mi naturaleza viciosa: necesito vivir ebria. Si no es de alcohol que

sea de té, de café, de ácido fosfórico, de tabaco muy fuerte. Necesitaría drogas: no las tengo, no las busco. Cuando no tenga que despertarme al alba para ir a trabajar «para vivir» me procuraré los «olvidantes» más poderosos, todo lo que la naturaleza y la ciencia han dado a conocer hasta el presente. Esto no está mal ni bien. Esto demuestra, simplemente, que algunos no pueden vivir. Quiero decir, sólo después de haber tomado diez cafés y tragado varias pastillas de «revitalizantes cerebrales» puedo respirar con libertad, andar sencillamente por las calles sin que el deseo de matarme se haga imperioso.

El error está en querer sentir una dicha extrema o un total abatimiento. Los estados neutros de mi vigilia sobria —hechos de una leve angustia y una sorda ansiedad— me son insoportables. Soy trágica, admitámoslo. Todo lo que me sucede tiene que llevar el rótulo de «peligro de muerte».

En este silencio, ¿quién arroja piedras, quién lleva ruedas chirriantes y manecillas de relojes y usa campanas? Como una danzarina inválida en mi sillín inaceptable, sueños de velocidad y sombras giratorias y oscilaciones perversamente ágiles de nombres y caras y visiones de una particular rapidez, para que yo gima de envidia, hundida en mi aceite lentísimo, en una materia sombra inmensamente en retardo. Quietud. Escándalo. Me irrumpen, me interrumpen, me visitan y me hablan con celeridad en un idioma que no comprendo. Me encerraron entre relojes y me apuran, me precipitan.

2 de la madrugada. Imposible el sueño. Fumar y toser. Beber un café tan negro que lo bebo temblando y me chirrían los nervios. Tú me enervas, me obsesionas, me envías mensajeros furiosos en esta carrera de sombras a que me obligas. Odio los números movibles, los absurdos números del reloj que parecen detenerse indefinidamente en un avance sin sentido. Yo amo la quietud, el suave avanzar de la luz, la decisión de la luz, su estarse quieta mucho tiempo; amo la persistencia del sol, que se prolonga como un alcohol magnífico bebido con enorme lentitud. Y amo sobre todo la noche, que se abre como si soñara, y se queda lo suficiente como para que yo diga: Es de noche, y lo sea, y pueda repetirlo y repetirlo sin desmentidos.

¿Por qué cuento las horas si son todas iguales, todas hechas de tu rostro increíble, a veces benéfico como una deidad protectora, a veces tan colérico y guerrero y que me da ganas de esconderme, a pesar de saber que no hay nadie en mi habitación? Las horas de mi silencio, las horas de mi espera. ¿Cuánto falta para verte unos minutos? ¿Cuántos centenares de horas para hablarte unos minutos? Y ni siquiera esos minutos me aseguran nada. A veces estás con otra gente, a veces mi emoción no me deja mirarte y es como si no hubiera ido a verte.

Esto que he escrito es la primera versión de mi infierno personal. Lo aclaro para mi propia claridad. Yo no escribo para nadie. Lo haría si se pudieran publicar libros en un papel envenenado que matara a todos los lectores. Pero aun así. ¿Cómo llegaría

a los que no leen? Porque si hubiera una manera de hacerlos saltar a todos, de exterminarlos tanto como yo deseo, no me detendría ante ningún medio. Hasta les haría sonetos y liras para que introduciéndoselos donde ya saben revienten alegremente en el espacio de unas pocas horas.

Luego quedarás tú, con tu amor imposible, flameante, enardecida, cabalgando un caballo negro, muchacha desnuda irrumpiendo en la playa, de noche, corriendo con el sonido del galope y del mar y del corazón y gritando el nombre de quien amas con una precisión salvaje, hasta que suscites rayos y tinieblas y el abismo abra a tus pies su magnífica boca y todo vuelva al caos primordial.

Sábado, 18 de agosto

Sueño anterior a cualquier deseo mío de cerrar los ojos y entrar en lo oscuro. Te embebieron en una sustancia inflamable: te quemas, te carbonizas. No obstante, aún no eres *cenizas con sentido* sino una muchacha en llamas al borde de la noche. Cuando vea nuevamente sus ojos, ¿qué habrá en los míos? Habrá amor u odio según quieran los astros y las constelaciones porque a los signos terrestres hace ya mucho que no los reconoces, y la certeza crece, pasiva, cuando miras, de cuando en cuando, la forma de alguna pequeña nube extraña. Cuando te vea verme, ¿cómo no moriré de deseo realizado? Porque a veces, en la soledad, las ideas sobre los demás son confusas y yo he terminado por creer que también tú miras como yo: con los ojos y con las manos y con el sexo y con el alma mientras la memoria hecha de piel de tambor bate ritmos cada vez más urgentes, que en verdad son llamadas, que en verdad son plegarias tácitas hechas de un silencio alborotado en donde las cosas corren y mi amor corre y todo en mí es un agua precipitada, absolutamente loca y ardiente. De manera que quisiera aguardar con algo de calma el instante de ver tus ojos al sol, muy cerca del mar. Y no será solamente la desolada dicha de mirarte sino la de saberme mirada por tus ojos que están ahora en mí, cayendo de recuerdo en recuerdo, tirándome hacia abajo, mientras comienzo esta noche maléfica, mística, en la que estamos tú y yo en un encuentro imposible de alguien que ama y alguien que es amado.

¿Qué soledad es ésta, llena de otro, con sus ojos y sus manos y sus cabellos poblando la aparente soledad de tu noche? Estás sola, escribiendo. Pero no estás sola. Aventura mágica, atroz. Ni siquiera escribes para ti. Su ausencia es un pretexto para que tú lo ames como quieras en esta habitación desolada y en ruinas. Si viniera una sola vez, si una sola vez estuviera junto a ti, hablando de cosas posibles de ver y de tocar, tú no amarías de esta manera acabada y perfecta. Pero como no viene estás atada —cuerdas entre sus ojos y los míos, entre sus manos y las mías, entre su sexo y el mío— a su persona maravillosa que siempre ves delante de un resplandor penoso y lo ves perfectamente y lo amas y sabes que cuando sonría a miles de kilómetros en

algún sitio lleno de humo y de música, el rostro de quien está con él se esfumará y será el negativo de una fotografía porque en verdad te sonríe a ti —su sonrisa atraviesa paredes y distancias (estás retribuyéndole la sonrisa mientras escribes, mientras le escribes)—, y te preguntas cómo podrás mirar sus ojos cerca del mar y qué le dirás, porque habrá otra gente entre tú y él y tú sabrás o no sabrás ocultar tu delirio por su mirada que merece un amor menos salvaje y temible e inútil que el tuyo. Porque puedes calcular sus respuestas verbales o físicas en la soledad de tu cuarto, puedes amarlo u odiarlo en la desierta extensión de tu amor sin desenlace, pero no puedes predecir sus miradas, sus sonrisas, sus ademanes de placer o de disgusto cuando lo mires con tus ojos heroicos y harapientos. A veces quisieras construirle un palacio con las piedras que arrancarías con las manos llenas de sangre de los lugares más bellos y lejanos y a veces quisieras insultarlo a los gritos y bailar sobre su cadáver y decirle: «Si estuvieras muerto escupiría tus ojos, aun muerto te insultaría y te golpearía porque me has dejado tanto tiempo sola, debajo de una alcantarilla, amándote perversamente en lo más bajo de una soledad grotesca y pestilente, hecha de tu cuerpo invisible y de mi deseo por ti que sólo morirá conmigo». Aun así, te amaré y me arrojaré sobre ti, te obligaré a todas las posturas posibles e imposibles de un acto amoroso que necesitará cumplirse, aquí abajo o en donde quieran, pero que se realizará por designio mágico, porque hasta un idiota como quien te ama comprende que en este mundo inmundo tanto deseo ha de cumplirse, en la tierra o en el cielo, según sea tu voluntad, amor mío. Pero no dejes que te odie: pensar en ti con odio es respirar agujas oxidadas. Cúrame de ti. Cúrame de tus ojos que merecen un amor más articulado y bello que el que no me deja respirar en estos instantes. Déjame llorar en tu hombro, acaríciame la cara, ruégame que sea sana y prudente y sensata y sálvame de mi locura por ti. Esto es fácil de pedir, así, por escrito. Pero tú nunca me leerás. Por eso, cuando me veas, dentro de unos días, hostil enemiga o demasiado servil o huyendo de ti para irme con otros en la noche de las sustituciones, tienes que saber que lo hago por ti, porque apenas conozco tu lengua y no sabría hallar las palabras que te [dijeran][36] informaran que vives en mí y mueres conmigo, cada noche. Y aunque hablara tu lengua, aunque tú hablaras la mía, los dos sabemos que no se trata de gramática ni de riqueza de vocabulario. Lo que nos sucede está tan lejos que achacar a la lengua lo que no sería posible decir en ninguna es una cosa risible, digna de quien está en un estado vertiginoso y apremiante como yo. Y cuánto me hace querer morir la sospecha de que me llorarás. Y estar en agonía, llamándote, y que vengas —quién se niega a tu último llamado; no tú, con tu bondad sin límites—, y que vengas a comprobar mi amor absoluto, cifrado en tu nombre que pronunciaría cono una santa el de Dios. Y tú me besas —por una vez— y me hablas con tu voz que no imagino cerca del mar. Pero no es así; mi cuerpo es joven, ingenuamente sano, y mi sexo se abre y se cierra, respira como una atroz máquina sexual, se abre y se cierra, aletea infinitamente como una paloma petrificada en el momento del arrullo que así se quedó y lo emite para siempre. Angustia del

sexo abriéndose y cerrándose a la espera del tuyo que no vendrá, labios funestos que no dejan de susurrar su clamor fálico. A veces me toco, cierro los ojos y me digo: Es tu mano. Imposible el orgasmo a larga distancia. Quiero lo tuyo y lo digo. No me consuelan los otros, nadie me consolará nunca. Quiero tu sexo y lo digo, quiero dormir contigo y lo digo. Quiero hundirme en tu abrazo —una sola vez siquiera— y gemir al unísono contigo, mi lengua en la tuya, en el silencio de una noche que ya no será noche sino una isla de perfumes y delicias apenas soportables en la que necesitaré de toda mi inocencia y de toda mi perversidad y de un coraje inaudito para sobrellevar tanta dicha —que no sé imaginar pero que será (lo presiento) infinitamente más terrible que tu ausencia de ahora, que mi angustia de ahora, en esta noche en que te amo tanto y en que te odio porque no vienes.

19 de agosto

Tengo miedo. Miedo de sus ojos que veré tantos días y tantas noches. ¿Durará el encantamiento? ¿Si poco a poco descubro que mi amor no es un absoluto? ¿Si la cercanía cotidiana me arranca de mi llamado inútil? Si no llegara a necesitarlo, si llegara a no amarlo más… ¿Qué será de mí entonces, tan pequeña, tan sola, tan sin importancia? Si me llegan a extirpar mi amor absurdo como si sólo fuera un tumor… Si me acerco a su vida de inmediato y se desmorona su estatua lejana, presente y viva, no obstante, en mi memoria enamorada… Si es un ser hueco de lo que execro, de pequeños tiempos y pequeñas acciones que no importan… Si su mágica intuición y su posibilidad de leer en mi silencio se alejan con nuestra cercanía… Si de pronto me mira con hastío o cólera o indiferencia… Si se ríe de mí o si bosteza cuando hablo o si no me habla ni me mira… Preguntas y dudas y obsesiones. De súbito un hueco maléfico en el vientre, un vacío filoso que sopla cortándome hasta la garganta. Ni siquiera decir: «Si tus dudas son justas y corresponden a la realidad te suicidas». No se trata de suicidarse (aunque, profundamente, siempre se trata de ello) sino de saber, hoy, que sólo vivo por sus ojos y que mi única referencia a la vida es su mirada, son sus palabras. De modo que la más mínima desilusión de mi parte arrastrará este amor a su final. ¿Pero por qué llamar amor a esto? Sólo uno de los tantos síntomas en tu enfermedad. («Estás enferma de lejanía», me dijo O.)

17 h. En el pequeño espacio de tu cuerpo tienes que hallar refugio. Tienes que enfundarte en tu cuerpo como si fuera un traje de buzo. Una vez en él no será difícil el descenso ni tampoco el retorno. Tu cuerpo es la clave. Entrar en él comenzando por los brazos, los hombros, luego las piernas, la columna vertebral, y por último lo más penoso y difícil: revestirte de tu pecho, de tu garganta y de tu cabeza.

Mi gusto por encontrarme con la gente unos pocos minutos. Saludar, sonreír,

simpatizar, luego grandes promesas de llamados telefónicos y un muy sonriente adiós. Con algunas personas soporto hasta una hora de conversación —en general, cuando soy la que habla, no porque me guste hablar sino ver que me escuchan sonriendo—. En verdad, sólo me da placer leer poemas y escribir mi *diario*. Y ver a quien yo sé —placer doloroso, aventura extraordinaria, instante decisivo de alegría y de congoja—. Balzac escribía toda la noche y tomó café y reventó por estas dos cosas. Sé cuánto sufrió pero imaginar sus noches solitarias me paraliza de envidia. La exaltación que provoca el café bebido en grandes cantidades es el estado en que me gustaría vivir siempre. En verdad, me gustaría vivir siempre exaltada aun cuando no es fácil sobrellevar las oleadas de angustia y euforia que me acometen. También el alcohol es maravilloso pero no permite la expresión escrita, al menos en mi caso. Además, nada más triste que beber alcohol a solas porque hay una necesidad urgente de tocar manos y oír canciones y guitarras (en mi caso, siempre en mi caso).

Pero tú no has aprendido aún algo que debiera ser evidente: los demás también sufren, tal vez tanto como tú, tal vez más, tal vez menos. ¿Y los que no sufren nada? A esos no los quiero conocer siquiera (¿sufrirá quien yo sé, llorará, implorará alguna vez por su desdicha, tendrá miedos y temores?). Pero creo que me colmé de demasiada literatura angustiosa. (Recordar lo maravillada que quedó la adolescente que fui cuando Rilke, Dostoievski, Rimbaud y tantos otros que hablaron con fervor del sufrimiento.) De todos modos, la clave es entrar en el propio cuerpo, sea para sufrir mejor o para estarse tranquila, mirando con ojos neutros este mundo que tal vez contenga algunas maravillas. Hasta hoy, ¿qué me hizo vivir? Mis amores imposibles y la belleza (eso que me produce este estremecimiento —cuadros, poemas, pequeñas calles viejas y rostros muy perfectos).

Te contienes para no llorar por tu miedo. Mejor dicho: ojalá pudiera llorar, Pensar en el viaje de pasado mañana me aniquila. Estoy deseosa, impaciente, frenética, por llegar a su casa. Una vez allí, a los pocos minutos, no sabré qué decir ni en dónde estar. Aparentemente nada más fácil, pero ser huésped de quien amas no es una situación confortable para alguien torpe y miedosa como yo. Aparte de esto (si es que hay un aparte) trataré de escribir. Escribir en contra de mi miedo, luchando cuerpo a cuerpo con mis ganas de tomar un veneno (aunque sea un insecticida) y morir en sus brazos (magnífica oportunidad para uno de tus *actos absolutos*).

Lo que me obsede en estos días es la cuestión de si llevar o no la máquina de escribir. La quisiera llevar, pues sería un pretexto para encerrarme en la habitación (aunque tuviera que copiar un periódico) y también para no participar en la vida familiar. Nada que imponga tanto respeto como el ruido de la máquina de escribir. De manera que sí: hay que llevarla.

SAINT-TROPEZ[37]

22 de agosto

El dorado día no nace para mí. Penumbra perpetua del cuerpo erotizado por su deseo de morir. La lívida luz del amanecer entrando a donde el espejo es el infierno. Mueres de cualquier manera. La luz es puerta sin gracia en el soplo mágico de la noche. Viento, parte inaudita de ti. Si me amas me la darás aunque no vivas, aunque no estés aquí.

Aunque mueras habrás más daño que hacerte. Puedes retroceder. Irte a un paraíso más cercano que cualquier alba. Un viento fuerte hecho de imágenes desencontradas. Vende tu luz extraña, tu cerco inverosímil, tu deseo mágico de asaltar desde las nubes faroles extraños.

Un buen fuego en el país no visto. Un fuego sin desenlace en el estío vencido por ti. Véndelo luego porque la luz se arrima a imágenes de gloria y candor cercano. La luz, el heroísmo de estos días a venir. Pálida afiebrada. Vences en el deseo de considerar la luz como un excedente de demasiadas cosas demasiado lejanas. Reconócete animal perdido. Véncete en demasiadas cosas demasiado lejanas. Aunque ames o te mueras de simple ir andando hasta encontrar rabia y tranquilos estadios de olvido. Véante mis ojos. Véante mis labios. Véate mi cuerpo. Invade azulmente mi mirada dividida, escindida, prohibida. Invade hasta invadirte. Mida la extensión de mi amor, la de mi odio. En extrañas cosas moras.

Estado peligroso de fatiga, insomnio y palpitaciones cardíacas. Me siento muerta, mejor dicho, un peso muerto, algo enormemente pesado, no mi cuerpo sino esto que se llama *yo*. Hasta cuando me llaman por mi nombre, hasta cuando dicen Alejandra, me siento caer sin fuerzas para sobrellevar mi nombre y con muchas menos fuerzas, aún, para responder a la llamada. Además respiro muy mal —todo el peso reside en el pecho—. Si todo esto me permitiera escribir y leer no me importaría. Pero ¿qué quiero? Quería un largo espacio sin tiempo y lo tengo. Sólo que yo lo quería en soledad absoluta. Y aquí gasto mis tan escasas fuerzas en ponerme tensa delante de los demás, en sentirme perseguida, hostigada hostilizada. Y pensando —sin duda tengo razones válidas para ello— que ya estoy completamente idiota. Quien yo sé no me dirigió la palabra salvo para convidarme con las consabidas formas de *politesse*. En ningún momento me miró en los ojos. Debo agregar que esto último es una suposición pues no lo puedo saber no habiendo mirado yo misma los suyos maravillosos. Pero estoy tan destrozada que no me importaría irme ahora mismo con tal de dormir diez o quince horas. Hace más de una semana que sólo duermo tres o cuatro por noche.

Lo que me sucedió anteayer en París con E. no será posible narrarlo hasta dentro de mucho tiempo. Cómo yací junto a E., debajo de E. y sobre E., ambos desnudos, como si hiciéramos el amor. E. no quería ni podía hacerlo y yo quería y no quería. No

obstante me sentí dichosa en sus brazos, en sus besos. «Mais tu es un enfant», decía con asombro. Yo sólo quería estarme sobre su cuerpo y beber de su rostro fabuloso. Me recordaba tantos otros rostros que casi se lo digo si no fue que tuve miedo de que se ofendiera. El poema «Artémise» de Nerval nunca fue más exacto: *La treizième revient, c'est encore la première…* Pero al final le dije: «Siempre estuve enamorada de gente que no existe y aquí estás vos, hoy…». «Amas en mí a alguien que no existe», dijo. Era cierto pero al mismo tiempo amaba su rostro como jamás he amado otro. No había un clima sexual. El cansancio de E. se debía a que ese mismo día antes había hecho el amor reiteradas veces. Cuanto a mí, todo era confusamente erótico en ese momento. Erotismo difuso, que hasta sentía en las yemas de los dedos. No precisaba del orgasmo —yo, que siempre lo preciso— sino de la prolongación del infinitum de ese abrazo. A todo lo sucedido se le podría encontrar una explicación freudiana evidente. No obstante, hay algo muy misterioso en este nocturno encuentro de dos cuerpos desnudos que no se unen (nunca me sentí menos *separada* que durante esas horas). Volviendo a Freud, se diría que no te atreviste a cometer incesto y que tu cobardía frenó los impulsos sexuales de E. Pero E. es mucho más que mi nostalgia de huérfana. Su mirada está más allá de la explicación. No hay otro rostro tan misterioso como el suyo.

El m. de m. l. —al que odié apenas lo vi— habla tan rápido que no se le comprende lo que dice. Voz ceceosa, excepcionalmente fluida, como si las frases estuvieran desde hace mucho dentro de la saliva y como si tuviera mayor cantidad de saliva que cualquier otra persona. Así como habla rápidamente, así debe comer, orinar, hacer el amor. No obstante tiene un rostro dulce y agradable (aunque no para mí pues sospecho que su sentimiento debe ser recíproco del mío).

Lo que me molesta o exaspera o enerva de él es su absoluta creencia en el mundo físico tal y como nos rodea (creencia que comparten todos los burgueses, sin duda) y su cerrazón a cualquier esbozo de abstracción aun cuando se lo presenten en forma de chiste genial; sospecho que tendría que haberme venido provista de chistes sociales y cuentos graciosos sobre la *high life* en los cuales habría palabras tan reconfortantes como «cojinetes», «rulemanes», «cremalleras», «propiedad horizontal» (¡como si existieran propiedades verticales!), etc., etc. De todos modos me duele bastante no poder comunicarme con los que tienen intereses o desintereses fundamentalmente opuestos a los míos, dolor que intento consolar atribuyendo esta incomunicación a mi oficio de poeta. Y tal vez por eso leo a Artaud, ahora, y a varios más que no «perdieron el lenguaje en lo extraño».

Sentimiento de un frío que se acerca hace mucho. A la mierda todos: niños y mujeres primero, después hombres y perros. Dejar solamente a los *clochards* y a los poetas. Bello sueño de una joven muerta: hacer poemas y después reventar. Las moscas caminan sobre mí y yo no tengo fuerzas para espantarlas, nadie más

espantada que yo, más empantanada, con mis hermosos sentimientos y mi fabulosa sensibilidad. Habrá que matar también a E. Miré sus ojos gran parte de una noche e hice plegarias mentales que debió comprender. No se quedó sin embargo. ¿Y a qué había de quedarse? ¿A qué? ¿Pero es posible, digo yo, que todos te abandonen y que tú no digas una sola palabra? A la mierda los abandonadores. Yo ya no existo. Por eso, cuando esté menos cansada (¿qué hizo de mi cuerpo?) me vengaré en poco tiempo. Muerte, dolor: yo comprendo. Sufrimiento en estado puro: yo comprendo. La mano de hierro al rojo posada en mi pecho, en mis sienes, ruidos de mil uñas arañando paredes dentro de mi cerebro. Chirridos, ripios, gritos agrios repercuten, suenan estridentemente. Que nadie venga, por favor, que lo pulverizo. Que no me toquen que me hago polvo y caigo, caigo, caigo. Horror de mis noches videntes y de mis días ciegos. Toda esta lucha perversa está en mí, en el centro de mí, me clavaron, me remacharon, me acuchillaron con cuchillos mellados y oxidados. Ripio, rabio, ruina, risa, resina, remanente de graznidos, retroceso de rezos triviales. Dientes entrechocándose. Un frío se acerca nacido de mi aliento. Todo lo que no lloré lo llorarán dentro de un momento cuando me destroce y me muerda como una perra rabiosa y me dentelle y me descuartice, porque todos ellos están en mí y cuando yo me asesine mi venganza estará cumplida.

¿Qué venganza? ¿Qué filo nocturno en la orilla de este sinsentido siniestro? Antiguas noches amadas, menos bordes filosos, si me hacen el favor. Menos puntas, menos agujas, menos trituraciones y perforaciones.

Viaje de ayer en el expreso Paris-Nice. 12 horas leyendo y fumando y tomando agua mineral (le di propinas monstruosas al chico que vendía las bebidas porque me daba cuenta que quería burlarse de mi sed con los otros pasajeros). Por las ventanillas pasaban montañas, ríos, animales, casas, regiones que desconozco pero que no quería mirar porque prefería leer y además, el no mirar está asociado, en mi caso, con un oscuro sentimiento del honor, como si no mirar fuera una venganza, un insulto, una manera de devolver los golpes. Y en cierto modo es así.

24 de agosto

Zona inicial de temor y temblor. En cuanto te mueves va contigo tu cuerpo, la terrible y para siempre seguridad de estar de más en el sitio en donde los otros respiran y cumplen con agilidad y ternura sus gustos humanos y sus pacientes creaciones afectivas y materiales. De mí puedo decir que ni duermo ni estoy despierta. Con rabia en la memoria. Con ira e impaciencia por un desenlace menos trágico que mi silencio. Escribo como detrás de una vitrina. La gente me observa, me avergüenza escribir como me avergüenza, en cualquier instante, sentarme en una silla y mirar el cielo. Esta herida no se curará nunca. Por más que lo ruegue. Horror de mi

tragicomedia. Yo sé. Yo veo. Yo tengo frío. Y mi feroz alegría cuando encuentro una imagen que lo expresa. Una metáfora. Una palabra. Siempre que hay lenguaje en vez de silencio estoy alegre y casi diría que me atrevo a mirar el cielo desde un sillón, balanceándome suavemente en mi respiración penosa, que no se atreve, sin embargo, a confiarse a su ritmo.

Alguien está enferma. Alguien se despierta y llora sin acordarse de nada. Para alguien es tarde, es demasiado tarde y no se atreve a enunciar el número de sus imposibilidades. Alguien está herida de muerte y finge una salud perfecta, sólo para que no la hieran más, para que no la hieran de nuevo, de improviso, y se asiste sola, y no sabe asistirse, y tú que no quisiste reconocerme en la noche cuando como amenazada por un aire sin piedad dije exactamente lo que había en mí, que eras tú y sólo yo, ahora, sola, he dicho palabras que me vuelven a la antigua muerte, al viejo terror de haber hablado para nada con nadie, lo cual merece castigos inauditos, de acuerdo a lo que sabemos por una larga repetición de experiencias.

Pero te irás. No de aquí, sino también de allí. Cuando digo que no tengo un espacio en donde estarme apenas digo de una manera torpe la exacta verdad. Yo siempre digo la verdad. Y si digo: es tarde para mí, ya es tarde para aprender a hablar con los otros y ya es tarde para buscar un miserable rincón donde protegerme de los golpes no hago más que mirar mi vida con la exactitud que se merece. Y cuando vislumbro lo que será mi vida, después, mucho después aún, no hay horror que no me asalte, no porque tenga miedo de posibles derrotas y vencimientos sino porque yo sé ver y vislumbrar y presentir. De manera que debieras estar muy contenta porque lo de ahora no importa sino como referencia a lo que será después.

Sábado, 25 de agosto

Por un instante, en la playa, se me presentó la vieja imagen de la adolescente que quise ser: una muchacha de rostro fino y noble, bella tal vez pero de una manera sobria, que lleva por la playa soleada su cuerpo menudo y armonioso, un poco ambiguo sexualmente, pero no demasiado y en todo caso sería una ambigüedad provocada por lo juvenil de ese cuerpo y no por un conflicto sexual. Entonces respiré dichosa —un minuto—: me vi limpia, tranquila, sin preocupaciones poéticas ni económicas, sin este sentir trágico y humorístico que me hace ser, ante los otros, un personaje genial o un horror erguido en dos piernas nada fácil de aguantar. Creo que mi aspecto físico es una de las razones por las que escribo: tal vez me creo fea y por ello mismo eximida del exiguo rol que toda muchacha soltera debe jugar antes de alcanzar un lugar en el mundo, un marido, una casa, hijos. Pero a veces, mirándome bien, veo lúcidamente que no soy nada fea y que mi cuerpo, aunque no intachable, es muy bello. Pero yo amo tanto la belleza que cualquier aproximación a ella, en tanto no sea su consumación perfecta, me enerva. Y que mi rostro sea interesante no me

consuela. Además me molesta mi carencia de edad visible: a veces me dan catorce años y a veces diez años más que la edad que tengo, lo que me angustia mucho no por miedo a la vejez ni a la muerte (las llamo a gritos) sino porque sé que necesito de un cuerpo adolescente para que mi mentalidad infantil no sienta la penosa impresión de ser una niña perdida dentro de un cuerpo maduro y ya afligido por el tiempo. Por eso mi perpetuo régimen alimenticio y mi forzada resistencia al alcohol —sé perfectamente que si no me suicido pronto, me daré a la bebida.

Pero debiera, por una vez, ser más accesible y, digamos, «normal»: estoy en Saint-Tropez, es decir a 3 km de Saint-Tropez. En vez de quedarme encerrada en la pieza debiera ir a visitar el pueblo, conocer las viejas callecitas, mirar la gente. En mí, volver de un sitio sin haberlo visto es un motivo de orgullo. Decir «no» en vez de «sí» me emociona. Hoy, conversando (sin mucha facilidad) con X me dijo a propósito de alguien: «Tiene algo que admiro profundamente: un interés por todas las cosas, un vivir a fondo todo lo que le sucede». Sentí angustia en ese instante: Soy todo lo contrario. Y ahora que lo escribo mi angustia aumenta porque siento que soy nada, que nada hice, que nada haré y que la literatura es la pobre excusa que doy y que me doy para poder quedarme encerrada en una pieza llena de libros y papeles, en un desorden muy intelectual.

No obstante, cuando leo y escribo con ganas, mi vida no me parece pobre. Todo lo contrario. Lo que me hace sentir pobre e idiota es compartir el ritmo de la llamada «gente normal», como ahora, por ejemplo, en que los otros nadan, navegan, toman sol, hablan de cosas intrascendentes, comen y beben con gusto… Otra cosa que me dolió fue encontrarme ayer con Marguerite Duras, feliz con sus cuatro baños diarios en el mar, hablándome de sus amigos, de su hijo, de su perro, de comida, de autos *sport*, y todo comentado sin angustia, sin frases definitivas, sin literatura, como lo hace alguien que pertenece a este mundo y participa plenamente de él. Y yo siempre tan lejana, tan al borde del abismo, sintiendo un dolor agudo cuando me baño en el mar, sufriendo bajo los rayos del sol, queriendo morir de tristeza cuando juego con los niños de X., sintiendo con todas mis fuerzas que no puedo vivir, que estoy tensa y deshecha, un despojo humano, una depresiva ni siquiera maníaca pero inapta para todo.

Vida frágil, absurda, cómica, triste. Hagas lo que hagas, aunque escribas la *Divina Comedia*, seguirás siendo alguien muy ridícula, muy melancólica, pintoresca y graciosa durante unos minutos, fatigante y atrozmente aburrida en la convivencia diaria.

Cuaderno de septiembre a noviembre de 1962

Septiembre

CERVANTES

Cap. XXV: D. Q. en la Sierra Morena.

¿Cómo es que Sancho no conoce a Dulcinea siendo del mismo pueblo y habla de ella como si existiera?

Ambigüedad de Sancho. ¿Cree en D. Q.? ¿Cree en la caballería?

Releer cap. XX, hasta ahora el mejor.

15 de septiembre, sábado

Esta vez es cierto: la salud está en la literatura. Es cierto pero también, es abstracto.

Soñé que tenía los cabellos largos hasta la cintura y que montaba un caballo marrón brillante. En la mitad de mi paseo me detengo y le digo a alguien: «Tengo muchas ganas de pasear en un caballo color marrón». «Pero si ya estás sobre él», me responde. Compruebo la exactitud de lo que me dice y le encuentro tanta gracia a mi deseo realizado que me río y prometo escribirlo. No sólo lo encuentro gracioso sino genial.

16 de septiembre

Temes escribir, respirar, fumar, toser. La presencia de su rostro en ti es una valla, un muro. Su rostro se acerca, el muro te encierra cada vez más. No te atreves a fabular una manera de irte, una escala por la que huirle. Menos te atreves a encararte con él, a respirar sabiendo que sube y baja por tu ritmo respiratorio. Cuando eras una adolescente furiosa y contraída pensabas que lo que te impedía pensar era tu falta de inteligencia. Ahora sabes que no es verdad. Entonces te presionaba su ausencia. Ahora su presencia. No porque esté en realidad a tu lado sino porque el amor te ordena que temas; que amanezcas con temor y temblor porque tan sola; que vigiles su rostro a lo largo de tus duros días con sus noches en las que sólo hay deseo de su persona amada.

Te quedas en este círculo pequeño. No te mueves, como si llevaras un objeto maravillosamente frágil que el menor movimiento trizará. Está en ti: cuando no está

te enloqueces, lo buscas; siempre lo encuentras.

El milagro secreto. La repetición imaginaria para mantener alejado el hecho real, el acto verdadero, que llegará fatalmente.

Lunes, 17 de septiembre

Se olvidaron. Te dijeron que vendrían por ti.

Nada urge en una casa deshabitada. Puede ser que seas poeta. ¿Pero importa tener los ojos verdes? Asco de las palabras.

En el círculo triste que hace la luz enferma a las cinco de la mañana de un día que nace lluvioso. Arrojada de un mal sueño gritaste su nombre.

Martes, 18 de septiembre

Que no estamos en el mundo es más que una verdad. Que no queremos estarlo, que no lo queremos por una cuestión de náuseas. He soñado que iba a donde me esperaban, que me esperaban en donde no estoy. Ubicuidad de una sombra: está a la vez en todos los lugares que no frecuento. Te muerden, te arrancan, te devoran, ves tus fragmentos, tus desechos, tus sobras. Alma querida, tus ojos me dan ganas de arrancarme los míos y que los coman los perros, tus ojos me obligan a persistir en este mundo del que estoy ausente. Una sola señal tuya y me esfumaré, me iré al lugar de las desapariciones, de donde nunca debí salir.

Palafreneros bellos: los imagino, los invento en mi deseo funesto. Y que se acuerden de mí, que miren a esta desnuda, que la sueñen y [*ilegible*], que el deseo los invite a seguirme, a buscar mi cuerpo inanimado, que me deseen como estatua, como muchacha de porcelana que a veces canta cuando la lluvia espeluznante adquiere colores de pájaros selváticos. Si la muerte es silencio es a su conquista que me dirijo. A tientas, temblorosa en mi desnudez, envuelta en la noche. Apenas grito: sólo tu nombre cuando tengo miedo, tu nombre que es una llave mágica que me cierra todas las puertas. Necesito de toda mi inocencia, de toda mi maldad para sobrellevar mi desnudez ardiente. Solamente pensar en tus labios, en tus manos, posadas en mi cuerpo que no quiere ser secreto para ellas, que les ofrece sus últimas guaridas, sus más lejanas resistencias. Ahora es la hora de andar a solas, en amistad con mi delirio. Esto no es una feria ni la desnuda se mostrará entre globos de colores adivinando fechas y uniones posibles. No es un cuento de hadas. Hay demasiadas sombras siniestras y demasiada angustia sorda y acelerada y demasiada cólera y sosas que dentellan y centellan con ira y risas y rezos terribles. En verdad es sólo un

ofrecimiento, un abrirse la herida, un llamear en la noche sedienta. Y ni siquiera eso: tal vez sólo un llorar, un acariciarse la mano derecha con la mano izquierda.

19 de septiembre

Silencio hecho de huellas de pájaros azules, isla suspendida en el aire a la que llego izada por tus ojos, cofre de carbones inextinguibles entre los que hay una niña de seda debajo de una pequeña sombrilla japonesa. Silencio donde siempre llueve de muchos colores: aun junto al fuego y leyendo me caen gotas amarillas o rosadas o negras. Silencio bello como mis manos que no acaricias, mis manos que siempre dejan partir barcos de papel plateado, de nombres maravillosamente obscenos, de un perfume a lluvia y a mirada de loca gritando en un balcón muy alto. Silencio, el mío, el triste, el abierto, el desinteresado, el lujurioso, el magnífico, el que arrastra fotografías amarillas de relojes de arena, ídolos para rezar que nadie venga en la noche de las grandes esperas, palabras mutiladas que muestran su sangre caliente. Mi silencio, mi delirio, mi nombrarte —en cuanto te nombro las paredes hacen el amor y yo, entre ellas, respirando apenas, mirando sin embargo el espejo que te aguarda para ennegrecerse, porque cuando vengas no necesitaré más que tus manos ciegas que me reconocerán en la noche, aunque yo esté en una absurda manifestación de millones de cuerpos y tú en otra enemiga, tus manos se iluminarán como linternas y mi cuerpo será fosforescente y nuestras iluminaciones se acercarán como dos barcos en un océano inenarrable.

20 de septiembre

La libertad como un agua ni siquiera soñada cuando bordeo un jardín público y miro los árboles a través de las rejas que comienzan a temblar en mis pupilas hasta que me pregunto quiénes están rodeados de rejas: el jardín o mis ojos. Reflexionar sobre la poesía es prudente, tranquiliza; anotar cuestiones poéticas, hacer aforismos que indiquen cómo ha de escribir el poeta o qué es la poesía. Sí: sentada junto al escritorio, tomando café. Pero intentar hacer el amor contigo dentro de un poema, pero arrancarme palabras tibias en donde estarme yo y mi deseo de ti, pero buscarte entre frases peligrosas, de manera de encontrarte con tus brazos que me esperan y furiosa, obstinada, como alguien que encuentra un sostén en el preciso instante de su caída, precipitarme a tus ojos abiertos, tu sonrisa que debieran celebrar más que sustento hecho de tu mirada, mi alimento incierto, mi única invocación. En un principio fue el amor violento.

Nerval-*Aurélia*. Cuenta su «enfermedad» que tuvo dos fases.

1) amor por Aurélia. Amor imposible *culpable de una falta*. Conocimiento de otra mujer en Italia. Busca enamorarse de ella pero no puede. Nace una fuerte amistad entre los dos. Las dos se conocen. Aurélia lo perdona a instancias de la otra. G. vuelve a París.

22 de septiembre, sábado

Algunas veces empiezan a decir: «Te hemos dado los elementos indispensables para una pura comprensión; no los quisiste; has preferido quemarte en un fuego extraño». Si esto es el amor yo pregunto qué es el amor. Ausencia definitiva: como si la lluvia hubiera hablado y dicho: «Mierda».

Me miré los ojos en el espejo y tuve deseos de arrancármelos con una aguja. No he comido ni bebido, estuve hasta el crepúsculo en mi cama desordenada, fumando y queriendo llorar. Te esperé. Ojalá me muera muy pronto, porque no hay fuerzas si tú no me sostienes y no hay fuerzas para vivir sabiendo que no vendrás nunca más. Absurdo hablarte desde el poema. Habría que levantarse, ir a tu casa, obligarte a oír mis delirios. No lo haré. Nadie oye mi silencio. Nadie ve lo que vive detrás de mi mirada. Por eso no comprendo mis sacrificios solitarios, mi adoración muda. Como si yo fuera de otro siglo, como si me hubiesen encerrado en la torre más alta del castillo. Pero los trovadores no se encerraban, ellos [*tachado*] y allí cantar o contar [*tachado*].

Pero no iré. Que tu rostro aparezca detrás de la puerta que abriré temblando. De cualquier forma no te volverás loca: por desgracia no sucederá. Algunos sedantes y la disminución diaria de café y cigarrillos te volverán el sentido común, es decir, te descenderán, te incendiarán la alfombra mágica, el caballo de madera. Por eso no irás. Para alimentar una llama, tal vez la última que se alumbra en ti porque tal vez después, si no amás más de esta manera delirante, entrarás definitivamente en un orden sensato, en una sensación de realidad, en un mundo de cosas mudas que sólo *sirven* y de gente amiga o enemiga que tratarás con familiaridad y llaneza pues estarás en su misma situación de lucha o de espera pero paliadas, suavizadas por tu nueva visión del universo que no será trágica ni absurda sino objetiva, simple, cálida, participante de lo bueno y de lo malo en general… Exageras. La verdad es que morirás muy pronto.

Aurélia de Nerval: especie de glosa del soneto *Artémis*. Parentesco profundo con el romanticismo alemán: Jean-Paul, que Nerval conocía y tradujo. Extrañeza ante el conocimiento *hermético* de N. En verdad, a pesar de ser un bellísimo poema, *Aurélia* es más el fruto de las lecturas de N. que de su locura. Lenguaje conmovedoramente terso. ¿Cómo es posible que estando loco se haya expresado mediante un estilo sereno, dulcísimo? Me pregunto qué sucedería si todos los locos recibieran una cultura clásica. En el laberinto que es Aurélia, apenas pude comprender cuál es la

falta de la que N. se acusa: ¿no haber comprendido los signos del mundo externo? ¿Haberse alejado de la religión cristiana en su forma más simple? ¿En qué ofendió a Aurélia? ¿Por qué? Lo que cuenta es la historia de una redención por el sufrimiento y por una aplicación extraordinaria a captar los signos internos y externos que se le manifestaban. Su «descenso a los infiernos» es eso: un doloroso trabajo de interpretación, análisis y síntesis. ¿Por qué lo escribió Nerval? ¿Sus descubrimientos fueron anteriores o simultáneos a su trabajo escrito? Pero sin duda lo hizo porque era un verdadero poeta. (He terminado este libro con la sensación de no haber «querido» comprenderlo.)

Cervantes. Los elogios que se envía a sí mismo. Apenas «se oye» un poema o un cuento, los protagonistas quedan suspensos y maravillados por su «hermosura». El lenguaje me molesta bastante por su monotonía. Habría que leer *El Quijote* en una traducción para no considerar en él sino lo que vale: su invención, la psicología de los personajes, el humor… No sé por qué don Quijote me infunde respeto. Y ello me extraña en la medida en que yo no respeto a nadie. Su manera de tratar a Sancho es deliciosa. ¿Piensa alguna vez en él? Sin duda. D. Q. es sumamente paternal y seguro de sí cuando Cervantes no lo coloca en situaciones humillantes. ¿Qué habría sentido Cervantes hacia su personaje? No sé, pero cada vez que lo vuelve grotesco o tonto es como si hiciera concesiones por causas extraliterarias.

Antología amorosa de la poesía española.
Antología de A. Breton.
¿Águila o sol? – Octavio Paz.
Don Quijote.
Relecturas: Neruda. Vallejo. Rimbaud.

¿Águila o sol? – Influencia surrealista en las imágenes y en el rechazo de la sociedad o del mundo tal cual nos es dado. También en la nostalgia del *sueño en acción*, en la reconciliación de los contrarios habituales. Lo que *no es surrealista* es la ausencia de un delirio íntimo, quiero decir, los poemas están construidos, son lenguaje —bellísimo—, es preciso, exacto (y solar y ardiente como a veces el de Camus —otro que debes releer).

En cuanto a ti, un descenso a los infiernos del silencio y del abandono que en vez de ser pruebas son tu único destino. Previamente no hubo nada. O sí: intentos de hacerse a sí misma mediante un único instrumento: el amor. Ahora el instrumento se volvió el arma que te niega, el que te anonada. A causa del amor eres la habitante del no-amor. Pero tú amas. Amas entre pieles sarnosas, restos de uñas, dolores físicos fantasmas que vuelan por tus huesos, entre mendrugos de palabras, entre pelos, sonidos guturales, mierda hecha polvo. Que venga Malte Brigge y que celebre tu estatua doliente, rodeada de relojes y de palabras repulsivas. (Produce náuseas recordarlas:

patria, familia, fecundidad, construcción, plenitud, felicidad.) Pero no. Que no venga. Nadie puede venir aquí aun cuando venga y me hable. Si no viene quien yo quiero no viene nadie. Si no me ama quien yo sé todos me son hostiles. Y se piensa, se medita, se masculla. No viene, no vino, no vendrá. Por eso: negarse a todas las visiones, a todos los encantamientos. (Yo no soy don Quijote: a lo sumo quiero ser correspondida en cuerpo y alma.) Lenguaje maldito: por qué no despierta su deseo, por qué no le obliga a correr en la noche en mi busca, correr hasta llegar a esta casa, a este lecho, a este cuerpo. Por qué no corroe la mierda de las convenciones inmundas que nos esperan. Por qué no le da un alma ciega y heroica.

23 de septiembre, domingo

Derrière le miroir, Bergman

Con elementos simples, con pocas palabras, con invención escasa, decir lo que se quiere: unas escenas de locura, de impotencia, bellas y viejas.

Primera y única cuestión. ¿A qué o a quién aferrarse para no caer en la locura? Una sola respuesta: el amor.

24 de septiembre

Si me preguntan qué perdí mi respuesta serán mis brazos en ademán de decir: *todo*. Si me preguntan qué encontré, el gesto será idéntico. Pero si te preguntan por qué respondes así o qué quieres decir con ese gesto te echarás a llorar y maldecirás el lenguaje.

Las apariencias del espacio y del tiempo son pobres palabras que repito en estado de trance: los relojes, mi habitación, la claridad triste, lo oscuro y su cortejo de sustituciones queridas. De allí no desciendo: las cosas me horrorizan, los actos me son fatales, amo hacer el amor en la oscuridad, ámbito de transmutaciones, donde tu rostro es todos los rostros y tu cuerpo es el cuerpo en general, demencialmente puro. Componer una historia, fabular una conversación: motivos de náuseas para quien como yo siente la vida de una única manera trágica. Ésta es mi enfermedad. Enfermedad de lejanía, de separación. Los artículos determinados, jamás los indeterminados. El alcohol y nunca un vaso de vino. El amor pero no tu rostro maravilloso acercándose como [*tachado*]. El sexo, noche. Por eso no creo en los espejos y no conozco mi cara. Aun muerta me hundirán en la Gran Nada y no en la humilde ausencia de Alejandra, que quiso ser poeta y se perdió por exceso de lenguaje abstracto.

25 de septiembre

Me gusta hacerme la víctima, dije.

(Haz un dibujo, haz un poema, que diga rápidamente, con urgencia, que no te quiere, que más aún: le eres indiferente, que tal vez te desprecia o ni siquiera eso; que lo molestas.)

Qu'est-ce que signifie une tache bleue?

Silvina Ocampo – *Las invitadas*
Ha escrito *Viaje olvidado* – 1937
Autobiografía de Irene – 1948
La furia – 1959

Desde este último se aplica a un tipo de narración que recuerda el origen oral del cuento. Síntesis, suspenso. 44 historias. Verosimilitud de los acontecimientos mágicos. Elimina el asombro y la angustia. Marco argentino.

Elemental sencillez. *Transmutación imaginaria de la realidad*.

O. P. en su presentación de la literatura japonesa (corroborada por Pasternak sobre Maiakovski).

Exponer *Los amantes* como ejemplo. Un simple acto doméstico perseguido para ser detallado con tanta exactitud que se vuelve, casi, una visión alucinatoria, dotada de un gran poder plástico.

Lo notable es la serenidad con que la autora desarrolla sus cuentos. Despojo estilístico. Personajes insignificantes, que en la «vida real» pasan desapercibidos. Da validez a las fantasías más extrañas. *Misterio. Fascinación*. Curiosa exposición de la crueldad y de la maldad.

26 de septiembre, miércoles

Los años pasan y aún no sabes escribir. No sólo torpezas gramaticales sino imposibilidad de construir frases plenas, que tengan sentido. Ello se debe al mismo desequilibrio (o carencia de ritmo) que no me deja hablar correctamente. Antes de hablar es necesario —desgraciadamente— pensar. Y un pensamiento agujereado no puede expresarse con armonía (qué digo armonía: ni siquiera con corrección, ni siquiera pasablemente). De allí tu estilo —después de todo lo es— fragmentario e impreciso. Si no hay objetos claramente percibidos, ¿qué objetos quieres describir con claridad? Di mejor que sólo puedes escribir sobre lo que no tienes, y ello jamás se presenta de una manera neta y precisa. Una ausencia no es un piano. Un amor imposible no es un idilio campestre. Unas ganas humillantes de reducir todo a cenizas

no es un «mensaje social» que se pueda enunciar con cierta facilidad. Mi fantasía está detenida en una sola imagen, siempre la misma. Todo lo demás no me concierne. No sólo no estamos en el mundo sino que tampoco estamos en el no-mundo. Pero si tuviera un amable recuerdo infantil sobre el cual despeñarme… Nada. Apenas me recuerdo suenan ataduras y mordazas. La imagen de siempre. Barco fantasma con una única pasajera desolada. ¿Soltar amarras? Lo haría… si el barco existiese, si tuviera amarras.

27 de septiembre

Terminé *Águila o sol*.

Antología – Chéjov – Cervantes – Breton.

Revisé viejas páginas que me habían parecido muy bellas cuando las escribí. Estoy deslumbrada: hoy descubrí que no sé escribir, que no tengo la más mínima noción del idioma español, que no son temas lo que me falta sino *técnica*. Hablo de moverse libremente dentro del lenguaje. Pero si corrigiera reiteradamente las páginas que releí tal vez se vuelvan tersas, hermosas. Odio corregir. Quisiera dar en el momento con la expresión adecuada. Y además, me molesta mi ignorancia. No sé cómo unir frases. Empleo «Y» «Pero», «mas» *et c'est tout*. Ahora bien, lo más difícil es escribir con una lengua hermosa y, al mismo tiempo, ser fiel a la propia voz. Quiero decir: cuando Borges escribe él está «enfrente», y casi siempre le sucede lo mismo a Octavio. Pero tal vez no. Tal vez me confundo al creer que todos oyen voces delirantes y obsesivas.

Lo malo es que escribo poemas. Debiera trabajar en una sola prosa larga: cuento o novela o poema en prosa. Un libro como una casa donde entrar a calentarme, a protegerme. Tal vez me hace daño escribir este diario pues me proporciona la fantasía de una falsa facilidad literaria. Preferiría estar cinco horas junto al escritorio y escribir solamente dos líneas que estar dos horas y escribir cinco páginas que luego deberé reducir a dos líneas. Lo que me molesta es la escoria.

29 de septiembre, sábado

Corregí unas prosas. Releí mi diario 1961-62. No está mal pero tampoco hay razón alguna para publicarlo. Carta a Roberto: mañana por la mañana. Hacer doble copia y enviar a Lambert.

30 de septiembre, domingo

Lope: *Romance a Belisa* —166— tema del suicidio identificado como asesinato del amante.

1 de octubre, lunes

¿Qué escribir? ¿Para qué? ¿Para quién? ¿De qué manera? ¿Cuándo? ¿Cómo? ¿Por qué?

Departamento de St. Michel. Cuchillos oxidados. La cocina. El olor a flores muertas. El miedo helado, miedo con olor a cosas muertas. Ruidos de uñas en las paredes, agujas en los pestillos, botellas con telarañas y la escalera del estudio de la place Clichy. Los siete pisos que subía llena de terror. El incendio. La cortina negra.

El miedo a medianoche de abandonar los bulevares y hundirse en las sombrías callecitas. Miedo físico, indeterminado, ambiguo, imposible de explicar. Y el paseo por Les Halles con A. P. de M. Mi mirada a las putas. Ganas de pedir perdón y también lascivia siniestra, sensación polvorienta.

Viernes, 12 de octubre

Cervantes. Último cap. de la 1.ª parte. La mujer de Sancho. Magnífico golpe de humor.

La única desgracia es haber nacido con este «defecto»: mirarse mirar, mirarse mirando. Aun de muy niña lo sabía. Aun cuando no sabía que los espejos existen y tienen una enorme importancia, sentía, aun entonces, que una personita miedosa me espiaba, aun cuando jugaba, cuando dormía. Ésta es la primera canción que aprendí: [*párrafo inconcluso; el resto de la página en blanco*]

Sábado, 13 de octubre

Importa encontrar una nueva esperanza, una manera inédita de esperar. Importa divinizar un mundo sin divinidad; encontrar mitos en un mundo vacío. El rechazo rotundo, el *no* absoluto, es semejante por su comodidad a la creencia en el cristianismo. Si Dios no existe —cosa que me es indiferente— yo sí existo. Además yo no rechazo el mundo, sólo me horrorizan ciertos «detalles». Lejos del suicidio de Kirilov que tiene en cuenta sobre todo a Dios, *mi* suicidio se remite a los «detalles», *changer la vie*. Creo haber tenido siempre una fuerte conciencia de lo Ausente. Ahora bien: es preciso descubrir la Presencia (en singular o plural).

La vida es sueño – Calderón.

Antecedentes: Sófocles: *Edipo rey* y *Edipo en Colona*.

Segismundo: el delito más grande es haber nacido. Su primer monólogo: exigencia de una libertad mayor para el hombre, libertad que Dios concedió a los animales y a la naturaleza.

Rosaura vestida de hombre. Segismundo le declara su amor… aunque ve que es un hombre.

En los pasajes «realistas», desarrollo de una sola metáfora.

Verso perfecto:

Antes que la luz hermosa
le diese el sepulcro vivo

Basilio: identificación absoluta entre la vida y el sueño.

Todo me resulta difícil. Aun volverme loca. Quizá pasa con la locura como con el suicidio: una vez que se tuvo miedo…

Pero anoche. Anoche estaba la imagen de Emilia muerta. Y su hermano le cubría la boca con la mano para que no la viesen sonreír los que se acercaban al féretro. Pero cuando yo fui, cuando vi su mano blanca, sudorosa, que temblaba sobre el rostro de cera de Emilia, él apartó la mano y yo vi los labios negros y los dientes como de una materia amenazadora. Y después supe que el hermano enloqueció. Y una vez lo vi en una esquina mostrando su sexo a las niñas que salían del liceo. Cuando me vio dejó de sonreír y se dirigió a mi encuentro. Corrí, él me seguía con su mano cubriéndose la boca. Yo tenía trece años.

Calderón: *La vi[da] es s[ueño]*: el «hado», en esta obra, es la predicción astrológica de Basilio, quien es, a su vez, un astrólogo histérico… y un intelectual burgués. Y un gran cobarde.

Clarín: el único personaje «viviente» de la comedia. Tal vez es por eso que de entrada se conquista a Segismundo. Y Calderón parece saberlo.

Visión de una mañana circular con un solo pájaro (un colibrí). Era en un jardín y yo miraba el cielo a través de plantas enormes y demasiado limpias, densas, pesadas. Yo era muy niñita y quise tener ese pájaro increíble que me parecía de terciopelo.

Hablo de morir. Si no puedo suicidarme, si no me animo a complacerme, a entrar en donde quiero… La solución, esta vez, es clara, definitiva. No quiero vivir. No espero nada. Quiero no existir. Es simple. No hay explicación que dar. Quiero morir. Ni siquiera lo quiero apasionadamente. Lo digo como si pidiera agua. Quiero dejar de ser yo, quiero abandonar mi cuerpo y mi sufrimiento. No es demasiado pronto.

Domingo, 14 de octubre

La literatura española clásica me produce «vergüenza» de la literatura, de amarla, de vivir —de alguna manera tengo que llamar a mi ser sentado que lee— para la literatura o por la literatura. Esto pienso leyendo a Calderón. Sin duda alguna, he encontrado versos muy hermosos, pero el conjunto me provocó una especie de náusea. No se trata de decirme que es una obra del s. XVII. Cuando leo a Louise Labbé no me importan el artificio ni las convenciones. Pero parece que los españoles jamás pensaron que puede haber un drama del lenguaje. Ni siquiera Cervantes, a quien tanto amo…

Hölderlin – *La mort d'Empédocle 1798-1799* N. R. F., 1929.

1er acto: Panthéa lo presenta como a un ser divino:

Pour lui le monde fait silence. Être lui, c'est la vie elle-même; et nous autres n'en sommes que le rêve.

Panthéa quiere *ser* Empédocle. Rhea quiere *ser* Panthéa.

El «pecado» de E.: haberse creído Dios.

… et sans détour
Mon cœur…, se donnait à la terre grave,
A elle qui soufre; et souvent dans la nuit sacrée
Je lui fis le vœu d'aimer sans crainte jusqu'en la mort,
Fidèlement, celle qui porte la plénitude du destin,
Et de ne mépriser nulle de ses énigmes.

¿Quién no está?

Alguien se separó. Alguien no gusta de este viaje. Alguien sabe, al fin, que el silencio es tentación y promesa. Gesto para un objeto. El amor no te da vida. El odio te asfixia. Se creó como una planta, como una bestia. ¿Las rejas en mis ojos o las rejas frente a mis ojos? Ahora comprendo: es un espacio de necesidades que no se colman. Si no hay alimentos qué hace la planta, qué el animal. Se abren y buscan. Pero si no hay, si sólo hay polvo y ceguera, entonces dejarse morir dulcemente, sin haber comprendido de dónde provino esa cólera, esa coalición misteriosa que niega y reniega. Tú no amas. Amas en vano, vanamente. Vanidad de enamorada que se vendió a la ausencia. Este amor te devora, tú misma ya no existes. ¿Para qué mis ojos que no supieron ver los suyos? Nada deseo saber. No quiero explicar, analizar, interpretar. Nada más claro que un «No». Y te lo dijeron. Una sílaba te condenó para siempre. ¿Vivir igual? No, gracias. No quiero servirme de mi aire de rechazada para fabricar poemas que no dirán nunca lo que quiero. Además, yo no quiero decir nada. Y aunque lo quisiera no sabría. Estoy cansada de mis aproximaciones, de mis tanteos. El abismo está. Es seguro. Te espera. Ya estás en él. Gesto para un objeto. Todo lo que hago podría hacerse de otra manera. Por eso mi silencio, mi estatua que no

parpadea. Lo he dicho de todas las maneras, he comunicado mi amor con gestos triviales y sagrados. Apenas llego bajan la cortina. Puedes golpear, tal vez te abran, pero ¿con qué rostro entrarás si tuviste que rogar y hacer escándalo? Tú que amas el amor que se funda en la primera mirada, tú que amas el lenguaje de los ojos diciéndose de un encuentro hermoso, tácito.

Inútil explicar por qué desprecio este amor. Lo he recibido, me lo han dado, me lo confiaron. Su rostro está en mis ojos, figura maravillosa que aprisiono. Está en mi sexo. Está en las noticias de mí que me doy entre tanta confusión y desgarramiento. Yo amo en contra de mi deseo. Yo deseo en contra de lo que quiero. ¿Elevar pedidos al no-amor? ¿Justificar con mis sufrimientos pasados que velan en mí cada noche? Decir: No sobrellevaré más amor, estoy enferma, estoy lejos. ¿A quién decírselo?

15 de octubre, lunes

Un ensayo sobre Pedro Salinas me reconcilia con el idioma español. Ayer, después de haber leído *La vida es sueño* sentí un dolor increíble al pensar que *ésa es mi lengua*. Mi actitud será infantil. Lo es, sin duda. Pero mi sufrimiento era real y casi decido «olvidarme» del español y comenzar a escribir en francés. Me acerqué al libro de Calderón llena de fervor y hasta tenía el oscuro plan de leerme todo el teatro del Siglo de Oro. Pero si la obra más famosa es tan fatigosamente enervante, ¿cómo serán las demás? No es culpa de Calderón, ya lo sé, pero el tema del *honor* me friega, me refriega, como diría Augusto. Por eso mi contento, ahora, que leo un poco a Salinas, que me desintoxica de tanta falsedad.

La mort d’Empédocle: (II)
Dans mon silence tu venais d’un pas léger
…
Mon cœur…, se donnait à la Terre grave,
A la terre plein de destin ¡ah! lui demeurer fidèle,
Je l’ai promis, et dans une joie de jeune homme,
De lui dédier ma vie jusqu’à la fin.

Je liai avec elle le solennel lien de mort:
… les mortels n’ont-ils donc nulle part
Rien qui leur appartienne?

Tu ne me connais, ni toi, ni la mort, ni la vie.

Y este amor que se ha inventado precedentemente para tener una referencia a la vida y al mismo tiempo para justificar su exclusión de la vida. Estas muletas que te da el amor que te levanta y te hace andar —si bien penosamente— para que no caigas a

la locura ni en el suicidio. Y más aún: te da materia de canto, materia de llanto. En suma: te da la ilusión de que participas del mundo, tú que estás excluida desde que te conoces. Por eso sufres, gimes, pides, como si estuvieras enamorada a la manera de los demás y hasta cuentas en el café con ademanes de misterio y tristeza ciertos detalles de la historia inenarrable de un amor imposible. Y no es así. Es una invención. Pero tal vez te lo dices para vengarte de que no te lo retribuyan. Si le dices «ya no te amo» creerás decirle algo absoluto, algo infinitamente doloroso. Lo cual no puede ser cierto. Y lo cual prueba que estás enamorada y que tus dudas son mezquinas y contrarias a la pureza de este amor.

18 de octubre, jueves

¿Cómo animar el dolor, cómo transmitirlo de una manera viva? Aunque vigile cada palabra hay muchas que se me escapan y se van y forman imágenes que son traiciones mortales contra quien las creó.

Debajo de mí, oprimida, rechazada, hay una que sabe perfectamente que todo esto no tiene ninguna importancia. Dejar de existir: lo que hago y lo que hice ha sido para entretenerme mientras espero que la espera se acabe. La verdad no llega por una revelación fulgurante, como tú lo creías. La verdad es este *poco a poco*, esto que se extingue despacio: tu niñez, tu juventud, tus deseos, tu espera… Todo es lo mismo y es otra cosa. Aceptarlo cada vez con menos dolor porque no importa, no importa. Pero sigues siendo trágica y quisieras —una sola vez— cometer un acto puro, realizar el absoluto que te prometiste. Vida vacía, «c’est à vous que mon trésor a été confié». Al menos sabes que no sabes a qué atenerte salvo a este deseo de cesar de vivir. Ni siquiera ganas de suicidarse sino de dormir y nunca más despertar. Lo que implica tu creencia mágica, aún, en un mundo de milagros, como cuando niña yendo por las calles segura de ser perseguida por una mirada protectora y divina. Y a veces le dabas la oportunidad: te detenías y esperabas. «Va a suceder, sucederá, está por suceder», te decías con los ojos cerrados. Pero no vino el depositario de tu mala fe, pues ya entonces querías ser salvada por otro. Y aún ahora. Llueve y sé que no vendrá nunca más y amo espantosamente.

Cervantes. 2.ª parte – 1.er cap. D. Q. busca el heroísmo por sobre todas las cosas. Una especie de heroísmo trágico hecho de un deseo de ayudar, proteger y amparar a los otros, con los que no puede comunicarse de otra manera.

Cervantes – *Hölderlin* – Flaubert – *Antología – Quevedo – R. Char*.

19 de octubre, viernes

Me habían prometido: Te pasaremos a buscar. La niebla, los fermentos y ácidos de una ciudad en descomposición. ¿Quién se anima a abrazar la tierra? ¿Qué virgen loca jurará amarla?

Cuando se distiendan los dedos en mi garganta, cuando yo respire, cuando yo hable según dicte y ordene mi amor o mi odio. Tanta máscara, para qué, para quién. ¿Y todo, en esta vida, habrá sido para divertir al espejo? Hablo de uniones, de puentes, de nupcias. Hablo de decir con una voz que no nace porque no la dejan. Hablo de un contacto amoroso, de manos que existen para estrechar otras, de labios que cumplen con su función, hablo del amor, qué diablos, del amor que me sucede a mí, ahora, en este preciso instante.

20 de octubre, sábado

¿Qué alimentos para el alma? ¿Cuáles para el cuerpo? Una palabra solitaria basta para matarme. O un espejo.

Los sueños, sí, pero a qué hora. No a toda hora como en tu caso. Un jardín donde no se respira, una distancia enloquecida, un correr para sólo no llegar. Y el «querido cuerpo» con su sexo adorable, ¿por qué no se evade de mí el tenebroso? Hago el amor y deseo recuperar mi rostro poético. Hago poemas y no los termino porque los deseos más obviamente físicos me acometen. Y habrá un tiempo para amar y otro para encontrar las distancias olvidadas. Sí. Alguna vez. Cuando los rostros de los demás no me den la exacta medida de la soledad.

Las alusiones perdidas.

> Comme si je brisais à coup de pied, sauvagement, la harpe qui murmurerait mon nom dans le vent de la nuit.
>
> KLEIST, p. 55

La sombra en la poesía de Pedro Salinas (Santander, 1962).

He aquí un breve ensayo que más bien es un comentario amoroso. El autor admira profundamente a Salinas y en ningún momento desmiente esta admiración. Murciano tiene una fuerte conciencia del peligro que entraña la explicación de la poesía. «Peligro» porque las más de las veces desemboca en ignorancia pedantesca. Y tanto es así, que uno de los capítulos —«El escritor y su sombra» (título de un magnífico ensayo literario de Gaëtan Picon)— aborda exhaustivamente el problema de la *objetividad poética* apelando a los mejores testigos de la poesía tanto del pasado cuanto contemporáneos: san Juan de la Cruz, Coleridge, Vicente Aleixandre, etc. Críticos y poetas nos hablan de la imposibilidad de comprender *perfectamente* el poema. Desde san Juan a Aleixandre hay una insistencia en el maravilloso misterio que es todo poema y la poesía en general. (Aleixandre: «No sé lo que es poesía. Y

desconfío profundamente de todo juicio de poeta sobre lo siempre inexplicable».) De allí que cualquier intento de esclarecer el poema deba ser un acto de amor, un *arrimo* amoroso, acompañado de conocimientos de los límites que se imponen. La actitud de Murciano es reveladora de esto último que decimos. Su breve ensayo es una meditación sobre el significado de las sombras en la poesía de Salinas. A lo largo de su obra Salinas atribuye a las sombras calidades diversas. En un principio la sombra es su lugar de reposo («esa dureza de la sombra donde asentarnos…»). También es la materia de su sed. («Sed de sombra. La sombra, fruto dilecto», dice Murciano.) A veces es el testimonio de su *culpa metafísica*. Otras es una criatura que sabe del poeta más que él mismo («sabe cosas de mí que yo no sé»). En suma: los poemas de Salinas están poblados por un «delirio de sombras» como dice Murciano.

El capítulo que nos parece más importante es el de «Salinas, poeta amoroso». Allí nos habla Murciano de la identificación del objeto amoroso —la amada— con la «sombra o alma». Agreguemos que la concepción amorosa de Salinas, tal como la sentimos en su poesía, es una de las más personales de la literatura contemporánea. Y más aún: ofrece una complejidad que no es muy frecuente en la poesía amorosa española. Lo que hace que los jóvenes (se adhieran) a esta poesía es esa problematización de los grandes temas: el amor, la muerte, la realidad o irrealidad del *otro*, etc., que se encuentra también en los mejores artistas de nuestro tiempo. Y no nos referimos solamente a la poesía sino también al cinematógrafo, a la pintura, a la novela, etc. Salinas ha comprendido como casi nadie que el *esto* no siempre es lo contrario del *aquello*. *Je suis un autre*, dijo Rimbaud. Y Salinas a su amada: «Se te está viendo la otra». Por eso tiene razón Murciano cuando dice: «una obra poética creadora de un amor original, personalísimo, hasta diríamos sin precedentes en la literatura española».

Después de este «descenso a los infiernos» de las sombras, Murciano nos conduce al encuentro del poeta con su amada, a la fusión del cuerpo y el alma, del cuerpo y la sombra, a la «verdad de dos»… «Y ahora os beso a las dos / en ti sola.»

«Vive la sombra en el poeta desde su nacimiento hasta su muerte, desde su primero a su último libro.»

C. Murciano nos ha mostrado una maravillosa aventura: una lucha cuerpo a cuerpo de un poeta que no retrocede ante el misterio que se encarne en donde posa su mirada. Agr…[*sic*] este hermoso itinerario que ha trazado con una prosa sumamente poética. La que merece la alta poesía.

Domingo, 21 de octubre

Imagen del castigo a modo de recompensa.

Les grands thèmes de la poésie amoureuse / (chez les arabes précurseurs des poètes

d'Oc), Émile Dermenghem.

Amor platónico. Tema más importante: *la deification moins de l'Object que de l'émotion qu'il suscite, voire d'une Image extraite de lui et qui prend une vie autonome*.

Mientras leía el libro de los trovadores «perfeccioné» una «máquina de escribir poemas» que inventé a los dieciocho años. Máquina que no es maquinal sino que permite tratar al poema como si fuera un cuadro. Recién hoy comprendo que la rima y la métrica tienen sentido pues defienden del terror a los grandes espacios.

> Et chaque être humain (et chaque chose) crie en silence pour être lu autrement.
>
> art. CRISTINA CAMPO

Lunes, 22 de octubre

El Quijote no me hace reír. A veces sonreír, pero sólo a veces. Cap. V: Sancho y su mujer. Sancho se revela ya completamente quijotizado. Su mujer viene a ser «él» antes de conocer a D. Q.

Desorden en las lecturas. Demasiados libros a la vez. Para mis diversas hambres. Artículo hermosísimo de Cristina Campo sobre «Atención y poesía». Retoma a Simone Weil. El mal es la ausencia de la atención: alguien que está atento. Recuerdo las dudas de E. cuando leía a S. Weil, dudas que recién ahora comprendo. Ante este artículo como ante S. W. Me sucede preguntar por «le cher corps»: ¿en dónde dejarlo? Notar mi extrañeza ante todo signo de espiritualidad. Aun mis instantes de éxtasis poético se refieren al cuerpo. Instantes báquicos, inatención. Ni fuera de mí ni dentro sino las dos cosas. Participación en un mundo irrespirable, infantil, coloreado, lleno de músicas y de silencios. Me siento culpable. Lo soy.

Martes, 23 de octubre

Una de las cosas que más teme es la realización de sus sueños o ensueños. Imaginarse otra y en otro sitio no implica desearlo en la «realidad». Mi imaginación enloquece en la medida en que lo real me disgusta o me da temor. A veces necesito *ausentarme*: en salas de espera, en la oficina… y entonces *vivo* dos o tres horas en un lugar en el que no espero ni realizo tareas burocráticas. No obstante, me da miedo (y

culpa) no meditar en esas horas, no estarme conmigo. Quiero decir: hacer una abstracción distinta. Estar tan en mí que el resultado sea el mismo. Estar tan en mí que el placer que ello me produzca sea el de la evasión. Ello es imposible. Y no sé por qué me lo exijo. Pero odio mis ensueños en la oficina, en las salas de espera.

24 de octubre

MUNDO INMUNDO

Miré mi reloj con miedo.

—Son las diez de la noche —dijo.

—Mi respuesta es la de antes —dije.

—¿No?

—Eso es.

Lo miré como a mi reloj: Es tarde, pensé mirando sus ojos. Después pensé en sus ojos y me dije que los ojos son como peces y que también en los ojos, como en los peces, hay tiempo mudo aprisionado.

—No —dije—, no puedo. Es tarde.

—En el amor no hay tarde, no hay noche —dijo.

Toqué con mis manos de niña su rostro infantil.

—Los dos ya somos viejos —dije—. A los veinticinco años no podemos rehacer lo que comenzamos a los diez y siete. Han pasado demasiadas cosas o demasiadas pocas cosas.

Que pasen. Que los años pasen. Que me encuentre en el espejo súbitamente vieja. Que se vaya mi primer nombre. Lo miré pensando que los ojos en los otros ojos de nada valen pues lo que se descubre en el extenso minuto de las miradas amándose sólo dura un extenso minuto.

A medida que me iba negando a hacer el amor me sentía intacta, fría como mi mano posada en un libro —siempre un libro— y me resguardaba la promesa de una soledad heroica hecha de mis ojos absolutamente atentos a cualquier signo a modo de respuesta a lo que me corroe desde que me recuerdo.

Nos separamos sin mirarnos. Entré en mi casa llena de libros, mi casa de transmutadora de realidades entrevistas en el atroz duermevela de mi paso diurno por la ciudad.

Cerré con furia la ventana. «Quedate donde estás, mundo inmundo. Dejame a solas con mis ojos que descubrirán los nombres, los confines, todo esto que me duele de una manera que jamás sabré decir.» Duele el pecho, la garganta, lo que está detrás del pecho, de la garganta, los huecos lugares por donde corre un viento lleno de

agujas.

Unos años más y las arrugas de tu cara tornarán risible esta pieza de estudiante. Los relojes. Son las diez y cuarto y no hay nada en mi memoria, nadie recrea lo sucedido, ya no recuerdo al que amé adolescente y que viajó a París en busca de su pequeña poeta de ojos verdes y encontró la temerosa de los relojes.

—¿Para qué querés tener tiempo? —me había preguntado.

—Para nada —le dije.

Para ver si es posible ver si es posible que yo vea —este viento, este cauterio, este doler porque algo lo quiere, tiempo o viento—. Para esperar una noche que dure hasta que yo despierte, una noche de ojos abiertos, hasta que yo despierte. Que me hagan las ablaciones y escisiones que necesiten pero que mi noche dure hasta que yo vea si es posible.

Por eso el amor antiguo de siete años —a qué vino entre este buscar el lugar en que la vida empieza a ser posible para alguien que vive—. ¿Qué nupcias hacer entre el amor y lo que me aguarda? No hay espacio para el amor dentro de la invadida por el noamor. Tu vida diurna no importa: la soledad en que merodeas, los cuerpos que te abrazan después del alcohol y de las pequeñas canciones que nombran la nieve, una rosa, el morir… Hablo de un albergue de amores mágicos, no de dos que se eligen y deciden amarse.

Frases como cuchillos: que hiendan mi mutismo, que me hagan confesar los nombres que olvidé, y tantas cosas que están en mí y que trascienden un canto de desdicha pura, de melancolía urgente.

En este vacío sin desenlace, resbala: tal vez allí, con el mismo terror que te obliga a cantar ingenuamente, encontrarás un rostro de piedra o de agua o de dulce carne humana. ¿Qué le diré? Lo cercenaré, lo destruiré. Luego: ¡adiós viento, padre mío! Respiraré; me interesaré por este mundo; leeré los diarios; tendré prejuicios.

Martes, 30 de octubre

Don Quijote – cap. XVIII – 2.ª p.: «… pero de lo que más se contentó don Quijote fue del maravilloso silencio que en toda la casa había…».

No olvidarse de suicidarse.

O al menos, alguna manera de deshacerse del yo, alguna manera de no sufrir. De no sentir. Sobre todo de no sentir.

2 de nov[iembre]

Cervantes – Char – Mandiargues – Góngora / c / d –

4 de nov[iembre]

a ORESTES
Entre fríos y muertos

Huesos sustituidos por piedras. Te cosieron. Te remendaron. Gigante de pus avanza temblando. Larvas y ratas, babas y mocos. Todo por mi garganta. Agua en la memoria. Muñecas hacinadas entre cadáveres de puercoespines. Canta a la hora precisa. Libera al príncipe dormido en el bosque. Te espera, te desespera. Olas altas y pardas. Olas duras y malolientes. Olas de cuero. Esto es un océano de ganado muerto, de un olor a pelos muertos. Mátenme al alba. Con cuchillos [*ilegible*] y con cuchillas oxidadas. Estaré en cuclillas esperando. Salva tu amor. No lo salves. Desafección y mierda violenta que aprendió a expresarse en nuestros días mediante fórmulas atroces como «hacer el amor» y «asumir la responsabilidad» y «negar el pasado» y «el hombre es lo que se hace». No hay más que la memoria, maravilla sin igual, horror sin semejanza. Hace mucho que me entregué a las sombras. Y no me contenta mi destino sombrío, mi destino asombrado. Me han asolado, me han agostado. Libérame de ti pues te amo y no estás. No me hables. No te apostes en mis rincones preferidos. Estás aquí. Me deliras. Me cortas las cintas de colores que me aliaban a las niñas que fui. Me abandonas loca furiosa, comiendo sombras furiosamente, girando convulsa con las manos espantadas, revolcándome en tu huida hasta los atroces orgasmos y gritos de bestia asesinada. Pero te amo. A ti te asumo, ante ti sin pasado ni relojes ni sonidos. Sucia y susurrante, leve, ingrávida, llena de sangre y de sustancias sexuales, húmeda, mojada, reventando de calor, de sangre que pide. Me dañas la columna vertebral, tantos días despeñada sobre tu cuerpo imaginado. Me dañas la cabeza que di contra las paredes porque no sabía qué hacer salvo esto: que debía golpearme y castigarme ya que tú no venías. Con tu sonrisa de paraíso exactamente situado en el tiempo y en el espacio. Con tus ojos que sonríen antes que tus labios. En tus ojos encuentro mi persona súbitamente reconstruida. En tus ojos se acumulan mis fragmentos que se unen apenas me miras. En tus ojos vivo una vida de aire puro, de respiración fiel. En tus ojos no necesito del conocimiento, no necesito del lenguaje. En tus ojos me siento y sonrío y hay una niña azul en el jardín de un castillo. Ahora que no estás me atrae la caída, la mierda, lo abyecto, lo denigrante. Salgo a la calle y siento la suciedad, la ruina. Entro en los bares más siniestros y tomo un vino como sangre coagulada, como menstruación, y me rodean brujas negras, perros sarnosos, viejos mutilados y jóvenes putos de ambos sexos. Yo bebo y me miro en el espejo lleno de mierda de moscas. Después no me veo más. Después hablo en no sé cuál idioma. Hablo con estos desechos que no me echan, ellos me aceptan, me incorporan, me reconocen. Recito poemas. Discuto cuestiones inverosímiles. Acaricio a los perros y me chupo las manos. Sonrío a los mutilados. Me dejo tocar, palpar, manos en mi cuerpo adolescente que tanto te gustaba por ser ceñido y firme y suave. («La lisura de tu vientre, tus caderas de efebo solar, tu cintura hecha a la medida de mis manos

cerrándose, tus pechos de niña salvaje que los deja desnudos aun cuando llueve, tu sexo y tus gritos rítmicos, que deshacían la ciudad y me llevaban a una selva musical en donde todo confabulaba para que los cuerpos se reconozcan y se amen con sonidos de leves tambores incesantes. Esas noches en que hacíamos el amor debajo de las grandes palabras que perdían su sentido, porque no había más que nuestros cuerpos rítmicos y esenciales… Y ahora llueve y tengo náuseas y vomito casi todo el día y siempre que hay un olor espantoso en la calle, un olor a paquete olvidado, a muerto olvidado. Y tengo miedo. Eso quería decir: que no estás y tengo miedo.»)

¿Qué es lo que hace que se pierda la infancia? Me pregunto cuándo surgió en mí la tensión, la inhibición, el falso conocimiento de mí, mi maldita vida psicológica. Hubo una vez en la que yo jugaba y me olvidaba y hacía lo que quería y me permitía todo. No quiero referirme a las reprensiones ni prohibiciones familiares pues ellas existieron siempre. Hablo de una vieja libertad que no sabía lo que era. Creo que todo terminó la mañana aquella en que me miré en un espejo y aprendí mi cara. A pesar de todo mi infancia fue horrible y aun libre sufría y sabía que sufría. Debo repetir por milésima vez que mis padres se esmeraron en arruinarme. Y lo lograron. Por ignorancia, por estupidez y por falta de afecto.

5 de noviembre, lunes

Mi deseo de morir deriva de mi no estar en mí. No pudiendo respirar, asfixiándome en mi yo, imagino la muerte como un lugar en donde no necesite hacer tan horrorosos esfuerzos. Sin embargo el error está en hacer esfuerzos, en esforzarse. La voluntad no sirve en mi caso. Tiene que haber un querer. Para ello tengo que dejarme *no querer*. Tengo que dejarme tranquila. Ésta debiera ser mi consigna, echarme a patadas como si yo fuera un perrito que me jode. Y en verdad sólo soy eso (para mí).

6 de noviembre

Notas sobre «el habla».

Angustias metafísicas «laicas»: ¿Qué es el yo? Esto lleva a nada pues el yo no existe. Existiría si una fuera profesora de filosofía y pudiera sonreír con ironía por esta pregunta que se hicieron tantas mentalidades poderosas.

Mi estilo es o será, por fuerza, artificioso. A causa del vacío, a causa de tu imposibilidad de apoderarte del lenguaje. El lenguaje me es ajeno. Ésta es mi enfermedad. Una confusa y disimulada afasia. De allí que no pueda oír música. De allí mi facilidad por aprender canciones en idiomas que no sé. Enfermedad de la

atención o enajenamiento. Todo tiene nombre pero el nombre no coincide con la cosa a la que me refiero. El lenguaje es un desafío para mí, un muro, algo que me expulsa, que me deja afuera. Nunca he pensado con frases. Apenas unas pocas palabras que zumban desde mi infancia. Por ejemplo éstas —que en el fondo es una frase harapienta—: «Sí, pero lo que yo quería decirle es que…». Cuando era niña la completaba con palabras inventadas, con un idioma imaginario. Lo que nunca pude es percibir el ritmo del lenguaje, ni ningún ritmo. Cuando leo, leo cada palabra aislada, aun las preposiciones, como si estuviera haciendo una autopsia. Ello deriva de mi inercia psíquica. Del miedo. En fin, ya es demasiado tarde.

Dentro hay un vacío. O dolor. Espero una revelación. Espero que comiencen a hablar. Que se digan. La infancia es una bolsa de arpillera, vacía de carbón, en donde hay juguetes rotos que no recuerdo. Sorpresas que me disgustaban, regalos que me hubieran alegrado si yo no hubiera sido yo. Todos estos días siento náuseas y tengo visiones de carne muerta de un horrible color gris, «el color con que esperan los muertos». Todos estos días me estuve acusando de no querer oír ni mirar ni comprender. ¿Qué oír o mirar o comprender? Debo dejarme, no debo buscar. Me siento enferma y busco la muerte que sin duda —por ser yo— ha de ser vil y dolorosa.

9 de noviembre, viernes

Hojas amarillas caen incesantemente en el parque de Montsouris. Primero las veo aletear, danzar solitarias, cada una danza como puede su última danza (esto lo digo también por mí). Luego es la caída. Lenta como una mujer loca diciendo adiós con un pañuelo. En este momento final me desintereso y alzo la mirada hacia las agonizantes que aún quedan. Pero lo que me duele es el negro de los troncos de algunos árboles. Un color negro veteado, acuchillado. Hay algo poderoso e infranqueable en los troncos negros, algo que no es de mi mundo. Lo mismo me sucede con los gorriones y con los *clochards*. Lugar metálicamente sucio, miseria en rostros grises, barbas repulsivas, andrajos pardos, color a barro, a caída.

Si yo temo a la muerte es por su color. Si me dijeran qué necesito y qué espero responderé: juguetes y pasto verde claro, cajas de música y amantes de ojos azules, velas en forma y color de flores y de aves de corral y de pájaros hindúes, que al alumbrarse dan llamas celestes y rojas y azules y verdes, pero de un tono infantil y sexual a la vez.

Cuando yo era una niñita decía siempre sí. Sí al juego, al canto, a las exigencias familiares. Cuando tenía tres años era bellísima y sonreía. Aún mi madre no había ganado, aún las [*tachado*] no me torturaban. Me ponían sobre una silla y me hacían cantar. Yo cantaba. Me ordenaban silencio. Me callaba. Me mandaban a un rincón

con los juguetes rotos y polvorientos y allí me quedaba. Hoy pienso en esa niñita y me asombra comprobar cómo trabajaron para arruinarme. Labor perfecta. Quedó lo que tenía que quedar: un poco de ceniza. Pero no me quejo. Es idiota defender a los inocentes. Alguien contaba cómo los ojos de Anna Frank eran cada día más enormes, cómo se consumía y lloraba cada día menos. La faena repugnante de mis padres y maestros es semejante. Es igual, quiero decir. Llega un día en que no se llora. Los ojos velan el cadáver de la que fui. Se la recuerda como a otra, una lejana y muy querida compañera de otros años. A veces hay deseos de vengarla, de putear contra los verdugos. Es la voz de la violada que se alza en un cementerio a medianoche. Todo esto debiera excitar a mi sentido del humor, el único virtuosamente desarrollado que tengo. Porque los otros, aun el del tacto, están averiados y no me sirven. No obstante no me río. Considero que mi infancia ultrajada es un hecho perfectamente serio.

En nuestros días hay alguien que se preocupa por ti. Repite los gestos de tus antiguos anonadadores. Cierras los ojos: desfile de rostros diciendo NO con una sonrisa como si supieran mi secreto referido a tu destino de recibidora de Noes. En las noches de invierno el desfile se hace manifestación. Ellos llevan carteles que dicen NO. Llueve y el agua corre por las dos letras de esta sílaba maldita. Herida manando sangre no por eso deja de ser herida.

Cuando miro su rostro me sonríe como alguien que sabe de mí. Yo me siento rígida, lo miro humillada, yo me siento perro, me siento pulga. Mis labios van aullando roncamente mi dolor. Me retuerzo. Bajo la voz porque me siento gritar. «No te oigo», dice. «Te amo», repito. Entonces sonríe y hace un gesto con la cabeza como una vieja señora diciendo: «Déjenla. Está loca».

A veces me enfurezco. Le digo lo que siento, repito «mierda» infinitas veces. Su sonrisa me devuelve los insultos y como si me hubiera abofeteado a mí misma me miro las manos —dos manos de niña— y le digo: «No. No es eso lo que quería decir».

Aun la voz es un síntoma de tu vacío. Aun el viento. Aun la más simple palabra. No hay ninguna fuerza para seguir portando el propio nombre. ¿Y qué? Ninguna fuerza para esperar a que termine esta espera. Llega un día en que se sabe que se ha ido muy lejos dentro del espejo. Mi justificación —ante nadie— es mi enfermedad. Si a alguien le rompen un tendón o un ligamento no lo acusan de «desarmonía física», no lo acusan porque llora y se lamenta. A mí me sucedió algo y yo estoy enferma. Lo anoto porque no tengo a quién decírselo. Lo anoto pero nunca lo releeré. Si te echan como a una perra se te puede decir: Nadie te obligó a comportarte caninamente. Si te dijeron NO es porque tú pediste. Y la puerta se abre o se cierra según quiera la voluntad o el destino de la otra persona. Enamorarse a solas es enamorarse del silencio, un silencio con humo y espejos. El amor, si es algo, es dos que se miran. Tú has intentado crear su mirada en tu mágico laboratorio poético. No quejarse si estás

quemada y dolorida. En vez de dos ojos salió una sonrisa de desprecio. La que esperabas, sin duda. Pero como era demasiado insoportable revelarte que buscabas la desdicha pura te entregaste falsamente a lo que no buscabas.

Cada vez que te sonreía como dices, sentías que te ponían en tu lugar. Sin duda el sufrimiento era atroz pero también era como un retorno. La hija pródiga en la casa del tormento.

Tú no deseas nada, si bien esto no es verdad. Desearías morir. No mueres porque el sexo te importa todavía: sufrir voluptuosamente, sufrir con un lujo inigualado, ser golpeada, fustigada, ah, tu pequeño cuerpo se anima, palpa, reconoce. Orgasmo maravilloso después de un diluvio de humillaciones e injurias.

Por eso hablo en segunda persona del singular. Lo que digo no me importa, no soy yo mi destinataria. Alguien en mí se quema. Canción de la quemada al alba. Te quemas y yo te hablo, te espié y reprobé y te condené. No es mi lucha con el ángel lo que narro. Pero estoy cansada de hablar. Quiero dormir como una bestia. El sueño me significa orden, es el presente, es el ahora. No estar en mí es comprender serenamente, es hacer prácticas razonables. La pesadilla empieza en mis ojos abiertos, mis ojos de cazadora idiota que anda desde hace siglos por un bosque sin animales.

24 h. Me siento mal. Todo lo que como, cada alimento terrestre, se detiene en mi garganta como si dudara. Hace meses que sobrellevo estas náuseas, esta imposibilidad de asimilación. La comida me provoca espantosas imágenes. Pus, sangre, tierra maloliente, escombros, cuerpos desnudos sucios y heridos. Me duele la garganta cuando mastico y no me duele cuando fumo. Cuando mastico me duele todo, hasta las piernas, hasta el corazón. La sobremesa es un penoso intento de no asfixiarme y de no vomitar. Pero vomitar no me libera, me obliga a creer que eso que vomito fue ingerido de la misma manera: que estuve comiendo vómitos.

Si no sucede algo definitivo no sé qué haré. Probablemente algo definitivo.

Sábado, 10 de noviembre

Dormí de tres y media de la tarde a cinco (de la tarde). Soñé con G. Yo le gustaba en el sueño. Me daba la mano y sin que nadie lo viese —o tratándolo, por lo menos— llevaba nuestras manos enlazadas a mi sexo, la suya debajo de la mía, como si fuera yo quien se tocara o como si fuese idea mía que su mano estuviera allí. Luego me besaba en el cuello —siempre subrepticiamente—. Yo gozaba tanto, vivía de tal manera el presente y al mismo tiempo me decía que no debo pensar en el futuro (en el coito) ni en la manera de realizar mi esperanza y quería obligarme a no tener esperanza, a conformarme con lo que estaba pasando. En un momento dado G. puso algo en mi bolsillo y yo supuse que sería una notita con la hora y el lugar de nuestra

cita. Luego estoy sola, vivo en algún *passage* cerrado por puertas enrejadas. Busco a G. Me pierdo en el laberinto de calles asombrosamente minúsculas. De pronto recuerdo mi bolsillo: saco de él un papel dorado de envolver bombones y ganchitos (de oficina) rígidos, torpemente rígidos. Paso por un kiosco que vende libros. El vendedor es muy feo y me dice: «Hermosa niña, cómpreme el último libro de Moisés llamado *Eva pourrait renaître*, que en su idioma quiere decir *Eva podría renacer*».

Desperté porque en el sueño me dije: «Despierta porque se acerca lo más terrible». Pensé en los ganchitos y no pude recordar dónde leí algo sobre ellos, recientemente. No sé si en un artículo sobre «Artaud et la folie» en donde se diría que A. se dedicaba a enderezarlos o si en un artículo sobre los monos y elefantes adiestrados que llegarían, en su pericia, a realizar tareas tan delicadas. Cuanto el papel dorado es el que envuelve ciertas pastillas de chocolate a base de glucosa y vitaminas que suelo comer cuando estoy fatigada, es decir todos los días. Tampoco supe si angustiarme y llorar o alegrarme por esos instantes de dicha en que G. me besaba y me acariciaba. Opté por lo último y rogué silenciosamente que se repitiera ese instante en el sueño de esta noche. Que se repita en todos mis sueños, ya que G. es más inaccesible para mí (en la *realidad*) que un muerto. No por eso no tengo miedo pues yo creía haber olvidado a G., haber «superado esta obsesión», para decirlo en el infame lenguaje de nuestros días.

Domingo, 11 de noviembre

Anoche debo de haber soñado algo muy importante pues detrás de ese sueño oí que me decía: «Despierta porque si continúas soñando un solo segundo más te volverás loca irrevocablemente. Lo que estás por ver no puede ser visto por alguien que después desee retornar. Lo que has de oír es lo más importante que existe en el mundo». Yo me respondí (mi voz sonaba débil, enferma): «Acepto tocar fondo». Tuve un miedo espantoso. Me asfixiaba, me dolía el corazón como si me estuvieran perforando. Dudé un segundo pero me volvió el valor de antes. Calculé y comparé la locura y mi vida lúcida y repetí: «Quiero ir hasta el final». Cuando desperté no recordaba nada sobre lo que vi o me dijeron. Pero me siento débil y enferma y extrañamente fatigada.

Pierre Reverdy: *Cinco cartas de Apollinaire*: algunas parecen de un niño jugando a los espías. Se siente perseguido y censurado por su pieza *Les Mamelles de Tirésias*.

Blaise Cendrars: fragmento de su libro *Bourlinguer*, en donde Cendrars cuenta la angustia que sentía R. en la Biblioteca Nacional, el deseo que sentía de comenzar a cavar con sus manos, como un topo, un agujero por donde el aire pueda entrar.

Max Jacob: considera que los grandes poemas nacen en épocas de guerra y que

Reverdy es el poeta de la guerra. (El texto de Jacob es de 1916.) Lo considera un poeta clásico. Encuentra que en los libros de Reverdy el pensar está, pero callado, puesto en su lugar (en el que le corresponde), que es el silencio. «*R. rassemble en paraissant disperser*. R. es dueño de sí mismo, es un poeta conciente: un poeta clásico.» El poema de R. está hecho a la manera de un cuadro: «aquí agrega un azul, allá un rojo…».

P. Schneider

«Nadie, en nuestro tiempo, se ha dispuesto de tal manera a despertar la fuerza del espíritu en la carne débil.»

(Traducir fragmento p. 246.)

«La obra de Reverdy es como un poco de agua en el hueco de la mano.» «Reverdy a toute sa vie écrit le même poème, mais ce poème n'a jamais cessé d'être neuf comme au premier jour.»

Este número nos permite también enterarnos del alto nivel de la crítica literaria en Francia[38].

2 en el mundo de Reverdy, el espacio posee los atributos del tiempo: pasa, fluye, se pierde.

Tout ce qu'on voit
Tout ce qu'on croit
C'est ce qui part.

Mundo de metamorfosis incesante: todo gira con excesiva rapidez. Uno no está nunca preparado porque «le vent, le vent *lugubre et moqueur*, qui tourne les pages de la vie plus vite qu'on ne peut les lire».

S. considera esencialmente *el movimiento* en la poesía de R.

Domingo, 19 de nov[iembre]

Se habla, se cree tener razón, se desprenden palabras de la boca y se ofrece un exaltante racimo verbal. Se dice «yo» y se miente. Se dice «tú», «él», y se miente. Se cuentan experiencias sexuales con un tono mojado de risa, húmedo de alusiones, sabiendo que lo que se cuenta es un afrodisíaco para la oreja que me oye y contándolo yo para que sea justamente eso. Entonces me dijo: ¡Qué adolescencia rica tuviste! Y a mí de asombrarme.

¿Acaso no es la misma que las otras? No, me dice, yo no… Y a mí de asombrarme porque alguien vio riqueza en donde yo veo horror y siento sabor siniestro. Seguí contando, para ponerlo a prueba, cada vez más íntima, cada vez más olvidada de las prohibiciones. Le hablé con las palabras apropiadas, le dibujé

posturas, le confesé orgías. Me miraba con sus ojos de ángel. Si pudiera enamorarme de él mientras le hablo —me dije— si pudiera amarlo a pesar de mí. Y seguí hablando mientras en mí se dibujaba una cama con nuestros cuerpos abrazados. De manera —pensé— que mi relato me enciende a mí pues él te oye con ternura de amigo, de admirador. De manera que mi adolescencia sexual me excitaba sólo a mí.

Benjamin Péret: reportaje «bon enfant» que empieza con ¿Cuáles son sus proyectos? (1)

Reverdy escribe por lo único que le importa: la salud de su espíritu. Para mantenerla y controlarla es por lo que R. escribe.

(1) ¿Qué piensa usted publicar este año?

Al preguntarle Péret «qué piensa usted del esfuerzo literario moderno», R. habla del *nuevo lirismo* que se dirige hacia lo desconocido. Es justamente la conciencia del misterio lo que caracteriza a los poetas de nuestra época. Cuanto al desorden de que se acusa a los poetas modernos, viene a ser exactamente lo contrario: un orden superior.

—¿Qué piensa usted del surrealismo?

«Es una realidad superior que el espíritu percibe de la misma manera que (perciben) los sentidos la realidad objetiva.»

(Reportaje de 1924.)

Sábado, 24 de noviembre

Horizonte inextricable, enmadejado, risas entre montones de hilos embrollados, como un césped gigante, de goma, que adoptara las posturas sexuales más risibles y dolorosas. A un paso de mí está este terreno inmundo en donde se me espera desnuda, ensangrentada. Manos cortadas agitan sucios pañuelos en señal de bienvenida. Pero gritos como si cantaran, guitarras sin cuerdas, besos sin labios, pasos sin pies. A pocos pasos de mí el cajón negro, el mirador negro por donde se perfila un mar negro bajo nubes negras sobre cuervos.

Alma querida: si me dijeras: respira callada; el aire augura formas completas; luces extrañas se avecinan; pies azules pisan mares verdes por venir a defenderte. Si me dijeras: respira, mi confiada; la luna no monta cuervos; podrás hablar en futuro sin asfixiarte; nadie muere en tu memoria; no tienes por qué realizar funerales mentales, empresa demasiado seria para tus ojos delicados. Tómale el pulso a un

pájaro que tenga colores vivos: verás que te sumerges en un puro despertar. Alma querida: si me dijeras: no busques más, ángel abrazado, no bebas más, no dejes que te la hagan, si me dijeras como me dijiste: el horizonte atroz se equivocó de nombre. No eras tú la esperadora de un barco fantasma. Abandona tu muelle de perros hambrientos. Origina de inmediato un espacio musical donde dejar nuestras desnudeces. Alma querida: si estuvieras, si me dijeras, si vinieras, si me salvaras.

Domingo, 25 de noviembre

Me he dicho: un jardín con niños, una respiración heroica, voces en la claridad del agua.

Éstas son mis abstracciones coloreadas, mi esperanza cromática. Éste es mi silencio del color de un ahogado.

Desde aquí puedo inventar parajes solitarios en donde nadie insulta, nadie muere, todos se salvan y hay globos multicolores, perros, niños vestidos de príncipes y de princesas, césped de terciopelo, pájaros sabios, lunas en los estanques y baladas a medianoche. Por el río se desliza una esperadora muerta —Caroline de Günderode—, desnuda, manando sangre, abiertos los ojos claros para ver cómo es la muerte dulce, en un río, con los silenciosos cabellos en amistad con las lianas, las algas, las flores de agua que la acompañan en su transitar detenido, que no finaliza; su leve pasaje entre barcos de papel, su muerte de juguete, elegida mientras inventaba una fábula para dormirse, entonces en vez de un cuento apareció la idea de esta muerte bella, este andar así, muerta bajo el sol, junto a las princesitas que cantan baladas, junto a los cazadores que llaman a los pájaros.

Éste es mi silencio, mi falta de ganas, mi inutilidad atroz. Bebo alcohol para olvidarme que no vienes a mi pequeña cama, que no me dejas irme al sueño desde tu cuerpo; tu calor, tu sol, tu brillo, tu mirada, tus manos.

Y mira: me has arruinado. Me despeñaste. Me haces caer. Eres mi caída. Nada me enlaza a nada. Me abandonaste.

Y soy un desecho, una mendiga, algo que no sirve ni servirá. Un orgullo idiota: bebiéndose a sí misma, devorándose, enfermándose. Es tu obra. La constante de tu ausencia.

Y lo sabes: yo no tenía esta cara cerrada, estos huesos doloridos. Este ser apretándose a perpetuidad para no gritar y para no llorar.

Me hacía falta muy poco: unas palabras. Me estaba entrega [*tachado el resto de la oración*]. Me saciaba rápidamente.

Este vaso de vino nauseabundo, este tabaco demasiado fuerte, esta sucia promiscuidad, estos espejos, esta obsesión del suicidio.

Lunes, 26 de nov[iembre]

Un apuro de hojas —dije— como que giran eléctricamente. Un apuro de las hojas por caer. Lo vi en el parque. Mis ojos no las siguieron. Cegaron a mis ojos las hojas. Su vértigo. Su girar. Una urgencia, un S. O. S. a la nada, cayendo antes de que comenzara la caída, como quien muere antes de nacer. Por eso me quejo. Mi mirada no es tonta, mi mirada piensa en árboles y en el viento. Pero no supo jugar esta carrera. Me quedé atrás muy pequeña y muy pobre. Pienso que cuando llegué aún eran verdes y aleteaban. Sinfín de renacimientos: no supe, no pude, no caí en la cuenta de esa caída. Y todo es lo mismo: cae sin que yo tenga tiempo de nada. Me dieron un reloj para que me las arregle como pueda. A algunos les dieron más.

Viernes, 30 de noviembre

Verde oscuro de las plantas sobre el gris de los muros. Cielo gris. Caras en movimiento, a veces dos ojos te explican la miseria. Y sobre todo mirar con inocencia, con la boca abierta como si respiraras cómodamente. No dar la sensación de nada. Los niñitos disfrazados en honor del frío y del viento miran la noche que cae a las cinco de la tarde. Que la noche caiga: no te importa. La ley de la gravedad no está en vigencia dentro de una memoria averiada. Los mendigos en los corredores del *métro*. Los miré a todos, todos me miraban. Miseria de cuatro ojos dándose a conocer, intercambiándose un *quién vive* y luego la marcha y la desaparición. Todos ellos comían, todos los niños comían, los empleados y los jefes, comen por la calle llena de afiches luminosos. Y hasta aquel que no tenía piernas y le faltaba un brazo también comía. Lo miré mucho. Pensé que él estaba bien, sólo que le sobraba un brazo. Era el único que estaba bien. Seguí caminando y me dije que soy completa: no me falta ningún miembro. Pero ¿para qué me sirven? Un dato más. ¿Para qué me sirve tener un cuerpo, una voz, dos ojos? Miré muchas cosas y vi. Hubiera querido nacer muerta. ¿Qué me importa si la noche ha caído? Ojalá me muera pronto, dije. Y ello era mi único deseo.

Sábado, de nov[iembre][39]

Y pensó en sí misma y halló solamente confusión. Pero aun así sabía que era necesario escribir porque sólo ella podría dar testimonio de algunas cosas por las que vivía. Aun cuando escribiera sobre los ruidos nocturnos, los vagidos de las cosas a medianoche y la tristeza de su ser intacto y no obstante definitivamente deteriorado, ella sabía que tenía que escribirlo. Por eso aun mirando desde una alcantarilla, le

sobrevenía una leve alegría, porque la más desposeída tenía algo que hacer: contar un cuento sin historia y sin explicar por qué su herida mana desde que se recuerda. Es todo lo que sabe. No es mucho. Pero es todo lo que sabe.

Lunes, 3 de diciembre

Ni eso se sabe. Lujuria magnífica de la ignorancia.

Encuentros entre lo que sucede y lo que se sueña. Si hablo en género neutro es porque no sé. Acarreo sustancias caóticas, venidas de todas mis memorias y de todos mis olvidos. Me gustaría escribir como cuando hablo en sueños: silenciosamente. Algo me defrauda del olvido. Apenas veo un blanco ausente me escupen sangre para que recuerde a mi cuerpo. Si hubiera culpables, si solamente hubiera a quién culpar.

¿Por qué me hiciste llena de sed?

¿Para qué pusiste en mí todos los deseos y todos los anhelos?

¿Por qué me formaste las manos en posición de estrechar otras?

¿Por qué apareció mi sexo más anheloso aún que mi lengua?

¿Por qué me obligaste a ser deseo puro?

Si sabías que la desposesión es la llave de mi reino.

Si sabías que me apartaron de la dádiva como si hubieran imaginado que entre el pedir y el recibir no hay ninguna continuidad.

Pero ¿quiénes son ellos?

Y por qué estoy en el final de mi vida.

Pregunto porque para ello fui hecha.

Martes, 4 de diciembre

De nuevo. Saberlo de nuevo. Saber de nuevo que es preciso aprender a vivir sin amor. Cada vez que me lo hacen saber me asombro. Y es lo primero que supiste. Lo sabes desde que cumpliste un minuto de vida.

Pero cómo hacen los demás para vivir sin esta exigencia de un amor absoluto. Por eso me intereso en las vidas ajenas. Aprender qué es lo que les permite vivir sin amor —y cualquier amor que no sea como yo lo entiendo no es amor—. Y nadie o casi nadie es amado de la manera en que yo lo deseo —exceptuando algunos perros y algunos libros en edición para bibliófilos.

Si no vas nunca a verle, creerás cumplir un acto excepcional. Sin reconocer que ni siquiera se dará cuenta de tu ausencia. Esto me enciende y me llena de ganas de asesinar. En verdad, sólo se dará cuenta de que tú existes si le hablas con un revólver en la mano. (Que quisieras tener ahora para ciertos autoatentados y ciertas

autodesapariciones.) No doy un centavo por mi vida. Pensar que hay tantos agonizantes que quisieran saltar de la cama y ponerse a bailar. Ofrezco canje, señores.

La mano toma el vaso. Lo lleva a la boca. La boca traga agua. Hay bocas que tragan fuego. Otras, aire. Otras —muy pocas a causa de los prejuicios que aún sobrenadan— semen. El agua apaga. El fuego y el semen encienden. A veces se traga vino. Ello apaga y enciende. Pero el ruido de dos autos chocando agudiza el presentimiento de la muerte. Habrá tres o cuatro cadáveres, algunos intestinos en carnicera exhibición, un dedo allí, otro falo aquí. Lo llaman *accidente*. También se tose. Se escupe. No sangre. La sangre es más avara de lo que se cree cuando se trata de toser. Tos prolongada por estertores y náuseas. No es un sonido desagradable. Pero es el de un hueso rompiéndose. Más desagradable es el dolor del útero, por ejemplo, a causa del temor a constatar su existencia haciendo uso del dedo índice. El dedo, allí, parece prolongarse, exactamente como un falo. Tocar lo húmedo blanco que duele agudamente no es alentador sino todo lo contrario. Es allí en donde el famoso verso de Esteban [*sic*] Mallarmé y su famoso *hélas* final cobra su sentido más hondo y oculto. De allí que una mujer sin útero sea, a veces, más feliz que un hombre sin falo. Porque si el falo duele se lo puede vendar como a un dedo y se puede afirmar que un falo vendado no es una desgracia. También son desagradables la comezón y el prurito anal. Lejos de la ninfomanía, la comezón y el prurito anal sugieren insectos al que las padece. Sería necesario poseer más de cien dedos para que el afligido por este mal halle calma y vuelva a sus cabales. Ni un pianista virtuoso surte satisfactoriamente las exigencias de su cuerpo si sólo posee diez dedos —los de los pies no son tenidos en cuenta pues su función consiste en mantener despierto el sentimiento de culpa de su posesor por no lavarlos muy a menudo—. Y a estos dedos nunca se los lava bastante: aun los raros especímenes que los cepillan cada día han confesado sentirlos sucios (en su subconsciente).

Por eso hay que beber agua. El agua apaga. Pero no el fuego.

Chapitre VIII – Des Chants de Maldoror aux Poésies. Copiar 67, primer párrafo.

Ver Jiménez–

Macedonio – 62 – completo desorden siempre – 67 – ternura de M.

En Macedonio todo es posible salvo el 1, 2, 3, o el a, b, c: en él es 3, 2, 1, es b, c, y, y las múltiples combinaciones.

¿Es posible la perfección retórica en una mente erosionada? Ver Lautréamont (comentario de Blanchot) y Nerval (Aurélia. Estilo purísimo). En ambos: *décalage* entre estilo clásico y fondo convulsivo. Al revés de Van Gogh, por ejemplo. Los pintores. Y pienso, naturalmente, en Van Gogh. En cuanto a los escritores, usted aducirá el caso de Artaud. Yo creo que Breton tiene razón al considerar el Van Gogh…

Italia

La nueva corriente crítica que me interesa —y que quisiera, adaptándola, aplicar posteriormente a la literatura argentina— supone un alejamiento de enfoques tradicionales basados en lo anecdótico. También, y sobre todo, supone diversos esfuerzos por acercarse en algunos casos al hecho inagotable que constituye la obra literaria. En algunos casos, este acercamiento se refiere rigurosamente a las reglas formales de asociación (tal Roland Barthes, que introdujo el enfoque estructuralista). Otros, como Jean-Pierre Richard, se ocupan, por lo contrario, de las estructuras internas: paisajes mentales, sensaciones «ocultas» detrás del lenguaje, etc.

Pero a pesar de las diferencias, existe un rasgo en común, la noción del vínculo. Vínculos entre el crítico y la obra literaria (pero de un modo tan estrecho como desconocido antes de ahora), lo cual conduce al vínculo entre el sujeto y el objeto, es decir [*texto incompleto*]

Italia

La nueva crítica que me interesa —y que quisiera, adaptándola, aplicar posteriormente a la literatura escrita en mi propio idioma— supone diversos esfuerzos para aproximarse a la obra literaria. Esos esfuerzos —y pienso, particularmente, en Starobinski, Richard y Poulet— se sitúan o prolongan en la admirable obra de Georges Bachelard [*sic*]: consisten en interrogar a la obra literaria incesantemente hasta dar con todos los *sentidos* que sea posible encontrar en un objeto tan inagotable sin apresurarse a apelar a nociones sociológicas, psicoanalíticas, económicas, etc., etc. Es decir: se trata de una crítica netamente interior, de un vínculo privilegiado entre el crítico y la obra literaria. Esta manera de lectura extraordinariamente afinada que encuentro en los jóvenes críticos franceses no sólo coincide con mi sensibilidad sino con mi deseo de someter a una «lectura» semejante a los escritores de mi propia lengua, no sólo los más actuales sino a los clásicos.

Finalmente, me interesaría también residir en Roma el tiempo suficiente para ponerme en contacto, si fuera posible, con los tres escritores que más me interesan: Italo Calvino, por sus relatos filosóficos y por sus ensayos: Elémire Zolla, por sus ensayos acerca de nuestra época y por sus estudios de literatura inglesa; y Cristina Campo, que practica —dentro de esquemas rigurosamente tradicionales— un género literario casi inédito: el ensayo-cuento[40].

Cuaderno de diciembre de 1962 a junio de 1963

19 de diciembre

M. me dice que sólo quedará lo que se escribe. Me dio miedo porque pensé que hasta la lluvia puede borrar un poema.

20 de dic[iembre]

Fatiga de sombras demasiado fieles. Todo este horrible esfuerzo por escamotear la verdad proviene de un temor o presentimiento: que detrás del escamoteo no haya nada. Quítate la máscara. Y detrás o debajo hubo una ausencia de cara.

En verdad, para respetarme a mí misma, tendría que elegir el camino fácil: estar en contra de algo. Ello te justificaría y te enlazaría al mundo y te daría una saludable sensación de participación no egoísta… Por ahora es imposible: ¿qué se servirá en el banquete la que se muere de náuseas? «Quel bête faut-il adorer?»

21 de dic[iembre], viernes

Más allá de la sombría tentación de angustiarme por mi situación material está la brillante tentación de saber que ello no me angustia sino en la medida en que ese no angustiarme significaría una verdad que no deseo revelarme: que nada me angustia. No es esto todo: se toca un lugar desnudo y húmedo en donde se es una pura desesperación. Lo que yo quiero es imposible. Lo otro, me obligo a quererlo. Así es como no me importa la gloria, el dinero ni la amistad. (Ni el amor, Dios mío.) Importa ser querida por quien yo sé. Esto es un imposible. De acuerdo a ello me esfuerzo por transformar en *imposibles* cuestiones que no me interesan para que me interesen y me hagan sufrir y alguna vez alegrarme. Más que ser querida por quien yo sé me ocupa esta otra tentación: volver a ser una niña. Esto es más fuerte que todo.

22 de diciembre

Anoche, después de meses, hice lo que odio: abolir el tiempo de una única manera bestial: emborracharme y fornicar.

Ahora, a esperar a saber.

La llegada de R. confirma que tengo dones de vidente. ¿Alegrarme? Sólo sé esto: quien me mate me hará un favor.

Lo de anoche tuvo que pasar. Rito o ceremonia, no sé, pero tuvo que pasar. Pero si pudiera vivir siempre ebria, siempre haciendo el amor.

23 de diciembre

Una criatura vegetal crece
con las lágrimas que llora.

24 de diciembre

Desperté con unas ganas inminentes de tener una granja llena de conejos, pollos y pavos.

Carta [a] Octavio Paz sobre el cuento que no finaliza.

Cuando fueron en su busca:

1) … no la encontraron porque se había comido a sí misma, por descuido, mientras se miraba en el espejo.

2) … la tomaron, le arrancaron los brazos y las piernas y dejaron el resto en la *frigidaire* porque aunque antropófagos muertos de hambre eran precavidos.

3) … comenzó a llover y la sobreviviente danzó desnuda en la lluvia para celebrar su salvación pero sobre todo para mostrar su hermosa cabellera verde.

4) … ella les dijo: *J’ai un peu de caviar et un peu de paté. Je vous le donne si vous m’épargnez.*

5) … no la encontraron pues ya hacía doce años que faltaba de la casa. Era la diosa de la lluvia y nadie se había dado cuenta.

6) … ella dijo: *Merde alors!* Si me comen, nunca más les dirigiré la palabra. Ni siquiera «bonjour». Ellos se asustaron porque más vale sentir hambre que comerse una muerta colérica.

25 de diciembre

Me impresionó mucho lo que nos dijo ayer A. sobre su imposibilidad de sentirse ella misma, con su propio nombre, su propio pasado, sus propias circunstancias. Yo pregunté: «Entonces, ¿es algo así como una ausencia?». «Sí», dijo. Entonces le dije que mi sueño es llegar a ser como ella, a ese casi anonimato dentro de una misma. Le

dije que casi todos tenemos en el lugar del yo una horrible confusión o sensaciones de culpa o recuerdos nefastos, todos los cuales, en la medida en que son más intensos nos dan una seguridad mayor de ser una entidad aparte, poderosamente solitaria y única. Esto tal vez sea una idiotez. Pero se me ocurre que el lugar del *yo* ha sido constituido por la enfermedad, por lo averiado. O tal vez una dice *yo* con más fuerza en la medida en que los músculos de la garganta están más contraídos. ¿Querré enunciar que el *yo* se evaporaría mediante un buen tratamiento de relaxe? Sólo sé esto: mi idea de la salvación, la imagen paradisíaca de una Alejandra salvada, es imaginarme no pensando en mí a la distancia, con una gran calma, considerando mis desgracias con la misma calma casi indiferente (sin morbidez) con que considero las ajenas. Cuando llegue a ese estado o estadio, si llego, la poesía no será más mi quehacer. Por eso se me dice: sos poeta; hay que pagarlo. Pero yo sé que si no fuera poeta mi sufrimiento sería idéntico. Por eso quisiera estar en el lugar de A., que ayer pudo decir: «Siempre me sentí como un ojo, como una testigo a perpetuidad». Esto, desde otra manera de pensar, viene a ser una mutilación pues implica abolir la exaltación, el éxtasis, los momentos privilegiados. Pero lo que no pude averiguar, pues la voz de A. es sumamente neutra, es si lo decía como protesta o como testimonio de algo que le sucede (o que no le sucede).

Por la noche, antes de acostarme, *vi* muchas cosas. Cerré los ojos y brotaron imágenes incomprensibles. Yo sabía que tenía que dejarme ir. Pero era tan fácil. Era como darse un poco más, muy poco, a algo, era como hacer una leve presión que indica entrega. Entonces se sucedían imágenes extrañísimas: caras y lugares que nunca vi. Me dije: es fácil como abrir una puerta, como hacer salir el agua. Y supe que es ahí el lugar de la videncia, de la profecía. Que es suficiente darse algo más, muy poco más, y entonces aparecen cosas donde siempre se creyó que no las había. No es la memoria ni el inconciente, creo. Es un órgano de visión que encontré ayer, acostada, antes de dormirme. Creo que es ahí el lugar en donde están los sueños, eso es la materia de los sueños. O sea, si una fuera atenta, sería fácil descubrirse soñando mientras se habla o se camina.

27 de diciembre, jueves

Sólo pregunto esto: ¿quién me apura?

28 de diciembre, viernes

Sí. Las horas hundidas en el día, las horas cortadas con violencia. Para que haya relojes y encuentros, para impedir que la cabeza caiga sobre el pecho y se sienta el

puro fluir de la ausencia. Pregunto con urgencia: ¿qué es importante? Rápido: ¿debo vivir aún? Si todo en mí dice de un no querer, de una fatiga de siglos. Lo importante es esto: no eres una gran poeta. Lo importante es que me destino a ser una pequeña artífice de palabras duras e imposibles. Que me arrebate una lejana voz y que cante por mí un canto jamás oído. Luego moriré. Pero por una sola vez, que me haga cantar puramente. Es que todo exige esfuerzo y técnica, para sólo darse cuenta de que una no podrá nunca hacer aquello por lo que vive.

29 de diciembre, sábado

Estoy leyendo los siguientes poetas:
Jiménez
Góngora
Reverdy
Éluard
Trakl,
Ant[ología] de la poesía amorosa
Además: Cervantes.

No encuentro una manera simple y fiel de escribir. Cambio de tinta, de papel, de color de papel. Escribo llorando. Escribo riendo. Escribo contra el frío y el miedo. En vano: algo me acecha. Alguien me expulsa de mí. Ya no tengo nada que decir. Ni siquiera quejarme de ello. El silencio destruyó lo que se había propuesto: quedan algunos poemas como huesos de muerto. Poemas que no entiendo, que labro y modifico en mis noches de miedo. Se ha perdido el significado de la palabra más obvia. Y aún me apresuro, aún caigo con urgencia en mis estados mentales de negación y asombro… «que no desembocan». Una levísima presión, un invisible roce en lo que te es hostil y ya no escribirás más. Estamos a pocos pasos de una eternidad de silencio.

30 de diciembre, domingo

¿Cómo escribir lo que me contó K. durante tantas horas? Cuando leyó un poema mío (muy doloroso) me dijo que se sintió mejor, que mi poema fue como un bálsamo para ella. Y yo pensé que tal vez la poesía sirve para esto, para que en una noche lluviosa y helada alguien vea escrito en unas líneas su confusión inenarrable y su dolor.

1963

3 de enero, jueves

En verdad, nadie escribió nunca más de tres o cuatro —diez a lo sumo— poemas perfectamente bellos e «importantes». De Quevedo a Reverdy y de Chrétien de Troyes a mí, que a pesar de mi juventud ya hice *uno*.

Un apuro. Una urgencia. Para ir adónde. Ya no recuerdo a quién amo, no recuerdo si amé alguna vez. Sólo una sed, una avidez de tener un instante mío, un instante de encuentro cierto con algo, con alguien. En verdad, nada me importa ya, nada me importa más. Podría orinar en la calle. Podría cantar a los gritos, podría exponerme desnuda en un pedestal. He perdido el respeto *definitivamente*. Sólo queda una extraña piedad, por mí y por todos. Sensaciones de éxodo. Seguridad de estar sobreviviéndome. No me importa. Miro las caras por la calle y me sube la risa. Sólo me pongo muy seria cuando pasan niños, particularmente si tienen ojos claros. Lo que me acecha desde que me recuerdo es la abstracción. Me penetró y me invadió. Todo lo que siento aparece con mayúscula. Se agotaron los hechos y los actos. En mí se habla en infinitivo.

¿Hay algo más idiota que una conversación sobre el amor en la cual cada hablante empieza todas las frases con *yo*? Es lo que *yo* vengo haciendo desde hace días con A., con O., con C., etc. Pero mi sueño es, como siempre, mi deseo de no pensar en mí. Mi ejemplo debiera ser M., que tiene veintiún años. Cuando hablo con ella el mundo se mejora. Su *inocencia me hace llorar*. (La mía también.)

4 de enero, viernes

Les ardoises du toit[41]. Exceso de constatación. Aquí comienza a fallarle el *duende* a R.

Pero yo sé lo que necesito. Esto es lo trágico. Siempre lo encuentro por la mitad, correspondiendo a mi deseo la parte ausente y disgustándome la que se ofrece.

Hacer el amor para ser por unas horas el centro de la noche.

Hacer el poema para desplegarse en su espacio o para erigirse en él como una estatua. Entre algunos pueblos civilizados esta actitud lleva el nombre de *narcisismo*. *Chez moi* es un hábito parecido al de llorar de miedo cuando truena.

Cuando hablo con Y. o con Q. me siento inmoral, casi diría degenerada. Pensando en el asunto descubro que nunca tuve prejuicios sexuales. Esto me asombra, dada mi educación y mi poca libertad «interna». El sexo o lo sexual es, para mí, el único lugar en donde todo está permitido. Siempre lo sentí así. Quiero decir: para mí el acto sexual es independiente, una especie de zona cerrada por un círculo. Se puede hacer el amor con cualquiera sin que intervengan conceptos como amistad, amor, familia, etc. O sea: hacer el amor con un amigo no implica forzosamente un cambio en la relación. Es como ir al cine: un silencio y una participación. Después se fuma, se habla y se discute. Ayer me reí cuando Q. —tiene treinta años y es virgen— afirmó que no tiene prejuicios sexuales pero que el acto de amor «tiene que ser una totalidad».

Martes, 8

Explicar a Góngora es como querer explicar un perfume. A. Reyes contaba de un amigo suyo que se complacía en *no entender* a Góngora. Creo que ese señor lo entendía más que nadie. Lo que me gustaría saber es hasta dónde existe una intencionalidad en G. Poeta conciente sí, sin duda. Pero queda por averiguar si se proponía algo de una manera clara y distinta. Por ahora no lo creo. Es más: creo que habría que buscar a G. por el *aspecto lúdico* de la poesía.

Les ardoises du toit.

Peligroso momento cuando el poeta deja de decir *yo* para señalar las cosas *exclusivamente*. Terrible transición: en *La lucarne ovale* R. dice *yo* y se queja, protesta, ironiza. Ahora habla de lámparas apagadas y de persianas cerradas. En verdad, decir *yo* es un acto de fe. Nada más desolador que un poema que señala las cosas en lo que tienen de mudas e inertes. La poesía, entonces, se convierte en un juego, en una búsqueda de palabras bellas que no signifiquen (y aquí pienso en Góngora). Cuando el poeta no se enuncia ni se erige para celebrar o maldecir aparece el silencio de la desesperación pura, de la espera sin desenlace. Y sin embargo, es también canto, es voz, es decir en vez de no. Es aún una prueba de fe, la última, la que precede a la página en blanco.

Miércoles, 9

El invierno da miedo. Miedo de que se vaya.

A fuerza de sentir y de pensar me convertí en una estatua. Esto es poético pero

también es mentira porque en un principio fui estatua; el deseo de sentir y de pensar vino después.

Me pregunto si la poesía es algo tan terrible y complejo como suelo decirlo. Después de todo, las imágenes más o menos logradas que escribí se escribieron solas. Lo demás es mezquindad inservible.

Jueves, 10

Nociones ajenas: ritmo universal, Dios, la Naturaleza, la Unidad. No sólo son *imposibles* sino independientes de cualquier conflicto (mío). O sea, lo que se llama *cuestiones eternas* deberá borrar de sí las *nociones ajenas* que acabo de enumerar. ¿Qué queda? Las torturas psicológicas (casi todas afectivas y sexuales) y estas otras de, digamos, carácter metafísico: yo y el mundo, yo y los otros, yo y la muerte, las cuales pueden reducirse a un solo juego (de contrarios): yo-yo, lo cual nos obliga a volver a las torturas psicológicas. (Esto lo digo después de leer un estudio sobre «los románticos alemanes».)

Hay algo que me hubiera fascinado: tener un maestro, haber acudido a su taller o estudio durante muchos años. Allí hubiera aprendido y meditado muchas cosas manuales y metafísicas. Esto pertenece a mi nostalgia medieval del aprendizaje (total). En vez de ello, ni siquiera puedo procurarme un *maestro* literario. (Ni siquiera Rimbaud.) En todos los poetas hallo algo de lo que quiero pero ninguno escribe como yo sueño que debe ser la poesía. (Estoy tan cerca de la renuncia, tan cerca del silencio total.)

11 de dic[iembre], viernes[42]

La lentitud de Rev[erdy] (L. O.) Reverdy habla con un hilo de voz. Cuenta y recuenta sus «posesiones»: la noche, un ojo, una ventana. Como quien dice «hay esto y esto y esto». No dice lo que hay en su imaginación del mundo ni en su propia fantasía. Apunta solamente a lo cercano, a lo inmediato: la noche, la ventana… *et c'est tout*. Me pregunto en qué se parece a Huidobro (o viceversa). Si H. habla justamente de los elementos más cercanos y abstractos. La semejanza estriba, tal vez, en la discontinuidad (como en Apollinaire) de los versos y en el animismo: dotar a las cosas y a la naturaleza de un comportamiento humano.

Jiménez: difícil responder por qué no es un gran poeta pero aún más difícil explicar por qué lo es. Debiera serlo. Y no obstante…

Cervantes: momento terrible cuando don Quijote mira las imágenes de los retablos. *De súbito* lo acomete la lucidez y se pregunta *para qué todos sus trabajos*. No sé cómo seguirá pero es en este momento en donde siento que se le abre el abismo: instante en el cual se separa la acción del sentir. Además, don Quijote se compara con los santos para terminar dudando de él. Ya no son los arquetipos caballerescos (Roldán, etc.) que le infunden fe y fervor y deseo de emulación. En verdad, si la lucidez es la inseguridad, éste es el momento más trágico de don Quijote. Descubrimiento de los límites del yo. Vuelta a la cordura.

Tema a reflexionar: *Autenticidad y poesía*.

Baudelaire: su falta de *modernidad* consiste en esa división del poema: *primera parte*, un ejemplo sacado de la mitología o de la naturaleza y luego la *segunda*, que compara el estado anímico o el dolor metafísico del poeta con ese ejemplo. O sea, poesía-parábola. Ello no impide que B. sea maravilloso. Además, lo que digo no implica a toda su poesía. Habrá que esperar a R. para que haya una *fusión*.

Lo que Huidobro comprendió bien es la relación humor-poesía.

Sábado, 12

Accidentes del invierno

En el Polo Norte o en el Polo Sur. No sé cuál pero me llevaron allí acostada[a]. O tal vez trajeron alguno de los polos a mi cuarto. No sé. Me incorporé y vi la nieve. La pared de enfrente había desaparecido y daba a una lejanía de icebergs. Montañas de sal helada. De pronto pájaros blancos sin ojos ni patas. Blancuras vagando en la nieve.

—Tengo un miedo negro de tanto blanco —dije.

¿Me oyeron? Pusieron una cómoda de caoba en el centro del desierto de nieve. Los pájaros abrían y cerraban los cajones. Del último saltó una niñita grande como mi mano.

—¡Lleva sombrero! —grité llorando y riendo—. Lleva un sombrero que yo podría usar en mi dedo meñique.

La niñita sacó de su bolsillo un par de patines minúsculos y se deslizó en la nieve. Su sombrero rojo y verde, con una pluma celeste, giraba en la lejanía.

Domingo, 13 de enero

Leo *Crime et Châtiment*. Dostoievski me cambia, siempre que lo leo o releo, mi sentimiento de la literatura. Me sucede, en verdad, apreciar y complacerme más en la belleza del lenguaje de un libro que en su posible mensaje o en su argumento. Pero D. me da justo en el centro de mi tormento. Hoy me levanté cansada y afiebrada como si fuera yo la que hubiera cometido los crímenes. Me duelen los brazos como si hubieran descargado el hacha homicida. Y sufro exactamente de un sufrimiento ajeno pero misteriosamente mío. No sé si hay otro que ha *visto* como D. Lo que me asombra es su mágico conocimiento de lo que nos sucede —de lo que me sucede—. Lejos de Miller, que tanto le debe, D. no se apresura a sacar consecuencias. Miller habla después de lo sucedido, moraliza maravillosamente. Pero D. se atiene a los detalles, se atiene a ellos con una pasión que me enferma. Hay escenas a modo de orgasmos increíbles: se cree que ya se llegó pero resulta que se anuncia otro lugar de exaltación, se abre otra puerta, no se hizo más que comenzar. Otra cosa: el humor de D. Humor involuntario, tal vez, aunque tal vez perfectamente conciente. Como cuando Raskolnikov, por ejemplo, se injuria por no haberse comprado una gorra en lugar de pasearse con ese sombrero increíblemente peligroso y absurdo.

Pero ahora no dejo de meditar en el crimen. Y me pregunto por qué es algo tan importante. ¿Acaso no se olvida el amor? ¿Por qué no habrá un olvido de un crimen? Creo que lo hay. Siempre que Dios no exista.

16, miércoles

La luz simple, el estremecimiento agudo… Se mendiga por adentro, se está sarnosa. Ahuyenta el propio nombre. Se muerde adentro, se evapora, se enerva. Gris. Grismente. Se chirría. Se muerden uñas, las de los ojos, las del cerebro. Se putea a más y mejor. Se estrangula a diestra y siniestra. Se frota. Se lija. Se muestra los dientes. Se es perra. Se está enferma. Se retuerce.

17

Defenderse con todos los alcoholes existentes. Un puro emborracharse. No para olvidar sino para recordar. No porque yo sufro sino por mí en general. Por mí siempre y que se me festeje. Con todo el sexo, con toda la ira anhelante de aullar. Defenderse de nadie. Defenderse y reventar. Sí. Es lo que digo.

24, jueves

Los «alcoholes» justifican la soledad. Implican la soledad. Obligan a ella. La poesía justifica la soledad. Como si para *merecer* estar sola hubiera que decir: estoy sola *para* escribir.

Ergo: si no hago poemas la soledad ya no es mía. Me obligan a ella. Luego, una gran humillación. Exilio. O, para decirlo mejor, *expulsión*.

No obstante se es aún joven. Algo se rebela contra tanto encierro. ¿Prescindir ya de la presencia humana? Ello me tienta pero también me tienta lo otro: el desafío al encuentro vago y prometido. ¿Prometido por quién? Por mí.

Si me quedo todo el día en mi cuarto es por haber renunciado a ese encuentro.

Hoy renació la esperanza. Fue en el correo. Ante cierta mirada. Hubiera querido estar «preparada». Como lo estaba en el verano al ejercer una constante vigilia física y psíquica en mí… «como si todo te anunciara un encuentro». Fui impaciente. El encuentro no se produjo en esos dos o tres meses de vigilancia. Entonces cedí a las sombras. Me abandoné. Dejé de lavarme todos los días. No me corté más el pelo. No hice ejercicios de respiración.

Hoy, a causa de ese rostro, decidí recomenzar por milésima vez. Estoy decidida a no escribir un poema por día ni a leer un libro por noche. Voy a salir. Me reduciré. Me pondré en el lugar anónimo que me corresponde. Es absurdo penar en mi cuarto por cuatro versos que no dirán nunca lo que quiero. Si es que alguna vez quise decir algo.

De todos modos el horizonte es siempre mi suicidio. Cada año prolongo la fecha. Hoy la prolongué muchísimo: me mataré cuando tenga treinta años. ¿Qué hacer mientras tanto? Elegir: el cuarto cerrado, la poesía, el desorden, la soledad magnífica y terrible, el mal, los «alcoholes»… o lo otro: la búsqueda que se inició esta tarde, en el correo, a causa de un rostro que me trajo a la memoria: «Je ne peux pas jeter l’amour par la fenêtre». Pero tendré que arrojarme yo. De antemano me prevengo: nada se producirá. Pero ese rostro fue un desafío y me obligó a cantar por la calle cuando me volví a mi casa y a olvidar mi horrible *situación* externa: vértigos, sed patológica, frío, pobreza, «desocupación», dolores físicos… de la angustia general y particular no hablo por hastío y porque ya no hay palabras que puedan narrarla. Pero ese rostro borró mi visión borrosa, era tan bello que seguramente lo imaginé. Ahora que escribo esto recuerdo que alguna vez soñé que yo decía, precipitada y violenta, que «je ne peux pas jeter l’amour par la fenêtre». Por desgracia no sé más, salvo que mi discurso duraba horas y era de una violencia extremada. Creo que Shakespeare andaba en ese sueño. Y también —¡cuándo no!— mamá y papá.

Releo lo que escribí. Debo tomar notas de lo que me he propuesto (yo misma me río del asunto). Esas notas han de corroborar mi continuidad y mi *obediencia*. Escrito todo esto, descubro que apenas respiro. ¿Cuarenta cigarrillos diarios? No sé. Esta cifra que me impide subir escaleras y correr, pertenece a los «alcoholes» y a la

soledad de la poesía. ¿Sé lo que me propongo? Lo intuyo. Y también presiento que mi «plan» terminará en una terrible borrachera que me inducirá, sin duda, a nuevas promesas y nuevos planes (de salud físico-mental y de normalidad psicosomática). Al menos, como primer obsequio de tu *nueva época*, debes reconocer lo siguiente: estás viva, eres exaltada e infantil como hace veinte años. En vano te encerraste estos últimos siete meses con libros polvorientos y difíciles. Te dices *estoy muerta*; pero no es cierto. Es más: tus juegos constantes con el suicidio no implican más que una muy alta vocación sexual. Es verdad, la muerte me da en pleno sexo. ¿Acaso no digo que si no muero de muerte voluntaria moriré de alguna horrible enfermedad uterina? Dejemos a Freud. Conozco las explicaciones. Hay un error en mi visión. Lo presiento pero no sé dónde está. Únicamente husmeo caninamente que miento. No sé en dónde ni por qué. El misterio es uno y el mismo: ¿por qué ese rostro me obligó a cantar y a despojarme de mi gravedad, de mi tristeza? Imagino la respuesta. Tengo miedo de decirla. O tal vez, mi alegría nació del enorme plazo de vida que me concedí. O tal vez de mi «plan». Nada me alegra más que un proyecto. El de hoy es siniestro porque sé perfectamente que es mi imposibilidad personal. Seguro que todo terminará en una borrachera solitaria o, lo que será peor, en la cama, con alguno de los muchos *sustitutos* que me acosan.

Estoy cansada de romper sillas —como Balzac— a causa de estarme sentada siete u ocho horas junto al escritorio. Pero la verdad: ojalá pudiera estar diez y ocho horas. Esto se relaciona con el «error» de mi visión. Me refiero a lo *cuantitativo*. Rimbaud no tenía escritorio. De allí que no hubo nunca otro como él. Todos quieren ser Rimbaud, pero con escritorio. *Quant à moi*: quiero cumplir mi plan. Y sobre todo, tener treinta años.

25, viernes

Todo un mundo de promesas prometido. Alguien se prepara para vivir para alguien que no existe. ¿Qué locura mayor? Pero tu rostro, yo te espero y esto es todo por hoy.

En cuanto al «plan»: sí.

Fui al cine. Vi *Thérèse Desqueyroux*. Lo que fascina —por lo menos a mí— en los personajes de ficción, es su continuidad obsesiva. No perder de vista un solo instante lo trágico de su condición. Por eso la obra dramática está hecha de recortes trágicos y saltan o excluyen los momentos de variación. Esos silencios permiten imaginar que aun lo que no vemos y lo que no se nos dice pertenece a la misma sustancia fuerte y terrible. Lo que me molesta es mi excesiva participación: me agito impaciente como si quisiera avisarle al personaje que lo malo está por sobrevenirle. En verdad, la vida

que me gustaría vivir es así: instantes en donde se acumula todo lo fuerte y dramático de que soy capaz. El resto, un letargo; dormir, aunque sea anestesiada. No es la vida lo que me molesta: son los detalles. Cinco o seis escenas grandiosas y luego morir. Indudablemente creo en el cine. Y nada me ofende más que los comentarios de mi vecino. Como I., que me comentaba las escenas de valor estético y denigraba las otras. El cine no es una distracción para mí. Es un encuentro, a veces atroz, con mis deseos más profundos.

¿Qué es eso del *plan*? Hoy pensaba en él y la euforia me subía. Hablé de patafísica con M., de filología con I. Me entregaba al diálogo con una generosidad inútil porque era como si me despidiera, «mirarme por última vez», era hacer tiempo en la sala de espera.

Me demoré en mi proyecto toda la vida. Lo sé de antemano. El proyecto antecede al acto. Cometer el acto es anular el motivo de la espera. De allí que no pueda establecer una relación erótica continua con nadie. Sólo son noches aisladas, experimentos previos. Un estudiar, un abordar. Esto se relaciona con mi idea del aprendizaje, idea que me da desdicha y furor. Pero lo principal, el núcleo de mi proyecto, es así: esperar con esperanza algunos años en los que nada importará salvo ese encuentro desde ya declarado imposible. Luego, a los treinta, me suicido. Ni siquiera pensaré en la poesía. Es decir, ese encuentro es El Poema tal como lo sueño y tal como jamás lo escribiré y tal como nadie lo escribió nunca.

Uno de estos días vendrá el ángel de la cordura: me embriagaré hasta reventar. Y todo habrá terminado con eso: en cantos de ebria, en palabras ininteligibles, en vómitos, en un despertar blanco y vacío: juntaré los fragmentos, volveré a las cosas, al pan de cada día. Yo no puedo vivir, lo sé desde que vivo. No puedo vivir, «je suis de la race inférieure jusqu'à la fin de l'éternité». Un plan. Desarrollarlo y cumplirlo no es un instante privilegiado. En un milésimo de segundo hasta podría estrangular a un niño con sonrisa de ángel. Pero realizar un proyecto implica todos los instantes de muchos días. Es anular las variantes. Es obligarse a ser fiel a un solo yo. Ejemplo: recién, conversando con I., me dieron ganas de seguir en la Sorbonne un curso de Etnología. Nada más opuesto a mi proyecto. Estudiar en una universidad es prepararse a vivir sin el horizonte de mi suicidio con fecha fija. Es entrar por la puerta ancha en el olvido y en la creencia. Todo mi ser aspira a una sola cosa: encontrar a quien yo sé, no en el sueño sino en el lugar de los cuerpos tangibles. Una sola cosa: no debo hablarle a nadie de esto. Contarlo sería vivir un instante único en el que mediría lúcidamente el puro absurdo de mi intento, es decir (seamos modestas) de mi deseo inmanente.

26 de enero

A las tres de la mañana cayó en mi frente una gota de agua. En vez de razonar que

las cañerías del tercer piso debieron de haberse averiado, comencé a temblar de miedo y finalmente lloré. Luego soñé que me echaban de todas partes y me daban con perros y latigazos. Al despertar pensé en mi conversación con I. sobre los judíos y la persecución.

27 de enero, domingo

Soñé que iba a Rusia con X. Estaban, por no sé qué extraña asociación, Cookie y C. C.

Lo que me sucede ahora no depende, en modo alguno, de mi voluntad. O sea, que la voluntad no tiene nada que hacer. No se trata de copiar cien veces: «Je suis une pauvre rêveuse». No tengo que *hacer* nada. Lo único que me gustaría es asistirme más, seguirme un poco, de lejos, ver. Cuestión *plan*: *ça va*.

Al despertar me envié un extraño monólogo que decía más o menos: «absurdo – absceso – abstracción – abstenerse – abstemia – ábside – absurdo – absurdo…». Era mucho más extenso. Me hizo pensar en *Les chaises* de Ionesco.

31 de enero

Como me iba diciendo: ayer me emborraché.

Me molestó anoche, por primera vez, las frases de desdicha de pura procedencia alcohólica. Un joven pintor italiano, ebrio como yo, me sollozaba al oído: *la vraie vie est absente*. Un pintor español, entre besos y abrazos, me comunicaba sus fracasos más lejanos. Una muchacha belga me dijo *rien ne m'intéresse* y después lloró en mi hombro. El italiano dostoievskiano me susurró, antes de irme, su testamento: «Si no te veo más quiero que sepas que nunca he sentido a nadie como a vos esta noche. Quiero que recuerdes esto: "Les sens n'ont rien à avoir avec la nature"». Le respondí (cruelmente): «*Tu en a de la chance!* Decís *sens* y decís *nature* como si existieran». Se puso serio y yo supe que lo había ofendido.

En cuanto al *plan*: no. Nunca. Jamás.

1 de febrero, viernes, 13 h

¿La poesía me ayuda? No. Ni escribirla ni leerla. Es esto lo que no quieres decirte desde hace años. Claro. La poesía produce una soledad tan bella… La verdad es otra: no hay que escribir. Siento náuseas. No. Siento miedo. Sé que debo suicidarme. ¿Lo

haré? No. La muerte me asusta más que todo. Otra cosa: lo que me disgusta ahora es lo trágico. Las grandes palabras. Por eso mi impaciencia ante la poesía. Releí algunos poemas de Vallejo y tiré el libro. Cualquier expresión directa del sufrimiento me trae sensaciones viscosas, como si comiera ratas. Sólo deseo esto: ser fiel a mi rechazo. Ver en qué termina. Ver. Asistirme.

El *plan* se fue de mi memoria. Me parece tan absurdo.

18 h. Sólo pido esto: no tener esperanzas. Una larga conversación con M. L. me permite ahora respirar con menos sufrimiento. Pero recordar: el *error* está en hacer proyectos partiendo de un estado de tregua: euforia o tranquilidad. El error consiste, por otra parte, en hacer cosas útiles y prácticas (yo me entiendo). La pobreza de ahora es peligrosa porque me tienta el usarla como causa de mi desdicha sabiendo, como lo sé, que exceptuando la compra de un libro o de un juguete, no tengo la menor nostalgia del bienestar ni de la comodidad. ¿Qué me hace tener billetes o monedas? Si no tengo qué comprar, salvo libros. Pero los libros me los prestan.

2 de febrero, domingo

Encuentro con el escritor A. D. Cada vez que se refería a un libro era a uno que yo no había leído. Esto me subía la risa que contuve en todo momento pero que encendía mis ojos y ampliaba mis labios. Consecuencia: en la mitad de la conversación ya se había dado cuenta de mi ignorancia literaria y de mi linda sonrisa, por lo cual comenzó a sonreírme y a preguntarme cosas más personales. Pero también… preguntarme qué pienso de Saint-Beuve, de Montaigne, de los libros anónimos sobre hierbas mágicas… Además el excelente señor me doblaba en edad (respuesta que me di a mi leve culpa por no haber leído a «sus» autores). Lo principal de este encuentro es que por primera vez descubro que *je n'ai pas lu tous les livres*… Pero lo que me preocupa es mi manía actual de leer siete u ocho libros a la vez.

Soñé con J. C. Grandes cantidades de algo: digamos de cartas, de *tickets*, algo de papel. Subterráneos y cañerías. Hay un chico que está conmigo. Él se escapa. Yo no. Creo que él y yo somos la misma persona, un andrógino desdoblado.

A. D. ama la literatura a la manera de A. P. de M. o sea una literatura sin relación alguna con la ética ni con la psicología. (Gourmont, Paulhan, A. P. de M., Borges, etc.) O sea, un estilo bello, lo fantástico, el erotismo, el misterio, lo extraño… Comprendo que tiene razón. El único que me impide acceder a ese mundo de *mandarins* es Dostoievski… y mis problemas personales.

16 h. Me tortura mi estilo —después de todo lo es—. Me tortura pensar que nunca escribiré en una bella prosa. Y ello por una razón mental, por esta semiafasia que me obliga a romper cualquier ritmo incipiente. Pensando en el asunto, se trata de un

problema musical, se trata de mi imposibilidad de incorporar o percibir el ritmo.

En verdad, todo esto es una falla de atención, un temblor constante allí donde los demás piensan.

Martes, 4

Pasado imaginario, presente inexistente. Gran consuelo: pensar en el futuro; pensamiento imposible a causa de que no hay a quien proyectar hacia el temido, el aborrecido porvenir aborrecido. Metafísicamente hablando: se toca la disolución de la conciencia. Pero aun este conocimiento lleva lastres oníricos como si no fuera yo quien lo conoce. *Je ferai un vers du pur néant*. Eso hago. Eso hice. Enfermedad de irrealidad. ¿Admirar qué? ¿Alabar qué? El poema —cosa que me fascina en lo que tiene de dureza material, lo cual es otra ilusión. El lenguaje es cosa mental. Yo no puedo hablar ni escribir más. Yo no puedo hacer nada.

No se trata de descender al infierno de esta confusión. No hay dónde descender. No hay espejo, no hay reflejo. No hay por dónde empezar. Lo que sucede es que no sucede. Ni rostro ni máscara. Un tanto de angustia y un sordo deseo de desaparecer. Ni hambre ni sed pero tampoco lo otro. Ni siquiera un vaso vacío. Quemaron la casa. No hay ni cenizas. Se perdió el lugar del siniestro. Necesito tocarme la cara para recordarla. Y aun así enseguida la olvido. Me olvidé. Sólo recuerdo esto: me olvidé. De todos modos, hablando con claridad y alevosía, digamos que es así como termina alguien que comenzó así. ¿Recobrar el tiempo perdido? ¿Perdido por quién si yo no existía así como no existo ahora (para mí, naturalmente)? Aun esto que digo, en son de queja, no me alude demasiado. Creo hablar de mí. Estoy ofendida como si no me hubieran invitado a una fiesta (adonde anhelaba asistir). Supongo que la fiesta era en mi casa y yo quien la daba. Supongo muchas cosas. Pero estoy harta de emplear métodos de investigación y análisis para saber en dónde estoy. Todo en mí es falso. Pero no soy yo la culpable. Simplemente me he tendido redes. Me busqué. Me gustaría, después de todo, saber para qué me busco y qué me puedo importar. No soy tan agradable como para dedicarme a cazar a este extraño pájaro de mal agüero que lleva mi nombre. ¿Quién o qué soy? El error, uno de los tantos, proviene de esta estéril búsqueda juzgada imposible. De todos modos, de todos los modos posibles o no, tú sabes esto: no puedes vivir y la muerte te da pavor. ¿Cómo morir si no se empezó a vivir? Te deben la vida y te darán la muerte. Hay algo anormal en todo esto. El 2 viene antes del 1. Esto me pone furiosa.

Domingo, 9

Me encontré de nuevo con el escritor A. D. Esta vez me preguntó si conozco a Renan. Casi le pregunto si leyó a Saavedra Fajardo. Al final hablamos de René Crevel, de quien dije cosas interesantes confundiéndolo con Jacques Vaché. Gran cosa la cultura francesa: no se necesita viajar y pasar hambre y frío en una ciudad extraña. Pero qué ciudad me fue siempre más extraña que Buenos Aires. Ahora —alentada por la lejanía— pienso en la calle Reconquista o en la placita de Charcas y Callao con una ternura que no llego a creer cierta. En verdad, no se trata de Buenos Aires sino de mi familia, de la absoluta tristeza de mi casa. Aunque no es la casa, la casa es nueva y nada siniestra, son mis padres pero no los de ahora sino los que conocí de niñita. Esto es un conflicto a perpetuidad: estoy aquí pero con las valijas a mi lado y cuando pienso en Buenos Aires respiro mal y tengo vértigos. El Sr. A. D. me hablaba demasiado de la afasia (a propósito de Valéry, Larbaud, Joyce, etc.). Me dijo mirándome muy serio: «Es la enfermedad que nos espera a casi todos los escritores». Yo me sentí aludida porque siempre creí y sigo creyendo que padezco de este mal, aunque en su forma incipiente. Pero es sólo afasia oral en mí, una necesidad de dar rodeos mediante frases e imágenes para decir lo que podría con una sola palabra, la misma que digo sin dificultades cuando escribo.

En cuanto a la literatura debo recomenzarlo todo. Debo partir de cero. Pero me pregunto qué importa tener este o aquel concepto de la literatura si mi misión en este mundo se desentiende de lo conceptual. Que piense a favor del barroco o de la claridad más pura mis poemas se siguen haciendo como quieren y como pueden.

Estoy terminando *El Quijote,* libro que desearía releer cada año. La aventura con los cerdos me produjo un dolor insostenible. Me recordó esa noche en que yo había querido suicidarme en un hotel de Saint-Michel y para no hacerlo bajé a caminar y a buscar un bistrot abierto (era medianoche y estaba hambrienta). En la calle me decían cosas obscenas y yo pensaba delirantemente: ¡Sería tan fácil hacerse puta en una noche como ésta! Y termino de gemírmelo cuando alguien me escupe en la cara. Un joven tunecino lleno de marcas de viruela me había estado siguiendo y ofendido por mi «orgullo» me escupió (algo líquido tenía que emitirme). Yo corrí, me metí en un bistrot de la rue Racine y comí lentamente, sin pensar en ese pequeñísimo acto de violación. De vuelta en el hotel traté de obligarme a sufrir por lo ocurrido. Pero pensé en la saliva, en la piel, en la lengua, en la emisión de la saliva, en su recepción y no pude relacionar estos elementos con el concepto de la ofensa. No era eso lo que me ofendía sino mi hambre. Haber cenado después de horas de deseos suicidas. Haber abierto mi boca y haber aceptado cosas de este mundo. No sólo lo vencieron a don Quijote sino que los cerdos lo pisotearon.

Salamandra de Octavio Paz – A veces, en unos poquísimos poemas, el lenguaje se vuelve opaco y vacilante. Esto es curioso. Como si un gran actor, en medio de una tirada de versos que recita como un ángel se pusiera a balbucear. «Afasia», diría

A. D. Octavio es, más que nadie, el poeta de la poesía. Lo más poético es el acto de poetizar. De ello es de donde parte para arribar a ello. El poeta y las palabras. El decir. Es ésta su peculiaridad. Además, la cantidad de veces que dice «frente» y «sangre». Preguntarle por qué se refiere tanto a la «frente».

Quiero escribir sobre el silencio y la sensación de futilidad que me produce el lenguaje oral. (Ej. De O. O. en el hotel.)

Lunes, 11

El Quijote y *Salamandra*. *Mémoires écrits dans un souterrain,* Dostoievski.

Martes, 12

Placer de las palabras. (Por primera vez.) Ahora podré comprender el último poema de Octavio.

Miércoles, 13

Quijote (cap. LXX) 2.ª p.:

«… reventó mi alma por mi silencio y perdí la vida…».

El hombrecillo del subsuelo me produce estupor. Todo lo que dice me sucede, me ha sucedido. Dostoievski es más «terrible» que lo que yo creía. En este libro está dicho lo que no me confieso. Lo leo con miedo, cada página me aporta nuevas (o viejas) de mí. Pero aún mantengo una absurda esperanza: la de no saber lo que supe estos días: que no hay nada en mí, que hay un silencio absoluto en mí. Mis angustias ya no me angustian porque ahora sé que son invenciones que realizo para no oír mi silencio, mi nada. No son metáforas (me importa poco si lo son); hablo de un hastío de armario vaciado. Es eso lo que sucede: hay un lugar en mi llamado *yo* que es el lugar en que nada sucede. Mis fantasías compensatorias —destinadas a apaciguar mi furiosa necesidad de amor— me entretienen y me dan remordimientos, los cuales también me entretienen. Aunque debiera decir: *me mantienen,* como esos alambres que disimulan los floristas en las ramas para asegurar su presencia erecta y vívida. Y ni siquiera me animo a dedicarme rotundamente a *tous les vices* —sospecho que me niego a ellos pues exigen compañía y frecuentación de gente lo cual es un tormento salvo cuando estoy ebria—. Mi esperanza más antigua es ésta (infantil, increíble): un encuentro con alguien que me haga sentir que vive, que somos dos, sin que tengamos que recurrir a la mediación del lenguaje oral. (Pienso en P., en su silencio, en que lo

dejé partir porque quería terminar el libro de Reverdy, maldito sea y maldita la poesía.) Este paréntesis es falso. P. aumentaba mi hastío —*malgré son beau visage*—. Hastío. Vacío. La rima de estas dos palabras hace sonar mis nervios como un horrible chirrido de ratas fornicando, como besos de bocas sin dientes, como arañazos de manos sin uñas. Pero peor es la palabra *poesía* o *poeta* o *poema*, sobre todo *poesía*, ese acento final me hunde en un lugar inenarrable: arañas y espejos velados. No, ni siquiera eso. Un lugar sin nada ni nadie. No es la soledad (otra palabra que me molesta), ni su asociación retórico-académica. Solo, sola, solitaria, solita, soledad, soleado, solsticio. Ahora descubro la cosa: odio la letra *l*. En verdad sólo amo la A y la M. *Alors: Merde*.

14 de febrero

Terminé el libro de Dostoievski. Terminé, creo, con Dostoievski. Lo que sufrí desde ayer hasta ahora —6 de la tarde, hora en que me animo a levantarme de la cama— no lo podré decir ni contar porque al mismo tiempo que me sentía sufrir descubrí que soy idiota (la idiota del subsuelo). Además, el personajito del subsuelo es increíblemente enervante. No, no lo es. Si lo fuera no hubieras llorado en la cama desde las 10 de la mañana hasta las 6 de la tarde. «Le seul remède contre la folie c'est l'innocence des faits.» ¿Qué más inocente que llorar en la cama o estarse 40 años en el subsuelo? Maldito Dostoievski.

Traté de explicarle a I. lo que me sucede. Lo expliqué mal y no comprendió nada (yo tampoco lo comprendo). Como dos vírgenes hablando de cosas sexuales yo trataba de hacerle detallar cómo piensa, cómo funciona su pensamiento, porque quería saber, sobre todo, si sufre de silencio. En lo que nos pusimos de acuerdo es en la cuestión infancia: enterrada en el olvido a causa de su horror. El misterio es éste: ¿por qué yo quedé mutilada y ella no? Me siento recién salida de una catástrofe. ¿Por qué no olvido? No sé por dónde empezar a olvidar. Aun estoy asombrada de no estar loca. Pero ¿se puede vivir siempre así, asombrada, enloqueciendo de asombro?

Después de todo mi relación actual con los demás difiere de la del hombrecito del subsuelo. Antes no, cuando iba al liceo era la misma. Mis años de liceo son la catástrofe antes aludida. Todo, allí, apareció súbitamente: las dificultades con mis compañeras, la soledad, la angustia. Cuando terminé (cuando me terminaron) nunca más vi a ninguna «amiga» del liceo —salvo a R.—. Las odiaba imparcialmente. Pero no son ellas solas. De quien deberé hablar es de la vicedirectora de la Escuela Normal Mixta de Avellaneda. Una solterona con dientes postizos, voz gangosa y gutural, cara de ratón asustado, idiotez congénita en sus ojillos repugnantes y viscosidad erguida sobre piernas flacas terminadas en enormes pies planos de virgen ni siquiera loca. «Eso» pretendía un aire digno y usaba doble apellido (el primero González…). Eso me puso en penitencia en el patio de la escuela porque yo hablé mientras el disco

rayado emitía el saludo a la bandera. Me plantó delante de todos los alumnos, junto a la puerta de salida. Finalizado el disco salieron en filas: los de primero año, los de segundo… y todos me rozaron. Algunos me compadecieron con puteadas contra «eso». Otros practicaron chistes alusivos. Yo supe, por primera vez, que el corazón se acelera y golpea. Yo sabía que tenía dos acciones por elegir: correr al despacho de la vicedirectora, abofetearla e irme o quedarme allí sin hacer nada y jurar no hablar nunca más con nadie. Elegí lo segundo. Tenía catorce años y no cumplí mi promesa. Pero me gustaría publicar este fragmento y hacérselo llegar (si no murió, aunque espero que sí y espero, naturalmente, que haya sido de una muerte grotesca y terrible como por ejemplo cáncer en el culo), y hacérselo llegar para que vea que en diez minutos me infligió el mal en su estado más puro. Después de todo yo era una niña y alguien me ofendió y me humilló como nunca me lo han hecho ni me lo harán. Me separó como a la Gran Culpable, me cercenó del rebaño de alumnas idiotas y me exhibió como a un monstruo. ¿Y qué había hecho yo? Hablé, dije una frase en el exacto momento en que descendían una pieza de género tricolor. Siguiendo el ejemplo de los astutos jugadores de football que no desperdician al ser reporteados la oportunidad de saludar desde las ondas radiales a familiares y amigos, yo uso este espacio para maldecir y putear a mi momentáneo verdugo, la Srta. X. G. X. a quien le reservan en el infierno un castigo semejante: la atarán a un poste y millones de condenados la escupirán e insultarán. Así sea. En cuanto a mí, gracias a ella, no tendré infierno ni castigo.

Viernes, 15 de febrero

Una mano de silencio

Exaltación y lirismo «como si todo te anunciara un amante». Estoy ebria de soledad, de espera, de deseos abstractos, de entidades llenas de designios mágicos. ¡Qué noche para morir! ¡Qué instante para hacer el amor! Recién vino M. y hablamos del suicidio. Se fue y me quedé con vértigos, delirando palabras de felicidad, como si hubiese visto señales de un himno inminente a la más pura inocencia. Oh canta, canta, canta en mí, pequeña noche de campanas y silencios, canta y ayúdame a olvidar este olvido misterioso de un lugar de dicha total. Canta, mi pequeña noche, que la soledad no esté sola, que se murmure, se gima, se vuelvan ecos de caballerías soñadas los horrendos ruidos sedientos del reloj. Instante matriz, madre de mi instante, insiste de izarme de este suelo desolado, de esta gravedad sin canto, encántame madre de todo lo que gime pequeñamente en este mundo grande y sin agua. Aridez de la inminencia: se cree llegar y el reloj da la hora de la razón, cuerda al reloj, cordura al yo. Olvido, olvidanza, olvidadizamente. Y cristal de mar, cristal de sonidos, cristal de cantos que no rompan la noche en días iguales. Exijo una duración

de la tregua, una musicalidad del yo, un bebedero en el desierto de la memoria. Exijo un estatuto de soles negros y de lluvias verdes. Y fundación de suelos propicios para el crecimiento de los muñecos que abren los ojos cuando muere el día y cierran los ojos cuando nace este candor de niña recién arribada por vía del viento a una bahía de cantos y de tambores y de hojas de un verde tan puro que de súbito sentimos en la memoria una extraña consolación.

Lunes

Soledad. [*palabra ilegible*].[43] Balanza de la memoria: memoria palatina, ecos de palas de pelo de pluma de plectros de plíneo [*sic*]. Planeo pacífica. Sombra, zombies. Azul benteveo, viento, te veo, ven. Izar la noche, adorno de la noche, ofrenda del día.

Martes, 19

Indefinidamente. Toda la noche miré el reloj. No pude dormir. Indefinible noche. Alguien me está gestando indefiniblemente. Sé que naceré muerta.

Desearía abandonar todo esfuerzo. Dejar que vengan y me devoren. En lugar de hacerlo yo.

Autofagia.

Ojalá no hubiera publicado un solo poema. Es asombrosa mi inmadurez. ¿Quién me dijo que soy escritora o poeta? Es algo que se gesta. Pero tanta inconciencia… Sólo sé hablar de la poesía. En una mesa de café. Pero la obra, la obra. Me ata el miedo. Nadie escribe tanto como yo y no obstante balbuceo penosamente. Es un hecho mental. No puedes con el lenguaje. El lenguaje no puede por ti.

Viernes, 22

Palabras. Es todo lo que me dieron. Mi herencia. Mi condena. Pedir que la revoquen. ¿Cómo pedirlo? Con palabras.

Las palabras son mi *ausencia* particular. Como la famosa «muerte propia» (famosa para los demás), en mí hay una ausencia autónoma hecha de lenguaje. No comprendo el lenguaje y es lo único que tengo. Lo tengo sí, pero no lo soy. Es como poseer una enfermedad o ser poseída por ella sin que se produzca ningún encuentro porque la enferma lucha por su lado —sola— con la enfermedad que hace lo mismo. Yo escribo a falta de una mano en mi mano, a falta de dos ojos frente a los míos, a falta de un cuerpo exterior a mí sobre el cual apoyarme —un minuto siquiera— y

llorar. (Lágrimas visibles, que se puedan secar, que la mano deseada pueda enjugar.) Este silencio de las palabras que me invaden, de las que digo y escribo, es el horror, el vértigo, el dolor en su estado más puro. ¿En dónde hallar una presencia humana que me calme? Nunca nadie lo pudo; ni amigos ni amantes. Sólo cuerpos vacíos que apenas diferencio de las cosas y sólo fantasmas que he amado hasta pulverizar mi conciencia y mi memoria.

24, domingo

En mi caso, las palabras son cosas y las cosas palabras. Como no tengo cosas, como no puedo nunca otorgarles realidad las nombro y creo en su nombre (el nombre se vuelve real y la cosa nombrada se esfuma, es la fantasma del nombre). Ahora sé por qué sueño con escribir poemas-objetos. Es mi sed de realidad, mi sueño de materialismo dentro del sueño.

2 de marzo, sábado

Es el subsuelo. No veo a nadie. No puedo ver a nadie. Estoy cansada. Me termino. Me hundo. No puedo hablar. ¿Qué espero?

3 de marzo

Despierto con una tensión espantosa. Ahora sé lo que pasa: no se puede decir la verdad. La poesía es más bella en la medida en que se aleja de la verdad. No me refiero a una sola verdad sino a muchas: las que aparecen según sean las circunstancias por las cuales se tocó fondo. Así por ejemplo: debajo de la frase de C. en su última carta: *embrassez-le de ma part* hay una verdad tan trágica y terrible que ya se vuelve bella. Si le dijera: *voyez-vous, je ne veux pas aller l'embrasser de votre part parce que,* y aquí explicarle… Una simple frase, esto es tan cómico, una simple frase que me obligó a descender a donde yo no quería. Hace una semana que lloro y sufro por esta frase, no porque me importe *embrasser ou pas* a X., si lo veo puedo hacerlo diez veces, aunque en verdad preferiría que X. no existiese, a causa de esa frase, a causa de lo que resonó en mí al leer esa frase.

Miércoles, 6

Por primera vez, después de tantos meses de encierro, caminé bajo el sol. El lago del Parc de Montsouris aún estaba petrificado en su centro. Los cisnes avanzaban en sus botes autónomos y al llegar a la finísima superficie blanca apoyaban sus patas y caminaban como danzarines. Esperé a que el hielo se trizara pero no sucedió. Demasiado azul en el cielo, naranja en las extremidades de los cisnes, reflejos en el lago, incipiente verde naciente en los árboles y en mi memoria. Nada se rompió. «Debo andar mucho —me dije—, tal vez pasen siempre maravillas como éstas. Tal vez siempre pasaron y yo no lo supe; encerrada en mi cuarto, llorando en el subsuelo, sufriendo para nada y por nadie.»

Z. es una errata de la distraída madre Natura.

Lunes, 11 de marzo

El hastío es en serio. Por eso hay que trabajar. En tanto no se muere, en tanto se muere una de hastío.

Lo que produce hastío es sobre todo saber que se tiene razón de hastiarse. El error sería lo contrario. Nada más hastiados que tener razón. Nada más inútil. Por eso se buscan las desgracias. Cuando yo busco sufrir cometo un error pues sé, de antemano, que no hay razón para sufrir, quiero decir, que nada me alcanza profundamente. Por eso juego a sufrir y este juego es un sufrimiento doble: se sufre y se sabe que es mentira.

Contra el hastío: leer, comer, hacer el amor y embriagarse… Y sufrir, como decía.

Por algo muy grande he perdido. Lo perdí a los 17 años, cuando comenzaron a decirme que yo era una «auténtica poeta». Perdí el sentido del juego, la atención profunda de mis antiguos ojos azules. Quisiera retornarme la vieja mirada: escribir poemas como cuando dibujaba un árbol, una casita, un caballo y un pájaro. O sea: actuar sin destinatario mental o real. Sin finalidad. Sin para qué ni por qué. Como cuando estoy ebria, exactamente como cuando ando ebria, sin tiempo, en un presente imaginario que no me importa. Sin causas ni efectos. Sin prudencia. Sin precauciones. No sé si desorden pero el orden no significaría nada. Esto deseo: salir por la puerta trasera de este súbito mundo adulto en el que me introduje a causa de mi cédula de identidad, del espejo y de los valores vigentes. Pues yo me niego, yo rehúso, yo quiero jugar y jugarme. *Ange inviolé*. Yo sé lo que sucede: nada de importante. Nada es importante y yo lo sé. ¿De qué sirve saber? ¿De qué sirve preguntarme para qué sirve? Servir. Nada más inútil que algo que sirve. Porque nada es útil o inútil en mi caso. Pero he perdido mi no preguntar. He perdido mis ojos asombrados y silenciosos. He perdido mi humildad ante mí misma. Me he perdido y el sólo querer buscarme sería la corroboración definitiva de mi pérdida.

Nota sobre el primer libro – Biblioteca de R. C. – A. C. (el mate, Valéry, Rilke) –

demostrar «la belleza de mi espíritu» – la revolución – los tiros. Lawrence y consejos para los recién casados.

13 de marzo, miércoles

Dificultades económicas. Deudas. Alegría y angustia. (Ello me obligará a escribir, a trabajar.)

La luz se hace vino. La noche se triza. La voz, la voz alada, el ala de la voz. La luz que gime en la oscuridad. El viento que gime. La desconocida, la desolada seguridad de un viento venido de esta voz que me llama llamea en mí, me inspira, me expira, me insufla, insuficientemente. Todo es un morir aquí, a pocos pasos de una luna de silencio, de simiente. El verso mágico, el sudor de dos cuerpos aullando. El ver y el no verse. El verso mágico, el esperado, el que ataca cuando es de noche, el que no se escribe para no ofrendarlo, para enumerar y emparedar las miradas que lo esperan.

La noche bebe, se bebe, se nos bebe. Tú estás en mí pero yo no estoy en ti. Yo te amo desde muy lejos. Yo inauguro un lugar de esperas, yo cambio el sentido de la espera, yo espero en un lugar de encuentros. Yo aprendo el vértigo. Yo enuncio la cálida participación en la ceniza. Mundo de fuegos apagados. Inmundo lugar oscuro. Dios perro de tierra. Dios perro sediento. Beberán de mí como murciélagos. Como piélagos. Como murtiérragos. Como infernal batida de ecos provistos de encantaciones para alejar mi bien. Para alejarme. No diré una palabra. No, gracias. Me quedo con mi torsión inútil, mi tensión, mi diapasón, mi hacinación. Así nació.

Nunca comprendí el habla. No sé por qué la gente se reúne y habla. Esto es muy difícil de explicar. Lo intentaré.

Comprendo el lenguaje escrito. Esto no me ofrece la menor duda.

un olvido – una distancia olvidada – un tren ilegible – un camino rugoso – un aterrizaje – un pájaro rojo sin embargo – una casulla – un bicho azul y un hormiguero – un hombre con una bolsa llena de hormigas azules – un falo de cristal – una criatura cristalógena – un beso del aire – una mirada de despedida – un verso verrugoso – un viento – un benteveo – un antro abierto de antracita, trágico y triste – un mago sin estrellas – una niña estrellada en la nieve verde – un sombrero maravilloso para vivir en el polo Sur – El miedo secante sobre las manchas de tu memoria – La mano grita en su grieta de gruta – El seno del mar de mármol con pájaros engarzados en su fisuras deleznables como un sueño en que todo nos ve ciegos – Un amor inútil como una estatua – un pasaje cerrado – un deseo a dos marineros por hora.

Sábado, 16 de marzo

Horrible confusión en mis escritos. Todo a medio hacer. Poemas en verso. Poemas en prosa. Cuentos de humor. Cuentos sin humor. Diario. Textos «automáticos». Confusión en las lecturas. Demasiados libros a la vez.

17 de marzo, domingo

Escribir es un esfuerzo. Hoy me dediqué a corregir un cuento. Lo hice sin pasión, como si mi hastío, mi fatiga, mi coerción, fueran sustitutos de la necesidad. También leer es un esfuerzo, pero de distinta índole. Leer un solo libro me es imposible. Leer un libro solo es leerlo con la mirada mientras yo, detrás de mis ojos, medito en todos los libros que no leo en ese momento. Siento un deseo espantoso de devorar todos los libros. Pero al mismo tiempo, mi represión ética me advierte que más vale depositar mi hambre en uno solo. Algo que no puedo nunca es leer de una sola vez un libro de poemas. Un solo poema o dos y ya siento que no puedo más de tanta verdad dolorosa. Esto es una cuestión de serenidad (falta de ella), de no concentración, de pérdida del sentido lúdico, etc.

18 de marzo, lunes

Suicidarse es perder la noción de la fatalidad y del destino. No tener más miedo de lo que todavía puede venir a hacerme doler y sufrir. Suicidarse es reconocer que lo peor está ocurriendo *ahora*. El suicidio es el rechazo rotundo del presente. Por eso pocos neuróticos ansiosos se suicidan, están siempre a la espera de un mal mayor. Suicidarse implica la máxima atención y lucidez, decirse «esta soy yo, ahora, aquí». Y saber, también, que no se debe esperar más. Suicidarse es cerrar una puerta, la de la sala de espera.

Leo *Madame Bovary*.

20 de marzo

El hecho de tener miedo de hacer algo implica abstenerse de hacerlo. Primera aparición de algo que llamaré *voluntad*. (O heroísmo. Sí, sin duda es eso el heroísmo.)

23 de marzo

Todo se reduce a esto: acabar con mi exhibicionismo. Olvidarse del fantasma de los otros. De ello depende mi suicidio y mi poesía. Estoy realmente asustada porque cada vez encuentro más razones a favor del ser y en contra del parecer. Todo lo que hago e hice hasta ahora fue un homenaje al parecer. Por razones afectivas, sin duda. ¿Para qué escribe usted? Para que me quieran.

Releo *Los cuadernos de Malte*. Todo lo que se dice allí es lo verdadero y lo cierto. Pero me enervan las ilustraciones de esa verdad. Lo que me irrita es que cuenta algo trivial y dice que habría que comprenderlo, me invita a penetrar en su misterio que él, Malte, no devela… porque no puede ni sabe cómo o porque no hay misterio en ello. Rilke *sabía* como casi nadie. Pero a veces me irrita.

Hay algo *escandaloso* en su visión de París y en la presentación de ciertos personajes miserables. Es el escándalo de la poesía. Es la anulación de lo cotidiano. Lo cotidiano es la calle y la gente, lo que pasa afuera. Ver y detenerse para ver y buscar respuestas entre eso tan anónimo y falto de misterio es lo propio del poeta. Es suscitar lo inusitado de algo que ha sido consagrado como «natural» y trivial. Hay algo terrible en la mirada poética o develadora: mirar la cara de los que pasan por la calle es un acto subversivo. Por eso, no pocas veces, me miran con odio cuando prolongo mi mirada en algún rostro ajeno. Con odio o con ironía o con lascivia. Nadie se deja ser paisaje. Se exige lo utilitario. Si miro a un muchacho, me seguirá obscenamente. Si a un *clochard*, me pedirá plata. Nadie se deja leer gratuitamente.

Jueves, 28 de marzo

Dejé la novela. Es penoso escribir un libro que exige una continuidad. Además, no tengo ganas de contar nada. Además las cuatro primeras páginas no son más que obscenidad infantil[44].

Domingo, 31 de marzo

Me desperté a las cinco de la mañana muerta de risa. Recordaba, después de tanto tiempo, las aventuras de Alicia. La Reina, el Rey, el Sombrerero, la Liebre Loca, el Lirón, los flamencos para jugar al cricket, los hongos que hacían crecer y disminuir, el niñito que estornuda en la cocina llena de pimienta. Pero la tortuga llorona… sobre todo ella.

19 h. Jiménez me irrita, hace poemas por costumbre. Falta la aventura profunda, la del espíritu, la del lenguaje… Es un cantor culto y dotado. Sus temas son triviales y

repetidos, su vivencia del misterio es vulgar pues es un pretexto de exhibicionismo. No obstante, me atrae…

No podré escribir este diario hasta que no sepa el desenlace de mi maldita circunstancia de ahora.

Leer un solo libro. Trabajar un solo poema, un solo cuento. Ello es sinónimo de libertad. Desnudarse. Despojarse de la cantidad, de lo inútil. Un solo amigo. Intensidad y no extensión. He aquí lo difícil. Lo imposible. Mi desorden es atroz.

1 de marzo[45]

Confusión.

Recién estuvo M. Es la única persona de este mundo que me permite aceptar con alegría mi persona. Quiero decir: cuando estoy con ella me alegro de ser yo.

¿Qué hubiera pasado si Kierkegaard se hubiera sentido hermoso y seductor?

5 de abril

Elevo promesas. Si no sucede lo que temo cambiaré, si sucede me suicido. Chantaje al azar. Esta vez me agarraron: los fantasmas encarnaron. Heme aquí esperando. No es posible jugar más. Nunca más. Juego terrible. Todo para enseñarme lo que odio: la responsabilidad, la conciencia.

Martes, 9 de abril

Como si quisieran. Me eligieron la vida. Se terminó la pequeña espera. Dijeron *sí*.

Imagen y metáfora. Destaca contenidos particulares e irrepetibles y contenidos generales e intemporales. Estos últimos son consideraciones sobre la existencia humana. Se pregunta en dónde está en ellos la poesía, de qué manera. Respuesta: lo conceptual, en ellos, no se agota sino que es desbordado por lo emotivo. Se debe a la profunda fusión fondo-forma; a lo insustituible e irreemplazable de la forma.

Imagen de doble fondo.

estado interior: poema reflejo objetivado en él.

3) nuevo reflejarse: el símbolo se convierte en un *como* (metáfora, comparación).

Pregunto: ¿cómo corregir y modificar si P. da la aparición de la metáfora como algo fatalmente elaborado desde dentro *sin premeditación*?

Pfeiffer – Jiménez – Baudelaire.

Ahora bien: ¿es posible abolir veintiséis años de error, de desorden y de ceguera?, ¿es posible, como lo siento ahora, despertar y hacerse cargo de sí? El miedo de volver a caer. Además, ¿es inocente mi deseo de ahora de ingresar en lo moral? ¿Se debe al miedo de estos últimos meses? ¿Es un simple temor a las consecuencias? ¿Un darse cuenta cuantitativo de que se está perdiendo? Esto temo: que mi actual hartura y náusea ante la promiscuidad y el desorden sea fruto de un oculto calcular las consecuencias. Pero aun así, haber sabido que me daño y me castigo en nombre de no sé qué crimen, saberlo no lo sé, ello debe conducirme a un trato distinto, a quererme con más justicia… Siento una horrible tensión ética. Así como me arrojé en lo promiscuo, a ciegas, temo, ahora, una no menos ciega inflexibilidad. Lo natural, lo inocente, el sentarse graciosamente en la propia existencia no me son dados. De nuevo, como antes, los gestos de la *nouvelle riche* que ahora dirá *no* en vez de *sí*. No es esto la verdad. Aún no te diste cuenta.

Miércoles, 10 de abril

Aun así, falta la ternura. Se la necesita.

Pf[eiffer] *Temple de ánimo y estilo*. El poema lírico es ejemplar. En él, el *qué* es absorbido por el *cómo* (estilo)

Jueves, 11 de abril

Imposibilidad de la poesía. (Apenas anoté esto hice un poema para demostrarme que no.)

Los problemas que me plantea el escribir. El primero, mi exilio del lenguaje. Dada mi espontaneidad y mis fuerzas debiera arrojarme sobre quinientas hojas en blanco y «escribir como siento». Ahora bien: sucede que yo no *siento* mediante un lenguaje conceptual o poético sino con imágenes visuales acompañadas de unas pocas palabras sueltas. O sea que escribir, en mi caso, es traducir. Otra cosa que se origina en mi carencia de lenguaje conceptual interno es la ignorancia absoluta del lenguaje hablado. No hablo yo en un idioma argentino, yo uso lo poco que sé del español literario en general. Esto, en cierto modo, no me preocupa. Si me preocupara no existirían los otros problemas. Quiero decir que debo forzarme una retórica personal, si es que deseo escribir un libro en prosa. Esto es lo que me angustia, lo que me obliga a leer clásicos que me hastían y poetas que me disgustan. Aun así, no entiendo qué me paraliza apenas decido empezar la novela. Yo sé: es mi impotencia a

la fidelidad, a la continuidad. Tal vez, en una semana o un mes lo podría escribir, encerrándome y no saliendo nunca, obligándome, esforzándome. Capítulos cortos. Un solo tema, una sola escena de locura. Esto es lo terrible: quisiera limitarme, pero también quisiera *decirlo todo*. Además, escribir sabiendo que lo escrito será «malo». ¡Cómo me odio cuando calculo y preveo! Pero tal vez en el verano, en julio y agosto, me encierre a escribirlo. Como una prisionera. Como una condenada a trabajos forzados. Esto es más que importante, esto es urgente. Y sin embargo, estoy en el error: tratar de ganar tiempo, de apurarme. Pero si lo escribo… Después de todo he *aceptado* vivir (el martes) para eso. ¿Tengo fe en mí? No. Además, tengo la sensación de mi ignorancia, de mi estado prematuro. He leído demasiado y mal. ¿Sé lo que es una novela? ¿Lo sabré si la escribo? Oscilación entre el diletantismo y el esteticismo. Dostoievski y Mallarmé. A pesar de esto, aún no sé manejarme con los verbos complicados.

Lo que quisiera que mi libro dijese es la promiscuidad y la pulverización de la conciencia de una adolescente solitaria, llena de clichés solitarios. O sea mi adolescencia y mi situación de ahora: la imposible reconstrucción moral, la falta de fe, la voluntad. Pero para esto: mi pasado son mis fantasías nocturnas, mis delirios diurnos. Mi pasado no existe. No puedo mirar, proyectar mi mirada en ninguna acción. Me fui de mi casa a los dieciocho años. Volví. Traté de estudiar, de amar, de escribir. Vida de café y desorden sexual. Culpa e intentos de hacer lo que todos. Aún ahora trato, a veces, de incorporarme a la —digamos— sociedad, mediante un cambio externo (matrimonio, finalización de la «carrera» universitaria).

¿Qué quiero contar? No tengo nada que denunciar, mejor dicho, denuncio todo y a todos. Lo que falta es lo concreto. Hablar, por ejemplo de una mesa, de un rostro, de un suceso. Vago, ando, vaco, erro por el lugar de las disociaciones. Apresar un hecho, un rostro. Todo es más rápido que mi pluma. Y después de esto, mi escepticismo último. ¿Para qué escribir? Para que X. me quiera. Esto es imposible pues X. *s'en f… pas mal* de que yo escriba novelas o poemas abstractos. Sin embargo, hay en mí una sed balzaciana de posesión del mundo, de comprimirlo en un libro, de apropiármelo. Y de escribir mucho, cantidades de hojas, aunque lo escrito sea de mala calidad, aunque sea un folletín espantoso.

Sábado, 13 de abril

¿La poesía puede? Pensar en Kafka, en Dostoievski. ¿Qué poeta estremece de igual manera? ¿Qué poema da cuenta de los movimientos del espíritu con semejante intensidad?

Domingo, 14 de abril

Esa extraña noche con A. en un hotel de Saint-Michel. Yo estaba enferma y el Dr. F. me había prohibido hacer el amor —se lo había preguntado sin timidez así como le pregunté si podía fumar. El núcleo de esa noche era la consigna de no arribar al orgasmo. Nunca estuve tan excitada ante otro cuerpo. No lograba separarme de A., apenas mi sexo perdía contacto con el suyo me invadía un murmullo sexual que se distribuía en todas las partes de mi cuerpo, hasta en las yemas de los dedos. Como cantos de millares de pájaros en un lugar soleado. Miríadas de estremecimientos suavísimos. Encendía la lámpara, la apagaba. A. se me aparecía en todo su misterio. Su rostro, trivial en lo cotidiano —si no fuera por sus párpados pesados e inflamados que dan a su rostro, cuando sonríe, una sabiduría vieja, casi judía—, su rostro era tan bello que me dolía: más que bello. En esa noche poseyó lo que yo busco vanamente en todos los rostros: una sombra de fatalidad inescrutable, un silencio que entraña palabras presentidas. Creo que lo que me excitaba de tal manera extrema era la idea poética de morir haciendo el amor. Además, la debilidad aliada a la fiebre me sumergían en esa zona sin relación con lo cotidiano en la que siempre deposité mi única esperanza y que hasta esa noche yacía en un imperio soñado de acceso imposible a causa de su irrealidad. Sentía mi pequeño cuerpo como algo frágil y precioso, un sedoso animalito enfermo, y se lo confiaba a A. que lo acariciaba y amparaba con el suyo delgado y fuerte. Al borde del orgasmo yo le susurraba un «no» muy quedo, muy sigiloso, y era una palabra clave pues nos encendía, nos desesperaba, prolongaba el espasmo mediante ondulaciones nuevas que aparecían y desaparecían en nuestros sexos. Encendía la luz para tomar los medicamentos mientras A. fumaba y me contemplaba con sus ojos enormes y tristes en donde se habían acumulado, esa noche, los extraños elementos de mis deseos más profundos, más callados, más ocultos.

Otro engaño: creer que se debe transportar a la hoja de papel el «hecho en bruto». El problema es este: acordar el ritmo interior a lo estético. Quiero decir, cuando escribo sin cálculos retóricos mi prosa tiene un ritmo peculiar: violento y decidido. Intentar embellecer esa prosa mediante correcciones y sustitución de palabras implica deshacer, en parte, ese ritmo. He aquí el problema. Ahora que leo el libro de Mandiargues siento ira contra el esteticismo. M. fabricó este libro. No sé por qué me irrita tanto.

Lunes, 15 de abril – Perpetua postergación

Miedo desconocido, miedo otro. A causa de, por culpa de, porque, de donde se piensa que… No. Digo *miedo*. Siento miedo. Algo que se siente como miedo de un

más allá de toda causa. Hace una semana jugué con el suicidio porque me acechaba un terror físico circunstanciado y nombrable. Tal vez temo el día de mañana, el absurdo encuentro con X, alguien que me recuerda que no puedo vivir sin amor, que mi ternura baldía es real, alguien que sabe de mí en lo que tengo de mísera y de despojada. Pero X. tiene tiempo, serenidad, está a la altura de las circunstancias. Quiere ayudarme a vencer mi confusión sabiendo, como sabe, que proviene de sus ojos y de su cara. Esto es tan escandaloso, tan inmoral.

Nunca pienso en mis padres. ¿Los he olvidado? No. Buenos Aires, es decir mis padres y la calle Viamonte, vuelven cada noche a mi memoria. Iré a Buenos Aires, necesito volver. Y ya lo imagino: cinco minutos antes de arribar al aeropuerto trataré de cambiar de *yo*, de forjarme un *yo* sereno y maduro. Me sucede lo de siempre: querer hacer algo en unos instantes, anular el crecimiento natural. Anoche, sumergida en el hastío, sentí la tentación de madurar lentamente, de desprenderme de la infancia, mejor dicho, de las compulsiones infantiles. Pero luego vinieron los fantasmas, con los que departí cordialmente hasta las cinco de la mañana. Otra cosa: ayer presentí que me enfermaré del corazón. No sé si será cierto pero debo decir que hago todo lo posible para que así sea.

Recién quise hacer un ensayo sobre Rimbaud. No quiero mentir, no quiero engañarme, yo no sé nada de literatura, nadie que esté fuera de sí puede saberlo, nadie que piensa todo el día en su miedo puede saberlo. Serenidad, distensión, atención: esto me salvaría. ¿Qué me atormenta? ¿Quién? El miedo al futuro, la inseguridad de mis deseos, el exhibicionismo, el narcisismo, la sensación o seguridad de haber fracasado por distracción y sobre todo mi inactividad, mi pereza, mi hastío, mi ocio. No tengo ganas de hacer nada y ello me duele. Esto es inmoral. Lo heroico sería aceptarlo y estarse sin hacer nada en vez de tomar café hasta temblar y vitamina C y fósforo, hierro y demás idioteces. Me obligo. Hasta me obligo a ir al cine. Pero todo esto es más soportable que saberse sin ganas, distraída por las visiones paradisíacas, viejas y polvorientas, que mi memoria me ofrenda día y noche para que yo sufra y llore y tenga miedo. Aun así, deberé verme algún día, descubrir que no siento deseos de ver nada ni a nadie. Y que no tengo amigos porque no puedo querer y que no puedo escribir por el simple motivo de amar el silencio. Mi manera de vivir es sumamente ridícula. Desde que llegué a París lo sé. Todo lo que me sucedió en París, en Capri, en Roma o en Saint-Tropez constituye una materia riquísima para un film de Buster Keaton: desde mis viajes en motocicleta hasta mis aventuras sexuales, desde mis deseos de uniformar y ordenar mi existencia hasta los antípodas —made in Henry Miller, Rimbaud, Breton and Co. Y sobre todo, mi enamoramiento de G. y, ahora, de X., el mismo que me hizo llorar místicamente a los doce, quince y diez y ocho años. Una sola cosa mejoró: me tortura menos, creo, la soledad absoluta, el sin amor, el no poder confiarme a nadie.

Martes, 16 de abril

Le dije: No encuentro la salida.

Me dijo: ¿Es necesario encontrarla?

Puedes jugar con los conceptos, darlos vuelta, abrirlos, en fin, todo lo que quieras. Por eso vale un poema: porque no excita a los contrarios. Pero también podría decir que sí los excita, lo cual, de todos modos, no tiene importancia. Una sola lágrima convence más que diez volúmenes de dialéctica. ¿Convence de qué? De que el lenguaje, cuando no se erige en poesía, no consuela, no puede ser interiorizado y creído como se cree en un rostro amado, en un recuerdo. Esto está muy bien pero apenas señala mi desesperada soledad cuando salí de lo de X.

Miércoles, 17

Noche atroz. Desperté con la piel de la boca rota y estriada como si hubiera tragado fuego. Como Julie en la novela de Giono que sale de la escuela, cierto día, como si hubiera estado mucho tiempo con la cabeza dentro de las fauces de un lobo —imagen que me impresionó bastante—. Deseos de emborracharme, de vivir ebria, de drogarme. Hay algo que no sobrellevo, anoche lo supe, en mis horas de insomnio. Querer hacer de mí *une femme de lettres* es más irrisorio que ver un indio en un Alfa-Romeo. Hablando de primitivos, anoche deliré el proyecto de irme a visitar algún pueblito de salvajes: Nueva Caledonia o África. Escribo esto y me duele el lado izquierdo, *mon triste cœur*, ¿cuándo tendré edad propicia para un infarto? Oí una voz, todo el día, que me auguraba el final: *tu meurs, mon enfant, tu es très malade…* Carta de mis padres desde el mejor de los mundos. Optimismo que me hastía. ¿He dicho que me hastío? Rondo la imagen de X. ¿De nuevo te irás a enamorar? Merde. Ni la noche ni el día dejan de ofrecerme su maldita mirada maravillosa. Anoche imaginé que me moría de asfixia —en ese instante no respiraba— y que llamaba a X. que no quería venir a «despedirse» y yo sufría tanto que me moría de ganas de hacer el amor (¿con X?). Nada me excita más que imaginarme en estado comatoso.

Jueves, 18

La literatura me hastía. Hoy siento que no existen palabras bellas y palabras desagradables. Las vocales no tienen color. La lengua es incolora, inodora e insípida. Como el agua. Como el aire. Como mi memoria.

Sur: Desnudo entre ruinas – Para mi muerte – Pido el silencio – Encuentro – Para saber – Tu voz – En tu aniversario – Dos en lo oscuro – En el centro del instante –

Las uniones posibles – Es aún el amor – Buscar – En honor de una pérdida – Se prohíbe… – Reloj… – Umbral – Silencios – Imagen – Formas

Miércoles, 24

Sensaciones de interioridad prisionera. Como si el órgano de la percepción fuera de vidrio y estuviese empañado. Desacuerdo. Discordia. Primera aparición del deseo de la pureza o, al menos, una suerte de receptividad alerta, si no a perpetuidad, al menos por unas horas. Anoche casi pienso en la muerte pero recordé mi edad y me dispensé felicitándome por la cantidad de tiempo que me concedo.

No escribo por temor a la cantidad, a no saber en dónde guardar el poema o qué hacer con él. Releyendo *Las aventuras perdidas* descubrí mi condena: sólo lo que me cueste esfuerzos increíblemente duros y crueles durante ardientes noches de tabaco y café y corazón precipitado y manos temblorosas, sólo aquella hoja cubierta de signos y señales emanados de mi esfuerzo, será válido, importante, y tal vez duradero. Mi condena es la de tener que arrancar una máscara sirviéndome de fuerzas superiores a las mías. Ante otros la máscara se desprende como una hoja de un árbol. Ahora comprendo por qué no pude nunca procurarme un maestro o alguien a quien imitar, aunque fuera parcialmente. Pero tal vez a causa de mi visión empañada debo hacer gestos de ciega, esfuerzos de ciega. O sea que los demás saben desprender la máscara mirando con serenidad y hondura en qué lugar y de qué manera está prendida.

Zolla: *Cecilia o…* Está muy bien el arquetipo del experto como hacedor del futuro, como solucionador de lo que no tiene solución: el psiquiatra, el ginecólogo… (Tú lo sabes mejor que nadie.)

Ant. fantástica – Ant. S. Oc[ampo] – Selección poemas míos – rep. Ionesco – M. Fernández

no todos sino ése, un lugar, no digo un espacio, hablo de qué – un agujero – una cara – un color absoluto – no la noche – hablo de lo que no es – hablo de lo que conozco no el tiempo – sólo todos los instantes – no una voz – no – sí – no – un lugar de ausencia – eso es a lo que me destino – un hilo de miserable unión, su lugar de peregrinación – digo qué no es – un día, que no es ni puede ser un día, veré lo que ya no será un rostro agujereado, veré lo que no podré ver, a causa de estos ojos que sólo nacen para evaluar la ausencia.

26 de abril, viernes

Pasa que si no escribo poemas no acepto vivir, vivirme. Pasa que la condición de mi cuerpo vivo y moviente es la poesía. Pasa que si no escribo no me dejo, no me dejaré nunca vivir para otra cosa. Una noche del año 54 lo juré. No se trata de fidelidad sino de saber quién soy y para qué estoy aquí. No se trata de obligarme sino de arder en el lenguaje. Todo signo de huida me duele porque me niega, me desaparece. Esto es orgullo y locura. Lo es y también a causa de lo que hago con mi cuerpo: castigarlo hasta que diga palabras, es decir poemas. Yo moriré del método poético que me creé para mi uso y abuso. Nada menos poético pero nada más cercano —dadas mis limitaciones naturales— al verdadero lugar de la poesía.

Aun así, estoy fatigada y no puedo más. He de poder. O puedes o revientas. Elige. Yo, por mi parte, ya no puedo más.

Vivir, morir. Pero si se trata de aprender a jugar. Lo que me sigue desde que escribo es un grupo de palabras patéticas que no comprendo, que nadie comprende. He aquí lo difícil: hablar de lo que se sabe. Bueno, pero después de todo, hablar de lo que no se sabe es preguntar.

Toda mi vida quise esto —dijo—, mirar un rostro tal como es. La abstracción la acecha. Es más: la invadió. Alguien que ve medio rostro, medio cielo, medio árbol. Su ojo ausente rehace lo visto simultáneamente al ojo presente que observa y comprueba y es un fiel testigo de lo que se le ofrece. Ejemplo del relativismo inherente a lo creado, su ojo huidizo no solicita del mundo más que un punto negro, un punto de partida para irse lejos del mundo a remendar el agujero de ausencia entrevisto. El otro yo, naturalmente, es excesivamente determinante. Lo que lo recuerda lo recuerda de una manera abrumadoramente justa. Pero ella está de parte de la ausencia. Por eso mira el mundo con un solo yo, el que la invitará a evadirse de las miradas y de lo que se mira.

27 de abril

S. Weil. «geómetras de la virtud». Imposible la virtud ni la justicia en quien irrealiza el mundo y descree automáticamente de lo que ve. Ando por la calle y pasa esto: una vieja de negro que me obliga a pensar en Goya; dos viejas de negro tomando té en una confitería y llevan sombreros y paraguas («juegan a las visitas» me digo, y casi lloro recordando las sillitas y pequeñas mesas de mi habitación infantil); un muchacho negro pasea un niño rubio, el muchacho insiste en que el nene le diga «papá»; el nene termina repitiéndolo y el joven negro se manifiesta emocionado (me da miedo esta escena, ¿cómo será dentro de veinte años?).

Además los perros, increíblemente flacos y miserables, guiados amorosamente por viejas que apenas caminan. ¿Qué es este mirar mío? ¿A qué apunta? Creo esto: que sólo mi piedad desmesurada, mi respeto por el sufrimiento, me evitan ser una

perfecta inmoral. Las caras de la gente me dan en el lugar en que se elabora la piedad; no excluyo mi cara, por supuesto, que es infinitamente triste, si mal no recuerdo (¿cuánto hace que no te miras al espejo?). Pero mi visión en la calle es la de una esteticienne. Un viejo muro y un perro enclenque y una niñita sucia y descalza me dicen lo mismo, me hablan de la misma impotencia mía. Puedo sonreír a la niñita y al perro. ¿Y al muro? También al muro.

28 de abril

S. Weil me da miedo. Supongo que algún día la amaré y la comprenderé porque ningún otro escritor provoca en mí tantas reflexiones —casi todas tendientes a contradecir lo que leo— y esto, este esfuerzo por tener razón, es en mí algo nuevo, casi inaudito.

Lo que S. W. dice de la *Ilíada* es maravilloso. Es inexacto, empero, en cuanto valorización de la poesía. Que el narrador sea ecuánime y justo y que lo narrado exprese con exacta fidelidad la condición humana no implica, en modo alguno, que la *Ilíada* se cumpla como poema. Nadie más infiel que Van Gogh. Nadie más cruel que Goya. ¿Y qué decir de la mayoría de los poetas y escritores occidentales? El miedo que me produce S. W. es un miedo como cuando se espera indefinidamente en un cuarto vacío (blanco). Tal vez porque ha abolido la imaginación o, para decirlo mejor, el arte, para reinstaurar, en su lugar, la moral (justicia, virtud, amor humano). Además, cuando se conoce demasiado —con profunda erudición— la literatura antigua, es sumamente difícil comprender la moderna. S. W. no la comprende porque comprende demasiado la otra. (¿No la comprende o no la conoce?) Quiero decir, S. W. es en mí la tentación del salto de lo estético a lo ético. Ahora, aunque me sé confusa, viniendo de mentiras y de fabulaciones, suspendida arbitrariamente de lo imaginario, debo decir que la justicia ni la virtud me interesan entrañablemente. En mí hay alguien que acepta el mal y el sufrimiento del desorden si ellos son la condición de un hermoso poema. Además, más que nunca, creo que «los poemas se hacen con palabras». En el poema no hay lugar para la justicia porque el poema nace de la herida de la injusticia, es decir de la ausencia de justicia. Y quien invoca a lo ausente no es mesurado ni justo puesto que su materia de canto o de voz no puede medirse, por el hecho de no estar presente. Lo que quiero decir es que S. W. busca y encuentra —prodigiosamente— lo que no es poesía para revelarlo como ética. ¿Es un hermoso poema la *Ilíada*? En algunas partes. Más poeta que Homero es Blake, es Hölderlin, es Rimbaud… Pero no sé por qué me duele leer a S. W.

1 de mayo

—Lo que yo quiero es encontrarme conmigo misma —dice Bebé.

—No sos la única —digo sonriendo finamente.

—¿No?

—Pero che… —digo.

Se muestra malhumorada como si le hubieran dicho que sus esculturas actuales *ya* se hacían en el año 60 (que para Bebé representa el 60 a. de C.).

Cambia de musiquita.

—París era genial hace muchos años. Hace ocho o diez años pasaban cosas. Ahora es la agonía del mundo occidental…

—Me pregunto qué hacíamos vos y yo hace diez años.

—Yo me estaba desarrollando —dice.

Nos reímos.

—Yo leía *El matrimonio perfecto* en el baño de mi casa… —le digo.

Bebé hojea un libro.

—Tengo ganas de leer a Simone Guail… —dice.

—Weil, bestia —acoto con dulzura.

—¿Vos tenés ganas de morirte ya? —dice.

—Sí —le digo.

—¿Ahora mismo?

—*Oui, ma chère amie…*

—Es lo que pensaba: vos y yo somos demasiado geniales para vivir. ¿Te imaginás si Rimbaud estuviera con nosotras? Estoy segura que seríamos amigos los tres. ¿Te parece que le habríamos gustado?

—Estoy segura.

—El otro día me lo encontré a Habner y dijo que somos geniales…

—A propósito, ¿vos te acordás de una historieta que salía creo en el Patoruzito en la que había una familia con un hijo llamado Abuer que llevaba zapatos enormes? El padre era minúsculo y fumaba una pipa pero no me acuerdo más…

—No me acuerdo —dice—, pero la familia Cacheuta de Tía Vicenta era bestial…

—¿No será Cateura?

—Bueno, sí…

—Decime, Bebé, ¿vos qué pensás del pato Donald?

—Le tengo afecto.

—Sí —digo—, yo también. Pero lo tratan como a un idiota y no lo es. El que es idiota es Dippy.

Nos reímos.

—¡La cara que se mandó! —dice Bebé a las risotadas—. Pero decime, ¿vos te imaginás a vos misma dentro de diez años?

—Imposible —digo.

—Eso quiere decir que no tenemos futuro. ¿Y vos sabés por qué? Porque nos vamos a morir pronto. Por ejemplo yo, no vivo más que el presente. Cada minuto está

solo: con su perfume, su furia solitaria, su arrastre particular, su agonía propia…

—Es muy lindo lo que decís.

—No te lo digo por literatura. Lo que yo quiero es no calcular nunca, no premeditar, vivir cada minuto como si fuera el último. Es lo que decía Kipling.

—*Le vieux con…* —digo.

—Todo lo *con* que quieras pero en esto tenía razón.

—Pero gorda —le digo—, no podés premeditar vivir cada minuto… Justamente, si lo querés vivir, no tenés que decírtelo.

—¿Y entonces cómo lo voy a saber?

—Decime, ¿cuando sentís uno de esos orgasmos *comme il faut*, te sucede aconsejarte de sentirlo?

—Estás loca —dice.

—Es lo mismo.

Juega con un muñeco de chocolate, un negrito bizco provisto de un enorme trasero.

—Cometelo —le digo.

Lo mira con atracción y repulsión.

—Dámelo —le digo.

Muerdo el trasero y le ofrezco dar cuenta de una pierna.

—Sólo el pie —me dice tímidamente.

Sigo comiendo. Ya ando por el tronco cuando me dice fascinada y con un leve asco:

—¿Y la cabeza también te la vas a comer?

—Es lo más rico —digo, y me la devoro.

Nos reímos como si hubiéramos comido una criatura verdadera.

—¿Vos te imaginás lo que debe ser bañarse en sangre humana? —dice.

—Leí no sé dónde que rejuvenece, pero creo que para eso hay que beberla.

Bebé se levanta y se mira en el espejo de la chimenea. Entrecierra los ojos y expira el humo del cigarrillo. Parece Greta Garbo.

—Che gorda —digo—, ¿no tenés hambre?

—Comí queso y bizcochos hasta reventar.

—Y yo estoy ahíta de negritos bizcos… Quisiera algo salado.

—¿Te imaginás si nos graban nuestras conversaciones en un magnetófono?

—No te preocupes que apenas te vas yo anoto todo lo que decimos.

—¿Y lo vas a publicar?

—Seguro…

—Fenómeno —dice Bebé—, pero cambiame el nombre por si mis hijos lo leen.

—*D'accord*.

—Poné muchas cosas sexuales. A mí los libros que no hablan de sexo no me dicen nada.

—Todos los libros hablan de sexo.

—Vamos, yo leí dos o tres que parecían escritos por castrados.

—¿Cuáles?

—Proust…

—¿Y no habla de sexo?

—En ningún párrafo.

—*Ça alors…*

—Por eso me gusta Anaïs Nin, te habla de sexo, de lo que está vivo. ¡Qué libro brutal!

—Lo que me va a joder es la reproducción de tu lenguaje. Parecerá falso, retórico…

—Es que somos distintas…

—Sí —digo—, vos, en el fondo, sentís el lenguaje más que yo. Yo lo amo, pero vos lo tratás a patadas, como si fuera una pasta pegajosa, inmunda. Yo desespero del lenguaje porque lo sueño perfectamente bello. Vos lo masacrás y lo devastás.

Sonríe con dulzura.

—Creo que tenemos distintos genios —dice—. Vos estás loca pero sos la tipa más tranquila del mundo. Pero a mí se me ve la locura enseguida.

Me río.

—Creo que soy amiga tuya para tener quien me recuerde que estoy loca. Pero decime, Bebé: ¿no te da miedo la locura?

—¡Por favor! Es lo único maravilloso en esta sucia vida de mierda. ¿No te parece?

—A veces quisiera ser como Dippy.

Se ríe.

—¡¡La cara que mandó!! Ah pero decime, si hubiera guerra en Argentina, ¿vos te irías a luchar?

—Depende del uniforme… —digo.

—No, en serio. Te juro que si hay guerra largo la pintura, el arte, y me voy a dar toda mi sangre. ¿Y vos?

—Mirá, por mí pueden irse a la mierda todos. Argentinos, australianos, chinos, norteamericanos, polacos, birmanos…

—No estoy de acuerdo. Hay que luchar contra todas las injusticias.

—¿Querés más injusticia que vos y yo hablando día y noche del suicidio?

—Pero nosotras somos intelectuales.

Me río.

—Mirá, Bebé, siempre es lo mismo: los que sufren de injusticia dan la sangre por los que sufren de injusticia. Esto me es insoportable. Decime, ¿vos robarías?

—Depende…

—¿Me robarías a mí?

—Pero si vos no tenés nada…

—¿Le robarías a Hauber…?

—Está más tirado que yo.

—¿Le robarías a un obrero huelguista?

—Estás loca.

—¿A quién le robarías?

—Qué sé yo…

—¿A Alix? Yo le robé dos libros de Sade…

—Hiciste bien. Es millonaria y es vieja y además nunca lee nada…

—Y cuando se la encuentra hace falta pagarle el café.

—¿También a vos te pasó?

—Seguro… Pero decime: ¿te das cuenta de lo que te digo?

—No…

—Digo que hay que mandar a Alix y a sus amigos y congéneres y a sus semejantes a que den su maldita sangre a favor de las injusticias que ellos causaron. No hablo de lo económico solamente, como podrías imaginar…

Medita mucho rato.

—Lo que decís es cierto pero yo no podría trabajar tranquila si en mi país hubiera guerra…

—No hinches con «mi país». Cualquier país que esté en guerra te acusa para siempre. Yo amo la Argentina como vos pero hay ahí algo que me revienta.

—¿El clima?

—No, gorda, la gente, que no comprende nada. Salvo tres o cuatro criaturas que por el sufrimiento o no sé qué otro milagro abrieron los ojos, lo demás es un homenaje al *Monsieur-je-ne-comprends-pas*. Hablo de la gente de nuestra generación, a los otros no los conozco. Siempre, allí, tuve la seguridad de hablar en otro idioma. Quiero decir, no sé si será mi sangre judía, pero si no se ve lo trágico de todo se es un idiota. Rondé por la facultad de Letras y nunca, nadie, habló con fervor de la literatura. Y aun entre los artistas… vos me decís que te haga un libro lleno de sexo. Pues bien: nada más trágico, para mí, que el sexo. Esto es obvio pero para mis amigos de allí eran palabras incomprensibles. Podés acostarte con diez o veinte tipos, o con dos o tres a la vez, podés meterte en la cama con una mujer y otro tipo, con dos tipos, con dos mujeres y tres tipos. Esto, que parecería joda, es, en verdad, terrible. Yo no me opongo, todo lo contrario, pero no puedo limitarme a coleccionarlo entre otras experiencias de joda, como si fuera hacer escándalo en el colegio. Tampoco digo que hay que poner cara de tipo que le meten un palo en el culo. No es eso. Podés reírte y ser cruel y sádica y hacer cosas increíbles y desenfrenadas y reírte aún más pero no por ello dejar de saber que te reís dentro de un círculo incandescente, infernal, y aun ebria, aun fornicando con cuatro marineros, saber, con un saber que viene de que vos sos vos, saber que se juega con lo terrible, que se trata de algo eminentemente dramático y esencial.

—¿Te imaginás si tuviéramos un magnetófono? —dice.

Nos reímos.

8 de mayo, miércoles

Necesito límites externos. Esta noche soñé mi drama más oculto y más cruel. Detalles exactos. Necesito una sola cosa por vez pero necesito, sobre todo, aprender lo que por ahora parece imposible: la naturalidad, el olvido del «público imaginario». ¿Será influencia de M. L.? Pero siento que a sus ojos yo vivo como una literata cuando lo que parezco leer en sus ojos es un consejo —un deseo, tal vez— de que viva como un ser humano, como cualquier ser humano. La literatura es mi pantalla. Esto es preciso meditarlo mucho. Por ej. Buenos Aires, el medio literario.

17 de mayo, viernes

Confusión. Sólo sé que hay confusión. Nostalgia y confusión. Nostalgia poderosa. Afectividad baldía. Sombras que se entrometen. Quisiera estarme serena. Sólo eso, dulzura y serenidad mientras me invaden, me aguijonean. No hay por qué angustiarse. No hay razón de sufrir. Vuelvo a estar enamorada. Magnífico simulacro para sufrir y sentirme viva. No la fuerza sino una dulzura de anciana precoz, alguien que sabe que todo ha pasado (aun cuando nada ha venido).

Miércoles, 22 de mayo

Deseo de escribir, de no escribir, de escribir brutalmente, de escribir con dulzura y serenidad. Novela y poesía: ambigüedad y autenticidad. Al mismo tiempo, esta seguridad de no estar *preparada* para escribir. Esto se relaciona con mi obsesión de la hora. Lo que me preocupa, y cómo y cuánto, es mi desconocimiento del español. Un lenguaje bello. Es lo único que me importa. Decir mediante palabras vivas, llenas de sabor y de color. Pero dentro de mí todo es tan áspero, tan espinoso. No sé si es solamente mis escasas lecturas españolas o mi ignorancia gramatical. Necesito *prepararme*. Y tengo que hacer artículos como si ya estuviese preparada. Por eso esta perpetua sensación de estar engañando. ¿Por qué no escribir y leer varios años sin tratar de publicar o sin pensar en ello? Vuelve la imbécil tentación de terminar mis estudios en Argentina.

28 de mayo

Un libro sobre el insomnio. Ocho horas. Cada capítulo es una hora. Intercalar mi diario. Peligro porque es un tema indefinido, salvo que haya alguna obsesión

primordial que lo ciña. La obsesión podría ser la de escribir ese mismo libro sobre el insomnio. Por ejemplo, el viaje a Buenos Aires.

Medianoche: presentimiento del insomnio.

Una de la mañana: se termina con el suicidio.

Intercalar poemas en prosas exasperadas y poemas muy dulces (ajenos) y humor.

Diez páginas por hora —diario inconcluso.

Las dos almohadas. Los muebles crujen. El cuerpo. La necesidad de darlo, la de amar. Equanil. Agua.

3 de junio

Buscar una continuidad. Fortaleza psíquica. Mi mente es débil, de allí mi «método» de lectura y la brevedad de mis poemas.

Hay una dispersión total: sólo fragmentos que «vienen desde la nada». Constreñirse, exigirse un poco de continuidad mental. Estoy ausente. En poder de las tinieblas. No puedo pensar más que en mí aunque de lejos y con miedo. ¿Escribir? Apenas fragmentos. Miserables sobras. Si pudiera escribir un libro sobre un solo asunto. Aunque sea malo. No sobre el insomnio sino sobre algo muy reducido. Aunque sea a las malas y forzadamente quiero hablar de una sola cosa. ¿De qué? ¿De cuál? Dispersión total en las lecturas.

Viernes, 7 de junio

He dicho: *estoy en crisis*. Le he puesto nombre a mi manera de ser o estar para crearme la ilusión de un estado inédito, de una progresión, de una novedad.

Ayer, en el *métro*: el guarda trataba de suspender en una columna de apoyo un zapato de muñeca que había levantado de debajo de un asiento. El hilo se rompió. Él miraba el zapato con pesar. Le hubiera gustado exhibir su hallazgo, testimoniar el cambio que él efectuaría en el vagón por medio de un objeto conmovedor. Lo miraba con lástima. La gente también lo miraba, asombrada de este hombre, escandalizada. Cuando el hilo que anudó varias veces se negó a sostener la prenda se metió el zapatito en el bolsillo, suspiró, también la gente suspiró (de alivio) y todo volvió a la normalidad.

Días pasados pasó algo parecido: las puertas del vagón se abrieron y entró una niñita tan pequeña que asombraba que ya caminara. Se sentó en el suelo y sacó de su bolsillo piedritas negras y blancas. Jugó mucho rato balanceándose con la trepidación del vagón.

No es posible renunciar a lo que no se tiene.

Domingo, 9 de junio

La indisciplina y el desorden conducen a la toma de conciencia del vacío.

Como siempre, desde hace nueve años, desde que me consideré seriamente poeta o futura escritora, me obsede la iniciación del aprendizaje. Leo para aprender a expresarme. Por eso leo tan mal. Escribo conciente de la provisoriedad de mi texto, escribo mientras una voz me dice: «Esto es malo *por ahora*. Algún día será bueno». Sólo un movimiento de libertad me salvaría. Sólo un encuentro con un solo tema, que me obseda, sobre el cual pueda y quiera escribir un libro. Este tema es un imposible pues no sé limitarme. Estoy aún el «todo o nada». Y nada he comprendido. Un libro con anécdota me es imposible. No tengo deseos de contar nada a nadie. Además, lo esencial, en mi caso, es un tema que me inspire una continuidad. ¿Vendrá solo? ¿He de buscarlo? ¿Cómo lo crearé? Me paraliza. Algo me paraliza. Si me siento y escribo a máquina llenaré tres hojas que mañana no sabré continuar. Por eso tengo que hablar de una sola cosa. Desde adentro de una sola cosa. ¿Qué? ¿Quién? Dispersión. Dolorosa dispersión. Tal vez sea mejor comenzar con relatos breves. Esto me ha de llevar a mi obsesión de ignorancia. A leer relatos *para aprender*.

Martes, 11

Ahorrarse. Sentimiento de ser demasiado grande para realizar cualquier tarea. Aun leer un libro produce una cierta sensación de humillación como si se concediera el propio tiempo. Lo mismo al encontrarme con amigos o conocidos. Como si mi lugar y mi tiempo estuvieran en otra parte y en otro tiempo.

Hice algo que me significó horas de terror. Ir a ver a Ionesco con el fin de hacerle un reportaje. No sé si salió bien o mal, sólo sé que tuve miedo. Y es éste el miedo que es preciso analizar y estudiar. Este miedo central entre los demás —sólo no lo siento cuando desprecio a la otra persona, cuando no la respeto.

Preguntas de cuando era niña:

—¿Querés ser amiga mía?

—Bueno…

(Esto era suficiente.) Lo que sí nunca se mencionó el afecto. Un niño no le dice a otro: *te quiero*.

Junio 13, jueves

Y tú no quisiste reconocerme en la noche de la niebla. *Soy yo*, dije. Pero tú hiciste un velo de tu cara porque vi como un tul negro y después nada.

—Ahora es la hora de seguir a solas en amistad con mi delirio —dije.

Porque aparecí en un cafetín lleno de gente de circo. A un payaso aún sucio y colorado le recité un poema y le creé un lugar de color en la oreja.

—¡Qué porquería! —dijo.

—La tilinguita… —dijo la gorda del mostrador.

Le di la mano a un chico arrodillado en un rincón y después no vi más mi anillo con la piedra de esmeralda. Mejor. No quiero más que perder. Quiero ser la muchacha del despojo, la violada a medianoche por títeres, por idiotas. Estrellas de una materia frágil, se van a romper en cuanto mis ojos las sigan viendo.

¿Sabés lo que se siente al querer retener a quien quiere irse?

—¿Te sirvo té?

—Ya me voy.

Tenía libros en la mano izquierda y la derecha buscó mi cara para un beso de adiós. Si te vas, Martín, ¿cómo podés irte y dejarme a solas conmigo, a solas con mis manos poderosamente nostálgicas esta noche? Dame la mano. Retiene mi mano. Sufro de un viejo sentimiento de ser dos en la noche en vez de una que solamente llorará. Temblé y permití que mi voz saliera rota.

—Tenía ganas de hablar.

—Es tarde.

El verbo hablar salió envuelto en un sollozo. Dejó los libros y acarició suavemente mi cabeza.

—Habla —dijo.

Me puse a inventar alguna historia fascinante. Estaba tan dolorida que apenas sabía buscar velozmente una historia dolorosa pero bella, algo que le hiciera decir.

—Me hacés quedar pero vale la pena.

Sábado, 15

Como si fuera preciso caer, caer hasta tocar el fondo desolado y puro hecho de un viejo silenciar, de voces que repiten algo que me alude, que no comprendo, que nadie comprendería. Como si diera con un error absoluto, con la voz de un gesto, un gesto que en vez de hacer su movimiento que lo acredita como gesto se decidiera por la inercia física, se decidiera por hablar y hablar no sabiéndolo, como si fuera voz y no gesto, sí, toda la noche: voces en mis huesos, músculos gritando mientras las palabras se movían, partían, eran partidas, compartidas promiscuamente, y manaban sangre como si fueran cuerpos agónicos, perdían sangre, hasta llevaban muletas y vendas, hasta contemplé vocales que tenían prolongaciones a modos de manos pidiendo a modo de mendigas. Una suerte de *corte de los milagros* formada por letras. Todo un alfabeto de miserias y de crueldades. Alfabeto gestual. Dura imagen: lo que debió cantar se arqueaba de dolor mientras en mis dedos se hablaba, en mis rodillas se

murmuraba, en mis cabellos se decidían lamentos feroces. Es preciso haber andado por este lugar de metamorfosis para comprender, después, que alguien se duela de una manera tan complicada.

16, domingo

Problema de los límites en poesía, de los cercos. ¿La rima? O tal vez buscar cercos nuevos. O el poema en prosa, definitivamente. También él necesita cercos.

En blanco. Desconfianza total en mis posibilidades poéticas. Ella se origina, entre otras cosas, en mi ignorancia de la rima y en no encontrar un justificativo o un argumento en contra de ella o a causa de no conocerla, sin duda.

Jueves, 20

Cómo querer odiar a quien no te ama. Sórdido deseo, el más desenfrenado, el imposible de renunciar. Querer negar a quien no te ama, no te cubre, no te ampara quien no te protege.

—¿Qué decirte sino que no puedo?

No poder hablar es un acto difícil de contar con palabras. Por eso no se lo dije.

DAR EL SILENCIO

1) Visita de mis padres - Olga

3) Taberna con gente de circo.

Jueves, 21[46]

Se han reunido todos los elementos necesarios para que mi vivir se haga en un lugar de pura miseria. No sólo las dificultades de cada día —no poder comprarme para fumar, para comer, para leer— sino también testimonios de desprecio por mi quehacer de cada noche: la poesía. Pronto me quedaré sin techo. Además, la única persona que me interesa me demuestra una fría amabilidad, precursora de no sé qué separación espantosa. Me siento enferma, sufro vértigos. Hasta ahora solía tranquilizarme mi vocación neurótica: creer que me «imagino» desposeída, huérfana, malquerida, rechazada. Creo que no eran temores abstractos sino presentimientos venidos de mi lucidez.

Aun así, deseo reír y estar serena. Si me angustio por el hambre, por la incomprensión ajena, por la soledad, ello quiere decir que yo misma he mentido, que

no hice más que literatura. Pero si es verdad que sé, que me di cuenta, entonces debo reírme y estar serena.

Pero lo que yo quisiera averiguar es algo relacionado con el valor que se le atribuye a la vida. Quiero saber por qué es bello vivir, quiero saber que vivir es bello. Quiero saberlo para mí. Hasta ahora he sabido de la vida en cuanto maldición y hecho casi insoportable. No me suicidé porque presentía como ahora que mi visión es parcial y arbitraria. Lo esencial de ella, su dramatismo, reside en mi imposibilidad de amar a quien no me da una sospechosa sensación de absoluto. O sea: no puedo acceder a lo llano de la gente, a lo simple. M. L. insiste en que vivir es simple. Lo es para ella pues carece de voluntad de poder y, según sospecho, no ha de necesitar de las sensaciones violentas y terribles. Mis desdichas actuales me excitan en un sentido muy positivo (creo): querer, por una vez, desembarazarme de ciertos miedos mezquinos (heredados) relacionados con la búsqueda de la seguridad (afectiva y material). Por ejemplo: no tengo ninguna idea o fantasía o proyecto en que apoyarme para mi consuelo. No hay nadie que me pueda ayudar —ni siquiera materialmente—. Y lo peor —para mi perpetuo sentimiento de orfandad— es que no hay nadie que *quiera* ayudarme, es decir, que haga y actúe para mi protección. Si no despierto ahora… Pero tal vez todo esto es un nuevo engaño: creerme en el fondo del pozo para creer, al mismo tiempo, que a pesar de ello estoy fuerte y serena. Aumentar mis desgracias —aumentadas artificialmente— para recobrar una autoestima que nunca existió. Los fantasmas internos… Uno de ellos es el que me exige, siempre descontento de mí, me exige y me urge. Otro es la fantasmal aprobación o desaprobación ajena, que busqué tanto tiempo, desde la época de mis incesantes *cero en conducta*.

La libertad: hacer lo que se quiere con una total abstracción de la censura ajena (¿mi madre?). ¿Y si no se quiere hacer nada? Pues no se hace nada. Yo sé todo esto. Lo sé desde siempre. Que nada es importante, que lo que importa —si se desea vivir— es prescindir o aprender a prescindir. Esto se relaciona con el descontento que siempre me manifestó mi madre. Todo lo que yo hacía (todo lo que yo era) resultaba precario y desilusionador comparado con lo que ella deseaba de mí. Se forjó una figura ideal (hecha de elementos dispersos: lecturas de revistas femeninas, prejuicios personales, etc.) y quería que yo me le pareciera. Lo malo del asunto es que profundamente mantengo en mí ese arquetipo. Que todo lo que hago sin desear es para acercarme a él, para complacer a mi pobre madre, a quien tanto hice sufrir por no ser como ella me soñaba[47].

Cuaderno de agosto a noviembre de 1963[48]

No sé nada. Sé unos ojos. Suficiente para vivir, día extraño con signos en los muros.

Con mi cara de viajera inverosímil, narrando a solas un cuento, con un espejo, un fuego muerto, pequeñas explicaciones que darme.

Respiro, tu rostro sube, tu rostro baja, dentro de mí.

Mi silencio, mi máscara.

Sexo y muerte. Sinfín de renacimientos.

La mirada, la mía adherida a los sonidos de las cosas. Yo necesito inventarme en la noche. Y es siempre la sed ávida, aviesa, como una pluma desplumada, como un color marchito. Me trago mi sed, me la bebo. Cada noche mi mirada se devela. Estás sola, escribiendo, escribiéndote. Aventura mágica, atroz.

Mi única referencia a la vida es su mirada.

No he de mirar hasta que sus ojos no me miren.

No es: partir o quedarse sino: aceptar o repudiar al viento, al mar, al sol. A veces la playa llena de luz es una incierta amenaza, a veces la ilusión de beber un poco de lo que todos: exponer también tú el cuerpo en la luz dorada, anegarte también tú en las aguas maravillosas, ejercer también tú el oficio anónimo de quien se deja por los elementos naturales. Sin duda no debes vivir puesto que no puedes.

Puesto que seguimos viviendo… etc., etc.

Por una vez, con suavidad de santa en trance, pregunta quién no viene, porque mucho te salvarías si de pronto en tus ojos azules se reflejara la antigua visión de una niña junto al fuego en espera dulcemente de qué cosa.

Domingo, 20 de agosto

Cuestión de límites como siempre. De no poder fijar los ojos en una única cosa. *Les gommes* de R. Grillet. Dificultad de leer un solo libro y presentimiento de que en ello hay algo que me salvaría. ¿De qué?

24 de agosto, sábado

Ayudar a lo que en mí quiere destruirse. Esta vez sin placer. O no. Los rostros de los demás, en mí, adquieren una hostilidad de fantasmas vengativos. Cómo ayudarlos a exterminarme. Cómo darles la razón. Sexo y muerte. Mi madre y su prohibición

tácita de mi suicidio. Suicidarme para desobedecer a mi madre. Para abolir lo que ella tal vez desea tanto que lo llama *amor*. O mi miedo por su tácita prohibición de que yo muera pudiera ser mi deseo de que esa prohibición exista.

Lo que pasó con C. es mi pretexto definitivo para suicidarme. Proviene de lo que no pasó con M. J. (que tal vez representa a M. L.). Me enfurece dejarle «el puesto libre». Además, desde ayer, descubro las miserables personalidades de mis amigos —también la mía, naturalmente—. ¿Por qué C. me hizo tanto daño? Por literatura mala, por exceso de conversaciones pseudometafísicas. Pero yo le dije que me iba a herir. Yo quise. ¿Lo quise yo? No puedo creer que quiera herirme, que nadie se tome la pena y el trabajo de herirme si no es por omisión de no herirme; por ausencia (M. J. y M. L.). En cuanto a L., mi presencia perturba su voluntad de paz, de flores, pastos, animales, dulzura del aire y del viento… Yo le recuerdo lo imposible. Testigo de la imposibilidad de vivir. Otra cosa: actúo como alguien extranjero a este mundo (decir lo que no se debe, hacer lo que nadie hace) para luego dolerme de las consecuencias de una manera filistea y miserable. Ahora, ayudo a lo que en mí quiere reventar definitivamente. Pero mi madre y su reacción ante mi suicidio… Antagonismos. Imposibilidad de continuar un contenido mental, exceptuando [*tachado*] Necesito del éxtasis. *Miroir morne*. Del éxtasis y del testigo. Peligro de la soledad: alienación, transformarse en el propio testigo admirado u horrorizado. Dije éxtasis. Más bien diré: orgía sexual perpetua. Culpa posterior. El miedo a quedar encinta. Quedarme preñada es sinónimo de muerte. Es un sonido de alarma. Algo que me dice: Se cerró el cielo. Anillo perfecto. Escribo esto en pleno terror. Si C. me embarazó no podré suicidarme. No se trata de abortar o tener un hijo. No me asusta. Aunque esperar un hijo sería quedarse encerrada en un ascensor entre dos pisos, en plena zona de asfixia. Abortar no me da miedo ni culpa. Sí, me da miedo de recibir un castigo no menos asfixiante: prisión a perpetuidad. No podré vivir un solo día con un hijo, con algo creciendo y alimentándose de mí. Así lo habrá sentido mi madre cuando yo me anuncié. Al menos, así me lo hizo sentir años después. De manera que tal vez me queden algunas semanas de vida. ¿Lamentarlo? Sí. Me duele dejarle el «puesto libre» a C., que tal vez se acostó conmigo porque yo, en cierto modo, represento a M. J. Esto enloquece de hastío: repite lo de M. M. Haberme acostado con C. «presionada» por M. J., que no quiere quererme. O no puede de la manera que yo necesito que me quiera. Exilio de M. J. Como si me hubiera expulsado. Si me expulsó yo tenía que actuar como una puta. Pero ¿por qué C. no supo cuidarme? O no quiso. O no pudo. O estaba tan ebrio como yo. Este suicidio es una venganza. Entre otras cosas… También está el irremediable absurdo de mi vida y de toda vida. Lo absurdo es el límite. Tal vez M. J. me quiere o quiso amarme esa noche y tuvo miedo de pretendidos límites «naturales». Pero también: hice lo «posible» para que M. J. se negara, dificulté la realización de lo que en otras «condiciones» tal vez hubiera aceptado.

26 de agosto

Terminé de copiar el texto escrito en España. ¿Cambiar el sexo de L.? ¿Ordenar la prosa poniéndole comas y signos de puntuación?

30 de agosto, viernes

Réflexions sur la poésie, Claudel.

No cesa de asombrar el conocimiento *interno* que tienen los poetas franceses del desarrollo de la poesía, de su evolución y transformaciones y de las causas de éstas a través de los siglos. Su *Victor Hugo*. Le achaca desafección y finaliza con una diatriba en contra de los poetas desesperanzados y dolientes. También insinúa su locura.

Libro de E. Falta de lógica. Llamo falta de lógica a esa manía de llenar el poema con imágenes imposibles de *ver* o de imaginar, y con pensamientos imposibles de ser recreados. (En español una prosa rítmica y violenta. ¿La hay? Tal vez Octavio.)

Agustín Yáñez, *Las tierras flacas*, p. 17.

1 de septiembre

La suerte. Recibir el sí ajeno, la aprobación. La madre felicitándote por tu buen comportamiento.

4 de septiembre, miércoles

Carta de A. Está en una clínica psiquiátrica. ¿A qué jugamos? Cuando la suerte se echa atrás, enfermarse y llorar para conmoverla. Enfermarse para apiadar. Es lo que venimos haciendo los aquejados de orfandad.

Por ejemplo J. y sus jaquecas. C. y sus enfermedades inventadas. Yo con mis vértigos, mi palidez, y a veces mi tartamudez. Una de las pocas formas de ser libre sería el apaciguamiento de la necesidad de inquietar a los demás, como antaño a mamá con las fiebres. Es decir, comunicarse con los otros sin apelar a su piedad. En mi caso parecería que no pido nada, que no reclamo. Yo acuso en silencio. Pido en silencio, mediante mi cara triste, como los niños muy pequeños que no pueden decir qué les duele. Ahora vislumbro lo distinto que es vivir sin reclamos de huérfana. Y la distancia que media entre una y otra «posición». Y yo conozco gente de edad ya

madura que aún apela a ello: O., por ejemplo. Mi padre. J. (a veces). La depresión proviene de la imposibilidad de encontrar a alguien que reaccione como un padre o una madre (salvo en un tratamiento psicoanalítico). Por ejemplo yo, mi relación con la gente es: sonrisas de simpatía, palabras reconfortantes, afecto… También está, a veces, la posición del humillado: exagerar la ausencia de necesidades afectivas (H?).

6 de septiembre, viernes

Si pensara en la inseguridad. Es nuestro lugar, nuestro reino. Meditándolo. No es lo mismo cuando se carece de techo, cuando mañana tal vez no habrá qué comer. Cuando mañana tal vez se sepa que los temores de toda índole eran presentimientos. Meditándolo todo es posible. Lo otro sucede cuando interviene el cuerpo. Es un miedo que no desciende, un perpetuo ir y venir de noticias funestas. Hasta ahora lo que me mantenía era mi creencia en las razones neuróticas de mis temores. Asistir a su realización concreta… Saber que había razón de temer. Por eso no escribo poemas. Todo esto es demasiado real y yo no puedo decirlo hermosamente. Ni siquiera lamentarlo en un poema. Tampoco estoy demasiado angustiada. Simplemente, hay algo tan evidente que suspende la respiración. La noche del lunes. Ni sueño ni realidad. Había algo más misterioso que estas dos nociones. Hasta dónde puede arrastrar el sentimiento de orfandad. De pronto en un extraño lugar oyendo una voz que me decía: Vea usted, le aseguro que el opio de Vietnam es mucho mejor que el que se fuma en China… Y yo respondía y hablamos mucho tiempo de las diferencias entre chinos y vietnameses [*sic*]. Dentro de mí me moría de asombro no porque el mundo fuera «ancho y ajeno», sino porque el esfuerzo por soslayar lo que más duele implica los encuentros más extraños y más ajenos a eso que nos duele. Pero en verdad no era tan extraño. Yo estaba cerrando un círculo. Yo abolía estos tres años de París. Lo supe al otro día cuando E. E. me dijo: ¿Por qué no retornás a Bs. As., te hacés un buen psicoanálisis y terminás los estudios? Este paréntesis tuyo en París ha sido muy bello pero debieras volver a Bs. As. y «terminar». La noche del lunes fue lo máximo que se me dio en cuanto a extranjeridad. Como si me hubieran dicho: Bebe de un trago lo que te queda por informarte en cuanto a gente extraña y sensaciones «nuevas». Sólo sé esto: comienzo a comprender el orden, las vallas, los límites. No es posible vivir sin ellos. Pero vivir con ellos no deja de ser una muy sucia y cobarde manera de vivir. Estos días me repito el juramento de Hiperión, llorando y riendo… «con su pesada carga de fatalidad». Quien no vive trágicamente se vuelve idiota. Vivir trágicamente es tomar el camino de la locura y del suicidio a corto plazo. Esto que digo implica tanto idiotez cuanto locura. No obstante se me hace claro que he vislumbrado algo muy importante.

A. Yáñez. Exceso de palabras cuando adquiere el estilo del novelista omnisciente, lo

que no sucede en modo alguno en los monólogos. Riquísimo vocabulario (plantas, animales, pájaros, refranes, hierbas medicinales, de hechicería, motes). p. 243 (*cisterna*). Monólogos de Rómulo (su abuelo). El drama de la sequía, de las lluvias.

¿Qué hago en París? ¿Qué hacía en Buenos Aires? Abstracciones. Querer ganar en el juego sin ninguna carta en la mano, ni buena ni mala. Sin ánimos, tampoco, de ser espectadora. Sin ánimos, ni siquiera eso, de confesarme que me hastían el juego, las cartas, los jugadores y los espectadores. En suma, me sucede lo que a todo el mundo: me hastío. Hay algo de prohibido en el hastío, algo que hace avergonzarse de hastiarse. Como si no bastara con el sufrimiento está también la vergüenza. Pero lo terrible es que no siempre me hastío. También esto es motivo de traición. Un hastío intenso se corroe a sí mismo, ya no es hastío. Pero no existe un hastío intenso salvo el de ahora que es impuro. Alianza entre el hastío y la desesperación. Me pregunto qué me enlaza a la cordura. Esto lo pregunto con interés psicoanalítico. La disociación ha cedido. El día y la noche se amaron. Es gris, ahora. Luego, es permitido esperar una «depresión nerviosa» que no llega (tal vez por una ínfima porción de ira entre el hastío y la desesperación).

Sábado, 7 de junio[49]

Antes de dormirme obsesión por el lenguaje. ¿Para quién hablo? ¿Para quién escribo? Respondí con una escena imaginaria: yo en el Tíbet o en Vietnam viviendo sola en una cabaña, sin hablar con nadie por ignorancia del idioma de mis vecinos. Esto se relaciona con mi perpetua tentación del escondite: ir a donde nadie me conozca, en donde yo no conozca a nadie. También me tienta su exacto contrario (nostalgia de Buenos Aires, de lo familiar). Volviendo al principio: ¿por qué no puede hablar un niño de pocos meses? Porque está hecho de deseos irreprimibles. El aprendizaje del habla coincide con el autocontrol. El silencio, el llanto y los gritos son «expresiones» del deseo en estado puro. No hay un lenguaje del cuerpo. Querer hablar con el cuerpo *exclusivamente* implica locura e idiotez (Nijinski. Diario de Harry C. Artaud). Lo terrible del lenguaje: nunca se está preparado para dialogar, no existen ensayos previos, de nada vale la experiencia de otros diálogos anteriores. En mi caso, lo trágico aumenta porque ahora debo comunicarme con los demás en francés, en una lengua hecha de palabras que en mi mente resbalan casi siempre sobre las cosas, como si la palabra fuera demasiado grande o pequeña para ajustarse a las cosas. De todos modos, hablar me hace sufrir, me da la seguridad de mentir, aun si respondo «son las nueve de la noche» mirando mi reloj. Hablar con alguien es darse mutuamente noticias de sí, testimoniarse. Cuando hablo siento que me traiciono, también cuando escribo. No se me oculta que todo esto deriva de mis deseos demasiado fuertes, estridentes, «absolutos». El lenguaje es la valla de los deseos, el

lenguaje los recorta y los encierra. La tremenda intensidad de un instante amoroso es indecible. No es un desafío al lenguaje pues el lenguaje no existe en un instante así. Digo «amoroso» pero también «doloroso». El dolor se dice por un grito o por el silencio. Hablar o escribir es mi ingenuidad mayor. Tratar de contener lo que se desborda. Entonces, nada más paradójico en mí que la escritura y el diálogo. Lo mío es el abrazo sexual, mis ojos mirando el cielo, la embriaguez, el sueño, las alucinaciones. Dominio acechado, perseguido por las necesidades externas. Hablo y escribo para defenderme, para ganar mi espacio silencioso. No creo en la poesía. Ningún poema puede dar cuenta de la intensidad de los deseos. A lo sumo, puede redactar, posteriormente, una crónica más o menos fascinante de lo que pasó, pero un poema no es algo que *sucede*. Tal vez el poema pueda invocar el suceso o consolar de su no venida. Cada vez que entra la lógica, cada vez que hay preocupación por leyes de armonía —arbitrarias y heredadas—, cada vez que se oculta el lugar del caos, entra la mentira flagrante, la falsedad en estado puro. Por mi parte, soy fiel a mi rechazo. Tampoco creo en la moral: la moral es la gramática del deseo. Tal vez sea útil, pero lo útil, en mi caso, es inútil. ¿Hablo tal vez de un estado animal? Sí y no. En todo caso, hay algo profundamente repugnante en los «valores» humanistas y algo profundamente imbécil en lo que hasta ahora se dijo o se hizo para oponérseles.

Domingo, 8 de septiembre

Cancionero *Espejo de enamorados* (¿1540?)

no maldigo la esperanza
pues no es mía

si soy algo soy traslado

por tierra van en ceniza

morirme madre conviene

La moral —mi perpetua tentación— es la muerte del arte. Caza de imágenes, mejor dicho, de escenas mentales de cierta duración. Borges, «Las ruinas circulares». «Atención a lo imaginario.» Pero esto no puede ser impuesto por la voluntad, pues entonces sería una disciplina moral. Adagio japonés sobre la poesía como pintura dotada de voz. Vuelvo a mi execración del tiempo y del movimiento y a mi nostalgia de la inmovilidad. Ello, como reacción al movimiento frenético de palabras e imágenes que me acontece ahora que estoy presa en el miedo, en la tentación supersticiosa de ofrecerle dádivas a la suerte si no sucede lo que más temo.

Ayer pensé en escribir lo sucedido con C. Sería obsceno. Además me faltan

fuerzas, es como invocar el desenlace temido. Por la noche soñé que le decía cosas muy crueles y despiadadas (estaba mi madre en el sueño). Pero finalmente le pedía perdón. Lo terrible es que ahora sé que mi maldito acto sexual con C. fue un tributo a las apariencias y además un tributo a mi viejo deseo adolescente de ser violada. O, más bien, maltratada *sin razón*. Esto último es muy importante.

Recién escribí un poema muy violento. Lo terminé y deseé haber escrito otro dulcísimo, inocente, frágil, sufriente. Por momentos la poesía debiera ser un paroxismo, me digo, semejante a un aullido de dolor infinito. A veces la siento como frenesí, tambores, desenfreno, rabia, gritos, truenos, rayos. Ahora es un gesto tristísimo, como la mirada de un niño perdido. (Me obsesiona lo que una vez leí sobre Anna Frank: cada día lloraba menos, cada día sus ojos se volvían más enormes.) Pero casi nada de los poemas que leo me conforma. ¿Por qué leer con el entendimiento y la sensibilidad? Primero el entendimiento, luego la sensibilidad. No es así como se lee Artaud, Michaux y Rimbaud. Ellos —y Bataille— se aproximan a ese lenguaje desgarrado que da cuentas de lo que es y sucede, de una manera parecida a la pintura y a la música. También Lorca, por el ritmo. También Octavio por el ritmo y casi siempre por las imágenes. Es una gran desgracia escribir en español. O, tal vez, es una gran desgracia escribir poemas.

13 de septiembre

Gestos lentos, reposados, gestos fantasmales, anómalamente serenos. Una reverencia de amor, un murmullo de labios asintiendo con una dulzura imposible, como soñada. Una noche en Belleville el Hôtel de l’Espoir. Andaba buscando quien me asesine, *l’espoir*, algún esquizofrénico fugitivo, *l’espoir*, alguna exterminación lenta o súbita entre tantas ruinas, *l’espoir de mourir*.

15 de septiembre, domingo

La condena parece segura. ¿Qué haré? No es tan fácil suicidarse. Sobre todo cuando no se lo desea. Cambian las palabras. El sentido es el mismo. Cambian los actos, las circunstancias. Los deseos son los mismos. M. L. y M. J. ¿son mis ángeles o mis demonios perseguidores y expulsadores?

Escribir no tiene sentido. Al menos ahora, ahora no lo tiene, ahora sólo el suicidio tiene sentido. Y tengo miedo.

Este abandono de las defensas. No hacer nada, ni siquiera preocuparme de que dentro de diez días no tendré un lugar en donde dormir. Tal vez se trata de objetivar mi desposesión. De demostrarla empíricamente. Mi paraíso mental de ahora: un

cuarto propio, dos comidas diarias y ropa limpia. Exactamente lo contrario de lo que deseaba en Buenos Aires, cuando tenía estas cosas y mucho más. Es siempre el mismo juego: definirse a partir de las sucesivas máscaras. Esto no cambiará nunca. Sólo el amor pudo haberme salvado. Pero, como siempre, yo no puedo amar ni, mucho menos, aceptar que me amen. Deberé escribir de mí un día, escribiré un libro y contaré lo que no me atreví a decir nunca. Pero pensar en tiempo futuro, ahora, a pocos pasos de la condena. Creo que M. L. es tan irresponsable como L. O. («C'est à vous que mon trésor a été confié.»)

22 de septiembre

Sí, estoy encinta. De pronto, la idea de no reaccionar con miedos y llantos. Hacer lo que se necesita hacer con extrema seguridad y lucidez. Esto es una nueva trampa. La de contemplarme en el fondo de la desdicha. Y, además, la condenatoria seguridad de haber tenido razón en mis miedos y presentimientos. Había en mí algo triunfal cuando L. me comunicó el resultado del análisis.

24 de septiembre, martes

Día de ayer

8:50 h: Telefoneo al Dr. X. Teléfono ocupado. Repito la llamada cada diez minutos con el mismo resultado.

A las 13 h una voz salida de un magnetófono me indica llamar en la semana próxima.

Telefoneo a A. K. No está. Vuelvo a llamarla hasta las 14 h. Telefoneo al Dr. Z. No está. Lo llamo cada media hora. A las 16:30 responde citándome para las 17:30 h.

No encuentro sangre para el simulacro. Al final hundo en mi pierna el puñal japonés y obtengo.

28 de septiembre, sábado

Y las voces lloran o se lamentan con un gran miedo antiguo, ya conocido por semejanzas increídas, la mañana se abre como un canto, te hieren, tiran de ti, te atenazan, tiran de ti, en plena noche de creación arrancan de ti, con las piernas abiertas piensas en árboles, en colores puros, pájaro tal vez, tal vez si fue niñita, se andaba de un castillo de arena a otro transportando un balde de agua que perdía, perdía el agua en el trayecto, tal vez, mientras tiran de ti, tu cara debajo de la máscara

sostenida por tu mano, aspirando y no obstante no aspirando, no obstante jugando a aspirar, manteniendo la máscara a una distancia necesaria para sentir el dolor en su calidad pura, temblando las piernas que sin embargo quisieran cerrarse, tiran de ti, un claro en lo espeso, en lo especioso de una oscuridad de formas movedizas, dispuestas con perfección para esta liturgia que es el reverso de dos manos tirando de entre ti para arrancar el pequeño corazón de un embrión que iba a ser una forma dotada de voz y de movimiento y de peligrosos relieves, la noche relampagueando dentro de la máscara te cortan con ruido a graznido, sierran pájaros negros, con una sierra morosamente los determinan en partes sangrientas, formas rojas, sombras vestidas de dudosos terciopelos rojos cruzan rápidas el bosque relampagueando, aspiras y no aspiras, pero no gritas, no por orgullo sino por no unir las manos que asesinan entre tus piernas a las formas despavoridas de la máscara. Pero durante un segundo sí, se acercaron sin tocarse, fue cuando el dolor era grave y agudo, cuando debajo se produjo una sórdida y horrenda armonía de tonos graves y altos como si tironearan a dos corazones uno derecho uno izquierdo, entonces el bosque se abrió y hubo [*tachado*] metálico singularmente perverso, era de plata, perforaba en el centro exacto de lo oscuro, las formas desaparecieron, eso yacía y trabajaba y ya no había afuera ni adentro, era el borde de la gran boca, la alegría infernal súbitamente encarnada, te precipitaron, fuiste, sin un grito, con la máscara en la mano, con tu cara desnuda, enfrente a ti un delantal blanco [*tachado*] no, no nunca, entonces entraste y terminó y [*tachado*] sangre que en nada se parecía a un corazón.

Contemplación[50]

Las voces lloran o se lamentan con un miedo antiguo. Te están haciendo doler y tú piensas en colores muy puros. Oscuridad de formas subjetivas venidas en honor de esta liturgia que trata de crear el reverso de la otra en donde arrancan de ti el corazón de la lejana figura que habrías dotado de voz y de peligrosos relieves. Ahora la noche relampaguea dentro de tu máscara, te cortan con graznidos, te martillean con pájaros negros. Ahora, sombras vestidas de dudosos terciopelos rojos corren por el bosque relampagueante. Pero tú no gritas, no sea que ellos crean que hay correspondencias entre lo que te hace doler y las formas despavoridas de la noche. No obstante te vencieron, y fue cuando el máximo dolor unió dos colores enemigos que se amaron en horrenda conjunción de contrarios, y fue como si te hubieran arrancado dos corazones al mismo tiempo. Entonces el bosque se abrió y algo singularmente perverso entró a perforar el centro de la oscuridad. Las formas desaparecieron y ya no hubo un afuera y un adentro. Era la brusca encarnación de la más infantil alegoría del infierno: te precipitaron, fuiste con la máscara en la mano, y ya nada se pareció a un corazón.

30 de septiembre

Hôpital de la Cité Universitaire.

Lloré todo el día. Lloré por mí. Ahora comprendo por qué no lloré hasta hoy.

1 de octubre

Novela para armar. Los personajes. Los lugares. Puras descripciones. Luego situaciones probables, relaciones posibles. En verdad, si todo es imposible ello quiere decir que todo es posible, lo cual es lo mismo pues con ello se postula la perpetua posibilidad de la imposibilidad. Y también la perpetua imposibilidad de la posibilidad.

Ulteriormente se finaliza la «novela» con mi cuaderno verde, citas o solas o comentadas.

Libro de Julio, p. 335. Perpetuo referirse a la realidad «oculta». Ej. de Vallejo: *y si luego morimos / no ya de cavilar…*

Le don de rire – B. Trépat – P… de Bs. As.

2 de octubre

Nostalgia penosa por lo cómico de un orden externo. Algo así como habitar un cuarto perfectamente limpio, en donde cada objeto tiene su lugar, y los papeles, los libros, todo tiene color de cosa poco usada o usada con amor y también la ropa apilada de una manera indefensa, etc.

3 de octubre

Mientras esté así, como la puerta de una casa abandonada, abriéndome y cerrándome según lo quiera el viento.

He tratado de hacer mío lo sucedido. Me he dicho, me lo dije recién: Puesto que he sufrido tanto no volveré a reincidir. Pensando después en la experiencia del sufrimiento y en lo depresivo —para mí— de mi urgencia por rotular. Puesto que he sufrido debiera comprender mejor, no caer en los errores u horrores antiguos, etc. Pero no sé qué me obliga a incluir un aborto entre las grandes experiencias del dolor. Fue un dolor físico espantoso, de acuerdo, pero ¿por qué me habrá de traer la sabiduría? No. Sabiduría, no. Lucidez. O al menos prudencia. Entiendo por ello cierta

receptividad de mis propios sufrimientos; saber que sufro por culpa mía —¿por culpa mía?—. Este suceso o itinerario de un mes y medio. Sus etapas: haberme acostado con C. en perfecto estado de ebriedad. Haber esperado un mes y medio con el horror insoslayable de mi presentido embarazo (lo presentí en cuanto se me pasó la borrachera). Haber sabido que estoy encinta. Haber solucionado este estado increíble (buscado cómo solucionarlo y no obstante no creyendo, no obstante haber esperado un milagro). Haber buscado y haber encontrado la manera más sórdida, la más dolorosa. Y todo ello sola, absolutamente sola, tan sola que ni me había dado cuenta de ello hasta que M. L. me acarició y me dijo «vous n'êtes pas si seule, moi je pense à vous», y entonces el llanto, las horas de llanto por haber sabido que sí, que estaba absolutamente sola pero mucho más que antes porque M. L. me dijo cosas muy hermosas pero después no la vi más, por lo cual me quedé doblemente sola, o tal vez solamente sola de M. L. que ahora, de nuevo, se confunde en mí con la imagen de una santa protectora y amparadora que se aleja y se esfuma en la medida en que se acrecienta mi deseo de oírle de nuevo lo que me dijo cuando yo estaba sola en general y no sola de ella en especial. Y me pregunto si M. L. tuvo derecho a hacer lo que hizo, a consolarme con palabras peligrosísimas por lo que tenían de promesa y de adhesión. Porque no es un juego decirle a alguien como yo «je vous aime beaucoup» y acariciarme. Y las otras cosas que dijo, tendiendo todas a envolverme en un calor mágico que es el que busco toda mi vida. Por eso, desde que me dijo todo eso, el aborto no posee más su adulta calidad de «experiencia del dolor» sino que más bien fue una simple caída, algo que sucedió por imprudencia infantil y que me hizo sufrir desmesuradamente, por lo cual M. L. me acarició y me habló como a una niñita castigada por alguien muy sádico.

Cuando iba a ver al médico, temblorosa y ansiosa por que el asunto estuviera ya acabado me miré en el espejo de una librería y vi la cara de mi madre en el lugar de mi cara. Llevaba un abrigo que nunca llevé en París —parecido a uno de mi madre—. En ese momento supe que yo, dentro de mí, era mi madre que corría a abortar a fin de que yo no naciera. Como si mi madre hubiera dicho: «Vos vas a hacer lo que yo no me atreví». No una vocación, una carrera, sino una ruptura, una cercenación. Desde muy niña me acechaba y atraía la palabra «nihilista» que yo comprendía como: reducir a nada; hacer polvo, y pensaba en mi madre: una mujer joven y bella, perfectamente eslava y perfectamente nihilista. Después supe que no, que yo había reconstruido una madre novelesca. Pero el otro día, en el autobús camino hacia el lugar de mi Gran Acto, recordé los clichés eslavos, la joven nihilista. En fin, yo estaba haciendo aquello que no osó la madre inexistente que forjé mentalmente a base de Turguéniev y de fantasías desaforadas.

5 de octubre, viernes

Anoche las fantasías de siempre. Este mes y medio ha sido inútil. Nada aprendí, nadie despertó en mí. ¿Qué otro castigo inventaré? ¿El retorno a Buenos Aires? Allí hasta las flores moviéndose al viento me llenan de terror, por emplear una imagen delicada.

M. L. y el dar, el ofrecer, el ayudar. ¡Y cómo desaparece la estética de la desgracia! ¡Cómo no se trataba de hablar con bellas imágenes sino de dar una mano viva! Recordar esto: no pude leer ni escribir en este último mes y medio. No tuve «pensamientos sublimes». De nada me sirvieron las grandes ideas ni los hermosos poemas. Arrastrarse por el pantano de las evidencias demasiado evidentes. (Cuando buscaba sangre para el simulacro ningún asombro estético, ninguna gana de hacer chistes.)

Siempre lo de siempre: en cuanto estoy obsedida por problemas que no le conciernen me demuestra asiduidad y simpatía, tanta que termino por olvidarme de los problemas y me reenamoro de quien tanto me dio y me ofreció cuando yo, inquieta… Una vez que su rostro entra en mí, ella desaparece en una forma maligna —por ejemplo, no viniendo después de haber prometido venir— y haciéndome sufrir mucho más que antes, cuando no me consolaba.

Es así como se empieza a sufrir irónicamente. Primera aparición de la ironía. No es el amor el que sufre en mí ahora y me impide respirar (y mejorarme pues después de todo estoy en un hospital, enferma). No. No es el amor. Recién me dije: el remedio es simple. Es despeñarme por la ventana de este sexto piso. Lo sucedido (me refiero al célebre mes y medio último) se resuelve en la misma y vieja y estéril sensación (corroborada objetivamente) de abandono de parte de todos. Junto a ello hay algo nuevo: asco por mí. Asco físico por mí.

Y el abandono de L. Tan inesperado aunque tal vez buscado.

Que todo esto es sin importancia lo sé, al diablo si lo sé… Pero qué ¿es preciso arrastrase siempre por el lugar de los hechos terribles para que M. L. se decida a darme la mano? Cuando todo es evidente hasta la náusea, cuando me vio con cara de cadáver y cuando oyó mi voz tan débil recordó, o no sé si recordó, sintió piedad, amor al prójimo, etc. Esto necesitan: que estés en el último cuarto de hora. Entonces te dirán palabras hermosísimas y podrás reventar tranquila. Pero qué fastidio si la fiebre baja, si el pulso se normaliza, si no hay pruebas ni evidencias… Soy injusta. M. L. quiso venir pero no pudo por exceso de trabajo, sin duda. ¿Y quién me permitirá creerlo? Le hubiera bastado venir un segundo, darme la mano y volver a irse. Todo esto hubiera durado entre tres y cinco minutos. «À cause de ce peu qui me manque / j’aspire à tant de choses / à presque l’infini.»

Lunes, 8 de octubre

Nada me da más miedo que las voces femeninas histéricas. M. apurada

diciéndome un nombre que no comprendí. Al preguntarme qué me dijo lo repitió una octava más alto. Entonces tuve miedo. Y me gustó que M. lo viera en mi cara. Recién pasó con J. Me hablaba de su padre y de pronto la voz subió de una manera siniestra a modo de un preludio a esos horribles ataques que consisten en llorar y hacer movimientos como si el cuerpo fuera un paquete que se desata en un lugar público, se desata y se abre y todo salta.

Viernes, 12

Ese deseo de aniquilarse en algo, por algo o por alguien. Hasta por la literatura.

Sábado, 13

Imposible vivir siempre en estado de catástrofe.

Miércoles, 17

Se comienza a pagar. Tabla rasa de los sufrimientos pasados que eran imaginarios o lo parecían o dependían de mi ansiedad y de mi distracción. Se trata, entonces, de un viraje, de una distinta y más intensa manera de seguir sufriendo.

Jueves, 18

Lo que sucede es que debí suicidarme a los 18 años. Ahora es tarde para ser como soy. Nunca alcanzaré la serenidad. En cuanto al desorden actual es suicida pero no lo suficiente. O sea que hay algo que me retiene y no me deja ir al fondo del desorden, pero eso que no me deja ir es algo intelectual, una caricatura moral. Quiero decir, en cuanto me sucede algo doloroso o en cuanto me sucede cualquier cosa no existe más la intención de un orden sino, por el contrario, una sed de destrucción de mí que nada ni nadie apacigua. Sólo que es tarde; no se puede, a mi edad, jugar de esta manera. ¿No se puede? Yo no puedo. Por otra parte algo en mí reclama garantías y seguridades. Un ritmo uniforme de trabajo. No sé. No se puede vivir metafísicamente las 24 h del día. No se puede andar todo el día interrogándose acerca del suicidio. Y no obstante sé que debo suicidarme. Sería mi único acto no destructivo. Suicidarme para preservarme.

Domingo, 21

Hablar de sí en un libro es transformarse en palabras, en lenguaje. Decir *yo* es anonadarse, volverse un pronombre, algo que está fuera de mí.

Diario de Baudelaire. Salvación por el trabajo. Trabajar es menos aburrido y menos doloroso que divertirse o que no trabajar. Pero trabajar por desesperación. El trabajo a la manera de un opio adormecedor. Esto me es imposible a causa de mi estatismo interno. Nada se mueve. O trabajar a modo de venganza. Como una forzada que condenaron a la soledad, al aislamiento. A propósito, esto de la soledad es lo único importante en mí. Actualmente. Pues recién ahora descubro (siento; me animo a confesarlo) que estoy muy sola y que sufro por ello. Haber llegado a decírmelo o haberme permitido sentirlo es un atentado a mi orgullo. La soledad, el abandono o el aislamiento me han parecido, siempre, motivos de vergüenza más que de dolor. Por eso, tal vez, conozco tanta gente. Sus nombres me sirven para engañarme por no tener amigos. Mejor dicho, por no poder tener amigos.

Deseos de volver a Buenos Aires. De hacerme cargo, de alguna manera, de mi nacionalidad y de mi lengua. ¿Y de la soledad? Recordar que la de allí es mucho más cruel.

Lunes, 22

Todo es más simple y más complejo de lo que creo, de lo que quiero. Miedo de la soledad. No quiero luchar en contra de la soledad. Pero ello no depende de mí. Nada de lo que me concierne depende de mí. ¿Qué me concierne? M. L. y ahora, M. J., concreciones de mi sentimiento de abandono. Es increíble el miedo que tengo.

Miedo —esto es risible— del gato. Sobre todo cuando se lamenta.

Lo que salva (?) a M. J. es su no necesidad de un testigo. Lo que me condena a una soledad humillante es mi necesidad de él. Es preciso pensar mucho en ello. En por qué trabajo mejor si M. J. está cerca de mí.

Martes, 23

H. B. Son *refus*. Hay un rechazo del sol. Es sobre esto que quiero escribir. Sobre el rechazo. Todo —particularmente el sol— es para mí tarea desagradable. Y más aún, faena maldecida de antemano. Querer escribir sobre esto es otro esfuerzo penoso.

Miércoles, 24

Si Dios está en todas partes ¿por qué buscarlo?

1 de noviembre

Ir en busca del reflejo del sol. ¿Es que acaso lo comprendo?

5 de noviembre

—No hay solución —le dije— y no es necesario que la haya.

Pero B. se refería a otra cosa.

—Siempre viniendo en estado metafísico —dijo sonriendo como si me perdonara algo muy infantil.

Si los ojos pudieran decir, si el silencio. La miré tanto que me empezó a subir el llanto.

—¿De nuevo los dolores? —dijo.

—Sabés bien que nunca lloro por eso… —dije, y me fui a mi cuarto para llorar seriamente, merecidamente.

De nuevo, otra vez, tratándome de idiota. Tal vez ebria, tal vez perfectamente ebria sentarme a su lado y lentamente, dulcemente, decirle. ¿Decirle qué? Que soy un animal. Que por su rechazo debo vivir metafísicamente. Que por su rechazo debo escribir, jugar a la *femme de lettres* (*ça alors*…). Que por su rechazo comparto mis noches con sus sustitutos (hombres y muchachas y pederastas y hasta…). Su rostro sereno, dulcemente orgulloso (¿dulcemente?), ¿se alteraría su rostro si se lo dijera? Seguro que ni lo imagina. Me piensa de la raza de los que se dejan amar, de los amados y no sospecha mi delirio de amor y que le es suficiente una palabra para que yo sea su esclava total, o, si prefiere, para que me acerque *à la Seine* y dé el sonido de un cuerpo menos en el mundo. No sospecha que la metafísica es una miserable máscara, que mi cuarto iluminado toda la noche no oculta «des austères études» sino imágenes rotundamente obscenas. (B. y yo en todas las posturas imaginables o no…) Esto es horrible. Sí. Muy horrible. También podría imaginar que el sexo no existe. Pero existe, *voilà la question*, qué desagradable y qué vulgar. Existe. Existe y yo lloro. Nada me importa. Me atrevo a decirlo —¡al fin!— si no que B. acepte, me acepte.

Martes

La fascinación de la muerte como lugar de origen. Soñé con un viejo poema, creo que de David Gasgoyne. De nuevo el gesto irremediable, el que sería el remedio del mal. El mal es querer ese gesto. El mal es querer el amor queriendo en ello a la muerte. Muerte o anonadamiento. Hablo del mal. No lo conozco. El mal es estar aquí, interrogándome sobre él. Pensando todo el día en la oscuridad, en mis imágenes sexuales de niña (ese país imaginario en el que *todo* estaba permitido). Lo prohibido. No está en mí lo prohibido. O sí. Lo prohibido es el día y los relojes, los horarios y la idiota expresión «morir de hambre» o «ganarse la vida». Lo permitido es lo que alienta en mí: la noche, un silencio sexual perpetuo. Nadie se anima a acompañarme por esos lugares terribles. Mejor dicho, los que se animan son gente viciosa, atraídos por algo distinto de lo que yo busco y encuentro. Los que me acompañan creen que lo hago por ellos. No es así: lo hago por el instante, por la noche, por la muerte, por el anonadamiento. Pero siempre que me recuerde, cualquiera sea mi edad o la circunstancia, sólo hay sexo, sed de sensaciones físicas tan internas que dejan de ser físicas. Este no cumplir totalmente mi —digamos— vocación sexual es terrible. Y creo que mis tentaciones suicidas vienen de allí.

Despreciar a alguien que amo porque no me ama. No comprender —odiarme por no comprenderlo— cómo puede no amarme. Absurdo total: Si no me ama es que no comprende, no se dio cuenta, etc., etc.

Jueves

El rostro de M. L. para que me salve del rostro de B. y que [*ilegible*] mi velo —ruego mental a M. L. para que empañe mi mirada de amor y de odio a B.—. Esto del odio en la medida en que no… M. L., ángel maravilloso en cuanto el rostro de B. me anuda la garganta. Los rostros de los imposibles en mi garganta.

Mais il n'était plus capable de se réjouir: sans regarder autour de lui, avec un pesant ressentiment, quelque chose comme de la haine contre la torture absurde qu'il venait de s'infliger… HOFMANNSTHAL *Le conte de la 672ème nuit.*

Sábado, 9 de noviembre

En el taxi dolor y tos irreprimible al pasar junto al Bois de Vincennes oscuro como una alegoría de la noche o, mejor, de las amenazas de la noche tales como si te portás mal mamá te dejará, sola y abandonada. Presentimiento de un desastre, de que por esta vez escapé —artimaña del taxi—, pero que la próxima vez no habrá escamoteo de mi parte. Al abrir la puerta constaté con alivio que el gato de M. J. no

me esperaba creyendo que yo soy M. J. Me asombré y pensé que se habría escondido para asustarme o, sin duda, para no verme, habiendo comprendido de alguna manera que M. J. se fue por varios días. Pero las horas han pasado y el gato no está aquí. No pudo haberse escapado pues las ventanas están cerradas. Ahora, esperar el retorno de M. J. el lunes por la noche: sin duda me expulsará y tendré que atravesar el bosque cerrado, interminable. No creerá que el gato desapareció, que no es culpa mía, si bien nada me gustaría más que saberlo muerto. Yo quise que se escapara. Esto es incontestable. Pero no realicé ningún gesto. Es más, lo impedí cerrando todas las ventanas que M. J. deja siempre abiertas. Pero me pregunto si M. J. habrá venido cuando yo no estaba y se llevó el gato a Bélgica, o tal vez, queriendo hacerme más grato el fin de semana, envió a alguien a quien le habría dejado la llave para que se lo llevara. O tal vez se lo llevó o se lo llevaron por orden suya para castigarme por mis deseos en contra del gato o tal vez M. J. quiso divertirse —no debo olvidar su leve sadismo— sabiendo que no podré estar tranquila hasta el lunes y que este fin de semana será un infierno pues me espera la cólera o la risa de M. J. o la posibilidad del bosque oscurísimo o, lo que es peor que todo, lo que me pasa ahora: imaginar al gato llorando en el bosque, hambriento y temeroso y no sabiendo cómo volver al calor, al hogar —hogar que es de él y no mío.

Domingo, 10 de noviembre

Pensar en Buenos Aires me aterroriza. Por qué pensar en Buenos Aires. Allí lo siniestro, lo polvoriento, lo imposible, allí lo imposible. Aquí es el suspenso, la espera, Espera de qué. Del lenguaje. De alguna noticia mía, de saber un poco de mí, de hablarme —esto último sobre todo. *Pour-quoi êtes vous fachée avec vousmême?* « J'ai tant fait patience…» No hablarse—. Autocólera. El masoquismo no existe. Hay, solamente, el conocimiento de una herida que una se infligió… Sufrir en manos de otros es buscar prolongaciones, cómplices, servidores. El masoquista se *sirve* de quien le hace daño. Pero el masoquista no existe. Mejor decir: el ofendido por sí mismo. Todo esto es absurdo pues elimina la presencia de los otros. Los transforma en cosas. Divertido: el verdugo sería una cosa para la víctima que ya no sería víctima, luego no habría verdugo. *Alors, merde*. Enfurece la imposibilidad del contrario. Ni sí ni no. Ni bien ni mal. ¿Quién no me enseñó una moral civilizada? ¿Por qué no me dieron una rígida armazón de conceptos? Imposible la ética. Pero ni esto lo digo con seguridad. Todo es y no es su contrario. Esto parece mental pero no. Si bien es idiota en mí es una herida. No tengo nada *pour marcher avec beauté*… La literatura me asusta. Si algún día me desintereso de ella es la sentencia de locura. Yo sé por qué lo digo.

Lunes, 11 de noviembre

Mis vértigos. Desproporción entre lo que hay dentro de mí —algo tan lento— y la fluidez rapidísima de las imágenes externas. Escribir un diario es disecarse como si ya se estuviese muerta. Mi búsqueda del silencio lo corrobora. También —y sobre todo— mi deseo de inmovilidad, mi fervor por las posiciones físicas que evocan la de los muertos (el diván psicoanalítico, el acto sexual, los ejercicios de *relaxe*).

Martes, 12 de noviembre

Un mes de torturas complacidas en ellas mismas. Recuentos y balances.

Imposible escribir. «Presa de la desconfianza.»[51]

Viernes, 15 de noviembre

En el silencio de la noche oscura, ¿qué demonios me compulsa a escriturarme? Más valiera hacer *striptease étant donné* mi profundísima vocación de despojada que sonríe a pesar de, no obstante, aun si. A pesar de todo, ella sonríe atada a la rueda del suplicio, Juana de Arco en la higuera, tentada de risa como una colegiala idiota oyendo chistes apenas verdes. Escribir, sí, ¿por qué no? Puesto que estoy sola y hace frío y es de noche y nada me consuela. Puesto que sufro porque alguien no está. Recién telefoneó A.: «Todo es más simple que lo que te creés», dijo. «Todo es más complicado que lo que te pensás», dije. «No —dijo—, quiero que hablemos claramente. Quiero que digas la verdad.» Yo me deshacía de risa. A. tiene cuarenta años y aún cree en la pureza, en el rechazo. Rimbaud, etc. Mas te valiera trabajar de sirvienta —dijo— que hacer artículos sobre libros que no te gustan. Claro que lo dijo con más violencia, con voz de andrógino angélico. Quise decirle que: vos te casaste con un homosexual para mantener al abrigo tu lesbianismo, él te mantiene y te permite decir *mierda* al trabajo. No dije nada, *of course*. Demasiada fatiga y además me importa un carajo lo que haga o deshaga. Sólo constato que nada es tan simple. En cuanto a la verdad, me hace llorar de hastío. Me eximo de pensar en estas cosas y al mismo tiempo me felicito. Que me digan lo que digan. Nadie me importa como para preocuparme si piensa en mí con ternura o con desprecio. Y si hubiera alguien que me importa. Pero esto es otra historia. La que me obliga a escribir en vez de estar en el lecho amando, amando… *mon dieu, comme la vie serait simple et tranquille…*

Árboles en el Bois de Vincennes. Troncos negros o de un verde absurdamente alegre. Hojas mojadas por la lluvia de ayer. Lejanía, niebla, árboles lejanos. Criatura privilegiada mirando árboles en la niebla. Hasta que el silencio me dio miedo y pensé

en lo que iba a decir a mi asesino, un perverso que asesinaría muchachas en el Bois de Vincennes.

16 de noviembre

De nuevo la morada fría, el desamparo, un lugar sin abrigo, oscuro y ofrecido a todos los vientos. ¿Qué extraño abismo, qué voz venida de mí que me arrastra a la desposesión más pura? Colaborar con los que me hacen daño haciéndome mal doblemente, haciéndome daño para que los que desean hacerme daño estén contentos de mí y me quieran. Antígona enamorada de Creón se encierra sola en su prisión de piedra y de silencio, corre a encerrarse, corre a decirle la buena nueva a Creón, a decirle que decidió encerrarse y él se ríe, naturalmente, pues si ella no se encerraba es él quien la iba a encerrar.

> *Serait-ce donc une promesse que de tuer un mort une seconde fois?*
>
> *Antigone*, SOPHOCLE

Martes, 19 de noviembre

Los rostros en el *métro*. Extrañeza. Seguridad de tener que vérmelas con animales. Mis ojos buscando la salida de esos rostros. SANS ISSUE. Hora en que los empleados retornan a sus casas. Por primera vez deseé vivir en el campo (paisaje mental eglógico). No obstante estuve serena. Por primera vez atravesé corredores siguiendo una fila avanzada penosamente. Oprimida por los cuerpos, sin poder respirar bien, sentía claramente que yo me estaba sosteniendo sin vértigos ni inminencia de desmayo gracias a nuevas fuerzas venidas de no sé dónde. Tal vez es la nueva situación: vivir sin B.

Parece que huí de lo de B. Parece que me fui porque no soportaba su rechazo incesante (lo que en mí sentía rechazo; nada objetivo, desde luego.

Lentitud. Horror de pensar en todo lo que quisiera ver y leer y escribir. Maniatada por el desorden. Por el mal.

Jueves, 21 de noviembre

Toda la noche pensé en B., en que yo le había huido, yo me fui antes de que me

expulsara pero en verdad me expulsó. Definitivamente. Toda la noche deseando su rostro, haciéndolo lejano e imposible. Recién le telefoneé y había algo tan extraño… Era y no era su voz. O tal vez yo, queriéndola imposible. Me pregunto —y esto me divierte— si no se sentirá abandonada por mí.

Esvén, de A. J. Álvarez.
¿Por qué son enervantes los escritores argentinos?

25 de noviembre

El deseo de sufrir. Recién llamé a B. Cuando discaba presentí que no la llamaba para vernos sino que estaba pidiendo sufrimiento. Hace bastante tiempo que no celebro una orgía de masoquismo. Cuando se acerca el tiempo de celebrarla me sucede sentir los síntomas, la inminencia. Que B. no pueda salir hoy conmigo me sumerge en la pura desposesión. No obstante, estos días, cada vez que pensaba en nuestro encuentro de hoy me hacía desear que sucediera algo que lo hiciera imposible. Sucedió, y ahora creo que mi deseo era presentimiento y en cierto modo era, también, un prepararme a recibir su negativa. Pero no estoy preparada. Nunca estoy preparada. Pocas veces he odiado a alguien como a B., que más que un ser humano semeja el símbolo de la imposibilidad del amor correspondido. Tal vez por ello siento tanto amor —sobre todo deseos físicos— por su persona.

Para vivir como vivo, mucho mejor fuera irme a Buenos Aires. pero es ésta la cuestión: me gustaría ir a Bs. As. el día en que un *no* como el de B. esta tarde se estrelle contra mi serenidad. O sea, remontar el infierno de las relaciones violentas y trágicas con los demás. Pero tal vez será así toda mi vida. Seguro que será así mientras me hago ilusiones sobre una presunta madurez y una presunta serenidad.

Todo el día voces de niños. Ahora comprendo que se pueda odiarlos. Yo no lo sabía. Mis vecinos habitan un solo cuarto miserable, allí el amor conyugal, los hijos. Comprendo que de esta manera se pueda odiar a los niños.

Su silencio es un templo. Su silencio es la presencia de las cosas en vez de su representación imaginaria.

Cuaderno de noviembre de 1963 a julio de 1964

Noviembre, miércoles

G. Bataille. *Le Coupable*. Conciencia soleada y tenebrosa. Leerlo es como oírme pensar (oírme desear y maldecir).

La ternura de C. L. después de lo de ayer. Igualdad anímica, su imposibilidad. Las relaciones como constante discordia y constante armonía. Si no hubiera pasado lo de ayer no pasaba lo de hoy. Lo mismo pasará con M. J., aunque esperar que la discordia cese es mantenerla pues la espera inflige una tensión hecha de ansiedad y de cólera. Yo no esperaba que C. L. hubiese estado así hoy, lo deseaba pero sin atreverme a esperarlo por creerlo imposible. En momentos así lo imposible se me vuelve posible. Movimiento interno: fatiga y desesperación como tributos de lo imposible. Lo subjetivo de estas cosas está en no querer serenarse, no esperar el bien, convencerse de que se está maldita y sólo debo suicidarme. Luego, cuando lo imposible se vuelve posible se cree que es mérito propio, que se ha trabajado y sufrido duramente para que advenga esta metamorfosis que, aunque no se quiera, es tan fugitiva y transitoria como la anterior. Lo principal de estos sucesos es algo inmutable: mi culpabilidad misteriosa, secreta.

28 de nov[iembre], jueves

Detención en la inminencia.

Viernes, 29 nov[iembre]

Desorden. Confusión. Fervor por la literatura cuando es de día. Pero de noche desesperación infantil, abandono, orfandad. De noche me pregunto qué me puede importar a mí la literatura si lo que yo quiero es que X. esté a mi lado.

Domingo, 1 de diciembre

Me temo y me castigo. Respuestas de J., su agresividad contra M. Mi temor, temor de que J. o M. se enojen conmigo. Pero no es así. Se trata de un temor más antiguo, ahora abstracto a fuerza de olvido, de haber sofocado la memoria y que entiendo como temor de todo o, lo que es igual, temor de mí. Miedo de ser yo.

Sin que nada lo corrobore, comienzo a confiar en mis posibilidades literarias. A. me dijo que mi dificultad para manejarme con los verbos obedece a mi origen judío. Pero el sábado me descubrí hablando en idioma literario. A. me escuchaba con cierto asombro. Todo esto tiene mucho que ver con los ejercicios de *relaxe*. Si llego a distender mi garganta, es decir, a respirar armoniosamente, cambiará mi relación —ahora tan complicada— con el lenguaje. Pero ya van dos años que los practico y el pecho y la garganta continúan en su estúpida posición defensiva. La misma sensación de que una mano de hierro me oprime por esa zona. Esto es curioso: para distenderse sólo es preciso *darse*, dejar de retenerse. Claro que el horror a la caída, el miedo a la desposesión total… Dije miedo y ya está. Aprieta horrendamente.

Martes, 3 de diciembre

Libro de poemas en prosa: *Camino del espejo*.

Viernes, 6 de diciembre

De la importancia de los *objetos* mentales. Tener en qué o en quién pensar. Tenerlos auténticamente.

Cuento sobre el chico tartamudo que se suicidó. Mi padre y mi temor al retorno y el actual estudio de la fonética. Ver *France Soir*.

Ejercicios de la mano izquierda:

el rumor de la noche
la palabra de la noche vive de sí misma
el verso feliz inverso a la musicalidad
del objeto preciso
la noche el movimiento

M. L. la tartamudez y el objetivo del viaje. Alejarse del padre, curarse lejos de él. Animal enfermo se retira.

Fonética

Diario mío del 62: «se trata de un problema musical». Coordinación. Ritmo. Modo de caminar, de hablar. Desencuentro, las piernas, las manos, el lado izquierdo y el derecho, los senos, las caderas, la espalda, la nariz, sobre todo el lado derecho de la nariz. Abuso y deterioro de la derecha. *Relaxe* (no lo hice bien en el brazo izquierdo, como si fuera inútil).

La primera sílaba. Acentuación excesiva. Énfasis fuertísimo en la primera sílaba acompañado de un movimiento simultáneo de expulsión de todo el «aire» quedándose luego la respiración sofocada.

11 de diciembre

Mentalmente ya me fui de París. Ansias por estar en Bs. As. ¿Para qué? Cambios de lugares. Dejé de hacer los ejercicios. Retorno del insomnio, de las fantasías regresivas. Cansancio de vivir así, en la pobreza y en la incomodidad. Sordidez externa.

Exceso de autoexigencias. Narcisismo. El desinterés de mi madre. No me atrevo a decirme que en ella el desinterés y la desposesión son naturales y en mí… Continúo: el dinero me fascina, lo mismo que el lujo, el fasto. Pero me fascinan de una manera poética, mejor dicho, literaria. Agrego: el signo Tauro, Balzac… Acumulación. Exceso de fantasías. No sé renunciar a nada. Esto es complejo, es más complejo que como lo enuncio. El dinero, el poder, el estatismo, la inmovilidad, la mano derecha, el amor al silencio y a la soledad, la ansiedad, el hambre, la sed. M. L., M. J.: rechazo de todo; yo, como ellas, rechazo a la inversa. Acepto para destruir. Digo *sí* para acentuar mi negación tácita. ¿Cómo no estoy cansada de mí? Asombro. Lo cierto es que estoy fascinada por mí, país inexplorado, me asisto desde afuera, espectadora impotente. En verdad, elucubro todo esto pero en verdad desfallezco de ternura: de darla, de recibirla. Todo podría ser tan simple.

14 de diciembre

Todo se reduce a una elección entre el verso y la prosa. La tentación de escribir una novela equivale a golpear —a seguir golpeando— en la puerta de la realidad cotidiana que execro.

19 de diciembre

No querer poseer ni ser poseída. Nada me desespera más que la esperanza-proyección de deseos, espera del cumplimiento de lo imposible.

La disyuntiva Bs. As.-París es falsa. Esperar, siempre esperar. Continuidad en la desesperanza, en la conciencia del saber que no hay. Esperar la suerte: vulgaridad de esta espera.

¿Cómo saber si lo que le dije a M. J. es lo importante? Sensación de mentir, de no

poder hablar con un lenguaje desnudo y exacto. No es así el lenguaje de los deseos.

Ayer pensé en lo poco que me instruyen los libros. Lo que sé de *lo importante* lo aprendí a los tumbos, cayendo y levantándome sola. Ningún maestro espiritual, ninguna palabra consoladora venida de afuera.

20 de diciembre

Nada de originalidad. Pero nada de expresiones hechas, de herencias a conservar y hacer fructificar. En general, los que escriben plagian, aun los mejores. Esto no está mal ni bien. En cuanto a mí, decido revisarlo todo por cuenta propia. La verdad, el único escritor que me da la seguridad de pensar solo es Bataille. Cada vez me asombra más nuestro aire de familia.

Sábado, 21

Se me caen los objetos. Pérdida de los reflejos. Respirar es cosa seria.

Domingo, 22

M. J.
Marie-Jeanne.

Lunes, 23

Fiesta de la autodestrucción —imposible, imposible cualquier cosa, todo imposible, imposible el amor, todo imposible, yo lo sabía, yo lo presentía. Demasiado perfecta la manera de saberlo, de presentirlo.

—Cuando, sus ojos en su cara transformada de insecto —dijo besándome, absorbiéndome sangre de los labios. (Amor mío, amor mío) no, no era sangre pero yo creí, yo creía, sorda para siempre a cualquier manejo de la exactitud, no era sangre pero yo creía, yo quería a causa de sus ojos enormes, desmesurados en su rostro de huesos, de piel, de nada más.

—No puedo hacer nada —dije—, pienso en tus ojos todo el día…

Tampoco esto era cierto pero de algún modo era la verdad en su decir más puro, la indecible verdad, la imposible, por eso se lo dije: para no decírselo. Porque me miró como quien mira lo increíble y me sonrió como quien oye dulces mentiras. Era

tan cierto que tenía que ser mentira. Si mi perversidad infantil no me ayuda ahora, ahora que he visto lo terrible, que he sabido como nadie las evidencias de lo imposible. Antes estaba sola. Ahora estoy sola. Presente vivo, ardiente, sufro hermosamente, me devoran, me beben. Antes sufría, oh sí, pero antes era también la esperanza, la sensación mentida de atravesar un lugar provisorio. Ahora hallo mi morada, quiero decir, mi ausencia de morada.

Lo absurdo del amor en cantidades inaceptables. Un solo gesto y todo estalla, añicos, cosas en el aire. La muchacha de cara infantil, triste (yo) llega exaltada y dadora: me doy, doy tanto como si cantara, le hablo, le hablé, sus ojos muriéndose de gozo por mis presentes desmesurados, pero qué hará o haría su cara de huesos, de enjuto y de parco y de contenido y de contraído con mi desbordamiento, mis ojos luminosos húmedos, mi rostro confiado, tan confiado que por la noche lloré tocándome la cara igual que de niñita, *poor baby*, la dejaron solita, llorando por mí pero sobre todo por la noción del imposible, filosofita suicida, llorando y sonándome ruidosamente, *Bebé l'enfant cheri qui souffre plus que ce qu'on peut*, llorando, camino de gracia, de perdición, pequeña mendiga, princesita despojada, (*mon amour, mon amour*) llorando por su cara que no podía revestirse de la mía, esto es lo horrible, yo quería una identificación absoluta, quería darle lo que admiraba y envidiaba en mí, el rostro conmovido, tierno, la gracia, el duende, el ángel, arrancármelo y adherírselo a su cara que no me aceptaba de otra manera que de ésa. Y yo sabía que quería lo que admiraba y envidiaba en mí para dárselo a otra, para asombrar a otra con una metamorfosis maravillosa. Lo sabía y lo aceptaba (*my life, my heart*) y estaba ansiosa por someterme a los trueques más dudosos. Hasta la poesía, sí, hasta le enseñé a decir poemas a mi manera, caliente y exaltada y le enseñé a decir chistes encantadores por ese método plástico y de visualidad interna que consiste en distorsionar infantilmente la palabra oída, la imagen recibida, distorsionarla y devolverla deformada e impregnada de una comicidad irresistible. Esto que parecía ser la llave de mi encanto se lo informé sin que se diera cuenta aunque ha de saberlo y también sabe cómo y cuánto me necesita para su perfeccionamiento, para poder enamorar a esa otra que recibirá quién yo soy ignorando toda esta combinación de injertos, mutaciones y abandonos.

No hay lección que aprender. La hubo tal vez pero ya es tarde.

Y le dije: por favor, no me hagas daño, por favor, no te rías de mi amor. Y luego le dije: por favor, acéptame como alguien cuya sola alegría es tu existencia en este lugar miserable. Lágrimas sobre sus manos, de mis ojos a sus manos. Ritmo húmedo, llanto anudador, te amo, no creyéndome, riéndose como si le hubiera contado un chiste. Es tan increíble… —dijo—. Alguien como vos. Miedo de mí, tenía miedo de mí, presente fabuloso, inesperado, tan deseado por imposible. Y ahora yo, de rodillas, llorando en sus manos. Tómame o déjame. Pero no, no podía creerlo, no quería creerlo y yo sabía por qué no podía. Oh cómo lloré en sus manos, de rodillas, parecés

un pequeño trovador de un cuento maravilloso, dijo, y yo lloraba porque me condenaba a cantar, quería retenerme en un lugar maravilloso, figura excepcional, de acceso imposible a causa de este mundo miserable que obliga a que la poesía dure lo que la embriaguez, no hago literatura, dije, olvidate de la poesía, pero no, Shakespeare y Giraldo Riquier y Rimbaud y Louise Labé, no me condenes, dije llorando como nunca he llorado, pidiéndole, rogándole, sos tan diferente, dijo, tan diferente, aquí sus ojos serios porque calculaba, sí, sin duda calculaba que yo iba a traer el escándalo de la poesía a su vida calculada de horarios y encuentros nada entrañables, negándome como quien se niega al sol, ocupado en preparar su suicidio. El mío vendrá pronto. Yo no puedo vivir. Esto lo sé. Lo he sabido siempre. Siempre lo supe. Ahora lo sé.

Tengo miedo. Oscuro. Siniestro todo. *J’ai peur*. Dame la mano. ¿Qué mano? ¿Cuál mano? Milagros, ahora se le da por pedir milagros. Si sigue así pronto pedirá un vaso de agua. Está loca. Absolutamente loca.

Si no lo sabes es mejor que no lo sepas nunca. Si no sabes lo que sabes perfectamente, sabes, sabes, sabes. Truena y nieva. Miedo y miedo. ¿Iría a ser así el final presentido?

Para comunicarle que sufro por su culpa lloré en sus manos. No sufría por su culpa sino por tener que sufrir por su culpa. No creyendo en mi terror, en mi temblor, temblando yo contra su cuerpo, su cuerpo, su cuerpo real sacudido por mis sollozos. Amor imaginario, dijo. Que diga, que hable, que se niegue. Sufro. Sufriendo sufro. Me has condenado.

Me expulsa, me mantiene a distancia, me impide, me evita, me encadena, me hace danzar, me asola, me afea mi soledad, me corroe, me corrompe, me martiriza, me hace sufrir, padecer, llorar todo el día y gran parte de la noche. Y no lo sabe, y no se cree responsable y no quiere saber que sabe que en mí se venga de lo que no es.

24 de diciembre

Agonía, estertores, vértigos.

27 de diciembre

No, el orden no es la solución, la solución es una ilusión imbécil. Dejarse ir. Dejarse estar. Respirar, respirar sin insultarse. Las voces, el silencio, la soledad, la mano que me tienden. Negarse para caer con más gracia. Elijo la cobardía, la mano amiga. Elijo la sucia indiferencia de las sonrisas. Nada más idiota que esto: no hay elección posible. Aventuras vividas, otra mentira y no obstante la única verdad. El

mal es la necesidad de afecto (en mi caso, siempre en mi caso).

28 de diciembre, viernes

Esto de definir el mal, esto de definir. Esto de desesperar del lenguaje por culpa del maldito vicio de la definición. ¿Qué sé yo qué es el mal? ¿Es que me importa saberlo? No. Entonces… ¡Cómo me lleno de posesiones inútiles! Amistades inútiles, libros inútiles, nociones inútiles… Por más que lea a los santos, por más que trate de estilizar mi pensamiento hasta hacer de él una espiral o una flecha debo reconocer la verdad: mi sola preocupación es lo erótico. Y en este sentido soy una cobarde que no se oculta de serlo. Ir hasta el fondo de lo erótico es mi única necesidad, es tal que no la diferencio de mí. ¿Qué espero? Espero el milagro. Que los santos me concedan una buena frigidez. Pedirlo en honestas plegarias, hablar con sacerdotes. No. Es el miedo a mi madre.

1964

Miércoles, 1 de enero

Sueño: un camión lleno de máscaras, de caretas. La gente sentada encima.

M. L. y M. J.: terrible amor por sus rostros. Dos rostros dentro de mí. Amor, piedad y hasta orgullo por estos rostros dentro de mí. Si la pureza existe entonces consiste en estos dos rostros engarzados en la conciencia.

Que algo comience a fluir. Río, catarata. Liberarse la garganta, el pecho, la nuca. De todas las maneras posibles. Exorcismos. Poesía, sexo y pintura. Pero quererlo de verdad. Algo llora cuando se piensa en un probable abandono de la prisión. Fácil decir *no, gracias*. Sobre la dificultad de amarse y de conocerse, sobre el darse vuelta la cara. Reconocerse víctima, designar los culpables. Me abandono a la piedad. Amor por la dulzura, morir con el epíteto de *duende*.

Viernes, 3

En el hosp[ital] St. Anne.

—Tengo dificultades con la *a* —dijo—, por ejemplo, no puedo decir *au revoir*.

—Pero si *au revoir* empieza con una *o* —dijo la foniatra.

—*Ah bon!* —dijo—. *Alors au revoir*.

La prosa, la prosa. La prosa me obsede, el día me deprime. Urgencia por escribir en prosa, no en una prosa extraordinaria sino en la simple, buena y robusta prosa inaccesible para mí de una manera tan total que la sacralizo. ¿Y dentro de la prosa? ¿Qué pasa con lo de dentro de la prosa? No pasa nada. Por eso no puedo escribir en prosa.

Algo que no deseo es una prosa bella por esfuerzos de toda índole. En suma: el sueño del lápiz que supiera sumar y restar solo, conduciendo mi mano pasiva, sueño de mis cinco años.

El texto de España, ejemplo de espontaneidad. Eso fue por la presencia de M. J., porque yo no llevaba libros, porque me sentía *viajera*. Ahora, cuando pienso en la —digamos— novela, pienso en mi cuarto perfectamente instalado, en la soledad total, en la duración, en la seguridad.

Domingo, 5 de enero

Ejercicio de la mano izquierda:

de pasos en la oscuridad
a una nube de silencio
a un nuevo compacto silencio
que arderá cuando yo me silencie
diferentemente
será como un tatuaje
como sus ojos azules
engarzados de súbito en las palmas
de mis manos
indicando la hora del silencio
más hermoso
que nadie se atrevió a silenciar jamás
entonces
no tendré más miedo
de ser yo ni de hablar de mí
pues yo estaré diluida en el silencio
esto que digo es promesa

Poema o exorcismo. Corregirlo es anularlo. Es abolir la energía inconsciente. Mi primer libro hecho de exorcismos. Luego, esteticismo que finalizará en el silencio. Salvo que acepte los poemas veloces, internos, venidos de lejos sin tratar de detenerlos, sin matarlos, sin cosificarlos. No soy un poeta profesional. No tener para quien escribir desemboca en dos formas poéticas: la del exorcismo, inteligible o no, y la detenida, asfixiante, esteticista que consiste en un pequeño poema mil veces corregido. Se pueden hacer las dos sólo que en mi caso la segunda forma es social, obedece a mi vanidad, a mi deseo de estima y admiración. Mi forma auténtica es el *automatismo afectivo*. Sólo me podrá ayudar lo que escriba rápidamente puesto que mi conflicto es la inmovilidad, el muro. Y no se abate un muro construyendo a su lado otro muro. Quiero abrirme. Ahora comprendo por qué todas las experiencias actuales en poesía, pintura, música…

Miércoles, 8

La fatiga, las ganas de dar la razón a quien en mí me destruye. Me pregunto si M. J. no me admira tanto para vengarse de mí. Hace lo posible para hacerme hablar de mí y sostiene mi narrar con elogios y consideraciones sobre mi persona que señalan una estima y admiración enormes. Hasta que me veo sola y las náuseas me suben: por los elogios, por lo inútil de mi mucho hablar de mí con M. J. quien tal vez

se esté sonriendo irónicamente por haber desencadenado mi desmesurado narcisismo. Exagero, claro está. Pero a veces siento que M. J. me hace hablar tanto de mí para poder felicitarse de su imposibilidad de hablar de ella. Lo que no sabe es que a mí me es más difícil que a ella esto de hablar de lo que le pasa a una. Y que si lo hago con ella es porque la amo como sólo puedo amar yo: con una desesperación sin límites, sin esperanza, suicidamente, dementemente, estérilmente.

como quien sueña que tiene hambre
y se despierta y llora de sed
como quien sueña que tiene sed
y se despierta y llora de hambre.

Hablo de mí pues hasta ahora no encontré un tema más interesante.

Lunes, 13

Urgencia de M. J. por que yo me vaya y poder sentir nostalgias de mí y hasta tal vez amor. ¿No siento yo lo mismo?

Diario de a bordo

21/I

Proust, p. 5. Dolor en los huesos al despertar después de haber creído que se durmió junto a quien se ama.

2 de marzo[52]

Ofelia: brindis por su madre en el almuerzo. Darle la mano para simular un simulacro de la alegría (por su cumpleaños o por cualquier otro aniversario). Vencimiento en su cara a pocos pasos del rostro animado. En cuanto desaparece un fondo de música afrocubana se le apaga la cara. Cuando habla del sexo es como si oyera una música. Vulgar, naturalmente. Emoción excesiva ante el asunto de Sylvia. Ojeras en sus ojos como si fuera ella quien se drogó y fornicó toda la noche.

Culpa mía (?) por la evasión de S.: fui yo quien la presintió anoche, quien le llevó el somnífero a R. ¿Y hoy? Amor y odio, obligada a representar la nobleza, la seguridad. El rostro de C. L. me sostiene.

Anoche vimos *Tintin et la Toison d’Or*. Alguien en mí trataba de apropiarse de los métodos de Tintin para descubrir y destruir el mal, las trampas del desenfreno y de la concupiscencia. Camino por los corredores del barco con la obligación de mantenerme lúcida, en honor de C. L. de nuevas proezas de serenidad y de

autodominio. Lúcida y serena, también, para ayudar a R., a quien nunca podré ayudar —yo menos que nadie pues me gusta y quisiera acostarme con ella y no sólo me gusta sino que podría o puedo enamorarme de ella y al mismo tiempo siento una suerte de odio doloroso pues por su causa no leo ni escribo sino que hablo y miento y consuelo con mentiras pues su cara cuando está preocupada me da en la garganta o no sé en dónde pero en un lugar que me obliga a la máxima serenidad y fuerza.

La dama de cabellos rojos y anteojos verdes, sumamente distinguida y que sonríe como mi tía Geneviève. No habla con nadie salvo, a veces, conmigo. Viuda de un profesor de E., política. Me habló de la revista *Planète* (con desprecio al ver mi cara de desprecio), de S. de Beauvoir, de C. Rochefort y sobre todo de *La Religieuse* de Diderot. De este último con gran entusiasmo, tanto que si no fuera tan vieja hubiera pensado en inclinaciones sáficas. ¿Tan vieja? Sesenta años, tal vez… Algo está acabado en ella. Sus dos compañeras de mesa. Ayer traté de hablarles de ellas a Lía, de explicarle qué sentía cuando las veía. Dos autómatas puestos en marcha, dos muertas rondando gracias a no sé qué filtros, barco fantasma éste, tanta realidad, tanta evidencia que es increíble. Como el mar anoche, como el cielo demasiado negro, oscuro, parecía una lección de metafísica para primer año, luego el cielo estrellado de una manera ingenua, copiosa, todo demasiado. Volviendo a las dos francesas: vacían la cara cuando se las mira en un eficaz deseo de pasar sin ser vistas a pesar de sus cuerpos atléticos, pero hunden en el anonimato sus ojos, gesto especial que quita toda animación y movimiento y por eso yo tenía miedo cuando quise contarle a Lía lo que yo sentía frente a ellas en el pasillo.

Viernes, 7 de febrero

Encuentro con Miguel. Piedad, indiferencia, admiración. La razón de ser de tanto buscar y buscarnos. Intelectualización máxima aliada a un fuerte deseo de irracionalizarnos totalmente. La voz íntima, la más interna pide y gime un arreglo de los sentidos.

BUENOS AIRES

15 de febrero

Carta a Octavio. Art. Michaux. André Dalmas. Prefacio de poesía.

16 de febrero, lunes

Michaux, *Passages*: variedad de temas: el clima del Ecuador; la celebridad; la posibilidad de que los ángeles sean bombardeados por experimentos atómicos; la cardiomancia; caídas desde tres mil metros; apuntes sobre novedades científicas: crecimiento por excitación del sistema nervioso.

Culpa ante mis padres. Huésped. ¿Qué hago yo aquí? He venido para verlos. ¿Y ahora? Los he visto y me han visto. Situación imposible. No estamos hechos para vivir juntos. Queda entonces una situación falsa, basada en un lejano acontecimiento biológico.

Comprender la familia, el sentido de tener una madre y un padre. No puedo mirar los ojos de mis padres. Culpa y vergüenza pero sobre todo asombro. Ahora que los reencuentro después de años de ausencia los descubro más infantiles e indefensos que nunca. ¿Por qué estoy aquí? Me alimentan, me sonríen, me compran objetos, ropas, en nombre de un leve y viejo incidente biológico. Pero no es así.

Michaux

Sobre amenaza de la bomba atómica: p. 19.

20, jueves

Expresión siniestra. Usted me resulta una cara conocida.

22 de febrero, sábado

Sensación de deterioro. Mi yo, renovado en París, oxidándose aquí en unos pocos días.

América: p. 152 – diálogo – movimiento de la conciencia (entre comillas) – en 2.ª persona.

23 de febrero

Imposible hablar con palabras. Ansiedad y urgencia por decirlo todo mediante una sola palabra. Leo a Kafka para calmarme con sus prolongaciones infinitas de sucesos y de frases, con su poder de mediación. No sé lo que quiero, sólo sé que

salto, que salteo, que hay un abismo entre dos orillas y que lo importante es el abismo y que el salto es mi cobardía como lo es la orilla y mi impaciencia por alcanzarla. Ahora me inquieta y me obsesiona mi futuro, lo que haré en Buenos Aires, como si buscara un fuerte motivo para no volver a París. Por ejemplo la absurda idea de estudiar letras, de dejar de escribir poemas, de negar la existencia del sexo y de vivir, de una vez y para siempre, en un cuarto silencioso y lleno de libros siendo mi único enlace con el mundo los adelantos que haría en mi carrera, los exámenes brillantes, los artículos y estudios consagrados a poetas que no tuvieron el miedo que tengo. Las experiencias de París, lo poco que crecí allí, es corroído a cada instante y cada vez me siento más cerca de cómo era yo antes de irme, la criatura aborrecible cuya desaparición yo celebraba desde mi cuartito de St. Sulpice.

Michaux.

Ninguna confianza en el azar. Mejor dicho, seguridad de que es hostil. Por lo tanto, perpetua tensión para prepararse a vencerlo por si ataca, lo cual tampoco es seguro.

Cuando la sed es sólo un pozo, cuando es negro en la garganta, cuando el cuerpo traiciona, cuando se piensa como un busto, como un repugnante busto de yeso en una sala de conferencias, cuando el cuerpo es de palo pero palo pensante y con deseos muy distintos a los que vibran en la maldita cabeza de yeso.

Cuando la sed arrebata y corrompe y hay algo más que un fluir en vano, en vilo, en la última ternura, trivial, intencionada [*ilegible*] brevísimo, lobo del mal, del mar, mar y mal, aguante increíble de pálidas horas, por una vez sobre todo reventar hasta más no poder, no poder más, es que lo sabes, desierto ínfimo, infierno, desierto del infierno de vivir en la piel del mal del mar del lóbulo ajeno de la noche cuando gira y registra la luz que vuelve malintencionadamente, zócalo, álzalo, velo ya, velo, velo, velo tu cara, cara tu vela, caravela, obstétrica cara tétrica, me abres con tus ojos, goznes de mi cara mis ojos, chirridos, ripios, gris viento gris, anunciación a la virgen del mal, renuncio al no, al sí y al no, me queman, me arden, me asan, San Lorenzo en la hoguera, Juana de Arco en la parrilla, me saquean, me devastan, me abandonan y se van en una caravela, me vela tu cara, me la velas, vela la mía, vela amor mío, me abro, me abracadabro, me macabro, me recobro y me reabro, me repites, me impides, me acometes, me humedeces, me avientas, me barvolentas, me almacenas, me entreabres, me santificas, me bautizas.

Jueves, 27

Como si hubieran barrido en mí. Alejaron el polvo, no hay huellas de testigos ni de testimonios. Sólo los huesos, una presión sospechosa en los huesos, algún leve

balbuceo en el lugar de la desconfianza. Hastío en donde no hay huesos, soplo de un viento débil. Ira, imposibilidad. Hablar da risa. Escribir. Debilidad de siglos, devorada por algo, comida por alguien. La nuca, extraños ruidos en la nuca y en las mandíbulas. Angustia con algo oxidado, atmósfera de vieja ferretería, de estación de tren abandonada.

Viernes, 28

Odio transportado, sobrellevado, no asimilado, rechazado y por eso de nuevo transportado. Transferenciado a la luna el odio, al mar el odio, a la ventana que lo muestra el odio habiéndole dicho a la ventana una larga estrofa de maldiciones que sólo me hicieron reír a mí porque estaba sola y maldecía el mar. Luego, en la playa, maldije a los niños, tan graciosos en sombrero y desnudeces, tan propicios para ser arrojados al maldito mar con sombrero y madre puestos.

La sala vacía, la cuchara rota, el pie de una estatua de un caballo griego, la sal volcada, la sal de la vida —sal de la vida, me dice y me digo—. Todo lo que se transforma de lejos y sin mí, algo inmensamente sexual y gris, color de muerto viejo. La sal de la vida. Emplear el lenguaje para decir y sobre todo para decidir lo que no haré por más que diga y decida. El mar con sus bañistas con sus gritos de gozo saltando con las olas, pataleando, brincando, dando zapatetas marítimas, caras saliendo de las olas, hilos de alambre atravesando diez caras —hilos de alambre que les envío para hacerlos girar y dorar al fuego como pollos. Se doran al sol, de un lado y de otro, se untan con sustancias grasosas y se exponen a los rayos de Febo. Los niños lloran y se echan arena y construyen montículos y estaciones de servicio y pequeños castillos porque la arena es dócil, es fácil la arena, se deja transformar, adopta las formas más repugnantes. La gente come en la playa, come y fuma y habla y se dora al sol (alambre mental mío: como pollos). Luego se van, los niños lloran, los frágiles huesecitos se convulsionan, los frágiles castillitos se desmoronan. El sol en lo alto, el mar en lo bajo. ¿Es esto todo? No, es mucho menos.

1 de marzo

Hotel Atlántico de Mar del Sur. Buscando lo viejo, buscándolo con espíritu de misterio, forzando el misterio de las cosas. Asombro de la mucama. Para ella un hotel viejo, un hotel incómodo y nada más pero nosotras queríamos que nos mostrara la fuente del patio que no existía ni nunca existió, según dijo. Los dos niños y los viejos, en la sala en donde tomamos el té, nos parecían autómatas. No duró mucho esta creencia.

El hotel. Lugar extraño un hotel. Hace días que vengo pensando en lo que es un hotel, en su significación, en su representación. Me importa en lo que tiene de carencia de seguridad, tan opuesto al hogar, al lugar de arribo familiar que es mi nostalgia, lo es mucho más ahora que en París.

4 de marzo

¿Por qué quiero estudiar letras? Para que me den confianza en mis movimientos internos, para apropiarme de la tradición más externa, de la retórica sobre todo. Desconfianza en mí, en mi imaginación, miedo y desconfianza.

«Formas del desamparo», dije. Para que titulara así su próxima exposición, pero se rió y me dijo qué sé yo del desamparo. No le dije: a mí también me la hicieron, no sos el único ofendido y humillado, pero me ofendía (y me humillaba) esto de comprobar quién sufrió más de los dos, *who is who* en el mundo del desamparo.

Ojalá pudiera yo pintar en vez de escribir, la desgracia máxima es ser escritor teniendo visiones detenidas, repetidas, visiones que son una sola, una sola escena de locura irreparable. Si yo quisiera describirla, claro que quiero pero si yo pudiera describirla me moriría de culpa, me moriría por haber creído traicionar un secreto, digamos, milenario… me moriría de un cáncer en la lengua, algo crecido en mí con materiales míos, algo que me acusaría desde mi lengua por haber dicho más de lo que se puede. Por eso no me consuela escribir pequeños poemas que sólo son lejanas señales de un lugar —un escenario sin decorado— en donde ocurre lo único que yo quisiera narrar y que por ahora no digo porque soy cobarde, soy tan cobarde que me suicidaré de puro no haber podido describir la escena que me aportaría castigos mortales. Aún ahora, hablando de ella sin especificarla, me palpitan las sienes y me siento mal.

—Sos trágica —dijo Bob—, sos tan trágica que no me das miedo. Tan trágica, tan niña, tan candorosa.

Cuando nos desnudamos corrí a buscar el whisky.

—Ésta es la imagen detenida —dijo—, una muchacha corriendo desnuda con una botella de whisky en la mano.

Bebimos y nos fuimos a la oscuridad, a la noche de los cuerpos. Apreté los ojos como si me fuera a reventar en la cara. Me olvidé de Bob y del libro que no escribiría nunca. Me abrí como si ello fuera el único posible en este mundo de imposibles. Mi respiración horrorosa, puerta al viento chirreando, abrir, cerrar, aferrándome para saber, para buscar una luz en lo oscuro. Quería entrar, quise entrar tanto que me olvidé de mí y de la luz buscada. Arrasamos con todo, no Bob y yo sino algo que no era ni los dos ni yo sola.

Si me preguntan *para quién escribo* están preguntándome *la identidad del destinatario de mis poemas*. Me preguntan para quién escribe. La pregunta *para quién escribe* garantiza, tácitamente, la existencia de un destinatario de mis poemas.

De modo que somos tres: yo; el poema; el lector = descifrador

memoria amparadora La *cuestión para quién escribe*

Si me preguntan por el destinatario de mis poemas[53]

6 de marzo, viernes

Confusión máxima. Deseo compulsivo de tener algo que hacer, algo en serio, estudiar, por ejemplo, estudiar por cobardía, por renuncia, por no poder conmigo, por no creer en mí, por respeto a la odiada realidad utilitaria, por serme útil de la manera más inútil, por abrillantar mi soledad, por darle una forma que no me avergüence —como hasta ahora con la poesía la cual me hastía inenarrablemente.

Comer y hacer el amor: formas, en mi caso, del máximo desorden. Comer y hacer el amor: siento que me arrancan a la fuerza de la infancia. Todo lo que puede hacer adulto mi cuerpo me horroriza. Pensar en M. L., en su cara, en su cuerpo, en cómo renunció al odiado *yo*, a su maldito peso.

Busco una forma definitiva, un estilo simple y correcto de decir las cosas. Esto me enerva. Es como mi imposibilidad de encontrar una lapicera exactamente apta al movimiento de mi mano. A veces creo encontrarla pero me sirve por muy poco tiempo. El mismo problema con los cuadernos, con las hojas. Mi deseo es inhumano: busco una continuidad absoluta. Lo único continuo en mí es mi deseo de esta imposible continuidad. Ahora recuerdo que ni siquiera mi estilo oral es siempre el mismo: cambio de voz, cambio de léxico, cambio de acento (recuerdo mi período mexicano en París, lo que me gustaba acentuar diferentemente las palabras). Estoy anómalamente fragmentada. Por eso mis pequeños poemas. El aborto es mi emblema, mi emblema de bordes mordidos. Todo esto puede derivar muy bien de la impaciencia. Imposible amar la tarea presente, hay un perpetuo anhelo de finales rotundos, muerte y resurrección. No el aborto sino el suicidio. Sólo salva el interés sostenido, presente. Al menos es lo que se dice. Yo no tengo tiempo, algo me precipita todo el día. Cuando nada me precipita entonces nada pasa. Soy una muerta.

¡Qué grito hubiera dado en el muelle solo, cerrado por la noche cerrada! Qué grito en vez de canto, en vez de simple canto qué alarido… Bob intentó su nueva canción llamada «le lien de la separation» (fui yo quien la llamó así). En lo oscuro, mi voz en lo oscuro, era agradable mi voz, tan grave, tan caliente, pero no era eso, no era eso de ningún modo. Una voz que arrasa con todo. De pronto salió, ¿qué salió?, salió un ronco lamento, por supuesto. Voz como golpes en una puerta cerrada. Me reí

recitando mis versos (*Y’ a* [*sic*]

Y’a personne

Même pas au Dôme).

La risa cabalgaba el lamento. Retórica esto que digo. No es fácil contar, no es nada fácil contar que se ha cantado, por una vez, con la propia voz. Llamaba a una puerta. Llamaba a un color lila. Llamaba a una mano para que viniera a mi cara y me dijera: Duerme, mi confiada… Como sollozos tardíos o anticipadores, como sollozos preventivos o irremediables, salía de mi garganta un canto de locura y de tristeza, algo sin desenlace, terriblemente hecho añicos. Mi voz desmoronada, animosa sin embargo, pues saltaba entre ruinas, saltaba como un lisiado, torpemente, cómicamente. A ratos surgían palabras o fragmentos de frases, o palabras trituradas, deformadas como si hubieran estado años y años empotradas en mi garganta, mi voz las arrastraba como las algas de la ahogada, algo traído por los cabellos, adherencias, ramas, pétalos, letras sueltas, corazones de espejo, espejos rotos. Salía mi voz, salía tan oscura, tan penosamente, como si yo no hubiese querido que saliera y en verdad yo no quería, me retenía como una parturienta arrepentida, iluminada de pronto por el deseo de no dar a luz sino de retornar todo a la sombra. Cantaba y llamaba, llamaba a alguien que no es de este mundo, que no puede ser de este mundo, alguien que morirá conmigo como muere un niño dentro de su madre. Pero llamaba con urgencia, llamaba a un color azul o a un color lila, le pedía auxilio con mis voces trizadas, fragmentos de una voz que no llegó a ser unidad a causa de querer comprimirse, ocultarse en un pozo más pequeño que su persona, llamaba para conmover a alguien, alguien que reside en mí desde que tengo memoria, llamaba para borrar furiosamente las caras de mis próximos, las de mi madre y de mi padre y de mis amigos, caras sonrientes, caras-barreras, caras afectuosas que yo también quiero pero que son mis impedidores, yo quería hacer un vacío de caras para que la cara anhelada se formase, se produjese, por obra y gracia de mis golpes de voz, de mis alaridos de perdida en el desierto (no era más que un muelle y estábamos totalmente ebrios). El cielo arriba y las aguas abajo y yo a los gritos delante de la guitarra de Bob. Ondas de lenguaje subían a mis labios, como si hablara una estatua. Arquitectura de mi espíritu: la casa de Hansel y Gretel después de un incendio. Fue allí cuando supe que en mí estaba roto, que me habían arruinado, que me habían empotrado en el sitial mayor del reino de la separación. Si tan sólo pudiera decir lo que pasó cuando yo gritaba. Era la alianza perfecta de la tristeza y de la alegría. Algo con reminiscencias de judíos en el desierto. Yo era una plañidera, vestía de rojo. No, era un pequeño trovador y llevaba un gorro con una pluma (la estoy viendo, siglos después la empleo para escribir el poema llamado «el lugar de la separación»). En el desierto giro, bailo al son de palmas y flautas, giro lentamente, sonrío y lloro, planto e himno, plañido y celebración, giro, estoy desnuda debajo de la túnica roja, el mar Negro, el amor es allí dos cuerpos amándose a la luz de los candelabros de 7 brazos, rodeados por flautas y violines rotos que lloran con una dulzura insoportable. O soy yo en el palacio

modelando mi voz al son de mi laúd a la sombra de unos ojos azules o lila que saben que sufro, y por qué sufro y cuánta es mi carencia y mi deseo de morir bajo sus ojos sobre una rosa que sus manos acarician sobre mi pecho en agonía.

Cernuda, p. 70 – Delicadeza y tenuidad forzada a veces.

95 – por el amor: abolición de contrarios (día y noche); abolición de la realidad inmediata.

Vivencia adolescente del amor (Fournier – el amor será un absoluto o nada). Respuesta de la «rugosa realidad»: *nada*. Deseo de disolverse en la ausencia, en el lugar de los encuentros. Repetición de la palabra *afán*.

Ingenuidad, candor. La osadía de C.: poetizar en una forma clara y sabia sus afanes más profundos (p. 119).

p. 127 – *Morimos cuando muere el amor*.

BUENOS AIRES

20 de marzo

Anoche.

Sábado, 21 de marzo

Artículo sobre Bruno Schultz. Falta de ánimo. Hastío. Necesito meses o años para saber qué quiere decir su libro. Y más tiempo, aún, para comunicarlo. Hasta ahora, su «sentimiento trágico de las estaciones». Copiar la anécdota de K. sobre Rilke y los pájaros. Empezar con ella.

Visión plástica de S. *Oiseaux rares* importados por el padre —*un oiseau rare*— para hacerse compañía, por soledad, para tener gente de su raza. Lo que cuenta R. habla de pájaros «normales» pero el P. no sólo llena la habitación de pájaros sino que los *produce* él, los hace. Al único que no hace es al cóndor porque se le parece demasiado (detalle del orinal que comparten). Si es uno de los que más emplean el método pictórico: *pinta*, da pinceladas. (V. Béguin: pintura y poesía.) Se siente que él sabe perfectamente el valor de los colores —que aquí son las imágenes.

Les oiseaux («la estación del confort») ocurre en el invierno. Afuera todo es tan desamparador que es necesario encerrarse en un cuarto en donde el *yo* se expanda.

Hay un detalle que me asusta en S.: su descripción estética de la locura de su padre. S. saborea delante nuestro el inmenso valor poético de las manifestaciones patológicas del hacedor de pájaros extraños. Nos dice, también, que cada día se lo ve más pequeño y encogido a causa de sus derrotas (o victorias ¿cómo saberlo?) en sus cuerpo a cuerpo con Dios, con el demonio, con lo que no lo deja en paz. S. me hace cómplice, en cierto modo, en la apreciación de la belleza formal de estas escenas, complicidad que me obliga al olvido del sufrimiento del padre y me permite sonreír con delicia de *connaisseuse* ante esas aventuras disparatadas.

Les Mannequins

Nos dice que la aventura de los pájaros fue un «contraataque lanzado por este estratega de la imaginación contra las murallas de un invierno estéril y vacío».

p. 65 «respuesta» a mis objeciones «esteticistas».

2 de abril

Estado cataléptico. Necesidad violenta, urgentísima, de amor.
Mandé cartas a Julio y a M. J.

Sábado, 5 de abril

Poesías de Ungaretti. Cohesión en la brevedad y sobre todo, cercanía, inmediatez. U. no se pierde a pesar del *esfuerzo* de distanciación.

Domingo, 12

De nuevo el amor. AmoR. El amor nuevamente. No entiendo, no entenderé nunca.

Imposible reposo. Vivir en función de una desesperanza. Negado todo. El orden del día negado, negado como siempre me fue negado. Pero lo invento.

1) Visiones y silencios
2) Caminos del espejo
3) Árbol de Diana
4) Escrito en España
5) Poemas

6) Fragm[entos] MITO
7) Las av[enturas]
Aproximaciones
8) La últ[ima]
9) La tierra más ajena
10) Fragm[entos] del diario
11) Palabras

Martes, 21 de abril

Maldoror. Extraña apología de las matemáticas, del espíritu lógico. Iracundia. Todo le sirve como arma de desprecio. Estructura rítmica de la frase. Su musicalidad, su igualdad. Como si L. tuviera primero el ritmo y luego buscara un tema cualquiera para execrar o adorar. En todo momento lo veo solo, en un miserable cuarto, gritando, *à defaut d'autre chose*.

Lunes, 27 de abril

Nihilismo total. Lo que hago, lo que digo, lo que escribo: todo me resulta irreal, todo podría ser su contrario pero aun así seguiría siendo irreal.

Identificación con algo de afuera. Me acapara un pensamiento y me olvido. Entro en él y me olvido de lo demás. Esto me da mucho miedo y me hace pensar, en todo momento, en la locura. Creo que se trata de *ausencias*. Temor de ausentarme en un lugar público, por ejemplo dentro de un taxi y luego, al *despertar*, encontrarme en un lugar totalmente sórdido o en una prisión o en un prostíbulo. Por esto, creo, salgo tan poco.

Me persiguen las afirmaciones de L. y de S. sobre los peligros del Equanil y del Actifós. Ambos, después de un consumo muy prolongado, producirían esquizofrenia.

Miércoles, 29 de abril

Quevedo, *El buscón*. Me hastía y me es indiferente pero la «necesidad» de «sentir» el español, de aprender a escribir en español…

2) Kafka, «La muralla china»
3) Schehadé, poemas
4) Cancionero anónimo, s. XV

30 de abril, jueves

Soñé con un lapso de dos años, los que me concedo para ordenar mis papeles, escribir algunos poemas y acabar con la única esperanza que me queda: la del amor.

T. me dijo riendo que por qué no acepto sólo aquello que me dan. Hablaba de conformarse; de no saquear; de no irrumpir en una casa abrigada y confortable, afuera el viento, el frío, la oscuridad. Hablaba de aceptar el hambre y la sed como una manera de ser o estar en este mundo. Quise decirle: actualmente eres tú mi sed y mi hambre. Pero lo sabe. Por eso me dijo lo de aceptar. Por eso dijo que yo debo aceptar su no darme nada.

M. L. no me escribe. Ni tampoco C. El silencio de M. L. puede ser un castigo por mi fugaz tentación de seguridad o tal vez M. L. presiente que si me quedo aquí es por los dos años de mi sueño de anoche. Tal vez quiere que yo sufra por su silencio y por su ausencia y que eso me lleve a París en busca de sus palabras, de su mano amiga (la única pura que recibí en mi vida, la única desinteresada). O, tal vez, necesito asimilar en soledad lo que M. L. me dijo tantas veces; quizás no me escribe para que yo evoque sus palabras, sobre todo las que se referían a la no necesidad del temor, a aceptar la muerte sin miedo así como el hambre y el desamparo y también, y sobre todo, la soledad.

Martes, 5 de mayo

Anoche soñé con Pedro. Sufría por su «traición». Mi situación es totalmente falsa, vivo como si me fuera a suicidar dentro de muy poco. Me despido. Sensación de estar *saldando* mi tiempo. Visita familiar de hoy: fui a dispersar horas, a regalarlas, como si ya no sirvieran para nada. Mi madre quiere que escriba una novela que «todos puedan entender». Culpa ante mi madre por mi cercana caída: en la muerte o en no sé qué atroz enfermedad.

Actualmente vivo para T. Siempre necesito vivir para alguien. Por eso nunca estuve sola, quiero decir, nunca «viví para mí». Necesito tener a quien adorar en el sentido más elemental y religioso. Aun cuando leo para aprender me doy cuenta de que el depositario del saber será quien yo adore. Ahora, el silencio de M. L. me condena.

Viernes, 8 de mayo

Poema «En alta mar». Lecturas. *El buscón* me hastía risueñamente. Canciones anónimas y Schehadé (poesía *de renuncia* la suya). A causa de ello es menester leer

cada poema muchas veces.

Anoche Kafka. K. entra y sale en lo imaginario con una velocidad sin igual. O se alza y hace la curva completa. Su desenvoltura, su *seguridad* (!) cuando habla de la inseguridad.

Sábado, 16 de mayo

Me consuelo con un idealismo venido de viejas lecturas. La soledad, el amor. Nostalgia de la ternura, deseos de darla pero deseos impuros pues no a cualquiera quiero darla y tal vez no se la quiero dar a nadie sino que se trata de una ternura imaginaria, aquella que quisiera recibir. Tengo miedo y no hay de qué. Sí. Tengo miedo de mi monstruoso pensar en mí, de mi complacencia para conmigo y, a la vez, de mi extrema dureza. Quiero estar serena. Esto lo escribo temblando.

Mi sed de realidad es, a causa de mi forzado encierro en la literatura, algo prisionero que sólo se anuncia por el ansia sexual.

Miércoles, 20 de mayo

De nuevo el suicidio. Una de las causas es T., para quien no significo nada. Es más: parece que salir conmigo le es sinónimo de perder el tiempo. Me complazco en hallarle defectos para encarecer su injusticia para conmigo. «Demostrarle» de alguna manera que, a pesar de tantos defectos, mi amor es siempre el mismo. Además, cuando le descubro un defecto lo equiparo, en seguida, a alguna virtud mía —alguna en la que nunca he pensado—. Entonces es la orgía de las injusticias: he aquí una criatura angélica —yo— cuyo afán amoroso es desbaratado por alguien carente de delicadeza anímica. Pero la demostración no se hace. No le señalo sus defectos, y aun si lo quisiera hacer no tendría cuándo, pues apenas nos vemos. Además, pensándolo sin veleidades turbias, los defectos que le atribuyo no existen. O sí existen. Existen en mí.

Hoy me indicó claramente que mi amistad no le es entrañable. Quiero decir, no tiene la menor necesidad de verme. Si no telefoneo yo, si no insisto yo, ¿y qué pasará cuando decida no hacerlo? No pasará nada y será el infierno. De todos modos yo quiero ofrecerle mi persona y no la quiere. Esto no es nuevo. Lo nuevo sería verme aceptada. Pero si me ofrecieran a mí a alguien como yo, sin duda también yo me negaría. Entonces, ni siquiera clamar por la injusticia. T. no es injusta. Simplemente, tiene buen gusto.

Todo esto es tan viejo que me horroriza. Debo suicidarme. Aunque sólo sea porque T. se acongoje por mí un solo instante.

Jueves, 21 de mayo

No se acepta tu don. He buscado el rechazo, lo he buscado tanto como si hubiera tenido que reunir escrupulosamente todos los argumentos a favor del suicidio. Demasiadas pruebas. No me animo a dar el paso final. Mientras pienso en él me atormenta el deseo de estudiar la gramática.

No se puede pretender a la piedad y al amor. Siempre el otro —T. en este caso— encontrará en mis defectos una justificación de su impiedad. Además, ¿qué derecho tengo a irrumpir en su vida, a obligarla a salir conmigo, a sentirse culpable por el amor inútil que le tengo? Recordar que ya vine decidida a enamorarme de ella, seducida tan sólo por el sonido de su nombre y por algunos artículos literarios que me gustaron.

28 de mayo

Cartas a Julio. D. Canedo. M. J. Dalmas.

Martes, 2 de mayo[54]

Mi falta de ritmo cuando escribo. Frases desarticuladas. Imposibilidad de formar oraciones, de conservar la tradicional estructura gramatical. Es que me falta el *sujeto*. Luego, me falta el verbo. Queda un predicado mutilado, quedan harapos de atributos que no sé a quién o a qué regalar. Esto se debe a la falta de sentido de mis elementos internos. No. Más bien se trata de una dificultad de la atención. Y, sobre todo, de una suerte de castración del oído: no puedo percibir la melodía de una frase. De allí, también, mi curiosa entonación, mis dificultades orales. Esto que digo viene a ser mi emblema. Mis dificultades orales provienen de mi lejanía de la realidad. Aún me asombra oírme hablar. Cuando hablo me admiro como si se tratara de una hazaña. Si al menos me limitara a felicitarme cuando hablo francés. Pero no. Hablar en español me es igualmente difícil. Algo me separa rotundamente del lenguaje, de las palabras.

Cuando hablo… No tengo con quién hablar. Antes era M. L. con M. J. No, pues era una perpetua exhibición de mis proezas de humor y de gracia para ganarme sus ojos admirados. Aquí en Buenos Aires no tengo con quién hablar. Pero aunque tuviera no sabría qué decirle, mejor dicho, no tengo nada que decir. Tal vez, para poder decir de mí, tendría que olvidarme de mí. Esto es un juego. Trátase más bien de una niebla perpetua entre yo y las cosas, una carencia de luz, algo borroso, inasible, inaferrable. Es el deseo, sin duda, es el sexo, es la atracción de la noche, del frenesí, del olvido. Hablar y escribir implica el análisis y la síntesis, actos de los que me

siento totalmente incapaz. Escribir un artículo de crítica, por ejemplo, supone en mí un esfuerzo titánico: reducirme al lenguaje de todos, al lenguaje diurno de la prosa clara.

¿Por qué escribo? Para asombrarme, yo, que nada sé de las palabras. Mi utópico afán es llegar a escribir en una prosa simple, chata, común, sin imágenes poéticas. O sea, tengo nostalgias del pensamiento más o menos lógico de los demás. Yo me acallo, si debiera hablar «como lo siento» irrumpiría en sonidos ininteligibles: así pienso, así vivo. Soy un animal. Esto es todo y lo sé y lo debiera saber. Aun así, quiero escribir. ¿Qué cosa?

Anoche soñé que daba a luz un niño. Era facilísimo. Estaba contenta.

Miércoles

La Celestina

Viernes, 5 junio

Garcilaso – *Égloga II* – «Albanio y Salicio».

P. 27. La presencia del bien (de la belleza) es motivo de triste memoria. El dulce río no sólo no lo sacia sino que le recuerda su más honda herida.

Todo cerrado. Culpa del error. El error es encerrarse a leer y a escribir en vez de aceptar mi más honda vocación que es erótica.

Mi impaciencia no condice con la escritura. Si algún arte se pliega a mi persona es el canto. Sobre todo, cantar canciones a los alaridos. Dar cierta forma estética a mi persona que preferiría correr a cuatro patas y aullar.

Domingo, 7 de junio

Hablo en contra de lo que pienso. Remanente de lecturas ético-filosóficas. Tendiendo siempre a justificarme por cosas malas que no hago ni hice, que sólo imaginé.

Evasión perpetua desde que llegué a Buenos Aires. Mi deseo hubiese sido entrar en un orden cualquiera (amar a T. y ser correspondida, por ejemplo); o encontrar amigos deseosos de trabajar (hacer una revista, por ejemplo). Esto es sospechoso pues equivale a escamotear la propia precariedad, la soledad, el dolor por la indefinida espera… Mezquina relación con el tiempo, con la gente. Soy horriblemente interesada, aun si me falta la astucia necesaria, mejor dicho, la

fidelidad y la paciencia.

Lunes, 15 de junio

Cerrado. Muros adentro. Cerrada yo sola. Sin nadie a quien mentir, por quien ser buena, por quien efectuar mínimos gestos humanos.

Martes

Mi máximo error: haber querido apropiarme de las formas, nada más que de las formas. Y ello: por desprecio, por venganza, por odio porque no te dejan aullar y andar a cuatro patas por las calles de este mundo. ¿Y si volviera a lo mío? Un estilo salvaje y deforme, cursi y monótono pero también feroz a veces, también, a veces, asombrosamente eficaz. Debo hacer que la literatura sea eficaz para mí, es decir, volver a ella con la antigua convicción mía de que se trata de una terapia. Siempre tendremos tiempo de aprender la gramática y los recursos retóricos. (Pero esto contradice mi otra tentación de hacer de la literatura mi profesión.)

Miércoles, 18

Intentos de escribirle a C. C. Ya rompí como siete cartas. En cuanto me dejo ir surge una catarata de lugares comunes, una monotonía, un explicarme, un justificarme. O sea que necesito mentir, siempre habré de mentir en todo lo que escriba. Esto es lo que me duele más que nunca: mi necesidad de escribir produce textos sumamente deleznables en tanto que cuando escribo fríamente, para publicar, resultan mejores (mejores desde un punto de vista que he aprendido a la manera en que un perro aprendió a pararse en dos patas. Pero lo absurdo es cuando el perro *también* quiere ser aplaudido y felicitado por caminar a cuatro patas). ¿Qué quiero decir con ello? Que sería suficiente con no querer ser aplaudida por nada, lo cual es exactamente lo contrario de lo que quiero.

Jueves

La poesía es una introducción. «Doy» poemas para que tengan paciencia. Para que me esperen. Para distraerlos hasta que escriba mi obra maestra en prosa.

Mi locura no es solamente haber puesto mi destino en la literatura sino esperar,

también, que me dé bienes temporales: amantes, dinero, gloria, pero sobre todo gente que me quiera. Si tuviera quince años, esto que escribo no sería alarmante. Pero a mi edad…

Domingo, 21

No sé cómo deshacerme de S. Le tengo miedo.

Monólogo de una muchacha que asesinó a su madre porque la herida, el sexo descubierto de *sa mère pour la première fois*.

Carta de C. C. Envío de «Caminos…» a G. Sucre.

He trabajado dos horas. Y ello, porque pensé que J. B. podría leer mi artículo sobre Michaux. Lo escribía pensando en él. Dicha de escribir o de trabajar en cualquier cosa: el silencio interno que se produce. Pero no escribo poemas, he perdido el hilo, no sé dónde estoy poéticamente. Absurdo. Lo que yo deseo es escribir en prosa. Respeto por la prosa, excesivo respeto por la prosa.

Curioso: sé «interrogar» en poesía. No lo sé en prosa. Quiero decir: sé estudiar un poema-breve, naturalmente. Cuando se trata de prosa entro en la confusión. Pero podría empezar con cuentos muy breves. No, yo quiero un refugio. El refugio es una obra en forma de morada. ¿Acaso no lo es este —digamos— «diario»?

Leí un poco de Garcilaso y un cuento de Julio C. Mi ideal literario data de la época de Gide. Esto es risible pero no menos cierto. Me obligo a leer en español. Siempre la *Forma*, mi imposible.

Y todo para llegar a mi aspiración actual: cumplir con mi deber. El *deber* podría aminorar mis enormes sentimientos de culpa. Pero yo empecé siendo *maldita*…

Esbozos de una orgía de masoquismo con T. Indudablemente no le soy una compañía agradable. Claro que porque yo me esfuerzo demasiado por serlo. Si no me importara tal vez sería posible una sólida amistad.

Releí mi viejo *diario* del 57. Cada vez que empezaba a tomar en serio el estudio o la creación literaria surgían E. o Z. que me despreciaba o humillaba, razón por la cual yo me estaba una semana o más llorando sin poder hacer nada.

Sábado, 28 de junio

Solucionar las contradicciones mediante la entrada en un orden sería aniquilarlas.

Todo sin hacer aún.

Formarse una corte (carta de C. C.).

Culpa. ¿Culpa de qué?

Domingo, 28 de junio[55]

Terminé el artículo sobre Michaux. Mediocre y superficial. Leí *Luz de provincia*, algunas hojas de la *Égloga II* y releí «Burn Norton» de Eliot. Anoche, a las 4 de la mañana, gran crisis de temor al futuro. Deseos inminentes de estudiar en la facultad, de tener *para siempre* un trabajo seguro, igual. No entiendo el silencio de M. L. (¿No será una reedición del Dr. P.?) Pero pensar en la simpleza que predicaba M. L. Impracticable por mí, naturalmente. M. L. quiere curar con la vieja sabiduría. Pero su indiferencia a morir, su falta de temor a la muerte, ¿no son, después de todo, un total desinterés? O, mejor dicho, una falta de conocimiento del sujeto ansioso y neumático: quien no puede vivir no quiere morir, quien no puede vivir espera vivir, siente que le deben la vida. (M. L. lo sabe, tal vez, y ha de darse cuenta de la absurdidad de todo esto.) Pero su silencio…

El restaurante cercano a la rue Rémy-Dumoncel adonde iba con M. J. Los ojos de M. J. daban relieve a mi persona. Yo me sentía vivir frente a sus ojos. No sé si había terciopelo rojo en algún lado, en las sillas o tal vez eran las cortinas pero recuerdo ese restaurante y pienso en una casa vieja y noble, llena de terciopelos rojos. Había una atmósfera de «belle époque». Yo no bebí vino allí pero me recuerdo ebria, feliz y ebria.

Escribo esto y me paraliza la inseguridad. ¿Cuándo he de escribir en prosa, «a vuelapluma»? Escribir en prosa y sin miedo, sin miedo, sin necesidad de corregir, de detener, de inmovilizar. Si me hubiera quedado más tiempo en lo de M. J. hubiera escrito un libro, tal vez. Sucede que no tengo *para quién* escribir, quiero decir, no tengo a quién conmover con mi escritura. Creo que M. J. me excitaba mi exhibicionismo de un modo saludable. Yo le ofrecía, le donaba, yo le quería ofrecer la imagen del artista según los grabados románticos. Por ejemplo, porque ella estaba a mi lado escribí «Palabras», lo mejor que he producido en prosa. Tal vez me gustaría escribir para C. C. Pero debería forzarme pues en vez de mostrarme metafóricamente en un libro puedo escribirle cartas. Tal vez por eso me tienta la interrupción de nuestra correspondencia. Deseo de que ella sepa de mí —cuánto sufro por su abandono— a través de publicaciones. Una cosa es cierta: yo no sé corregir en prosa. Además, lo que yo quisiera es escribir un libro muy, muy breve. Algo muy hermoso y muy breve. No una novela sino una crónica. Pero la imagino en una prosa simple y cristalina, aunque admitiendo todas las complejidades, en fin, aquella prosa que no sabría nunca escribir. He observado, releyendo las cartas a C. C. que no le he enviado, que mis oraciones extensas son desastrosas. Nada más importante —ni más difícil— que escribir oraciones cortas. Oh, debo estudiar gramática… No para

emplearla sino para tranquilizar a mi *censura*, a lo que no me deja escribir.

Partir de la confusión, de la ignorancia. Se es animal. No, se es animalito sedoso y dulce. Partir de la confusión, del fervor sexual. Apuro por decirlo todo de una sola vez. ¿Qué es *todo*? La confusión, el ansia sexual. Quiero escribir como una muchacha se desnuda y corre al lecho de su amante. Esa mínima distancia que atraviesa corriendo es la materia de mi libro. Su urgencia: corre para tan sólo llegar. Llega a un lugar en donde empezará otro avance y otra llegada. Esa distancia será el objeto de mis palabras. Pero la confusión, el no saber, el deseo de dejar la pluma y correr al lecho. ¿Por qué figurar en vez de configurar? ¿Por qué cantar en vez de ser cantada? Y ni siquiera ser cantada. ¿Por qué tenderme desnuda sobre la página en blanco como si fuera una sábana? ¿Por qué máscara y no rostro? ¿Por qué vaso y no alcohol? Quiero reproducir, sola, lo que se produce entre dos que se aman. No debo preguntar por la razón de este deseo. No debo enumerar mis intenciones ni dar una lista de las materias a tratar. Quiero escribir tranquilamente. No hay motivo de prisa para llegar a la cama. Él me espera, esto es seguro. Avanzo, pues, lenta como una fantasma. No. Avanzo pausadamente. Mi frente está distendida, no hay señales de temor al porvenir. El porvenir está en este cuarto, me espera en[56]

Nada urge. Nadie se exaspera. Ningún signo alarmante. Una muchacha camina desnuda. Se dirige a donde la espera quien la esperará siempre.

Relato de las diversas búsquedas de «G»: M. M.; bar Odeón; La Méthode; Capri; St. Trop[ez] / Antología de versos intercalada: Garcilaso, Cernuda, trovadores… M. J. y su perfil en el auto. Imposibilidad de un lugar de reposo. Culminar con felicidad esta búsqueda es morir. Renunciamiento a algo fabuloso.

Martes, 30

E. y Él admiraron mi artículo de Michaux. También los demás artículos. Esto confirmó mi idea (¿errónea?) del esfuerzo inmenso que necesito para hacer algo bueno.

Arrastro las cosas que tengo que hacer.

Miércoles, 1

Visita de T. W. Mi terror mientras lo esperaba. Hasta miré el puñal japonés en el caso de que T. intentara asesinarme. Pero llegó y sonrió como un ángel. Me regaló su libro, su revista, leyó mis poemas, le gustaron, me invitó a colaborar en su revista.

¡Cómo me alegro cada vez que se confirma la grotesca deformación de mi mente! Cada vez que la realidad niega mis temores. Pero tal vez T. W. Sonrió como un ángel porque yo estaba preparada para recibirlo, para defenderme. Tal vez, de no haberme prevenido —ánimo fuerte y decisión de responder a sus agresiones—, él me hubiera atacado con sus ironías y frases malévolas, como hace años.

Escribir todos los días. Hoy hice muy poco. Ayer también.

Necesito todo el día para mí. Pero no. Se trata de limitarse, de leer un solo libro, escribir un solo poema.

Terminé el libro de Octavio. Su maravillosa inteligencia.

Noción de la soledad como período *provisorio* de purificación. Luego, la comunión. ¿O. es demasiado optimista, demasiado elemental? ¿La comunión puede durar más de un instante?

Comentar C. Saavedra.

Garcilaso.

Anthologie du délire.

Jueves

Duda. Confusión. Necesidad urgente de saber gramática. De saberla mejor que nadie. De limitar, de limitarme, de probar mi fuerza en un espacio cerrado, en un cuarto oscuro. Los grandes espacios me debilitan. Quiero escribir al correr de la pluma, pero sabiendo, pero contando con una suerte de censura amiga, de mano amiga que me aparte de la deformación, del error.

Viernes, 4

Intento de carta a L. O. Escribo cartas y las rompo. No puedo decir lo que me pasa pues no lo sé. El silencio de M. L. me confunde totalmente. Ayer leí la gramática hasta tarde.

Cuaderno de Buenos Aires de 1964 a 1968

Lunes, 6 de julio

El psicoanálisis vuelve como noción salvadora. Y ello por el silencio de M. L.

Debo anotar *l'emploie du temps* en su aspecto más inmediato, más utilitario. Espero que en este cuaderno no aparezca ninguna imagen poética sino simplemente la realización, el trabajo de cada día.

Limitarme a un solo libro. O, si son dos, que sean muy diferentes. Escribir un solo texto, terminarlo y empezar otro.

Hoy: corregí la pequeña canción; leí C. C. S.; algunas páginas de Garcilaso.

Me tienta un ensayo sobre el silencio. (San Juan y Rimbaud.)

Idea de E. de psicoanalizarse para «rendir más». Es idiota pero lo comprendo.

Si puedo trabajar todos los días no necesito del psicoanálisis. No es cierto. Pero cuando me analizaba no hacía nada. ¿Hacer qué? No sé pero contra mi perpetua sensación de inutilidad no veo otra solución que el trabajo. De todos modos, quisiera acabar mi vida lo antes posible.

Pasar los apuntes literarios al cuaderno grande.

Miércoles, 8 de julio

Euforia al ver los cuadros de Enrique Molina. La pintura surrealista me alegra como nada en el mundo. Me alegra y me serena.

Ayer leí *Un cuarto propio* de V. Woolf. Su gracia, su humor delicioso. Aun así, creía leer un libro de una época muy alejada. Importante aquello de «la mente sin trabas…». Pero no se puede aplicar solamente a la mujer. El resentimiento, según V. W., impide la obra maestra. Sí y no. Además, una protesta no se mantiene siempre ni tampoco una denuncia. Pero V. W. se refiere a lo que C. C. llama «atención» y yo «aislamiento».

H. A. M. de acuerdo conmigo en la falta de tradición, en la tremenda soledad que implica no tener raíces en ningún lado.

Miércoles, 10 de julio[57]

Prolongo la prisión, día a día prolongo mi autocondena. Si me encierro es para trabajar. Luego, hay que hacerlo. Esfuerzos por el libro de C. C. S. Si continúo así tardaré meses en terminarlo con las consiguientes funestas consecuencias. En cambio,

si lo hago pronto y bien, G. A. podría, tal vez, hacer algo por mí, publicarme más seguido, por ejemplo.

Martes, 21

Soñé con M. L. Yo estaba encinta y ella me consolaba. Yo lloraba como un niño recién nacido. Al despertar pensé que de alguna manera yo he muerto el 28 de septiembre del año pasado. Ese día representé mi nacimiento para anularlo. También pensé en el daño que me hizo M. L. Pero ¿quién no me hizo daño? Quisiera terminar hoy el artículo de C. C. S.

Me queda muy poco tiempo de vivir. No espero nada salvo sufrir menos, cobrar algo de indiferencia. Extraña relación con C. C. No es extraña, es simplemente una reiteración más. Deseo que no me escriba para sufrir por su silencio. Mejor dicho: para que sepa que sufro por su silencio.

Días pasados pensé: estoy sola pero soy libre. Luego me olvidé de seguir consolándome con este prejuicio. Nada mejor que la resignación, la aceptación. Pero estoy muy mal. No sé en qué descansar. Todo me es razón de espanto. Y cuando no es de espanto es de rechazo. Todo me rechaza. No deseo estar viva ni deseo suicidarme. Hace poco tiempo que la muerte está en mí. Me horroriza. Antes no, antes yo era candorosa. ¿Cuándo es antes? Antes del retorno a Buenos Aires. Mi descubrimiento más siniestro fue saber que aún puedo sufrir por causas nimias. En París no era así. Comparada con la de aquí, mi manera de vivir, en París, era magnífica. Y yo que le atribuía tantos términos infernales. Curioso: todo puede ser peor, con un poco de tiempo todo puede llegar a ser peor.

¿Qué necesidad tengo de saber rimar como Pound? ¿Para qué querrá danzar la paralítica? Ante todo: caminar. Esto es: decir. (¿A quién?) Pero no. Ante todo el verso de Artaud: *Il fallait d'abord avoir envie de vivre*.

Jueves, 23

Envié la nota a C. C. S. *Carta a Francisco Valle – a Mandiargues*.

Leí el *Sueño del Infierno*. El malhumor de Quevedo, su carencia de piedad. En ningún momento se le nota que le duelan los pecados. Lo que parece dolerle es el asunto de la inmortalidad del alma.

Pensé en el psicoanálisis. Sentí impaciencia por hablar con un analista y comenzarlo. Luego de los ejercicios de *relaxe* me olvidé del asunto.

Sábado, 25

Trabajar en el diario. *La hora de todos* de Quevedo.

Domingo, 26

La hora de todos. Se vuelve pesado después de los primeros sucesos en que lo mejor son las metamorfosis y las extrañas combinaciones de elementos heterogéneos que hacen pensar en los cuadros de Bosch. Pero luego pierde el don de estas visiones de pesadilla y al llegar la hora no sucede sino lo que tiene que suceder según el recto sentido común. Después de las siete u ocho primeras hojas es, simplemente, un movimiento de balanza. Un cambio. Una simple restauración justiciera.

Cartas a Chichita, M. J. Y Octavio. En todas me disculpo de no poder escribir, de no tener nada que decir, en todas me disculpo, con gracia y humor, por mi tristeza.

La felicidad de escribir mucho sin detenerse a pensar en la buena o mala calidad literaria. Yo estoy convencida de que mis escritos espontáneos son muy malos.

Tratar de seguir con Quevedo *solo*. Y con mi *diario*.

Lunes, 27

Cartas a M. J., Chichita y Octavio.

Éluard: «Notre vie», «Le cinquième poème visible».

Martes, 28

V. O. no aceptó publicar mi libro. Lo veo como un castigo a mi desorden. Todo va mal a causa de mi dispersión. Y también de mi ambición, que frustro con mi dispersión.

Necesidad de tomar notas de los libros que leo. Es la única manera de obligarme a seguir el sentido. *La hora de todos*.

Enviar «Nombres y silencios» a J. Mortiz y al Fondo de las Artes.

Viernes, 31

Reescribí tres páginas del diario de 1962. Dificultad con los verbos y con la estructura de la frase cuando hablo de hechos concretos. Por ejemplo: no sabía cómo decir que de niña paseaba por las calles.

Peter Ibbetson. No voy a ser tan idiota de enamorarme de él. Además, miedo de ser él.

Leí el *Lugones* de Borges.

B. no pregunta por qué L. produce «objetos» literarios inertes. Pero insiste mucho en la soledad de L. Esta soledad es propicia y fomentadora de «objetos» literarios. B. compara a L. con Mallarmé, pero se olvida de un detalle: que los «objetos» de Mallarmé son bellos, y los de L. no lo son y además son feos.

Lunes, 3 de agosto

Artículos sobre el amor (en Delmira, Alfonsina y Gabriela, y en Cernuda) – Amor y espera – Epígrafe A. Beguin. (Baudelaire.)

Deseo doloroso de escribir sobre algo o alguien que no sea yo ni se relacione conmigo, deseo de enlazarme a lo de afuera, de mirar y describir, aun desfigurando (sí, como siempre será). Hoy tuve reiterados impulsos de escribir sobre la noche del sábado. ¿Por qué? Vinieron O. y S. y nos embriagamos. Hablé sola. Canté sola. Pero no. O. y S. eran los ojos que yo hubiese querido usar pues eran ojos que miraban, me miraban a mí. Hay que elegir: o B. o *Nadja*, o *Mme. Bovary* o Flaubert[b], o don Quijote o Cervantes. Exagero. Kafka es él y no K. No, no es K.

Martes, 4 de agosto

Mi lectura de Quevedo va mal. Q. me es profundamente antipático, lo mismo que su rey y su país. Curiosa defensa de los negros en *La hora de todos*. Pero aun si defiende es para atacar. La defensa es una excusa. Curioso: no me importa el odio de Lautréamont ni el de Michaux. Pero el de Quevedo me disgusta. Debería conocer un poco de la historia de España (y de Argentina).

Lunes, 10 de agosto

Carta a C. C. y a G. Sucre.

Empiezo a leer a Lautréamont para el artículo. «Marco Bruto» de Quevedo. Maravilla de concisión y brevedad pero lo que dice es trivial. Habría que leer sobre el

barroco del siglo XVII en España.

11 de agosto

Libro de prosa. Necesito dos semanas de encierro, de dedicación exclusiva a él. Pero antes el reportaje a Borges, el artículo sobre Lautréamont.

Cartas a Julio y Octavio.

18 de agosto

Velorio de Leonor. O. y S. Visita a S. O.

20 de agosto

Cartas a Sucre y Vilar.

Ahora siento vergüenza por ese engaño espantoso: 1) no siento deseos de buscar a Dios. La razón: no me interesa. Tampoco la política, ni el pescado hervido, la gimnasia, Oriente, ni la magia, ni el ocultismo, etc., etc. 2) No me interesa profesar —ni, sobre todo practicar— ninguna religión. Todas son crueles. Pensar en las guerras de religión. El judío Cristo me atrae pero creo que por sus ojos azules y su bondad. (Oh alma eslava.) Pero lamento su nacimiento, no por él, con esos ojos, sino por los niñitos masacrados en su nombre. Tan hijo de Dios no fue, pues no previno seis mil muertos, hermanos suyos y las imágenes de María y de él en España.

Sábado, 24 de agosto

Esperanzas en la literatura. Escribir me disgusta menos, me duele menos. Escribiría con más placer si no tuviera siempre las voces de mis padres. Creo que mis insomnios son para protegerme: tener algunas horas de silencio.

Leo Lautréamont y Quevedo («M. Bruto»). Leo sin pasión. Leo *viéndome* leer. Vieja historia que en cierto modo deriva de mi involuntaria convicción de origen judío de que es menester *esforzarse* para lograr comprender. Cuando leo arrebatada estoy convencida, después, de no haber comprendido nada y me culpo por no haber analizado cada signo.

La revelación de la muerte —que me aconteció el domingo— ha sido olvidada. El terror nuevo que sentí y la necesidad de buscar un Dios, una religión. Creo que no me

suicidaré. Pero mi conflicto es quedarme aquí o irme a París. No, lo que yo deseo es enamorarme.

¿Por qué no escribo sobre mi visita a S. O.? Ha sido, tal vez, lo más importante que hice desde que llegué.

S. O. me dijo que soy nerviosa —no podía dejar de fumar en su casa—. Me asombré. Pero sí tiene razón. Pero sí tengo los nervios en máxima tensión. Además, siempre ha sido así. No recuerdo un solo momento de serenidad. Lo que necesito es una enfermedad, es reposo, es aislamiento, es dulzura y silencio.

26 de agosto, lunes

Todo lo que pienso y decido es a mis expensas. Yo estoy esperando. Mi programa de lecturas me impide tomar decisiones. Es indudable que necesito leer a causa de mi pobreza expresiva. Lo terrible es no poder trabajar por la mañana, no poder levantarme antes de las 2 de la tarde, ya que no puedo dormirme antes de la madrugada. Es muy importante cambiar mis horarios.

Fragmentos. Leo fragmentos. Escribo fragmentos. Horrible desorden. Ahora ha aumentado notablemente mi imposibilidad de concentración.

Carta a C. C. y a Mlle. Roux.

27 de agosto, martes

Cartas a J. Cicco. A Dominique de Roux. A la *Revista de Cultura*, de Venezuela.

Sábado, 29 de agosto

Quevedo, su mención de la «muerte propia».

Carta de C. C. ¿Entiendo?

Toda la tarde traté de escribir a E. Z. No hice nada. El reportaje a B.

Parecerse a K. y a K. pero sin sus convicciones espirituales.

¿Qué me urge? ¿Quién? Como si llamaran a mi puerta. Nadie llama. Hay tiempo.

O. le subió el pantalón al muñequito alemán. Asomó una piernita de madera roja, de muy linda forma. Me reí pero a la noche lloré pensando en la piernita del muñeco. Me vuelvo idiota. Quiero decir, me he vuelto idiota.

Lunes, 31 de agosto, mediodía

Me desperté a las 7. Máxima fatiga. Si pudiera proseguir levantándome a estas horas.

Talmud. ¿Qué Dios es este que destruye su propia casa y expulsa a sus propios hijos? Todos sufren. Dios y su pueblo mientras los otros pueblos gozan y celebran fiestas, lo cual, desde el ángulo de los puros, es una maldición pues si Dios a sus enemigos les da todo eso, ¿qué no dará a sus hijos?

Vivo en función de las cartas de C.

Martes, 1 de septiembre

Por favor, un mes de silencio. Un mes, un año, un siglo.

Martes, 8 de septiembre

Quiero dejar el verso, al menos hasta que no surja algo a modo de ritmo. Hasta entonces, poemas en prosa.

Miércoles, 9 de septiembre

¿Cómo es posible caer así? ¿Cómo es posible un abandono tan total? Pienso en el barco, en mi felicidad, en mi tranquilidad de allí. Quiero ir en marzo a París. Sobre todo, quiero saber que mi estadía aquí es provisoria. Ello me permitirá trabajar y estar serena. *Viernes, 10 de septiembre*

Necesito y no necesito escribirle a C. C. No comprendería nunca lo que me duele.

El artículo sobre el libro de Girri. Mi darme en sacrificio.

Sábado, 11 de septiembre

Carta de Zolla. Ahora pienso que desconozco totalmente a los demás. Cuando hablo o escribo una carta me es imposible saber si mis palabras complacerán o disgustarán. Tal vez mi malestar de esta semana es un obsequio de lo imaginario.

Desamparo. ¿Es posible bastarse a sí misma? Tal vez sí, si se acallan los reclamos, si se duermen las pasiones. Me gustaría escribirle a C. sobre la sexualidad. ¿Qué le

diría? No necesito teorías sino remedios, sino obedecer a mis reclamos sexuales, que nada puede sustituir.

Llamó S. O. y dijo que volvería a llamar. Creo que se asustó, una vez más, por mi voz tan triste. Por mi parte, lo que hace definitiva mi tristeza cuando hablo con ella es saber que mi tristeza la ahuyenta. Y tal vez estoy triste solamente por esto. Pero lo principal es que cuando dijo que volvería a llamarme yo pensé, inmediatamente, que era mentira. Si alguien me lo contara, yo sabría muy bien qué responder. Diría por ejemplo: «Usted exige demasiado de los demás». Todo esto es terror a la soledad.

Domingo, 27

Tristeza familiar. Mi hermana, mis sobrinos. Me sentía como Mme. Bovary.

Martes, 29

Hoy descubrí que vivir es dificilísimo. Me asombré de estar pensando en eso en vez de estar muerta desde hace mucho, mucho tiempo. Me asombré y me quedé presa en la admiración y en el espanto: ¿cómo es que yo me atrevo a vivir? Y M. L. que repetía: *c'est si simple! C'est si facile!*

Estoy terminando mi diario. Luego, me gustaría despedirme por largo tiempo de la literatura.

¿De dónde viene la noción de que *le moi est haïsable*? Todos los sabios coinciden en reiterarlo. Es la afirmación de que la vida es invisible. Si hemos nacido con el yo, ¿por qué renunciar a él? Para no sufrir. No entiendo nada sino esto: la pérdida de la noción del yo implica felicidad. Para ser feliz hay que morir. No entiendo. A la vez, es indudable que es preciso el sufrimiento para conocer y saber. También en esto coinciden los más sabios. Entonces, sería un apurar el sufrimiento y luego, un minuto antes de reventar, renunciar al yo, es decir, al sufrimiento. No entiendo. Pero sí. Esto se relaciona con la separación. El yo es sufrimiento porque es conciencia de que somos (estamos) separados. Renunciar al yo es unirse. ¿Unirse a qué? A Dios. ¿Y si Dios no existe para mí? Lo que no entiendo es la necesidad de todo este complicado proceso. Se llega por unos miserables años y la tarea consiste en darse vuelta, transformarse, reformarse, corregirse. Pero *¿por qué no se llega correctamente?* ¿Por qué no se llega de manera de no tener que perder la vida en cambiarla, en mejorarla? Pero ¿quién me dijo que hay que cambiarla? Mi culpabilidad. Mis remordimientos. Mi vanidad.

Miércoles, 30

Ayer me desperté a las 7 de la mañana. Hoy a las 14 h.

Carta de Sucre. Posibilidad de hacer artículos. Alegría y alivio y, a la vez, angustia pues justamente ayer pensaba que mi situación de hija de familia me permite leer y escribir. Lo que hace aquí mi vida imposible son los ruidos y las voces de mi familia. Además, me dijeron que mi oído es anormalmente fino. Yo no lo sabía. Tal vez ahora entiendo algo de mi nostalgia del silencio.

Terminar el libro en prosa. Enviarlo a D. C.

Ocuparme del de poemas.

Luego, no pensar más en «libros» sino en textos cortos: un poema, un relato, de manera que pueda disponer de mí sin pensar que necesito tres o seis meses para acabar un libro.

Viernes

En medio del caos del suicidio, de los rumores que inclinan al suicidio, coloqué el disco de Lotte Lenya y me asombró que su voz no hubiera cambiado, que su voz continuara serena, de una inocencia que me daba deseos de llorar. Ahora pienso en mi vida en la rue Sant Sulpice y es una imagen de una gran felicidad (los primeros meses con M. L. —luego, alguien se cansó de la felicidad o M. L. se cansó de mí o yo de M. L.). Escribo esto mientras Lotte Lenya continúa gimiendo y riéndose como ayer, como mañana.

Energías. M. L. me las procuraba. O su rostro. O sus ojos. O su manera de sonreír. Aquí, si no estoy intoxicada no puedo vivir. Veinte tazas de té se parecen, tal vez, a sus ojos. Pero luego el insomnio nocturno.

Lunes, 5 de octubre

Noche de insomnio. «Horror a la contemplación».

Miguel de Molinos – G. E. 40-41-42-47.

Jueves, 15 de octubre

La soledad de cada uno. No ser objeto de las miradas. Mirar en vez de ser mirada. Usar los ojos.

Límites. No escribir, no preocuparse por escribir. No jugar a ser Flaubert.

S. comprende. La que no comprende soy yo.

Viernes, 16 de octubre

Excitación enorme en cuanto imagino el ritmo de la novela que quisiera escribir. Que quisiera escribir *en un día*. Y no obstante, tiene que ser escrita hoja por hoja, palabra por palabra. Mi relato «Palabras» es una introducción a esa novela. Lo que me detiene miserablemente es creer que no conozco la prosa en español. Hace como diez años que me detiene esta sensación de ignorancia de la prosa en español.

Creo que todo acabó con S. Culpa de mi impaciencia, de mi nerviosidad. Además, ¿qué quiero yo de S.? ¿Qué espero? S. lo ha de comprender.
El problema o la solución es escribir una sola cosa.

Apollinaire – Lorca.

Lunes, 19

Artaud. Deseos de escribir una página sobre su sufrimiento. Su tensión física; sus conflictos con el pensamiento, las palabras. Pero sin retórica, por favor, sin retórica. Lo que me asusta es mi semejanza con A. Quiero decir: la semejanza de nuestras heridas.

Viernes, 23, octubre

Me siento robada. He despertado a las 15 horas. Carta de Cristina. Me da miedo como si me hubiera escrito un ángel. No tengo tiempo. No deseo ver a nadie. Quiero trabajar. Solamente trabajar. Quiero saber que tengo tiempo. Pero esta discordia con los instantes. Este monstruoso contrapunto entre el reloj y yo. Seguridad de estar próxima a la locura o a la muerte.

Domingo, 25

Terminé *Poeta en N[ueva] York*
Artaud – Piazza – 7. P. C.
Romancero

Lunes, 26

Horrendo despertar. He soñado con la esquizofrenia. Terror.

Martes, 27

Desperté a las 10:30 h. Corregí un cuento de 7 renglones. Me gustaría hacer relatos breves.
Nada de lo que tengo que hacer me gusta.
Buscar editor para el libro.
Art. sobre Piazza *Cuadernos*.
Los 7 P. C.
Artaud. Traducción y prólogo (tengo pocos días).
Prólogo a 2 cuentos de S. y M.
Bonnefoy.
Luego: libro de poemas en prosa; libro de pequeños relatos. Podrían ir juntos.
Además, lecturas.
Romancero.
Trámites para París.
Carta de Séjour – impuestos.
Un pasaje.
Hablar en *La Nación*. La Prensa.
Hoy leí un poema de Baudelaire. Reescribí un cuento. Leí poemas de Artaud. Todo esto: 4 horas. No está mal *étant donné mon cerveau qui ne marche plus*.
Artaud. Piazza.

Domingo, 8

Artaud – Mi angustia al tener que dedicarme a un solo autor.
1) Carta a…
2) Enumeración de obras en las que hay problemas con el lenguaje.
Artaud le Momo.
Pour en finir… copiar de 25 (todo y 44-45).
A. Su no querer ser.
Y el deseo de una poesía corporal.

Lunes, 9

Confusión. No sé si me gusta Artaud.

Sábado, 14 de noviembre

Final. Término. «Qui a mal aux os comme moi…» Al menos me estoy matando. Y ese sueño con la asesina y la víctima. Yo era las dos. Si salvas a la víctima tendrás que matar a la asesina.

No entiendo cómo se agitan todavía las pasiones, cómo, de repente, me acometen sueños de normalidad (llegar a tener un hijo, por ejemplo). Nunca he visto un ejemplo más palpable, más evidente, de alguien que tiene que suicidarse cuanto antes. ¿Cuánto antes, antes de qué?

Todo se debe a que no sé gramática.

Martes, 17 de noviembre

Alivio al prorrogar el artículo sobre A. para el lunes. Está comprobado: la *duración* me espanta. Un solo poeta me asusta, un solo libro, una sola persona.

Empecé a releer *Los hermanos Karamazov*. No sé por qué no puedo hallar paciencia para leer un libro breve y sí la hallo para miles de páginas. Iván K. Me fascina. Mucho más que Alioska y que Dmitri. Sin duda porque es desapasionado, crítico, sereno. El intelectual típico. Lo que nunca podrás ser a causa de tus dificultades para pensar, para idear palabras. Por eso Artaud te da tanto miedo.

Viernes, 20 de noviembre

Terminé el artículo de Artaud. Le gustó mucho a J. A. Ahora sé que nadie deberá trabajar tanto como yo si quiere proferir «palabras puras».

Sábado, 21 de noviembre

Necesitas límites mentales. No entiendo cómo, a pesar de tu dispersión, comprendes cuál es tu remedio. Necesitas no esperar. Necesitas no esperar nada de los demás. Necesitas no traficar con tu dolor. Necesitas orgullo y soledad. Necesitas castidad. Necesitas orden. Por ejemplo, las lecturas. *Poesía*: limitarse a Bonnefoy. Tal vez, también, seguir con Dostoievski.

Lunes, 23 de nov[iembre]

Cartas a M. J. Y a A. Burier.
Escribir a Luis G. Morales; S. Vilar y G. Piazza.

Sábado, 5, Miramar

Entre les actes de Virginia Woolf. Separar las sensaciones, leerlas, hallar su lenguaje. Formularlas con palabras. Las grandes frases, las frases —manifiestos, esconden lo otro, eso que se teje suavemente, lentamente.

No pienso en S. Es una manera de vengarme. ¿Me dio la lapicera por cariño o porque funcionaba mal? Sería terrible si esa lapicera escribe bien cuando ella la usa y mal cuando yo. Significaría que nunca podríamos conocernos. Y no obstante, actualmente es la única persona en el mundo a cuyo lado quiero estar.

Lunes, 7, Buenos Aires

En el hospital Alvear. La anciana de noventa y siete años arrastrada tan lentamente por una señora gorda. La anciana decía que la dejasen morir; pedía que la hiciesen morir. «Pero por favor —dijo la gorda—, ya sabe usted que el Señor dispone y mientras hay vida hay estado.» Vino una enfermera muerta de risa que se puso a tirarle del pelo a la anciana. «Si vuelve a decir esas gansadas de la muerte le voy a cortar el pelo…» Pero no lo hizo una vez sino muchas y siempre con la risa y la misma frase: «Si vuelve a decir esas gansadas…». El pelo de la anciana era maravilloso. Blanco, espeso y brillante. Se quedó tranquila, consolada por la risa de la enfermera gorda, fuerte, saludable, terriblemente segura de su habilidad para manejarse en los enfermos.

Luego una mujer casi vieja en un sillón de ruedas. Le habían cortado la mano izquierda y agitaba el brazo como un viejo tubo de carne con un tapón de gasa ensangrentada. Gemía y se mecía. Lanzaba ayes y miraba a la gente. A mí me miró, inspeccionó mi ropa, mi cara, muy interesada y lanzando gemidos muy fuertes pero no era ella que los lanzaba sino que se lanzaban ellos solos. La mujer no se interesaba por su dolor ni por sus gemidos. Ella miraba y ellos se producían. Un hombrecito con cara de renacuajo, torciendo a cada momento la boca hacia un lado, con gesto de espasmo y acompañándose de una guiñada de un ojo, en contrapunto con la boca, se acercó a mirarla como si ella fuera un florero. Pero no era un florero pues inmediatamente el pequeño renacuajo la sedujo y se quedaron muchísimo tiempo uno enfrente del otro: él guiñándole un ojo y torciendo su bocaza y ella lanzándole

gemidos. No había afecto ni compasión en su mirarse. Nada sino la mayor curiosidad.

Jueves

Terrible dolor por la carta de C. C. a I. y a la vez alegría porque en verdad soy yo —a pesar de todo— quien es fiel. Me pregunto si su nueva dificultad de escribirme no proviene de que desea dedicarse solamente a las cartas de I.

Martes, 8 de diciembre

Hablamos de armas de fuego. Quería saber de qué manera me voy a suicidar. No le dije que una de las razones por las que deseo suicidarme es su interés por la manera en que lo haré.

Y mentía tanto, y yo sentía piedad por mí al verme forzada a mentir tanto. Nadie me forzaba. Pero sí.

Deseos —oh tan idiotas— de haber sido muda cuando niña. Entonces me perdonarían mis palabras inexactas, mi amor al silencio.

S. no quiere nada de mí. Esto me asusta. Nada de lo mío le hace falta, salvo a veces mi voz, mis anécdotas. Lo mismo V. Y ni siquiera es mi voz sino la voz de «alguien» y que resulta ser la mía porque yo estoy allí, por accidente, por azar.

Mi ruina es la necesidad de testigos de mi desmoronamiento.

¿Y por qué S. es desdichada?

Jueves

Terrible dolor por la carta de C. C. a I. Y a la vez alegría porque en verdad soy yo —a pesar de todo— quien es fiel. Me pregunto si su nueva dificultad de escribirme no proviene de que desea dedicarse solamente a las cartas de Ivonne.

Sábado, 18 de diciembre

Trabajar y nada más. Obsesionada por la carta de C. C.

Kierkegaard: *Temor y temblor*. El conflicto: ética y religión. Sentido del silencio. Actos apartados del mundo.

Actos que interrumpen el fluir del tiempo. De Quincey: los golpes en *Macbeth*. Aquí es la subida a Morija. El silencio de Abraham. Pero K. ¿Qué sabe de ese

silencio? Tal vez A. no pensaba en nada, no sentía nada. Tal vez obedecía y nada más. Se acostumbró a obedecer y eso es todo.

Pero hay que dar por sentado el sufrimiento de Abraham. Aunque tal vez, lo que pasó es que Abraham, simplemente, amaba más a Dios que a su hijo y a su raza. Tal vez ni siquiera eligió. Estaba enamorado de Dios y por ello no le pareció excesivo matar a su hijo. (De quién estoy hablando.)

No encuentro una pluma adecuada para escribir. La de S. se resiste. Es dura, áspera. No necesito sino una pluma perfecta. ¿La encontraré alguna vez? No lo creo.

Los instantes suspendidos. Los actos fuera del tiempo.

S. es mi obsesión. Ahora que admito la posibilidad de dejar de escribirle reconozco que no he estado nunca sola. C. fue mi destinatario interno. El terror de no contar con un testigo a quien referirle las penas y las alegrías.

Ahora ya no estoy enojada con C. Simplemente, no atino a saber por qué no he examinado sus cartas con más sentido crítico. Pero sus cartas no me interesan. C. no existe, es una fantasía, una criatura inventada que me confunde cuando habla pues dice cosas que yo no esperaba. Pero, sobre todo, no me he dado cuenta de su frialdad. Lo he sabido cuando lo dijeron O. y E.

Lunes, 20

El problema es éste: no debiera pasar un día sin escribir a lo menos dos horas. Sin leer otras tantas. El mío es un problema de ritmo, de organización. Partir de lo que quiero decir y luego buscar cómo decirlo. A esto se reduce la cuestión.

1965

Martes 29

Dedicarse a los «6 problemas».

Atender a una sola cosa. Nunca he estado más distraída ni más consciente de mi enfermedad. Ensueños regresivos. Espera imposible de S. Desinterés total.

Remordimientos por no escribir sobre mí.

13 de enero

Carta de Octavio.

2 de febrero, martes

Intento de definir el instante privilegiado. Imposible, pues para reconocerlo tendría que recortarse sobre una sucesión de días monótonos, dedicados a lo utilitario. Ahora bien: al no dedicarme a lo utilitario tiño de utilitarismo los instantes privilegiados. Lo utilitario —la voluntad, el trabajo— está afuera como amenaza, afuera y adentro, inmiscuyéndose hasta en mis sueños. Estar del lado de los instantes privilegiados es decir sí a mi atracción por la muerte. Además, si transformo esos instantes en días y noches, entonces hago del placer un trabajo, una faena cotidiana. En suma, los suprimo por exceso, por identidad. Por eso el pecado pierde atractivo cuando no lo sustenta el reconocimiento de la virtud común —aun si es un reconocimiento negativo, hecho de desprecio—. Aquí interviene la desmesura, que da lugar a lo trágico pero también al silencio de los ecos y de los espejos. Es decir, se transforma en indiferencia, en dureza de libertad y en sufrimiento estéril. Todo esto ¿por qué? Por la pérdida del sentido de la transgresión, necesario para que la libertad encarne. Si nada está prohibido, todo me es indiferente. Un ejemplo: el temblor con que me desnudé, la primera vez, delante de un hombre, temblor que también a él le otorgó un sentimiento ceremonial. La libertad se afirma en contra de la sujeción. Primero, reconocer el mundo, lo utilitario; la previsión del futuro; las prohibiciones morales. Luego, transgredirlas.

Pero mi libertad es vacua, pues no acepto lo que podría limitarla.

Para el libro de M – Bataille – Starobinski – *Estructura de la lírica moderna* – Hölderlin (64).

Lunes, 22 de febrero

Poemas de Garcilaso
Temor y temblor
Los hermanos Karamazov

25 de febrero

Un solo fin. Poesías y cuentos. El cuento «Desconfianza». Su [*palabra ilegible*] proviene de una visión demorada. Todo es cuestión de ritmo. Ayer leí *Bajo el bosque de leche*.

Interrumpí, en cierto modo, *Los hermanos Karamazov*. Problema de Dios. Mi identificación con Iván. Pero yo no puedo problematizar a Dios. No me interesa. Mi verdadero problema es el sexual. Espero resolverlo como quien espera llegar a una tierra prometida. Ni sé si lo confundo con el amor.

¿Y París? ¿Qué es ahora París? No es el lugar del amor ni del sexo. O sí: es el lugar del permiso del amor y del sexo (¿pero no lo esperé acaso de M. L.? ¿No quise que M. L. me salvara en este sentido? ¿No lo esperé *tant au fond de moi*?). El rostro de M. L. El único que me inspira. Es posible que no desee mi retorno. Y yo viajaré tres semanas y sufriré hambre y frío para que tal vez se me responda un simple «No está» —es decir: no está para usted— cuando telefonee a su casa (pero no, no tendré fuerzas de desear). Quisiera llamarla ahora y decirle *je veux* [*palabra ilegible*] *si vous m'aimez toujours*. ¿Y V.? ¿Qué pasa con V.? Su silencio no deja de ser cruel. Sin duda le asusta que yo me haya enamorado de su fantasma. Sabe que estoy mal, que necesito ayuda, y se limita a aceptar mis cartas. Sin duda no debería escribirle más. («Soyez orgulleuse.») Además, me perturba. No hago sino pensar en ella. ¿En ella? No sé quién está debajo de su nombre. ¿Lo sospechará? No sé. Pero creo que mi desgracia no es solamente obra mía. Alguien pudiera ayudarme. V. lo podría hacer, pues sus palabras tienen un efecto inmediato en mí. Pero ella sufre, está con su sufrimiento. Aun así, ha de tener algunos minutos por día, algunos minutos libres. Su silencio debiera ofenderme. Pero no, simplemente me duele.

En cuanto a S., es como si hubiera muerto. Hace un mes yo pensaba que si llegara a morir yo no soportaría su desaparición. Pero la soporto. S. era lo único que me enlazaba a Bs. As. Ahora que está lejana, pienso en irme —para ser enlazada a París por los ojos de M. L.

Tareas: París = *La Nación; Atlántida*; *Claudia* (?); traducciones sudamericanas; Venezuela (?) – Nada de esto es seguro.
Terminé de leer Garcilaso. Empecé *La antología de la poesía norteamericana* de Girri.

Viaje sentimental de Laurence Sterne.
Estilo dislocado parecido al mío. Ese no poder convencerse de que se habla en serio.

2 de marzo

Leí *Nietotshka Nezvánova*. Es eso, de eso se trata. Me gustaría —es decir, debiera — escribir sobre esas cosas. Deseos de comenzar, de partir de cero con toda humildad, con toda la paciencia. El poema me parece que no alcanza, es necesario un gran espacio y un sinfín de explicaciones. Ojalá pudiera tener un ritmo de trabajo. El poema oculta esas cosas al esterilizarlas demasiado. Escena de N.; el delirio de su padre, su soledad y su miedo. Detrás de su pasión, Dostoievski tiene el secreto de la paciencia. Me pregunto si ello no se relaciona con la publicación por entregas de las novelas de aquella época. Ese alargar las escenas diciéndolo todo acerca de ellas, ese alargar las escenas que crea un extraordinario suspenso. Qué pobre me parece Flaubert —o Borges— comparado con D. ¡Qué pobres las artimañas literarias! Pero D. estaba tan vivo que vivificaba todo personaje, todo sentimiento. En cuanto a mí, mi mayor deseo es trabajar en una sola obra. Estoy dispersa en lo múltiple. Sin embargo, sé que no ha llegado el momento.

12 de marzo

¿Por qué necesito humillarme?

¿Por qué necesito llamar a quien no quiere venir y por qué me entristece recibir a quien llega con deseos de verme? ¿Por qué el amor de alguien a mí infunde en mí odio por ese alguien y por qué la indiferencia de cualquiera me fascina?

Aun si todo va más o menos serenamente necesito, cada dos o tres meses, una noche de hundimiento.

Necesidad de encarnar presagios y sueños. El mundo externo se opone. Esto es obvio y no obstante no puedo admitirlo; lo quiero —en nombre de mi, digamos, instinto de conservación—, lo quiero, digo, pero no puedo. Queda por averiguar si lo quiero verdaderamente.

Luego, por más que crea haber progresado y madurado, mi sentimiento del amor y del deseo es difuso y confuso como a los cinco, a los diez y a los quince años. Una noche sexual es un corte tajante. No puedo, no sé, no podré nunca unir esa noche a las obligaciones, relojes, horarios, etc. Siempre, después de una noche sexual, hago planes de orden: ordenación de escritos, de lecturas, etc. Como quien estuvo al borde de la muerte y al incorporarse proyecta actos sanos y enérgicos.

Una noche sexual es agonía, es muerte y es la única felicidad.

Pero ciertos gestos, ciertas palabras, yo pierdo conciencia, yo estoy ebria cuando me desnudan, algo lejano y presente. Se repite lo que no se vio nunca. Siempre hago el amor por primera vez. Mi asombro, mi perdición, mi asfixia, mi liberación.

Soy una cobarde. Lo sexual, para mí, es el único camino de iniciación. Yo a veces lo abandono por miedo. Así como para otros el ascetismo, para mí lo sexual.

Pero esta necesidad, además, de consumirse. Este apalear a un animal muerto. ¿Qué pasa en mí que golpeo puertas cerradas? Lo sexual, sí. Pero no sé por qué me fascinan los que no me desean. Éste es mi emblema. Ésta es mi maldición. Cualquiera que te abandone logrará seducirte. Y viceversa. ¿Cuándo empezó?

Esto es urgente.

Esto significa temor a la soledad, y nada más. Yo necesito estar sola de alguien. Esto es: estar sola de nadie. Luego, no estoy sola.

No es una lección de moral.

¿Cuándo comprenderé?

¿Cuándo?

¿Cuándo veré?

¿Quién se desinteresará de mí?

¿Es esto importante?

Obsesión por V. No sé a quién representa. Su silencio me invita a salir de mí, a golpear a su silencio cerrado, aunque no del todo; algo permanece abierto, lo suficiente como para que yo me lance a golpear. Le doy el espectáculo de una niñita encantadora. Si le gusta soy feliz. En caso contrario, sufro. Esto es risible. En verdad, V. está peor que yo. Pero esto no importa.

Lo que pasó con J. es otro volver a apalear al perro muerto. ¿Qué diablos me llevó a fingir pasión? La soledad, el desamparo. No.

¿Qué siento por J.? Distancia. La distancia que me separa. No «el otro» sino la distancia.

¿Qué me lleva a arrastrarme y a humillarme?

La niebla de mi mirada.

La obligación de seducir.

El orgullo. El no querer compartir mi silencio con nadie. Pero mi silencio ¿existe?

Existe ahora, mientras escribo, mientras me creo con palabras, me doy forma, me esculpo. Si no me escribo soy una ausencia. El sexo y la escritura me permiten tener forma de algo. ¿Y la humillación? También. Más vale ser una abandonada que no ser nada. Esto es muy complejo. Lo que pasó con S. Yo le obligué a ser mi imposible (oh, qué aburrido es esto). Yo parto de lo imposible y así llego a la paz. Finalizo sabiendo que tuve razón (?).

Ya no sé si reírme. No me hace gracia, yo ya no me hago gracia.

Este diario, ¿lo escribo para mí? Ahora, ¿estoy escribiendo para mí? La verdad: tengo miedo. El de siempre. Tengo miedo y no puedo vivir en este mundo y lo quiero, claro que lo quiero, pero no sé cómo se hace. Todo lo hago mal. Algo se destruyó.

Demasiadas pérdidas. Nadie las soporta. Y ahora, aun si me alimento de los corrompidos restos de un idealismo muerto, sé que sólo me importa lo visible y lo tangible, es decir, lo que se me niega. Se me niega por mi ansiedad, por mi desconfianza, mi extranjeridad, mi seguridad de ser expulsada, aun por un paisaje. Como un temor de mirar una piedra por miedo a que se lance, sola, a herirme.

¿Y ese lenguaje como una mano ahuecada llena de agua riquísima? Lo soñé todos estos días. Algo curvo, armonioso, caliente, como los sexos, como la sonrisa confiada de un niño pequeñito (esa sonrisa sin ángulos —oh Dios, cómo odio los ángulos y las líneas rectas…).

Algo totalmente opuesto al *no*, a la severidad, algo que se despliega como la risa o las ondas del orgasmo o un sendero de flores en un cuadro muy ingenuo. Como la boca llena de risa, como el sexo lleno de semen, como un sí afirmado sin cesar, una danza ni lenta ni veloz, un moverse con infinita facilidad y docilidad. Ese idioma era el que yo soñé hace unos días y fui feliz pues creí que había puesto un nombre a mi extraño estar aquí, en este mundo anguloso, rectilíneo, cuyas aristas fueron corroídas por el ácido del sueño. Pero vino el holocausto, el apalear al perro muerto, la disonancia, el brazo tenso, el codo, la rodilla, todo erguido como para defenderse; el sordo e incesante dolor de mis huesos, la garganta estrangulada, los ojos secos, los párpados abiertos como por alambres, las agujas en la frente, el dolor en la nuca, si pudiera decir todo lo que me duelen los huesos. El pecho y la espalda y la cara y el paladar inerte, seco, y los labios dudosos —nunca sé si abrirlos o cerrarlos, no sé caminar, no sé hablar, esto no coincide de ninguna manera.

V. me hirió muy a fondo. Yo represento lo que odia. Cuando pienso que me expongo y me desnudo en mis cartas fervorosas, humilladas. Su ojo crítico, su censura. Allí, a tres semanas de barco de aquí, mis palabras me hacen retorcer, como un fantoche. Sin duda, en compañía de E., han de hacerme ir de un lado a otro, señalando mi vulgaridad y mi alienación y, de vez en cuando, celebrando mi gracia, mi simpatía, o admirando que, por azar, yo diga espontáneamente alguna verdad que sólo se aprende en los libros (¡qué coincidencia…!). ¿Y no es de nuevo el perro muerto? V. No puede amar. Por más que le hable y le diga y me desgaste y me esfuerce no puede quererme porque no puede querer —y por eso la quiero, ésta es mi maldición—. En nuestra amistad, la inocente es ella. Yo quiero que me diga lo que supongo que quise alguna vez —hace muchísimo— que me dijeran. Pero ni esto es seguro.

Escribir todo el día. Todo el día buscar los nombres. Construir mi figura. No digo transfigurarme. Aunque salga una torpe estatuilla de barro, risible, ridícula. (¿Acaso no soy risible y ridícula? No, ni siquiera eso.) A la vez, sé que no hay necesidad de escribir. Quiero decir que mucho más eficaz sería, para mí, hacer el amor día y noche. El silencio de los cuerpos. ¿Y yo? ¿Acaso yo puedo amar? Soy una caricatura de V. En cierto modo nos parecemos. Miedo a la soledad.

Hay una mesura que deseo. La de M. L. Esa flexibilidad. M. L. es como mi

lenguaje soñado. Sus ojos son como esas frases curvas, de una gracia y una seducción que me hacen forjar esperanzas de un encuentro inminente.

Y si pienso que el lunes por la noche leí Azorín, *admirándolo*, entonces es el circo o el hospicio y yo ya no puedo más de tantas contradicciones.

Ensayo sobre la condesa Báthory.

Diferencias entre las orgías de C. B. y el *placer* —las orgías «comunes»: beber, cantar, hacer el amor—. El primero. Ante todo: su infinita, inenarrable tristeza (*voir* melancolía). Baudelaire, Bataille, Starobinski. La soledad.

La pura bestialidad. Se puede ser una bella condesa y a la vez una loba insaciable.

En verdad, la tendencia al mal es común a todos. En lo que respecta a mi imaginación, su única característica —no mía exclusivamente— es su desenfreno. Nunca nada la limitó. Falta de cuadros, de arquetipos, de ejemplaridad. De allí mi desinterés por la moral, por el qué dirán. Desde muy niña me retiré de cualquier clase social. No obedezco los principios morales de ninguna ni tampoco me alegra desacatarlos. Quiero decir: no tengo a quién escandalizar. Se trata de una larga herencia de solitarios y aislados. Mis padres apenas si participan de alguna clase. Creo que cuando iba a la escuela tenía límites. Pero no. Tampoco allí integraba ningún grupo sino todos y ninguno.

Todo esto se reduce al problema de la soledad. Por mi sangre judía, soy una exilada. Por mi lugar de nacimiento, apenas si soy argentina (lo argentino es irreal y difuso). No tengo una patria. En cuanto al idioma, es otro conflicto ambiguo. Es indudable que mi lugar es París, por el solo hecho de que allí el exilio es natural, es una patria, mientras que aquí duele.

Lo que sucedió con J. Puede muy bien ser mi oculto deseo de no enlazarme a nadie, de poder irme pronto a París. Mis padres me duelen. Me duele su soledad. Se están muriendo, y no esperan nada y se abandonan a la vejez y a la ruina (ya ni les interesa embellecer la casa). «Con ellos mi raza se extingue.» Lo que hago aquí puedo muy bien hacerlo allí. Pero me angustia el frío, el hambre, la inseguridad. Sólo allí podré escribir en serio. Desde que llegué no he escrito un solo poema que me guste. Me detuve. Oh pero esta fatiga de siglos en mis huesos… Lo mismo da aquí o allí. No, allí está M. L.

13 de marzo

La bella condesa B., silenciosa, vestida con un hábito blanco, inmediatamente mojado de sangre. Ella corre a cambiárselo por otro. Ese correr. Ese silencio de ella sentada, contemplando, recibiendo la sangre.

Lunes, 22 de marzo

Carta a X. y a Dessein. Amparo. Ostrov. M. J.

Al despertar, aún en duermevela, oí (o dije): «Es como nacer el otoño…». ¿A qué me refería? ¿Al paso de las estaciones?

Domingo, 4 de abril

Borges: «La busca de Averroes».

… «el ejercicio de formar silogismos y de eslabonar vastos párrafos no le impedía sentir, como un bienestar, la fresca y honda casa que lo rodeaba. En el fondo de la siesta se enronquecían amorosas palomas; de algún patio invisible se elevaba el rumor de una fuente; algo en la carne de Averroes, cuyos antepasados procedían de los desiertos árabes, agradecía la constancia del agua».

Domingo, 18 de abril

No escribo más este diario de una manera continuada. Tengo miedo. Todo en mí se desmorona. No quiero luchar, no tengo contra quién luchar. Todo esto es tan viejo, tan cansado. Ojalá pudiera no mentir nunca.

Martes, 20 de abril

Trabajo en el ensayo de la condesa. Pretexto para no salir, no telefonear, para fumar y tomar té y no pensar. Desconfío del ensayo pues no me costó demasiados esfuerzos, salvo los de sentarme y concentrarme en el tema.

El perrito de A.: Príncipe Tutú del Monte. ¿Qué tiene que no dejo de pensar en él? ¿Por qué todos le sonreían y lo tocaban? ¿Por qué lo acaricié y le sonreí? ¿Qué hay en los perros que no hay en la gente? Nunca conocí a nadie que me suscitara deseos irrefrenables de sonreírle y acariciarle. Éste es el misterio de Tutú del Monte.

Miércoles, 21 de abril

He abandonado mis penosas investigaciones poéticas. Como si fueran posibles solamente en París. Y así es.

Poema en prosa.

Octavio. «Águila o sol.» Luego, Baudelaire, Rimbaud, Char, Michaux, Éluard.

30 de abril

Vergüenza de hablar, pero vergüenza en un sentido lato.

Amor a los demás desde la soledad. No amor sino ganas de llorar por los demás (yo incluida). Todo tan frágil. Y sin embargo no comprendo a los demás. Hay una zona —la del afecto más puro— que he llegado a discernir y, de algún [modo], a hacer consciente. Una hermosa posibilidad, no de comprensión, sino de intercambio de calor. Pero es efímera, es como la alegría de la ebriedad o un canto. Son instantes en que no se trata de nada físico pero se siente calor y se está dispensado del yo y sus malditos agravios. Ayer J. C. lo sintió y quiso irse a un rincón a conversar conmigo pues yo tuve miedo ya que para él era un acontecimiento esa permisión —tal vez la primera— de liberar su afectividad. ¿Miedo de qué? De que se apague el calor —o el fuego— con el cambio de lugar. ¿Por qué tengo miedo? Esto no es un cuento de hadas. Sí, lo sé. ¿Entonces? No lo sé, en verdad aún no lo sé. Aún iré al bosque a danzar y a cantar con los otros niñitos.

13 de mayo

Cartas a Canzani y a Héctor B.

Preguntar. No tengo qué. Deslumbrada. Mentidamente deslumbrada. Miedo de caer dentro de mí. ¿La locura? Miedo de encontrarme con alguien más fuerte que yo. ¿Y V.? Me gusta consumirme sin escándalo. Los miedos espúreos [*sic*]. Los miedos adyacentes. Corregir la locución. La manera de sentir la garganta. ¿A quién decir que sufres? El encuentro con M.: ridículo e irrisorio. Basta de poemas, me digo. No. Debo persistir en los pequeños fragmentos. No hay otra cosa. En verdad, me hace bien pensar en V. Es una referencia. ¿Y por qué no pienso en M. L.? De algún modo pienso en M. L., ofensa atroz la que me hizo. Pero lo peor es mi temor tan activo a la enfermedad y a la muerte. Y a la locura. Nunca me sentí más sola que ahora.

23 de mayo

Lecturas sin fervor. Deseos de encontrar una suerte de método más refinado para percibir lo que leo.

El proceso de Kafka.

Poemas de Cernuda.

Poesías de Nerval.

Los personajes secundarios de *El proceso* me interesan más que los principales, al menos en el cap. I – Paralelismos: Kafka, Quevedo, Nerval (p. 49): caminar con impaciencia o plantarse en la ventana para acelerar la venida de quien se espera. Los dos primeros lo comentan con Nerval: su preocupación por la técnica poética y literaria en general.

29 de mayo

Sin saber cómo ni cuándo, he aquí que me analizo. Esa necesidad de abrirse y ver. Presentar con palabras. Las palabras como conductoras, como bisturíes. Tan sólo con las palabras. ¿Es esto imposible? Usar el lenguaje para que diga lo que impide vivir. Conferir a las palabras la función principal. Ellas abren, ellas presentan. Lo que no diga no será examinado. El silencio es la piel, el silencio cubre y cobija la enfermedad. Palabras filosas (pero no son palabras sino frases y tampoco frases sino discursos).

Imposibilidad de fraguar símbolos. De allí la imposibilidad de escribir obras de ficción.

Lunes, 1 de junio

Las paredes abiertas, los muros han sido golpeados, las grietas, las fisuras, los orificios, ¿quién los cerrará? Esta pregunta, fácil de formular, es imposible de responder. El yo en forma de persianas abiertas de una casa de cuentos para niños. Esas mismas persianas, cerradas formarían un corazón verde con pequeños corazones que son hendiduras por las que pasa el aire. Pero no se pueden cerrar. O si se cierran, entonces sucede algo con las hendiduras, pues el aire no pasa y los moradores de la casita del bosque perecen asfixiados. No. Nadie perece pues no se pueden cerrar. Más bien están heridos, heridos pero no muertos aunque bien quisieran estar muertos; están heridos por el viento filoso. No sé si por el viento o porque han entrado bandoleros que los hirieron, los despojaron y los abandonaron a su mala suerte. Ellos sueñan con el corazón verde y los pequeños corazones por donde venía el aire. En un principio tuvo que ser así. No iban a serles ahorradas las penas pero esas penas iban a ser distintas a ésta, tan pobre y tan humillante. No es terrible padecer sino padecer por causas humillantes, lo cual quita toda belleza a la ceremonia de los padecimientos que en un principio no se diferenció de las otras ceremonias.

27 de junio

Se aleja del camino. Se pierde de vista la senda. Le gustaría leer y escribir lentamente, y hasta se ilusiona con la idea del progreso en lo que se refiere a la comprensión.

Poemas de P. de S. A. – Murena, Barrenechea, Saad. Libro a Villordo y Verhesen.

6 de julio

Carta a Mondragón agradeciéndole su libro.

Libro (mío) a Liscano y a Rodríguez Ponce.

Releo a Isak Dinesen.

«Ecos», no sé si es triste o alegre. No sobrellevo la felicidad y la alegría de J. D. Él *sí* es feliz a pesar de todo.

El Dios aceptado con exuberancia, al que se dota de la mayor imaginación y de la mayor comprensión y hasta de sentido del humor. Pero yo, ¿no quisiera ser feliz? Sin duda sí pero la palabra «felicidad» me suena ambigua, me resulta idiota. «Alegría» quizás menos, pero las dos me hacen evocar los ojos luminosos y fuertemente «espirituales» de los vegetarianos.

Nada más difícil que apreciar la literatura española. Estoy leyendo las *Obras festivas* de Quevedo. Humor puramente verbal, a veces —raras veces— excelente y en general grosero y superficial.

Jueves, 8 de julio

No sé más que maldecirme por haber vuelto a este maldito país.

Viernes, 9 de julio

Euforia al leer el cuento de Julio, pues pensé en la posibilidad de un lenguaje que admite lo que sufro y siento. Evoqué ese lenguaje. ¿Qué hace falta para llevarme a su realización? Menos miedo.

Estoy amenazada. Hoy, sin embargo, confío en mi fuerza. Estoy definitivamente sola y confío en mi fuerza. Debería escucharme con más respeto.

El Dr. P. R. me aseguró que no estoy loca. Por la noche Julio C. me dijo que el Dr. P. R. está loco. No lo creo, pero hay algo en él que se desmoronó y eso rima con

mi desmoronamiento general. ¿Podrá ayudarme? No creo. Tal vez lo veo para encontrar en él una corroboración de mi desmoronamiento general. Olga es otro ejemplo. Elizabeth tal vez también. Ivonne está definitivamente en la otra orilla de la mía. No participa de la ruina. Mis padres son otro ejemplo de tristeza y de muerte. Y Vittoria. ¿Qué es lo importante de todo esto? El sexo y la muerte. Mi suspensión sexual. Es esto lo que me gustaría abolir con la ayuda del Dr. P. R. Pero tal vez a él le acontezca lo mismo. Sensaciones de encuentro tardío a su respecto. Pienso que si lo hubiera conocido hace años no me hubiese aceptado con tanta facilidad. Tal vez yo soy uno de los rasgos de su decadencia. ¿No sucede lo mismo con otros aspectos? *Sur*. Mandiargues. Julio Cortázar y París. «Soy raza inferior hasta el fin de la eternidad.»

Domingo, 11 de julio

Días peligrosos. Cobardía. Miedo de todos.

Todo esto puede ser un buen pretexto para no trabajar.

Cólera contra todos. Todos me abandonaron.

Debiera trabajar. Quisiera querer trabajar y nada más.

Dificultad de trabajar aquí con mis padres cerca y mi incomodidad general.

Había dicho que iba a traducir seis horas por día. Y escribir y leer otras tantas. No salir con nadie salvo raras excepciones. No llamar a nadie. (Me pregunto por qué S. dejó de llamarme.) Despedirse. Desde que llegué me despido.

Me horroriza mi lenguaje. Miento todo el tiempo. Si hablo miento. Hay que averiguar por qué. Hay que demorarse. Me gustaría escribir en forma muy simple y clara. Basta de retórica. Yo no soy V. A propósito: nunca más le escribiré. Me ha abandonado más que nadie. Más que M. L., tal vez. No, nadie más que M. L. Me pregunto cómo hacen los demás para soportar el hecho de vivir. Esto es otra cosa que sería bueno averiguar.

E.: ni sé si hay amistad entre nosotras. O si existe es una amistad fósil. Un nombre que no señala una cosa.

Así con casi todos. Mi reencuentro con la gente ha sido un fracaso extraordinario.

Libro a Guillermo Sucre. Carta a Laure.

Miércoles, 13 de julio

Imposible trabajar. Todo me es hostil. O, mejor, todos me son hostiles. Una carta, una llamada, lo hubiera cambiado. Espantoso desorden. Hace diez horas que estoy sentada.

Libro a Dalmas – V. Llosa – Ostrov – A. Dávila – C. Silva
Carta Verhesen – Liscano – Carrión
Libro
Norte – Espacios

Domingo, 25 de julio

No sé qué preguntarme.

Noche insomne y despertar durísimo —lloré como nunca antes—. Y es una trampa. Paralelismos. Mi madre y yo. Su arribo a la Argentina. Mi arribo a la Argentina. Anoche miré sus fotografías de su juventud. Aparece con jóvenes enérgicos y viriles. ¿Por qué se casó con mi padre? ¿Por qué no se casó con alguno de las fotos? (Había una en la que un ser humano había sido eliminado con un cuchillo, mamá está sentada junto a un hombre que fue eliminado o por ella, para no pensar en él o para no recordarlo, o por papá, celoso de su presencia.)

Vino a la Argentina y se le terminaron los juegos. Quiero decir, vino por razones utilitarias así como se casó por esas razones y porque una mujer debe casarse. (Por las fotografías que miré deduje que todos los familiares de mamá, así como ella, se casaron mal, por razones utilitarias.) Esto continúa siendo real: mi hermana, mis tías. Y ¿para qué vine yo a la Argentina? También para ordenarme, para tener una casa, una gran biblioteca (*mis* amigos, *mi* ciudad, *mis* libros) y tal vez con la oculta —no tanto— intención de casarme. ¿Puedo yo casarme? Esto es absolutamente imposible.

Mamá llegó encinta a la Argentina; yo, *on connaît l'histoire*. Pero el terror es pensar que alguien me habita, que cumplo gestos ajenos. El doble fondo de cada acto y de cada pensamiento. ¿Por qué esto debe suscitar terror? Muy importante lo del propio *halo*. Sentir en mí lo que junto a M. L.: garantías, seguridad, livianidad (o ausencia de pesantez, de condenada a sobrellevar un mundo).

La mala suerte me persiguió —y me alcanzó— siempre. Fotografías con mi madre. Yo tendría unos dos años y ella me sostiene en sus brazos. Me asustó que sus manos estuvieran siempre debajo de mi faldita. No, no me asustó. Me asfixió y por eso lloré y la maldije, por haberme manoseado como a una muñeca. ¿Y la literatura? Rotundo fracaso. Odio escribir con un nudo en la garganta pues me obliga a abstraer conceptos y a decir palabras huecas y sonoras. Mi búsqueda de un lenguaje «puro» es una prueba de mi impotencia. No tengo nada que decir y si fuera menos —algo aunque sea— desdichada, no escribiría. No siento felicidad al escribir. Y sin embargo, anoche pensé, de algún modo pensé, por primera vez. Por eso, tal vez, amanecí llorando.

Si el escribir fuera lo mío no estaría siempre con esta seguridad de que lo principal de cada uno es indecible. Ni siquiera separaría lo principal de lo accesorio.

Me limitaría a escribir. O, al menos, a investigar por escrito por qué lo principal es indecible. Y en verdad, cuando digo principal me refiero al deseo. Siento deseos y no puedo formularlos. Así los niñitos recién nacidos. Pero ellos lloran.

Al venir a la Argentina, aspiré a corregir mis relaciones con mis padres y con la gente tal como fueron antes de mi viaje. Absurdo. Antes combatía a mis padres (injurias, discursos dostoievskianos). Ahora ni les hablo. Con los amigos es idéntico. Son amigos nominales. Gente que existe y con la cual se diría que mantenemos una amistad. Me son indiferentes y yo a ellos. O tal vez no, no sé.

No es esto lo que quiero decir. Tengo que caer a este mundo. No puedo. No me interesa. Y sin embargo me interesa no enloquecer. Mi soledad es total y sin embargo no lo es. La pueblo falsamente. Imposibilidad de tocar los objetos con maestría y dulzura (las manos de mi madre en las fotos de ayer). Yo no soy una sucia intelectual. Hay en mí algo definitivamente errado, desviado y torcido.

Me odio cuando adulo a los demás. Siempre lo hago, por indiferencia y por miedo y por sentir el juego falso de las relaciones entre unos y otros. Como un niño obligado a representar un papel en una obra de teatro escolar. Emito mi parte y me voy. Si me aplauden, mejor. Y si no, veo que tuve razón al ser falsa y teatral. Esto es cierto: no me gusta conversar. Es, exactamente, como comer sin apetito. Por eso fracaso con los otros. Hablo —y a veces muy bien— sin necesidad de *decir*. En mi infancia hablaba mucho. En fin, es lo que creo recordar. Mis padres hablaban mucho. Sí, había una imposibilidad de quedarse en silencio. Y esto lo heredé. Por eso, a pesar de todo, París me ofrecía esa no obligación de hablar. Pero sería hermoso. Basta.

En el fondo yo odio la poesía. Es, para mí, una condena a la abstracción. Y además me recuerda esa condena. Y además me recuerda que no puedo «hincar el diente» en lo concreto.

Si pudiera hacer orden en mis papeles algo se salvaría. Y en mis lecturas y en mis miserables escritos.

Lo que no soporto de los argentinos es el tuteo excesivo. Ese: «Vos sos esto y aquello…». Ese juzgar abiertamente, en voz alta, creyendo que en ese momento se toca la zona de la sinceridad más pura.

No soporto a las lesbianas. J., por ejemplo. Es como si tuviera bichitos en el lugar de la sensibilidad. Y los libros que leen. («Planeta», yoghi, etc. Todo lo que prometa un androginismo *concreto* en un futuro que ellas ya están calculando y mesurando.)

17 de agosto, martes

Intranquilidad nueva, como si el barco o el tren estuviera por partir y yo, con el billete en la mano, aún no he decidido si partir o quedarme.

Importante lo de la falta de límites. El doctor P. R. lo dijo y de algún modo él

colabora en mi carencia de límites. No sé cómo abordar su presencia. No sé si es un ángel —un milagro— que me aconteció encontrar o si constituye una nueva trampa.

Me asombra que la gente hable mal de los demás. Ayer, hoy, he escuchado numerosas críticas denigrantes. Esto me asombra. Lo comprendo pero me asombra.

Como si me esperara una tarea casi infinita. Así mi relación temporal con la gente y con mis trabajos. ¿Qué trabajos? En cierto modo no hago nada y por otra parte trabajo más que ningún condenado a trabajos forzados. Es siempre una cuestión filológica. Llamo «trabajo» a todo: aun a los paseos, a las lecturas, a los encuentros con amigos y conocidos, etc.

El artículo sobre *ZF* [58] peca de generalizaciones. Nostalgia de lo concreto, de los límites. No sé reconocer los límites. Cuando los tengo —en este caso el artículo de *ZF*— los odio y quiero evadirme.

Jueves, 26 de agosto

Leí mi libro.

La muerte es allí demasiado real, si así puedo decir; no el problema de la muerte sino la muerte como presencia, como luz malsana. Cada poema ha sido escrito desde una total abolición (o mejor: desaparición) del mundo con sus ríos, con sus calles, con sus gentes. Esto no significa que los poemas sean buenos.

¿Qué y cuánto exijo de los demás? Si pudiera mantener una distancia. No digo frialdad sino reserva y distancia. Por ejemplo, le confié demasiadas cosas a J. Hoy, por primera vez, descubrí que no me respeta, que cree que represento el rol de poeta. Ella no me ha confiado nunca nada, sin duda porque no tiene nada que confiar. (Aquí soy yo quien la desprecio.) Curioso que mis amigas de mi edad den en imitarme y en sentir celos de mí y que a la vez me desaprueben. Quisieran ser yo pero sin el sufrimiento, sin la enfermedad, y cuánto me asusta sentirme envidiada, es como si me persiguieran. Pero no es esto lo que me duele. Me duele mi soledad desagradable (más bien infernal): no sólo estoy absolutamente sola sino que, además, los tenues y fragilísimos vínculos que me enlazan a los otros me infligen angustias, me impiden trabajar. Hoy no hice nada pensando en J., sufriendo, y además conciente de la inutilidad de este sufrimiento. Me pregunto si no se sentía molesta de no saberse deseada por mí, pues intuye algo (o mucho) de homosexualidad en mí.

No puedo escribir cartas a nadie. Ni siquiera a V.

29 de agosto

Carta a Cristina.

31 de septiembre[59]

Reunión en casa de Mario Alessandro. Faltaban asientos. Una muchachita se sentó en el suelo —lujosamente alfombrado con un tapiz negro como de piel de perro muy fino—. Apoyó el brazo sobre un almohadón y riendo dijo: «¡Qué suerte que tengo el almohadón al lado…». No salía de su feliz sorpresa, de su dichoso asombro por esa pequeña comodidad momentánea, puesto que a los pocos minutos el almohadón le molestaba y lo deslizó hacia otro lado. Yo me sentía anarquista e incendiaria (a causa de mis medias azules y de mi ropa *sport* que no rimaba con los muebles ni con la ropa —y las caras— de los demás). Alessandro quería que yo cantara «en francés». No comprendía por qué yo no quería actuar; puesto que era poeta y estaba así vestida no podía quedarme en silencio.

El muchachito que tocaba la guitarra anunciaba las piezas como en un concierto. Alessandro se sentía satisfecho con él. El músico llevaba unos zapatos extraños: nuevos pero terriblemente grandes para sus pies.

Curioso hallarme entre esa gente, en mi deseo de morir. Pensaba en suicidarme. El doctor P. R. tiene que ver con mi suicidio. Ayer preguntó: «¿Por qué está tan descontenta con usted, con su ciudad y con su familia?». *Me espanta su falta de memoria*.

1 de septiembre, miércoles

Seleccionar poemas para: (*Espacios – Temas – Vigilia – El Corno*).
Escribir a: (Julio – M. J. – Mandiargues).
Carta a Julio y poemas a *Temas*.

6 de septiembre

Sutil traición de Cristina. Me aspira a distancia, me succiona por intermedio de su silencio. Operación mágica. Estoy repitiendo gestos suyos. No es impune el honor de tener una doble presencia en Roma. Lo estoy pagando. Es como si parte de mi enfermedad se debiera a que allí han retenido algo de mi persona. Pero tal vez acontezca lo mismo con ella. Tal vez su pérdida de la tradición sea en cierto modo mi responsabilidad.

Martes, 7 de septiembre

Carta a Mandiargues. *Libro a Piazza*.

Mi mala suerte con los autores españoles. Releí *El licenciado Vidriera* de Cervantes. Lo releí con esfuerzo, me es difícil asimilar esas alabanzas artificiosas y convencionales a la religión. Por otra parte, el lenguaje es poco atractivo. La invención es buena, pero irreal. No arquitectura la locura del personaje. Todo es externo, responde a una visión y a una moral muy trivial. El final está bien (si no existiese ese forzar la moraleja: los locos son más cuerdos que los cuerdos).

Ahora no sé si leer el Arcipreste, la *Celestina* o los romances anónimos.

«La consagración de la inocencia» y «El hermoso delirio» al *Corno emplumado*.

Carta no enviada: Una noche, en el jardín de lilas, quise decírtelo; no me dejaste. Hiciste bien, había que defender la noche, las lilas, el silencio. Ahora no puedo no decírtelo.

Sábado

Falta poemas para *Vigilia* y para *Rev. Venezolana*. Carta a M. J.

Domingo

Carta a Chichita.

10 de octubre

No hacer nada hasta no haber ordenado los papeles y los libros.

17 de octubre

Leí «La biblioteca de Babel» de Borges.

18 de octubre

Leí «Ligeia» de Poe y «Uqbar…» de Borges.

19 octubre

Fotografía a *La Gaceta*.

26 octubre

Libro a Neruda.

31 de oct[ubre]

Rondomicina – finalizo mañana.

2 de noviembre

Carta a Sucre, Julio, Cristina.

Martes, 6 de noviembre

Nota Macedonio – Traducción – *Texto*. Carta F. Valle. Libro *Bailey*.

Estos días azules y este sol de la infancia. Machado (último poema).

Carta y libro a F. Valle – Carta a R. Squirru – G. Saravi – Liscano.

28/XI

No hay perdón fuera de la muerte. Por otra parte, ¿qué hacer con el perdón luego de otorgado o recibido?

Cada día que pasa es mejor que el que llega. *On est foutue*.

1966

18 de enero

Muerte de papá.

22 de enero

Poemas a Liscano: Las promesas de la música – El sol el poema – Un sueño donde el silencio es oro – Una melodía.

Carta a Canzani – *Poemas de Marcelo y de J. Muñoz*.

24 de enero

Carta a Cristina. Carta a E. A. Alcaraz.

25 de enero

Resumen de *El disfraz* de J. J. Hernández para su entrevista. Tratar de terminarla el domingo. Corregí dos líneas del poema.

26 de enero

Carta a Milla.

Carta a Veracruz agradeciendo libro de María Zambrano.

Carta a Mondragón (imposible suscribirme).

Carta a Xirau: prometo «El sueño de la muerte» y (tal vez «Golpes en la tumba»).

Carta a Sucre.

Carta a Radaelli.

Sábado, 29 de enero

Pasé a 2 Ospolot y Valium.

Enviar poemas a *La Gaceta*.
Comprar *Davar* (2 ejs.).
Fotografías.
Carta a Laguanovich – Héctor – [*ilegible*] – Mlle. Roux – Simon.
Carta a Chichita Armand F. Valle.

2 de febrero

Envié carta a Chichita. Libro a J. Requeni.

Debería dedicarme a la nota sobre Utrillo y, a modo de complemento poético, el artículo sobre el libro de Octavio. El primero es trabajo; el segundo, entra más en lo mío. Esto es muy serio. Más serio es el silencio de Cristina, la hostilidad de Murena, la de casi todos, mi malestar, mi madre, mi certeza de mi muerte cercana.

Identificación con el doctor P. R. en el no hacer o en el dejar todas las cosas a medias.

17 de febrero

Escribir a: [*Mundo Nuevo*] – Hans.
Poemas (los de *ZF*). A *La Gaceta*. Carta *Clase S* y libro de P. A. Cuadra. Sí.

26 de febrero

Esto es cierto: estás loca o casi en un país que odias, sin amigos, sin fuerzas para escribir, para leer, en compañía de una madre que silenciosamente te culpa y sufre y tú sufres porque sufre. De modo que nada o casi nada puedes esperar de los demás, puesto que los odias.

«Extracción de la piedra de la locura» a *Son Armadans*.

Copiar la presentación de Olga para Radaelli.
Leer libro de Vila Ortiz.
Envié carta a: Simón – Silvina (condesa) – Héctor B. – Laure – Valle.

27 de febrero

Leo *Psiquis y muerte*.

Corrección de «Golpes en la tumba». Lo corrijo *mot à mot*. Buscarle un título. (No pienso más que en «Golpes en la tumba».) Por ahora le falta gracia a la primera parte que me parecía excelente en el original. Terminé el borrador de Utrillo. Bosquejé la entrevista con Girri.

Problemas con la correspondencia.

28 de febrero

Nada de fervor por el poema. No me parece bueno. Por otra parte, fue escrito con una ira que ya no siento.

El problema es el de siempre. No tengo textos *finalizados*.

Tengo que terminar Utrillo (urgente).
Girri. (*Zona Franca*.)
Enviar a *Mundo Nuevo*, a *Diálogos*.
M. Fernández.
Lautréamont.

Sueño de anoche. Apenas pude despertar. En peligro. No sabía dónde estaba. En una pared vi 5.º D escrito con pintura: letras enormes, negras, muy fúnebres. Angustia al despertar, esfuerzo (como si hubiese estado por morir dentro del sueño).

3 de marzo

Escribí carta a: Cristina – Héctor – David Lognanovich – Sucre – *Mundo Nuevo* (envío «El sueño de la muerte»… y Tres prosas: *diálogo*; *desconfianza* y *devoción*.

29 de marzo

Fui a lo del Dr. Kaminsky. Abandono.

1 de abril

Envié cartas a V. Ocampo – Cristina – Armand – Xirau («El sueño de la muerte»…) – Mandiargues.

15 de abril

Esperanza, terror. Terror de estar bien, de ser castigada por cada minuto en que no me acongojo.

En cuanto me siento mejor, espero el castigo. Es necesario llegar al fondo. A pesar de los terrores —son los máximos que he sentido hasta el presente—, a pesar de ellos debo ir hasta el fondo. Ahora se reunieron todos los temores infantiles, precisamente ahora en que comienzo a ser adulta. Pero se reunieron por eso.

27 de abril

Muerte inacabable, olvido del lenguaje y pérdida de las imágenes. Cómo me gustaría estar lejos de la locura y de la muerte. Vivo por hora, mirando el reloj. ¿Y a quién preguntar? Me faltan ganas de tener ganas. No quiero preguntar a nadie. Apagaron la luz en mí —no del todo puesto que sufro—. La muerte de mi padre hizo mal mi muerte. Mi terror de andar y moverme y comer y respirar. Me asfixio yo sola. Sólo tengo paz por la noche cuando leo, olvidada y perdida, lejos de mí y aun del libro que leo. ¿Y la esperanza en la literatura? Aún quedan resabios y sin embargo no sé qué decir ni cómo ni para qué.

El artículo sobre Octavio me enferma. Es demoníaco esto que me hace aceptar artículos.

30 de abril

Éste no saber dialogar, esta imposibilidad de acceder a los otros, sean personas vivas, sean autores: «Il m’a fallu apprendre mot par mot la vie». Esta imposibilidad de ver a los demás como seres humanos (nunca miro los ojos de nadie o si lo hago es para buscar aprobación).

Heme aquí llegada a los treinta años y nada sé aún de la existencia. Lo infantil tiende a morir ahora pero no por ello entro en la adultez definitiva. El miedo es demasiado fuerte sin duda.

Renunciar a encontrar una madre. La idea ya no me parece tan imposible. Tampoco renunciar a ser un ser excepcional (aspiración que me hastía).

Pero aceptar ser una mujer de treinta años… Me miro en el espejo y parezco una adolescente. Muchas penas me serían ahorradas si aceptara la verdad.

1 de mayo

Deseo hondo, inenarrable (!) de escribir en prosa un pequeño libro. Hablo de una prosa sumamente bella, de un libro muy bien escrito. Quisiera que mi miseria fuera traducida a la mayor belleza posible. Es extraño: en español no existe nadie que me pueda servir de modelo. El mismo Octavio es demasiado inflexible, demasiado acerado, o, simplemente, demasiado viril. En cuanto a Julio, no comparto su desenfado en los escritos en que emplea el lenguaje oral. Borges me gusta pero no deseo ser uno de los tantos epígonos de él. Rulfo me encanta, por momentos, pero su ritmo es único, y además es sumamente musical. Yo no deseo escribir un libro argentino sino un pequeño librito parecido a *Aurélia*, de Nerval. ¿Quién, en español, ha logrado la finísima simplicidad de Nerval? Tal vez me haría bien traducirlo *para mí*. Y no obstante, como siempre, está *la tentación de estudiar gramática*, y la sensación de que no sirve para nada estudiarla.

3 de mayo

Largas horas con el artículo de Octavio. Por momentos estaba contenta. Esto me da la ilusión de estar creando. No sé por qué trato con desprecio filisteo al ensayo sobre Cernuda. Tal vez porque intuyo que es arbitrario o que la poesía de C. es inferior y menos compleja de lo que O. dice. Mi dificultad con las comas es parte de mis dificultades con el lenguaje articulado y estructurado. Supongo que pertenezco al género de poeta lírico amenazado por lo inefable y lo incomunicable. Y no obstante, no lo deseo ser. De allí mis períodos de obsesión por la gramática. En cuanto al pequeño libro bello, sólo sabré si puedo hacerlo cuando me decida a hacerlo. En literatura, el talento no prueba nada. Pero ¿qué decir en ese libro? ¿Y por qué no me dedico a las prosas? Porque son poemas, pertenecen a lo inefable. Pero en ellas me expresé enteramente. Además, hay algo que las une. Sí, pero yo quisiera un libro, no fragmentos.

6 de mayo

Encuentro con Mario, ayer. Completamente desilusionada, no sólo de él sino de mí a causa de que yo espero algo de él, en vez de elegir el instante siempre espero algo.

Mi depresión actual. ¿Deseo ir a París? Por cierto que no. *Deseo, sencillamente, curarme. Deseo, sobre todo, olvidarme de mí y pensar en cosas más interesantes* (!). Terror ayer por la tarde cuando le comprendí mal al dentista y oí algo así como [que]

había posibilidades de que me tuviera que extraer los dientes. Mario llamó en medio de ese temor y yo le respondí sumisa. Absurdo complejo de castración: para que Mario me acepte como mujer necesito, previamente, perder los dientes. Pero no es este razonamiento idiota lo que me da miedo sino que, sea cual fuere mi dolencia física, su origen es, inevitablemente, mi yo agresivo. Este odiarme, este hacerme daño. ¿Por qué? Pero es tan secreto y misterioso este proceso.

Cada día es peor que el anterior. ¿Hasta qué punto colaboro a mi ruina?

Mario se cree, verdaderamente, excepcional. O tal vez necesita presentarse así ante mí. Hay algo en él que me atrae y me rechaza, simultáneamente.

10 de mayo

Opacidad. ¿Qué deseo? Ahora comprendo aquello de «quiso ser Baudelaire o Rimbaud pero sin su sufrimiento». Heme aquí tratando de dominar mi orgullo satánico (creerme única y sola en el mundo) y ser una más, una entre otros. Esto no ha mejorado mis relaciones con los otros. Todo lo contrario.

Anoche soñé que mi madre moría, atropellada por un tren (creo que iba o volvía a [de] Mar del Plata o Miramar). No sé si estaba muy angustiada pero sí lo estuve al despertar, no porque mi madre hubiera muerto en mi sueño sino por haber tenido ese sueño.

A Cristina. Esa paz de que me habla, ¿es serenidad y fortaleza y dulzura y calma? ¿O es lo inmutable, lo permanente, lo invariable?

12 de mayo

Urgencia por comenzar un pequeño libro en prosa. Pero su tema podría ser, precisamente, *esta urgencia vacua. La necesidad de escribir y la no necesidad de transmitir nada*. No se trata del tema, lo sé bien, sino del hecho de tener que estar tanto tiempo, después de haberlo escrito, corrigiéndolo. Pero ¿quién me apresura? Podría ir escribiéndolo despacio. Algo me urge, me apura. ¿Presentimiento de mi muerte o simple anhelo de evasión?

22 de mayo

P. me propuso escribir un cuento «de anticipación». La idea me tentó ayer e inmediatamente comencé un cuento. Hoy desperté con la certeza de que ése es, precisamente, mi imposible. Referirme al futuro, nombrarlo, y es de por sí un motivo

de horror. ¿Qué no será, prefigurar un futuro articulado, hecho mediante la ficción literaria? Esto implicaría ubicarlo en un lugar privilegiado cuando mi desesperación anhela, por lo contrario, designarlo mediante términos negativos o, mejor aún, no designarlo de ninguna manera puesto que mi futuro es una pared o una muralla. Por otra parte, no deja de parecerme un signo como del destino esta propuesta de P. en el sentido de que, bien o mal, me obligaría a escribir un cuento —género que pospongo y demoro—. Por cierto que pensé en un relato que se devora a sí mismo: escrito en forma de anotaciones de diario íntimo, alguien declara no poder anticipar el futuro en un relato pues no cree en el futuro, siente que su futuro no existe. Ahora bien el diario lleva fechas. Y las fechas continúan insólitamente hasta el 2966 (y más lejos aún) en donde el autor del diario, que ya tiene más de cien años, no se anima a emprender su relato por temor al futuro o, mejor dicho, por no sentirlo.

Angustia por los días que pasan sin que yo escriba nada. Por un lado están mis *poemas-objetos* que construyo tan lentamente —arquitectura rigurosa de lo absurdo —. Luego están las notas bibliográficas que escribo sin deseos. Luego —y de esto ni debería hablar— los artículos periodísticos.

El problema de las lecturas; nunca será resuelto. Y los años pasan y yo quiero escribir una obra extensa en vez de fragmentos. Lo que sucede es que escribo poco. Debería escribir seis o siete horas por día.

Mi madre, celosa de mi soledad poblada (al menos en apariencia), agota todos los medios para molestarme y ofenderme. En verdad, vivir con ella es una maldición. Si hay pecados y, por consiguiente un castigo de ellos, el mío es vivir a solas, a los treinta años, con mi madre.

¿Quiero a mi madre? No sé, antes de la muerte de papá la quería más o me fascinaba de algún modo. Creo que no quiero a nadie, pues estoy enferma (enferma porque nadie me quiso ni me quiere). Luego, el recuerdo de M. L., insoportable pues me hubiera podido haber salvado.

Lunes, 23 de mayo

Las personas que más me dicen: el doctor P. R., Silvina y Mazola.

El artículo de la condesa debiera de servirme, principalmente, para no desconfiar de mi prosa. Hasta Mujica Lainez lo elogió, entre otras cosas, por estar «tan bien escrito». Ojalá hubiera tomado nota del «método» empleado. No olvido, sin embargo, que me dejaba llevar hacia la elocuencia: hacia el barroquismo (hay una frase que Ivonne comparó asustada con los escritos de D’Annunzio). Luego, no tuve miedo del humor. Y más aún: lo destaqué. Ahora bien: estuve trabajando en él unos dos meses y creo que el último mes trabajaba unas siete u ocho horas diarias. Leí, además, varios

libros de temas semejantes. Pero nada me impide trabajar así en los relatos. Oh sí: falta el límite. Falta el libro sobre la condesa, que tanto me hizo sufrir pues me obligaba a ceñirme, a limitarme. Ésta es la enorme diferencia. De ahí que no pueda decir que me aproximo a la creación en prosa en la medida en que mis ensayos o mis comentarios bibliográficos son mejores. Esto significa una imposibilidad de visión. Es decir: excesivas fantasías sueltas y fragmentarias. Salvo que ponga un relato ajeno como modelo —o molde— y diga lo mío según la misma cantidad de hojas y la misma distribución.

Ridículo.

Martes, 24 de mayo

Falta de fe en la imaginación creadora. Si no fuera así, no leería *para aprender* sino para gozar. ¿Aprender qué? Formas. No, es un deseo de frecuentar modos de expresión. Mis contenidos imaginarios son tan fragmentarios, tan divorciados de lo real, que temo, en suma, dar a luz nada más que monstruos.

Yo «civilizo» mis poemas al detenerlos y congelarlos. Pero todo este trabajo infernal que me doy para escribir notas. De este modo desvío fuerzas y energías destinadas a los poemas.

Creo que se trata de un problema de distribución de energías.

Pero lo esencial es la falta de confianza en mis medios innatos, en mis recursos internos o espirituales o imaginarios.

Jueves, 26 de mayo

Abandono por el momento de la corrección de «Una distancia…» para dedicarme a «El otro espacio…», que requiere una enorme corrección —que no saldrá nada bien pues pensaré en el público, ya que lo corrijo para publicarlo—. Lo malo es que «Una distancia…», que empecé a corregir con toda inocencia, sin pensar en publicarlo, está quedando muy hermoso.

Lectura de Bachelard. Me inhibe. Sus alusiones constantes al dinamismo. Y sin embargo, suele citar versos malos. Lo bello son los descubrimientos de él, más poéticos que los versos. Claro que no siento deseos de corregir ahora que lo estoy leyendo, por temor de perturbar, con el cálculo y la astucia, las imágenes dinámicas venidas inocentemente de mi recóndito yo. No obstante, B. cita a Baudelaire. También menciona a Poe y a Valéry (!). ¿En qué quedamos? Lo cierto es que mi manera de corregir no es buena y otra no conozco. Cuando yo corrijo, explico y traduzco (para ganarme la calificación, quizá, de criatura racional o intelectual). Sin

embargo, mi manera de corregir me parece un gran hallazgo. Debiera perseverar en ella. Gracias a ella, separo la imagen de las fantasías ocasionales o escoria o distracción.

Comencé el artículo sobre el libro de A. Imbert, que me hastía muchísimo.

Dedicarme a él y al poema durante un mes.

¿Y la correspondencia? No sé qué le dije a C. que no me escribe. Tal vez mi voz no es grave cuando habla de la muerte.

1 de junio

Deseo estudiar muy seriamente el poema en prosa. No comprendo por qué elegí esta forma. Se impuso. Además, está en mí desde mi libro primero. Nunca leí nada al respecto.

Poemas en prosa abiertos (con silencios) y cerrados, compactos y casi sin puntos y apartes.

Poemas en prosa muy breves, breves como aforismos (Rimbaud: *Phrases*).

Leer alguna vez —o estudiar más que leer— los de Char, Éluard, Ungaretti, Michaux, Eliot (por Jiménez). Octavio (?). Borges (?). Libros de Chumacel, de los Muertos.

7 de junio

Extraño es cómo y cuánto me obsesiona el aprendizaje de los poemas en prosa o tal vez, simplemente, de la prosa. ¿Y los poemas? No comprendo por qué no escribo poemas en verso (influencias del doctor P. R. seguramente). Ahora, cada día, me corroe la seguridad de una forma imposible de prosa. (I. B.: nota en que decía que la prosa oculta a la muerte. En mi caso es al revés.) Leo infinidad de libros y los abandono. ¿Qué busco?

En el poema en prosa los espacios son necesarios (cada párrafo una frase como las de Rimbaud. O varias frases. Pero todo dentro de tres o cuatro líneas. Y con espacios dobles. En caso contrario hay que olvidarse de la economía del lenguaje y escribir del modo más fluido que existe: Miller).

Deseo de copiar, para mi uso, una antología del poema en prosa. Gran error. Por ahora sería mejor leer mucho. No sé, no estoy segura.

8 de junio

¿Cuándo comenzó la prisa? Rápido, haz memoria: ¿cuándo comenzó esta urgencia por llegar cuanto antes a ninguna parte o por no faltar a una cita con nadie?

Estoy componiendo un poema que creo haber soñado. ¿De dónde esperar la revelación o la pequeña melodía que te haga sentir, un día siquiera, que estar en la tierra es lindo? La espero de mí; por eso no vendrá ni resonará.

10 de junio

1. Traducción de Mandiargues: Sí.
2. Art. *Claudia*: Sí.
3. Mi poema: Sí.
4. A. Imbert.
5. Enviar el de Girri.
6. S. Radaelli.

Deseos de aprender de memoria algunos poemas —los más bellos— en español.

12 de julio

Finalicé —creo— los «Fragmentos para dominar el silencio». Hubieran podido ser más bellos.

14 de julio

Envié cartas a M. J. – F. Valle – Octavio – M. A. Fernández. Le envié los poemas de *Davar*.

Domingo, 17 de julio

Copié definitivamente (!) los «F… para dominar el silencio».
Lectura de *Les illuminations*. Un tanto desilusionada. Lectura opaca.
Poemas en prosa: necesidad de los espacios dobles. Al menos, para mi «estilo».
Narciso: ver.

18 de julio

Rimbaud y J. Donne. R. me enerva. Me refiero a poemas como «Promontoire».

Poemas a Vila Ortiz.

Poemas a Thelma Nava.

Sábado, 23

Sensaciones de desastre. El poema, aunque elogiado, fue rechazado por P. para su artículo a causa de no corresponder al tema.

Lecturas: R. y J. D. Muy mala mi relación con el primero.

Tantos desastres. Resultado probable de mi prisa.

Los rostros humanos me dan horror y terror. En verdad, odio al género humano. ¿Por qué, entonces, espero dulzura y calor de *ellos*? Si los odio, si estoy definitivamente aparte, del otro lado. Pero no lo quisiera. No quisiera pensar en mí ni tener la menor ambición (sobre todo literaria).

Estoy como el hombrecillo del subsuelo, de Dostoievski. Sé perfectamente que no soportaré mucho más, sobre todo viniendo de este país que tanto odio.

Inusitado abandono. Hueco central interno. No sé. Quiero escribir pero no en este estado. Si al menos fuera el de la máxima derrota estaría anonadada y podría escribir acerca de Y estos fragmentos de lecturas. ¿Por qué no limitarme a un solo autor? Sospecho que por hastío.

Es extraño. Mi estudio sobre el poema en prosa se altera por no saber si usar una carpeta u hojas sueltas para realizarlo.

El poema de las damas de rojo cuando finalice éste.

Domingo, 24 de julio

Finalicé: «Una distancia afín a la que separa el deseo de la palabra».

Mañana: las damas…

P. me dijo que mis «Fragmentos para…» son bellísimos y sobre todo nuevos, pero luego dijo algo así como «¡¡no sé adónde vas a llegar!!». (Hace unos meses I. me preguntó lo mismo.) No sé responder a esa pregunta. Nada me gustaría más que saber narrar —o que *querer* narrar—. Pero esto es imposible.

Van dos meses que comencé el artículo de A. I. Ni lo empecé siquiera, salvo unos ligeros apuntes.

Cartas enviadas a *V. O. – E. Molina – L. de Vedia – Liscano – E. Rodrigué.*

Sábado, 30 de julio

Desorden completo. Imposibilidad de concentrarme en una sola tarea. Pocos trabajan tanto como yo con tan escasos resultados. La presencia de mi madre. Nunca podré trabajar seriamente cerca de ella.

Luego, la actual «tarea» de leer un solo poema por día a fin de aprender algo acerca del poema en prosa, se ha vuelto infernal pues no me limito a un poema de R. por día sino a un poema de varios autores muy disímiles.

Del mismo modo, no sé cuál poema comenzar a corregir, es decir a arquitecturar. Mi método de corregir desemboca en la seca y árida poesía pura y a la vez me impide ir aprendiendo a escribir una frase. Si quiero escribir en prosa, *tout est là*: la sabia manera de configurar una frase.

No obstante, no acepto como finalizado un poema en prosa —por extenso que sea — hasta que no haya pasado por la prueba de fuego de mi duro, lánguido y terrible «método» inventado por mí para martirizarme. Por otra parte, ¿para qué diablos la perfección? Si el precio es matar mi voz, mi urgencia, mi premura, si es sólo plasmar y demorar hasta que cada frase es una lápida. Ahora bien: yo quisiera, *naturalmente*, escribir como yo luego de esas penosas correcciones. Natural o espontáneamente.

Atraso en la correspondencia: Vittoria, *par ex*. ¿Qué sucede? Son estos días tan cortos, las duras noches insomnes, mi melancolía, o tal vez mi definitiva depresión…

1 de agosto

Máximo deseo: finalizar mis prosas, hacer un libro, quedarme sin nada para corregir.

Problemas. ¿Qué poema corregir? No sé si dejar los recuerdos de infancia. Sería mejor *no*.

Hacer un libro de poesía puro.

Sólo prosas.

Importancia de las *cajas* (se guardan los bienes, el muerto, pues el ataúd es una caja).

7 de agosto

El lunes enviar cartas a *Zona Franca*, *Mundo Nuevo* y Cristina. (Enviadas el 8/VIII).

Luego: Armand, *Correspondencias*.

Poemas: *Thelma Nava*, Vila Ortiz – Blasi (Carta y libro).

9 de agosto

(Empecé corregir (reescribir) poema 14.)

Título (extraído de Quevedo): «Por sendas secretas» (p. 160) «Altos deberes».

18 de agosto

Retomé los «Fragmentos…». Ello retrasa la composición de «La muñeca de madera azul».

Absurdo. Iniciación en el oficio de copista. Bartleby. Deseos de copiar *le récit* de Poe, los *récits* de Julio y partes de Artaud. ¿Para qué?

23 de agosto

Copiar a máquina Karl y Butor – *Constantes*… – Pavese Art[ículo] Weber – Boll de Psicología.

Poema 14 —finalizo Anderson— preparo para Julio – copio Artaud y Julio.
Lecturas poemas – Apollinaire y G. V. Debería Char, me faltan fuerzas.

Retomar estudios poemas en prosa. *Char*: No me atrae *mais il faut*. Limitarse a Char y [*ilegible*]

Geneviève – Liscano – Canzoni – Vila Ortiz.
Libros: Fulvio Milano – Blasi – Aizenberg – Henri de Lescoet.
Gramática: locuciones adverbiales.

21 de septiembre

Art[ículo] de Julio.
Mi poema.
Cartas a Aridjis y Mandiargues.
Libros a Armand y Pellegrini.
Enviar a: Th. Nava, Ortiz, Sucre, Lisc[ano].

22 de septiembre

Ver bibl. M. Alonso.
Libros a Pellegrini y a Armand.
Cartas a Th. Nava; E. Molina; Manucho.

30 de octubre

Liscano – Julio – V. Ortiz – Monegal – Silvina – Saad – Vercinsky – Mandiargues (cartas enviadas).

13 de noviembre

Enviados:
I Juarroz – V. Soto – Aizenberg – Bartolomé.
II Rosales – C. F. Moreno – Maffei – V. Ortiz – Palm – Medina – Lagunas.

2 de diciembre

Escribir a [N. R. F.] – André – Laure – Julio – Aridjis – Temas – [Octavio] – Valle.
Artículo surrealismo —como el de la condesa— en pequeñas partes. Liscano: enviar *poemas*.
Comprar manifiestos y *Nadja* en español.

Mi deuda con A. B. es inenarrable. Tal vez es aquel que nada me enseñó y no obstante es aquel que más influyó en mí.

1967

Hasta p. 27 revisión del lenguaje de *Nadja*

Leído hasta 54.

Revisión palabras desde la pág. 49.

Envié/entregué separata a: Hans – Cela. Pellegrini – Cristina C. – Juarroz – Rodalli – Eliz – Klaus – Silvina – Manucho – Billy – Olga – M. Lynch.
Enviar a: Xirau – Héctor – Girri – Liscano – Sucre – G. Morales – Aizanberg – (7.) – M. Zambrano – Molina.

18 de marzo

Cartas a *Octavio* (por su libro); carta a Irma Cairoli [*ilegible*] a Liscano, G. Franco/Bastos/. COATL.
Separ[ata] a: E. Molina y a Conffon.

25 de marzo

Carta a Silvina.

20 de marzo

Cartas a J. Cairoli – Loanda – A. Costa – Chichita – C. S. Belinzon. (enviadas) Losada.
faire ou à finir: ensayo de Julio – Juarroz – Silvina.
Carta Losada – *Mundo Nuevo* – Temas – Xirau.

14 de mayo

Ahogada por el desorden, la impotencia, la esterilidad, la desconfianza en el doctor P. R., las ganas de irme de este país en el que nada tengo, no tengo qué hacer ni a quién querer aquí. El doctor P. R. me importa. Sé que me quiere bien pero no

puede hacerme bien, no sabe cómo o no se le ocurre cuidarme ni, mucho menos, curarme. Lo veo para esquivar el psicoanálisis. Ambos esquivamos la curación. Y ahora él me transmitió su deseo de escribir unido a su imposibilidad de escribir. ¿Para qué diablos quiere escribir si no le gusta? ¿Acaso da alguna felicidad el escribir? Debiera preguntármelo. Pero lo esencial es que no he mejorado ni cambiado con él (cambié en el sentido de que se alteró la angustia: ahora me siento vieja e impotente; antes, desdichada pero con algo a modo de borroso porvenir —literario, se entiende —). Al doctor P. R. no le importa ni mis posibilidades literarias (jamás me alienta; todo lo contrario; hizo lo posible para arruinarme el homenaje a Breton, cosa que logró). Tampoco me ayuda como analista: alguna que otra vez manifestó una repulsión puritana por la homosexualidad. ¿Sabe curarla? ¿Y por qué no hace algo? Porque no puede. Porque no puede aunque quisiera. Y tú, enamorada de las ruinas, has ido directamente a darte de cabeza contra ellas. Un hombre que se siente derrotado por numerosas razones, una de ellas ha de ser la disminución de su prestigio. ¿Y cuáles son sus dotes? El encanto, pero el encanto no es contagioso ni cura ni soluciona nada. Su obsesión con Lautréamont no me gusta. No me gusta la reiteración. Hay algo estancado que no se resolverá nunca en él. Supongo que hubiese querido escribir como Lautréamont («pero sin su sufrimiento»). En fin, frustraciones de toda suerte que debo adicionar a las mías. Por otra parte, ¿cómo creerle si se contradice inevitablemente y sin excepción? *Corro peligro y sé que debo irme de este país de fantoches*. Pero si pudiera ordenar mis malditos papeles.

Otra cosa: El doctor P. R. de algún modo evita mi próximo libro. O sea: me siento culpable de publicar (puesto que él no publica). Me hace sentir culpable. No, me lo hace sentir como un imposible. Y debo defenderme con todas mis fuerzas (ínfimas, casi inexistentes) de este gran NO. Y voy a escribir día y noche. Contra él y contra el mundo y todo lo que me es hostil y espera o exige mi suicidio. ¿Creo en el psicoanálisis? No. Ostrov me hizo bien en el sentido en que no me hizo demasiado mal. El doctor P. R. me ataca por lo último que tengo —él lo tuvo todo y yo no tengo la culpa de que ahora se vea desposeído o haya sido desposeído pero al menos tuvo, quiero decir amó y lo amaron—. Pero si le dijera esto tendría miedo y no respondería. O no querría verme más, lo cual es una manera de atacarme. No debo hablar de literatura con él (al final, no aprendo gran cosa). Menos de Lautréamont y menos de poesía. Debo desentenderme de su maldito libro que no publicará nunca. No, no debo nada. Imposible tomar decisiones. Es tarde y no tengo dónde estar ni cómo irme y no tengo ni un amigo en este mundo. Por más que me engañe —y paso mi vida maldita en ello— no puedo hacer nada por mí ni nadie puede. Digo lo de hace años. El amor pudo haberme salvado. Y no me amó nadie y está bien, digo que está terminado y punto final. Ahora me sobrevivo (pero también esto es algo nuevo ¿no será otro presente del doctor P. R.?). Puesto que él sí se sobrevive. Creo que lo más terrible es alguien que envejece sin sabiduría, lo cual es su caso. Supongo que estoy furiosa

contra él y como no me permitirá expresar mi estado de ánimo (se echará a huir) todo se volverá contra mí y de un modo u otro me haré algo muy grave.

Lo que me deja peor es todo lo que complicó con esos remedios idiotas. Un año de Ospolot. Resultado: pienso más despacio y más confusamente que antes. Y los otros no sirvieron. Ninguno realizaba lo que él me prometía. Pero es así en todos los órdenes y con toda la gente. Puedo hacerme la mártir pero nadie se conmoverá. No hay contra quién luchar y durar así es imposible. Creo que ya ni deseo ir a París. No deseo nada. Pero no voy a permitir que no me deje escribir. (Y lo ha de lograr puesto que ya lo logró.)

2 de junio

Libro: Ver poemas viejos. *Phrases*. Traducir poemas en prosa franceses.

6 de junio

Montrer les poèmes à Raúl Gustavo.

Escribí cartas a: V. Ortiz – V. Russo (*La Capital*) N de Piorno – G. de Sola – Castrillo – Eichelbaum – Rodríguez Ponce – Lagunas – AVIÓN 3 M. Hermat – Sucre – Molina.

Sep[arata] a Liscano y Xirau. Libro a Loanda.

Enviar sep[arata] a Sucre. Enviar poemas Molina.

17 de junio

Nada de lo que escribí desde que comencé con el doctor P. R., gustó a nadie.

El doctor P. R. no cree en la poesía ni, mucho menos, en que sea necesaria. Ejemplo: «la sociedad necesita…».

Pérdida (mía) de amigos, amores, prestigio, amigos lejanos, y ahora, de súbito, su campaña furiosa contra mi escribir.

Su idealismo vacuo (habla de «fuerzas creadoras», etc.) acompañado de un materialismo o de un positivismo ignorante y desviado (o sea frente al poema y no frente a cuestiones materiales a las que responde con largas frases metafísicas).

19/VI

El Dr. P. R.:

Dijo que no sería capaz de vencer mi «fuerza creadora». No lo dijo sonriendo —con bondad o con ironía— sino serio y *con amargura*.

Sin embargo, pudo impedir que *no* enviase mi *hommage* a Breton. La noticia de la invitación le molestó. Su respuesta fue: «Precisamente, yo tengo» (o «yo pienso») …

De un modo u otro me separó de mis amigos (cercanos y lejanos). Me separó de toda idea de publicar (ir a *La Nación*, por ejemplo, me resultaría, ahora, algo delirante, algo absolutamente imposible). Entretanto, él se preocupa delirantemente por su prestigio, por conseguirlo.

Importante: ¿Cómo no comprendió por qué, en *Primera Plana*, le tacharon el epígrafe de Rilke en la nota sobre fútbol?

Me dijo acerca de mi deber «frente a la sociedad» en el sentido de que *debo* escribir menos *fríamente*. ¿Y sus artículos en esa prosa tan inextricable y descuidada, sin puntos ni comas y llena de escorias? Además, *imponerse* la espontaneidad implica una cadena. Su antisolemnidad se pretende heredera de Breton y de Macedonio. No es cierto. Breton era como un príncipe. Macedonio no se comprometía ni hacía proyectos con apariencias *serias*. El único que practica esta antisolemnidad snob es Martelli, el personaje más parecido, en los rasgos negativos, al Dr. P. R. Pienso que su idea de la dignidad es espantosa, al menos para mi gusto. ¿Para qué diablos se ofrece públicamente en esa forma? Su dolor por su muerta debería reservarlo para su santuario secreto y que nadie se meta en ese lugar o, al menos, nadie que no tenga derecho. En cambio, lo ha convertido en una anécdota. Todo esto sería comprensible si su *materialismo* fuera total. Pero no. En las cosas materiales, es más torpe —o finge serlo— que un mal poeta modernista que aún sueña con Darío y el Tortoni. No obstante, respeta la «autoridad». Respeto a los de *Primera Plana*, por ejemplo. Tono «moderado» y paternal en los artículos que leí, bastante filisteos, aunque lo esencial es esto: no dice nada nuevo.

Conferencia sobre surrealismo: peor aún que el folleto de Guillermo de Torre. El nuevo dato del «cadáver» y la rebelión contra «la loca de la casa» están en cualquier revista comercial. Son tan sabidos que ni un profesor de letras los repetiría (o sí, no sé). Y eso hubiera enviado a la NRF. Y, además. Considera que Octavio Paz no entendió a Breton. Pasa que O. le resultó aburrido, sin duda. Demasiado bello el idioma y demasiada la envidia.

Deseos e intentos de desacralizar a los pocos que admiro: Octavio, Cortázar, Mandiargues. Todos, para él, «impostores». Me temo haberme topado con uno de los mayores que existen. En algo tiene que ser un genio.

Sus mentiras: siempre que se habla de algo o de alguien, es él «quien fui el

primero». Ej.: negó a Caillois el decubrimiento de Porchia («fui yo», etc.) reiterado siempre por el mismo Porchia.

¿Qué le interesa en mí? Se engaña conmigo. Cree que valgo más de lo poco que valgo. No discierne cuando le miento. Y ello porque se miente y miente. Le atrae lo que llama mi *fama*. Quiere estudiar, sin duda, el método y, al mismo tiempo, disipar la mía, originada en algo que su mayor imposible: el lenguaje del poema.

Sus saltos del psicoanálisis a la sociología. La crítica de arte. La de poesía. El periodismo. Aún busca saber su vocación. Busca saber qué quiere o por qué medios será famoso como Sartre. No hay nada peor que un hombre cercano de la vejez y tonto.

¿Es tonto? Sí y no. Sabe defenderse y busca todos los medios (uno de ellos es fingir la máxima ingenuidad paralela a la mayor bondad). De modo que están los otros (enemigos) y él (defendiéndose).

Pero lo imperdonable es cómo habla de su primera mujer. Sea cierto o no (y ya comienzo a deducir las posibilidades a favor de ella) es un hecho vulgar y melancólico este achacar todo su desprestigio a una mujer que él eligió, que amó, etc. Quiero decir: logra formar de ella la imagen de un monstruo. Breton jamás lo hubiera hecho, por cierto.

Su miedo de Olga. ¿Cómo es posible? Un miedo infantil. ¿O hay otra cosa?

Nunca vi un libro de poemas cerca de él. No debe de leer poesía. No tiene paciencia.

Al principio: criticó a la médica por desacralizar a Ostrov. Luego, él desacralizó a ambos, y a todo el mundo, salvo a Sartre, a quien adora como hace 15 años millares de adolescentes. En eso está y se quedó.

Lo de Lautréamont es un acto de mala fe. Es un chivo emisario para no aceptar las desgracias. Lo siniestro es eso. Un hombre viejo infantil y a la vez terminado.

Mis crisis espantosas por su brutal manipulación de los remedios. Fue eso lo que me *sucedió* durante un año o más. El Ospolot, por ejemplo, y sus promesas: «Hacemos luego un balance, etc.». Pero nada, nada (y menos que nada) de lo que dijo o prometió fue cierto ni llegó a cumplirse.

De modo que frente al hecho poético se comporta como un almacenero. (Esa imperdonable nota en *Confimado* sobre Lautréamont y el fútbol —sueño (merecido) — que no pudo callar; nada puede callar salvo lo que no es secreto.)

Esa vez en que me dijo que Marcelo tenía celos de mí. ¿Lo dijo para que no volviera a ver a Marcelo? ¿Tenía derecho a decirlo? ¿Tiene derecho a decir lo que dice? Pero respecto de Marcelo, sin duda no le *conviene* que lo vea.

¿Y yo? Yo no quiero hacerme cargo de un hombre frustrado por razones que censuro. Si sufriera con dignidad, sería distinto —pero no estaría como estoy ni escribiría esto—. Es probable que yo sea snob pero no me gustan las pequeñas miserias. No tengo por qué sufrir como un animal por fracasos miserables que no son míos.

Mientras tanto, no ve que mi casa se ha derrumbado, que mi madre se muere de tristeza (yo la maltrato porque cuando él me hace daño me descargo en alguien, en mi madre) y yo misma no puedo más de angustia.

Su incomprensión —animal, por cierto— respecto del *relaxe*. Y ello, porque le trae el recuerdo de la amiga de la Negra. Su incomprensión acerca de mis pobres intentos poéticos.

¿Para qué carajos quiere dirigirlos? Ni siquiera comprende que Lautréamont es un retórico ni por qué ni cómo le basta que confirme alguna «teoría» (ni siquiera propia). Mis poemas no le sirven pues no entran en sus teorías. Y esa frase espantosa: «El poeta es un alcahuete de la sociedad». Hasta un idiota sabe que «alcahuete» es un término peyorativo. Luego me habla del odio a la poesía que sienten algunos.

Nada mejoró en mí: dificultades sexuales, conflictos sociales, amistosos, eróticos, etc. Todo empeoró muy gravemente.

Debiera plantearle todo esto y preguntarle si quiere o, mejor, si puede hacer algo por mí *como psiquiatra*. Todo esto, a condición de que no se entrometa en la literatura.

No lo necesito como maestro de poesía (lo único que me faltaba) así terminaré escribiendo como Graiver, ya ni siquiera como Bajarlía).

24 de junio

Pasar a la carpeta negra los poemas más o menos finalizados.

27 de junio

El Dr. P no pudo atenderme. Dijo que llame mañana para pedir hora.

17 de junio [sic]

Miedo de la carpeta negra. (S., ahora, perdió —o lo demuestra al menos— su afecto por mí. Culpa mía por comprometerme a comentar su libro.

Recrear Claudel. La mujer y su sombra.

Libro humor:
Humor argentino: 1) Bustos D. 2) Macedonio 3. *Borges* (en *Hist[oria] u[niversal] de la infamia*.
Desorden increíble. Me fragmento cada vez más. Acaso se deba llegar a una

dispersión tan evidente que uno termina por alejarla de sí mediante su propio exceso.

8 de agosto

Tema del doble Octavio / Tema del *espacio*: Artaud / Alf[onso] Cortés / Buzzati / Milosz.

Curar un poema es curarse. Importancia del objeto, *selon la Grammaire* (ej. Ponge).

Frase peyorativa: «Se quedó dormido como una boa». («La serpiente simboliza el caos, lo amorfo, no manifestado», M. Eliade.)

La S.: la impedidora.

Borges: «precisa» (en vez de necesita) 1927.

Nunca sabré qué significa pradera, seto florido, canteros, prado, etc.

Borges, *El idioma de los arg[entinos]*. Humor. P. 13/14.

9 de agosto

Nadie se cura. 3 y media de la mañana, aún no hice nada. Pretextos para no escribir. La llamada realidad es un pretexto para no escribir.

Maldigo a mi madre. Maldigo a mi padre muerto. Complot de ambos para que no escriba. Vivir con mi madre.

Dimanche, 27 août

Tú no recuerdas la casa de los aduaneros, Montale.

En el fondo (o manifiestamente) nadie acepta la vida *posible* o lo posible. De ahí tantas invitaciones a la muerte: «Ven, dulce muerte». «Ven, muerte tan escondida», etc. Claro es que con ello pedimos otra cosa que la muerte.

17 de noviembre

Corrección de poemas.

19 de noviembre

(Corrección: *Chant V.*) Anoche le conté a Silvina sobre mi correspondencia con Vittoria. Creo que le interesó; y más: creo que le resultaba algo insólita. Sin duda lo es, lo ha sido (ignoro si proseguirá, si yo querré o sabré continuarla). Pero lo extraño es que al decir acerca de ella, recién entonces tuve conciencia de que no es «natural» lo mucho y lo intenso de ese encuentro entre V. y yo. No. Quiero decir: ¿por qué nunca me asombró la entrada de V. en mi vida? No sólo no me asombró sino que me olvidé del asombro (incluso ante el no asombrar). Tendré que meditar en todo esto —falta una distancia interna apta al examen—. ¿Y S.? Por momentos, una mínima desconfianza. Es la única persona de Argentina que me inspira confianza. Pero ayer, por un instante fugacísimo, tuve miedo de que fuera sádica; así, sádica en general. Fue cuando dijo que me persiguen (el teléfono se había cortado por sí solo). Y no me importa que sea esto o lo otro pero me importa que se cuide a sí misma (sobre todo a su imagen dentro de mí —la siento misteriosamente cercana—) y creo en su bondad (o acaso hay algo que la acerca a mi padre —una aristocracia imponderable, una elegancia de alma como en mi padre, un sentido ceremonial de los gestos aparentemente más nimios—), y, sobre todo, me fascina su lenguaje, las palabras que escoge para hablar. Me da miedo escribir esto. Vittoria, mi padre, Silvina. Figuras adorables y, no obstante, algo en mí quiere, siempre, soltar amarras («oh viajera») y partir (o quedarme sola pero de verdad). Digo que Ahasverus no quiere reposar. Es tiempo de reposo, lo sé, pero no puede ni quiere —pero ¿por qué?— reposar y así hasta el fin, cada vez más. Esto es verdad (yo que casi nunca presiento; yo que por desgracia he presentido): S. estará en mis funerales. Por eso no logro evitar, a veces, el sentirme más vieja y —¿cómo decirlo?— más experimentada que ella.

21 septiembre

Desconfianza. Desorden. Lecturas y poemas. El art[ículo] sobre S. – Sobre tema «el teatro del mundo» ver G.

23 de noviembre

Bach al más alto volumen para cubrir con sus «ejercicios» las voces de innumerables, al parecer, niños que gritan. No sé si están jugando, no lo creo, pero gritan como gente grande, y entonces Bach; mucho Bach, y un gran deseo de ser una maga que con la fuerza de su deseo logra borrar unos cuantos niños (¿o son grandes?) de este mundo imposible gracias a unos cuantos gritos.

Y en verdad ¿qué libro mío se dispersó en cartas enviadas o no enviadas a C. C.? ¿Qué libro dejo de escribir por mis llamadas telefónicas a S.? Odio esta avaricia

«literaria». Y no obstante nunca escribiré como yo espero hasta que no necesite a C. ni a S. (todas las iniciales son una, la de mi herida central, que por las dudas me apresuré a comunicar a S. para que me hiciera daño —pacto a lo Sade-Masoch pero tácito).

Luego mi cuestión judía, tan nueva. (Ahora es el perrito del piso octavo que debe de haberse asustado de los gritos o de mis maldiciones silenciosas, espero no matarlo por error a uno aunque sus aullidos —agudos, de perrito bebé— están ganando méritos para *mon ap. à trépage*.)

Y nada te fue dado en esta tierra. Entonces, como este hecho no deja de llamar tu atención, transcurres averiguando por qué nada te fue dado. Me he sonreído, me he desesperado, he rogado, he maldecido, he buscado, incluso estuve a punto de cambiar el signo de la negación, el emblema de la omisión. Y por eso, ahora, mi cuestión judía. No sé. Me siento judía, me siento judía desde que regresé a este país que execro. Acaso porque está signado por todo lo que odio: la estupidez (la falta total de inteligencia acompañada de la falta total de idiotez deliciosa, esa que me seduce flaubertianamente). Luego la vulgaridad (independiente de las llamadas «clases sociales»; por otro lado, no sólo no hay aristocracia por aquí sino que sus remedos resultan penosos, incluso los que admiro, Borges, *par exemple*, tienen un no sé qué de vulgar: nombrar a los Fauciguy-Lucinge, pongo por caso, y nombrarlos sin saber *quel genre de nouveaux riches ils sont dis origines —récents— à nos poeurs*). Por mi parte, también yo trato de ser vulgar, a fin de tener un lenguaje en común, de participar del lenguaje de todos.

Pero no sobrellevo esta ciudad fea (fea sin misterio, fea para cualquiera que tenga ojos y guste usar sus ojos). No tolero la estupidez, la incultura de masas de la *no-inteligentzia* [*sic*]. ¿Qué significa esto? Lo ignoro. *Je m'en fous de la gentry* y heme aquí en pleno soliloquio pseudoproustiano (Proust era judío, no es un azar). Siempre me sentí animal (el perrillo del octavo perdura en sus lloros) y de súbito esta molestia de prisionera entre siervos, entre almas muertas. Por eso, tal vez, no escribo más a C. C., por vergüenza. No quiero morir en este país. Padre, padre querido, no quiero morir en este país que —ahora lo sé— odiabas o temías. Del horror que te causaba, de la extranjeridad que te producía, solamente yo puedo dar testimonio. Y saberte para siempre, por siempre en esta tierra azarosa y basta, nunca podré consolarme y debo irme y morir fuera de este lugar al que no debiste venir, padre, ni yo debí regresar.

El *hérem* judío es la maldición sinagogal por la que se expulsa a alguno de sus miembros. En términos más amplios, puede emplearse para maldecir una ciudad, un pueblo, una nación. Cuando el *hérem* recae sobre un individuo o un pueblo, éste es considerado maldito. Ningún judío puede favorecerlo sino, al contrario, perjudicarlo.

Una mañana, a las 8 de la mañana, en la calle de la Antigua Judería, en Segovia, sentí una voz venida del fondo de los fondos que me obligó a maldecir. Entonces

comprendí el *hérem*. Y la irreversible caída y total decadencia de España (los niños mendigos en Burgos, la mendiga de 4 años en La Coruña que lloró, la muy pequeñita, porque yo no la llevé conmigo —se había enamorado de mí—), atestigua el *hérem*, su realidad.

J'ai maudit ton front, ton ventre, ta vie
On a bavé sur ta progéniture
On a bavé sur le rire de ta fillette
On a passé en bavant devant le visage de ta demeure.

24 de noviembre

Carta a: Liscano – Amelia Biaggioni – libro a Laure – carta [*ilegible*] – Salvador – Laure – Molina (Fragm. Sortil – Vértigos – La separada – Privileg. y cant. Nocturna).

Olvidar la «idea» del libro. Cada poema *está* solo. Hay pocos poemas *solos* que sean válidos o que sienta yo con ellos el antiguo mínimo grado de perfección.

Rescates o: *Nombres y silencios* {Nombr. y figuras Fig. y silencios
Trois parties: N. y S. / Cam. Del espejo (phrases) – Frag. franceses (voir).

(Lect. Marq. Reyes – Ponge (Sur) – U. Eco: Temas – Blanchot y Bataille *sur* Kafka.)

25 de noviembre

Además de cada poema, cada verso es en su ser. Digo que todo es en sí, a solas, aislado y fragmentado. Dura faena la de unir los fragmentos. Eso se llama curar el poema como una herida.

Sigo discutiendo con P. R. Por aparentes nimiedades. Ahora —1.ª vez en mi vida — hablamos del odio, pero siempre referido a la muerte, única referencia.

Aunque P. R. sea un muy probable sinónimo de mi ruina total, le debo lo siguiente: el conocimiento de la muerte afrontada o, en otros casos, el conocim[iento] de la muerte temida y soslayada. El miedo a la muerte no puede desaparecer, pero la pared pascaliana debe acompañar a ese miedo, en vez de buscar misticismos sospechosos y metafísicos de *kindergarden* (Borges, *par ex.*, y su negación —vulgar, a mi juicio— de la muerte como lo que es: un escándalo metafísico y físico). Pero la muerte revela la profusión y el desorden del universo, temas del terror de B., a quien no juzgo, sino que constato las cosas que me alejan de él (e incluso de S., a quien

tanto siento —¡y tan viva!— dentro del fondo de mis fondos; pero también ella ejecuta ese paso de baile tan simple: «la muerte no existe» *et c'est tout*). Luego habla de Dios en sus cuentos, o en su carta —sí, en una carta—, y le adjudica atributos humanos (si lo hace para burlarse, me encanta, aunque la burla implicaría un objeto burlado). En fin, no sé, pero esto es un hecho solitario; cada uno puede hacer de su muerte lo que puede o quiere. Pero la noción de Dios es casi inherente al espíritu por el mero hecho de no soportar que nadie nos mira desde arriba, nadie piensa en condenarnos ni en felicitarnos, no hay para quién sufrir ni a quién adorar. La Presencia máxima es, paradójicamente, esta ausencia sin mezcla. El caso de Jesús es tan ridículo que no comprendo su «promoción», fructífera (maldita sea) en guerras y crímenes. Jesús es un pequeño judío enamorado de ciertas ideas (amor, caridad, compasión), y las ama porque nunca las vio en la *dite réalité*. Culpa de María, madre judía típica, tan típica como la madre de Freud. Ahora bien: J. amaba esas tres ideas pero en tanto ideas (como Dostoievski, aunque de otro modo). Digo que imagino a J. mandando a la mierda a los apóstoles, golpeando a su madre pero llorando a solas mientras elucubra sus ideas de bondad luminosa. A pesar de la Historia, yo afirmo que era feo (y no homosexual sino conflictuado, impotente u homosexual que [*ilegible*] ignora) y nunca consiguió amor sino solamente socios y cómplices para su negocio —no financiero sino afectivo—. No le dieron un poco de amor; *ergo*: pedirá adoración.

Moi je m'en connais… Y si hay algo que me disgusta es el tipo de muchachito judío muerto de hambre de amor, y que lo pide. Su antípoda es Kafka. Pero comparar a K. con J. es risible. J. sería el lacayo indigno de K. J., aquí está tu civilización judeo-cristiana con sus hospicios y sus cámaras de tortura. No la respeto. Me resulta roñosa y tortuosa. Pero a los judíos como K. los amo y son ellos, en suma, mi raza y mi casa. Pero ser judío significa (y esto lo escribo porque me lo dicta la hija de mi voz) ser poseedor de un secreto. (Cáncer de Freud y ruego de K. de quemar sus obras por temor a divulgar.) Me acerco a ese secreto. Lo veo pero no lo leo. Pero esto sí: soy judía y no dejo de estar contenta —contenta a muerte y con muerte—. Es un destino muy peculiar. Pero en mi caso hay una desmesura intolerable: poeta más judía más vocación de víctima más infancia infernal… Y si al menos fuese frígida y mental y cerebral (sin alternativa). Y si no hubiesen emigrado mis padres a este *pays de merde* donde se te exige; solamente se te exige. «Mais qu'est ce qu'il vous faut, tas d'arabes?» (Jarry: *UBU*).

27 de noviembre

De nuevo el aplazamiento. *Esperar un cambio, un mínimo cambio, en P. R., es un escándalo metafísico*. El lunes mostraba lucidez, incluso una suerte de cuidado *atento* hacia mis imposibilidades (una de ellas, ahora la principal, es mi espera de que se

mejore o despierte, de que se decida a sustituir por otro más digno el emblema actual de su vida, que representa el caos, el desorden (no éste sino el otro, el desorden estéril). Lo quiero, no hay duda, e incluso me inspira, a veces, ternura. No tolero, en cambio, su imprecisión, su inexactitud, su vaguedad, aliadas, a veces, a una brutalidad destacable y demasiado notoria.

Vicente Z. L. ama mis poemas *abiertos* —amorfos, pulverizados, caóticos (o no, no sé)— de nov.-dic. 1963. ¿Y si fueran tan bellos poemas? Pero ¿cuál sería mi función, entonces? Escribir como lo otro quiere, ser dictada, ser algo por donde sopla la poesía, una caña hueca. Sin duda lentifico y desnaturalizo mis poemas cuando los corrijo. ¿Por qué? Acaso por mi escasísimo conocimiento de la técnica literaria. Pues mi enfermedad es no saber aprenderla. Y también es, o esencialmente es, la imposibilidad de atender, de enlazarme internamente a un objeto externo —sólo si me obsesiona, pero en ese caso el aprendizaje es imposible.

Mi leve envidia hacia V. Z. L. por su pobreza interna. Tiene poco, sabe poco o nada, y además quiere «revolucionar» (confortablemente) la inexistente lit[eratura] Arg[entina]. A su lado me sentí vieja y sabia, y sobre todo inútil. Ni a mí me sirve de algo.

El 25/IX/67 dejé LUCIDRIL – (2 Desbutal y 1 o 2 Valium y hasta 4 Daprisal).

Y si mis poemas (los corregidos) están (o son) muertos ¿por qué algunos los aman o sienten *terror* al leerlos? O sea: reaccionan pasionalmente. Acaso la respuesta es: por más rigurosa que me ponga no por eso logro volverme racional (ojalá pudiera). De modo que la «fría operación de fragmentos (corregir) será tan delirante como cualquier acto de mí emanado. Pero ¿por qué V. Z. L. está así tranquilo? Acaso es sabio. No lo creo.

> *… une série de dialogues, où toutes les voix du temps se pussent fait entendre.*
>
> M. YOURCENAR

A lo único a lo que uno se acostumbra es a ser abandonado.

28 de noviembre

Confusión art. S.: es para el 11 (acaso 10) de octubre [*sic*] —tengo unos *13 días* (¿por qué mi error?).
Humor de Kafka —*désir d'en faire un petit étude*— (*voir Buber* – de nuevo Borges (rabinos hacedores de un ternero).
Humor por *simultaneidad* (*El proceso*).

por *encuentro fortuito* (*El proceso*).
Como la metáfora, *el humor* es una suerte de unión *insospechada* de 2 realidades que no pueden juntarse en la llamada *réalité*.
Ver si empiezo hoy *La mirada de la infancia* (pour S.).

Confusión de hoy (y de ayer) al creer que tengo tres días para terminar (o empezar) el art. de S. ¿Qué significa este primer error visible y grande? (Acaso me quiero decir que yo, todo lo mío, tengo poco tiempo; luego, debo apurarme.)

Lo peor es mi «método» de trabajo (horizontal a muerte). O vertical, según X., que, simétricamente, hoy se desdijo del que fue ayer.

12 octubre

Hechos graves y soleados. Conflictos luminosos y mortales. Infancia. La tregua del humor.

30 octubre

Soy judía. De esto se trata. Hace mucho que se trata solamente de esto. No soy argentina. Soy judía. Este descubrimiento me obliga a impedir movimientos esenciales de mi naturaleza: buscar verdugos (V. luego S., ahora). Mi padre y el sufrimiento de mi raza me avisan que los desafié, que, si hace falta, me vuelva yo verdugo. No puedo prolongar la cadena de esclavitud, de suavísima sumisión. Y, no obstante, temo con un terror nuevo que esto sea una nueva trampa que me tiendo. Acaso quiero adjudicar a mi ser judío esta imposibilidad absoluta de entrar en la comunidad argentina que integro nominalmente.

6 de noviembre

Cada vez más siento que lo mío es la prosa. Poema en prosa o lo que fuere en prosa. No puedo versificar en un lenguaje extraño y execrado. Quiero mimarlo en prosa. Prosa perfecta —imposible deseo— cuyo fin sería [*ilegible*] la prosa de mi idioma espantoso.

Mientras, ordeno algo a modo de libro. Sin fervor ni pasión: valdría sacarlo y al diablo.

Me interesa un poema «Por el reposo de Ahasverus».

Quiero escribir sobre el judío errante.

22/XI/67

P. R., *une fois encore*. Tener que maldecirlo. Acaso encontré, en él, a un asesino.

Compra de la casa. Acaso *trop tard* acaso sea para mi madre.

¿Viviré, aún, dos meses más, aquí, en este lugar imposible?

El final que borré: *Ayúdame a no pedir ayuda*. (Ayúdame a no pedir ayuda en el exacto momento en que necesito pedir ayuda porque nadie me ayudará, aun si no la pido, nadie me ayudará en el exacto momento en que necesito ayuda.) P. R. es un testimonio de la imposibilidad del vínculo leal y de la relación que, de ser posible, permitiría tener ganas de vivir.

La beca. Dificultad o imposibilidad de llenar los formularios.

Lunes, 27

Agregar libro Bonnefoy – Fabril

Ayúdame a no pedir ayuda.

Domingo, 3 de diciembre

Terror más allá de mí, se me acerca y me invade y es como si me trascendiera. Todo se resume, ahora, en ayudarme a no pedir ayuda —la más mínima negativa bastaría para matarme.

¿Cómo no tuve miedo cuando alquilé ese cuarto en la place Clichy? ¿Qué fuerza o qué inconsciencia me permitieron un olvido del miedo?

Jueves, 14 de diciembre

He soñado —o tal vez estaba despierta— palabras que se deshacían como velas que se derriten. Velas negras, como las que tenía en St. Trop[ez].

Es preciso volver a *leer*. Todos los días. Seguir St. J.

Prueba decisiva: el lapso hasta mi traslado. La madre hará (deshará) mucho por complicar todo, por acabar conmigo. Por ejemplo: no puedo leer ni escribir. Esto, *para festejarme*.

Decisión de estudiar *como para un examen le livre* de Martín Alonso.

24 de diciembre

Lecturas; vano intento de leer *un* libro. Empecé *Peter Ibettson* (!) y comentario a *la llama* de St. J. Intercalé un poema de Apollinaire que alguna vez traduciré.

Visita de Julia Casella, respetuosa de sus escritos, alejada de cualquier tortura literaria. Lo esencial: ser auténtica, decir LA VERDAD: el *cómo* absorbido por el *qué*.

1968

6 de enero

Desorden mental por haber conversado dos horas con mi madre acerca del tema más importante: el orden.

Leer – estudiar – Ungaretti. *Barroco*: Góngora.

Dr. X.: Familia secreta – Secretos familiares. Woolf, *Un cuarto propio*.

17 de enero

Ver *plantas devoradoras* en enciclop. (sustituir por *sombra*).

30 de enero

Dexedrina Spansulé (1) / Parnate (3) Lyseen (3) – Valium.

Problema atroz con los medicamentos (todos innecesarios y, al mismo tiempo, urgentes).

Primer día con estos remedios: miedo, incluso terror; semiasfixia; imposibilidad de hacer algo.

La razón: fue Diana, no X., quien me dio estos remedios. Temor —terror— de que X. se haya cansado de mí, se haya aburrido de mi caso.

Una novedad: me aburren los poemas, sobre todo los míos.

Debo publicar el librito de poemas, aun sin ningún deseo.

Como si *debiera* sentirme mal para demostrar a X. que me abandonó. Toda mi vida es —ha sido— un testimonio de este orden.

Lejos, o detrás de todo esto, hay una conciencia del juego de mi enfermedad. Lejos, están mis fuerzas *intactas*. Ahora temo que me traicionen por culpa de mis excesos.

No deseo volver a tomar *Dexedrina S*. Lo que necesito yo lo sé, es el *relaxe*.

9 de febrero

Intento de trabajar como en París, aquí, *en la casa nueva* y mía. Corregí

(temblando) «Desnuda».
Lecturas: Tal vez *Los vasos comunicantes*.

13 de febrero

Dificultad de leer *Los vasos comunicantes*. Oscilo entre Breton, Kafka y Hofmannsthal.

16 de febrero

Lo que más me asusta desde que volví a este país extraño: la distancia, o la voluntad de distancia, entre la palabra y el acto. Esto parece literario en el peor sentido del término, pero se puede morir de distancia. *On meurt à moins*.

19 de febrero

Lo interno, lo que subyace, es siempre siniestro. Hoy desperté y mentalmente repetí una sola frase: «Hay aquí alguien que tiembla».

Deseos (o masoquismo) de leer a Darío a fin de averiguar si es tan gran poeta, etc., etc. Deseo (y terror) de leer, también a Lautr[éamont]. Deseo aprender el poema en prosa. (Absurdo.) Deseo de componer un librito de poemas con mis poemas. Este deseo es falso.

Martes, 20 de febrero

El «deseo» de componer un librito es demasiado ambiguo. Ayer estuve enferma (náuseas, taquicardia) desde el crepúsculo hasta que me dormí. Tuve miedo y descubrí, asombrada, que nunca, en Francia, me enfermé, ni sentí jamás náuseas tan irremediables como las de ayer.

No es un azar si ayer, precisamente, trajeron la mesa en la que había puesto muchas esperanzas. Es verdad que es mucho más amplia y más bella que la de mi cuarto de Montes de Oca pero le sucede algo terrible: *tiembla*.

Me pregunto —y aquí me siento idiota— si el hecho de haber puesto a mi lado las obras de Lautr[éamont], así como el cuadrito con su partida de nacimiento, no fueron los que suscitaron mis malestares. Además, X. vuelve a fines de mes y no dentro de tres días, como me había dicho.

Según X., yo tendría miedo de comunicar, al escribir, algo que deseo que permanezca secreto. Ignoro de qué se trata pero sé que tengo miedo de saberlo.

Viernes, 23

Nada puedo hacer. La idea del libro de poemas me paraliza. Tampoco puedo leer. Tampoco puedo jugar que estoy en París (falta M. L.). Peligro y consiguiente terror. Mi salud (lo que exageradamente llamo mi salvación) era poder escribir ocho horas diarias. No hago sino dormir e inventar conflictos con la gente (creo que la demora de X. me hundió en el abismo). De repente, abandoné la ilusión del orden. Del mismo modo, la de algo a modo de búsqueda de un método. Solamente siento náuseas físicas y dolores en la nuca.

«Todas las fallas humanas son: la impaciencia, una interrupción prematura de lo metódico…», Kafka.

No quiero pensar en mí, quiero trabajar, aunque sea poco y mal.

Planes: pasar las *citas* de los seis cuadernos de París.

Lecturas: Poema en prosa. *El habit[ante] y su esperanza* de Neruda —mediocre por ahora— p. 240 – Darío.

El problema —¿qué nombre darle?— es mi terror, es el miedo que me asfixia de un modo que las palabras no podrían traducir. Los años —yo— pasan y no me acostumbro.

Había empezado el comentario a *La llama* de S. Juan (por sugestión de A. M. B., quien se refirió a la exaltación, la entrega y el arrebato de esa prosa).

El *relaxe* y dibujar: las únicas cosas que me podrían ayudar y que no hago precisamente por eso.

Domingo, 25 de febrero

Ver (por última vez) *Inminencia*. Pasar a máq. 3 poemas. *Penser* (*Títulos*).

Lecturas, para *aprender*. Lautr[éamont]: abandonado por miedo.

Martes

Leí *El habit[ante] y su esperanza* de Neruda. Mañana: comenzar *Anillos*.

Quiero leer los libros que me prestó X. en vez de tenerlos a mi lado *en caso de ataque*.

Terminar relectura de *Lord Chandos*. *Miércoles, 28 de febrero*

Día siniestro. Anoche, visita de la joven Marta O. Hastío, angustia derivada de mi imagen «envidiable». Hoy no hice más que ordenar, con el terror debido, algunas *phrases*. Lo que leí, lo que escribí, en doce horas es más que ínfimo. Sin duda equivale a lo que otros ejecutan en media hora. Pero terminé de leer *Lord Chandos*. Me pregunto si C. C. lo comprendió de verdad.

Siento miedo de molestar a los vecinos con mis vigilias nocturnas y, más que nada, con los discos. A la vez, deseo que mi presencia sea advertida —esto me asusta.

Luego, la seguridad de que R. nunca vendrá a visitarme.

29 de febrero

Urgente la vinculación a Sucre. Explicar poema, enviarle *Nadja* y poemas inéditos. Luego, la nota sobre Julio a *M. Nuevo* (aunque fuere sin poemas).

1 de marzo

Visita a Mirta S. ¿Por qué no tengo fuerzas para negarme? Ahora el miedo de no poder escribir (corregir) o leer.

Problemas con «Caminos del espejo». Y les *Chants*.

Domingo, 3 de marzo

Regreso a los horarios nefastos que suprimen las diferencias entre las noches y los días. Hoy desperté a las 4 de la tarde. He permanecido toda la noche sentada, recordando (y llorando, por momentos). He pensado mucho en Cristina y, de un modo nuevo, en M. L. También deseé que viniera R. o S. O. La ausencia de X., los descubrimientos siniestros en la nueva morada (mis vecinos, por ejemplo, son tan vulgares y ruidosos como los de Montes de Oca, con la diferencia de que no sonríen en el ascensor). Temo —solamente temo (temer es un verbo muy activo)— estar en busca de pretextos para irme de este país.

Lamento no haber anotado mis melancólicas reflexiones en estos últimos días acerca del oficio de poeta. O, mejor, acerca del sufrimiento, de cierto sufrimiento independiente de todo.

C. C. Acaso sienta un leve desdén por su vivir al pie de la letra, atada al pie de la letra como Juana de Arco a la hoguera. ¿Y yo?

Medianoche. Recuerdos de Malte Brigge: «Alguna cosa he pretendido hacer contra el miedo. He permanecido toda la noche sentado, escribiendo».

Y yo, yo tengo mucho miedo, no puedo respirar ni llorar. Me duele el rostro. Además, día tras día se contrae más y temo algo así como una parálisis facial. No es increíble relacionar mi respiración atormentada con la visita de mi madre. Se nota que no sabe qué hacer sin mí. Y dijo, no recuerdo en qué momento, que sólo puede querer a *una* persona por vez. Sin duda aludía a mi padre y a mí. También yo le quiero mucho y le hubiese dado cualquier cosa cuando se le pusieron los ojos luminosos por culpa del llanto inmediatamente suprimido. Parece una muchacha, lo parece desde la muerte de mi padre. Se enamoró de él cuando lo vio muerto («Estaba tan hermoso…»). Antes lo quería y al principio acaso lo amaba —no lo sé y desconfío—, pero ahora lo ama poéticamente, o sea como no se debería amar so pena de un fuerte castigo. Esto último se refiere a mi sufrimiento por mi destino de poeta (menor o mediocre, poco importa o, mejor dicho, nada importa).

Mi intento (leve) es, ahora, unificar y clasificar y ordenar.

Por lo pronto, voy a separar los temas (?) que más me interesan (?).

– El surrealismo.

– El espacio (o la noción del espacio y del propio cuerpo).

– El doble.

– El poema en prosa.

– El humor.

Simultáneamente, tentación de escribir un ensayo breve sobre el humor de Kafka para enviarlo al concurso de *La Nación* y ganar la suma indicada para reducir la culpa de ser poeta, de haber dejado sola a mi madre, de hacerme mantener por ella y demás.

Esto me obligaría a leer cien veces las obras de K., a leer ensayos sobre humor (Freud, Bataille, etc.) en general y sobre hum. Juif. Luego sobre K. (Brod, Blanchot, Bunce, Bataille, M. Robert). Luego sobre judaísmo.

A la vez, quiero leer el último B. Domecq; *H[istoria] univ[ersal] de la infamia*; *Perinola* (Quevedo); *La Celestina*; *Los vasos com[unicantes]*; y *Antígona* de Kierk[egaard] (otro de la familia de Kafka).

Escribo con la lapicera más rara del mundo. Pero parece frágil y medio traidora.

Convendría hacer un índice (por temas) de este cuaderno.

Gallardo: Ensayo de una biblioteca de autores raros y curioso.

Dr. P. R. = págs. 64/5/6 (anotación del *1 de junio*).

Empieza el temor de que me abran y me dejen así. O sea: de que me curen la herida y no la cierren.

Cuaderno de 1968 a 1969[60]

13 de junio

Empiezo con éste, el cuarto cuaderno del año o, más precisamente, del 20 de febrero —fecha en que me mudé y vivo sola— hasta hoy[61]. Acaso convenga pasar a máquina los párrafos que me resulten válidos y tirar así los cuadernos, a fin de quedarme con unos pocos cuadernos que valgan la pena de conservarse. Pero si a mí misma me aburren ¿para qué los guardo? Por el sufrimiento de comprobar mi fidelidad a los mismos sufrimientos.

Este cuaderno, tan confortable y por fin extranjero, puede ayudarme a reanudar mi vínculo con las obras literarias, las propias y, sobre todo, las ajenas. Inclusive mi caligrafía se mejora y se armoniza por no escribir con un cuaderno argentino. Algo a modo de patria se insinúa desde estas hojas rayadas como a mí me gusta o como necesito. Es una buena señal de la que debo desconfiar por razones que conozco desmesuradamente (como todo lo poco que conozco). También la carta de C. C. es una buena señal, a desconfiar, naturalmente (no es de ningún modo *natural*, diría ella).

Lecturas: releo un párrafo por día de los diarios de K. a fin de darme fuerzas. En cambio, el libro de O. O. me las sustrae. Esto ha sido una mala sorpresa, esto ha sido como una traición ¿de O.? ¿De mí misma? Deseo releer algunos cuentos de Borges y, sobre todo, *Perinola*, de Quevedo, pero no quiero leer más de un libro por vez.

Tres series de escritos: *a*) *J. B.*; *b*) *C[ahier] Jaune*; *c*) «La mesa verde»; *d*) «Devoción» (capítulo de *C[ahier] Jaune*).
Envío cartas a: Octavio P. – J. Liscano – A. E. Lahitte – N. Pérez Martín.

«Fragmentos para dom[inar] el sil[encio]» deriva o es la resultante de «J. B.» La probable cuarta serie —el *después*— puede llamarse DEVOCIÓN.

14 de junio

Exasperación espacial. Ignoro en dónde están mis escritos. Son demasiados y son demasiado. Imposible saber dónde estoy si antes no los ordeno.

La presunta desilusión por el libro de O. proviene de mi descubrimiento de O. como antiheroína. Su libro viene de los libros. Es una literata, y muy consciente de su oficio. Inclusive le encuentro pequeños «robos», literarios, como los descubro en

otros literatos.

15 de junio

Nada hice salvo fantasear con la probable beca (casi segura, según Enrique P., a quien se lo dijo Ana María B.) de la Found[ation] Guggenheim. Empezó como euforia, inclusive sentí la experiencia de lo maravilloso cuando en vez de terror al avión simplemente sentí miedo.

«Être gai comme un chien tout seul», Proverbe castillan (Goya: perro enterrado en arena).

Empecé *La vuelta al mundo en 80 días*[62]. La evidencia de la impostura es excesiva y, no obstante, la magia verbal de Julio más su seguridad de ser el primero (que plagia a aut[ores] desconocidos en Arg[entina]) más su exaltación al adoptar la pose de cronopio exaltado y desordenado, todo eso concede al libro una dignidad inmensa. Olvido lo principal: Julio es, antes que un gran escritor, un gran lector. También, como Eliot, es un gran plagiador, un gran calculador. Por otra parte, tiene el sentimiento de la grandeza. Y no obstante, hay algo de viejo en esa apelación que hace a la no-seriedad, sin duda porque él mismo quisiera no ser serio. Pero yo, que lo envidio —algo desde arriba, naturalmente— y lo envidio precisamente por su espíritu lúdico y calculador (nada pueril, como dice cuando plagia a Michaux) y lo envidio por su tenacidad, por su modo de vivir para la literatura sin juzgar su razón ni su vida, yo quisiera ser muy seria. Y no es verdad que *chez nous* se escriba muy seriamente. Pasa lo contrario. Julio lo dice porque cree que antes nadie lo dijo y de esta suerte conquista a los jóvenes prematuramente rebeldes y a los viejos-jóvenes. En fin, debo leerlo por un asunto verbal (aprendizaje del idioma, del cálculo, si quiero vivir…).

En cuanto a mí, tengo que hacer un *collage* con J. B., con cartas no enviadas, con poemas que me obseden, con el material en bruto que debo fraccionar e ir corrigiendo de a uno.

C[ahier] Jaune: pasar a máquina los textos definitivos y trabajar en «La verdad del bosque» (esto podría ser un hermoso título).

D. es una presencia benéfica puesto que me exaspera haciéndome creer que pierdo el tiempo por su culpa. Entonces me pongo a trabajar e incluso logro aislarme sintiéndome, al propio tiempo, protegida por alguien que me impide los grandes terrores: ladrones, desvanecimientos o caídas sin fin de muerte en muerte, etc. (Este cuaderno tiene el inconveniente de su tersura tan agradable que me apresura, me vuelve de una garrulidad indigna de mis silencios.)

Miércoles, 19 de junio

Hay algo infinitamente opaco en mi cohabitar con F. La opacidad proviene de las necesidades inmediatas. F. debe hacer ciertas concesiones porque no tiene un lugar donde estar. Y yo vengo de cuatro años de infierno por no tener dónde estar y apenas lo consigo, exactamente tres meses después (acaso son dos los meses) instalo aquí a F. —o F. se instaló a solas—. ¿Qué sucedió para temer de repente la soledad? ¿Qué desesperación me invade al punto de llevarme a la renuncia de la escritura? Esto es ambiguo pues la presencia de F. me hace temer que no pueda escribir y por eso, cuando está a mi lado, me concentro mejor y dejo de divagar, temerosa de perderme en conversaciones intrascen[den]tes.

Dentro de mí se han operado varios cambios. El primero, el poder de convivir con alguien e incluso, a mi manera, el poder de querer a alguien. Sin embargo, el cambio mayor es en relación al sueño. F. ha vencido mi insomnio. Inclusive cambió el signo de mi insomnio. Ayer y anteayer me he quedado [*sic*] dormida inesperadamente, a medianoche. En consecuencia, me levanto temprano, lo cual me resulta grato o resulta grato a mis ojos siempre ávidos de luz pura. Sin embargo, hay algo excesivamente ligado a las necesidades y a los temores. F. teme quedarse sin un cuarto propio y yo debo de temer quedarme en mi propio cuarto. Por primera vez en mi vida soy dueña de una casa mía enteramente. Ni mi madre ni nadie pueden venir a molestarme. Pero están los vecinos y el silencio malo, plagado y envenenado por pasos como golpes, por las increíbles (por demasiado creíbles) voces de los televisores que me circundan, por mi propia música (mis discos) que tanto me fatiga puesto que su finalidad consiste en cubrir la sórdida música de los otros.

Julio C. hace referencia a los escritores «acrisolados» que escriben un lenguaje hierático. Cree que porque él usa expresiones como «che, pibe» automáticamente deja de escribir como un literato y escribe como cuando se conversa. Creo que se confunde, creo que el español es hierático o es caótico (estilo involutivo: Macedonio por ejemplo). Acaso Bioy C. logró una escritura [*ilegible*] y ordenada. Sin embargo, al igual que la de Julio, es literaria y calculada.

Con F. cesaron nuestros grandes encuentros sexuales. Acaso me torné frígida o me inhibí para darme fuerzas de romper esta relación cuyo nudo central eran, precisamente, nuestras intensas noches sexuales. Es verdad que nuestra relación fraternal resulta más confortable —la unión sexual es ardua— pero yo sé que no la soportaré mucho tiempo. Si no logro volver a la exaltación inicial, el sentido de nuestra convivencia será un sentido nulo e infernal, hecho de viejos terrores y de miedos indignos.

Escribí a María del Carmen Suárez – Héctor Bianciotti – Julio C. – Guillermo Sucre.

La extracción de la piedra de la locura. Sobre tabla, 18 × 35 cm. Madrid, Museo del Prado. Presenta un círculo central e inscripción en bellísimos caracteres góticos

arriba y abajo. Fechable entre 1475 y 1480. Se refiere, como otras obras suyas, a proverbios y dichos holandeses, a veces transformados en motivos poéticos. Una excelente bibliografía al respecto la recoge Robert L. Delevoy, *Bosch*, Ginebra 1960, que también menciona H. Meige, *L'opération des pierres dans la tête,* in «Aesculape», 1932, XXII, pp. 50-62. Estilísticamente la [*frase incompleta*]

Comprar en V. Domínguez un bloc Hussar, el más pesado que exista para copiar a máquina los textos suspendidos de J. B. o para tenerlos en la carp[eta] *Work in Progress*.

No logro saber por qué Julio alude al *collage* en su libro.

20 de junio

Acaso convenga emplear fichas para la sección *humor*, nada opuesta, por ahora, a la *carp[eta] Jaune* con sus temas infantiles. Deseo de argentinizar la carp[eta] de humor. Quiero descubrir los juegos del idioma argentino. (B. Domecq: leer el nuevo y releer seis problemas).

Nerval – *Balkis*
James – *Les amis des amis*

Sábado, 22 de junio

E. P. (sus iniciales me impresionan) me dijo que el libro de J. C. lo exaspera por el tono. También a mí y sin embargo es un libro que puede ayudarme a liberar mis prisiones literarias. A propósito, quisiera escribir sobre *Noches lúgubres*, de Cadalso. No lo leí pero creo que es un libro para mí (por el título y nombre del autor).

Hace dos días que confío en que no escribo deplorablemente. Incluso encuentro cierto placer sin alegría en escribir este diario, placer de escribir deprisa y saber que muchas palabras me esperan para subir de un salto a mi prosa como un tren rápido. O es cuestión del cuaderno o no es cuestión de nada y acaso sea un espejismo. Pero lo principal es acelerar mis tareas de hormiguita no lejos de transformarme en la hormiguita viajera, si se cumple la promesa de la beca.

Me conviene terminar cuanto antes con el libro de Julio para decidirme en mi respuesta a J. C. Kreimer. El problema económico es apremiante siempre pero ahora debería resultarme útil (v. *Consejos* de Baudelaire) para escribir mucho y deprisa y, también, para leer mucho y deprisa.

23 de junio

¿Y por qué debería corregir mucho más que los otros? Ayer escribí «Había una vez…» y, aunque debo corregirlo, es evidente su coherencia e incluso su lenguaje más o menos seguro.

Corregir, por ahora, «La verdad del bosque» (I y II) y, acaso antes, «Había una vez…»

Releer Cortázar y pensar en un libro sobre él (cf. mis notas). Leer, tal vez, artículo de L. Hars.

Leer, sin falta, un párrafo de K., como quien lee la Biblia. Leer libro sobre Bosch.

26 de junio

Mi lentitud interna me obliga a pensar en la melancolía como único tema digno de ser tratado por mí. Esta casi no-vida, este balbuceo respiratorio. Desde una semana ya no siento la conocida y habitual disposición vaginal que me hizo sentir el acto sexual como única respuesta a mi melancolía. A causa del Halopidol, tal vez. Y, ahora, del Halopidol junto con el Somatin. Entre los dos, yo me siento abandonada en la orilla de algo, en el borde de algo. Y no obstante, la nuca me atormenta un poco menos y también me sucede (no es un suceder) algo extraordinario: pienso. Es cierto que pienso con melancolía, sobre todo al pensar en mis poemas y en lo muerta que es mi vida. ¿De dónde provenía la antigua pujanza, la tenacidad que me permitía asistir libremente al desarrollo de un poema mío, mal nacido como todos mis poemas? No quiero saber de dónde provino esa fuerza que ni siquiera merece tal nombre. Creo que provenía de un estado sonambúlico de desconocimiento de los límites verdaderos, como por ejemplo la muerte. Por eso, tal vez, creaba límites ficticios, parecidos a la muerte en la medida en que el arte puede parecerse a la muerte, etc. etc. Sin embargo, miento por culpa de mi confusión. Digo: no quiero saber de dónde proviene y no hago sino buscar causas, raíces y madres. Me he acostumbrado, un poco como el Dr. P. R., a conversar acerca de mis proyectos literarios. Y nadie más que yo sabe que yo no debo, no puedo, no quiero (oh, sí que quiero) planificar en este sentido sino hacer algo, un poco, cada día. (M. V. L. no tiene reparos en contar que necesita 8 horas diarias de trabajo continuo.) Por mi parte, necesitaría 12 horas, puesto que debo leer para no separarme del lenguaje de los humanos.

El libro de Julio me gusta y me exaspera. No lo siento importante en ningún sentido.

Trabajé algo en «Violario» (para vengarme, en parte, de S. O., para salvarnos a los dos: al Dr. P. R. y a mí. Salvarnos o, mejor, sanarnos).

27 de junio

Necesidad de romper los textos muy mediocres o simplemente mediocres. Aunque rompa la mitad de lo que tengo escrito, el resto necesita, para curarse y ser reparado, que su autora viva varias vidas. Acaso mi terror a la muerte me lleve a postergar indefinidamente «la obra maestra desconocida». (Debo releer este librito, naturalmente.)

Deseos de abandonar el libro de J. C. y deseos, también, de leerlo de cabo a rabo (curiosa expresión).

El método riguroso y artificial con que corrijo «Violario» tiene la ventaja de permitirme un lenguaje punzante y acerado como un cuchillo. Pero ¿nunca hablaré naturalmente ese lenguaje? ¿Es preciso el ritual de las palabras aisladas y la pérdida del contenido para alcanzar la intensidad expresiva que éste requiere? Hay algo que se relaciona con exceso a mi autoestrangulamiento físico. Torcerme el cuello es mi único acto inconsciente, espontáneo e incesante. Sin embargo, entiendo que el lenguaje de mis diarios no es tan desagradable y no obstante no lo respeto, acaso porque no me cuesta ningún esfuerzo.

29 de junio

Momentos de tensión en la espera del resultado de la beca, que significa París, que significa reescribir *Les Chants*, que significa respiración sin culpa o respiración a secas. Un año escribiendo, sin remordimientos, sin problemas económicos. Pero ¿qué tiene que ver mi destino con todo este bienestar?

Mi psiquismo de profundidades, de intensidades; por eso sufro al escribir. Porque quiero, por añadidura, escribir bien, y para eso debería poder remontar a la superficie. No ser superficial sino intercesora, lo cual implica una buena dosis de superficialidad. S. O. sería un modelo perfecto, si no fuera que los contenidos de su imaginación me disgustan.

30 de junio

Enviar *Nadja* a Xirau. – Cuentos breves a X o a Liscano y a *La Gaceta*.

À FAIRE:

Machine pequeñas prosas – papel copia – Liscano – *La Gaceta* o Xirau.
Nadja: traducir.

Releer, romper o pasar «Violario».

1 de julio

Escribí cartas a M. D. de Vedia – Cristina Campo – F. Baudy – M. J. – Rita Geada – Silvina – Porrúa – Olguín.

Idea del *Poema de los poemas*: copiar en pequeña carpeta *PV* todos los fragmentos de poemas, en primer lugar *versos*, viejos y nuevos.

El sábado, medio en broma, dije a Ivonne: «Vete entonces para que no se diga después que te retengo». Y nos reímos. «Che, parecés fray Luis», dijo. Ahora bien: yo dije esa frase sin configurarla previamente, la dije deprisa, con efecto y buen humor. Pero me interesa este detalle ¿y si el inconsciente o lo que sea, tuviera una exacta noción de la configuración de la frase? Porque yo me desangro en tentativas de distribución o, mejor, de ubicación de los términos, como si la frase fuese un salón lleno de sillas y mi rol consistiera en elegir la silla en que se sentará cada invitado. Pero mi tormento de anfitriona consiste en saber que cada uno sabe donde debe y quiere sentarse. Pero si lo acepto, ¿cuál sería, entonces, mi rol en esta fiesta lúgubre y lujosa del lenguaje agonizante?

2 de julio

A. M. leyó mis trece prosas de *C[ahier] Jaune* y todas le gustaron; las encontró prestas para ser publicadas.

«Los muertos y la lluvia»: ya lo entregué a A. M. Sin haberlo corregido. Esto me deslumbra, me dejó ebria de euforia. Pero ¿qué sucedería si publico todo lo que escribo? Acaso sucederían cosas buenas, nada más.

Tener la carpeta de textos definitivos (la roja) para textos en general (de las 3 series).

Copiar textos para *Enrique P*. – *Xirau* – *Liscano* —(el de menos apuro). Xirau (*Nadja*).

Inéditos: 4 poemas – Xirau (+ desfundación).

Nadja – Xirau.

C[ahier] Jaune – algunos a Enrique P. y a Xirau.

Acabé de leer el libro de J. C. No me sirvió de mucho. Grandes palabras y conceptos remanidos. Antes de proseguir con el de O. O. quisiera leer uno para gratificarme, acaso el de M. Leyris.

3 de julio

No sé qué confianza me merece Alberto M., pero me resultó grata su sorpresa por el carácter inédito de mis pequeñas prosas.

Hoy corregí la 2.ª parte de «Devoción» que puede llamarse «A tiempo».

Planes para el sábado y el domingo. Según P. R. busco el ruido al tiempo que escapo de él o que me hace sufrir. Relaciones dudosas con mi cuerpo: izquierda y derecha.

4 de julio

Traté de escribir «A destiempo». El teléfono suena sin cesar. Venganza de los *kobolds*. En vez de escribir cuando estaba inspirada escribí una carta al tío Simón. Culpa que me proporciona mi madre. Hoy, de súbito, se me aparece feroz.

Problemas principales: organización y tiempo. Instantes de enajenación como mis horas felices de ayer, cuando creí posible publicar *C[ahier] Jaune* más un montaje de los escritos de humor y poder tener listo el libro en dos semanas. No. A lo sumo, podré tener copiadas las prosas (escritas mil veces) de C. J., que son tan sólo trece textos. Y me pregunto si vale la pena. De todos modos la colaboración de F. puede valer gráficamente, también es una buena lectora. Pero escribir, debo escribir sola. Anoche vino para ayudarme a pasar a máquina la *C[ahier] Jaune* y sólo pasó un texto de 1 hoja y 1/2. Algo que yo puedo hacer en unos minutos y que le llevó dos horas.

A la mañana, escribir *mis cosas*, precedidas de la traducción de Michelet. Me hace bien traducir literalmente. Todo esto, hasta las 15 h. Luego, en cualquier momento, leer con la misma asiduidad. Luego, en las horas muertas, copiar a máquina, revisar y, sobre todo, romper textos malos. ¿Cuánto hace que no rompo textos malos?

Envío a Liscano *Los muertos y la lluvia*.
Si me dan la beca, averiguar lo de la Fund[ación] Fullbright.

5 de julio

El éxito de mi art[ículo] sobre S. O. se debe a que no soy un crítico sino alguien que para escribir necesita un tema único y un director de revista que lo apremie. Todo esto se relaciona con mi falta de eje o mi sensación de tener, o no tener, la columna vertebral, muy poco columna en mi caso.

El problema es el siguiente: ¿cómo descubrir, en mis composiciones sueltas, un eje o algo a modo de columna vertebral? Hasta ahora fue el método de las composiciones sueltas. Ahora quisiera algo mucho más extenso, como *La condesa*. Había elegido N. N. pero me duele esconderme detrás de un libro para decir lo que yo quiero. Al menos, claro está, que desarrolle las principales escenas: *la del concierto disonante* // *la de N. N. detrás de su padre* // la del perro, etc., que las transforme adaptándolas para mí. Ej.: N. N. detrás de su padre sería el temido puente de Avellaneda. Pero ¿cómo incorporar *C[ahier] Jaune*? Es tan poco, *c'est si mièvre*, tan indigno de alguien que tocó fondo. ¿Y qué se toca cuando se toca fondo? Se toca fondo, eso es lo malo de la extremada intensidad, de la profundidad.

Les Chants deben y pueden ser reescritos uno por uno, con su propio vocabulario y sus expresiones particulares. Ver, *surtout*, las espaciales.

Terminé de copiar *A destiempo*. Importa mantener completa la *C[ahier] Jaune*, con sus hojas.
Copiar *machine C[ahier] Jaune* «A tiempo», «A destiempo» y «Confusión y tragedia».

El haber dejado de mantener mi *cahier vert* con fragmentos de poemas ha contribuido a mi alejamiento del poema. Es preciso, cuanto antes, reiniciar otro con el mismo procedimiento: un poema por día (en esp[añol] y en fr[ancés]).

En la carpeta de *cartas*, pasar notas sobre J. B.
Libros: *Maldoror*, Octavio, Olga, ensayo Van Gogh.

8 de julio

Del diario de D., refiriéndose a mí: «no sé cómo se habla con alguien que hizo votos de fe con el silencio».

Envío de poemas a Xirau: *El centro – En un otoño antiguo – Inminencia –* Continuidad – Adioses del verano – Desde los anocheceres de la infancia – Gesto para un silencio.

Situaciones paralelas con C. C. Su miedo a la no-vida (Hofmannsthal). Ayer, en mi casa, con O. O., V. y F., sensación inminente de una inmensa no-vida, no era depresión sino antiexaltación. Poema de Vallejo: «Estáis muertos…». ¿Acaso mi padre se descompone dentro de mí? ¿Es posible? Incluso el hecho de comer, nuevo

en mí después de dos años de abstinencia, tiene dos caras: vigorizarme (escribir, vivir) y llenarme de cosas que se corrompen. Curioso término corromper. La semejanza con C. C. es extrema. Lo prueba, sobre todo, mi sentimiento de vivir en una ciudad muerta y hostil (o perseguidora, como los muertos).

F. considera sacro irse y abandonarme en cuanto tiene algo que hacer o alguien que ver. Quien la necesita soy yo, en verdad. Me gusta verla aun si no me atrae más sensualmente (sospecho que esto se debe al Halopidol). También ella, dentro de todo, está bastante muerta. Como Lilia D. Acaso como yo, quien me dedicaré al alcohol o a las drogas si este estado persiste.

9 de julio

Quisiera escribir una nota sobre el libro de O. o, mejor, sobre ella. Quisiera escribir sobre ella.

Hoy: leí *Por amigos y enemigos* de O. Doble situación: libro excepcional y, a la vez, libro fracasado. O, tal vez, soy yo la lectora doble, aquella que lee mal y a la vez capta detalles importantes que aparecen subrepticiamente.

A reescribir: «Devoción» y «La oscuridad de las aguas».

10 de julio

Intento de acostumbrarme a leer por la mañana a fin de escribir por la tarde, entre 14:30 h y 18 h más o menos. Continúo el libro de O. y los poemas de O. P. (esperanza en el idioma español). El libro de O. es bellísimo pero me permite adivinar que no soy muy amante del arte barroco profuso. Imágenes, sí, pero más regateadas. Aquí, en este libro, se propagan hasta un agotamiento particular que provendría, según mi juicio, de la negativa de O. a borrar y a suprimir. Claro es que logra una gran unidad pero ¿somos capaces de percibirla? Además, ¿qué es y para qué sirve la unidad? Poco me importa ser moderna, pero si mi poesía lo es, se debe, más que nada, a su fragmentación, a su disgregación, a su pulverización.

11 de julio

El affaire con F. se eterniza. ¿Qué sentido tiene? El temor a la soledad (de ambas partes).

Comida con Enrique Anderson Imbert y E. P. (Mi nueva tranquilidad al fumar

Gauloises. Todo, para mí, cambia de signo). El hecho de tener 6 y no tener un centavo no me preocupa absolutamente nada.

El método de leer por la mañana y de escribir por la tarde no resulta. Me temo que no sea posible codificar el quehacer poético. Pero en París podía. Pero tal vez allí estaba en perpetuo estado de poesía.

Quiero leerme y romperme (hablo de mis papeles). Creo que ya hay bastantes poemas malos en este mundo.

la palabra…
la enterrada con los ojos abiertos

en el muro la sombra del fuego
en el fuego tu sombra y la mía
…
Pau Grial
Referencias al habla interna (sin palabras).

El lenguaje / Es una expiación.
Hablar / Mientras los otros trabajan / Es pulir huesos, / Aguzar / Silencios / Hasta la transparencia.

12 de julio

He soñado con locos. El loco es el padre (en mi sueño).

13 de julio

Unificar y reunir. La improbable tarea. Este cuaderno, por ejemplo, debería reunir notas personales con notas de lectura con poemas, etc. El problema con los poemas es ¿qué hacer con ellos una vez finalizado un cuaderno de diario y comenzado otro? Por eso necesito un 2.º cuaderno para anotar poemas lindos, que apenas leo, por otra parte.

Terminé el libro de O. El final, sin esa exuberancia de imágenes, es indeciblemente superior al resto. Influencia (leve) de Michaux. Allí se revela como una verdadera escritora o, mejor, como un escritor autoritario.

15 de julio

Sin nuevas de la beca. Dificultad de moverme o, mejor, de trasladarme, aún si se trata de distancias pequeñas.

Relación misteriosa entre S. O. y F. Hablé con S. el día en que todo comenzó con F. El sábado a la noche necesité llamarla para recitarle mi epileptoide monólogo de bella alma judeo-eslava. Poco importa qué le dije. Importa mi necesidad cíclica de darme en holocausto a alguien que por eso mismo me desdeña. No. S. no me desdeña. Incluso es probable que tenga una idea demasiado alta de mi inteligencia (existente, sí, pero en letargo, al menos por ahora).

Yo no quise ser estos fragmentos. Pero, puesto que debo, puesto que no puedo, no quiero ser otra, debo o tengo que reescribir o copiar a máquina un fragmento por día. Tal vez la recolección de los fragmentos no me insuma forzosamente en un estado de *clocharde des lettres*. En cuanto a lecturas, comencé *L'âge d'homme* y continúo con el artículo de Starobinski.

Escribí a Francisco Valle. La primera carta en la que le doy mi tiempo. Siempre le concedo unos segundos apurados. Ahora lo respeto por su poesía y porque puede leer un libro por día.

He pasado *Nadja*. Decidir rápido si va a *Sur* o a *Diálogos*.

Sólo debería juntar los fragmentos que aluden al éxtasis, a los momentos más altos. Unirlo, tal vez, a N. N. (como trampolín).

16 de julio

Terminé el artículo de Starob[inski]. Bello pero algo inútil, como toda crítica que tiende a esclarecer. (Yo espero una creación crítica paralela a la obra criticada.)

17 de julio

Anniversaire de F. Me afecta como si fuera el mío propio. Creo que en este cuaderno no constato la fuerza de mi vínculo con F. Me inspira ternura, por ejemplo, y soy profundamente sensible a su soledad. En cambio, se ha perdido [lo] que más nos hubiera unido: la complicidad sensual. Mi hastío irremediable se vincula a mi hastío sexual, muy doloroso y, de algún modo, muy cómodo.

L'âge d'homme. Definición del *Nouveau Larousse Illustré* sobre *Cranach le Vieux*.

Le atraen las figuras y la *crueldad* sugestiva. Diferencia con J. B.: la atracción es teatral (disposición de figuras, ropas, fondos) y sobre todo llena de esperanzas en el cumplimiento de lo que va a pasar después, no de lo que está pasando.

18 de julio

Es curioso. El hombre de la imprenta no quiso venderme papel ilustración. Señal de que no debo usarlo. Y en efecto, ofrece el inconveniente de halagar la facilidad y la velocidad. Hoy, en duermevela, descubrí al testigo. Falsedad de mi atracción por el tema del doble. No seré adulta hasta que no desaparezca, pero de una manera profunda, el testigo (aquel que obligo a encarnar en S. O., en C. C., etc., etc.). Limpiar la niebla, limpiar las ventanas de la percepción.

19 de julio

El problema de enraizarse tanto en la soledad [es] que una no se dé cuenta. Que alguien tenga que decirme, por ejemplo, lo que no sabía, o sea que no frecuento a nadie.

20 de julio

Envié cartas a Octavio. F. Valle. Libro de Michaux a Octavio. Separata a C. C., Venmert, Verhesen.

Terror de otras edades. El nuevo remedio y la pérdida de S. O. más la pérdida de O. ¿Con quién hablar? ¿Con quién se habla en este mundo?

21 de julio

Cuidados de F. Mi temblor por el nuevo remedio. Mi temor de que no me ayude a escribir y a leer. Mi temor de que me haga temer.

22 de julio

Tensión en la espera del resultado de la beca, más importante de lo que yo creo (en apariencia me interesa la suma mensual que importa). Una vez más floto en el río de la muerte. Es un malestar simple, causado, tal vez, por algo trivial y sin embargo es un mismo temblor en los cimientos o en el fundamento de mi persona.

Estado pésimo para escribir (para escribir es preciso algo a modo de humildad y en un estado de muerte no hay humildad sino el orgullo de ser, aún, el último

sobreviviente). ¿Escribir qué cosa? Reescribir, por ejemplo, el *Canto VII* (o como quiera llamarse). También podría —y debería— leer, continuar con Michel Ley ris y seguir con Milosz o Pound.

Desde mañana trabajar, al levantarme, en el diálogo con O. O.

23 de julio

Mismos sonidos, al despertar, que cuando escribí «Golpes en la tumba». Desperté dos veces de unos sueños livianos que se tramaban casi a flor de la conciencia. En uno de ellos, una muchacha llamada Dionisia quería retenerme a la fuerza. Estaba muy enamorada de mí y decía chistes de persona que jamás los dice. (Desperté y pensé en F., cuya vida me llena de tristeza aun si la mía ha de parecerle atroz a cualquier persona más o menos sensible.)

Acaba de telefonear F. y de nuevo me mostré débil. Está enferma y yo debo proceder conforme al invisible código de los enamorados: permitirle venir aquí, cuidarla, etc. Y lo peor (o lo mejor) es que no está enferma. O está enferma de mi abandono.

25 de julio

Leve euforia al emplear la nueva lapicera que me regaló el doctor P. R. Fetichista como soy, deseo escribir mucho ahora que tengo un nuevo instrumento. Claro es que no se trata, todavía, de la lapicera perfecta. Oh qué bondad y qué alegría mostraría y donaría yo si pudiera escribir muchísimo *todos los días*.

Hoy me ocupé algo de «En el teatro de su extraña aventura».

Deseos de hacer como fichas de lecturas para retribuir las amabilidades, si así puedo llamarlas, del Dr. P. R.

26 de julio

Ayer me enteré de que me concedieron la beca. Mi euforia por el aspecto económico del asunto, es decir: hablar de millones con mi madre sabiendo las dos que esa cantidad enorme proviene de mi oficio de poeta. En efecto, es como si algo a modo de destino me ayudara a afrontar mi destino de poeta. Cada año de mi vida, cada sufrimiento, cada jornada de total soledad, todo parece una conjuración o una benévola asamblea cuya finalidad sería la de confirmar mi destino (no elegido sino fatalmente impuesto) de poeta.

28 de julio

Conflicto causado por la beca. ¿Cómo alegrarme de vivir en mi propia casa, cómo impregnarla de mí, si me espera, una vez más, la errancia? Sólo quiero ir a París, no a New York. Ir a París y vivir un año en una sola y misma morada. Acaso me convenga irme hacia diciembre (fines) de manera de no permanecer vacante varios meses en espera del momento. Pero que me hayan dado una beca para reescribir J B me parece imposible. Pero me atrae el mes de marzo para llegar a París. O, en el caso de que sea obligatorio permanecer en N. Y. un mes, pasarme el de febrero, de manera de estarme en un hotel sin salir.

29 de julio

Julio ha sido un mes crucial para mí. No en todos los sentidos puesto que lo esencial —la presencia de F.— no ha sido resuelta. Es indudable que me estorba un movimiento esencial que sólo ejecuto en soledad, aquel que me permite, de vez en cuando, un encuentro auténtico con otro o con otros. Al mismo tiempo, creo que me ayuda, si bien no lo creo como lo pude creer en un principio. Recuerdo la presencia constante pero excitante de M. J., cuando viví en su casa. Yo escribía al amparo de su silencio, estando segura, al mismo tiempo, de la permanencia de ese silencio que no se rompería por propia voluntad. Con F., en cambio, no siento la tensión del testigo silencioso y, además, no estoy segura de su silencio.

En cuanto al viaje, debo arreglar muchas cosas de orden íntimo: los medicamentos en primero y principal lugar; el terror a USA (terror de que mi desorden se transforme en una horrible disgregación, aumentada por el desconocimiento del idioma). Luego, el terror de malgastar la primera y acaso única pequeña fortuna que habré tenido en mi vida.

Todo esto que acabo de escribir queda anulado por la noticia de Diana de que el Dr. P. R. no atenderá más a sus pacientes. Mi sentimiento es de angustia y liberación al mismo tiempo. Liberación en el sentido poético, puesto que no logro desprenderme de la seguridad de haber *retrocedido* poéticamente por su culpa (épocas enfebrecidas en que discutíamos de literatura; época de celos; época de ensayos [el de Breton, *par ex.*]). Luego, por más que Diana me haya transmitido la noticia, no es seguro que yo entre en su lista de pacientes anulados. Pero es mi pensamiento mágico el que me juega una mala pasada. Tengo la impresión de que un mundo se ha cerrado para mí o, al menos, una ciudad. Qué será de mí en esta ciudad sin el Dr. P. R., sin Ivonne, sin amigos, incluso sin F., quien desaparecerá automáticamente en cuanto el Dr. P. R. se despida de mí. Yo no podré hacerme cargo de nadie. Pero algo salvaría al desaparecer P. R. de mi vida; no sé formularlo pero se refiere a mi destino de poeta.

30 de julio

No tengo más que a mi madre y al Dr. P. R. El Dr. P. R. desaparecerá —según los signos que da y según Diana— de mi vida y yo de la de él. En cuanto a mi madre, soy yo quien la dejo gracias al viaje. Ahora temo que me sobrevenga, como en avalancha, el mal que me hizo P. R. ¿Quién podría ayudarme a sobrellevar el duelo por su pérdida más solucionar los daños físicos y morales que me causó con su atroz irresponsabilidad? La ciudad se ha cerrado como un abanico. Hace ya tres años que converso solamente con P. R. Los otros son ajenos y no dejan de hastiarme.

2 de agosto

Conversación (verdadera) con Olga. Vislumbre de mi vida vivida por mí sin ayuda del Dr. P. R. ni de nadie. En efecto, ¿por qué necesito asistencia siempre y sin fin? Éste es el gran punto a indagar (y que no indagaré porque la respuesta es el término *miedo*).

3 de agosto

Estoy en un lugar tan peligroso que no tengo fuerzas para tener miedo. (De súbito, recuerdo que V. Woolf se suicidó.) La idea de suicidio me persigue. Suicidarme en París para no ser enterrada en una ciudad que detesto, y que me parece detestar menos, paradójicamente, desde que P. R. huyó o se escondió.

Jueves, 7 de agosto

Correo: poemas a Xirau – a *La Gaceta* – separatas a Chichita y a Silvina y libro a Girondo a F. Molina.

Sábado, 9 de agosto

Lectura del art[ículo] de Blanchot sobre Freud. Los avatares de la palabra errante, de la palabra inútilmente profunda. Describe mi conflicto esencial con el lenguaje.

Lectura de Artaud: *El teatro y su doble*. Lectura peligrosa puesto que mi estado psíquico degradado deriva de mis pretensiones parecidas a las de A.

Lunes, 11

Necesario hacer cuanto antes el diálogo con O. O. El resto es una confusión inútil de lecturas que deseo asimilar ávidamente antes de irme.

Jueves, 15 de agosto

El teatro y su doble. Esa necesidad de una disonancia paroxística en el colmo de la belleza más intolerable. Esa necesidad de vida convulsiva y trepidante a falta de toda posibilidad de vida inmediata. Una vida que sea lo que las ideas sobre el teatro de Artaud. Lo imposible materializado con su doble o posible o reflejo miserable de lo otro, los grandes deseos investidos de realidad viva, tangible, audible, visible.

16 de agosto

Fatiga del Dr. P. R. Las mismas asociaciones de nombres. Yo quería saber algo sobre la «asociación libre». Al parecer no existe.

Antígona, de Kierkegaard. *Visita de los muertos* [*sic*], Quevedo. *Residencia,* Neruda.

17 de agosto

Leer, después, García Márquez. Releer, luego, Rulfo. Hay algo que llamaré *acento* y que me fascina. Creo que mi sufrimiento por escribir como escribo se debe a mi acento. No obstante, el acento puede transformarse, al menos así lo intuyo. Por otra parte, así como me gusta el acento fluido y flexible de Rulfo o de Neruda, del mismo modo me atrae el lenguaje hierático y ceremonial. Pero siento que la expresión o el vuelco de sí mismo en la escritura se logra mediante una escritura «en espiral», como la de Kafka por ejemplo. Ahora, lo más difícil es unir esta escritura al rigor o a la exactitud. Acento y palabra justa en mí están escindidos. Si aspiro a la justeza de un texto debo matar su acento.

Libro sobre estructuralismo. Acaso me haga bien, aunque nada hace mal o bien cuando se trata de escribir. Pero entre otros problemas, padezco el de la revivisección de las palabras aisladas. Como si esas joyas con que contemplo mis escritos tuvieran por finalidad excusarme de la precariedad de la prosa que escribo.

Quiero hechos, no motivaciones de mis carencias.

Lunes, 18 de agosto

Importante la anotación del 15/VIII. Se aproxima a lo que deseo escribir, si bien me gustaría, como Artaud, escribir sobre la disonancia con la mayor belleza posible.

Terminé de leer *La visita de la muerte* [*sic*], de Quevedo. Me interesó y hasta me gustó aunque con reparos. Lo único importante fue haber sentido el acento (amargo) de Q. Asimismo, sentí algo a modo de respeto por él.

La *Antígona*, de K. y la *Residencia*, de Neruda.

Terminé *Antígona*. Demasiada ética y demasiado resentimiento personal en K.

La importancia del fragm[ento] del 15/VIII consiste en que nombra mi herida. Creo que mis lecturas debieran orientarse hacia eso torcido acerca de lo cual quiero escribir. Pero no quiero que el lenguaje con que hable de él lo sea también.

¿Quiénes no me dejan escribir? Mi madre, P. R. (en cierto modo) y sobre todo F. y más que nadie yo y mi apuro y mi ansiedad por leer y escribir muy deprisa como si se me fuera a romper el corazón.

Lecturas: Neruda y (tal vez) *Maldoror* y acaso agregue *Entretiens*.

El problema es el de siempre: ¿cómo podría yo atreverme a escribir en una lengua que no conozco? El error consiste en alimentar la esperanza de un día nuevo en el que escribiré cosas nuevas: objetos externos, hechos objetivos, etc. O, tal vez, quiero dar un visado especial a mis textos raros. Puesto que son incomprensibles, que los salve, aunque sea, la magia verbal.

Lecturas: Neruda. Lautréamont. G. Márquez. *20 de agosto*

Despertar tarde me hace daño. Aumenta mi ansiedad por el paso de las horas. Confieso que mi *C[ahier] Jaune* y mi *Mesa verde* me disgustan. De todo lo que escribí creo solamente en *Les Chants*. Por motivos claroscuros no podré trabajar en ellos sino allí.

Leo a mis 3 autores. Queda la tentación de releer *Les illuminations*.

22 de agosto

Novedad del *ennui*, más doloroso que la angustia. No puedo despertar, o lo logro de la manera más penosa. La presencia de F., tan estimulante al principio, es ahora una barrera que divide mi tiempo de un modo brutal. Viene aquí a las mismas horas y entonces es como si se acabara el día —precisamente, las mejores horas para escribir son de 19 a 22 h—. En cuanto al Dr. P. R., resucitó nominalmente. En realidad, siento que lo he perdido o, mejor, que lo nuestro se estancó. De esto tenemos la culpa los dos por haber formulado proyectos que no se cumplieron, que los tragó el olvido. También está la beca, que tanto me angustia por sus aspectos administrativos, muy

sencillos en apariencia pero que no puedo realizar sin telefonear a E. P. o a H. A. M. Por otra parte, decidí no escribir hasta estar fuera de mi país. No me atrevo a tocar *Les Chants* porque sé que los arruinaría. Queda la *C[ahier] Jaune* que no logra gustarme y que debiera romper en el caso de ser yo algo más inteligente.

El libro de G. Márquez no me permite ocuparme de otra cosa. Me absorbe íntegramente. Pocas veces he envidiado tanto a un escritor como a él. Escribe lejos, muy lejos, de toda introspección y no obstante, ha de hacerle bien. No es para menos: funda un pueblo con todo lo que se necesita para un pueblo y luego lo deshace porque tiene ganas. Pero más que nada le envidio su lenguaje (un hijo de inmigrantes judíos no podría escribir así) tan flexible y poético, tan innato y tan limitado a sus proyectos. Lo más difícil es escribir lo que uno se propone, eso y nada más. Pero yo escribí el art[ículo] sobre la condesa y no proseguí por ese camino, y no comprendo por qué no quise o no pude proseguir por ese camino que era el de la salud poética. Me tienta la perspectiva de hacer algo semejante con N. N. Entre otras muchas ventajas está la de leer con naturalidad una cantidad de libros homogéneos, en este caso serían prosas y poemas que ilustrarían el fragmento del 15/VIII, sobre la disonancia perfecta. Algo me detiene: por un lado, he perdido la inocencia que tenía al escribir «la condesa», y por el otro, me gustaría terminar la *C[ahier] Jaune* antes de irme, lo cual no va a ser posible pues escribo unos minutos por día en vez de las muchas horas diarias que necesito y que me justifican. Si mal no recuerdo, el ensayo de la condesa me llevó unas diez horas diarias. Así es posible hacer algo. Otra cosa: necesito, cuanto antes, leer y releer algunos libros. Ésta es otra tarea que me he impuesto cumplir antes de irme. El único libro que me llevaré serán les *Chants de Maldoror*. No puedo leerlos aquí a causa de mi particular relación con P. R.

El aprendizaje del inglés me resulta penoso y temo tener que abandonarlo. Me siento presa entre las estructuras del idioma. Por otro lado, acaso me haría bien este estudio árido y que no me permite divagar. Es un ejercitar la exactitud en base a las presuntas formas vacías del idioma y tomando como único argumento las situaciones más triviales que mi mente no alcanza para este estudio de apariencia sencillísima. De nuevo lo torcido y la tentación del fragmento del 15 del VIII.

25 de agosto

Lecturas: Neruda – Rimbaud – G. Márquez.

Recordar que el libro chino de las mutaciones me recomendaba *paciencia* y *lentitud*.

Principio de un cuento que acabo de romper: «Sólo pregunto esto: ¿quién me apura?».

Jueves, 29

Ganas de dormir. Reunión en lo de L. V. Mi falta de control y, sobre todo, mi falta de ganas de mirar. Mi exhibicionismo. Mi alegría uterina. Un lugar brillante que encandila y las voces aludiendo a lo protector, a lo caliente e iluminado. Por la noche no dormí sino que lloré y gemí asistida por F. Lloré muchísimo y al amanecer me compré un pizarrón y corregí un poema.

Sábado, 31

Absurdos presentimientos, a comienzos de año, de que el mes de septiembre iría a ser el de mi felicidad o, al menos, el mes para mí privilegiado en el que me sucederían cosas buenas o anheladas. S. O. me dijo lo que sintió en EE. UU. y que es idéntico a lo que temo sentir allá. Temor de descentrarme al punto de no poder llegar a tomar el avión para París. Imagino mi estadía en EE. UU. como la última que hice en Miramar.

Ayer terminé el libro de G. Márquez, así como la *Residencia* (I y II) *en la tierra*, de Neruda.

Lecturas: *Tercera Residencia – Psiquis y muerte*.

2 de septiembre

Todo el día sentí el terror de la muerte. Los dos ancianos videnteados por O. O. podrían ser mi madre y P. R. Ambos me sustentan —material y psíquicamente cada uno— a cambio de hacerme cargo del *tremendum*.

Es probable que haya descubierto, secretamente, el envejecimiento de mi madre. O tal vez descubrí su inconsciente pánico de la muerte. Por eso mi viaje la angustiaría: significa una huida y un abandono de mi rol de depositaria de terrores ajenos.

¿Cómo no escribo? Estos estados de cercanía de la muerte son muy propicios para aprehender cosas escondidas que aparecen o se transparentan en y a través del poema.

Hablo de estados donde la presencia central es la muerte sin figura o sin figuración. Estado preliterario e, incluso, tal vez, preverbal. Puesto que sólo siento un terror baldío que sólo se llena ahora con la pseudotraición de P. R. y con el temor a los EE. UU. y a todo viaje.

El error de mi miedo consiste en creer que soy la única que sabe que va a morir. Ellos (el resto de los humanos) serían los alegres convidados que no saben lo que después les espera. Sin embargo, el hecho de morir debe de ser ocasión, también, de

un júbilo desmesurado y no sólo del pánico. Pero se trata de unir ambos términos (júbilo-terror). Poco es lo que puedo y entre lo que no puedo está el control de mi persona. No puedo evitar no tener miedos y así con todo. Pero algo me dice que el miedo puede o podría ser una fuente de embriaguez.

3 de septiembre

Desmoronamiento. F. colabora en mi ruina. Por supuesto que la figura central de mi infierno es P. R. Si nuestra relación fuera más sensata, *yo no permitiría que F. interfiriera a tal extremo*. Mis dolores físicos han aumentado y me siento muy enferma. Mi encierro en mi yo me repugna y me encierra más en mi yo, a quien me vincula el odio. Época peligrosa. Me daño y me dañaré por más precauciones que tome. *F. es mi instrumento*. *Incluso mi deterioro físico* —desde hace tres meses— *proviene del encuentro con F*. Pero ayer se apareció con L. L. y una jovencita. Descubrí, con temor, que L. me resulta «mágica». A la vez, esto quiere decir que P. R. es enteramente sustituible. De modo que el terror al viaje disminuye gracias a que la busca de rostros mágicos sigue vigente. Hay tribus nómadas que asesinan a los viejos y los enfermos, entre otras cosas porque el nomadismo exige buena salud. Anoche tuve un vértigo nuevo. Como los anteriores pero lleno de tinieblas.

Miércoles, 4 de septiembre

He querido decir la violencia y sólo atiné a recordar el lenguaje de la sumisión.

Sábado 7 de septiembre

La *Tercera Res[idencia]* de Neruda. No logro hallar una mínima dosis de paciencia para aceptar esta poesía que emplea el desordenado método de las búsquedas profundas para decir cosas triviales. Además, dice cualquier cosa, es decir, lo que el azar le depara. Superficial e inauténtica, si bien posee un atractivo fundamental: el enraizamiento del poeta en la vida y en la naturaleza. N. reside, en efecto, en la tierra. También leo *Entretiens*, de Breton y *Psiquis y muerte*. Creo que voy a comenzar a reescribir *Les Chants*. Nada más absurdo que dedicarme a salvar poemas malos en espera de que la beca entre en funcionamiento.

Lunes, 9 de septiembre

No sé por dónde comenzar a reescribir mis escritos pulverizados. El programa de lectura exclusiva no me conviene. En verdad, quiero comenzar el libro. Me pregunto, por otra parte, si no se trata de una ilusión. ¿Es un libro? ¿Vale la pena reescribirlo? Antes, debería ordenarlo y sobre todo ordenar y numerar las varias versiones.

Canto I. Sólo la escena de *Ruc*. Comparar versiones 2 y 3.

Martes, 10

Imposible escribir. *No estoy preparada*. No puedo creer que sea yo quien escribió la prosa sobre la condesa. O, mejor, no comprendo por qué no he continuado en esa vía. Es verdad que mi dedicación a esa prosa fue exclusiva y en cambio, ahora, no puedo entregarme a un escrito exclusivo. Al mismo tiempo, temo enfermar gravemente por abstinencia de escritura. El problema es irresoluble: nunca seré una estilista y al mismo tiempo no tolero escribir mal, precariamente. En cuanto al «libro», se me ocurre que es el primer paso para un gesto que no he proseguido. Escribir a ciegas, en la máquina, en un intento de entrega total. Es verdad que la muerte de mi padre detuvo esa tentativa suscitada, tal vez, por el presentimiento de esa misma muerte. Pienso que mi método de corregir se parece demasiado al castigo. Es demasiado penoso y, en suma, demasiado delirante, si bien los resultados proceden del deseo de anular los elementos demasiado irracionales. Quisiera destruir gran parte de lo que tengo escrito y espera ser reescrito. Acaso debiera dedicarme a escribir un ensayo, si bien desconfío, más que nunca, de este género innecesario para mí.

Lunes, 16 de septiembre

Golpes en la terraza. Acaudalada mansión de oro. Príncipe monegasco. Todo lo que tienes en el corazón, debe ser manifestado antes de que sea tarde. No lees la escritura de la ciudad: casas altas, más que los árboles. El corazón es una palabra que jamás entendí. No sé por qué una víscera deba de ser el lugar en que se asientan los grandes deseos y las grandes desdichas. El lugar geométrico en que el juego se vuelve trágico. No es mi voz, todavía, la que habla porque algo o alguien no se deja dictar lo que he de escribir. Asimismo, algo o alguien no quiere dictar. Temor a la palabra errante o herida abierta. Ofrecerse al cuchillo, sí, pero quién me cierra la herida. No hablo con exactitud. Oye al silencio manar a cuentagotas así no valía la pena escribir sin esa decisión de muerte en el lugar geométrico de la tragedia celeste y rosa son los colores de los grandes poderes del destino la imagen ya no es mi medio de expresión oclusiva si uno se deja ir fuera del lugar permitido por la sintaxis aparece la mierda aparecen la sangre y las heces porque se trata del límite del nacimiento lo que se

repite en el lugar áureo de la desdicha de quien aprendió día tras día los estragos de la palabra muerte

– ¿y por qué vas a hablar de tus espejos? No sé, no sé por qué escribís si nada querés decir, nada contar, para nadie emitir unas palabras

– precisamente por eso, porque me ahogo de tener cabezas en mi garganta, he visto demasiadas caras, he buscado demasiado la cara que tenía en mi nostalgia dibujada y la encontré varias veces y ahí se quedaron como la cabeza de Goliath pegada con cemento a la mano de David, sólo que no están en mi mano, están en mi garganta y no me dejan respirar

– aun así es sospechoso que busques hablar cuando se trata de una búsqueda

– no, ya no busco, ahora pulo los huesos de los cráneos de los muertos pegados a mi garganta

– en este lugar sombrío, desamparado, en esta ciudad curiosamente llamada Buenos Aires, donde innegablemente sufrís un poco por lo que tiene de muerta en una ciudad muerta

– muerta pero hostil aunque podría ser peor porque la gente puebla las calles y lleva caras que te dan en el lugar de la ternura, tienen caras de pobrecitos

– vos no tenés cara de pobrecita

– no conozco mi cara y no quiero conocerla, también ella me traicionó, me duele cada músculo, cada hueso de mi cara y esto forma parte de la traición, de la coalición en contra de mi persona que observo desde hace demasiado tiempo efectuarse en mi persona cree que yo no lo vi, sin embargo nada han perdido mis ojos, lo vi y lo escuché, gritaba desde el cuarto en donde se creía aislado y al abrigo de espectadores de baja estofa que luego irían a hacer literatura con sus sufrimientos

eso le pasa por demasiado generoso, cuando se desprende de un objeto y lo regala es como para hacerse amiga de la humanidad entera, de prosternarse ante todos, uno a uno, con toda mi sangre judeo-eslava y por eso lo he odiado, por sus regalos y por su modo de compartir sus cosas,

esos momentos en que la idea del suicidio (siempre como un horizonte en mis perspectivas) se borra o se seca como llanto, recuerdo cuando me regaló la lapicera gris, mi apuro por ir a mi casa a escribir un poema con la nueva lapicera, luego, también, cuando me regaló el encendedor celeste, adorable porque parecía un juguete (adivinó, desde el 1er día mi nostalgia de juguetes) y luego, el sillón y luego la mesa verde, adorable, y mi apuro por llevármela y escribir un poema que no escribí por exceso de reconciliación con el hecho de estar viva porque si no soy una supliciada por qué para qué y en nombre de qué iría a escribir yo no escribo cuando estoy contenta porque los signos de la escritura no hacen alianza con la alegría que exige expresiones diferentes, la grafía corporal, por ejemplo.

¿vale la pena hablar de él? nada vale la pena, sobre todo preguntar si algo la vale pero

si no pienso y me dejo ir voy a escribir sobre un hombre que amo y odio en igual medida, el problema será el de siempre: escribir sobre lo que conozco apenas pero de esto se trata, precisamente. Se trata de dejar que la pluma corra y se las arregle solita para trazar palabras que tal vez logren configurar algo a modo de réplica de la sombra deformada de un hombre a quien designaré con la sigla B. A., es decir Buenos Aires, y no porque represente un arquetipo bonaerense (si éste existiera) sino porque es el lazo que me une (y desune) a esta ciudad, cuando lo conocí sentí deseos de no expatriarme porque B. A, a través de él se tornaba, como dije, conmovedora, en ningún momento olvidé mis alegrías profundas en París pero tanta bondad me incitaba a quedarme. Dije bondad. ¿Qué dijo Apollinaire?

Queremos explorar la bondad, comarca

De modo que he dicho bondad consciente de manipular un término cuyo destino no ha sido vivido suficientemente, así como deseo o amor, *par ex.* Yo soy de las que lloran releyendo a Dostoievski pero eso no es bondad sino, acaso, enfermedad. Cuando los chicos gritan vivas a Aliosha después del entierro del tisiquito ahí me hubieras visto deshecha en un llanto glorioso como un orgasmo. Pero hay algo raro. Por una parte me atrae referirme a mí como a una personita cruel y adorable y por la otra me horroriza el juego de querer ser otra. No hay nada que hacerle, por otra parte, pues la que soy jamás deseará la muerte de nadie y si puedo ayudar lo hago sin discriminar, porque es así y se acabó. Yo le temo a la bondad y temo saber que soy buena. Ignoro por qué pero creo que si me acepto buena desaparecería el horizonte del suicidio puesto que suicidarse quiere decir, como dijo Jarry, matar a todos y chau. «Entonces mataré a todo el mundo y me iré.» Pienso en Iván Karamazov. Él sí que era bueno.

> *Ah oui, c'est le lilas! Et c'est pour ça que je suis perdu.*
> *Vous ne voyez pas qu'ici on fabrique des histoires qui ne peuvent*
> *vivre qu'entre quatre murs?*
>
> JEAN GENET, *Haute Surveillance*

17 de septiembre

y entonces le dije no no no cómo es posible que quieras hacerme lo que recién quisiste hacerme yo sé que un ser humano es flaco y errar es humano y pecar es divino no me confundo ves cómo me confundís incluso en un proverbio tan viejo como este que escuché al salir del vientre de mi madre antes de que me lavaran no insistas jamás accederé. *La carne es triste* dijo el poeta después de leerse todos los libros que encontró en todos los libros me gustaría saberlo soy curiosa sí curiosa pero no viciosa por eso me aferro al árbol del bien en cuyo hueco dejaste una misiva

obscena con nada más que un dibujo que representa dos corazones y una paloma con una carta en el pico y ahora te reís como si yo fuera ridícula prefiero ser ridícula y virtuosa que sus exactos contrarios es esto lo que nadie entiende sí no me importa parecer una alcancía un cerdito de cerámica e ir ahorrando mi bajo vientre día a día y noche a noche por otra parte voy a confesarte algo íntimo como prueba de amor yo no soy una mujer te engañé aquella noche en la boîte de Olivos cuando vos mi corazón mi vida mi ejecutivo y mi alma te dedicaste a cortejarme a la antigua usanza bueno no me apures sí digo que no soy una mujer y tenés que comprenderlo es un caso extraño pero los médicos no me desahuciaron después de todo tengo 9 años fatiga escribir sobre algo especial amordazada apaleada a fin de cuentas el destino es el de siempre errancia condena a ir por los lugares más insólitos y terribles a fin de no estar en mi casa. *21 de septiembre*

El infierno de lo incomunicable. Aterida, miedos a, vencida de antemano. Imposible el poema. La imagen necesita un sustento real que yo no puedo proporcionarle. Necesidad de escribir en prosa e imposibilidad absoluta de narrar algo. Las interrupciones de mi vida son de una frecuencia trágica. Lagunas, ausencias, agujeros. Acaso, si por azar me fuera dado estar serena, podría indagar por qué, siendo la escritura mi único medio, me vedo el escribir. Pero si analizo por qué me prohíbo esto, entonces, de algún modo cesaría la prohibición.

Incluso para escribir sobre el delirio es preciso delirar.

La luz. La música. La disonancia. La interrupción. La discontinuidad. El miedo. El papel plegado como un acordeón.

22 de septiembre

Hay algo siniestro referido al espacio. Mi casa, por ejemplo, alberga lo que quedó de unos amores intrascendentes, lo inútil, lo que se arrastra, lo lleno de miedo a la soledad. Imposible un lugar donde escribir. Quiero decir: no tengo un poema en el cual detenerme y vivirme palabra por palabra, respirarlo, agotarlo. La presencia de F. La presencia de mi madre. Desde que vivo en esta casa nada he podido escribir. Escribir notas y artículos me ayudaría, pero no es eso lo que yo quiero escribir. Pienso que sólo necesito un motivo axial. Yo creí que era la piedra de locura. Luego pensé en los cuentos para *C[ahier] Jaune*. No, no es eso lo que yo quiero y sin embargo podría serlo. Creo que me paraliza mi profundo deseo de escribir sobre cosas concretas siendo mi imposibilidad más pura el escribir sobre eso. Es como si hubiese descubierto lo intolerable y lo imposible de la poesía. Me horroriza el lenguaje poético y, a la vez, me repugnan los poemas en lenguaje oral.

23 de septiembre

Nada más siniestro que la vida literaria. Intentos de suplir el acto literario con otra cosa que participa de la seducción personal y de la ética. No debería resultarme difícil afrontarlo y sin embargo me horroriza. Es verdad que la «vida literaria» de alto estilo me seduce pero en Buenos Aires no existe. Estoy pensando, exclusivamente, en las encantadoras reuniones en casa de A. P. de M. Donde conversar de literatura era inocente, riesgoso y divertido.

Según F. he dejado de escribir desde que me anunciaron la obtención de la beca. Yo creo que dejé de escribir desde que me mudé a esta casa y comprobé que, aun viviendo sola, no vivo en París. Y esto es suficiente para no escribir.

Luego los ensayos: es obvio que debo escribir uno sobre el libro de Olga. Al mismo tiempo, me duele sacrificar dos o tres meses de mi vida en la confección de un ensayo que sólo me significaría una tarea penosísima. ¿No es mejor, acaso, dedicar tanta pena a la reescritura del primer *chant*? Pero una vez planteado el conflicto, no me dejará escribir nada. En verdad, no quiero escribir por compromiso. O, mejor dicho no puedo escribir por compromiso. No sé por qué siento que vengo haciéndolo desde siempre, excepto este diario, éste y los demás diarios, en los que me quejo y protesto con cierta libertad —palabra que no debería usar nunca.

Heme aquí transformada en una distinguida poeta, galardonada y considerada como representativa de la poesía argentina. Nada más lejos de mí que esta imagen absurda.

30 de septiembre

Leo O. Paz – Borges – Hölderlin.

Todo lo escrito iría en forma de diálogos. Voces.

1 de octubre

Insatisfacción de la satisfacción. Noche espléndida en compañía de F. Incandescencia sexual. Esto no impide sufrir por la fatiga que impide todo gesto, sobre todo el de leer un poema de Hölderlin.

Escribir es mi tragedia. Hace años que la eludo y ahora ha llegado el momento de apartarla. ¿Querer? preguntar a O. P.; su último envío confirma lo que sospechaba: para él la poesía es un juego. Luego S., la escena telefónica un día después de la reunión en casa de P. M. Lo de S. fue una traición, no imperdonable pero, de todos modos, me recuerda que, entre la opción a hacerme bien o mal elegiría lo último,

acaso por celos o por causas que yo jamás podré entrever. Luego me llamó para decirme que deseaba verme (hace 3 años que no nos vemos), que me llamaría el dom[ingo] o lunes para arreglar el día más adecuado, etc. No me mostré muy entusiasta, no creo que tenga ganas de verla, constatar su vejez, su fealdad… Desde el miércoles consolidé mis lazos afectivos con F. Pero quien me gustó más que nadie fue X., a quien sin duda nunca más en mi vida volveré a ver.

Ayer deseé escribir solamente voces que hablan.

Correo: separatas a Cela, Corcuera, Olga Arias, Pouzo, cartas – Julio C. – D. Alizo (envío *Nadja*); Lagunas; Nadeau; Bianciotti; Dalmas.

4 de octubre

El poema, como la muerte, es transformación.

Algo pasó con Bosch. Desinterés por la operación de la extracción de la piedra.

Mi proyecto de escribir voces es inteligente pues denota algún conocimiento de mí. Si tuviera una sola voz no escribiría. Pero ¿cuántas voces? ¿Y cómo identificarlas? Podría nombrarlas pero entonces serían personajes. Intercalaría, eso sí, voces de poetas. También imitación de escritores argentinos.

5 de octubre

Cumpleaños de mi madre. Misteriosa pena por ella, por mí, por nosotros, por ellos.

Leo *Les Chants*, esto denota un progreso. En cambio, aumentó el desorden de mis lecturas. Leo, a veces, *Psiquis y muerte* y el lib[ro] de V. Woolf. Terminé O. Paz y abandoné, por ahora, a Borges o al menos su libro de ensayos.

Cuando pienso en París, desaparecen S. O. y la seguridad de que vivir es imposible.

Quisiera romper, cada día 3 o 4 poemas. Quisiera conservar muy poco de lo que escribí. La carpeta *humor* me fastidia, me atrae, me fascina y deseo perderla.

S. O. es, ahora, obsesionante. Por lo visto, ha obsesionado al *tout* Buenos Aires. Preferiría ahorrarme esta calamidad de dejarme fascinar por su encanto imposible de negar. No sé si soy importante en su vida. Sé, en cambio, que prescinde perfectamente de mí. Creo que influí literariamente en ella.

Concentración en la unidad, esto es lo único importante.
Concentración de las fuerzas.

Intensidad concentrada.

Perfección de la forma para hacer pasar el delirio. Éste era el tema de mi ensayo sobre N. N. Acaso valga para el caso cualquier capítulo de Cervantes. Quevedo no sé pues acomoda el lenguaje al delirio —excepto buscar en los textos formales el delirio que se intenta ocultar—, pero no me interesa Q. Hasta tal punto. En verdad, el tema es simple, quiero escribir sobre la disonancia, o, mejor, sobre cierta disonancia.

6 de octubre

Nostalgia, Starob[inski].

¿Y si estudiara *La Celestina*?

Stravinski, *Poética musical* p. 45.
D. Thomas, *Bajo el bosque de leche*. ¿Cómo estructurar *Les Chants*?

8 de octubre

Mi libro, pronto a aparecer, me resulta *muerto*. No quiero escribir cadáveres de poemas.

Lecturas: Lautr[éamont] e *Hist[oria] de la infamia* de Borges que declara, en el prólogo, que se trata de ejercicios compuestos por un hombre desdichado a fin de entretenerse. Escribir para entretenerse… Yo sufro mucho cuando escribo y mi desdicha se incrementa. Pero B. eligió la literatura *posible* —o la clásica—, en tanto yo escribo lo que no se puede y por eso engendro monstruos disonantes.

Ignoro mi designio literario actual pero creo que se trata de voces solitarias o en diálogos. Por lo pronto, estoy destruyendo casi todos mis escritos (las cuatro carpetas) y, casi siempre, de una página queda un renglón.

Pero ignoro, todavía, qué pasará con *Les Chants*.

El viaje me desespera y, no obstante, es la sola posibilidad de olvidar a P. R. y a S. O.

Jueves

V O I X

Tenés ganas de indagar el tema del miedo (v[er] en el dicc[ionario] la palabra tema). Estar muerto de miedo. Cagarse de miedo. Ni me muero ni me cago de miedo, pero tengo miedo y quiero saber por qué yo tengo más miedo que toda la gente que conocí desde mis orígenes hasta nuestros días. El otro día me asombraba de leer unas páginas de Borges: se menciona el coraje y el valor con un tono reverencial. Lo que me asombró fue enterarme que a mí nunca se me ocurrió siquiera la posibilidad de atreverme a pensar en el valor. Como si no existiera, como si nadie nunca hubiese sido valeroso. Pero el valor que destaca Borges no lo es para mí. Una cuchillada, un desafío a muerte, una herida en una batalla: instantes fugacísimos de dolor, como en lo del dentista. Tampoco me da miedo el dentista. En verdad, nadie tiene tanto miedo como yo y no obstante hay cosas que yo hice y que otros no harían por miedo.

Yo tengo miedo de morirme en la Argentina. Ya sé que nací en la Arg[entina] pero cuando pienso que puedo llegar a morir aquí me muero de miedo. Es extraño puesto que aquí me visitarían, e incluso con flores, cosa que, a pesar de la interdicción religiosa, está de moda en el cementerio judío. Y como soy tan fotogénica, recibiré también —estoy segura— visitas de extraños, simples paseantes que al ver mi cara se detuvieron para conocer mi nombre y mi estirpe.

A propósito de estirpe (v[er] en el dicc[ionario] esta palabra), te voy a confesar algo: me dan miedo los ancestros. Cuando los evoco, se me hace urgente la necesidad de saber qué pasó en verdad. Porque no se trata de la frecuente cadena de judíos polacos ricos, cultos y demasiado refinados en moral. No. Al menos en la cadena de mi padre sé positivamente que se mezcló sangre principesca. Esto no me alegra pues sólo contribuye a aumentar mi vulnerabilidad. Y si pienso en mi padre hago presentes su orgullo disimulado y desmesurado, su elegancia de palatino, sus manos para brindar en una sala de un castillo eslavo, sus pies de mancebo griego… En fin, a la vez le gustaba ser judío. ¿Y sabés por qué? Porque es la mejor forma de aludir a una condición injusta. Por eso, cualquiera que haya sufrido de verdad y sin culpa, no puede ser antisemita porque entre un judío y él no existen diferencias. Asimismo, hay un orgullo de ser judío, un org[ullo] complejo que no quiero analizar a fondo en este momento. Por otra parte, soy una judía muy rara. Me enorgullecen los *hassidim* como si fueran mis hijos y a la vez no me gusta Martin Buber, ir a Israel ni me gusta Jehová, tan parecido al león viejo del zoológico. Pero ningún Dios me gusta. Jesús me molesta: es un típico muchachito judío, de esos con los que discuto de poesía. Y la Virgen María es una madre judía típica. Vos sabés que una madre judía no tiene vagina, solamente tiene amor para sus hijos y sangre que sea derramada en el caso de que haya que defender a sus hijitos. La V. María fue una *idishe mame* tan genial como la mamá de Freud o como la mamá de Einstein. En verdad, el Occidente ha cambiado y seguirá cambiando en tanto exista una madre judía. Pensá en la de Marx, haceme el favor. Todas gordas y temerosas aunque capaces de emular en cualquier momento a Juana de Arco si se trata de salvar al nene o a la nena. Pensá en Kafka, haceme el favor. ¿Te imaginás al m[arqués] de Sade judío? No, ni siquiera a Sader-

Masoch que no fue tan masoquista como su nombre parece indicarlo. Pero yo no sé nada de los judíos salvo el odio que sentí en Segovia cuando miré el nombre de la calle de la Antigua Judería. Pero los españoles son tan trágicos (y tan tontos, en ocasiones) que no puedo odiarlos. Solamente me enfurece Isabel la Católica pero por diversas razones idénticas en arbitrariedad.

Ver cuento «Las traductoras» y menúes humorísticos. Recordar carp[eta] de Paulhan según Dalmas —capítulos numerados en los que, cada día, escribía indistintamente alguna frase—. Esto requiere un plan general. También, en el caso de *Les Chants*, está el problema de la carpeta que pueda contenerlos.

Deseos de releer antes «diarios» publicados y los 10 cuadernos —a fin de no llevarlos.

17 de octubre

Envié cartas a: André (preq. libro) Ivonne – Cité des Arts. Libro de Lagunas a Orphée.
Antología de Klaus.

23 de octubre

Leo *Psiq[uis] y muerte*. Lautr[éamont] – algo de Kafka y algún soneto renacentista (por deber).

Viernes, 25

No leo, no escribo. Ignoro quiénes me impiden hacerlo; si F., si el Dr. P. R., si la inminencia del viaje, si el haber descubierto que no tengo una vivienda tan silenciosa como yo quería (esto último ha constituido una alta traición).

Mi emoción ante la actitud de Octavio. Entonces la valentía existe… Es tan importante para mí que exista alguien capaz de renunciar a la seguridad…

Creo que quiero prescindir de F. y por no hacerlo no escribo. Desde los 18 años he venido jugando a la muerte. Nada de pactos ni de alianzas triviales. F. trivializa mis días y mis noches aun si ella es poética. Pero me evade de la alta tensión de la soledad desesperada.

Sábado, 26

Anonadamiento y dolor intolerable por causa del abandono del Dr. P. R. Abstracción pura: no logro siquiera culparlo pues lo imagino anonadado y dolorido como yo. En estos últimos meses he tenido que aprender que P. R. no puede —nunca podrá— curarme y, en cambio, es cierto que contribuye a deprimirme. Por otro lado, desde que me conoció se aplicó a impedirme escribir. Y lo ha conseguido. He llegado a un punto en el que escribir resulta ingenuo por inútil. Además, está mi impotencia, mi ignorancia. P. R. no sabe nada de poesía ni yo tampoco, y ése es el tema de nuestras entrevistas dialécticas desde hace 3 años. ¿Es culpable él? No sé, sé que no es valiente. Sé que lo menosprecio en algunos sentidos. Sé que nuestra relación está averiada por algo ajeno a los dos. Queda, no obstante, la lejana sospecha de que hubiera podido haberme ayudado en algo.

Pero la necesidad de escribir es tan inminente y urgente que por eso no escribo. Soy una idiota o, mejor dicho, he vuelto a ser una idiota. Empieza a fastidiarme mi afición a los lápices y papeles. El instrumento para escribir es el lenguaje, no el lápiz. Esto lo supo I., lo sabe E. Yo no estoy hecha para escribir debido a mi impaciencia y a mi ignorancia.

Lagos, agua azulada en toda lejanía salvaje lo que lloraste lo que pudiste haber llorado por una soledad de sorda de ciega de muda en el páramo en lo oscuro de lo sin defensas lo que pudiste haber llamado y haber clamoreado en un lenguaje perdido para siempre ahora espectros de poemas es el mal el mal puro dado en vilo a lo que no se nos parece como dos verdades surgidas simultáneamente de dónde y adónde vas a ir mendiga zaparrastrosa andrajosa molesta inmunda harapienta inmune al mundo inmune a la gracia del lenguaje que permite a otros escribir sin necesidad de suicidarse antes o después porque de esto se trata de lo nada que te queda la poesía no es un consuelo y te hastía debes reconocer que te hastía y mueres de inmundicias del lenguaje ajeno.

30 de octubre

Envié cartas a Liscano. T. E. Martínez.

31 de octubre

¿Cómo negarme a la ternura que me inspira F.? Nada más contrario a ella que el mundo rugoso y abrupto que me impone P. R. con sus traiciones y sus maldades «ignoradas». Ayer, precisamente, escribí una suerte de canto mágico para conjurar a

P. R. No deseo que muera sino que sufra (este deseo me lo enseñó él, justamente).

Cartas a Humard – Silv[ina] – Palm – Guggenh[eim] – Laure.

1 de noviembre

Rompí el «canto mágico». Leo —voy por el final— el Apocalipsis; Lautr[éamont]; Góngora. Falta Kafka y Herzog. (*5 livres différents*.)

Ver —para cuadros— *La chambre secrète* de A. R. Grillet.

2 de noviembre

En estos días empezaré a preparar mi viaje. Toda esta semana vi personas sin interés e incluso turbias e ineptas. Otra excusa para no escribir. Mi cólera actual contra P. R. necesitaría desplegarse en un escrito que no creo poder hacer en Argentina. Nada me parece más importante que empezar *Les Chants*. Además, las descripciones de Bosch y Brueghel.

Mi imagen de P. R. es horrenda. No lo siento siniestro ni loco sino levemente malvado y bastante vulgar. Lo que más me molesta es su creencia de ser un genio. Pero si descubro que ha logrado, *malgré tout*, apartarme de la escritura, entonces tendré que matarme o, tal vez, si tengo fuerzas, vengarme de él de un modo muy sutil. Ahora no quisiera verlo más si bien deseo que piense en mí con la envidia de siempre. Pero no debo olvidar que dijo que nunca podría vencerme en lo referente al escribir. Algo en mí le da la razón y, simultáneamente, tengo miedo.

4 de noviembre

S. me dijo algo que ya sé: «Vos no hablás correctamente ningún idioma». La extraña cordialidad de S. y su «olvido» de su invitación. Su deseo de no vincularse a mí y, al mismo tiempo, su interés y su curiosidad por mí. Creo que sabía que X. vendría a verme —sin duda J. S. de R. estaba en su casa— y llamó para que nada pasara entre X. y yo. A propósito de X., me ha subido la desconfianza junto con un sentimiento de piedad —mi sent[imiento] de piedad por los seres en ruinas, los fracasados, los desechos, los que obedecieron en algún momento a sus reclamos más íntimos y lo hicieron tan bien que obtuvieron fortuna y fama.

Siento que P. R. se va a morir pronto y que yo me reconciliaré con él. Sabré, entonces, que no es demoníaco y que ningún ser humano es demoníaco. No puedo o

no quiero no creer en la bondad o en la ternura. He sufrido demasiado y el mal no me atrae. Además, por otra parte, ¿por qué olvidar sus bondades conmigo? No sólo sus obsequios encantadores sino su compartir tantas cosas mías. Pero tengo miedo de pensar que me ha separado de O., que ha intentado malograr mis imágenes de Octavio, Mand[iargues], Julio, Borges y Silvina. Olvido la principal: Cristina. Pero si lo movieron los celos, es señal de afecto, creo. No sé, es señal de adhesión al mal gratuito (el mal es siempre gratuito).

Todo lo que escribo en mi diario son cosas sabidas, pero conviene repetirlas a modo de advertencias.

¿Qué quiero escribir?

Quiero componer *Les Chants* y, asimismo, describir dos cuadros: el de Bosch y el de Brueghel. El segundo me impresiona más, actualmente. Sobre todo por el frenesí del niño de cubrirse con la máscara.

Lecturas: juego (Diógenes y libro).
ZF dediée aux masques.
Notas de Herzog – A. Robbé-Grillet – ver *Tel Quel*.

Me obsesiona demostrar a S. O. que escribo admirablemente *un* idioma.
No es tiempo, creo, para *Les Chants*.
Sensación de haberme perdido en un museo.

Lecturas: Lautr[éamont] – Góngora – Kafka – Herzog – *mort* – a veces Quevedo—*Une martyre* (para Brueghel).

A. R. G.
Es, ante todo, una mancha roja, de un rojo vivo, brillante, pero sombrío.

9 de noviembre

Conversación con Marcelo. Me dijo que P. R. es, para mí, peligroso. Me dijo lo que ya sé. Me aconsejó invertir el dinero de la beca en psicoanalizarme. «París es un paréntesis», dijo. Claro que lo es. Y además una fuga de B. A., ciudad que no logro asimilar. Pero París es mi destino de poeta, también. No lo acepto, sin embargo, puesto que sufro y no quiero sufrir. Además, ¿a quién veré allí? ¿Qué haré allí? Idealizo una ciudad tan malvada como ésta (pensar en M. J.; en M. L.; en Chichita; en el silencio de Aurora; en el desamor, etc.).

Acaso el consejo de M. fue lo más profundo que me sucedió en estos meses[63].

La conversadera está poco lograda. Tanta conciencia del vacío del lenguaje y de su

imposibilidad sólo sirven para impedir «denunciar» esa conciencia.

Lecturas: Cortázar (62) – Pound – Vallejo – Kafka.

22 de noviembre

Fini Vallejo.

25 de noviembre

Lecturas: Pound – Genet – Cortázar – Kafka— O. Paz. Desinterés por el libro de J. Sin duda roza conflictos que son míos pero no comparto el modo de expresarlos. Por otra parte, es un refrito surrealista y patafísico.

Hoy debo hacer los sobres. Puedo dejarlo para la noche (comprar estampillas).

Elegir poemas publicables y pasarlos mañana, cuando viene Emma.

27 de noviembre

Curiosa defensa de Kafka de las «pequeñas literaturas». Entre otras ventajas, está la de crear símbolos y la de buscar formas de expresión propias. A lo cual agrego que no existe la sensación de que todo ya ha sido dicho, lo cual descarta las búsquedas puramente formales. No creo, sin embargo, que resulte posible leer nada más que a los pequeños colegas. Y frecuentar otras literaturas sólo sirve para querer hacer como ellos, es decir, crea la ambición de una suerte de perfección imposible.

Lecturas: O. Paz – Kafka. (*Fini* Genet y Pound.)

29 de noviembre

Ayer, presentación de mi libro. Estaba tan afable y contenta y serena con todos porque no los veía. Algo —mi enfermedad— se interponía y yo jugaba el juego que me tocaba jugar. La dama extranjera, ¿quién sería? ¿Una espía nazi o una profesora de literatura? Luego una pareja desconocida, humilde y cordial. Estos tres personajes inesperados fueron el regalo del azar. Quisiera tener algunos buenos lectores *desconocidos*.

Lecturas: Leí el ensayo de Octavio sobre L. Strauss. No me interesa demasiado.

Quiero leer acerca del lenguaje pero no de esa manera exclusivamente mental. Queda Kafka, Cortázar y los poetas que quiero o que debo leer: acaso Lugones, acaso proseguir con Góngora. Releer partes del ensayo de O. y, sobre todo, *Corriente alterna*.

Los libros sobre el lenguaje poco me enseñan acerca del lenguaje.

Lect[turas]: Kafka (diario), Cortázar (novela), Lugones (poesía), Paz (C. Alt.) (ensayo).

Visita de T. Gondra. Pensar en los horarios que me dijo.

Fichas de *Festín de Esopo —à la machine*.

Domingo, 1 de diciembre

Imposible imitar los horarios de T. G.: no puedo despertar antes de mediodía. Culpa de P. R., en gran parte.

2 de diciembre

Salvo Kafka, la literatura no me gratifica. La mía, menos que ninguna, por supuesto. No escribo lo que quiero y, esto es consecuencia de aquello, escribo poco y a duras penas.

Hoy me levanté temprano. Leí algunos poemas de Lugones que me causaron repugnancia y, también, una mínima y desdeñosa admiración por su condición de orfebre o de «señor de las palabras» (usa las más feas).

El libro de J. me está gustando más. Es falso pero alude a lo que me duele (en parte, por supuesto).

Mi simpatía telefónica es enfermiza. Quiero aprender a hablar poco, es decir lo necesario.

Corriente alt[erna] es (lo acabo de empezar) muy bello y muy retórico. O, tal vez, la salud del poeta incluya este ordenamiento de nociones a fin de saber «que para cantar hay mucho todavía».

3 de diciembre

Probablemente llegaré tarde, también, al concurso de Necochea. ¿Tanto temo los premios? No, me resulta execrable andar «viviendo» de lo que hacía antes, cuando no

me distraía. ¿Y el libro? Fue mi solo quehacer.

En resumen, la salud del poeta que aunque no quiera soy, reclama o necesita lecturas de otros poetas y, asimismo, escribir todos los días su diario. Pero leer poesía y reconstruirla es, debe ser, tiene que ser, mi faena cotidiana. ¿Sobre qué escribiré si escribo tanto? Pregunta falsa. Leo poco.

Miguel de Molinos. Fr. Luis de Granada

Miércoles, 4 de diciembre

Leí M. de Molinos y me atrae. Pero lo que yo buscaba era una prosa paradigmática.

Tal vez (sin duda) ya le dije adiós al Dr. P. R. Esta agónica espera de verlo y hablar con él sin entenderse en apariencia, sólo en apariencia.

Creo que no debería, de ningún modo continuar escribiendo hasta mi partida. Creo que debería ordenar los papeles que llevaré además de mis *Chants*. Tampoco debo leer con tanta urgencia. Los *Chants* no saldrán mejores si leo más de lo que puedo, que es muy poco.

Empecé a releer a Éluard. Acaso por su claridad.

5 de diciembre

Cartas a Sarita, Girri, Ivonne, Esdras P. (1 foto sola).

Seguridad mezclada con la esperanza de no estar segura, de que nunca más veré al Dr. P. R. Ignoro de dónde obtendré fuerzas para tolerarlo. De nuevo la soledad absoluta con el suicidio por horizonte.

10 de diciembre

Esfuerzos por mantener el buen ánimo de mi madre. También de algún modo, estimulo a F. para que estudie y realice cosas. ¿Y a mí? ¿Quién me pide que escriba? Los únicos fueron Octavio y André.

Lecturas mediocres: un cap[ítulo] diario de Molinos, que ya empieza a resultarme indiferente. Luego, poemas de Éluard. No los comprendo. Los comprendía de chica pero no ahora. Acaso busco en ellos lo que no se debe: la inteligencia, la sabiduría. Deseos ocultos de escribir poemas en verso y conciencia plena de mi imposibilidad por causa de mi fractura rítmica.

Decido no escribir sobre N. N.

Lecturas: K. – Molinos – Éluard – Octavio (*Corriente alterna*).

12 de diciembre

Éluard – K – Octavio.

Cartas a Teddy – Olga – libro a F. Valle – Liscano (foto) y Madela Ezcurra – Vila Ortiz.

13 de diciembre

Corregí «A plena pérdida». Nada tiene sentido. Leí poemas de Éluard. No los entiendo, no me gustan. Luego pasó el tiempo. De pronto fueron las 21:30 h y esto no lo entenderé nunca. Corregí el poema, leí unos poemas de Éluard y así se hizo muy de noche. No es posible que las horas se diluyan tanto. Pensé en el viaje. Escribí una carta a C. C. que rompí sin releer. Luego —o antes— sentí una gran excitación. Pienso en el viaje y me excito.

No puedo despertar. No veo las mañanas. En cuanto a las noches, me acuesto temprano para ver si sucede el milagro de levantarme temprano. No hay milagros para mí. Los dragones no se convierten en princesas. Desaparecieron dentro de mí.

Lunes

Pánico parecido al que censuré en V. Woolf cuando E. P. me dijo que en *La Nación* apareció una nota «estúpida sobre tu libro». Pensé en mi madre, en los sacrificios que hace para que yo escriba y sea toda una *femme des lettres* consagrada, y esto no lo pude soportar. Entonces me dormí: soñé, entre otros con Silvina y con Bioy, representantes de la literatura tradicional. Por fin hoy mi madre me dijo que me sacaron «una nota interesante» en *La Nación* o sea que la interpretó mal (o tal vez bien, ¿cómo saberlo?). Pero nada de esto me alarma. Lo esencial es que pensé, incluso, en dejar de escribir… para no molestar a nadie, para que no me den duro, para que no me anden manoseando. O, simplemente, en escribir y no publicar. Es extraño, pero yo me sentía bastante *intocable*. (¿Acaso soy Borges para someterme a semejante orgullo?) Por otra parte, es significativo que se ocupen de mí, aun si es para castigarme. De algún modo, no me pueden *ningunear* ya, y es esto, en el fondo, lo que en este país se considera castigo. Yo, por mi parte, prefiero el silencio a esas

manifestaciones dudosas. Pero mi libro es muy difícil y nadie o casi nadie podría comentarlo con justicia. Esto no quiere decir que yo estime que se trata de un libro perfecto. Acaso creo lo contrario, pero de todos modos, pocas veces se han hecho tales esfuerzos por aclarar lo indecible.

He dormido el domingo y parte del lunes, gracias a la nota.

F. tiene razón cuando critica la indiferencia de los escritores por la política.

Creo que el método de Alice resulta ineficaz o, al menos, casi del todo ineficaz. Es positivo en la medida en que se trata de un estilo prolijo que no permite escapar a otro tema. Pero su lentitud demora el acaso improbable encuentro con mi propia lentitud.

¿Cuál es mi estilo? Creo que el del artículo de la condesa. Por momentos sentía que me abandonaba totalmente e incluso después, al corregir, no sentía que cercenaba mi persona. Luego dejé de practicar esta escritura estimulante y clara y, asimismo, penosa (no debo olvidar que escribía unas diez horas por día). Pienso, ahora, que soy una pésima crítica de mis escritos. Cuando hice el artículo de la condesa no supe que era tan bueno: tuvieron que llegar testimonios ajenos que lo confirmaron. Luego, en los artículos siguientes, me mostré confusa y acaso mediocre (o, al menos, les sustraje esa suerte de *magia* o, simplemente, de belleza que amalgama el texto al que me refiero) pero insisto, una y otra vez, en la fascinación por el *tema* de mi nota. Nunca, después, volvió a sucederme algo parecido. Me creo un tanto capaz, es verdad, de hacer sobre N. N. o sobre algunas escenas de este libro. Preferiría sin embargo no escribir ensayos sino prosas de ficción. Quizá debiera proseguir con el estilo de los cuentos brevísimos, no lo sé, no estoy convencida de su eficacia. Además, me obligan a escribir en un estilo filoso y a cuidar que no sobre ningún término, con lo cual mi abandono del poema pierde sentido puesto que mis cambios de *formas*, que yo llamaría cambios *espaciales*, tienen por objeto hallar un espacio literario como una patria o, si esto es demasiado, como la choza que encuentran en el bosque los niños perdidos.

Yo creo que *Les Chants* me darán un espacio. Al mismo tiempo me gustaría partir de cero.

Esta prosa de mi diario se parece a lo que llaman una prosa normal. ¿Por qué, cuando escribo, no trato de apelar a ella? Pienso que mi correspondencia con C. C. me hacía bien pues me obligaba a escribirle con claridad. ¿Es una virtud la claridad? Ignoro cuáles son las virtudes. Sólo conozco los deseos. Uno de mis deseos es escribir en una prosa como la de mi artículo sobre la condesa. Creo que la necesidad de interrumpir el exceso de profundidad —obligarme a detallar circunstancias externas de la condesa— me dio una libertad (y acaso una profundidad) que jamás me conceden mis propias fantasías, desligadas de todo detalle concreto.

17 de diciembre

La mirada casi de odio de P. R. Luego, para hacérmela olvidar, me mintió diciendo que yo tenía hora con él. Durante media hora hicimos un simulacro de psicoanálisis. El resultado fue el aumento de mi angustia. Agrego que la mirada que parecía de odio (al verme entrar en el café) se transformó cuando le comuniqué buenas noticias. Pero lo cierto es que me estoy despidiendo para siempre de P. R. Y ahora esa mirada no me permite consolarme con el dudoso argumento de que no puede curarme porque está enfermo. Esa mirada me la destinó porque yo lo perseguía, estaba en un estado desastroso y yo lo perseguía. Nada más desastroso que mi estado actual, sin la falsa ilusión de algo a modo de cura. Yo creo que este hombre es de la estirpe de los traidores. No creo en lo que todos: que no se lo puede gratificar, etc. etc. Creo, en cambio, que huye y a alguien que corre y se escapa no se le puede dar un regalo. Él prefiere no recibir nada para fomentar su leyenda.

Su envidia es total. En cuanto menciono algo para mí me apresuro a incluirlo a él (o a Marcelo) en el beneficio, por temor.

19 de diciembre

De súbito, ningún deseo de ir a París sino de quedarme y de embellecer mi casa. O sea: volverla tan confortable que pueda escribir y leer según mis deseos. ¿Y París? No deseo pagar tan caro mi estadía allí. Estas dudas provienen de la carta de Laure. Me molesta pagar tan caros el alojamiento y la comida. Pero me sentiría tranquila (no es seguro) y podría reescribir mi libro (no es seguro). Creo que no siento deseos de ir. Creo que quiero ir tan sólo para no ver al Dr. P. R. ni a mi madre durante un lapso.

Ordenar lecturas: K. – Quevedo – *Corr[iente] alt[erna] – El hombre y las cosas* – (falta poesía).

Hoy empiezo a ver *Les Chants* – Leí el 4.

21 de diciembre

Extraña contienda con el tiempo sucesivo. Angustia de tener las horas contadas por el mero hecho de no poder evitar el controlarlas. Nada me importa, escribo peor que todos. Además, apenas escribo. Esto se lo debo, en parte, a P. R. O, mejor, esto forma parte de mi venganza, una venganza estúpida pues debiera ser al revés.

Luego, está F. Noto que me deja sola con entera facilidad. Al mismo tiempo, quiere compartir mi casa, y esto no puedo permitirlo pues sería una intimación (otra vez más) al exilio.

23 de diciembre

Soñé que me disparaba dos (acaso tres) tiros en la sien derecha. Por alguna razón insospechada, todos teníamos que matarnos. Recuerdo el llanto y los quejidos de los niños, a quienes engañábamos hasta el último momento acerca de nuestra única finalidad, que era matarnos. Creo que el problema era que hacían falta cadáveres frescos. Tal era el reclamo de la tierra. Los muertos estaban viejos y necesitaba carne y sangre nuevas.

Dificultades para levantarme. Pensé en S. y sentí que me enviaba efluvios imbuidos de magia negra. Pensé en la estrella de David como signo exorcizador y así, en duermevela, me defendí del maleficio. Omnipotencia, creencia en mis fuerzas ocultas. En el fondo, creo ser más vidente que O. Esto se relaciona con su premio y con mi sensación de facilidad al haber descubierto la mísera omnipotencia de S., quien se conforma con poco en cuanto a voluntad de poder.

Por un extraño castigo he destruido lo único que tengo: la soledad de la poesía. Poco o nada me une a F. y yo no tengo por qué hacerme cargo de su orfandad. Por otra parte, tengo bastante con mi propia orfandad, real e inalterable. Este fin de semana tan nulo ha sido una advertencia. Ignoro de dónde provino mi debilidad con F. Tal vez porque al principio me ayudó un poco a luchar contra mi desorden. Pero ahora lo aumenta inmensamente. Somos socias, ahora, en virtud de un pacto ignorado. Sin duda me identifico con su inseguridad (en apariencia mucho más intensa que la mía) y trato de remediarla como puedo, es decir dañándome. Tendría que conversar francamente con ella y explicarle que no debe contar conmigo para solucionar sus problemas. Según D. mi problema es que no sé decir no. Es hora de aprender; incluso a mi madre debo decirle *no*.

Todo lo que no hice e hice este año fue una excusa para no escribir. F. me parece una suerte de castigo, alguien enviado para mi mal, es decir, para destruir mis lazos especiales y positivos con la soledad. No creo que F. sea diabólica pero sé que está relacionada con mi sueño de anoche, en el que tuve que matarme. ¿Acaso no he dicho que me mataría si no tuviese un espacio propio, un lugar para mi poesía? Y de pronto el espacio está invadido, es hostil y desagradable. Este fin de semana hecho de nada y de frustraciones tuvo que concluir en un sueño parecido a la más severa advertencia.

Puede ser, también, que presienta algo malo en mi viaje a Córdoba. La evocación de la magia negra puede ser la forma en que expreso mi temor al viaje. No sé, creo que no voy a morirme así nomás en un accidente y, al mismo tiempo, siento vulnerable a O. en el sentido de haberse dejado vencer por S.

Cartas a Mandiargues, Liscano, Simon, Ferro.

24 de diciembre

Terrible tartamudez al hablar por teléfono con Mme. S.

1969

8 de enero

Horrible descanso en La Cumbre. Todo comenzó cuando descubrimos un nido de ratas. Falta de intimidad compensada solamente en los momentos de lectura por un hundimiento en el fondo de un libro. Primera desilusión de O.: no, no vale un viaje a la Argentina. Profunda repugnancia por sus amores por V., tan parecido, en algunas cosas, a mi padre. Y ahora tengo miedo y no sé qué hacer con él. Por otra parte, se acerca el aniversario de la muerte de mi padre. Iré al cementerio (esto aumenta mi miedo). Luego, la seguridad de estar despidiéndome de P. R. o de haberme despedido ya. Además, y sobre todo, el viaje a USA, que me llena de pavor así como el viaje a París me da una sensación de inutilidad. Quiero quedarme en Buenos Aires, donde no tengo amigos.

10 de enero

No puedo levantarme temprano por causa de P. R. Temor de que telefoneen de su parte para decirme que no puede atenderme. Estuve en el Banco de X. y me quedé mucho tiempo esperando el cambio del giro. Me sentía amparada con tanto dinero que los empleados manipulaban. Mejor dicho, no sentía nada. Estaba silenciosa y tranquila. Es obvio que yo necesito mucho dinero y que parte de mis angustias del año pasado provinieron de la exigua suma semanal que me proporciona mi madre. Lo primero que hice al salir del banco fue comprarme una lapicera, la que estoy usando ahora, no sé si para consignar cosas que me interesan o si es para probarla. Creo que no funciona a la perfección, como ninguna de mis lapiceras.

Tratar de evitar el fin de semana con F., del que me quejaba en este diario. Más que nada, debo encarpetar *J. B.* y pasar a máquina los textos de *C[ahier] Jaune* en hojas iguales a las de «JB».

Libro a Sucre – Carta a Lagunas.

16 de enero

Cartas a Xirau – F. Gandolfo – Dessein (recibo) – Ivonne. Recibí carta de C. C. Me produjo contento y, al mismo tiempo, la sensación de un formidable

malentendido.

—¡Qué hermosa es la adultez! —dijo.
—Tan pronto dejar de ser una niña —dije.
—La adultez, la sensatez, la contemplación verdadera, desinteresada…
—Un horizonte de tumbas —dije
—¿Qué dice? —dijo.
—Dije un horizonte de tumbas —dije.
—Mera imaginería de Épinal —dijo—. Las edades de la vida… No me refería a eso cuando dije que la adultez es hermosa. Usted, por ejemplo, tiene 32 años y parece una adolescente. Pero no es esto lo peor sino que es una adolescente. Aún no se despidió del seno de su madre. Hablo en sentido figurado, naturalmente. Por otra parte, eso es cosa corriente entre ustedes, los latinoamericanos. No, no me diga que usted es de origen judeo-eslavo. Lo sé y no quita nada a lo que dije. Ustedes son inmaduros y sufren como huérfanos, y piden como huérfanos, y llegan a viejos sin haber conocido la adultez.
—Conocemos el adulterio —dije.
—Ya ve, ni siquiera saben defenderse como adultos. Tenía que decir una broma ineficaz para de ese modo concluir una discusión que le resultaría tediosa o, mejor dicho, insufrible.

Escribo desastrosamente mal y hablo con el Dr. P. R. de la escritura para mejor mortificarme. La escritura es algo que se escribe. Esto es una perogrullada pero también una verdad incontestable. Si no escribo no soy una escritora. Escritor es aquel que se expresa por escrito. No quiero o no me interesa tener talento oral, y por desgracia lo tengo.

¿Qué sucede ahora?

Sucede que he envejecido y mi expresión no ha envejecido y entonces no sé cómo decir o decirme pues no dispongo del instrumental adecuado. Además, mi caligrafía también ha cambiado; ahora es francamente fea. Quiero una escritura eficaz: rápida, breve y bella (no de una belleza estática sino nerviosa y caracoleante como el corcel blanco de mi imaginería poético-animal).

¿Y qué pasa ahora? Para qué estoy escribiendo cualquier cosa por el placer intenso de sostener esta bella estilográfica tan veloz. Hoy empecé a leer *La gramática* y me aburro aunque simultáneamente mis angustias disminuyen. Leo, asimismo, un *choix de poèmes* de Lope de Vega. hasta ahora no encontré nada digno del *cahier blanc*. No creo, por otra parte, que la lectura de clásicos como Lope me ayude. Esas frases retorcidas sólo acrecientan mi caos. Y la monja de la nave de los locos tañe el laúd y canta.

28 de enero

El ABC de la lectura de Pound. Dice con exageración lo que yo trato de explicar a P. R. desde hace tres años. Se trata de un libro que me duele porque hace referencia directa a mi viejo deseo arrastrado en la vaguedad del incumplimiento. Es decir: mi deseo de estudiar la poesía, de cuestionarla como quien parte a una aventura de la que de ningún modo sabe si hay regreso. Advierto, gracias a mi enojosa lectura, que escribo poemas en prosa por no saber qué hacer con el ritmo (e incluso la métrica) de los poemas en verso. No me consuela el ejemplo de un Michaux porque Michaux es esencialmente musical. Y todos —salvo Reverdy— lo son de una u otra forma. Pero yo soy sorda a la música del idioma. Entera y absolutamente sorda. Esto se conforma con mi astenia y mi tartamudez. Pero no; es un asunto de cultura.

30 de enero

Cartas a Monique Altschul – Celia Lynch P – Juanjo – Libros a [*ilegible*] y A. F. Molina.

Febrero

La cara satisfecha del almacenero; me gustaría ser él. Cara de bebé contento. La gente lo atormenta con pedidos y preguntas sin observar el turno pero él no se enerva. La mujer también es muy bella pero esconde algo: dolor o envidia. Algo la carcome, a diferencia de su marido. Lo que más me gusta en él es el buen ánimo con que acepta los trabajos más molestos e incluso los reproches de su mujer que de ese modo caen en el vacío. Sin duda es un individuo egoísta, pero debe de tener muchos amigos e incluso sacrificarse por su suegra (si tiene suegra).

Carta de André P. de M. Aristocracia en la comunicación de sus heridas. Cuando dice que siempre postergó los momentos felices para un después que no llegó, parece estar diciendo algo poco o nada trágico. Es mi contrario y a la vez somos de la misma familia. Con una diferencia notable: él es fiel a su aristocracia y se analiza lo menos posible. Yo me entrego a la interpretación peor que Kafka.

Una niña desnuda, regordeta, bellísima, sucia de arena, arrastrando una muñeca enarenada y un perro tan sucio como su dueña. Esta imagen me persigue y me obliga a sonreír. *Mon dieu! Mon dieu*! Aquí estoy yo, sola y sin hijos. ¿Qué hacer con este amor denodado a la infancia? Pero todo se soluciona si agrego que esa niñita soy yo.

Me gustaría tener una papelería con todas las clases de papeles que existen en el mundo. ¿Cuál usaría yo? Uno que permita deslizarse por él como Sasha (de *Orlando*

de V. Woolf) por el hielo.

5 de febrero

Poemas en prosa de Baudelaire. Seres marginados (voluntariamente o no). En el poema I aparece un «extraordinario extranjero» que sólo manifiesta adhesión a las «maravillosas nubes». Por lo demás, nada existe para él. No tiene familia; desconoce la amistad y dice ignorar el paradero del lugar que podría llamar «patria».

En el poema II, aparece una viejecilla llena de gozo por estar mirando a un niñito precioso. Le gusta tanto que quiere gustarle. Pero cuando se le acerca el niñito se echa a berrear de espanto. Entonces la mujer decide sustraerse de todo afecto humano y confinarse en la más pura soledad. (Por cierto que hay una ironía en su exclamación:… *l'âge est passé de plaire, même aux innocents…* O sea: nadie tiene la culpa de su sufrimiento.)

Poema III. Paralelo con Rimb[aud] sobre los nervios crispados *Les nerfs vont vite chasser*. Intensidad y crispación.

6 de febrero

Muchas lágrimas derramadas al pensar en Israel. Creo que ser judía es un hecho perfectamente grave. Pero ¿qué hacer una vez que se ha reconocido ese hecho y esa gravedad? Observo, al menos en mi caso, que mis rasgos judíos son ambiguos. Por una parte, una especial inteligencia de las cosas. Por la otra, un espíritu de gueto. Y, antes que nada y sobre todo, un profundo desorden, como si no hubiera hecho más que viajar.

La sensación de ser una poetisa vieja y fracasada. Fue cuando hojeaba revistas venezolanas. Antes mi nombre, e incluso mi fotografía, abundaban en ellas. Ahora, de repente, se cortó el hilo o aquello que me permitía leer, escribir y publicar con cierta regularidad. Me temo que continuará así hasta fines de este mes.

Escribir a Laure.

7 de febrero

Carta al YWCA a Mandiargues. agenda y F. Molina.

13 de febrero

Libro de Starobinski – Cartas a M. Ferro – Laure B.

15 de febrero

Cartas a Octavio – Sucre – Chelsea Hotel – Guggenheim – R. G. Aguirre – A. Biagioni.

20 de febrero

Cartas a Silvina – Aurora —Libro a Norah Lange – Separata a M. Hemmart – Carta a Aguirre – Octavio Paz – Libro a Aizenberg – Sucre – Libro a Biagioni – a Pichon – Libro a F. Molina a Luisa Sofovich – Separata a G. de Sola, a Alberto Lagunas.

21 de febrero

Anoche, D. C. me habló de mi sensualidad. Parece que yo suscito en los hombres una gran sensualidad. No me asombró lo que dijo pero había algo *imposible* que planeaba sobre nuestro posible encuentro sexual. La muerte de mi padre me impide entregarme a un hombre, cosa que no me parece bien ni mal: es un hecho. Por otra parte, yo no quiero acostarme con el primer recién venido y sin embargo ayer estábamos (D. C. y yo) maduros para acostarnos. Habíamos descubierto que nos interesa lo mismo, es decir hacer el amor. ¿Y F.? Si F. no hubiera estado, tal vez me hubiese acostado con D. C. Creo que F. y yo nos debemos a los hombres; creo que no somos lesbianas, y tal vez ésta sea nuestra desgracia. Creo que lo que me impidió acceder al requerimiento de D. C es su signo Géminis, idéntico al de mi padre. Además, está casado y tiene muchos hijos. Y yo no puedo ni quiero ser la concubina de mamá y papá.

Libros a Eve Durrell, G. Lanuza y Lupe [*ilegible*].

22 de febrero

Escribí muchas cartas. Estoy ansiosa por irme y escribir muchos poemas.

NEW YORK

17 de marzo

No veo el libro. Corregí cuatro poemas. Presiento que necesito crearme un nuevo método (o sistema) de reparación o corrección o recreación del poema. No despojarlo, como hasta ahora, de sus riquezas excesivas.

Sueño tenebroso con Bona y P. de M. Miedo más profundo que cualquiera de mis miedos conocidos. Mi miedo en N. Y. se vuelve extraño por estar mezclado con el desprecio. Pocas veces he sentido tamaño desprecio por un conjunto humano, por una ciudad, por eso que constituye el ritmo de una ciudad. Inclusive el Village, punto de reunión aparente de los artistas, no logra mostrarme algo que me explique que vale la pena vivir en él. He mirado caras vacías —algunas simpáticas, no lo niego— y he sentido que estaba en un lugar muerto. Poco me interesan los disfraces de esta gente pues no llego a vivenciarlos como disfraces. De alguna manera u otra, se trata del estilo de ropa que yo[64]

Buenos Aires, 2 abril[65]

Escribo desde *mi* casa. Gran alivio por haber vuelto y, al mismo tiempo, angustia ante la muerte. Empezó después de haber visto a P. R. Supe entonces que durante un mes había tenido una coraza que me impedía sufrir demasiado. Sufrir, por ejemplo, a causa del encuentro con M. L. o a causa del desencuentro con París en general. Sé, sin embargo, que volveré a París (o que no volveré nunca) de otra manera, con otra disposición, y me quedaré mucho tiempo, acaso para siempre. Entretanto, quiero escribir —aprender a escribir, si es posible— y quiero aprender a vivir sin necesidad de adquirir cosas, pues es esto último una de las razones por las que no pude quedarme en París. No. La razón primordial fue la falta de remedios.

Mi falta de entusiasmo hacia lo que escribo debe de comunicarse al lector. Escribo de mala gana, como si se tratara de un deber escolar. Lo único que escribo con agrado es este diario, en donde inclusive mi caligrafía es más vivaz y muestra una necesidad, la misma que me falta para corregir mi libro. *À quoi bon?* No logro ver la probable importancia de esos textos delirantes, escritos por la necesidad del momento pero no destinados a permanecer. Mi designio consiste en querer que duren, en querer transformarlos en textos llamados a durar. Acaso lo logre o seguramente voy a lograrlo. Pero a base de qué esfuerzos inenarrables, de cuántos meses o años de ascesis y vanos sacrificios.

Leo a De Quincey. También el libro de poemas de Mandiargues (que me parece muy malo) y el *Aleph* de Borges.

7 de abril

El tiempo que pasa: la gran revelación de París. He visto qué pasa cuando pasan cinco años. Por eso mi urgencia por volver a B. A. y transmutar el tiempo ciego en poema, en obra. En obra, sí, pero no en acto. Ahora estoy encerrada, prisionera de mis poemas. También ellos son ciegos como el tiempo, también a ellos quiero transmutarlos en un lenguaje significante, en palabra viva. Pero por ahora no logro corregir como quisiera a causa de la excesiva *autenticidad* de estos poemas, los cuales no muestran la menor fisura por donde introducirme para fragmentar y cambiar.

Ignoro la causa pero conviene recordar que B. C. escribió que el español no sirve para escribir frases largas. Sin embargo, no es esto algo que me corresponda saber ahora, pues las presuntas frases de mis poemas no son frases. Se trata de un lenguaje desarticulado que no puedo —pero lo haré, transmutar en el simple lenguaje comunicativo que quisiera.

12 de abril

No hay que operarme de la columna.

15 de abril

La madre y en el consultorio del Dr. P. Profundo judaísmo de ambas. Descubrí que lo que creí rasgos de mi madre vienen de más lejos. Esfuerzo de la madre, mucho más bella que la hija, por hablar como una vieja, como si su cara y lo que dice no se pudieran relacionar. La chica contó que cuando X. entró en su cuarto «me hizo llorar» porque (y aquí la nena empezó a hablar en yidish) «esto es una porquería y lo otro también y todo». O sea que X. denostó las cualidades de las nuevas prendas (tal vez eran muebles) de la muchacha. Otro rasgo: la madre en actitud solícita y apremiante en tanto la nena, que habla mejor el castellano, lo cual constituye una oscura superioridad, le responde seca y despectivamente, como si la madre fuera una cargosa, alguien que zumba en el oído. No obstante la madre no olvida su rol de censora: «vos sos así y así», decía. (Como mi madre.) Y entonces, si una es así y no

así, una comete errores incomprensibles, una es extravagante o, lo que es peor que todo, rebelde. «Sos una rebelde», decía mi madre queriendo con ello decir lo peor de lo peor. Pero el rasgo principal es éste: una madre judía, excepto que fuera paralítica o lisiada, no puede permanecer dignamente quieta en una sala de espera. Me refiero a mujeres como mi madre, que aún no perdieron lozanía ni agilidad. Esa inquietud física las lleva a tratar con las hijas acerca de temas demasiado íntimos para una sala de espera. Y como no saben hablar quedo, y como no quieren o no pueden disimular los arranques emocionales, el testigo se apodera de situaciones que no le conciernen, que inclusive le resultan penosas de oír sobre todo si ama el pudor y la discreción.

LECTURAS: Poemas de Borges y de Eliot. *La Marge*, de André.

16 de abril

Acabé de leer a *Eliot*. Me conmueve cuando hace referencia a las palabras, al significado y al acto de escribir.

Continúo leyendo los poemas de *Borges*. Mi falta de fervor es notoria. B. es inteligente pero es un poeta muy malo. Pienso que prosa y poesía han de diferenciarse inmensamente para que existan grandes prosistas que son malos poetas. Ahora, tengo la prueba en B. y en *Mandiargues*. Pero inclusive la novela de Mandiargues tiene un no sé qué que me enerva y me impacienta. No es mala, sin embargo, y acaso hasta sea muy buena. Me oprime, sobre todo, el argumento y el contorno del personaje.

Urge separarse de D., no enteramente, no romper el precioso vínculo sino hacerlo más leve. Porque algo me aprieta la garganta como una cuerda y yo sé que el lazo que no me deja hablar es D. He ido demasiado lejos en la soledad como para poder ahora ser dos con alguien. Por otra parte, me resulta intolerable que me robe tiempo.

17 de abril

Cartas a: [*ilegible*], di Giovanni, G. Lavalle, Esmeralda, Desseis, Secre, Silvina, C. C., Valeria, A. F. Molina.

Libros a: Esdras Parra, O. Paz, Y. Bonnefoy, Vogelmann, Bianco, Ivonne.

22 de abril

¿Y quién soy yo para crear personajes? Mi único drama, el drama central, es el lenguaje. Mi drama no me deja crear figuras parecidas a las de carne y hueso. (Me

sobresalto y me rebelo ante la expresión «de carne y hueso».) No es que mi lenguaje sea pobre, ojalá lo fuese. En verdad, pasa algo peor: mi lenguaje no es común. ¿De qué modo, entonces, crear ficciones creíbles? (Escribo esforzándome por pensar en mis pies, si pienso en mis pies acaso logre no formar metáforas poéticas grávidas de mi oscuro simbolismo.) No, no hay modo de crear ficciones y lo que ahora comienzo a escribir es un mero diagnóstico de un mal. ¿Cómo me atrevería yo a escribir una novela? No. Digámoslo así: ¿cómo se atrevería ella a escribir una novela?

25 de abril

Ayer recibí el envío de Starobinski.

29 de abril

Quiero escribir con dulzura, con delicadeza y con humor. No tolero los textos pesados pero sí los transparentemente densos.

Creo que mis ensayos futuros debieran versar sobre el humor.

Leer libro And[erson] Imbert. Escribirle.

1 de mayo

Imposible una labor continua. «La quantité de fragments me déchire».

9 de mayo

Leo *Bajo el volcán*. También, y sin motivo alguno, el *Libro del Buen Amor*.

Libros que debo leer: A. Imbert, P de Mandiargues, J. Liscano.

10 de mayo

Juan Liscano, «La palabra que sana» y «Los de lo oculto». Libro a María Zambrano.

Cartas a Monique Altschul – José Batlló.

11 de mayo

La paralización proviene de una supuesta creencia en mi ignorancia del idioma. Creo tener mucho, demasiado, que decir. Acaso fuera falso. En cuanto al poema, sufro por la extensión y por la prosa. *Quiero escribir en versos pequeños poemas perfectos*. O, en todo caso, poemas en prosa muy breves. Mi discontinuidad exige destellos, pequeñas luminarias que duran un instante.

Bajo el volcán. Me fascina y me exaspera. Hay algo un tanto fácil en esa imagen de la fascinación de la muerte. Pero me identifico con la no-reconciliación del Cónsul con el mundo. A la vez desconfío pues nada más lógico que identificarse con el Cónsul.

13 de mayo

Proposición de A. Molina: publicar un pequeño libro en Barcelona, la cual me permitió comprobar una vez más la bifurcación de mi tarea.

¡Es curioso cómo me desvío de esa tarea! Primero la traducción. Ahora el recital de Valeria. Por supuesto que no estoy en condiciones de ayudarle a programarlo. Así como rechacé la traducción rechazaré esta nueva trampa. Pero soy yo quien ruega a los demás que me tiendan una trampa. Luego es el trabajo por desenlazarme.

15 de mayo

Lectura de los cuentos de A. F. M. ¿Cómo es posible escribir tan despreocupadamente? Quiero decir sin atender a otra cosa que a la fidelidad del contenido. En cuanto a la escritura, es muy ágil y muy correcta e inclusive muy simpática. Aunque trata de fantasías y obsesiones personales, su estilo es tan veloz que me obliga a leerlo con velocidad. Las influencias de Kafka y de Michaux son más que evidentes, lo cual está muy bien, a lo cual yo me niego. Grave error: si frecuentara más a M. y a K. me daría cuenta de la falta de importancia de la corrección del idioma. O, más exactamente, mi idioma sería correcto y nada más. No. P. R. dijo bien ayer: mi problema es que incluso (y sobre todo) cuando monologo lo hago en un lenguaje hermético.

Debería continuar con las prosas de *Alice* hasta agotar el libro. Hasta ahora, los resultados fueron buenos y yo pude expresarme con cierta (con alguna) libertad.

16 de mayo

Imposibilidad de sustraerme al poder del sueño. Nada me atrae más que la cama, que anegarme en un lugar sin nombres y sin separaciones. Este lugar es, precisamente, contrario al lenguaje. ¿Cómo escribir, entonces, día, tras día, tal como lo había dispuesto? Es indudable que busco abolir el día a fin de volver a mis noches laboriosas. Sin embargo, tengo muchos compromisos diurnos, trámites pequeños que me obligan a levantarme por la mañana. De modo que duermo por la noche y, cuando puedo, también por la mañana y por la tarde.

19 de mayo

El sábado vino a verme Valeria R. Llevaba pestañas postizas que, según dijo, se aplicó en mi honor. Hizo muchas referencias al sexo y trató de denigrar un poco a D. Sin embargo, cuando creyó entender que yo pensaba separarme de D., instada por Valeria, ésta se asustó como si mi rompimiento con D. implicaría [*sic*] un drama escandaloso y temible. La verdad verdadera de la visita de V. es su carácter frustrador. Ella hizo lo posible para dejarme temblorosa de ansiedad sexual y una vez que lo consiguió dijo, como quien toma conciencia de la hora tardía: «Bueno, te abandono».

Conversación hoy con P. R. Nunca se está suficientemente a la defensiva en contra de los embates de los envidiosos del poder creador (literario en mi caso). Tanto D. como V. son obstáculos. Hoy lo descubro concretamente. V. me llamó 3 veces y consiguió hacerme desear su presencia, pero cuando le dije que viniera a leer a mi casa en tanto yo escribo, no aceptó o, mejor dicho, dijo que creía que no iría, con lo cual dejó un margen a la posibilidad de su venida. De esta manera, mi soledad —soledad para escribir y leer— se vuelve turbia pues algo «bajo y sojuzgado» aguarda dentro de mí la visita de V., quien no vendrá tan sólo porque yo lo deseo.

Como ejemplo de la poca eficacia de la escritura (de la mía, en todo caso) recién, al terminar el párrafo anterior, corrí a llamar a V. Como las otras veces, se mostró osada («tu est mon petit amour») y no obstante, creo que jamás me diría personalmente palabras tan simples y hermosas. Estoy condenada, pues, a los amores «condenados» desencarnados: C. C. y tantas otras y ahora V., a quien mucho temo pues es la persona que actualmente más me interesa. Por eso apenas trabajo. ¿Qué contento puede darme hacer otro poema sobre la ausencia?

Es curioso pero no estoy enamorada de V. por sus cualidades, sino por un algo misterioso que la vuelve interesante (acaso sea su vitalidad). En general, suelo ser fetichista y querer a alguien a fin de apoderarme de algunos rasgos físicos o mentales de que carezco.

Poemas de Apollinaire y J. Larrea – Diarios de K. – Bataille – Quevedo.

Terror de la pluralidad. Lecturas y escritos: todo demasiado. No sería demasiado si leyera un solo libro y si corrigiera un solo texto y todo ello, juntamente, en unas 8 o

9 h.

Ahora que pasaron varias cosas y V. entró en el olvido, me parece imposible que alguien como ella tenga el poder de impedirme hacer lo que quiero, lo que debo y lo que puedo.

Regocijo por los cuadernos y las hojas que me trajeron de USA. Es mi única verdadera gratificación.

20 de mayo

El abismo entre ayer y hoy. La dulzura y el cariño de V. telefoneándome 6 veces en el día y el silencio constelado de presentimientos de abandono definitivo del día de hoy. Todo esto quiere decir que, sin saberlo, yo esperaba a V. mucho más de lo que yo me decía a mí. No me extraña su abandono de hoy: yo debo de ser una criatura aburrida y pedante para ella (además, un objeto de envidia). No sé, no sé qué esperaba si hay en ella tanto que me disgusta: su adhesión a lo útil, su vicio de sacar provechos materiales, su avaricia e, inclusive, su belleza enteramente fabricada (sin afeites y con ropas menos llamativas sería o fea o simplemente pasable). Pero me atrayeron sus fuerzas animales, su neurosis, su —sobre todo— talento de frustradora. Es obvio que en este encuentro nuestro me quiso usar. Mis respuestas le aseguraron que no voy a consagrarle mi tiempo y eso la llevó, sin duda, al abandono de hoy. Me es muy difícil sobrellevarlo porque no es el primero. Todos los rostros de los que me abandonaron me rodean.

21 de mayo

S. O. me dijo que yo inspiro a los demás que me abandonen y me frustren. Desesperación. Nada más cierto. La enemiga más poderosa que tengo es la traidora que soy yo. Inclusive S. O. me angustió hondamente al decirme esta verdad. Ahora bien: no puedo cambiar mi naturaleza. ¿O acaso temo cambiarla? Haya o no cambio, quisiera adquirir una sola cosa y perder otra. Tener orgullo y perder mi excesiva bondad y amabilidad que sólo significan que tengo miedo de enojar (Recuerdo la frase de Octavio: «Soy desagradable» emitida con gran satisfacción.) No me interesa ser desagradable pero tendría —y esto es imposible— que aprender un lenguaje distinto. El mío es desastroso. También puedo no hablar con nadie, pero no creo que pueda estar sola y estoy sola porque me dejan. Ahora, por fin, comprendo por qué C. C. me escribió: «Soyez seule. Soyez orgueilleuse». En verdad, tengo mucho miedo a la soledad. Aquí reside el punto central. Mis actitudes o mi lenguaje con los demás tendería a obligarlos a que me amen. Sin embargo, debo de hacerlo muy mal a juzgar

por los resultados. Creo que en París mi lenguaje era mejor (pero Marie-Jeanne, pero M. L., pero Arnaldo…). Soy una esclava. Una esclava no puede ser amada ni puede escribir con cierta libertad. Debería releer *El hombrecillo del subsuelo*.

Mi compulsión telefónica. Acordarse de que P. R. jamás llama a nadie.

Mi compulsión a decir excesivas amabilidad[es].

Mi apuro por hacer favores.

25 de mayo

Tengo que hablar con algo. Estoy habitada por voces que son un diálogo que quisiera tener con Silvina pero que nunca podré sostener. Estoy como paralizada por lo que me dijo y sueño con discutir la verdad total de lo que me dijo. Pero que me lo dijera ella, precisamente, me resultó humillante, puesto que es obvio que deseo que piense en mí con admiración y no como en el hombrecillo del subsuelo. Al mismo tiempo, accesos de sensualidad intolerable al pensar en V., a quien le interesa cualquier cosa menos los juegos sensuales conmigo. La conclusión es simple: todo me sirve de excusa para no trabajar. Y es ésta la única pena y la única frustración que podría ahorrarme.

Necesito incontables horas para la más mínima tarea. Problema de concentración. Reconozco verdades y las anoto pero ello no significa que mi conocimiento me sirva de algo en la práctica.

Diarios de K. – Quevedo – Rulfo.

27 de mayo

La verdad que subyace a mis movimientos tormentosos es la misma: busco excusas para no escribir. O, dicho de otro modo, V. era (es) una excusa para sufrir y no poder escribir.

Opacidad al reescribir un poema (el n.º 42) que escribí hace mucho con fervor y convicción.

Visita a Pepe. Envidia de su estudio tranquilo, *d'homme de lettres*, de su inmensa biblioteca, de sus horarios inmutables. Si yo pudiera trabajar de 12 a 20 h no desearía otra cosa (imagino) pero no hay nada que entristezca más que despertar después del mediodía.

Oleadas de euforia al pensar en el aprendizaje. El ofrecimiento de D. me gusta pues me obligará a estudiar.

28 de mayo

Voy a abandonar el poema n.º 6. Me resulta mediocre.

Malestar y angustia. Duermo todo el día, apenas leo ni escribo. La sola aspiración a un aprendizaje es una ilusión totalmente falta de fundamento real. Desorden de libros y papeles: la única manera de vencerlo es dedicándome una hora por día, cosa que no creo pueda hacer. Todo esto deriva de mis horarios suicidas (y recuerdo perfectamente lo que escribió Breton acerca del olvido de las horas de *Nadja*).

V., quien me visitó ayer, me dio un vivo ejemplo de la melancolía intolerable que implica el no poder crear. Por mi parte, si bien trabajo un poco, no dejo de estar paralizada por la contradicción entre mi interior laberíntico y la pobreza expresiva con que aludo a ellos [*sic*]. Por otra parte, P. R. dio en la tecla al decirme que (acaso por herencia) yo me hablo a mí misma en un lenguaje hermético.

No sé si estoy desesperada pero tengo poco tiempo para aprender a escribir bien y al mismo tiempo huyo del escribir y del aprender. Es curioso que me tenga que obligar tanto a escribir si he venido a este mundo para esta sola tarea.

Claro es que mi desamparo afectivo y mi sensualidad exasperada se conjugan para destruirme. Ayer, sin darme cuenta, asombraba a V. besándola intempestivamente. Es verdad que no la amo pero la deseo y para consolarme me convenzo de no desear sino a S., quien sería mi amor imposible a causa de su edad.

2 de junio

Es tarde para hacerme una máscara.

> ¿Qué has hecho del don del sexo?
>
> KAFKA

Varias páginas con *moradas* ideales, o sea: prolongar inconmensurablemente el poema «Moradas» (los t. y las n.) con ayuda de Bachelard.

Siempre quise vivir en el interior de un cuadro, ser un objeto a contemplar. Pero a veces quiero vivir en el ojo que mira ese cuadro en donde estoy. Este último deseo es menos frecuente que el anterior.

En el grito de una criatura humana que encuentra su verdadera voz en su «noche oscura del alma».

En el guante perdido, que yace en la reja de una ventana.

Adentro de una nuez.

Adentro del pensamiento nostálgico de alguien que está parado en un muelle mirando partir un barco.

En el pensamiento exasperado de alguien que piensa con furor que malgastó el

«don del sexo».

En el oído de un músico, en la mano de un escultor, en el sueño de un poeta, en los pies de un danzarín, en la mirada hacia adentro de un pintor.

Dentro de un anillo que en una época guardaba veneno.

En el ombligo de un rey.

En el interior de una frutilla.

Adentro de la casa bella y siniestra que está dibujada en un libro para niños que contempla una niña que fui yo.

Martes, 3 de junio

Como escondida detrás de mí corregí el *cahier* n.º 6 y empecé a pasar en limpio *Espejos velados*, seducida más que nada por este título. También empecé a pasar a este cuaderno las páginas de mi diario escritas en N. York y París. Sin embargo, a diferencia de ayer, no escribí nada nuevo. La idea del *collage* me sobrecoge y me desampara. La unión de los fragmentos vale la pena si cada fragmento es válido de por sí. Quiero decir: si los fragmentos son válidos aisladamente, la tarea de reunirlos es muy fácil. Nada más difícil, por el contrario, que reunir *fragmentos en borrador*.

Lecturas: Kafka – Rulfo.

5 de junio

Corregí el *ch[ant]* n.º 43. Terminé «Espejos velados». No sé adónde me conduce esta tarea literaria cotidiana. Quiero perfeccionar E[spejos] velados, creo que vale la pena. Además, no debo olvidar mis largas noches de vigilia tratando de componer algo hermoso sobre las criaturas trágicas y el reclamo que sienten de la muerte.

Agilidad mental de hoy opuesta a la pesantez de siempre. (Leer Nietszche despacito, como a un gran poeta.) Se debe, en parte, a que me levanté temprano. Sin embargo, con la caída de la noche viene la pena. Y es que no tengo tiempo. A pesar de mi mejoría, me levanto todavía muy tarde y duermo demasiado.

Espejos velados «Juego tabú»

Empecé mi antología. Descubro, en cuanto al hacer, que mi demorarme viene de mi temor a pensar. La ant[ología], por ejemplo, es una tarea más mental que manual. Y en verdad es muy fácil. A esto, aparece una voz que dice «pero no tengo tiempo».

Una cosa es ser miedosa y otra ser buena.

Viernes, 6 de junio

Corregí el poema n.º 18. Leo K. (empieza a darme miedo) y Apollinaire (para vencer las sensaciones siniestras que me produce K.).

Lunes, 8 de junio

Alegría de P. R. cuando le conté que rescato *Espejos velados* y que trabajo en los poemas con cierta exaltación. Luego, al volver a mi casa, apenas trabajé en *EV* y casi lloro de hastío cuando intenté corregir un poema. E. P. me pidió un favor y no me concentré en lo que me decía. Es que hoy me levanté muy tarde y al parecer es eso, misteriosamente, lo que más daño me hace.

Mañana: pasar a máquina el *Journal* de París (en hojas finas que pegaré en el cuaderno).

Ir al Congreso… y dejar mi carpeta.

Martes, 9 de junio

Noche de insomnio sin saber adónde ir dentro de mí. Las viejas fantasías me aburren; otras nuevas no tengo. No sé adónde evadirme. Acaso si comenzara a pensar, quiero decir: si no tuviera miedo de pensar.

Terminé *Espejos velados*. Necesita una buena corrección. «Pero no excesiva», dijo P. R., con todo derecho, puesto que las ideas de ese texto son de él.

Rehíce el poema 14 mediante un gran esfuerzo de voluntad. En verdad, lo que yo quería —puesto que estaba en estado creador— era escribir cartas, sobre todo a M. J. para que me envíe papel de París (¿para escribir qué cosa?). Nada me conviene más que comprarme papel ilustración para terminar con el mito del papel extranjero.

Empecé a pasar (*à la machine*) el *Journal* de París.

Miércoles, 10 de junio

Hoy es el día en que más tiempo tuve, en que más temprano me levanté y también es el día en que estuve más lejos de mí y más inepta para escribir.

Seguí con el poema 19.

Ayudé a Enrique P. y a O. O. en sus dificultades. Acaso sea la primera vez que ayudo sin ofrecer mi ayuda. Esto me importa seriamente.

Leí *Apollinaire*, poemas graciosos y medianos. Quise empezar una media docena de otros libros. Me negué. Quiero leer un libro o dos —a lo sumo.

Terminé los diarios de Kafka y ahora me siento más sola que nunca.

Simplicidad de las imágenes de Apoll[inaire]. Cuando se lamenta, es clásico. Cuando es nuevo, dice cosas graciosas. Pero hay algo, en las imágenes, que le es característico, algo que encuentro en los poetas rusos, por ejemplo.

Jueves, 12

Cartas a Sarduy – F. Molina – J. R. Medina – Libro de Borges a D. Lyon Caen – Julio – D. Lyon – Caen – M. J.

Escribí demasiadas cartas y estuve demasiado con mi colección de lapiceras (ninguna es mi predilecta). Pienso en Mandiargues (ese escribir con lo que se tiene al alcance de la mano).

Terminé Apollinaire. Empecé la *Antología* de Gerardo Diego. Quiero ver si puedo leer un libro por vez.

¿Es posible leer nada más que poesía? No lo creo.

13 de junio

Antología de Gerardo Diego. Leve interés por Aleixandre, ninguno por L. Felipe.

Llamada de S. O. Dijo que le sucede sentirse muerta. No le creí. Creo que le dio malestar mi descreimiento como si él la volviera más muerta.

Leí una conferencia de Jarry: sin importancia.

Quisiera acostumbrarme a traducir un poema por día. Pero esto suena mecánico. No será mejor traducir los poemas que me gustan como [*ilegible*]

Sábado, 14 de junio

Decidí publicar poemas nuevos en vez de la antología. Esta decisión me permitió constatar cuánto he trabajado y cómo trabajo. No conozco otro poeta que conceda todo el tiempo de su vida a la poesía. Y sin embargo tengo mala conciencia en materia de *aprendizaje*. Leo poco y mal. Agregué a Ant[ología] Esp[añola] y rev[ista] pat[afísica], el libro de Barthes que me resulta muy difícil. Alguna vez, si mi ansiedad disminuye, dedicaré un largo período a las lecturas. Y sin embargo, no se trata de esto: hay que leer todos los días *et c’est tout*.

Me gusta Rubén Darío, me gusta *interiormente*. Empiezo a quererlo, si bien era un poeta «burgués».

Domingo, 15 de junio

Leo Barthes. La escritura es una opción a diferencia del lenguaje y del estilo. El estilo nace de la *necesidad*, está en la frontera de mi cuerpo y del mundo. No obstante, ¿qué pasa, *par ex.*, con los *Diarios* de Kafka, escritos por pura necesidad? No es esto, empero, lo que me importa sino la conciencia de que la poesía —y la literatura— es más que mi necesidad animal (o patológica) de escribir lo que escribí.

Otra evidencia: de cada veinticinco poemas uno escribe —y esto si tiene suerte— cuatro o cinco poemas válidos. No me quejo. Digo que el movimiento que nos impulsa a escribir un buen poema no se diferencia del que nos hace fracasar. Algo —el azar u otra entidad abstracta— interviene para dotar de gracia a algunos poemas.

He reunido 19 poemas para publicarlos en Barcelona. El acto de elegirlos me impidió escribir o seguir el hermoso ritmo de la semana pasada. Esta semana que viene no escribiré bajo el pretexto de tener que pasarlos a máquina y mostrarlos a alguien, por ej. a Olga.

Adhesión a S. Me aferro a ella, necesito figuras aureoladas. Sin embargo, desde que volví del viaje es menos inalcanzable. O soy yo que envejecí y no me preocupo tanto por esta suerte de distancias.

Lecturas: *Ant[ología]* de G. Diego (¿cuándo la acabaré?) – R. Barthes y 3 n.º 5 de la revista de *l’école pathaphysique* (necesito leer textos de un humor muy alto y no los encuentro).

Escribir antes del jueves a Laure.

17 de junio

Dr. Piqué: martes 24 a las 6:15.

—Vivir no me sienta —dijo.

Hoy ya es martes y no logro romper la arritmia psíquica del domingo en que me levanté a las 13 h. Hoy no podía salir de la cama. Estoy vestida con la misma ropa —con ella duermo— y hace casi una semana que no me baño.

Empecé a pasar poemas para España.

Lo principal va mal. Leo 3 libros a la vez y la promiscuidad en las lecturas me lleva a mezclar los escritos.

Terminé el 19 (que creo voy a romper) y empecé el 16 (más apropiado para carp[eta] *jaune*, que trasladaré a carp[eta] *vert*).

De súbito, deseos de tener un teléfono blanco o rojo, un teléfono *de luxe*. Cuánto debo de haber deseado en mi niñez sin que nadie satisficiera mis gustos.

Me presentaré a la beca de Iowa. Aprenderé el inglés e iré a una pequeña ciudad en donde pueda trabajar. Pero ¿los remedios? Acaso 5 frascos de Dap[risal] sea suficiente. No debo contar mucho con E. Más vale preguntar a C. V. Soto y a Milka. El fin es el siguiente: ahorrar dinero (alquilaré mi departamento) de la beca y vivir un año más sin hacer nada. Con la beca Gugg[enheim] he sido algo tonta: la he desperdigado. Pero me hacía falta todo lo que compré y aún necesito más. Por ejemplo una buena cama y una mesa de luz. Lo de la cama sería bueno en Maple o algo parecido. La mesa en Juncal y R. Peña.

18 de junio

Me levanté temprano y me desgastó la radio de mi vecina. Éste es el precio por una vida diurna y «sana». ¿Cómo concentrarme en un poema con la radio a todo lo que da?

Recibí carta de Yves Bonnefoy. Se refiere a la «intensidad seria y serena de mis poemas que pueden iluminar de súbito toda una distancia». *Seria y serena*: he aquí lo que no soy y que sin duda soy en mis poemas. O sea, en ellos soy la que quisiera ser. Por eso, tal vez, desdeño tanto el desorden inicial con que nacen mis poemas.

Éste es el año en que más me preocupo por la escritura y el poema.

Abandono la lectura de la *Antología* de G. Diego. Mi deseo de ser Octavio Paz es un absurdo, a mí me cuesta adquirir una cultura enciclopédica. A él no le cuesta nada porque es un intelectual innato. Por otra parte, la lectura de los españoles sólo puede darme esa falsa soltura que los vuelve formales y vacuos. De algún modo es una suerte mi incultura españolizante. Lo que me interesa, sí, es leer a los propios, a los familiares, a los entrañables. Leerlos y releerlos.

Queda, como lectura un tanto obligatoria, el texto de R. Barthes.

«El error consiste en profundizar demasiado…»

Pienso, no obstante, leer de vez en cuando a Cernuda, Lorca, Aleixandre, Guillén, D. Alonso, etc. Pero cuidado con su idioma (el que prefiero, si bien no es mi ideal ni mucho menos, es el de Cernuda). Aleixandre propone imágenes a veces lindas, pero es tonto, casi tanto como Alberti.

Recibí *Papeles de Son Armadans* con mi cuento impreso: «El hombre del antifaz azul». Excepto dos erratas, está muy bien presentado y puede decirse que es un buen cuento.

Queda la incógnita. Por qué no continúo haciendo cuentos como «El hombre…» o «A tiempo» o los basados en *Alice*.

Acaso puedan agregarse a *Esp[ejos] velados* algunos textos *trágicos*.

20 de junio

Anoche, reunión en lo de Elvira Ocampo. Salvo yo, todos llevaban apellidos de la alta sociedad e inclusive había una princesa (con la que me entendí muy bien pues yo no sabía en esos momentos que era una princesa). Me sentía muy bien, quiero decir: no me sentía exigida sino aceptada por mi simpatía, por mi gracia o por lo que fuese. Otra cosa que me hacía sentir muy bien: la cultura general, profunda o no, de esa gente. Comprendo que no quieran cambios, que no quieran dejar de ser lo que son. Trato de imaginar, a partir de esta pequeña aristocracia, lo que pudo haber sido el mundo que tanto atraía al joven Proust. En cuanto a mí, supongo que al aceptarlos con tanta simpatía, ellos me la retribuyen por una suerte de ley de imantación de las criaturas.

21 de junio

El hombre del antifaz azul (parte II)

Había llegado ya el momento de irse, pues la orilla estaba llena de gente. Veíase una recitadora, un fabricante de cojinetes, un ciclista, un erotómano y otras extrañas personas. Como si se fascinaran mutuamente, ninguno se movía y eso que todos querían alejarse de ese lugar que parecía imantarlos. Todos estaban mojados, apretados unos contra otros, chorreando agua, llenos de incomodidad.

El primer problema era secarse, pues nadie tenía toalla. Celebraron una consulta acerca de ello y al cabo de unos minutos a A. le pareció a cosa más natural del mundo estar hablando con ellos, como si los hubiera conocido de toda la vida. Discutió, inclusive, con la recitadora, durante largo rato, hasta que al fin ella exclamó:

—¡Soy más vieja que tú y, por lo tanto, más secante!

A. no aceptó esta explicación hasta saber lo vieja que era la recitadora, quien se negó a decir su edad, quedando así terminada la discusión.

De muy mala gana rehíce el poema 23. Tenía sueño y frío y ese poema no era mi morada.

22 de junio

Estoy en poema 25, enteramente laberíntico. Quisiera prescindir del pizarrón pero mi concentración es demasiado precaria.

Quiero corregir (sin el pizarrón, naturalmente) *Espejos velados*. Y también continuar con el *Hombre del antifaz…*

Todo esto es un error. ¿Por qué no infundir mis fueras y mis esfuerzos a los *Chants*?

Lectura: sigo, un poco empantanada, con Barthes. No creo que sean manifiestos lo que yo necesite sino obras, es decir *ejemplos*.

23 de junio

Me levanté a las 16 h. Fui a lo de P. R., hablamos de la muerte (a propósito de mi cuento). Volví y trabajé mecánicamente, en el poema n.º 25. Luego vino D., quien recién acaba de enterarse telefónicamente del suicidio de Elvira Campana. Llanto de D. En cuanto a mí, gran temblor y culpa, como si E. C. se hubiera suicidado en mi lugar. Es que hace muchos días que pienso en la muerte como en un lugar dotado de confort. Pienso en P. R. y en su incalculable valentía. Sólo siendo así como es él vale la pena vivir. La vida lo merece y él merece la vida. ¿Y yo? No sé qué pasará con estos esfuerzos desmesurados que hago. Inclusive mi temblor de ahora no tendría por qué ser. Quiero decir: si D. no hubiera venido, yo no sabría del suicidio de E. C., a quien por otra parte, sólo vi una vez en mi vida. Pero recuerdo sus ojos y su cuerpo exuberante.

24 de junio

El médico encontró mi columna vertebral en excelente estado. Lo que falla, y muy seriamente, es el ritmo de mi trabajo. Mejor dicho, no hago nada pensando en lo ocupada que voy a estar mañana y pasado y los demás días. La verdad es que no puedo exigirme más de ocho horas de trabajo. Pero por más que me las exija, no dispongo de ellas. Terminé Barthes y no sé qué quiero leer. Acaso me convenga descansar y no leer nada.

25 de junio

Estado amorfo, silencio interior opresivo e inquietante. Fantasías regresivas de anoche: debo —no sé si podré— referírselas a P. R. Horizonte perpetuo de la muerte. Mis poemas de ahora están muertos. Siento que nada vibra dentro de mí. Hay una herida y esto es todo. Pero se cumple en un lugar en donde el lenguaje no parece necesario. Pienso sin pensar en todo lo que no haré, en lo que vengo postergando día tras día. Y de súbito la revelación: mis fantasías regresivas resucitaron para impedirme escribir (¿acaso no escribo por esas fantasías?). No puedo estar sin algún

pretexto que me impida escribir. A propósito: he aceptado la proposición de E. P. de comentar para *Sur la motocyclette*. Esto significa uno o dos meses de fabricación de un artículo que será tan excelente como inútil.

Lecturas: continúo con la *Ant[ología]* de Gerardo Diego, saltándome muchos poemas. No soporto las convenciones poéticas de los españoles. La flor, el agua, el cielo, siempre los mismos emblemas para configurar una serie de afirmaciones simplísimas que se podrían resumir en una sola palabra, por ejemplo «sufro». Esto me indica que, de algún modo, o de muchos modos, mis gustos poéticos se han acendrado y de algún modo sé oscuramente lo que quiero, es decir tengo mis modelos ejemplares. Y en verdad, no me atreví a decirle *no* a E. P. ¿Y por qué no me atreví? Miedo de perder, siempre miedo de perder.

Qué soledad tan sola e irremediable la mía. Es tarde ya para poblarla. He ido demasiado lejos en el juego de los espejos.

26 de junio

He dormido y soñado muchas horas. Sueños de altura (estaba en una terraza o en el techo). Creo recordar que me suceden por vez primera. Hoy estoy angustiada porque no pude despertarme temprano y a la vez exaltada, porque me sumí intensamente en los sueños (pero ¿por qué no los anoté enseguida?).

Paralizada con los *Chants* y con las lecturas. Horrible lentitud (aumentada, según parece, por las condiciones climatéricas).

Envié *Nombres y figuras* a A. F. Molina.

27 de junio

—Uno está lleno de ruidos y rumores… —le dije a N.

—Qué precioso comienzo para un poema —dijo N.

Enojo con D. Varias horas preocupada por ella y luego me llama con voz seca (y tal vez culpable) para decirme que se va con E. a comer, sin invitarme, a mí que sacrifico mis mejores horas para llevarla a comer cuando no tiene con quién. Creo que en vez de estar colérica contra ella tendría que estarlo contra mí: ¿acaso no la utilizo para que me impida estar sola y escribir? ¿Qué tengo yo que escribir, por otra parte? Esta pregunta es absurda. Hace dos semanas sabía qué y cómo escribir porque me levantaba temprano y trabajaba mis poemas e inclusive resucité algunas prosas. Asimismo, pude leer algo, cosa que ahora apenas hago. Lo único que sé es que respecto de D. debo estar en vigilancia perpetua. Ayer me infligió sus angustias acerca de la posibilidad o no de conseguir un trabajo. Yo me identifiqué con ellas y

eso no puede ser. Además, y sobre todo, debo tener en cuenta que alrededor de las 7 de la noche (hora en que D. me llama) me empiezan a doler los huesos y los músculos faciales. Yo no renuncié a todo para aceptar, ahora, el peso de una «hija» sobre mis hombros. Y es indudable que la orfandad de D. me llega al centro exacto de mi sentimiento de orfandad.

30 de junio

Llamada de Manolo: me anuncia que estoy en la lista de intelectuales invitados a un congreso en N. York para noviembre de este año. Júbilo y tristeza de mi parte y sensación, a la vez, de haberlo sabido o de haber presentido que algo me haría volver a N. York, ciudad que ni quise mirar, de la que solamente supe que me producía deseos de huir. Ahora, sin embargo, estoy de algún modo contenta —misteriosamente contenta—. Me temo, a la vez, que ese segundo viaje no será el último sino que, por una razón u otra, iré varias veces más a USA. Y en verdad, el origen de mi rechazo se debe, en gran parte, a mi ignorancia del inglés. Esta ignorancia es una de las pocas cosas en mi vida que podría remediar. Nada me cuesta ponerme a estudiar en serio y, al mismo tiempo, me cuesta demasiado. Puesto que lo que yo quisiera es, por ejemplo, ir a Londres y estudiarlo allí mismo. De modo que siento una oscura sensación de injusticia: el congreso tendría que realizarse en Londres, París o Roma y no en N. York, ciudad que no he soportado si bien en el recuerdo se suaviza y se vuelve hasta agradable. (Pero esto último se debe a que pienso en las cosas que me quisiera comprar allí. Las cosas que tuve que haberme comprado y no compré, en parte porque elegí compañías o guías del estilo de M. Ferro.)

Los sucesos políticos de estos días transforman B. Aires en una ciudad peligrosa. El peligro de las ciudades: razones por las que huí de N. York y de París.

Lecturas: por 2.ª o por 3.ª vez intento leer *Mrs. Dalloway*, de V. Woolf. Tal vez convenga leerlo a 10 o 15 hojas por día. Sigo —sin entusiasmo— con la *Ant[ología] de la poesía española*. Se me ocurre que la vida es demasiado corta para leer «por informarse». En cuanto a V. Woolf, la admiro y casi la adoro, sólo que no puedo leerla.

1 de julio

Acabé, de una manera incompleta y brutal, de corregir *Les Chants*. Estos están divididos: carp[eta] *rouge* y libro *Nombres y figuras*.

Ahora quisiera pasar la carp[eta] *jaune* a la carp[eta] *vert*. Falta un título provisorio (acaso *El hombre del antifaz azul*). Ver si se puede fusionar con carp[eta]

negra *Espejos velados*. Otra carpeta es la *Peuser*: para poemas en verso.

Son 3: El infierno musical (*Les Chants*) – la principal.

Espejos velados (carp[eta] *jaune et noir*).

Peuser (pequeños poemas en verso).

El sábado Susana me dijo «debieras *no* corregir como disciplina». Se trata de un problema sin solución.

El *art[ículo] de Mandiargues* hacia el 15 de agosto (hasta el 1 de septiembre).

Leer sobre ritos de iniciación —simbolismo de la motocicleta— ritos eróticos (ver si encuentro art[ículo] de Nora Mitrani sobre «novelistas») – Ayudas: *Lexikon Erotikon* – *Corriente alterna*, de Octavio – Detalles: erudición de Daniel Lionart – nombres: *R. Nul* – *Lionart* – manchas de aceite – *Bataille*: eros = muerte. Ensayo Guy Dumur en 10/18 – cita de Cortázar en *Rayuela*. sobre M. conocido en Argentina (con esto podría empezar, acaso, el artículo) – Ver (acaso) *Critique et verité* de Barthes para ver relación entre crítica literaria y psicoanalítica – Citar (como ej. de ceremonia) *La Marée* – Ver sobre *objetos surrealistas* (*La veuve du cycliste*) – *A l'honneur de la chair*.

2 de julio

Hoy, a mediodía, dolorosa nostalgia de D. al ir con mi madre a almorzar. Ahora, 22:30, acaba de venir y no siento la satisfacción que mi nostalgia permitía suponer. Simplemente, hasta ahora estaba tranquila y ahora no lo estoy más porque D. aprovecha su venida para telefonear. Y lo hace exageradamente, puesto que en su casa no tiene teléfono. Me duele constatar que sirvo a D., que hoy, por ej., vino a mi casa por el teléfono (y también, como está angustiada, porque no puede hacer nada).

3 de julio

Terminé de leer *Mrs. Dalloway*. El contento de Clarissa cuando se entera del suicidio de Septimus, a quien no conocía. Pero la idea de un joven cayendo por el vacío desde una ventana la llena de ganas de vivir. (Acaso, agrego yo, porque él ha hecho *de verdad* lo que ella imagina que tendría que hacer.)

Empecé *La motocicleta*. Lectura demasiado vigilante. No pienso leerlo más de dos veces ni demorarme excesivamente en su escritura. Cap. I: relación o vínculo entre R. Nul y la máquina. Relación enteramente erótica. Imagen del marido y del amante: dos contrarios que se complementan, como si fuera una sola persona disociada.

Esa paciencia de André para construir sus novelas. Paciencia que implica, sobre

todo, igualdad de ánimo y constancia. A mí me gustaría —¡y cuánto!— vivir un par de años dentro de un libro único, dotado de duración, de paciencia y de tiempo sucesivo. Pero soy demasiado violenta, demasiado cortante, demasiado «quirurgical». Además, no me resigno a que una narración sea un escorzo, algo incompleto. «Es eso, precisamente», me dijo S. O. Y yo le respondí heroicamente que no me resignaba y por eso hacía poemas que ni yo comprendo. Además, volviendo a André, lo principal de sus novelas es el bello estilo, el artificio, cosas que nada tienen que ver conmigo. Pero ahora que terminé penosamente *El infierno musical* quiero decir adiós a los poemas herméticos y sobre todo al pizarrón.

Para escribir cuentos y novelas es preciso *planear*, hacer proyectos (pocos o muchos, no importa). Hay que planificar, ordenar en capítulos, saber de antemano qué se va a decir. Al azar de la máquina de escribir surgen prosas que son una muestra de lenguaje errante. Pero un libro, como una casa, implica una verdadera planificación y además laboriosidad y paciencia. Por una parte, no creo estar en condiciones de construir un libro; por la otra, me siento cada día más vieja y siento que a cada momento se hace «tarde» la posibilidad de ese libro. En cuanto al libro, para que lo sea debo aceptar que sea incompleto, un escorzo, un esbozo.

No creo que pueda. Está mi impaciencia y mi falta de voluntad (para escribirlo tendría que sacrificar unas ocho horas por día).

Además, lo que yo necesito decir carece de *duración*. Todo aparece como devorado, como carcomido. Único método de trabajo: tener delante un *modelo*. Pienso en *América*, de Kafka. Pero hay algo muy opaco en ese libro, algo que no pertenece a mi pequeño y estrechísimo mundo interno demasiado caótico pero escasamente poblado. Pienso con afán en un libro de unas cien páginas muy bien escrito y terriblemente emocionante. Evoco el art[ículo] de la condesa: así debería ser mi libro.

5 de julio

Envié cartas a Diana, Laure, F. Molina, M. J., rev. *Alaluz*.

Con D. he llegado a una relación infernal: me fastidia si se queda en mi casa y me molesta si, como hoy, no da señales de vida.

Lunes, 7 de julio

Dudas sobre mi trabajo. Temor de entregarme por entero a la nota sobre *La m[otocicleta]*. Y sin embargo, debería intentar redactarla en menos de un mes y sin renegar de la perfección. Al mismo tiempo, no debo dejarme absorber por ella sino

seguir mis poemas y lecturas.

8 de julio

Varias horas de lectura de *La m[otocicleta]*. ¿Por qué no leo varias horas seguidas cuando no me apremia una nota? La traducción, fluida, es menos buena de lo que se cree al empezar el libro. (Aquí digresión de Octavio sobre el español y el erotismo.) En cuanto al libro, su estructura es sencilla: unas horas en la vida de una muchacha que cabalga una moto y evoca sus encuentros de amor con su amante. Se trata de una verdadera iniciación sexual, se trata de una secuencia de ritos eróticos semejantes a los de una religión increíble. Silencio, lentitud, súbita brutalidad, simulacro de suplicio con sangre verdadera… Él el sumo sacerdote. Ella lo ve siempre inmenso (v. *Baño de rosas*). Asimismo, él es lo inesperado (R. ignora, antes de cada encuentro, si él estará dulce o brutal). Él el maestro, el pedagogo, el iniciador, el padre, el que tiene derecho sobre la vida o la muerte de ella. Todo lo que ella sabe —hacer el amor, conducir la Harley…— es él quien se lo ha enseñado. Inclusive trata de pensar en una forma que a él pueda serle grata (cuando piensa en latín). Indócil en todos los sentidos, ella afronta la fatal sumisión respecto de él. Asume el hecho de ser un objeto, exactamente como el personaje de *Histoire d'O* (ver *Lexikon*). Por cierto que tamaña sumisión ha de resultar pavorosa a las muchas mujeres que aprendieron la noción de «objeto sexual» en ese correcto manual primario que es «el 2.º sexo». Para ellas este espléndido fragmento (N. Mitrani).

Cabe destacar que Nora Mitrani cita reiteradamente a Rimbaud en su nota (citas).

Como no se trata de polemizar acerca de un tema que nos arranca las mejores bromas (me refiero al ser o no ser una «cosa» en manos masculinas), me apresuro a agregar que el acto de amor es en *La M[otocicleta]* una experiencia metafísica *en un cuerpo y en un alma*. (Escena de la nieve.) No es esto todo, como puede verse, puesto que también es válido hablar de experiencia mística (y no por azar el nombre de Swendenborg planea sobre todo el libro).

Noción de teatro: Baño de rosas / mujer adúltera en la antigüedad – Escena nieve (parecida a un conejillo).

Fantasías sobre mi viaje de noviembre a USA. ¿Y si diera recitales de poemas? Nada más perturbador que pensar en esto, nada más difícil para mí que ir a la guerra. Y sin embargo, mi triunfo (total, absoluto) sería poder ganarme la vida con mi voz.

9 de julio

Esa conjunción de ideas nuevas o leídas en cuanto planifico una nota y que jamás

se produce cuando escribo para mí. Una congregación urgente de observaciones brillantes y ricas (y excesivas). Todo esto para mostrar mis dotes a algún probable lector (seguramente pienso en S. y en nadie más).

Terror de que S. se haya cansado definitivamente de mí. Insistencia de P. R. «Y sobre todo no debe enojarse con S.» Mañana o pasado le llevaré el dibujo con unas líneas levemente humillantes para mí y acaso eso la desenoje del simple pecado que cometí naciendo. Quiero decir: los enojos de S. conmigo son enojos metafísicos.

¿Y si después de este cuaderno no escribiera más diarios? ¿Y si todo fuera dicho, no en forma de diario, sino de figuras y de cuadros teatrales? Pero no tengo espacio dentro de mí para otra cosa que un gran sufrimiento por la partida de P. R. y por el enojo (o lo que fuere) de S.

El infierno musical. Quedan pocos poemas salvables. Prosas de *El infierno musical*. *À révoir*. Hay fragmentos allí que parecen apuntar a un objetivo que desconozco.

10 de julio

Conversación con mi madre. Ahora que se fue, siento dificultades para respirar. Por una parte me siento muy cómoda con ella; por otra, la compadezco demasiado o me identifico demasiado con su soledad (es una soledad más grande de lo que ella es capaz de saber). Aparte de esto, hay algo admirable en su vida. Por ejemplo: ¿qué le da fuerzas para trabajar con tanta eficacia? (Ahora pienso en su alusión a la «paz» sexual de los años maduros; y es ahí donde nos separamos, totalmente.) ¿En homenaje a qué dioses o a qué medio social mantiene una conducta «irreprochable»?

Horribles dolores en la nuca y en la garganta. El art[ículo] se me aparece como el caos, como algo que jamás podré armar. Y sin embargo, se unirán los fragmentos.

La última frase es dudosa. Continúo sin poder respirar fácilmente. Ignoro si se debe al encuentro con mi madre (hablamos de mi padre), a la ambigua llamada de S., a su mentirosa promesa de telefonearme por la noche (su relación con el tiempo ha de ser tan distinta de la mía), a la partida de P. R. (el único ser vivo que me sustenta), a la fría llamada de D. anunciándome un mes de separación o, simplemente, a la facilidad con que he abandonado la escritura interior por la redacción de una frívola nota.

13 de julio

La exhibicionista

16 de julio

Angustia roedora y como corrompida, como si ya estuviese desgastada en exceso. Me resulta muy difícil hacer el artículo sobre *La m[otocicleta]*. Tiene detalles sutiles y hermosos pero sin embargo este libro no me gusta. Es más: estoy en contra de él. La noción de la mujer-objeto es abominable. Luego está mi enojo de hoy con D. Descubro que no sólo ya no la quiero sino que ella tampoco a mí me quiere. Esto me hace sufrir espantosamente.

Varias horas pensando en D. y sufriendo. No sé si a causa de D. o por razones fisiológicas pues respiro mal y tengo el pecho oprimido. Lo único que me haría bien ahora es reírme muchas horas y con muchas ganas. Pero no tengo con quién reír ni tampoco de qué. Ojalá pudiera llamar a S. y bromear. Pero S. debe de estar haciendo reposar sus viejas vísceras a fin de estar viva mañana y poder continuar haciendo daño. Claro que la quiero pero es como una araña y de algún modo la odio y de algún modo me hechiza (de muchos modos). S. me obliga a creer en la magia negra. ¿Y O.? ¿En dónde está? Siento que ha perdido poder y fuerza. No puede ganarle a S. en un torneo imaginario de fuerzas ocultas. Y cómo perdió poder, yo estoy desilusionada y la abandono. Pero acaso todo lo mucho de malo que me sucede es por haber abandonado a O.

21

Temor de empezar un nuevo cuaderno. ¿Para qué escribir diarios y no obras literarias?

Sábado, 26 de julio

Cartas a: Laure / Xirau / Lagunas / Diana / D. Lyon Caen / Diana Eiguer / First National / Coatl / (E. Flores) – Dessein – Xenex / Elvio Gandolfo / Ivonne / Vila Olriz / Norah L. de G.

Cuaderno de agosto de 1969 a abril de 1970

Domingo, 10 de agosto (madrugada)

Acaricié el sueño de vivir sin tomar notas, sin escribir un diario. El fin consistía en transmutar mis conflictos en obras, no en anotarlos directamente. Pero me asfixio y a la vez me marea el espacio infinito del vivir sin el límite de un «diario».

Busco una solución, pues debiera buscar un puñal. Hace diez días, más o menos, que me consagro a *Los triciclos*, mi primera OBRA (la palabra es esencial) teatral. He cometido el error de contar que «ahora hago teatro». Grave error. Desde hoy, nadie más lo sabrá. Esa pieza debe ser terminada muy pronto (¡es tan fácil!) e inmediatamente ser interpretada. Sin emb[argo], debo corregirla enteramente aunque no fundamentalmente. Los diálogos me resultan fáciles; creo que tengo un talento innato para esta suerte de teatro absurdo que me fascina.

Fuera de esto, *leo poco y mal: Tangos, Schehadé, F. Hernández*. Vale mencionar que no puedo dormirme hasta tarde y luego no logro despertar a horas amables. La ausencia de P. R. es una herida espantosa. Yo la he agravado con mis absurdos encuentros con V. y M. ¿Debo agregar que pocas veces me sentí tan desdichada? La soledad, que me era connatural, es, ahora, razón de dolor. Lo único que tenía, mi soledad, de súbito afeada y marchita. Pero la recuperaré. Sí, pero ¿qué hacer con la total desaparición de mi voluntad? Un ejemplo es este comienzo de un nuevo diario.

11 de agosto

Machine: dejé en la p. 82.

Angustia del tiempo – Angustia de la hora – Y luego ¿qué me pasa con los cuadernos y los lapiceros? Muestro cuadernos y papeles. ¿Por qué escamoteo tan miserablemente el hecho de escribir?

Relectura: p. 103-116.

Empecé *Las hortensias* de Felisberto Hernández. Tiene todo lo necesario para gustarme y no me gusta, al menos no demasiado.

Revisé toda la obra. Mi deseo es llevársela el lunes a P. R.

12 de agosto

Machine 89.

Anoche no me acosté. Tampoco trabajé. Me siento enferma. Quisiera estar un mes o más en cama.

Copié *Machine*, p. 94.

Hoy trabajé poco o nada. En cambio, hablé con la mucama. Estoy fatigada. Soy fatigada. Nada más existe (exceptuando los marcadores que me compré).

Conversación telefónica con J. J. Hernández. El ánimo que me infunde. Luego hubo otra conversación telefónica que me frustró y desgastó la paz que Silvina me había dado.

Jueves, 14 de agosto

Fui con mi madre a Avellaneda. Vergüenza y culpa por lo fácil que resulta contentar a mi madre. Pero no, no es fácil. Antes, es imposible entenderla.

Anoche me auguraron un ciclo de desdichas que duraría hasta fines de este año. La culpa es de Saturno (¿o acaso dijeron Urano?) ubicado sobre Tauro. Sería tan fácil creer estos nefastos augurios. Puesto que mi soledad es, ahora, absoluta; puesto que trabajo con dificultades; puesto que no publico; puesto que gasté todo el dinero de la beca y pronto tendré que pedir o buscar un trabajo. (Es entonces cuando sobrestimaré mi vida actual, exenta de todo horario, de todo compromiso.)

Otras inquietudes: ¿por qué Elizabeth telefoneó a Silvina y por qué S. se interesó por ella?, ¿qué pasará con la promesa de F. de presentarme a esa «dama tan refinada» como en mis mejores sueños edípicos?, ¿y yo, acaso no cerré esa posibilidad llamando anónimamente?, ¿y por qué terminó tan brutalmente el incipiente encuentro con Martha?, ¿qué le desagradó en mí o (mejor) qué me desagradó en ella?, ¿y por qué D. no me telefonea más?

¿Estas preguntas delimitan una crisis en mis relaciones con los amigos y conocidos? Creo que lo mejor que puedo hacer es no hacer nada. Salidas y encuentros casuales y el resto a solas. No voy a remendar la tela del dulce encuentro. Y pienso en D., quien se ha portado traidoramente (por ella mi exaltación por V. y, luego, por M.). No le guardo rencor a D. (la única persona peligrosa sería Elizabeth, pues soy su rival más fuerte).

Quiero decirme o disuadirme acerca de la falta de sentido de mis relaciones con la gente. Quiero hacerme comprender que sólo si termino «la obra» y si reescribo los poemas (el i. musical) mi vida tendrá algún sentido.

Lecturas: Jarry, *La vida es sueño*.

Sábado, 16 de agosto

Fini Ubu roi. Excepto algunas frases, no me gustó demasiado o, mejor no me importó. Pero quiero ESTUDIAR a Jarry.

Fracaso al llamar a S. V. y contarle algo importante para mí: que terminé la obra de teatro. Y yo me siento tan culpable por la llamada a Julia S. del otro día, que me parecía que S. se mofaba de mí con desprecio e inclusive con odio. (Acaso estuviera meramente triste.)

En cuanto a *la obra*, rehacerla de acuerdo con mis necesidades literarias. Voy a trabajar duro en ella pues quiero metamorfosearla.

OBRA

La Obra la empecé en la última semana de julio, ¿y qué si la termino en marzo?

Releer *Von Arnim*, Kleist.

Final: acaso Car y Seg resultan ser una sola persona (Car) que juega este juego en ausencia de Seg.

a) Una escena en que Car hace de los dos y otra en que Seg hace de las dos.

b) Luego los cuatro personajes pueden ser una fantasía de la dactilógrafa = ella sería los cuatro.

LA FALTA DE TIEMPO. O presiento mi muerte cercana o me volví loca.

Cambiar al «sátiro» por otro.

Lunes, 18 de ag[osto]

Espléndido encuentro con P. R. Su contento por mi obra (esta palabra me aterra y es la única que me impulsa a vivir).

Hay que releer a Arnim.

Martes, 19

Las lecturas van mal. Empecé con Arnim y es como si se hubieran perdido las partes poéticas de su libro. En cuanto a mi *obra*, empecé a reescribirla. Después de las diez primeras páginas se vuelve sencilla. Se me ocurre que con la ayuda de alguien (Olga, por ejemplo) yo podría terminarla rápidamente. Pero ¿qué apuro hay? No hay apuro. Hay el temor de que pase algo parecido al *Inf[ierno] musical*.

Jueves, 21 de agosto

Obra: voy por p. 20.

Modificar o cambiar la escena «2 señoras corteses». *Voir* manual italiano (P. R.). Freud: *El chiste…* assimil, libro de cortesía (Carol puede ponerse peluca y delantal).

Lytwyn: homúnculo (pensar).

Encantada con Arnim ahora que apareció el homúnculo. Pero quiero leer antes a Djuna Barnes (encuentro con C. C.).

Tiemblo de alegría al pensar en S. O. (que me quiera, y siempre…)

Sábado, 23

Anoche, escena telefónica con S. O. Hoy siento pena por ella y quiero poder ayudarla.

¿Y por qué no me ayudo a mí, que hoy no puedo hacer nada? Por S. O., por Crist. C., por mi madre, por Jean, a quien acabo de llamar.

Domingo, 24 de agosto

Ayer no hice sino hablar con mujeres. Nada escribí, nada leí. Hoy la amenaza de la futilidad está más presente y cercana porque S. O. dijo que pasaría «a buscar tu libro». Pero no es ella quien va a pasar sino alguno de sus domésticos. En la espera, no puedo no imaginar instantes felices con S. Pero nadie mejor que yo sabe que S. no vendrá. De modo que no estoy muy preparada para la soledad de hoy.

Fascinada por D. Barnes.

Visita de María Elena. Vino Dani. Mi ansiedad por verlas irse y quedarme en soledad con mis papeles. ¿Qué es este apuro? ¿Por qué tanta prisa? Creo que M. E. estimó mi obra. Pero hay un detalle siniestro: la 1.ª versión le gustó más que la 2.ª, lo cual indica que lo estoy corrigiendo mal.

Lecturas: *Arnim*.

Angustia de S. Descubro su neurosis, su desequilibrio. La amo. Sólo sé que la amo. Amo su risa. Y amo saberla feliz y segura —e incluso sádica—. Cuando sufre, ¿qué podría yo hacer si no me da el más leve indicio de la causa de su pena? O tal vez me lo dio y yo, tan distraída…

Lunes, 25 de agosto

Pocas satisfacciones de la gente. No llamó S. ni V. Yo sola con mi obra, con los libros que leo, yo hablándome siempre, aburriéndome siempre.

Nada de diálogos con nadie. S. parecía triste pero me queda una duda: acaso estaba solamente aburrida mientras hablaba conmigo. Luego, inclusive Nelly B., tan afable, no podía contener su angustia por sus problemas.

Aparte de esto, o esencialmente, estoy enferma. No sé si es gripe o qué. Sé, en cambio, que estos últimos tres días iba a dedicarlos a escribir. Todo el resto —inclusive la enfermedad— me parece una excusa para no escribir.

Leo *Arnim* y poemas casuales. *Martes, 26 de agosto*

Desde cuatro días atrás, en que me enfermé, hablo con S. A veces creo que me quiere, a veces que la aburro. ¡Cómo quisiera que le gustara lo que yo escribo! Me asustó cuando me dijo que *todos* los personajes del libro de Djuna se parecen a mí. (¿Habrá pensado en Jenny también?) Sea como fuere, el libro la defraudó un poco, y al decírmelo pensé que también yo la defraudé.

Terminé el cuento de Aruin – Quisiera conocer más a Darío, leer la ant[ología] de jóvenes franceses y el libro de M. Mead y releer a Pessoa. Si fuera inteligente iría de un libro a otro en vez de mirarlos a la vez.

Lecturas – M. Mead – Darío (le *mien*) – poesía joven (luego Pessoa y luego del 1er Darío el de Genio y Figura).

Miércoles, 27 de agosto

Visita de V. Me angustió. Para mí es un cuerpo, nada más.

Creo que debería leer algunas obras de teatro más (Ghelderode / Genet / Beckett / Ionesco, etc).

Si solamente adivinaras que solamente te tengo a vos.

¿Qué son estas llamadas cotidianas de S.? Temo que la lleven a aburrirse más pronto de mí. A la vez, me siento más adentro de ella (y viceversa, como es obvio). Pero si alguna vez viniera a visitarme, si me pasara la mano por la cabeza y me dijese: «Yo sé cuánto sufriste» o alguna frase parecida. Pero nunca vendrá y nunca me dirá nada para consolarme. Es más: recién me frustró imperdonablemente (si bien yo la perdono todo pues no es culpa de ella que yo la necesite tanto y de un modo tan imposible).

Y la carta de Diana: «no todos queremos dejar la adolescencia». D. es (tendría que ser) una figura ejemplar para mí. Y los diarios de K… y Michaux… y Octavio…

y todos los que viven y sufren como adultos.

Jueves, 28 de agosto

Desde ayer pienso en cosas estúpidas. Por ej: alguien ejercitaría la magia negra en contra de mí. Por eso —me dije— duermo todo el día, me siento tan enferma y no tengo fuerzas para nada y, sobre todo, siento mi fracaso literario, el único capaz de acabar conmigo. No olvido la envidia increíble que inspiro en Elizabeth. ¿Y en S., qué inspiro? Puede ser que me quiera pero pienso que si yo me muriese no podría ocultar un movimiento de satisfacción. Y acaso sea ella quien me desea todos los males. ¿Por qué no podría ser ella? Por otra parte, con ella me muestro fantasiosa, y eso no ha de gustarle demasiado. Sin embargo, me siento protegida por algo colectivo y muy antiguo, quiero decir que siento como que me amparan los sufrimientos del pueblo judío. Contra ellos, ¿de qué valen los designios de E. o de S.? Comparadas con ellos, las dos se me aparecen como personajes inmaduros y no poco ignorantes.

Acabo de hablar con S. precisamente sobre los malos designios. ¡Cómo y cuánto cree en ellos! Olvidé decirle que yo no les tengo miedo. Y creo que es así. No les tengo miedo. (Pero sentí que perdí la protección de los buenos deseos de alguien cuando mi correspondencia con C. C. empezó a expirar.)

Congr[eso] para la Lib[ertad] de la Cul[tura]: buscar textos. *Copiar para L[es] L[ettres] Nouvelles*
Carta a Maud.

De una vez por todas, basta de S. Después de conversar con ella, nada hice, mi dispersión era total. Es verdad que estoy muy angustiada pero ¿es mía mi angustia? ¿No será, en gran parte, de S.? Es que no puedo tolerarme —a mí con mi tono servil— cuando hablo con S., doblegada, postergándome, pidiéndole que me haga daño. Ahora noto mi intención de llamarla: quería decirle que sé de su envidia. En cuanto a que me desee buena suerte o mala suerte, el resultado es incontestable: desde que la llamé no pude hacer más nada. Por otra parte, me siento mal, estoy enferma. Además, quiero leer como cinco libros a la vez. ¿Y qué si leo despacio?

Viernes, 29

Finir *Partage…*, Jarry, *les romantiques allemands*.

Terminé Claudel. No me gustó. Miedo de Jarry. Acaso Valle-Inclán.

Sábado, 30

Releí mi pieza. Tiene inmensas fallas. Creo que quedará para siempre bajo «las medusas del olvido». El consejo de P. R. era bueno. Hay que leerla entera y corregirla como a un texto de una sola pieza.

S. y Djuna Barnes son mi actual lugar de fuga. No sé cómo S. me soporta cuando balbuceo cosas idiotas. Pero tal vez se da cuenta que si la quisiera menos sería más inteligente y agradable con ella. Sin embargo, hoy no me llamó y yo empiezo a sentir culpa por haber acudido a S. y no a P. R. De modo que temo llamar a S. pues mi íntima adhesión *total* a P. R. puede llevarme a ser desagradable con S.

Domingo, 31

A pesar del consejo de P. R., quiero corregir mi pieza *palabra por palabra*.

Ver Chéjov (música, romanticismo).

Horas de trabajo fingido. Escapando de la pieza. No sé cómo corregirla.

Cada frase, cada palabra de la pieza, me parece que podría ser mejor y si no está mejor es a causa de mi pereza.

Lunes, 2 de septiembre[66]

Dos cartas urgentes: a Tucumán y a Barcelona.

Martes, 2 de septiembre

Escribí las cartas. *Enviarlas mañana*. Retomé lectura de *La guerra y la paz*. Me resulta muy fácil, acaso demasiado. Debiera seguir, aunque fuera despacio, con Jarry.

Miércoles, 3 de septiembre

La obra – hay mucho que suprimir. Acaso haya también que agregar pero por ahora no me atrevo.

Enviar algo a *Papeles de Son Armadans* (acaso el cuento «A tiempo»).

Lecturas: releer algo de K.

Calderón, Jarry, Tolstói.
(Miguel de Molinos y K.) *pour après*.

Jueves, 4

Vino Arturito y no hice casi nada. La obra me aburre cada vez más. Ahora es cuestión de paciencia y esfuerzo, no de invención. Debo reconocer, por otra parte, que la visita de A. no me disgustaba. Al lado de él me siento joven.

Lecturas: Calderón – Jarry – Me aburren. Leí una obra en un acto de Yukio Mishima. Sensación de no haber hecho nada en el día de hoy. Promesa de S. O. de traerme los remedios. Su incumplimiento.

Viernes, 5

S. me envió los remedios. Me habla —desde hace unos días— como a una amiga. Esto me da placer y miedo al mismo tiempo. Siento que conversar con ella es *otra cosa*: una fuente que no cesa al manar, un interés perpetuamente renovado…

Sábado, 6 de septiembre

La Obra pasó a ser un deber aburrido. ¿Por qué?

Domingo, 7 de septiembre

Terror de *cosificar* la obra. ¿Y por qué no lo haría? Vínculo sádico. La desmenuzo, la fragmento. Por momentos me parece que ya soy demasiado vieja, que ya sé demasiado sobre lo que no debe saberse si se quiere vivir, que ya lo comprendo todo (pero esto es un disparate). No es más que un movimiento falso venido de la fatiga.

Hoy no pude ir a lo de Elvira O. Quería ir pero no podía. O acaso no quería ir, seguramente no quería. Quiero quedarme aquí, sola en mi casa. Quiero esperar. No sé qué ni para qué pero quiero y debo esperar.

Libro de Sanduy: *De donde son los cantantes*. Es envidiable su escritura (se lo siente gozoso de escribir).

Lunes, 8 de septiembre

Nota de S. Molloy sobre S. O. Mi fastidio porque me plagió algunos detalles (es la segunda vez que lo hace). Mi fastidio por tener que recordar que S. M. vive y existe cuando tan cómodo me resultaba pensar que no está más en el mundo, al menos en el mío. Me molesta asociarla con la literatura. Es tan pequeño-burguesa que le niego el derecho de inmiscuirse en los problemas de la escritura. Y no sólo lo hace en un artículo *snobinard* en el que me plagia sino que además me envía mensajes desde ese mismo artículo.

a) S.: R. Darío.
S. M. pretende refutar:
1.ª parte de mi nota: el don de la alusión, la mención del peligro, «los textos dicen incesantemente algo más, otra cosa, que no dicen».
b) Colección La Esquina para argumentos breves.
c) Dibujos.
d) Vitaminas.

Martes, 9 de septiembre

Creo que lo que me hace despertar tan tarde son las visitas de Selva. Luego la comodidad psíquica del calor de la noche (escribo mejor o con más fervor cuando bajo las cortinas porque es de noche).

Miércoles, 10 de septiembre

Imposible llamar a S. todos los días. Temor de aburrirla y —¿por qué no?— de aburrirme, haciéndola cotidiana y demasiado posible. Pero ¡cómo me gustaría que mi pieza teatral le gustara! A ella y a G. Serreau, quien me escribe que *la espera*. Creo que fue un disparate decírselo y temo acabar como P. R. con su «Lautréamont»: todos saben (puesto que él lo dijo) que lo ha escrito y que va a ser publicado, pero resulta que jamás aparece publicado.

Lecturas: *Sarduy* (me gusta mucho su libro —sobre todo la parte del sainete).

Leí *K. de Heilbronn* de *Kleist* – Me gustó pero lo sentí viejo como teatro.

1) Ver traducción de M. Hemmart

2) Buscar material artículos míos

Jueves, 11 de septiembre

Continúa, y muy activo, mi sufrimiento por D. Hoy volvió a llamar y yo me mostré algo menos seca que ayer. Grave error: si hoy llamó es porque ayer estuve muy seca. Por supuesto que, a pesar de todo, llamó para pedirme un favor. Puede ser que sea un modo de decirme que me necesita pero no voy a entrar en el juego de las motivaciones, si bien otro no conozco. Ahora comprendo cómo puede llegarse a mi edad con tan magra obra (me basta compararme con S. Sarduy).

Entender que *nada importa excepto la obra*. La pérdida de D. me hizo llorar mucho el día de hoy. Pero si termino bien la obra acaso me dolerá menos.

Sáb[ado], 13

Año Nuevo Judío. ¿Entonces qué? Pido sabiduría al espíritu de mis ancestros. Pido la sabiduría necesaria para no desesperarme demasiado.

19, domingo[67]

Si la inteligencia me fue dada, llegó la hora de la práctica. Mi tristeza por D. es inmensa, está mezclada con celos imaginarios (imagino a D. con otra). Lo que a mi parecer aumenta la tristeza es el carácter frustrador que sexualmente tuvieron nuestras relaciones. Hablar con P. R. de esto. Él ya se adelantó a decir «el alivio y la frustración» que me producía la ausencia de D.

Martes, 16

Encontré un método caro y algo irrisorio para poder trabajar. Consiste en no hacerlo en mi casa (comprada y decorada para poder trabajar) sino en la confitería *Rousillon*, elegante y plagada de gente deprimente. Ayer trabajé allí dos h; hoy dos h, 40 minutos, pero *seguidos*, y empleando todo mi poder de atención. Aquí, hace unas dos horas que llegué y no hice nada.

Desorden de lecturas.

Cuando finalice Sarduy, tomaré la Obra Satírica de Quevedo. Cuando finalice *Mme. Eduarda*, releeré *La condena*, aunque me tienta *La muerte del pequeño*

burgués. ¿Y la poesía?

Poemas en prosa de Mallarmé, hermosísimos y difíciles. Me gustaría leer sobre teatro Noh y t Noh.

De Sarduy: 6 o 7 hojas por día.
Mme. Edu[arda] me apasiona más, por supuesto.

18 de sept[iembre]

Fini Mme. Eduarda y Sarduy. Quevedo (Obra Satírica) y Obra de Li Po. Compré Correspondencia entre Freud y L. A. Salomé.

22 de sept[iembre]

«¿Qué podemos amar que no sea una sombra?»

Ayer fui a la quinta de Peggy M. Por momentos, me acometían recuerdos de los sufrimientos adolescentes pasados en quintas o lugares parecidos. Como si la conjunción del sol, de los árboles, de las flores y de la gente, fuese la que fuese. Ayer lo pasé bien, pero hice demasiados esfuerzos para estar alegre.

Luego me dormí y soñé con la muerte. S. me llamó y le dije frases que me parece fueron obscenas o agresivas. Por lo visto, no logro olvidar que invitó a E. y a mí no.

De nuevo buscar un ritmo de escribir y de leer. Aun si estoy desesperada o sobre todo porque estoy desesperada.

Carta a Diana agradeciéndole la muñeca.

30 de septiembre

Quevedo – *La condena* – Paul Klee – Mallarmé.
Ver el *Char* de Starobinski.

Dejar Mallarmé y acaso *La condena*. *Leer el libro de Octavio* (llegó hoy) Quevedo y… o Klee o *La condena*.

1 de octubre

Hoy no pude trabajar en el *Rousillon*. Consecuencia de haber contado que sólo allí podía trabajar. Por otra parte, una terrible fatiga me invade. Estoy cansada de estar cansada.

À la machine: c. lisboa p. 2 y 3.
C. jaune: «Argent. en París».

Envié 1 dibujo a Beneyto.

7 de octubre

Cartas a: Paul Roux – Beneyto – Gandolfo – Mariño – F. Molina – Marcelo P. R.
Libros a P. Roux y a Lagmanovich.

—Uno no puede evitar los pájaros —dijo.

9 de octubre

Copiar de la obra para Beatriz, Mandiargues y G. Serreau. En total: 1 original y 4 copias Manifold.

Xirau aceptó mi traducción de Mandiargues. Escribirle y enviarle señas de André. Escribir a M. Randall. A Pepe B.

10 de octubre

Copié *Las bellas reminiscencias*. Creo que debería ir en carp[eta] Peuser.

Sábado, 11 de octubre

Carta a E. Gandolfo.

Esta noche no dormí. Aguardaba alguna felicidad en la mañana: leer, escribir… pero tuve que llamar a S. y con ello perdí mi estado un poco exaltado. Por otra parte, es absurdo no dormir: nada hay, en la poesía, que urja. Adelantar un libro es un hecho personal sin ninguna importancia. Por otra parte, poco importa cuántos poemas se escriben.

Pero ayer, al ver todo lo que trabajó Arturito, sentí celos.

Sueño, fatiga y nueva seguridad de estar cerca de curarme, o sea: si aún no me curé es porque tengo miedo. Ni S. ni su marido ni E., pueden hacerme daño.

Error a evitar: reescribir, siempre, lo mejor. Los textos malos son pacientes.

12 de octubre

Lecturas: Quevedo y Kafka.

El infierno musical. 4) tenerlo bien pasado. 5) ver poemas en verso. 6) según su número y su clima ver si se integran en *El infierno musical*.

Escribir a Octavio: Mi deseo de publicar *El inf[ierno] mus[ical]* en México.

Ahora, quisiera dedicarme a los cuentos cortos. *Detrás de los tristes músicos*.

1) Pasar *El inf[ierno] musical*.
2) Pasar *A plena pérdida* (pensar si vale la pena).
3) Pasar a carp[eta] borradores «Un coeur [*ilegible*]…».

Martes, 21 de octubre

Estuve en Marcos Juárez, en Cruz Alta y en Rosario, donde leí poemas. He perdido, en parte, el miedo a las presentaciones en público.

Miércoles, 22 de octubre

Anoche le conté a S. sobre mis antepasados. No fui del todo veraz. Le leí parte de mi carta a M. J. Dijo que estaba asombrada «por mi elocuencia». Esto me asombró. ¡Cuánto me desconoce! Pero me dejó contenta (tal vez demasiado excitada) y me dormí pensando en S., en cuánto pero cuánto la quiero, en lo admirable que es y en que yo daría mi vida por ella si fuese necesario. No obstante, me confunden sus pequeñas «maldades». Inclusive no dejo de esperar alguna que no sea pequeña. Pienso, por ej., en el libro de Djuna B. que no «prestó a un amigo», como me dice, sino que no desea que yo lo relea (si fuera por celos me alegraría). Pienso, por ej., en los billetes para el estreno de *Evasión*, ocasión en la que demostró un sutil poder de traicionar (yo me defendí bien, me parece, si bien ella tuvo el coraje de pedirme «mis» entradas —y su voz denotaba la duda del que no sabe si su ruindad fue

descubierta). En fin, lo esencial es su atracción por E., hecho que ante mis ojos la vulgariza; entonces, ¿era todo mentira su refinamiento tan peculiar? No importa. Importa mi sufrimiento en el caso de que llegue a tener relaciones con E. Entonces me desilusionaría de S. para siempre y no sería más la criatura singular que amo más que a nadie.

Me siento enferma. Párpados pesados y horrible dolor en la nuca y en el cráneo. Corregí un poco *Juego tabú*.

Continuar carta a M. J.
Escribir a Beneyto.
Mañana, a Molina y Xirau.

Kafka: *Josefina la cantora*.
Quevedo: lo que fuese, puesto que me aburre tanto.

Lunes, 27 de octubre

Como un complot para que yo no escriba. Encuentro con Daniela. Continúa reprochándome el año y medio terrible que pasó «por mi culpa». Yo estaba bien dispuesta y contenta por su llamada. Luego, volví deprimida y culpable. Está también E., de quien no puedo ser amiga por el daño que puede causarme. También, y sobre todo, puede dañarme S., quien tendría el poder de infiltrarme en sus males. (Sólo el humor me defiende.) Éstas son las figuras más cercanas a mí, actualmente.

En vez de escribir en el *Roussillon* hablé con el mozo. Pero corregí en parte *Juego tabú* y leí 12 (!) pgs. de Quevedo.

Escribir a Molina y a Xirau.

Martes, 28

¿Qué hacer con el guión? Tendría que leer los de Duras, R. Grillet, Bergman.

Miércoles, 29 de octubre

Anoche no me acosté. Pensé que por primera vez en mi vida tengo tres figuras enemigas: D., E. y S. Quiero trabajar mucho para anularlas o para inexistirlas.

Hay gente que no sabe usar el silencio. Por eso luego se pulveriza como el jardín de un monasterio.

Domingo, 2 de noviembre

Poema «Detrás de los tristes músicos».

Lectura: *Operette*, de Gombrowicz (aburridísima). Poemas de R. Kelly. Tratar de recomenzar cartas de Freud.

Anoche comí en lo de S. Hablé demasiado por nervios (por locura). S. estaba encantadora.

1) Decidir el destino de la *pièce*.
2) Pasar *El inf[ierno] musical*.
3) *Prochaine pièce. Faut trouver un vide que je puisse remplir*.

Martes, 4

Visita a Olga. Le hablé de D. Me prestó libros (mi alegría al volver con los libros). Son:
Teatro: Ghelderode.
Textos: Donne, Michaux, Constant, Cernuda.
Poesía: Molina.

Miércoles, 5

Cartas a Aurora, Beneyto. Libro Chirico a S.

Viernes, 7

Cartas a Bioy, Jose R. Medina, Coatl, Xirau, Susana, M. J. Libro a Maffei.

Redacté otra escena de humor para la pieza.
Elegir un poema.

Lunes, 10

Corrijo la obra. (Quiero escribir otra.) Regalos de S. Felicidad al dialogar con P. R. Escribí cartas.

Martes, 11

a) *Machine*: envío a Pepe.
b) *Correo*: (rever carta a Djuna).
c) Sobre Michaux a Beneyto.
d) Librería Sarmiento: carpetas rojas.
Leí *El rey se muere* de Ionesco y Lichtenberg. Leo *Le balcon*, de Genet.

Terminé el envío a Pepe.
Sigo corrigiendo la obra.
Distante y seca era hoy la voz de S. (Supongo que se relaciona con E.)

Corregí *La bella luz*.

Me molesta el reloj. Me levanté a las 6 de la tarde. No es un azar haberme comprado un despertador que no despierta. Ahora son más de las 4 de la mañana y me horroriza seguir despierta cuando —dentro de 1 hora— empiece el horrible chillido de los pájaros. A la vez, es absurdo dormirme temprano puesto que me levanto tarde.

Sigo con Genet. Luego, Marthe Robert.
Luego —de una vez por todas—, Trakl.
Mañana:
a) Seguir obra teatro.
b) Ir a L[ibrería] Sarm[iento].
c) Urgente *correo*.
d) Seguir *El i[nfierno] musical*.
e) Seguir *La bella luz*.
f) Carta a Ivonne.

Miércoles, 12 de noviembre

Dormí todo el día.

Jueves, 13 de noviembre

Pièce: *fini*.

Escribí una carta a Djuna. Parece un tanto forzada. No es para menos: yo hablo a una Djuna de 76 acerca de mi amor por una Djuna de 46. ¿Cómo no va a sentir celos de la que fue? ¿Cómo no va a sentir su vejez como un insulto?

Hoy conversé mucho con S., quien me llamó 3 veces. Ahora entiendo mi angustia: las 3 veces que me llamó fue para indagar cosas acerca de E. Angustia por haber hablado tanto, por haber traicionado a E., y por haber perdido tanto tiempo. Angustia, sobre todo, por el rol que me obligó a asumir S.: el de alguien que habla y cuenta cosas íntimas de los demás. Y precisamente yo, tan reservada, tan secreta.

Fini *Le Balcon* – *a*) anotar frases de *Le balcon*.

Viernes, 14 de noviembre

Cartas a: D. Bellessi – Beneyto – L. Llausás – A. F. Molina – Alba Defant – Cristina C. – Cortázar – libro Djuna – Pepe B. – carta Djuna.

Lecturas: *La nuit remue* de Michaux.

Lunes, 17

Ir a Fausto / libro Djuna —o a Corr. y Esmeralda.

1) Lecturas: El *Mallarmé* de A. Reyes.
2) *La nuit remue*.
3) *L. Carroll: A través del espejo*.

Para después: Releer Marthe Robert sur Van Gogh – leer Cernuda.

Angustia feroz.

Miroir, Carroll.

Martes, 18 de noviembre

Continuar extrayendo citas de Genet. Leer, anotando, Carroll.

a) *El inf[ierno] mus[ical]*.
b) Textos.
c) *Work in*.
Libro de Djuna.

Miér[coles] 19 de noviembre

a) *El infierno musical*.
b) Ver *Diálogos* y *El escarabajo de*… y extraer (o no) poemas en prosa.

Jueves, 20

Bioy Casares (cf. *La muerte de pétit bourgeois*).
Michaux.
Djuna.

Sábado, 22

Ver si se puede juntar —para publicar— *El inf[ierno] mus[ical]* junto con la *pièce*.

Domingo, 23

Anoche no me acosté por falta de sueño —creo que es ahora, precisamente, cuando se acerca.

Llamó Silvina. Tartamudeé mucho y soslayé palabras que no podía pronunciar. Sin embargo, se despidió agradeciéndome mis aciertos inteligentes en muchas cosas que le dije. En verdad, creo vislumbrar lo sucedido. Tantas horas de soledad me recogieron en mí, de modo que cuando S. llamó le respondí con simpleza y sencillez. (Estos dos atributos le atraen.) Asimismo, no hablaba para lucirme delante de S. (acaso sea la 1.ª vez que me sucede). Si su frase no fue irónica —pues cabe también esta interpretación—, S. debe de haberse impresionado cuando, tartamudeando y a duras penas, le dije que el «poema es imposible» si bien importa el «a pesar de» las tentativas de acercarse al lugar de la poesía.

Hoy será un horrible día. Tengo y no tengo sueño. Pero el sueño es fuertísimo.

Terminé el libro de Djuna. Le escribí otra carta, más espontánea que la primera.
Lecturas: Michaux y Bioy.

Lunes, 24

Exceso de cuadernos y de hojas. Sin embargo, o estoy más ordenada o el desorden me hiere menos. Me gusta S. T., si bien no me enardece. Pero es muy agradable. No obstante, debo pensar que de algún modo es una novelista frustrada aunque tan sólo fuera porque escribió una sola novela. De modo que el temor a la envidia y a la rivalidad la alejan como posible.

El infierno musical: no sólo las prosas del 65 sino las otras que yacen abandonadas y que son anteriores y posteriores a diciembre de 1965.

Obra: 1 ejemplar a Villanueva – 1 ejemplar a Francia.
Entregados: 1 a Beatriz, 1 a Gandolfo (al recuperarlo, dárselo al Dr.).

Leí el *cahier noir*. Hay 2 poemas magníficos. Nada me gustaría más que insertarlos en *El i[nfierno] m[usical]*.

Miércoles, 26

Empecé a corregir uno de los poemas de *cahier noir*: «El otro vocabulario», n. VII No lo creo apto para *El i[nfierno] m[usical]* sino para «Detrás de los tristes músicos». («El otro v.» está en el *cahier Special*, adonde irán en lápiz los poemas del cuad[erno] negro.)
Blanchot – Michaux – Carroll.

Sábado, 29

Escribí un relato mediocre. Me resisto a corregir los *Fragmentos*. Convendría pasarlos a tarjetas.

Domingo, 30

Pasé los *F[ragmentos]* a tarjetas. Apenas quedaron *doce*.

TAREAS

a) Pasar a la carpeta las PHRASES.
b) Agregar textos de la obra.
c) Revisar la carpeta rosada «p. en prosa» (no urge).

Punto b)
Fragmentos de *Los…*, primera pieza teatral de A. P., quien cree que esos fragm[entos], además de serlo, son poemas o, mejor, aproximaciones a la poesía más profundas que el resto del librito.

págs. 3 y 4: aptas para «Detrás de…».

Martes, 2 de diciembre

Malestar de mamá. Mi reacción: no pensé en ir inmediatamente a verla. Ahora descubro que fue ella quien por intermedio de su amiga S. me pidió que fuera. ¿Y por qué no decidí ir inmediatamente? Porque quería escribir.

Para jueves 4 corregir versión carp[eta] verde obra teatral.

4 de diciembre

Me siento aludida cuando se alude al surrealismo. Hoy, con Mme. Anne B. ¡Qué feliz parecía en su contacto puramente profesoral con la lit[eratura]! Estudiar y enseñar literatura son al poeta lo que los médicos al enfermo.

Viernes, 5

Corregí obra hasta p. 1 inclusive.

Domingo, 7

Obra corregida. Llevarla a Villanueva. Llamar mañana a Paco por el libro de

poemas.

Desequilibrio.

Escribir a C. C.

Jueves, 11 de diciembre, medianoche

No se está preparada, nunca, para nada. Un ej. es la invasión de D. (desde el sábado hasta el martes), que me desgastó y arrasó como si fuera la cosa más fácil, mi pobre ritmo de trabajo.

Algo me atrajo en ella. Creo que es *la imagen juvenil* e irresponsable de quien vive para jugar. Su compañía me volvía más joven, más ligera, más inmoral. Además, me impidió dedicarme al libro, *lo que más temo*.

Tener preparada la obra

En este fin de semana quiero corregir y copiar el libro. *El infierno musical*.

Mi soledad más desolada que hace una semana. La invasión de D. (más la visita de D.) afearon mi lugar solitario. Pero ¿por qué no me di cuenta del carácter nefasto de D.? Yo sentía que alguien no me dejaba trabajar y no me di cuenta (no quise darme cuenta) que ese alguien era D. con sus problemas adolescentes, con sus conflictos dudosos. De modo que alterno mi soledad absoluta recibiendo gente que me hace daño, que me roba, me despoja, me imita. ¿Y por qué el Dr. P. R no quiso hablar? Solamente dijo que tenía que desembarazarme de D. quien me contagiaría otras cosas además de la locura. Pero no dijo cuáles son esas cosas. Sin duda no las dijo porque yo las sé, de algún modo consciente o no.

Y Djuna que no me contestó.

Angustia feroz, de nuevo y siempre. Desorden, dispersión.

Quisiera:

a) Tener el libro para el lunes.
b) Veranear en serio: purificarme, descansar.
c) Conseguir un empleo.

12 de diciembre

COLD IN… (SÍ)

Frases {La mesa verde – ADAGIOS – Mensajes.

Viernes, 19

Terminé de copiar el libro. Hacia el final me ayudó Arturito. Envié un lujoso cuaderno norteamericano a S., quien ni siquiera llamó para decir *gracias*. Está enojada y yo también. Mi enojo proviene del de ella. No le concedo el derecho de enojarse conmigo.

Domingo, 21 de dic[iembre]

El infierno musical: I, *Las uniones posibles*.

I, ya está numerado: 18 págs.

Miércoles, 24/XII

Ellos celebran la Nochebuena, que sólo lo será para mí también si logro desanudar mi garganta, lo cual es improbable.

Faltan las *pequeñas carpetas* que compré en N. York. Me falta un poema sobre *la canción que no le dejaron cantar*.

Quiero entregar el libro *esta semana*.
Cobrar el cheque esta semana.
Comenzar *Detrás de los t. músicos* esta semana.

Mañana: *no aceptar compromisos*. Llamar Paco y pedirle cita para el *viernes*. Ya no puedo más de tanto tener conmigo *El infierno musical*.

Recordar: cuad[erno] verde «Special» y 2 carp[etas] nuevas. Problemas con las lecturas.

25 de diciembre

A nadie llamé ni nada hice. Me dormí a las 9 de la mañana y desperté a las 23 horas. Con suerte, podré *entregar el lunes el libro*. Ignoro si tendré fuerzas. Quiero decir: necesito más fuerzas de las que yo creo para *acabar* este libro. Por una parte parece mucho lo que me falta. No obstante, una hora de concentración me permitiría finalizarlo. Siento una hostilidad venida de todas partes, empezando por mi persona.

Por ejemplo, ¿por qué no me levanté más temprano?

Fin de semana: ganas de ordenar carpetas y tener listo para poder el lunes entregar y comenzar con otra cosa.

Carta a C. C.

Sábado, 27 de diciembre

Hoy es y será uno de los días más memorables: le dije a S. lo que pienso de ella. Aludí a su *vulgaridad* al contarme que «esas cosas me matan» (referencia al acto del amor unos días después de haberle yo dicho que «la amaba sin ningún derecho»). Le pedí, en nombre de su «cariño» hacia mí que no fuera vulgar conmigo (modo delicado de decirle que *es* vulgar). Pero más que todo enarbolé con orgullo mi condición de judía e insinué el probable antisemitismo de ella. Esto lo reiteré varias veces. La frase final fue «Quizás sea yo la racista. Sí, es probable». Y allí cortó.

Domingo, 27[68]

Tanto S. como el Dr. P. R. descolgaron sus teléfonos a fin de que yo no llame. S., muy amable, llamó 3 veces (antes se hizo negar) y nada le importaba de mí salvo «mi salud». En cuanto a P. R., su actitud es imperdonable. Lo peor era que yo sabía que iba a cortarme. Los 2 con un pie en la tumba.

Hoy arranqué hojas de mis mejores libros, o sea: estoy decidida a pintar muy seriamente.

En cuanto a lo de mañana, no sé. No fui a un bar a leer los textos. Nada hice sino arrancar hojas.

Odio a S. y sobre todo a P. R. Aprenderé a vivir sin ellos.

30 de diciembre

Llamé a S. Atendió ella. «No puedo atenderte porque estoy buscando un número», dijo. «Sólo quiero hacerte una pregunta», dije. «Estoy ocupada», dijo.

Lo que más ira me produjo fue haber contestado, tartamudeando, a su «hasta luego». Si no lo hubiera dicho (si no lo hubiera podido decir) tal vez ella hubiese reaccionado.

Claro es que no la llamaré más. Pero no sé, ella se va dentro de unos días, y si antes no nos llamamos no me quedará, siquiera, la promesa de escribirnos. ¿Y cómo

voy a tolerar estos 3 o 4 meses sin escucharla? ¿A quién le diré mis cosas?

Paralelismo: entrega de mi (o mis) libro y malhumor (envidia) de S. O acaso presiente la entrega y le ofende mi mutismo. No.

Mañana

a) Empezar a copiar *Detrás de los tristes músicos / partes del cuento final*.
Hoy: *L. Carroll – Donne – Mallarmé* y (a la noche, tarde): *E. Albee*.

Medianoche
Nada tengo a favor de la literatura pero debo y quiero atenerme solamente a ella.

Leonor Cabrera me regaló un juego de compás. «Para que des forma a todos los círculos cuidando de no quedar presa en ninguno.»

Éste es mi ruego: que no tenga miedo de las sombras.

Miérc[oles], 31 de diciembre

De nuevo me dejé llevar por la violencia. Dirigí a S. —en lo oscuro de su llamada anónima— palabras duras que se merece enteramente pero que fueron muy crueles.

Le dije que por su malhumor rompí mi libro y la carpeta de dibujos.

—Podrías hacer un chiste con *eso* —dijo la vocecita P. V.

¡Tras tanta amabilidad, eso resultaría un proceder funesto! P. V.

1970

2 de enero

Ha ocurrido lo tan temido que jamás me atreví a imaginarlo: el enojo de S. No entiendo bien lo que pasó. Creo que todo se originó en el regalo de S., acaso bonito pero para mí prescindible. Además, demuestra que lo compró apurada, sin pensar si me gustaría o no. Por mi parte, fui torpe al no agradecerlo ampliamente. Debí fingir que era hermoso o, mejor, que era lo que yo esperaba. Luego, la mañana de ayer, la histeria de S. (está enferma; es una loca de mierda); mi mentira al jurar por mi padre. Después le mandé rosas. Las agradeció. Luego volvió a llamar por la noche. Angustia profunda, o mía o derivada de ella. Hoy quise hablarle, prometió llamarme y no llamó. Tal vez no llame más. Creo que no me llamará más. Estoy segura de que no me llamará más. No voy a mover un dedo para corregir esta situación. No voy a luchar para que se le pase la cólera. No quiero defenderme. Quiero que no me importe.

Entre lo que dije a *su silencio*: lo de Mandiargues —insulto social— tal vez esto le hirió más que nada —luego: «M. es un iniciado muy importante»—. Nada de cálculos. S. puede hacerme un daño enorme. No pensar en esto. Otra cosa: la angustia de S., su histeria, algo le pasó, que no tiene que ver conmigo. (Pensar que he sentido *deseos* ante esta revieja histérica que sólo sirve para hacer mal —insecto dañino, bruja mediocre.)

Lectura del art[ículo] de Molloy sur S. O.

Un bello resumen —que S. M. me envidiaría— puede ser éste: los libros de S. carecen de emblemas. No hay un pensamiento que juegue el drama de emitir signos. No hay signos; hay palabrería o rumor. Cada cuento equivale a una conversación telefónica. (Por eso me gusta *Los amantes*: la descripción evita el rumor. No importa si esa descripción es una copia de Flaubert.) No hay alusión. S. O. cree que sí y yo, por amistad, me puse de su parte sin pensar. Ahora pienso que, en efecto, no hay alusión. Lo dicho está dicho trivialmente y tiende a expresar *un* solo sentido. Lo no dicho no muestra su sombra. (Mis frases, en mi artículo, carecen de objetividad; yo quería poner contenta a S.)

En suma, el art[ículo] de la imbécil de Sylvia está muy bien. Inclusive cuando me refuta la valoración de los niños, tiene razón ella, no yo. Además, y en esto ambas fuimos cobardes, S. recurre a lo poquito que sabe de una clase social distinta —la de los «desposeídos»— y usa ese poquito para burlarse y ejercer algo que no llega a ser humor. «Las fotografías» no es humorístico (eso lo inventé yo); es patológico en alto grado y muestra que S. está muy enferma, cosa que yo supe desde que la vi por 1.ª vez. De modo que salvo «Los amantes» —que no es genial sino muy bueno—,

«Informe del cielo…» —que es recopilación libresca y plagio— el resto de lo poco que escribió S. es nulo.

Ancestros, mártires: anulad a S. (si S. quiere hacerme daño).

Domingo, 4 de enero

Encuentro una hojita donde hace unos años escribí mis temas:

1. El espacio.
2. El doble.
3. El humor.
4. El poema en prosa.

Nada de lo que publiqué hasta ahora me expone. He suprimido mis temas centrales:

– el orgasmo
– poesía y orgasmo
– el rol del padre
– la muerte del padre
– el padre y el príncipe de los cuentos para niños
– la madre como plañidera
– la madre como danzarina
– la madre como telón de fondo que oculta la figura del padre
– la madre como única víctima «y la culpa consecuente que padecen los hijos que ya se dieron cuenta».

Lunes, 5

Van dos noches que no duermo. Aniversario de la muerte de papá. Enojo de S. O. ante mi «imperdonable» ataque del otro día. Ahora, ver si puedo encontrar algo a modo de fuerzas para *poder escribir* sin el afecto de S. —no por mi escritura sino por mí—. Ella también, como todos, no ha querido tolerar mis crisis o ¿cómo llamarlas?

Miércoles, 7

Día dedicado a S. Estoy muy enferma. Con S. exageré mi enfermedad para que me perdone ser como desgraciadamente soy.

De nuevo me digo (a estos restos, a esta *dépouille* de mí que soy): todo no será

tuyo. He elegido la literatura. Es suficiente para llevar varias vidas. No pretendas más. Por ejemplo: que S. te quiera. Ante todo, no hay en ti nada querible. Luego no hay en ti nada que S. pudiera querer. Ya que tú misma lo desdeñas ¿por qué lo codiciaría S.? Dejemos todo deseo, todo anhelo, toda presunción. Quiero escribir, si es posible escribir bien y si es imposible, mal.

Mandar c. postales à: Manolo – Aguirre – Teddy – Vidal Bussi – Mey y Enrique – Torres Agüero – Arias López.
Cartas: A. Cossi – Arta K. – Armindo T. – Julio C. – Lahitte – Mario y Fab – M. Minujin – F. N. City Bank – Beneyto – C. C.
Plaquette: Mandiargues – J. R. Medina – Pezzoni – Cela.

Jueves, 8 de enero

Corregí, al fin, un poema *en verso. Detrás de los tr. mús*. Por ahora los en verso van en *Carp[eta] Peuser*.

Carta a M. J. Le pido *cahiers Clairefontaine*.

Viernes, 9

Paco postergó la respuesta acerca de mi libro para la semana próxima. Mi otra agonía comienza. Imágenes de S., en *Sudamericana* IMPIDIENDO que me publiquen.

Llamada de S. ayer por la noche: cruel y desagradable. Nada la encoleriza más que sentirme más animosa. Que se vaya a la mierda.

Lecturas: *L. Carroll* y *sobre Van Gogh* (tema del suicidio).

Debiera copiar lo que marqué en los libros prestados. Pero el desorden…

poem[a]:
una muñeca de huesos de pájaro (2.º renglón: v. Kleist —títeres) *10 de enero, sábado*
Finalizó mi relación con S. Algo de alivio siento, pero sobre todo una inmensa tristeza, una seguridad de que *eso* (el final) era irremediable. Creo que *motivo 1*: me impedía, con sutileza diabólica, escribir según mis deseos y mis necesidades.

Trabajo en *prosas cortas* (T. M.) y en poemas en verso (Carp[eta] P.) y en prosa muy cortos.

Domingo, 11 de enero

Inquieta por el libro y por S. (quien no se fue todavía y ayer llamó y no estuvo demasiado distante, aunque tal vez era responsable el mal funcionamiento del aparato, parece conocer todas las posibilidades del teléfono). No dormí ni hice nada, salvo un poco, muy poco de orden (excusa para no escribir).

S. vuelve a atraparme para que yo no escriba. Creo que de esto se trata.

Luego, si tanto le preocupa mi salud, ¿por qué no me envió el remedio? (Estoy decepcionada porque soy tan idiota que imaginé que S. vendría personalmente.)

Trabajo:
Corregir III y IV de Clairef 1 y ver Carp[eta] Peuser.
Leer un cap. de Carroll. Leer algo *sur* V. Gogh —me angustia porque me identifico con él.

Lunes, 12 de enero

Escribí cartas a F. Valle y a Diana L. Decirles a Ufo y a Marta —Darle poems de *Diana. «Antifaz» a* Crist. C. y E. Almonacid y S. O.

RILKE: Miro el principio de la 5.ª Elegía, de Rilke y se me ocurre que *Pour un funambule*, de Genet, es una «respuesta» a este poema. Sobre todo cuando pregunta «para quién, por amor de quién esa voluntad nunca colmada» del volatinero.

«En principio», Paco dijo que no hay ningún impedimento en publicar mi libro. Mi alegría no fue total por su vaguedad acerca de la fecha. (La misma vaguedad en mis relaciones con S.)

Martes, 13

Anoche no dormí. Hoy pegué y pinté (mal) objetos y lugares. Me sentía transportada y recién ahora (3 y 1/2 de la mañana) logré escapar de esta condena.

Llamé a S. Ambas estuvimos, o fingimos estar, muy afectuosas (claro es que me atendió cuando llamé por 3.ª vez y estuvo conmigo un segundo). Dijo que me llamaría después pero no lo hizo, no lo hace, no lo hará.

Jueves, 15 de enero

Me dormí ayer al mediodía y desperté hoy a la mañana. Estoy como anonadada por lo que pasó en la librería —¡hubiera sido tan fácil arreglarlo comprando los lápices!—. Pero en cierto modo me sirve para poner fin a mi nuevo hábito y, al mismo tiempo, acabar con las noches en blanco que de nada sirven, pues no leo ni escribo en ellas. Algo pasó en mi relación con la noche. O, mejor dicho, algo dejó de pasar.

Lecturas: L. Carroll (gran hastío) y poemas de Rilke (ídem).

Viernes, 16 de enero

En *El cisne* o en *Roussillon* escribir dos cartas: 1) a M. Mur (urgente) y otra a H. Diz.

S., muy fría pero asidua. Temo que se entrometa en mis penosos esfuerzos de escribir y leer. Temo que lo haga inconscientemente. Temo que me aprecie por el aprecio poético que recibí en la TV.

LAPSUS: escribí *ciencia* en vez de *ausencia*.

17 de enero

Terminé *A través del espejo*. Quisiera «quedarme» con Rilke sólo a fin de intentar comprender algo, un poco.

Antifaz: a Pepe B. y a Juanjo.

Título para un libro (*surtout* de teatro): *Ángel y marioneta*.

Leer: *La danse de morts – Journal – Klee*.

Correo:
Cartas a: S. Thénon – F. Valle – Ivonne – Julio C. – Diana L. Marta – Ufo – Candegabe – Diz – Libro devuelto a Diz – S. O. Antifax: Pepita Errázuriz – Esmeralda – Juanjo – C. C. – Pepe B.

22 de enero

Mi relación con S. anda pésima: ya no quiere «hablar» conmigo sino mediante mis discursos lautremontianos en los que, a menudo, la denomino a ella «hija de puta» y otras variedades. Parece que le gustó o, más exactamente, *que lo necesita*. El golpe que dio con el teléfono, esta mañana, al despedirse, forma parte del juego. Sin duda quería enojarme o, mejor, despertar mi censura, es decir: ¿cómo es posible que una dama refinada se despida así por teléfono? Al mismo tiempo, S. me demuestra que también ella es capaz de ser salvaje como yo. Todo esto estaría bien, inclusive yo tendría la alegría de haber ayudado a S. a liberarse, si no fuera por las fuerzas sadomasoquistas que nos manejan a las dos en este juego muy peligroso para mí, puesto que al fin y al cabo quien se desgasta y regala sus fuerzas soy yo, y luego me quedo floja, imbécil, como un muñeco demasiado usado, si bien de algún modo me hace bien estas sesiones de catarsis doble, casi tanto bien como a S…

No obstante, nada en mi vida me ha hecho perder tanto tiempo como mi relación con S. Desde que la conozco escribo menos y leo menos (intelectualmente no sólo no me estimula sino que se esmera minuciosamente en hacer lo contrario). En suma, S. es una especie de máquina para perder el tiempo. Por eso alguna vez escribió tratando de «jugar» en el tiempo. De eso se trata. A ella el tiempo le sobra (más que a mí, puesto que vive según horarios rígidos y la lectura y la escritura no le exigen demasiado (o tal vez, a causa de su edad, ya no espera nada de la literatura). Su problema consiste, pues, en llenar agradablemente esos trozos de tiempo medido que cada día le suministra. Además, y contrariamente a lo que me sucede, no se siente «retrasada» con la correspondencia ni con sus escritos, pues ha resuelto el problema de la correspondencia acumulándola y en cuanto a sus escritos, poco le importa acabarlos pronto o no. Me pregunto si, a su edad, se ha dado cuenta del paso del tiempo. Es probable que *no*.

Viernes, 23

S. se cansó o, acaso, «simplemente», me odia.

Empecé a planificar *Las auguradoras*, basado en Alice y en un humor solamente verbal.

Seguir leyendo Alice y seguir preparando p. v. de humor.

Lecturas: Alice y *Rilke*.

Esta noche no dormí nada a fin de telefonear temprano a S. y saber si dejó de quererme. Inquietud de ayer, malestares de hoy (asma): todo para no escribir ni leer, para perder tiempo en homenaje a S., para honorarla absteniéndome de crear, que es lo que ella quiere.

Sábado, 24

Es probable que S. no me llame más. Pero si llama, juro por lo poco que quiero, por lo poco que venero, por mi infancia inenarrable, por mi adolescencia muy demasiado excesivamente dolorosa, que no me entregaré. Quiero decir: ella dijo, anoche, que yo monologo exclusivamente. Fue un golpe bien asestado. Me dio justo, me duele mucho, muchísimo. A la vez, negó ser la silenciosa interlocutora de mis monólogos forzados —puesto que en ningún momento una voz me respondió—. Claro es que hice muy mal en haberle respondido la primera vez y en haber transformado este «diálogo» monstruoso en un hábito. Más monstruosa fue, sin embargo, la doble declaración de S. 1) Al no ser ella —según dijo— interlocutora de mis monólogos provocó algo de pánico al insertar en mí la sospecha de que durante tanto tiempo estuve confiándome (y ni en el análisis me confié tanto) a un Alguien desconocido o conocido pero de todos modos siniestro por su anonimato. 2) A la vez, S. me endilga, como principal característica mía, el monologar.

Por cierto que ella conoce perfectamente mi timidez patológica y mis monstruosas inhibiciones y, sobre todo, mis problemas con mi tartamudez, como para adjudicarme el monólogo con inocencia. Simplemente trató de colaborar en la fácil tarea de encerrarme cada vez más en la soledad (hablo de la soledad mortal, qué carajos) y cada vez más en mi enfermedad (de separación, de lejanía). No sería importante si S. no fuera, justamente, la única persona con quien puedo hablar, y con quien *me gusta* hablar (nada más que con ella, solamente con ella me gusta hablar y he aquí que también desapareció mi único interlocutor). Ya no hablaré con nadie —salvo con P. R., pagándole—, ya no querré hablar con nadie —sobre todo no quiero hablar con S., como venganza—, una venganza de la que ni siquiera se dará cuenta o, si se da cuenta, la divertirá un momento antes de entrar en el olvido. Todo esto me desanima tanto que ni siquiera tengo fuerzas para odiar a S. ni para querer vengarme. (A propósito: acaso me dijo lo del monólogo para vengarse de que le conté que, para vengarme de no haberme atendido telefónicamente, rompí la parte de la carta de Laure que se refería a ella.)

Captación de S.: la llamé —estaba desesperada por la «desaparición» de mi madre— y contestó con voz fría no poco colérica, bastante (o demasiado) enojada. Su crueldad más su indiferencia más su perfecta maldad integran un todo que la convierte en la-persona-que-no-te-ayuda-cuando-la-precisás. Hoy, con el horizonte funesto de la *mort de ma mère*, pudo haber declinado su odio (era odio, sí). Pero no le dio importancia. Supongo que la vida o la muerte de mi madre le es igual. Pero en algún momento de mi angustia pensé en los ensalmos y la llamé y tal vez ella leyó la acusación de mi voz. Pero ¿cómo puede odiarse así a los seres y amar tanto la vida? S. no ama la vida sino su vida. Además, está loca. Es una loca de mierda.

Cartas a: S. O., Candegabe, H. Diz, Marta, Ufo y S. Thénon, Mur.

Hacer: un chap. Alice – algo de orden en carp[eta] PV – humor (*machine*)
Rilke: *voir Cartas a…*
Rilke: Poemas.
Cahier noir.

Lunes, 26

Leí cap. IV Alice – continuarlo.
Carta: Laure.
Poemas: Massa.

Vino Héctor. Absurda relación y sin embargo hoy sentí algo parecido a la ternura al hacer el amor con él.

Martes, 27 de enero

Postal Ostrov.
Antifaz: Ostrov – Cela – Teddy.

Miércoles, 28 de enero

S. se fue a Europa. Era esto lo que no me quería contar. Era por esto que estaba tan ansiosa y malhumorada. A mí me lo dijo a último momento para que yo no le diera consejos ni direcciones. Quiero decir: mi —digamos— «éxito» en París es mi mayor carta de triunfo. S. la envidiaba y ahora va a obtener una propia. Por eso no quería mi ayuda. Ayer estaba desesperada cuando me dijo que se iba. Por una parte, no puede no pensar que se trata de su último viaje allí. Por la otra, puede tener dudas sobre su triunfo en París, puesto que yo contaba con cosas que me ayudaron: mi edad y, más que nada, mi inocencia, es decir: ni se me había ocurrido la idea de triunfar. Ahora veo que este viaje puede ser desastroso para S. No obstante, existe su innegable encanto, su enorme seducción, su perfecto conocimiento del idioma, su viveza y su ambición.

Estoy alterada. Ayer, cuando me comunicó la noticia, no me asombré (como si lo hubiese sabido) y de algún modo me alegré por la *tregua* que implica. Hoy a la mañana, al despedirse, preguntó: «¿No me decís nada?». Y eso me conmovió (esa

pregunta parecía mía) y le comuniqué mis buenos deseos, sobre todo el de que vuelva «serenamente exaltada, llena de fervor y de contento». Después nos dijimos: «Hasta luego».

Ahora tengo miedo. ¿Y si se fue para siempre? ¿Y si se queda varios años?

Carta LAURE (buscar art[ículo] de Julio). Tengo 18 días de tiempo – Acaso mañana vaya a escribirla al *Rousillon* (o esta noche a las 23 h). A ella y a *André* (buscar el art[ículo] *sur lui*) – *Prevenir aussi* [ilegible] – TENTORI.

Promiscuidad al escribir

1) ordeno muy lentamente la *carpeta PV*, cuyo destino es incierto.
2) Escribo un texto que es un fracaso: *Las auguradoras*. Ayer estuve en él unas 4 h. Me hace bien escribirlo pero descargo en él mi sentido del humor más mediocre.
3) Copio en *Claire*.1 los textos de *T. M.* Quiero romper cuanto antes el *cahier noir* de Adolfito.
4) *Poemas en prosa* (carp[eta] *bordeaux*) *y en verso* (*Peuser*).
5) Correspondencia.
6) Lecturas. *Rilke*, a pesar de la traducción pésima, y *Alice*.

Lo esencial de lo que ayer me dijo P. R. fue el *designio* primordial de *S.*: ENLOQUECERME mediante las más grandes frustraciones. En cuanto a los motivos, los principales serían: la envidia y el deseo de sentir el propio poder.

Ganas de leer mucho, de escribir mucho. Pero ¿cómo si no duermo?

Cartas a: Squirru, Massa, Laure, Ivonne.

Miércoles, 18 de febrero

Nada desde el sábado. Todo es para obstaculizar, todo para interferir. Encuentro con Luis Chanes: para interferir. Reencuentro con A: para interferir en gran forma.

La calesita.

Lunes, 23 de febrero

Fatiga, fatiga como una larga caravana. Ayúdame a no pedir ayuda.

Domingo, 1 de marzo

Desde el lunes en que vino Jean no hice nada salvo comprar libros (martes a la mañana).

Asunto empleo: me perturba; nada hago para arreglarlo. Conversación con Jean. «Si trabajas para subsistir, no podrás trabajar en lo tuyo.»

Llamar Olga: esa rev[ista] en que podría ser informadora.

Martes: P. R. Mi temor a este encuentro. ¿Y por qué no le escribo a Diana?

Deseo emprender un vasto plan de *lecturas*. Pienso que mi PV es una excelente idea. No importa si hasta ahora no he descubierto de qué manera puede servirme. Pero es excelente como ejercicio de sensibilización del idioma.

Martes, 17 de marzo

Apenas el consuelo de ver a P. R. y mi no saber si me quiere un poco. Apenas el consuelo de haber ido a visitar a mi madre, lo que la alegró y me atemorizó pues el equilibrio es archiprecario. Sin P. R., no puedo apoyar a mi madre.

¡Cuánto me sostiene el proyecto de Antonio y Marta! Si no se cumple voy a volver a caer. Ese proyecto es lo único que puedo oponerle a J. Y a su miserable recuerdo.

18 de marzo

Antifaz: Cozarinsky y Molina.

Poems – Imagen – Monegal – Lea Barder – Silvina.

Poemas de Brecht. Horrible traducción. Poemas correctos, por momentos grandes y sabios, pero algo, en ellos, produce una especie de malestar: la fórmula, la consigna.

24 de marzo

Acabar con cuadernos *PV*. Usar solamente carpetas y ser más rigurosa (tomar menos notas). *Idem cahier antologique*.

Ahora que sé que el regalo de S. *es* un cenicero, me gusta más. [*palabra ilegible*] que alguien como yo *es* poeta.

Me emociona la inmensa responsabilidad que me significa el título de mi libro futuro. *TEXTA*.

25 de marzo

Volví a acercarme a judíos desconocidos. Con ellos me siento en mi casa.

La increíble (no tanto pues yo soy un modelo ejemplar) capacidad de desconfiar que tienen los judíos. Noto, ahora, que hay muchos rasgos peculiares fáciles de discernir en todos los judíos.

Sábado, 28 de marzo

Me separé de todos o me marginaron. Como se trata de todos, no puedo designar culpables. Esto se relaciona con la ausencia de S. Si S. no está, no quiero ver a nadie. Asimismo, S. pudo haberse vengado de lo que le hice escribiendo a André, a M. J., etc. O es mi culpa lo que me lleva a esperar una venganza cruel. Esta venganza sería una condena al aislamiento gracias a las malignas artes de S.

Tampoco escribo ni leo. No tengo con quién hablar. Marta y Antonio no dieron señales de vida.

¿Y para qué seguir embelleciendo mi casa si nadie que me interese viene a verme? Ni siquiera Olga es sensible a esta soledad mortal puesto que no me llama (ni Aurora ni Juanjo ni tantos que llamaban con cierta frecuencia). ¿Qué sucede? ¿Soy yo o son ellos? Me pregunto si no estoy asumiendo, peligrosamente, la soledad de mi madre. ¿Hacer algo o esperar (y ni siquiera esperar)? Está claro que necesito de la gente, de algunos, muy pocos. Creo que antes estaba sola como ahora pero S. me impedía ver mi soledad y si alguna vez, de cuando en cuando, veía a cierta gente, S. me impedía estar tensa y ansiosa.

3 de abril

De un diario desaparecido (de 1960) rescato este fragmento de frase: *Moi, qui donne ma vie (mon temps)…*

Escribí a Silvina, Sigfrido, Daniela y Olga.

Cuaderno de abril a noviembre de 1970

Lunes, 20 de abril

Mandé *El inf[ierno musical]* al concurso de *Imágenes*. Asimismo *Nadja* y «antifaz azul» a G [*ilegible*]. Hoy, en la madrugada, se me ocurrió de repente, la idea de que G. no es inteligente. Es astuta, y sobre todo oportuna. Ahora me da malestar pensar en ella. Con la prisa con que me enamoré, me he desenamorado. Pero digo *G*. y tiemblo.

Miércoles, 22 de abril

Carta a S. O. – *Nadja* a: Norah L., Sarduy, Arias López, Anderson I., Balakian, Sucre, Xirau.

Hans. La relación entre *poesía y arte combinatoria*.

pv – los callejones sin salida
salteador de caminos
pv – *el ver* en vez de *el mirar*

descubre (revela) versus recubre

Nada hice hoy sino escribir dos cartas delirantes a M. E. Si se las enviara a S. o a V. (C. C.) ellas no sospecharían que eran para otra.

El silencio de P. R.
El alejamiento de la posibilidad de trabajar aquí.
¿Y si P. R. muere?
¿Y si S. O.?

Pasé a PV la pág. 2.

M. E. no me escribirá. Hay algo innoble en su no hacer excepciones. Hay algo tonto. ¿Y qué si depongo mi falso rol de enamorada y no la escribo más? ¿Para qué gastar dinero en la niña que no conozco o en ella a quien tampoco conozco? ¿Y si fuera una persona endurecida y tonta, como lo sospecho? ¿Y si no me gustara? ¿Acaso no siento algo en contra suyo por no ser ni haber actuado como C. C.? Dejémosla en paz

y viceversa.

Viernes, 24 de abril

Malestar por el trabajo que se escamotea. Sólo necesito eso —que se realice el proyecto de Antonio— para hacer proyectos literarios, para saber quién soy y, sobre todo, en dónde estoy: *le point où je suis*.

Con gran desesperación —y a la vez con determinación que me conmovería en otra persona— dejé de aspirar a que la imagen de mí en los demás se parezca, ni siquiera remotamente, a la imagen mía en mí. Renuncié del todo a cualquier *reconocimiento* de parte de los demás. Que piensen bien o mal, nunca pensarán en mí de un modo justo. Y ahora sé que no me importa si piensan bien o mal, puesto que no se trata de eso.

Terminé versión a mano de *El gran afinador*.

Lecturas: Teatro – Tablado de marionetas – Conjunciones y disyunciones.

Sábado, 25 de abril

Pasar *lettres à Génie, à Sudelbuch*.

Pasar algo de *Foráneo* en *carp[eta] jaune*.

Envié cartas.

Copié *caput V* o condición de Coco P.

Mañana, copiar (en parte o completo) *El gran afinador*.

Cartas a: Génie (y libro *sur* Julio), H. Coventry y Julio.

Lunes, 27 de abril, noche

Euforia de ayer: por la noche hice y rehíce *Sudelbuch*.

Hoy, aparente o real desastre: Antonio y Marta no vinieron y eso que lo habían prometido. Tampoco llamaron para excusarse.

Pienso en M. E. V. como en la culpable. Su silencio no puede provenir de una distracción. Y yo continúo mandándole cosas, aun si no merece que yo me moleste por ellas. No sólo no lo merece sino que *no quiere* mis mensajes. El mero hecho de

no haber agradecido los regalos para la niña es un hecho grave, henchido de una determinación más profunda de lo que yo creo. Y al final, ¿por qué irrumpiría en su vida?, ¿por qué la preocuparía?, ¿quién soy?, ¿el guardián de mi hermano?

Hoy todos me han traicionado.

El *diálogo* delirante con mi madre.

Es un peso gravísimo, terrible, temible, que me hará perder la vida del modo más cruel. Ella sabe, ahora, del fracaso de toda su vida. ¿Cómo compensarla? ¿Cómo ayudarla? Y ese temblor en los labios, eso es tan terrible, ese tic que le obliga a mover los labios como una criatura que va a llorar. Ésta es mi madre, la que hizo de mi infancia un laberinto de tristezas sin nombre. Y ella y yo estamos tan vencidas que desapareció la culpable así como la víctima. La quiero mucho, pero sobrellevar su vida (en mis hombros que tanto me duelen) implica inmolarme. Y claro que me inmolo. Por supuesto que me doy en holocausto. ¿Y qué?

Pero lo de Marta y Antonio es muy extraño. ¿Y Olga? Estoy cansada a fondo y sé que no me recuperaré más. Al ver a M. E. V. nació una miserable esperanza. ¡Qué idiota soy!

Después de todo, de no haber mediado Álvarez Sosa, ni siquiera hubiese aceptado encontrarse conmigo. O sea: creo que tenía prejuicios previos en contra mío o simples presentimientos que no me favorecían. El hecho es que me dijo:

1) Que no escribe cartas.

2) Que no viene a B. A. (cuando según Leda, viene 2 veces al año; *ergo*: no quiere verme aquí).

Suficiente para silenciarme y acallarme ante ella, ¿verdad?

Miércoles, 29/IV/70

Cumplo treinta y cuatro años.

1/V, viernes

Cumplí años. No decidí nada ni estuve triste. Solamente sé que ya no puedo jugar de cierto modo (ejemplo: Jenny) ni escribir de cierto modo ni pensar mágicamente como los niños.

El mejor regalo: la lapicera Montblanc de Leonor C., quien parece enamorada de mí.

Lunes, 6

Hoy llevé *El infierno musical* a Paco.

Imposible escribir ni corregir. Nada más ajeno a mi ánimo de hoy que los textos de humor.

Lecturas: Es horrible. Me esperan unos 40 libros. Y no leo nada o apenas.

Sábado, 9

Encuentro con Jean. La cubrí de regalos —muchos los «olvidó»—. ¿Siento culpa frente a ella? Un poco.

El fracaso. El desamor hacia mí.
Quise consolar a un niño: fracasé.
Mi angustia es total. ¿Cómo respetarse a sí? ¿Cómo protegerse?
Por ej. Jean. Sufre por otra.

Yo deseo, en apariencia al menos, sufrir por Jean, cuando en verdad, de algún modo me alegra verla sola y abandonada y sufriendo, puesto que conmigo se portó mal, me robó, me saqueó.

Ahora: angustia feroz. Me humillé, ella y el niño, angustiados los dos, se reían empero de mí, que hacía lo imposible por serenarlos, y darles regalos de toda suerte. Pero esto me recuerda a M. E. V., quien NO agradeció mis regalos. Entonces, no desea mis regalos.

Y para qué, pues, hago regalos a los que nada quieren de mí. ¿Acaso no es demasiado pronto para dar regalos?

¿Acaso no me separé de ellos, de todos, y no estoy sola escandalosamente?

No voy a ser, tampoco, el médico de mi madre. No soy médico, soy apenas una enferma. ¿Quién me cura a mí? ¿Quién me da regalos y con o sin culpa quiere mejorarme? No sólo nadie sino que se ríen de vos. Inclusive Jean y su hijito, enfermos de incesto y de angustia, se reían de mis insensatas dádivas.

(Silvina te lo dijo: Hay algo en vos que suscita ganas de ser malo con vos —así dijo. Y agregó: Sin duda siempre fue así y seguramente no cambiará.

Y yo los odio demasiado como para darles mi persona en holocausto.)

Cuidado, hoy, pues vienen Ufo y Eliz. Cuidado con Ufo y, como siempre pero más, con E.

Hoy comencé art[ículo] O. P. Lo deseo breve y casi —o del todo— un poema.

Texto de los pajaritos: olvidé la PAJARERA.

Martes, 12 de mayo

La llamada a Ufo me dejó una sensación de peligro. Como si yo fuese la próxima e inminente víctima de ella y de Marta. Como si me hubiesen eximido, hasta el presente…

Basta. No les temo. No son ellos los enemigos. Es esta ciudad feroz, es *toda la gente de aquí* y al mismo tiempo no es ninguna.

Y Renée en el hospicio. Esto me angustia. Y más aún ayer, al sentir que de algún modo me alegraba de saber dónde estaba. Ella, tan inasible. Supongo que muchos se alegrarán al ver que los malos son encerrados y duramente castigados. Pero yo ¿qué pretendo? ¿Arruinar mi vida definitivamente trayéndola aquí, a mi casa? ¿En nombre de qué, de la destrucción, de la frustración? ¿Y por qué me ocupo siquiera de ella? ¿Acaso me pidió socorro? ¿Acaso vino, alguna vez, a visitarme? ¿No presintió nunca el inmenso bien que una sola visita de ella me hubiera hecho? (Un bien inenarrable, que me hubiese defendido un poco de S.) Pero no vino nunca y ahora no tiene gracia que yo intente encontrarme con ella pues falta lo principal: la voluntad de Renée. No debo visitarla antes que ella lo pida. Enviarle regalos, sí. Cartas, sí (si responde). Y nada más.

Diálogo con P. R.:

«Le vendría bien ir al hospicio para ver en qué termina la homosexualidad…».

Fingí no entender. Tuve mucho miedo. Traté de que se desdijera.

Imposible. De pronto recordé a Djuna Burnes, a Robin Vote.

«Oh, sí.»

«En cuanto a usted, no hay hospicio para usted, ningún hospicio la aceptaría. Está demasiado bien.»

En efecto. Recién hablé con mi madre. Tan mustia y enferma al empezar a responder, se despidió riendo, y riendo de ella, de sus enfermedades ilusorias.

P. R. dijo que en mi caso no se trata de una captación psicológica especial sino de una especial captación parapsicológica.

En cuanto a O. P.,[69] me dijo, al despedirnos: «Haga muchos ensayos». O sea: no quedarme varada en un solo *racconto* imposible sino, enseguida, empezar otro, y si es posible, *opuesto*. Estoy contenta porque hoy miré a P. R. Lo miré al despedirme, fue una mirada de corta duración pero que me hizo saber que nunca, antes, lo había mirado así. Quiero decir: aunque fugaz, fue una mirada limpia, pues P. R. apareció solo, enfrente de mí, independiente de mí, de mis miasmas imaginativos que crecen al son de cánticos de espejos, al sol de un laberinto en forma de útero (*les murs gluants de ma mélancholie*).

14 de mayo

Enviaré a *Entretiens* estos poemas: *cold in hand blues – En un ej. de Mald*. Las uniones posibles – Los colores fugitivos – Los poseídos entre lilas (III) y (IV).

ANOCHE

Fue una desenfrenada noche dedicada por entero a escribirle a Renée —a Renée en el hospicio.

Hoy no pude verla pero sentí el inmundo NO que es «el sistema» del hospicio. Ahora siento ganas de tener el poder suficiente para dañar a esa enfermera (González) y, en especial, a la secretaria del director.

No ahora, sino hace un rato. Ahora —que compruebo que mis 7 u 8 cartas (cada una significó mi entrega, la abolición de las defensas) no producen ninguna reacción, sea buena o mala (¡qué mala retórica ejercito a fin de demorar lo esencial de cada frase!).

Ahora sé que nada cambiará y que mi exaltación de anoche debe bastarme. No me la dio Renée directamente pero la sentí por ella, y sin duda porque es mi imposible, desconfío de ella porque la veo ahora examinando con ojos duros mi carta, descubriendo mi estupidez, mi deseo de darme en holocausto para nada y ahora pienso que Jean debió haberme llamado aunque solo fuese para decirme que las acuarelas, etc. Pero no me las pidió; ergo, ¿qué usura estoy haciendo, carajos? (Como siempre, finalizo en el desprecio de mí. Soy yo quien paga caro el daño que me hacen los demás.)

Enviar «Una tradición de la ruptura» a R. Monegal. No quiero hacer la nota sobre mis relaciones *personales* con O. P.

16 de mayo

¿Es escritora? ¿Y hace muñequitos?

Malestar, enfermedad, agonía de las visionarias del otoño. La imagen si bien borrosa, muy conjetural, de Renée, me impide respirar. Y, al mismo tiempo, un malestar por lo que me dijo P. R. Después de todo, R. está en el hospicio por contrabando de drogas y no por homosexualidad (aunque la madre, tal vez, la intuye y por eso hizo que la encerraran).

¿Y yo? De pronto, un amor candente por R., que me impide escribir, leer y, sobre todo, pensar en el *trabajo*.

¿Por qué ayudaría yo a R.? ¿Acaso me ayudó a mí cuando en lo más sombrío y desgarrado de mi persona yo desfallecía por S. y solamente R., ella sola, hubiese

podido evitar mi caída? ¿Y ahora? ¿Cómo decirle que no quiero cargar con su persona? ¡Qué mala suerte la de los que sufren! Precisamente porque atraviesa un período de penuria, yo logro reunir fuerzas para apartarla de mi camino. Otra sería mi actitud si pasara por la calle —como Gradiva— y me saludara con su orgullo de siempre (el cual se manifiesta espléndidamente en su carta). Sé elegir mis verdugos. R. es criatura de alguna remota y muy refinada especie. Pero yo, ¿qué tengo que ver? ¿He gozado estos últimos años (en que no la vi) como ella o la mitad o un cuarto? A nadie molesté (¿a S. tampoco?).

Mi enajenación de hoy. Es inmoral quedarse toda la noche despierta para nada.

Preguntar a P. R. acerca de los riesgos de la visita del miércoles. Y volver a indagar por qué *me haría bien*.

De pronto, quiero suicidarme. Pero me pregunto si no es culpa de Ufo mi estado. Puesto que yo la llamé «en tanto que analista». ¿Para qué usurpar roles ajenos? ¿Y para qué —también— lo contrario? Pienso que si yo estuviera en el lugar de R., mi desesperación no tendría límites. (Recuerdo su perfecto rostro apacible, la noche en que la visité y había una muchacha delirante a la que R. apenas miraba.)

Lunes, 18 de mayo

R. está fuera del hospicio. Su liberación me esclaviza. Al saberla encerrada, yo me sentía «libre» y, de algún modo, se cumplía cierta justicia elemental. Ahora, una vez libre, ella no pensará más en mí, pues la espera *su* gente. Además, su rápida salida revela que hay otros que velan por su suerte, gente más eficaz que yo. Es decir, R. no me necesita. ¿Y qué podría darle si no es mi fidelidad y mi *incomprensión*?

Jean no deja de tener razón en las cosas que me dijo acerca de mí. «Vos estás con los que pierden», dijo. En efecto, ahora que R. ya no es víctima de «la sociedad», ahora que ya no necesita una mano amiga, ¿qué alegría puedo darle?

Martes, 19

Desagradable llamada a Marta Ort. Sin duda la presentía y necesitaba que me fustigaran un poco. Me duele que la gente se enoje conmigo. Sin embargo, tanto Marta como Juana son huérfanas siniestras y carentes de todo atractivo.

29 de mayo

Renée no vino. Mejor: así me desprendo del compromiso que significa introducirla en la Editorial, en donde no hubiese hecho sino destruir o traer mala suerte. No es aciaga. Pero le gusta la ruina, el desmoronamiento.

Y yo: ¡cuánto tiempo perdí!, ¡cuánto dinero! (De nuevo una excusa para no escribir.)

2 de junio

Vértigo y náuseas. Advertí que el texto de humor me hace mal, me descentra, me dispersa, me arrebata fuera de mí —a diferencia, *par ex.*, de los instantes frente al *pizarrón*, en que me reúno (o al menos me parece).

Sin embargo, ninguno de los poemas por reescribir me enfervoriza. El texto de humor, por el contrario, es la tentación perpetua.

CORREO

Carta y *Nadja* a Venegas Filardo.

Dibujo —regalo de bodas a Graciela, secretaria de la Defant.

8 de junio, martes (madrugada)

El texto de *Pericles* (el sábado leí algunas páginas: nadie rió) disociado en vanos cuadernos y carpetas. He perdido el orden cronológico y todo orden. Angustia por no poder ganarme la vida. No creo en el *affaire* editorial. No sé si A. miente pero una vez, por lo menos, ya lo hizo. Además, introdujo a Carlos *sin consultarme*, visitó imprentas sin preguntar mi parecer acerca de la más conveniente. Pero tal vez él mismo perdió confianza en mí a causa de mis demoras, de mi mucho hablar y nada hacer.

DESORDEN: Una de las causas consiste en no guardar las cosas en el interior de los cajones, de los estantes, etc. Como si necesitara rodearme —en el sentido más literal — de mis cosas. ¿Cuántos libros de la biblioteca? ¿Cuántos poemas y textos fuera de las carpetas? ¿Cuántas cartas fuera de los cajones? Etc., etc.

¿Y si me hubiera equivocado respecto de Antonio? Hoy es la 1.ª vez que pienso en el asunto de la Editorial y siento una gran desconfianza. O sea: hay algo, en el punto de partida, que está algo averiado. Acaso sea la rapidez con que se pasó del fervor poético a una actitud enteramente comercial. Asimismo, la lentitud de A. en confesar

que partimos sin un centavo. Luego, el no aceptar la entrevista con Paco.

1) *Affaire Editorial*: en suspenso o en algo peor. 2) Mis escritos: *humor porno*.
3) Gente, amistades: en suspenso.
4) *Lecturas*: ídem.
Mi libro, próximo a publicarse, me resulta flojo.

Cabe agregar que, *afuera*, hubo (¿hay?) un golpe de Estado o algo parecido. (Alguien golpea en algún lado y los golpes me dan en mi, digamos, *centro*.) «Hay alguien aquí que tiembla.»

Miércoles, 9 de junio

Escribí diez hojas «Pericles».
Llegó un dibujo de Beneyto. Trae esta dedicatoria: «Para Pizarnik».

Lecturas
1) Recomienzo de *Alice*.
2) Carrington.
3) Ver si continúo Ginsberg. *Je n'aime pas*.

Persecutio: les voisins d'en haut ou ceux de la droite.

Sábado, 12 de junio

Buenos Aires es un siniestro imposible. Mi automatismo. Jueves con Elizabeth: ¿valía la pena su poema? Era horrible. Hoy sentí su falta de cordialidad. Pero ¿qué decir del abandono por parte de Renée?

No vino cuando prometió venir y jamás llamó para disculparse ni nada parecido. Ella debe desaparecer de mi vida, la llama pequeña del jardín del castillito de Alejandra, el pequeño fuego, la luz pequeña. Al infierno todo.

Sábado, 19 de junio

La traducción francesa de la pieza teatral de Héctor B. más su carta (soy feliz amante, amado) me vuelven siniestro Buenos Aires.

Martha y Antonio han entrado demasiado profundamente en mi vida. No hay, entre

nosotros, la menor distancia. Pero a la vez no hay la menor confianza.

7/VII/70

Escribí «32», texto muy breve, en el pequeño *cuaderno griego*.

(«32» alude a los signos físicos del *Buda*.) Consulté «Un modelo para la muerte» de B. Domecq, Ouspensky, *Perinola*, de Quevedo y, sobre todo, el *Dicc[ionario] de voces lunfardas*.

À lire:

a) Poetas de la dinastía TANG.

b) *Rélire*: *PERINOLA* – *c*) B. Domecq.

d) *Diccionario lunfardo*.

Reescribir: «La viuda del ciclista». La reescribí en el *cahier Sudelbuch*.

Sábado, 18 de julio

¿Quién es Olga?

Alguien que no acepta una evidencia: que yo, Alejandrita-¿no-parece-un-ángel?, soy (o era, no lo sé) mejor poeta que ella. Y no es que este juicio sea mío sino de los demás. O. lo advirtió, mas no yo.

No creo que lo mío sea bueno. *Ergo*: ¿por qué tantos celos de mí?, ¿tanta rivalidad? Hay un error en alguna parte.

Lunes, 21 de julio

Los de arriba. Los pajaritos en la azotea. Olga vista por Martha Álvarez. Desmitificación. «Yo no me considero surrealista.» Canta tangos para no hablar o por no saber (o no poder) hablar.

Escribir para agradecer a: Serra Lima.

Luego a: Manquel / Bianciotti – *Diálogos*.

Monólogo de Leika: está en *cahier* lilas *Sudelbuch* y lo voy pasando a la carpeta verde francesa.

Écrire ou reecrire: *a*) *¿Leika?*

Martes, 22 de julio

Anoche escribí de un tirón «La bucanera». ¿Qué relación no puedo captar?

Estoy copiando a máquina *Leika* y «La viuda». *La vecina* descubrió esta madrugada mis vigilias noctívagas. ¿Tomará represalias? Pensar que no puedo matarla.

Luego la gente. La gente no quiere saber nada de mis textos de humor. *Par ex.* Martha Álvarez; *par ex*. todo el mundo.

La gente y mis cuentos de humor.

Leer Lichtenberg.

Para Humm: Aretino – *Ulisses* – Joyce – Los raros.

Martes, 28

P. R. enfermo. Por tanto, también yo. ¿Cómo es que no te vas de este lugar que ya se despidió de vos? Ya se despidieron. Renée no vendrá. Martha Álvarez no me amará. Olga no me quiere más (¡cómo desprecio a los que no me quieren!), Silvina no me escribe.

Agosto – madrugada del 5

Los raros —PV.
Licht[enberg].
L'amour fati.

> He sentido síntomas muy inquietantes provocados por el solo acto de escribir.
>
> MALLARMÉ

Miércoles, 12 de agosto

Anoche: espasmos, ahogos, contracciones. ¿Cuándo empezó?

Domingo, 16 de agosto

Empecé: LOS PEQUEÑOS CANTOS.

Ayer escribí *Innocence et «Nonsense»* (*Cahier* ROMANI).

Lecturas: Poemas precolombinos. Lichtenberg. L. Carroll. Lunf[ardo]. Los R.

Miércoles, 20

Mi queja de la pág. 61 me parece —hoy— un siniestro presagio. Este año, por 1.ª vez, me enojo, me divorcio de la gente. ¿No serán (esto lo pienso *hoy*) pruebas que prefiguran la separación con P. R.? En este caso debería suicidarme inmediatamente.

No es un azar si he perdido interés en los textos de humor. Me parece que Paco es responsable de mi desinterés. Creo que no le resulto una buena persona (o, de lo contrario, está el asunto ése de la envidia).

Nadie se interesa profundamente por lo que hago o no hago. *Debo irme de este país* (*De esto se ocuparán los vecinos,* a los que no sé definir, no entiendo si me matan así a propósito o no. Algo me dice que sí). Hoy lloré como quien termina de saber su próximo fin. Y ellos, por 1.ª vez, rieron.

Domingo, 22 de agosto

> En cuanto a mí, nadie puede ayudarme.
>
> KAFKA

Encuentro con Fernando, un nuevo discípulo. No quiero discípulos, no los necesito. El gorro negro. F. lo olvidó y ahora imagino una sucesión de discípulos que se pondrán el gorro negro. Mientras escribo, me asfixio. P. R. me da miedo. ¿Se irá a morir? Pero no me asfixio por P. R. sino por la vecina del 8ème. Es ella la que va a morir. Entretanto, me asfixio porque recuerdo el terror de mis noches de infancia, cuando mamá prendía la luz intempestivamente con el fin de descubrir en dónde teníamos las manos: si debajo o encima de la frazada. Y como se daba el caso de que las mías estaban *debajo,* simulaba ordenar mi cama para concluir ordenándome que pusiera las manos en donde correspondía.

De esas visitas nocturnas y difíciles de creer —oh pero eran tan ciertas, tan ciertas, ¿por qué, si no, me asfixiaría ahora mientras la vecina duerme?—, de esas visitas quedó un temor extraordinario y sobre todo mi mala respiración. Contengo el aliento para no hacerme notar y a la vez hago ruidos exagerados para demostrar que no temo hacerme notar. Ese terror de las visitas nocturnas de mi madre, seguida por mi padre con [*sic*] por un sirviente o un paje. Y ahora estoy sola, vivo sola, pero en el silencio de la noche estoy pendiente del momento en que la mujer del 8ème note que no duermo, que tengo las manos en donde no se debe y que toda yo soy un

holocausto a lo que no se debe.

Desaparecieron Elisabeth y Juana C. Hasta Leonor Calveira desapareció. ¿Qué significan estas deserciones que empezaron con mis *noches blancas*?

Terminar de pasar *Machine Una musiquita cacofónica*. Continuar *machine*: *Helioglobo*.
Texto *sur* Martha C.
Reescribí LA ESCRITA (*cahier* Romaní cuadriculado).

Viernes, SEPTIEMBRE

Terminar de pasar *Cinabrio en Cimabue*.
Lecturas: Quenau. Rubén. Quevedo.

8 de septiembre. Madrugada martes a miércoles

Me ahogo, me asfixio, no aire, nada de aire para mí, asaltada sin duda por demasiados *malos deseos* de amigos y enemigos.

Tarde y noche de hoy (martes) dedicados a oír los golpes con que me festeja la vecina.

Esta vecina es un personaje más siniestro de lo que supuse. Mejor dicho: es más maléfica o más malvada o más malévolamente fuerte de lo que creía.

8 de septiembre

Sin duda la insulté de un modo como no se puede (supongo) insultar a un ser humano.

Pero no es un ser humano.

Hay una mitad de ella que me encoleriza, y es aquella mitad demasiado parecida a una mula.

Es verdad, pero la mitad sobrante es (sería) la de una mujer muy atractiva.

Creo que es muy fuerte pues no se asusta con mis estallidos nerviosos que han de ser intolerables (no le resultan así a ella, quien de algún modo o de muchos los provoca).

Por mis vecinos descubro mi profundo antisemitismo. So pretexto de su

ignorancia, *insulto a los judíos*.

Más que «terriblemente fuerte», mi vecina es, para mi mal, terriblemente mimética. Ella golpea dos veces; yo, 3; ella, 3; yo, 5; ella, 5; y así hasta el escándalo.

Esta noche, por primera vez, me espiaba (o acaso aún me siga espiando y de ahí mi asfixia). Sin temor (¿y por qué lo sentiría?, ¿acaso no está acompañada?) de los ruidos que pudiesen delatarla mientras yo escribía con las poquísimas fuerzas que me quedaban y sin aire, ahogándome tan cruelmente, yo escribía un texto-exorcismo, en contra de los espías que me desean mal (y no deja de causarme gracia sentir todo el increíble mal que me desea). Y si pienso en Silvina, escondiendo su fracaso en *Pau*, odiándome inexpresablemente, si pienso —¿qué sé yo?— en Olga, que no me llama, en Aurora, que no me llama (que me abandonó) y sobre todo en Alberto Manguel (¡oh, si lo que me propuso se cumpliera!). Si pudiera realizar mi sueño, esto es: vivir en París *y* en Buenos Aires (sueño posible gracias a un trabajo como el que me propuso Alberto con quien, de algún modo, me desencontré en vez de encontrarme —sin saber por qué de repente no puedo hablar con él confiada y afectuosamente, pues de pronto no es más el niño gentil y encantador sino una especie de criatura mucho más genial que yo y no sólo en la literatura sino en la literatura y en la vida, oh dios…)

Correo: Laure – L. Yusen – Margda – Dessein – *poems*.

Jueves, 10 septiembre

Fini Quevedo. *Hier*: reescribí —sin mucho ni poco placer— «Marioneta verde», que cambió de título.

Madrugada del sábado 11 sept[iembre]

Infierno con la vecina.

Noche del miérc[oles] al jueves

¿Por qué son tan duros conmigo? ¿Por qué me atormentan? Pienso en mi infancia. Pienso en mi madre. Nadie tiene la culpa. Pienso en los hijos de puta de encima, que no me permiten ser dueña de algo a modo de tranquilidad por tener una casa mía.

Jueves, 17 de septiembre

Día perdido gracias a los vecinos (*y a mí misma*, sin duda).

Mi discurso a los «perros L.».

Golpes y protestas a causa de mi tos. Tanto golpearon por mi tos que no pude no hablarles.

Les hablé diciéndoles que si me querían comprar mi remedio éste se llama, etc. Nada.

Viernes, 18

Mi lidia con los vecinos sería, según P. R., expresión de mi deseo de mudarme, para luego mudarme, para luego, etc. «Como los judíos», agregó.

1) Buscar el guión de Alberto. Leerlo hasta el final.
2) Leer Arp —Huid.
3) Leer mis notas.
4) Leer mi guión. Seguirlo o romperlo.

Quiero que mi *portraits des voix* tenga argumento o algo que unifique (justifique) los fragmentos).
Titre: La viuda del ciclista.
Hilda la polígrafa.
Voces.
Alarido de la estrangulada.
Al final la estrangulada *c'est* A. P.

¿Quién eres, al fin? Quédate…
¡Oh!, ¡quédate todavía
sobre esta tierra! Recoge
tus blancas alas y no
mires hacia lo alto
con párpados inquietos…

LAUTR[ÉAMONT]

Lunes, 21 de septiembre

El nuevo drama ha sido configurado por las circunstancias que coinciden en decidir mi pronta muerte. De modo que hay: mi pronta muerte, amor desdichado y mi simulación ante mi madre, en forma de melancolía depresiva.

Ahora los vecinos hablan muy alto. O les importa un carajo y se están peleando o quieren jugar con un testigo, como yo con ellos. Tal vez quieren decirme, simplemente, que puedo poner fuerte los discos.

Mi nuevo drama nació del miedo de ayer. Y también, sobre todo, de la muerte planeando sobre mi persona, mis cosas. Lo bello de la historia es que fuera verdad.

25 de septiembre, viernes 6 h del alba

Buscar título para «El ojo ajeno».

Tal vez: «La pájara en el ojo ajeno».

Tabla rosa no corresponde a nada aunque tal vez sí. Pero tiene que haber uno mejor.

Angustia feroz. Ayer ni fui *chez* P. R. ¿Si ya fuera mi fin? La historia entretejida para calmar a los vecinos (y se me ocurre que los exasperé de un modo infernal) no es azarosa. Para calmar a las furias que hostigan a Alejandrita, es preciso que ella muera. Para restablecer la calma. Por otra parte, no tengo qué escribir. Digo: ya escribí lo mejor (o lo peor, tanto da) y lo de ahora es letra muerta.

Luego, mis relaciones hechas de una distancia muy pura con amigos y conocidos.

El infierno que me creé con mis vecinos.

Mi llanto de esta semana: terror de que P. R. me separe de sí. A la vez lo deseo pues sería el final, de una vez por todas.

Luego, la calma en el profundo sueño de ayer. Calma, pesantez, inmovilidad: ¿*no es eso la muerte*? Era atractiva.

Je pense. Je me demande qui va me donner un pansement pour ma blessure central?
«¿Qu'est-ce qu'il vous faut, tas d'arabes?»
L'affection est méprisée, elle est déjection.

¿Por qué detuve la traducción? Aun si no logramos publicarla, me hará muy bien hacerla.

10 de octubre

Distracción inigualada. ¿Por qué estuve tanto tiempo sin empezar el texto para

Manguel? Acaso porque sospecho que no es cierto que pagan lo que me dijo. O que presiento que no lo aceptarán.

Quisiera, no obstante, hacer algo parecido o equivalente a *Hiroshima* pero con el tema del *doble*.

Consigno —a causa de la «voluptuosidad de comprobar»— que anoche, *chez* Te re [*ilegible*], Estela C. G. me dijo varias veces «te quiero» y hasta dijo «te voy a salvar» (¿y por qué no?). Yo temblé —ella lo advirtió— porque sentí más que nada un gran miedo. El tormento de la pérdida y de la ausencia se volvió mi horizonte prometido. En efecto: hoy la llamé y mandó decir que llamara después pues estaba descansando. Es verdad que la llamé demasiado temprano pero *si elle tient à me sauver, alors, il aurait fallu que se soit elle même qui me le dise*.

Por otra parte, este enamoramiento —presunto, sin duda— sería *un pretexto* para no encarar *l'affreux problème* que me plantea el texto para A. M.

(Asimismo, si bien creo que E. es un alma noble, se me ocurre que no está enamorada de mí sino de lo que se supone que son mis dones.)

¿Cómo unificar los textos?

18:45 Llamé *chez* E. y no estaba. Pensamiento irónico. Claro es que no llamé a las 17 h —como me dijo la mucama— para darle a E. un margen de elección. Pues es obvio que si le intereso me hubiera llamado, etc., etc. Pero ocurre que anoche sintió que me amaba porque había bebido varias copas de más. Y vaya el diablo a saber con quién me confundía. Anoche dijo: «Tuve suerte», aludiendo a que la quisieron bien. Pero por ebria que haya estado es un tanto imperdonable —e inolvidable— su promesa de *salvarme*. Yo sé bien que nadie lo puede pero algo en mí se amigaría un poquitito si me quisieran un par de años, si me quisieran bien.

Todo lo presiento, *hélas*.

Yo sabía que se arrepentiría de su *élan* afectivo. En el fondo, represento algo que ella detesta. ¿Acaso no me exigió —anoche, sí— cambiar el modo de vestirme?

¡*Sou* lucido, *merda*, soy lucido!

Llamó E. para decir lo que yo sabía que diría. Estuve demasiado

ABSOLVEDORA.

Recién la llamé para referirle mi ataque de esta tarde.

Cuando me llamó estaba deprimida. Dijo que *no recordaba nada*. Que lamentaba si me dijo algo inconveniente, pues me tiene SIMPATÍA y (esto en tono menor)

CARIÑO.

Esta tarde estuve a punto de morir y los mierdas de encima no respondieron cuando dije «Por favor, me muero, por favor». En cambio, golpearon, para joderme el momento de la muerte.

Pero ¿es posible que porque una muchacha ebria me haya dicho que me quería tenga que tener un síncope o un derrame cerebral? En verdad, yo estaba segura de que hoy vendría y nos acostaríamos.

Insulté lobamente a los nazis de encima, hijos de perra a quien quiero inexistir (me apenan, ay).

¿Me odiará A MUERTE la tipa de encima?

Madrugada, al domingo 11

Mi error consiste en exhibir mis posesiones y, sobre todo, mis desposesiones.

Escucho *Kol Nidrei* y pienso en mi papá, yo que no tuve papá ni mamá. Lloro al escucharlo. Lloro por mi orfandad; lloro porque he sido muy herida, muy humillada, muy ofendida.

Jueves, 14 de septiembre

Empecé a copiar (con copias doble y triple) «El textículo de la cuestión». Luego, haré lo mismo con «Helioglobo».

¿Y por qué no enviar un texto de «La pájara» a Liscano?

Numerar los estantecitos del ARCHIVO.

Sábado, 24 de octubre

«La pájara del ojo ajeno»
Liscano
(ya envié —hace unos días— una copia a Antonio F. Molina).
«El textículo de la cuestión» a Xirau.
Leer y, sobre todo, *y puiser*, el capítulo de *Gulliver* entre los gigantes.
Hay una Pulgarcita «femelle» en Anderson.
De modo que la propia pequeñez y la desmesura «inhumana» del mundo de los demás sería el *argumento eje* del texto.

Lunes, 26

Enviar Porchia a Aubert.
La maravilladora.
Seguir reescribiendo *Pigmeón*, que sin duda mandaré a *Imagen* Ver qué mandar a *Eco*.
1) poema que di a *Sur*
2) cuento de Sur
3) nota *sur* Silvina
4) nota *sur* Julio C. (?)
5) Antifaz azul
6) Nota *sur* Murena

Martes, 27 octubre

(*encore avec Daprisal et Meth.*) Entiendo con los nervios qué se quiere decir cuando se dice tengo los nervios deshechos.

Anoche, dulce monólogo a la *Vois[ine]* quien escuchó dulcemente. Pero ahora le tornó la sensatez, o sea la locura, y cada vez que me olvido de mí golpea, molesta por mi ruidosa respiración.

Texte voisins: «En defensa propia».

texto hassídico —como si de nada fuera el estilo ilusorio de los desconocidos que vibran al ras del único [*palabra ilegible*] a modo de bar y babel y estribor y eunucos y la muerte y la muchacha poseyéndose indeciblemente para contrarrestar el corazón de la música.

en el corazón del sinsentido
la marcha pequeña
con una muchacha con un candelabro de 7 brazos
corre / baila detrás de los tristes músicos
que tañen violines rotos
en honor de una mujer
azul abrazada a un perro
en lo bajo
siempre en lo bajo
y en lo triste
hay unas casitas que
nadie ve

de madera, húmedas
y deshaciéndose como barcos hundidos o hundiéndose
¿era esto, pues, el concepto del espacio?
una logia con fantasmas
en dulce erección
como el gallo que
abraza la mujer
azul vuelta a
dormirse abrazada un capón
con el ojo de la alegría
enfocando directamente
la taumaturga estación
de los amores muertos

Noviembre, madrugada martes a miércoles

Ahora es el vecino —no la vecina— quien me acecha y me espía y hasta tiene una franca actitud diabólica pues actúa al estilo de Roman Polanski (pero así terminará).

El resultado ha de llegar pronto, sin duda alguna.

TENGO QUE MUDARME POR ESTE MIERDA.

En el caso de hacerlo, antes los mataré, está claro.

21 de noviembre

MI EPITAFIO:

Hame acontecido lo que más temía.

Insomnio y extenuación. Todo por el vecino. No poder hacer nada. Nada hacer. Todo, por el vecino. Y era él quien empleaba ese código de los golpes. (Ahora que oí ruidos del ascensor imagino que se llevó las revistas que dejé para que tiraran.)

24 de noviembre 1970

Cartas a: Federico.

Corregir y pasar: Pig-PIg.

«En Alabama de Heraclítoris».

Pero ¿qué hablar si P. R. no me habla? ¿Si P. R. no puede hablar con nadie?

Cuaderno del 30 de noviembre de 1970 a noviembre de 1971

Lunes, 30 de noviembre

Alegría al recibir los cuadernos que me regaló Silvina.

Martes, 1 de diciembre

Sin duda tendré que mudarme, y no lo quiero.
Imposible leer. Imposible hacer nada.
Mañana, al hospital Pirovano, a ver a un cierto doctor Jacinto Armando.

Jueves, 3 de diciembre

Ver si es posible vivir sin Daprisal ni Meth. Ver si es posible vivir, simplemente.
Convendría mandar algo a *Imagen* y a la *Rev[ista] de Cultura*.

Viernes, 4 de diciembre

Enorme malestar en la columna vertebral cuando, tal vez, por la menstruación que se anuncia o, acaso, por la mezcla de *Noginan* y el *Halopidol*.

Tal vez sólo se trate de mi desencuentro con el *espacio que habito*. Puesto que el síntoma principal de mi malestar es un impulso reprimido de estar sentada y parada (andando) al mismo tiempo. Este impulso contradictorio se calma si estoy absorbida por una tarea de orden físico como recién cuando clavé clavos en la cocina (entonces olvidé, por un segundo, que soy yo). En cambio, me está vedado estar sentada y escribir. (¿No será la tremenda contracción ovárica a que me someto en honor a los vecinos?).

Para las 20 h *bañarme* y *ordenar papeles del escritorio*. Asimismo, estante alto de la biblioteca. Y carta a Federico.

Lunes, 7 de diciembre

Pasé *Cinabrio en C*. Leerlo y ver dónde enviarlo.
Pasar *Textos de sombra*.
¿Enviar a *Diálogos*?
Enviar a *Imagen*.
(Ver dónde mandé textos anteriores.)
Textos de Sombra – Diálogos.

8 de diciembre

No hay tiempo para nada y, a la vez, no hay modo de llenar el tiempo. ¿Cómo hacía Kafka para escribir? Creo saberlo, y también, sé por qué no publicó, sé algo de cierto desorden relacionado con centenares de páginas escritas.

Quiero seguir con PIGMEÓN pero no lo encuentro.

9 de diciembre

Encontré Pigmeón. Lo pasé a máquina, después de terminar de corregirlo.

10 de diciembre

Estoy pasando «HELIOGLOBO»
Envío *Textos de Sombra* a G. Serreau y a R. Xirau.

Encuentros con Marcelo P. R., René Palacios M., Manuel Puig, Ezequiel Saad, y Diana y Alberto.

Este verano quiero leer bien LOS SUEÑOS y las obras satíricas de Quevedo.

Buscar obras picarescas.

12

Lazo mortal a: J. Aristeguieta, Silvina, C. C., Armando Trevisan. Cartas a: C. C., Beneyto, Federico, Xirau y Serrau (*Sombra*).

Miércoles, 16

Tal vez naufragué de tal modo por haber olvidado *el poema*.
Lecturas: G. Benn (Seghers).

Lunes, 21

Antifaz azul a G. Serreau. *Lazo mortal*, a Marcelo P. R. y a Satz. Carta a Laure.

Martes, 22, SUEÑO

Anteojos-máscara. Yo tenía miedo de ponérmelos, pues eran de vidrio muy fino. Pero en el ojo derecho tenía una suerte de diamante cuadrado de vidrio o piedra de aumento.

La máscara se convierte en una muñeca. Tiene adjuntada una boquilla color borra de vino, preciosa.

Al descalzar a la muñeca de un zapatito azul muy lindo aparecen en el talón muchísimas varitas con pañuelos en la cabeza.

1971

Viernes, 8 de enero

Abandono de todo plan literario, de todo proyecto. Desempleo. Sufrimiento por esta desocupación forzosa. Puesta en cuestión de todo. Ligazón con el doctor A., quien no es, precisamente, alguien que pueda tranquilizarme, pues apenas lo veo, y en cuanto lo veo quiero traspasarle *mon ennui*.

Es más tarde de lo que tú crees.

Un canto a la oscuridad interna.

Domingo, 24

Traduje con Antonio la entrevista a Breton sobre Artaud. Alegría y alivio de hacer una tarea compartida. Angustia por la menstruación a destiempo. Humillación por esa angustia.

FEBRERO

Ha llegado el mes más temido. Quiero trabajar mucho, aunque para nada. Pero quiero estar bien para estar en condiciones de ayudar a mi madre.

Todo lo presentido malo se volvió real.

Ant[ología] F. Molina: pide un texto que oscile entre las 4 y las 5000 palabras.

Imposible leer y escribir. Angustia por no haber empezado a trabajar.

El trabajo y mi madre.

13 de febrero

Aparentemente es el final. Quiero morir. Lo quiero con seriedad, con vocación íntegra.

17 de febrero

Terror un poco aliviado por el cariño que ayer recibí de Olga y Antonio.

Me pregunto si se resolverán en algo las promesas de empleo por parte de Cicco, G. Dávila y Martelli. La más brillante es la segunda pero temo por mi total desconocimiento de la publicidad. Lo mejor es la propuesta de Cicco. Pero ¿será aceptada? Y en caso afirmativo ¿por cuánto tiempo?

Nada más desagradable que la irrupción de Francisco Valle. Nunca conocí a alguien tan repulsivo. Pensar que perdí tiempo manteniendo con él una correspondencia de casi 10 años. Supongo que exagero al hallarlo tan poco grato. Supongo que me asustó la envidia que me tiene. En cuanto a mí, envidio su poder de entrega a las lecturas. Pero esto en él va acompañado de una gran esterilidad para escribir. En suma, una persona deleznable.

Viernes, 2 de abril

Mínima esperanza.

Jueves, 15 de abril

Bloqueo. Toda la noche intenté escribir o leer. En vano. Ni siquiera cartas. Como si la literatura fuera un mundo prohibido. Lo es, en buena medida. Por eso me iría bien ir a Iowa.

10 de mayo

Liaison avec L. de S. Je ne veux pas renoncer à ma dernière dépossesion: ma solitude. ¡NO! Pero fue bello, carajo, fue maravilloso. (Quisiera morirme.)

JULIO

P. R. rehusó el pacto que yo le propuse: darme la dosis exacta de barbitúricos para poder morirme sin miedo que me descubran con el corazón todavía latiendo. Este viejo corazón que no sabe romperse. Este joven cuerpo mío, indeciblemente cansado y vigoroso, mi compañero traidor, el cuerpo vivo de mi traición que me soy. Donde estoy no se bromea, no se juega, no se cuidan la sintaxis ni los adjetivos aparentemente superfluos. La mente me rechaza. Se rehúsa a ayudarme. ¿Cuántas pastillas voy a tener que tomar para poder morirme de una vez por todas? ¿Y cuáles

son esas pastillas? ¿Cómo se llaman? Nadie quiere decírmelo. Es decir, P. R. no quiso meterse en mi proyecto. Él me dio pastillas para vivir, cinco años atrás. Ahora, le correspondía darme el arma para consumir mi derrota. «¿Por qué tanta omnipotencia?», me preguntó hoy. Aludía a mi soledad absoluta. ¿Por qué, en efecto, quise bastarme a mí misma en todo? Pero ahora ¿cómo descender hasta el lugar de las necesidades comunes? (Todo esto lo escribo odiando el lenguaje que estoy usando.)

18 de julio

Cartas a: Armani – Olga – Silvina – A. F. Molina – Beneyto – Serra – Lima.

Libros a: Armani – Cruz – A-p – de M. – Silvina – Olga – Octavio – Marcelo – Severo S.

Domingo, 24 de julio

Escribí: Libro Condesa.

Beatriz Guido – E. Molina (con Marea) R. Xirau – Verhesen – J. R. Medina – J. Aristiguieta – Matelli – Peralta.

Cartas: Filardo – Bellessi – Aristeguieta.

Condesa: Octavio – Gloria Stalk – *Rev[ista] Nac[ional] de Cultura* – V. Ocampo – Rodrigué – *Rev[ista] IMAGEN* – Schmucler – Daniel A. Dessein.

9 de octubre

Lett Octavio – Silvina (libros Mand. – Julio – Laure).

El gran salto (?) en las tarjetas grises. Iría dentro de la carpeta de *textos*.

Van cuatro meses que estoy internada en el Pirovano.

Hace cuatro meses intenté morir ingiriendo pastillas.

Hace un mes, quise envenenarme con gas.

Las palabras son más terribles de lo que me sospechaba. Mi necesidad de ternura es una larga caravana.

En cuanto al escribir, sé que escribo bien y esto es todo. Pero no me sirve para que me quieran.

> Decir que me abandonaste sería muy injusto; pero que me abandonaron, y a veces me abandonaron terriblemente, es cierto.
>
> KAFKA

10 de octubre

9:30 h – Por favor, basta de escribir cartas.

M. me hizo a un lado este fin de semana. No sé si me duele terriblemente pero quisiera enterrarme en la arena —o, si es posible, en la dura madre tierra—. No creo que M. me fascine, pero cualquier otra persona que no sea M. me hiere. No puedo ni quiero hablar más que con M. Y sin embargo, olvido un detalle: al parecer, M. no quiere verme ni hablar conmigo —al menos este fin de semana—. Hoy no tendría que llamarla. Pero la llamaré y no la encontraré. En cuanto a ella, no me habrá llamado por la simple y natural razón de que yo quiero que me llame.

Hoy entró M. en mi diario. O, mejor, hoy entré en mi diario después de muchos meses de silencio. Pero ¿para qué tomar notas acerca de un estado de desesperación viejo y —por viejo— degradante? Me siento vieja para pedir que me quieran. Es tarde para ir a la fiesta de ellos.

¿M. no será una excusa más para demostrarme la imposibilidad de todo? No es que quiera suicidarme por ella. Quiero, sin lugar a dudas, morir de una buena vez.

El Dr. P. R. elogió la muerte por ahorcamiento.

Ahorcarse.

16/oct – cartas: Estela – Jean – André – Octavio – Daniela – Lilian N. – Dessein – Hélène S.

21 de noviembre, domingo

El domingo pasado traté de ahorcarme. Hoy no dejo de pensar en la muerte por agua.

Nada me haría mejor que ver a Renée C.

Un título: El lugar perdido.

Las perras palabras.

Pasar citas de los cuadernos a fichas.

(Lógica y locura

Rev[ista] Unesco. Literat[uras] primitivas. Anat[atomía] de la Melancolía)

El miércoles 10 salí del Pirovano, en el que estuve cinco meses.

Noviembre de 1971

Escribir es darle sentido al sufrimiento.

He sufrido tanto que ya me expulsaron del otro mundo.

Escribir es querer darle algún sentido a nuestro sufrimiento.

26/XI, viernes

Cartas a: Alberto Lagunas – Jean A. – Renée C. – A. Coyné – O. Bardesio – Arias López – C. Campo – Westphalen – A. F. Molina – Starobinski.

4 de diciembre, sábado

A pesar de todo, es decir de la conspiración para que no escriba, quisiera, subrepticiamente, ir escribiendo *CASA DE CITAS*.

1) Buscar todos los *cahiers anthologiques* y reunirlos. Leerlos y obtener de ahí citas (*cahier* de lecturas de ensayos inclusive).

2) Releer algunos libros mareados, Lichtenberg, Beguin, Kafka (los ojos, ¿cómo puede eso ser hermoso?), Lautr[éamont], Rimb[aud], Hölderlin, Günderode, etc.

3) Lo fundamental es el «tema» del *LENGUAJE*.

4) Ver *La locura y la lógica*.

5) Ver mis *cartas no enviadas* (a Pichon, a Rodrigué).

Luego están los poemas de *Sala de psicopatología. Contrapunto*: Molly Bloom – elegía a Marie Blanchard.

Como si escribir me estuviera prohibido. ¿Y por qué no me estaría? La escritura, el sexo: mi ausencia actual de estos dos pilares de la sabiduría.

Heme aquí escribiendo en mi diario, por más que sé que no debe ser así, que no debo escribir mi diario.

Para «Casa de citas», aún no terminé, creo, de recortar las frases de *los poseídos* (que son, a su vez, una 1.ª casa de citas).

Edad de siempre. Edad del oro. Edad del lujo. Edad del brujo. Brújula abierta. Cansada espera de sí. ¿Cuándo vas a venir? Oscuridad amancebada con las estrellas. Tranquilizan las suposiciones áureas que remiten a una poesía evadida de la policía

del alma. El arma del poeta es la locura. El arma del poeta es la alarma. Toque de alarma.

24/1/71

Apéndices

APÉNDICE I

Antes de 1960[1]

Se mira las manos: sin pájaro, sin olas, sin alba.

Qué puede hacer ella en este mundo.

La de negro, la que se adhirió un cuervo a la mirada, la que devora el cerebro de la noche. Adelante dama del imposible. Adelante madre del tiempo. Úneme a la noche. Úneme a la noche. Dueña de todos los pájaros. Vendedora de tempestades. Cúbreme con el silencio de tus cabellos que aún piensan en mí.

*

ÉL

Él no ve mi mirada porque los pájaros del interés han devorado su antigua afición a la locura.

Él será arrollado por el carromato del olvido.

*

ÉL

La extraña invención de sus pupilas ocultas en un cofre funerario. Ah, cómo reviviría si pudiera ponerse mi cuerpo como si fuera su antiguo anillo. Pero no puede amordazar sus inclinaciones y dejar de consultar atroces hechiceras que beben de su sangre y de su mirada.

*

EL SUEÑO Y EL MAR

Junto al mar dormir el sueño de los no iniciados. Dormir en olas y en alas, en las manos de lo que va y viene y te deja y te lleva, dormir en los besos de las olas que amparan y no juzgan. En el mar hundir el cuerpo desnudo, hundirse y ser transportada por el abrazo de las aguas que giran y giran como en la noche giran las otras que fui. En la noche junto al mar reconocerme: aullar, muchos aullidos en nombre de lo que debe ser olvidado. El tiempo se arrodilla frente a mi retrato de infancia y pide perdón. Perdón por el puente insalvable entre el deseo y la palabra. Perdón. Y nadie más que yo comprende el girar de las aguas. Con el cuerpo desnudo hundirse en aire negro, o hendirlo con un cuchillo hasta que chille como una vieja monja besada por un niño. Con alaridos sujetar a la infancia que gira y gira y hundirse en las aguas puras del olvido. Mundo de asfixia y cuchillos, aquí vengo yo y muerdo y dentello la oscuridad, el aire espeso, la grasa negra de la noche con alas de algas que arrancan melodías de las arenas. Música del viento que secuestró muchos niños que ahora lloran y giran como en los sueños giran los deseos que no fueron, como en los sueños gira todo lo que no fue y no se resigna y llora junto al fuego de la casa de mi sombra. Pero hundirme desnuda en las aguas, oh madre del tiempo, vendedora de tempestades, úneme a la noche, úneme a la noche, que yo no sea más que un alarido dentellando las alas del silencio.

*

Hubo una vez una niña que comprendía todas las cosas y todos los seres. Solamente vacilaba ante dos palabras: SÍ y NO. Y cuando las personas grandes —las inventoras del SÍ y del NO— las pronunciaban, la niña sentía un perfume peculiar que luego se le reveló plenamente cuando vio por primera vez el cadáver de un hombre. Ella no comprendía lo prohibido. Y por consiguiente ignoraba lo permitido. Ella creyó que por el solo hecho de vivir se puede hacer lo que la propia sangre demanda. Así nació su alejamiento del Bien y del Mal. Como un ángel primitivo asistía a los actos de las personas grandes, temblando de ignorancia y de risa. A veces se divertía en imitarlos y comenzaba a juzgar a los pájaros o a condenar al mar. Pero lo ridículo del juego la molestaba y prefería tornar a sus interminables diálogos con las flores. No obstante, el tiempo, que mueve el universo con sus manos asesinas, la abrazó sin pasión, y la niña se encontró muchacha. Despavorida, rompió todos los espejos, mas éstos se vengaron infiriéndole hastío en la sangre y comiéndole el corazón. Así fue el despertar de una muchacha que aún no comprende el Bien ni el Mal, si bien ya aprendió algo sobre la injusticia y un poco sobre la vanidad, ese topo que roe la sonrisa de las personas grandes. Imposibilitada de persistir ángel, la muchacha yace, aguardando la salvación en la poesía, es decir, en la verdadera vida, la que conoció hace mucho tiempo —tal vez hace siglos— y que a veces recuerda, cuando la memoria estalla en visiones de luz y de colores y la herida de ser se cierra y todo regresa a una armonía dulcísima, en la que todo se comunica. Sentada detrás de

la «rugosa realidad» ella no huye sino que teje canciones con la luz del viento mientras la noche continúa prometiendo que alguna vez volveremos a ser.

*

195…

PRIMERA PRESENTACIÓN DE A. M.

Ella se envidia a sí misma. Todos sus esfuerzos se dirigen a ser lo que ya es pero que de alguna manera no es aún. A veces, mirándose en el espejo, se dice: Daría mi vida por tener ojos tan bellos como los míos.

Ella sufre cuando estudia porque su inteligencia jamás alcanza la devoradora comprensión de la otra, que de cualquier modo no necesita estudiar, porque ya lo sabe todo, ya lo sabe todo desde hace mucho tiempo.

Ella no teme la muerte. Sabe que la otra no morirá. Es más aún: morir significaría tal vez —y ésta es su única esperanza— abrazarse sin miedo, abrir los ojos y mirarse.

No obstante, es bondadosa. Se regala imágenes, ideas, poemas. Claro que no muy valiosos. Rica como es, sólo accede a obsequiarse algunas cosas sin mucho valor. Algunas veces, cuando cree que no se escucha, dice a los demás que los obsequios los adquirió con sus ahorros. Lo cual no es cierto. Ella no tiene ahorros: vive de lo que se da.

*

Verano de 1950[2]

Ella eligió el sufrimiento. No recuerda qué motivos impulsaron su elección pero sí recuerda que un día, mirándose en el espejo, se dijo: Soy yo. Por eso sufre. O tal vez sufre porque se lo dijo. Tal vez si no se lo hubiera dicho no sufriría. Pero ya está consumado. Ella cree que lo irremediable no es el tiempo sino la palabra. Toda sensación encarnada en el lenguaje adquiere, al poco tiempo, con el que la golpea la noche y el día. Romper significa, para ella, suicidarse. No sabe si sufre mucho o

poco. Pero sí que hay algo como una máquina que funcionará hasta el fin de la eternidad —que le impide el olvido de su sufrimiento—. Por eso se enajena frecuentemente en cosas hermanadas a la muerte: la embriaguez, los abrazos físicos. Pero nada resulta. Apenas dice: *yo*, la máquina recuerda su función. Faena horrible, dolorosa, que tiene por fin hacerse saber que está viva. Ella piensa siempre en suicidarse. No porque ame la muerte sino porque considera que el sufrimiento deviene demasiado grande y sabe que llegará un día en el que ella, pequeña como es, ya no podrá contener tanto dolor y entonces. Ella teme ese día, tanto más que sabe lo cercano que está. No sabe qué hacer, quisiera borrar de su memoria todo lo relativo a la máquina e interesarse por la política, por el cine y por otros saludables ejercicios. Pero no puede hacerlo y no lo puede porque para realizarlo *debería suprimir su existencia*. Ella ya no sufre: ella es su sufrimiento. Toda esta cuestión la molesta mucho y ella no sabe qué hacer conmigo misma. No sabe y les pregunta a los demás. Pero nadie le quiere decir nada. Es que los demás se dan cuenta de la seriedad de su caso: está enferma de vida, es decir, vive demasiado. Y ello sólo se puede hacer unos días o unos instantes. De lo contrario hay que enloquecer, lo cual es una forma de pagar los días o los instante de mucha vida. Pero ella no puede enloquecer. Tiene una suerte de [*tachado*] De allí que sea tan molesta para los otros y para sí misma. ¿Cuándo enloquecerá o morirá? Esto es lo que se pregunta. Y ella trata de colaborar. Pero no enloquece. Es extraño e inverosímil. De allí que se limite a esperar sin esperanzas, mientras mendiga a la muerte.

*

Ella no tiene amigos. Sólo sabe de ciertos rostros que aparecen ante su mirada con más frecuencia que otros. pero los rostros no se dan cuenta de nada y creen que son sus amigos. Ella los deja creer porque no sabe cómo descreerlos, y aunque supiera, considera que no vale la pena. Cuando habla le duele la garganta porque no es ella quien habla sino su vacío. Su vacío es su guía en el mundo social. Él construye frases, chistes, y también besos y abrazos, a veces abrazos muy profundos que ella vive con bastante molestia porque no es bueno que se apoderen del propio cuerpo. Ella no protesta porque no sabe protestar y además, aunque lo supiera, no comprendería por qué hay que hacerlo.

*

Verano de 1950[3]

A. M.

Ella se envidia a sí misma. Todos sus esfuerzos se dirigen a ser lo que ya es pero que de alguna manera no es aún. Su mirada alcanza lo físico. A veces, mirándose en el espejo, dice: Daría mi vida por tener ojos tan bellos como los míos. Ella es su propio arquetipo. Pero un arquetipo casi inalcanzable. A veces se tiene miedo. Se siente inhibida delante de sí misma. Por eso casi nunca se atreve a hablarse —a dialogar con su yo—. Se limita a caminar detrás de sí misma, como una esclava, como una admiradora, como una perra dulcemente sumisa. También se envidia la inteligencia. Sufre cuando estudia porque sus lentos esfuerzos jamás alcanzan la devoradora comprensión de la otra, que de cualquier modo no necesita estudiar porque ya lo sabe todo, ya lo sabe todo desde hace mucho tiempo.

Ella es su madre, su padre, su hija y su amante.

Ella no teme la muerte. Sabe que «la otra» no morirá. Es más aún: morir significaría tal vez —y ésta es su esperanza— incorporarse a sí misma, abrazarse sin miedo, atreverse a abrir los ojos y mirarse. Mirarse por vez primera. Por eso quiere morir. Su vida le parece tan indigna de sí misma. (Cuando llora se oculta detrás de su yo para que su yo no la vea. Su yo sabe mirarla; no así ella, que sólo gracias a la muerte podría —tal vez— abrir los ojos y mirarlo.)

No obstante, es bondadosa. Se regala poemas, imágenes, ideas. Claro que no de los mejores. Es como si ella, rica como es, accedería [*sic*] a regalarse algunas pocas cosas sin mucho valor, cosas que ella, como sierva hambrienta que es, se apresurara a transformarlas en objetos: poemas, imágenes, ideas. Algunas veces, cuando no se escucha, dice a los demás que los obsequios no son obsequios sino objetos que adquirió con sus ahorros. Lo cual no es cierto. Ella no tiene ahorros: vive de lo que se da.

*

Verano de 1950

A. M.

Ella se ama porque tiene miedo de odiarse. Hay algunos días —si bien son muy pocos— en los que se confiesa su odio. Pero esos días sufre como una herida abierta. Sufre como un preso enojado con su guardián. Por eso se dice que se ama. Por eso va delante de sí misma y se agasaja y se halaga, temerosa siempre de no haber hecho lo suficiente para complacerse. A veces su odio la asfixia y le dan ganas de decirse: Eres falsa, eres horrible, y yo te abandono. Pero nunca se anima a decir estas palabras. Lo intenta, lo ensaya, pero llegado el instante de hablar se amordaza. Es una falta de

valentía, sí. Pero hace tanto tiempo que está en esta situación que sabe —y en esto es valiente— que decirse estas palabras tal vez no sea muy difícil sino todo lo contrario. Ella sabe que lo difícil es asfixiar su odio y continuar aplaudiéndose, a pesar de todo. No obstante, siente mucha pena de esta situación y piensa que le gustaría mucho contemplar el mar y respirar aire puro.

A. M.

Está decidida a ganar la indiferencia. Que todo lo dé igual es su mejor anhelo. No esperar nada del mundo. No creer ni en el consuelo ni en la salvación. Tener delante de sí misma la visión monótona de la vida como cosa irremediablemente inútil. Pero sobre todo creer en la propia inutilidad. No apasionarse por nada propio ni ajeno. Estarse inmutable en los desastres. Reconocer que aunque no fueran desastres no por eso serían otra cosa que consuelos. Conocer que la esperanza es una mentira, que lo absoluto es la única aspiración legítima y que es inalcanzable. Revelarse siempre que la salvación no es posible, que el amor no es para ella, ni la dicha ni el bienestar. pero que sea una revelación desnuda de llanto, que sea una certeza afirmada con naturalidad y también, de ser posible, con humor. Negar a la esperanza, a la espera y al sol. Agonizar con los ojos cerrados, sin apelación.

APÉNDICE II[4]

Alejandra Pizarnik – París

1962

31 de mayo. Cantó canciones que hablan de pequeños instantes en los que el dolor se duerme y hay deseos de amar.

22 de junio. Preguntar muchas cosas, estudiar, aprender, dada «su inexperiencia innata, querido príncipe Mishkin».

Me había prometido el exacto significado de las decisiones. Y también no perseguir frases espectrales en el silencio insomne. Me lo había prometido.

Morir de pie como un axolotl bebiendo tiempo en su jaula de vidrio. Las voces arden en cada miembro. Un sumirse en la luz agujereada del amanecer lluvioso. Situaciones imposibles. Viento, tiempo. *Pas compris. J'ai rien compris. Pas compris un seul mot*.

27 de junio. De nuevo el amor.

29 de junio. Mi delirio me obliga a callar. Mi silencio me hace delirar. Marginar el olvido. Sé las palabras irrepetibles, los nombres innombrables (en este caso). Este secreto se vendrá conmigo, camino del olvido.

30 de junio. Me pregunto por qué siento que el corazón se me precipita a la garganta desde que conocí a B.

16 de julio. Le confesé a B. que la lluvia me da miedo. Se lo dije como si fuera algo importante.

Es el amor. Espera inimaginable. Alguien busca y se encuentra con alguien buscando. El miedo crece en las noches sin luna. No debatirse más, hacerse una con la que renunció desde siempre. Desfile de cosas muertas. Urgente y anónimo deseo de morir. Lo que tú quieres no tiene nombre. Lo que no tiene nombre no existe.

17 de julio. El amor a las sombras se expía con estos instantes mentales llenos de gemidos y de músicas exasperadas.

Me encontré con P., después de cuatro años de separación. ¿Aún nos amamos? ¿Y B.?

18 de julio. P. me perturba. Si pasado mañana retorna a Buenos Aires me sentiré desposeída. Pero hoy le rogué que no viniera porque quería terminar el libro de Reverdy. ¿He sido perversa hacia mí? Dejaré que se vaya.

19 de julio. Ni luz ni sombra. Una inocencia total.

En este caso, problematizar lo real (P.) es más ingenuo que torturarse por un sueño (B.).

22 de julio. Deseos de dormir a toda hora desde hace dos días. Jamás he tomado tanto café, tantos excitantes. [Son éstos mis pequeños suicidios silenciosos. Es curioso haber caído tan al fondo, curioso porque se tomaron tantas precauciones. Se caminó toda la noche a tientas; no se lloró; no se musitó; no se quejó; ni siquiera se respiró como se deseaba. Pero te descubrieron igual. Como si nada.] Sí. Como si nada.

Me olvidé de P. o tal vez P. es la causa de mi somnolencia crónica. P. me abrió una herida muy vieja.

Cuando se aprenda a crecer lentamente, como un árbol.

Es el alba. Todo lo que tiene nombre se va. Fiesta de los sentidos. Estoy en mi cuarto y estoy afuera, a la intemperie. Una canción ávida de respuesta me llena de hermosura. Todo el día esperé carta de B. y no llegó. Entonces, ¿por qué este instante de reencuentro dichoso? Esperar algo —una carta— desde este lado de las cosas debiera obligarme a rehusar a este renacimiento en el olvido de la noche. Y si no he sabido hablarle, si no supe cumplir por el lenguaje un humilde acto de enamorada, ¿por qué me embriago ahora con palabras indefensas y trágicas que evocan canciones demasiado bellas? Pido un olvido fabuloso. Pero este deseo pertenece a antiguas noches, cuando una niña muy triste obraba extrañas metamorfosis en el espacio vacío y amurallado, cuando era verano y los deseos de morir se resolvían en un llanto inexplicable.

23 de julio. Todo el día en la prefectura de policía para renovar mi *carte de séjour*.

Al volver pasé por el Luxembourg y lloré porque también yo, aunque no lo quiera, estoy en esa zona odiada de papeles y trabajo diario. ¿Qué es eso de «ganarse la vida»? ¿Quién fue el idiota que plasmó esta expresión siniestra?

Estuve en lo de Ch. Hablamos de E. tratando de imaginar lo que hace cuando está sola en su cuarto: hablar, cambiar el lugar de los objetos, decirse «¡Perfecto!» y felicitarse al culminar con felicidad una acción técnica o mecánica (cambiar una lámpara, extraer el hielo de la *frigidaire*, descorchar una botella, etc.). Pero yo sospecho —con fuertes suposiciones— que E. «trabaja», también, con los espejos (por algo será que tiene tantos). Sospecho que se ha de desnudar y cubrirse de pañuelos a manera de velos y ha de danzar hasta terminar en el suelo, como un títere, después de haber tropezado con los muebles que ella no puede ver puesto que se sabe en un teatro, ante un público que la aclama con furor.

Esto me conmueve y me da risa. Pero ella no debe de reírse. Y esto lo sé porque cuando se ríe entre nosotros emite una suerte de segunda risa falsa —la auténtica ha de reservarla para su soledad llena de espejos—. Y aun cuando sonríe se advierte una piedad triste por ella y por nosotros, pues sabe que nos está concediendo los restos de su sonrisa triunfal.

Ahora bien: que E. sea una loca en vez de una gran artista implica sólo un leve problema de dirección. Esos gestos y gritos y frases debieran tener otro destinatario que un espejo, es decir, una tela, una hoja en blanco, un instrumento musical… Pero me pregunto si todos esos esfuerzos tensos que endereza al divino carajo que es un espejo, continuarían apareciendo si alguien velara los espejos de E. Después de todo, para ella el espejo somos nosotros tal como ella desea que seamos y en ese «nosotros» abstraído se refleja ella como quisiera ser. Pregunto: ¿de dónde proviene la imagen cabal y perfectamente detallada que fabricó E. para representar a la que quisiera ser? ¿Por qué la hizo de esa manera y no de otras? ¿Quién o qué dirige una elección semejante? Y además, si su imagen de sí existe en su deseo, y es su máximo deseo, ¿por qué la desecharemos por «no existente» si existe en ella?

En lo de Ch. me reí de E. pero aquí, pensándolo, siento con dolor lo trágico de las imágenes, lo terrible de la abstracción y de la invisibilidad.

Quisiera ayudar a E. pero no la soporto más de media hora. *Alors*…

24 de julio. Escribir sobre lo que puedo para llegar, algún día, a escribir sobre lo que quiero.

El destino de este diario: hallar en él algo a modo de continuidad.

Extraño que alguien inicie su vida sexual irrumpiendo, por primera vez, en actos llamados «decadentes». Orgías y disipaciones que proporcionan la falsa idea de un conocimiento sexual. ¿Qué significa todo esto? Aprender a desnudarse delante de otro u otros sin eso que los antiguos llamaban pudor. ¿Y qué? El asunto se transforma en una «cuestión de honor» como los estudiantes ingleses que no deben exhibirse

ebrios estándolo a muerte. Pero todo esto es tan poco, tan nimio, tan ínfimo… El deseo sexual es arduo y terrible, aun para quien lo escinde del amor. No obstante, y como en todas las cosas, es necesario discernir por qué una adolescente se entrega al sexo como otros a la droga. Y además, hay instantes extraordinarios a los que se llega milagrosamente, muy en el fondo del desorden sexual, instantes de encuentro total, de algo a modo de iluminación. Es tan difícil hablar de esto.

25 de julio. Comprender el sentido de mi espera. Imposible continuar así como si se tratara de aplacar y apiadar a «fuerzas superiores» que habitan un mundo que sería la otra orilla de éste.

No obstante, el desamor, los ojos cerrados, el deseo que se evapora frente a los rostros reales, la sabiduría apócrifa de la que se duerme en la espera. La infancia, esa ventana cerrada por la que columbraba la continuidad horrible de una sola estrella. Los deseos enunciados mediante voces llorosas. Esa noche al borde del mar: la fosforescencia de las arenas, la luna roja en lo oscuro —furiosa, obcecada—, noche en que aprendí la suprema negación del azar. Terraza blanca y roja, allí esperaba algo, alguien. ¿Para qué tanta espera? Para llegar al día de hoy, a mi voz que habla para no decir. Y ese lugar de silencio perfecto entrevisto tantas veces entre los horrores del alcohol. (Deseo muerto, compañero traidor.) Hablábamos con palabras vivas, ardientes, y he aquí las sombras de pronto, la carencia de sexo, esta sed que sólo requiere sustitutos. Se ha perdido, en un instante, el deseo auténtico, el que alentaba en tus noches temblorosas.

El *yo* de mi diario no es, necesariamente, la persona ávida por sincerarse que lo escribe.

Sucede esto: sufro. Son las 19:30 h. Tengo miedo. Se ha perdido lo que nunca se tuvo.

Aprender todas las retóricas, viejas y nuevas, a fin de decir hermosamente que se ha perdido y se sufre. Las ganas de morir son inminentes y sin embargo tomarás un libro que no te gusta, estudiarás la forma —que desprecias— en que este o aquel poeta célebre (injustamente, según tu parecer) expresó sentimientos, percepciones, recuerdos y vivencias que no compartes. Luego te dolerán los ojos, toserás, seguirás fumando, postergarás para mañana lo que prometiste hacer el año pasado, y por fin, cansada, insensible, cesarás de sufrir porque tu cuerpo ultimado a poemas malos se sentirá tan agotado que te parecerá inocente. Entonces, dormir brutalmente hasta que el reloj te anuncie las ocho, hora de putear contra la vigilia, y beberás café y fumarás tosiendo y te hundirás en las pequeñas calles sucias «que conocieron Dante y Strindberg y Rilke», y tu sed de ruinas te hará contemplar ávida cada signo de desecho y de muerte. Y pensarás: Mientras haya enfermedades y muerte habrá un lugar para mí. (Y habrá la misma sed, la que no se refiere al agua ni a la lluvia, la que

sólo se sacia en la contemplación de un vaso vacío.)

He querido vencer esta muerte apostada en mi garganta. Y apenas aparezco todo se hace imagen lejana que está en un lugar al que accedo si me destruyo y me desmorono.

Pero el silencio es tan cierto, tan verdadero. Por eso escribo. Estoy sola y escribo. No, no estoy sola. Alguien —tal vez muchos— tiembla a mi lado. Gente que he amado. Todas mis habitaciones fueron tugurios de espectros, sumideros de llamadas ahogadas por mi orgullo, por este temor de ser rechazada por gente sin realidad, que no debiera importarme, dada su naturaleza invisible.

Debe de ser idiota esta creencia mía de que al escribir veré una señal, algo con que seguir. Nostalgia pura, en estado de pureza apremiante. El viento feroz, la cueva de harpías que me remiten a mi llamada de cada día.

(B. tendrá que venir.)

Alguien invoca, alguien evoca, alguien pide penitencias, remisiones, revisiones. *Es la hora de horadarse*. La hora del oráculo. Alguien pide treguas, límites. ¿A quién? Vieja historia.

Pero no. Que suenen las melodías de siempre, tan viejas.

Y todo por cuatro sombras idiotas que te dieron miedo.

Alguien que yo sé yace en el medio del saber y del no saber. Yace inmóvil. Lenguaje inútil: nunca, como hoy, sentí estos deseos superlativos de hallar la causa, la raíz, el origen, de mi sufrimiento. Pero ¿y si me dejara tranquila? Después de todo podría pasar encantadoras veladas rumiando sucesos fantasmales y recordando cosas no habidas. Todo este pedir, querer, buscar, tratar, pertenece a las abstracciones de la mierda como el dinero, la ambición y el calcular. Ahora bien: ¿qué hago yo entre estas cosas? Enmierdarme, si me permites el galicismo.

27 de julio. B. sonríe con los ojos, es decir, allí principia su sonreír. Sonríe como si dijera sí. Ahora sé lo que quiere decir: «una sonrisa envolvente».

¿Qué podemos pedir sino más sed? Y todo —desde el río hasta sus ojos amados — para terminar «exactamente como un perro». *Elle n’en pouvait plus d’exister*. Cada instante que pasa es como si me pasara a mí.

Sofismas de la memoria embriagada en la evocación de ciertos instantes. *Voici les morts qui ne parlent qu’à toi…*

28 de julio. Le hablé. Lloró. Es increíble, pero hablamos y lloró.

21:30 h. Escribí un cuento que me sume en una tristeza de habitación vieja y polvorienta, mal iluminada.

Son las 12 de la noche. Supongo que dentro de 40 años, si vivo —espero que no —, si vivo, supongo que escribiré con mano temblorosa: «Son las 12 de la noche en

mi augusta vejez. La noche está del otro lado de la ventana, y yo, encerrada en una habitación triste, polvorienta, mal iluminada. Me acuerdo de una noche del año 62 (creo que era el 28 de julio a las 24 horas): yo tenía miedo y para distraerme prefiguré mi futuro; me imaginé en el año 2002 escribiendo en una habitación vieja, polvorienta, mal iluminada: La noche está del otro lado de la ventana… etc., etc.».

«Arribar: ser depositada por el viento» (Real Academia Española).

Noche extraña, confusa, en la que escribí el cuento más extraño y confuso. Como si un viento enfermo —el que me deposita en la orilla de esta noche extraña, confusa— me hubiese arrebatado sin siquiera desearlo. Esto hice: fumar, toser y escribir un cuento que me duele.

Memoria de princesa loca encerrada en una torre de furia y de silencio.

Yo fui pequeña, si mal no recuerdo, y ahora soy grande, creo. Una de la mañana. Entonan endechas y cantos de gemidora al alba.

29 de julio. ¿A qué juega B.?

Descalzarse, desnudarse, introducirse en la cama con diligencia y vivacidad como una carta saltando dentro de un sobre; cerrarse; estampillarse; enviarse.

Devuelven la carta. Destinatario desconocido.

Que se vayan a la mierda.

(¿Qué hace B.? ¿Qué deshace?)

30 de julio. Alguien se muere de sed y no bebe porque no se le ocurre unir el acto de beber al sentimiento de la sed.

Soñé que me daban consejos para hacer que el arco iris se prolongue tres noches.

Le aconsejé a Ch. este título: «Mi vida y otras cosas por el estilo».

Esto es lo que no dices: que a veces, en verdad todos los días, en verdad a toda hora, un gesto de ternura no disgustaría mucho a quien esto escribe.

Seguro que jamás se lo dirás a B., jamás le pedirás ese gesto. No por orgullo sino porque comprendes que son deseos fósiles estos que te asedian. De manera que sólo tú sabes que tu vida depende de ese gesto. Pero no. No depende de ese gesto. Ese gesto lo pide quien fui, lo pide una niña.

31 de julio. Los ojos de B.

Dar a la palabra espectro su significado espectral.

Escribir como quien cierra hábilmente una herida. Y que nadie sepa nunca que yo sé.

(¿Y si le dijera?)

Aun saber que no hay solución me intranquiliza como si la hubiera.

19 h: No puedo vivir así. Y B. lo sabe. Y yo lo sé.

Confusión de soles y de lunas.

24 h: Hablar, yo ya no puedo hablar. Decirle qué. Lo temido llegó. Esta condena a un único alimento mágico.

Lo ausente tiene un extraño modo de manifestarse.

1 de agosto. Un solo gesto hubiera sido suficiente.

Mundo de autómatas averiados.

Alguien en mí me dice a los gritos lo que ya sé.

(4 de la mañana) Ruido detrás de las paredes —¿quiénes están amurallados en mi casa?—. Sonidos de agua lejana cayendo en desorden, de agua imbebible. (No me abandones. No sé lo que digo, pero no me abandones.)

3 de agosto. J. es maravilloso. Se enamoró de mí, tan extraño nuestro encuentro…

¿Y B.? Sílabas enemigas que no se unirán en una palabra.

Medianoche. Los relojes existen más allá de las horas. Pero alguien no esperaba tener del tiempo esta revelación procaz. ¿Qué lejanía bastarda se acumula en los rincones de mi habitación? He vuelto a temblar como una idiota cada vez que miré el reloj. La hora de qué cosa. Tú lo quisiste. Era tan fácil. Era tan fácil que me lo hiciste. Pero qué sentido tiene ahogar a un ahogado, qué sentido tiene reiterar un gesto que se cumplió en su instante preciso, qué sentido tiene desenterrar a un muerto y romperle los huesos a palos. Liturgia enloquecida. No comprendo. No conozco. No reconozco. Algo pasa indefiniblemente con paso lentísimo, algo pasa, cinta atroz, banda para mis ojos que ya no ven. Entonces quedarme así: asistiendo, asintiendo.

(5 de la mañana)

Una mirada desde debajo de la alcantarilla. También desde aquí se ve. Y se juzga, se condena, se reprueba.

No ver más a B.

5 de agosto. Un rostro frente al tuyo. Mirarlo. Mirarlo para que no haya mirar sin ver. Mirando un rostro con pasión y necesidad sucede, sin que lo sepas sino mucho

después, que no lo has mirado. ¿Cómo se produce esta omisión? Tú miras, has mirado, no perdiste ningún gesto, ningún movimiento: bebiste de ese rostro como sólo puede beber una sedienta como tú. Te despides, te alejas invadida por ese rostro que miraste sin fin. Pero en la calle, de súbito, flotante y descreída, te preguntas si fue cierto que vienes de lo de B., si es verdad que has visto su rostro. El combate con la desaparición es arduo: buscas en todas tus memorias. Porque sabes que si no lo recuerdas pocos instantes después de haberlo visto ello significará inenarrables horas de búsqueda hasta que lo vuelvas a ver frente al tuyo, en la realidad. Entonces, con decisión renovada, te sentarás y mirarás de nuevo —esta vez *en serio*— hasta que tu mirada se pulverice.

Pero no es así. No recuerdo. Ahora que pasaron tantas horas me pregunto por infinitésima vez *cómo era*. Tengo su rostro en mí, lo siento andar por mis nervios, lo siento flotar en mis ojos. No sé qué hacer con esa cara que no recuerdo.

En vano escribes. Vano es el lenguaje para quien aspira a una alta tensión del silencio.

Que diga, aunque sea, que la noche se termina y el alba está cercana y no sé, que todo esto es espantoso.

5 de agosto. J. me conmueve, aun ahora, aun en medio de todo esto. Le dije algo de lo que me pasa con B. No respondió. Caminamos por los *quais* hasta la medianoche. Acercó su cara a la mía, me dijo «por qué hay que sufrir tanto». Al volver hicimos el amor. Para invocar a B. O fue una venganza pueril mía, tal vez. O tal vez, en lo oscuro, yo era B. y J. era yo. Y yo decía que sí en nombre de B. (No puedo más.)

6 de agosto. Estos muros, estas grietas en los muros formando labios, ojos y la sonrisa a la que sacrifico mi persona.

7 de agosto. Su rostro es mi memoria.

(5:30 de la mañana.) Vértigos. Ni presencia ni ausencia. Depresión. Tristeza sin fondo como si hubiera cometido un crimen absurdo. Se terminó la espera, la esperanza, el menor indicio de sus ojos. Silencio y luz enferma.

8 de agosto. B. vino a verme.

Llega, me habla, me besa, me fascina, se va, se queda en mí. ¿Cómo no comprende?

Hasta que me aleje de ti como un pájaro del borde filoso de la noche.

(3 de la mañana.) Vértigos. Desvanecimiento a medianoche. Sensación de muerte inminente. ¿Culpa de B.? ¿Culpa de mi madre por mi infancia atroz?

La culpa está en la lila que no florece.

9 de agosto. Desvanecimiento por la tarde. «Ver el infinito en un grano de arena.» J. sabe.

11 de agosto. Frase de B.: «Je pense qu’il faut aider les autres.»

12 de agosto. Reapareció P. Le dije que no, que he soñado siempre con prescindir del amor. Si no fuera por B., por esta fascinación ciega, violenta… En verdad, es éste un amor impuesto, ¿por quién? Si comprendiera, si algún día llego a comprender que la distancia que separa la noche del día era una medida falsa de mis ojos inexpertos…

13 de agosto. Fui a lo de B.

Al volver, el deseo de matarme era imperioso.

6 de la mañana. Fumar y toser y beber café. B. me obsesiona como nunca nadie.

Imagen de un sueño anterior a cualquier deseo mío de cerrar los ojos y entrar en lo oscuro.

Es preciso no ver más a B.

18 de agosto. Carta de B.

Cuando vea nuevamente sus ojos ¿qué habrá en los míos? Cuando te vea verme.

19 de agosto. ¿Ir a su casa en St. Tropez? Con su familia, sus criados, sus perros… Absurdo.

Pero ver el mar cerca de sus ojos.

Un rostro devorador que asilo en la memoria.

(3 de la mañana.) Las increíbles amenazas de mi madre cuando yo era muy niña.

El miedo que sentía, miedo de volverme ciega, muda, miedo de que se cumplieran sus amenazas. El miedo venía de noche. Yo encendía la luz a cada instante para comprobar que no me había vuelto ciega, yo me iba al fondo de la cama y susurraba una sílaba —NO— para comprobar que no me había vuelto muda. Al menos hubo esto: Yo nunca le pedí nada, nunca le pude pedir nada. ¿La odio? No, no tengo fuerzas para odiar a nadie. Y más aún: la comprendo, comprendo nuestra extraña relación. Y tal vez siento mucho afecto por ella, y piedad sobre todo.

20 de agosto. Iré a St. Tropez. Mi única referencia a la vida es su mirada, son sus palabras.

2 de la mañana. Pensar en St. Tropez me horroriza.

21 de agosto. Extraño encuentro con E. D. en la Galerie Iris Clart. Apenas recordaba su rostro fabulosamente bello. Vino a mi cuarto y en la mitad de su descripción de un lugar de Egipto se desnudó. Le dije que no quería hacer el amor pero me dijo que se desnudaba para mayor comodidad y bienestar en nuestra tan agradable conversación. A las dos de la mañana se metió en la cama. Me negué. Dijo que podíamos dormir en perfecta postura fraternal. Así fue. Junto a E., debajo de E., sobre E., pero nunca culminar. Creo que me sentía dichosa en sus brazos, en su abrazo. *Mais tu es un enfant*, dijo varias veces. Su rostro tan bello, tan misterioso. Había en mí una excitación confusa, difusa. Este encuentro de dos cuerpos, tan leve, tan sutil, y no obstante pocas veces me sentí menos *separada* que durante esas horas. Quise hablarle de B. pero tuve miedo de que se pusiera triste. E. me recordó que existe otro sentimiento que el de un amor obsesivo.

Saint-Tropez, 24 de agosto. Insomnio. Vértigos. Palpitaciones. *Ma fatigue est inexprimable*.

Vocabulario de Monsieur L.: rulemanes, cremalleras, propiedad horizontal (como si existiera la propiedad vertical). Lo escuché con dulzura esforzándome por no decir «mierda» en mis respuestas.

Creo que B. se ofende cada vez que me niego *à faire du bateau*.

25 de agosto. Comimos con Marguerite Duras. Estaba angustiada por su perro. A B.

no le gustan los libros de M. D. «Ils sont trops innocents», dije sin agregar «pour toi».

27 de agosto

Andaré llorando
por tierras extrañas;
mi cuerpo rasgando
fasta las entrañas;
a todos mostrando
mis cuitas tamañas
e cómo me dañas…

29 de agosto. Desde que llegué no he dormido un solo minuto.

Al filo de la noche, en el jardín, su rostro, sus manos…

30 de agosto. Nada de pactos de simpatía, de bienestar. He dicho *amor*, lo dije claramente. Imposible la menor concesión, ahora.

Quizás sea éste un amor imaginario. ¿Qué más da? El insomnio no lo es, los sufrimientos tampoco.

Dejarse morir así, simplemente. Morir de un deseo no realizado.

2 de septiembre. A las siete de la mañana tomé la motocicleta y me fui hasta Antibes. Nada más trivial que la agradable sensación de riesgo y de aventura que proporciona la motocicleta, por no hablar de sus virtudes libidinosas.

Releo el diario de Kafka. Frase de B.: *Mais comment tu lis un livre qui a été publié il y a dix ans!*

«… F. es simplemente la persona que pone en evidencia mi destino; no soy capaz de vivir sin ella, y por eso debo arrojarme por la ventana…» (p. 247).

Este mar tan débil. Y sus ojos, en la playa, tiernos y neutros. Cuando sonríe desaparece todo en mí, me vacío…

«… recíbeme en la profundidad; si no quieres ahora, entonces más tarde» (p. 347).

4 de septiembre. Hay que aprender a hablar. Más vale decir «buenos días» con la lengua que «te amo» con los ojos.

Carrera suicida en la motocicleta. Subí a la Citadelle. Las plantas se asomaban por los orificios de la muralla, parecían cabelleras de ahogadas. Apareció un hombre muy extraño que me dijo cosas obscenas. Me asombró haberle respondido: «Je suis trop fatiguée pour parler avec vous». También él se asombró porque murmuró una disculpa y se fue.

«Tristes tropiques.» Lacerarse y sufrir hasta que el animal mágico o el genio amparador vengan a ti.

6 de septiembre. Ninguna distancia entre el desastre y yo. Anulé la farsa. Todo ha terminado.

Furiosa carrera en la motocicleta.

7 de septiembre. Hablamos de nuevo.

Esta voz mía, aferrada a las consonantes. Este cuidar que ninguna letra quede ausente. Hablas literalmente. No obstante, se te comprende mal. Como si la perfecta exactitud de tu pronunciación revelara en cada palabra un caos que se hace más visible en la medida en que te esfuerzas por ser comprendida.

PARÍS

15 de septiembre. Soñé que montaba un caballo blanco en la orilla del mar.

Evocación imaginaria del desenlace para mantener alejado el verdadero final, que llegará fatalmente.

17 de septiembre. Nadie urge en una casa deshabitada. Tal vez eres poeta. Pero ¿qué me importa tener ojos verdes?

En el círculo triste que dibuja la luz enferma de las cinco de la mañana. Arrojada de un mal sueño pronunciaste su nombre.

18 de septiembre. He soñado que me esperaba en donde no estoy. Ubicuidad de una sombra: está en todos los lugares que no frecuento.

Una sola señal tuya y me iré al lugar de las desapariciones.

(3 de la mañana.) Si la muerte es silencio es a su conquista que me dirijo.

Tu nombre es una llave mágica que me cierra todas las puertas. Mi cuerpo te ha ofrecido sus últimas guaridas, sus más lejanas resistencias. Ahora es la hora de andar

a solas con mi delirio.

19 de septiembre. Soñé con fotografías amarillas de relojes de arena, con ídolos para rezar que nadie venga en la noche de las grandes esperas, con palabras mutiladas que perdían sangre.

20 de septiembre. La idea de la libertad irrumpiendo en mí cuando bordeo el Luxembourg y miro los árboles a través de las rejas que comienzan a temblar en mis pupilas hasta que me pregunto quiénes están rodeados de rejas: el jardín o mis ojos. Reflexionar sobre poesía; hacer aforismos que indiquen cómo ha de escribir el poeta o qué es la poesía. Si: sentada en el sillón, tomando café. Pero querer hacer el amor contigo dentro de un poema, pero buscarte en cada palabra…

22 de septiembre. Algunas voces empiezan a decir: «Te hemos dado los elementos indispensables para un puro comprender; no los aceptaste; has preferido arder en un fuego extraño». Si lo que me sucede es el amor entonces pregunto qué es el amor.

Nadie oye mi silencio. Sólo yo oigo al silencio[5].

Releo a Cervantes. Sólo don Quijote me ayuda.

23 de septiembre. Descenso a los infiernos del abandono que en vez de ser pruebas son tu destino. El amor te anonada. [A causa del amor eres la habitante del no-amor.]

Nadie puede venir aquí aún si viene y me habla. Si no viene quien yo espero no viene nadie. Si no me ama quien yo amo todos me son hostiles[6].

Con elementos simples, con invención escasa, describir una sola escena de locura y de muerte.

(Cinco de la mañana.) Y. (¿) me preguntó qué perdí en París: ademán de mis manos queriendo decir: *todo*. Preguntó qué encontré: idéntico gesto de mis manos. Pero cuando preguntó qué quise decir salí afuera a llorar y a maldecir el lenguaje.

Lo oscuro y su cortejo de sustituciones queridas.

Hacer el amor en lo oscuro, ámbito de transmutaciones en donde su rostro es todos los rostros y su cuerpo el cuerpo en general, demencialmente puro. (Enfermedad de lejanía, de separación.)

Qu'est-ce que signifie une tache bleue?

¿Qué objetos describir con exactitud? Sólo puedo escribir sobre lo que no está y ello jamás se «presenta» de una manera precisa.

Debiera dejar de escribir poemas y dedicarme a un solo libro en prosa. Un libro como una casa en donde entrar a guarecerme.

Suicidarse por amor es asesinar a quien se ama.

1 de octubre. Paseo por Les Halles con A. P. de M. Miradas a las putas: ganas de pedir perdón pero también siniestra lascivia, sensaciones polvorientas.

Mirarse mirar mirando.

2 de octubre. De nuevo me persigue la imagen de Emilia muerta. También su hermano, que le cubría la boca con la mano para que los que se acercaban al féretro no la viesen sonreír. Pero cuando me acerqué yo y vi esa mano blanca, sudorosa, sobre el rostro de cera de Emilia, la apartó y yo miré labios negros y dientes como de una materia amenazadora. Después el hermano se volvió loco pero lo volví a ver en la esquina del liceo exhibiendo su sexo a las alumnas. Cuando me vio dejó de sonreír y se me acercó. Corrí, él me perseguía con su mano cubriéndose la boca.

Pero también recuerdo algo muy viejo: una extraña mañana que me pareció tener forma de círculo —en un jardín de plantas enormes, densas y pesadas—. En ese círculo de luz había un solo pájaro —creo que era un colibrí—. (Esto me pasó a los tres años.)

4 de octubre. Se cerró como una planta, como una bestia. ¿Las rejas en mis ojos o las rejas frente a mis ojos? Ahora comprendo: es un espacio de necesidades que no se colman. Si no hay alimentos, qué hace la planta, qué el animal. Se abren.

Dejarse morir dulcemente sin haber sabido de dónde proviene esa cólera, esa coalición misteriosa que niega y reniega de ti.

Este amor. Tú ya no existes. Una sílaba te condenó. ¿Vivir igual? No, gracias.

Por eso mi silencio, mi estatua que no parpadea. He comunicado mi amor con gestos triviales y gestos ceremoniales. ¿Quién me confió este amor insoportable? Debiera decir: No más amor, estoy enferma, estoy lejana. ¿A quién decírselo?

> Dans mon silence tu venais d’un pas léger
>
> HÖLDERLIN, *La mort d’E[mpèdocles]* t. II

Dentro de mí hay alguien —oprimida, rechazada— que sabe perfectamente que B. no tiene ninguna importancia para mí.

Creencia mágica, aún, en los milagros. Como cuando muy niña, cuando iba por las calles con la seguridad de que me seguía una mirada protectora, divina. Y hasta solía ofrecerle la ocasión de hablarme. Me detenía, esperaba con los ojos cerrados: «Va a suceder, está por suceder». (Ya entonces quería ser salvada por una presencia externa a mí.) Y ahora. Ahora llueve y espero y tal vez no venga y amo

espantosamente.

19 de octubre. ¿Quién se anima a abrazar la tierra? ¿Quién jurará amarla? ¿Y todo, en esta vida, habrá sido para divertir a los espejos? Hablo de uniones, de puentes, de nupcias. Hablo de decir con mi voz. Hablo del amor, maldito sea, del amor que me sucede a mí, ahora, en este instante.

20 de octubre. Los sueños sí, pero a qué hora. No a toda hora como en tu caso. Correr para sólo no llegar. Y el «cher corps» con su sexo adorable ¿por qué no se evade de mí el tenebroso? Hacer el amor deseando terminar cuanto antes para escribir un poema. Escribir un poema y no finalizarlo a causa del deseo de hacer el amor. Y habrá un tiempo para amar y un tiempo para cubrir las distancias olvidadas.

> Comme si je brisais à coup de pied, sauvagement, la harpe qui murmurerait mon nom dans le vent de la nuit.
>
> KLEIST, p. 55

21 de octubre. Imagen del castigo a modo de recompensa.

Mundo infantil: colores, música, silencios.

«… pero de lo que más se contentó Don Quijote fue del maravilloso silencio…», cap. XVIII (2.ª parte)

4 de noviembre. En tus ojos encuentro mi persona de súbito reconstruida.

Las hojas amarillas del parc de Montsouris. Las veo aletear, danzar solitarias, cada una danza como puede su última danza (esto lo digo también por mí). No miro a las caídas sino a las agonizantes. Los troncos negros de los árboles. Hay algo poderoso e infranqueable en estos troncos negros.

(Medianoche.) Pensar que de niña sonreía y decía sí.

Llega un día en el que se sabe que no se llorará nunca más. Los ojos velan el cadáver de la que fui. Pero a veces, deseos de vengar a la niña que decía *sí*. Voz de la violada alzándose en la medianoche. A pesar de mi reconocido y conciente sentido del humor no me río. Considero que mi infancia ultrajada es un hecho perfectamente serio.

Sufrir suele ser como un retorno.

Ojos de cazadora idiota en una selva sin animales.

(Tres de la mañana.) Vértigos. Hace una semana que no ingiero alimentos. Hace una semana que la comida me provoca espantosas imágenes.

Si no sucede algo definitivo probablemente haré algo definitivo.

5 de noviembre. Soñé que llamaban a mi puerta. Abro y un hombre me tiende un libro: «Mi niña, cómpreme el último libro de Moisés llamado *Eva pourrait renaître*».

11 de noviembre. Soñé que me decían: «Despierta. Quien vea lo que estás por ver no puede retornar más. Lo que estás por ver es lo más importante que existe en el mundo». Respondí con voz débil, enferma: «Tengo que tocar el fondo». Entonces sentí que me asfixiaba, me dolía el corazón como si lo perforaran. Comparé la vigilia lúcida y los sueños y repetí: «Tengo que tocar el fondo, háganme doler todo lo que quieran».

19 de noviembre. Verás que te sumerges en un puro despertar.

Si vinieras, si estuvieras, si me dijeras.

(*Medianoche*.) Alegría. Agradecimiento. No sé nada, yo no sé nada pero escribí tres poemas.

4 de diciembre. De nuevo B. ¿Cómo no aprendo que es preciso vivir sin amor? Y es lo primero que me enseñaron. Cuando cumplí un minuto de vida me lo enseñaron.

Pensar que hay tantos enfermos graves que quisieran no morir y adquirir la salud. Ofrezco canje.

20 de diciembre. No veré más a B.

24 de diciembre. ¿Cómo terminar el cuento interrumpido que me envió Octavio?

… comenzó a llover y la sobreviviente danzó desnuda en la lluvia para celebrar su salvación y también para exhibir su hermosa cabellera verde.

… no la encontraron. En verdad, hacía ya doce años que estaba ausente. Era la diosa de la lluvia y nadie se había dado cuenta.

… no la encontraron porque se había comido a sí misma, por descuido, mientras se miraba en el espejo.

… ella dijo: *merde alors!* Si me comen nunca más les dirigiré la palabra. Ni

siquiera *bonjour*. Ellos se asustaron porque más vale sentir hambre que comerse una muerta colérica.

… la tomaron, le arrancaron los brazos, las piernas, le comieron la cabeza y dejaron el resto en la *frigidaire* porque aunque muertos de hambre eran precavidos.

Prefiero la 2.ª «versión».

Tal vez se dice *yo* con más convicción y fuerza en la medida en que la garganta está contraída. ¿Querré deducir que el *yo* se evaporaría gracias a un tratamiento de relaxe?

28 de diciembre. Y todo para impedir que la cabeza caiga sobre el pelo y se sienta el puro fluir de la ausencia.

Cambio de tinta, de color de papel. Escribo llorando. Escribo riendo. Escribo contra el frío y el miedo. En vano: algo me acecha. Ya no tengo nada que decir. Tampoco quejarme de ello. El silencio destruyó: quedan algunos poemas como huesos de muerto. Poemas que no entiendo, que cincelo y deformo en mis noches de miedo. Se ha perdido el significado de la palabra más obvia. Y aún me apresuro, aún me hundo con urgencia en estados mentales de negación y de asombro. Una levísima presión, un invisible roce de lo que te es hostil y ya no escribirás más. Estamos a pocos pasos de una eternidad de silencio.

1963

3 de enero. Se agotaron los actos. En mí se habla en infinitivo.

¿Hay algo más imbécil que conversar sobre el amor cuando cada hablante empieza todas sus frases con *yo*? Es lo que yo vengo haciendo todos estos días con A., con Y., con C., etc. Pero cuando hablo con M. el mundo se mejora. Su «inocencia me hace llorar». (La mía también.)

4 de enero. «Les ardoises du toit». Exceso de constataciones.

Esto es lo trágico: yo sé lo que quiero.

(3 de la mañana.) Hacer el amor para residir, unas horas, en el centro de la noche. Hacer el poema para erigirse en su espacio como una estatua. En los pueblos civilizados, estas actitudes son llamadas *narcisismo*. *Chez moi* es un hábito parecido al de llorar de miedo cuando truena.

Q. tiene 30 años y es virgen. Hoy me decía: «No es por prejuicios sino porque creo que el amor debe ser un acto total, una entrega absoluta».

Yo me pregunto si el amor no será un prejuicio. (*Tu parles!*)

8 de enero. Explicar la poesía de Góngora es como querer explicar un perfume. Pero ¿hasta dónde sus intenciones son exclusivamente lúdicas?

Les ardoises du toit. Peligroso momento aquel en el que R. deja de decir *yo* para señalar exclusivamente las cosas. Terrible transición: en *La Lucarne Ovale* se queja, protesta, ironiza. Ahora sólo habla de lámparas apagadas y de persianas cerradas. Nada más desolador que un poema que presenta las cosas en lo que tienen de mudas e inertes. Cuando el poeta no celebra o maldice suele aparecer una suerte de silencio fatal: el de la desesperación pura, el de la espera sin desenlace. Y sin embargo, aun esto es voz, es canto, es decir en vez de no. Es aún un acto de fe, el último tal vez.

9 de enero. El invierno da miedo. Miedo de que se vaya.

A fuerza de pensar y de sentir me convertí en una estatua. (Esto es poético pero mentira.)

Pregunto si la poesía es tan trágica y terrible y temible como yo suelo decirlo. Después de todo, los pocos versos válidos que escribí se escribieron solos.

Nociones ajenas: Dios – la Unidad – el ritmo universal…

Las entrañables: yo-mundo; yo-otros; yo-muerte

que se pueden reducir a

yo-yo.

(Nostalgia del aprendizaje el modo medieval.) En cambio, ni siquiera pude procurarme un *maestro* literario. Nadie escribió lo que yo sueño leer. Ni siquiera Rimbaud. Ni san Juan.

11 de enero. L. O. – Lentitud. R. cuenta y recuenta sus desposesiones: la noche, un ojo, una ventana…, hay esto y esto y esto… Sólo lo cercano, lo inmediato. Discontinuidad y, como siempre, un dotar a la naturaleza de comportamiento humano.

J. R. Jiménez debiera ser un gran poeta. No lo es, entre otras cosas, por su coquetería metafísica.

12 de enero. Soñé con el polo Norte. Montañas de sal. Pájaros blancos sin ojos ni patas. Desierto de nieve con un armario de caoba oscuro en el centro. Los pájaros abrían y cerraban los cajones. Del último salta una niña del tamaño de mi mano.

Lleva un sombrero lleno de plumas de varios colores: rojos, verdes y celestes. Después saca de su bolsillo un par de patines y se pierde en la lejanía.

13 de enero. Releo *Crime et Châtiment*. Estoy fatigada y afiebrada como si fuera yo quien cometió los crímenes de R. Me duelen los brazos como si hubieran bajado el hacha homicida. Y sufro de un sufrimiento ajeno pero misteriosamente mío. D. se atiene a los detalles con una pasión que me enferma. Escenas en las que todo parece culminar pero que sólo son el principio de otro momento de exaltación que a su vez prepara otro.

Las injurias de R. por su sombrero absurdo y peligroso.

¿Por qué no hay un olvido de un crimen? Es decir, ¿por qué no tiene que haberlo? Esto depende de la moral suicida. De que se la padezca o no. *17 de enero*. Un puro embriagarse. No para olvidar sino para no recordar.

24 de enero. Como si para *merecer* estar sola hubiera que decir: estoy sola para escribir.

¿Prescindir ya de la presencia humana? Me tienta pero también me tienta lo otro: desafiar ese encuentro vago y prometido. ¿Prometido por quién? Por mí.

Pero yo he renunciado a ese encuentro. Pero hoy renació el deseo. Fue en el correo y yo no estaba «preparada» porque vi un rostro, vi dos ojos…

Hoy, a causa de ese rostro, me prometo no escribir más un poema por día ni leer un libro por noche.

De todos modos el horizonte es mi suicidio. Cada día prolongo su ejecución. Hoy, a causa de ese rostro, me concedo un plazo enorme: me mataré cuando cumpla treinta años. A causa de la búsqueda que se inició esta tarde, en el correo, a causa de dos ojos que me hicieron decir: «Je ne peux pas jeter l'amour par la fenêtre». Pero tendré que arrojarme yo.

Rostro que borró mi visión borrosa. Ahora que escribo esto creo recordar que ya lo dije en un sueño. Pero entonces mi discurso fue precipitado y violento. Creo que Shakespeare andaba en ese sueño y también —¡cuándo no!— mamá y papá.

1 de la mañana. Terminé el «plan». Yo misma me río y además apenas puedo respirar. ¿Cuarenta cigarrillos diarios? Esta cifra que me impide subir escaleras pertenece a la soledad de la poesía y al renunciamiento. ¿Sé bien lo que me propongo? Lo intuyo, lo presiento. Y también presiento que mi «plan» culminará en una terrible borrachera que me inducirá a nuevas promesas y a otros proyectos (por ejemplo, adquisición de una «normalidad» psicosomática). Primer obsequio de mi *nueva época*: reconozco que estoy viva. En vano me encierro en mi cuarto y en las

bibliotecas llenas de penumbra. Aun mis juegos con la noción de suicidio implican sólo una muy alta vocación para la exaltación (lírica, sexual).

Dejemos a Freud. Conozco las explicaciones. El misterio es uno y el mismo: ¿por qué ese rostro me llenó de euforia y me ha obligado a prescindir de mi gravedad, de mi tristeza? Imagino la respuesta. (Temor de decirla.)

Roland tartamudea brutalmente: repite la m y la n 15 o 20 veces. Se envía frases interminables, llenas de abismos y de hormigueros. Pero la palabra que más le costó fue *morbidité*.

Nada me alegra más que diseñarme un proyecto. El de hoy es siniestro porque justamente viene a ser mi imposibilidad personal. Seguramente todo esto terminará en una borrachera o, lo que será peor, en el lecho, acompañada de uno de los tantos sustitutos. Pero quiero cumplir mi plan. Y sobre todo, tener treinta años.

25 de enero. Todo un mundo de promesas prometidas. En cuanto al «plan»: sí.

Fui al cine, después de tantos meses. Me fascina la continuidad obsesiva de los personajes de ficción. No pierden de vista un solo instante lo trágico de su situación —o condición—. Esto es lo que me importa: la ausencia de las variantes anímicas. Casi diría que hubiera querido una vida muy breve y terrible: algunas escenas grandiosas y luego morir violentamente. El cine no me distrae. Suele ser un encuentro, a veces atroz, con mis deseos más lejanos.

27 de enero. Lo que me sucede ahora no depende de mi voluntad. Es lo contrario. Tengo que dejarme no hacer. Cuestión «plan»: *Ça va*.

Anoche soñé con palabras en *a*: absurdo-abstracción-abstenerse-ábside…

31 de enero. Como me iba diciendo: ayer me emborraché.

Me molestó, por primera vez, las frases de desdicha de procedencia alcohólica. Un pintor italiano, ebrio como yo, me sollozaba que la *vraie vie est absente*. Un pintor español, entre abrazos y proposiciones obscenas, me comunicaba sus fracasos más lejanos. Una muchacha belga me decía «rien ne m'intéresse» y después lloró sobre mi hombro. Antes de irme, el italiano me dijo con voz de dictar su testamento: «Si nunca volvemos a vernos quiero que sepas que nunca he sentido a otra persona como a vos esta noche. Pero quiero que recuerdes esto, que lo recuerdes siempre: "Les sens n'ont rien à avoir avec la nature"». Me reí y le dije: *T'en as de la chance!* Decís *sens* y decís *nature* como si creyeras que existen. Se angustió y yo supe que le había hecho daño.

En cuanto al *plan*: no. Nunca. Jamás.

1 de febrero. Ahora me disgustan las grandes palabras. Cualquier expresión directa del sufrimiento que leo o que oigo me produce náuseas, sensaciones de elementos viscosos. Sólo deseo ser fiel a mi rechazo.

El «plan» se borró de mi memoria.

Medianoche: Sólo deseo no tener esperanzas, no esperar nada. Conversé largamente con M. L. y ello me permite, ahora, respirar con menos sufrimientos. Pero recordar que el error nace de hacer proyectos durante un estado de tregua: euforia o serenidad.

2 de febrero. En suma, se trata de un problema musical. O de sufrir de un temblor constante en ese lugar en donde los demás piensan.

4 de febrero. No hay a quien proyectar hacia el temido porvenir aborrecido. O sea: se va desde muy cerca la disolución de la conciencia. Pero aun esta visión es onírica como si no fuera yo quien ve y sabe esto que digo. Enfermedad de irrealidad. El lenguaje es cosa mental. Yo no puedo escribir más.

No es posible descender al infierno de mi confusión. No hay manera de descender. No hay espejo, no hay reflejo. No hay por dónde empezar. Lo que sucede es que no sucede. Ni rostro ni máscara. Ni hambre ni sed pero tampoco sus contrarios. Ni siquiera un vaso vacío. Quemaron la casa. Se perdió el lugar del siniestro. Ni siquiera cenizas. Me olvidé. Sólo recuerdo esto: me olvidé. Aun esto que digo no me alude demasiado. Creo estar hablando de mí. Estoy ofendida como si no me hubieran invitado a una fiesta a la que anhelaba asistir. Supongo que la fiesta era en mi casa y yo quien la daba. Supongo muchas cosas. Pero me gustaría saber, después de todo, para qué me busco y qué me puedo importar. El error, uno de los tantos, proviene de esta búsqueda estéril. De todos modos, de todos los modos posibles o no, sabes esto: no puedes vivir y la muerte te da pavor.

9 de febrero. No comprendo ni el orgullo ni la ofensa. Conversación con M. Orgullo y modestia. No comprendo.

Olga en un hotel de Andalucía.

—¿Tiene una habitación para una persona sola?

Respuesta del hotelero, fulgurante, rapidísima:

—¿Y pa qué la quiere? ¿Pa llorar?

13 de febrero. Algunas fantasías —destinadas a apaciguar mi furiosa necesidad del

amor— me entretienen, y me dan remordimientos que también me entretienen. Para decirlo mejor: me *mantienen*, como esos alambres que disimulan los floristas en los ramos para asegurar su presencia erecta y vívida.

*

G. M.

—¿Por qué tardaste tanto en venir? —dijo abrazándome.
—La puerta estrecha —dije.

(Había una lámpara de cobre en forma de ángel. Miré la cara del ángel que parecía al borde del sollozo.)

[29 de junio de 1963

Historia del habitarse. Del ser en sí extranjero. Del acomodo con los movimientos del yo.

———

Santillana del Mar 15-(1)	(4)- Santiago- 22, 23, 24
Luarca 19-2	(5)- Bañeza- 25
La Coruña 20, 21-3	(6)- Segovia- 26
	Ávila
	(7)- El Escorial 27, 28
	(8)- Madrid- 29
	(9)- Cabrera- 30
	(10)- Burgos- 31 -Mesón del Mío Cid-
	(11)- S. Sebastián- 1
	Biarritz-

Diario de 1960

Cuaderno verde

los colores desprendidos de tu mirada.

*

Muros del cementerio de Montparnasse.

Andando por aquí lo menos que puedes ver es a tu doble que se acerca a ti lentamente —dije.

*

En Buenos Aires. Vértigos cuando miraba a mi madre y pensaba que estuve tantos meses dentro de ella.

*

Mi mala respiración penosa. Mis pulmones son mis órganos de expiación.

*

1960

¿Qué quiere de mí mi vida? ¿Por qué mi vida es de mí?]

1963

Quijote – LXX –2.ª

… «reventó mi alma por mi silencio y perdí la vida».

14 de febrero. Un encuentro silencioso. Olvido del lenguaje oral.

Terminé *Les Mémoires d’un souterrain*. Terminé con Dostoievski. Lloré de las 10 de la mañana hasta las 6 de la tarde. «Le seul remède contre la folie c’est l’innocence des faits.» ¿Qué más inocente que llorar ocho horas o pasar 40 años en el subsuelo? Maldito Dostoievski.

Traté de explicarle a I. lo que me sucede. No comprendió nada. Tampoco yo lo comprendo. Luego traté de hacerle decir si sufre de silencio. No. Sólo nos pusimos de acuerdo sobre nuestras respectivas infancias: enterradas en el olvido a causa de su horror. Pero yo no olvido. ¿Por qué no olvido? No sé por dónde empezar a olvidar. Aún continúo asombrada por no estar loca. Pero ¿es posible vivir así, enloqueciendo de asombro por no estar loca?

Viernes, 15 de febrero. Exaltación y lirismo «como si todo te anunciara un amante». Recién vino M. y hablamos de la muerte. Se fue y yo me quedé delirando palabras de felicidad, señales de un canto inminente, de la más pura inocencia.

19 de febrero. Toda la noche mirando el reloj. Interminable noche. Indefinible noche. Algo me gesta indefiniblemente. Naceré muerta.

Abandonar todo esfuerzo. Que vengan y me devoren. En lugar de hacerlo yo.

Autofagia.

¿Quién me dijo que soy poeta? Es algo que se gesta. Nadie escribe tanto como yo. Nadie balbucea tan penosamente. No puedes con el lenguaje. El lenguaje no puede por ti.

22 de febrero. Palabras. Todo lo que me dieron. Mi herencia. Mi condena. Pedir que la revoquen. Pedirlo con palabras.

Las palabras son mi ausencia, en mí hay una ausencia hecha de lenguaje. No comprendo el lenguaje y es lo único que tengo. Este «silencio» de las palabras, de las que digo y escribo, es el horror, el vértigo. Pero ninguna presencia humana se me presenta como evidencia. Amigos y amantes: cuerpos vacíos e indiferenciados. Sólo hay fantasmas que he amado hasta pulverizar mi conciencia.

24 de febrero, domingo. Las palabras son cosas y las cosas palabras. Como no puedo otorgar realidad a las cosas las nombro y creo en sus nombres (el nombre se vuelve real y la cosa nombrada es la fantasma del nombre). Ahora sé por qué escribo los poemas que escribo que son inmóviles y estáticos como cosas. Es mi sueño de un materialismo dentro del sueño.

2 de marzo. En el subsuelo. No quiero ver a nadie. No puedo hablar. Yo ya no puedo hablar.

3 de marzo. Despertar espantoso. Primer pensamiento: no se puede decir la verdad. Carta de H. Una simple frase me hundió. Esto es tan cómico, una simple frase me llevó al lugar del horror. Hace una semana que lloro por esta frase.

11 de marzo. *Il faut travailler*. En tanto no se muere, en tanto se muere una de hastío.

Lo que más hastía es saber que se tiene razón de hastiarse. Nada más hastiador que tener razón. Nada más inútil. Por eso se buscan las desdichas. Cuando yo busco sufrir sé, de antemano, que no hay razón de sufrir. Por eso juego a sufrir y este juego es un sufrimiento multiplicado: se sufre y se sabe que es mentira.

En estos últimos años perdí mi sentido lúdico, mi atención infantil al juego. Quisiera retornarme mi vieja mirada. Actuar como antes: sin destinatario mental o real y, sobre todo, sin finalidad. Como cuando estoy ebria, en un presente vívido —tal vez imaginario pero esto es muy difícil de saber— en el que no existen las precauciones, los cálculos, el sentido del orden o del desorden. O sea, he perdido mi no preguntar. He perdido mis ojos asombrados y silenciosos. He perdido la humildad que era lo único que me permitía vivir. El solo querer recobrar todo esto es una corroboración definitiva de mi pérdida.

13 de marzo. Deudas y pobreza. ¿Y qué?

La desconocida, la desolada sensación del viento ahora en la noche. El verso mágico, el esperado, el que no se escribe para no ofrendarlo.

Esperar un lugar de encuentro.
distancias olvidadas–
despedidas–
gritos entre las grietas de la gruta–
mármol, fisuras deleznables–

18 de marzo, lunes. Suicidarse es reconocer que lo peor ya está ocurriendo ahora y aquí. Ello implica la máxima lucidez.

Las caras en la calle. Nadie se deja ser paisaje.

31 de marzo. Soñé con Alicia, con los espejos, con el Rey y la Reina…

Desnudez. Desposesión. No quiero poseer.

1 de abril. Cuando hablo con M. me alegro de ser yo.

Kierkegaard. ¿Y qué si hubiera sido hermoso y «seductor»?

Deseo —inocente y absurdo— de ingresar en lo moral. Náusea de la promiscuidad sexual, del desorden. ¿Por qué me castigo?

11 de abril, jueves. Exilio del lenguaje. Exceso de imágenes plásticas imposibles de transmutar en palabras. Escribir es traducir.

Ninguna reconstrucción moral me es posible. Ando por el lugar de las disociaciones.

14 de abril. Visita de A. C. Recordé nuestro extraño encuentro en un hotel de Saint-Michel. Yo estaba enferma, nos acostamos sabiendo que yo no podía, que llegar al orgasmo significaría desvanecimiento, colapso, vértigos, etc., etc. Extraña excitación. Como cantos de pájaros en un lugar soleado. Miríadas de estremecimientos suavísimos. El rostro de A. tenía un misterio antes inimaginable. Esa noche había en su rostro lo que más amo: algo hecho de un silencio que entraña palabras presentidas, fatales; inescrutable rostro que me dolía hermosamente. Creo que lo que me excitaba tanto era la fantasía folletinesca de morir haciendo el amor. La debilidad aliada a la fiebre me depositaba en un lugar en donde siempre proyecté mi única esperanza. Y también la prohibición del orgasmo que finalizó en una serie de espasmos que duraron hasta el mediodía. En sus ojos se acumularon, esa noche, mis deseos más callados, los más ocultos.

15 de abril. Miedo venido de un más allá de toda causa. Pero tal vez se deba al día de mañana, al absurdo encuentro con M. L., alguien que me recuerda que no puedo vivir sin amor.

Retorno a Buenos Aires. Ya lo imagino: pocos minutos antes de arribar al aeropuerto trataré de cambiar de *yo*, de forjarme otro, maduro y sereno (?). Es lo de siempre: se anula el crecimiento natural. Tentación de madurar lentamente, de desprenderme (?) de las compulsiones infantiles. Anoche soñé que me enfermaba gravemente del corazón. Debo reconocer que contribuyo en lo posible a la concreción de este sueño. (¿Asociarlo con Bs. Aires?)

Ganas de no hacer nada, de estarme sentada cuarenta años con mis visiones viejas y polvorientas, con los malditos recuerdos que mi memoria me ofrenda. Ganas de no ver nunca más a nadie. De no tener amigos. De atreverme a aceptar lo que amo: la soledad y el silencio.

16 de abril. No encuentro la salida.

¿Es necesario encontrarla?

Puedes jugar con los conceptos, darlos vuelta, abrirlos, en fin, todo lo que quieras.

Las palabras no consuelan, no pueden ser interiorizadas y creídas como sucede con un rostro amado. Esto está muy bien pero apenas señala mi desesperada soledad cuando me despedí de M. L.

17 de abril, miércoles. Como Julie en la novela de Giono que cierto día sale de la escuela como si hubiera estado mucho tiempo residiendo en las fauces de un lobo. Es así como desperté y vomité sangre. Misteriosamente. Luego, durante el día, deseos de embriagarme, de drogarme, de vivir ebria. Hay algo que no sobrellevo, que no aceptaré nunca sobrellevar, lo supe anoche, en las horas de insomnio.

Antes de dormirme deliré el proyecto de irme al África o a Nueva Caledonia. A cualquier lugar de salvajes.

M. L. ¿De nuevo me iré a enamorar? Ni la noche ni el día dejan de ofrecerme su mirada maravillosa.

24 de abril. Pasa que si no escribo no me concedo el derecho a vivir. Recuerdo de esa noche del año 54 en que juré aceptar vivir para la poesía exclusivamente. Esto fue locura y no obstante si no escribo hay algo que me niega, que me desaparece. Pero lo que hago con mi cuerpo no deja de asustarme. Me estoy aniquilando día a día.

Lo difícil es hablar de lo que se sabe.

Mirar un rostro tal como es. Alguien ve a medias, lo ve todo a medias. Su ojo ausente rehace lo visto simultáneamente al ojo presente que observa y es un fiel testigo. Pero el ojo huidizo no solicita del mundo más que un punto negro, un punto de partida para irse lejos del mundo a remendar el agujero de ausencia apenas entrevisto. El otro ojo es excesivamente determinante. Lo que recuerda lo recuerda de una manera abrumadoramente justa. Pero alguien está de parte de la ausencia. Por eso mira el mundo con un solo ojo, el que la invita a evadirse de las miradas y de lo que se mira.

27 de abril. Imposible la virtud ni la justicia en quien irrealiza el mundo. Sólo la piedad y el respeto por el sufrimiento ajeno me impiden ser una perfecta inmoral. Pero mi mirada sigue siendo esteticista. Un viejo muro, un perro o un niño me dicen lo mismo. Puedo sonreír al niño y aun al perro. ¿Y al muro? También al muro.

17 h: Dormí 20 minutos y soñé que mi madre asesinaba al pájaro más grande del mundo. Luego, en una enorme caldera como en los films sobre antropófagos hacía hervir la sangre del pájaro. Yo, *al fin*, estaba contenta aunque sentía una vaga luz de hospital y una seguridad de estar enferma de algo incurable.

Mi relación con mi madre. Yo «pidiéndole» tácitamente que mate a mi padre y ella, sin disimulaciones ni ambigüedades, expulsando a mis enamorados bajo distintos pretextos que yo me apresuraba a aceptar. Juego tenebroso y estéril. Amor irreal, irracional. Mi debilidad actual ¿no es una concesión a mi padre? Hacerme perdonar, rescatarme.

28 de abril. Aunque viviendo de mentiras y de fabulaciones, aunque sumergida en lo imaginario, debo decirme que ni la justicia ni la virtud me interesan. Alguien en mí acepta el sufrimiento del desorden que es el del mal. Los poemas se hacen con palabras. En el poema no hay lugar para la justicia pues su origen participa de la ausencia de la justicia. (La historia del pueblo judío es un *libro*.) Además, quien invoca a lo ausente no puede ser justo. Esto lo comprendo muy bien pero me fatiga escribirlo y me duele demasiado.

8 de mayo. Necesito límites externos. Esta noche soñé mi drama más oculto, el más cruel. ¿Culpa de M. L.?

17 de mayo. Nostalgia y confusión. Vuelvo a estar enamorada.

Magnífica razón para sufrir con razones y causas, para poder decir «sufro por esto y esto y esto…» cuando en verdad «no es eso, no es eso lo que yo quería decir».

3 de junio. No poder pensar más que en mí aunque de lejos y con miedo.

Aunque fuera a las malas y forzadamente debiera escribir un libro sobre un solo tema.

Viernes, 7 de junio. No es posible renunciar a lo que no se tiene.

Estoy en crisis, le dije. Es cierto pero es mentira. Sólo le puse nombres a mi manera de ser o estar para crearme la ilusión de un estado inédito, de una progresión, de una novedad.

11 de junio. Ahorrarse. Sensación humillante de estar perdiendo el tiempo. Aún la siento al encontrarme con M. L., aun si leo un libro que amo, aun si escribo, si duermo, si no duermo. Pero no es el tiempo lo que pierdo, no es el tiempo.

Querer retener a quien desea irse. Magia del lenguaje.

—Me quedo por seguir oyendo tu voz —dijo. Entonces tuve miedo.

Sábado, 15 de junio. Caer hasta tocar el fondo desolado y puro hecho de un viejo silenciar, de voces que repiten algo que me alude, que no comprendo, que nadie comprendería. Como si diera con un error absoluto, con la voz de un gesto, un gesto que en vez de efectuar el movimiento que lo acredita como gesto se decidiera por la inercia y hablara sin saber hablar, como si fuera voz y no gesto. Así toda la noche: voces en mis huesos, gritos en la piel mientras veía las palabras moverse, las palabras se movían, partían, eran partidas, compartidas promiscuamente y manaban sangre como si fueran cuerpos orgánicos, perdían sangre, llevaban muletas, hasta contemplé vocales que se prolongaban en formas a modo de manos pidiendo y mendigando. Corte de los milagros formada por letras. Todo un alfabeto de miserias y crueldades. Dura imagen: lo que debió cantar se arqueaba de dolor mientras en mis manos se hablaba, en mis rodillas se murmuraba, se decían lamentos feroces en mi cuerpo. Es preciso haber andado por este lugar de metamorfosis para comprender por qué me duelo de una manera tan complicada.

Jueves, 21 de junio. Todo esto es un nuevo engaño. Creerme en el verdadero fondo del pozo para creer, al mismo tiempo, que estoy fuerte y serena. Aumentar las desgracias —aumentarlas artificialmente— para recobrar una autoestima que nunca existió.

Quién me exige y me reprueba. Mi madre. Si lo supiera sería muy feliz, ella que cree en mi total indiferencia a su respecto.

*

Si la noche no es azul.
Si el verano es una lenta plaga.

Viernes, 27. Lo único importante: «enterrer l’Arbre du Bien et du Mal». Para quien padeció este suceso, ¿cómo sobrelleva el *yo* precario de cada día? Volver a ese «entierro» es un dolor semejante al de nacer.

Abrazar la vida con la conciencia de la partida pronta. Pero los deseos. Misterio del deseo y de sus sufrimientos. Aun el deseo de suicidarse tiene algo de prodigioso, señal de la realidad de otra realidad que se desea sin conocerla. Otro misterio: la posesión (deseo de lo imposible).

7 de julio. Configurar. El gesto «humano, demasiado humano» lleva a falsear la literatura. Por eso hay que ocuparse de la zona «vidente», no de la que sufre en cuanto criatura azarosa. Hay gestos —muy difíciles de hacer y de interpretar— que no deben quedar en su enunciado. Por ejemplo: saber que *todo es signo que hay que develar* no es aún haberlo hecho. No es aún leer su clave, interpretar su música. No se trata de escribir «Escribir silencios» sino que se trata de escribir silencios. Configurar en vez de proponer la configuración. No la exhibición sino el enigma en toda su belleza. Debo dejar de escribir este diario. No preguntar «¿cómo vivir?» sino dar vida.

24 de agosto, *sábado*. ¿Por qué C. me hizo lo que me hizo?

Transformarse en el propio testigo admirado u horrorizado.

Miedo. Quedar preñada es sinónimo de muerte. Anillo perfecto. Se cerró. Ni abortar ni tener un hijo. Asfixia. Así lo había sentido mi madre cuando yo me anuncié. Así me lo hizo saber años después. De manera que me quedan, tal vez, pocas semanas de vida. ¿Lamentarlo? Pero ¿por qué C. tuvo que tomarme a mí…?

25 de agosto. Insomnio total. Miedo. No discierno si C. fue un inconciente, un idiota o un sádico. Ninguno de los tres, seguramente. Todo el día leo novelas policiales para no pensar en lo sucedido. Lo que más me inquieta es haber recordado que fue C. quien, hace un año, me anunció la muerte de J. con rostro lujurioso, es esto lo que me inquieta. Me fatiga buscar culpables. Después de todo yo sabía que algún día tendría que suicidarme.

1 de sept[iembre], domingo. La suerte. Recibir el sí, la aprobación. La madre felicitándote por tu buen comportamiento.

4 de sept[iembre], miércoles. Carta de A. Está en una clínica psiquiátrica. Cuando la suerte se niega enfermarse para conmoverla, para apiadarla. Mundo de aquejados de orfandad. J. y sus jaquecas. C. y sus enfermedades inventadas. Yo con mis vértigos, mi palidez. Inquietar a los demás como antaño a mamá con las fiebres.

En cuanto a mí, perecería que no pido, que no reclamo. En verdad lo hago en silencio.

6 de sept[iembre]. Vértigos. Me pregunto todo el día, me pregunto si no estaré encinta.

Si pensara en la inseguridad. Es nuestro reino. Sí, meditándolo. No es lo mismo cuando se sabe que mañana se carecerá de techo, cuando se tiene hambre —como yo ahora—, cuando mañana tal vez se sepa que los temores eran presentimientos. Meditando todo es posible. Lo otro sucede cuando hay encarnación, actos vivos. Ir y venir de noticias funestas. Hasta ahora fomentaba mi creencia en las razones neuróticas de mis temores. Asistir a su realización concreta… Saber que había razón de temer. No estoy muy angustiada. Simplemente, hay algo tan evidente que apenas puedo respirar.

Sólo sé esto: comienzo a comprender el orden, las vallas, los límites. No es posible vivir sin ellos. Pero vivir con ellos no deja de ser una muy sucia y cobarde manera de vivir. Estos días me repito, riendo y llorando, el juramento de Hiperión. Quien no vive trágicamente se vuelve idiota. Vivir trágicamente es tomar el camino más corto hacia la locura y el suicidio.

Hay algo prohibido en el hastío. Un hastío intenso se corroe a sí mismo. Pero no existe un hastío intenso salvo el de ahora que es impuro: alianza entre el hastío y la desesperación. ¿Qué me enlaza a la cordura? Esto lo pregunto con interés psicoanalítico. La disociación ha cedido. El día y la noche se amaron. Es gris, ahora. Luego: es permitido esperar una «depresión nerviosa» que no llega… ni llegará, sin duda.

7 de sept[iembre]. Noche de insomnio. Pensé en el lenguaje, toda la noche pensando en el lenguaje. ¿Para qué hablo? ¿Para qué escribo? *Respondí* con una escena imaginaria: yo en el Tíbet o en Vietnam viviendo sola en una choza, sin hablar con nadie por ignorancia del idioma de mis vecinos. Esto se relaciona con mi perpetua tentación del escondite: ir a donde nadie me conozca, a donde yo no conozca a nadie. También me tienta su exacto contrario (nostalgia de Buenos Aires, de lo familiar). Volviendo al principio: ¿por qué no puede hablar un niño de pocos meses? Porque está hecho de deseos irremediables. El aprendizaje del habla es el del autocontrol. El silencio, el llanto y el grito son «expresiones» del deseo en estado puro. No hay un lenguaje del cuerpo. Querer hablar con el cuerpo *exclusivamente* significa locura (Nijinsky, Artaud). Lo terrible del lenguaje: nunca se está preparado para dialogar, no existen ensayos previos, de nada valen las experiencias de otros diálogos anteriores. En mi caso, lo trágico del lenguaje es más intenso ahora pues debo hablar en una lengua extranjera —palabras que en mi mente resbalan casi

siempre sobre las cosas, como si la palabra fuera demasiado grande o pequeña para ajustarse a las cosas—. Pero en cualquier idioma —aun en el mío— hablar me hace sufrir. Cuando hablo siento que me traiciono, y también me traiciono cuando escribo. No se me oculta que esto deriva de mis deseos (demasiado intensos). El lenguaje es la valla de los deseos, el lenguaje los recorta y los encierra. La tremenda intensidad de un instante amoroso es indecible. No es un desafío al lenguaje pues el lenguaje no existe en un momento así. Hablar o escribir es mi mayor ingenuidad. Tratar de contener lo que se desborda. Entonces, nada más paradójico en mí que la escritura o el diálogo. Lo mío es el abrazo sexual, el sueño, la embriaguez, las alucinaciones. Dominio acechado por lo externo y sus necesidades. Hablo y escribo para defenderme, para ganar mi espacio silencioso. Ningún poema puede dar cuenta de la intensidad de los deseos. A lo sumo puede redactar, posteriormente, una crónica de lo que pasó. Pero un poema no es algo que *sucede*. Tal vez el poema pueda invocar el suceso o consolar de su no venida. Cada vez que entra la lógica, cada vez que hay preocupación por leyes de armonía —arbitrarias y heredadas—, cada vez que se oculta el lugar del caos, entra la mentira flagrante, la falsedad en estado puro. Por mi parte, soy fiel a mi rechazo. (¿Hasta cuándo lo seré?)

La moral es la gramática del deseo. Tal vez sea útil pero lo útil, en mi caso es inútil.

La moral, mi tentación perpetua, es la muerte del arte. Adagio japonés sobre la poesía como pintura dotada de voz. Vuelvo a mi execración del tiempo y del movimiento y vuelvo a mi nostalgia de la inmovilidad. Ello, como reacción al movimiento frenético de palabras y de imágenes que me acontece ahora que estoy presa en el miedo, en la tentación supersticiosa de ofrecerle dádivas a la suerte si no sucede lo que más quiero.

13 de septiembre. Gestos lentos, gestos fantasmales, gestos anómalamente serenos. Murmullo de labios asistiendo con una dulzura imposible, como soñada. Aquella noche en Belleville el Hôtel de l’Espoir. Andaba buscando quien me asesine, *l’espoir*, algún demente fugitivo, l’espoir, alguna exterminación lenta o súbita entre tantas ruinas, *l’espoir de mourir*.

15 de septiembre. La condena parece segura. No es tan fácil suicidarse. Cambian las palabras. El sentido es el mismo. Los deseos son los mismos. No sé si M. L. y M. J. son mis ángeles o mis demonios perseguidores.

Escribir no tiene sentido. Al menos ahora, ahora no lo tiene, ahora sólo el suicidio tiene sentido.

Siempre el mismo juego: definirse a partir de las sucesivas máscaras.

M. L.: «C’est à vous que mon trésor a été confié».

22 de septiembre. Estoy encinta.

28 de septiembre. Y las voces lloran o se lamentan con un gran miedo antiguo, la mañana se abre como un canto, en plena noche de la creación, tú con las piernas abiertas piensas en colores muy puros, tal vez una fue niñita, mientras tiran de ti, el dolor único, absoluto, temblando, las piernas quisieran cerrarse, tiran de ti un claro en lo oscuro, oscuridad de formas movedizas, dispuestas en honor de esta liturgia que es el reverso de dos manos tirando de ti el corazón de lo que iba a ser una forma dotada de voz y de movimiento y de peligrosos relieves, la noche relampaguea dentro de tu máscara, te corta con graznidos, sierran pájaros negros, morosamente determinan las partes sangrientas, ahora formas rojas, sombras vestidas de dudosos terciopelos rojos cruzan rápido el bosque relampagueante, no gritas por no querer hallar correspondencias entre las manos que asesinan entre tus piernas y las formas despavoridas de la noche. Pero durante un segundo se acercaron, aunque sin tocarse, fue cuando el dolor unió dos tonos contrarios, dos colores lejanos, cuando se produjo una sórdida y horrendamente súbita armonía de contrarios como si arrancaran dos corazones al mismo tiempo, entonces el bosque se abrió y algo singularmente perverso perforaba el centro exacto de lo oscuro, las formas desaparecieron, ya no había afuera ni adentro, era la infantil alegoría del infierno de súbito encarnada, te precipitaron, fuiste con la máscara en la mano, con la cara desnuda y ya nada más se pareció a un corazón.

Dans tes paupières je dors jusqu'á l'aube. Dans tes yeux j'ai appris à conaître ma dernière nudité. N'oublie pas tes yeux parce que c'est là où j'habite.

HÔPITAL DE LA CITÉ UNIVERSITAIRE

30 de septiembre. Ahora sé por qué no lloré hasta hoy.

3 de octubre. He tratado de hacer mío lo sucedido. Pensando después en la experiencia del sufrimiento y en lo terrible de mi urgencia por sufrir. En cuanto a lo que pasó, ha sido un dolor físico espantoso pero ¿por qué me habrá de traer la sabiduría? No, no pido sabiduría sino cierta receptividad de mis propios sufrimientos, saber que sufro por culpa mía (¿por culpa mía?). Este itinerario de un mes y medio: haberme acostado con C. en perfecto estado de ebriedad. Haber esperado un mes y medio en el horror insoslayable de mi presentido embarazo (lo comencé a presentir

en cuanto me volvió la lucidez). Haber sabido que estaba encinta. Haber solucionado este estado increíble (buscado cómo solucionarlo y no obstante no creyendo, no obstante haber esperado un milagro). Haber buscado y haber encontrado la manera más sórdida, la más dolorosa y todo ello sola, tan sola que ni me había dado cuenta de ello hasta que M. L. me lo dijo y entonces el llanto, las horas de llanto, porque supe de pronto todo lo sola que había estado pero ahora más que antes, ahora más sola desde que M. L. me lo dijo con tan hermosas palabras. Y ahora me pregunto si M. L. tuvo derecho a decirme lo que me dijo pues sus palabras tenían demasiado de promesa y de adhesión, quiero decir, no es un juego decirme a mí «si vous saviez comment je vous aime»…

5 de octubre. ¿Qué otro castigo inventar? ¿El retorno a Buenos Aires? Allí hasta las flores moviéndose al viento me llenan de terror.

Cómo desaparece la estética en la desgracia… «Quand le malheur bat son fil, comme il découde, comme il découde…»

Y cómo no se trata de hablar con bellas palabras sino de dar una mano viva. Arrastrarse por el pantano de las evidencias demasiado evidentes… (cuando buscaba sangre para el simulacro ningún asombro estético, ninguna gana de hacer chistes).

Siempre lo de siempre: en cuanto ando obsedida por conflictos que no le conciernen me muestra tanto amor y tanta asiduidad que me olvido de los problemas y me vuelvo a enamorar de quien tanto me dio y tanto me ayudó cuando yo, inquieta… Pero es suficiente que se dé cuenta de mi estado para que me haga sufrir mucho más de lo que sufría antes con los viejos conflictos que sus consuelos solucionaron. Es así como se empieza a sufrir irónicamente.

Debo despeñarme por este sexto piso. Todo esto es sin importancia pero ¿es preciso andar siempre por el lugar de los hechos terribles para que M. L. me diga lo que me dijo? Necesita que todo sea evidente hasta la náusea (hemorragias, dolores insoportables, desvanecimientos…). Entonces te dicen hermosas palabras de amor. Le hubiera bastado tan poco para mantenerme tranquila, un mínimo gesto, una frase, no sé, le he pedido tan poco… «à cause de ce peu qui me manque…».

Viernes, 12. Ese deseo de aniquilarme por algo o por alguien. Hasta por la literatura.

Imposible vivir siempre en estado de catástrofe.

Miércoles, 17. Tabla rasa de los sufrimientos pasados que eran imaginarios o lo parecían o dependían de mi ansiedad o de mi distracción. Se trata, ahora, de una distinta y más intensa manera de seguir sufriendo.

Jueves, 18. Sucede que debí suicidarme a los 18 años. Ahora es tarde para ser como soy. Nunca alcanzaré la serenidad. En cuanto al desorden actual es suicida pero no lo suficiente. Algo me retiene y no me deja ir al fondo del desorden. Pero mi sed de destrucción. Es tarde. No se puede, a mi edad, jugar de esta manera. ¿No se puede? Tal vez sí se puede pero yo no. A mí me tienta también lo otro, el trabajo intenso, la continuidad en la creación. Todo el día me interrogo acerca del suicidio. Sé que debo suicidarme. Sería mi único acto no destructivo. Suicidarme para preservarme.

Domingo, 21. Hablar de sí en un libro es transformarse en palabras, en lenguaje. Decir *yo* por escrito es volverse un pronombre.

Salvarse por el trabajo. Trabajar por desesperación. O por venganza.

Por primera vez siento o me atrevo a sentir mi soledad. Esto es un atentado a mi orgullo o la muerte de la infancia —antes me sentía abandonada por los «grandes» pero me divertía sola, sin necesidad de nadie, sufriendo pero sin necesitar a nadie.

Lunes, 22. M. L. y M. J., concreciones de mi nuevo sentimiento de soledad.

Esto es risible: el gato de M. J. me da terror. Sobre todo cuando se lamenta.

Lo que salva (?) a M. J. es su no necesidad de testigos. Lo que me condena a mí es necesitarlos. Es preciso pensar mucho en ello. En por qué trabajo más (y mejor) si M. J. Está cerca.

Martes, 23. Encuentro con H. Su rechazo del sol.

1 de noviembre. Amar el sol. ¿Es que acaso lo comprendo?

5 de noviembre. Si los ojos pudieran decir. Si el silencio. La miré tanto que terminé por llorar sin darme cuenta. «¿De nuevo los dolores?», dijo.

Me fui a mi cuarto para llorar en serio, merecidamente. Tal vez ebria, tal vez perfectamente ebria sentarme a su lado y lentamente, dulcemente decirle, ¿se alteraría su rostro si se lo dijese? Ni lo imagina. Me piensa de la raza de los que se dejan amar, de los amados, no sospecha mi delirio de amor, no sospecha que le es suficiente una palabra para que yo dé el sonido de un cuerpo menos en el mundo. Y si sospechara mis fantasías nocturnas. Esto es horrible. Sí. Muy horrible. También podría yo fantasear que el sexo no es una realidad. Pero existe, *voilà l'histoire*, y qué

desagradable y qué vulgar.

Martes. La fascinación de la muerte como lugar de origen. Soñé con un poema, creo que de David Gascoyne. De nuevo el gesto irremediable, el que sería el remedio de mi mal. Pero el mal es querer ese gesto. El mal es querer el amor queriendo en él la muerte. Pero sin duda el mal es estar aquí interrogándome sobre él.

Pensando todo el día en la obscenidad, en las imágenes sexuales de mi infancia (ese país imaginario en donde *todo* estaba permitido). Lo que alienta en mí: ese viejo silencio sexual. Nadie se anima a acompañarme por esos terribles lugares. O los que se animan piensan en algo distinto, en el vicio, en lo inmoral y en verdad no es eso, no lo es de ningún modo. Creo que mi perpetua tentación del suicidio viene de no encontrar a alguien que sienta lo sexual como yo y creo que mi enorme facilidad por el placer meramente físico tanto en relaciones heterosexuales como homosexuales es, en el fondo, algo que impide lo otro. Apenas puedo escribir sobre estas cosas y sin embargo debo hacerlo.

Jueves. El rostro de M. L. para que me salve del rostro de M. J. Ruego mental a M. L. mientras conversábamos: sálvame de M. J.

Sábado, 9 de noviembre. En el taxi dolor en los pulmones al atravesar el Bois de Vincennes oscuro como una alegoría de la noche en un libro para que los niños malos se porten bien.

Domingo, 10. *Pourquoi êtes vous fachée avec vous même?*

«J’ai tant fais patience…»

¿Existe el masoquismo? Lo que hay es el conocimiento de una herida que una misma se infligió. Sufrir en manos de otros es buscar prolongaciones, cómplices, servidores. El masoquista, entonces, se sirve de quien le hace daño. El masoquista o el ofendido por sí mismo. Esto elimina rápidamente las presencias ajenas. Transforma a los demás en cosas. Esto se vuelve divertido: el verdugo sería una cosa para la víctima que ya no sería víctima, luego no habría verdugo. *Alors, merde*. Enfurece la imposibilidad de los contrarios. Imposibilidad mía puesto que nunca interioricé ningún racionalismo. Ejemplo: imposible la ética. *Voilà una blessure*. No tengo nada de donde obtener *seguridades*. Hasta la literatura me asusta.

Lunes, 10. Vértigos. Escribir un diario es disecarse como si ya se estuviese muerta. Mi búsqueda del silencio corrobora esto último. Y también mi fervor por las posiciones físicas que evocan las de los muertos (en el diván psicoanalítico, en el acto sexual, en los ejercicios de *relaxe*).

Viernes, noviembre 15. A pesar de todo lo sucedido ella sonríe atada a la rueda del suplicio, Juanita de Arco en la higuera, muerta de risa como una colegiala idiota. A pesar de todo, de tanto, de demasiado, de más de lo conveniente en cuanto a sufrimiento.

Recién llamó E. «Todo es más simple de lo que te creé», dijo. «Todo es más complicado de lo que te pensás», dije. «No», dijo, quiero que hablemos claramente. Quiero que me digas la verdad de lo que te pasa. No sé qué le dije, qué le inventé, demasiada fatiga, demasiado todo. Además me aburría con eso de la verdad y de los diálogos sobre la vida y la muerte. *Mon dieu, comme la vie serait simple* si yo, en vez de decir estas cosas, estuviera a su lado, mirando su cara, dándole la mano, eso, eso sólo, en vez de este diario, los poemas, las elucubraciones, la ironía, las conversaciones.

Crepúsculo de hoy en el Bois. Hojas mojadas por la lluvia de ayer. Lejanía, niebla. Criatura privilegiada mirando árboles en la niebla. Hasta que el silencio me dio miedo y pensé en mi asesino, un perverso que asesina muchachas que miran árboles en la niebla.

16 de noviembre. La desposesión más pura. Antígona enamorada de Creón se encierra por iniciativa propia en la prisión de piedra y corre a decirle la buena nueva a Creón, le dice que decidió encerrarse y él se ríe, naturalmente, pues si ella no lo hacía es él quien la iba a encerrar.

17 de nov[iembre]. Rostros en el *métro*. Extrañeza. Seguridad de estar rodeada de animales. Mis ojos buscaban la salida de esos rostros. *Sans issue*. Deseos —por primera vez— de vivir en el campo (paisaje mental eglógico). No obstante, atravesé los corredores siguiendo una fila que avanzaba penosamente. Oprimida por los cuerpos, sin poder respirar normalmente, sentía que yo me estaba sosteniendo sola, sin vértigos, sin inminentes desmayos, gracias a nuevas fuerzas venidas de mí, insospechadas fuerzas. Tal vez es la nueva situación interna.

21 de noviembre. Toda la noche pensando en su rostro, haciéndolo lejano e imposible. Recién le telefoneé y hubo algo extraño. Era y no era su voz. O tal vez yo le daba un matiz de voz «imposible». Me pregunto quién abandonó a quién.

25 de noviembre. Al discar sabía que de algún modo le pedía sufrimiento. Hace bastante que no sufro orgiásticamente. Cuando se acerca el tiempo de celebrar esta orgía me sucede sentir los síntomas, la inminencia. Que B. no pueda salir hoy conmigo me sumerge en la pura desposesión. No obstante, todos estos días, cada vez que pensaba en nuestro encuentro de hoy deseaba que sucediera algo que lo hiciera imposible. Sucedió. Y ahora creo que mi deseo era presentimiento por el cual me preparaba a recibir su NO. Pero no estoy preparada. Nunca estoy preparada.

Ahora sé por qué estoy enamorada. Por su silencio. Su silencio es la presencia de las cosas en vez de su representación imaginaria.

28 de noviembre de 1963. La ternura de M. L. después de lo de ayer. Si no hubiera pasado lo de ayer no pasaba lo de hoy. Lo mismo pasará con B., aunque esperar que la discordia cese es mantenerla, pues la espera implica tensión y ansiedad. Yo no esperaba que M. L. hubiese estado así hoy, lo deseaba pero sin atreverme a esperarlo por creerlo imposible. Movimiento interno: fatiga y desesperación como tributos a lo imposible. No querer serenarse, no esperar el bien, convencerse de que se está maldita y querer suicidarme. Luego, cuando lo imposible se vuelve posible se cree que es mérito propio, que se ha trabajado y sufrido duramente para que advenga esta metamorfosis que, aunque no se quiera, es pasajera, fugitiva y transitoria. Pero hay algo inmutable en estos sucesos: mi culpabilidad secreta, misteriosa.

28 de noviembre. Detención en la inminencia.

29 de noviembre. Fervor por la literatura cuando es de día. Pero de noche desesperación infantil, abandono, orfandad.

Un temor antiguo, abstracto a fuerza de olvido, de haber sofocado la memoria.

1 de noviembre. El sábado me descubrí hablando en un idioma totalmente literario. A. me escuchaba con asombro. Esto tiene mucho que ver con los ejercicios de *relaxe*.

Si llego a distender mi garganta y a respirar bien, cambiará mi relación —ahora tan complicada— con el lenguaje. Pero ya van dos años que los practico y la garganta y el pecho continúan en su estúpida posición defensiva. La misma vieja sensación de que una mano feroz me oprime esa zona. Curioso: para distenderse sólo es preciso *darse*, dejarse ir. Claro que el horror a la caída, el miedo a la desposesión total… Dije miedo y ya está. Aprieta siniestramente.

6 de diciembre. De la importancia de los *objetos mentales*. Tener en qué o en quién pensar. Tenerlo auténticamente.

Mi diario del 62: «Se trata de un problema musical». Coordinación. Ritmo. Desencuentros. Mi lado izquierdo y mi lado derecho. Abuso y deterioro de mi lado derecho. *Relaxe*: no lo hice bien en el brazo izquierdo como si fuera inútil o como si no fuera mío.

Al hablar acentúo excesivamente la primera sílaba. Énfasis fuertísimo en la primera sílaba acompañado de un movimiento de expulsión de «todo» el aire quedándose luego la respiración sofocada.

11 de diciembre. Retorno del insomnio, de las fantasías regresivas. Exceso de autoexigencias. Narcisismo. Acumulación. Fantasías inenarrables. El estatismo, la inmovilidad, mi lado derecho, el amor al silencio y a la soledad, la ansiedad. M. L. y B.: rechazo de todo. Yo rechazo a la inversa. Acepto para destruir. Digo *sí* para acentuar mi negación tácita. ¿Por qué no estoy cansada de mí? Asombro. Lo cierto es que estoy fascinada por mí, país inexplorado, me asisto desde afuera, espectadora impotente. Elucubro todo esto pero en verdad desfallezco de ternura: de darla, de recibirla. Todo podría ser tan simple.

14 de diciembre. Todo se reduce a una elección entre el verso y la prosa. La tentación de escribir una novela equivale a golpear (una vez más) a la puerta de la realidad cotidiana que execro totalmente.

19 de diciembre. No querer poseer ni ser poseída. Nada me desespera más que la esperanza (espera del cumplimiento de lo imposible).

Continuidad en la desesperanza, en la conciencia de saber que no hay.

¿Cómo asegurar que lo que le dije a B. es *lo importante*? Sensación de mentir, imposibilidad de hablar con un lenguaje desnudo y exacto. No es así el lenguaje de los deseos.

20 de diciembre. Nada de originalidad buscada. Pero nada, tampoco, de herencias a conservar y a hacer fructificar. En general, los que escriben plagian, aún los mejores. En cuanto a mí, quiero revisarlo todo por cuenta propia, quiero pensar *sola*.

21 de diciembre. Se me caen los objetos. Respirar es cosa seria.

23 de diciembre. Fiesta de la autodestrucción. Imposible, imposible cualquier cosa, todo imposible, imposible el amor, todo imposible. Yo lo sabía, yo lo presentía. Demasiado perfecta la manera de saberlo, de presentirlo.

Al besarme me bebía sangre en los labios. No, no era sangre pero yo lo creí, yo creía, ajena para siempre a cualquier manejo de la exactitud, no era sangre pero yo creía, yo quería a causa de sus ojos desmesurados en su rostro de ángulos, de sombras, de escondites. «Pienso en tus ojos toda la noche», dije. Tampoco esto era cierto pero de algún modo era la verdad en su decir más puro, la indecible verdad, la imposible, por eso se lo dije: para no decírselo. Era tan cierto que tenía que ser mentira. ¿Y ahora quién me ayuda? Ahora que he visto, que he sabido como nadie las evidencias de lo imposible. Presente vivo, ardiente, sufro hermosamente, me beben, me devoran. Antes sufría, oh sí, pero antes era también la esperanza, la sensación mentida de atravesar un lugar provisorio. Ahora hallo mi morada, quiero decir, mi carencia de una morada.

Lo absurdo del amor ofrecido en cantidades inaceptables. Un solo gesto y todo estalla: añicos, cosas en el aire. La muchacha de cara infantil llega exaltada y dadora: me doy, me doy como si cantara en el desierto, le hablo, le he hablado, le hablé. Sus ojos muriéndose de alegría por mis presentes desmesurados, pero qué hará o qué haría su cara de huesos, de enjuto, de parco, de contenido, de contraído, qué hará con mi desbordamiento, mis ojos luminosos, mi rostro confiado, tan confiado que por la noche me toqué mi rostro y lloré igual que de niñita, la dejaron solita, llorando por la noción de lo imposible, filosofita suicida, camino de perdición, pequeña mendiga, princesita deshojada, llorando por su cara que no podía revestirse de la mía. Y yo quería darle lo que admiraba en mí y envidiaba: el rostro conmovido, tierno, la gracia, el duende, el ángel, arrancarlo de mí y adherirlo a su cara. Y yo sabía que quería lo que en mí admiraba y envidiaba para dárselo a otra, para asombrar a otra con una metamorfosis maravillosa. Yo lo sabía y estaba ansiosa por someterme a los trueques más dudosos. Oh cómo y cuánto me necesita para poder enamorar a esa otra que recibirá fragmentos de mi persona, ignorante de toda esta combinación de injertos, mutaciones y abandonos.

Dame la mano. ¿Qué mano? ¿Cuál mano? Milagros, ahora se le da por pedir milagros. Si continúa así acabará pidiendo un vaso de agua.

No sufría por su culpa sino por tener que sufrir por su culpa.

Y no lo sabe y no se cree responsable y no quiere saber que sabe que en mí se venga de lo que no es.

24 de diciembre. Agonía, estertores, vértigos.

26 de diciembre. Ayer me acosté con X. En *état second*. No recuerdo, estaba ebria, me puse ebria porque era la única posibilidad de acostarnos, de que X. perdiera miedo a mi supuesta brillantez, pero al mismo tiempo la ebriedad fue la ruina de esa única posibilidad. No obstante, he preferido los fragmentos inútiles y dolorosos a la ausencia. Desde ayer siento con una constancia sin límites que algo en mí se desgarra. *Pienso que si alguna elección es posible la mía debe ser ésta: si no me suicido ahora mismo tengo que emplear mis precarias fuerzas en cerrar esta herida, en no permitir que todo me dañe de manera tan clara, tan directa. Debo, de una vez por todas, renunciar a la búsqueda, en la realidad, de las correspondencias de mis deseos*.

Dans cette vie, on ne réalise
Jamais ce que l'on veut.

27 de diciembre. No, el orden no es la solución, la solución es una ilusión imbécil. Dejarse ir. Dejarse estar. Respirar sin insultarse.

Las aventuras *vividas* es otra mentira y no obstante la única verdad. El mal —o el error— es la necesidad de afecto (en mi caso, siempre en mi caso).

28 de diciembre. Esto de definir el mal, esto de definirse, esto de desesperar del lenguaje por culpa del maldito vicio de la definición. ¿Qué sé yo qué es el mal? ¿Me importa saberlo? No. Entonces, ¡cómo me lleno de posesiones inútiles! Amistades inútiles, lecturas inútiles, nociones inútiles… Por más que lea a los santos, por más que estilice mis pensamientos, mi sola preocupación es de naturaleza erótica, mi única necesidad es ir al último fondo de lo erótico. Y me reservo, me ahorro, soy mi propia alcancía. Aventuras sexuales aisladas. ¿Por qué? ¿Qué espero? Espero el milagro. Que los santos me concedan una buena frigidez. Pedirlo en honestas plegarias, hablar con sacerdotes.

1964

Miércoles, 1 de enero. Sueño: un camión lleno de máscaras, de caretas. La gente sentada encima.

M. L. y B.: terrible amor por sus rostros. Dos rostros dentro de mí. Amor, piedad y hasta orgullo por estos rostros dentro de mí.

Que algo comience a fluir. Río, catarata. Liberarse la garganta. De todas las maneras. Poesía, sexo, pintura. Pero quererlo de verdad. Algo llora cuando se piensa en un probable abandono de la prisión. Fácil decir *no, gracias*. Sobre la dificultad de amarse, de conocerse, sobre el darse vuelta la cara.

Amor por la dulzura. Morir con el epíteto de *duende*.

3 de enero. En el hospital St. Anne:

—Tengo dificultades con la *a* —dijo—, por ejemplo, no puedo decir *au revoir*.

—Pero si *au revoir* empieza con *o* —dijo la foniatra.

—*Ah bon!* —dijo—. *Alors, au revoir*.

Urgencia por escribir en prosa, no en una prosa extraordinaria sino en esa prosa simple y robusta tan inaccesible para mí que la sacralizo. ¿Y dentro de la prosa? ¿Qué pasa dentro de la prosa? No pasa nada. Por eso no puedo escribir en prosa.

Lo que no deseo es una prosa bella por esfuerzos de toda índole. En suma: el viejo sueño de mis cinco años: un lápiz que supiera sumar, restar y dividir, que conduciría mi mano pasiva.

Corregir el poema es abolir su energía. Mi primer libro de poemas automáticos. Luego, a partir del segundo, esteticismo que finalizará en el silencio, salvo que acepte los poemas veloces, «internos», venidos de lejos, sin tratar de detenerlos, sin matarlos después, sin cosificarlos. No tener para quien escribir desemboca en dos gestos poéticos: el poema-exorcismo, inteligible o no, o el asfixiante poema-cosa, resultado de mil correcciones. A mí sólo me podría ayudar la escritura veloz pues mi problema (o emblema) es la inmovilidad, es el muro, y no se abate un muro construyendo a su lado otro muro.

Miércoles, 8 de enero. La fatiga, las ganas de dar la razón a quien en mí me destruye. Me pregunto si B. no me admira tanto para vengarse de mí. Hace todo lo posible por hacerme hablar de mí y sostiene mi hablar de mí con elogios sobre mi persona que denotan demasiada estima y demasiada admiración. Luego, cuando me veo sola, me sube la repulsión por los elogios, por lo inútil de mi mucho hablar de mí con B. quien tal vez en ese momento se sonríe irónicamente por haber desencadenado mi desmesurado narcisismo. Exagero, claro está, pero a veces creo que B. me obliga a hablar tanto de mí para después poder felicitarse de su imposibilidad de hablar de él. Lo que no sabe —pues no tiene pruebas— es que si le hablo tanto de mí es a causa de lo terriblemente difícil que me es y lo hago porque me es difícil, porque lo amo,

más que nunca, sin esperanza, estérilmente, con una desdicha sin límites.

Pero no. Hablo de mí porque hasta ahora no encontré un tema más interesante.

13 de enero. Urgencia de B. por mi partida para sentir nostalgias de mí y hasta tal vez amor. ¿No siento yo lo mismo?

A BORDO DEL *LAENNEC*

21 de enero. Dolor de huesos al despertar después de una noche en que se soñó que se dormía junto a quien se ama.

2 de marzo[7]

La señora X. Su cara vencida la acecha a pocos pasos de su cara animada. En cuanto desaparece un fondo de música brasileña se le apaga la cara. Pero cuando habla del sexo es como si volviera a escuchar esa música. Emoción exagerada por las aventuras de S., ojeras y fatiga como si hubiese sido ella quien bebió y fornicó toda la noche.

Amor y odio. Estoy obligada a representar la nobleza, la seguridad. El rostro de M. L. me sostiene.

Anoche vi *Tintin et la Toison d'Or*. Me reí al descubrir que yo estaba tratando de apropiarme de los métodos de Tintin para destruir el mal en todas sus formas. Sí, me obligo a mantenerme lúcida en honor de M. L. Lúcida y serena para llegar a Buenos Aires y escribirle a M. L. de mis proezas de serenidad y autodominio. Lúcida y serena, también, para ayudar a R., a quien odio y quiero al mismo tiempo, pues por su culpa no leo ni escribo sino que hablo y consuelo y miento consolando pues su cara cuando está preocupada me da en la garganta o en no sé donde pero en un lugar que me obliga a proveerme de la máxima serenidad y de todas mis fuerzas.

La dama de cabellos rojos y anteojos verdes, sumamente aristocrática y que sonríe como mi tía G. No habla con nadie salvo, a veces, conmigo.

RÍO DE JANEIRO

Encuentro con M. Intelectualización máxima aliada a un fuerte deseo de irracionalizarnos totalmente. La voz íntima, la más lejana pide un arreglo de los sentidos.

*

BUENOS AIRES

15 de febrero. He venido a ver a mis padres. Los he visto. ¿Y ahora? No encuentro proporción entre este encuentro y el lejano acontecimiento biológico que lo propicia. No comprendo esto de tener una madre y un padre. No comprendo, sólo me asombro. Este reencuentro después de años de ausencia… ¿Por qué estoy aquí? Me compran cosas, me sonríen, en nombre de un viejo incidente biológico.

MIRAMAR

23 de febrero. Urgencia por decirlo todo mediante una sola palabra. No sé qué quiero pero sé que salto, que salteo, hay un abismo entre dos orillas, lo importante es el abismo pero el salto ciego es mi cobardía como lo es la orilla y mi impaciencia por alcanzarla.

Ninguna confianza en el azar. Mejor dicho, seguridad de que me es hostil. Por lo tanto: perpetua tensión para prepararse a vencerlo por si ataca, lo cual tampoco es seguro.

Cuando la sed es un pozo ciego, cuando el cuerpo traiciona, cuando se piensa como un miserable busto de yeso en una sala de conferencias, cuando el cuerpo es de palo pero palo pensante, dueño de pensamientos muy distintos de los que vibran en la maldita cabeza de yeso.

APÉNDICE III

Les tiroirs de l’hiver[8]

(1960-1962)

Vi una vieja mendiga durmiendo en el suelo abrazada a una muñeca. (Yo no la vi. Mis ojos la vieron). Por qué esta mujer en el suelo frío, por qué duerme y hace la noche en ella y por qué necesita en su gran oscuridad abrazar a una mueca enorme, nueva, bella, y por qué no duerme sin abrazarse a nada, así como vino a este mundo y por qué la gente necesita abrazarse a algo y en particular esta vieja a una muñeca. Las muñecas no necesitan abrazar viejas para dormir

1963

*

—Lo que es yo —dijo—, yo vivo, yo existo.
—Eso no es ningún mérito —dije—. Es, más bien, un defecto de nacimiento.

*

Oímos el estruendo de los monstruos arrojándose en la cama, la voz de Jean sonaba como una trompeta iracunda, la cama se movía recordando un ejército de caballos por una escalera de mármol.

*

Exposición de juguetes antiguos en el «Musée Pédagogique». Vi una sala en miniatura con un diván, sillas, una cama con una muñeca adentro, un gran espejo, un cuadro y una chimenea que parecía prendida. Estuve mirándola hasta que me sentí muy pequeña y muy triste y finalmente desilusionada de ese cuarto tan hermoso preparado para las visitas que sin embargo no vienen.

*

Una de las propiedades de Ann es su bisexualidad. A veces es mujer hasta la cintura y después hombre o viceversa. Le gusta violar muchachitas vestida de joven príncipe.

Su fascinación es su mirada. Es absolutamente libre y desdeña a todo el mundo.

*

Anoche leí algunas páginas del libro de Jung sobre los platos voladores y encontré una frase que me desesperó: «sus cuerpos no son como las estrellas». Claro que Jung se refiere a los platos voladores.

Cuando apagué la luz alguien dejó caer en mi memoria la selección perfecta de mis peores recuerdos. Pero no fue así. Ahora lo cuento con cierta serenidad desolada pero allá en la noche sentía vértigos y náuseas y además hablé —estoy segura de que hablaba— de mi inocencia. Pero no fue así. Había una rueda en llamas, había colores exasperantes, había un rostro una vez más, habían tantas cosas que me llamaban y me expulsaban… (Cuenta, cuéntalo con palabras de este mundo…)

También tuve sueños sexuales esta noche: terribles violaciones que me gustaban enormemente. Y en el baile de máscaras me habían vestido de trovador y G. me tocaba el sexo.

*

FRAGMENTOS DE UN DIARIO

31 de octubre. Sed sin desenlace. Separada del acto de beber, de saciar. Deseo puro. Ángel bebedor. Sed de todo, de todos.

1 de noviembre. Falta mi vida, falto a mi vida, me fui con ese rostro que no encuentro, que no recuerdo.

24 de noviembre. Ampararme en la imagen de mí disparada por mis ojos mudos. La pieza se cerró y la luz se amaba en la soledad. Todas las cosas estaban de parte mía. Tensión insoportable de los colores y las formas.

La luz se abrió como una herida. El cuerpo sin cabeza entró apartando con un gesto brusco la cortina inexistente. Me hundí en la cama y el cuerpo me siguió. Las cosas hicieron un seco ruido como un músculo al distenderse. Me metí en lo oscuro del abrazo y no vi más que sus labios.

11 de diciembre. Soñé: un bosque, me adelanto hacia mi enemigo que está apoyado contra un árbol y sonríe. Aterrorizada me doy vuelta y me encuentro con el mismo árbol y el mismo hombre. Todo se desdobló: el sol, el árbol, el hombre. Todos excepto yo que no sé si ir adelante o retroceder.

Al despertar pensé en Nerval y me dije: ¿Por qué no haré también yo un esfuerzo por aclarar lo que me obsesiona? Y decidí anotar todo lo que se refiere a mi sentimiento de orfandad.

15 de diciembre. No sé cuándo empecé a buscar a esa persona. No sé quién es esa persona. No la conozco. Es raro cómo y cuánto la busqué. Soy dos ojos, me decía (me dije, me digo). Yo ya no soy yo, yo soy mis ojos. Busquen. Entre las hojas muertas, en los árboles filosos, en el sí y en el no, en el revés y el derecho, en un vaso de agua y en mi sed de siempre. Buscaba entre las multitudes. Ello no quiere decir que miraba todos los rostros. Procedía por eliminación. Yo sabía el color de sus cabellos, la forma de su cabeza, y con una mirada veloz volaba por sobre todas hasta convencerme de que la buscada faltaba. He mirado. He visto. Y no encontré a esa persona que me dirige desde su cueva de invisibilidades.

18 de diciembre. Noche crucial, noche en su noche. Mi noche. Mi importancia. Mi misma. La asfixiada ama la ausencia del aire. Memorias de una náufraga. Sueños de una náufraga. Qué puede soñar una náufraga sino que acaricia las arenas de la orilla.

21 de diciembre. Anoche tomé agua hasta las tres de la mañana. Estaba un poco ebria y lloraba. Me pedía agua a mí como si yo fuera mi madre. Me daba de beber con asco.

23 de diciembre. El bosque estaba oscuro; por eso las hojas suspendidas de las ramas amenazaban con un color negro, no verde. «Es mentira todo, pensé, hasta lo que me decían del color de las hojas». Tenía tanto miedo que no sabía si avanzaba o retrocedía.

24 de diciembre. Desperté viéndome como un cuerpo sin piel, una llagada.

25 de diciembre. Aún el sueño de anoche, aún la visión de G. iluminado como un

santo, erigido en mi confusión como el dios de la lluvia en el cerebro de un salvaje. Más que nunca sé que G. no corresponde a esta imagen que me delira. Y más que nunca quiero llamarlo, a lo verdadero. («Comme un fou, je vis penché sur un visage que j'adore secrètement et dans lequel je planterais volontiers un couteau. Ces imaginations me tuent.», Cendrars.)

31 de diciembre. Cuando entré en mi cuarto tuve miedo porque la luz ya estaba prendida y mi mano seguía insistiendo hasta que dije: Ya está prendida. Me saqué los pantalones y subí a una silla para mirar cómo soy con el suéter y el slip; vi mi cuerpo adolescente; después bajé de la silla y me acerqué nuevamente al espejo: Tengo miedo, dije. Revisé mis rasgos y me aburrí. Tenía hambre y ganas de romper algo. Me dirigí a la mesa y quise escribir un poema pero temí aumentar el desorden de los libros y papeles. Me mordía los labios y no sabía qué hacer con las manos.

1961

2 de enero. Aquella mañana tuve miedo. No. No fue aquella mañana. Es esta mañana. Es ahora. Me repito que aquella mañana tuve miedo. No es verdad, no fue en la parte menos visible del verbo, es ahora, me despierto, tengo miedo. Me he mirado las piernas y he subido lentamente mis ojos por mi cuerpo con un cuidadoso pensamiento asesino. Éste es mi cuerpo, dije. Me desperté y he visto. Manos en mi garganta. Qué idiota soy.

3 de enero. Escríbame, dijo, escríbame de usted. Escríbele hasta que te enredes en los hilos del lenguaje y caigas herida de muerte.

5 de enero. El horror de habitarme, de ser —qué extraño— mi huésped, mi pasajera, mi lugar de exilio.

7 de enero. Todo lo que le dije lo arrojaba por inservible. Mi amor en harapos volaba como un paquete absurdo y nauseabundo.

8 de enero. En la rue Guy-Lussac un automóvil viejo lleno de cajas de cartón. Sentado entre ellas un anciano de pelo blanco, abrigo y sombrero negros, rostro

hermoso y tristísimo. Me dije que nadie si no yo sabe que este hombre está solo dentro de un auto muy viejo en una calle desierta. Pero de pronto me dije. ¿Y si este hombre no existe, si no existiera? Me acerqué y en efecto no había nadie.

Estoy muriendo como «El niño que enloqueció de amor».

9 de enero. Odio mi cara, pues la miro a través de *sus* ojos. Esta cara no supo fascinarlo.

Amo. ¿Qué se hace en este mundo cuando se ama así?

13 de enero. Soñé con estos versos:

> *ô saisons, ô châteaux*
> *quel âme est sans défaut*

14 de enero. De nuevo soñé con Rimbaud.

> *Par litterature,*
> *j'ai perdu ma vie.*

15 de abril. La vida perdida para la literatura por culpa de la literatura. Por hacer de mí un personaje literario en la vida real fracaso en mi intento de hacer literatura con mi vida real pues ésta no existe: es literatura.

14 de enero. Como si debiera sufrir por él. En verdad no quiero verlo ni me importa. Pero es como si debiera sufrir por él, como si lo terrible fuera quedar sin rostros concretos y reales y que mi nostalgia se limite a un sonido, a un perfume.

16 de enero. Anoche me sentí tan lejos de G., tan conciente de su irrealidad, que decidí escribir un relato sobre mi amor inexistente. Hoy despierto con la dulzura de su rostro frágil en mi memoria, hoy está tan bello en mi memoria que no acierto a comprender su dureza, su comportamiento sórdido. Hoy lo «veo» tan gravemente atento, tan maravilloso, que la esperanza renace de una manera más perfecta. ¿Quién escribirá sobre el amor? No yo. Yo amo.

17 de enero. Historia de una confabulación de sombras para expulsar de la noche a la pequeña sonámbula.

19 de enero. La rápida, la brusca transformación de cualquier situación mía en un infierno con los que me rodean, en una tragedia con los demás, es algo tan viejo, tan repetido, tan de siempre, que he dejado de asombrarme y me río.

Un monstruo me persigue. Yo huyo. Pero es él quien tiene miedo, es él quien me persigue para pedirme ayuda.

28 de enero. Probarse vidas ajenas como vestidos heredados. Haciéndolo para no ver la propia desnudez.

2 de febrero. Nunca pensé en mis circunstancias personales: familia, estudios, relaciones, amigos. Me limité a sufrirlos como a testimonios opuestos al clima de magia y ensueño de mi memoria.

Como si aceptarme con mis circunstancias personales llevara implícito un renunciamiento a algo fabuloso. Es el viejo problema. De todos modos yo no existo.

3 de febrero. Sentimiento de lo provisorio. Escribo rápidamente y miro el reloj. Temo no tener tiempo. ¿Cuánto viviré aún? Leo con urgencia, miro y es vertiginoso. Corro. Adónde corro. Hay alguien presto a asesinarme.

27 de febrero. El ser se aduerme, cae en el deslumbramiento de sí.

Me enfermé del corazón. «Es usted cardíaca», dijo. Por fin bautizaron mi vacío, mi silencio, mi ademán de idiota enamorada del aire.

Todo lo que digo y hago es para afirmar una continuidad de mi ser, la existencia de un lenguaje y un pensamiento propios. Pero yo habito el miedo, yo estoy suspendida del silencio. El remordimiento horrible de no haber hecho algo por comprenderlo. Obligación formulada por una voz lejana.

6 de marzo. Soñé que cantaba. Cantaba como quien encuentra su voz en la noche. Cuando desperté canté varias horas. Por oír mi voz danzando —mi voz replegada en mí como la cuerda de un suicida, tanto tiempo mi voz yacía en un nido de hilos

rígidos, guardada en mi garganta en su imposibilidad de comunión—. Entonces canté muchas canciones. Hubo como pruebas de mi voz, como los primeros pasos de la que decide bailar, la paralítica despidiéndose de su inercia.

8 de marzo. Si pudiera tomar nota de mí todos los días sería una manera de no perderme, de enlazarme, porque es indudable que me huyo, no me escucho…

El más grande misterio de mi vida es éste: ¿por qué no me suicido? En vano alegar mi pereza, mi miedo, mi distracción. Tal vez por eso siento, cada noche, que me he olvidado de algo.

16 de marzo. Ese estarse debajo como mirando por la alcantarilla, silenciosa, sucia, agotada, cumpliendo mi castigo.

18 de marzo. Más miedo que antes. Antes me disculpaba mi cara de niña. Ahora, súbitamente, me tratan como a una grande. Ya no me exceptúan por mi edad breve. Ya no es tan breve. Ya no me ampara mi cara de niña. Voy a una reunión y me sirven la misma porción, el mismo gesto de indiferencia. Lo descubrí ayer. Dije chistes obscenos, como de costumbre, y varias cosas crueles, como de costumbre, pero nadie me sonrió con ternura, como pasaba antes, cuando asombraba por mi rostro de niña precoz y procaz.

25 de marzo. Nada ni nadie se atreve a moverse, a girar, a rodar. Nunca se pone en marcha. Nunca abre la boca si no es para morder en silencio.

Estar bien es ser al modo de una estatua. Sufrir es ser un color blanco corriendo hacia una catarata ardiente. O como en una película muda el tigre devorando lentamente a la muchacha. Mi asombro ante mis poemas es enorme. Como un niño que descubre que tiene una colección de sellos postales que no reunió. Cómo es posible que el silencio fructifique de esta manera, cómo es posible que con mi terquedad campesina lo labre tan bien. No sólo doy imágenes sino hasta reflexiones: me quejo, discuto, purifico, enciendo, corrompo, y todo ello con palabras que no son mías, y ni siquiera tengo demasiadas faltas gramaticales; todo sucede como si realmente fuera así, como si yo pensara, yo sintiese, yo viviera. Y no soy más que una silenciosa, una huérfana sordomuda, hija de algo que se arrodilla y de alguien que cae.

27 de marzo. Hoy, en lo más hondo de mi borrachera, cuando me acosté al alba,

pensé en G. y supe que lo amaba. No a un rostro inventado sino a él con su rostro, el suyo real. Y me asombré de que no se hubiera producido un encuentro maravilloso entre él y yo porque es la primera vez que amo un rostro tan como es. Pero yo sé bien que sólo me salvaría si G. me amara. Si el perseguidor fuera él, el que ama, el que desea. Porque yo, desde hace muy poco tiempo, me resisto a llamar a puertas extrañas y donar mi amor, darlo para que lo arrojen por inservible. Algo oscuro en mí ha adquirido un orgullo sin desenlace y nunca más podré llamar y comenzar a rogar. Que me amen y me persigan, yo no haré nada para concretar mis deseos. No obstante, ayer, mientras bebía, sentí como una mano helada en el cerebro y una voz que decía: «Qué vieja la necesidad de amar. Qué imposibilidad de una mano amiga. Qué deseo rotundo y aniñado de no dormir sola esta noche. Qué deseo absurdo y absoluto de que G. me llame al alba y confiese que me ama». Esto es locura. Pero tendría que suceder, tendría que suceder este milagro. No sólo por mí sino por todos.

28 de marzo. He soñado que le decía a G. que en cuanto vea a una persona puedo adivinar de qué manera morirá. «Por ejemplo tú te vas a suicidar», le decía. Pero tal vez se trata de mí, sólo de mí. Anoche lo encontré por la calle y como siempre me dejó pidiendo.

29 de marzo. Mi corazón disuelto en pequeños soles negros naufraga hacia donde no hay olvido. No hay olvido y el esfuerzo de ser, el esfuerzo de vestirse de sí misma cada día y remontarse como a una ciénaga, arrancarse como a un duro cadáver, bolsa de chillidos y maldiciones. La vía alcohólica del cielo percute en mi memoria iluminada como una galería de espanto en la que alguien busca con ardor. Viviera en algo más pequeño, no llamado, no designado, cuya única característica fuera su silencio lujurioso.

13 de abril. La sensación inigualada de estar de más, de estar de sobra en mí, no me necesito para vivir, no me pertenezco, no sé qué hago en mí, para qué me sirvo.

20 de abril. Hoy, aún en duermevela, corrí al espejo murmurando: «El sueño es una segunda vida». Después retrocedí, el espejo me daba miedo, mis ojos alucinados, y me corrí de mí, desnuda, tropezando con las valijas, las ropas, los libros, los papeles (y en los papeles poemas, y en los poemas este miedo, esta concentración inigualada en un dolor viejo, indiscernible de mí).

22 de abril. En lo alto de la mañana los ojos se deslumbran en su color, se desnudan de su luz, se sumergen en su condición de sobrevivientes.

2 de mayo. Hubiera preferido cantar blues en cualquier pequeño sitio lleno de humo en vez de pasarme las noches de mi vida escarbando en el lenguaje como una loca.

APÉNDICE IV

1961-1962[9]

4 de enero. La palabra deseada, la que se hará dulcemente entrar en el viento. Y yo, filóloga inerte, miro izarse a la deseada, virgen innombrablemente mágica en mi cerebro primitivo. Tal vez quise decir «no», tal vez quise decir «sí», tal vez dije «no» porque el «sí» se acopló al viento. (Si el *no* amanece *sí*, *tant pis pour moi*.)

Y he sufrido con las palabras de hierro, con las palabras de madera, con las palabras de una materia excepcionalmente dura e imposible. Con mis ojos lúbricos he pulsado las distancias para que mi boca y las palabras se unieran furiosamente.

*

20 de mayo. Una loca gritaba en el jardín del hospicio Sainte-Anne. Dos hombres la arrastraron hacia un pabellón gris.

Por la tarde, desde el ómnibus, vi los últimos reflejos del sol en el Sena. Los paseantes parecían figuritas recortadas. Me acordé de un cuadro de Rousseau, el de la niña idiota. Y he sabido que mi esfuerzo atroz por vivir como una adulta, ganarme la vida, pensar, amar, es una imposibilidad de imposibilidades. Las figuritas inofensivas en la lejanía me eran detestables con sus ojos vacíos y sus caras viciosas. *Es preferible gritar en el jardín*, dije.

*

Capri, septiembre de 1961. Tuve miedo y me fui y nunca más creer en el juego de las miradas, nunca más creer en las promesas de los ojos, nunca más creer posible la invención de algo a modo de amor.

*

No quise ir a Pompeya. En vez de una ciudad fantasma preferí los amores fantasmas. Regreso al lugar de la espera. La turbia sensación de estar de más

a la espera.

La horrible visión de la puerta cerrada; algo más denso, sin embargo, que cualquier cosa parecida a la espera

y no obstante eso,

nada más que eso:

la turbia sensación de estar de más en el lugar en que todos esperan.

*

La preparación a la muerte como un estado superior a la espera de ella. La espera metafísica en modo alguno aliada al suplicio triste de esperar al fantasma del amor.

*

Pacto con la vida: no me hieras. ¿Cuál vida? Historia de mi vida tal como se vive sin que yo me dé cuenta.

*

No es lo mismo estar en silencio que no decir nada. Escribir sin dejar de decir nada. «Danos la nada de cada día.»

*

La espera del amor, el amor a la espera. Cuando venga con sus ojos de niebla. La noche me transforma en la esperadora del amor.

*

9 de octubre. En verdad, no hay de qué hablar. Yo hablo como un nene cepillándose los dientes: sin convicción. Puedo hablar de todo con todos. Puedo hablar de nada con nadie.

Cuando oigo a mis amigos decir «la vida es hermosa» me sucede un gusto a velorio en el diafragma.

*

5 de diciembre. Escribir sobre los *habitués* del *restaurant de santé* GuenMaï. Sobre esa vieja que seguramente adoptó el *régime* Oshawa para dejar de serlo. Y la verdad es que ahora parece viejo. Y sobre la mujer que vino hoy, la que comía leyendo el libro del profesor Oshawa y que sacó de su cartera un cuchillo, un tenedor, un vaso y una servilleta y movía las manos enloquecidas para espantar el humo de mi cigarrillo.

*

7 de diciembre. Otra mañana perdida en dar tributo a la infancia que no tuve. Obligarme a amar sombras como si al no haber sombras se cortara inexplicablemente mi leve conexión con la susodicha realidad.

Propiedad tan mía de anonadar esto que miro y esto que leo y esto que todo: lo viviente se atemoriza ante mi mirada de sonámbula y se vuelve inerte, rígido.

Mi pequeño cuarto poseído por la perdición. Todo lo que se cae al suelo desaparece: el paquete de cigarrillos, los zapatos, los poemas, la ropa, como si yo viviera sobre una gran boca que se abre cuando me descuido.

*

2 de enero. Vi una vieja mendiga durmiendo en el suelo abrazada a una muñeca. (Yo no la vi. Mis ojos la vieron.) Por qué esta mujer en el suelo frío, por qué duerme y hace la noche en ella y por qué necesita en su gran oscuridad abrazar a una mueca enorme, nueva, bella, y por qué no duerme sin abrazarse a nada, así como vino a este mundo y por qué la gente necesita abrazarse a algo y en particular esta vieja a una muñeca. Las muñecas no necesitan abrazar viejas para dormir.

*

EN LA CALLE

Estación vieja, enferma. De ella salen los trenes. De sus vientres salen como el viento, con feroces sonidos y preparativos. La Gare St. Lazare, que le dicen, rodeada de *self-services* y *crêperies* (panquequerías, en castizo). Luego hay árboles. No sé si los hay, creo que debe de haberlos. Pero he aquí que yo camino, poeta poetizante en medio de luces verdes y rojas. Miedo. Miedo de esta calle de la Pepinière. Y no obstante ayer vi algo: en el último piso de un edificio de oficinas había la ventana de una mansarda y yo me dije: es el dios de la lluvia, o el dios de los paraguas, o el de las flores que enloquecen como Ofelia porque el viento triste no las acaricia. Pero era un toldo contra el sol, contra el viento, contra no sé qué cosa pero contra algo. Pero qué importa el toldo si yo me voy a morir, si tengo miedo. Hay gente. Pasan cuerpos. Si pudiera verlos como los veo, es que no puedo explicar cómo los veo, no puedo decirlo con palabras que expliquen. Un fuego, pies, paraguas, libros, bombonerías, alimentos para perros, todo gira, todo gira como en la noche cuando hace frío en mi

cuartito de un quinto piso de Saint-Michel, y yo me cubro, yo me envuelvo, me mezo en mi nostalgia preferida, me abrazo a la almohada y lloro, me avergüenzo de mi edad (la de mis papeles) y no comprendo por qué, tan de repente, ya no soy una niña. Pregúntalo, anda, demándalo, quéjate, protesta. Y después voy a tomar café al Ruc, un lugar burgués, dicen, pero en verdad lleno de viejas que se traen un sobrecito con café en polvo y sólo piden agua caliente para disolverlo y pan con manteca. Hay una tan gorda que cuando come es como si trabajara, quiero decir es como una dactilógrafa en su máquina, o un cartero con su saco de cartas, cuando devora es ella, hace su función en este mundo, se llena el cuerpo lentamente, y suspira como si ya estuviera muy cansada de este trabajo monótono y burocrático. Vi una vieja mendiga durmiendo en el suelo abrazada a una muñeca. Yo no la vi. Mis ojos la vieron. Y tuve miedo porque me dije por qué tantos pies y paraguas y perros y árboles y esta mujer en el suelo frío y por qué duerme y hace la noche en ella y por qué necesita —en su gran oscuridad— abrazar una muñeca enorme, nueva, bella, y por qué la gente necesita abrazarse a algo, y en particular esta vieja a una muñeca.

*

25 de mayo. He soñado que volvía a Buenos Aires, que quería volver, pero al llegar a Montevideo regresaba, arrepentida. Descubro que no existe adónde ir y que la disyuntiva París-Buenos Aires no existe. Yo me impongo problemas, yo me acuso de actuar sin lucidez, cuando en verdad ningún problema me alcanza, ninguna acción es cometida con mi consentimiento debido a que soy una enemiga de la acción, y todo lo que hago por mí es absurdo: yo no me agradezco lo que me regalo, yo estoy muy lejos, del otro lado, y en verdad nada me importa sino este miedo de no comprenderlo.

*

26 de mayo. Como los alaridos de un niño muy pequeño que no quiere, no quiere pero lo obligan, pero él grita y tensiona su cuerpo, lo rigidiza, porque no quiere, no quiere con nada, no quiere con todo, con su pequeño cuerpo que se niega, con su feroz angustia que está ahí para ayudarlo a gritar.

Así hoy, por la av. de l’Opéra, sentí de súbito que no quería y casi me tiro al suelo y me convulsiono para decirlo, para decírselo a todo el mundo. No quería con una furia sin paralelo. Por eso no me distendí, no traté de mejorar mi respiración, apenas me llegaba el aire pero me negaba. De una vez por todas, pensé, has de ser fiel a tu desgracia. De una vez por todas cesarás de traicionarte. Y no acepté ningún signo de huida sino que perseguía el ritmo de mi angustia, mi mejor huida. Pero sentía que vivía, que existía, lo sentía de una manera agobiante, como despertar en medio de una

orgía después de un sueño de tres semanas. No obstante, en medio de mi terror estaba el pequeño miedo a perder la intensidad de mi sufrimiento. Si mi angustia me deja, pensé, estoy perdida. Y me ponía tensa, me contraía, para que no me abandonara mi angustia. Puesto que me dejaron con ella que ella no se vaya. Que al menos se quede ella. Pero inconscientemente dejaba pasar el aire, los rostros ajenos me atraían y me descubrí haciendo conjeturas sobre la vida de algunos paseantes. Y de pronto respiré normalmente. Entonces supe que el abandono, esta vez, era definitivo. «Et c'est encore la vie.»

*

25 de abril. Tristeza de los libros eróticos y tristeza del erotismo. (Una vez terminado el acto de amor hay una tristeza de deseos apagados, un desorden mudo, un arrepentimiento absurdo.) Sade me hace morir de tristeza, Restif de la Bretonne me aburre, Casanova —el más lejano, casi irreal— no me resulta erótico, y los italianos, Aretino, Baffo, Nicolas Chorier, me divierten y me angustian. Ayer leí les *Mémoires d'une chanteuse allemande*.

Pero digamos que la obscenidad, todo lo que es erotismo de una manera rara y distinta, me halla disponible. Odio las posturas «naturales», las palabras tiernas y ya conocidas. Pero ¿qué es distinto, qué es raro? ¿Las posturas del *Kama-Sutra*? ¿Las del *Jardin parfumé*? No sé. Pero sin una vida sexual extraña y peligrosa no puedo vivir pero tampoco puedo incorporar el escándalo a mis deseos de trabajar, de aprender, de estudiar. Imposible ninguna orgía si me levanto a las 8 para ir a la oficina. Si es orgía tiene que abolir el tiempo y si el tiempo está abolido no tengo por qué levantarme temprano para ir a trabajar. Quiero decir, hay dos maneras de vida que me seducen igualmente y que en mí son incompatibles.

E. se está enamorando de mí: por eso me atrae menos. Uno de estos días le diré que no nos veremos más porque yo no puedo amarle, ya no puedo amar a nadie, yo estoy muy lejos, muy enferma.

*

15 de mayo. «Me creo en el infierno, luego estoy en él.» Pero no es el infierno. Es algo tan poco simbólico y evidente como un cuchillo hundido en la garganta. Dentro se quema, se rompe, dices que me voy a desvanecer pero no es así, no es así, es sólo un súbito no poder hablar, un buscar a qué asirte porque algo, de pronto, no te deja. Qué cosa no te deja. Qué quisieras hacer que eso no te deja. Quisiera hablar, quisiera escribir, quisiera contarlo de manera que no se preste a confusiones. Miseria viva de la que ronda en el espejo. Los que mueren de hambre me hacen morir de risa. Sería

tan fácil decir tengo hambre, exigir el derecho a una continuidad de mis vísceras, tan fácil robar, asesinar, ganar derechos, leyes, aperturas a algo que tú sabes dónde está. Pero lo imposible es estarse en cualquier lado, en un café, mientras realizas una inofensiva visita, porque súbitamente un ruido a cosas de lata girando, a cintas de lata, a algo sumamente oxidado que rueda lentamente por tu pecho (pero en la parte interior, en la parte interior siempre). Todo sucede entre la cintura y la garganta (en lo interior, siempre en lo interior) y yo tiemblo, yo no hablo, yo tiempo, yo espacio, yo busco adonde asirme para no caer pero yo no caigo, estoy clavada en mi asiento mientras dentro trepida, me lleva para donde quiere, dolores giratorios que no son dolores, veo doble, veo triple, no veo nada, no puedo levantar los ojos, vértigos, mareos, pero lúcida no obstante, sabiendo que no hay nada, no hay nadie a quien asirse. Algo te quiere morir y dejarte viva, algo te aleja de cualquier gesto conocido, de cualquier recuerdo familiar. Tu sentimiento de abandono quisieras gritarlo aunque fuere en el parque entre las hojas muertas y la turbia soledad verde. Miseria misteriosa. Quisiera verlos a todos viéndome a mí, súbitamente poseída por una rueda dentada y oxidada que gira lentamente en lo interno del pecho, ¿o es en la memoria?, ¿o es en el cerebro? Si fuera una enfermedad horrible, algo con nombre y final. Pero esto no terminará nunca. Algo te obsesiona, te siniestra, te remite a una zona espantosa en la que sólo hay miedo y miedo y miedo.

*

4 de marzo. No llores con tus ojos grises porque tus ojos no se parecen a las estrellas.

El humo, el gris, la niebla: ¿con qué escribir el poema sin estos brazos rígidos, sin estos huesos torcidos de abrazar sombras? Me veo despertar, me veo ver que no está, me veo por el ojo de la cerradura: mi atroz imaginación, no entiendo.

*

28 de febrero. La puerta se cerró detrás suyo. Nunca supo si fue ella quien la cerró o la persona detrás de la puerta cerrada. «La persona detrás de la puerta cerrada.» Cada frase se hace símbolo. Cada puerta cerrada es el monumento de una imposibilidad.

Bajó las escaleras admirándose: ¿Quién más en este mundo baja las escaleras después de que la puerta se cerró?

A veces los rostros ajenos son puertas. Una puerta entreabierta es una sonrisa fatigada que te expresa que te tiene cierta simpatía pero que preferiría que te fueras.

Que se vayan a la mierda no es un simple decir. Pero tampoco es suficiente. Esas sonrisas a medias te hienden en dos partes perfectamente doloridas.

Para demostrar a algo o a alguien que eres una muchacha que no cruje ni se rompe cuando la dan vuelta, bajas las escaleras soñando con la bañadera llena de sangre.

Para sufrir me basta conmigo, dices. Y no es un simple decir sino un llorar a solas detrás de la puerta cerrada.

*

19 de febrero. Condenada al orgullo mental, a viajar entre los fantasmas de Kierkegaard y de Kafka, a causa de que me dijeron *no* cuando yo pedía, hace milenios de esto pero no lo olvido. Me habían prometido dejarme vivir y he aquí que agonizo a causa de un rostro entrevisto en Capri. Me encuentro entonces, tomando infusiones, tratando de no beber alcohol ni de fumar, cuando adentro se debate el suicidio, adentro razonan locas, adentro arrasan con todo y me abren las puertas y me dejan al viento. Nadie se asombra porque hay sólo sombras. Pero debo escribir, debo permanecer sana, lúcida y escribir… hasta que el rostro soñado venga a mí atraído como una bestia finísima por el perfume de mis ojos verdes presentido en algún lugar de mis poemas.

*

26 de enero. Hoy, cuando el autobús en que viajaba se detuvo, vi por la ventanilla un hombre joven que me miraba con lascivia e interés intelectual. Me angustió y lo miré colérica pero lo miré de nuevo y allí estaba mirándome. Cuando el autobús se puso en marcha asistí asombrada a la apertura de mi rostro que le sonreía hermosamente. Pero cuando no lo vi más me subió el llanto y me dije: «Otro paraíso perdido».

*

10 de enero. Almorcé con T. Una pura, una absoluta. Discusión interminable sobre la otredad y la unidad. Yo, naturalmente, fanática de la otra que soy. Por lo que me decía deduje que estuvo hablando de mí con Z., ambos censurando mi reiterada frase: «Yo, que tanto cambié en París». Me gustaría que pudieran sentir, un solo día, lo que yo toda mi vida: morir de incoherencia, de deseos irreconciliables, asistir maniatados y amordazados al caleidoscopio infame que forman las más horribles escenas de

infancia sucedidas en una ruptura total con lo inteligible y lo esperado.

Le bleu du ciel, de G. Bataille. Todo libro importante parte de las obsesiones de su autor. Así yo, si no muero muy pronto, escribiré la historia del «rostro que tengo en las entrañas dibujado». Tal vez mi vida es sólo un penoso prepararse a escribir esta historia.

El adorado yo, la infancia cercana, los sueños de gloria, la vanidad.

*

18 de abril. De pronto no es ni siquiera el día —el sol tan veloz, el sol rompiendo la dulce mañana hecha de niebla y de ausencia— ni la noche, sino el alma, el tenue lugar del alma descubierto en el sexo a causa de algo o de alguien entrevisto un instante, alguien indeterminado, indefinido, que tú viste durante un segundo o menos aún, para encontrarte luego sin ti. Pero esto es confuso. Quiero decir: voy por la calle mirando el sol recién nacido y las pequeñas nubes sobre el reloj de Saint-Germain-des-Prés y doblo, el cuerpo dobla una esquina (nada más simple) y de pronto lo que en ti siempre estuvo a la espera, lo que siempre fue en ti espera, se justifica, se corrobora, por obra y gracia de un rostro apenas visto, que no acertarías a describir, y sigues caminando con algo que empieza a romperse: algo se desgarró en ti y quisieras estar en tu habitación y llorar o al menos tratar valientemente de hacerlo. Luego el miedo se va y sólo queda el sexo como morada del sentimiento trágico de la vida: en él se cumple un rito de criaturas ávidas que esperan a alguien que no vendrá porque no existe. Mientras tanto, mientras no viene, bebo alcohol, abrazo, me abrazan, mis amigos no son mis amigos, son sexos, los que me rodean son sexos, todo es sexo, y yo voy abierta y ultrajada, a la espera, y aunque me acueste con todos no es eso lo que mi sexo espera, lo que mi sexo espera es una orgía absoluta de gritos gritados por alguien que grita con todo, grito desde lejos y desde cerca, alguien grita tanto que todo se obstruye bruscamente.

*

7 de mayo. Lo posterior a la risa, lo que queda después de haberme reído es exactamente lo que queda después de haber hecho el amor toda la noche: un gusto a muerte, un desierto de cenizas. Creo que si de algo estoy dotada es de un extraño poder de metamorfosear en materia risible todo lo que miro y toco. A veces lo ejerzo con mis amigos, a veces con gente que vengo de conocer. Me interesa en especial esta última. Que te presenten un rostro grave, alguien que se toma muy en serio, se retoma y recrea con enorme respeto, y de pronto decirle algo enormemente divertido con una voz infantil, falsamente ingenua, y ver su rostro abrirse, agitarse, bailar delante de ti

que lo miras como la domadora con el látigo. En verdad, mi sentido del humor proviene de mi odio a la llamada «realidad». Por eso, deformar las cosas, las palabras, los rostros, me fascina y lo hago como quien sale a la calle con un revólver: «Entonces mataré a todo el mundo y me iré».

*

9 de mayo. Días en que me ofrezco en holocausto a una mirada invisible. Me sucede entonces andar por las calles y rejuntar amigos y viejos conocidos. Como las ratas detrás del famoso flautista, mi sonrisa extraña saca de su cuarto a cuanto poeta y pintor he conocido desde que llegué a París. Y me veo caminando ebria, dirigiendo a los que he convocado e invocado, y avanzo como si hiciera el amor. Sin duda bebo mucho en esos días, hablo mucho, bailo, canto, cuento, beso, toco, me dejo, me la dejo, me dejo por todas partes, estoy receptiva, disponible, abierta como una herida, aceptando todo lo que venga (dedos, sal, semen, alcohol) hacia la gran devoradora que no examina, no discierne, no identifica.

*

28 de mayo. He visto en una zanja un dibujo infantil firmado *QUI SUISJE?* He tratado de leer los rostros en la ínfima porción de ciudad que recorrí esta mañana. He sentido piedad por las caras de los otros y mucha más por la mía reflejada en la ventanilla del autobús. He sentido miedo, temblor en el lugar por donde respiro y no me senté, no me alcancé un vaso de agua, sino que seguí por las callecitas miserables llenas de tachos de basura y de niños que me sonreían y a quienes yo sonreía, pero con un dolor inigualado porque sabía que de nada vale la boca abierta en posición horizontal y los ojos brillantes de simpatía que no protegen de nada, no les han de servir mientras avanzan con sus triciclos entre los tachos de basura. Luego pensé en mi cuerpo, pensé en mis piernas, en mis brazos, en mi penosa manera de respirar, en mi dolor fantasma debajo de cada hueso, muy en lo hondo, muy en lo oculto.

*

23 de noviembre. Ya no importa tanto que J. se case con otra: un cuento de Henry James y una carta de Lewis Carroll me han consolado.

*

11 de diciembre. Aprender a tocar los objetos, acariciarlos como quien conoce

largamente sus misterios.

*

22 de agosto. A veces soy tan exactamente genial —le dije— que tengo ganas de enterrarme y llorarme tres días.

Desaparición de G. Estoy sin amores fantasmas. Por eso este sabor a entierro, este no saber dónde posar los ojos. En busca de un rostro que amar. En busca de la noche del alma, de la sed sin desenlace, del deseo incumplido. Denme rostros mágicos, no perros calientes en la noche tenebrosa. Denme cabezas cortadas, ojos de esfinge, persecución inigualada de algo o alguien que no es de ningún mundo.

*

18 de enero. Mis fantasmas desaparecidos, callado el diálogo con las sombras, ya no importa querer ser otra.

Alguien que enloquece cuando se despuebla su soledad. Lo que hacía antes: hablar con criaturas imaginarias, desconocer absolutamente su situación real, alguien que vivía en una enajenación atroz, que no se daba cuenta de nada, ese alguien enloquece cuando calla el coro de sombras animadas, cuando ninguna voz le habla desde su propia inconsciencia.

*

24 de febrero. No es una palabra la que lo ordenará. Ni abstracciones ni conjuros ni invocaciones ni interpretaciones. Es otra cosa, algo que se escapa de cada día, en cada día hay un poco de eso que se escapa.

*

16 de noviembre. Recién iba por la rue du Bac. Cuando pasó el ómnibus 68 me dije: Tal vez G. viaja en él. Entonces puse cara de poeta muy espiritual que se descompuso cuando un nene tropezó con un viejo ridículo y le tiró el bastón al suelo. Pero no me reí de una manera directa sino pensando en G.: está en el 68, sentado del lado por donde yo camino, por donde sucede esta escena grotesca, que él aprecia sin duda así como apreció antes mi rostro espiritual y así como aprecia ahora mi sentido del humor siempre alerta, a pesar de todo.

*

31 de julio. La ausencia, el sin amor, la certeza —su descubrimiento— de que sin amor me ahogo y siempre me ahogué. Pero la ausencia viva, el cuerpo de la ausencia, tocarla ahora, respirarla. Esfuerzo inédito esta espera sostenida por mí, hecha a mano, a alma.

*

9 de enero. Qué pasó para entrar a cantar, de repente, la canción de la quemada.
Me dolía la memoria, me dolían los ojos, me dolía el espejo en que me miré.
Habían hecho harapos mi amor y mi cordura.
Creía en su rostro y creía en la inocencia detrás de mi mirada.
Me presenté: te doy, te soy.

*

5 de enero. Muro roído, casa donde no hay nada; hay y haber y nada y el muro. Esperar, voces y mi espera, ninguna voz tuya, ausente, ausente, un mar de muros enumerando mi memoria, te espero más desnuda que un muerto, que una palabra.

*

APÉNDICE V

Lenguaje[10]

7 de septiembre. Noche de insomnio. Pensé con tristeza en el lenguaje. ¿Para qué escribo? Respondí con esta escena imaginaria: vivo en el Tíbet, sola, en una choza. Nunca hablo con nadie pues ignoro el idioma de mis vecinos.

¿Por qué no habla un niño recién nacido? Porque sus deseos y temores son demasiado intensos. El silencio, el llanto y el grito son «expresiones» del deseo puro.

Lo terrible de la conversación: nunca se está preparado para dialogar, no existen ensayos previos, de nada valen las experiencias de otros diálogos.

Escribir es mi mayor ingenuidad, es querer contener lo que se desborda… Pero si lo mío es el sueño, es el silencio. Dominio acechado. Entonces, escribir para defenderlo, para merecer mi espacio silencioso.

Cada vez que interviene la razón, que me preocupo por leyes de armonía —heredadas o no—, que escamoteo y sustraigo el caos, la mentira se me vuelve evidente, se aparece como una visión, como si fuera una revelación sobrenatural.

La moral es la gramática del deseo.

*

18 de abril. Las palabras no pueden ser vividas como un rostro amado. Esto es correcto pero apenas señala mi desesperación nacida junto al gesto de amor inútil con que se despidió B.

*

24 de febrero. Las palabras son cosas y las cosas palabras. Al no poder creer en la realidad de las cosas, las nombro y luego creo en sus nombres: el nombre se vuelve real y la cosa nombrada es la fantasma del nombre. Ahora sé por qué escribo poemas tan inmóviles[11]. Es mi sueño de un materialismo del sueño.

*

El desamor, los ojos cerrados, el deseo que se evapora frente a los rostros reales, la sabiduría apócrifa de la que se duerme en la espera. La infancia, una ventana cerrada por la que se columbraba la continuidad de una sola estrella. Los deseos enunciados mediante voces llorosas. Esa noche al borde del mar: la fosforescencia de las aguas, la luna roja en lo oscuro, noche en que aprendí la supremacía del azar. Allí esperaba, allí esperé. ¿Para qué tanta espera? Para llegar al día de hoy, a mi voz que habla para no decir. Y ese lugar de silencio perfecto, entrevisto en los horrores del alcohol. Deseo muerto, compañero traidor. Hablábamos con palabras vivas y he aquí las sombras repentinamente.

*

26 de julio. El *yo* de mi diario no es, necesariamente, la persona ávida por sincerarse que lo está escribiendo.

*

27 de julio. 21 h. Sucede lo siguiente: sufro.

APÉNDICE VI[12]

1962

22 de junio. Preguntar muchísimo, estudiar, aprender, dada «su inexperiencia innata, querido príncipe Mishkin».

Me había prometido el exacto significado de mis decisiones. Me había prometido no perseguir frases espectrales en el silencio insomne.

Las voces arden en cada hueso. Un sumirse en la luz harapienta del amanecer lluvioso. *Pas compris. Pas compris un seul mot.*

*

10 de julio. Otra vez el amor. No debatirse más, hacerse una con la que renunció desde siempre.

Lo que tú quieres no tiene nombre. Lo que no tiene nombre no existe.

*

19 de julio. Ni luz ni sombra. Una inocencia total.

*

22 de julio. Pequeños suicidios silenciosos. Extraño haber caído tan al fondo después de tantas precauciones. Se caminó toda la noche a tientas: no se lloró; no se gimió; ni siquiera se respiró todo lo que se necesitaba. Pero te descubrieron igual. Como si nada[13].

*

23 de julio. Es el alba. Todo lo que tiene nombre se evade de mi mirada. Estoy en mi cuarto y estoy a la intemperie. Una melodía inescuchada me colma del presentimiento de la perfecta belleza.

¿Por qué ahora este reencuentro dichoso con el instante o con nada? Esperar algo —aun si es sólo una carta— en el lado de aquí, debiera llevarme a rehusar este renacimiento en el olvido de la noche.

Y si no he sabido hablarle, si no supe ejecutar por el lenguaje un simple gesto de enamorada, ¿por qué me embriago ahora con palabras indefensas y trágicas que evocan canciones demasiado bellas?

*

25 de julio. Comprender el sentido de mi espera. Imposible continuar así, como si se tratara de aplacar y apiadar a fuerzas superiores habitantes de un mundo que sería la otra orilla de éste.

*

Esta creencia mía de que escribiendo veré una señal, algo con qué seguir. Nostalgia pura, en estado de pureza apremiante. El viento feroz, la cueva de harpías que me remite a mi llamada de cada día.

*

Alguien yace en el medio del saber y del no saber. Lenguaje inútil: nunca, hasta hoy, he sentido estos deseos superlativos de hallar la causa, la raíz, el origen de mis sufrimientos. ¿Y si me dejara en paz? Después de todo, yo podría transcurrir deliciosas veladas recordando sucesos fantasmales y pensando en cosas que no existen.

*

Sofismas de la memoria embriagada por la evocación de algunos instantes muy viejos.

Voici les morts qui ne parlent qu'à toi.

*

31 de julio. Alguien muere de sed y no bebe porque no le viene la idea de unir el acto de beber al sentimiento de la sed.

*

3 de agosto. Hablar yo ya no puedo. Esta condena a un único alimento mágico.

*

5 de agosto. Escucho el rumor del interior de las paredes, ¿quiénes están amurallados en mi casa? No me abandones, no sé lo que digo pero no me abandones.

*

7 de agosto. Se acabó la espera, la esperanza, se borró el menor indicio de sus ojos. Silencio y luz enferma[14].

*

9 de agosto. Vértigos. Sensaciones de muerte, inminente. ¿Culpa de B.? ¿Culpa de mi educación?

«La culpa está en la lila que no florece.»

*

20 de agosto. Las amenazas de Frau X cuando yo tenía cuatro años. Miedo de volverme ciega, miedo de que se cumplieran sus amenazas. Por la noche yo encendía la luz a cada instante para comprobar que no me había vuelto ciega; yo me iba al fondo de la cama, a lo negro, y susurraba una sílaba —NO— para comprobar que no me había vuelto muda.

*

28 de ag[osto]. Su rostro tan bello parecía soñado. En la mitad de una descripción de Alejandría se desnudó. Dije que no quería hacer el amor. Sonrió, dijo que podíamos dormir en perfecta unión fraternal.

Así fue. Creo que me sentía dichosa. *Mais tu es un enfant*, decía. Su rostro tan bello. Mis deseos confusos, difusos. Noche de amor demasiado sutil, y no obstante, nunca me sentí menos separada del universo.

*

30 de ag[osto]. Nada de pactos de simpatía. He dicho amor.

Quizás sea éste un amor imaginario. Pero el insomnio es real así como sus

sufrimientos.

*

Les parcs de Saint-Tropez

julio de 1962

4 de sept[iembre]. Carrera suicida en motocicleta. Subí a la Citadelle. Las plantas asomaban por los orificios de la muralla, parecían cabelleras de ahogadas. Vino un hombre muy extraño y me hizo proposiciones obscenas. Me asombró mi respuesta: «Je suis trop fatiguée pour parler avec vous».

También él pareció asombrarse porque murmuró una disculpa y se fue.

*

7 de sept[iembre]. Esta voz aferrada a las consonantes. Este cuidar de que ninguna letra quede sin enunciarse.

Hablas literalmente. No obstante, se te comprende mal. Es como si la perfecta precisión de tu lenguaje revelara en cada palabra un caos que se vuelve más evidente en la medida en que te esfuerzas por ser comprendida.

*

8 de sept[iembre]. Lacerarse y sufrir hasta que el animal mágico o el genio amparador se apiade de ti.

*

18 de septiembre. Ubicuidad de su rostro. Lo veo en todos los lugares que no frecuento. Una sola señal de su rostro y me iré al lugar de las desapariciones[15].

*

19 de septiembre. Ahora sería la hora de andar a solas en amistad con mi delirio.

Viejos grabados con relojes de arena y palabras mutiladas que manan sangre. Y que nadie venga en la noche de las grandes esperas.

*

20 de septiembre. Te hemos dado lo necesario para un puro comprender. No has aceptado; preferiste arder en un fuego extraño. (Si lo que me sucede es el amor debo preguntar qué es el amor.)

*

28 de septiembre. Escribir un solo libro en prosa en vez de poemas o fragmentos. Un libro o una morada en donde guarecerme.

*

1 de octubre. Se cerró como un animal atemorizado. ¿Las rejas dentro de mis ojos o las rejas frente a mis ojos? Ahora comprendo: es un espacio de necesidades que no colmará nadie, nunca.

*

2 de octubre. Déjate morir dócilmente sin preocuparte por saber de dónde proviene esta coalición misteriosa que reniega de ti a pesar de estar formada por quienes fuiste.

*

20 de octubre. Escribes velozmente. Corres para tan sólo no llegar. Y el *cher corps*, ¿por qué no se olvida de mí el tenebroso?

Y habrá un tiempo para los cuerpos enlazados y un tiempo para salvar las distancias olvidadas. Y aprenderás a reconciliarlos, a reconciliarte.

*

PARÍS, SEPTIEMBRE DE 1962

23 de octubre. Mi memoria vela el cadáver de la que fui. Voz de la violada alzándose en la medianoche. A pesar de mis cualidades de humorista digo que una infancia ultrajada merece el más grave silencio.

*

24 de octubre. Un nuevo sufrimiento te retorna una vez más a la vieja morada.

*

25 de octubre. Sueño. Un hombre me ofreció un libro. «Mi niña —dijo—, cómpreme el último libro de Moisés titulado *Eva pourrait renaître*.»

*

11 de noviembre. Sueño. Me dijeron: Despierta porque pronto será tarde para abrir los ojos. Quien vea lo que verás no retorna al lugar de los despiertos.

Yo dije: Tengo que descender al último fondo.

Me arrastraron a un ámbito negro. Todo empezó a dolerme con un dolor nuevo. En mitad de la asfixia hice cálculos; serenamente compraré la vigilia y el sueño y dije: Háganme doler si así lo quieren. Yo tengo que descender al último fondo.

*

28 de diciembre. Y todo para que no caiga la cabeza sobre el pecho y empieces a sentir el puro fluir de la ausencia.

*

29 de diciembre. Cambio de color de papel, de color de tinta. Escribo llorando. Escribo riendo. Escribo contra el frío y el miedo. En vano escribo. El silencio me ha corroído: quedan algunos poemas como huesos de muerto que cincelo en mis noches miedosas. Se ha perdido el significado de la palabra más obvia. Y aún escribo, aún me precipito con urgencia a narrar estados de asombro y de ira. Una levísima presión, un nuevo reconocimiento de lo que te acecha y ya no escribirás. Estamos a pocos pasos de una eternidad de silencio.

*

1963

24 de febrero

> … hablaba como si el silencio fuera un muro, y las palabras colores destinados a cubrirlo.
>
> MARGUERITE YOURCENAR,
> «De cómo Wang-Fo fue salvado»

> Crains, dans le mur aveugle, un regard qui t'épie.
>
> NERVAL, «Vers Dorés»

*

24 de abril. Mirar un rostro tal como es. Imposible, si una de mis miradas se ausenta en el mismo instante en que miro con excesiva intensidad. Dicho sea de otro modo: como si mis dos ojos fuesen enemigos decididos a interferirse: el ojo ausente deforma y transforma lo que va recogiendo el fiel testigo, el ojo presente. El huidizo no solicita de la realidad más que un punto negro, un punto de partida desde donde proyectarse hacia no sé qué lejanía indecible en donde remendar con lo apenas entrevisto el perpetuo agujero de ausencia. El otro ojo, por lo contrario, mira de una manera abrumadoramente justa. Mas en vano solicita mi asistencia, pues mi favorito sigue siendo el ojo que invita a irse lejos de la mirada, lejos de lo mirado.

*

23 de junio. … *l'impossible, il monte la gorge*.

> Rêve d'absence et non de plaisir. Absente elle est davantage le mal qu'avide de jouir, le mal, le besoin de nier l'ordre sans lequel on ne pourrait vivre.
>
> G. BATAILLE, *Le petit*

*

Un rostro frente a tus ojos que lo miran y por favor: que no haya mirar sin ver. Cuando miras su rostro —por pasión, por necesidad como la de respirar—, sucede, y de esto te enteras mucho después, que ni siquiera lo miras. Pero si lo miraste, si lo bebiste como sólo puede y sabe una sedienta como tú. Ahora estás en la calle: te alejas invadida por un rostro que miraste sin cesar, pero de súbito, flotante y descreída, te detienes, pues vienes de preguntarte si has visto su rostro. El combate

con la desaparición es arduo. Buscas con urgencia en todas tus memorias pues sabes, gracias a una simétrica repetición de experiencias, que si no lo recuerdas pocos instantes después de haberlo mirado ese olvido significará los más desoladores días de búsqueda.

Hasta que vuelvas a verlo una vez más frente al tuyo y lo mires de nuevo, con renovada esperanza, decidida, esta vez, a mirarlo en serio, de verdad, lo cual, y esto también lo sabes, te resulta imposible, pues es la condición del amor que le tienes.

*

No recuerdo. Ahora que pasaron tantas horas me pregunto cómo era. Su rostro está en mí, lo siento en mis nervios, flota en mis ojos. No sé qué hacer con ese rostro que no recuerdo.

*

27 de junio. Un viejo muro, un perro, un niño, te dicen lo mismo. Puedes sonreír al niño y aun al perro.

¿Y al muro? También al muro.

*

> … ont préparé mon cœur aux magies qui font le poète malheureux, quand il a le fatal pouvoir de comparer ce qu'il sent à ce qui est, les grands choses voulues au peu qu'il obtient.
>
> BALZAC, *Le lys dans la vallée*

> *À cause de ce manque, j' aspire à tant.*
> *À tant de choses, à presque l'infini…*
> *À cause de ce peu qui manque, que jamais tu n'apportes*.
>
> H. MICHAUX, *La nuit remue*

30 de junio. Después de una noche de revelaciones, de retorno al silencio original ¿cómo sobrellevar el yo precario, el miserable orden del día? Venir de este «entierro» es conocer la desgracia sin mezcla de consuelo.

*

Comment faire pour être heureux
Comme un petit enfant candide.

APOLLINAIRE, «La chanson du mal-aimé»

*

30 de junio. En secreto, con voz de confesar lo más importante de mi vida, le dije que la lluvia me da miedo.

*

27 de julio. ¿Qué podemos pedir sino más sed? Y todo, desde el río hasta sus ojos amados… *Elle n'en pouvait plus d'exister*. Cada instante que pasa es como si me pasara a mí.

*

Cuando yo muera, ¿quién me lo va a decir? (Esto le dije, pero mis palabras eran como máscaras solitarias caminando a la altura de un rostro en una tarde de lluvia.)

*

2 de enero

La Mort te fuit pour ne te porter aide.

La Baronne de Carins,
Anónimo siciliano, siglo XVII

*

No eres tú la culpable de que tu poema hable de lo que no es. Si habla de lo que es quiere decir que alguien no vino en vez de venir. Pero ¿por qué hablo con verbos activos como si hubiera pasado la noche con una espada en la mano?

*

28 de julio. Recién escribí un cuento que me hunde en una tristeza como de

habitación polvorienta, vieja, mal iluminada. Son las 12 de la noche. Sin duda, dentro de 40 años, escribiré con mano temblorosa: Son las 12 de la noche en mi augusta vejez. La noche está del otro lado de mi ventana y yo, encerrada en una habitación triste, polvorienta, mal iluminada. Me acuerdo de una noche de 1962 (era el 28 de julio a las 24 horas). Yo tenía miedo y para distraerme prefiguré mi futuro; me imaginé en una noche del año 2002 escribiendo en una habitación vieja, polvorienta, mal iluminada, un texto que comenzaba así: La noche está del otro lado de la ventana, etc., etc.

*

Arribar:… Dejarse ir con el viento.
Diccionario de la Lengua Española.

Noche extraña, confusa. Escribí el cuento más extraño, el más confuso. Como si un viento enfermo —el mismo que me deposita en la orilla de esta noche extraña, confusa— me hubiese arrebatado sin desearlo él ni yo. Esto hice: fumar, toser y escribir un cuento que me duele.

*

19 de agosto

> … et je reconnus être une de ces âmes infortunées où les imaginations brûlantes de l’adolescence consument la réalité de toute une vie.
>
> MILOSZ, *L’Amoureuse Initiation*

*

1963

3 de enero. En mí se habla en infinitivo.

Esto es lo trágico; yo sé lo que quiero.

*

2 de febrero. En suma, se trata de un poema musical o de un temblor en ese lugar al que se refieren los demás cuando dicen «alma».

*

4 de febrero. No es posible el descenso a los infiernos de mi confusión. Lo que sucede es que no sucede. Ni rostro ni máscara. Ni hambre ni sed pero tampoco sus contrarios. Ardieron las casas y nadie encuentra el lugar de los siniestros. Nada, ni cenizas. Me olvidé. Sólo recuerdo que me olvidé. Tal vez estoy hablando de mí. No me siento aludida. Estoy, sí, ofendida, como si no me hubieran invitado a una fiesta a la que deseaba asistir. Sospecho que la fiesta la organicé yo en mi propia casa[c]. Investigaciones estériles en busca de mi persona. De todos modos, de todos los modos, sabes —y esto con perfecta certeza— que no puedes vivir y morir te da pavor.

*

14 de febrero

—Por qué tardaste tanto en venir?
—La puerta estrecha— dije.
Nos abrazamos.

Había una lámpara sostenida por un ángel. La cara del ángel era triste, al borde del sollozo.

*

16 de febrero. Leí *Les Mémoires d'un Souterrain*. Toda la noche estuve sentada en el suelo, mirando las grietas de la pared. ¿Qué es este libro? ¿Por qué mirar una pared?

*

30 de julio

… su sufrimiento es su amor.

Toda ella es silencio…

*

20 de febrero. No puedes con el lenguaje. El lenguaje no puede por ti.

*

23 de febrero. No comprendo el lenguaje. Sólo me atengo al lenguaje.

*

11 de marzo. He perdido mi atención infantil. Retornarme la antigua mirada. Vivir sin destinatario mental o real, sin finalidad, igual que cuando ebria (engarzada en un presente vívido en donde no existen las precauciones, los cálculos, el temor al caos). Pero he perdido mi no preguntar. He perdido mis ojos silenciosos. La voluntad de recobrarlos es una prueba definitiva de mi pérdida.

*

> Tu ne dois plus ignorer maintenant quelle cruauté t'est nécessaire: sans une décision d'une audace injustifiable, tu ne pourrais supporter le sentiment amer qu'a l'assoiffée de plaisir d'être la victime de sa soif.
>
> G. BATAILLE, *Le Coupable*, vol. II

*

18 de marzo. Suicidarse es poseer aquella máxima lucidez que permite reconocer que lo peor está ocurriendo ahora, aquí.

*

Los rostros en la calle. Nadie quiere ser paisaje.

*

14 de abril. Cubrió su rostro lo que más amo: un silencio que escondía palabras

fatales, palabras presentidas, no formuladas, pero que están presentes como sombras amigas. Rostro suyo doliéndome con hermosura. Yo estaba enferma y me encendía hasta el delirio la posibilidad de morir haciendo el amor. La fiebre hizo de mí una muy feliz náufraga: me proyectó a un lugar que hasta esa noche había sido el imposible emblema de mi esperanza.

*

16 de abril. Miedo proveniente de un más allá de toda causa. O quizá, es sólo porque hoy estuve con alguien cuya existencia me forzó a recordar que sin amor no puedo vivir[16].

*

Diarios de Kafka: «F. es simplemente la persona que pone en evidencia mi destino».

*

19 de abril. Desperté como si hubiera dormido en las fauces de un tigre. Existe algo en esta vida —tal vez sea un detalle ínfimo— que no soporto, no sobrellevo.

*

28 de junio. Multiplicar las desgracias —multiplicarlas artificialmente— para recobrar una estima hacia mí que nunca existió.

*

29 de junio. Si la noche no es azul.

*

6 de agosto. Estos muros, estas grietas. Estas grietas hacen aparecer en los muros los labios, los ojos, la sonrisa, el rostro al que sacrifico mi persona.

*

Elle dort comme si elle avait trop tard souri.

L.-P. FARGUE, *Tancrède*

*

¿Qué lejanía bastarda se acumula en los rincones de mi cuarto? He temblado como una idiota cada vez que sonó el reloj. ¿La hora de qué cosa?

*

24 horas, 6 de agosto de 1963. Aprender todas las retóricas viejas y nuevas a fin de decir con hermosura que sufro. Las ganas de morir son inminentes y bajo su presión tomarás un libro que no te gusta y estudiarás la *forma*, que desprecias, propia de este o de aquel poeta célebre (injustamente célebre según tu parecer) que expresó sentimientos, percepciones, recuerdos y vivencias que no compartes. Luego te dolerán los ojos, toserás, seguirás fumando y por fin, cansada, insensible, cesarás de sufrir porque tu cuerpo ultimado con poemas malos te parecerá inocente en su fatiga. Luego, dormirás brutalmente hasta que el reloj te anuncie la hora de entrar en vigilia, y beberás café, fumarás tosiendo, te hundirás en las pequeñas calles sucias «que conocieron Dante y Strindberg y Rilke» y tu sed de ruinas te hará contemplar ávida cada signo de destrucción y de muerte. Y pensarás: mientras haya destrucción y muerte habrá un lugar para mí (y habrá la misma sed, la que no se refiere al agua, la que sólo se sacia en la contemplación de un vaso vacío).

*

Apenas aparezco todo se vuelve una imagen lejana que está en un lugar al que accedo si me destruyo y me desmorono.

*

Pero el silencio es tan cierto, tan verdadero. Por eso escribo. Estoy sola y escribo. No, no estoy sola. Alguien —tal vez muchos— tiembla a mi lado. Gente que he amado. Mis sucesivas habitaciones fueron tugurios de espectros, sumideros de llamadas ahogadas por mi orgullo, por este temor de ser rechazada por gente sin realidad, que no debiera importarme, dada su naturaleza invisible[17].

*

8 de septiembre. La inseguridad es nuestro reino. No obstante, otra cosa es saber

que mañana no tendré una habitación donde dormir; otra cosa es comprobar que mis temores eran presentimientos que se han cumplido; otra cosa son las evidencias brutales, los actos vivos, la brusca encarnación de los sueños más funestos. Hasta hoy fundamentaba mi esperanza en mi neurosis, confiaba en lo imaginario de mis temores. Pero he aquí que la desgracia me certifica una salud mental envidiable. (Que me dejen definir la inseguridad ahora, que aprovechen mi lucidez eficazmente exasperada por el hambre y por el frío.)

*

25 de septiembre. La oscuridad y su cortejo de sustitutos, ámbito de transmutaciones en donde su rostro es todos los rostros. (Hablo de mi enfermedad de lejanía, de separación.)

*

5 de oct[ubre]. Espera del milagro. Igualmente de niña, cuando caminaba dichosa, segura de que me seguía una presencia protectora, divina. Cuántas veces le ofrecí la ocasión de manifestarse… Me detenía con los ojos cerrados: «Va a suceder, háblame, está por suceder, háblame…».

Y ahora. Llueve y lo espero y tal vez no venga y lo amo.

*

22 de octubre. Hojas amarillas del parc de Montsouris. Cada una danza como puede su última danza. Esto lo digo también por mí.

*

Te preocupas por no decirte que a veces, en verdad todos los días, en verdad a toda hora, recibir un gesto de ternura no te disgustaría demasiado. Pero jamás le pedirás ese gesto. No por orgullo sino porque comprendes que se trata de un deseo fósil. De manera que sólo tú sabes que tu vida depende de un gesto.

*

1 de noviembre. Amar el sol. ¿Es que acaso lo comprendo?[18]

*

11 de noviembre. Escribir un diario es disecarse como si se estuviese muerta. Mi búsqueda del silencio lo corrobora y también mi fervor por las posiciones físicas que evocan las de los muertos.

*

12 de noviembre. Crepúsculo en el Bois mojado por la lluvia de ayer. Criatura privilegiada mirando árboles en la niebla. Hasta que el silencio me dio miedo y evoqué a mi asesino: un perverso estrangulador de muchachas que miran árboles en la niebla.

*

17 de noviembre. Rostros en el *métro*. Extrañeza. Seguridad de estar rodeada de cadáveres. Mis ojos buscaban la salida de esos rostros. *Sans issue*. Deseos —por primera vez— de vivir en el campo (paisaje mental eglógico)[19].

*

18 de noviembre. Su silencio. Ahora sé por qué estoy enamorada. Su silencio es la presencia de las cosas en vez de su representación imaginaria[20].



ALEJANDRA PIZARNIK (Buenos Aires, 29 de abril de 1936 - Ibíd., 25 de septiembre de 1972) nació en una familia de inmigrantes judíos de origen ruso y eslovaco. En 1954, tras el bachillerato, ingresó en la facultad de filosofía y letras de la universidad de Buenos Aires, pero no acabó sus estudios. Lectora empedernida desde muy joven, publicó su primer libro, titulado *La tierra más ajena*, en 1955. Le siguieron *La última inocencia* en 1956 y *Las aventuras perdidas* en 1958. Entre 1960 y 1964 se instaló en París y ahí colaboró con distintas revistas y diarios. De esa época procede su amistad con Julio Cortázar, Rosa Chacel y Octavio Paz, quien prologó su cuarto poemario, titulado *El árbol de Diana* (1962).

En 1964 regresó a Buenos Aires y publicó sus obras más conocidas: *Los trabajos y las noches* (1965), *Extracción de la piedra de la locura* (1968) y *El infierno musical* (1971). Desde 1954 en adelante, Pizarnik fue redactando un diario que la acompañó hasta los últimos días de su vida. En 1972, a la edad de treinta y seis años, decidió morir en la misma ciudad donde había nacido.

Notas

Acerca de esta edición

[1] Cf. Alejandra Pizarnik, *Diarios*, Barcelona, Lumen, 2001, p. 7. <<

[2] Se encontraba en el domicilio de Olga Orozco, dentro de un sobre en el que A. P. anotó: «Journal de Châtenay-Malabry, 1960-1961», junto con veinticuatro hojas mecanografiadas y manuscritas de cartas no enviadas a León Ostrov desde París. <<

[3] Lleva el título de *Les tiroirs de l’hiver 1960/2* <<

Cuadernos

[1] Primero de los cuadernos de la década de 1950, que lleva en la primera hoja su nombre: «flora alejandra pizarnik». Las primeras páginas están ocupadas por borradores de poemas y citas de libros que está leyendo. <<

[2] Debajo, un dibujo en forma de manchón representaría la sangre. <<

[3] Este cuadernillo comienza con poemas de escritura automática; su primera entrada en prosa empieza con «Escena en el tranvía», sigue con «Sensaciones» y finalmente aparece la fecha: *Viernes*, *28 de octubre*. Cuaderno termina con entrada bajo el título «Verano». <<

[4] El resto de cuaderno son ensayos de poemas con escritura automática. <<

[5] Cuaderno doble, gris, del 23 de octubre de 1957 al 9 de febrero de 1960. Es el primer cuaderno donde figura «Alejandra Pizarnik» en la primera hoja. No hay cuadernos o un cuaderno correspondiente al período de julio a diciembre de 1956 y de enero hasta el 23 de octubre de 1957. <<

[6] *Vivre libre ou mourir*, fue la divisa de la Revolución de 1789, inscrita en el Panteón de París. <<

[7] Del poema «Dans ma péniche», de Luis Cernuda. <<

[8] Verso del poema «Talita cumi», de Oscar V. de L. Milosz. <<

[9] En esta entrada no anota el mes. No sabemos si es el 4 de junio o el 4 de julio, como permitiría suponerlo la entrada siguiente fechada 9 de julio. <<

[10] En realidad, 21 de noviembre. <<

[11] Tachado y corregido por A. P. Pero en realidad es efectivamente el 10 de diciembre. <<

[12] En realidad, 13 de diciembre. <<

[13] Verso de un poema de Oscar V. de L. Milosz. <<

[14] La transcripción en francés del original sigue el texto escrito por A. P. en su cuaderno, con sus faltas gramaticales. Ésta es la traducción: «Imagen con ella: escribo desde las 7 de la mañana; ella pinta. Soy indiferente a todo lo que no sea mi arte o ella. Soy muy silenciosa y muy dulce. Ella es encantadora conmigo. Trabajamos mucho, comemos muy poco. Clima religioso de arte y amor. Imagen del paraíso.

»Lo que acabo de escribir es exactamente lo contrario de mi vida actual. De ahí mi gran tedio, la angustia que me roe día y noche. ¿Dónde está la falla? No es posible que esta imagen sea un resultado de mi esnobismo o de mi falsedad: ¿de dónde viene si no es de mis profundos deseos?

»No entiendo cómo los demás no tienen un terror espantoso del mundo. Yo tengo miedo de los otros y de mí. No es bueno vivir en una piel. Lo digo por experiencia.

»Querría vivir para escribir. No pensar en otra cosa más que en escribir. No pretendo ni amor ni dinero. No quiero pensar ni construir decentemente mi vida. Quiero paz: leer, estudiar, ganar un poco de dinero para independizarme de mi familia y escribir. No hablo de mi soledad, de mis amigos —mis malditos compañeros de viaje—. Tengo miedo de mis amigos.

»La imagen vuelve. Me da paz». <<

[15] En realidad, 25 de octubre. <<

[16] Cita de *La condición humana*. <<

[17] A continuación de «Suerte de», A. P. hace un dibujo. <<

[18] El 11 de marzo de 1960 zarpa rumbo a Francia a bordo del *Laenec*. <<

[19] Esta serie de entradas, hojas mecanografiadas y corregidas a mano fechadas entre abril y agosto de 1960, se encontraban dentro de un sobre caratulado a mano por A. P. *Journal de Châtenay-Malabry*, junto con un legajo de cartas escritas por esas fechas y no enviadas a León Ostrov. Entre abril y agosto de 1960, A. P. vivió en casa de sus tíos, en Châtenay-Malabry, un suburbio residencial de París. <<

[20] Falta la hoja u hojas que siguen (son dos hojas mecanografiadas y grapadas). <<

[21] San Juan de la Cruz, «Cántico espiritual»: «¡Oh cristalina fuente, / si en esos tus semblantes plateados, / formases de repente / los ojos deseados, / que tengo en mi entrañas dibujados!». <<

[22] En las páginas siguientes —catorce— hay dibujos, cinco de ellos con las siguientes leyendas: «oiseau-parapluie au petite fille poursuivie par une ombre», firmado «alejandra»; «Je me mange et m’affol»; «jeaune oiseau psicoanalisé»; «étrangement sexuel»; «une main amie»; y «la volonté de tristesse». <<

[23] Hoja suelta mecanografiada con correcciones a mano. Lleva la fecha manuscrita *Lunes, 21 de febrero* y *Alejandra* escrito con lápiz. Forma parte de las hojas sueltas (15) halladas dentro del Cuaderno de tapas celestes (1962). <<

[24] Hoja suelta mecanografiada y con correcciones a mano. <<

[25] Hoja suelta mecanografiada con correcciones a mano. <<

[26] Trozo de hoja suelta mecanografiada con correcciones a mano, pegado sobre otra hoja. <<

[27] Trozo de hoja suelta mecanografiada y con correcciones a mano, pegado sobre otra hoja. Escrito a mano con lápiz, en la parte superior, «1961». <<

[28] Trozo de hoja suelta manuscrita con bolígrafo verde, fechado al pie «24 de marzo de 1961». <<

[29] Hoja suelta mecanografiada, con correcciones a mano, pegada sobre otra hoja. La fecha está escrita a mano con lápiz. <<

[30] Tres hojas mecanografiadas con correcciones a mano, en papel color naranja, con fecha 10 (?) y 11 de abril, y el año 1961 escrito a mano. <<

[31] Trozo de hoja suelta pegado sobre otra hoja, mecanografiada y con correcciones a mano, y con la fecha «1961 *20 de abril*» escrita a mano en la parte superior. <<

[32] Forma parte del cuaderno 1961-1962. Mecanografiado con correcciones a mano. <<

[33] Inicio del cuaderno de tapas celestes, forrado de fucsia brillante. Primera hoja: «1962 – Alejandra Pizarnik». Dentro del cuaderno una hojita suelta con esta nota: «Un sonido acompañaba a ese movimiento luminoso y de pronto me di cuenta de que era yo el que producía ese sonido, casi era ese sonido, alimentando mi existencia al emitirlo». <<

[34] Encima de la palabra «tus» escribió «las», pero sin tachar «tus». <<

[35] Entre corchetes en el original. <<

[36] *Idem*. <<

[37] Anotada junto a este título la leyenda: «hasta el final pasado». <<

[38] Esta frase está escrita a la derecha del cuaderno y encuadrada. <<

[39] La fecha correcta es 1 de diciembre. <<

[40] Ésta es la última hoja del cuaderno y este fragmento sería un proyecto de solicitud de una «beca» a Italia. <<

[41] Es el título del libro de Pierre Reverdy. <<

[42] Es 11 de enero. <<

[43] Por la grafía podría ser «Carimbo»; una música muy típica del Brasil. <<

[44] Seguidamente, escrito en diagonal y encerrado en un círculo: El maldito. <<

[45] Es abril. <<

[46] Es viernes. <<

[47] Las doce páginas restantes de este cuaderno incluyen apuntes para la reseña de un libro de Silvina Ocampo para la revista *Sur*, de Buenos Aires, bocetos y fragmentos de los que luego publicará como *Nombres y Figuras*, y apuntes sobre literatura, relacionados aparentemente con S. O. <<

[48] Las dos primeras hojas del cuaderno se inician con un esbozo de poema en prosa. <<

[49] Es septiembre. <<

[50] Es una hoja mecanografiada pegada sobre la hoja del cuaderno. El título «Contemplación» está escrito a mano a modo de título, así como «Variante» al pie de la hoja. <<

[51] A continuación el borrador de su reseña del libro *Los juegos peligrosos*, de Olga Orozco. <<

[52] Es 2 de febrero. <<

[53] Este último párrafo es un fragmento, muy tachado y corregido, escrito cabeza abajo en la página siguiente. <<

[54] En realidad es 2 de junio. <<

[55] Es 29 de junio. <<

[56] Aquí acaba la página. En la siguiente «un» tachado por la autora. <<

[57] Es viernes. <<

[58] *Zona Franca*. Revista venezolana de literatura, dirigida por Juan Liscano. <<

[59] Es agosto. <<

[60] Este cuaderno lleva el número 10 estampado con Letraset. Son 65 hojas manuscritas, una cortada y una arrancada. Posteriormente al fallecimiento de Olga Orozco, fue hallado en su domicilio. <<

[61] Del año 1968 existen sólo dos cuadernos. Según esta frase, hasta junio eran cuatro. <<

[62] Se refiere a *La vuelta al día en 80 mundos*, de Julio Cortázar. <<

[63] Faltan las páginas 68 y 69 del cuaderno o bien A. P. se equivocó al numerarlas. <<

[64] Aquí la hoja está arrancada. La numeración pasa de 90 a 93 (faltan 91 y 92). <<

[65] Las entradas del 2 de abril al 13 de mayo de 1969 inclusive proviene de siete hojas de un cuaderno de espiral incompleto hallado en casa de Olga Orozco, a su fallecimiento en 1999. Antes de la entrada del 2 de abril, sin fecha, dice lo siguiente:

»Ignoro aún cómo fue mi encuentro con Mandiargues pero mi duda es significativa. En cambio, el encuentro con Mlle. Roux fue excelente (al revés de lo esperado, como siempre). Hablamos de mi nuca y me recomendó lo mismo que P. R.: *masajes*. Además, y con urgencia, debo *consultar a un osteólogo*. En cuanto llegue lo haré, inclusive si presiento con un temor espantoso que me tendrán que operar de la columna vertebral.

»Ignoro si escribo porque necesito escribir o porque me gusta tanto mi nueva lapicera.

»No debo olvidar las lapiceras que vi sobre la mesa de trabajo de Mandiargues. En verdad, ser avaro como él significa amar a la vida. Yo gasto dinero en forma suicida».
<<

[66] Es 1. <<

[67] Es 14. <<

[68] Es 28. <<

[69] Iniciales señaladas por la autora con un signo de interrogación, y la mención ACTO FALLIDO al margen derecho de la hoja. <<

Apéndices

[1] Este texto mecanografiado de diez hojas tamaño libreta grapadas y con correcciones a mano. En la primera hoja, escrito a mano, en la parte superior: «Antes de 1960». <<

[2] Escrito a mano en hoja de cuaderno libreta. <<

[3] Al pie de esta hoja, A. P. anotó, con otra tinta y probablemente mucho después, «comparar con diario 1956, párrafos sobre L. O.». <<

[4] Este apéndice es la transcripción del cuaderno titulado *Resumen de varios diarios 1962-1964*, iniciado a su llegada a Buenos Aires, en marzo de 1964. <<

[5] Está entre corchetes en el original y seguidamente la autora escribió: *No*. <<

[6] Están entre corchetes en el original. Después del corchete, en cada una de las dos frases, la autora escribió: *Sí*. <<

[7] Es en realidad el 2 de febrero. <<

[8] Texto mecanografiado encarpetado por A. P. En la portada escribió, con lápiz, «Journal 63», y debajo «Les tiroirs de l’hiver» (1960/2). En la mitad inferior de la primera hoja, debajo del primer fragmento, escribió, con tinta, «1963». Son 12 hojas mecanografiadas con correcciones a mano. En cada una de las cinco primeras hay un fragmento y en las restantes, de fino papel transparente, varios fragmentos muy breves titulados «Fragmentos de un diario» (junto al título, escrito a mano en letras mayúsculas la palabra «MITO», que es el nombre de la revista colombiana, en cuyo número 39-40 de 1962 fueron publicados. <<

[9] Texto mecanografiado de 32 hojas grapadas y con correcciones a mano de la autora. La fecha 1961-1962 está escrita a mano como encabezamiento en la primera hoja, en la que figura el primer fragmento. La transcripción sigue el orden del texto mecanografiado. <<

[10] Legajo de cuatro hojas blancas tamaño libreta, mecanografiadas y corregidas a mano. En la primera hoja en la parte superior, la autora escribió con lápiz «carp. jaune» y «Lenguaje» con tinta roja. <<

[11] Encima de «inmóviles» escribió a mano «extáticos». <<

[12] Texto mecanografiado de resúmenes de diarios: 86 hojas tamaño libreta con correcciones a mano de A. P., numeradas al pie de cada hoja con lápiz, pero no por A. P., y que llevan escrita la inicial D. al pie de cada una. La transcripción sigue el orden en que fue hallado. <<

[13] Al dorso de esta hoja, escrito a mano con birome: «Je ferai un vers de pur néant», Guillaume de Poitiers, S. IX. <<

[14] Al dorso de esta hoja, a mano con birome azul: Valéry, pág. 2. <<

[15] Al dorso de esta hoja, a mano: *car c'est ma folie que j'appeleais amour*, Giraud Riquier. <<

[16] Al pie de la hojita: *N’ai-je done pas marché!*, Höld[erlin], p. 10. <<

[17] Al pie, a mano con birome negra: Milosz, p. 14. <<

[18] Al pie, a mano: Milosz. <<

[19] Al pie, a mano: p. 19 Séferis. <<

[20] Al pie, a mano, separando el fragmento con una crucecita: *Sombre comme la tombe où gît mon ami*. <<

Notas de la autora

[a] Con mi cama y mi biblioteca, o sea que trasladaron allí mi cuarto. *(N. de la A.)* <<

[b] Gran mentira de cierto valor retórico es su «Mme. Bovary, c'est moi». O, por más que no quiera la ayuda de Freud en mis lecturas (aun si F. era más poeta que yo, que tú, que él, y que Jung, dicho sea de paso), digo que la frase de F. me dice que le hubiera gustado llevar vestidos o falda (su valor —o no— es su confesión ignorada por él de homosexualidad, no al estilo de la de Gide, sino de Coleridge; por tanto, ignorada). *(N. de la A.)* <<

[c] La celebraban en mi honor y en mi propia casa. *(N. de la A.)* <<